

ERINDALE COLLEGE



3 1761 02434450 9













O B R A S  
DE  
LOPE DE VEGA

PUBLICADAS

POR LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

(NUEVA EDICION)

OBRAS DRAMATICAS

TOMO VIII



M A D R I D  
SUCESTORES DE RIVADENEIRA, S. A., ARTES GRÁFICAS  
PASEO DE SAN VICENTE, NÚM. 20

1930



# PRÓLOGO

Las comedias, todas raras, que comprende este octavo tomo de Lope de Vega son las que a continuación examinamos brevemente.

## I. Nardo Antonio, bandolero. <sup>(1)</sup>

Esta comedia no se halla citada en ninguna de las dos listas que el mismo Lope dió en su libro *El peregrino en su patria*, ediciones de 1604 y 1618, que comprenden un buen número de libro, aunque no todas, de las publicadas o representadas hasta la última de dichas fechas.

Tampoco se halla inciusa en ninguno de los tomos publicados por el autor o por otros a su nombre; pero sí en uno hasta hoy desconocido o conocido sólo por esta comedia, cuyo encabezado dice: *Nardo Antonio vandolero. | Comedia | famosa, | de Lope de Vega Carpio, | Representóla Prado*. Consta de 20 hojas foliadas del 235 al 254 inclusive (2). La impresión parece de mediados del siglo XVII.

Esta comedia aparece mencionada, en 1628, con otras varias, en una lista de las que formaban el caudal o repertorio de que disponía en Valencia el autor de compañías Jerónimo de Almella, del cual se

(1) *Nardo* es abreviación del nombre de «Leonardo.»

(2) Tiene las signaturas A-C, de a 8 hojas menos la última que sólo tiene 4. El tamaño, como todas las de su época, es en cuarto. Como se ve, las signaturas no corresponden a la foliación que, según costumbre, agotadas las letras mayúsculas del alfabeto, debería continuar por las minúsculas o más bien, como era costumbre, poniéndolas dobles: Aa, Bb, etc.

El único ejemplar hoy conocido de esta comedia se halla en la Biblioteca de San Isidro

(16, 3.<sup>a</sup>, 4.<sup>o</sup>, 29). Otro, procedente de la Biblioteca de Osuna, desapareció hace algunos años de la Nacional de Madrid, con el tomo que la contenía, en el cual había otra comedia de Lope de Vega, titulada: *Amar como se ha de amar*, que tenía foliación del número 214 al 233; pero no correspondía al mismo tomo antiguo de *Nardo Antonio*, aunque se suponga que la última hoja fuese blanca y, sin embargo, se contase para numerar la siguiente, porque la signatura de ella es E-G<sup>2</sup>, faltando, por tanto, la signatura D con ocho hojas. Es incalculable el número



le hizo embargo por deudas (1). Pero en dicha lista la obra no se atribuye a Lope de Vega sino a su coetáneo el Dr. D. Antonio Mira de Amescua.

Esta atribución, por poco crédito que concedamos a la lista de Almella, que contiene bastantes errores de este género, es en el caso actual digna de tenerse en cuenta. A nuestro juicio, ni el estilo y versificación nos parecen tan fáciles y sencillos como los de Lope, ni algunos caracteres corresponden a los comunes de sus obras. El de Leonarda, sobre todo, es repugnantísimo y odioso hasta lo sumo. Lope no puso nunca en labios de mujer y mujer joven y bella, los versos que se leen en la página 27 de este tomo:

CELIA. ¡Ay, de mí!  
LEONARDA. ¡Quita, villana!  
Hoy beberé sangre humana,  
que sedienta de ella estoy.  
No hay fugitivo cristal  
que más me apague la sed:  
llegad vosotros, bebed  
de este deshecho coral.  
(*Hace que bebe.*)

y acaba:

como su sangre bebi  
ya se ha aplacado mi fuego.

Y era la sangre de un hombre que la amaba y que por ella perdió la vida, asesinado por Nardo Antonio.

En cambio, estas escenas truculentas y feroces y estos caracteres casi fuera de lo humano eran muy del gusto del canónigo de Guadix, hombre adusto, rebelde a todo mandato y dispuesto a imponer su voluntad hasta por la fuerza.

Hay, además, otras razones que apoyan la adjudicación a Mira de esta comedia. El asunto es, o parece histórico, pues se dice ocurrido en Nápoles durante el virreinato del Conde de Miranda, don Juan de Zúñiga, que desempeñó este alto cargo de noviembre de 1586 a igual mes de 1595. Mira de Amescua estuvo en Nápoles desde 1611 a 1615, poco más o menos, y el recuerdo de las fechorías de

de volúmenes de esta clase que han desaparecido a causa de la persecución que sufrió el teatro a fines del siglo XVII y primera mitad del XVIII, por parte de los moralistas y misioneros.

(1) Restori: *Un elenco di «comedias»*, página 831 (Extracto de una revista).—*Bol. hisp.* de 1906, págs. 376 y sigs.

Nardo Antonio estaría aún reciente, vivo, en la memoria de las gentes, sobre todo de los españoles, que habrían tenido que vérselas con él.

El bandolerismo napolitano, que era una especie de separatismo o protesta contra la dominación española, fué la pesadilla de todos los virreyes, que nunca pudieron sofocarlo por entero, porque tenía sus raíces en el fondo del pueblo y era protegido por la nobleza, el clero y hasta por la corte romana. En esta misma comedia se cita por dos veces (páginas 8 y 13) otro famoso bandolero napolitano algo anterior, llamado Marco Sciarra, que en unión de otro, llamado Crucieto, asolaron el país y, como Nardo, se hacían llamar los «Reyes de la Campaña» (1). Todavía, en 1684, tuvo el virrey Marqués del Carpio que emprender una verdadera guerra, con empleo de la artillería, contra los bandoleros del Abruzzo, que desde muchos años antes eran los verdaderos señores de aquel agreste país (2). Quizá por esto el autor de *Nardo Antonio*, tiene empeño en poner a cada paso en labios del protagonista palabras que demuestran un grande amor hacia los españoles. Ahora bien; esta circunstancia, que para Lope u otro poeta que residiese en Castilla no le preocuparía gran cosa, a un español de la corte del virrey, Conde de Lemos, sí le interesaba mucho, y de ahí la insistencia en hacer ver que la rebeldía de los bandoleros no era contra la dominación española, sino contra la propiedad privada o contra enemigos personales. Sin ningún escrúpulo, pues, adjudicaríamos esta comedia a Mira de Amescua, aunque el regalo no sea de gran valor para la fama de este poeta.

## II. La necedad del discreto.

Esta comedia se imprimió por primera y única vez en la *Parte XXV* de Lope de Vega, ya póstuma, y la última de las de su serie (3).

(1) Francisco de la Calle, actor y poeta de la segunda mitad del siglo XVII, compuso y se representó una comedia que se conserva inédita en la Biblioteca Nacional, titulada *Los reyes de la campaña; Marco Xarra y Crucieto*. (Véase *Catálogo* de Paz y Melia, núm. 2914.)

(2) Véase el interesante artículo de D. Julián Paz y Espeso, titulado *Campaña del Marqués del Carpio, D. Gaspar de Haro y Guzmán, virrey de Nápoles, contra los bandidos del Abruz-*

*zo en 1684, en la Revista de Archivos, de 1903, números 4 y 5; págs. 247 y sigs., y 395 y sigs.*

(3) *Parte veinticinco, | perfeta y verdadera, | de las comedias del Fenix | de España Frey Lope Felix de Vega Carpio, del Abito de Sã Iuan, | Familiar que fue del Santo Oficio de la Inquisicion, Pro- | curador Fiscal de la Camara | Apostolica. | Sacadas de sus verdaderos originales, | no adulteradas como las que hasta aquí se han publicado. | A Don Francisco An-*

En la Biblioteca Nacional hay un manuscrito (núm. 17.039), de letra de la primera mitad del siglo XVII (I), que contiene una comedia titulada *La necesidad en el discreto*; pero que nada tiene que ver con ésta atribuída a Lope en la *Parte XXV*.

Los personajes que intervienen en la manuscrita son los siguientes:

El Rey de Hungría; La Princesa Catalina; la Infanta, su hermana; Aldonza, criada; Tamayo, lacayo; Albano, caballero; Esteban, príncipe de Inglaterra; Roselio, príncipe de Alemania; Carlos, príncipe de Alemania; Alejandro, secretario.

### Principia de este modo:

«Salen el Rey, la Princesa, la Infanta, Aldonza, Albano y acompañamiento.

REY. Oy, Princesa; oi, Infanta,  
mi dicha en altos tronos se levanta,  
pues deposita el cielo  
de homenajes de luz tan alto vuelo  
en la belleza pura  
que eternidad de siglos asegura  
de dos hijas tan bellas  
que envidia dan al sol, cifrado en ellas.

### Y acaba así:

CARLOS. Doite, pues;  
mas no quiero darte nada  
que al cenado (senado) enojaré:  
con dos necesidades basta  
en esta ocasión, pues fué  
la del discreto tan grande  
que de ella perdón me den.

tonio Gonzalez Xi- | menez de Vrrca, Señor de Berbedel, antes de Tiçenique, | 71 | (Escudo del Mecenaz) Con licencia. | En Çaragoca, Por la Viuda de Pedro Verges, Año 1647. | A costa de Roberio Devport.

4.º; 4 hojas prels. y 556 págs.; signaturas A-Mm, todas de a 8 hojas menos la última que tiene 6.—Al fin: «Con licencia, | En Zaragoza, Por la Viuda de Pedro Verges | Año de M. DC. XXXXVII.»

Portada; vuelta en blanco.—Hoja 2.ª: Censura del doctor Juan Francisco Andrés: Zaragoza, 29 de marzo de 1647.—Licencia: Zaragoza, 8 de abril de 1647.—Imprimatur: D. Michael Marta, Regens.=Vuelta: «Títulos | de las comedias | que contiene este | libro.

(1) La esclava de su galan (pág. 1).—(2) El Desprecio Agradecido (p. 45).—(3) Aventuras de Don Juan de Alarcos (p. 89).—(4) El Mayor Imposible (p. 133).—(5) La Vitoria del Marques de Santacruz (p. 183).—(6) Los Cautiuos de Argel (p. 231).—(7) Casteluines y Montesés (p. 279).—(8) De lo que ha de ser (p. 332).—(9) El vltimo Godo (p. 369).—(10) La Necesidad del discreto (p. 418).—(11) Del Iuez en su causa (p. 459).—(12) Los Embustes de Fabia (p. 509).

Hoja 3.ª: Dedicatoria de Devport, que ocupa el resto de los prels., fechada en Zaragoza, a 15 de noviembre de 1647.—Texto.

(1) Está en 47 hojas en 4.º y procede de la Biblioteca del Duque de Osuna.

Al final tiene una firma falsa de «D. Pedro Calderón», puesta tiempo después.

En esta comedia, Carlos, por fingirse necio, siendo muy discreto, pierde a la Princesa y a la Infanta, que se casan con sus rivales. La comedia no es mala; pero no de Calderón: es por el estilo de las de Lope o de Tirso.

Por el texto de este manuscrito se hizo años después una impresión suelta, pero atribuyéndola a Lope de Vega, quizá por correr y muy extendida la noticia de que Lope había compuesto una comedia de este título, cosa indudable, pues él mismo lo dice en la segunda edición de su *Peregrino*, publicada en 1618.

El título es: *La necedad del discreto. | Comedia | famosa | de Lope de Vega Carpio*. No tiene fecha, ni señales de lugar de impresión, ni de oficina tipográfica (1). Pero puede asegurarse que no será anterior a 1650.

Ahora bien; ¿cuál de las dos comedias es la de Lope, pues no parece admisible que lo sean ambas?

El editor de la *Parte XXV* de Lope no es, a la verdad, mucho más seguro que el de la suelta; pero no puede negársele que conocía las obras de aquel autor y que de buena fe procuró dar al público piezas auténticas que recogió de la biblioteca del señor de Berbedel, aunque alguna vez se equivocase. Por esta razón nosotros debíamos preferir el texto suyo al de la suelta, que, como lo prueba el manuscrito, anduvo rodando por los escenarios, anónima o mal atribuida a Calderón, hasta que llegó a una imprenta y se le dió padre.

Quizá cuando se acaben de imprimir las comedias auténticas o menos dudosas de Lope se pueda reimprimir, con otras, esta suelta, y quizá resulte que es ella la verdadera, cosa que por hoy no nos atrevemos a afirmar ni a negar.

Volviendo a la que se imprime a continuación, parece que no hay razones íntimas que anulen la atribución a favor de Lope. Los caracteres principales, que son el del sabio necio Laureano y la prudente Fabia no desdicen de los demás creados por Lope y el de Lau-

(1) Consta de 18 hojas, sin numerar; signaturas A-C<sup>2</sup>. Dió primero noticia de esta impresión el profesor alemán A. L. Stiefel, al describir un tomo coleccionado titulado *Flor de las comedias*, título, como se ve, puesto en el ex-

tranjero: un editor español hubiera dicho *Flor de comedias*, sin el artículo, innecesario. La comedia impresa es exactamente igual a la manuscrita de la Bib. Nacional. Véase *Zeitschrift für rom. Ph.* XXX (1906), p. 545.

reano tiene bastante originalidad y quizá no sea tan inverosímil como a primera vista parece.

En el fondo la obra viene a ser la novela de *El curioso impertinente*, de Cervantes, puesta en drama; pero con circunstancias y episodios que la separan bastante de ella. Además el desenlace es enteramente contrario, pues Fabia no se rinde, como Camila, sino que se mantiene firme para castigo de su necio marido. Laureano no es como Anselmo, un hombre de cortos alcances, egoísta y caviloso: es un sabio, lleno de orgullo y que se cree conocedor del genio y gustos de las mujeres, que desprecia, por inferiores e incapaces de obrar con arreglo a razón y obedeciendo a impulsos virtuosos. Algunos éxitos amorosos le hicieron aún más vano y soberbio. No es el misógino que huye o aborrece el trato femenino: es el diabólico enemigo, que sólo se satisface cuando ve hundidas en el oprobio y la vergüenza aun a las mujeres que más debía estimar, como es su propia esposa, sobrina del Duque cuyos estados gobierna. Por eso el castigo que recibe es tan merecido como ejemplar. Esta comedia hace efecto en la lectura y quizá lo hiciese igualmente en la representación en el teatro.

### III. El Niño diablo.

Esta comedia, o mejor dicho gran drama fantástico, no aparece citado por Lope en sus catálogos del *Peregrino en su patria*. Sería escrita después de 1618, de lo cual hay notorio indicio en que una comedia de este título fué representada en el Palacio Real por el «autor» Lorenzo Hurtado de la Cámara, en 5 de octubre de 1631 (1).

Hay una impresión suelta de esta obra cuyo encabezado dice: *El Niño Diablo. | Comedia | famosa, | de Lope de Vega Carpio* (2), que parece algo posterior a la mitad del siglo XVII.

En la Biblioteca Nacional existe un manuscrito, con igual título, de fines del siglo XVII, en que también se atribuye la comedia a Lope, y es exactamente, salvo algunos errores de copia y enmiendas de palabras, igual al impreso (3).

(1) *El Averiguador*, tomo I (Madrid, 1871), pág. 27.

(2) En 4.º; sin lugar, ni año; 14 hojas sin numerar, sin cabeceras, adornos ni florón final. Signaturas A-D, todas de 4 hojas, menos la última, que sólo tiene dos. Se dice que hay al-

guna edición con el título de *El Diablo niño*, cosa que no creemos, porque no se trata de un diablo pequeño, sino de un joven muy endiablado.

(3) Manuscrito 17.325, escrito en 30 hojas, en 4.º, letra de fines del siglo XVII, procedente

Pero éste termina con estos versos:

Y fin con aquesto da,  
Lope, deste *Niño Diablo*;  
y perdonaréis las faltas..., etc.

El final del manuscrito, dice:

Desta suerte la primera  
parte del *Niño Diablo*  
tiene fin, y la segunda  
os promete en breve *Lau ro*,  
si le recibís por obra  
la voluntad de agradaros.

Lauro, como es sabido, era seudónimo que a veces usaba Luis Vélez de Guevara y con el que perpetró un buen número de usurpaciones a Lope. Vélez, que siempre había andado muy escaso de dinero, en términos de no poder a veces salir de casa por no tener ropa que ponerse, según confesión propia; en su vejez vióse aún más afligido por la pobreza, y como no tenía ya facultades para componer modificaba más o menos antiguas comedias de Lope y las vendía a los recitantes como suyas. De este fraude se hacían ellos cómplices, pues así daban como obra nueva la que sólo lo era generalmente en el principio y el fin (1).

Así no es de extrañar que pusiese su falso nombre a una comedia de Lope, y que para cohonestar o hacer más creíble el hurto ofreciese una segunda parte que no escribió ni pensó nunca en escribir, ni cabía ya componer, pues el argumento queda concluso y cerrado con los casamientos de Peregrino y de su hermana. En *El Niño Diablo* no se advierte ninguno de los rasgos típicos de las obras de Vélez, ni hay esos descuidos en las rimas, tan frecuentes en este poeta, que nunca dejó de ser andaluz, a pesar de su larga residencia en Castilla.

Pero dejando la cuestión de propiedad, hablemos ya de este dra-

de la Biblioteca ducal de Osuna. Habrá servido para la representación al pueblo, ya muerto Lope, y por eso lleva al final el nombre de *Lauro*, única variante de importancia entre ambos textos. En la Biblioteca municipal, hay otro manuscrito, con variantes (1-63-12), de fecha posterior en que se atribuye al autor dramático D. Pedro Rosete Niño, que en 1631 no tenía aún nombre para que se hiciesen sus obras en el Palacio Real. Pero pudo haber re-

fundido más adelante el texto de *Lauro*. El título de esta comedia en este manuscrito es *El Rayo y terror de y talia (sic)* y lo forma un cuaderno de 60 nojas útiles, sin numerar.

(1) Véase mi estudio acerca de *Luis Vélez de Guevara y sus obras dramáticas* (Madrid, 1917, págs. 134 y 135) en que se citan más de veinte casos de esta clase de usurpaciones o refundiciones.

ma que reúne circunstancias muy notables, así en su argumento como en su desarrollo (1). Sorprende, desde luego, el carácter tan dramático del protagonista, Peregrino, tan interesante y tan simpático, así en su primer período de rebelde como en el tremendo desengaño moral que recibe cuando el muerto le conduce a su panteón y le abre los ojos del entendimiento. Es una de las más curiosas figuras del teatro de Lope, y sólo por ser hasta hoy casi desconocida, se comprende que no haya sido estudiada por nadie. Quizá lo sea algo más en adelante.

Lope aprovechó para las primeras escenas de su drama la extraña conseja del joven amante de una monja, que en la noche que va a sacarla del convento le contiene y hace desistir la horrenda visión de su propio entierro, narrada primero por Antonio de Torquemada, secretario del Consejo de Benavente, en su *Jardín de flores curiosas* (2), que tanto desarrollo toma en las *Soledades de la vida*, del doctor Cristóbal Lozano (3), y utilizada luego por Espronceda en *El Estudiante de Salamanca* y por Zorrilla en *El Capitán Montoya* y el *Tenorio*, y que el mismo Lope había puesto o puso después en su comedia *El Vaso de elección San Pablo* (4).

Pero el protagonista de *El Niño Diablo* no se vuelve atrás, sino que prosigue con el rapto, al menos según él cree, y comienza su vida de aventurero desahogado hasta que un llamamiento divino le vuelve al camino de la razón y del deber y le hace salvador de la honra de su propia hermana, cuyos amores con el rey Carlos de Nápoles forman como una segunda acción del drama (5).

(1) El texto que se imprime a continuación de este prólogo está formado sobre los dos, impreso y manuscrito, únicos conocidos y van anotadas al pie las diferencias entre uno y otro.

(2) Zaragoza, 1571: coloq. III; págs. 122 y sigs.

(3) Casi toda la primera parte del tomo trata de este asunto, intercalando otros episodios diferentes.

(4) *Comedias de Lope de Vega*: edición de la Academia Española. Tomo III, Madrid, 1893.

(5) De la comedia impresa no se conoce

más ejemplar que el del Museo Británico, procedente de la colección de J. R. Chorley. Hugo Alberto Rennert (*Bibliogr. ... of Lope de Vega*), pág. 166, y *Vida de Lope*: Madrid, 1919, página 475, cita un *Diablo niño*, con referencia equivocada a Medel y Huerta; porque ni uno ni otro citan la comedia con tal título, sino con el verdadero de *Niño Diablo*, como Lope, de quien dicen que es. Durán no menciona dicha obra ni de un modo ni de otro. Lo que tendría Lord Holland sería el ejemplar del *Niño Diablo* que hoy está en el Museo Británico.



#### IV. Los nobles como han de ser.

Comedia no citada en las listas de *El Peregrino* (1604 y 1618), pero atribuida a Lope en una impresión suelta del siglo XVII, cuyo encabezado dice:

*Los nobles como han de ser. | Comedia | famosa | de Lope de Vega* (1).

Es el único texto conocido; porque un manuscrito incompleto que hay en la Biblioteca Nacional es copia moderna de él, hecha por don Agustín Durán (2), célebre literato y bibliófilo de mediados del siglo pasado.

Esta comedia es ciertamente de Lope de Vega, y aunque algo inverosímil en su desarrollo, tiene muy buenos caracteres, en especial los tres principales. Está también gallardamente versificada.

Pero, como comedia que andaría muchos años rodando por los escenarios, el texto ha sido modificado en algunos lugares, cual se echa de ver por las falsas rimas existentes hacia la mitad de ella (3), que delatan la mano de un colaborador andaluz. Como no podemos señalar fecha, ni aun aproximada, para la composición de esta linda comedia, tampoco podemos sospechar quién fuese el colaborador de Lope: quizás alguno de los cómicos que la poseyeron y tuvieron el derecho de representarla.

#### V. La noche de San Juan.

El único texto y edición de esta célebre comedia de Lope de Vega se halla en la *Parte XXI* de las suyas, dispuesta y ordenada por él mismo, aunque no pudo ver el tomo terminado, por haber fallecido mientras se estaba imprimiendo.

Porque es de saber que Lope, a quien en 1625 se había prohibido por el Consejo de Castilla imprimir nuevos tomos de comedias, sin

(1) En 4.º; sin lugar ni año. 20 hojas sin numerar; signaturas A-C², de a 8 hojas, menos la última, que sólo tiene cuatro. Sin cabeceras ni adornos ni florón final. Parece de la segunda mitad del siglo XVII. Este ejemplar del Museo Británico es también el único conocido de esta comedia. Fué de M. Clorley.

(2) Manuscrito 15.005, en 18 hojas en 4.º,

titulado: *Los nobles como han de ser. De Lope de Vega*. Falta gran parte del acto tercero. Procede de la Biblioteca de D. Agustín Durán. Esta copia sólo se diferencia del impreso en algunas correcciones de erratas evidentes.

(3) En pág. 110, *nobleza* rima con *empresa*; en la 121, *trazan* con *abrasan*; en la 125, *traza* con *pasa*, y en la 129, *vergüenza* con *defensa*.

duda temiendo que fuese a inundar el mundo con ellos, sólo al cabo de algunos años obtuvo remisión de aquel extraño delito que consistía en ser el poeta más grande del orbe, volvió con mayor entusiasmo que nunca a publicar sus obras; pero era ya tarde, pues se le acabó antes la vida.

Estos diez años de suspensión suponen para su fama más de doscientas comedias, que hubiéramos hoy gozado en buenos textos y que se han perdido para siempre. Durante ellos, y más aún después de su muerte, arreció la persecución de los moralistas contra el teatro, y, sobre todo, la de los misioneros, que en cada pueblo o ciudad en que predicaban exterminaban sin compasión todo libro de comedias; y arrancaban, cuando podían, votos a las autoridades locales de no consentir jamás representaciones teatrales, como hicieron en Sevilla, Valencia, Granada, Pamplona, etc., etc.

No otra fué la causa principal de la desaparición de las cuatro quintas partes de nuestro teatro del siglo XVII. Salváronse las que ya entonces, o poco después, quedaron en el extranjero. Por eso son tan raras en textos dramáticos de los más raros las Bibliotecas públicas de Viena, Munich, París, Lisboa, Parma, Vaticana de Roma, Londres, etc., etc.

No puede dudarse de que esta *Parte XXI* fué hecha por el mismo Lope, pues así lo asegura su hija doña Feliciana de Vega (1), en la dedicatoria que hizo a una señora amiga, o protectora suya, de este precioso tomo, que contiene varias comedias y dramas de los mejores que salieron de la pluma del autor (2).

(1) Y el testafarro Licenciado Ortiz de Villena que ahora había elegido Lope, como antes de la *Parte IX* su amigo Gaspar de Porras, pues no quería dimes ni diretes con los intolerantes moralistas que le achacaban como un gran pecado haberlas compuesto y luego di vulgarlas.

(2) *Veinte y una | parte | verdadera de las | comedias del Fenix de | España Frei Lope Felix de Vega Carpio, del Abito de San | Iuan, Familiar del Santo Oficio de la Inquisicion, | Procurador Fiscal de la Camara Apostolica, | sacadas de sus originales. | Dedicadas a Doña Elena | Damiana de Iuren Samano y Sotomayor, muger de Iulio Cesar | Scazuola, Comendador de Molinos y Laguna Rota, de la Orden | de Calatrava, Embaxador de Lorena, Te-*

*sorero General de | la Santa Cruzada, y Media Annata, y señor | de la villa de Tielmes. | Nulla fuit Lopio Musarum sacra Poesis, | Illa perire potest, iste perire nequit. | 66 y 2, | Año † 1635. | Con privilegio. | En Madrid, Por la viuda de Alonso Martin. | A costa de Diego Logroño, mercader de libros, | Vendese en sus casas, en la calle Real de las Descalças.*

4.º; 4 hojas prels. y 260 foliadas: signatures A-Kk de a 8 hojas, menos la última que sólo tiene 4.

Portada; vuelta en bl.—*Hoja 2.ª*: Dedicatoria «A la señora doña Elena...», etc., firmada por «Doña Feliciana Felix del Carpio», sin año. Dice que su padre murió antes de acabarse la impresión de este tomo.

Algunos bibliógrafos citan como un nuevo texto cierto manuscrito que un tiempo poseyó el célebre Lord Holland, y hoy sus sucesores; pero no tiene valor alguno por ser una simple copia de la *Parte XXI*, impresa (1).

La comedia se estrenó, como fiesta real, la noche del 24 de junio de 1631, en el jardín del Conde de Monterrey, en el actual paseo del Prado, que ocupaba gran parte del trozo comprendido entre el Banco de España y casa de los Duques de Villahermosa, teniendo a un lado y otro jardines del Duque de Maqueda y D. Luis Méndez de Carrión, que también se aprovecharon para mayor lucimiento de la fiesta, preparada por la Condesa Duquesa de Olivares, mujer del favorito.

Hízose, además, otra comedia, escrita por Quevedo y D. Antonio Hurtado de Mendoza, titulada *Quien más miente medra más*, y representada por la compañía de Manuel Alvarez Vallejo, de la que era primera dama la célebre María de Riquelme, entonces en el apogeo de su fama y belleza.

*Vuelta:* «Las comedias que lleva esta parte veinte y una de Frei Lope Felix de Vega | Carpio, son las siguientes.

La Bella Aurora, Tragedia famosa, fol. 1.—Ay Verdades que en amor, fol. 25 v.—La Boba para los otros y discreta para sí, fol. 45.—La Noche de San Juan, fol. 67 v.—El Castigo sin venganza, fol. 91.—Los Vandos de Sena, folio 114.—El Mejor alcalde el Rey, fol. 139.—El Premio del bien hablar, fol. 158.—La Victoria de la honra, fol. 178 v.—El Piadoso Aragonés, fol. 202 v.—Los Tellos de Meneses, fol. 225.—Por la puente Iuana, fol. 243.

*Hoja 3.ª:* «Aprovación del Maestro Joseph de Valdivielso.» Dice que Lope aborrecía las alabanzas y que «ningunas pueden ser mayores que su nombre; porque en diciendo Lope de Vega, no hallo mas que decir, ni hay más que decir». Madrid, 9 de abril de 1635.—«Aprovación de Don Franciscó de Quevedo Villegas.» Madrid, 19 de mayo de 1635.—*Vuelta:* «Suma del priuilegio» a Lope, por diez años: Madrid, 25 de mayo de 1635.—«Suma de la tassa.» 4 mrs. pliego: tiene 76 y medio=299 mrs.: Madrid, 5 de septiembre de 1635.—«Fé de erratas» (ninguna): Madrid, 4 de septiembre de 1635.

*Hoja 4.ª:* «El licenciado Joseph Ortiz de Vi-

llena, a los aficionados de Frei Lope Felix de Vega Carpio.» Dice que había juntado en su poder la mayor parte de las obras de Lope, «que me costó no pequeño trabajo». Añade que «a persuasión suya (de Lope) le di estas doce comedias, sacadas de sus borradores y originales para darlas a la estampa. El quiso que este libro fuese la veinte y una parte verdadera de sus Comedias; que las demás que se han impreso en Sevilla, Zaragoza, Valencia y otras partes, todas son de diversos poetas; y aunque están con su nombre, no son suyas, que solo han servido de quitar la honra a sus escritos, y dar de comer a los libreros que las han impreso sin licencia. Después destas saldrá también la parte veinte y dos verdadera y luego ofrezco la *Vega del Parnaso*, con otras comedias y varias *Rimas*, donde se hallará lo mejor que él escribió en toda su vida...» (Acaba en el vuelto de esta hoja 4.ª)—Texto.

(1) Así lo declara el mismo manuscrito, que empieza: «La Gran comedia de La Noche de San Juan, de Frey Lope Felix de Vega Carpio. Copiada de la Parte vigesima primera de sus obras en Madrid y Agosto quatro de Agosto (*sic*) de Mil setecientos y treinta y dos». Al final dice que el copista fué Isidro Rodríguez Manjon.

La comedia de Lope, que éste compuso en tres días, como se dice en una *Relación* de la fiesta (1); y se ensayó en otros dos por la compañía de Cristóbal de Avendaño, que tenía por primera a María Candau, inimitable en el género cómico, fué representada con *loa*, así como la anterior, y Lope se alaba al final de haber excedido en la brevedad de la acción a los términos más rigurosos de los clásicos, diciendo:

Aquí la comedia acaba  
de *La Noche de San Juan*;  
que si el arte se dilata  
a darle por sus preceptos  
al poeta, de distancia  
por favor veinte y cuatro horas,  
ésta en menos de diez pasa.

Esta comedia es más notable por su versificación y lenguaje que por el asunto, reducido a los apuros que pasan las damas que habían resuelto fugarse con sus galanes, ante los obstáculos y dilaciones nacidos de las circunstancias mismas de la noche que habían elegido para ejecutar su proyecto.

Es además muy importante esta comedia por las alusiones que encierra; como las relativas a la misma fiesta en que se hizo, según se ve en las páginas 139 y 140, en donde Lope habla de sí mismo:

Sentados, hará Avendaño  
una comedia, que creo  
*es retrato desta noche*,  
en cuyo confuso lienzo  
tomó Lope la invención  
y se ha estudiado y compuesto  
todo junto en cinco días.

Uno de los espectáculos más alegres de aquella noche eran los bailes y danzas populares. Lope aprovecha la ocasión para mencionarlos y lamentar la desaparición de las antiguas y graves danzas españolas, sustituidas por los modernos bailes andaluces principalmente y ya influídos por los americanos.

TORIBIO.

De los bailes, don Félix, vengo muerto.

ALONSO.

¡Tristes danzas de España, ya murieron!

FÉLIX.

Dios las perdone; gente honrada fueren.

TORIBIO.

¿Qué se hicieron *gallardas* y *pavanas*,  
pomposas como el nombre y cortesanas?

ALONSO.

Ya se metieron monjas.

(1) La reprodujo D. Casiano Pellicer en su *Tratado histórico sobre el origen y progresos de la Comedia y del Histrionismo en España* (Madrid, 1804), tomo 2.º, págs. 168 y sigs.

FÉLIX.

Cosa extraña;  
que ya todas las danzas en España  
se han reducido a «zápiro» y a «zépiro»,  
a «zípiro» y a «ñápiro».

ALONSO.

¡Por Dios, que es gran donaire!  
No tenéis que decir.

FÉLIX.

Sí, pero el aire,  
la gala y bizarría  
con que el mayor señor danzar podía;

y los *pies de gibaos*,  
y *alemanas* y *brandos*, en saraos,  
¿por qué se han de dejar de todo punto?

ALONSO.

Hermano, porque todo el mundo junto  
se vuelve ya, como el vestido, viejo;  
lo de atrás adelante.

FÉLIX.

Mal consejo.

ALONSO.

La novedad, don Félix, siempre agrada,  
sea en razón o en sin razón fundada.

Hay descripciones de lugares, como la Casa del Campo, el Prado, y, sobre todo, rasgos de costumbres, comparsas, disfraces, canciones y coplas populares, matracas y cantaletas, y hasta pasajes que pueden servir para ilustrar y aun acreditar la atribución de comedias dudosas.

En ésta de *La noche de San Juan* hallamos clara alusión a la conseja de que la joven casadera, al asomarse por la mañana a su balcón o ventana, el primer nombre de varón que oía era el de quien había de ser su marido. Aquí se verifica al pie de la letra; porque unos bromistas que pasaban por la calle, al ver a Leonor asomada, y a la cual no conocían, le dicen:

ALONSO. ¡Oh, tú, doncellidama!  
Si sales a saber cómo se llama  
el que ha de ser tu esposo,  
y la oración has dicho al gloriozo  
Baptista, santo de profeta palma,  
sábete que ha de ser Juan de buen alma;  
y que por lo agarrado  
primero que Mendoza será Hurtado.

Don Juan de Mendoza era justamente el nombre del galán que la había sacado de casa, por lo que Doña Leonor, agradecida, les arroja una cadena de oro.

## VI. Obras son amores.

Hállase impresa esta comedia en la *Parte XI* de las de Lope, que él mismo reunió y entregó al público (1). Tiene, por consiguiente, las condiciones de autenticidad suficientes, y, a mayor abundamiento, aparece citada en la lista del *Peregrino*, edición de 1618, que es el año en que por primera vez salió a luz. En época más moderna se imprimió suelta en esta corte (2).

Es muy interesante comedia por no saberse hasta el final en qué pararán los amores del Rey y Laura, cuyo carácter original y no malo tiene, sin embargo, condiciones de realidad notorias. También el del

(1) *Onzena | parte de | las Comedias de | Lope de Vega Carpio, ja- | miliar del Santo Oficio. | Dirigidas a Don Bernabe | de Vinan- co y Velasco, Cavallero del Abito de San- | tiago, de la Camara de su Magestad. | Sacadas de sus originales. | Año* (Pseudote del Sagitario, con la leyenda «A Deo missa salubrissagita.» 1618. | *Con privilegio. | En Madrid, Por la viuda de Alonso Martin de Balboa. | A costa de Alonso Perez mercader de libros. | Vendense en la calle de Santiago.*

4.º; 6 hojas prels. y 295 foliadas; signaturas A-Oo, todas de a 8 hojas. Al final, en hoja perdida, dice: «En Madrid, | En casa de la viuda de Alonso | Martín de Balboa. | Año M. DC. XVIII.»

Portada; vuelta en bl.—*Hoja 2.ª*: «Aprova- cion del se- ñor Doctor Gutierre de Cetina.» Madrid, 4 de febrero de 1618.—«Suma del pri- vilegio» al autor, por diez años: El Pardo, 24 de febrero de 1618.—«Títulos de las Comedias.»

El perro del hortelano, fol. 1.—El azero de Madrid, fol. 28.—Las dos estrellas trocadas y ramilletes de Madrid, fol. 51 v.—Obras son amores, fol. 74 v.—Servir a señor discreto, fol. 98.—El Príncipe perfecto, fol. 122 v.—El amigo hasta la muerte, fol. 148.—La locura por la honra, fol. 175 v.—El Mayordomo de la Duquesa de Amalfi, fol. 200.—El Arenal de Sevilla, fol. 225.—La fortuna merecida, fol. 245. La Tragedia del Rey Don Sebastian y Bau- tismo del Príncipe de Marruecos, fol. 271.

*Vuelta*: «Tassa»: 4 mrs. pliego: tiene 75 y medio. Madrid, 10 de mayo de 1618.—Erra-

tas (muchas): Madrid, 6 de mayo de 1618: El Lic. Murcia de la Llana.

*Hoja 3.ª*: Dedicatoria, de Lope, sin fecha. (Lisonjera: dice que no pide nada.)

*Vuelta*: «Prologo del Teatro a los lectores.» Se queja Lope de los que le usurpan sus co- medias en la representación, aprendiendo unos cuantos versos y poniendo otros muchos pro- pios del usurpador. Que se vendían en las tien- das estos manuscritos a nombre de los auto- res usurpados. Dice que las de este tomo son legítimas. Ofrece otras doce y añade que tiene escritas ochocientas. Este prólogo ocupa ade- más todo el recto de la *Hoja 4.ª*

*Vuelta*: «A la memoria eter- | na de nuestro insigne amigo, Lope Felix de Vega Carpio por sus escritos.» Es una larga silva firmada por «Don Tomas Tamayo de Vargas. D. C.» en que va citando las obras de todo género, menos las comedias, que designa en globo, que tenía com- puestas Lope.—Texto.—Colofón.—Vuelta en blanco.—El libro se empezó a vender en mayo.

(2) Lleva el siguiente encabezado: N. 1. *Pág. 1. | Obras son amores, | y no buenas ra- zones. | Comedia | de Lope de Vega Carpio.*— 4.º, 32 ps. numeradas. Al fin dice: «Se hallará en la librería de Castillo, frente a las gradas de San Felipe el Real; en las de Saucha, calle del Lobo; y en el puesto de Sanchez, calle del Prín- cipe, frente al Coliseo.» Como se ve, el lugar de la impresión es Madrid; la imprenta no consta y la fecha aproximada, 1799. Este texto es inútil por completo; sólo corrige errores noto- rios. Sin embargo, es ya muy raro.

caballeroso Lucindo es bueno, aunque más común en esta clase de dramas.

El asunto debe ser de la invención de Lope y la fecha de la composición de la obra no muy apartada de la de su impresión.

Al final, dice:

LAURA.       Aquí acaba la comedia  
                  de las *Obras son amores*,  
                  para servirlos compuesta.  
FELISARDO.   Y yo, en nombre de *Belardo*  
                  os prometo seis tan belles,  
                  como lo dirá la Pascua,  
                  si aquí estamos la Cuaresma.

Una vez más se nombra aquí Lope con su habitual seudónimo de *Belardo*.

Los últimos versos, que diría el «autor» o director de la compañía, aluden a que, al cerrarse las representaciones el martes de Carnaval de cada año, cesaban también las compañías en su compromiso con los arrendadores de los teatros y los ajustes y contratos de los actores entre sí mismos.

Como toda la vida dramática, teatral e histriónica de España estaba en estos tiempos supeditada a las fiestas del *Corpus* de Madrid, el Ayuntamiento, y en su nombre el Corregidor y Comisarios de los autos y fiestas, designaban, durante la suspensión cuaresmal de espectáculos, los dos «autores» que habían de representar los autos del *Corpus* en el año.

Estos daban sus listas de compañías, que por el derecho de preferencia y embargo que tenía la Villa, reforzaban con los mejores cómicos, cuando les convenía. Y como los autos no se representaban hasta el mes de junio, por lo común, y los teatros se abrían el día segundo de Pascua de Resurrección, se les concedía a los «autores» elegidos la exclusiva de dar representaciones en los dos meses largos que precedían a las fiestas del *Corpus*. Y por eso durante la cuaresma era el cambio y trasiego de comediantes. Porque, completas las compañías de Madrid, los demás, «autores» y recitantes, podían irse a donde les conviniese y organizarse libremente.

En cambio, los «autores» elegidos debían permanecer en Madrid durante la cuaresma, para ultimar sus ajustes entre sí; proveerse de ropas y organizar las primeras futuras representaciones. De modo que por los últimos versos de la comedia de Lope venimos en cono-



cimiento de que se representó en los días de carnestolendas, pues aun no sabía el «autor» si lo elegirían para hacer los autos del mismo año.

## VII. La ocasión perdida.

Se publicó esta comedia, llena de faltas de todo género en la *Parte II* de la colección especial de Lope, hecha y publicada sin contar para nada con el autor, quien repetidas veces se quejó de las ofensas que le habían inferido en estos primeros tomos o *partes*, colegidos por ignorantes editores (1).

(1) *Segunda parte de las Comedias de Lope de Vega Carpio*. Madrid, Alonso Martín, 1609. De esta primera edición hay ejemplar, según Rennert, en el Museo Británico. Fue costeada por el librero Alonso Pérez (padre del Dr. P. de Montalbán) y dedicada a Doña Casilda Gauna Varona. La fe de erratas está fechada en Madrid, a 18 de noviembre de 1609. La aprobación del Dr. Cetina es de Madrid, 1.º de agosto de 1609 y otra de Fray Alonso Gómez de Encinas, mercenario, de Madrid, a 30 de julio del mismo año. Contiene las doce comedias de la de Madrid, 1610.

Se reimprimió en Valladolid y Pamplona el propio año de 1609, ediciones hoy rarísimas. La cuarta edición, probablemente igual a la primera de 1609, dice:

*Segunda parte | de las Co- | medias de Lope | de Vega Carpio, | que contiene otras doze, cuyos nombres | van en la hoja segunda. | Dirigidas a Doña Casilda de Gauna Varona, muger de | don Alonso Velez de Guevara, Alcalde ma- | yor de la ciudad de Burgos. |* (Un grabado) *Con licencia. | En Madrid, por Alonso Martín. | Año 1610. | A costa de Alonso Perez, mercader de libros.*

4.º; 2 hojas prels. y 372 foliadas.

Portada. Vuelta: Tassa: Madrid, 18 de noviembre de 1609.—Erratas: Madrid, 18 de noviembre de 1609.—*Hoja 2.ª*: «Las comedias que contiene este volumen son las siguientes: Comedia de la fuerza lastimosa (fol. 1).—Comedia famosa de la Ocasión perdida (fol. 37).—Comedia famosa del Gallardo Catalan (fol. 69).—Comedia famosa del Mayorazgo dudoso (folio 105).—Comedia famosa de la resistencia honrada y Condesa Matilde (fol. 137).—Comedia

famosa de Los Benavides (fol. 169).—Comedia famosa de los Comendadores de Cordoba (folio 201).—Comedia famosa La Bella malmaridada (fol. 229).—Comedia famosa de Los tres Diamantes (fol. 253).—Comedia famosa de la Quinta de Florencia (fol. 285).—Comedia famosa Del padrino desposado (fol. 313).—Comedia famosa de las Férias de Madrid (folios 342 a 372).—Todas llevan expreso el nombre de Lope de Vega y entre algunas hay hojas en blanco, sin duda para vender sueltas las comedias.

La quinta edición será la siguiente de Barcelona.

*Segunda parte | de las co- | medias de Lope | de Vega Carpio. | Que contiene otras doze, cuyos nombres | van en la ultima hoja. | Dirigidas a Doña Casilda de Gauna Varona, muger de | don Alonso Velez de Guevara, Alcalde ma- | yor de la ciudad de Burgos. | Año* (Adorno tipográfico.) *1611 | Con licencia. | En Barcelona en casa Sebastian de Cormellas al Call, | Año 1611. | Vendense en la mesma Empronta.*

4.º; 4 hojas prels. y 323 hojas, sin foliar. Signaturas A–Xx, todas de a 8 hojas menos la última que tiene cuatro.

Portada—V. en bl.—*Hoja 2.ª* Tassa: Madrid, 8 de noviembre de 1609; 4 mrs. pliego.—*Vuelta*: Licencia Real: Madrid, 11 de agosto de 1609, a Alonso Perez.—*Hoja 3.ª* Aprobación del Dr. Cetina: Madrid, 1.º de agosto de 1609.—Aprobación de Fray Alonso Gomez de Encinas: Madrid, 30 de julio de 1609.—*Vuelta*: Aprobación de El Maestro Fr. Thomus (*sic*) Roca: Barcelona. En Santa Catherina Martyr, «vispera de la misma Santa». Año 1610. Licencia del Vicario de Barcelona. *Hoja 4.ª* Dedicatoria a Doña Casilda por Alonso Pérez. En la

Por fortuna en este caso, se conserva en la Biblioteca Nacional un manuscrito antiguo, copia, pero no muy mala de esta comedia (1), que nos ha servido, no sólo para llenar los vacíos que en el impreso se notaban, sino para añadir muchos pasajes que probablemente se hallarán en la comedia original que Lope habrá vendido a los autores de compañías. El manuscrito en otros lugares es incorrecto.

*La ocasión perdida* es obra de la juventud de Lope; lo prueba, no ya el hallarse citada en la primera edición del *Peregrino* (1604) tanto como su carácter novelesco y la carencia de elemento cómico representado por el gracioso.

Por lo dicho se adivina que esta obra es algo inverosímil; pero muy agradable y fácilmente escrita y versificada. El engaño de hablar de noche la dama con el galán, fingiendo ella ser otra dama, es frecuente en otras comedias, aun entre las del propio Lope de Vega.

El asunto pudiera ser de la invención del mismo, pues todo él es falso. Un rey de León, cuyo nombre no se dice, que va personalmente a conquistar como mujer una princesa de Bretaña, es cosa demasiado peregrina y antigua para que ande ni aun en leyendas genealógicas, que es lo más audaz y arrojado que tenemos en nuestra literatura histórica.

### VIII. La octava maravilla.

Citó el autor esta comedia en la segunda edición (1618) de su *Peregrino* y la dió a la imprenta en la *Parte X* de las suyas, publicada en el mismo año y otras veces (2).

*Uelta*, los títulos de las comedias; las mismas y por el mismo orden que en la edición anterior.—Texto.

Las demás ediciones: Bruselas, 1611; Madrid, 1618, etc., son iguales a las anteriores.

(1) Manuscrito 17.230, con el título de «La famosa comedia de *La ocasion perdida*. Figuras». De letra moderna se añadió «De Lope de Vega». Consta de 51 hojas en 4.º; letra de la primera mitad del siglo XVII. Faltan versos de los del impreso, pero tiene muchos que no hay en éste. Con ambos se ha formado el texto que imprimimos. En la Biblioteca ducal de Parma hay, según Restori (*Una collezione di Lope de Vega*. Livorno, 1891; p. 29), una copia manuscrita moderna, del siglo XVIII.

(2) *Decima | parte de | las comedias de | Lope de Vega, Familiar | del Santo Oficio. Sacadas de sus originales. | Dirigidas por el mismo | al Excelentissimo señor Marques de Santa cruz | Capitan General de la esquadra | de España. | Año (Marca con el grifo y el globo alado) 1618. | Con privilegio. | En Madrid, por la viuda de Alonso Martin de Balboa. | A costa de Miguel de Siles mercader de libros. | Venden en su casa, en la calle Real de las Descalças.*

4.º; 4 hojas prels. y 299 foliadas y una más para el colofón, que dice: «En Madrid | Por Iuan de la Cuesta. | Año M. DC. XVIII.» Signaturas A-Pp, todas de a 8 hojas, menos la última, que es de 4.

Portada; v. en bl.—Hoja 2.ª: Títulos de las

No ofrece, pues, duda alguna su autenticidad. En cuanto a la fecha de su composición y estreno sabemos que es anterior a 1611, en que falleció la reina Doña Margarita de Austria, mujer de Felipe III, a la cual se da por viva, en un pasaje de esta comedia (página 274), que dice:

ANA.           ¿Viste a la Reina?  
IOMAR.       Ya vi  
                la Margarita preciosa  
                y la sucesión hermosa  
                que me dejó absorto allí.

Pero aun podemos precisar más el año, sirviéndonos de otro pasaje (pág. 247) en que, hablando el poeta de los diversos Consejos supremos que había en España, al llegar al de Indias, dice:

Tiene un Consejo de *otro mundo*  
de que se llama rey por su conquista;  
que le gobierna *un ínclito mancebo*  
de quien su misma fama es coronista.

Alude a D. Pedro Fernández de Castro, conde de Lemos, yerno del primer ministro y favorito, el Duque de Lerma, que le nombró Presidente del Consejo de Indias en abril de 1603, cuando apenas tenía veinticinco años. Pero el de Lemos abandonó este puesto a mediados de 1609 para ir a desempeñar el virreinato de Nápoles. Como cuando Lope escribía era aún Presidente, pues si estuviera ya en Italia lo hubiera dicho, es seguro que *La octava maravilla* se escribió en 1609 o algo antes.

Propúsose Lope en esta comedia pintar la grandeza del Monasterio del Escorial, y como no tuviese materia si no entraba en largas

comedias que van en esta decima parte. El Galan de la Membrilla (fol. 1).—La venganza venturosa (fol. 27).—Don Lope de Cardona (folio 53).—El Triunfo de la humildad y la soberbia vencida (fol. 77).—El amante agradecido (fol. 101).—Los Guanches de Tenerife y Conquista de Canaria (fol. 127).—La Octava maravilla (fol. 151).—El sembrar en buena tierra (fol. 177).—El blason de los Chaves de Villalba (fol. 197).—Juan de Dios y Antón Martin (fol. 221).—La Burgalesa de Lerma (folio 247).—El poder vencido y el amor premiado (fol. 272).

*Vuelta*: «Tassa»: 4 mrs. pliego: Madrid, 8 de enero de 1618.—Erratas: Madrid, 8 de enero

de 1618 (ninguna). El Lic. Murcia de la Llana.

*Hoja 3.<sup>a</sup>*: Aprobacion (Es la licencia del Vario, Dr. Gutierre de Cetina): Madrid, 7 de noviembre de 1617.—«Aprobacion» de Fr. Alonso Remon: Madrid, 15 de noviembre de 1617.—*Vuelta*: Suma del privilegio al autor por diez años: Madrid, 27 de noviembre de 1617.—Décima del Maestro Colindres a Lope de Vega.

*Hoja 4.<sup>a</sup>*: Dedicatoria de Lope de Vega; sin fecha.—«Al Lector.» Prólogo irónico de Lope contra sus émulos.—Texto.—Colofón.

Con la misma portada y contenido se repitió esta impresión en Barcelona en 1618, y en Madrid en 1620 y 1621.

y minuciosas descripciones, hizo extensivo el elogio a toda España, y en especial al gobierno y administración del Duque de Lerma. Para ello urdió un asunto, algo desordenado, pero muy original y con un carácter, el del encubierto rey de Bengala, bien y enérgicamente trazado. Hay mucho chiste por los dos graciosos de la comedia y curiosos episodios, como las escenas de la cárcel, dignas de atención por la fecha en que se suponen; el lindo canto y baile de los portugueses en Oriente; los catálogos de Grandes y Títulos de Castilla y otros.

### IX. El padrino desposado.

Aparece ya citada esta comedia por Lope en su *Peregrino* de 1604. Fué impresa en 1609 en la *Parte II* de su colección especial (1). De modo que nos hallamos con una comedia auténtica y de la primera época de su autor.

En 1600 ya la representaba en Granada la compañía de Nicolás de los Ríos, como dice Agustín de Rojas en su *Viaje entretenido*, donde, hablando de una loa famosa que Rojas había dicho en la ciudad granadina, le interrumpe el citado Ríos, que es uno de los interlocutores en esta narración del *Viaje*, diciendo: «¿No es bueno que nunca pude oírla, por estarme vistiendo de moro para empezar la comedia del *Padrino desposado*?» (2).

Como la loa se recitaba al empezar la comedia y en la escena segunda sale ya el rey Argolán, papel que haría Ríos, se comprende que estaría acabándose de vestir cuando Rojas recitaba su loa.

Según la cronología que puede fijarse para el *Viaje* de Rojas, representaron en Granada los autos del *Corpus*; luego salieron para Burgos, entrando en Valladolid, donde estaba la corte, a fines de dicho año.

La comedia no debía de ser muy vieja en 1600. Ríos, salía de representar en Sevilla, donde quizá la habría estrenado y la iría repitiendo en los lugares por donde iba pasando.

De un pasaje de la comedia, al fin de ella, en que hablando de la

(1) Véase la descripción de esta *Parte* en el número VII de este prólogo. En la Biblioteca ducal de Parma hay un manuscrito, copia moderna de la parte impresa que de poco o nada

puede servir para mejorar este texto, que bien lo necesita.

(2) AGUSTÍN DE ROJAS. *Viaje entretenido*. Madrid, 1793; tomo I, p. 153.

protagonista, una Doña María, hija del Conde de Barcelona, y su descendencia hasta Doña Juana la Loca, dice el astrólogo Zulema, moro (pág. 322):

Nacerá el gran Carlos de ella;  
 padre y abuelo de los  
 Filipes en quien se sella  
 nuestra pernición.

pudiera creerse que aun vivía Felipe II; pero no hay que olvidar que este Rey prohibió las representaciones dramáticas cuando la muerte de su hija Doña Catalina (6 de noviembre de 1597) y cerrados estuvieron los teatros hasta la primavera de 1600. Creemos, pues, que a este año y no antes corresponde la composición de esta tan desordenada como interesante comedia.

El fondo del asunto de ella, hasta en muchos de los anacronismos y disparates geográficos, está tomado de una novela de Mateo Bandello (1). Pero el desarrollo y episodios de la obra española; todo lo de los dos actos primeros en que entra el simpático personaje de Argolán, rey moro de Alcalá, y sus disputas y duelos con los caballeros cristianos, es de Lope. Nada de esto ni de otros episodios, los mejores de la comedia, hay en la novela del autor italiano.

## X. El palacio confuso.

Esta obra fué impresa por primera vez a nombre de Lope de Vega en la *Parte XXVIII* de comedias de *Varios autores*, en 1634 (2).

(1) La 54 de la *Parte III* de ellas.

(2) *Parte | veynte y ocho, | de Comedias de | varios Autores.* | 63. | (Escudo del Editor) *Con licencia.* | *En Huesca, Por Pedro Bluson Impresor de la | Universidad, año 1634.—A costa de Pedro Escuer Mercader de Libros.*

4.º; 4 hojas prels. y 250 foliadas; signaturas A-Kk<sup>2</sup> de 8 hojas, menos la última, que tiene 4. Al pie del vuelto de la hoja 250, dice: «Con licencia. | En Huesca, por Pedro Bluson, impressor | de la Universidad. Año 1634. A costa de Pedro Esquer, Mercader de Libros.»

Portada; v. en bl.—*Hoja 2.ª* Licencia del Vicario de Huesca: 6 de abril de 1633.—Aprobación de Diego Amigo, por el Virrey D. Fernando de Borja: «En Çaragoça a 27 de octubre de 1633.—*Vuelta*: «Títulos de las comedias.» 1. La Despreciada querida, 1.—2. La Industria

contra el Poder, 23.—3. El Labrador Venturoso, 43.—4. *El Palacio Confuso*, 65.—5. La Porfía hasta el Temor, 89.—6. El Iuez de su Causa, 109.—7. El Zeloso Estremeño, 131.—8. De un castigo tres Venganzas, 153.—9. El Príncipe Don Carlos, 175.—10. El Príncipe de los Montes, 186 (es 196 vuelto).—11. El Príncipe Escanderbey, 217.—12. La Cruz en la Sepultura, 234 (vuelto).

*Hoja 3.ª* (Con una cabecera de adornos tipográficos y la signatura 53). Dedicatoria a Don Antonio Manrique de Luna y Lara, de Pedro Escuer, sin fecha ni lugar. Dice que le dedica «estas diez comedias de diferentes Autores» (El tomo tiene doce). Esta dedicatoria ocupa además parte del vuelto de esta hoja 3.ª y al pie tiene el reclamo: «Comedia». Pero la *Hoja 4.ª* no empieza por esta palabra, sino que

Repitióse con el mismo encabezado y a nombre de Lope en una *Parte XXIV* de Lope, impresa en Madrid en 1640, que vieron don Nicolás Antonio en el siglo xvii (1) y D. Juan Isidro Fajardo a principios del xviii (2).

Pero, en 1667, fué de nuevo impresa en la *Parte XXVIII* de comedias *Escogidas* (3) con grandes impresiones y atribuyéndola a Mira de Amescua, y con el mismo padre corre una edición suelta hecha probablemente a principios del siglo xviii (4). A pesar de esto

contiene otra dedicatoria de Escuer a D. Francisco de Villanueva y Tejada, sin fecha ni lugar, en que dice le dedica «estas dos comedias», no dice cuáles; pero serán las dos últimas porque en la vuelta, donde acaba la dedicatoria, tiene al pie el reclamo «Escanderbey», que es justamente la 11.<sup>a</sup> comedia del tomo, aunque no empieze con la palabra del reclamo, sino con «La despreciada querida», que es el título de la primera comedia del tomo. Esta anomalía tipográfica, que se aumenta al ver que la hoja de esta segunda dedicatoria tiene en el recto la página 216 y en la que sigue la 217 y al pie la signatura «Ff 3», no se explica con suponer que la hoja estará mal puesta en el tomo; porque en éste están muy bien ocupados los números 216 y 217 con lo que les corresponde y lo mismo hay también la signatura «Ff 3» en su debido lugar y con su plana que le corresponde.

Como en España no hay más que este ejemplar de esta *Parte*, llamamos la atención de los bibliófilos extranjeros, por si pudiesen ver otro que nos saque de dudas.

(1) Bib. Nova, II, pág. 77.

(2) *Catálogo* manuscrito de comedias, hecho por él, que se halla manuscrito en la Bib. Nac.

(3) *Parte veinte y ocho | de Comedias | nuevas de los mejores | ingenios desta corte. | Dedicala | al señor D. Luis de Guzman, cavallero | de la Orden de Santiago, Prior de Arzoniz en el Reyno de | Navarra, Secretario del Excelentissimo Señor | Duque de Alva. | Año* (Escudo de la casa de Guzman) 1667. *| Con licencia. | En Madrid, por Ioseph Fernandez de Buendia. | A costa de la Viuda de Francisco de Robles, Mercader de libros. Vendese en su casa | en la calle de Toledo, enfrente de los Estudios de la Compañía de Iesus.*

4.<sup>o</sup>; 4 hojas prels. y 487 ps.

Portada; v. en bl.—*Hoja 2.<sup>a</sup>* Dedicatoria de Lucía Muñoz (la viuda de Robles) que ocupa también la vuelta. *Hoja 3.<sup>a</sup>*: Aprobación del P. Manuel de Nájera: Colegio Imperial, de Madrid, 22 de enero de 1657 (*sic*: es 1667)—Licencia del Ordinario: Madrid, 22 de enero de 1667.—*Vuelta*: Aprobación del P. Andrés Mendo (Dice que estas comedias andaban ya sueltas impresas. Añade que es lícito oír y leer comedias, cosa rara en un jesuita). Madrid, 28 de enero de 1667.

*Hoja 4.<sup>a</sup>*: Suma de la licencia; a Lucía Muñoz. Madrid, 1.<sup>o</sup> de febrero de 1667.—Suma de la Tasa: 6 mrs. pliego: Madrid, 10 de junio de 1667.—Erratas: Madrid, 5 de junio de *íd.*—*Vuelta*: «Tabla de las comedias que en este libro se contienen:

El Príncipe Don Carlos, del Doctor Juan Perez de Montaluan, fol. 1.—San Isidro Labrador de Madrid, de Lope de Vega Carpio, folio 43.—El Sitio de Breda, de Don Pedro Calderón de la Barca, fol. 83.—Los empeños de un engaño, de Don Juan de Alarcon, fol. 131.—El mejor Tutor es Dios, de Luis de Belmonte, fol. 166.—*El Palacio confuso*, del Doctor Mira de Mesqua, fol. 199.—Victoria por el amor, del Alferez Iacinto Cordero, fol. 231.—La Victoria de Norlingen, de Don Alonso del Castillo Solorzano, fol. 273.—La Ventura en la desgracia, de Lope de Vega Carpio, fol. 307.—San Mateo en Etiopia, del Doctor Felipe Godínez, fol. 371.—Mira al fin, de vn Ingenio desta Corte, fol. 403.—La corte del Demonio, de Luis Velez de Guevara, fol. 444.—Texto.

(4) En cuarto; sin lugar ni año; 20 hojas sin numerar. Signaturas A-F de 4 hojas. Su título es: *El Palacio confuso. | Comedia | famosa. | Del Doctor Mira de Mesqua*. La impresión es de fines del siglo xvii y sigue servilmente el

la atribución a Mira es aún más antigua que la de Lope, pues se halla en una lista de comedias que para representar en Valencia tenía, en 1628, el autor de compañías Jerónimo Almella (1). Y aunque esta lista contiene en otros casos bastantes errores, en el presente quizás esté en lo cierto más que las impresiones de 1634 y de 1640.

Leída con detenimiento esta comedia yo, a lo menos, no hallo en ella las señales seguras de la mano de Lope, sobre todo en los caracteres femeninos, bruscos y atropellados, más propios de un corazón seco, como era el de Mira.

Esta comedia, aunque original en el desarrollo de un asunto muy tratado ya desde Terencio, que es la confusión entre dos hermanos gemelos, no ofrece todo el interés que podía esperarse del parecido, ya que el enredo se limita a deshacer el uno lo que el otro hace. El episodio de la confusión de Porcia y Elena sobre cuál fuese el rey sería bueno si no fuese tan corto y de poca consecuencia.

## XI. El paraíso de Laura y florestas del amor.

Sólo ha llegado a nosotros esta comedia en una copia manuscrita fechada en 1680 y de letra de la época, admirablemente escrita, es decir, por un excelente calígrafo, en cuyo título dice:

*El Paraíso de Laura | Y Florestas del Amor. | De Lope. | Comedia Nueva.*

Consta de 36 hojas en cuarto, a dos columnas (2).

La comedia está bien escrita y versificada con soltura. Es entretenida y aun a veces interesante. Hay escenas, como el baño de Laura y el encuentro de ésta con Don Fernando, que parecen de Lope; pero no nos atrevemos a adjudicársela. Quizá con nuevos datos se pueda llegar a conclusiones más seguras que las que por hoy podemos ofrecer al lector. Pero la comedia no podía faltar en una colección completa de Lope.

Es muy digno de notarse que ya el bibliófilo y librero Francisco

texto de la *Parte XXVIII* de *Escogidas* que es más corto que el de 1634. Sólo enmienda algunos errores tipográficos del modelo.

(1) *Bulletin hispanique*, tomo VIII, página 378. El *Catálogo* de Medel, pág. 84, cita dos comedias de este título, atribuyendo una

a Lope y otra a Mira de Amescua; y así Huerta y los demás que le siguen.

(2) Este manuscrito perteneció a Lord Holland y después a Lord Ilchester, quien permitió hace ya varios años que la Academia hiciese una copia fotográfica, que no resultó muy perfecta.



Medel conoció al menos el título de esta comedia en 1735, pues la cita, aunque anónima, en su *Catálogo*, impreso en dicho año; página 84. Como obra distinta y también anónima, cita igualmente otra pieza titulada *Floresta de Amor*. Don Vicente García de la Huerta, que en 1786 publicó otro *Catálogo alfabético*, no hizo más que copiar a Medel del Castillo, que es la fuente de todos los bibliógrafos modernos para las comedias sueltas.

## XII. Pedro de Urdemalas.

Lope de Vega, en la segunda impresión de su *Peregrino*, Madrid, 1618, menciona una comedia suya titulada *Pedro de Urdemalas*, de lo cual se deduce que la habrá escrito y representado quizá varios años antes.

Dos textos hay de esta comedia que pueden ser de Lope, o mejor dicho, uno solo, pues como se ha visto en el impreso que sigue a este prólogo, las variantes entre uno y otro se reducen a cambiar los nombres de lugar, que en uno es París y el otro Florencia, y de algunos personajes, que en unos son de invención: un Duque de Florencia, Fabio, Riselo, etc., y en otro históricos: el rey Francisco I de Francia, el Duque de Borbón, el Almirante, etc. Uno de estos textos es una impresión suelta, que tiene este título:

*Pedro de Vrdemalas. | Comedia | famosa. | De Ivan Perez de Montalvan.*

La fecha de esta edición corresponde a fines del siglo XVII o principios del siguiente, en año que no se determina (1).

De Montalbán no hay que soñar que sea esta comedia; ya porque en ninguna colección autorizada se halla, ni se la atribuye ningún contemporáneo, ni, sobre todo, porque sabiendo que su maestro y protector, Lope, había escrito una obra de este título y asunto, en

(1) En cuarto; sin lugar ni año; 18 hojas sin numerar. La última de ellas contiene un *Bayle famoso del Pescador*, que empieza: «GRAC. Pescador de damas, | más pierde que gana.— Mús. Pescador de hombres, | más gana que come.» Y acaba: «GRAC. Busquen otro gatito | que no es mi pasto | gente de zape, al gusto | de miz, al gato. | No reciba tanto susto | que si a querella me ajusto | la sabré dar por mi gusto | desde la silla al tapiz | miz.—

Fin.» (*Adorno tipográfico*). A continuación del nombre del autor, sigue: «Hablan en ella las personas siguientes: | Adrian; Lisarda, dama; el Rey Francisco de Francia; Laura y Turino, villanos; Fulgencio; Gerardo; Duque de Guisa; Duque de Borbón; el Almirante de Francia; Fabricio; el Conde Arnaldo; Clara, dama. | Jornada primera. | Salen Adrián y Lisarda.» En lo demás el texto es el mismo que la copia manuscrita que sigue.

manera alguna se hubiera él propasado a repetirlo, como pretendiendo mejorarlo.

A mayor abundamiento, el ejemplar de este impreso que hay en la Biblioteca Nacional tiene tachado el nombre de Pérez de Montalbán y puesto al margen el «de Lope» con letra del siglo XVII, es decir, del mismo tiempo que la impresión de la comedia.

El inolvidable D. Antonio Restori, benemérito Correspondiente de la Academia Española, halló en la Biblioteca ducal de Parma, y tuvo luego la atención de enviarnos copia, un ejemplar, en parte manuscrito, de esta comedia, hecho a principios del siglo XVIII (1).

Por parecernos que esta versión o forma es quizás anterior a la otra impresa la hemos preferido para el texto, aunque menos completa; pero en las notas van los versos y variantes que ofrece la impresa: de modo que se hallan reunidos ambos (2).

No siendo, pues, esta comedia de Montalbán, y habiendo positivamente Lope compuesto una de este título, parece muy acertado atribuirle ésta, que no desdice de otras suyas auténticas (3).

Muchos años después (hacia 1683) refundió esta comedia don Juan Bautista Diamante, cambiando los nombres de las personas y el lugar de la acción, que ahora es Nápoles, y algunos de los episodios, aunque conservó los principales y el fundamento del asunto, que es conquistar Lucrecia (la Laura de Lope) el afecto del Capitán Osorio (el D. Juan o Adrián de Lope) por medio de sus disfraces y travesuras.

Ya en su tiempo le descubrieron el plagio, pues en unas coplas satíricas que se circularon entonces con motivo de las disputas que produjo la aprobación del P. Fr. Manuel de Guerra y Ribera de la

(1) Don Antonio Restori, puso al principio de su copia esta nota: «Palatina parmense. Collezione di Diferenti Autori, tomo LXXX; parte a stampa, parte manoscritto. Questa è l'ultima commedia del tomo, copia calligrafica, senza alcuna indicazione, in inchiostro rossiccio molto sbiadito, non di mano del Rodriguez (autor de otras copias de dicha colección) ma contemporanea a lui (primi del sec. XVIII.—RESTORI.)»

(2) Por algunas expresiones, parece que se escribió primero suponiendo la acción en Italia. Por ejemplo, en la pág. 396<sup>1</sup> se dice:

Laura, de libros cargada  
estudie, *vaya* a París.

Si el impreso fuera anterior, no diría *vaya*, sino *venga*, pues en París y arrabales pasa la acción; mientras que siendo en Italia, como supone el manuscrito, fuerza era decir: «vaya a París».

(3) Una comedia de *Pedro de Urdemalas* representó a fines de 1622 en palacio a la Reina D.<sup>a</sup> Isabel la compañía de Manuel Alvarez Vallejo. Sería la de Lope de Vega. Véase *Comedias de Lope de Vega*, en la Bib. Rivaden., IV, xv.

*Quinta parte* de las comedias de Calderón, hablado de las que a la sazón se representaban, dice:

Pues la de *Pedro Urdemalas*...  
Vergüenza me da el nombrarlo,  
al ver poetas manlercos  
que de otros zurcen retazos (1).

En la Biblioteca Nacional hay un manuscrito de esta refundición: copia hecha en 1690, en que claramente se dice ser obra de Diamante y se añaden algunas circunstancias curiosas (2).

Por este texto hizo en Madrid, Antonio Sanz, una impresión en 1750; pero atribuyendo la obra a «Un Ingenio de esta corte», que es el autor que daban a las comedias cuando no sabían otro (3). La atribución de una comedia de este título a D. José de Cañizares no tiene fundamento ninguno.

El nombre de Pedro de Urdemalas dado a todo sujeto travieso con ingenio, embrollón y entremetido, sin ser criminal, es antiguo y legendario en España. Cítale ya con este carácter Juan del Encina, en una poesía suya, titulada *Almoneda*, escrita antes de 1496, en la

(1) PELLICER (Casiano). *Tratado histórico del origen... de la comedia y del histrionismo en España*. Madrid, 1804; 8.º; I, 205.

(2) Número 16.420, de 73 ps. en cuarto, procedente de Osuna. Tiene este encabezado: «*La gran Comedia de Pedro de Urdemalas*. En Cádiz a 3 de septiembre de 1690. Hubo de entrada 787 reales. Soy de Antonio de Escamilla. Cádiz 3 de septiembre de 1690.»—En la hoja siguiente, de letra del texto, dice: «Jornada primera de *Pedro de Urdemalas. Comedia famosa de Diamante*.»—Al final de esta jornada, dice: «La trasladó Bartolomé de Robles para la señora Manuela de Escamilla, que la estrenó. En Medina Sidonia se hizo y hubo de entrada 619 reales. En el año 1693 se hizo esta comedia en Orilmela y hubo de entrada 300 reales de plata, el 21 de enero.»—En la hoja última de la segunda jornada, dice: «Se hizo en casa del Señor Gobernador, el día 6 de septiembre de 1690 y dió 300 reales de particular. Miguel de Escamilla.»—Al final, después del último verso añade:

Desta comedia la gracia  
ninguno inter te seguilla;  
porque se escribió y es sola  
de Manuela de Escamilla.

La trasladó Bartolomé de Robles. (*Rúbrica de éste*.)

En la misma Bib. hay otro manuscrito antiguo, número 15.285, de 75 hojas, con el título de *Comedia famosa de Pedro de Urdemalas, de Don Juan Bautista Diamante*, que es copia del anterior, y acaba así: «Tengan fin con vuestro aplauso.—Fin de la comedia de Pedro Urdemalas, es de Pedro de Alcántara y está trasladada de su mano.» Alcántara era actor y autor de compañías de fines del siglo XVII y primeros años del siguiente.

(3) «N. 239 | *Comedia famosa. | Pedro | de Urdemalas. | De un ingenio de esta corte. | Hablan en ella las personas siguientes.* | El Capitán Ossorio; el Conde Octavio; Rocafeliz; Mochila, Gracioso; Floro, Criado; Soldados; el Gran Capitán; un Hostalero; Lucrecia, Dama; Laura, Dama; Liseta; Juana; Gitano 1; Gitano 2; Sargento; Criados 1 y 2; Pajes 1 y 2; Soldados 1 y 2; Voces y Música.» Al fin, dice: «Hallaráse esta Comedia, y otras de diferentes títulos en Madrid en la Imprenta de Antonio Sanz, en la Plazuela de la Calle de la Paz. Año de 1750.» 4.º; 17 hojas sin numerar.

cual, haciendo inventario de lo que un pobre estudiante vendía para ir a Bolonia, dice:

Es un libro de las *Consejas*  
del buen *Pedro de Urdemalas*,  
con sus verdades muy ralas  
e sus hazañas bernejes (1).

Esto de la existencia de un libro popular de las aventuras de Pedro de Urdemalas, parece cosa cierta, teniendo en cuenta lo que dice Lope en la comedia que ahora imprimimos (pág. 427):

LAURA. Pedro de Urdemalas soy.  
LISARDA. ¿Hay mujer más desclichada?  
DUQUE. Pues, ¿dónde resucitaste?  
*Mil años ha que se canta*  
*esa fábula en el mundo.*  
LAURA. Señor, *su libro* fué causa,  
entre muchos que leí  
en mi tierna edad pasada.

Sería probablemente una historia popular en verso, que hoy se ha perdido por completo.

Poco después de Encina le recuerda también Lucas Fernández, por boca del pastor Gil:

¿Vos sois *Pedro de Ordimalas* (2).

En adelante ya es frecuente en nuestros autores el nombre y fama de Urdemalas. Cervantes escribió una de sus más ingeniosas y por muchos títulos interesante comedia con el título de *Pedro de Urdemalas*, que fué de las nunca representadas, pero sí impresas en 1615 (3) y Salas Barbadillo una divertida novela con igual título en 1619 (4).

La comedia de Lope parece obra de su mocedad por lo movida, traviesa y alegre. Tiene parcialmente muy buenas escenas, como la de la venta y los estudiantes; la de la prisión de Laura, como galán; todas las del falso ciego y la del final. Pero, claro es que la verosimilitud, sobre todo del personaje principal, queda malparada.

(1) *Cancionero de Juan del Encina*. Salamanca, 1496; folio. Véase folio lvj.

(2) *Egloga o farsa del Nacimiento*, escrita en 1500. (Véase página 156 de la edición de 1867.)

(3) COTARELO Y VALLEDOR (Arim.). *El tea-*

*tro de Cervantes. Estudio crítico*. Madrid, 1915. 4.º; ps. 389-430.

(4) *El sutil Cordovés Pedro de Urdemalas...* Autor Alonso Geronimo de Salas Barbadillo. Madrid, Juan de la Cuesta, 1620. 8.º; 4 hojas prels. y 267 foliadas y una más de colofón.

### XIII. Las pérdidas del que juega.

Esta comedia que Medel cita como anónima (1) ha llegado a nosotros en dos manuscritos antiguos, uno de ellos fechado en 1633 y otro algo anterior.

Este último se halla en la Biblioteca Nacional (2). Es mucho mejor que el de 1633; pero, desgraciadamente, le falta el acto tercero. Sirvió para las representaciones del teatro; por eso tiene diversas acotaciones y largos pasajes tachados, que a veces son necesarios para el sentido, aunque en la rapidez del recitado pudieran pasar inadvertidos.

El segundo manuscrito, el fechado en 1633, que perteneció a Lord Holland, y hoy se halla en el Museo Británico (3), consta de dos partes, bien definidas.

Los dos primeros actos, escritos por un primoroso calígrafo, son ciertamente de la fecha que ostentan, pues aquella preciosa letra es ya posterior a la escuela de Morante y notoriamente influida por la de Casanova y sus discípulos. Esta copia fué hecha sobre el manuscrito de la Nacional, pues, como indicamos en las notas a ella, suprime todos aquellos pasajes que en aquél aparecen tachados, por considerarlos el copista inútiles; lo cual prueba que se puede ser buen calígrafo y no tener sentido común.

Pero el acto tercero está escrito de otra letra que, sin ser mala,

(1) Este caso, como otros que ya hemos notado en estos prólogos, prueba el gran valor bibliográfico de este *Catálogo*. Medel, que conocía no sólo todas las comedias que existían impresas en Madrid, sino las manuscritas, en especial las de la Biblioteca de Osuna, vió en esta biblioteca el manuscrito de *Las pérdidas del que juega*, al cual ya en su tiempo faltaba la primera hoja, que contenía el nombre del autor, y la dejó correr anónima.

(2) Manuscrito número 15.627, en cuarto, letra del primer tercio del siglo XVII, en 37 hojas. Le faltan la hoja primera y todo el acto tercero. Empieza, sin más título ni encabezado: «Jornada 1.<sup>a</sup> de Las Pérdidas del que juega | original. | D. Jn.º; D. Leonor; Theodora; Guzman; hernando; Zelio; Vn alguacil; Bola-

ños, pobre; gonçalo; D. Bernardo; D. Juana; D. Maria; D. P.º Lujan; Rodrigo, probe; Vn Probe.» Y luego el texto.

(3) «*La Grancomedia delas | perdidas delq<sup>ua</sup> Juega | 1633.*» Esto en la hoja primera. En la segunda: «*JHS. | La gran Comedia | de | Las perdidas | de | El que Juega. | Personas. |*» Los dos primeros actos son de esta hermosa letra. El tercero es o parece de la misma mano que escribió los del manuscrito de la Bib. Nacional. Se conoce que el dueño o autor de la segunda copia, en vista de que en el acto tercero no había supresiones ni cambios, prefirió a copiarlo, coserlo con los dos primeros. Dedúcese, pues, que los dos manuscritos son uno mismo que perteneció al caudal de comedias de los teatros madrileños.

es mucho menos clara, sumamente ligada, sin paralelismo y con tendencias a la letra procesada que ya se usaba en aquellos días.

Por este carácter de ligada y muy cursiva creyó D. Cayetano Alberto de la Barrera que el manuscrito de la Biblioteca Nacional era autógrafo. Pero no tiene más que una vaga semejanza con la letra de Lope en algunos trazos y letras forma común a la de otros amanuenses del tiempo. Lo que sí creemos es que este manuscrito de los dos primeros actos es de la misma mano que escribió el tercero, que hoy se halla unido a la copia existente en el Museo Británico.

En cuanto a que esta comedia sea de Lope nos parece que basta leerla para persuadirse de que lo es. La facilidad y soltura de los versos; las escenas y episodios dulces y nobles; los caracteres tan dignos y caballerosos y, sobre todo, los de las mujeres amantes y honradas y, como siempre, sencillas en su noble ingenuidad. Sólo pudiera alegarse en su contra la moralidad de la comedia, que es un valiente alegato contra el vicio del juego. Pero bastará recordar lo mucho que en los últimos años de Felipe III se había desarrollado este vicio en la corte; los desastres que en muchas fortunas produjo para que Lope creyese poder contrariar esta funesta corriente, aun sin darse clara cuenta de que escribía una comedia moral.

#### XIV. La piedad ejecutada.

Hállase esta comedia en la *Parte XVIII* de la colección especial del autor, colegida y publicada por él mismo en 1623, de modo que ofrece todas las circunstancias de autenticidad que son necesarias (I).

(1) *Decimaoctava | Parte de | las Comedias de | Lope de Vega Carpio, Pro- | curador Fiscal de la Camara Apostolica, y | Familiar del Santo Oficio de | la Inquisicion. | Dirigida a diver- | sas personas. | Año* (Escudo del Sagitario, como la parte anterior) 1623. *| Con privilegio. | En Madrid. Por Iuan Gonçalez. | A costa de Alonso Perez mercader de libros. Vendese en sus | casas en la calle de Santiago.*

4.<sup>o</sup>; 4 hojas prels. y 309 foliadas; signaturas A-Qq, todas de a 8 hojas, menos la última, que es de 7. A la vuelta de la última hoja, dice:

«En Madrid, | Por Iuan Gonçalez. | Año M. DC. XXIII.»

Portada; v. en bl.

*Hoja 2.<sup>a</sup>: «Tabla de las Comedias de la decima- | octaua parte»: 1. Segunda parte del Príncipe Perfeto. Dedicada a don Alvaro Enriquez de Almança, Marques de Alcañices; fol. 1. 2. La pobreza estimada. A don Francisco de Borja, Príncipe de Esquilache; fol. 24.—3. El divino Africano. A don Rodrigo de Acuña, Obispo de Oporto; fol. 51 v.—4. La Pastoral de Iacinto. A doña Catalina Maldonado, Co-*

En la dedicatoria dice Lope que halló el asunto de la comedia en la genealogía de la casa de los Condes de Benavente y que fué «historia sucedida a tan grandes caballeros». Pero es lo cierto que no hallamos noticia de ella en lo que hoy sabemos de dicha familia.

Supone Lope que al acabarse las fiestas de la boda del Conde de Benavente con doña María de Quiñones, llega de Italia un hermano de ésta, llamado D. Fernando, el cual entabla amistad estre-

mendadora de Torres y Cañamares; fol. 78.—5. El honrado hermano. A Iuan Nunez de Escobar. Contador mayor de Cuentas de Su Magestad; fol. 105 v.—6. El Capellan de la Virgen. A doña Catalina de Auiles; fol. 131 v.—7. La piedad executada. Al señor don Gonçalo Perez de Valenzuela, del Consejo supremo de Castilla; fol. 158.—8. Las famosas Asturianas. A don Iuan de Castro y Castilla, Corregidor de Madrid; fol. 183 v.—9. La Campana de Aragon. A don Fernando Vallejo, Colegial del Mayor de San Bartolomé; fol. 208.—10. Quien ama no haga fieros. A don Iorge de Tobar Valderrama, Alcaide de la fortaleza de Competa; fol. 236 v.—11. El rustico del cielo. A Francisco de Quadros y Salazar; fol. 257.—12. El valor de las mugeres. Al Doctor Matías de Porras; fol. 284. *Vuelta*: «Tassa»: 4 mrs. pliego: tiene 79=316 mrs.: Madrid, 6 de diciembre de 1622.—«Svma del privilegio», a LOPE por diez años para la 18 y 19 partes: Madrid, 25 junio 1622.—«Fe de erratas» (ninguna): Madrid, 4 de diciembre de 1622: El Lic. Murcia de la Llana.»

*Hoja 3.<sup>a</sup>*: «Aprouacion» de Vicente Espinel de las dos partes: Madrid, 22 junio, 1622. «Aprovision del señor doctor don Diego de Vela, Vicario general desta villa»: Madrid, 16 junio 1622.—*Vuelta*: «Benedicti Milani, ad Lopium de Vega Carpio. | Epigramma. |

*Hoja 4.<sup>a</sup>*: «Sebastian Francisco de Medrano, | al Lector.» Dice que estas comedias son de las mejores de LOPE; que de algunas no tenía los originales; que le han atribuido «tantos librillos de romances y otros versos así divinos como humanos, que no le ha pasado por el pensamiento escribirlos, fuera de lo que algunos ciegos, gitanos y mulatos van pregonando por las calles».

La dedicatoria al Príncipe de Esquilache, entonces virrey del Perú, es curiosa porque habla y combate largamente a los cultos.

*La pastoral de Jacinto* dice que es obra de su juventud.

Que también lo era *La piedad ejecutada* y que fué muy celebrada.

*Las famosas asturianas*, está escrita en lenguaje antiguo.

Es curiosa la dedicatoria de *El rustico del cielo*; el Hermano Francisco. «Sucedio una cosa rara, que un famoso representante a quien cupo su figura en esta comedia de LOPE que se representó en tiempo de Felipe III y su mujer (ésta murió en 1611) se transformó en él de suerte que siendo de los más galanes y gentilhombres que habemos conocido le imitó de manera que a todos parecía el verdadero y no el fingido, no solo en la habla y en los donayres, pero en el mismo rostro; y yo soy testigo que saliendo de representar un día, ya en su traje y vestido de seda y oro, le dijo un pobre a la puerta: *Hermano Francisco, deme una camisa*, y mostrole desnudo el pecho. Admirado Salvador (que así se llamaba (Jaime Salvador) le llevó sin réplica a una tienda y le compró dos camisas.»

El Dr. Matías de Porras (hijo de Gaspar) era «Capitan de la Real Sala de Armas, Familiar del Sto. Oficio y Corregidor y Justicia mayor de la Provincia de Canta, en los reinos del Perú». Dice LOPE que era médico.

Dice que en las pasadas fiestas de la beatificación de S. Isidro hubo 3.640 papeles de versos.

«Marcela es ya monja descalza. Lope está en Sicilia con el Excmo. Sr. Marques de Santa Cruz, mi señor y mi protector. Feliciano se halla con poca salud. Al jardinillo quité los pájaros, porque venían los de fuera a hurtarles el sustento como ahora sucede a muchos poetas.» (Todo esto y lo anterior se lo dice a Porras.)

chísima con un D. Juan Pimentel, hermano del Conde; pero que celos y competencias por el amor de una dama, camarista de la Condesa, convierten pronto en odio y producen un duelo en el que don Fernando mata a D. Juan, y comienzan las persecuciones y aventuras del joven Quiñones y las de la dama, inocente causa de la desgracia.

El casamiento del tercer Conde de Benavente, D. Alonso Pimentel, con doña María de Quiñones, se celebró en 1439; pero no era todavía Conde D. Alonso, porque vivía su padre D. Rodrigo, que no falleció hasta dos años más tarde.

Don Alonso no tuvo más hermanos del nombre de Juan que su hermano mayor, el famoso Conde de Mayorga, a quien dió, en 1437, involuntaria muerte un caballero de su casa llamado Lope de la Torre, esgrimiendo el hacha de armas como ejercicio preparatorio para la empresa caballeresca que D. Juan pensaba llevar fuera de España. Esta desgracia tuvo tal resonancia que mereció ser recogida en la *Crónica de Don Juan II* (1) y otras historias, e inspiró al gran poeta Juan de Mena las valientes coplas de su *Laberinto*, que principian:

Las claras virtudes, los hechos extremos,  
la viva victoria que Mares otorga  
al conde bendito don Juan de Mayorga  
razón no lo sufre que nos lo callemos (2).

y dos poesías al trovador Juan de Agraz.

Pero este suceso ocurrió antes del casamiento de D. Alonso, que era hijo segundo y heredó la casa porque su hermano no dejó más que una hija, la cual no sucedió por ser el mayorazgo entonces de rigurosa masculinidad.

Este sencillo hecho pudo ser el que, andando el tiempo, se convirtiese en la dramática leyenda recogida por Lope. Y rastro de ella quedó también en los nobiliarios, como el de López de Haro, al hablar del D. Fernando de Quiñones, hermano de doña María, dice:

(1) Año XXI (1437), cap. I. «E llegado el Rey a la villa de Ayllon, que era del Condestable, le vinieron nuevas como D. Juan Pimentel, Conde de Mayorga, hijo de D. Rodrigo Alonso Pimentel, Conde de Benavente, era muerto en Benavente, estando allí aderezándose para venir a los desposorios del Príncipe e para dende se partir fuera del reino, con una

empresa que entendía llevar, para lo cual el Rey le había ya dado licencia; de lo cual el Rey hubo muy gran sentimiento e no menos todos los caballeros e gentiles hombres que en la corte estaban, de los cuales los más tomaron luto por él.» El de Mayorga tenía 26 años.

(2) Copla 188.



«A este caballero por haber venido de Benavente a Valdelaguna, cerca de Chinchón, por una pendencia que tuvo con otro caballero, donde vivió y murió llamaron comúnmente de Benavente a él y a sus descendientes» (1).

El drama es bueno y por extremo interesante. Corresponde a la juventud de Lope, según la dedicatoria al Consejero Valenzuela, y fué recibido con aplauso en los días de su estreno. Quizá la habrá retocado al darla después a la imprenta, y le habrá cambiado el título.

Es el mismo que se cita en el *Peregrino* de 1604 con el título de *Pimenteles y Quiñones*.

Lope se introduce en ella con el consabido nombre de Belardo y saca también a plaza a Micaela de Luján, con quien andaba a la sazón en pretensiones, pues dice al hablar de la boda de doña Ana y los preparativos para ella:

BELARDO. Ando, Tisandro, de boda.

LEONATO. Bailalla pretendo toda,  
si hago a Lucinda servicio.

BELARDO. Eso de Lucinda puedes  
dejar aparte, Leonato,  
pues que sabes lo que trato.

LEONATO. Siempre de lo justo excedes;  
siempre te quieres alzar  
con lo mejor del aldea.

BELARDO. Cuando su gusto no sea,  
yo no la puedo forzar.

Y para que no se dude de que habla de sí mismo, añade luego:

BELARDO. Vamos todos, que he de hacer  
esta noche una comedia.

Lucinda, que como no podía menos es gran cantora, entona uno de aquellos romances legendarios que tan bien componía Lope:

El valiente Pimentel  
y el valeroso Quiñones,  
al campo salen gallardos  
por celos de sus amores (2).

(1) ALONSO LÓPEZ DE HARO, *Nobiliario*: Madrid, Luis Sánchez, 1622; folio; I, pág. 597 (por error dice 397).

(2) Véanse más adelante págs. 484, 485 y 490.

## XV. Los pleitos de Inglaterra.

Citada esta obra en el *Peregrino* de 1604, no fué impresa hasta 1638 en una *Parte XXIII* de las comedias de Lope dispuesta por su yerno Luis de Usátegui (1).

Esta comedia es la primitiva forma que tuvo la que, ya refundida por el autor, se intitula *La corona de Hungría* y hemos impreso por primera vez en el tomo II de esta colección de las obras de Lope de Vega (2).

Así en una como en otra las inverosimilitudes son grandes; pero al público de entonces le gustaban estas novelas en acción vistas en el teatro. Los caracteres son en general buenos, como de Lope. En

(1) *Parte | veinte y tres | de | las comedias de Lope | Félix de Vega Carpio, | del Abito de San Pedro | y de S. Ivan. | Dedicadas | a Don Gutierrez Domingo de Teran, y Castañeda, señor de la | Casa de Teran del Valle de Igüña Montañas | de Burgos. | Por Manuel de Faría y Sousa Cavallero del Abito de | christo, y de la Casa Real. | 75. | Año (Escudo del Mecenas) 1638. | Con Privilegio. En Madrid. Por María de Quiñones. | A costa de Pedro Coello Mercader de Libros.*

4.º; 8 hojas prels. y 304 foliadas; la vuelta de la última en blanco. Signaturas A-Oo, de a 8 hojas, menos la postrera, que tiene 4.

Portada, v. en bl.—*Hoja 2.ª*: «Títulos de las Comedias | deste Tomo»:

1. Contra valor no hay desdicha, fol. 1.—  
2. Las Batuecas del Duque de Alva, fol. 22 (v.).—  
3. Las Cuentas del Gran Capitan, fol. 40 (es 48).—4. El piadoso veneciano, fol. 73 (v.).—  
5. Porfiar hasta morir, fol. 96 (v.).—6. El Robo de Dina, fol. 118 (v.).—7. El Saber puede dañar, fol. 156.—8. La Embidia dela Nobleza, fol. 179 (v.).—9. Los Pleitos de Inglaterra, fol. 206 (v.).—10. Los Palacios de Galiana, folio 230 (v.).—11. Dios hace Reyes, fol. 258.—  
12. El saber por no saber y vida de S. Iulian, fol. 281.

*Vuelta*: «Suma del Priuilegio»: a Luis de Vsastigui por diez años: El Pardo, 16 de enero de 1638.—«Suma de la Tassa»: 5 mrs. pliego: tiene 75=once reales en papel: Madrid, 23 de agosto de 1638.—«Fe de erratas» (ninguna):

Madrid, 15 de agosto de 1638.—El Licenciado Murcia de la Llana.

*Hoja 3.ª*: «Licencia del Ordinario»: Madrid, 16 de julio de 1636: El Lic. Pérez de Vargas y Pulgar.

*Vuelta*: «Aprobacion del Maestro Ioseph de Valdivielso.» «Estas comedias... que escribio Lope de Vega Carpio lie leido con respeto y ternura, porque le admiré vivo y le venero muerto: portento de los ingenios, y ingenio con dudas de imposible en todas edades...» que merece Luis de Isastigui, «su yerno (de Lope) la licencia que suplica». Madrid, 8 de julio de 1636.

*Hoja 4.ª*: «A Don Gutierrez Domingo de Teran... Manuel de Faría y Sousa.» «Hallandose Pedro Coello mercader de libros en esta, al fin de la impresion desta *Parte XXIII* de las Comedias del siempre admirable Lope dexó a mi eleccion la dedicatoria dellas». Largo y curioso elogio de la familia: Madrid, 14 de agosto de 1635. Ocupa hasta acabar la vuelta de la hoja 7.<sup>a</sup>

*Hoja Octava*. «Prólogo», sin fecha ni firma. Dice que es Pedro Coello quien saca a luz esta *parte*. Es un buen elogio de Lope; pero no añade nada nuevo. «Solo para ser leído lo que escribió este casi más que hombre, que no vivió más que algunos, es menester la vida del que más vive. Por cierto que cuando todo fueran disparates era negocio de admiración.»

(2) Tomo II, págs. 27 y sigs.

la refundición se cambiaron el lugar, los nombres de personas, aunque no todos, y quedaron muchos versos iguales.

En esta comedia no hay gracioso ni lacayo, y Lope se introduce en ella a sí mismo con el usual nombre de Belardo.

## XVI. El poder vencido y el amor premiado.

Consta que es de Lope esta comedia por haberla citado en el *Peregrino* de 1618 y haberla impreso en el tomo *Parte X*, de su colección publicada por él mismo (1).

Esta comedia, como de la buena edad de Lope, es excelente. El argumento sencillo e interesante y original el enredo urdido por el Conde Fabio. La versificación y el estilo, muy agradables, y el diálogo bien salpimentado con las gracias de Colín.

Creemos que la fecha de la composición de esta pieza debe de ser cercana a 1614, en que se ordenó de sacerdote, y a lo que alude en el curioso pasaje de la página 540, en que, como de costumbre, se introduce a sí mismo entre los personajes de la comedia con el nombre de Belardo, labrador que se dirige al Príncipe, diciendo:

BELARDO.	Dad a Belardo los pies.	BELARDO.	Yo soy pastor;
PRÍNCIPE.	<i>¿Sois el sonado, el famoso?</i>		no me entiendo en boberías.
BELARDO.	No, señor; sino el mocoso;		Más precio guardar mis cabras
	el sonado <i>ya no es</i> .		que sus agudas palabras,
PRÍNCIPE.	Pues, ¿qué se hizo?		ya vanas y ya vacías.
BELARDO.	Señor,		Es hombre que le ha costado
	<i>ya es cura en otro lugar.</i>		mil trabajos escribir.
PRÍNCIPE.	¿Y vos pensáis heredar	PRÍNCIPE.	¿Luego es mejor que escribir
	su pluma?		guardar rústico ganado?

Belardo dice que sí, como quien ya no pensaba verse más con las Musas.

Demás que para señor  
me basta el señor de Sesa:  
a su sombra estoy mejor (2).

Estas palabras están revelando lo reciente del cambio de estado y sus esperanzas de obtener de su amo el Duque de Sesa los beneficios que ya le venía prestando y otros mayores.

(1) Véase la descripción de esta *Parte* en la página xxxi de este *Prólogo*.

(2) Véanse más adelante págs. 540 y 561.

## XVII. Los Ponces de Barcelona.

También esta comedia es de la madurez de Lope. Aparece citada en el *Peregrino* de 1618 y fué impresa por primera vez y única en 1617, en la *Parte IX* de las suyas, colegida y publicada por él mismo (1).

(1) *Doze comedias de Lope de Vega, sacadas de sus originales por el mismo. | Dirigidas al Excelentissimo señor don Luys Fernand de Cordoua y Aragon, Duque de Sesa, Soma y Baena, Marques de Pozas Conde de Cabra, Palamos y Oliuito, Vizconde de Izna- | jar, Varon de Belpuche, Liñola, y Calonje, gran Almirante de Napoles su señor, | Novena parte. | Año* (Escudo del Segitario con la leyenda *Salubris sagita a Deo missa*) 1617. | *Con privilegio. | En Madrid. Por la viuda de Alonso Martin de Balboa, | A costa de Alonso Perez mercader de libros.* (Al final:) *En Madrid, | En casa de la viuda de Alonso Martin. | Año M. DC. XVII.*

4.º; 4 hojas prels. y 300 foliadas. Signat. A-Pp, de a 8 hojas, menos la primera y la última que son de 4. Portada; vuelta: «Títulos de las Comedias».—Licencia del Ordinario: Madrid, 1.º de abril de 1617. Tasa (66 pliegos a 4 mrs. cada uno): Madrid, 13 de julio de 1617; Murcia de la Llana.—Privilegio por diez años al autor Madrid, 27 de mayo de 1617.—Dedicatoria suscrita por el autor.—Prólogo de LOPE.—Aprobación de Juan de Piña: Madrid, 28 de abril de 1617.—Texto.—Colofón.

Comedias: La prueba de los ingenios, fol. 1.—La doncella Teodor, fol. 27.—*El Amete de Toledo*, fol. 55.—El ausente en el lugar, fol. 79.—La niña de plata, fol. 102.—El animal de Hungría, fol. 130.—Del mal lo menos, fol. 156. La hermosa Alfreda, fol. 179.—Los Ponces de Barcelona, fol. 206.—La Varona castellana, fol. 229.—La dama boba, fol. 256.—Los melindres de Belisa, fol. 276.

En su aprobación dice Piña que este tomo había sido ya aprobado por el Secretario Tomás Gracián Dantisco y el Maestro José de Valdivielso.

En el Prólogo dice LOPE que este es el primer tomo que imprime él mismo por sus originales y seguirán los demás, a causa de los abusos que

con sus obras cometían editores e impresores de tal modo que aquellas comedias era imposible llamarlas suyas.

Este tomo fué reimpresso en Barcelona con el siguiente título:

*Doze comedias de Lope de Vega. | Sacadas de sus originales, por el mesmo. | Dirigidas al Excelentissimo señor don Luys Fernandez de Cordoua y Aragon, Duque de Sesa | Soma, y Baena, Marques de Poza, Conde de Cabra, Palamos, y | Oliuita Vizconde de Izna- | jar, Varon de Belpuche, Liñola, y | Calonje, gran Almirante de Napoles, su señor. | Novena parte. | Año* (Escudo del impresor: S C D) 1618. | *Con licencia. | En Barcelona, por Sebastian de Cormellas, y a su costa.*

4.º; 4 hojas prels. y 300 foliadas; signats. A-Mm.

Portada; vuelta en bl.—En la hoja 2.ª «Títulos de las comedias que van en esta Novena parte.» La prueba de los ingenios (fol. 1); La doncella Teodor (fol. 27); El Amete de Toledo (fol. 55); El ausente en el lugar (fol. 79); La niña de plata (fol. 103); El animal de Hungría (fol. 131); Del mal lo menos (fol. 157); La hermosa Alfreda (fol. 181); Los Ponces de Barcelona (fol. 207); La varona castellana (fol. 231); La dama boba (fol. 257); Los melindres de Belisa (fol. 277). En el vuelto de esta hoja están: Aprobación del Dr. Cetina: Madrid, 1.º de abril de 1617. Tasa (4 mrs. pliego): Madrid, 13 de julio de 1617. Erratas (ninguna): Madrid, 9 de julio de 1617.

En la hoja 3.ª: Aprobación del Maestro Fray Onofre de Requesens, Prior del convento de Santa Catalina: Barcelona, 3 de diciembre de 1617. Licencia del Obispo de Barcelona D. Luis Sanz. En el vuelto: Dedicatoria de LOPE.

En la hoja 4.ª: Prólogo del mismo y en el vuelto: Censura de Juan de Piña: Madrid, 28 de abril de 1617.

Es comedia ingeniosa y agradable; con bastante originalidad y algunos caracteres buenos. Quizá tenga fundamento genealógico, como parece dar a entender su título, aunque la época moderna en que se realizan los sucesos (la de Carlos V) le quita valor por este concepto. Y sin duda conociendo Lope esto mismo le quiso dar otro título, aunque por razones que ignoramos, se conformó con el que al fin lleva. Dice así en los últimos versos:

PEDRO.	Aquí se acaba la historia llamada <i>Jardín de amor</i> .
LUCRECIA.	Si don Pedro me perdona, diré yo el nombre.
PEDRO.	Decid.
LUCRECIA.	<i>Los Ponces de Barcelona</i> .

### XVIII. La prisión sin culpa.

En el *Peregrino* de 1604 aparece ya mencionada esta interesante comedia, lo cual prueba que pertenece, si no a la mocedad, a la mejor época de la vida de Lope; así es ella de graciosa, movida, variada y palpitante de vida en todas sus escenas.

Fué impresa en 1617 en la *Parte VIII* de las comedias del autor, que ya es digna de estima, porque sus piezas proceden de las que tenían en su poder los autores de compañías Baltasar de Pinedo y Luis de Vergara, amigos de Lope, que cuidarían de que los textos no estuviesen muy malttratados (1).

(1) *El Fenix | de España | Lope de Vega | Carpio, Familiar del Santo | Oficio. | Octava parte de sus | Comedias. Con Loas, Entremeses, | y Bayles. | Dirigidas a Don Luyvs Fernandez | de Cordoua, Cardona, y Aragõ, Duque de Sessa, Duque de Soma, Duque | de Baena, Marques de Poza, Conde de Cabra, Conde de Palamos, | Conde de Oliuito, Vizconde de Yznajar, señor de las | Baronias de Belpuche, Liñola, y Calonge, | gran Almirante de Napoles. | Año (Escudo del grifo) 1617. | Con privilegio. En Madrid. Por la viuda de Alonso Martin. | A costa de Miguel de Siles, mercader de libros.*

4.º; 4 hojas prels. y 288 foliadas; signaturas A-Nn, todas de a 8 hojas.

Portada; vuelta en blanco.—*Hoja 2.ª*: «Títulos de las Comedias que van | en esta otava parte»:

El despertar a quien duerme, fol. 1 (Acaba en el recto del 20).—El Anzuelo de Fenisa, fol. 21 (Es el vuelto del 20. Acaba en el vto. del 40).—Los locos por el cielo, fol. 41.—El más galan portugués Duque de Vergança, fol. 70 (Es el 69 v.).—El Argel fingido y renegado de amor, fol. 90 (Es el 89 v.).—El postrer godo de España, fol. 115 (Es el 114 v.).—La prisión sin culpa, fol. 136.—El esclavo de Roma, folio 158 (Es el 157 v.).—La imperial de Oton, fol. 180 (Es el 179 v.).—El vaquero de Morana, fol. 201. Angélica en el Catay, fol. 224.—El niño Inocente de la Guardia, fol. 248 (Es el 247 v.).—«Las Loas, Entremeses y Bayles van al fin destas comedias.»

*Vuelta*. «Tassa»: 4 mrs. pliego: tiene 73=8 reales. Madrid, 9 de diciembre de 1616.—«Este Libro intitulado otava parte de las comedias

En cuanto a la época de su composición y representación, pudiera creerse por los versos de la página 609,

RICARDO. Mas, ¿cómo va por la corte  
Carlos?

TIBERIO. Ha de ir con el Duque;  
porque el señor Archiduque,  
*que a Namur con bien aporte,*  
se le ha mandado llevar  
en su servicio, y él gusta  
de hacerme esta honra.

RICARDO. Es justa.

que se refiere a 1599, que es cuando el Archiduque Alberto, ya casado con la Infanta Isabel Clara, salió para el gobierno de Flandes.

de Lope de Vega, corresponde con su original. Dada en Madrid a 4 de diciembre de 1616. El Lic. Murcia de la Llana.» (No dice «Erratas».)

*Hoja 3.<sup>a</sup>*: «Aprouacion» del Licenciado Alonso de Illescas: Madrid, 16 de junio de 1616.—«Aprouacion» del M. Espinel para la 7.<sup>a</sup> y 8.<sup>a</sup> parte: Madrid, 26 de julio de 1616.

*Vuelta*. Privilegio: «Por quanto por parte de vos, Francisco de Avila, mercader, vecino de la villa de Madrid nos fue fecha relacion auades comprado a Baltasar de Pinedo, autor de comedias y a Maria de la O, viuda muger que fue de Luis de Vergara, así mismo autor de comedias, veinte y quatro Comedias de Lope de Vega Carpio que eran las contenidas en los dos libros que presentáuades, suplicandonos os mandásemos dar licencia para las poder imprimir y priuilegio por veynte años, con título de *El Fenix de España Lope de Vega Carpio*, septima y octaua parte de sus Comedias...» Se la dan por diez años y priuilegio. San Lorenzo, 10 de septiembre de 1616.—Acaba este priuilegio en el recto del folio 4.—*Vuelta*: Dedicatoria sin fecha, por Miguel de Siles.

A continuación de las comedias van 3 entremeses, 4 loas y 3 bailes.

*El Fenix de España* | *Lope de Vega* | *Carpio*, *Familiar* | *del Santo Oficio*. | *Octava parte de sus* | *Comedias: con Loas, Entremeses, y Bayles.* | *Dirigidas a Don Luis Fernandez* | *de Cordoua, Cardona y Aragon, Duque de Sessa, Duque de Soma, Duque de Baena, Marques de Poza, Conde de Cabra, Conde de Pala-* | *mos, Conde de Oliueto, Vizconde de Iz-* | *najar, señor de las Baro-* | *nias de Belpuche,*

*Liñola y Calonge, gran* | *Almirante de Napo-* | *les.* | 73. | *Año* (Escudete del grifo con la bola alada debajo del ábaco) 1617. | *Con licencia.* | *En Barcelona, por Sebastian de Cormellas al* | *Call, y a su costa.*

4.º; 4 hojas de prels., 268 foliadas y 16 más sin foliar para los entremeses y loas. Signaturas A-Pp, de a 8 hojas, menos la Nn, que sólo tiene 4 (es el último pliego de los foliados) y el Pp, que tiene diez.

Portada; v. en bl.—*Hoja 2.<sup>a</sup>*: «Títulos de las Comedias que van | en esta octaua parte»: | El despertar a quien duerme, fol. 1 (acaba en el r. del 20; v. en bl.). El anzuelo de Fenisa, fol. 21 (acaba en el v. de la 44). Los locos por el cielo, fol. 45 (acaba en el v. del 68). El mas galan Portugues Duque de Vergança, fol. 69 (acaba en el v. del 88). El Argel fingido y renegado de amor, fol. 89 (acaba en el r. del 114; v. en bl.). El postrer godo de España, fol. 115 (acaba en el v. del 136). La prision sin culpa, fol. 137 (acaba en el r. del 158; v. en bl.). El esclavo de Roma, fol. 159 (acaba en el v. del 180). La imperial de Oton, fol. 181 (acaba en el v. del 224). Angelica en el Catay, fol. 225 (acaba en el r. del 248; v. en bl.). El niño Inocente de la Guardia, fol. 249 (acaba en el v. del 268).

Los entremeses son: «Entr. de los invencibles hechos de Don Quijote de la Mancha.» Al final dice que es de Francisco de Avila. «Entremés famoso del triunfo de los coches. Compuesto por Barrionuevo.» «Entremés famoso del Mortero y chistes del Sacristan. Compuesto por Francisco de Avila vecino de Madrid.»

«Siguen: Loa en elabanza de la vanidad,

Pero lo mucho que Lope habla de Sevilla, donde no había estado desde sus primeros años, y el enlace que en la comedia se establece entre Toledo y Sevilla, son, a mi juicio, indicios poderosos de que compuso la comedia cuando en 1602 vino de Toledo a Sevilla. De 1599 no debe de ser; porque en este año aun estaban cerrados los teatros desde la prohibición de representar comedias decretada por Felipe II en 1596, y hasta 1600 no se volvió a reanudar el curso de los espectáculos.

### XIX. La próspera fortuna de Don Bernardo de Cabrera.

Esta comedia forma la primera parte de la que se ha impreso en el tomo III de esta colección con el título de *Adversa fortuna de Don Bernardo de Cabrera* y ambas fueron incluídas en un tomo colecticio, con portada y preliminares apócrifos, titulado *Doze Comedias de Lope de Vega Carpio. Parte veynte y nueue. Guesca (sic) por Pedro Luson*, 1634: en 4.º (1).

Va también atribuída a Lope de Vega.

Barrera, en su *Catálogo del teatro antiguo español*, siguiendo, como de costumbre, para las sueltas el de Medel del Castillo, atribuye en el Índice alfabético la *Próspera fortuna de Don Bernardo de Cabrera* a Lope o a Mira de Amescua, fundiendo en una dos papeletas de Medel, pero equivocándolas y tergiversándolas (2). Sin embargo, en

Otra loa. Otra loa y tres Bayles, como en la edición de Madrid.

*Vuelta.* Exactamente como la de Madrid.

*Hoja 3.ª:* El anverso lo mismo que la de Madrid. El *vuelto* contiene: «Aprobacion. Puede Monseñor Reuerendissimo Obispo de Barcelona con seguridad dar licencia para que de nuevo se imprima y publique en su Diocesi este libro cuyo titulo es el Fenix de España, que contiene la octaua parte de las Comedias que compuso Lope de Vega Carpio, y ha sido impresso en el presente año en Madrid... En el Convento de Santa Catalina, martir de Barcelona en 28 de mayo de 1617. | El Maestro Fr. Thomas Roca. | Imprimatur. L. Eps. Barcin. | Imprimatur. De Salba et de Vall- | cesa. Reg.»

*Hoja 4.ª:* la dedicatoria de Siles y vuelta en blanco.

(1) Lo hemos descrito con minuciosidad en las ps. v y vi del tomo V de esta colección académica. Las dos comedias de D. Bernardo de Cabrera son la cuarta y la quinta del tomo; pero ambas son sueltas.

(2) Los artículos de Medel, son (p. 4):

«Adversa fortuna de D. Bernardo de Cabrera,—De Lope.

Adversa fortuna de D. Bernardo de Cabrera,—De Mirademesqua.»

En la p. 92:

«Prospera fortuna,—De Don Bernardo de Cabrera.

Próspera fortuna,—de Lope.»

Barrera arregló estos artículos de este modo:

«Adversa fortuna de Don Bernardo de Cabrera (Don Bernardo de Cabrera) Lope. (Con el seudónimo de Lisardo, que también usó en el manuscrito de *Arminda celosa*.)

el artículo de Mira ya no se acuerda de esta atribución. En cuanto a la segunda parte, sólo se la adjudica a Lope. Medel en dicha primera parte se equivocó atribuyendo una al mismo D. Bernardo de Cabrera, que supone autor de la comedia, y otra con el solo título de *Próspera fortuna* a Lope de Vega. Nadie, pues, más que Medel (que vería alguna copia manuscrita) atribuyó una de las dos comedias (la segunda) a Mira de Amescua. El difunto Hugo A. Rennert, en su *Bibliografía de Lope de Vega*, se equivoca en decir que Medel da anónima la *Próspera fortuna*. Lo que textualmente dice Medel va en la nota que antecede.

Modernamente se ha vuelto a traer el nombre de Mira, como autor probable de estas dos comedias, por la circunstancia de aparecer el nombre de *Lisardo* al final de un manuscrito de *El Arpa de David*, de Mira de Amescua. Pero de este manuscrito, formado de retazos de otros y de varias letras, nada se puede concluir con fundamento serio. Ni Mira tuvo de un modo seguro tal seudónimo, ni nadie le conoció con él (1).

Algo más grave nos parece la deducción que pudiera hacerse en favor de Guillén de Castro, que ciertamente empleó como nombre poético suyo el de *Lisardo*, ya en su juventud, en la *Academia de los Nocturnos*, en un romance en que dice:

Solo, afligido y ausente  
de la pastora más bella...  
está *Lisardo*, un pastor,  
en el Prado de Valencia,  
donde sin guardar ganado  
como perdido pasea (2).

Este mismo seudónimo emplea en la comedia *El desengaño dichoso*, lamentando la muerte de su primera mujer. (Acto II; pág. 342 del tomo I de la edición de la Academia Española.)

Y, por último, en la comedia de *El Conde de Irlos*, de Guillén de Castro, hallamos una inesperada aparición de *Lisardo*, que produce

«*Próspera fortuna* de D. Bernardo de Cabrera. Lope? Mira de Amescua?»

De modo que lo que para Medel era dudoso; es decir, la *Adversa fortuna*, Barrera lo da como cierto a favor de Lope, y lo que para aquél era sin duda, *La próspera*, sólo de Lope, Barrera duda entre Lope y Mira.

Barrera no vió ningún texto en que se adju-

dicase ninguna de las dos comedias a Mira de Amescua.

(1) *Mira de Amescua. I. El arpa de David. Introduction and Critical Text... By C. E. Añibal Ph. D. Columbus, Ohio, 1925. 4.º; 201 páginas. Contiene eruditas ilustraciones del editor.*

(2) *Cancion de los Nocturnos: sesión 74.*



algún efecto. En la página 395, columna primera del citado tomo, se dice:

CONDE.        Estoy desvelado;  
                  lo que antes guerra y cuidado  
                  es agora solo amor.  
 LANDÍN.      ¿Cantará Lisardo?  
 CONDE.        ¡Ay, cielos!

Ahora bien; en la *Próspera fortuna*; véase la página 672 del presente tomo, se dice:

VIOLANTE.    Triste estoy, mi Dorotea.  
 DOROTEA.    Señora, elige otro amante.  
                  ¿Mando que Lisardo cante?  
 VIOLANTE.    Antes gustará que lea.

Esta idea de *Lisardo* músico, cantor y lector, ¿responderá a alguna realidad? (1).

Guillén de Castro es de los discípulos de Lope el que más se le asemeja, tanto que, a veces, puede uno dudar quién es el verdadero autor de obras que a ambos se atribuyen. El seudónimo de *Lisardo*, que por sí sólo nada significa, por ser un nombre como el de *Fabio*, que se echaba mano de él como del más común en cualquiera necesidad, sólo aplicado a Castro puede tener transcendencia.

El erudito señor Aníbal, recuerda que lo usaron alguna vez, o se lo aplicaron al Duque de Sessa, a D. Luis de Vargas, a Góngora y a un tal Jiménez. Como personaje literario se halla a cada paso en nuestras comedias, en especial las de Lope, como en este mismo tomo en *El Palacio confuso*. Lisardo es hermano de Julia, en *La devoción de la Cruz*, de Calderón. El estudiante *Lisardo*, que quizás encubre algún personaje real, es el héroe de la primera parte de las *Soledades de la vida*, del doctor Cristóbal Lozano.

Lope de Vega empleó positivamente este seudónimo en unas octavas reales impresas en su *Laurel de Apolo* (1630) en que veladamente cuenta sus amores con Doña María de Nevares.

Al rayo de su luz hermosa y pura,  
 desvelado *Lisardo* pierde el sueño,  
 celebrando su nombre en versos graves  
 como al salir el sol cantan las aves...  
 No pudiendo *Lisardo* resistirse  
 a tanto amor y por ventura amado, etc. (2)

(1) No se olvide que *Lisardo* es personaje de la comedia *Adversa fortuna*, además de poeta.

(2) Barrera, *Biogr. de Lope*, pág. 419.

¿Por qué, pues, no ha de poder haber firmado Lope, con este seudónimo, sus obras dramáticas? No basta decir que porque tenía otro, el de *Belardo*, que usaba con más frecuencia; lo primero, porque otros usaron dos o más falsos nombres cuando les convino, y porque en cuanto a los dramas de D. Bernardo de Cabrera hay la razón de que, así en uno como en otro, el rey de Aragón, Don Pedro IV, es un perfecto tirano; dulce y halagador en la *Próspera fortuna*, y fiero en la *Adversa*. Tan justificado pudo ser el temor de Lope en no declararse más en estas comedias cuanto que, aun en años posteriores, al refundir Vélez de Guevara y Rojas estas obras, tuvieron que modificarlas al gusto de la censura, como hemos visto en el tomo tercero de esta colección, página 12, nota.

A las razones expuestas en dicho tomo para justificar que ambas comedias son de Lope, añadiremos ahora que en *La Noche de San Juan*, comedia indudable de Lope, como queda dicho en este prólogo, se recuerda, del mismo modo que en la *Adversa fortuna*, la conseja de salir las damas a la ventana la noche de San Juan a oír en los madrugadores el primer nombre de persona que pronuncien, que será el del futuro marido de aquellas señoras (1).

También en esta comedia de *La Noche de San Juan* hallamos los famosos cantarcillos que hemos visto en la *Adversa fortuna* (pág. 63) y en la del presente tomo (pág. 154).

Salen de Sanlúcar,  
rompiendo el agua,  
a la Torre del oro  
barcos de plata.

## XX. La Orden de Redención y Virgen de los Remedios.

Alterando el orden alfabético incluimos aquí esta obra por no haberlo podido hacer antes.

En este gran esfuerzo que hace la Academia Española de dar todas las obras de Lope y a él atribuidas con algún fundamento, a cada paso hay que solicitar copias, extractos y noticias de Italia, Alemania, Francia e Inglaterra, que unas veces llegan tarde y otras imperfectas o incompletas y hay que repetir el encargo.

Teníamos gran curiosidad por conocer el manuscrito de esta

(1) Véase la pág. 161 de este tomo y la 63 del tomo tercero.

obra atribuido a Lope, que suponíamos diferente del *San Pedro Nolasco* (1), y diferente también de la del mismo título, escrita por el canónigo Tárrega.

Así ha sucedido; pero también, por desgracia, adquirimos el convencimiento de que esta nueva obra no lo es del Fénix de los Ingenios.

Llega a nosotros en una copia manuscrita de fines del siglo XVII, con el título de: *Comedia | La Horden de Redención, y Virgen de | los Remedios. | De Lope de Bega Carpio* (2).

Es o parece refundición de la de Tárrega, impresa en 1618 (3), o, al menos, ambos autores tuvieron a la vista las mismas fuentes, que no pudo ser la *Historia* de Fray Alonso Ramón, la cual no se imprimió hasta 1618.

Aparte de la imitación visible de la comedia de Tárrega, hay otras razones para no considerar como de Lope de Vega esta de *La Orden de Redención*, y son el haber tratado ya el mismo asunto en su *San Pedro Nolasco*; y ciertas particularidades del estilo, la aspiración sistemática de la *h*, cosa propia de un levantino o de un andaluz, y las rimas falsas usadas por los poetas del sur de España.

Y puesto que la obra no sea de Lope, nada más habrá que decir acerca de ella.

EMILIO COTARELO Y MORI.

(1) Publicada en el tomo quinto de la anterior colección académica dirigida por Don Marcelino Menéndez Pelayo. Madrid, Rivadeneyra, 1895.

(2) En cuarto, con foliación que va del 46 al 92; letra muy clara y buena; pero de amanuense muy rudo. El original se halla hoy en el Museo Británico.

(3) *La famosa comedia de la Fundacion de la Orden de Nuestra Señora de la Merced, compuesta por el Canónigo Tárrega, poeta valen-*

*ciano*. Incluida en el tomo titulado *Norte de la Poesía española, ilustrado del sol de doze comedias (que forman Segunda parte) de Laureados Poetas Valencianos*. Valencia, Felipe Mey, 1616; 4.º; 8 hojas prels. y foliación especial para cada comedia. La de Tárrega, tiene 26 hojas; signaturas A-C; de 8 hojas, menos la última, que tiene 10. Va precedida de una loa y seguida de dos sonetos, el 2.º con *estrambote*.



## INDICE DEL TOMO VIII

	P Á G S .
140.—Nardo Antonio, bandolero . . . . .	1
141.—La Necedad del discreto . . . . .	32
142.—El Niño diablo . . . . .	67
143.—Los Nobles como han de ser . . . . .	101
144.—La Noche de San Juan . . . . .	133
145.—Obras son amores . . . . .	167
146.—La Ocasión perdida . . . . .	205
147.—La Octava maravilla . . . . .	246
148.—Padrino desposado . . . . .	286
149.—El Palacio confuso . . . . .	324
150.—El Paraíso de Laura y florestas del amor . . . . .	359
151.—Pedro de Urdemalas . . . . .	392
152.—Las Pérdidas del que juega . . . . .	429
153.—La Piedad ejecutada . . . . .	459
154.—Los Pleitos de Inglaterra . . . . .	496
155.—El Poder vencido y amor premiado . . . . .	530
156.—Los Ponces de Barcelona . . . . .	569
157.—La Prisión sin culpa . . . . .	602
158.—La Próspera fortuna de Don Bernardo de Cabrera . . . . .	637
159.—La Orden de Redención y Virgen de los Remedios . . . . .	674



# NARDO ANTONIO, BANDOLERO

## COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

REPRESENTÓLA PRADO

### HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

EL CONDE DE MIRANDA.  
NARDO ANTONIO.  
LEONARDA.  
RICARDO, *su padre*.  
GERARDO.  
LAURA.  
LEONELO.  
BATISTELA.  
ROSELO.  
TIMBRIO, *soldado*.

*Otro SOLDADO*.  
LISENO.  
*Un CAPITÁN ESPAÑOL*.  
LEONIDO.  
VALERIO.  
LISARDO.  
MORÓN.  
MONTILLA, *bandolero*.  
*Tres BANDOLEROS*.  
JULIA, *criada*.

PEDRO TALLA.  
BELARDA.  
PASCUAL.  
MARTÍN, *villano*.  
CELIA.  
FLORO.  
RUFINO, *mercader*.  
IBÁÑEZ.  
LISENO, *pastor*.

### ACTO PRIMERO

(*Suena música, y salen BATISTELA, LEONELO y TIMBRIO, soldados.*)

ROSELO

¡Bravo recibimiento!

LEONELO

Generoso.

BATISTELA.

De Nápoles su esfuerzo acreditado,  
que al Conde de Miranda valeroso  
muestra en festines general aplauso,  
puede llamarse al Reino venturoso  
con tal Virrey, que a fuer de buen soldado,  
hoy ha honrado con premios la milicia,  
mezclando la piedad con tal justicia.

LEONELO.

A aquesta sala viene.

BATISTELA

Aquí veremos  
más a espacio el valor de su presencia,  
a quien tan grande amor los más debemos  
claros indicios de su real clemencia,  
y al buen amigo Nardo aguardaremos  
en este puesto.

ROSELO.

Alcanza su presencia  
de valeroso Alcides testimonio.

LEONELO.

Es la flor de este reino Nardo Antonio.

(*Sale el CONDE DE MIRANDA y acompañamiento.*)

MIRANDA.

Estoy como admirado, agradecido,  
familia noble, de admirar festines  
y de haber cuidadosa prevenido  
burlas a mayo, con mentir jardines,  
parece que Amaltea, en el lucido  
espacio de claveles y jazmines,  
porque dure de Nápoles la fama  
copia fragante con amor derrama.

El mar, la tierra, a toda priesa mueven  
dulce armonía, aquella tremolando  
banderolas al aire, a quien se atreven  
lisonjeros bullicios caminando;  
sobre estotras, de fuego estrellas llueve,  
que hasta el cielo al principio van volando  
y después en los vientos desatadas  
bajan del cielo al suelo despeñadas.

Pedazos arrancados de los vientos,  
menuda arena, castigados huellan  
y de airosos veloces movimientos  
descubiertas tal vez las piedras mellan

al freno humildes, al clarín atentos,  
presumiendo poder la tierra sellan  
y en cada asiento del compás menudo  
de sus armas estampan un escudo.

Todo mueve a deleite, todo admira  
el mar del humo forma nubes densas,  
escura niebla que el cañón respira,  
paran las aves al rumor suspensas;  
y como cuando el sol al mar retira  
hermosas luces, de temor defensas  
recelando tinieblas y temores  
así buscan el miedo entre las flores.

(Sale LISENO.)

LISENO.

Ricardo viejo, y el Barón Gerardo,  
para hablarte, señor, piden licencia.

MIRANDA.

Ya con los brazos a los dos aguardo.

(Salen RICARDO y GERARDO.)

GERARDO.

Los pies nos mande dar vuestra excelencia.

MIRANDA.

Los brazos recibid; llegad, Ricardo.

RICARDO.

Príncipe heroico.

GERARDO.

Señoril presencia.

MIRANDA.

Sillas para los tres.

RICARDO.

Honroso intento.

MIRANDA.

Dejadnos solos.

GERARDO.

Español aliento.

MIRANDA.

Decid lo que queréis.

RICARDO.

Invicto Conde,  
poner en vuestras manos mi nobleza:  
defensa pido de mi honor, que adonde  
guarda esta joya mujeril belleza  
pocas veces honrosa corresponde,

y más habiendo con honor pobreza;  
ésta, señor, me tiene deslucido,  
poniendo en tronco noble eterno olvido.

Dióme el cielo una hija que Gerardo  
honrar pretende en tálamo amoroso,  
que aunque es la propia sangre de Ricardo,  
hízole su riqueza más dichoso.  
Por esto con su mano honrar aguardo  
lustre que llame aliento poderoso:  
que acobarda al más noble la pobreza,  
aunque al sol se aventaje la nobleza.

Pero amor, envidioso de mis dichas,  
segó atrevido, la deidad más bella,  
porque borrando las grandezas dichas  
pierda el honor que me guardaba en ella,  
si bien no son tan ciertas mis desdichas  
si el poder de un Virrey las atropella;  
que no llegó de honor al rompimiento  
quien pretende tan alto casamiento.

Los dos conformes, enlazar quisieron  
nobleza y humildad, pero advertido  
dije que sí, cuando a mi honor pidieron  
aquel estrecho lazo prevenido;  
temor fué que mis canas previnieron,  
porque el mozo, señor, es atrevido,  
y aunque humilde, valiente, por quien goza  
desenvuelta amistad de gente moza.

Pedile por entonces, con engaños,  
que el fin de sus deseos dilatase,  
fingiendo en mi Leonarda breves años  
y la palabra que le di guardase,  
previniendo con esto que mis daños  
brazo robusto a tiempo remediase,  
sin dar parte a mis deudos, que sería  
hacer mayor esta desgracia mía.

Partióse de mi casa satisfecho  
de la palabra que le di, y en tanto  
quise apagar las ansias de mi pecho  
templando sus congojas con mi llanto.  
Por el raudal de aquel cristal deshecho  
risa fingí con el hermoso encanto  
en quien mi honor su presunción apoya  
horror obscuro de luciente joya.

El mozo en la marcial caballería  
ejercita sus fuerzas, deseando  
aquel felice y venturoso día,  
su honor con mi palabra acrecentando;  
pero llegó, para ventura mía,  
vueselencia a este reino, a quien besando  
los pies suplico que mi honor defienda  
para que Nardo Antonio no le ofenda.

Que de Gerardo la familia honrada



y con mis deudos, que al valor exceden,  
defenderán con belicosa espada  
que acciones bajas mi nobleza enreden,  
si vos en ocasión tan pretada  
no procuráis que divididos queden  
estos lazos de amor, que tan sutiles  
manchan noblezas, con personas viles.

GERARDO.

Vueselencia, señor, acreditando  
la parte que Ricardo le suplica,  
su honor defienda, su nobleza honrando  
con el valor que a todos comunica,  
pues los intentos nuestros estorbando  
imprudente rigor la paz aplica,  
que si no toda Italia se admirara  
de la venganza que su honor tomara.

No porque ha habido mancha en que pre-  
un desigual tan alto casamiento, [tenda  
mas porque castigado, Nardo entienda  
su altivo y arrogante pensamiento,  
que no es razón que un hombre vil defienda  
injusto de su amor atrevimiento,  
diciendo que le cumpla la palabra  
quien en diamantes su nobleza labra.

Si un viejo se la dió, fué de cobarde  
al valor de un mancebo tan esquivo;  
si un mozo se la diera, fuera alarde  
y aliento superior mostrarse altivo;  
mas cuando llega a su valor tan tarde,  
júzguele muerto, no le llame vivo;  
y así el rigor con que el casar me impide  
a edad pequeña la palabra pide.

Estos daños, señor, estos rigores,  
como vuestra excelencia se lo mande,  
gustos serán y perderán temores  
reconocidos a merced tan grande.  
Prosiga vueselencia sus favores,  
que el brazo noble no es razón que ande  
gastando en tosco ingenio heroico estilo,  
ni con espada vil midiendo el filo.

MIRANDA.

Haré cuanto pudiere por serviros,  
si bien promete el caso resistencia,  
si la palabra que llegó a pediros  
le disteis vos, aunque alegáis violencia;  
bien podéis sin cuidado despediros,  
que yo prometo, con mayor prudencia  
deshacer este lazo, interponiendo  
mi autoridad y su valor venciendo.

Lisardo.

(Sale LISARDO.)

LISARDO.

Señor.

MIRANDA.

A los soldados  
preguntaréis por Nardo Antonio; id luego  
y decid que entre a verme.

(Vase LISARDO.)

RICARDO.

Mis cuidados  
con tal favor admitirán sosiego.

MIRANDA.

Los dos en ese cuarto retirados  
esperaréis.

GERARDO.

A ver mis dichas llevo.

RICARDO.

Dame tus pies, señor.

MIRANDA.

Alzad, Ricardo.

RICARDO.

Dè ti el remedio de mi honor aguardo.

(Vanse. Sale LISARDO.)

LISARDO. De Nardo Antonio ha venido  
un criado suyo, afuera  
que venga a palacio espera,  
despejado y atrevido.

MIRANDA. Decid que entre, y en llegando  
Nardo Antonio, me avisad.

LISARDO. Su Excelencia os llama, entrad.

(Sale MORÓN.)

MORÓN. Llego a vuestros pies temblando.

MIRANDA. Salíos afuera.

(Vase LISARDO.)

MORÓN. A mí  
me manda el Conde pringar.

MIRANDA. ¿De dónde sois?

MORÓN. De un lugar  
que está muy lejos de aquí.

MIRANDA. ¿Sois español?

MORÓN. ¿No lo ve  
Vueselencia en el despejo  
y en lo adusto del pellejo?

MIRANDA. Decís bien, no lo miré.

¿De qué tierra sois?

MORÓN. Manchego.

MIRANDA. ¿Y cómo os llamáis?

MORÓN. Morón.

MIRANDA. ¿Valiente?

MORÓN. Soy un Nerón  
si de cólera me ciego.  
Un aduar de gitanos  
allá en mi tierra quemé,  
y por eso me llamé  
Nerón; tengo buenas manos.

MIRANDA. ¿Y servís?

MORÓN. A Nardo Antonio.

MIRANDA. ¿Es valiente?

MORÓN. ¡Pesia tall;  
es un varón inmortal.  
Yo solo gran testimonio  
de sus pendencias he daao.

MIRANDA. ¿Le ayudáis?

MORÓN. No, mi señor;  
para contarlas mejor,  
las miro desde un tejado.

MIRANDA. ¿No es mejor hallarse en ellas?

MORÓN. Ni tan bueno; yo, señor,  
soy piadoso en el rigor;  
y si partieipo de ellas,  
por no matar al contrario  
vuelvo la espalda y camino.

MIRANDA. ¡Gran valor!

MORÓN. Soy peregrino,  
si bien cuando es necesario,  
¡pesia a tall, soy un demonio.  
Mas, dejando mi valor,  
¿qué es lo que queréis, señor?

MIRANDA. Saber quién es Nardo Antonio.

MORÓN. Ninguno sabe su historia  
como el que tenéis presente,  
que tengo de ella en la frente  
un librillo de memoria.

A su padre conocí  
mejor que al que me parió;  
fué buen zapatero, y yo  
de su aprendiz le serví.

Aunque anda cierta opinión  
que su valor desanima;  
que no lo fué de obra prima,  
sino gentil remendón.

El mozo ha salido honrado;  
quisole mucho su madre;  
no quiso ayndar al padre,  
por inclinarse a soldado.

Dará por un español  
el alma.

MIRANDA. ¿Tanto les quiere?

MORÓN. Por esta nación se muere;  
en fin, son rayos del sol.

Es bien quisto y es valiente,  
gasta muy poca parola;  
es muy diestro de la sola;  
aunque se muestra prudente.

Murió la madre y el padre,  
y la hacienda que quedó  
con amigos la gastó;  
sí, por vida de mi madre.

Ténenle sus enemigos,  
aunque son pocos, señor;  
y aumenta más su valor  
el tener muchos amigos.

Los nobles, con otro intento,  
le muestran ceño cruel  
por haber notado en él  
tan humilde nacimiento.

Al fin, dilató su fama  
y amor se le aficionó  
y de Nápoles le dió  
a la más hermosa dama.

Así tiene en la memoria  
que el padre de la doncella  
ha de casarle con ella;  
con que da fin esta historia.

MIRANDA. Huélgome de haberla oído.

(Sale LISARDO.)

LISARDO. Nardo Antonio está aquí fuera.

MIRANDA. Decid que entre; afuera espera.

MORÓN. Yo me doy por despedido.

(Vase, y sale NARDO ANTONIO, de soldado muy bizarro.)

N. ANT. Deme los pies Vueselencia.

MIRANDA. Tomad, Antonio, los brazos.

N. ANT. En el cielo de estos brazos  
me dais, gran señor, licencia  
para atreverme a decir  
que en cierta ocasión me honréis.

MIRANDA. Si vos, Nardo Antonio, hacéis  
lo que yo os quiero pedir.

N. ANT. Yo haré lo que me pidáis,  
y aunque aventure mi honor,  
os doy palabra, señor.

MIRANDA. Mirad bien que me la dais.

N. ANT. Sí, señor.

MIRANDA. Pues yo os la doy  
de hacerlo también, pedí.

N. ANT. Ya, señor, dichoso fuí;  
ya mudé el ser de quien soy.  
Con esa palabra pido,

ya que licencia me dais,  
que mi padrino seáis,  
dejaréisme ennoblecido.

Hacedme tan gran favor,  
pues con general agrado  
soy a España aficionado.  
de quien aprendo valor.

Ya conocéis a Ricardo,  
aunque pobre, con honor;  
éste es mi suegro, señor;  
confieso que me acobardo,

viendo que humilde nací  
y luego a ser tan dichoso  
mostróse amor poderoso  
y a tanto cielo subí.

Tengo algunos enemigos  
que me quisieran quitar  
esta gloria a dar lugar  
el valor de mis amigos.

Pero como vos me honréis,  
podré decir con verdad  
que levantáis mi humildad  
y que igual al sol me hacéis.

MIRANDA. Nardo, una cosa decís  
con que en dudas me dejáis  
si he de pedir que no hagáis  
eso mismo que pedís.

Yo os di palabra de hacer  
todo lo que habéis pedido,  
pero el daño conocido  
es muy fácil de romper.

Mejor es que me cumpláis  
lo que yo de vos recibo,  
pues con ésta quedáis vivo,  
con ésta muerto quedáis.

Hoy se casa con Gerardo  
la que por mujer tenéis,  
y así pido que olvidéis  
la palabra de Ricardo.

Ser desiguales los dos  
esta mudanza ha causado,  
no porque no es muy honrado  
el valor que vive en vos.

Todo Nápoles está  
dispuesto para mataros,  
y si queréis apartaros  
mil favores os dará.

Yo prometo de mi parte  
premiar vuestra valentía  
tanto que envidie algún día  
marciales honores Marte.

N. ANT. Confuso me habéis dejado;

pero bien es advertíais  
que a un hombre honrado quitáis  
la opinión de ser honrado.

Si con cautela, señor,  
Ricardo pudo dos años  
engañarme, estos engaños  
son afrenta de mi honor.

La palabra prometida  
a un hombre honrado es razón  
que se cumpla o su opinión  
quedará siempre rompida.

Si Ricardo noble ha sido,  
no pido yo su nobleza;  
de Leonarda la belleza,  
señor, solamente pido;

qué no es bien, porque celebre  
las bodas con el Barón,  
que se pierda mi opinión  
ni mi (1) palabra se quiebre.

No quiero aquí proponer  
el amor de tantos años,  
aunque son mayores daños  
para quien sabe querer;

que si solamente amor  
en aquesta traza hubiera,  
por vos, señor, le perdiera;  
pero hay amor y hay honor.

MIRANDA. Lo que yo os pido no afrenta,  
antes aumenta valor;  
y este género de honor  
queda, Antonio, por mi cuenta.

Mirad que soy vuestro amigo  
y que en hacerlo acertáis,  
veréis después cómo dáis  
envidia a vuestro enemigo.

Yo debo, Nardo, estorbar  
los daños que pueda haber;  
yo lo pido y ha de ser.

N. ANT. En todo podéis mandar.

(*Aparte.*)

No replicalle es mejor,  
porque se puede enojar;  
yo sabré bien granjear  
lo que pretende mi honor.

MIRANDA. Mucho me habéis obligado

N. ANT. Pídelo vuesa excelencia  
y no ha de haber resistencia.

MIRANDA. Sois valiente y sois honrado.

Por mi cuenta queda ya  
el favoreceros, Nardo.

(1) Así en el original; pero deberá decir «su palabra»;

N. ANT. Tan grande favor aguardo,  
que como vuestro será.  
MIRANDA. Dadme los brazos y adiós.

(*Vase.*)

N. ANT. Mil veces tus plantas beso.  
Que ha habido engaño confieso  
en el trato de los dos.

Cautelas, ¡ah!, Nardo!, el cielo  
mi venganza ha de animar,  
y a sus ojos he de dar  
temores a todo el suelo.

Será venganza mortal,  
será rigor atrevido;  
que un hombre honrado ofendido  
es como furia infernal.

Amigos tengo obligados  
que defenderme podrán,  
y para esta empresa están  
de mi amistad conjurados.

Bien Leonarda me previno  
este suceso, y en ella  
tengo favorable estrella,  
defenderla determino

de una pretensión forzada,  
aunque Nápoles me ofenda;  
pues para que me defienda,  
valor tengo y tengo espada.

(*Vase Sale LEONARDA sola.*)

LEONARD. Con recelo de perder  
salgo a divertir amor,  
si bien aqueste temor,  
es bien fácil de vencer.  
Que aunque acredita poder,  
a la mariposa imita,  
que alentada solicita,  
cerco burlando a la vela,  
mas como a la llama vuela,  
la vida el fuego le quita.

Lo mismo sucede, amor,  
en las pretensiones mías;  
Gerardo alienta porfías,  
desdicha en Nardo el valor;  
mas como el suyo es mayor,  
cerco de amar se consiente  
a este mozo impertinente  
que presumido te ciega,  
pero guárdese si llega  
al honor de Nardo ardiente,  
pues siendo esto así recelo.  
Bien es que esto así dejéis  
si en su defensa tenéis

al más valiente del suelo.  
No puso el temor desvelo  
jamás en él, ni admirar  
pudo un imposible amar,  
antes es tan atrevido  
que al sol de rayos vestido  
la luz pretende quitar.

No es posible que nació  
de humildes padres un hombre  
que tan levantado nombre  
en Nápoles mereció.

¿Qué lince en amarle yo,  
aunque tan noble nació?

Pero amor despierta, di  
que su valor puede amar,  
pues ha llegado a igualar  
la nobleza que hay en mí.

Seré suya, aunque la vida,  
por serlo, llegue a perder,  
que si quiere una mujer,  
pocas veces es vencida.  
Mostréme al valor rendida,  
no de la gala luciente;  
vencerse mi amor consiente,  
aunque el aseo en rigor  
no disminuye el valor  
ni hace cobarde al valiente.

(*Salen MORÓN y JULIA, criada.*)

JULIA. ¿Qué, te pudiste atrever?

MORÓN. Aunque el mismo infierno fuera,  
entrara de esta manera:  
mal conoces mi poder.

LEONARD. ¿Qué hay, Morón?

MORÓN. ¿Qué puede haber?

Celos, desdenes, rigores,  
ansias, ofensas, temores  
y trescientas cosas más,  
que en ese papel verás  
lleno de dos mil favores.

LEONARD. Ponte, Julia, a la ventana,  
mira si mi padre viene:  
confusa el papel me tiene.

MORÓN. Aquesa luz soberana  
desde hoy Gerardo profana.

LEONARD. ¿Cómo?

MORÓN. El papel lo dirá:  
abre presto, ábrelo ya.

LEONARD. Con temor rompo la nena.

MORÓN. Ea, pues, ¡qué linda flema!  
abre, acaba, que vendrá.

(*Lee.*)

LEONARD. Leonarda: Ya ha llegado el día tan recelado de tu entendimiento. El Virrey me ha pedido pierda tus luces bellas; dile palabra de no pedir la que tu padre me dió con engaño, temiendo su indignación. No fué temor, sino cordura; ya sabes lo que tenemos tratado para cuando llegase la forzosa; esta noche dicen que te casas con Gerardo: engañanse los que lo dicen; ignorancias son de mi valor. Yo quedo prevenido y mis amigos: haz tú lo que sabes, que has de ser mía, aunque Nápoles lo estorbe. Adiós. — *Nardo Antonio.*

Mayor daño recelaba.

MORÓN. ¿Cómo puede ser mayor?

LEONARD. Temí yo que de mi amor Nardo Antonio se olvidaba; pero mi temor se acaba y en contento se convierte. Ve a Nardo Antonio y advierte esta respuesta no más: que soy suya le dirás y que no temo la muerte.

Porque como prevenido tuve este infeliz suceso, no me espanto del exceso, (1) mi padre y mi honor olvido; hecha está la prevención; tuyas mis acciones son: esto, en efecto, dirás.

MORÓN. ¿Queda más?

LEONARD. No queda más.

MORÓN. Pues, adiós.

JULIA. Tente, Morón.

MORÓN. ¿Qué hay de nuevo?

JULIA. Mi señor.

MORÓN. ¿Y quién más?

JULIA. Gerardo viene; esconderte te conviene.

MORÓN. No estoy en mí de temor. Venga un santo escondedor y deme el remedio.

JULIA. Ven.

Ten ánimo.

MORÓN. Está muy bien; cuélgame en la chimenea, como chorizo.

JULIA. Azotea tengo donde estés tan bien.

Pero no, vente a un desván, que aunque está sucio, está estrecho

MORÓN. Hoy no quedo de provecho: desollinarme podrán.

JULIA. Anda, pues, que te verán.

(*Vanse los dos.*)

LEONARD. Finjo risa con Ricardo, pues que ya tan presto aguardo asegurar mi deseo de amor bastante trofeo, aunque le pese a Gerardo.

(*Salen RICARDO y GERARDO.*)

RICARDO. Leonarda, hasta aqueste día tu ciego amor he sufrido; pero el valor, que es olvido, con mi vejez encubría; caduco aliento desvía, y comunica valor viendo perderse mi honor, en cuya esperanza vive, y así noble amor recibe y olvida abatido amor.

Nardo Antonio en mi presencia palabra al Virrey ha dado que olvidando su cuidado dará fin su resistencia; muéstrate con más prudencia a Gerardo agradecida; con tu mano le convida, vence de amor el poder, porque has de ser su mujer o te he de quitar la vida.

GERARDO. Leonarda, si en tus rigores desprecios míos porfías, serán las desdichas mías para tu daño mayores; verás cubrir de temores el cielo en oscuro velo y verás subir del suelo, si a ajeno poder te subes, más claras de fuego nubes que atemoricen el cielo.

Publicarán mis sentidos venganzas a sangre y fuego si a ver despreciados llevo mis intentos bien nacidos y si los ya divididos lazos te suspenden tanto, daré a Nápoles espanto: no pierdas de honor la joya que será segunda Troya, confusión de guerra y llanto.

(1) Falta un verso a esta décima.

LEONARD. Si yo resistí, Gerardo,  
los extremos de mi amor,  
defensa fué de mi honor,  
por él de tu amor me guardo.  
Palabra le dió Ricardo  
a Nardo Antonio de ser  
la que es tuya su mujer;  
cumplir debe quien la dió,  
pero pues él la rompió,  
ya no tengo qué temer.

Desde mis pequeños años  
confieso que le rendí  
el alma, muy necia fui  
si considero mis daños;  
pero tales desengaños  
son premio de un grande amor;  
aunque de Nardo al valor  
he de ser agradecida,  
pues la palabra rompida  
abrevia gusto mayor.

Y así, Gerardo, podrás  
aquesta noche venir  
a donde puedes decir  
que el fin de tu amor verás.  
No es bien que dilate más  
Nardo Antonio tus trofeos,  
ni que de amor los empleos  
lleguen, Gerardo, tan tarde  
y así gano por cobarde  
glorias para mis deseos.

GERARDO. Deja que bese la tierra  
que dichosamente pisas;  
lluevan las estrellas risas,  
pues cesó de amor la guerra.  
El alma tal gusto encierra,  
que la tengo dividida  
del cuerpo; Ricardo, olvida  
el pesar que te divierte,  
que los recelos de muerte  
acrecentaron la vida.

RICARDO. De alegre quedo turbado;  
prevén, Gerardo, lo justo,  
pues a las puertas del gusto  
habemos los dos llegado.

GERARDO. Yo me parto confiado  
a prevenir bizarrías  
con mis deudos y alegrías.

RICARDO. Yo con los míos te aguardo.

LEONARD. Aquesta noche, Gerardo,  
comienzan las dichas mías.

N. ANT. No tengáis ningún recelo;  
la puerta queda cerrada  
y aquí trataremos cómo  
han de empezar mis venganzas.  
Ya de los demás amigos  
tengo firmas y palabras;  
solamente de vosotros  
firma y palabra me falta;  
pero yo estoy confiado,  
que conozco vuestras almas  
de que moriréis conmigo,  
vendiendo las vidas caras.  
No tiene Nápoles hoy  
más valor, ni más espadas  
que a mi defensa se opongan  
que las que ocupan la sala;  
pues si en nuestra edad florida  
no acreditamos hazañas  
que den al mundo memoria  
y atemoricen la patria,  
¿de qué sirven los valores,  
de qué las fuerzas bizarras  
que en servicio de los reyes  
sin ningún premio se acaban?  
Más de doscientos amigos  
que hoy en Nápoles se hallan,  
¿no podemos dar temor  
al mundo que al mundo basta  
atemorizar docientos,  
si a mis afectos se igualan?  
Acordaos en este reino  
del valor de Marco Jarra (1),  
que llamándose rey, puso  
dos mil hombres en campaña;  
y si tuviera valor,  
su poder se dilatara;  
pero no hay valor en muchos,  
si la cabeza desmaya.  
Pero yo, pues que me hacéis  
dueño de empresa tan alta,  
pienso ser en breves días  
de los mayores monarcas.  
No penséis, amigos míos,  
que aquesta empresa me llama  
para gozar sin estorbos  
los amores de Leonarda;  
que aunque la adoro, no estimo  
tanto sus estrellas claras,  
que en breve espacio de ciclo  
despiden rayos que abrasan,

(1) Su nombre era Marco Sciarra.

como de un amigo solo  
el valor que le acompaña.  
Por todos miro, y por todos  
hoy mi sangre se derrama;  
abrid las venas del pecho  
veréis que despiden nácar,  
rojo coral, que no admite  
mezcla de traidora mancha.  
Hoy en su casa el Virrey  
me dijo, ¡afrentosa hazaña!,  
que por ser noble Ricardo  
y yo de prendas más bajas,  
no tenía obligación  
de cumplirme la palabra.  
Rabio de enojo en pensarlo;  
¡pesa sus soberbias armas!,  
¿valen tanto como yo  
cuantas adornan su casa?  
¿Tuvo, por dicha, más bríos?  
¿Alcanzó mayor pujanza  
el primero que les dió  
ese nombre, en esas vanas  
presunciones que conservan  
lucidos cercos de plata?  
¿Hallan más valor que el mío?  
Responda el que más se alaba  
de antecesores valientes;  
publique al mundo su fama,  
y verá si Nardo Antonio  
es menos, o le aventaja.  
¿Por qué la nobleza, amigos,  
ha de tener a sus plantas  
a los que nacimos pobres?  
Salgamos a la campaña  
y ganemos nombre eterno;  
conquistemos, si os agrada,  
las provincias más remotas,  
veréis si valor me falta.  
Ya sabéis que ha muchos días  
que entre nosotros se traza  
aquesta conjuración,  
que la tuve dilatada  
por pensar mejor suceso  
de mis amorosas ansias;  
pero mirando perdidas  
tan soberbias esperanzas,  
la resolución postrera  
que la ejecente me manda.  
Esta noche con Gerardo,  
Barón ilustre, se casa  
la que ha seis años que adoro,  
y dos que mía se llama.

Pero no permita el cielo  
que lllore ausente, forzada  
Leonarda, mi amor primero  
y que yo la deje el alma  
para que un tirano dueño  
vuele (1) de firmezas tantas.  
Esta ha de ser la primera  
acción, amigos, gallarda  
que ha de despertar (2) mi nombre,  
voz que despierta mi fama.  
De aquí ha de tener principio  
la luz que hoy me levanta  
para eternizar mi nombre,  
por lengua infame eclipsada.  
No han de decirme otra vez  
en Nápoles, cara a cara,  
que desmerezco por pobre  
lo que otros por ricos ganan.  
En estas leyes del mundo,  
de altivo dueño fundadas,  
la pobreza es noche oscura  
de confusiones cercada,  
horror afrentoso, lengua  
que su misma sangre infama.  
Pero seguidme y veréis  
si mi valor despedaza  
este monstruo que en el suelo  
mendiga en puertas doradas;  
donde, en lugar de favores,  
altivos desprecios halla.  
Si presumís que atrevido,  
acrecentando arrogancias,  
viéndome señor de tantos  
he de acrecentar borrascas  
de caudalosas corrientes  
en las lisonjeras plantas,  
que al apacible verano  
risa y deleite mostraban,  
muy engañados vivís;  
no he de olvidar las gallardas  
acciones de mis amigos,  
si por valerosas trazas,  
nacidas de mis efectos  
todo el mundo sujetara.  
Poned en este papel  
vuestras firmas, donde estampan  
las suyas los que sabéis;  
que al abrir la puerta el alba,

(1) Quizá deba decir «burles» o «goces».

(2) Este verbo es impropio y mucho más estando repetido en el siguiente verso. Quizá deba leerse: «saludar» u otro semejante.

en el lugar señalado  
emboscados nos aguardan.  
Caudillo suyo me nombran;  
y pues no ha de haber mudanza  
en lo que habéis prometido,  
escuchad lo que hoy os manda  
el Capitán más valiente  
que rige familia honrada.  
En Nápoles, Batistela,  
mi compadre quede y liaga  
oficio de doble espía,  
que nos avise por cartas  
los intentos del Virrey,  
pues tiene en palacio entrada,  
que de lo que se robare  
tendrá segura la paga.  
Para asegurar mi vida  
quede en escolta y en guarda,  
a la puerta de Ricardo,  
esta noche, Pedro Talla,  
Leonelo, Roselo y Floro,  
los mejores camaradas  
que ha visto el sol desde Oriente  
hasta que en el mar descansa.  
Otros cuatro en el Arquillo,  
porque por Puente de Tapia  
no entre socorro a Gerardo,  
ladrón de mis esperanzas.  
En la calle de Toledo,  
con seis pistolas cargadas,  
quedarán los que nombrare  
Batistela; el resto salga  
al campo, donde me espere  
hasta que en mis brazos traiga  
aquel sol que limas (1) de oro  
sobre Nápoles derrama  
y en breves años ostenta  
rigores que amor desata.  
Ea, amigos, firmad todos;  
sólo os pido la palabra  
de que no habéis de ofender  
ningún soldado de España;  
que como español se nombre  
ha de tener puerta franca.  
Haréisle al que fuere humilde  
buen pasaje; el noble caiga  
a vuestros pies, dividiendo  
de su infame cuerpo el alma.  
La nobleza me ofendió,  
que mis acciones ultraja;  
contra su poder el mío

recibe fuerzas, mas bastan  
las que tiene Nardo Antonio  
para asolar toda Italia.  
Favoreced mis intentos,  
pues que tendréis, si os agrada,  
un rey con nombre de esclavo  
y un señor que os rinda parias.

BATISTEL. Yo he de firmar el primero,  
y en Nápoles quedaré.

TIMBRIO. Yo el segundo firmaré.

LEONELO. Yo mi firma aquí pondré.

ROSELO. Y yo firmaré el postrero.

(*Firman los cuatro.*)

BATISTEL. Toma, capitán valiente,  
estas firmas que aquí están:  
toda es honrada tu gente;  
ganar el mundo podrán.

N. ANT. No está [en] más de que lo intente.

BATISTEL. En lo que quedo encargado  
presto el cuidado verás.

N. ANT. Eres, Batistela, honrado.

BATISTEL. Cada semana tendrás  
indicio de mi cuidado.

N. ANT. ¿Quién sino tales amigos  
tan bien por mi honor volvieran?

BATISTEL. Son de tu valor testigos.

N. ANT. Si tan bien le conocieran  
temblaran mis enemigos.

Ya la noche oscura viene:  
prevenir vuestras pistolas  
y vuestras armas conviene,  
pues sabéis que en ellas solas  
mi honor esperanza tiene.

BATISTEL. Seguro puedes estar;  
parte, Nardo, a tu venganza.

TIMBRIO. Procura, Antonio, sacar  
el bien que en tu amor alcanza  
mayor sujeto de amar.

(*Dentro, MORÓN*)

MORÓN. Abrid aquí.

N. ANT. ¿Si han llamado?

MORÓN. Abrid.

N. ANT. ¿Quién es?

MORÓN. La justicia.

N. ANT. ¿Si me han vendido, y airado  
alguno mi mal codicia?

LEONELO. Yo estoy muerto.

BATISTEL. Yo, turbado.

N. ANT. Las firmas meto en el pecho;  
no temáis, mostrad valor.

MORÓN. Abrid, pues.

(1) Acaso deba leerse «lunas».



BATISTEL. Aquesto es hecho.

N. ANT. Algún amigo traidor  
mis venganzas ha deshecho.  
¡Vive Dios, que si os turbáis  
que os he de matar!

MORÓN. Abrid.

N. ANT. Si escaparos procuráis,  
lo que dijere decid.

MORÓN. ¿Cómo en abrir os tardáis?

N. ANT. Perdí tan noble ocasión.

BATISTEL. Abrid, pues.

N. ANT. No me acobardo,  
aunque os nuestro turbación;  
abro la puerta, ¿qué aguardo?  
Entre quien es.

(Sale MORÓN.)

MORÓN. Soy Morón.

Notable susto les di.

N. ANT. ¿Tal has hecho?, ¿estás en ti?

MORÓN. ¿Hay blandura en los calzones?  
De bronce los corazones,  
¿volvieron de caequí?

N. ANT. Estoy por darte la muerte,  
mas concédote la vida,  
pues mejoraste mi suerte,  
que ya la juzgué perdida  
temiendo trance más fuerte.

MORÓN. La ocasión imaginé  
en que ocupados estáis;  
como justicia llamé,  
¿por qué albricias no me dais  
pues en Morón me torné?  
¡Por Dios, que no han vuelto en sí!  
Miren qué colores éstas.

BATISTEL. Confieso que las perdí.

N. ANT. ¿Por qué no me manifiestas  
lo que hay de Leonarda, di?

MORÓN. Dila tu papel.

N. ANT. ¿Lloró?

MORÓN. Más valor que tú mostró,  
y me respondió arrogante  
que te ha de servir amante.  
Y estando en esto llegó  
su padre y el desposado;  
yo quedé muerto y turbado,  
pero Julia me llevó  
y en un desván me metió,  
adonde estuve empeñado.  
Era el desván más estrecho  
que en toda mi vida vi;  
no he quedado de provecho,

pues de él con vida salí;  
grandes mercedes me han hecho.

Por un agujero entré,  
y era tan corto el desván  
que afuera los pies dejé,  
y si presto no se van,  
yo me pierdo por el pie.

Boca abajo estuve allí,  
por no poder menearme,  
y en aquel zaquizamí  
temí que habían de matarme  
dos mil arañas que vi.

Llegó Julia y por los pies  
me sacó de allí arrastrando;  
limpióme muy bien después,  
dejé su casa temblando  
y llego como me ves.

N. ANT. Ea, amigos, esto es hecho;  
para agora es el valor:  
que hemos de vencer sospecho.

BATISTEL. Este español tu rigor,  
¿sabrá guardar en el pecho?

N. ANT. Sí, que nos hemos criado  
juntos, y sé que es honrado.

BATISTEL. Pues, ¡alto!, vamos de aquí.

MORÓN. Ya te sigo.

N. ANT. Ven tras mí,  
que mi venganza ha llegado.

(Vanse. Salen GERARDO, RICARDO, LEONARDA, JULIA,  
LEONIDO y músicos.)

GERARDO. Todo el tiempo que se tardan  
se acreditan mis deseos.

LEONARD. Y el que tarda Nardo Antonio  
sirve de lazo a mi cuello.

RICARDO. Sin duda alguna que están,  
hijo Gerardo, tus deudos  
mil festines generosos  
a tus bodas previniendo.  
No tardan, rinde al amor  
parias de este breve tiempo;  
págale el tributo honroso,  
porque no hay amor sin miedo.

GERARDO. Dos años ha, mi Leonarda,  
que por tus amores muero;  
pero no he tenido tanto  
como agora que poseo.  
Bien dicen que mezcla amor  
el disgusto y el contento;  
pues en las dichas me turbo  
y en la posesión recelo.  
Vuelve, Leonido, camina;  
diles que aguardando peno;

- venga quien junte dos almas  
en lazos de amor estrechos.
- LEONARD. Por mucho que lo desees,  
mayor tardanza contemplo:  
¡ay, si llegase de amor  
el bien que penando muero!  
¿Cómo es posible que tarde  
sabiendo que adoro y temo?  
Préstales, Amor, tus alas  
para que vuelvan más presto.
- GERARDO. Leonarda, matarme intentas;  
no acrecientes más mi fuego;  
que esos impulsos de amor  
son volcanes en mi pecho.  
Mucho me quieres, Leonarda,  
pues sientes lo que yo siento;  
que tarden culpas, ¡oh, amor!,  
los favores que te debo.
- RICARDO. ¿Quien vió tan grandes mudanzas?  
O el poder de amor es menos  
o Leonarda no le tuvo  
a aquel olvidado dueño.
- LEONIDO. Señor, ¿de Celia se olvidan  
los abrasados desvelos  
con que la mano le diste,  
prometiéndome casamiento?  
¿Ya con diferente amor  
la has olvidado?
- GERARDO. Di, necio:  
Celia, hija de un villano;  
Celia, que en traje grosero  
divirtió en la aldea el gusto  
de este divino sujeto,  
¿hacerla mi esposa quieres?  
Si bien de su amor me acuerdo,  
tendré en la ciudad mi honor  
y allá en el campo el deseo.
- RICARDO. Sentaos y canten un poco,  
divertiréis, por lo menos,  
con las dulces consonancias  
de estar aguardando el tiempo.
- LEONARD. Su tardanza me atormenta.
- GERARDO. Porque lo sientes lo siento.

(*Cantan.*)

«Dulces pasiones de amor,  
centro de mi pensamiento,  
no en balde a vuestro tormento  
llaman alegre dolor.  
Con razón tuve temor  
de engolfarme en vuestro mar;  
suspense estaba al entrar,

pero ya que dentro estoy  
o veré al puerto a que voy  
o me tengo de anegar.»

(*Sale NARDO, con pistolas.*)

- N. ANT. Sin que nadie me lo estorbe  
he llegado a su aposento;  
la puerta tengo segura  
con los amigos que tengo.  
Aunque no me han convidado  
hallarme en tus bodas quiero;  
goce Gerardo... no goce,  
porque si lo digo miento.

(*Alborótanse.*)

No se alborote ninguno;  
estense en sus sillas quedos,  
hasta que cuatro palabras  
le digo al señor mi suegro.  
El me dió mano y palabra,  
obligado de mis ruegos,  
de casarme con su hija,  
y a que me la cumpla vengo;  
si no llevaré por fuerza  
lo que de grado pretendo.  
Esto es, en suma; responde  
a mi pregunta o mi acero...

- RICARDO. Con mi espada, Nardo Antonio,  
la defenderé, aunque viejo.

- GERARDO. ¡Villano!, yo por Ricardo  
que no la cumpla defiendo.  
¡Criados, matadle, muera!

- N. ANT. Eso será si yo quiero.  
Ponte, Leonarda, a mi lado,  
y no temas mal suceso.

(*Acuchillanse, y LEONARDA se pasa al lado de NARDO.*)

- LEONIDO. ¡Ay, que me ha muerto!  
OTRO. ¡Ay de mí!

- LEONARD. Todo lo va destruyendo;  
ya le vuelven las espaldas;  
¡ay, Dios, si mi padre es muerto!  
El vuelve; que estoy turbada  
y arrepentida confieso.

- N. ANT. Escapóseme Gerardo.

- LEONARD. Sin alma estoy.

- N. ANT. Pierde el miedo;  
no receles imposibles  
cuando en mis brazos te llevo.

ACTO SEGUNDO

(Salen el CONDE, GERARDO, BATISTELA y gente de acompañamiento.)

MIRANDA.

¿Qué eso pasa, Gerardo?

GERARDO.

De esta forma

destruye las aldeas  
y aun se llama señor de algunos pueblos.

Después de aquel suceso,  
donde murió Ricardo,  
de ti, señor, aguardo  
que se ha de castigar tan grande exceso.

La noche desdichada  
que perdí de Leonarda las estrellas,  
de cuyas luces bellas  
tengo el alma abrasada;  
ya, señor, has sabido  
que el escuadrón de amigos, dividido  
en defensa salió de Nardo Antonio;  
digo mal, de un demonio  
para tantas injurias desatado,  
cuyo valor osado  
dió bien aquella noche testimonio  
del ardor más terrible  
que el cruel invencible  
sustenta de mis daños instrumento.

¡Qué confusión y llanto,  
por las calles, señor, escucharías!  
Pero aumentanse más las penas mías.  
Ya tú has sabido cuanto  
aquella noche hizo  
el atrevido mozo,  
si bien amigos suyos  
las esquinas guardaban  
y valientes pistolas disparaban.

Que el paso detuvieron  
de los amigos míos  
que quisieron mostrar ardientes bríos;  
pero con armas dobles los vencieron.  
Yo a su rigor opuesto,  
con todos mis criados,  
estorbar procuré mi fin funesto.

Murió Ricardo, Arnesto,  
Leonardo, Julio y Floro,  
robando aquel tesoro  
de Nápoles más bello,  
asiendo la ocasión por el cabello.  
Suceso prevenido  
de aquel amor fingido,  
salgo a la calle su valor temiendo,

y apenas en saliendo  
pude mover los pasos,  
cuando a matarme llegan;  
pero escapéme de sus fieras manos.

Al fin este bandido,  
que a toda la nobleza  
persigue, de sus lenguas afrentado,  
quinientos forajidos ha juntado:  
éstos sin los doscientos  
amigos que de Nápoles sacaron  
dobles armas que hallaron,  
que como ejercitaban la milicia,  
sacarlas previnieron  
para el trance cruel que consiguieron.

Yo, señor, retirado  
en una casería,  
cerca de un pueblo cortó,  
estaba de mis penas consolado,  
que allí me divertía  
viendo pacer al alba mi ganado,  
cuando la tropa llega  
de aquestos enemigos  
y roban lo mejor del corto pueblo.

Yo mi casa despueblo,  
con toda mi familia,  
temiendo sus rigores;  
dejan mis labradores  
desierto el campo, y a contarme vienen  
cómo quedan perdidas  
las tierras más floridas  
y que nuevos rigores nos previenen.

Los pueblos convecinos  
dejan los más vecinos despoblados;  
matan, destruyen, roban,  
sin poder defenderse,  
unos dejan la hacienda en los collados,  
donde tienen labranza,  
que más quieren perdella que perderse.

Quien su rigor alcanza,  
si es noble, muere; si es humilde deja  
lo que lleva escondido;  
pero si es español, premiado parte  
que aqueste nuevo Marte,  
amigable a españoles ha nacido.

De esta suerte perecen;  
remedie Vueselencia aquestos daños,  
que cada día sin estorbo crecen;  
pues tiene desengaños  
en Marco Jarra, de este reino asombro;  
pues sin los muchos que admirado nonbro,  
mayores los previene;  
porque si agora tiene

juntas en pocos días  
sin alma tan valientes compañías,  
si el castigo dilatas  
llegará a ser señor de tantos hombres,  
que al conquistalle, su poder asombres.

MIRANDA.

¡Que quiso Nardo Antonio,  
perdiendo mi amistad, dar testimonio  
de infames pensamientos!  
Pero, ¿por qué dilato  
castigo que merece infame trato?

Gerado, estad seguro  
que vengaros procuro;  
de Nápoles saldrán quinientos hombres  
de tan valientes nombres,  
que defiendan los daños que pretendan  
hacer los forajidos,  
infame gente de hombre vil regidos.

Presto sus mal nacidos pensamientos  
publicarán, a mi castigo atentos,  
de la muerte homicida  
el fin que les aguarda.  
Diez mil ducados mando,  
en Nápoles publiquen este bando,  
a aquel que me trujere  
la cabeza de Antonio  
y perdón del delito que tuviere.

Y para testimonio  
de mayor diligencia, partan luego  
y en todas las aldeas  
de tan noble comarca,  
publiquen mi rigor a sangre y fuego.  
Quiero que presto veas  
cómo corta la Parca  
con su valiente filo  
aquel de estambre lilo  
que inmortal se imagina.  
¿Batistela?

BATISTELA.

Señor.

MIRANDA.

Luego camina.

Darás clara noticia  
a cuantos ejercitan mi justicia;  
diles que luego a mi presencia vengan,  
ni un punto se detengan.  
Que he darles el modo  
para prender a Nardo,  
que presume gallardo  
aniquilarlo y deshacerlo todo.

BATISTELA.

Antonio va perdido;  
y aunque juré ayudarle,  
ocasión de venderle he pretendido:  
diez mil ducados pierdo  
si de la fe que prometí me acuerdo.  
Señor, vuestra excelencia  
mande quedarse solo, que le importa  
a cierta diligencia.

MIRANDA.

Bien puedes tú, Gerardo,  
partir a tu descanso sin recelo.

GERARDO.

De ti mi honor aguardo;  
guarde mil años tu persona el cielo.

MIRANDA.

¿Qué quieres, Batistela?

BATISTELA.

Darte, señor, a Nardo Antonio preso.

MIRANDA.

¿Cómo?

BATISTELA.

Cierta cautela  
intento en tu promesa confiado.  
¿Diez mil ducados mandas  
a quien lo prenda?

MIRANDA.

Sí, darélos luego.

BATISTELA.

Yo sé muy bien la tierra  
donde reside Antonio.  
Con cincuenta soldados,  
le prenderé si tu palabra cumples.

MIRANDA.

Los más ejercitados  
en los trances de guerra.  
Te daré, Batistela,  
si le prendes, diez mil ducados. Parte,  
mientras que yo publico  
en Nápoles el bando  
y libertad a quien le prenda mando.

BATISTELA.

Señor, esta cautela  
importa disponer.

MIRANDA.

Serás testigo  
del premio, si me prendes mi enemigo.

BATISTELA.

Avisaréle a Antonio  
que el Virrey le amenaza,  
diez mil ducados dando a quien le prenda;  
no porque intento que mi amor entienda,  
sino porque se guarde  
de algún traidor cobarde  
que le prenda primero,  
y me quite el dinero  
que yo por su persona solicito:  
no han de llamar servir al Rey delito.

MIRANDA.

Dispondrás, Batistela,  
desta prisión el modo.

BATISTELA.

Tú verás que te sirvo  
con el mayor cuidado;  
yo quedaré premiado  
con ventajas mayores;  
los que sirven al Rey no son traidores.

*(Vanse. Dentro, ruido de guerra; salen muchos villanos huyendo de NARDO, acuchillándolos, y ellos se van.)*

BELARDA. Huye, Pascual, que es demonio.

N. ANT. ¿La cara volvéis, villanos?

PASCUAL. Razón es, pues que tus manos  
dan de un diablo testimonio.

N. ANT. Déjalos, pues van huyendo;  
el lugar queda asolado.

BELARDA. Eclia, Martín, por el prado,  
que van del bosque saliendo  
mil enemigos soldados.  
Guarda, Pascual, tu pollino.  
que está en el prado.

PASCUAL. Imagino  
que nos dejan desollados.

*(Vanse los villanos.)*

N. ANT. Vida trabajosa es ésta;  
mas si extiendo mi poder,  
Nápoles mío ha de ser,  
pues que ya mi honor me cuesta.

Yo tengo ochocientos hombres  
que se han juntado bandidos,  
que gozan por atrevidos  
de los más valientes nombres.

Todos dejarán las vidas,

pues me tienen afrentado,  
aunque no menos vengado  
quedo de haciendas perdidas.

Solamente por los soles  
donde me siento abrasar  
honrados han de pasar  
los que fueren españoles.

De esa nación al valor  
siempre aficionado he sido,  
y si yo hubiera nacido  
español, ¿qué más honor?

Son desatados leones  
al son de la trompa y caja,  
y al fin llevan la ventaja  
a todas las más naciones.

Yo dilato mi poder  
con rigurosas hazañas,  
por estas nobles campañas  
después que las llevo a ver.

Toda esta tierra disfruto,  
y llevados con amor  
me pagan como a señor  
seis lugarejos tributo.

*(Sale LEONARDA, muy bizarra, de corto vestida, y MORÓN, y sacan presos a MARTÍN, PASCUAL y BELTRÁN, labradores.)*

MORÓN. Anden, pues, ¡cuerpo de Dios!

MARTÍN. Su merced tenga clemencia.

MORÓN. Hoy te traigo a tu presencia  
villanos de dos en dos.

N. ANT. Huélgome que los traigáis,  
que estoy un poco enfadado.

PASCUAL. Enojado, mal pecado;  
hoy la vida nos quitáis.

N. ANT. ¿Haste cansado, Leonarda?

LEONARD. No, mi bien; nunca me canso,  
contigo siempre descanso.

N. ANT. ¡Por Dios, que vienes gallarda...!

MORÓN. Esténse quedos aquí,  
que están hablando los dos,  
ya acabarán, y, ¡por Dios!,  
que se han de acordar de mí.

LEONARD. Como tu amor no consiente  
que en traje de hombre me vista  
y es fuerza en esta conquista  
acompañar a tu gente,  
en hábito corto vengo.

N. ANT. Así parece mejor:  
mujer te quiere mi amor.

LEONARD. A tu gusto me prevengo.

N. ANT. Cásanme a mí las mujeres  
que hábito de hombre se visten;

en el de mujer consisten  
sus más bizarros placeres.

Lo honesto admite corona  
en su mismo traje puesto  
y jamás lo deshonesto  
en otro traje aficióna.

No hay sainete para mí  
como unos bajos airosos,  
por descubiertos medrosos;  
siempre este gusto sentí.

Ahora bien; cansada estás;  
cerca está el alojamiento,  
vete a descansar.

LEONARD. Si siento  
es el no verte jamás.

No luce el sol a mis ojos  
si no te tengo presente;  
causan las flores, ausente,  
más que deleites, enojos.

Y en vez de dulces favores,  
cuando en tu ausencia me veo,  
pulsa amor en mi deseo  
desabrimientos mayores.

No hay risa en arroyo o fuente  
que divierta mi sentido;  
antes se juzga corrido  
de su apacible corriente.

N. ANT. Parte, mi bien, no remuevas  
la llaga de amor, que es tal,  
que a su remedio inmortal  
mayores finezas debas.

Vive amor en quien adoro,  
que en acciones semejantes  
ya son siglos los instantes  
que ausente padezco y lloro.

Tú aumentas más mi poder,  
pues cuando ausente me veo,  
con mayor valor peleo  
sólo por volverte a ver.

Al ejército camina,  
que yo no te traigo aquí  
para pelear por mí,  
sino por deidad divina.

Y aunque te parezca loco,  
cuando te miro en la tierra,  
en cualquier trance de guerra  
como a mi deidad te invoco.

Que tanto te desigualas  
a las mujeres del suelo,  
que te imagino del cielo,  
valor de la diosa Palas.

Y a pensamientos sutiles,

cuando te miran no más,  
licencia de amarte das  
con presunciones gentiles.

LEONARD. Siento mucho que adventures  
teniendo gente, tu vida.

N. ANT. No la juzgues tan perdida  
ni su deshonor procúres.

Cien villanos en cuadrillas,  
cuando con ellos me enojo  
hasta el cielo los arrojo  
hechos menudas astillas.

Vete, pues.

LEONARD. Dame los brazos.

N. ANT. Toma el alma, llega al pecho.  
¡Oh, lazo de amor estrecho  
finge eterno muchos lazos!

LEONARD. Como tú, Antonio, me des  
la cabeza de Gerardo,  
con muchos lazos te aguardo.

N. ANT. Yo te la pondré a tus pies.

LEONARD. Con eso parto contenta.

(*L'ase.*)

N. ANT. El alma llevas tras ti.

MORÓN. No se me aparten de aquí  
hasta que les pidan cuenta.

N. ANT. Ahora bien; ¿quién son aquestos?

MORÓN. Los más ricos del lugar.

MARTÍN. Su merced nos quiere honrar.

MORÓN. Solamente pueden estos  
sustentar toda tu gente.

N. ANT. Tú, ¿quién eres?

MARTÍN. El Alcalde.

N. ANT. ¿El Alcalde? Desatalde.

MARTÍN. El cielo tu vida aumente.

N. ANT. ¿Y tú?

PASCUAL. Yo soy regidor.

N. ANT. Lucida gente son todos.

¿Y vos, quién sois?

BELTRÁN. De mil modos  
soy en el lugar dotor.

N. ANT. ¿De mil modos? ¿De qué suerte?

BELTRÁN. Soy boticario, barbero,  
albéitar, dotor, y espero  
ser comadre.

MORÓN. Oficio fuerte.

BELTRÁN. Válenme poco las curas,  
por eso los mato presto.

MARTÍN. Y si no hay remedio en esto  
hará de aquestas locuras  
dos mil: a mi suegra, antaño,  
en dos días la mató.

N. ANT. En esa cura acertó.

MARTÍN. Hízome notable daño;  
porque todos me temían  
sacando a mi suegra al lado,  
y si decía enojado  
«aquí de mi suegra», luían.

N. ANT. ¿Qué dinero te valió  
esta muerte?

BELTRÁN. Cuatro reales.

N. ANT. ¿Cabales?

BELTRÁN. No eran cabales;  
un cuarto menos me dió.

N. ANT. Que mal te pagaron digo.

MARTÍN. ¿Cómo, señor? Esto niego.

N. ANT. Más merece: dálde luego  
cuatro fanegas de trigo.

BELTRÁN. Esa sentencia me alegra.

N. ANT. Vos no debéis de pensar  
lo que le importa a un lugar  
que le maten una suegra.  
¿Hay mucho trigo?

PASCUAL. Señor,  
de aquestos años de atrás  
poco cogido hallarás;  
este año ha sido mejor.

N. ANT. Decid, ¿cuánto tiempo habrá  
que matastes esa suegra?

MARTÍN. Más de un año en hora negra  
y bien cumplido será.

N. ANT. ¿Veislo, si lo digo yo?  
Todo el tiempo que vivía  
poco trigo se cogía,  
pero así como murió  
se han mejorado los años.

PASCUAL. ¡Pesía tal, tiene razón!

BELTRÁN. Era la suegra un Nerón,  
murió y cesaron los daños.

N. ANT. ¿Tenéis alguna doncella  
en vuestro lugar?

PASCUAL. Ninguna.

BELTRÁN. Martín tiene sola una  
que el Barón Gerardo mella.  
La moza cumple a San Juan  
cuatro meses de preñada;  
si ésta, señor, os agrada,  
luego al punto os la traírán.

N. ANT. ¿Gerardo la tiene?

MARTÍN. Sí.

MORÓN. Sí, señor; de cuando en cuando.

N. ANT. Déjalos.

MORÓN. ¿Estás hablando  
con algún zamarro, di?

N. ANT. ¿A dónde tiene Gerardo

esa mujer?

MARTÍN. Señor mío,  
él es un gentil jodío,  
de ti mi remedio aguardo.  
Aquí, cerca de esta aldea  
vive en una casería,  
donde la deshonra mía  
sólo acrecentar desea.  
Dos años habrá, señor,  
que la dió con mal intento  
palabra de casamiento  
porque le diese mi honor.  
Llevóse al fin la rapaza  
y nunca se la cumplió;  
y porque se la pidió,  
con su rigor la amenaza.  
Tiénela en lugar de amiga,  
sin que se case con ella;  
duélete de esta doncella  
con huesos en la barriga.  
Hazle, señor, que se case,  
así Dios te dé salud,  
que no es bien que la virtud  
que tiene mi honor abrase.  
Dice que porque es villana  
no ha de casarse con ella,  
siendo, señor, la doncella  
más hermosa que doña Ana (1),  
la que es la mujer del sol;  
que no quiere su belleza (2)  
igualar con mi pobreza;  
él es de infamia crisol.

N. ANT. Ahora bien; haced por mí  
una cosa.

MARTÍN. Sí, la haremos;  
nuestras palabras ponemos  
de cumplirlo.

N. ANT. ¿Haréislo?

TODOS. Sí.

N. ANT. Pues esto que digo haced;  
porque si no he de quemar  
de una vez este lugar.

MARTÍN. Dígalo, pues, su merced,  
que lo harán de buena gana.

N. ANT. Si me queréis por amigo,  
veinte fanegas de trigo  
cocidas cada semana  
por tributo habéis de darme  
para que mi gente coma.

BELTRÁN. Luego la palabra toma.

(1) El labriego estropea el nombre de «Diana».

(2) Quizá deba decir «nobleza».

N. ANT. Y, para más obligarme,  
treinta cántaras de vino  
habéis de darme también.

MORÓN. Miren que añejo lo den.

MARTÍN. Que se cumpla determino.

N. ANT. Todo lo demás me dan  
los demás lugares míos.

MORÓN. Muéstrale al lugar tus bríos.

MARTÍN. Digo que lo cumplirán.

N. ANT. Pues en premio, con Gerardo  
esta noche casaré  
a vuestra hija.

MARTÍN. Seré  
si tal hacéis, noble Nardo,  
vuestro esclavo.

N. ANT. Cuando el sol  
recoja su luz al mar,  
me podéis aquí aguardar.

MARTÍN. Pienso que sois español,  
pues tal nobleza mostráis.

N. ANT. Ese nombre envidia sólo  
más que las obras de Apolo.

MARTÍN. Pues que licencia nos dais,  
a nuestro lugar volvemos.

N. ANT. Mirad que otra vez os pido  
que cumpláis lo prometido.

MARTÍN. Sí, señor; sí, cumpliremos;  
pero mirad que os aguardo  
en el puesto que sabéis.

N. ANT. Yo lo haré.

MARTÍN. Pues si lo hacéis  
será mi yerno Gerardo.

(*Vase.*)

N. ANT. En efecto, tengo ya  
que me amparen seis aldeas.

MORÓN. Que rey del mundo te veas  
mi propio gusto será.

N. ANT. Encarecimientos deja;  
tú eres español leal,  
dime si algún desleal  
de mi condición se queja.

Ya sabes que te he mandado  
que sirvas de doble espía,  
que entre esta gente podría  
algún altivo soldado,  
viéndome tan gran señor,  
envidiar mi buena suerte  
y procurarme la muerte  
por acrecentar su honor.

MORÓN. Siempre en todos conocí  
una condición leal;  
mas si no sospecho mal,

cierto mozuelo hay aquí  
que se llama Pedro Talla,  
que dejó en cierta ocasión  
sospechoso el corazón;  
en fin, estos son canalla.

Empezóme a murmurar  
del estado en que te vías,  
dando a las sospechas más  
a más recelo lugar.

Procura, Antonio, saber  
si ofenderte ha procurado.

N. ANT. ¿Eso pasa?

MORÓN. Esto he pensado,  
y aun lo he llegado a creer.

N. ANT. ¿No es este que viene?

MORÓN. Sí;  
ten silencio.

N. ANT. Sí, tendré;  
que con engaño sabré  
si quiso matarme a mí.

(Sale PEDRO TALLA.)

P. TALLA. Aquesta carta ha llegado  
del compadre Batistela;  
mira si importa, leerela.

N. ANT. En fin, es amigo caro (1).

(Lee.)

«Diez mil ducados promete el  
Virrey a quien trajere tu cabeza, y  
perdón de cualquier delito. Guárdate  
de Gerardo, que es el mayor enemigo  
que tienes; pues al Virrey y a  
todos sus soldados incita para que  
te prendan o te maten: recibe este  
aviso y avísame de tu salud.—  
Batistela».

Gerardo, rigor advierte;  
hoy nos veremos los dos,  
y si porfía, por Dios  
que ha de vengarme su muerte.

De mi campo bien sé yo  
que ninguno ha de venderme.

(Aparte.)

P. TALLA. Si hallo ocasión de atreverme,  
el primero seré yo.

Premio de diez mil ducados  
asientan más mi cautela;  
si de mí no se recela

(1) «Caro» no rima con «llegado». Deberá decir «amado».



daré fin a mis cuidados.

N. ANT. De este tengo de saber  
si su traición es verdad.

P. TALLA. Valor y necesidad  
poderosos han de ser.

N. ANT. Descansen los nobles bríos  
de mi escuadrón alentado,  
pues mala noche ha pasado  
en estos bosques sombríos.

Tú, Pedro Talla, podrás  
aguardarme aquí, que espero  
cierta ocasión, donde quiero  
que tú me ayudes no más.

P. TALLA. A servirte me prevengo.

N. ANT. Ya conozco tu valor:  
cierta empresa de mi honor  
esta misma noche tengo  
y he de llevarte conmigo,  
para vengar un desdén,  
que a tales casos es bien  
llevar tan valiente amigo.

Carga muy bien la pistola,  
porque ha de haber ocasión  
y es buena la prevención.

P. TALLA. Basta a vengarte ella sola.

N. ANT. Aquí puedes descansar,  
pues la noche no has dormido.

P. TALLA. Confieso que estoy rendido.

N. ANT. Que yo te vendré a avisar  
al tiempo que el sol se acueste (1).

P. TALLA. Así podré sosegar,  
pues me da el tiempo lugar  
de que la pistola apreste.

De ti quedo agradecido,  
pues sólo me has señalado  
para llevarme a tu lado.

N. ANT. Tu valor he conocido.

Quédate adiós.

P. TALLA. El te guarde.

N. ANT. Yo a llamarte volveré.  
(Con esta industria sabré  
si tienes valor, cobarde.)

P. TALLA. No pudiera desear  
más apretada ocasión:  
esta noche mi traición  
gozará el tiempo y lugar.

Diez mil ducados promete  
el Virrey por Nardo, aquí  
favorablemente así  
la ocasión por el copete.

Para agora es el valor;

quitarle tengo la vida,  
mal guardada y bien vendida  
que asegura mi rigor.

Que tiempo y lugar le den,  
cuando a un hombre, si le agrada,  
emprende una cosa honrada  
todo le sucede bien.

Armada está la pistola;  
mas porque mejor lo esté,  
dos balas más echaré  
no lleve una bala sola.

Cuando del bosque salgamos  
tendrá lugar mi traición,  
que es famosa la ocasión  
entre estos soberbios ramos.

Este, con soberbia loca,  
todo lo manda y deshace;  
bien es que su muerte trace,  
pues a venganzas provoca.

Pretendo descanso, al fin,  
que llegué ya deseando  
y después, en despertando,  
repararé el polvorín.

(Echase a dormir, la pistola junto a sí, y sale NARDO.)

N. ANT. Ya Pedro Talla estará  
entre estas flores dormido,  
donde apacible sonido  
pulsando el céfiro está.

De estos enemigos míos  
recelo alguna traición;  
yo quitaré la ocasión,  
sirviendo al Rey con mis bríos.

Al Virrey escribiré  
me deje a Flandes pasar,  
donde al Rey podrá importar  
la gente que llevaré.

Si Capitán de caballos  
me hiciere, le iré a servir;  
dejaré de conseguir  
dar a mi valor vasallos.

Si estará dormido Pedro;  
ya lo está, pues no responde:  
pues que mi gente me absconde  
este laurel y este cedro,

desarmaré su pistola,  
industria valiente es ésta,  
no hallará Talla respuesta  
en esta pistola sola.

Una, dos balas tenía;  
cruel amigo, ¡por Dios!,  
si al valor de aquestas dos

(1) En el original dice por errata «muestre».

matar a Nardo quería.

¡Por Dios!, que hay segunda carga;  
otra bala ha prevenido (1),  
intento traidor, descarga

mi brazo: ahora bien tornemos  
a cargarla con arena,  
si estaba de plomo llena,  
llena también la dejemos.

Si éste me quiere matar,  
presto lo podré saber:  
si quiere, no ha de poder  
y yo le he de castigar.

Ya queda muy bien cargada;  
en su lugar la pondré,  
y pues que el sol no se ve,  
ya la ocasión es llegada

de ir a buscar a Gerardo,  
que está quitando el honor  
a aquel pobre labrador  
a quien dar remedio aguardo.

Yo le llamo: Talla, amigo.

(Despierta a TALLA.)

P. TALLA. ¡Oh, Capitán!, ¿es ya hora?

N. ANT. Sí, amigo, vamos: que agora  
he de hallar a mi enemigo.  
¿La pistola está cargada?

P. TALLA. ¡Pesía tal, famosamente!  
El polvorín solamente  
prevengo.

N. ANT. Buen camarada.

Aquese río pequeño  
pasaremos por un palo  
que sirve de puente.

P. TALLA. Igualo  
con la amistad que te enseño,  
la que recibí de ti.  
Dejaréle yo pasar  
delante y le he de matar.

N. ANT. Si aqueste es traidor, aquí  
lo he de ver; he de ir delante.

P. TALLA. Pasa, Capitán.

N. ANT. Si tira,  
adonde mi muerte mira  
se la daré en un instante.

Ven tras mí.

P. TALLA. Ya yo te sigo.

(Tira, y no da fuego sino en el polvorín.)

N. ANT. Tiró.

La ocasión erraste;

donde mi muerte pensaste  
hallas la tuya, enemigo.

(Tira NARDO con otra pistola.)

P. TALLA. ¡Ay, que me han muerto!

N. ANT. Cayó.

en el río le echaré;  
con buena industria maté  
a quien matarme pensó.

Ya de éste traición no aguardo;  
vengué su infamia muy bien;  
para matarle también  
voy a buscar a Gerardo.

(Vanse. Salen GERARDO, y CELIA, villana, FLORO y LISENO.)

FLORO. Sea su merced, señor,  
a su casa bien venido.

GERARDO. El cuidado me ha traído  
de un buen (1) encendido amor.

No hay gusto que me le dé  
como verte, Celia hermosa;  
llamarte puedes dichosa  
cuando conoces mi fe.

Muéstrame los ojos bellos,  
vertiendo de alegre risa,  
pues mi grande amor te avisa  
que tengo mi gusto en ellos.

Ese veio peregrino  
de dos cielos adornado,  
cubierto me da cuidado,  
desdeñoso le imagino.

Vuelve, vuelve luz al valle;  
porque si adelante pasas  
con mayor rigor le abrasas  
alienta brío en tu talle;

porque juzgando rigores  
en esos de amor desdenes,  
el prado abrasar previenes,  
marchitar quieres las flores.

Esa luz de ardores rica,  
abrasa el valle cubierta,  
pero si está descubierta  
mil favores pronostica.

Nuevo modo señorean,  
a ser increíbles pasan,  
pues que cubiertas abrasan,  
descubiertas lisonjean.

CELIA. Esos requiebros, Gerardo,  
con que tus valores sumas  
son del viento leves plumas:

(1) Falta un verso a esta redondilla

(1) Así en el texto; pero será «bien encendido».

no finjas amor gallardo.

Quien despreciada me deja,  
buscando ajena beldad;  
quien da gusto en la ciudad,  
dejando en el campo queja,  
no acierta brasas en hielos,  
de otro amor aficionado,  
cuando sabe que ha dejado  
en Celia ocasión de celos.

El mayor fruto de amor,  
con engaños me llevaste.  
Pues si debiendo olvidaste,  
¿para qué finges amor?

Deleite el tuyo se llame,  
que quieres gozar en mí,  
para que cobre por ti  
eterno nombre de infame.

Mira si castiga el cielo  
la palabra que me diste,  
que porque no la cumpliste  
pierdes tu mayor consuelo.

Vete, vete a la ciudad,  
donde tu amor se confirme,  
que yo en mis rigores firme  
olvido mi voluntad.

GERARDO. Celia hermosa, yo confieso  
que libre amor presumí;  
pero ya vuelvo de ti  
con mayores lazos preso.

No te parezca fingido  
este pensamiento nuevo;  
ya sé que el alma te debo,  
no puedo ser tu marido;  
pero palabra te doy  
que, sin mudar de fortuna,  
no lo he de ser de ninguna,  
pues que tuyo no lo soy.

Más, mi Celia, estás honrada  
cuando te adoro gallardo,  
siendo amiga de Gerardo  
que de un villano velada.

Iguala al sol mi nobleza,  
blasón definiendo lucido,  
y quedará deslucido  
si le igualo a tu bajeza.

Desaten tus ojos bellos,  
mezclando de amor ensayos,  
para que me abrasen rayos  
y para vivir en ellos.

CELIA. Ello es rigor de mi suerte;  
como te adoro te creo;  
la mitad de mi deseo

cumple amor con sólo verte.

Bien el cielo me castiga;  
soy desdichada y dichosa  
y ya que no de tu esposa  
doite la mano de amiga.

GERARDO. Pastores, bajad al valle;  
haced de las bellas flores  
corona a Celia, pastores,  
corto premio de su talle.

Prended, cuando perlas llora  
el alba a las aves bellas  
para que le canten ellas  
como a más divina aurora.

Siéntate, Celia, llegad  
esas dos sillas aquí;  
y pues su rigor vencí,  
vengan zagalas, bailad.

Floro, de esas caserías  
llama las serranas bellas,  
porque participen ellas  
mis mayores alegrías.

CELIA. Será darme celos.

GERARDO. Pues  
alguna cosa contad.

¿No hay ninguna novedad  
en este valle, después  
que a Nápoles me partí?

FLORO. Lo que hay es este demonio  
que se llama Nardo Antonio.

GERARDO. Pues, qué ha pasado, decí.

LISENO. ¡Hola, Floro!, habla pasito,  
que no sabemos si escucha.

FLORO. ¿No veis que hay distancia mucha  
del suyo a aqueste distrito?

LISENO. ¡Qué mal, Floro, conocéis  
a las paredes de hogaño!

FLORO. Ya sé, aunque os parezca extraño,  
que es justo que os receléis.

LISENO. Este Nardo es adivino;  
y si lo llega a saber,  
en cruz nos ha de poner.

FLORO. ¿Qué no hará?

LISENO. Sois peregrino.

(Dentro.)

N. ANT. Aguardadme aquí los dos.

GERARDO. ¡Hola, Floro!, ¿quién ha entrado?

FLORO. No está el postigo cerrado.

GERARDO. Andad, pues, cerradle vos.

FLORO. El dimiño que allá salga.

GERARDO. Floro, andad, ¿qué os detenéis?

FLORO. Yo voy.

(Sale NARDO ANTONIO.)

N. ANT. Teute.  
 LISENO. ¿No lo veis?  
 FLORO. ¡Santo Toribio me valga!  
 GERARDO. ¿Quién eres?  
 N. ANT. ¿No me conoces?  
 GERARDO. ¿Eres Nardo Antonio?  
 N. ANT. Sí.  
 GERARDO. ¡Que aun no me dejen aquí  
 estos tus bríos feroces!  
 Siempre en mis mayores gustos,  
 como tú en soberbia creces,  
 Nardo Antonio, te apareces  
 para causarme disgustos.  
 Querrás a Celia quitarme,  
 como quitaste a Leonarda.  
 N. ANT. Otra ocasión más gallarda  
 pudo, Gerardo, obligarme.  
 Vengo a casarte con ella.  
 Palabra y honor le debes,  
 y hanme dicho que te atreves  
 a no cumplilla y rompella.  
 Que con ella te casase  
 su buen padre me rogó,  
 y Leonarda me pidió,  
 Gerardo, que te matase.  
 Por las leyes de mi amor  
 quedé a matarte obligado,  
 y a casarte lo he quedado  
 por las leyes de mi honor.  
 Palabra di de matarte  
 y de casarte la di;  
 esta vez las dos cumplí  
 solamente con casarte.  
 Mi verdad puede advertirse  
 con un lazo solamente,  
 pues ya dicen comúnmente  
 que es el casarse morirse.  
 Y no es fingido rigor  
 si llega forzado el gusto,  
 porque el casarte a disgusto  
 es la desdicha mayor.  
 FLORO. Señor, de casar se trate.  
 N. ANT. Callad, villanos, vosotros.  
 LISENO. ¿Mas que nos casa a vosotros?  
 FLORO. Mejor será que nos mate.  
 GERARDO. Nardo, advierte mi nobleza.  
 N. ANT. ¡Qué engañada presunción!  
 Ese guardado blasón  
 no le mancha la pobreza.  
 GERARDO. Yo no me puedo casar.

N. ANT. ¿No puedes?  
 GERARDO. No.  
 N. ANT. ¡Vive Dios,  
 que he de casar a los dos!  
 o los tengo de matar.  
 Probar tienen mi rigor,  
 si segunda vez me enojan;  
 casarse o morir escojan  
 lo que les está mejor.  
 CELIA. Yo, Antonio, casarme quiero,  
 porque me debe mi honor.  
 GERARDO. Suspende, Nardo, el rigor,  
 mira que soy caballero.  
 N. ANT. ¿Diste la palabra?  
 GERARDO. Sí.  
 N. ANT. ¿Débesla su honor?  
 GERARDO. También.  
 N. ANT. ¿Amas?  
 GERARDO. Y siento el desdén.  
 N. ANT. Pues ¿qué te acobarda, di?  
 GERARDO. La mancha de mi nobleza.  
 N. ANT. ¿Por qué, cuando la engañaste,  
 esa mancha no miraste?  
 GERARDO. Cegóme allí su belleza.  
 N. ANT. ¿Dúrate de amor el fuego?  
 GERARDO. Para deleite me dura.  
 N. ANT. Para deleite, procura  
 casarte con ella luego,  
 o mataréte, ¡por Dios!  
 GERARDO. Mi deshonor considera.  
 N. ANT. En esa sala os espera  
 quien os despose a los dos.  
 Mira que resuelto estoy;  
 elige, Gerardo, el medio.  
 GERARDO. ¿No hay remedio?  
 N. ANT. No hay remedio;  
 entra a casarte.  
 GERARDO. Ya voy.  
 N. ANT. Y advierte, sin replicarme,  
 que me escribió cierto amigo  
 que buscas, como enemigo,  
 ocasión para matarme.  
 Si es verdad, rigor tendré;  
 detén en mi ofensa el paso,  
 porque si agora te caso,  
 mañana te mataré.  
 GERARDO. Es verdad; pero, en efeto,  
 de hoy más no quiero ofenderte.  
 N. ANT. Que lo prometes advierte.  
 GERARDO. Sí, Antonio; yo lo prometo.

ACTO TERCERO

(Salen NARDO ANTONIO y LEONARDA.)

N. ANT. Enojada estás, Leonarda.

LEONARD. Rabio de enojo; desvía.

N. ANT. Mira que eres alma mía;  
vuelve los ojos, aguarda.

LEONARD. No te escucho, ni he de verte;  
no me engañas, no te creo,  
pues no cumples mi deseo  
dando a Gerardo la muerte.

Ya con Celia le casaste;  
a una villana cumpliste  
la palabra y me rompiste  
la que a nuestro honor juraste.

Mas, ¿por qué, Antonio, te riño  
por la muerte de Gerardo,  
cuando a mi lado gallardo  
acero más noble ciño?

Mi padre por él murió;  
dejó mi honor ofendido;  
¿por qué la muerte te pido  
si puedo matarle yo?

N. ANT. Cese el rigor y dichasas,  
con que al mundo maravillas,  
esas del cielo mejillas  
llevan claveles y rosas.

Alienta de amor despojos;  
no temas, que estoy corrido:  
si Gerardo te ha ofendido,  
yo le mataré a tus ojos.

LEONARD. Si ese presente me das,  
por quien rigores padezco,  
tuya soy, el alma ofrezco;  
pero espérate, que hay más.

De otra suerte me castiga  
tu rigor, aunque te obligo,  
pues no te casas conmigo,  
porque me llamen tu amiga.

N. ANT. Si el no casarme te ofende,  
es porque valiente brío  
para el casamiento mío  
mayor aplauso pretende.

Causas de honor determino;  
sólo lo dejo de hacer  
porque el Virrey venga a ser  
de nuestras bodas padrino.

Presto de mis dichas todas  
se llegará el cumplimiento;  
presto en Nápoles intento  
que se celebren mis bodas.

LEONARD. Dame los brazos, por Dios,  
que recelaba perderte.

Si a Gerardo das la muerte,  
amigos somos los dos.

(Abrazanse.)

N. ANT. Media legua está de aquí;  
tú sola vendrás conmigo;  
a tus pies el alma hallé (1)  
Primero aguardar conviene  
de Batistela el aviso,  
hoy el término preciso  
de mi pretensión previene.

Por Capitán de caballos  
a Flandes quiero pasar.

LEONARD. Esos cargos suelen dar  
a señores de vasallos.

N. ANT. Esto al Virrey he pedido,  
y pienso que lo ha de hacer;  
si no, verá mi poder  
en toda Italia extendido.

(Saca LEONELO a un SOLDADO español, muy roto, maniatado.)

LEONELO. Ande el bergante.

SOLDADO. Quedito,  
señor soldado de bien.

LEONELO. Haréle matar también.

SOLDADO. No he cometido delito.

N. ANT. ¿Quién sois, que mostráis valor?

SOLDADO. Soldado español.

N. ANT. Quitad;  
las manos le desatad.

SOLDADO. Estimo tan gran favor.

N. ANT. ¿No os tengo mandado yo  
que al que es español dejéis,  
pues quien le ofende sabéis  
que a mí propio me ofendió?  
Ahora bien, ¿a dónde vas?

SOLDADO. A España.

N. ANT. Largo camino;  
ayudarte determino;  
muy roto y muy pobre estás.

Mas, porque des testimonio  
de quién soy, vestirme quiero;  
di en España lo que os quiero.

SOLDADO. Dame tus pies, Nardo Antonio.

(Sale MORÓN, con RUFINO, mercader, atado.)

MORÓN. Ande el villano, camine.

N. ANT. ¿Qué es eso, amigo Morón?

MORÓN. Italiano socarrón,  
que ha de morir imagine.

Este italiano, señor  
que viene agora de España

(1) Faltan versos en este pasaje.

le topé en esa montaña  
y le prendí con valor.  
N. ANT. ¿Eres italiano?  
RUFINO. Sí.  
N. ANT. Fué el prenderle gran hazaña.  
¿De dónde vienes?  
RUFINO. A España  
habrá dos años que fuí.  
Pasé pobre, y ya, señor,  
como a trabajar me aplico,  
a mi patria vuelvo rico,  
puedo decir con honor.  
N. ANT. ¡Buen vestido!  
RUFINO. Bien ganado  
es por lo menos, señor.  
N. ANT. Pienso que será mejor  
dárselo a un pobre soldado.  
Desnúdate tú, español.  
Truequen vestidos. (1)  
SOLDADO. Yo allano  
el mío a la luz del sol.  
MORÓN. Eche abajo los calzones,  
que ha de trocarlos también.  
RUFINO. Señor.  
MORÓN. Luego me los den.  
RUFINO. ¿Quién vió mayores leones?  
MORÓN. Presto, pues, que se resfría  
el español.  
SOLDADO. Ya yo doy  
mi vestido.  
RUFINO. ¡Muerto soy!  
MORÓN. Tome, camarada mío,  
y vístase.  
SOLDADO. Dios le guarde.  
MORÓN. Soy español, ¿no lo ve?  
SOLDADO. Luego en ello reparé.  
MORÓN. No sería en lo cobarde.  
N. ANT. Agora que están vestidos,  
¿qué dineros traéis?  
RUFINO. Señor  
son de muy poco valor.  
MORÓN. ¿Mas que los tiene escondidos?  
RUFINO. Una mula me han quitado:  
allí los dineros van.  
MORÓN. Si ellos en la mula están  
no ha de faltar un cornado.  
N. ANT. La mitad de lo que hubiere  
a aqueste español daréis  
y la mula.  
RUFINO. ¿Pues no veis...?

(1) Falta un verso a esta redondilla.

MORÓN. No replique.  
RUFINO. ¿Qué hay que espere?  
N. ANT. ¿No te dejo la mitad  
del dinero?  
RUFINO. Pues, señor,  
¿y la mula?  
MORÓN. ¡Qué hablador!  
N. ANT. Quitádsele luego, andad.  
El español va muy lejos,  
Y tú a tu tierra llegaste;  
pues con la vida quedaste,  
no te quejes.  
MORÓN. Dos pellejos  
he menester de italianos  
para echar vino, señor:  
este parece mejor;  
¿mataréle?  
N. ANT. Ten las manos.  
Dame los brazos, soldado  
español.  
SOLDADO. Tus plantas beso.  
N. ANT. Vete con Dios.  
SOLDADO. ¡Gran exceso!  
MORÓN. Anda, pues.  
RUFINO. Estoy turbado.  
(Sale Montilla.)  
MONTILL. Aquel es el Capitán.  
N. ANT. Un hombre corriendo viene.  
MONTILL. Buen suceso me previene;  
la mujer me volverán.  
N. ANT. ¿Quién eres?  
MONTILL. Un español  
de tu escuadrón, agraviado.  
Bajando de aquel collado  
que adorna la luz del sol  
con una mujer que llevo  
a España, seis atrevidos  
soldados, bien prevenidos  
para un agravio tan nuevo,  
en nombre español llegaron  
y la mujer me pidieron;  
defendíla, mas vencieron  
y, en fin, fin me la quitaron.  
N. ANT. ¿Y conoceráslos?  
MONTILL. No;  
uno de ellos conocí  
que lo llamaban allí  
Roselo; éste me agravió;  
este llevó la mujer.  
N. ANT. Llamad a Roselo.  
LEONELO. Voy.

(1'ase.)

N. ANT. Por el sol, que viendo estoy  
que la vida ha de perder.  
Que ofendan si estimo tanto  
a un español, ¡vive Dios!

(*Salen LEONELO, ROSELO y TIMPRIO.*)

ROSELO. ¿De mí se quejó?

LEONELO. De vos.

ROSELO. De su rigor no me espanto.

¿Llamas, capitán?

N. ANT. ¿Es éste?

MONTILL. El mismo.

N. ANT. Roselo, amigo,

hoy mi deshonor castigo  
porque la vida te cueste.

Quiero que adviertan en ti  
que el que quita con rigor  
a un español el honor  
quiere quitármelo a mí.

ROSELO. Ya sabes que Amor es ciego;  
vi la mujer y quitéla;  
en ti esta misma cautela  
a ver [mi] disculpa llevo.

Yerro que tú cometiste,  
¿no disculpas?

N. ANT. ¡Oh, enemigo,  
alcanzarte ha mi castigo,  
pues ofenderme quisiste!

De ese robe le colgad  
antes que muera a mis manos.

ROSELO. Escucha, Nardo.

N. ANT. ¡Villano!

¿No le lleváis? Acabad.

Cien escudos te darán,  
español.

MONTILL. Tus manos beso.

N. ANT. Ser vuestro amigo profeso;  
la mujer te volverán.

Preguntarás por Leonelo,  
dale este anillo y dirás  
que te despache.

MONTILL. Tendrás  
eterno nombre en el suelo.

(*Sale MORÓN con una carta.*)

MORÓN. La espía de Batistela  
aquesta carta me dió.

N. ANT. Bien su cuidado mostró  
que mi amistad le desvela.

(*Lee.*)

«Agora verás, Antonio, lo que vale  
un buen amigo. El Virrey viene en  
todo lo que pides; para que se asier-

ten las condiciones, ha mandado se  
divida el camino por las inquietudes  
de tus soldados y también porque tú  
escribes que te recelas de alguno de  
ellos. Yo, con el Secretario del Vi-  
rrey, te aguardo en la casería de Au-  
relio, que está media legua de tu  
gente y una de Nápoles; ven solo y  
seguro de mi amistad.—*Batistela.*

Este aviso deseaba.

LEONARD. Juntos iremos los dos.

N. ANT. No, Leonarda; no, ¡por Dios!

LEONARD. Por mí lo has de hacer; acaba.

N. ANT. Todo está cerca; a Gerardo  
de camino mataré;  
luego a nuestra paz iré.

LEONARD. Eres valiente y gallardo.

(*Vanse y salen GERARDO, CELIA y FLORO.*)

FLORO. No se muestra divertido  
en esta selva nuestro amo.

GERARDO. Su verdor disgusto llamo.

FLORO. Cabizbajo, ya marido,  
anda el pobre desde el día  
que con Celia se casó;  
al punto la aborreció  
y de hablarla se desvía.

CELIA. ¿Tanto, Gerardo, te ofendo  
después que tu esposa soy?

GERARDO. Créeme que en mí no estoy  
desde aquella noche entiendo.

CELIA. Pues ¿en qué te desagrado?

GERARDO. Con ese traje grosero  
me matas, pensando muero.

CELIA. Eso no te dé cuidado;  
cortesano le traeré.

GERARDO. Fáltate el aire y el brío.

CELIA. Pues agrádate del mío.

GERARDO. No es posible, no podré.

CELIA. No te agrada la llaneza  
con que verdad te convida.  
Olvidas por la fingida  
una natural belleza.

GERARDO. Fuego soy cuando imagino  
que después que de Leonarda  
perdí una beldad gallarda,  
perdí un cielo cristalino;  
que en las dos letras de un sí  
quiso contra tu despecho  
amarme (1) con lazo estrecho  
cuando la mano te di.

(1) Quizás «armarme». Esta redondilla está defec-  
tuosa.

Por gruesa flor del suelo  
perdí alentada hermosura,  
el clavel de grana pura  
o carmesí terciopelo.

Perdí el jazmín que en el suelo  
copos de nieve retrata  
cuando el invierno desata  
el blanco algodón del cielo.

Pluguiera al cielo llegara,  
pues tanto disgusto enseño  
Nardo, de este lazo dueño  
y la vida me quitara;

el día que el lazo fuerte  
me forzó Antonio que hiciera  
pluguiera a Dios que me diera,  
por no casarme, la muerte.

Perdí el alma, perdí el gusto;  
tengo el corazón forzado;  
no me atormentes, cuidado;  
déjame, rigor injusto.

Pero presto de un tirano  
que contigo me casó  
pienso vengarme, que yo,  
aunque di palabra y mano  
de no ofendelle, alcancé  
que le maten o le prendan.  
Muerto Antonio, haré que entiendan  
que forzado me casé,

si no es que pierdo la vida.

CELIA. No la pierdas, vete luego.

GERARDO. Hielos puso a tanto fuego  
una voluntad vendida.

(Sale LISENO, pastor, y IBÁÑEZ.)

LISENO. Señor, desde aquel cerrillo  
a este demonio de Nardo  
he visto.

GERARDO. Mi muerte aguardo.

LISENO. Corriendo vengo a decillo.

GERARDO. ¿Viene solo?

LISENO. Una mujer  
con él, señor, descubrí.

GERARDO. Armas de fuego temí,  
no de su espada el poder.

Ver que vuestras fuerzas solas  
no me pueden ayudar  
me dan más que recelar  
el fuego de sus pistolas.

Yo confieso que he temido;  
ya lo veo; estoy turbado.

CELIA. En aquel olmo copado  
de verdes hojas vestido

puedes, Gerardo, esconderte.

GERARDO. La palabra que le di  
de ser su amigo rompí  
y él viene a darme la muerte.

Con dos serranos no más  
mal me podré defender.

LISENO. ¿Cómo, si los vi traer  
treinta pistolas y más?

GERARDO. Toma esta capa y espada,  
Floro, que puede estorbarme.  
Arbol, sabed ocultarme.

(Vase.)

FLORO. Mi muerte ha sido llegada,  
Liseno.

LISENO. Yo estoy turbado.

FLORO. Aquí a matarnos vendrá.

LISENO. Bien poca razón tendrá.

FLORO. Aun bien que yo soy casado.

CELIA. Ya llegan, temblando estoy;  
recelo, esposo, tu muerte.

FLORO. Hoy me empala, triste suerte.

LISENO. Yo tiemblo, de hielo soy.

CELIA. No digáis que le habéis visto  
si preguntare por él.

FLORO. No diremos.

LISENO. Si el cruel  
lo pregunta, no resisto;  
yo le digo la verdad.

CELIA. Ya se apean.

LISENO. ¡Grande exceso!

CELIA. Que estoy turbada confieso.

FLORO. ¡Qué extraña temeridad!

(Salen NARDO y LEONARDA.)

N. ANT. ¿Qué hacéis, villanos, aquí?  
¿Qué es de Gerardo?

CELIA. Señor...  
(Temblando estoy de temor.)

N. ANT. Yo con vosotros le vi.

Decidme dónde se fué.

FLORO. No sabré dalle respuesta.

N. ANT. Apartad. ¿Qué capa es esta?

FLORO. Yo, señor, se lo diré.

Del lugar soy pregonero;  
para vender me la han dado,  
y aunque más la he pregonado,  
no me dan ningún dinero.

N. ANT. ¿Y aquesta espada?

LEONARD. Sospecho  
que Gerardo se ha escondido.

FLORO. A venderla la he traído;  
hágale muy buen provecho.



Llévela el señor don Nardo,  
que yo el dinero daré.

LEONARD. Yo a Gerardo buscaré.

N. ANT. Que le hemos de hallar aguardo.  
Aquí con éstos estaba;  
en algún árbol se esconde.

LEONARD. ¿No sabes tú dél? Responde;  
dímelo, villano; acaba.

N. ANT. ¿Qué bulto es aquel?

CELIA. ¿Qué espero?

LEONARD. ¿Dónde está?

N. ANT. En aquel árbol.

FLORO. Será,  
señor, Nardo, algún sirguero.

N. ANT. ¡Gran pájaro es el que miro!

FLORO. Algún jumento será  
que se habrá subido allá.

LEONARD. Tirale, pre.

N. ANT. Ya le tiro.

CELIA. Tente, por Dios.

*(Dispara y hacen ruido dentro, como que cae.)*

GERARDO. ¡Muerto soy!

CELIA. ¡Ay de mí!

LEONARD. ¡Quita, villana!  
Hoy beberé sangre humana,  
que sedienta de ella estoy.

No hay fugitivo cristal  
que más me apague la sed;  
llegad vosotros, bebed  
de este deshecho coral.

*(Hace que bebe.)*

CELIA. ¡Qué rigor!

LEONARD. ¿Qué te lamentas?  
él es el que pierde solo:  
tú con Pascual o Bartolo  
dejas tus ansias contentas.

Busea, villana, tu igual,  
no te congojes así.

N. ANT. Llevad ese hombre de ahí.

FLORO. ¿Quién vido rigor igual?

N. ANT. Llevadle de aquí los dos.

LISENO. Turbado estoy.

N. ANT. ¿No llegáis?  
Villanos, ¿de qué os turbáis?

LISENO. Asid de los brazos vos.

LEONARD. Ve tú con ellos, villana.

CELIA. ¡Quíteos el cielo la vida!

*(Llévanlo.)*

LEONARD. ¿Esta adoraba?

N. ANT. Perdida.

LEONARD. Tirana (1)

vi su voluntad (1)  
a vengar mi enojo así;  
como su sangre bebí,  
ya se ha aplacado mi fuego.

N. ANT. La quinta donde me aguarda  
Batistela es la que veo.

LEONARD. Cumplió mi amor su deseo.

N. ANT. Sube a caballo, Leonarda.

*(Vanse. Salen BATISTELA, un CAPITÁN ESPAÑOL y gente.)*

BATISTEL. Como digo, capitán,  
pueden quedar emboscados  
a la entrada de ese soto,  
porque si trajere Nardo,  
sospechando mi traición,  
algunos de sus soldados  
puedan hallar resistencia;  
si bien está confiado  
de mi amistad, y lo dudo,  
porque él es tan temerario  
que aunque estuviera muy cierto  
de la traición que le hago,  
más que de toda su gente  
confiara de sus brazos.  
A la puerta de esta quinta,  
en un aposento bajo,  
pueden estar escondidos  
ocho, los más alentados;  
uno a la puerta le aguarde  
cauteloso y desarmado  
porque no le dé sospechas  
con que esta ocasión perdamos.  
En preguntando por mí,  
encámínele a este cuarto;  
tú, capitán, valeroso,  
que eres español bizarro,  
con cuatro soldados tuyos,  
como tu pecho esforzados,  
en aquese corredor  
podéis estar aguardando;  
y cuando oyereis que digo:  
«Date a prisión», con los lazos  
que tenemos prevenidos  
le ataréis los pies y manos;  
porque si lugar le dais  
para reñir, abreviando  
el término de las vidas  
hará tan mortal estrago  
que cuando a prenderle lleguen  
queden los más en el campo,

(1) Verso incompleto.

en breve espacio de tierra,  
heridos y desangrados.

CAPITÁN. Ya el soto guarda por Celio  
con veinte amigos honrados;  
porque si trajera gente  
puedan impedirle el paso;  
veinte bastan, que el camino  
por medio de dos peñascos  
rompe, y está tan estrecho  
que veinte pueden guardarlo.  
Aurelio con otros ocho  
guarda la puerta; Torcato  
con sus tres amigos guarden  
el corredor; a mi lado  
todos cuatro son valientes.

BATISTEL. Advertir pues que en llamando  
salgáis, que si no salís  
es tan astuto y osado  
que podrá darme la muerte  
y escaparse de mis manos.  
Yo conozco bien sus fuerzas,  
por eso estoy recelando  
que si no salís tan presto  
hallaré en su acero el pago  
de ser desleal amigo.

CAPITÁN. Bien puedes perder cuidado.  
Al punto que tú dijeres:  
«Date a prisión, ayudando  
tan deseada ocasión,  
los has de hallar a los cuatro.  
¿Qué falta agora?

BATISTEL. Que avise  
Leonido, que está en lo alto  
de esta casa descubriendo  
en los dilatados campos  
a Nardo Antonio, si viene  
solo o acompañado.

CAPITÁN. Buena prevención; al punto  
que lo prendan, un caballo  
reventaré hasta llegar  
de Nápoles al palacio,  
donde las dichas nuevas  
el Virrey está aguardando.

(Sale LEONIDO.)

LEONIDO. Ya viene.

BATISTEL. ¿Solo?

LEONIDO. Dos son  
los que he descubierto; entrambos  
vienen a caballo.

BATISTEL. Amigos,  
ya la ocasión ha llegado.

CAPITÁN. Ea, soldados, al puesto.

¿Entrarán los dos?

BATISTEL. Abajo  
pueden detener al uno,  
sólo Antonio suba. ¡Cuánto  
recelo que, divertidos  
y de mi voz descuidados,  
no me habéis de oír!

CAPITÁN. Sí haremos.

(Vanse.)

BATISTEL. Yo quedo con gran cuidado.  
Desleal amigo soy;  
pero soy leal vasallo.  
Valiente es Antonio, temo  
que no me han de oír los soldados.  
¡Cel!

(Sale el CAPITÁN.)

CAPITÁN. ¿Qué hay?

BATISTEL. Que no se descuiden.

CAPITÁN. No haremos.

(Vase.)

BATISTEL. Estoy temblando.

(Dentro, NARDO.)

N. ANT. Aguarda, Leonarda, aquí;  
luego subirás.

LEONARD. Ya aguardo.

BATISTEL. Capitán.

(Sale el CAPITÁN.)

CAPITÁN. Diga.

BATISTEL. Ya sube;  
no se duerma.

CAPITÁN. ¡Extraño caso!  
todos están sobre aviso.

BATISTEL. Calle y éntrese.

CAPITÁN. Ya callo.

(Vase.)

BATISTEL. El hacer una traición  
mucho acobarda, yo caigo  
en deshonor con mi amigo,  
lo que con él pierdo, gano  
con el Rey, dándome en premio  
por Nardo diez mil ducados.  
Mucho puede el interés;  
por él le pierdo y le mato...  
Ya le veo, disimulo,  
aunque al verlo me acobardo.

(Sale NARDO ANTONIO.)

N. ANT. Con algún recelo vengo,  
que pienso, si no me engaño,

que al subir esta escalera  
he sentido algunos pasos  
que no son de un hombre solo.  
Quizá serán los criados  
del secretario del Conde;  
si no lo fueren, yo basto  
para matarlos a todos.  
Estuve determinado  
de volverme, ¡vive Dios!,  
pero fuera hacer agravio  
a mi valor, en mostrar  
cobardías; no me espanto,  
aunque cien mil me acometan  
por todos vale este brazo.  
No consentí que Leonarda  
se apease del caballo  
hasta que yo la avisase.  
Este dicen que es el cuarto  
adonde está Batistela.

BATISTEL. Llegaré disimulado  
y le prenderé; ¿quién es?

N. ANT. Nardo Antonio.

BATISTEL. ¡Amigo!

N. ANT. ¡Hermano!,

dame tus brazos.

BATISTEL. Recibe  
de un buen amigo estos lazos.  
Agora, amigos.

N. ANT. ¿Qué es esto?

BATISTEL. ¡Prendelde!

N. ANT. ¡Suelta, villano!

¿Con traición me aguardas?, ¡muere!

*(Abrázanse y forcejean, y cae debajo BATISTELA y NARDO  
le da una puñalada.)*

BATISTEL. ¡Amigos!

CAPITÁN. Salid, soldados.

*(Salen todos.)*

N. ANT. La pistola me dejé  
en la muerte de Gerardo.

CAPITÁN. Si no quieres hoy morir,  
date a prisión.

N. ANT. Lleva rayos  
mi espada; será imposible.

CAPITÁN. ¡Acudid presto; mataldo!

N. ANT. Huye, Leonarda, que yo  
presto de matar acabo  
esta canalla; ¡ah, traidores!,  
¿tantos os habéis juntado?  
Pero ¡qué digo!, si yo  
valgo solo más que tantos.

CAPITÁN. Matalde si no se diere;

cierra la escalera, Otavio,  
no se nos baje por ella.  
N. ANT. Confieso que estoy cansado.  
¡Oh, perros!, ¿a Nardo Antonio?  
Válgame agora este salto.

*(Hace que se arroja.)*

CAPITÁN. Por la ventana saltó:  
abrid la puerta volando;  
seguidle, no se nos vaya.

*(Vanse. Sale por una puerta NARDO ANTONIO, lleno de  
sangre y como que se ha quebrado una pierna, arrimándose  
en la espada.)*

N. ANT. Una pierna me lie quebrado,  
escaparme es imposible.

*(Salen todos.)*

CAPITÁN. ¡Ríndete, Antonio!

N. ANT. Es en vano;  
pero no puedo, por Dios.

*(Pelea, y hace que se cae, y se defiende.)*

CAPITÁN. No lo maltratéis, dejadlo.  
Muestra la espada.

N. ANT. ¿La espada?

CAPITÁN. La espada.

N. ANT. ¿Hay algún soldado  
español entre vosotros?

CAPITÁN. Yo lo soy.

N. ANT. A ti la allano.

¿Español eres?

CAPITÁN. Sí, soy.

N. ANT. Toma la espada y mis brazos.  
¡Ah, españoles, lo que os quiero!

CAPITÁN. ¡Por Dios, que me obliga a llanto!

N. ANT. ¡Castigo del cielo ha sido!

¿Y Leonarda?

CAPITÁN. Mis soldados  
fueron tras ella corriendo  
y aun pienso que la alcanzaron.

N. ANT. Mirame, español, por ella  
pagarásme en esto cuanto  
por los españoles lize,  
nación de pechos hidalgos.

CAPITÁN. Llevalde, que se desangra.  
Antonio, pierde cuidado:  
yo la sabré defender.

N. ANT. En ella mi honor te encargo:  
eres español, en fin,  
no recelo doble trato.

*(Vanse y sale el VIRREY y VALERIO.)*

VALERIO. Seguro esté Vuexcelencia

que preso le han de traer.  
 MIRANDA. Temo que no han de poder,  
 porque no han de dar licencia  
 el valor que he conocido  
 en Antonio, desde el día  
 que entré en Nápoles.

VALERIO. Podría  
 haberle agora perdido.

MIRANDA. Si le prende, no entrará  
 en la cárcel, desde aquí  
 su castigo prevení  
 y justa muerte será.

Si es que prenden a Leonarda,  
 en lazo de amor contento;  
 que su muerte y casamiento  
 hoy en Nápoles le aguarda.

Dicen que Nardo previno,  
 y aún a mí me lo rogó,  
 que en Nápoles fuese yo  
 de aquestas bodas padrino.

Y aunque con mayor honor  
 quiso que en ellas le honrase,  
 razón será que se case  
 como quiso su valor.

VALERIO. Mucho tarda el Capitán.

MIRANDA. Yo le mandé que corriese  
 un caballo y me trajese  
 las nuevas.

VALERIO. Dando estarán  
 el modo de su prisión.

MIRANDA. Soldados valientes lleva;  
 de buena o de mala nueva  
 aguardo resolución.

Diez mil ducados le vale  
 la prisión a Batistela.

VALERIO. Es ingeniosa cantela.

MIRANDA. Si con sus ardides sale,  
 descansado ha de vivir.

VALERIO. Favor valiente le aguarda.

MIRANDA. Todo lo que Antonio tarda,  
 se le dilata el morir.

*(Sale el CAPITÁN.)*

CAPITÁN. Con el premio y las albricias,  
 deme los pies Vuexcelencia,  
 preso viene Nardo Antonio;  
 ya, señor, cesó la guerra  
 de un poderoso enemigo,  
 segur de vidas ajenas,  
 cuyas furiosas ruinas  
 hoy tus soldados lamentan;  
 y a manos de su rigor  
 murió, señor, Batistela.

De una sala donde estaba  
 cerramos todas las puertas,  
 pero saltó valeroso  
 por una ventana de ella.  
 De la soberbia caída,  
 quedó rompida una pierna;  
 y a mí, por ser español,  
 me rindió la espada fiera,  
 encargándome a Leonarda,  
 que también te traigo presa;  
 aunque fué menester mucho  
 para alcanzalla y prendella;  
 porque en un veloz caballo,  
 vencidos los vientos deja,  
 huyendo nuestro rigor,  
 pero por incultas sendas  
 tus soldados la atajaron.  
 Yo pienso, señor, que llegan,  
 que la confusión del vulgo  
 hasta aquestas salas entra,  
 mezclando los más conformes  
 con el gusto las ternezas.

MIRANDA. ¡Bien merecéis las albricias,  
 y el premio os daré con ellas  
 que a Batistela aguardaba  
 por tan grande diligencia.

CAPITÁN. Beso tus pies.

MIRANDA. Estos brazos  
 principio del premio sean.

*(Salen SOLDADOS; sacan preso a NARDO y a LEONARDA, atadas las manos.)*

CAPITÁN. Ya llega Antonio.

MIRANDA. ¡Por Dios,  
 que de su valor me pesa!

N. ANT. Hecho pedazos, señor,  
 hoy a vuestras plantas llega  
 un hombre honrado, vendido  
 por una amistad incierta.  
 Yo sé que vengo a morir  
 y que la mejor ofensa  
 merece mayor castigo:  
 sólo pido a Vuexcelencia  
 que con piedad española  
 de mi Leonarda se duela;  
 presa la traen tus soldados,  
 y en cada prisión de aquéllas  
 me tiene cautiva el alma:  
 que se las quiten ordena.  
 Muera yo, Leonarda viva;  
 ya conoces su nobleza;  
 forzada vino conmigo,  
 no ha de pagar su inocencia

lo que merecen mis culpas:  
 su perdido honor remedia.  
 Ea, español valeroso,  
 muestra piedad y clemencia:  
 viva Leonarda, y en mí  
 lluevan castigos y penas.

MIRANDA. Por Dios, que me ha enternecido  
 Sabe el cielo que quisiera  
 perdonar a Nardo Antonio;  
 sus delitos no me dejan.  
 Con ella seré piadoso,  
 porque Antonio me lo ruega.  
 Ahora bien, por Dios, que tiemblo  
 el pronunciar la sentencia.  
 Pues los dos no están casados,  
 quiero que sus bodas sean  
 dentro de palacio, honrando  
 con mi persona esta fiesta.  
 Cumplirále Nardo Antonio  
 a Leonarda su promesa;  
 luego perderá la vida  
 Nardo; pondrán su cabeza,  
 para escarmiento de tantos

forajidos, en la puerta  
 de la calle de Toledo.  
 Leonarda quiero que tenga  
 fin religioso, ayudando  
 para su dote mi hacienda:  
 la Concepción española  
 será su cárcel perpetua.

N. ANT. Déjame besar tus pies;  
 sólo un español pudiera  
 hacerme favor tan grande.  
 Ya, Leonarda, viva quedas;  
 dame tus brazos, y al cielo  
 a Nardo Antonio encomienda.

LEONARD. No puedo sufrir el llanto;  
 morir contigo quisiera.

N. ANT. Ni yo puedo responderte,  
 que tengo atada la lengua.

MIRANDA. Llevaldos, que me enternecen;  
 porque dichoso fin tenga  
 la vida de Nardo Antonio  
 que hoy agradaros desea.

FIN

LA GRAN COMEDIA  
DE  
LA NECEDAD DEL DISCRETO  
DE  
LOPE DE VEGA CARPIO

---

LAS PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA:

LAUREANO.  
CELIO.  
LEVINIA, *dama*.  
TEODORA.  
EL DUQUE DE FERRARA.

POLIBIO, *su secretario*.  
BELETA, *criada*.  
MONGIL, *lacayo*.  
CONSTANCIA, *dama*.  
LISARDO, *caballero*.

MÚSICOS.  
OCTAVIO.  
FABIA.  
JULIA.  
CAMILA.

JORNADA PRIMERA

(*Salen LAUREANO y CELIO, con hábito de noche y valonas de estudiantes.*)

LAUREAN. Llama a ese balcón.  
CELIO. ¿Con qué?  
LAUREAN. Con la espada.  
CELIO. Fuera en vano,  
porque es corta para mano.  
LAUREAN. ¿Y no alcanzarás?  
CELIO. No sé;  
aun si trujera montante.  
LAUREAN. Busca una piedra.  
CELIO. Es fineza  
a mujer de tal dureza  
llamar con su semejante.  
Aunque cierto que el llamar  
a ventana de mujer  
con las manos ha de ser.  
LAUREAN. Yo entiendo manos por dar,  
y es metonimia extremada.  
CELIO. Es de su causa el efeto  
más eficaz y discreto.  
LAUREAN. Sí, Celio; mas no me agrada  
que solas a las mujeres  
se presuma conquistar  
con esta fuerza del dar,  
porque, si advertirlo quieres,  
pienso que no llamarás  
a ventana, si pretendes,  
del hombre que más entiendes,  
que ha de resistirse más,

que el pleito, la pretensión,  
el favor, la diligencia,  
la amistad, la conferencia (1)  
no se corresponde al dar,  
si llamas con el dinero,  
que no hay hombre tan severo  
que el dar no pueda mudar;  
y puesto que haberle puede,  
será fénix de valor.

CELIO. En las conquistas de amor,  
nunca yo he visto que quede  
rendido el fuerte interés.

LAUREAN. Llama ahora a esta señora.

CELIO. Daré con la espada agora,  
tú con dinero después;  
mas si este después fuera antes,  
antes te hubieran abierto.

(*Sale LEVINIA, dama.*)

LEVINIA. ¿Es el doctor?

LAUREAN. Y tan cierto,  
que es un ejemplo de amantes.  
Que aquel que con puro amor  
desea gozar su gloria,  
al reloj de la memoria  
le pone despertador,  
y así no puede faltar  
a la hora concertada.

LEVINIA. Tenéisme muy obligada.

LAUREAN. Amor bien puede obligar.

(1) Falta un verso después de éste.

LEVINIA. Agora acabo de ver  
que no hay tanta autoridad  
que una tierna voluntad  
no pueda descomponer.  
Un catedrático, un hombre,  
Laureano, mi señor,  
de vuestro raro valor,  
autoridad, fama y nombre,  
no en Bolonia solamente  
adonde ya sois oído  
con tanto aplauso y tenido  
por único y excelente;  
con tantas leyes, no sabe  
una que tenga valor  
contra las leyes de amor.

LAUREAN. Es emperador tan grave,  
que deroga las demás.  
Y si de historias sabéis,  
otras muchas hallaréis;  
porque en poniendo el compás  
en el punto del amor,  
llegaréis con el segundo  
a hacer un círculo al mundo.

LEVINIA. Sin duda, señor doctor;  
y así, rey, agradecida,  
para mañana os convido  
a este pecho agradecido  
y a toda un alma rendida,  
que esta noche no es posible  
daros en casa lugar.

CELIO. Esto, señor, es llamar  
a una dureza imposible.

LAUREAN. Calla, Celio. Mi señora:  
tanto favor me suspende;  
porque aunque el alma pretende  
que se satisfaga agora,  
con palabras de alegría  
y muestras de obligación,  
para tanta estimación  
parece descortesía.

LEVINIA. Quedaos, Laureano, adiós,  
que siento ruido en casa.

(Vase.)

LAUREAN. Adiós, mi bien.

CELIO. Esto pasa.

LAUREAN. Engañámonos los dos.

CELIO. ¡Vive Dios! que imaginé  
que si vivieras cien años,  
y más que instantes engaños  
encarecieras tu fe  
estas puertas cada día,  
no alcanzaras un favor

de los menores de amor.

LAUREAN. Falsa fué la opinión mía.

CELIO. También, señor, puede ser  
que tu mucha autoridad,  
ciencia, talle y calidad  
venciesen esta mujer;  
No será flaqueza suya,  
que a tu opinión de discreto  
y de tan raro sujeto  
es mejor que se atribuya.  
No eres tú de los letrados  
que saben solas sus leyes,  
que en las artes de los reyes  
sabes que son celebrados  
tus (1) papeles y donaires,  
y no es mucho que esta dama  
se haya rendido a tu fama.

LAUREAN. Por ella anduve en los aires,  
y de ver su liviandad,  
ya estoy desenamorado.

CELIO. ¿Qué dices?

LAUREAN. Que me ha causado  
su mucha facilidad;  
nunca, Celio, te confíes  
de quien presto dice sí.

CELIO. ¿Y no has de volver aquí?

LAUREAN. No, por Dios. ¿De qué te ríes?

CELIO. De que para cosa igual  
dejamos las hortalandas.

LAUREAN. Tres cosas, cuando son blandas,  
Celio, me parecen mal.

CELIO. ¿Cuáles son, señor?

LAUREAN. El suelo,  
el pescado y la mujer.

CELIO. En fin, ¿te quieres volver  
a no volver?

LAUREAN. Y recelo  
que no la veré en mi vida.

CELIO. ¿Tú eres discreto?

LAUREAN. No sé.

CELIO. ¿No es mejor que luego esté  
la mujer agradecida?

LAUREAN. Amando sin voluntad,  
mejor; mas para tenella,  
qué discreto ha de ponella  
en tanta facilidad?  
¿De qué se queja después  
quien tiene a mujer amor,  
que le dió presto favor,  
si otro gusto, otro interés,  
le mudaron de intención?

(1) En el impreso «tres».

CELIO. No te quiero replicar;  
pero bien puedes llamar  
en este verde balcón,  
adonde vive Teodora,  
la que hablaste ayer, pasando  
a escuelas.

LAUREAN. Voime acordando.  
Pero es muy vana señora;  
y préciase (1) de entendida  
y cansar sobre cansado  
es llover sobre mojado.

CELIO. Prueba, prueba, ¡por tu vida!,  
que no quiero que te acuestes  
con el enfado que llevas.

LAUREAN. Andándonos, Celio, en pruebas,  
se irán las luces celestes  
del manto azul a acostar  
antes que nosotros.

CELIO. ¡Llama,  
que es una gallarda dama.

LAUREAN. Por ti me atrevo a llamar.  
¡Ah del balcón!

(TEODORA, en lo alto.)

TEODORA. ¿Es Rugero?

LAUREAN. Otro aguardaban aquí.  
No soy Rugero, aunque fui  
más firme y más verdadero;  
y no cerréis el balcón,  
mirad que soy Laureano.

TEODORA. ¡Jesús, el divino humano!

LAUREAN. Milagros, Teodora, son  
del amor y la hermosura;  
hoy os vi, y estoy de suerte.

TEODORA. Quedo; diréis a la muerte.

LAUREAN. Y dijera verdad pura.

TEODORA. Tengo cierta ocupación,  
señor doctor, por mi vida;  
Pero estoy agradecida  
de suerte a vuestra afición,  
y téngola de manera  
a la fama que pregona  
de vuestra rara persona,  
que en más superior esfera  
no se ha visto entendimiento,  
que os quiero escuchar mañana.

LAUREAN. ¿A la puerta o la ventana?

TEODORA. Al alma y al aposento.

(Vase.)

CELIO. ¿Fuése?

LAUREAN. ¿Qué habrá de hacer  
tras tanta facilidad?

CELIO. No entiendo tu voluntad  
ni tu modo de querer.  
¿Cómo han de ser las mujeres  
para ti?

LAUREAN. Como diamantes.

CELIO. En locuras semejantes  
gastar tiempo y vida quieres.  
Cuando no fueras letrado  
y catedrático aquí,  
y cuyo tiempo es en ti  
tan preciso y ocupado,  
era buena esa opinión;  
pero quien tiempo no tiene,  
mejor negocia, si viene,  
y alcanza conversación.

LAUREAN. Eso no pienso yo hacer.

CELIO. Luego, ¿a vella no vendrás?

LAUREAN. Tan fácil es por demás.

CELIO. Hagamos una mujer  
de un diamante o, como escribe  
Ovidio, del pedernal,  
de Anaxaite.

LAUREAN. Este oficial  
que en esta casilla vive  
tiene una hermosa aldeana  
por mujer.

CELIO. Su necedad  
no tendrá facilidad;  
que ésta es siempre cortesana,  
que dicen que la engendró  
el trato en la cortesía.

LAUREAN. Hablarla Otavio solía  
y le acompañaba yo.

Demos la vuelta a la calle,  
que siento gente.

CELIO. Que estés  
en opinión que si ves  
que a tu ciencia, que a tu talle  
se incline alguna mujer,  
no has de quererla.

LAUREAN. A un diamante  
ha de tener semejante  
la que tengo de querer.

CELIO. Si quieres, para querellas,  
de diamantes las mujeres,  
más pensaré que las quieres...

LAUREAN. ¿Para qué?

CELIO. Para vendellas.

LAUREAN. Sí; pero es necio arrojarle,  
el hombre que hallarla espera,

(1) En el impreso «preciarse».



al conquistarla de cera  
y al guardarla de diamante.

(*Vanse. Salen el DUQUE DE FERRARA y POLIBIO, su secretario.*)

POLIBIO.

Ninguno, gran señor, para tu intento como es el catedrático que digo, que a Bártulo y a Baldo se aventaja y pudiera en Italia ser Licurgo, como lo fué en Atenas el famoso a quien deben las leyes su principio.

DUQUE.

Yo tengo, como sabes, muchos hombres, Polibio, en mi ducado de Ferrara que pudieran servirme en el gobierno donde me dices ponga a Laureano, catedrático insigne de Bolonia; pero el ser naturales de mi tierra me quita la esperanza, en mi concepto, de que por dicha a mi disgusto salgan.

POLIBIO.

En su patria ninguno fué profeta; palabras son de Dios, y, como Él, ciertas; fuera de que es antiguo entre señores, y aun entre los demás del mismo vulgo, no hacer estimación de cosas propias y venerar las extrajeras mucho. Si un hombre viene hablando en otra lengua, aquél ha de ser médico famoso; aquél, pintor, y aquél, divino artífice. El libro en lengua propia no se estima, ni lo que cría aquella misma tierra, porque en no conocer los dueños dellas estriba de las cosas todo el crédito.

DUQUE.

Bien dices, y así vemos que la fama no se despegas de la propia envidia, sino es que muera el dueño que la tiene. Dijo un discreto que era matrimonio, Polibio, el de la envidia y de la fama, que se apartaba sólo con la muerte; de suerte, que al que nace en alguna arte insigne, le está bien morir presto; y si la vida ha de costar la fama, famoso en todo a mi enemigo llama.

POLIBIO.

Según eso, señor, ¿te detreminas

a llamar al insigne Laureano  
y darle este gobierno?

DUQUE.

Todos dicen que es de aqueste gobierno benemérito entre cuantos famosos tiene Italia. Dícenme que, después de lo que en leyes tiene alcanzado de gloriosa fama, es el hombre más raro y más discreto que agora se conoce en toda Europa; de su universidad tan aprobado, que dos veces a Roma le han enviado, y que ha hecho al Pontífice oraciones que admiraban romanos Cicerones, dejando atrás Demóstenes, Gracianos, pues bien sabes si saben los romanos.

POLIBIO.

Siempre pensé que cuando me tratabas de las partes de aqueste catedrático ya le tenías elegido cónsul y presidente de esta gran república; agora te confieso mi sospecha.

DUQUE.

Imaginaste la verdad, Polibio; ya tiene cartas el doctor, y pienso que será la respuesta de las cartas, porque le pido encarecidamente que no dilate su venida, y creo que le dará mi amor justo deseo.

POLIBIO.

Tú empleas, gran señor, este gobierno en el hombre de Italia más famoso; de mi parte y de muchos que le estiman quiero besar tus pies.

DUQUE.

Gracias al cielo que a gusto de mi tierra hallé quien tenga la justicia, las leyes y el imperio; porque muy pocas veces se ha juntado mandar un hombre el pueblo y ser amado.

POLIBIO.

Todo eso alcanza el milagroso efecto de ser amable, fácil y discreto.

(*Vanse. Salen BELETA, criada, y MONGIL, lacayo de LAUREANO.*)

BELETA. No me digas tales nuevas, que me arañaré la cara.

MONGIL. Siempre amor en esto para.  
BELETA. Bien con tu ausencia lo pruebas.

¿Y qué, a Ferrara te irás,  
sin duda alguna, Mongil?

MONGIL. Pena de ser hombre vil,  
desleal y infiel, que es más.  
Yo he servido a Laureano  
desde niño, como sabes;  
Laureano, entre hombres graves,  
más divino que hombre humano.

Hijo fui de un escudero  
que en papeles le sirvió;  
púseme a escuelas, y yo  
troqué a Virgilio y a Homero  
por el libro de Vilhan,  
en cuyas cuarenta hojas  
tantas penas y congojas,  
tantos hechizos están.

Y porque duda no lleses  
si en decir cuarenta erré,  
mira, Beleta, que fué  
sacar los ojos y nueve;

dejé de latinizar,  
y quedé tal, por mi culpa,  
que, sin admitir disculpa,  
me puso a lacayzar (1).

En cuyo oficio he vivido  
con más gusto que una mula,  
para que la adorne y pula,  
menos enfadosa ha sido.

Ella y yo hablamos latín  
cuando se ofrece ocasión;  
sobre el quitar la razón,  
argumento celemín.

Verdad es que, como es mula  
de tan insigne dotor,  
niega siempre la mayor  
y la menor disimula;

y remitiendo las voces,  
a coces parece a algunos,  
que remiten, importunos,  
sus argumentos a coces.

Con este oficio, aunque vil,  
le he servido y te he servido.

BELETA. No te hubiera conocido  
para perderte, Mongil.

MONGIL. Beleta, no te apasionés  
ni des qué hacer a los ojos,  
ni juntes, por darme enojos,  
con lágrimas las razones.

Este duque de Ferrara

le ha hecho gobernador  
de aquel Estado al dotor  
por habilidad tan rara.

Allá habemos de medrar,  
como en casa de juez  
advierte que alguna vez,  
por placer viene el pesar.

Tú serás más regalada  
que la dama del dotor,  
porque, si me tiene amor,  
vara de alguacil no es nada.

No haya estafeta, Beleta,  
que venga sin carta tuya.

BELETA. ¿Y ha de venir sin la tuya  
alguna vez la estafeta?

Mas, ¿qué digo? Sí vendrá;  
porque en mudando persona  
hará dama la iregona  
y sola me dejará;

donde me coma de celos  
de ausentes, enfermedad.

MONGIL. Parad, ojuelos, parad;  
no lloréis, dulces ojuelos  
sino dadme alguna prenda  
que confirme tanto amor.

BELETA. Quedo, que sale el dotor.

MONGIL. ¿Qué importa que ya lo entienda?

*(Sale LAUREANO en hábito de letrado y CELIO a la misma  
traza, y CONSTANCIA, dama.)*

CONSTAN. Déjame, que no quisiera  
verte con tanta paciencia.

LAUREAN. Para llorar una ausencia  
ojos de mujer quisiera.

CONSTAN. No los debeis de querer  
sino para ser mudable.

CELIO. Necedad.

LAUREAN. Y muy notable,  
siendo Constancia mujer.  
¿Que, en efeto, ha confesado  
que por mudarme quería  
ojos de mujer?

CONSTAN. Si el día  
de tu partida ha llegado  
y me coge de improviso,  
¿qué te espantas que esté necia?

LAUREAN. Constancia, mi dicha precia,  
y que es la tuya te aviso.

Yo voy a mudar de estado,  
pero no a mudar de fe,  
que allá, Constancia, tendré  
más amor y más cuidado.

(1) Quizá el poeta habrá escrito «lacayizar».

El aumento de mi bien  
sólo ha de ser para ti.

CONSTAN. Si aquí mil veces te vi  
falso y mudable también,  
¿cómo esperaré que, ausente,  
no serás cruel conmigo?

LAUREAN. No quiero argüir contigo  
con tan falso antecedente,  
sino pedirte licencia,  
que me aguardan los caballos.

CONSTAN. Vas a gobernar vasallos,  
vas a una gran preminencia,  
vas a un oficio supremo.  
¡Ay de mí, que quedo aquí  
sin nada desto y sin ti!

LAUREAN. Adiós, que aun mirarte temo;  
consuela, Celio, a Constancia  
mientras los caballos tomo.

CELIO. Yo, señor, no entiendo cómo.

CONSTAN. Con acercar la distancia  
que hay de tus brazos a mí.

CELIO. ¿Mis brazos?

CONSTAN. Sí, que te adoro,  
que tanto más me enamoro  
cuanto te apartas de mí.

CELIO. ¿Qué dices, Constancia?

CONSTAN. Digo  
que me hubiera declarado  
si yo hubiera imaginado  
verme en tal punto contigo:  
no pensé que Laureano  
saliera jamás de aquí.

CELIO. ¡Bien pagas su amor así!  
Quita, Constancia, la mano;  
quita, que soy su criado.  
¿Esas las lágrimas son?

CONSTAN. Por ti lloraba, a traición,  
un llanto tornasolado,  
que es agua de dos colores;  
pues cuando el doctor pensaba  
que por su amor la lloraba,  
era por el tuyo, amores.

CELIO. Con agua de tornasol  
no he visto llorar mujer.

CONSTAN. El cielo lo suele hacer,  
y es cielo y llueve con sol;  
quédate, mi Celio, aquí,  
después seguirás tñ dueño.

CELIO. Constancia, eso es viento, es sueño.  
Leal y hidalgo nací.

CONSTAN. Oye, escucha, ¡hola, estudiante!  
Mira que son burlas.

CELIO. Bien.

CONSTAN. Escucha: tanto desdén...  
Mal hice; espera, diamante.  
(*Vase.*)

MONGIL. Fuése tu señora, y creo  
que con celos va enojada.

BELETA. Pienso que Celio le agrada  
y no admite su deseo.

MONGIL. Al divino Laureano  
deja Constancia.

BELETA. En mujeres,  
¿elecciones justas quieres?

MONGIL. Pues, ¿qué tienen si esto es vano?

BELETA. Caprichos, arrojamientos,  
antojos y desatinos.

MONGIL. Por esos mismos caminos,  
¡buenos van mis pensamientos!  
que siendo yo lo peor  
que hay en Bolonia, es forzoso  
ser en tu gusto dichoso.

BELETA. Constancia amará al doctor;  
pero no le entiende bien  
aquellas divinidades.

MONGIL. La verdad, me persuades  
de su engaño y su desdén.  
Ya parten; quédate a Dios.

BELETA. ¿Has de olvidarme?

MONGIL. No sé;  
lo que tú hicieres haré.

BELETA. ¿Y el vernos, Mongil, los dos?

MONGIL. Si tu mar corre en bonanza,  
habrá posta y guardasol;  
mas si, como caracol,  
salgo al sol de tu mudanza,  
ni sabrás nuevas de mí  
ni en mi vida te veré.

BELETA. Presto verás en mi fe  
con la lealtad que nací.

MONGIL. Todas nos lloráis partiendo,  
mas sabéis también mudaros,  
que nadie volvió a buscaros  
que no os hallase riendo.  
(*Vase. Salen LISARDO, caballero y Músicos.*)

LISARDO. Desde aquí podréis cantar;  
recorre la calle, Otavio.

OTAVIO. No hay, Lisardo, amante sabio.

LISARDO. Luego ¿no podré negar  
que soy necio, pues no puedo  
negar, Otavio, el amor?

OTAVIO. ¿Qué gente, calle o rumor,  
Lisardo, te pone miedo

si a cantar vienes aquí  
y toda la vecindad  
lo ha de escuchar?

LISARDO. Es verdad.  
cuantos aman son así,  
que lo que dicen a voces  
procuran disimular.

OTAVIO. No me acabo de admirar  
de mil hombres, que conoces,  
que siendo sus pensamientos  
tan públicos en Ferrara  
andan guardando la cara  
con mil vanos fingimientos,  
El que tiene de una dama  
la posesión muchos años,  
mal honrará con engaños  
eso mismo, que es la fama.  
El pobre que anda galán  
de la seda y la cadena,  
¿cómo de la lengua ajena  
sus trazas se librarán?  
La que admite cada día  
hombres a conversaci6n,  
¿cómo a la que en un rinc6n  
hace labor, desafía?  
La que trae sobre sí,  
lo que su dueño no adquiere,  
¿cómo a un pueblo encubrir quiere  
lo mismo que ven allí?  
Yo no digo que en el mundo  
no ha de haber casos extraños;  
ríome de los engaños  
en que estas locuras fundo.  
Porque querer desdecir,  
quien lo hace, lo mal hecho,  
si lo pone sobre el pecho,  
¿cómo lo puede encubrir?

LISARDO. En metiéndote en quimeras,  
serás más necio que todos;  
si tú del vivir los modos  
reducir a virtud quieras,  
cuando no te toca a ti,  
que lo mismo te dirán  
los que escuchándote están.

OTAVIO. Yo te lo confieso así.  
Ni menos perjudicial  
es un necio como yo,  
que de todo lo que vió  
habla mal y juzga mal,  
que los mismos que he culpado.

LISARDO. Mira, Otavio: a los jueces  
toca.

OTAVIO. Sí, mas muchas veces  
el Argos más desvelado,  
con los ojos del pavón  
que le pintó la poesía,  
no ve lo que ver quería:  
tantos los Mercurios son.  
Si un hombre de mal vivir  
un ángel de guarda tiene,  
¿qué hará el que a saberlo viene?

LISARDO. Ya no te puedo sufrir.  
Calla, enhorabuena, ya,  
que ya de Bolonia llega  
a quien nuestro Duque entrega  
este gobierno.

OTAVIO. Si hará;  
pero, ¿bastará, si sabes,  
a su remedio?

LISARDO. El dotor  
tiene opinión superior  
a los letrados más graves  
que tiene Italia. (1)

OTAVIO. Otra cosa  
es más fuerte y poderosa,  
Lisardo, en tales sujetos.

LISARDO. ¿Cuál?

OTAVIO. El ánimo y el valor, (2)  
para ejecutar sin miedo.

LISARDO. Cansado de oírte quedo,  
habla otro poco en mi amor.

OTAVIO. En tu amor, ¿qué hay que decir  
más de que Fabia es tu dama  
y que sé que no te ama,  
ni aun lo procura fingir?  
Que es mujer de tal valor,  
que es lo menos ser sobrina  
del Duque.

LISARDO. Fabia es divina,  
no es mujer.

OTAVIO. Y sin amor,  
que aun esto bien puede ser.

LISARDO. No la igualo.

OTAVIO. Así lo creo.

LISARDO. Para mujer la deseo.

OTAVIO. Por fuerza, pues es mujer.

LISARDO. Sobre necio, estás pesado.

OTAVIO. Es tu propia guarnición.  
Gente siento en el baicón.

LISARDO. Pues canten.

OTAVIO. Si está templado.

(1) Falta un verso a esta redondilla.

(2) Sobra una sílaba a este verso.

(*Canten:*) «Recordad, ojuelos verdes,  
que a la mañanica dormiredes.»

OTAVIO. Necia letra.

LISARDO. Que aun aquí,  
no hay cosa que disimules.

OTAVIO. Si estotra los tiene azules  
y los llaman verdes, di  
¿cómo lia de salir a hablarte,  
pues liarás que alguna venga  
que acaso verdes los tenga,  
a estorbarte y a cansarte?

LISARDO. Alto, canten otra cosa,  
para que Otavio nos deje;  
que aunque es discreto, es hereje  
de su gusto en verso y prosa.

(*Canten:*) «Mostradme esa mano  
limpia, clara y bella,  
y darame una mano  
siquiera de vella.»

OTAVIO. ¿Hase oído desatino  
semejante? ¿Mano agora  
a una acostada señora?

LISARDO. Ya estoy, Otavio, mohino.

OTAVIO. La mano desde un balcón  
que está seis picas en alto;  
estás de juicio falto,  
que sufres esta canción.

Mano limpia, clara y bella,  
a una doncella acostada,  
que la tendrá toda untada  
y con mil mudas en ella.

Limpia: ¿quieres apostar,  
que si a mostrártela viene,  
que con el lardo que tiene  
la puedes poner a asar?

Limpia y clara...

LISARDO. No cantéis,  
porque no ha de haber canción  
a que no ponga objeción.

OTAVIO. Mejor es que os acostéis,  
que Fabia estará dormida.  
Mañana mudad concetos.

LISARDO. No he de tratar con discretos,  
si puedo, en toda mi vida.

(*Salen el DUQUE DE FERRARA con acompañamiento;  
POLIBIO, su secretario; LAUREANO, CELIO y MONGIL;  
criados.*)

DUQUE.

No puedo encareceros el contento  
de haberos conocido, Laureano.

LAUREANO.

Ni yo, señor, os digo lo que siento,  
de haber besado vuestra heroica mano.

DUQUE.

En vuestro talle estoy mirando atento  
un divino Aristóteles greciano:  
así debió de hablar y así tendría  
aquella celestial fisonomía.

LAUREANO.

Si como vos sois Alejandro en todo,  
fuera yo quien decís, Grecia le diera  
ventaja a Italia.

DUQUE.

De ese propio modo  
mi corto entendimiento os considera  
y pienso que al bien público acomodo;  
mas que si el de Catón el vuestro fuera,  
todo cuanto pintara su deseo,  
con tales partes adornado os veo.

LAUREANO

Que eran del hombre, gran señor, decía,  
imagen las palabras el Maestro  
de la buena moral filosofía;  
Sol en prudente ejercitado y diestro,  
y que en ellas el ánimo se vía  
mejor que en el espejo el rostro nuestro,  
tal por las vuestras, Príncipe, contemplo  
vuestro raró valor, al mundo ejemplo.

Honráis a vuestra liechura; porque en vano  
tuviera yo de mí tan gran conceto,  
puesto que de ese ingenio soberano  
le tenga el mundo en evidente efeto.  
Sócrates, que de todo el resto humano  
fue llamado el más sabio y más discreto,  
del Oráculo delfico decía  
que de ignorancia el presumir nacía;

Temístocles, de ciento y siete años,  
dijo en el punto que a morir llegaba:  
«Yo muero, joh, vida vil llena de engaños!,  
cuando aprender las letras comenzaba.»  
Tendréis de mi ignorancia desengaños,  
aunque en Bolonia en la opinión estaba  
que a traerme a Ferrara os hizo gusto  
en mi poco gobierno, aunque no injusto.

DUQUE.

No me puede mentir vuestra presencia  
que desempeño de la fama ha sido.

LAUREANO.

Preguntando a Cenón la diferencia  
que hay de lo verdadero a lo fingido,  
dijo con divinísima prudencia,  
que lo que hay de los ojos al oído;  
pues nuestro oído lo fingido engaña  
y la verdad la vista desengaña.

Ya vos me véis, señor.

DUQUE.

Y tan pagado,  
que os diera mil gobiernos que tuviera;  
nunca me pareció menor mi estado.

LAUREANO.

Con almas por palabras respondiera.

DUQUE.

Idos a descansar.

LAUREANO.

De mi obligado

pecho, y de lo que el vuestro considera,  
de mi opinión, ¡oh, Príncipe excelente!,  
lo que Tales respondo solamente:

Preguntáronle qué cosa  
era más antigua, y dijo  
que Dios, pues sabemos que es  
increado, y sin principio.  
Que la más hermosa, el mundo,  
por su divino artificio.  
La más capaz, el lugar  
cuyos términos y sitio  
comprenden cualquier cosa  
que se ha imaginado y visto.  
La de más comodidad,  
la esperanza, y fué bien dicho,  
porque ésta sola nos queda  
después de todo perdido.  
La mejor cosa llamó  
a la virtud, don divino,  
y sin quien ninguna es buena,  
o no hay extremo sin vicio.  
La más veloz dijo el sabio  
que era el pensamiento altivo,  
en volar y en decender  
más humilde que el abismo.  
La más fuerte, y con razón,  
la necesidad, que a un indio  
pájaro da lengua humana  
y al hombre ignorante aviso.  
La más fácil, dar consejo;  
muchos le dan sin pedirlo.

Y la más difícil, siempre,  
el conocerse a sí mismo.  
La más sabia dijo que era  
el tiempo; éste, ¡oh, Duque invicto!,  
os dirá lo que hay en mí;  
y así, señor, os suplico  
que al tiempo sólo y no más,  
le remitáis mis servicios,  
mis letras y mi lealtad:  
Con esto licencia os pido  
para prevenir mis cosas,  
y puesto que soy indigno,  
os beso los pies mil veces.

DUQUE. En mí tendréis un amigo.

LAUREAN. Y vos un esclavo en mí.

(Vase.)

DUQUE. Contento quedo y corrido  
de que Ferrara no sea  
un reino, un imperio rico.

CELIO. Deme a mí vuestra excelencia  
los pies.

DUQUE. ¿Quién sois?

CELIO. Quien ha sido

sustituto algunos años  
de Laureano; mal digo,  
su hechura y criado soy;  
Celio, señor, me apellido.

DUQUE. Huélgome de conoceros;  
llegad, paseaos conmigo.  
Diréisme de Laureano  
las condiciones.

CELIO. Estimo  
de manera a mi señor,  
que diré que no ha nacido  
ingenio su igual, aunque entren  
Oldrado, Jacobo, Dino,  
Bártulo, Baldo y Jason,  
Decio, Alejandro, Alberico,  
Siliceto y Purpurato,  
Paulo de Castro y Marsilio.

DUQUE. No os pregunto de sus letras.  
¿Es rico?

CELIO. Señor, no es rico.

Tenemos allá una ley  
que a toda riqueza dijo  
prefieran buenas costumbres.

DUQUE. Y fué con mucho juicio.  
¿Es melancólico?

CELIO. No;  
y de la opinión me río  
que el discreto ha de ser triste  
o que lo ha de andar consigo.

DUQUE. En fin, él es muy discreto.  
 CELIO. Y tan prudente, que afirmo que pueden sus opiniones ser en la Corte aforismos.  
 DUQUE. ¿Juega?, ¿tiene vicio alguno?  
 CELIO. ¿No sabes el cuento antiguo de aquel astrólogo?  
 DUQUE. ¿Cuál?  
 CELIO. El que a Sócrates le dijo que era ladrón, por las líneas de la frente; y reprehendido de sus discípulos, él dijo: «Discípulos míos: Así es verdad, que yo fuera ladrón; pero he reprimido el vicio con la virtud.» Y así, en este hombre hay un vicio que con la virtud reprime.  
 DUQUE. ¿Cuál, por mi vida?  
 CELIO. Es delito.  
 DUQUE. ¿Cómo?  
 CELIO. Es enamoradizo.  
 DUQUE. Esa ialta es de hombres sabios, filósofos y entendidos; porque la mucha blandura del sujeto en que el divino ingenio suele fundarse, los hace tiernos.  
 CELIO. Ya digo que se reprime con la virtud (1) fácilmente este enemigo.  
 DUQUE. Yo quiero darle un remedio, que no será mal arbitrio.  
 CELIO. ¿Y qué remedio?  
 DUQUE. Casarle.  
 CELIO. Pues que ya a servirte vino, de tu mano ha de ser eso.  
 DUQUE. Tengo aquí de un medio tío una doncella, y es tal, que si se la doy, le obligo con mi sangre, por lo menos.  
 CELIO. Hacer hombres es oficio de los dioses de la tierra.  
 DUQUE. Guárdete Dios, que yo fio que habemos de ser los dos el honor y ejemplo al siglo.

(MONGIL. llega.)

MONGIL. Conozca vuestra excelencia a Mongil.

(1) Verso largo. Quizá deba leerse: «con la virtud se reprime».

DUQUE. ¿Quién sois?  
 MONGIL. Un hombre, hasta aquí de poco nombre.  
 CELIO. ¡Qué graciosa impertinencia! ¡Quita, quita!, ¿estás en ti?  
 DUQUE. Dejadle.  
 MONGIL. Soy del dotor, criado; el dotor, señor, lo es vuestro, y tócame a mí, como a segundo arcaduz de noria, de tal grandeza ofreceros mi pobreza.  
 DUQUE. ¿Sois español?  
 MONGIL. Y andaluz.  
 DUQUE. A los españoles amo, y a vos, por ser del dotor. ¿De qué le servís?  
 MONGIL. Señor, soy facistol de mi amo.  
 DUQUE. ¿Cómo facistol?  
 MONGIL. Yo llevo los libros en que ha de estudiar; se suele a veces mudar.  
 DUQUE. ¿Sois casado?  
 MONGIL. Soy mancebo, aunque mi familia tengo, que es dos mulas y un rocín, a quien enseño latín y a ser su maestro vengo, con cargo que cada día les dé tres veces lición.  
 DUQUE. Vuestro humor y condición conozco.  
 MONGIL. Vuesa señoría, vuesa merced, vuestra alteza, o lo que fuere servido, me mande.  
 DUQUE. Denle un vestido.  
 (Vase.)  
 MONGIL. Veas presto en tu cabeza el laurel del Alemán.  
 CELIO. ¿Estabas en ti, Mongil?  
 MONGIL. Celio, no hay cosa más vil que un vergonzoso galán, un criado temeroso, un pleiteante atajado, un agudo convidado y un pretensor codicioso. Estos que saben latín todo piensan que es hablar en jerigonza, y mirar el principio, el medio, el fin,

el pro y el contra a las cosas.  
Yo me entiendo.

CELIO. Loco estás.

(Salen LAUREANO, OTAVIO, LISARDO y otros.)

LAUREAN. ¿Quédame ya que hacer más?

LISARDO. Con dos visitas forzosas  
está todo concluido.

LAUREAN. Díome sus manos agora  
la Duquesa, mi señora,  
y estoy muy favorecido.

LISARDO. Besaldas a su sobrina,  
y después iréis a ver  
una entendida mujer,  
y en las letras peregrina,  
que en un monasterio está.

LAUREAN. ¿Hermana del Duque?

LISARDO. Sí.

OTAVIO. Fabia os viene a ver.

LAUREAN. ¿A mí?

OTAVIO. Por vuestra fama será.

(Entra FABIA.)

FABIA. Cuando entrasteis a besar  
las manos a la Duquesa,  
no estaba yo allí, y me pesa,  
por no haberos visto hablar  
con tan entendida dama.

LAUREAN. Quien os ve y os oye a vos  
no envidiará de los dos  
la hermosura ni la fama.

FABIA. Vos seáis muy bien venido.

LAUREAN. ¿Qué mejor, pues he mirado  
en vos del cielo un traslado,  
y con haberos oído  
el concierto y armonía  
con que este mundo gobierna?

FABIA. Vuestra fama será eterna  
y inmortal la dicha mía  
si caigo en vuestra alabanza.  
A mi tía voy a ver;  
no me puedo detener,  
mas quedo con esperanza

de veros con mucho espacio,  
que hoy, por cierta ocupación,  
he perdido esta ocasión  
y no he venido a palacio.

Soy, aunque necia, extremada,  
en estimar un discreto.

LAUREAN. Que no seré yo os prometo;  
pero vos tan estimada  
por esa causa de mí

como es el entendimiento  
del alma.

FABIA. Ese ofrecimiento  
no puedo pagar aquí;  
mas, señor Gobernador,  
días para vernos quedan.

LAUREAN. No serán tantos que puedan  
contentar mi justo amor.

FABIA. ¿Amor tienen los letrados?

LAUREAN. Si quien más sabe, más quiere,  
desto pienso que se infiere  
que son más enamorados.

FABIA. Quedaos aquí, que conmigo  
irán estos caballeros.

LISARDO. Aquí tenéis escuderos.

LAUREAN. ¡Oh, Celio, Dios me es testigo  
que no vi más discreción  
junta con tal hermosura!

CELIO. ¿Y Constancia?

LAUREAN. Ya procura  
la casa del corazón  
desocupar a esa dama.

CELIO. Aun, si lo supieses bien,  
amor se hiciera desdén  
y más que hielo tu llama.

LAUREAN. ¿Cómo?

CELIO. Asíome, a la partida,  
y requebróme.

LAUREAN. ¿A ti?

CELIO. Sí.

LAUREANO. ¿Constancia?

CELIO. La misma.

LAUREAN. Di  
la inconstancia más fingida.  
¿No es bueno que no he servido  
mujer constante?

CELIO. Es verdad;  
pero poca calidad  
y poco ingenio has tenido. (1)

LAUREAN. ¿Son todas desta manera?

CELIO. No, por Dios, que hay mil constantes  
con sus mudables amantes.

LAUREAN. Ellas son de vidrio y cera.  
No más Constancia; de hoy más  
reine Fabia, esta señora  
que acaba de hablar agora.

CELIO. ¿Cierto?

LAUREAN. Cierto.

CELIO. ¿Qué darás  
por saber que es tu mujer?

(1) Así en el original; pero quizá sea «querido».



LAUREAN. ¿Estás loco?

CELIO. No ha un momento  
que el duque tu casamiento  
concertaba.

LAUREAN. Puede ser,  
según me muestra afición.

Mas, ¿será bueno casarme?

CELIO. ¿Qué mejor?

LAUREAN. Quiere obligarme  
al yugo de la razón.

Ve, Mongil; tráigase aquí  
toda la ropa.

MONGIL. Yo voy.

LAUREAN. ¿Qué dices? ¿Casado estoy?

CELIO. El Duque lo dijo así.

LAUREAN. Pues, vamos; que si, en efeto,  
me da a Fabia por mujer,  
me casaré, aunque es perder  
esta opinión de discreto.

## JORNADA SEGUNDA

(Salen OTAVIO y LISARDO.)

OTAVIO. De tu esperanza perdida  
astrólogo me has tingido.

LISARDO. Pésame que lo hayas sido  
tan a costa de mi vida.

Casó el Duque a Laureano,  
con grande aplauso y contento;  
y fué, Otavio, el casamiento  
como de su heroica mano.

Que, aunque es verdad que me  
no pudo tan gran señor [agravia,  
casarle con más valor,  
ni menos que darle a Fabia.

Ya con Fabia está casado,  
de quien es prenda tan cara,  
que se gobierna Ferrara  
por su melindre y enfado.

Aunque, si verdad te digo,  
no falta murmuración  
de su libre condición.

OTAVIO. ¿Libre?

LISARDO. Yo le sido testigo  
en más de dos ocasiones.

OTAVIO. Bien sabes que en el mandar  
es la pensión el estar  
sujeto a murmuraciones.

LISARDO. Es tan discreto y gallardo,  
Otavio, el Gobernador,

que obliga a tenerle amor.

OTAVIO. Las ocasiones, Lisardo,  
que en este gobierno tiene  
le harán parecer liviano.

LISARDO. Ya no estudia Laureano,  
y, en efeto, se entretiene,  
según se murmura del,  
en ser de noche galán  
de algunas damas que están  
mal consigo y bien con él.

OTAVIO. ¡Qué enfermedad de discretos,  
si es amor enfermedad!

LISARDO. Dar rienda a la voluntad  
no es acto de hombres perfectos.

OTAVIO. Hablarás tú con pasión;  
pero, ¿cómo toma Fabia  
los celos con que la agravia?

LISARDO. Con aumentar su afición;  
aunque entiendo que no sabe  
las historias de su esposo.

OTAVIO. El andará cuidadoso,  
secreto, encubierto y grave.

LISARDO. Estímale el Duque tanto,  
y así su ingenio encarece,  
que todo bien le parece.

(Salen CELIO y LAUREANO.)

LAUREAN. A estas horas me levanto,  
aunque tarde me acosté.

CELIO. Rondas y engañas tu esposa.

LAUREAN. Cierto que Fabia es hermosa  
y que es lástima que esté  
ociosa y enamorada,  
como dice la canción.

CELIO. Aquí hay gente.

LISARDO. Amigos son.

LAUREAN. Siempre, Lisardo, me agrada  
tener a la espalda amigos.  
¿Ofrécese en qué os sirvamos?

LISARDO. A servir al Duque vamos,  
adonde tendréis testigos,  
de vuestro abono seguros.

LAUREAN. De eso estoy bien satisfecho,  
que se ve el alma en el pecho  
como por cristales puros.

Y suplicoos me mandéis.

LISARDO. Dios os guarde.

CELIO. No hay aquí  
quien tanto me enfade.

LAUREAN. A mí  
ya cinco veces o seis  
me ha puesto este cortesano

en ocasión de pedille  
que no entre aquí.

CELIO. No hay sufrille.

LAUREAN. ¡Por vida de Laureano!,  
que ya que tocado habemos  
materia, Celio, de celos,  
aunque ni solos recelos  
de Fabia tener podemos,  
que te tengo de decir  
una cosa que he pensado  
que me tiene desvelado  
y no me deja vivir.

CELIO. ¿Desvelado?

LAUREAN. De ti fío,  
Celio, aquello que de mí.  
Cierra esa puerta.

CELIO. De ti,  
si hablas de celos, me río.  
Porque siendo tú el liviano,  
será bueno estar celoso  
de un ángel tan virtuoso.

LAUREAN. Oye, Celio, a Laureano,  
en la cátedra de celos,  
liciones de necedad.

CELIO. No ofendas la honestidad  
en que se miran los cielos.

LAUREANO.

Celio, tú sabes que en Bolonia fuimos  
muchas veces los dos a mocedades;  
que hablamos, requebramos y rendimos  
mil damas, mil extrañas voluntades;  
tan pocas fuertes y rogadas vimos  
de estados y diversas calidades,  
que sabes tú que nos causaba espanto.

CELIO.

¿Adónde vas con desatino tanto?

LAUREANO.

Venidos a Ferrara, yo no he puesto  
los ojos en mujer, su honor perdona,  
que no la haya rendido o descompuesto.

CELIO.

En confusión tu libertad me pone;  
mas como necedades me has propuesto,  
no hallo satisfacción que más te abone.

LAUREANO.

Oye hasta el fin y escucha atentamente  
antes que venga a divertimos gente.

Saber deseo, y vivo desvelado,  
si es Fabia, mi mujer, constante y firme.

CELIO.

Pues ¿qué ocasión a sospechar te ha dado,  
ya que tal necedad quieres decirme?

LAUREANO.

Ninguna, por Dios vivo, ni aun cuidado  
que pueda a tales celos reducirme,  
porque ella es santa, virtuosa y casta.

CELIO.

Eso es verdad, y ser quien es le basta.  
Y siendo así, ¿cuál ocasión te mueve  
a pensar en aqueste desatino?

LAUREANO.

Saber si, viendo la ocasión, se atreve.

CELIO.

¿Pues eso intenta ingenio tan divino?  
¿Poner quieres, señor, al sol la nieve,  
la flor de almendro al cierzo, al fuego el lino  
y la ocasión a la mujer? ¿No adviertes  
que suele derribar a los más fuertes?

LAUREANO.

Celio, a mí se me ha puesto en la cabeza.

CELIO.

Bien dices; se pondrá, si eso prosigues.

LAUREANO.

Saber su resistencia y fortaleza.

CELIO.

Por Dios, señor, que ese rigor mitigues;  
que no es bien que de algunas la flaqueza  
a regla injusta y general obligues.  
Si es casta y santa la mujer que tienes,  
¿qué pruebas quieres?, o ¿a probarme vienes?

LAUREANO.

Yo, Celio, en esto desvelado vivo,  
y me he resuelto en saber si Fabia  
rinde a ruegos de amor su pecho altivo.

CELIO.

¿Tú eres el sabio?

LAUREANO.

Amor no es cosa sabia; (1)

(1) Falta a esta octava un verso después de éste.

sólo en saber si mi valor agravia.  
que hay muchas castas por no ser servidas;  
que está en el ser rogadas ser vencidas.

CELIO.

Ovidio te ha enseñado ese aforismo.  
¡Maldiga Dios poetas habladores!  
Bien los pinta Merlín en el abismo  
por sus mentiras, sátiras y amores.

LAUREANO.

Esto, Celio, ha nacido de mí mismo,  
que no lo sé de Ovidio.

CELIO.

Los errores  
de las mujeres, de flaqueza llenas,  
no ofenden ni deslustran a las buenas.

Mira cuántos ejemplos en historias  
Hay de su castidad.

LAUREANO.

Eso querría,  
que es celebrar a Fabia entre sus glorias.

CELIO.

¿Pues no es casta? ¿Qué quieres?

LAUREANO.

No podría  
donde no ha habido guerra haber victorias  
ni corona de casta sin porfía;  
que no ha de ser de honesta celebrada  
la que jamás ha sido conquistada. (1)

Por eso alaban a la casta griega,  
a Lucrecia, a Sulpicia y a Etelfrida.

CELIO.

Notable engaño y opinión te ciega;  
pero escucha una cosa, por tu vida:  
¿No has visto un hombre que en salud se entrega,  
por tener la que viene prevenida,  
a la purga, sangría y al jarabe,  
que dice que es de la salud la llave,  
y, teniendo compuestos los humores,  
de suerte los revuelve dellos lleno  
que en malos se convierten los mejores  
y viene a estar enfermo estando bueno?  
Pues eso mismo intentan tus errores,

que es hacer del antídoto veneno.  
Si tienes mujer casta, necio eres,  
pues revolvélle los humores quieres.

LAUREANO.

¿Tú me enseñas a mí?

CELIO.

Si en un camino  
errase un Rey, ¿es mucho que un villano  
le dijese, o sería desatino,  
echad por esta o por aquella mano?  
Bien (1) sé que te celebran por divino  
y que eres el divino Laureano;  
pero si vas, señor, errado acaso,  
haz cuenta que un pastor te enseña el paso.

LAUREANO.

Celio, el ser singular mi ingenio pide  
singulares efectos y opiniones.

CELIO.

Sí; mas con la razón regula y mide  
la singularidad de tus acciones.

LAUREANO.

Ningún consejo lo que intento impide.

CELIO.

No te replico; pero ya que pones  
tu honor en contingencia desta suerte,  
¿quién ha de conquistar a Fabia?

LAUREANO.

Advierte;  
¿de quién como de ti puedo fiarme?  
Tú has de servirla.

CELIO.

¿Yo?

LAUREANO.

Tú; no te alteres;  
y todo lo que pasa declararme.

CELIO.

¿Qué, aun eso más desatinarme quieres?

LAUREANO.

Con esto, Celio, puedes obligarme.

CELIO.

¿No miras que son vidrios las mujeres  
y que quieren llevarse con gran tiento?

(1) No parece esta expresión la más propia: quizá estaría mejor «requerbrada», «galanteada», etc.; pues después de «conquistada» poco hay que celebrar en ella; si no es que el autor da en este caso al verbo *conquistar* una acepción diferente de la, aun entonces, usual. Así parece en otros pasajes que siguen.

(1) En el original «Vería».

LAUREANO.

Quebrarla no, sino lavarla intento.

CELIO.

¡Y cuántos, por lavarlos, se han quebrado!  
¿No has leído al principio de Herodoto  
de aquel Rey que enseñaba a su criado  
a su mujer? Pues vidrio fué, y bien roto.

LAUREANO.

Ya estoy de ejemplos bárbaros cansado.

CELIO.

Pues yo no lo probara de mi voto.

LAUREANO.

En fin, es necedad.

CELIO.

Yo te prometo  
que vale por dos mil la de un discreto.

Tráennme a la memoria tus engaños  
lo que dicen del gallo, y hoy lo pruebo,  
que pone un huevo al cabo de diez años,  
mas sale el basilisco deste huevo.

LAUREANO.

No hay consejos aquí ni desengaños;  
hoy has de ser de Fabia amante nuevo;  
finge, sirve, porfía.

CELIO.

¿Hasta qué tanto?

LAUREANO.

No lo sé agora, el tiempo dirá cuánto;

Pero advierte que te fío  
todo mi honor.

CELIO. Ella viene.

LAUREAN. Voime.

CELIO. Mirar me conviene  
por su honor y por el mío.

Mas si yo guardo secreto  
en esto al Gobernador,  
también ofendo su honor  
y le disfamo, en efeto.

El me ha puesto en el estado  
que estoy; darle gusto quiero,  
pues de su locura espero  
dejarle desengañado;

que yo sé de la virtud  
de Fabia; que aunque yo fuera  
Orfeo y cantando hiciera

parar la eterna inquietud,  
no pudiera conquistalla.  
y pues tan seguro estoy,  
desde aquí principio doy  
a cansarme y a cansalla.

(Sale FABIA.)

FABIA. ¿No estaba aquí Laureano?

CELIO. Agora se fué de aquí.  
Lo que ha de pasar por mí  
no pasó por hombre humano.

FABIA. ¿Hay tan loca necedad?  
Pedirle, Celio, quisiera  
que a Otavia favoreciera,  
con quien tengo yo amistad,  
en este pleito que trata  
con Fabricio.

CELIO. Aquí ha de entrar (Ap.)  
el principio.

FABIA. Por mostrar  
que no soy a Otavia ingrata  
a la que della recibo.

CELIO. Sí, por aquí va mejor.  
Aún no sé fingir amor.

FABIA. Fabricio, loco y altivo,  
desprecia su casamiento,  
teniéndola obligación.

CELIO. Si la tienes afición,  
Fabia, ni por pensamiento  
te pase pedir su bien  
al Gobernador, que agora,  
cuando a cierta dama adora,  
te ha de pagar con desdén.

FABIA. ¿Hablas conmigo?

CELIO. Bien sé  
que estoy hablando contigo.  
FABIA. Pues ¿cómo hablando conmigo  
tanta tu ignorancia fué  
que dices que ha de mostrarme  
desdén el gobernador,  
porque tiene ajeno amor?

CELIO. Ya he comenzado a turbarme;  
y en tan grande necedad,  
me hallo confuso y turbado.

FABIA. ¿Qué dices?

CELIO. Que me ha cansado  
su término y deslealtad,  
hasta llegar a decir  
lo que has oído de un hombre,  
que idolatraba en su nombre;  
Pero no puedo sufrir  
que a tu divina hermosura,  
que a tu gracia y discreción

se dé tan vil galardón.  
¿Hay tan extraña locura?

Que me obligue de un discreto  
la necesidad a llegar  
donde apenas puedo hallar  
entrada a tan mal conceto.

FABIA. Nunca te he visto conmigo,  
Celio, tan necio; ¿qué es esto?

CELIO. De estar con él descompuesto  
nace el estarlo contigo.

Verdad es que proceder  
no pudiera el desengaño  
de su desdén y tu daño,  
cuando no pudiera haber

de mi parte tanto amor,  
que amor, señora, es culpado  
de haberte desengañado,  
si es desengañarte error.

FABIA. Que amor me tengas a mí,  
está muy puesto en razón;  
mas no con obligación  
de desengañarme así.

Que aunque estoy agradecida,  
pienso que más lo estuviera  
si deste engaño no fuera  
de tu afición advertida.

Mas ya, Celio, que lo estoy,  
y ser tan propio en mujer  
el deseo de saber,  
mujer y ofendida soy,

¿Qué sabes de Laureano  
contra mí?

CELIO. ¿No es rigor  
contra ti, contra tu amor,  
contra el Duque Otaviano,  
contra las leyes divinas,  
aborrecer tu hermosura,  
por la infamia que procura  
de mil mujeres indignas

un hombre de su valor,  
cuando no fueras su esposa,  
que es de esta ciudad famosa  
espejo y gobernador?

¿Ha de manchar desta suerte  
su virtud y autoridad?

¡Buena va la necesidad!

FABIA. Aun no me atrevo a creerte.

CELIO. Amas, Fabia, no me espanto;  
quien ama, tarda en creer  
su daño.

FABIA. Antes suele ser  
fácil en creerle tanto,

porque el amor y el temor  
andan juntos.

CELIO. Es verdad;

pero en tu dificultad,  
no muestras tenerle amor.

Vuelvo, Fabia, a disculparme,  
por si te parece mengua  
poner en mi dueño lengua,  
debiendo honrarle y matarme.

Pero, como te decía,  
procediendo tanto error  
de la fuerza de tu amor,  
esa es la disculpa mía.

Oye, así te guarde Dios,  
con más quietud y sosiego  
hoy que a tanta dicha llego,  
que estamos solos los dos.

Desde que el Gobernador  
vino a serlo de Ferrara,  
la belleza de tu cara  
me encendió el alma de amor.

Cuando fuiste su mujer,  
de que el Duque tuvo gusto,  
fué desengañarle justo,  
pero no lo quise hacer.

Porque si no te casabas  
con mi dueño, era imposible  
verte, aunque el dolor terrible  
de mis celos aumentabas.

Casástete, y yo lloré  
de tal suerte el casamiento...  
(no va malo el fingimiento, *(A parte.)*  
lindo principio le hallé),

que pensé perder la vida;  
viví con esta esperanza  
de que al fin la vida alcanza.  
Esta esperanza perdida,

Dios sabe que no quisiera  
vivir. *(Fingiré llorar.)*

FABIA. Celio, aunque te escucho hablar  
en esta nueva quimera,

no entiendas que es porque gusto  
de tan locos disparates;  
mas sólo porque me trates  
de su engaño y mi disgusto.

Que a no haberme prevenido  
de que es mi esposo traidor,  
ni yo escuchara tu amor  
ni tú fueras atrevido.

Deja, por Dios, si no quieres  
que te mande matar luego,  
de ser tan loco y tan ciego,

- y dime cuáles mujeres,  
 o bajas o principales,  
 Laureano quiere bien.
- CELIO. ¿Tanto agravio y tal desdén  
 pagas con palabras tales?  
 Yo, ¿cómo puedo decirte  
 quién son, porque tantas son  
 cuantas mira, y mi intención  
 sólo intenta persuadirte  
 a que no le quieras bien?  
 Y en tenerme amor a mí  
 vengas tu agravio, que así  
 pagas desdén con desdén,  
 ingratitud con engaño  
 y engaño con deshonor.
- FABIA. Vete de aquí.
- CELIO. ¡Qué temor,  
 qué suceso tan extraño!  
 (Para principio esto basta.)  
 Yo iré a matarme.
- FABIA. Harás bien.
- CELIO. ¿Que en esto se ponga quien  
 tiene una mujer tan casta?  
 Dios nos libre que un discreto  
 haga alguna necesidad.
- (Vase.)
- FABIA. Presumo que es falsedad,  
 para poner en efeto  
 su atrevimiento este loco,  
 cuanto me ha contado aquí;  
 que no es posible que a mí  
 y al Duque tenga en tan poco  
 hombre que llaman divino  
 por su raro entendimiento.  
 Sin duda que es fingimiento,  
 con que a declarar me vino  
 la mayor maldad que puede  
 hacer criado a señor;  
 pero no quiere el temor,  
 que amor satisfecho quede.
- ¿Julia, Julia?
- (Sale JULIA.)
- JULIA. ¿Qué me mandas?
- FABIA. ¿No sabes lo que ha pasado?
- JULIA. Algo tengo imaginado  
 del cuidado con que andas.
- FABIA. No era sin causa el faltar  
 de noche el Gobernador,  
 rondaba, Julia, su amor;  
 esto llamaba rondar,  
 no hay delito do se esconda.
- JULIA. Casar con justicia es eso,  
 que puede a cualquier exceso  
 dar por disculpa la ronda.  
 No hay celos habiendo vara,  
 sino sufrir y callar.
- FABIA. ¿Cómo podré averiguar  
 con qué damas de Ferrara  
 anda de amor Laureano,  
 Julia, que me estoy muriendo?
- JULIA. Que podrás saberlo entiendo  
 eso, claro, abierto y llano,  
 con sólo hablar a Mongil,  
 de quien de noche se fia.
- FABIA. Cosa indecente sería  
 poner persona tan vil  
 por medio, por instrumento,  
 de cosas de tanto honor.
- JULIA. Señora, ya de mi amor  
 conoces el fundamento,  
 que está en haberme criado  
 tan segura y tan leal;  
 si hablarte te siento mal,  
 no te dé hablarle cuidado,  
 sino fiálo de mí,  
 que con mostrarle afición,  
 dirá las damas que son.
- FABIA. ¡Ay, Julia, que viene aquí!
- JULIA. Algún ángel le ha traído.
- FABIA. Voime; mi honor te encomiendo.
- (Sale MONGIL.)
- MONGIL. Iba el paso deteniendo  
 y despertando el oído,  
 Julia mía, hasta saber  
 si estaba el paso seguro:  
 ¿Cómo es esto?
- JULIA. Yo le juro  
 que ya no le puedo ver.
- MONGIL. Vuelve esa cara pascual,  
 así Dios te las dé buenas;  
 no escondas entre azucenas  
 ese carmesí coral,  
 que no te he dado ocasión.
- JULIA. Estoy celosa de él.
- MONGIL. Celos es cosa cruel;  
 y pedidos sin razón.  
 harán que salga de sí  
 el hombre de más paciencia.
- JULIA. Ya sé toda la pendencia.
- MONGIL. ¿Yo pendencia?
- JULIA. El mismo; sí.
- Ya sé dónde va de noche.
- MONGIL. Yo, Julia, con mi señor,

tras un rocín andador  
o a los estribos de un coche;  
que le sirvo de valiente,  
de bravo y espadachín;  
que estos que saben latín  
siempre son medrosa gente.

JULIA. ¿Con su señor? Miente, y crea  
que todo se sabe ya.

MONGIL. Por Díos, que es él el que va  
en casa de Dorotea;  
una boba afeitadilla,  
que no sé que ha visto en ella;  
y anoche en casa de Isbella,  
de comer barro, amarilla,  
como nabo en azafrán;  
que no sé qué lialla el doctor  
en gente de aquel humor.

JULIA. ¿A tales mujeres van  
los hombres recién casados?  
Mongil, mientes; que tú eres.

MONGIL. También habla otras mujeres  
en diferentes estados;  
pero es solamente hablar.

JULIA. ¿De otros estados? ¿Quién son?  
No, Mongil; que tal traición  
quieres con él disculpar.

MONGIL. El habla con cierta vieja,  
cabos blancos con hollín,  
que está de su vida al fin  
y de ser niña se queja.

Y habiéndola conocido  
más de mil años moza,  
el mismo alcacer retoza  
de los prados de Cupido.

Si la vieses, entre olores  
y entre galas niñear,  
vestir, hablar y tratar  
de esperanzas y de amores,  
reventarías de risa.

JULIA. ¿Y por ésa deja a Fabia?

MONGIL. Como con ésa le agravia.

JULIA. ¿Qué nombre tiene?

MONGIL. Florisa.

JULIA. Mal gusto.

MONGIL. Pues ésta es pajas  
para una cierta Teodora  
que visitamos agora.

JULIA. ¿Cómo?

MONGIL. Haz cuenta: dos tinajas,  
una atrás y otra adelante,  
que alforjas quise decir,  
y guardéme de mentir,

por no ser cosa bastante.

JULIA. ¡Extraño caso!

MONGIL. Esto pasa.

JULIA. ¿Y tiénenle ellas amor?

MONGIL. Pienso que el Gobernador  
no solicita su casa

más que para entrenar  
esta condición que tiene.

JULIA. Mongil, él pienso que viene;  
adiós, que tengo que hacer.

MONGIL. Con esto habrás conocido  
a lo que de noche voy.

JULIA. Ya de mis celos estoy  
satisfecha.

MONGIL. Engaño ha sido.

(Salen CELIO y LAUREANO.)

LAUREANO.

Esto que digo pasa, señor mío,  
que no era menos justo; pero advierte (1),  
Celio, que la primera resistencia  
no es en mujer ninguna, agradecida;  
que la vergüenza natural la pone  
entre el deseo y el temor, y sirve  
de lo que la cortina en la pintura:  
agora está la imagen encubierta,  
pero en corriendo el trato el rojo velo,  
descubrirás lo que es.

CELIO.

No puede el trato  
correr esa cortina a su retrato;  
yo sé que es Fabia, mi señora, honesta;  
que fuera de tan áspera respuesta,  
por la vista, en que cielo parecía,  
el resplandor de la virtud salía;  
basta para intento, señor mío,  
la primera probanza, pues la abonan  
los testigos más nobles que ser pueden:  
vergüenza, honestidad, castas palabras,  
amenazas a mí y al cielo quejas.

LAUREANO.

Si la conquista en los principios dejas,  
¿cómo podré saber si es firme y casta?

CELIO.

Porque esto es necesidad, y hacerla basta;

(1) Así en el original; pero este pasaje debió de haberse escrito así:

CELIO. Esto que digo pasa, señor mío;  
que no era menos justo.

LAUR. Pero advierte,  
Celio, etc.

que hacerla un hombre, en fin, no es maravilla; pero es más que de bestias proseguilla.

LAUREANO.

Cuando los griegos a vengar su injuria vinieron sobre Troya, muchas veces se quisieron volver, con mal consejo; pero venciendo el ánimo gallardo diez años de prudencia, les dió gloria.

CELIO.

Pues, ¿qué tiene que ver la griega historia con que me mandes conquistar a Fabia para saber si su virtud te agravia? ¿Tan bueno quedarás, si por ventura fuese cual dicen de la piedra dura, que el curso de una gota de agua ofende?

LAUREANO.

Prosigamos a ver a qué se extiende esta flaqueza de mujer, que creo que es curioso y muy nuevo este deseo.

CELIO.

¿Curiosidades buscas en la honra? Brinco que había de estar entre algodones. ¿Posible puede ser que hablas de veras? Mira, señor, que pienso que has perdido aquel tan peregrino entendimiento, que tal fama te ha dado entre los hombres, y escucha un argumento facilísimo: Si porque has conocido en mil mujeres flaqueza en el rendirse conquistadas, quieres saber si Fabia se defiende por lo mismo que has visto, no es cordura, pues la misma flaqueza te asegura. Y si quieres tener mujer tan casta, ¿por qué la pones en peligro injusto, de donde te resulte algún diegusto? ¿Sería bien que un hombre desease saber si sanaría de una herida que tuviese peligro de la vida, y por eso se diese una estocada?

LAUREANO.

Celio, yo quiero ver si conquistada, esta mujer que tengo es virtuosa; que donde no hay conquista, es fácil cosa.

CELIO.

Cuentan de un gran filósofo que tuvo tan gran deseo de saber cómo era el alma que tenía, y qué era el alma,

que viendo que viviendo no podía verla ni percibirla, cierto día se dió la muerte y dijo desta suerte: «¡Terrible necedad fué darme muerte, pues lo que el tiempo hiciera brevemente, quise yo anticipar como imprudente!» ¿Hasme entendido?

LAUREANO.

Sí.

CELIO.

Pues esto mismo te viene a suceder; porque si quieres ver la mujer que tienes, es locura hacer lo que hará el tiempo; pues viviendo, irás si es buena o mala descubriendo.

LAUREANO.

No hay que tratar en esto, antes me agrada, pues que no era cristiano este filósofo, que no aguardase al tiempo ni a la muerte, si tanto ver su alma deseaba. Ea, Celio, prosigue; vuelve luego a dar segundo asalto a su firmeza.

CELIO.

Digo que iré; mas, ¡plega a Dios que presto no te arrepientas!

LAUREANO.

Ella viene.

CELIO.

Vete.

LAUREANO.

En mi estudio te espero.

CELIO.

Yo no he visto tan grande ingenio a tanto error sujeto; no hay necio en su opinión como un discreto.

(Salen JULIA y FABIA.)

FABIA. En saber que tantas son, pienso que me has consolado.

JULIA. Todo aquesto me ha contado.

CELIO. ¿Has mudado de opinión con estas informaciones?

FABIA. ¿Sabes tú lo que he sabido?

CELIO. Algo he visto y algo he oído, y a gran peligro te pones; que en sabiendo Laureano que andas en celos y enojos,



te hará burlas en los ojos  
que las toques con la mano.

Un remedio te traía,  
si Julia aquí no estuviera.  
¿Julia?

FABIA.

JULIA. Señora.

FABIA. Allá espera.

JULIA. ¡Oh, necia sospecha mía!  
Basta que el enredo ha sido  
destos celos sin razón,  
buscar alguna ocasión  
de ofender a su marido.

A Celio sin duda quiere;  
Celio, con quien yo pensé  
casarme; pero yo haré  
que tarde ofenderle espere. (*Vase.*)

FABIA. ¿Qué tienes imaginado  
que remedie tanto mal?

CELIO. Si miras que estoy mortal  
de tu amoroso cuidado,

¿qué remedio como en mí,  
para vengar tu deseo?

FABIA. ¿Hablas conmigo? No creo,  
villano, que estés en ti.

Otra vez vuelves a dar  
en tu loco pensamiento.

CELIO. Soy hijo de un necio intento  
que me manda porfiar.

Duélete, Fabia, de mí,  
y no seas mi homicida,  
que hoy me he de quitar la vida  
si no hallo remedio en ti.

Bien creerás que no ha quedado,  
por diligencias que he hecho,  
el arrancar de mi pecho  
este amoroso cuidado.

Pero es ya tan poderoso,  
que no saldrá sin la vida,  
si no es que este intento impida,  
Fabia, tu pecho piadoso.

¡Ay, de mí, que sin querer,  
he venido a tanto mal!

FABIA. Si estás en peligro tal,  
un remedio puede haber.

CELIO. ¡Ay, señora!, y ¡qué remedio!  
Como de tu hermosa mano.

FABIA. Que dejes a Laureano  
y que pongas tierra en medio;  
que ausentándote de mí,  
no habrá, sin la causa, efeto.

CELIO. Que lo intento te prometo;  
pero no vivo sin ti.

Porque en faltando un instante  
de tu presencia no más,  
es como dar paso atrás  
para pasar adelante;

vuelvo con mayor furor.

FABIA. Pues si en eso piensas dar,  
hoy te haré, Celio, matar.

CELIO. (Andaos a fingir amor.

El diablo me puso en esto:  
¡ay, señor!, ¿qué quieres más?)

FABIA. ¿No te vas?

CELIO. Cruel estás.

FABIA. Y tú necio y descompuesto.

CELIO. Si por vergüenza me tratas  
de esta suerte, yo atrevido  
tu mano asiré, que han sido  
muchas por vergüenza ingratas.

FABIA. ¿Hay semejante maldad?  
¿Hay tan grande atrevimiento?  
¡Criados!

CELIO. Mi muerte intento  
con aquesta necedad.

Huirme quiero de aquí.

(*Vase. Entra LAUREANO.*)

LAUREAN. ¿Qué es esto, señora mía?

FABIA. Con Celio, señor, reñía.

LAUREAN. ¿Vos con Celio?, ¿cómo así?

FABIA. Estábame aquí diciendo  
mil necios chismes de vos.

LAUREAN. ¿De mí? ¡Oh, qué bueno, por Dios!  
¿Por qué ocasión? No lo entiendo.

¿Esto es criar a un criado?

¿Esto es dar a un hombre ser?

¿Celio sabe agradecer  
desta suerte mi cuidado?

¿Y qué os decía de mí?

FABIA. Que andáis perdido en Ferrara,  
y que una opinión tan clara,  
mancháis, Laureano, así.

Que os murmuran los amores  
de mil mujeres hermosas,  
y otras mil indignas cosas  
de tales gobernadores.

Díjome lo de Florisa  
y la historia de Teodora,  
fábula del pueblo agora  
y de los mancebos risa.

Si el Duque viene a entender  
que así desautorizáis  
su gobierno y que tratáis  
tan mal a vuestra mujer,  
no se tendrá por servido,

que en el alma lo he sentido (1)  
 más de que os entretengáis;  
 aunque mucho más me holgara  
 que ese ingenio se empleara  
 mejor que vos le empleáis.

Triste cosa que un divino  
 guste de ser tan humano,  
 que hasta el vulgo más villano  
 le juzgue por desatino.

Y que parezca tan mal  
 que hasta su mayor privado  
 me haya sus vicios contado  
 para dar remedio igual.

Pero aunque buena intención  
 haya en decirlos tenido,  
 mucho atrevimiento ha sido,  
 y escuchar esta razón.

De casa le habéis de echar  
 hoy antes de anocheecer,  
 o en no lo queriendo hacer,  
 yo sabré hacerle matar. (*Vase.*)

LAUREAN. ¿Fabia, Fabia?

(*Entre CELIO.*)

CELIO. ¿Estás contento?

LAUREAN. ¿Has oído lo que pasa?

CELIO. Todo, señor, lo escuché.

LAUREAN. Tú le has dicho, Celio, a Fabia  
 en lo que yo me entretengo,  
 sabiendo que en tales casas  
 no ofendo mi honor ni el suyo.

CELIO. En lo que dice te engaña,  
 porque yo sólo le dije  
 que de entretenerte tratas,  
 pero no dónde ni cómo.

LAUREAN. Vergüenza me dió escucharla.

CELIO. En esto conocerás  
 la quimera que levantas  
 y el peligro en que me pones.  
 Ya Fabia, celosa, trata  
 de decirte pesadumbres;  
 ya el Duque sabrá la causa;  
 ya dice que yo me ausente;  
 y en caso que no me vaya,  
 me amenaza con la muerte.

LAUREAN. Con la muerte te amenaza;  
 pero, ¡ay, Celio!, ¿cuántas fueron  
 como Sofronia y Baldraca,  
 como Dafne y como Porcia  
 y como cuentan de Fara,  
 que lloró tanto por ver

que su padre la casaba,  
 que vino a perder la vista.  
 Y después de conquistadas,  
 una y otra vez se rinden?

CELIO. Pues, con esto, ¿no te cansas  
 de tu loco pensamiento?  
 Tienes honra, señor.

LAUREAN. Calla,  
 que sospecho que aunque fuera  
 Fabia la pintora Marcia,  
 que figura de varón  
 jamás pintó, por ser casta,  
 pienso que el ruego pudiera  
 de aquel intento mudarla  
 si durara la porfía.

CELIO. Luego, ¿quieres que forzada  
 tu esposa adúltera sea?  
 ¿No miras, señor, que agravias  
 tantas mujeres famosas  
 que en las divinas y humanas  
 letras el mundo celebra,  
 y las repite el Petrarca  
 en los Triunfos que escribió  
 de la castidad?

LAUREAN. Acaba;  
 sepamos este secreto.

CELIO. Pues ya ¿cómo puedo hablarla  
 habiéndome amenazado  
 que me ha de sacar el alma  
 si no me voy de sus ojos?

LAUREAN. Yo soy dueño de mi casa,  
 yo te sabré defender,  
 yo sabré desenojarla.  
 No ha pasado noche agora  
 por el enojo; esto basta.  
 Ven conmigo; escribirásle  
 con muchos requiebros y ansias  
 un amoroso papel  
 que pueda desenojarla,  
 y notaréte yo.

CELIO. Eso de locura pasa;  
 si no te quisiera tanto,  
 hoy saliera de Ferrara,  
 y aun del mundo.

LAUREAN. Calla, Celio.

CELIO. Pienso que a los dos engañas  
 para quitarnos la vida;  
 porque si sólo es probarla,  
 ¿de quién se escribe en el mundo  
 que tuvo mujer honrada  
 y que la puso en peligro  
 de su honor y de su fama?

(1) Como se ve, faltan aquí dos versos.

LAUREAN. Necio el oro que el platero  
sabe por cosa muy llana  
que es oro, porque le toca,  
y mira lo que señala.  
CELIO. Por conocer los quilates.  
LAUREAN. Pues eso intento con Fabia;  
bien sé que es oro, y muy fino;  
pero deseo tocarla  
en aquesta piedra negra  
de nuestra flaqueza humana  
para saber los quilates  
en que tengo que estimarla,  
que si a veinte y cinco llega,  
y de los que pienso pasa,  
más es ángel que mujer.  
CELIO. Tú le romperás las alas;  
que las fuertes ocasiones  
a muchas buenas y santas  
quitaron de mano y frente  
los laureles y las palmas.

(Vanse. Salen el DUQUE, OTAVIO, LISARDO y POLIBIO.)

DUQUE. ¿Mi sobrina tan aprisa?  
POLIBIO. Y que ya a la puerta aguarda.  
DUQUE. Entre, Fabia.

(Sale FABIA.)

FABIA. En esos pies  
pondré la boca.  
DUQUE. Levanta,  
levanta, Fabia, del suelo.  
¿Qué quieres? ¿Cómo turbada?  
¿Cómo desta suerte aquí?  
FABIA. Oye aparte una palabra.  
DUQUE. ¿Son cosas de pena tuya?  
FABIA. Son cosas que me traspasan  
el corazón, señor mío.  
DUQUE. ¿Lloras?  
FABIA. Lloro.  
DUQUE. ¿Por qué causa?  
FABIA. Tú me casaste.  
DUQUE. Es verdad.  
FABIA. Yo pudiera estar casada  
con calidad diferente.  
DUQUE. Yo miré más en el alma  
que no en las prendas del cuerpo,  
fáciles, caducas, vanas,  
y que el tiempo las consume.  
FABIA. Sí; pero yo no buscaba  
tan divino entendimiento  
con persona tan humana.  
DUQUE. ¿Es malo que humano sea?  
FABIO. Malo para cosas bajas.

DUQUE. Ya te entiendo; y cuando vino  
de Bolonia aquí, a Ferrara,  
supe que ese humor tenía.  
FABIA. Pues ¿para qué le casabas?  
DUQUE. Para que no le tuviera;  
pero pienso que te engañan  
celos. ¿Eres muy celosa?  
FABIA. Soy mujer y enamorada.  
DUQUE. Vete, que yo le hablaré;  
que pocas palabras bastan  
para tal entendimiento.  
FABIA. Dame esos pies.  
DUQUE. Si te tardas  
podrá ser que aquí te vea.  
FABIA. Lisardo, oye dos palabras.  
DUQUE. Vete, Fabia.  
LISARDO. ¿Qué me mandas?  
FABIA. ¿No decías muchas veces  
que servirme deseabas  
hasta aventurar la vida?  
LISARDO. Y lo dije veces tantas  
cuantas lo sabré cumplir.  
FABIA. Hoy has de sacar la espada  
y quitar la vida a un hombre.  
LISARDO. ¿El nombre?  
FABIA. Esta noche pasa  
por mi reja y le daré  
en un papel.  
LISARDO. Ya te aguardan.  
DUQUE. ¿Qué es lo que Fabia quería?  
LISARDO. Debe de estar muy airada,  
y en cosas desta manera  
mal el secreto se guarda.  
Mandóme matar un hombre.  
DUQUE. ¡Vive Dios que la venganza  
es mujer, naturalmente,  
y que de celosa trata  
Fabia de matar...!  
LISARDO. ¿A quién?  
DUQUE. ¿A quién? ¡Oh qué linda gracia!  
¿No te dijo a su marido?  
LISARDO. No, señor, porque me manda  
ir a su reja esta noche;  
pero sin duda le mata  
de celos, como tú dices.  
DUQUE. Celos, Lisardo, son agua  
que por el verano viene,  
suena mucho y presto para;  
venme a avisar a quién dice.  
LISARDO. Haré, señor, lo que me mandas.  
DUQUE. Otavio.  
OTAVIO. Señor.

DUQUE. Al punto  
al Gobernador me llama.  
OTAVIO. Yo voy por él.  
DUQUE. Tú, Polibio,  
di que le espero en la cuadra  
que cae sobre el jardín.  
LISARDO. ¡Qué quimeras tan extrañas  
hace una mujer con celos!  
Casóse, ya está casada,  
tenga paciencia, pues yo  
perdiéndola tuve tanta;  
que los gustos del amor  
con este censo se pagan.



### JORNADA TERCERA

(Salen FABIA y CAMILA.)

FABIA. He tenido a gran ventura  
que hayas venido a mi casa  
en tiempo que por mí pasa  
tan notable desventura.  
¡Ay, Camila, cuán mejor  
al templo de donde vienes  
fuera yo a llevar los bienes (1)  
de un cierto y seguro amor!  
¡Cuán mejor hubieras hecho,  
ya que estuvistes seglar (2)  
seis años, allí entregar  
a un hábito pardo el pecho!

CAMILA. Gracia tenéis las casadas  
en aconsejar doncellas,  
como si admitiesen ellas  
ser de nadie aconsejadas.  
Pasa por celos y enojos,  
y la doncella suspira  
por ellos y enojos mira,  
porque se le van los ojos.  
Que vosotras no ponéis  
a cuenta de esos pesares  
los contentos.

FABIA. No repares  
en eso.

CAMILA. Siempre queréis  
que esté el marido sujeto,  
a quien Dios libre crió;  
hombres són, y pienso yo  
que es el tuyo más discreto.

No te quejes de sospechas.  
FABIA. Ya las tengo averiguadas.  
CAMILA. De pocas cosas te enfadas;  
a gran religión estrechas  
de un hombre el libre albedrío.  
FABIA. ¿Mándale Dios ser ajeno?  
CAMILA. No, sino tuyo.  
FABIA. Eso es bueno.  
Pues ¿cómo es ajeno y mío?  
CAMILA. Anda, que te han engañado.  
Casada estás; el desdén  
no engendra amor; quiere bien  
y verás tu amor pagado.  
Con regalos vencerás.  
Estar la mujer celosa  
no es cosa muy peligrosa;  
estarlo el marido es más.  
FABIA. Poco sabes de desvelos.  
CAMILA. Bien el Duque te empleó;  
casada estuviera yo  
y matáranme de celos.  
FABIA. La necia doncellería  
todo lo funda en casar,  
sin ver que en echando azar  
no es para perder un día,  
sino la vida que pasa  
más triste que los de Argel.  
CAMILA. Así se queja el tropel  
de mil necias que se casan.  
Deja tus celos un poco;  
y dime: ¿este Celio es hombre  
de fama, opinión y nombre?  
FABIA. ¡Qué pensamiento tan loco!  
¿Tú no miras que es hechura  
del Gobernador?  
CAMILA. ¡Qué importa!  
FABIA. Tu necia lengua reporta,  
así Dios te dé ventura.  
CAMILA. ¿Por qué?  
FABIA. Nunca imaginara  
que vinieras, pues se precia  
tanto allí el saber, tan necia  
del monasterio.  
CAMILA. Repara  
en que los hombres de letras  
humildes principios tienen  
y que a grandes cargos vienen.  
FABIA. Luego ¿ya lince penetras  
el lugar que ha de tener  
Celio?  
CAMILA. El que tuvo tu esposo.  
FABIA. Laureano es generoso.

(1) En el original dice «Viernes»;

(2) En el original «seglara».

CAMILA. Y Celio lo puede ser  
tan con el grado en escuelas,  
armas y caballería.  
A un dotor ví yo un día,  
uno destos, con espuelas  
por [su] significación.

FABIA. Celio es un hombre sin fe;  
tan desleal, que yo haré  
matarle.

CAMILA. ¿Por qué razón?

FABIA. Sírveme.

CAMILA. ¿De eso te espantas?

FABIA. ¿Es buen trato a su señor?

CAMILA. Si tú le has mostrado amor...

FABIA. ¿Celos?

CAMILA. Eso me levantas.

FABIA. Yo te digo la verdad,  
y como a necia te deajo.

(Váyase FABIA.)

CAMILA. No será en balde el consejo,  
tendrá a Celio voluntad,  
y levántale que rabia  
de mi venida celosa  
más que de su esposo, cosa  
que no la creyera en Fabia.  
Pero Celio lo merece,  
Fabia; doblado mejor  
acechó (1) mi amor, que amor  
en la competencia crece.

(Váyase, y entre CELIO, de noche.)

CELIO. Amor, bien te pintan ciego,  
no porque es forzoso errar,  
pero porque dicular  
pudiese tus yerros luego.  
¿Con qué notables quimeras  
de nuestras almas te burlas?  
Comienza a querer de burlas  
y viene a querer de veras.  
No ha sido sin ocasión,  
¡oh Fabia! (2), quererte bien,  
pues ya con menos desdén  
escuchas mi pretensión.  
Notó el papel su marido  
y recibióle mejor;  
que tiene ventura amor  
cuando pretende fingido.  
¿Qué quiere este hombre hacer?  
¿A qué quiere que me obligue?

¿Qué fiera es esta que sigue?  
¿No echa de ver que es mujer?

Cuentan de un Rey que decía  
que de las faltas que hallaba  
con buen gusto disculpaba (1)  
en los jueces que tenía.

Porque él echaba de ver  
que eran de muchos rogados;  
con que están más disculpados  
los yerros de una mujer.

Tanto la pueden rogar,  
que aun pintada puede ser  
de las paredes caer,  
donde las suelen colgar.

Ahora bien, yo vengo aquí  
a ver si por esta reja  
entra con verdad la queja  
que tantas veces fingí.

Pero aquí viene un galán.  
¿Si es de Camila? Sí creo;  
que no vendrá sin deseo  
de donde con él están (2).

Vendrá a ver si hablalla puede;  
pienso que me ha de estorbar.

(MONGIL, lacayo, rebozado.)

MONGIL. No pudiera a Julia hablar,  
aunque a esperarla me quede.

Mil veces la noche al aire;  
a la calle me ha traído  
con más amor de su olvido  
que tuve de su donaire.

Celoso de Celio estoy.

¿Si es este que a hablarla viene?

CELIO. Talle de bizarro tiene,  
a reconocerle voy,

aunque no muy animoso.

MONGIL. El se me viene acercando  
la espada y broquel sonando;  
un poco estoy temeroso.

CELIO. Si se desenboza luego,  
le acierto, aunque de sazón  
no sea a questa lición.

MONGIL. Si se descubre, le pego.

CELIO. ¡Gentil mozazo, por Dios!

MONGIL. ¡Bravo tallazo de mozo!

CELIO. ¿Qué mira?

MONGIL. Voy de rebozo. (3)

CELIO. Así lo vamos los dos.

(1) En el original, «estas con buen gusto» etc.

(2) Verso, sin duda, errado. Quizá debe leerse «adonde con él están».

(3) En el original, por errata, dice «celoso».

(1) En el original «azecho», este pasaje está alterado.

(2) En el original: «Abofia», por errata.

MONGIL. Yo tengo dolor de muelas.  
 CELIO. Yo de un poquito de amor.  
 MONGIL. ¿De quién?  
 CELIO. Del Gobernador.  
 MONGIL. El rocín me pide espuelas.  
 CELIO. Esta es su casa; camine.  
 MONGIL. El camine.  
 CELIO. ¿Yo, villano?  
 MONGIL. Meta mano.  
 CELIO. Meto mano.  
 Y que soy Celio imagine.  
 MONGIL. ¡Tente, señor!  
 CELIO. ¿Es Mongil?  
 MONGIL. Mayor que de una viuda.  
 CELIO. ¿Contra mí, espada desnuda?  
 MONGIL. Es el demonio sutil.  
 Celos de Julia lo han hecho.  
 CELIO. No tienes de qué temer,  
 porque Camila ha de ser  
 desde hoy dueña de mi pecho.  
 Y pues veniste a ocasión,  
 toda esta calle me guarda.  
 MONGIL. Haréte cuerpo de guardia;  
 háblala y dame perdón.  
 CELIO. Retírate, que han abierto  
 la reja.  
 MONGIL. Allí me desvió.  
 (FABIA, en alto.)  
 FABIA. ¿Sois vos, señor?  
 CELIO. Sí, bien mío.  
 FABIA. Cumplido habéis el concierto;  
 este es el papel, tomad;  
 y creed, Lisardo amigo,  
 que a no poder más conmigo  
 mi honor que mi voluntad,  
 estuviera agradecida  
 a la vuestra.  
 CELIO. ¿Yo Lisardo?  
 FABIA. Mañana respuesta aguardo.  
 CELIO. Vos seréis, Fabia, servida  
 al paso que sois amada.  
 FABIA. Pues, Lisardo amigo, adiós.  
 (Quítase FABIA.)  
 MONGIL. ¿Qué habéis hablado los dos?  
 CELIO. El alma tengo turbada.  
 Hame dado este papel  
 y voile a leer.  
 MONGIL. Yo quedo,  
 Celio, a procurar, si puedo,  
 hablar mi desdén cruel.

Fabidalizando, no en vano (1)  
 era para mí tan santa,  
 nunca pensé que era tanta  
 tu ciencia, ¡oh gran Laureano!  
 CELIO. Voy a ver lo que le escribe.  
 (Váyase CELIO.)  
 MONGIL. En la voz he conocido  
 a Fabia; o fué que le he oído  
 la imaginación por sí ve (2),  
 Cosa que aqueste villano  
 trate de hacer deshonor  
 del Gobernador.  
 (LISARDO entra con OTAVIO.)  
 LISARDO. Amor,  
 ¿dónde me llevas en vano  
 a ver lo que Fabia intenta?  
 OTAVIO. Por Dios, que tenéis razón;  
 porque estas quimeras son  
 de que no vive contenta.  
 LISARDO. Ya no he podido excusar  
 de venir por el papel.  
 OTAVIO. Llegad al balcón, que dé  
 nos podemos informar.  
 MONGIL. Otros dos a la ventana.  
 ¡Bueno anda, señor, tu honor!  
 OTAVIO. Gente he sentido y rumor.  
 LISARDO. Galán será de su hermana,  
 que hoy del monasterio vino.  
 OTAVIO. A reconocerle vamos.  
 MONGIL. Aquí hay gran mal si esperamos.  
 OTAVIO. No juzgue por desatino  
 el pedirle, caballero,  
 que se vaya o desemboce.  
 MONGIL. Si esta gente me conoce  
 lindo cintarazo espero;  
 fingir me quiero hombre grave.  
 Del Duque ¿no ves que soy  
 su secretario, que voy  
 secreto donde amor sabe?  
 OTAVIO. No te des a conocer,  
 que este es Polibio sin duda.  
 LISARDO. Y no dudo yo que acuda  
 al amor desta mujer.  
 OTAVIO. ¡Vive a Dios, que el secretario  
 es por quien quiere matar  
 a su marido.  
 LISARDO. Tratar  
 este enredo es necesario

(1) Verso errado; pero no atinamos a enmendarlo.

(2) Pasaje equivocado y difícil de restablecer. El «por si ve», deberá ser «percibe».

con el Duque, Otavio, luego.

OTAVIO. De este parecer estoy.

LISARDO. Tan necio pienso que soy  
o que estoy de amor tan ciego, (1)  
¿por qué no le mata él?

OTAVIO. Los secretarios, Lisardo,  
matan con la pluma.

LISARDO. Aguardo  
una desdicha cruel.

MONGIL. Lindamente me escapé  
y ser Polibio (2) fingí.  
Notables secretos vi  
de aquesta mujer sin fe.

Dirélo; mas qué me enfada;  
no, es más seguro callar,  
que chismes suelen medrar  
una gentil cuchillada.

(Salen el DUQUE y LAUREANO.)

LAUREANO.

Vengo a ver qué me mandas.

DUQUE.

No creyera

que un hombre docto y noble, Laureano,  
desatinado en sus discursos fuera.

LAUREANO.

Pues yo, señor, ¿qué he hecho? ¿Puede alguno  
quejarse con razón de mi gobierno?  
¿Y dónde habrá Gobernador ninguno  
sin enemigos, sin envidia y lenguas?

DUQUE.

No son fuera de casa. Laureano,  
vuestros malos gobiernos, vuestras menguas.  
Pues mirad que os aviso, que la vida  
traéis a gran peligro, y si la enmienda  
no queda desde agora prevenida,  
haré yo con quitaros el gobierno  
y dar un monasterio a mi sobrina  
en vuestra libertad castigo eterno.  
Yo os puse en el lugar de mis Estados  
de mayor eminencia, imaginando  
resolver en los vuestros mis cuidados.  
No habéis salido como yo pensaba;  
habéisos retraído, culpa tengo;  
pero con esto entre los dos se acaba;  
que yo, porque elegí mal informado  
un hombre como vos, pues que lo quise,

quedaré con mi daño castigado.

Y vos, porque tan mal agradecistes  
el lugar que os he dado, con perderme  
el castigo tendréis que merecistes.  
Idos a vuestra casa.

LAUREANO.

¿Qué respuesta  
os puedo dar si estáis con tanta ira?  
que aunque la blanda, fácil y modesta  
tiembla el enojo, como dice el sabio,  
no pienso que será de vos oída.

DUQUE.

No más, que a mí me consta del agravio;  
Idos con Dios.

LAUREANO.

Haré, señor, tu gusto.  
¡Oh que gran necedad hice con Fabia!  
Merezco justamente mi disgusto.  
De quererla probar me ha resultado  
todo mi gusto mal; pruebe veneno  
antes que su mujer, el que es honrado,  
porque es poner en duda lo que es bueno.

(Vase LAUREANO, y sale LISARDO y OTAVIO.)

LISARDO. ¿Puédote hablar?

DUQUE. Bien podrás.  
¿Qué hay, Lisardo, del papel?

LISARDO. Lo que no ha sabido dél  
supe de un hombre, que es más.

DUQUE. ¿Cómo?

LISARDO. Polibio es galán  
de Fabia; Otavio, testigo.

OTAVIO. Que le vi en sus rejas digo;  
ellos lo demás sabrán.

Y que nos dijo quién era  
sin habernos conocido.

DUQUE. ¿El Secretario?

OTAVIO. El ha sido.

DUQUE. ¿Luego el Secretario espera  
con matar a Laureano  
casarse con mi sobrina?

LISARDO. Sin duda.

OTAVIO. Amor desatino.

DUQUE. Polibio.

POLIBIO. Señor.

DUQUE. No en vano  
tus liviandades me fueron  
siempre cansadas a mí.

POLIBIO. ¿En qué jamás te ofendí  
si envidias no te ofendieron?

DUQUE. Secretario, en esta suma

(1) En el original, dice «loco» que no rima con «luego».

(2) En el original «polido» por errata.

del honor de Laureano  
venís a ser más liviano  
que vuestro papel y pluma.

Contra vos no es presunción  
la que de vos he sabido;  
a su puerta os han oído  
hablar en vuestra afición.

Fabia es mi sobrina, y yo  
soy el Duque de Ferrara. (*Vase.*)

POLIBIO. Señor, óyeme y repara  
que la envidia te engañó.

Señor, no seas cruel;  
tu entendimiento presume  
que hombres hechos por la pluma  
tienen la dicha en papel.

Y si de papeles nace,  
diré, pues te satisfizo,  
que lo mismo que nos hizo  
eso mismo nos deshace.

¿Yo a Fabia, yo a tu sobrina?

¿Yo matar a Laureano?

Pero, ¿qué me quejo en vano?

Ya mi fortuna adivina.

No más serenos jamás;  
pues ser con el sol sabía  
que donde dan cada día  
eso es lo que sacan más (1).

(*Váyase y entre CELIO.*)

CELIO. Desatinado me trae  
lo que en el papel escrito  
hallé anoche por mi mal.  
Mal dije; mi bien ha sido.  
Que si viniere Lisardo,  
como Fabia lo previno,  
a estas horas estuviera  
muerto Celio, su enemigo.  
Vuevo a sacar el papel  
y cada vez me santiguo;  
desde anoche son mil veces  
las que lo tengo leído.  
«A Celio, señor Lisardo;  
este que a Ferrara vino  
por asesor de este ingrato  
es aquel hombre que digo  
que habéis de matar, si sois  
aquel caballero mismo  
que me tuvo tanto amor  
y que tanto me ha debido.»  
¿Para qué vuelvo a leer  
lo que aquella fiera dijo?

Descubierta su traición,  
a la venganza me obligo.  
Decir quiero a Laureano  
que Fabia y el atrevido  
Lisardo quieren matarle  
para que les dé castigo.  
Así de los dos me vengo.  
¡Fuera amor, que es desatino  
seguir una vanidad  
adonde hay tanto peligro!  
Este es el Gobernador.

(*Sale LAUREANO.*)

LAUREAN. ¿Es Celio?

CELIO. Quien siempre ha sido  
el defensor de tu honra.

LAUREAN. ¡Ay, quién te hubiera creído!  
Celio, conocí, aunque tarde,  
que el ingenio más altivo,  
el ingenio de hombre, al fin  
(qué más ejemplo que el mío),  
hincha la ciencia a los hombres;  
pero el gran dotor lo dijo,  
por antonomasia apóstol,  
y en mi invención lo confirmo.  
Ya sabe el Duque mis cosas;  
y aunque pequeños delitos  
en los hombres que gobiernan  
parecen siempre excesivos,  
echóme de su presencia,  
y vengo tan ofendido  
de las palabras airadas  
por las obras que le han dicho  
que me han de costar la vida,  
porque un filósofo antiguo  
reprensiones de señor  
llamó invención los cuchillos.  
El querer ser singular  
a tanto mal me ha traído,  
que está palacio revuelto,  
vengados mis enemigos,  
mi mujer hecha una fiera,  
el Duque ya sin oídos,  
mis amigos alterados  
y mi casa laberinto.  
¡Oh, famosa necedad!  
¿En qué historias, en qué libros  
de un discreto se ha contado  
que semejante la hizo?  
¡Ay, Celio!

CELIO. Calla, señor,  
que mil discretos han sido  
necios como tú.

(1) Pasaje obscuro.



LAUREAN. Merezco  
con este despejo oírlo.

CELIO. ¿No sabes que Otaviano  
quiso saber de Virgilio  
si era hijo de aquel César,  
y que un filósofo quiso  
echarse en los fuegos de Etna  
para que fuese creído  
ser dios del vulgo ignorante,  
y que un rey tuvo capricho  
de imitar rayos y truenos  
para ser por dios temido?  
Cuentan de Pulida amante (1),  
que viendo caer un risco  
fué a tenerlo con los brazos  
y feneció. El eco mismo (2)  
de su nombre imitó tanto,  
que dió en tener grandes libros,  
grandes platos, grandes mesas,  
gran mujer, grandes amigos,  
grandes criados y, en fin,  
vestir tan grandes vestidos,  
que cuentan que en un zapato...  
Mas yo, ¿para qué te cuento  
ejemplos de desvaríos  
cuando en tal peligro estás?

LAUREAN. ¿Luego mayor?

CELIO. Yo he sabido  
que Fabia quiere a Lisardo,  
porque anoche el cielo quiso  
que me llamase en su reja.

LAUREAN. ¿Eso más?

CELIO. Tu dicha ha sido,  
porque dándome un papel  
dice en él: «Lisardo mío,  
matad el Gobernador  
y casareis conmigo».

LAUREAN. ¡Ay, cielos, que darme muerte  
de celos ha procedido!  
y mi extraña necedad  
de todo ha sido principio.

CELIO. ¿Qué me queda que esperar?  
Aquí ha de entrar tu juicio;  
porque si al Duque te quejas  
y me llevas por testigo  
a reprender a Lisardo,  
y, probándole el delito,  
lo mejor será destierro.

LAUREAN. Fabia es ésta.

CELIO. Mi designio

es desterrar a Lisardo.

LAUREAN. Mi necio intento maldigo.  
Nadie se fíe en sus letras,  
que en las mías averiguo  
que pueden errar los sabios  
como unos bárbaros indios.

(Sale FABIA.)

FABIA. Señor mío, ¿solo aquí?  
Mas cuando con Celio estáis  
nunca mejor os halláis.

CELIO. ¿Celos, señora, de mí?

LAUREAN. Quien los tiene de tal modo  
que a tales cosas se olvida,  
¿qué mucho que de ti diga  
y que los tenga de todo?

Mucho debo a vuestro amor;  
pero Dios guarde a mi vida  
del mejor cabello asida (1)  
de tan celoso rigor.

FABIA. ¿Tan celosa soy?

LAUREAN. No sé;  
pero escuchad una historia  
que me vino a la memoria.

FABIA. ¿Historia?

LAUREAN. Yo os la diré.

Casó el valiente león  
una sobrina ignorante  
con el prudente elefante  
por su mucha discreción.

Como suele acontecer,  
al elefante le vino  
voluntad de un desatino  
y probar a su mujer.

Dijo a la zorra traidora,  
porque entonces le servía,  
que con su raposería  
requebrase a su señora.

La zorra le dijo amores  
y puso como ignorante  
mil faltas al elefante,  
que es desdicha entre señores.

Dióle, en efeto, a entender  
que en el monte no dejaba  
animal a quien no amaba,  
con que abrazó la mujer.

Ella lo dijo al león,  
que le puso en mil furores,  
gran defeto de señores,  
la primera información.

El le prometió quitar

(1) Así en el original. Ignoramos a quién se refiere

(2) Tampoco adivinamos la alusión.

1) En el original «caballero», por errata.

la vara que le había dado  
del gobierno de su Estado  
y a su sobrina encerrar.

Mas ella, que a un grueso toro,  
camarero del león,  
mostraba infame afición,  
contra su honor y decoro,  
que le matase ordenó  
al elefante, y en tanto  
permitió Júpiter santo  
que la zorra le avisó.

Y el elefante, prudente,  
y arrepentido de ver  
que fué el probar su mujer  
necedad impertinente,

buscando el más verdadero  
remedio, lo halló de modo  
que al fin, al fin, vino todo  
a llover sobre el tercero.

Que satisfecho el león  
y en santa paz los casados,  
la zorra, por sus pecados,  
vino a morir en prisión.

(Váyase.)

FABIA. ¿Qué es aquesto?

CELIO. ¿No lo ves?

FABIA. ¿Cómo se va desta suerte?

CELIO. Porque has dado por su muerte,  
Fabia, un injusto interés.

FABIA. ¿Cuál muerte?

CELIO. Ya lo ha sabido,  
y que a Lisardo has hablado,  
que fué tu galán pasado,  
y ha de matar tu marido.

FABIA. El papel que yo escribí,  
si Lisardo lo mostró,  
no fué con deshonor, no,  
mas para matarte a ti.

CELIO. Pues erraste, y es muy llano;  
como furiosa escribiste,  
que a donde Celio quisiste  
escribiste Laureano.

Y el Duque lo sabe ya,  
porque él a decirle parte;  
tú procura remediarte.

FABIA. ¿Adónde el papel está?

Que yo no puedo creer  
qué hayan dicho a mi marido.

CELIO. Pues que todo se ha sabido,  
por Celio debe de ser.

FABIA. Aquella comparación,  
tu cabeza amenazaba.

CELIO. Era que te aseguraba  
por no amenazar el león;  
y el engaño está de suerte,  
que con veneno o espada  
ya, Fabia, como culpada  
te ha condenado a la muerte.

No fué por mi deslealtad  
esto de tenerte amor,  
sino del Gobernador  
monstruosa necedad.

El, como te ha dicho a ti,  
quiso probarte, en efeto;  
fué necedad de discreto  
que no hay que pasar de aquí.

Mira si servirte puedo,  
que cualquiera loco error  
nació del Gobernador;  
por él disculpado quedo.

Tanto me forzaba amarte,  
que, en fin, señora, te amé,  
porque imposible te amé (1);  
verte, hablarte, desearte,

con gusto de tu marido,  
y salir con la vitoria.

¿No has oído aquella historia  
del Rey que hicieron fingido

en el monte los pastores  
de gracias (2), que castigaba  
la gente que le enojaba,  
hasta que a cosas mayores

levantando el pensamiento  
del Asia vino a ser Rey?

Pues amor sin fe y sin ley  
me dió el mismo atrevimiento;

que de burlas comencé,  
yo vine a amarte de veras;  
pero ya aquestas quimeras  
van descubriendo tu fe,

tu virtud y tu lealtad,  
escoge, que está en tu mano,

o matar a Laureano,  
vengando su necedad,

o darle vida y perdón  
por filósofo ignorante.

FABIA. Pues es castigo bastante

de su poca pretensión,

su peligro y su desprecio,

su vida quiero escoger

y ser discreta mujer

(1) Verso equivocado. El texto dice «en posible», que lo hace aún peor. Quizá debe decir: «porque imposible me fué».

(2) Así en el texto. Querrá decir «de Grecia».

cuando él es marido necio.

Celio, vive Laureano;  
ayudémosle los dos,  
que tal vez castiga Dios  
con su poderosa mano

los que presumen de sí,  
y siente el cielo el agravio  
de la soberbia de un sabio  
tanto como has visto aquí.

CELIO. Pues ¿qué medio tomaremos,  
que yo, señora, aquí estoy?

FABIA. El medio pensando voy  
y todos los hallo extremos.

CELIO. Tu virtud, señora, alabo;  
su necesidad vitupero,  
y vivir y morir quiero  
de tu predichoso esclavo (1).

Los tristes mucho imaginan;  
traza, fabrica qué quieres.

FABIA. Seamos cuerdas las mujeres  
si los hombres desatinan.

Yo le quiero dar lugar  
a la venganza que intenta,  
y en medio de la tormenta  
de tan alterado mar,

porque la vida me deba,  
darle a entender su locura.

CELIO. Pues porque de fuente pura (2)  
tenga el Duque mejor nueva,  
parte a prevenir su daño,

yo entretanto aquí estaré,  
porque a su tiempo (3) le dé  
de tu virtud desengaño.

FABIA. Voy confiada en efeto,  
dándole de necio el nombre,  
y cierto que puede un hombre  
ser sabio sin ser discreto.

(Váyase FABIA, y CELIO quede.)

CELIO.

¡Oh vanidad, del mundo (4) humana herencia!  
¡Oh letras, de soberbia engendradoras,  
del saber natural despreciadoras,  
a quien prestan las artes obediencia!

¡Oh loca, aunque sublime, inteligencia,  
que en los rayos del sol tus alas doras;

(1) Deberá quizá leerse «tu siempre dichoso esclavo».

(2) En el texto dice, por errata: «Pues porque se fué tempura».

(3) En el original: «cuerpo».

(4) En el texto, «modo».

bárbara ..... que enamoras (1)  
el mismo dueño de su misma ciencia!

¡Oh discretos del mundo; aunque os alaben,  
ninguno se envanezca (2), pues obliga  
a que los cielos su soberbia acaben!

Nadie que sabe de sí mismo diga;  
que cuando Dios castiga a los que saben,  
con su misma soberbia los castiga.

(Salen el DUQUE y LAUREANO, y criados.)

DUQUE.

Admirado me tienes de tal suerte  
que he dudado en creer lo que me dices.

LAUREANO.

Señor, esto es verdad, y que a Lisardo  
le dió el papel para tratar mi inerte.  
¿Digo tratar? Ejecutarla luego.

DUQUE.

Ya envié por Fabia; vete, Laureano,  
que no es bien que te halles a la prueba  
de tan extraño caso.

LAUREANO.

Heroico Príncipe,  
en esas manos mi justicia pongo.

DUQUE.

Fabia dime (3) que no repare en sangre.  
Lisardo.

LISARDO.

Gran señor.

DUQUE.

Aparte escucha.

LISARDO.

¿Qué mandas?

DUQUE.

¿Eras tú quien me decía  
que al Secretario mi sobrina amaba,  
y eras tú quien mataba a Laureano?

LISARDO.

¿Quién te ha dicho, señor, maldad tan grande?  
Yo sólo fuí por orden tuya a verla,  
y no me dió el papel porque Polibio  
guardaba puerta y reja aquella noche.

(1) Este verso dice en el original: «Bárbara el Austria que enamoras».

(2) En el texto, «enfusca».

(3) Así en el original.

Polibio.  
 Gran señor.  
 DUQUE.  
 ¿Tú defendías  
 la ventana de Fabia al que llegaba?

POLIBIO.  
 Si yo de Fabia la ventana he visto  
 ni en mi vida he pasado por su calle,  
 córtame la cabeza.

DUQUE.  
 Pues ¿qué es esto?  
 ¿Qué laberinto es éste? Por ventura  
 ¿todos dicen verdad y todos mienten?  
 Mira, Lisardo, que de ti se queja,  
 y no del Secretario, Laureano.  
 Tú, dice, que matarle pretendías,  
 que no Polibio.

LISARDO.  
 Pues en esto sólo  
 la prueba está de toda mi inocencia.

DUQUE.  
 ¿Por qué?

LISARDO.  
 Porque si Fabia tiene gusto  
 de amar al Secretario habrá informado  
 contra Camila por guardar su vida.

DUQUE.  
 No sé qué diga; nunca yo trujera  
 este discreto necio en mis estados,  
 que así los tiene todos alterados.  
 ¿Aquí estás, Celio?

CELIO.  
 Aquí, señor, estaba.

DUQUE.  
 ¿Sabes ya los sucesos de tu dueño?  
 ¿Sabes ya de qué suerte me alborota?  
 ¿Qué intenciones son éstas, qué hombre es éste?  
 Tan deslucidas letras, ¿de qué sirven?  
 ¿¿Qué tiene, qué pretende, qué le han dado  
 que a todos nos ha puesto en tal estado?

CELIO.  
 Si he de tratar con lealtad,  
 señor, a vuestra excelencia,  
 y porque sé la eminencia  
 de la divina verdad,  
 a quien dieron la vitoria

de aquella antigua canción,  
 diré en esto mi razón.

DUQUE.  
 Si tienes en la memoria  
 cuánto por tratarla han sido,  
 Celio, estimados los hombres,  
 y los Estados y nombres  
 que por ello han merecido  
 de los Príncipes y Reyes,  
 mira que a decirla aquí  
 te obligan, fuera de mí,  
 divinas y humanas leyes.

CELIO.  
 Afirmarte por verdad  
 aquello que yo no sé  
 de cierto, ¿cómo podré?  
 Pero podré con lealtad  
 decirte por conjeturas  
 lo que siento.

DUQUE.  
 Eso deseo.

CELIO.  
 Fabia es inculpable.

DUQUE.  
 Creo  
 que la verdad me aseguras.

CELIO.  
 Sobre este principio digo  
 que le ha puesto Laureano  
 mil asechanzas en vano,  
 como si fuera enemigo  
 y no dueño de su honor;  
 esto es verdad.

DUQUE.  
 ¿A qué efeto  
 un hombre que es tan discreto  
 quiso ofender su valor?

CELIO.  
 Ahora viene lo incierto,  
 y es adivinar cuál sea  
 la causa por que desea  
 el fin de este desconcierto.

En probar una mujer,  
 siendo quien es no fué sabio;  
 porque dar causa al agravio  
 necedad (1) debe de ser,  
 quien da la causa del daño,  
 nuestra leyes, dicen bien,  
 que va culpado también.

DUQUE.  
 Caminaba algún engaño,  
 Celio, en esta pretensión  
 Laureano.

CELIO.  
 Eso no sé.

DUQUE.  
 Yo sí, que sin duda fué  
 alguna nueva afición.  
 Así de Camila ha sido.  
 Este es tan grande letrado,  
 que de Fabia descasado

(1) En el original dice «necesidad» que alarga el verso.

por dicha habrá pretendido  
casarse con ella, y luego,  
viéndome sin sucesión,  
levantar la pretensión  
contra mi propio sosiego.

Porque debe de tener  
el pensamiento en Ferrara;  
que una necesidad tan rara  
así se suele perder.

No viva yo si no ha sido  
su quimera esta maldad;  
dime, Celio, la verdad.

CELIO. Yo he dicho lo que he sabido.

Mira, señor, que te engañas,  
que es discurso muy cruel  
el que has hecho contra él.

DUQUE. Pues todas estas marañas,  
todas estas invenciones,  
Fabia celosa, él tan loco,  
que tenga su honor en poco  
y le ponga en opiniones.

Mi Secretario caído  
en sospechas (1) de mi agravio;  
traidor Lisardo y Otavio,  
y todo aquesto fingido,  
¿de qué puede proceder?

Ahora, por sí o por no,  
quien le hizo y levantó  
hoy le sabrá deshacer.

Vayan, Lisardo, a prendelle.

CELIO. Señor.

DUQUE. No hay que replicar.

CELIO. Oyele.

DUQUE. No hay lugar,  
sino es para deshacelle.

Y porque en obligación  
con tu término me has puesto,  
y por castigarlo en esto,  
tú has de hacer la información.

El gobierno de Ferrara,  
que Laureano tenía,  
es tuyo desde este día.  
La potestad y la vara  
se emplean mejor en ti.

CELIO. Señor.

DUQUE. Oye, que los Reyes  
suelen, y con justas leyes,  
dar sus gobiernos así.

Y tú, por escarmentado,  
a su ejemplo serás bueno.

CELIO. Puesto que es mi honor, condeno

tan nueva razón de Estado.

Mira, señor...

DUQUE. Celio, advierte  
que si en esta información  
es engaño mi opinión,  
le librarás de la muerte.

Déjame hacer; soy señor,  
tú mi criado; obedece.

Dadle la vara. (*Váyase.*)

CELIO. Parece

que se ha soltado el furor  
de la cárcel del Infierno.

LISARDO. Laureano viene aquí.

(*LAUREANO, entre.*)

LAUREAN. ¿Fuése el Duque?

LISARDO. El Duque, sí;  
hoy te ha quitado el gobierno  
y al señor Celio le ha dado.  
La insignia deja.

LAUREAN. ¿Qué es esto?  
¿Tú con mi honor, y yo puesto,  
Celio, en tan humilde estado?  
¿Has dicho al Duque de mí  
alguna traición?

CELIO. Yo he sido  
tan leal cuanto he podido,  
señor. ¿No es esto así?

POLIBIO. Así es verdad, y que vos,  
con letras mal empleadas,  
en la soberbia fundadas,  
odioso al mundo y a Dios,  
habéis revuelto su casa;  
y pues por vos tantos criados  
están desacreditados,  
que en vivo incendio se abrasa,  
poned en ejecución

CELIO. del Duque el gusto, Lisardo.  
Caballeros, yo no aguardo  
a ver un hombre en prisión,  
a quien respeto por dueño.

(*Váyase CELIO.*)

LAUREAN. ¿Cómo prisión?

LISARDO. Preso estáis.

LAUREAN. ¡Yo preso!

LISARDO. Vos, que tratáis  
la muerte del Duque.

LAUREAN. ¿Es sueño?

LISARDO. Sueño o no, lo que habéis hecho  
no merece mejor trato.

LAUREAN. ¡Ah, Celio, criado ingrato!

POLIBIO. Celio tiene tan buen pecho,

(1) En el original, «en sus pechos».

- que si no fuera por él,  
el Duque os hubiera muerto.
- LAUREAN. ¡Ah, traidor, que ha descubierto  
lo que he tratado con él!
- LISARDO. Sed testigos de que dice  
que descubrió su traición,  
para que la información  
con todos tres se autorice.
- LAUREAN. ¡Ah, iname, que le has contado  
todo mi engaño y secreto!
- POLIBIO. No fué del Duque el conceto  
en esta parte engañado;  
mirad si confiesa aquí.
- LAUREAN. ¡Lo que contigo traté  
le has dicho; la traición fué  
tuya!
- LISARDO. ¿Estáis en esto?
- OTAVIO. Sí;  
y admiración me ha causado  
ver lo que confiesa.
- LISARDO. Está  
convencido, ¿qué no hará?
- POLIBIO. Camine, señor letrado.  
¡Nunca a Ferrara viniera!
- LAUREAN. ¡Pluguiera a Dios que a Fabia  
no hubiera visto si agravía. (1)  
Celio y Fabia, a quien yo he dado  
con mi locura ocasión,  
me han hecho aquesta traición.  
El Duque está disculpado.  
Celio ingrato, Celio ha sido;  
mas ¿de qué me quejo yo,  
si Celio me obedeció,  
importunado y vencido?  
Sepa el Duque mi secreto;  
muera yo para mostrar  
a lo que puede llegar  
la necedad de un discreto.
- (Váyase, y entre CELIO, de Gobernador; un Secretario,  
JULIA, CAMILA, FABIA, el DUQUE y MONGIL.)
- CELIO. Por el examen, señor,  
dicen los testigos esto.
- FABIA. Yo me espanto que tu ira  
sujete tu entendimiento,  
si Celio no te ha engañado.
- DUQUE. Fabia, no ha llegado Celio  
derribando a su señor,  
al lugar en que le he puesto,  
como es costumbre del mundo.  
Letras, prudencia y ingenio
- en Celio me han agradado.
- FABIA. Una cosa te confieso:  
Que por querer penetrar  
Laureano pensamientos,  
cosa que en los hombres sabios  
suele castigar el cielo,  
ha venido a tanto mal.
- DUQUE. Yo sé que en prenderle intento  
asegurar mis Estados.
- FABIA. Si hubieras dado el gobierno  
a un hombre digno, cesaran  
las sospechas que yo tengo;  
pero a Celio...
- CAMILA. Fabia, paso,  
que Celio es noble; yo creo  
que no lo es más Laureano.
- FABIA. Bien digo yo que es concierto  
de ti, de Celio y del Duque.
- CAMILA. ¿De mí?
- FABIA. Sí, porque sospecho  
que te ha engañado su amor,  
y a Celio el loco deseo  
de emparentar con el Duque,  
y al Duque el engaño vuestro;  
de suerte que los tres juntos  
fulmináis este proceso  
contra un inocente.
- DUQUE. Paso; que es atrevimiento (1).  
Yo seré el juez aquí;  
que donde tan claro ingenio,  
como el de Celio, gobierna,  
su asesor, en este asiento,  
será un Duque de Ferrara.  
Estad vosotros atentos:  
Tú, ¿qué fuiste?
- MONGIL. Su lacayo,  
aunque entré por escudero,  
de una reverenda mula.
- DUQUE. Ya te conozco.
- MONGIL. Yo pienso  
que al Sol nada se le encubre.
- DUQUE. ¿Y qué sabes de tu dueño?
- MONGIL. Lo más que comunicó  
allá en los pasados tiempos  
conmigo.
- DUQUE. Di la verdad.
- MONGIL. Fué de la cebada el precio,  
la limpieza en los pesebres,  
la lealtad en los piensos;  
que aunque es verdad que yo soy

(1) Falta el último verso a esta redondilla.

(1) En el original dice: «Paso que ya es mucho atrevimiento» (diez sílabas).

- hombre de notable ingenio,  
de sus piensos fuí criado,  
que no de sus pensamientos.
- DUQUE. Tú, ¿quién eres?
- JULIA. Soy  
criada de Fabia.
- DUQUE. Creo  
que sabrás bien la verdad.
- MONGIL. Eslo Julia, por extremo,  
mas no la ha dicho en su vida;  
y es muy claro el argumento:  
la verdad ¿no es limpia?
- DUQUE. Sí.
- MONGIL. Pues Julia no es limpia; luego,  
Julia no trata verdad.
- JULIA. Lo que he jurado es lo cierto,  
porque sólo el pensamiento  
que aquel claro entendimiento,  
sin prenderme, tus Estados  
te los quitaran por pleito.
- DUQUE. Camila, tú eres hermana  
de Fabia, y en ese pecho  
tienes mi sangre; mi vida  
corre peligro.
- CAMILA. Yo pienso  
que pues tu sobrina soy,  
está abonada con esto.  
Laureano es hombre altivo;  
y no tu Estado, tu Imperio,  
intentará con tu muerte.
- DUQUE. Pues, Celio, yo me resuelvo  
a que muera Laureano.
- CELIO. Señor, mira que primero  
es menester advertir  
lo que dispone el Derecho.
- DUQUE. ¿No hay, Celio, leyes aquí?
- CELIO. Pues si en eso estás resuelto,  
oye, señor, la verdad;  
oye, sabrás el suceso  
más peregrino y extraño  
que ha puesto a la vista el tiempo,  
ni los anales del mundo  
desde su principio vieron.  
Laureano, muy preciado  
de discreto, y tan soberbio  
de sus letras, como sabes...
- LAUREAN. ¡Fuera, digo; fuera, perros!  
Yo soy el Duque en Ferrara,  
yo he de tener su gobierno.  
¡Fuera, digo!
- DUQUE. Celio, deja  
la justicia; ya te entiendo
- por el principio. ¡Hola, guarda!
- (LISARDO y POLIBIO.)
- LISARDO. ¡Tenedle!
- POLIBIO. ¿Cómo podemos?
- DUQUE. ¿Qué voces son estas? ¡Hola!
- LISARDO. Señor, Laureano ha hecho  
tantas lástimas de sí,  
que, en fin, ha perdido el seso.
- DUQUE. ¿Cómo, Laureano?
- POLIBIO. Y tanto,  
que es necesario tenerlo,  
porque es su aflicción terrible.
- (LAUREANO y gente.)
- LAUREAN. ¿No hace la pena cuerdo?  
Aquí hizo fin la soberbia  
de puro discreto necio.  
¿Sois vos el Duque?
- DUQUE. Yo soy  
quien sabe tus pensamientos.  
Ya es tarde para ficciones;  
Laureano, ya te entiendo;  
no te excusas de morir.
- LAUREAN. Mas que ya me viese muerto,  
que no hay necio que esté vivo,  
y yo tendré por consuelo  
ver que de necios está  
lo mejor del mundo lleno.  
Necio sois vos, que creistes  
que yo era sabio, admitiendo  
una vulgar opinión.  
Y Fabia necia, que ha hecho  
un desatino tan grande  
con su marido, por celos.  
Lisardo también lo es,  
pues dió crédito a sus ruegos,  
sabiendo que las mujeres  
nunca dieron buen consejo.  
Necio ha sido el señorío (1),  
que viendo que le habéis puesto  
cerca de perder la vida,  
sirve más tan necio dueño.  
Necia es Camila, que viene  
por lisonja a complaceros,  
y necio es este lacayo,  
pues a peligro se ha puesto  
de la vida, y aun del alma,  
con un falso juramento.  
Necia Julia, que engañada,  
le acompaña, presumiendo

(1) Pasaje alterado. Quizá se escribiese: «Y necio ha sido Polibio»

que para saber verdades  
le falta poder al cielo.  
Necio es Celio, pues no ha visto  
sabio letrado, hombre cuerdo,  
y no escarmienta en mirarme  
loco, humilde, necio y preso;  
y el que me sirvió y me tuvo  
por señor y por maestro,  
se ve en mi propio lugar.

DUQUE. No le oigáis; prosigue, Celio.

CELIO. Digo, en fin, que Laureano  
quiso saber sin provecho,  
si Fabia, amada y servida  
y conquistada algún tiempo,  
se rendiría al amor,  
a la porfía y al ruego  
de un hombre; eligíome a mí,  
pero no ha sido posible.  
En fin, comencé sirviendo,  
amando, fingiendo, hablando,  
dándole enojos con celos;  
ella previno (1) matarme  
con valor y pecho (2) honesto,  
de que resulta el engaño  
en que a este punto nos vemos:  
Tú enojado, sospechosa

(1) En el texto, «previniendo».

(2) En el original, «puesto».

Fabia, Lisardo con miedo,  
Laureano vuelto loco,  
y con su gobierno Celio;  
que tanto mal suele hacer  
la necedad de un discreto.

DUQUE. ¿Hay empeño semejante?

CELIO. Esto es verdad.

DUQUE. Pues yo quiero

sentenciar la causa así:  
que Laureano, por necio,  
le haga curar su locura,  
y Fabia la esté asistiendo  
al lugar de mis Estados (1)  
que más les agrade. (2)

LAUREAN. Justo pago de mi error.

FABIA. Esa piedad te agradezco.

DUQUE. Tú, Celio, discreto y sabio,  
harás noble casamiento  
con Camila, y de Ferrara  
tendrás por dote el gobierno.

CELIO. Beso mil veces tus pies.

DUQUE. Daos las manos, y con esto  
dé fin, para ejemplo al mundo,  
la necedad del discreto.

(1) En el texto, «bodas».

(2) Verso incompleto.

FIN DESTA COMEDIA



COMEDIA FAMOSA

EL NIÑO DIABLO

DE

LOPE DE VEGA (1)

PERSONAS

PEREGRINO.  
CARLOS, *Rey de Nápoles.*  
MÚSICOS y CRIADOS.  
CÉSAR, *Marqués de Santelmo.*  
VENUS, *su hija.*

FÉNIX.  
TIRRENA.  
SILVIA.  
RISELO.  
ERGASTO.

Un VENTERO.  
SALTEADORES. (2)  
CELIO.  
MILÁN.

*Salen a cantar, como se acostumbra, y las mujeres los mantos caídos atrás; y en cantando las dos coplas, sale PEREGRINO, hijo del MARQUÉS DE SANTELMO, muy galán de noche.)*

JORNADA PRIMERA

(*Cantín.*) «Ya del airado diciembre  
los fugitivos cristales  
a la prisión de los hielos  
flacas resistencias hacen;  
temblando gimen desnudas  
a los azotes del aire  
las estériles riberas  
que fueron lienzos de Flandes.»

PEREGR. No canten más.

MÚSICOS. Pues ¿por qué?

PEREGR. Porque no quiero que canten  
en esta calle esta noche.

MÚSICOS. Determinación notable.

PEREGR. Tan notable, que a no haberme  
lisonjeado el romance  
y las músicas sirenas,  
sonoro hechizo del aire,  
que por mujeres es justo  
que este decoro las guarde,  
no sé si la prevención  
hubiera llegado antes  
que el castigo, porque fuera  
rayo sin trueno, en la calle,

(1) El nombre del autor está al margen y de letra moderna.

(2) Son Horacio, Florelo y Traenio. Entran ademas, UNA VOZ, LISANDRO, UN MUERTO, y algún otro.

aunque el Príncipe heredero  
de Nápoles, o su padre,  
fuese el dueño de esta empresa  
y el infierno le ayudase.  
Que para cierta aventura  
de quien soy celoso amante,  
de las sombras de la noche  
mis esperanzas se valen;  
no quiero que el armonía  
de vuestras voces suaves  
que me despierten jueces  
ni que testigos me llamen.  
Y, ¡vive Dios!, si pasáis  
con vuestro intento adelante,  
aunque os socorráis del viento  
para que de mí se escapen,  
que no he de dejar de todos  
cuantos en la calle hallare  
un átomo, que con vida  
pueda salir de la calle,  
sembrando a un tiempo las vidas  
con lazos, ébano y trastes,  
con la sangre las paredes  
y con los sesos los aires.

(*Vase, y sale CARLOS, Rey de Nápoles, de noche, y criados.*)

MÚSICOS. Notable sentencia ha sido.  
Resolución semejante  
no se vió jamás en hombre.

CARLOS. ¿No cantan? ¿Qué es lo que hacen  
los músicos?

CELIO. Ved qué dice  
su Alteza.

MÚSICOS. Su Alteza mande  
revocarnos la sentencia  
que nos han dado, y las aves  
del alba confesarán  
cuando el sol por abril nace  
ventaja nuestra armonía.  
CARLOS. ¿Sentencia?  
MÚSICOS. Y de muerte.  
CARLOS. Baste  
la burla.

MÚSICOS. No es burla.  
CARLOS. ¿Cómo?  
MÚSICOS. Hay un hombre en esta calle  
ocupado en otra empresa,  
tan revuelta (1) y tan notable,  
que a las primeras dos coplas  
del romance que escuchaste  
salió a mandarnos callar,  
citándonos de remate,  
si intentábamos pasar  
con la música adelante,  
de no menos que las vidas,  
aunque el Príncipe y su padre  
viniesen por dueños de ella,  
y hasta darte de esto parte  
le obedecemos, que es hombre  
que, al parecer, dice y hace.  
CARLOS. ¡Temeridad prodigiosa!  
¿No le conocisteis?

MÚSICOS. Nadie  
le vió jamás de nosotros  
sino esta noche.  
CARLOS. No sabe  
que soy yo quien viene aquí,  
o es extranjero ignorante,  
o es loco y se sueña rey  
de todo el mundo; aguardadle  
a esa esquina, y si volviere  
con el mismo disparate  
o porfiare, sabiendo  
que en la calle estoy, matadle;  
y vosotros, seguid  
lo que falta del romance.

(Dentro, una voz.)

VOZ. Licencia tengo del cielo:  
matadle, precipítadle  
de esa escala.  
DENTRO. ¡Muera, muera!

(Dentro.)

PEREGR. ¡Jesús, Jesús!  
CELIO. En la calle  
parece que está el infierno.  
(Sale CÉSAR, Marqués de Santelmo, viejo en cuerpo, y sin  
sombrero, con espada y rodela, y VENUS, su hija, dete-  
niéndole.)

CÉSAR. Déjame, Venus.  
VENUS. Señor,  
padre.  
CÉSAR. Si también soy padre  
de Peregrino, ¿por qué  
he de dejar de ayudarle?  
Hija, sus voces oí;  
y como es mi hijo, sale  
mi sangre tras de sus voces  
a dar socorro a su sangre;  
y aunque me tienen sin seso  
sus traviesas mocedades,  
soy v da de aquella vida  
y temo que me le maten.  
VENUS. Aquí hay gente.  
CÉSAR. ¿Quién va allá?  
CARLOS. ¿Quién es?  
CÉSAR. César, el Marqués  
de Santelmo, que quien es  
contra el mundo mostrará,  
defendiendo al que engendró.  
CARLOS. Marqués, todos los que estamos  
aquí, acudir deseamos  
a eso mismo, porque yo  
me precio de vuestro amigo  
y vuestro deudo.  
CÉSAR. ¿Qué es esto?  
Señor, ¿vos en este puesto  
a estas horas?  
CARLOS. Marqués, sigo  
cierta inclinación de amor,  
hija de la ociosidad.  
CÉSAR. Decid de la mocedad  
y podréis decir mejor;  
que en esos años disculpa  
cualquier yerro el albedrío.  
CARLOS. Yo soy muy dueño del mío.  
CÉSAR. Así tendréis mayor culpa  
cuando os dejáis llevar  
de algún injusto deseo,  
puesto que en vos, Carlos, veo  
un milagroso ejemplar  
de los Príncipes futuros.  
CARLOS. Alborotado parece  
que salís; ¿qué se os ofrece?;  
que aquí hay amigos seguros

(1) En el impreso «resuelto» que es mejor lección.

que os guardarán las espaldas  
y podrán a vuestro lado,  
cuyos brazos han honrado  
de más marciales guirnaldas  
a su patria, que Cipión,  
que os valdrán en ocasión (1).

CÉSAR. Señor, las voces oí  
de Peregrino, y salí,  
porque en cualquiera ocasión  
me tienen sus travesuras  
en vela; y aunque me aflijo  
con él, al nombre de hijo  
jamás tuve entrañas duras.

CARLOS. Agora caigo que fué,  
sin duda, el que amenazó  
a los músicos.

CÉSAR. Y yo,  
como vuestra Alteza ve,  
con esta espada y rodela  
salgo del modo que estaba,  
aunque pienso que soñaba,  
porque lo que se recela  
siempre parece que está  
sucediendo.

CARLOS. Un terremoto  
nos ha causado alboroto  
al fin de esta calle, y ya  
imagino que cesó,  
sin poder determinar  
qué lo pudiese causar.

CÉSAR. Eso mismo me alteró;  
pero las voces, sin duda,  
fueron imaginación  
con que salió el corazón  
a dar a su sangre ayuda.

CARLOS. ¿Quién viene con vos?

CÉSAR. Señor,  
Venus, mi hija, que ha sido  
quien mandando ha pretendido  
ser rémora de mi amor;

mas como mi amor publica  
que igualmente a los dos ama,  
ella es freno, que me llama  
y él espuela que me pica.

Y como a los dos atiendo,  
acero templado soy  
que entre dos imanes voy  
y en el viento me suspendo.

CARLOS. Lleguemos todos con vos  
para que os desengañéis.

CÉSAR. Merced y favor me haréis.

(Dire una voz dentro.)

VOZ. Aunque le revoque Dios  
la sentencia, ha de morir,  
pues segunda vez intenta,  
tan atrevido, su afrenta.

CÉSAR. Vuélvese abajo a venir  
el cielo.

VENUS. ¡Extraño rumor!

CÉSAR. ¡Qué espantosa tempestad!

(Sale PEREGRINO rodando, sin capa ni sombrero, cayéndosele la espada y broquel, y la cara y manos llenas de tierra y sangre, y vuelve desatinado a tomar la espada y broquel y comienza tirar al vestuario estocadas, y vuelve luego a su Padre y a los demás.)

PEREGR. ¡Ah, villanos, esperad!  
Aunque haya en vuestro favor  
venido el infierno todo.

VOZ. Dejadle; nadie le ofenda,  
que no hay quien a Dios entienda.

CÉSAR. ¿Dónde vienes de este modo?  
¡Bárbaro, detente, aguarda!

PEREGR. ¡Perros!, venís a traición;  
no penséis que un escuadrón  
de vosotros me acobarda.

VENUS. ¿Quién ha visto tal exceso?  
Tente, hermano Peregrino;  
enfrena tu desatino.

CÉSAR. ¡Loco, bárbaro, sin seso;  
sosiégate, vuelve en tí  
a las voces que te doy:  
mira que tu padre soy  
y está tu Príncipe aquí!

PEREGR. ¿Mi padre?

CÉSAR. Sí, y desdichado  
por haberte dado vida,  
de quien mi edad ofendida  
la muerte ha solicitado.

¿Qué es lo que te ha sucedido  
que de esta manera vienes,  
que nuevos contrarios tienes?

PEREGR. Con el infierno he reñido.

CÉSAR. Debes de tenelle dentro  
del pecho.

PEREGR. A buena ocasión  
viene tu reprehensión.

CÉSAR. Escucha.

PEREGR. ¡Gentil encuentro!

CÉSAR. Mil muertes juntas me das  
por la vida que te di;  
procura volver por tí.  
¡Tente, aguarda!, ¿dónde vas?

(1) Sobra este verso aunque se habla en ambos textos,  
que son casi siempre iguales.

PEREGR. Pues eres valiente y sabio,  
no me intentes detener,  
que voy a satisfacer  
con el infierno un agravio.

(Vase.)

CÉSAR. Seguiréte, aunque jamás  
pares, caballo sin freno,  
de toda razón ajeno,  
que a precipitarte vas.  
Que si alcanzarte pretendo,  
mi vida voy deseando,  
porque me la vas quitando  
al paso que vas corriendo.

(Vase.)

VENUS. Saliendo juntos los dos,  
padre, me olvidáis así,  
que me váis perdiendo a mí  
por iros buscando a vos.  
Aguardad.

CARLOS. No habéis quedado  
tan sola, que no tengáis  
muchos de quien os sirváis  
y un Príncipe por criado

La libertad desde el día  
que un retrato vuestro vi,  
que esas ansias para mí  
me traen hasta el alba fría,  
todas las noches que puedo,  
desmintiendo las espías  
que las esperanzas mías  
corren del amor al miedo (1)

VENUS. De vuestra Alteza confío  
que merced me podrá hacer,  
aunque a su heroico poder  
desiguale al valor mío;  
que a los servicios, señor,  
que mi padre al vuestro ha hecho  
tanta merced y favor. (2)

CARLOS. Más debo a esos dos luceros  
celestiales soles míos,  
de quien son los albedríos  
venturosos prisioneros.

Por Venus no os conocía,  
después que el alma os miró,  
porque no pensaba yo  
que dos luceros tenía.

VENUS. Dé licencia vuestra Alteza  
a que vayan dos criados  
acompañándome.

CARLOS. Honrados  
de tan divina belleza,  
envidia al sol pueden dar,  
aunque estrellas deben ser  
las que a Venus han de hacer  
por tanto cielo lugar.

Sola esta dicha me muestra  
la fortuna merecida,  
que os he de servir, por vida  
de mi padre, y de la vuestra,  
que acompañando lucero  
de tan hermoso arrebol,  
no es un Príncipe, del sol  
a falta, mal escudero.

VENUS. Vuestra Alteza ha de quedarse  
aquí, que es notable exceso.

CARLOS. Venus, solamente en eso  
la porfía ha de cansarse,  
y yo no he de obedecella.  
Hasta vuestro umbral con vos  
tengo de llegar, por Dios;  
perdonad no ser estrella.

VENUS. Vuestra Alteza quiere honrarme,  
y fuera grosero intento  
excusarlo.

CARLOS. El pensamiento  
pudiera immortalizarme,  
desluciendo la osadía  
del que flechado bajó  
hecho cenizas al Po,  
a menos ardiente día  
que encargarse de dos soles  
no es empresa de un Faetón.

VENUS. Estos los umbrales son  
de mi casa.

CARLOS. De arreboles  
pródigo (1) es Oriente ya.

VENUS. Guarde a Vuestra Alteza el cielo.

CARLOS. Al de esos ojos recelo  
morir.

VENUS. Vuestra Alteza está  
mal de esa suerte.

CARLOS. Yo voy  
idolatrándoos así,  
que sé que no estoy en mí  
porque sé que en vos estoy.  
Dadle licencia a un papel,  
que lo que esta vez no puedo  
decir, por amor o miedo,  
el alma se cifre en él;  
vos veréis que cuenta os doy

(1) Pasaje incorrecto: faltan versos.

(2) Falta un verso a esta redondilla.

(1) En el impreso «prodigio».

estrecha de mi cuidado.  
 VENUS. Mi padre es vuestro criado  
 y yo vuestra esclava soy.

(Vase.)

CARLOS. ¡Notable valor!  
 MILÁN. Notable;  
 pero en lo más invencible  
 al amor todo es posible  
 y al poder todo es amable.

Porque para que se ataje  
 la empresa que se comienza,  
 contra rubí de vergüenza  
 hay diamante en maridaje.

Que amor en los más gigantes  
 imposibles y porfías  
 da en tierra como Golías  
 a pedradas de diamantes.

Que este título de Alteza,  
 dejando aparte el poder,  
 a la más cuerda mujer  
 da vaguidos de cabeza.

CARLOS. ¡Qué mal conoces, Milán,  
 el valor que vive allí!

MILÁN. Pinta un papel, que por ti  
 daré un billete a Roldán,  
 cuanto más a Venus, que es  
 madre de amor, como dicen,  
 cuando la cancerbericen  
 Peregrino y el Marqués.

CARLOS. ¿Qué quieres decir?

MILÁN. Que dado  
 que fuesen de sus luceros  
 los guardas y cancerberos,  
 los dos no me dan cuidado.

CARLOS. ¡Notable modo de hablar!

MILÁN. Soy culto.

CARLOS. Yo... culto y todo...

MILÁN. A cualquier cosa acomodo  
 el ingenio.

CARLOS. Es singular;  
 y en la empresa que deseo  
 el lucimiento he de ver.

MILÁN. Escribe y déjame hacer;  
 y pues del alba el Orfeo  
 se va poniendo a caballo,  
 a palacio vuelta demos;  
 que a estas horas parecemos  
 enamorados del gallo;  
 y manda, si eres servido,  
 dar, por tu mismo decoro,  
 a estos músicos en oro  
 lo que de sueño han perdido.

Que no es razón que les den  
 para murmurar materia,  
 que cantarán tu miseria  
 a cuatro voces también.

CARLOS. Dales aquesta cadena.

MILÁN. Sacarán sus eslabones  
 fuego de los corazones  
 más duros.

CARLOS. Noche serena  
 que de la esperanza mía  
 piadosamente te nombras,  
 más dichas debo a tus sombras  
 que estrellas te quita el día.

(Vanse, y salen el Marqués CÉSAR y PEREGRINO)

CÉSAR. Dentro de tu casa estás  
 y del peligro seguro,  
 que esta barbacana es muro  
 para tu vida de más.

Sosiegate, vuelve en ti,  
 que de ti pendiente estoy;  
 tu amigo y tu padre soy;  
 fía tus ansias de mí.

No me niegues la verdad;  
 reparte, prenda querida,  
 con la mitad de la vida  
 de tus ansias la mitad.

Bien sé que la causa es mucha,  
 hijo, Peregrino amigo;  
 habla, descansa conmigo.  
 ¿Qué te ha sucedido?

PEREGR. Escucha.

Fénix, hija de Pompeyo,  
 de Altarroca antiguo Conde,  
 tercera en su casa y fénix  
 en la beldad y en el nombre,  
 desde los primeros años  
 de su edad puso dos soles,  
 que por ojos le dió el cielo,  
 sino por Sur y por Norte  
 en los abrasados mios,  
 de sus rayos etíopes,  
 por vincular a sus niñas  
 eternos sus horizontes.  
 Crecimos con los deseos  
 tan amantes y conformes  
 que a Tisbe y Píramo hicimos  
 dichosas emulaciones.  
 ¡Pluguiera a Dios que primero  
 que faltara el bien de entonces  
 nos diera una muerte vida  
 no diera fama a otro estoque!  
 Porque su padre, enemigo

de nuestras inclinaciones,  
 pródigo de mis desdichas  
 y aváriento de la dote,  
 a Diána, procurando  
 casar primero, y a Cloris,  
 me niega este bien y obliga  
 con dádivas, con razones,  
 con amenazas, a Fénix  
 que en un convento malogre  
 la beldad más peregrina  
 que los siglos reconocen;  
 este amor y esta desdicha,  
 que así es justo que la nombre.  
 A su noticia llegaron  
 por secretas intenciones,  
 sin darte de nada parte  
 hasta hoy que mis ansias oyes,  
 que entonces embarazaron  
 la soledad de las noches.  
 Quiso el cielo que el convento  
 fuese en esta calle, adonde  
 fomentó la vecindad  
 cuidados despertadores.  
 No hallé remedio, y busquélo  
 en imposibles mayores,  
 que intentar al cielo asaltos  
 no es empresa de los hombres.  
 Hecho (1) Nembrot mi apetito,  
 que desde las confusiones  
 del Babel de mis deseos  
 levantó soberbias torres;  
 en esta loca conquista  
 la privación (2) ayudóme  
 que en las mujeres engendran  
 osadas resoluciones.  
 Fénix se abrazó con ellas, (3)  
 no siendo llamas menores  
 las que entonces le abrasaron  
 que las que Arabia conoce;  
 pero bastantes en Fénix  
 a facilitar temores,  
 a ejecutar desatinos,  
 a pensar intentos torpes.  
 Rompió la vergüenza el miedo,  
 la razón (4) del alma el orden,  
 sus fuerzas la honestidad,  
 la religión sus prisiones,  
 y, al fin, concertó conmigo

que esta noche, que está noche,  
 cuando al silencio se rinde  
 lo más rebelde del orbe,  
 por una escala subiese  
 a gozar lo que interrompen  
 tantos siglos de esperanzas,  
 tanta eternidad de amores.  
 Y apenas de estos umbrales  
 saqué los pasos veloces  
 que el alborozo a las plumas  
 del pensamiento se oponen,  
 cuando sentí que en el pecho  
 con dos espantosos golpes  
 a volver atrás me obligan,  
 y saco la espada entonces.  
 Salgo a la calle y no encuentro  
 enemigo que me estorbe,  
 acero que me acometa,  
 ventaja que me alborote;  
 húrto me al recelo, y pienso  
 que son imaginaciones;  
 que asegurar el temor  
 no es de seguros valores;  
 despejo la calle y miro;  
 paso y llego al lugar donde  
 hago la seña, y aguardo  
 a la escala; dan las doce,  
 y al mismo tiempo, del templo,  
 por la misma puerta, en orden  
 de entierro, arrastrando lutos,  
 veo entrar diez y seis hombres,  
 que, cubiertas las cabezas  
 con funestos capirotos,  
 con hachas amedrentaban  
 el silencio de la noche.  
 Detrás iban unas andas  
 cubiertas de luto, sobre  
 los hombros de otros seis de ellos,  
 en la tristeza conformes.  
 Apresuro el paso y llego,  
 pagando en admiraciones  
 la novedad del espanto;  
 obligando a que me informe,  
 quién es, pregunto a uno de ellos,  
 el difunto; respondiome:  
 «Peregrino, hijo de César,  
 Marqués de Santelmo». Entonces  
 discurrió un hielo en mis venas  
 y a la garganta pegóse  
 la voz; quise hacerme atrás  
 y fui una estatua de bronce.  
 Perdí la vista, y confieso

(1) En el impreso «Hize».

(2) En el manuscrito «prevención».

(3) En el impreso «se abrasó con ella».

(4) Quizá deba ser «pasión» y no «razón».

que después que tengo de hombre  
 el ser, fué la vez primera  
 que el recelo me conoce;  
 díganlo mis travesuras,  
 pues en tantas ocasiones  
 hice animosos desprecios  
 de la infamia de tu (1) nombre.  
 Cobréme, y volviendo en mí  
 no vi nada y parecióme  
 ilusión; volví a mi empresa,  
 vendiendo contradicciones  
 de la razón y del gusto,  
 y la seña apenas oye  
 Fénix, cuando con la escala  
 el asalto me propone;  
 toca al arma el apetito  
 y mido los escalones  
 al son de mis pensamientos,  
 que fueron los atambores,  
 cuando al último me embisten  
 cuatro enemigos feroces,  
 que diciendo que tenían,  
 con espantosas visiones,  
 para matarme licencia  
 del cielo, como quien coge  
 una pelota de viento  
 por él en tierra me ponen  
 del mejor nombre que el cielo  
 tiene; me socorro, y dióme (2)  
 la vida en el precipicio,  
 viniéndose tras mí el orbe  
 al parecer a pedazos;  
 y ciego y loco picóme  
 lo que pudo darme aviso  
 en delito tan inorme.  
 Yo, hecho un volcán de veneno,  
 de diabólicos furoros  
 lleno el pecho y ciega el alma,  
 a encontrar la muerte corren  
 segunda vez los deseos,  
 y segunda vez conocen  
 por los primeros ministros  
 que al cielo en vano se oponen;  
 encarnúzanse en mi alcance,  
 riño con todos y sobre  
 la cruz de la espada licieron  
 cobarde injuria los golpes.  
 Quise al infierno seguirlos,  
 que intenté satisfacciones  
 de agravios con el infierno

en empresas tan atroces;  
 siguiéronme tus pisadas,  
 venciéronme tus temores,  
 detuviéronme tus quejas  
 y alcanzáronme tus voces.  
 CÉSAR. Peregrino, Peregrino,  
 suceso ha sido; no enojas  
 al cielo que te da aviso  
 con tantas inspiraciones.  
 Ya es Fénix esposa suya,  
 deja que el cielo la goce,  
 que pocas veces consiente  
 adulterios de los hombres.  
 Busca otra mujer que quieras,  
 busca otra esposa que adores,  
 que Nápoles es abismo  
 de divinas perfecciones  
 y hallarás una hermosura  
 que te olvide (1) y te enamore.  
 No tentemos más al cielo,  
 y en tus experiencias cobren  
 escarmiento tus locuras,  
 que en tan pocos años ponen  
 a tus iguales espanto  
 y miedo a tus inferiores,  
 aborrecimiento al mundo  
 y triste vejez...

PEREGR. No broten  
 áspides, padre, tus ojos  
 por lágrimas que me lloren  
 y me maten juntamente;  
 y a tan justas reprensiones  
 con la enmienda te prometo  
 responder.

CÉSAR. El cielo logre  
 tus años largas edades;  
 a tu cuarto te recoge,  
 que te aguardan mis criados,  
 y ruego a Dios que repose  
 en la vida y en el sueño,  
 y deja que me alboroce  
 para pedir a tu hermana  
 por aquestos corredores  
 albricias de lo que intentan  
 tus nuevas resoluciones.

PEREGR. Para nuestro amparo el cielo  
 quiera que esa vida goces  
 muchos años.

CÉSAR. Dios te guarde.

(1) En los textos «su» por errata.

(2) En los textos «doime».

(1) Así en el original: quiere decir, «que te haga olvidar la otra».

(Vase, y sale FÉNIX, en hábito de hombre, y tiene así  
brazo a PEREGRINO.)

FÉNIX. Peregrino.

PEREGR. ¿Quién es?

FÉNIX. ¿Oyes?

PEREGR. ¿Qué quieres de mí?

FÉNIX. Quererte.

PEREGR. ¿Quién eres?

FÉNIX. ¿No me conoces?

Fénix soy.

PEREGR. ¡Válgame el cielo!

¿Tú en este traje?

FÉNIX. Díome

la ocasión este vestido  
para buscarte, que ponen  
para las dificultades  
espuelas las ocasiones;  
creyendo que a tu valor  
por imposible o disforme  
no hubo cosa que pudiese  
acobardar, se dispone  
a buscarte mi firmeza  
arrastrando obligaciones,  
venciendo dificultades  
y atropellando temores,  
que hallando en mi celda acaso,  
para que esta ocasión gores,  
este vestido que estaba  
para otro intento conforme  
al que nos pasa de veras,  
de una comedia, [en] que a un hombre  
sigue una mujer dejada  
loca de celos y amores.  
Y representando a costa  
de la verdad esta noche  
su firmeza, mis desdichas,  
sus agravios, mis temores,  
con el mismo traje vengo.  
¿Tú eres el valiente, el noble?  
¿A ti basta acobardarte  
todo un infierno de montes  
de dificultades lleno?  
¿Tú, que al miedo no conoces  
por el rostro, las espaldas  
vuelves a las ocasiones  
de tanto valor y gusto?  
Ingrato al fin.

PEREGR. No des voces,  
que no pienso consentir  
que ingrato, Fénix, me nombres;  
pero excusemos agora  
prolijas satisfacciones

y dime qué intentas.

FÉNIX. Yo  
ser tuya; el cielo perdone  
que no ha de volver a verme  
donde su esclava me nombre;  
que más quiero ser contigo  
de las selvas y los bosques  
ciudadana, que sin ti  
del mundo Reina en las cortes.

PEREGR. ¡Notable trance! ¿Qué haré?  
debiéndole obligaciones  
de amor, grande es el delito,  
sí; mas ellas son mayores;  
grosero soy si la dejo,  
cobarde, pues ya me ponen  
alas tan hermosas prendas  
para que el alma las goce.

FÉNIX. ¿Qué dudas?

PEREGR. Soy hombre, Fénix.

FÉNIX. Pues, ¿cuándo temen los hombres  
como tú viendo mujeres  
tan hermosas y tan nobles  
que como yo se aventuran  
por celos? Quédate y goce  
de esta ventura el primero  
villano, tosco, que tope;  
que una mujer agraviada...  
Espera.

PEREGR. FÉNIX. ¿Qué quieres?

PEREGR. Oye.

FÉNIX. Ya no hay que escucharte.

PEREGR. Fénix,

yo lo he de ser de tus soles,  
aunque le pese al infierno  
y aunque los cielos se enojen.  
FÉNIX. Yerros de amor, Peregrino,  
cuando el honor no los dore,  
la mocedad los disculpa.

PEREGR. Esto es hecho; adiós prisiones  
cobardes del albedrío;  
adiós necios pundonores;  
adiós, padre, que no pueden,  
si el cielo no te socorre,  
dejar de darte la muerte  
mis nuevas resoluciones;  
adiós, Nápoles, adiós  
herencia, sin gusto pobre,  
que voy con Fénix a ser  
potentado de los montes,  
y llueva rayos el cielo  
como su belleza goce.

(Vanse, y salen y gritan, y cantando, TIRRENA, SILVIA,  
RISELO y ERGASTO.)



MÚSICOS. «Romero verde,  
fuego malo caiga en él.  
Aquel romerico verde,  
a donde mintió mi amor,  
fuego malo caiga en él,  
que le abraze las hojas y flor.»

RISELO. Notablemente calienta  
el boquirrubio.

SILVIA. ¿Qué haremos?

RISELO. En la venta nos quedemos.

TIRRENA. Pues a la venta.

ERGASTO. A la venta.

(*Vanse, y salen HORACIO, FLORELO y TRAENIO, saltadores, con pistolas.*)

HORACIO. ¡Bravamente pica el sol!

FLORELO. ¡Ah, hideduta, borracho!  
Con qué ardiente desempacho  
da cédulas de arrebol  
como cédulas de vida.

TRAENIO. Es el valentón del cielo.

HORACIO. ¿No es éste el señor de Delo  
persona tan conocida  
de los poetas?

FLORELO. Sospecho  
que sí.

HORACIO. ¡Por Dios!, que me espanto  
que, habiendo que es señor tanto,  
título no le hayan hecho.

TRAENIO. ¡Qué pródigo de modorras  
está el vinagre!

HORACIO. No en vano  
un cura todo el verano,  
a imitación de las zorras,  
hasta que el sol se ponía  
ceñido de vino y nieve (1),  
desde que daban las nueve  
de un sótano no salía.

FLORELO. Su bolsa tomara yo,  
mas que no su medicina.

TRAENIO. Gente a la venta camina.

FLORELO. ¿Hemos de embestilles?

HORACIO. No;  
cuando mucho, comeremos  
todos juntos.

FLORELO. Sí, que infiero  
que nos aguarda el ventero  
y lo hurtado partiremos;  
que vamos horros con él,  
por ser de la cofradía.

TRAENIO. Fué con su filosofía

Gestas ladrón moscatel,  
y ha tenido caravanas  
de hombre de bien, que primero  
fué de sastre a dispensero.

HORACIO. ¡Por Dios, que hay dentro aldeanas!

TRAENIO. Y no de mal parecer.

FLORELO. A gentil tiempo llegamos,  
que por lo menos hallamos  
luquetes con qué beber.

HORACIO. ¿Perdonarán los maridos?

TRAENIO. Perdonan esos señores  
fácilmente.

HORACIO. Labradores,  
no suelen ser tan sufridos.

FLORELO. Esta vez lo han menester,  
que su jurisdicción cesa.

HORACIO. Al portal sacan la mesa.

TRAENIO. Querrán al fresco comer.  
(*Sacan la mesa los villanos.*)

SILVIA. Más adelante, Riselo.

RISELO. Silvia, buena queda ahí.

SILVIA. Tirrena, el pan.

TIRRENA. Ya está aquí,  
blanco como el sol del cielo.

SILVIA. ¿Y la fruta?

TIRRENA. Todo viene  
en este cestillo.

RISELO. Nada  
como la bota me agrada.

SILVIA. Riselo, Ergasto la tiene.

RISELO. Sentémonos, traerá  
la comida el huésped.

ERGASTO. Dices  
bien.

FLORELO. Ya sacan las perdices  
y los gazapos.

HORACIO. Acá  
estamos todos.

TIRRENA. ¡Ay, Dios!,  
salteadores son, Riselo.

(*Vanse levantando los labradores y siéntanse los saltadores.*)

HORACIO. Sosegaos, perdé el recelo,  
que con las dos, sin los dos,  
los cuatro hemos de comer.  
Riselo con la comida  
tenga cuenta, y la bebida  
Ergasto puede tener,  
porque esté con razón todo  
y no os cause nada pena;  
que por Silvia y por Tirrena

(1) En el manuscrito «bienes» por errata.

os miraremos del modo  
que por nosotros.

ERGASTO. Riselo,  
¿qué te parece?

RISELO. Que estoy  
temblando, y que somos hoy,  
Ergasto, signos del cielo.

ERGASTO. Paciencia, pues que quisimos  
ser maridos.

RISELO. Bien saldremos.

TRAENIO. A media mujer cabemos  
por barba.

SILVIA. ¿Qué es lo que oímos?

TIRRENA. De hacernos menos un dedo,  
Silvia, no tienen asomos;  
hombres son, mujeres somos;  
todo es perdelles el miedo.

SILVIA. ¡Qué conortada que estás!

TIRRENA. ¿No fuera más confusión  
dar en manos de un león?  
Afligirte es por demás.

SILVIA. Aprender quiero de ti  
a estar consolada y todo.

TIRRENA. Siempre al tiempo me acomodo.

*(Sale el VENTERO con la comida.)*

VENTERO. Ya la comida está aquí.

FLORELO. ¡Oh, huésped!

VENTERO. ¡Ah, camaradas!,  
bien venidos; ya quería  
acusar la rebeldía  
en las perdices asadas  
y en los gazapos; mas creo  
que os habéis acomodado  
mejor que lo concertado  
y que pudiera el deseo.

HORACIO. Brindis.

VENTERO. La razón haré.

*(Dentro.)*

PEREGR. ¿Hay posada, huésped?

FLORELO. Dos  
gallardos mozos, por Dios,  
ponen en la venta el pie  
y se apean de un rocín.

VENTERO. Aquí hay presa de importancia

TRAENIO. Será, huésped, la ganancia  
por la mitad vuestra.

*(Sale PEREGRINO y FÉNIX.)*

PEREGR. Al fin,  
¿no ha quedado que comer  
cosa ninguna?

VENTERO. Señor,  
lo mejor y lo peor  
que en la venta pudo haber,  
estos hidalgos lo están  
gastando, porque vinieron  
primero que vos.

PEREGR. No fueron  
necios.

VENTERO. Hasta el vino y pan  
me ha faltado; en lo que toca  
a regalar el rocín,  
cebada y paja hay sin fin.

PEREGR. No es de importancia tan poca  
que no es lo que más deseo;  
que lo que toca a los dos,  
estos señores, por vos,  
que nos harán merced creo;  
y la mesa me parece  
que sufre las ancas bien;  
que yo escotaré también.

FLORELO. Cualquiera cosa merece  
el despejo.

PEREGR. Hagan lugar  
a mi camarada aquí;  
venga de ese pan.

HORACIO. No vi  
tal llegarse a convidar.

PEREGR. ¿Dónde está el vino?

ERGASTO. Aquí está.

PEREGR. Venga, y brindis al que tenga  
más gana de beber.

FÉNIX. Venga,  
que a mí me ha brindado.

TRAENIO. Ya,  
señores hidalgos, es  
más de marca el desenfado.

PEREGR. Déjeme asir un bocado  
de este gazapo, y después  
cuanto quisiere hablará,  
que me ha picado, por Dios,  
el salmorejo.

TIRRENA. Los dos  
se han amostazado ya.

PEREGR. Come, Fenicio.

FÉNIX. Ya como  
como un sabañón.

TIRRENA. No he visto,  
Silvia, más valor.

PEREGR. ¡Por Cristo,  
que está como un agua el lomo!  
¿No se beberá otra vez?

FÉNIX. Que se beba enhorabuena.

TIRRENA. ¿Silvia?

SILVIA. ¿Qué quieres, Tirrena?

TIRRENA. Que en la bizarra altivez,  
al parecer estos son  
caballeros.

PEREGR. ¡Cómo tarda  
el vino, cuando se aguarda  
con sed!

FÉNIX. Yo hago la razón.

TRAENIO. Hidalgos, en esta mesa  
suelen con más cortesía  
llegar a comer.

PEREGR. Desvía,  
que es famosa aquella presa.

FLORELO. No ha de ser pinta esta vez;  
que me parece que han hecho  
muchas suertes, y sospecho  
que huele ya a cuitadez  
sufrir tanto esparcimiento.

PEREGR. Pues la vez que yo me esparzo,  
no da tan furioso marzo  
la vuelta con agua y viento.

HORACIO. Es muy mozo vuesarcé.

PEREGR. Desde niño soy un diablo,  
y haré bueno lo que hablo  
con esta espada.

TRAENIO. No sé  
si en esta ocasión, señor,  
con el infierno ha encontrado  
o con el diablo.

FÉNIX. Habrá hallado  
donde probar su valor.

TRAENIO. ¿Quién le mete en eso a él,  
señor huevo de avestruz?

FÉNIX. Yo, que les haré la buz-  
corona.

FLORELO. Capón cruel.

FÉNIX. No nos vamos dando motes  
y excusemos de mohinas;  
que tengo para gallinas  
en el corazón bigotes

y echaré, si me da gana,  
aunque el mundo dentro esté,  
sólo con un puntapié  
la venta por la ventana.

PEREGR. Paso, Fenicio, que estamos  
solos, y aquestos señores  
nos han hecho mil favores  
y es razón que los sirvamos;  
que me parece muy bien  
que son de la profesión.  
Vaya por conversación

lo que ha pasado.

FÉNIX. Está bien;  
que el humo de la mostaza  
ya estaba en la chimenea  
de las narices.

FLORELO. No crea  
que acá se temen feriones  
tan desbarbados, que ya  
pudiera ser...

PEREGR. Bien está;  
que todos somos ladrones.

HORACIO. Nosotros no acostumbramos (1)  
dejarnos estafar de otros,  
que a los otros estafamos;  
y así, usardes serán  
servidos de que se escote  
lo que han comido.

PEREGR. ¡Que al trote  
vuarcades en todo van!  
Muy apriesa viven.

TRAENIO. Ea,  
que son muy necios los dos.

PEREGR. De espacio, ¡cuerpo de Dios!,  
que servilles se desea.

TRAENIO. No nos tienen de quebrar  
las cabezas.

PEREGR. ¿Por qué no?,  
si de esta manera yo  
suelo a gallinas pagar.  
De ladrones no recelo  
un mundo, aunque venga a solas,  
que para mí las pistolas  
son guindas.

TRAENIO. ¡Rayo es del cielo!

FÉNIX. ¡Dales, que a tu lado voy!

TIRRENA. El monte es de San Pablo.

FLORELO. ¿Quién eres, hombre?, ¿eres diablo?

PEREGR. *el Niño Diablo soy.*

(*Entranse tras ellos y quedan solas TIRRENA y SILVIA*)

TIRRENA. Toda la venta parece,  
Silvia, que se viene abajo.

SILVIA. El lo ha tomado a destajo.

TIRRENA. La canalla lo merece;  
allá van tras el ventero  
Riselo y Ergasto.

SILVIA. ¡Ay, Dios!,  
¿qué harán los dos, sin las dos?

TIRRENA. No era malo lo primero.

SILVIA. La puerta falsa han cerrado  
de la venta.

(1) Falta un verso a esta redondilla.

TIRRENA. Aquí nos hace,  
sin el *requiescant in pace*,  
tortilla.

SILVIA. No hay desatado  
demonio como el menor  
de los dos, que al parecer,  
pienso, si no es su mujer,  
que debe tenella amor;  
y síguele en este traje,  
que suceden cada día  
de estas cosas.

(Salen los dos, cargado PEREGRINO de espadas y pistolas,  
echándoselas a los pies a FÉNIX.)

PEREGR. Fénix mía:  
todo este despojo baje  
a tus pies, para trofeo;  
aunque no será el mayor  
que piensa darte mi amor  
por alma de su deseo.

FÉNIX. Cualquier fineza merece  
el mío.

TIRRENA. Señor diablo,  
niño, o quien es, yo le hablo  
de paz, si es que le parece  
a su merced, déjenos  
ir de paz a nuesa aldea,  
que aquí nadie le desea  
ningún agravio.

PEREGR. Las dos,  
¿sois de los dos labradores  
mujeres?

TIRRENA. En haz, y en paz  
de la iglesia, que en agraz  
cogieron nuestros amores.

PEREGR. Alzad del suelo.

SILVIA. Dios guarde  
a su reverencia, amén,  
que es diablo hombre de bien.

PEREGR. Gente sencilla y cobarde.

(Dentro.)

RISELO. ¿Silvia?

(Dentro.)

ERGASTO. ¿Tirrena?

(Dentro.)

VENTERO. No espero  
salir de donde me esconde  
vivo su furor.

TIRRENA. ¿Adónde  
estás?

(Dentro.)

RISELO. En el gallinero.

PEREGR. Lugar es de las gallinas (1).

SILVIA. Señor demonio, no muera  
quien no lo debe.

(Entra PEREGRINO y saca de la mano al VENTERO, y el  
VENTERO a RISELO, y RISELO a ERGASTO, llenos de plu-  
mas, tierra y harina.)

TIRRENA. Sardinas  
parecen, Silvia, los tres  
que los echan a freír.

RISELO. Señor, déjanos morir  
con confesión a tus pies.

PEREGR. ¿Cuál es el ventero? Yo,

VENTERO. que me engañó Bercebú.  
PEREGR. ¿También eres ladrón tú?  
¿Cómo no te recogió  
el pajar que fué sagrado  
de los demás de tu oficio?

VENTERO. Porque soy ladrón novicio,  
que a profesar no he llegado.

PEREGR. Galante eres.

VENTERO. ¿Qué he de hacer  
viendo que tienes razón?

PEREGR. Por ti merecen perdón  
los demás; hoy quiero ser  
piadoso, díles que bajen.

(Arriba los salteadores.)

HORACIO. Con esa palabra remos  
a besar tus pies.

PEREGR. Extremos  
de cumplimientos atajen  
y bajen, que ya la doy.  
Partid con esas mujeres  
vosotros.

ERGASTO. De todos eres  
amparo.

PEREGR. Yo soy quien soy.  
No gastéis palabras más,  
andad.

RISELO. Dete vida el cielo.

TIRRENA. Vamos, Ergasto y Riselo,  
que es el mismo Barrabás.

(Vanse, y salen los salteadores.)

TRAENIO. Ya nos tienes a tus pies.

PEREGR. Alzad del suelo, y tomad  
vuestras armas.

FLORELO. Tu piedad  
hija de tu brazo es.

(1) Falta un verso a esta redondilla.

PEREGR. Esta ha de ser la postrera  
que pienso usar en mi vida;  
mas la ocasión me convida  
que con vosotros espera  
hoy una empresa que intento,  
que de Nápoles me ausenta,  
como os daré después cuenta.

HORACIO. De tu valiente ardimiento  
seguiremos las pisadas  
al infierno.

PEREGR. Pues, amigos,  
ya de mi valor testigos  
han sido vuestras espadas;  
a mí me importa vivir  
en los montes, y querría  
hallar igual compañía  
que me pudiese seguir.

Y pues os falta cabeza,  
vuestro capitán seré;  
y que lo merezco sé,  
por valor y por nobleza.

Pero advertid que ha de ser  
en todos la de este día  
la postrera cobardía  
que jamás habéis de hacer,  
aunque con copioso alarde  
el Rey o el infierno venga  
contra mí.

TRAENIO. No habrá quien tenga  
contigo pecho cobarde.

PEREGR. De esa palabra confío  
y daros mis brazos quiero.

VENTERO. ¿Y ha de quedarse el ventero?

PEREGR. Si promete tener brío,  
no por cierto.

VENTERO. Pues yo soy  
también de los abrazados.

PEREGR. Con tan valientes soldados  
contento en el monte estoy  
y quiero que me llaméis,  
para espanto y confusión,  
el nombre que esta ocasión  
me ha dado, y el que veréis  
que por mis obras granjeo,  
y el que mi fuerza gana,  
que de beber sangre humana  
tengo entrañable deseo.

TRAENIO. ¡Tiemble todo el horizonte  
con el nombre que desea  
tu valor!

PEREGR. Amigos, ea;  
al monte.

FÉNIX. Vamos al monte.  
PEREGR. Vamos, Fénix, que por ti  
fama eterna a ganar voy:  
*el Niño Diablo soy,*  
guárdese el mundo de mí.

(*Vanse.*)

## JORNADA II

(*Salen CARLOS y MILÁN, criado.*)

CARLOS. No hay diamante por labrar  
tan duro, mármol tan rífo;  
Príncipe pensé ser mío  
y reino llego a mandar,  
y pudiéndola obligar  
la majestad y el poder,  
nada la basta a vencer,  
mezclando en ella el recato  
con lo divino lo ingrato  
por Venus y por mujer.

MILÁN. Yo vengo, señor, sin mí,  
de tu desdén aturdido  
y más que todo corrido  
de lo que te prometí;  
porque, señor, yo entendía  
que escuchara mis consejos,  
y ha puesto el alma más lejos  
después, que como era ley  
podría del sol del Rey  
cegarla tantos reflejos.

CARLOS. Rey soy, y quisiera ser  
su igual para merecilla;  
porque el valor que hay en ella  
Reina la pudiera hacer;  
que sólo viene a tener  
por falta ser mi vasalla,  
¡mal haya el que a un Rey que calla  
de estos impulsos la guerra!  
el no casarse en su tierra  
por razón de Estado halla.

¡Ay, Milán, que llego a estar  
de mí tan arrebatado!  
que por sobrarne el cuidado  
a mí me vengo a faltar!  
¿Sabes que vengo a pensar  
que divierte a esta mujer  
otro amor?

MILÁN. Bien puede ser,  
aunque no hay mujer tan vil  
que no corresponda a mil  
si empieza a corresponder.

Porque en ellas, con perdón,  
suele ser el comenzar  
como el comer y el rascar,  
que bailan al mismo son;  
Venus, para confusión  
de todas, al parecer,  
quiso entre todas nacer  
porque a un mismo tiempo asombre  
una fe eterna en un hombre  
y un imposible en mujer.

(Sale CELIO.)

CELIO. César el Marqués, señor,  
de Santelmo, con la estrella  
de tu Venus, que, más bella,  
vence a esotra en resplandor,  
haciendo al viento favor,  
te pide audiencia.

CARLOS. ¿Qué dices,  
Celio?

CELIO. No te escandalices,  
que te digo la verdad.

CARLOS. Celio, de la voluntad  
son ilusiones felices.

Parece que la ha traído  
mi propia imaginación.

CELIO. Milagros del amor son.

CARLOS. Más los temo del olvido.  
¿Qué puede haberle movido  
al Marqués para venir  
con Venus?

CELIO. ¿Qué he de decir?

CARLOS. Que entre Venus y el Marqués.

MILÁN. Estas enigmas que ves  
bien sé en lo que han de parar (1).

CARLOS. ¿Qué, Milán?

MILÁN. Resoluciones  
del padre y de Venus.

CARLOS. Mal  
conoces aquel cristal  
de roca en unas prisiones  
con tantas obligaciones  
veré un alma de diamante.

CELIO. Ya a Venus tienes delante.

CARLOS. ¡Ay, cielo, verásme arder  
y temblar!

CELIO. No vi a mujer  
mayor respeto en amante.

(Salen el Marqués CÉSAR, y VENUS, con manto.)

(1) «Parar» no rima con «decir». Quizá deba leerse:  
«bien sé en qué han de concluir».

CÉSAR. Denos Vuestra Majestad  
a mí y a Venus los pies.

CARLOS. Los brazos tengo, Marqués,  
para los dos; levanta.  
¡Qué soberana beldad!  
¡Qué hermosa soberanía!  
¡Qué honestidad, qué porfía!  
¡Qué decoro, qué sosiego!  
¡Qué nieve, que sabe a fuego!  
¡Qué fuego, que es nieve fría!

CÉSAR. A notable novedad  
tendréis, señor, que yo venga  
sin mí, a vuestras orejas,  
ya que a Peregrino el cielo (1)  
de mi vista y de su hacienda  
desaparecerle quiso  
o se lo tragó la tierra.  
Viendo que de su desdicha  
no tengo ningunas nuevas  
y que es lo más cierto estar  
muerto a manos de una fiera,  
vengo con Venus, señor,  
para que interceder pueda  
con vos en lo que os propongo,  
porque sabe la presencia  
de una mujer obligar  
a que respeto la tengan,  
a vencer dificultades  
y a facilitar empresas.

CARLOS. Y más Venus, a quien yo,  
Marqués, por las excelencias  
de tantas partes, la tengo  
inclinación.

VENUS. La grandeza  
vuestra, señor, favorece  
en mí el valor y las prendas  
de mi padre...

CARLOS. Vos sabéis  
el alma de mis finezas  
mejor que yo, porque sois  
generoso dueño, y Reina  
del alma de un Rey.

VENUS. Mi padre,  
señor, que bien os desea,  
aguarda que le escuchéis  
para proseguir su audiencia.

CARLOS. Proseguid, Marqués.

CÉSAR. Señor,  
todas las cosas supuestas  
que os he dicho, y las que lloro,  
por lamentable tragedia,

(1) En el manuscrito faltan estas dos palabras.

en el mayorazgo mío  
 hay una cláusula expresa  
 que llamando a los varones  
 excluye a todas las hembras;  
 de manera que, faltando  
 varón en mi casa, pueda  
 heredar el más antiguo  
 criado que hubiere en ella  
 primero que las hermanas,  
 ni las hijas ni las nietas;  
 inhumana ley, teniendo  
 la mujer mi sangre misma.  
 Esta piedad y esta falta  
 a vuestros pies me presenta,  
 como a padre, a importunaros  
 que, como Rey que dispensa  
 por Príncipe soberano  
 en las leyes, que la fuerza  
 de esta cláusula derogue  
 vuestra piedad y grandeza.

CARLOS. Marqués, vuestra pretensión  
 es tan justa, que quisiera  
 por Venus y por los muchos  
 servicios y prendas vuestras  
 que tocara en lo imposible;  
 que, puesto que esto debiera  
 remitillo a mi Consejo,  
 bien que en mi amor aprovechan  
 tan pocos, como señor  
 soberano, con la fuerza  
 de mi poder absoluto,  
 esta cláusula indiscreta  
 derogo y anulo y hago  
 a Venus sola heredera  
 del Estado de Santelmo.  
 Yo quiero desde hoy se entienda  
 que lo han de heredar mujeres,  
 pues a Nápoles heredan.

CÉSAR. Guárdete el cielo los años  
 que tú mismo te desear  
 en Nápoles.

CARLOS. Guárdeos Dios,  
 Marqués de Santelmo, César,  
 y para mi muerte guarde  
 a la que engendrastes.

(*A parte.*)

CÉSAR. Ilega,  
 hija Venus, y la mano  
 por este favor, por esta  
 merced que a todos nos hace,  
 a Su Majestad le besa.

VENUS. Su Majestad me dé

su mano a besar y tenga  
 la vida que sus vasallos  
 hemos menester.

CARLOS. ¡Quién fuera  
 tan dichoso que trocar  
 con vuestra rara belleza  
 pudiera el Estado mío,  
 porque siendo vos mi Reina,  
 como del alma lo sois,  
 en esta nieve pusiera  
 de vuestra mano la boca!  
 ¡Mal haya, amén, la grandeza  
 de la Majestad del Rey  
 que las hermosas estrellas  
 de vuestra deidad me impide,  
 que no idolatre por tierra!

VENUS. Mi padre puede escucharos,  
 y no es justo que finezas  
 vuestras me desacrediten  
 sin provecho.

CARLOS. Alzad, Marquesa  
 de Santelmo; levanta,  
 Duquesa de Amalfi.

CÉSAR. Apenas  
 satisfacer con las vidas  
 os pueden las almas nuestras  
 tantas mercedes, señor,  
 con ser las almas eternas.

CARLOS. Todas las debo, Marqués,  
 a vuestros servicios.

MILÁN. Deja,  
 si te precias de Alejandro,  
 para Milán una aldea;  
 que, ¡vive Dios!, que recelo  
 que está la Apulla en tabletas,  
 la Bruza (1) y las dos Calabrias  
 si vuelve a poner en tierra  
 las rodillas de marfil  
 mi señora la Duquesa.

CARLOS. ¿Marqués?

CÉSAR. Señor.

CARLOS. No tratéis,  
 hasta que avisaros vuelva,  
 de dar a Venus marido;  
 que quiero que Adonis sea  
 y de mi mano elegido.

CÉSAR. ¿Más determináis que os deban  
 nuestras vidas?

CARLOS. Yo me encargo  
 de buscar quien la merezca.

CÉSAR. Agradézcaos el silencio,

(1) Los Abruzzos.

que es del sentimiento lengua,  
la merced que nos hacéis.

(Sale CELIO con un pliego.)

CELIO. A toda la diligencia  
posible viene un correo  
despachado de la fuerza,  
del Turpia, que en la Calabria  
es de Sicilia frontera,  
con este pliego.

CARLOS. Sin duda  
han llegado las galeras  
de Asia a molestar sus costas  
y piden socorro.

CELIO. Ve a  
Vuestra Majestad la carta.

CARLOS. Abre, Milán, y las nuevas  
que viene en ella sepamos.

MILÁN. Oye lo que escribe en ella.

(Lee.)

«No puedo dejar de dar a Vuestra Majestad cuenta de un hombre que anda en esta provincia de Calabria, cabeza de mil y seis cientos bandoleros, a quien llaman *el Niño Diablo*, cuyos hechos se parecen al nombre; de manera que no hay insulto, atrocidad ni delito que no ejecute; y el mayor de todos, en ofensa de Vuestra Majestad y de sus vasallos, ha sido el haberse jurado por Rey de la Campaña, saqueando los lugares y desmantelando algunas fortalezas, y crece de suerte en el desacato y en los vecinos a su crueldad el miedo, que si Vuestra Majestad no lo remedia con tiempo puede ser que no le tenga cuando sea menester. Guarde Dios a Vuestra Majestad.—De Turpia el Gobernador y Capitán.»

CÉSAR. ¡Portentoso atrevimiento!

CARLOS. Hoy en tanto amor me enseña  
la ocasión un peregrino  
camino para que pueda  
sin estorbo conquistar  
a Venus, que ha de ser fuerza  
de confesarse obligada.  
¿Marqués?

CÉSAR. Señor.

CARLOS. Esta empresa  
de vuestra persona toca  
al valor y la experiencia;

y pues en la dilación  
consiste el peligro de esta  
jornada, quiero, Marqués,  
que con la gente de guerra  
que hay en Nápoles, que son  
tres mil infantes, la vuelta  
toméis de Calabria luego,  
porque como a padre os deba  
de nuevo el reinar.

CÉSAR. Señor,  
Vuestra Majestad alienta  
mi vejez con el honor  
que es razón que le merezca.

CARLOS. Estimaré este servicio  
más que todos.

CÉSAR. Cuando fuera  
cabeza de estos ladrones  
que con tanta desvergüenza  
la provincia os alborotan  
Peregrino, el Marqués César  
os da palabra, señor,  
de volver con su cabeza,  
aunque esté en defensa suya  
el mundo.

CARLOS. Marqués, de vuestras  
hazañas Nápoles vive  
y la fama satisfecha.  
Brevedad pide el castigo,  
vuestras armas resplandezcan  
y a competencia del sol  
vuelva el sol a verse en ellas.  
Empuñá el bastón, la espada  
de la ociosa vaina vuelva  
a dar reflejos al día  
y a las historias materia;  
y publicando en Calabria  
a sangre y fuego la guerra,  
César, os tenga por Marte  
y Marte os tenga por César,  
que yo haré tener, Marqués,  
cuidado con la Duquesa,  
que en cuanto el valor no puede  
el vuestro sentir la ausencia.

VENUS. Mejor en esta jornada  
sirviendo a mi padre fuera,  
si me dais licencia.

CARLOS. Venus,  
aunque a la valiente diestra  
de este Marte fuerais Palas,  
no admite mujer la empresa.  
Haced esto, y lo contrario  
de ninguna suerte sea,



que es lo que importa.

CÉSAR. Señor,  
muy justo es que os obedezca,  
y estas son finezas de hija.

CARLOS. Pluguiera al cielo no fueran  
desengaños para mí; (*A parte.*)  
pero saldré en esta ausencia  
vencedor o sin la vida.  
Marqués, procurad que sea  
luego la partida.

CÉSAR. El sol  
verá al viento tus banderas  
fuera de Nápoles hoy.

CARLOS. Partid. Guárdeos Dios, Duquesa.

(*Entrense unos por una parte, otros por otra, y tocan al arma, y por dos bajadas de monte bajan PEREGRINO, con malia, tahalí con pistolas y bastón, y por la otra FÉNIX, vestida de pieles de tigre, calzón y capotillo, y pistolas, un bonete redondo de lo mismo y plumas, y los que pudieren saltadores.*)

PEREGR. Haced alto, que, ¡por vida  
de Fénix, fénix del suelo,  
que aunque se me oponga el cielo  
y aunque el infierno lo impida  
que la he de hacer de las dos  
Sicilias dueña y que el mar  
por Reina la ha de besar  
los pies que beso!

FÉNIX. Con vos,  
generoso capitán,  
mayores glorias veré,  
pues con menos valor fué  
Rey del Asia el Taborlán.

Y el brío heroico y profundo,  
según va, no ha de poder  
dentro del mundo caber  
cuando haya ganado el mundo.

PEREGR. Ningún imposible veo,  
Fénix, para que a tus pies  
sirva de solio después  
que con tus ojos peleo;  
porque cuando mis enojos  
le dan al cielo recelo,  
contra los rayos del cielo  
guardo, Fénix, yo tus ojos;  
que entonces tus luces bellas,  
a pesar de su arrebol,  
ceniza han de hacer del sol  
y átomos de las estrellas.

De estos lugares agora  
que amenazando bajamos,  
como de estos verdes ramos

y grama, has de ser señora;  
y porque de este interés  
se vayan certificando,  
¡hola!, publica ese bando  
y toca a marchar después.

BANDO.

«*El Niño Diablo*, por la gracia de  
Fénix y de sus brazos, Rey de la  
campana, azote de los poblados, rayo  
de los caminos, prodigio de los mon-  
tes y espada del infierno. A todas las  
personas, de qualquier estado y ca-  
lidad que fueren, que se quisieren  
valer de su valor hace saber, que lo  
recibirá en su amparo, perdonándo-  
les cualesquiera delitos que hayan  
hecho, por atroces que sean, hacién-  
doles mercedes con honras y acre-  
centamientos, y juntamente a las  
ciudades, villas y lugares que sin  
resistencia se le rindieren siguiendo  
su voz; perdonará las haciendas y  
las vidas, honrándolos con preemi-  
nencias y privilegios; y al contrario,  
quemando las heredades y sembra-  
dos, pasará a fuego y sangre sus mo-  
radores. Mándase pregonar porque  
venga a noticia de todos.»

FÉNIX. Ya de esta primera aldea  
parece que los vecinos  
se han puesto en arma.

PEREGR. Destinos  
son de quien morir desea.

Por vida de tu hermosura,  
que es sólo el cielo que adoro,  
que sin que guarde decoro  
a templo, a humana criatura  
ni a doméstico animal  
de cuantos el sitio encierra,  
que he de poner con la tierra  
su vil edificio igual;

siendo el castigo tan grave,  
que apenas se escape pidra  
a quien se arrime una hiedra  
ni adonde se asiente un ave.

FÉNIX. De su resistencia loca  
bien merece la osadía  
ese rigor.

PEREGR. Fénix mía,  
fuego arrojo.

FÉNIX. Al arma toca.

(*Tocan, y suena otra caja de lejos.*)

PEREGR. Escuchad, parad, haced  
otra vez alto. ¿Qué cajas  
son éstas que al parecer,  
si el parecer no me engaña,  
suenan detrás de estos montes,  
tan lejos que apenas pasan  
de estos peñascos las frentes  
sus respuestas mal formadas?

FÉNIX. Los ecos deben de ser  
de las nuestras, que estas altas  
sordas peñas las repiten,  
como suelen las palabras.

*(Tocan cajas a lo lejos.)*

PEREGR. Estos no pueden ser ecos,  
cajas son, Fénix, que marchan  
y se acercan poco a poco.

FÉNIX. Bien dices; pero, ¿quién basta,  
si es el mundo contra ti?  
¿Qué recelo sobresalta  
tu valor?

PEREGR. ¿Yo, Fénix mía,  
recelo? Si en sus escuadras  
se desatara el infierno,  
fuera de poca importancia  
para darme a mí recelo;  
vuelve a marchar.

FÉNIX. Marcha.

PEREGR. Marcha.

FÉNIX. Más cerca las cajas suenan.

*(Sale HORACIO)*

PEREGR. ¿Qué hay, amigo?

HORACIO. Si estas cajas  
que los ecos solicitan  
de este monte las espaldas  
no te han dado aviso, advierte  
que desde las atalayas,  
desde peñascos que al cielo  
los soberbios hombros alzan,  
treinta banderas y más  
se han descubierto que marchan  
a intentar la guerra al cielo  
o contra aquesta montaña.  
Tres mil hombres trae que dice  
que son todos, y que trata  
Carlos a sangre y a fuego  
sosegar las dos Calabrias,  
y que...

PEREGR. Prosigue, no dejes  
comenzadas las palabras,  
que soy rayo que entraré  
a sacártelas del alma.

HORACIO. Dicen que de tu cabeza  
han pregonado la talla  
en dos mil escudos.

PEREGR. ¡Vive  
la belleza soberana  
de Fénix, que me he corrido  
de que mi cabeza valga  
tan bajo precio sabiendo  
que os es de tanta importancia!  
Carlos quiere reinar poco.  
¡Hola, Horacio! Haz que dos cajas  
de las mías a la vista  
de ese escuadroncillo salgan  
y en mil escudos pregonen  
talla del Rey, que baja  
mil escudos de la mía;  
aunque intento ejecutalla  
yo por mi persona propia,  
que de Rey de la Campaña  
de Nápoles lo he de ser,  
y del mundo, si esta espada  
guía este brazo y de Fénix  
los dos soles me acompañan.  
Volvamos atrás, y haciendo  
la retaguardia vanguardia,  
en la entrada de ese monte  
presentemos la batalla  
a las banderas del Rey,  
que mil de nosotros bastan  
contra los tres mil y contra  
las arrogante escuadras  
del ejército de Jerjes,  
si no es que les acobarda  
ver primero que me vean  
que pocos robles se escapan  
sin la tragedia de un hombre,  
porque después que la planta  
puse en ella lleva siempre  
esta fruta esta montaña.

FÉNIX. A tu lado, Peregrino,  
llevas el Angel de Guarda  
de mi amor y de mis celos,  
de este brazo y de esta espada.

PEREGR. ¿Qué más armas que tus ojos?  
Que las almas de las armas  
abrasan y rinden, Fénix,  
toca a rayos que se abajan,  
rayos de tus ojos bellos.  
Troya será la Campaña.

FÉNIX. A las cajas enemigas  
con más furor y arrogancia  
respondan las nuestras.

PEREGR. Ea,  
amigos, soldados, salgan  
vuestros valerosos pechos  
a darme en esta batalla  
de Nápoles la corona,  
que *el Niño Diablo* baja  
con más, brío y el infierno  
va en mis brazos.

FÉNIX. Toca el arma.  
(*Vanse, y sale CARLOS, vestido de campo, y CELIO*)

CARLOS. A esto me obliga el amor,  
Celio, no me des consejos,  
que está la razón muy lejos  
y está muy cerca el furor;  
que no han podido razones  
con sus órdenes crueles,  
lágrimas, ruegos, papeles,  
finezas y obligaciones.  
Pueda el rigor, que no es ley  
justa, sino inhumanos  
pensamientos, que a las manos  
de una mujer muera un Rey.

CELIO. ¿Al campo has desafiado  
tu amor?

CARLOS. Celio, he pretendido  
que salga con el sentido  
a campaña mi cuidado.  
Porque en Nápoles no quiero  
a Venus dar ocasión  
para cobrar opinión  
con el vulgo novelero.

De tirano sea el intento  
que procuro ejecutar,  
allá búscale lugar.

CELIO. ¿De qué suerte?

CARLOS. Estame atento.

Yo he procurado buscar  
quien la firma contrahiciese  
del Marqués César.

CELIO. No es ese  
genio imposible de hallar  
en la Corte.

CARLOS. Al fin le hallé,  
y con la firma escribí  
una carta en que fingí  
(oye de mi ardiente te  
la notable sutileza)  
que a Venus daba el Marqués  
cuenta de un mal que después  
que salió con la presteza  
que yo le mandé, le dió  
en el camino, de suerte

que muy cercano a la muerte  
quedaba tanto, que no  
pudo escribir de su mano  
la carta, y que si quería  
verle con vida algún día,  
antes que al brazo inhumano  
de la muerte se rindiese,  
que por la tierra o el mar  
que le saliese a buscar  
lo más presto que pudiese,  
porque primero que el plazo  
se cumpliese de su vida,  
como prenda tan querida  
pudiera darla un abrazo.

En este pliego también  
fingí un correo, que afirma  
con la carta, y con la firma  
de mi mal estado el bien;  
y ofrecióse a dar la vuelta  
para servirla de guía;  
y Venus, el mismo día  
a ver al padre resuelta,  
vertiendo perlas, con pocos  
criados haciendo esfera,  
aunque estrecha, una litera  
de aquel sol, en quien mis locos  
enamorados deseos  
indios idólatras son,  
parte a verle, y la ocasión  
gozando de mis empleos,

Celio, contigo no más  
de esta suerte me adelanto.

CELIO. Nada en amor causa espanto.

CARLOS. Deberé a este sitio más  
que al accidente a la estrella,  
Celio, sin retroceder,  
que me pudieran hacer  
Rey de Nápoles la bella.

Que la misma amenidad  
de este prado y de aquel río  
y este monte, que es sombrío,  
al valle da majestad,  
adonde escribe sin pluma,  
con cristalinos errores,  
caracteres en las flores,  
veloz (1) serpiente de espuma,  
porque de hoy al alba bella  
den a decir sin cesar  
que Venus las ha de honrar  
y que me muerdo por ella.

(*Sale MILÁN, como correo, con bolas y espuelas*)

(1) En los textos «velos» por errata.

MILÁN. ¡Albricias, señor!

CARLOS. Milán,  
¿qué tenemos?

MILÁN. Si me ves  
hecho Mercurio francés  
y postillón alemán  
y con más transformaciones  
que un juego de pasa, pasa;  
¿qué preguntas?

CARLOS. Ya se abrasa,  
entre tantas confusiones  
el pecho.

MILÁN. Llego a inferir  
que no me podrás creer.

CARLOS. ¿Qué hay?

MILÁN. Milán puede ser  
y Milán puede decir  
y de esta vez, es Milán  
quien más cierto, y más galán  
puede Carlos competir  
con Cicerón de alcahuete  
y con Suetonio Tranquilo  
por el más notable estilo  
que la industria se promete;  
por quien dándola a entender  
que era del Marqués correo,  
con este traje deseo  
su temor satisfacer,  
diciéndola que venía  
algo menos indispuerto  
de lo que ha estado, y que presto  
a este sitio llegaría,

donde le manda aguardar,  
porque el sol ardiente entraba,  
que con su vista, pensaba  
convalecer y sanar.

Este diamante me dió  
en albricias, y pidiendo  
licencia, vuelvo diciendo  
que su padre me mandó  
que le volviese a avisar  
donde quedaba, volando  
con las postas y dejando  
a los vientos que envidiar;

con lo cual, pues sin indicio  
de otra cosa, en su litera  
viene como una cordera,  
en efeto, al sacrificio;

donde, sin que baste nada  
a estorbarlo, no podrá  
Lucrecia librarse ya  
de silvestre tarquinada.

CARLOS. Ven acá, Milán, ¿no viene  
muy hermosa?

MILÁN. No ha nacido  
el sol de rayos vestido  
en una fiesta solemne  
de arrebol y de zafir,  
tan hermoso, ¡vive Dios!,  
porque un sol contra otros dos,  
¿cómo puede competir?

A sus dos albas el Sur  
perlas pide por favores.

CARLOS. ¿Qué han dicho de ella las flores?

MILÁN. Pregúntaselo a un tahir,  
que son los que saben más  
que el céfiro más sutil  
en el lenguaje de abril.

CARLOS. Siempre de burlas estás.

(Dentro.)

VOZ. Tened, no paséis de ante,  
que quiere apearse aquí  
la Duquesa.

CARLOS. Estoy sin mí.

MILÁN. Eres verdadero amante,  
porque te has descolorido  
del alboroto, ¡por Dios!

CARLOS. ¡Ay, Milán, que aquellos dos  
soles me han escurecido,  
me han muerto de amores!

MILÁN. Creo,

según estás desmayado,  
que tú has de ser el forzado.

CARLOS. Del remo de mi deseo.

MILÁN. ¡Bravo conceto moral!  
Deja esas filaterías,  
y si tan grandes porfías  
no quieres echar a mal,  
entre estos olmos amantes  
de estas vides, esconderte  
puedes con ella, de suerte  
que, como dicen, no espantes  
la caza, entre tanto que  
despojo el sitio de todo  
fiel escudero, de modo  
que de tu amorosa fe  
puedas el fruto gozar.

CARLOS. Dices bien, vente conmigo,  
Celio.

CELIO. Vamos.

CARLOS. ¡Ay, amigo,  
que a Nápoles he de dar  
hoy de albricias de mi bien  
que es mucha menos me fundo

vitoria perder el mundo,  
que aquel hermoso desdén.

MILÁN. Ya llega.

CARLOS. Milán, adiós,  
y en tus manos me encomiendo.

(*Vanse, y sale VENUS, de camino, bizarra, y LISANDRO saque una alfombra en que se recueste.*)

VENUS. Quedarme sola pretendo:  
haced, Lisandro, que dos  
pajes de guarda se queden  
por lo que se ofrezca, ahí.

LISANDR. Harélo, señora, así.

(*Vase.*)

VENUS. Los demás reposar pueden  
y descansar, entre tanto  
que al cristal de este arroyuelo  
pongo al daño que recelo  
silencio, y treguas al llanto.

MILÁN. Postillón, tened paciencia,  
que todos somos cristianos,  
no se alborote, y sus manos  
me vuelva a dar vuecelenía.

VENUS. Pues, amigo, ¿qué tenemos  
de mi padre?

MILÁN. Que le has dado  
la vida en haberte hurtado  
a los cobardes extremos  
de mujer, saliendo al paso  
a enconralle de esta suerte,  
y llega tan presto a verte  
que parece que es acaso  
haberte encontrado aquí.  
Yo voy a hacer pasar (1)  
las postas, que han de pasar  
a Nápoles.

(*Vase, y sale CARLOS.*)

VENUS. ¡Ay, de mí!

CARLOS. No os alborotéis, Duquesa.

VENUS. Señor, ¿vuestra Majestad  
aquí con tal soledad?

CARLOS. No es para menos la empresa.

VENUS. ¿Qué empresa?

CARLOS. Vuestro desdén.

VENUS. Al valor con que nació  
una mujer como yo  
no es razón llamar desdén;  
porque aunque conmigo estoy  
segura en cualquier lugar,

no me puedo asegurar  
del escándalo que doy.

CARLOS. Venus, hasta aquí ha podido  
entretenerme el rigor  
de tu desdén, y mi amor  
de mi esperanza, y tu olvido;  
mas ya en tan fiero tormento,  
parece que le han faltado  
ocasiones al cuidado  
y acentos al sufrimiento.

Hoy el accidente extraño  
de este furor se ha valido  
contra el desdén y el olvido  
del socorro y del engaño.

VENUS. ¿De qué suerte?

CARLOS. Ha sido todo  
cuanto obligarte ha podido,  
Venus, hasta aquí fingido,  
porque intente de este modo  
alcanzar lo que desvía  
tu tirana voluntad.

VENUS. Mire Vuestra Majestad  
que la suya es tiranía  
y que a mi padre no debe  
correspondencia.

CARLOS. A quien ama  
ciega el humo de la llama  
y al sol sin ojos se atreve.

VENUS. ¿Los Reyes mienten así  
contra el valor de sus nombres?

CARLOS. Los Reyes, Venus, son hombres,  
y yo estoy fuera de mí.

VENUS. Vuelva Vuestra Majestad  
en sí por sí, como es justo.

CARLOS. Donde a reinar llega el gusto  
es batalla la verdad; (1)  
y aquí la contradicción  
da más espuelas al niño,  
que está sordo el albedrío  
y sin ojos la razón.

Venus, no hay sino tratar  
de resolverte.

VENUS. A morir,  
primero que permitir  
mi ofensa.

CARLOS. Ya no hay lugar  
de resistencia ninguna;  
que hoy has de seguir la ley  
del apetito del Rey  
y el rigor de la fortuna.

(1) Quizá deba decir «avanzar» o «caminar».

(1) Así en los textos; pero debe de ser «beldad».

VENUS. Daré voces.  
 CARLOS. Están lejos los que te hacen compañía.  
 VENUS. Los cielos, no.  
 CARLOS. Venus mía, templa al rigor los consejos, muda tu desdén ingrato, tuyo soy, un Rey te adora.  
 VENUS. ¿Tú eres Rey?  
 CARLOS. No soy agora sino tu esclavo.  
 VENUS. ¿Este trato hacen los Reyes? ¿así engañan y ofenden?  
 CARLOS. Ya a quien soy razón está; no podrás volver en ti. Déjame en tu nube hermosa, Venus, hielar y abrazar, que Venus se deja amar siendo reina y siendo rosa.  
 VENUS. ¿Es posible que esta ofensa permitiendo el Cielo está? ¿Algún peñasco no habrá que piadoso en mi defensa aborte, humano o divino? Nadie a mis quejas responde.  
 CARLOS. Mi bien.  
 VENUS. ¡Ah, tirano!  
 (Sale PEREGRINO.)  
 PEREGR. ¿Dónde sin razón y sin camino voy tras un loco deseo, vencido y desbaratado?  
 CARLOS. Más tu rigor me ha incitado.  
 PEREGR. Pero ¿qué es esto que veo, o sueño?  
 VENUS. ¡Suelta la mano!  
 PEREGR. Esta es mi hermana y aquel es Carlos.  
 CARLOS. ¡A qué cruel ocasión llegó el villano!  
 VENUS. ¡Ay, cielos!, no es ilusión. Este, que al parecer vino en mi ayuda, es Peregrino o su retrato. ¿No son verdades las que están viendo los ojos?  
 PEREGR. Sí me he engañado.  
 VENUS. ¡Qué suspenso se ha quedado!  
 CARLOS. ¿Qué aguardas? Vete.  
 PEREGR. Pretendo

satisfacerme primero si es mi hermana esta mujer.  
 CARLOS. ¿Tu hermana?  
 PEREGR. Bien puede ser, si es hija de un caballero que ha de llamarse el Marqués de Santelmo, César.  
 CARLOS. Di,  
 ¿eres Peregrino?  
 PEREGR. Sí,  
 ¿y tú no eres Carlos?  
 CARLOS. ¿Ves que yo lo puedo negar?  
 PEREGR. Con esta ocasión pudieras, pues de ser Rey degeneras.  
 CARLOS. Amar no es degenerar de ser Rey.  
 PEREGR. Amar sin ley un Rey, con furor villano, es aspirar a tirano y degenerar de Rey.  
 CARLOS. Visión, que la fantasía parece que te ha engendrado; sombra que fingió el cuidado, hija de la noche fría; hombre que después de muerto has vuelto a resucitar, aborto fiero del mar o parto de este desierto: si es verdad que vives, y hoy a socorrer has venido, de la fortuna traído, tu sangre, mira que soy, aparte el ser Rey, de pecho tan mal sufrido y valiente, que por Venus solamente no vuelves pedazos hecho; yo daré a tus groserías hoy la recompensa igual.  
 PEREGR. Vivo estoy, Carlos, que mal matar a un muerto podrías, cuando a mi talla por ti tan bajos precios me infaman.  
 CARLOS. Luego tú eres el que llaman *el Niño Diablo*?  
 PEREGR. Sí;  
 yo soy *el Niño Diablo*, que sin saber que ponías los ojos en prendas mías, en cuyas ofensas hablo, resolución he tenido por el agravio primero

de matarte, y pregonero  
de este intento el viento ha sido.

Mas después, que donde estás  
me trujo, Carlos, mi furia,  
con ser tan grande mi injuria,  
me han hecho volver atrás,  
en tan arduos pareceres  
y resoluciones hoy,  
la obligación de quien soy  
y el respeto de quien eres,  
que no ha de faltar, por mí,  
de mi nobleza la ley,  
que en efeto eres mi Rey  
y tu vasallo nací.

Que puesto que de mi honor  
la ofensa vengar pudiera,  
el satisfacerme fuera  
hacer mi ofensa mayor;  
que en los agravios que hallo,  
si mi furor te condena,  
eres de este mar la arena  
y el freno de mi caballo.

Que quien en su honor traidor  
ofender a Rey tratara,  
escupe al cielo, y repara  
con la capa de su honor.

CARLOS. Y cuando yo fuera un hombre  
particular, con el pecho  
que tengo, ¿qué hubieras hecho?

PEREGR. Matarte con sólo el nombre.

CARLOS. ¡Vive Dios, que aunque tuvieras  
con el nombre lo demás  
del infierno, que jamás  
de donde vienes volvieras,  
si el mismo valor que siento  
conmigo hubiera nacido,  
aunque te hubiera ofendiô  
y plumas te diera el viento!

PEREGR. Hay distancia entre los dos  
muy grande, que la experiencia  
no puede la competencia  
apelar, que, ¡vive Dios!,  
si otro que Carlos segundo  
siendo Alcides me agraviera,  
que con una voz le echara  
desotra parte del mundo.

Pero pues que satisfecho  
de ti no puedo escapar,  
en mi hermana he de vengar  
el agravio que me has hecho.

Pues de un Rey el desvarío  
tantos fueros atropella

arrojándome con ella  
desde este peñasco al río.

*(Cógela en brazos y éntrase.)*

VENUS. ¡No me mates!

CARLOS. ¡Tente, espera;  
hijo del infierno, aguarda;  
que si a mi vida le guarda  
respeto tu furia fiera,  
mi vida llevas contigo  
y en vano seguirte trato.  
Déjame la vida, ingrato,  
vuélveme el alma, enemigo!

*(Vanse, y salen FÉNIX y salteadores.)*

FÉNIX. Soldados, amigos, ea;  
no os canséis, a Peregrino  
busquemos, no quede rama,  
sombra, roca, tronco, risco,  
que no pisen nuestras plantas,  
que no alcancen nuestros silbos;  
que no examinen mis ojos  
y penetren mis suspiros,  
que es imposible vivir  
rotos, ciegos y vencidos,  
vosotros sin capitán  
y yo sin el dueño mío.

FLORELO. Aquí nos simpide el paso  
el río.

FÉNIX. No importa, amigos;  
esguacémosle.

FLORELO. Detente;  
que entre sus olas diviso  
un hombre con una espada  
en la boca.

HORACIO. El margen frío  
pisa agora.

FÉNIX. ¡El es, soldados,  
albricias!

*(Sale PEREGRINO, mojado y con la espada en la mano.)*

PEREGR. Amigos míos,  
gracias a Fénix, que os veo  
que de vosotros ha sido  
el norte hermoso.

FÉNIX. Tus brazos  
para el alma de éstos pido.

PEREGR. Siempre en ellos te doy alma  
y yo te rindo albedríos;  
vengo satisfecho, Fénix,  
de un agravio que en el río  
dejo anegado.

FÉNIX. ¿Quién fué

el ofensor de ofendido  
tan valeroso?

PEREGR. Después  
te daré de un peregrino  
suceso parte.

(Dentro.)

CÉSAR. ¡Soldados:  
seguir el alcance al río!

TODOS. ¡Al río!

PEREGR. Al monte, Fénix,  
que éstos son los enemigos.

(Vanse, y sale CÉSAR con soldados.)

CÉSAR. Arma no se nos escape  
un ladrón, antes que el frío  
manto oscuro de la noche  
los esconda en estos riscos. (Vanse.)

(Dentro.)

PEREGR. Por acá, Fénix; ha entrado  
la noche oscura y los mismos  
robles y tejos del monte  
sirven de celajes fríos  
a la espantosa tiniebla.

(Dentro.)

FÉNIX. Esta vez somos perdidos,  
porque parecen sus sombras  
hijas del oscuro abismo.

(Sale PEREGRINO.)

PEREGR. ¡Qué lóbrego sobrecejo  
cubre estos medrosos riscos  
con las ramas! ¡Fénix, Fénix!

(Lejos.)

FÉNIX. ¡Peregrino, Peregrino!

PEREGR. ¡Qué lejos que me respondes!  
Notable suceso ha sido  
haber podido la noche  
tan brevemente esparcirnos.  
Hacia allí las voces suenan;  
quiero, siguiendo el camino  
de los ecos, ir tras Fénix.  
¡Fénix, Fénix!

(Lejos.)

FÉNIX. ¡Peregrino!

PEREGR. De otro horizonte parece  
que escasamente alado  
trae aquella voz el viento.  
Cuanto encuentro, cuanto miro,  
todo es sombra, todo es miedo,  
todo temor, todo abismo.

¡Ah, noche oscura, pintura  
de confusos laberintos,  
que a los celos y a las sombras  
y al sueño tienes por hijos!,  
¿dónde, sin norte, me llevas?,  
que a cada paso imagino  
que tu oscuridad me lleva  
a espantosos precipicios.  
¿Quién eres sombra? Detente,  
que soy el infierno mismo  
si me buscas. Ya se fué.  
¡Oh, qué de sombras que ha visto  
el recelo, y qué de cosas  
a un caminante perdido  
con la noche se le antojan!  
Parece que cuando siga  
alguna vereda acaso  
por el tientto, que al sentido  
se me ocurren cuantos hombres  
he muerto, y en el camino,  
sagrientos, se me aparecen  
arrojando basiliscos  
por las bocas y los ojos.  
¡Apartad, fieros vestigios  
de las tinieblas, dejadme!  
¿Qué me queréis, enemigos?  
Fuéronse, o los robles fueron  
también. ¿Qué haré, que rendido  
al cansancio estoy y al sueño?  
Mas, piadoso, en el zafiro  
del cielo el blanco lucero  
de la aurora ha parecido  
y algunas estrellas hacen  
con las nubes y conmigo  
treguas; y, si no me engaño,  
entre estas peñas he visto  
un edificio a la escasa  
luz de los reflejos mismos.  
Estas las paredes son,  
y del pequeño edificio  
la antigua puerta me enseña  
el alba que en sus resquicios  
está convidando a perlas  
sobre alfombras de narcisos.  
Ermita yerta (1) parece.  
¡En qué solitario sitio  
está edificada! El sol  
confusamente ha salido  
de algunas nubes cubierto.  
Aquí está un sepulcro antiguo  
que al igual del suelo cubre

(1) Así en los textos; quizá deba decir «yerma».



un mármol, donde está escrito  
este epitafio, que aspira  
a competir con los siglos:

(*Lee.*)

«Aquí yace Polidoro,  
que, después de haber servido  
a su Rey de capitán  
de caballos treinta y cinco  
años, tomó contra el mundo  
esta ermita por asilo  
y acabando felizmente  
en ella; habiendo vivido  
otros treinta con sus armas,  
mandó en este mismo sitio  
enterrarse, donde aguarda  
la trompeta del juicio».

¡Dichoso tú que al reposo  
eterno has encomendado  
el grave mortal cuidado!

(*Dice el muerto dentro.*)

MUERTO. Tú también serás dichoso.

PEREGR. ¿Quién puede ser el que aquí,  
sin verlo, me respondió  
tan a propósito?

MUERTO. Yo.

PEREGR. ¿Es dentro el sepulcro?

MUERTO. Sí.

PEREGR. Sal acá fuera.

MUERTO. ¿Tendrás  
valor para verme?

PEREGR. Entiendo  
que sí.

MUERTO. Pues voy.

PEREGR. Que pretendo  
no ser cobarde jamás.

El mármol han levantado,  
cuya extrañeza estremece,  
y del sepulcro parece  
que sale un difunto armado.

(*Sale.*)

MUERTO. Ya estoy aquí.

PEREGR. Ya te veo.

MUERTO. ¿Atreveráste a bajar  
conmigo a mi sitio y dar  
audiencia a cierto desco  
que nos importa a los dos?

PEREGR. ¿Por qué no?

MUERTO. Dame esa mano.

PEREGR. Toma.

MUERTO. No hay furor humano  
a los impulsos de Dios.

PEREGR. Del propio temor vencido  
el recelo venzo en mí.

MUERTO. Entremos.

PEREGR. Ya voy tras ti.

MUERTO. ¡Bravo valor has tenido!

(*Vanse.*)

## JORNADA TERCERA

(*Sale FÉNIX y saltadores.*)

FÉNIX En este yermo edificio,  
que de los robles y tejos  
hijo parece engendrado  
en sus peñascos soberbios,  
unos cabrerizos dicen  
que al amanecer le vieron  
entrar, quizá derrotado,  
a repararse del sueño;  
y si no me engaño ahora,  
amigos, salir le veo  
como embebecido y triste,  
entre confuso y suspenso.

(*Sale PEREGRINO.*)

Lleguemos. ¿Qué hay, Peregrino?  
¿Qué suspensión, qué silencio  
de ti mismo te arrebatan?  
¿Qué aventura, qué suceso  
esta noche te ha pasado  
que de esta suerte te ha puesto?  
¿Quién te ha dejado sin ti?  
¿Qué te han dicho? ¿Qué te han he-  
cho? ¿Qué es esto que traes?

PEREGR. ¿Qué dices?

FÉNIX. Que me conozcas recelo.

PEREGR. ¿Quién eres?

FÉNIX. ¡Extraño caso!

PEREGR. Así, Fénix, sin mí vengo.

FÉNIX. ¿Qué es lo que te ha sucedido?

PEREGR. Lo que han querido los cielos.

¡Hola!

FLORELO. Señor.

PEREGR. ¿Qué me quieres?

FLORELO. ¿No llamabas?

PEREGR. No, por cierto.

FLORELO. Qué fuera que está de sí.

PEREGR. Ven acá.

FÉNIX. Llegas de presto.

SER. ¿Qué es lo que mandas?

PEREGR. ¿Murió

Florelo, tu compañero?

SER. ¿No estaba hablando contigo  
ahora?

PEREGR. No me acuerdo.

FÉNIX. ¡Qué lástima!

PEREGR. A:liós, amigos.

FÉNIX. ¿Dónde vas?

PEREGR. No sé; esto es hecho.

FÉNIX. Espera.

PEREGR. ¿Pues voime yo?

FÉNIX. Sin duda viene sin seso.

PEREGR. ¡Hola! A Fénix me llamad.

FÉNIX. ¿No estoy contigo?

PEREGR. No quiero  
que te vayas.

FÉNIX. Aquí estoy.

PEREGR. Vete si gustas.

FÉNIX. Yo creo  
que te han hechizado.

FLORELO. Mira,  
Peregrino, qué es tu intento;  
que las banderas del Rey  
han pasado, y pienso  
que a un escuadrón de nosotros  
han ganado el primer puesto.

PEREGR. No importa.

FLORELO. ¿Cómo?

PEREGR. ¿Yo qué sé?

FLORELO. Pues, señor, si tú eres nuestro  
caudillo, ¿dónde hemos de ir  
en semejantes sucesos?

PEREGR. Eso toca a Peregrino;  
buscadle, buscadle luego  
y os dará él orden.

FLORELO. ¿No estamos  
contigo?

PEREGR. Yo mesmo pienso  
que no estoy conmigo.

(*Tocan cajas dentro.*)

DENTRO. ¡Arriba,  
arriba, arriba!

PEREGR. ¿Qué es esto?

FÉNIX. Los soldados, Peregrino,  
del Rey que vienen subiendo  
el monte.

PEREGR. ¡Ay de mí! Decidles  
que me ha tragado el suelo  
y que no estoy en el mundo.

DENTRO. ¡Al arma, soldados!

PEREGR. ¡Cielos,

(*Van subiendo PEREGRINO y FÉNIX el monte.*)  
que se viene sobre mí  
este monte!

FÉNIX. ¡Extraño miedo!  
¡Aguarda, aguarda, cobarde!  
¿Adónde vas?

PEREGR. Ya no es tiempo,  
Fénix, de aguardarte más.

HORACIO. Nosotros, ¿qué es lo que hacemos?  
Salgamos a defendelle  
el paso.

(*Vanse los salteadores.*)

PEREGR. Fénix, el cielo  
de habernos sufrido está  
cansado; no le enojemos  
más, que tiene, Fénix, rayos  
y hay muerte.

FÉNIX. Mis ojos bellos,  
¿no dijiste que gnardabas  
para hacerle guerra al cielo?

PEREGR. Esos, Fénix, son de amor  
locos encarecimientos;  
que contra el cielo, ¿quién basta?  
¿Quién es algo? Nada vemos.  
A la estatua que Nabuco  
soberbia miró entre sueños,  
pequeña piedra fué causa  
de hacerla fácil al viento.  
Aquel soberbio gitano  
que en Menfis salió pidiendo,  
de todas armas armado,  
campo a Dios y guerra al cielo,  
cuyo caballo tascaba  
por espuma sangre y fuego  
pisar estrellas, pensando  
con la soberbia del dueño  
cuando sacada la vista  
desde la cuja, midiendo,  
al ristre la lanza, daba  
voces a Dios, y, soberbio,  
esperaba contra rayos  
pelear, el más pequeño  
animal, el más cobarde  
de cuantos el cielo ha hecho,  
ganándole la celada  
por la visera, en el suelo  
dió con él; porque un mosquito  
solo, a tanto atrevimiento,  
a tanta arrogancia, basta;  
que no ha menester el cielo  
gastar rayos contra flacos  
y miserables sujetos.  
Fénix, al mayor poder  
rindámonos; no esperemos  
su enojo, que nos están

por él hablando los muertos;  
que en esa ermita de donde  
me viste salir sin seso,  
o con él, para decir  
mejor, con uno que dentro  
de esa bóveda intentó  
que le escuchase, ha gran tiempo  
que estoy sabiendo notables  
y peregrinos secretos,  
y encargándome de algunos  
que decir, Fénix, no puedo,  
porque me selló los labios  
con el bronce del silencio,  
soltándome esta derecha  
mano que le di primero  
y volviéndose al lugar  
adonde espera el tremendo  
son del celestial clarín;  
como me has visto, suspenso  
y confuso, del sepulcro  
salí a ver la luz del cielo.

Yo sé, Fénix, que la gozo  
indignamente; busquemos  
cada cual donde podamos  
recuperar los inmensos  
delitos nuestros y dar  
satisfacción a los cielos  
con penitencias notables.  
Fénix, adiós, que no tengo  
valor para pecar más,  
y para seguirte, menos.

FÉNIX. Detente, que no es razón  
que después de tanto tiempo  
que estoy en tu compañía  
me quieras dejar, volviendo  
sin el alma que me has dado.

PEREGR. Guárdola para otro dueño  
mejor que tú.

FÉNIX. Peregrino,  
ya es imposible, que tengo  
hecha de ella donación  
por tus mismos juramentos,  
y no soy quien has pensado  
hasta aquí.

PEREGR. ¿Qué dices?

FÉNIX. Esto  
que me escuchas, Peregrino;  
que Fénix, estame atento,  
aquella noche murió  
de espanto; que siempre el cielo  
ha tomado de esta suerte  
venganza en sus adulterios,  
con ser pensamientos solos,

con ser solamente intentos.

PEREGR. ¿Pues quién eres?

FÉNIX. Soy tú mismo,  
sobrenombre que me dieron  
los cielos para castigo  
tuyo esta licencia, y quiero  
de lo que he sembrado (1) en ti  
llevar el fruto.

PEREGR. Es el cielo  
más piadoso.

FÉNIX. Peregrino,  
no hay que confiarte en eso,  
porque el cielo te ha dejado  
para que con alma y cuerpo  
te lleve yo.

PEREGR. Será en vano;  
que de este monte pretendo  
asirme al cielo, obligando  
que me socorra con ruegos.

FÉNIX. Arrebatarte yo  
con monte y todo.

(Pasa el monte de una parte a otra con PEREGRINO.)

PEREGR. ¿Qué es esto? ¡Cielos,  
piedad!

FÉNIX. Ya que estás  
pendiente del monte al viento,  
vuelve los ojos abajo,  
Peregrino.

PEREGR. Ya los vuelvo,  
que al cielo no puedo alzarlos.

FÉNIX. ¿Qué ves?

PEREGR. Los abismos veo  
abiertos de par en par,  
de voces y llamas llenos,  
y en ellos mitras, tiaras,  
bastones, coronas, cetros,  
filósofos, capitanes,  
damas, señores, plebeyos,  
hábitos, capillas, todos  
unos con otros revueltos.

FÉNIX. Ese ha de ser, Peregrino,  
el palacio adonde espero  
llevarte, y mira si está  
falto de insignes sujetos;  
mira a Pirro y a Alejandro;  
mira a César y a Pompeyo;  
mira a Nerón; mira a Atila,  
llamado azote del cielo;  
mira a tantos capitanes  
asirios, latinos, griegos,

(1) En el manuscrito dice «roba-do»; en el impreso «sobado».

godos, cristianos, alarbes,  
persas, gitanos, hebreos;  
entre ellos tienes lugar  
debido a tu heroico pecho,  
que tu valor, por humilde,  
no es razón que pida el cielo;  
fuera de que tus ofensas  
son tantas que este postrero  
lance te queda no más.

PEREGR. Cuando permitiere el cielo  
arrojarme a esos abismos  
estaré contento en ellos.

FÉNIX. Vencido me has a humildades;  
quédate, que si yo puedo,  
me has de tornar a cobrar,  
que agora me aparta el cielo.

(Desaparece FÉNIX, y PEREGRINO cae rodando al teatro, y  
sucna dentro grita de labradores, y salen cantando TIRRE-  
NA, SILVIA, ERGASTO y RISELO, y detrás VENUS.)

(Cantan.)

«La flor del valle  
a alegrar los campos sale;  
la blanca niña  
a ser alba viene del día;  
la niña blanca  
para sol nace del alba.»

TIRRENA. Honrad, señora, esta grama,  
que esmeralda piensa ser  
con vos, y hacéduos placer,  
pues veis del modo que os ama  
nuestra honrada voluntad  
de proseguir el suceso  
que a tan peregrino exceso  
llegó con vos.

VENUS. Escuchad.  
Después que como os he dicho  
este prodigio, este monstruo,  
que quiso el cielo que fuese  
mi hermano, siendo demonio,  
se arrojó al agua conmigo,  
y Carlos, amante y loco,  
quiso ejecutar finezas  
de aspirar a mi socorro,  
que seguido de los suyos  
y detenido de todos  
a su arrojada locura  
pusiera cuerdos estorbos.  
Peregrino, que sin mí  
de las armas receloso  
del Rey, tomar deseaba  
en la arena puerto solo,  
dejando el brazo derecho

para el gobierno forzoso  
del cuerpo, que sobre el agua  
era galera y piloto,  
con el izquierdo intentando  
en mi naufragio el celoso  
designio de su venganza,  
pensó que me echa a fondo,  
y de la furia del mismo  
golpe flechada derrota  
al abrigo de un taray  
verde del margen escollo,  
desde adonde de la orilla  
me sacaron poco a poco  
los amiosos deseos  
a pisar la arena en hombros,  
en cuya desierta playa  
del precipicio furioso,  
como del susto rendida,  
alma y sentidos absortos,  
me halló del siguiente día  
el sol, cuyos rayos de oro  
me juzgaron por resaca  
inútil del breve golfo,  
y del pesado letargo  
me despertó el alboroto  
de las cajas, y en los brazos  
de mi padre abrí los ojos;  
y sin poder por entonces  
mi suceso hacer notorio,  
que el desmayo daba treguas  
para discurrir más cortos;  
y, como sabéis, al fin,  
siendo lance tan forzoso  
seguir mi padre el alcance  
de los escuadrones rotos  
del enemigo, ignorante  
que era mi hermano y su propio  
hijo contra quien hacía  
guerra a sangre y fuego, como  
piadoso padre, acudiendo  
a los piadosos socorros  
de mi salud, de sus brazos  
en una litera tomo  
puerto seguro, y aquí  
en vuestras pidades cobro  
el de la vida, de quien  
da mi salud testimonio  
y adonde deudas publico,  
y obligaciones pregonó,  
satisfacciones ofrezco  
y ventajas reconozco.

TIRRENA. ¡Qué bien dices, qué bien sientes!

(Sale CELIO con un papel.)

CELIO. Quedaos todos, que yo solo he de llegar.

VENUS. Pues, Celio, ¿qué hay de nuevo?

CELIO. Los enojos del Rey, Duquesa de Amalfi (1) llegan a este extremo.

VENUS. ¿Cómo?

CELIO. Por esta cédula os manda llevar presa, y el dichoso dueño de esta ejecución, aunque os sirvo de esto poco, quiso que yo fuese; haced lo que debeis al famoso nombre de vuestros pasados mostrando el valor que todos conocen de vos.

VENUS. El Rey, Celio, que es justo y piadoso, debe de haberlo mirado también, que sólo respondo con besar su firma y luego ponerla como la pongo sobre mi cabeza.

CELIO. Hacéis como quien sois.

VENUS. Celio, sólo quiero preguntar quién dió a Carlos parte del modo que yo me escapé del río y la noticia de cómo en este lugar estaba.

CELIO. De un soldado supo todo el suceso, que volvía en un viriciano potro (2) herido a Nápoles.

VENUS. Celio, todos del Rey son antojos que en mí han de engendrar mayores muestras de valor, pues somos con Su Majestad mi padre y yo tan poco dichosos.

(Vanse, y sale PEREGRINO, suspenso.)

PEREGR. Sombra del oscuro abismo que con asombros me ofendes, ¿qué es lo que de mí pretendes si estás dentro de mí mismo?

(1) En los textos, por errata, «Marquesa de Malfi».

(2) Así en el manuscrito: en el impreso dice «viciniano». Quizá deba ser «veneciano».

¿Qué confuso barbarismo en mis entrañas se encierra, que a mover al cielo guerra conspira segunda vez, viendo que tanta altivez no es empresa de la tierra?

¿Qué se puede poner duda contra su alcázar eterno si eres hijo del infierno y el infierno te da ayuda? De los propósitos muda primeros con que te intentas cobardes dudas y afrentas, que no te puedes salvar si es Dios quien se ha de asentar con tus recibos a cuentas.

¿Cómo, cobarde? ¡Por vida del mundo, que he de volver, y que hoy del mundo he de ser Rey, y del mundo homicida! El infierno me apellida; de su espada tiemble el suelo, que para darle recelo del infierno espada soy; guárdese el mundo, que voy desesperado del cielo.

(Dice dentro MILÁN.)

MILÁN. No pares hasta el establo del infierno sin comer: ¡xo, rocín de Lucifer; válgate el Niño Diablo! ¡xo, que parece que no hablo contigo!

(Sale MILÁN, de correo, y el cojín a cuestas.)

PEREGR. Hombre que encomiendas al furor mío tus prendas, tente, que el rocín está adonde no podrán ya volverle voces ni riendas, porque ese repecho abajo hasta dar en ese río, puerto de estas peñas frío, es del infierno un atajo.

MILÁN. Y no será sin trabajo, pues que te he encontrado a ti cuando menos lo entendí.

PEREGR. No debe de haberte dado gusto el haberme encontrado.

MILÁN. No lo es mucho para mí, si va a decir la verdad.

PEREGR. ¿Quién eres?

MILÁN. Mira cual voy  
y podrás saber quién soy  
con poca dificultad.

PEREGR. ¿Eres correo?

MILÁN. Correo,  
que en esta desdicha he dado.

PEREGR. ¿Y adónde vas despachado?

MILÁN. A ti, pues de ti no creo  
salir con despachos más,  
si no me despachas tú,  
por la posta a Belcebú  
con pliegos a Satanás.

PEREGR. ¿Vas a Nápoles?

MILÁN. Sí, voy.

PEREGR. Mientes.

MILÁN. Es verdad, yo miento  
sólo por darte contento.

PEREGR. Cortesano eres.

MILÁN. Soy  
cuanto quisieres que sea.

PEREGR. Carlos mi muerte desea.

MILÁN. Pienso que sí, aunque no estoy  
de Carlos bien informado.

PEREGR. ¿Qué es lo que dicen de mí  
en Nápoles? Habla, di  
la verdad.

MILÁN. Si es que te agrado  
diciéndola, no hay persona  
a quien tu nombre no espante,  
no hay niño que no te cante  
de noche; no te perdona  
en coplas impresas ciego  
de la vista corporal,  
y un poeta de caudal  
ahora dicen que, a ruego  
de un famoso autor, escribe  
tu comedia.

PEREGR. No me ha hecho  
poca lisonja.

MILÁN. Sospecho  
que si el vulgo la recibe  
con el aplauso que espera,  
que ha de ser notable.

PEREGR. Allá  
pienso verla; ven acá.

¿Saben la venganza fiera  
que tomé en mi hermana?

MILÁN. Sí;  
y si no hubiera escapado  
con vida, hubiera causado  
general lástima.

PEREGR. Di,  
¿luego viva está?

MILÁN. El Marqués,  
tu padre, la halló otro día  
tendida en la arena fría  
del desierto margen.

PEREGR. Pues  
¿quién trujo a mi padre allí?

MILÁN. ¿No ves que es el General  
del ejército real  
que hizo Carlos contra ti,  
y que el día que pasó  
el río en tu seguimiento  
la encontró, como te cuento  
que a Su Excelencia voy yo  
despachado, si contigo  
puede esto de algo valer?

PEREGR. Ahora llego a saber  
que es mi padre mi enemigo.  
¡Gran fineza de lealtad  
a su Rey, cuando su Rey  
paga con injusta ley  
tan honrada voluntad,  
sino es que mi padre ayuda  
a su deshonor también!  
Mataré a mi padre.

MILÁN. Bien;  
él me acecina (1), sin duda.

PEREGR. ¿Adónde el despacho está,  
que quiero saber el fin?

MILÁN. Fuése allá, con el rocín;  
en dándole volverá.

PEREGR. Y tú, que conmigo quedas,  
de las nuevas que me has dado  
es bien que vayas pagado;  
y porque hacerme no puedas  
carga de persona corta  
en esta ni en otra parte,  
quiero de albricias matarte.

MILÁN. Yo no las pido.

PEREGR. No importa,  
que añade dar sin pedir  
mayor grandeza al que da;  
pienso que el rocín está  
aguardándote al subir  
a caballo, y de dejallo  
puede ser que no le encuentres  
después, y pretendo que entres  
en el Infierno a caballo

MILÁN. No me parece el viaje  
ni aun para litera bueno.

PEREGR. De arrias está el monte lleno.

(1) Así en los textos. Pudiera ser «asesina», aunque el tono jocoso con que Milán se expresa hace verosímil la otra forma.

MILÁN. El cielo mi muerte ataje.  
 PEREGR. Ya es ahora por demás.  
 MILÁN. Sobre tí viene.  
 PEREGR. ¡Pues muera!  
 MILÁN. ¡Mamola!  
 PEREGR. Villano, espera.  
 MILÁN. ¡Espérete, Barrabás!

(*Vase y tocan cajas, y sale HORACIO, saltador.*)

HORACIO. Abajo se viene el cielo  
 sobre nosotros.  
 PEREGR. Horacio,  
 ¿qué hay de nuevo?  
 HORACIO. Poco espacio  
 de vivir; tu mal recelo  
 de infame muerte acabar  
 después que tú sin razón  
 en la mayor ocasión  
 nos ha venido a faltar.  
 ¿Tú eres, Peregrino, aquel  
 que tuvo el mundo por rayo?  
 Ya con cobarde desmayo  
 fábula y afrenta del.  
 Tú y Fénix, ¿qué os habéis hecho  
 que así nos habéis dejado?  
 PEREGR. Horacio, sin seso he estado;  
 mas no con cobarde pecho.  
 Fénix, no hay que preguntarme  
 de ella, que fué la ocasión  
 de esta infame remisión,  
 sino seguirme y dejarme.  
 Horacio, vuelve conmigo,  
 si el temor no te detiene;  
 verás mi valor.  
 HORACIO. Ya viene  
 a buscarte el enemigo.

(*Sale el MARQUÉS y soldados, acuchillando a los saltadores, y queda el MARQUÉS con PEREGRINO solos.*)

CÉSAR. ¡Soldados, ca!  
 PEREGR. Aquí estoy,  
 que vuestra venganza entablo:  
 no soy *el Niño Diablo*,  
 que todo el infierno soy.  
 CÉSAR. Ríndete, ladrón, villano,  
 que estás soberbio y prolijo.  
 PEREGR. No es villano quien es hijo  
 de esa espada y esa mano.  
 CÉSAR. ¿Cómo hijo de esta espada  
 y esta mano?  
 PEREGR. ¿No te ha dado  
 la sangre en que estoy bañado,  
 César, alguna aldadada

en el corazón, que ha sido  
 primero tuya que mía?  
 CÉSAR. Tan hecho estás cada día  
 a prodigios, que he tenido  
 que Peregrino no seas,  
 por no encontrarte en estado  
 tan vil.

PEREGR. De haberme engendrado  
 quiero que lo mismo creas;  
 y no es mucho que ofendido  
 de tu sangre me desangre,  
 pues has vendido la sangre  
 de dos hijos que has tenido.

Que contra la humana ley,  
 caduco y fuera de ti,  
 das en perseguirme a mí  
 y entregas mi hermana al Rey.

Mas ya que a mis manos vienes,  
 venganza en ti he de tomar,  
 y alguna sangre guardar  
 para sacar la que tienes.

CÉSAR. Hijo ingrato, que el abismo  
 hoy te arroja al parecer  
 a mis ojos, para ser  
 infamia de tu honor mismo;  
 sin duda vive en tu pecho  
 alguna fiera infernal,  
 que hace y dice tanto mal:  
 ¿cómo has dicho y cómo has hecho?

Más que mal hice en llamarte  
 hijo, un tiempo mi retrato,  
 que aunque llamado hijo ingrato,  
 pude con el nombre honrarte;  
 que pues eres capitán  
 de esos hombres, no eres hombre,  
 sino engendrado del nombre  
 que estos insultos te dan.

Y así en lo que has presumido  
 de tu ser degenerado,  
 como villano has hablado,  
 como demonio has mentido.

PEREGR. Para quedar satisfecho  
 de esta injuria, está una furia  
 diciéndome que esta injuria  
 pide que te pase el pecho.

(*Acométele.*)

CÉSAR. Esa misma furia airada  
 permita el cielo, villano,  
 que te saque de la mano,  
 a pesar tuyo, la espada.

(*Cóesele la espada.*)

Ríndate tu misma furia,





en Nápoles y en Sicilia  
timbre ilustre y blasón claro.  
VENUS. ¡Viva vuestra Majestad  
largos y felices años!,  
porque de esclava le sirva  
los mismos

CARLOS. Soy vuestro esclavo.

VENUS. En cuanto a guardar la ley  
del honor fueron ingratos,  
mas en cuanto al amor fueron  
siempre vuestros.

(Sale MILÁN.)

MILÁN. Gracias hago  
al cielo que en vuestros pies,  
Carlos famoso, los labios  
pone Milán, el correo,  
que a las veinte ha caminado,  
con más temor que vergüenza,  
lo que sabe Dios.

CARLOS. ¿Faltaron  
caballos, Milán?

MILÁN. No más  
ser estafeta a caballo.  
Yo te hago voto solenne  
de castidad de despachos.

CARLOS. ¿Recibió el pliego el Marqués?

MILÁN. Dígalo *el Niño Diablo*  
por mí.

CARLOS. ¿Tragedia has tenido?

MILÁN. Después sabrás varios casos  
que con él nos sucedieron,  
que ya del que miro aguardo  
declaración.

CARLOS. Llega y besa  
a su Majestad la mano.

MILÁN. ¿Majestad, qué?

CARLOS. Es Venus Reina  
de Nápoles.

MILÁN. ¡Caso raro!  
Miren lo que halla de nuevo,  
en faltando de palacio  
dos horas un hombre. Beso  
los chapines soberanos  
vuestros mil veces, y pido  
perdón de tantos agravios  
como os debo.

VENUS. Milán, todos  
en mi bien han resultado,  
y espera de mí mercedes.

MILÁN. Más años vivas reinando  
en Nápoles que diez cuervos  
y un pleito de mayorazgos.

(*Tocan cajas, y sale CELIO.*)

CARLOS. ¿Qué cajas son éstas?

CELIO. Entra  
César, el Marqués, marchando  
por Nápoles victorioso  
del ejército villano  
de los bandidos, y dicen  
que de prisiones cargado  
a pie trae a Peregrino,  
delante de su caballo,  
y dando con la extrañeza  
asombro al vulgar aplauso,  
camina a palacio, y pienso  
que está dentro de palacio.

(*Tocan, y salen soldados y CÉSAR, con bastón, y PEREGRINO con prisiones.*)

CÉSAR. Quejoso, Carlos, y haciendo  
lo que debo a quien soy, Carlos,  
mi palabra a cumplir llevo,  
con la cabeza que traigo  
de Peregrino, que es éste  
que los pies te está besando,  
y que para hacer justicia  
yo mismo entrego a tus manos.  
Aquí tienes su cabeza  
y en mí tienes los agravios  
que sé por sus relaciones,  
ojalá no fueran tantos,  
pues cuando llevo quejoso,  
pues cuando llevo agraviado,  
cuando mal pagado quedo,  
cuando más finezas hago  
de estas canas y del cielo  
en ofensa, a Venus hallo  
libre a tu lado, rompiendo  
privilegios al recato.  
¿Qué es ésto?

CARLOS. Ser Venus Reina  
y ser vuestro hijo Carlos.

CÉSAR. Como Rey satisfacéis,  
y como padre y vasallo  
de los dos, los pies os beso.

CARLOS. Duque de Santelmo, alzaos;  
que vuestro valor merece  
si pudieran ser, más altos  
favores, y a Peregrino  
los delitos perdonando  
como padre absoluto,  
como señor soberano  
en Nápoles, desde luego,  
pues es de Venus hermano,  
de Amalfi quiero que goce

el título, con el cargo  
de mi general, adonde  
de su ardimiento bizarro  
podrá ejecutar mejor  
la inclinación, peleando  
por el mar y por la tierra  
contra turcos y africanos,  
que para este efecto quiero  
su cabeza.

PEREGR. Puesto caso  
que mis delitos pedían  
adonde se ejecutaron  
penitente recompensa,  
porque los mismos peñascos  
al cielo y al mundo fueran  
de estos intentos teatro,  
obedeciendo a mi Rey,  
sirviéndole y peleando  
hasta morir por la fe  
contra los infieles brazos,  
digo que el bastón acepto,  
de cuyo favor honrado  
a su Corona prometo,  
la tierra y el mar surcando,  
no parar hasta ganalle,  
o morir sobre ello, el mármol  
que a la humanidad de Dios  
fué sello y sepulcro santo.

CÉSAR. Toma el bastón y con él,  
hijo, otra vez engendrado

de mis lágrimas, y entre ellas,  
de estos brazos.

PEREGR. A esos brazos  
debo dos vidas.

VENUS. Los míos  
te están esperando, hermano.

PEREGR. Guarde a vuestra Majestad  
el cielo felices años  
en Nápoles.

VENUS. Para ser  
de vuestro valor honrados.

CARLOS. A celebrar nuestras bodas  
Nápoles atienda, y vamos.  
Y fin con aquesto da,  
Lope deste Niño Diablo,  
y perdonaréis las faltas,  
si acaso no os agradao,  
que de su celo quisiera  
no dejaros disgustados (1).

(1) Así termina el impreso: el manuscrito dice:

MILÁN. De esta suerte la primera  
parte del *Niño Diablo*  
tiene fin, y la segunda  
os promete en breve Lauro,  
si le recibis por obra  
la voluntad de agradaros.

FIN DE LA FAMOSA COMEDIA

EL NIÑO DIABLO

# LOS NOBLES COMO HAN DE SER

## COMEDIA FAMOSA

DE

L O P E D E V E G A

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

DON LUIS DE BAVIERA.  
ALANO, su lacayo.  
CLAUDIO, criado.  
FLORELO, criado.

El CONDE AURELIO.  
El MARQUÉS FADRIQUÍ.  
El PRÍNCIPE FEDERICO.  
La DUQUESA SOLODORA.

DIANA, su hermana.  
ELENA, dama.  
Los MÚSICOS.  
Unas MÁSCARAS.

### JORNADA PRIMERA

(Salen DON LUIS DE BAVIERA, pobremente vestido;  
ALANO, lacayo, y sus criados CLAUDIO y FLORELO.)

D. LUIS. Hoy cumple un año, Florelo,  
que me servís de criado:  
aquí tenéis justamente  
de todo el año el salario.  
Por lo bien que me has servido,  
quisiera darte aguinaldo,  
pero ya veis que estoy pobre  
y que vendí, por pagáros,  
aquellos vestidos míos,  
que de milagro escaparon  
de las inhumanas uñas  
de escribanos y abogados.

ALANO. Y a fe que no fué pequeño,  
porque tras pleito tan largo,  
quedar un hombre vestido  
viene a ser grande milagro.

D. LUIS. Tú, Claudio (1), toma también  
lo que a deber te he quedado  
del tiempo que me serviste.

CLAUDIO. Dios te guarde largos años  
y dé a tus penas consuelo  
a tus trabajos descanso,  
a tus pobreza riqueza  
y a tus desdichas amparo.

(Vanse CLAUDIO y FLORELO.)

ALANO. Hideputa, bellacones,  
y qué de presto volaron;  
¡Fuego con tales criados!

Cómo golondrinas son  
estos fingidos bellacos,  
pues que en invierno huyen  
y vienen en el verano.

D. LUIS. Si, como ves, estoy pobre;  
si no puedo sustentarlos,  
si yo propio los despido,  
¿qué culpa tienen, Alano?

ALANO. Dices bien, sólo me quejo  
de que un pleito haya pelado  
hasta esta triste bayeta,  
que de tu muerte es presagio

D. LUIS. Es verdad, que un pobre es muerto,  
pues por más que sea honrado,  
están muertas sus acciones  
y sus hechos sepultados.

ALANO. Ahora bien, ¿qué hemos de hacer  
pobres, tristes, despreciados,  
con privación de dineros  
y abundancias de cuidados?

D. LUIS. La Duquesa Solodora  
es mi saugre.

ALANO. Pues partamos,  
y sea ella el Santelmo  
de todos nuestros trabajos.

D. LUIS. Estoy pobre y mal vestido,  
por cuya causa reparo.

ALANO. Ahora que no hay dinero  
te pones a hacer reparos;  
deja tan necia vergüenza  
y advierte que a los osados  
favorece la fortuna.

D. LUIS. ¿Cómo puede un hombre honrado  
salir con este vestido?

(1) En ambos textos dice «Fabio» por errata.

- ALANO. Pues ¡reniego del diablo;  
di, ¿para qué los vendías,  
si habíamos de llorarlos?
- D. LUIS. Porque un noble, que lo es,  
a cumplir está obligado  
con sus deudas, aunque quede  
falto de lo necesario.
- ALANO. En la Orden de caballería  
nunca tal se ha platicado; (1)  
gastar mucho y pagar poco,  
eso sí que lo observaron,  
Ver las comedias y toros,  
jugar los naipes y dados,  
comer bien, levantar tarde,  
algunos hay que lo usaron;  
pero pagar bien sus deudas  
son tan pocos, que contarlos  
puedes, como a las mujeres  
que nunca jamás tomaron.
- D. LUIS. No es tiempo ahora de burlas;  
con la Duquesa veamos  
si acomodarme podré  
para ser su secretario.
- ALANO. Ocasión tienes, señor,  
porque yo sé que a Fernando,  
que su secretario era,  
riñendo ayer, le mataron;  
procura ocupar su puesto.
- D. LUIS. Hoy quiero a su primo hermano  
pedir carta de favor,  
y luego iré.
- ALANO. Ea, veamos,  
y salgamos de miseria,  
aunque el habitar palacios  
a veces es más miseria  
que ésta con quien peleamos. (Vanse.)

(Sale la DUQUESA SOLODORA, huyendo; y el PRÍNCIPE  
FEDERICO detrás de ella.)

- FEDERIC. Dulce causa de mis penas,  
ninfá hermosa de los bosques;  
Dafne ingrata, como esquiva,  
sol que a mis ojos te opones.  
Atalanta fugitiva,  
que huyes con pies veloces,  
sin que puedan engañarte (2)  
ni el oro ni mis razones.  
Fiera ingrata, que permites  
tan crueles sinrazones,  
que un triste príncipe muera  
a manos de desfavores.

Hermoso hechizo que encantas;  
dulce bien, cuyos favores  
apetecen mis deseos,  
y me niegan tus rigores,  
detén el ligero curso;  
mira parados los orbes  
a contemplar tu belleza,  
tus gracias y perfecciones;  
no me mates, dueño mío,  
porque ausente de tus soles  
todo es noche, todo es muerte,  
todo penas y dolores:  
tus desdenes me mataron,  
venciéronme tus amores;  
acaba con esta vida  
o remedia mis pasiones.

- SOLODOR. Huyendo voy, no te espantes,  
porque es a razón conforme  
que sólo vence el amor  
quien huye las ocasiones. (Vase.)

- FEDERIC. Árboles altos y verdes,  
que ya amorosos, ya tiernos,  
con las vides enlazadas  
dais amorosos ejemplos:  
plantas que alegres gozáis  
la frescura de este suelo,  
con que, a pesar del calor,  
conservais verdor eterno;  
flores que libres y hermosas  
sois retrato verdadero  
de aquella libre hermosura  
que me tiene tan sujeto;  
ríos que en cristales puros  
estáis sirviendo de espejos  
a vuestras floridas márgenes  
y a vuestros montes soberbios;  
fuentes que vais murmurando  
con susurro blando y tierno  
de esta ingrata que me deja  
sin alma, vida y sosiego;  
arroyuelos plateados  
que cruzáis el prado ameno  
sirviendo a su verde alfombra  
de brillantes rapacejos;  
fieras piadosas y blandas  
comparadas con el dueño,  
causa hermosa de mis quejas,  
dulce fin de mi deseo;  
mudos peces que os criáis  
a los argentados pechos  
de aquellos profundos ríos  
o de estos mares pequeños;  
avecillas que a la aurora

(1) Así en los textos: quiere decir «practicado».

(2) En los textos «engañarse» por errata.

con nunca aprendidos versos  
soléis dar los buenos días  
cantando tonos diversos;  
montes que en lo presumido,  
en lo arrogante y soberbio  
imitáis al mármol duro,  
que es para mí vivo fuego;  
duros peñascos, no tanto  
como aquella alma del suelo  
que desprecia mis cuidados  
y resiste a mis deseos;  
cerros altos, que pensáis  
taladrar los claros cielos  
con vuestras nativas fuentes (1),  
que son gigantes del suelo.  
Arboles, plantas y flores,  
ríos, fuentes y arroyuelos,  
fieras, peces y avecillas,  
montes, peñascos y cerros:  
¡justicia, que me han muerto  
ingratitude, rigores y desprecios!

CONDE. Cuidadoso me ha tenido  
todo el día Vuestra Alteza.

FEDERIC. Una singular belleza  
me trae, Conde, perdido.

CONDE. A tu valor y poder,  
¿qué hermosura hay que resista?

FEDERIC. La que mi gusto conquista,  
la que es bronce y no mujer.

CONDE. El tiempo, amor y porfía  
todo lo suelen rendir.

FEDERIC. También suele resistir  
al fuego la nieve fría.

Fuego ardiente y rayo fuerte  
fué mi amor cuando la ví;  
mas ella fué para mí  
hielo, nieve, mármol, muerte.

Su bello desdén me mata;  
un imposible conquisto,  
en vano el rigor resisto  
con que cruelmente [me] trata.

Ya desespera mi amor  
de verse, con sus ternezas,  
las terribles asperezas  
de su invencible rigor;  
ya tiene dominio en mí  
su belleza celestial.

CONDE. Señor, tu llaga es mortal,  
la hermosa causa me di.

FEDERIC. Oye.

CONDE.  
FEDERIC.

Di.

Ya sabes, Conde,  
que entre estas altas montañas  
ha días que me entretengo  
ejercitando la caza;  
sabrás, pues, que entre estos bosque  
encontré cierta mañana  
no sé si diga el aurora;  
en fin, una hermosa ingrata.  
Describirte su belleza  
o presumir retratarla  
fuera contar las arenas  
de las marítimas playas.  
Tal fué, que pudo rendirme  
en muy más breve distancia  
que suele el rayo temido  
herir las torres más altas.  
Olvidando mi grandeza,  
quise, humillado, ádarla;  
pero ella, desdeñosa  
de mis ternezas, se agravia;  
de mí huye, cual si fuera  
áspid libio o sierpe hircana;  
al paso que mis deseos  
alcanzarla procuraban.  
Creció amor con los desdenes,  
porque la privación causa  
más ardientes apetitos,  
más vivas y fuertes ansias.  
Iba perdido de amor  
siguiéndole sus pisadas,  
queriendo ser yo Hipomenes,  
si ella la esquivó Atalanta;  
mas, o fuese mi desdicha  
o su condición tirana,  
jamás pude eternecerla (1)  
ni con mi amor obligarla.  
Quedo, al fin, muerto de amor;  
réndile el culto y el alma;  
padezco amorosas penas  
sin saber la hermosa causa:  
mirad, Conde, si es razón  
que lamente mis desgracias,  
pues voy perdido por ella  
y no sé dónde alcanzarla.

CONDE. Sosiega, señor, tu pecho,  
que hoja a hoja y rama a rama  
buscaré en los altos bosques  
hasta ver quién es, y hallarla.

FEDERIC. Vamos, y los cazadores  
de este monte en las espaldas

(1) Así en los textos; pero quizá deberá leerse «altivas rocas» o cosa semejantes. Chorley enmienda «encinas fuertes» que no está mal.

1) En el manuscrito «enternecella», «obligalla», etc.

estén, en tanto que yo  
busco a quien me lleva el alma. (*Vanse*)

(*Salen la DUQUESA SOLODORA de caza.*)

DUQUESA. Amor es rayo invencible,  
amor es pena mortal,  
mal común y universal,  
fuego que quema invisible,  
amor es dolor terrible  
que penetra el corazón;  
amor vence a la razón;  
y con ser tal su poder,  
nunca amor puede vencer  
si le falta la ocasión.

Fatigada estoy de huir  
la ocasión que amor me daba (1)  
cuando, astuto, procuraba  
mi casto valor rendir.  
Necedad es proseguir  
haciendo rostro al amor;  
escapar de su rigor;  
el más seguro remedio  
es el poner tierra en medio  
para quedar vencedor.

(*Salen DIANA y ELENA de caza.*)

DIANA. Solodora.

DUQUESA. Hermana mía.

DIANA. ¿Cómo sin nosotras vas?

¿Cómo pensativa estás?

¿De qué es la melancolía?

DUQUESA. Tras de un venado corría  
que, en roja sangre bañado,  
de coral cubría el prado  
cuando a Federico vi  
tan cerca y junto de mí  
que pudo darme cuidado.

Con lisonja mentirosa  
me dijo tiernos amores,  
y yo, armada de rigores,  
le respondí desdeñosa;  
tratóme de rigurosa,  
ingrata, dura y cruel;  
pero yo a mi honor fiel,  
mostré valor y firmeza,  
y con diestra ligereza  
huyendo me escapé de él.

Amor es una locura  
que quita la libertad  
y pone la voluntad  
en cárcel pesada y dura;  
no quiero tal desventura,

sólo quiero mi albedrío,  
gozar prado, monte y río  
y de las frescas riberas  
disminuyendo las fieras  
aumentar el gusto mío.

DIANA. Mil años goces, amén,  
de esa libertad dichosa;  
no soy yo tan venturosa,  
no merecí tanto bien;  
Tú le tratas con desdén,  
y yo, a sus partes rendida,  
callando pierdo la vida,  
pues jamás le he declarado  
que es causa de mi cuidado  
y que es mi dulce homicida.

DUQUESA. Resiste, querida hermana,  
con casto y honrado pecho; (1)  
y [a] una pasión tirana  
nunca te muestres liviana.  
Toma buen ejemplo en mí,  
que, rogada, resistí,  
porque los hombres rogados  
burlan de nuestros cuidados,  
y así burlarán de ti.

DIANA. Tus consejos seguir quiero.  
Mas no haré tal, a fe mía. (*A parte.*)  
Que en mi amorosa porfía  
traza y modo hallar espero  
para que del mal que muero  
descubra el grave dolor  
sin que el honor y temor  
puedan detenerme un paso,  
que callar el mal que paso  
ya es demasiado rigor.

*Salen DON LUIS DE BAVIERA y ALANO, pobremente  
vestidos.)*

ALANO. Que un mercader bergamasco  
que ayer un cuitado fué  
y hoy con dinero se ve  
vaya en coche hecho un don Vasco  
y vaya un honrado a pie.

Que el médico que curó  
de la bolsa la hinchazón  
vaya en mula hecho un poltrón  
y a lo podenco yo  
cosas insufribles son.

Rendido estoy, ¡vive Cristo!  
y no de burlas cansado.

D. LUIS. Habla a tiento y con cuidado,  
que en aquella fuente he visto  
la Duquesa.

(1) En el manuscrito «que amor rodeaba»

(1) Falta un verso después de éste en ambos textos.

ALANO. Ya he pensado  
en una traza muy buena  
con que quedemos honrados.

D. LUIS. Tus cascos disparatados  
temo.

ALANO. No, que es luna llena (1)  
y así están fortificados.  
Va de traza; yo me llego (2).  
(A la DUQUESA y DIANA.)

Soles que fijos estáis  
y a esta fuente le dais  
con vuestros ojos tal fuego  
que las corriente secáis.

Pues vuestros ojos serenos  
son espuelas del amor,  
las que perdió mi señor,  
que eran de rubíes muy buenos,  
¿habránlas visto?

ELENA. Humor  
tiene el hermano lacayo.

D. LUIS. Necio, apártate allá.

ALANO. ¿Eso por paga me da  
de andar con basca y desmayo  
por su espuela?

D. LUIS. Basta ya.

Vuecelencia oiga las desdichas mías,  
y cómo con los días  
tal vuelta da la rueda de fortuna;  
que no hay firmeza alguna  
en el mundano bien ni en la riqueza,  
pues viene sin sentirse la pobreza.

Estados y riquezas poseía  
con gala y bizarría;  
mi nobleza y riqueza campeaban;  
todos me respetaban  
y mis cosas lucían de mil modos,  
porque por rico me adulaban todos.

Don Luis de Baviera era entonces;  
mas ya que de los bronceos  
de los nobles me borra la pobreza,  
estoy en tal baja  
que de aquella pasada vanagloria  
apenas ha quedado la memoria.

Con un pleito perdí la hacienda toda,  
mas no la sangre goda  
que ilustra mis paternos ascendientes;  
desdichas eminentes  
sin temporales bienes me dejaron,  
pero con mi desdicha no acabaron.

Pobre, desarrapado y abatido;  
desestimado, afligido,  
vergonzoso me postro a su presencia  
pidiendo a vuecelencia  
me honre con hacerme su criado;  
porque en mis males quede consolado.

De vos me amparo; [vos] seréis mi arrimo.  
Aquí de vuestro primo  
esta carta de favor traigo, señora;  
por él merezca ahora  
de su casa ocupar algún oficio,  
porque mi vida emplee en su servicio.

DUQUESA.

Alzad del suelo, noble caballero;  
sin ver la carta quiero yo estimaros,  
pues por [ser de] mi sangre y vuestras partes  
de que honréis mi casa debo honrarme;  
mi secretario sois.

DON LUIS.

Beso tus plantas  
por tan grande merced no conocida. (1)

DUQUESA.

Vuestras desdichas siento como propias.

DON LUIS.

Ya son venturas, pues tal fin tuvieron  
y tan dichoso amparo merecieron.

DUQUESA.

Cese la caza, volvamos a mi casa, (2)  
que quiero trocar en armas el ocio. (3)

ELENA.

Los coches, las literas y criados  
en aquel verde llano nos esperan.

ALANO.

Arrodillado pido a Vuecelencia,  
antes que se tripule de mis ojos,  
que un rincón de su casa me acomode,  
donde me sobrára gusto y consuelo,  
pues adonde está el sol sin duda es cielo.

DUQUESA.

Sirviendo a don Luis podréis servirme.

ALANO.

Vivas más años que un suegro

(1) En los textos dice «nueva» que no consuena con «buena».

(2) En los textos «arriesgo» que no rima con «fuego».

(1) Así en los textos: Será «no merecida», aunque este pasaje está viciado, como se ve por la falta de rima.

(2) Verso largo; quizá sobre el «mi».

(3) Verso errado: quizá «que quiero ya trocar armas en ocio».

a quien un desdichado ha de heredarle,  
más que una torre, plaza o calle. (*Vanse.*) (1)

(Sale FEDERICO, Príncipe de Hungría.)

PRÍNCIPE.

Flaco, amarillo, lánguido y sediento  
tiene el enfermo ardiente calentura;  
con vivas ansias su salud procura,  
que es el último fin de su contento.

Con discursivo y alto entendimiento  
el fisco (2) de su mal la causa apura;  
empieza luego la difícil cura  
y con celeste favor logra su intento.

La enfermedad más fiera y detestable  
si su maligna causa bien se explora,  
entendida una vez, será curable;

pero mi cruel mal que el alma llora  
sin duda alguna es irremediable,  
pues que la dulce causa de él se ignora.

¡Hola!

(Sale un criado.)

CRÍADO.

Señor.

PRÍNCIPE.

Traed luego,

que quiero leer un rato  
a Ovidio. (*Vase el criado.*)

¡Oh, amor ingrato,  
y cómo abrasa tu fuego!  
Con razón te pintan ciego,  
pues que siempre a ciegas vas,  
casi tropezones das  
locos y desconcertados  
con que a veces tus cuidados  
suelen dar pasos atrás.

(Sale un criado, dale el libro y vase.)

Vos, médico del amor,  
pues tanto en amor sabéis,  
¿qué remedio me daréis  
para su pena y dolor?  
Un ingrato disfavor  
de una beldad celestial  
me tiene casi mortal;  
busquéla, mas no la hallé;  
que como es ángel, se fué  
a sus globos de cristal.

Diréis, astuto y sagaz,  
que es el remedio olvidar,

(1) Este pasaje está muy alterado. Los dos últimos versos pudieran ser:

a quien un desdichado ha de heredarle;  
más que una torre, que una plaza o calle.

(2) Este verso quizá deba decir: «el físico en su mal la causa apura».

pues no la puede alcanzar  
mi deseo pertinaz.

Con poético disfraz  
tres medios aquí me dais,  
mas vos no consideráis  
que si el amor es Dios,  
será eterno, y que así vos  
en vano su fin buscáis.

Vos propio os contradecís,  
pues al amor dios hacéis  
y acabar con él queréis;  
ved qué herejía decís  
y que en vano presumís  
con vuestro consejo vano  
vencer el amor tirano;  
pues el amor decís vos  
que es un poderoso dios  
yo soy (1) vos un hombre humano.

Quedad convencido, (2)  
corrido y arrinconado.

(Deja el libro y sale un criado.)

¡Hola!

CRÍADO.

Señor.

PRÍNCIPE.

Mi cuidado  
me tiene casi rendido,  
desatinado y perdido;  
la música al punto venga  
para que un rato entretenga  
y engañe las penas mías;  
que a mis amantes porfías (*Aparte.*)  
no hay cosa que más convenga.

(Salen Músicos.)

MÚSICOS. ¿Empezaremos, señor?

PRÍNCIPE. Empezad; pero advirtiéndolo  
que no me enfadéis templando.

MÚSICOS. Ya tu gusto obedecemos.

(*Cantan.*) «Ardiéndose estaba Troya,  
cimientos, torres y almenas,  
que el fuego de amor a veces  
abrasa también las piedras.  
¡Fuego, fuego!, dan voces; ¡fuego!

[suena,

y sólo Paris dice: «abrasc a Elena.»

PRÍNCIPE. Baste ya, porque es verano,  
y es la letra del invierno;  
pues para aplacar el frío  
tiene sobrados los fuegos.  
Id con Dios. ¡Hola!

(1) Así en los textos: quizá sea «y vos sois un hombre humano»; o bien «y yo soy un hombre humano».

(2) Verso incompleto.



CRIADO. Señor.

PRÍNCIPE. Llamad presto al Conde Aurelio.

CONDE. No es menester, pues que ya yo propio a servirte vengo.

PRÍNCIPE. ¡Ay, Conde, sin alma estoy, sin gusto, vida y sosiego! Imposible es olvidar aquel esquivo desprecio; sin duda que en los pies tuvo la ligereza del viento, pues que con buscarla tanto no la hallamos.

CONDE. Lo más cierto era que era alguna dama de algunos pueblos bien lejos que vino a cazar amores con saetas de ojos bellos y al punto debió volverse, que de otra suerte yo creo que nosotros la encontraríamos si fuera átomo pequeño.

PRÍNCIPE. Fué cárcel de mi albedrío, de mi corazón incendio, es norte de mis sentidos y fin de mis pensamientos.

CONDE. Con la prudencia reporta la furia de tus deseos, y escoge para alegrarte algunos divertimientos.

PRÍNCIPE. Ahora lo procuraba, mas son perdidos remedios, porque la imaginación es enemigo casero; pero vamos al jardín, donde su retrato bello me representan las flores, con que a veces me consuelo.

CONDE. Vamos, que para el amor el más seguro remedio es descuidar la memoria o buscar nuevos empleos. (*Vanse.*)

(Sale DON LUIS DE BAVIERA y ALANO, lacayo.)

D. LUIS. En verdad que estoy molido de escribir y despachar.

ALANO. No hay vivir sin trabajar; estándose al sol tendido no se gana de comer; si sin comer se pasara el trabajo se excusara, pues no fuera menester; pero ya es cosa forzosa para que los hombres vivan

que todos los miembros sirvan a la boca licenciosa.

Diz (1) que un día se enfadaron los miembros del cuerpo humano con la boca, mas en vano contra ella se conjuraron; porque si bien todos juntos le negaron el sustento, pagaron su atrevimiento enflaqueciendo por puntos.

Al fin es paso forzoso el comer para vivir, y para comer, servir a este agujero goloso; pero dejando esto aparte, diga, ¿con el nuevo estado tiene algún nuevo cuidado de aquellos que amor reparte?

Mas sí tendrá, porque apenas vi secretario en comedia que sin temer su tragedia no estuviese a manos llenas amante y favorecido de la tal Reina o Duquesa, aspirando a grave empresa con pensamiento atrevido; y así, por cumplir ahora con la ordinaria corriente ya estará de amor doliente por causa de su señora.

D. LUIS. Confieso, Alano, que estoy admirado y suspendido, y que arroyo detenido en prisión de hielo soy; porque es cosa natural apetecer la belleza, pero acobarda mi empresa el verme tan desigual, y así dudo, peno y ardo, y si alguna vez la miro, por desigual me retiro y por pobre me acobardo.

ALANO. Afuera, vil cobardía, que en comedias jamás vi un secretario que así tuviese la lengua fría; antes, todos atrevidos, suelen echarse al través y apenas se pasa un mes cuando pasan a maridos;

(1) En el impreso dice «Dos»; pero en el ms. está bien.

comedia tu amor parece,  
haz, pues, que en esto lo sea.  
D. LUIS. El corazón lo desea;  
pero a la razón se ofrece  
que los nobles han de ser  
leales a sus señores;  
y ponerme yo en amores  
y mi dueño pretender,  
arguye deslealtad,  
y así, muera mi deseo  
y desista de su empleo  
mi altanera voluntad.

ALANO. Pues en eso das, señor,  
buscando entretenimientos,  
divierte tus pensamientos.  
De noche se gasta humor  
en la corte, y todo es fiesta;  
vámonos a divertir.

D. LUIS. Tu voto quiero seguir;  
vestido de noche apresta. (*Vanse.*)

(*Sale la DUQUESA SOLODORA y DIANA, su hermana.*)

DIANA. Contenta y pagada estás  
de tu nuevo secretario;  
guarda que el niño voltario  
no te coja.

DUQUESA. Es por demás  
pensar que yo me sujete  
al fuego loco de amor.

DIANA. Tanto alaba (1) su valor,  
sus principios.

DUQUESA. Calla, vete;  
que estoy corrida en verdad  
de verte, hermana, tan necia,  
que de quien un Rey desprecia  
piensas tanta liviandad.

DIANA. Por eso el amor es ciego:  
porque lo peor escoge.

DUQUESA. Si no quieres que me enoje,  
que amaines las velas, ruego,  
de tan necio porfiar,  
que no lo puedo sufrir.

DIANA. Sólo quise discurrir,  
pero no quise enojar.

No es tan grande mi pecado  
para darte tanta pena:  
conozco que es tan (2) ajena  
del amoroso cuidado;  
pero a veces suele amor  
volver esas esquivieces (3)

en ruegos, llantos, ternezas,  
en dulzuras y favor;  
y así, no digas, hermana,  
de este agua no beberé.

DUQUESA. Yo de mi firmeza sé,  
que no soy caña liviana  
que a cualquier viento me mueva.

DIANA. Procura perseverar,  
y podrásle bien gloriar  
de una cosa que es tan nueva,  
como hallar una mujer  
que exenta del amor viva.

DUQUESA. Suele la hiedra lasciva  
los olmos apetecer;  
pero la rosa olorosa,  
de sus espinas murada,  
resiste bella y honrada  
a la mano licenciosa.

Mis desdenes y rigores  
a atrevidos acobardan,  
y con firmeza me guardan  
en los peligros mayores;  
pero esto quédese aquí;  
veamos qué dice Elena.

(*Sale ELENA.*)

DIANA. Nueva buena (*A parte.*) (1)  
no puede traerme a mí,  
que un mar de desdichas soy,  
pues amo a quien me aborrece.

ELENA. Ser día la noche ofrece,  
según lo que oyendo estoy.

DUQUESA. ¿Qué dices?

ELENA. Oigan, señoras,  
el contento y regocijo  
con que la Corte celebra  
un hecho de bronces digno:  
El turco, audaz y feroz,  
que, en efecto, es mal vecino  
y enemigo capital  
del fuerte Rey Alarico,  
envidioso de sus glorias,  
con ánimo vengativo,  
forma un poderoso campo,  
de sus arrogancias hije;  
jura destruir la tierra  
y amenaza, presumido,  
correr aquestas campañas  
con sus jinetes altivos.  
Tanta muchedumbre junta  
de aquellos perros inicuos,

(1) Así en los textos; pero debe ser «alabas».

(2) Deberá ser «estás».

(3) La rima pide «esquivezas» como también se decía entonces.

(1) Verso incompleto. Quizá diría algo al entrar Elena, como «Traigo nuevas» o cosa parecida.

que cuando beben agotan  
los más caudalosos ríos.  
Pero Dios, que siempre oye  
de sus pueblo los gemidos,  
y que, como amigo fiel, (1)  
nunca falta en el peligro,  
al Rey de Hungría inspiró  
que con corazón invicto,  
en su piedad confiado,  
salga contra el enemigo;  
salió con diez mil infantes  
armados y prevenidos,  
y con cuatro mil caballos,  
con los cuales ha vencido  
de aquella canalla fiera  
número muy infinito.  
Cuarenta mil son los muertos,  
sin los que quedan cautivos;  
de los del Rey, sólo ciento  
merecieron del martirio  
la laureola dichosa,  
el premio de sus servicios;  
al fin fué una gran victoria,  
con quien el cielo propicio  
mostró cómo su potencia  
castiga a los atrevidos;  
y así, para celebrarla,  
después de haber bien cumplido  
con la obligación cristiana  
debida a tal beneficio,  
ordenan fiestas y máscaras,  
luminarias, regocijos.  
Toda esta noche se abrasa  
con fogosos artificios;  
no queda criado en casa;  
todos, señora, se han ido  
jurando de no volver  
hasta haber las fiestas visto.

DUQUESA. Bien a fe, mas no me espanto;  
excusado es el decirlo,  
porque el deseo de ver  
obliga a mil desatinos.  
Vamos, hermana, que quiero,  
consultándolo contigo,  
buscar traza para ver  
las fiestas que ha recibido (2).  
ELENA. Vamos a ver esta noche  
vuelta en día de Juicio,  
pues se ha de abrasar la corte  
encendida en fuegos vivos. (*Vanse.*)

(*Suena música y salen algunas máscaras. La una de «español» y la otra de «indio», y el tercero de «flamenco», el cuarto, de «negro», y dos pajes con hachas encendidas.*)

D. LUIS. Las luminarias empiezan.  
ALANO. Y una máscara también,  
si no me miente el deseo,  
viene con gusto y placer.  
(*Cantan.*) «El moro cautivo llora;  
cuando Hungría celebra la victoria,  
flamencos, indios y negros,  
y la nación española,  
risueños bailando muestran  
sus alegrías notorias;  
y el moro cautivo llora.»

(*Entranse las máscaras cantando y bailando.*)

D. LUIS. Muy buena ha sido la máscara.  
ALANO. Muy buena fué, por mi fe;  
¡oh, buen Baco!, a ti se debe  
este festivo entremés;  
en tus fiestas se origina; (1)  
tu fuiste la causa del;  
vivas coronado de uvas,  
que siempre vino te den.  
D. LUIS. Pasemos a esta otra calle.  
ALANO. Vamos, que es cosa de ver  
fiestas y luminarias  
y sus tabernas también. (*Vanse.*)

(*Salen la DUQUESA, DIANA y ELENA, con mantos tapadas.*)

DUQUESA. Tapémonos bien, hermana,  
no nos puedan conocer;  
que en verdad que el venir solas  
mucho atrevimiento fué.  
DIANA. No fué sino bizarria.  
DUQUESA. Dios permita pare en bien,  
que del pesar suele a veces  
ser vísperas el placer.  
DIANA. Deja pronósticos vanos,  
mira la ciudad arder,  
y en el amor abrasada  
de su magnánimo Rey.  
DUQUESA. Por esta calle de enfrente,  
de gente viene un tropel,  
y tápate bien, Diana.  
DIANA. No tienes de qué temer.

(*Sale el PRÍNCIPE, el CONDE AURELIO y criados, de noche.*)

CONDE. Un corrillo de mujeres  
para el gusto brindis es.  
PRÍNCIPE. De esta vez quiero probar  
si decir algo sabré. (*A la Duquesa.*)

(1) En el impreso «file» por errata.

(2) Así en los textos; pero será «referido».

(1) En el impreso «originó» que alarga el verso.

Cuando sobra tanta luz,  
nunca ser noche pensé;  
si el sol no viera escondido,  
como por mi mal se ve;  
salgan esos bellos rayos,  
por que la noche alegréis;  
desenvainad esa espada,  
y yo muerto quedaré.

DUQUESA. Muy tierno sois, a fe mía,  
pues no se escapa mujer,  
ni en la ciudad ni en los montes,  
a quien vos no requebréis.  
Andad con Dios, hermano,  
que yo soy de parecer  
que pues requebráis a tantas,  
ninguna debéis querer.

PRÍNCIPE. ¡Ah!, Conde, ¿no advertís esto?  
Sin duda esta mujer es  
la que me trae perdido.

CONDE. ¿Pues qué pretendes hacer?

PRÍNCIPE. Sígueme y verás la traza  
con que amor suele vencer  
los rigores de una ingrata  
y la fuerza de un desdén. (*Vanse.*)

(*Salen DON LUIS y ALANO, lastayo.*)

ALANO. (*a Diana.*) Hermosura amortajada,  
retablo de la cuaresma,  
huevo cuya dulce yema  
está siempre encarcelada,  
rompe esa cáscara vana,  
deja esta mortaja triste,  
y con tu belleza embiste  
toda criatura humana;  
pues cara de Pascua tienes,  
ponte, mi bien, de alcluya,  
vea yo aquea red tuya  
con que ya a pescar vienes.

D. LUIS. (*a la Duq.*) Pues en todo sois divina,  
porque os trate como a tal,  
de esa imagen de cristal  
corred muy bien la cortina.

ALANO. (*a Diana.*) Privación que aumento das  
a mi fogoso apetito,  
tesoro casi infinito  
que de mí escondido estás;  
si ser cavado no quieres  
hasta lo hondo de tu centro, (1)  
si fantasma o mujer eres:

DIANA. Apártese allá el tontón.

(*Dale un bofetón.*)

ALANO. Sin ser obispo, confirmas;  
y de tu mano lo firmas  
con letras de un bofetón;  
voto a tal falsa tapada,  
que de este agravio, en venganza,  
he de pasarte la panza  
con una dulce estocada.

D. LUIS. (*a la Duq.*) Mirad que es traición (1)  
quitarme el alma y la vida  
sin ver la mano homicida.

DUQUESA. Ahora no hay ocasión;  
mañana palabra os doy  
que yo con vos me veré.  
Ya ninguna luz se ve,  
aquí con cuidado estoy;  
y así, con vuestra licencia,  
irme quiero a recoger;  
mañana me habéis de ver;  
no es largo el plazo, paciencia.

CRIADO. Yo siempre escuchando estoy, (2)  
no dudes que aquestos son.

(*Salen el PRÍNCIPE, el CONDE con máscaras y embozados como de noche.*)

PRÍNCIPE. Prometo que en este fuego,  
Paris de esta Elena soy.

(*Llégase el CONDE a DON LUIS, y dice.*)

CONDE. Hora es ya de que se acuesten;  
galanes, vayan con Dios,  
que con estas tres hermosas (3)  
tengo un poco que hablar yo.

ALANO. Lo que una vez agarramos,  
nunca lo dejamos, non;  
y ansina, váyanse en paz,  
si no, con ésta les doy.

CONDE. Piquen ya y no me enfaden,  
si no quieren que a los dos  
los despida a cintarazos.

D. LUIS. Muy necia máscara sois,  
y para de burlas, sobra  
vuestra atrevida razón.

CONDE. Ahora lo sabréis presto  
si burlas o veras son;  
¡hola!, llevad las mujeres,  
mientras a este fanfarrón,  
porque otra vez no replique,  
la lengua le corto yo.

(*Meten mano, y riñen.*)

(1) Verso incompleto; quizá diría: «Mirad que es grande traición.»

(2) Falta algo en este lugar.

(3) Antes sólo había nombrado a dos. Vendría con ellas Elena, que, en efecto, habla algo después.

(1) Falta un verso a esta redondilla.

D. LUIS. Villanos, aunque sois muchos,  
he de atropellaros yo,  
y defender de estas damas  
la hermosura y el honor.

CRIADO. No es hombre, sino demonio.

D. LUIS. Furia del infierno soy  
para castigar, cobardes,  
a vuestra infame traición.

*(Entranse acuchillando.)*

ALANO. Yo no quiero ser cobarde,  
y así, a atrincherarles voy;  
aguarden, reinas, que vuelva  
cual otro Cid vencedor.

*(Mete mano, y éntrase.)*

DIANA. Que los cobardes huyeron,  
y con uno que quedó  
Don Luis sale riñendo.

DUQUESA. ¡Qué nobleza y qué valor!  
reconózcome obligada.

DIANA. Y con muy justa razón,  
pues defendió nuestras vidas  
y libertó nuestro honor.

*(Salen el PRÍNCIPE y DON LUIS riñendo.)*

PRÍNCIPE. Hombre, ¿por qué me persigues?  
¿no lograste tu intención?  
¿las mujeres no libraste?,  
¿qué quieres?

D. LUIS. Saber el autor (1)  
de esta traición villana.

PRÍNCIPE. Nobleza el cielo me dió;  
moriré antes que lo diga.

D. LUIS. Muere, pues, falso ladrón.

DUQUESA. En lo oscuro de esta calle,  
con tímido corazón,  
los fines quiero esperar  
de esta dudosa cuestión.

PRÍNCIPE. ¡Ay de mí!, qué gran desdicha!  
La espada se me rompió.

D. LUIS. Tu desdicha fué ventura,  
pues que de mí te libró;  
jamás con los desarmados  
aquesta espada cortó.  
Vete en paz, con que primero  
sepa yo de qué traidor  
he de guardarme mañana.

PRÍNCIPE. Tu nobleza me obligó,  
quiero descubrirme y ser  
tu amigo fiel desde hoy. *(Descúbrese.)*  
Vesme aquí: ¿Conócesme?

El Príncipe de Hungría soy,  
que emprendí este desatino  
perdido y loco de amor.

*(Arrodíllase y echa la espada a sus pies.)*

D. LUIS. Perdóneme vuestra Alteza.

PRÍNCIPE. Premios, y no perdón,  
merecen vuestra nobleza,  
vuestras partes y valor.  
Levantad, venid conmigo,  
que de hombres como vos  
se deben honrar los Reyes

D. LUIS. No merezco tal favor.

PRÍNCIPE. La mitad de mi corona  
de vuestra noble (1) acción  
ha de ser escaso premio.  
Seguidme.

D. LUIS. Obediente voy. *(Vanse)*

ELENA. Sin secretario quedamos,  
ya el favor le trasplantó.

DUQUESA. El ver que será su aumento,  
consuela el perderle yo,  
que de otra suerte sintiera  
en el alma y corazón  
el perder tal caballero,  
que es muro de nuestro honor.

*(Sale ALANO con una espada desnuda.)*

ALANO. Polvoroso y sangriento,  
valiente, fuerte y feroz,  
vengo de matar cansado  
a ver si mi amo llegó;  
no está aquí, las damas, sí,  
que como estafermo son,  
aguardan que alguna lanza  
les dé sabroso encontrón.  
Hermosas, las que sois causa  
de este niño batallón,  
digan, ¿han visto a mi amo  
por qué calle se coló?

DUQUESA. En palacio lo hallaréis.

ALANO. Pues adiós, que yo me voy  
a mudarme la camisa,  
porque muy sudado estoy. *(Vase.)*

DIANA. Vamos, que es tarde.

DUQUESA. Vamos,  
y nunca viniera yo, *(Aparte.)*  
pues un cuidado que nace  
me da sospechas de amor.

(1) Así en los textos: mejor sería para el verso «no-  
table».

(1) Verso largo. Quizá diría: «Ver el autor.»

## JORNADA SEGUNDA

*(Sale la DUQUESA SOLODORA sola.)*

DUQUESA.

Yo que en fiera a las fieras excedía;  
yo que ternezas con desdén pagaba;  
yo que amada libertad gozaba;  
yo que en dura, con bronceos competía.

Yo la parra del olmo dividía,  
porque dulces amores retrataba;  
yo que ejemplo de firmeza daba;  
yo que el amor juzgaba cobardía.

Yo que burlé de la amorosa herida;  
yo que regí (1) la simulada muerte,  
de amantes con razón encarecida.

Yo que presumí, ¡oh, falso amor!, vencerte,  
¿he de estar a tu gusto tan rendida?  
Muy flaca es la mujer, o tú muy fuerte.

*(Sale DIANA.)*

DIANA.

Muy flaca es la mujer, o tú muy fuerte,  
tirano amor, ingrato y fementido,  
pues rindes mi valor con un olvido,  
que ya es mi vida y ha de ser mi muerte.

¡Oh, fuerza de estrellas; oh, esquivada suerte,  
cuyo fiero rigor ha permitido  
que yo ofrezca mi corazón rendido  
a quien su oído de mi voz divierte!

Si sin correspondencia amor no crece,  
¿cómo es ahora tan gigante el mío  
que intenta con Altezas oponerse?

Atrevimiento parece y desvarío,  
y asina lo mejor fuera vencerse,  
para vencer de amor el desafío.

*(Sale ELENA.)*

ELENA.

Para vencer de amor el desafío,  
quise armarme de ocupación honesta;  
y asina, codiciosa y muy compuesta,  
a abordar comencé un claro río.

Tan al vivo retraté su cristal frío,  
que mirando sus primores una siesta, (2)  
el verle pudo darme sed molesta,  
cosa que así (3) sabe a desvarío.

Dije yo entonces: «si esto, que es pintado,  
puede moverme el gusto y apetito,  
un hombre de buen tallo y bien hablado,  
y si de liberal tiene un poquito,

(1) Así en los textos: será «yo que reí».

(2) Verso largo.

(3) Así en los textos: probablemente «casi».

¿a qué fría mujer no da cuidado  
y a qué honrilla no pondrá en conflicto?»

DUQUESA. ¡Oh, Diana!

DIANA. Hermana mía.

DUQUESA. ¿En qué se entretiene el día?

DIANA. Divertía el corazón  
de una amorosa pasión  
que en acabarme porfía.DUQUESA. Gran tirano es el amor  
de las almas y las vidas;  
mas do preside el honor,  
quedan sus fuerzas vencidas  
y conocido su error.

Mira atenta sus engaños,  
sus mudanzas, penas, daños,  
y que es su gusto aparente,  
con que pisarás su frente  
armada de desengaños.

DIANA. Lo mejor es no tratar  
de cosa que de amor sea,  
y procurar olvidar,  
pues lo que el alma desea  
no lo merece alcanzar.ELENA. Dicen bien, y así, si quieren  
y atento oído me dieren,  
sin suponer falsa glosa,  
les contaré una cosa  
que gustarán si la oyeren.

DUQUESA. Di.

ELENA. Esta mañana  
topé con Alano,  
que iba muy erguido,  
ufano y bizarro;  
dile un empuellón,  
y él, muy a lo bravo:  
«¿No sabe quién soy?  
¿Sabe que soy yo  
caballero honrado,  
y sabe que ya  
es Duque mi amo?»  
Yo, pasmada entonces  
de tan nuevo caso,  
por saberlo todo,  
descubríme el manto;  
él, viendo mi rostro,  
grave y mesurado,  
empezó a decirme  
lo que iré contando.  
Dijo (1) que Federico  
el reino ha heredado,  
y que a Don Luis

(1) Así en los textos; pero como el verso es largo habrá que leer: «Diz».

estima ya tanto,  
que con él reparte  
de su reino el mando.  
Que él es quien gobierna,  
que es su privado;  
que le ha dado juros,  
títulos, estados,  
y que hoy le hizo Duque  
por más encumbrarlo.  
Yo juro que, ahora,  
nuestro secretario  
nos pierde de vista,  
pues está tan alto.

DUQUESA. Es noble y agradecido,  
y asina dél no presumas,  
que intentará (1) más espumas.

DIANA. No, que es muy reconocido.

ELENA. Tenéis sobrada razón,  
porque ahora me acuerdo [yo]  
que cuando el Rey le premió  
aquella noble (2) acción.  
Luego la propia mañana  
cortés vino a despedirse;  
y así no es bien presumirse  
vileza de él tan extraña.

(Sale un PAJE.)

PAJE. Con gran pompa y aparato  
viene el Duque de Viena,  
y para entrar sólo aguarda  
que se le diese licencia.

DUQUESA. Di que entre. (Vase el PAJE.)

¿Qué Duque es éste?

ELENA. Es Don Luis de Baviera,  
el que era tu secretario  
y ya a Hungría gobierna.

(Sale DON LUIS DE BAVIERA, muy galán, y acompaña-  
miento, y ALANO, de gala; hagan su cortesía; váyase el  
acompañamiento.)

DUQUESA. Tanto favor, señor Duque.

D. LUIS. No es sino torzosa deuda,  
que yo no puedo pagar  
y vengo a reconocerla.

DUQUESA. ¡Hola!, sillar; en verdad,  
que vengo a estar tan contenta,  
que yo propia a mí me doy  
de este bien la enhorabuena.

(Siéntense, y hechas las cortesías, ALANO se arrodilla a  
los pies de DIANA y ELENA.)

D. LUIS. ¡La sangre que tengo suya

sale al rostro de vergüenza  
viendo que a este su criado  
honra tanto Vucelencia.  
ALANO. Y ellas ¿no me dicen nada?  
¿de este gusano de seda  
no agradecen la visita?  
¿Mi airoso talle no aprecian?  
¿No saben cómo subí  
por la mundana escalera  
a ser bufón de palacio  
y que todos me respetan?  
El Rey se ríe conmigo,  
para mí no cierran puerta;  
si como quien soy me estiman,  
juro de hacerlas Condesas.

D. LUIS. ¿Tanta ha sido mi ventura,  
que merecí defender  
una divina hermosura  
con este humano poder?

DUQUESA. Eso es la pura verdad;  
las que defendisteis eran  
mi hermana y yo, y así  
os debemos esa empresa.

D. LUIS. Obligación fué esa mía.

DUQUESA. Fué acción de vuestra nobleza,  
ánimo, valor y partes.  
aquella honrada defensa.

Confieso que la agradezco,  
y para pagar quisiera  
que mis partes fueran más  
o menos fueran las vuestras;  
creed de mí que os estimo.

D. LUIS. Daréis ocasión pretenda  
con merced tan soberana  
a adorar vuestra belleza;  
que si temí, por indigno,  
y me sube a tanta alteza  
vuestro divino favor,  
no es mucho que al sol me atreva.

DUQUESA. De mí puedo aseguraros  
una fiel correspondencia;  
que a quien le debo el honor  
no es justo que ingrata sea.

D. LUIS. Juro por la luz hermosa  
de esas dos claras estrellas  
de ser siempre vuestro esclavo,  
fiado en esas ternizas.

DUQUESA. Muy pocas veces los hombres  
cumplís de amor las promesas;  
el tiempo será el crisol  
de aquestas lisonjas vuestras.

(Hablan ALANO, ELENA y DIANA.)

(1) En los textos por errata «intentaua».

(2) Verso corto. Deberá leerse «notable».

ALANO. En efecto, reinas mías,  
están tiesas y protervas;  
a lo grave y desdeñoso  
de sus favores me niegan;  
pues juro por la inconstancia  
de esa mujeril flaqueza,  
por los untos que relucen  
en esas caras de tienda  
de que he de irme a cenar  
luego que la noche venga  
y que jamás han de verme,  
si acaso se vuelven ciegas.

(*Hablan DON LUIS y la DUQUESA.*)

D. LUIS. Obligaciones forzosas,  
causándome dulce pena,  
me privan de esa hermosura;  
perdóneme Vuecelencia.

DUQUESA. Cumplid con las que tenéis.

D. LUIS. Será mi firmeza eterna.

DUQUESA. Y yo prometo pagaros  
con esa propia moneda.

(*Vanse poco a poco haciendo las cortesías.*)

ALANO. Yo desde ahora seré  
no lacayo de comedia,  
si bien quiero ser bufón,  
porque en todo me entrometa;  
que al fin entre ser bufón  
por aquellas salas regias  
algo tiene de verdad,  
y no es tanta impertinencia  
como que un rascacaballos  
siempre con Reyes se meta;  
y, adiós, señores míos,  
porque se va la recua. (*Vase.*)

(*Salen el CONDE AURELIO y el MARQUÉS FADRIQUE.*)

MARQUÉS.

Con razón os quejáis, Conde,  
de que olvide el Rey vuestros servicios  
y [de] que un hombre apenas conocido  
a lo alto se suba de su cielo;  
yo también, en verdad, estoy corrido  
de verle a tantos buenos preferido.

CONDE.

Es fuerte cosa que un escuderrillo (1)  
por su mano gobierne a Hungría toda.

MARQUÉS.

Mudanzas tiene la fortuna varia.

(1) En el impreso «escudillero» y en el ms. «escadri-  
llero».

Faetontes suelen ser estos privados.  
El morirá, como otros, despeñado,  
humillado, abatido y castigado.

CONDE.

No sé qué odio natural me incita  
a aborrecer a aqueste nuevo Duque.

(*Salen DON LUIS y ALANO.*)

DON LUIS.

El Conde Aurelio y el Marqués Fadrique  
son éstos, [que] de mí están murmurando.  
¡Oh, envidia, cómo a la privanza sigues,  
pues ya con tus malicias (1) me persigues!

Escucharé, pues da lugar la noche,  
para saber qué queja de mí tienen.

CONDE.

Estimarne solía Federico,  
y después que don Luis entró en palacio  
ya estoy muerto en su memoria.

ALANO.

Envidia es toda esta historia. (2)

CONDE.

A fe que si mi industria vale, (3)  
don Luis perderá del Rey la gracia.

MARQUÉS.

En todo estaré, Conde, propicio.

CONDE.

Conozco el valor de aqueste pecho;  
mas vamos, que tal vez oyen las calles.

MARQUÉS.

Vamos, que es tarde. (*Vanse.*)

ALANO.

Desenvaina y dalles;  
si no yo voy y a fe de pobre mozo,  
que les estuche a puras cuchilladas.

DON LUIS.

Sosiega, Alano, que estos enemigos  
con diferente traza han de vencerse;  
primero a lo cortés quiero obligarles,  
y después, si porfían, castigarles.

(1) En el ms. dice «pesares».

(2) Pasaje incorrecto; los dos últimos versos son  
cortos.

(3) Verso incompleto; pero como los anteriores fácil  
de completar.



ALANO.

Ejemplo que imitar das (1) a los nobles  
con tu valor, prudencia y cortesía.  
Vivas más que en los necios la porfía.

(Vanse. Sale el REY FEDERICO: ha de haber un bufete  
con dos bujías encendidas.)

REY. Con vigilante cuidado  
y con continuo desvelo,  
imitando al veloz cielo,  
que jamás está parado,  
un buen Rey siempre ocupado  
de su gobierno ha de estar,  
sin que le pueda estorbar  
el curso de su acción  
ni de amor la ocupación,  
que tanto suele ocupar.

Entre algunos memoriales  
me dieron este papel;  
yo, como sospeché de él,  
por precedentes señales,  
que de enamorados males  
sin duda preñado viene,  
los secretos que contiene  
luego en mi seno escondí  
y a mi gobierno acudí,  
que es lo que al Rey le conviene.

Pero pues que ya he cumplido  
con la obligación de Rey,  
es de amor curiosa ley  
ver lo que trae escondido;  
la fácil nema he rompido  
y dentro veo un retrato  
de aquel dueño tan ingrato  
por cuyos desdenes muero;  
decirle mis penas quiero  
y quejarme de su trato.

Mas no; vos, papel, que fuisteis  
la mina de este tesoro;  
vos, que del desdén que adoro  
la hermosa copia trujisteis;  
vos, que tal bien merecisteis  
en vuestro pecho esconder,  
comenzadme a enternecer  
con vuestras dulces razones,  
pues todo sois corazones  
para amar y agradecer.

(Lee.)

«El juzgar a fines honestos vuestro  
amor y el prometerme verdades de  
vuestra nobleza, me da atrevimiento

para que en estos breves renglones  
agradezca vuestras finezas y me las-  
time de vuestras penas, para cuyo  
consuelo os envío ese retrato por que  
veáis si soy la que mereció ser causa  
de ellas y por que halléis en la  
ciudad la que en los montes per-  
diste [is].

*La Duquesa Solodora.»*

El que un gran tesoro halló;  
el (1) que, por su buena suerte,  
de la cárcel dura y fuerte,  
delincuente, se escapó;  
el que a la muerte se vió  
por sus culpas condenado  
y después fué perdonado  
por favores milagrosos,  
mil (2) contentos amoresces  
eternamente igualado.

¡Oh grande ventura mía!  
¡Oh gran milagro de amor!,  
pues mereció tal favor  
mi casi muerta porfía;  
ya la esperanza perdía;  
cuando la muerte esperaba  
y ya imposible juzgaba  
el merecer tanta gloria,  
cantad, gusto la victoria  
que tanto amor deseaba.

¡Hola! (Sale un CRIADO.)

Señor.

CRIADO.

REY.

Al momento  
al cuarto del Duque iréis  
y que mando le diréis  
venga luego.

(Vase el CRIADO.)

Mi contento  
ya comunicar intento,  
porque al fin no cabe en mí.  
¿Posible es que merecí  
vencer aquel imposible?  
Amor, tu fuerza es terrible,  
pues tanto rigor rendí.

(Sale DON LUIS, DUQUE.)

D. LUIS. ¿En qué mandáis emplearme  
de vuestro gusto y servicio?

REY. Que os levantéis y os cubráis  
os mando.

D. LUIS. Y yo os suplico

(1) En los textos «es» por errata.

(2) Así en los originales; pero deberá decir «mis».

(1) En los textos «dar» por errata.

- cuanto pudiese encarecerse  
 permitáis que, agradecido,  
 con aquestas plantas vuestras  
 honre mis labios indignos.
- REY. Baste ya, si no queréis  
 que me enoje.
- D. LUIS. No replico;  
 heclura soy de tus manos,  
 obedezco, callo y sirvo. (*Levántase.*)
- REY. Ahora que estamos solos  
 quiero, Duque, como amigo  
 fiaros todo mi pecho  
 y tomar con vos alivio.  
 Digo que me enamoré,  
 Duque, y estoy tan perdido  
 que apenas en nada acierto,  
 sino sólo en dar suspiros.  
 La Duquesa Solodora  
 con su hermosura ha podido  
 ponerme en tan fuerte trance  
 y en tan dichoso peligro;  
 vos fuistéis su secretario;  
 mañana vendréis conmigo,  
 iremos a visitarla.  
 Diréis que, reconocido,  
 como criado leal,  
 en cosas de su servicio  
 siempre humilde os ofrecéis,  
 y yo diré que he querido  
 en esta debida acción  
 de compañero servirlos;  
 diréisle vos mis ternezas  
 y que estoy de amor rendido.
- D. LUIS. ¡Ay de mí! (*A parte.*)
- REY. ¿En qué dudáis?  
 ¿Cómo estáis tan pensativo?
- D. LUIS. Noble soy, ¿en qué imagino? (*A parte.*)  
 Los nobles ¿cómo han de ser,  
 sino leales? Y yo digo:
- REY. ¿Qué decís? ¿De qué os turbáis?
- D. LUIS. Digo que a tantos favores  
 son enanos mis servicios;  
 confieso, señor, que os debo  
 el haberme engrandecido;  
 no quiero engañaros,  
 sino la verdad deciros  
 que los nobles han de ser  
 leales con sus amigos.  
 Yo muero por la Duquesa,  
 de ella estoy favorecido;  
 postrado aquí, a vuestros pies,  
 humilde mi vida os brindo,
- (*Arrodíllase.*)
- por que esa mano me pase  
 dende la muerte al olvido.
- REY. Alzad del suelo, don Luis,  
 y creed que en mucho estimo  
 vuestro honrado proceder  
 y vuestro pecho sencillo;  
 y asina yo, como Rey,  
 como fiel amigo, os pido  
 digáis qué favor tenéis,  
 por que quede concluido  
 entre nosotros ahora  
 que el que más favorecido  
 se muestre de la Duquesa  
 éste quede en su servicio  
 y que el otro dé palabra  
 como noble y bien nacido,  
 de olvidarla y ayudar  
 al que le hubiere vencido.
- D. LUIS. Soy contento, y en verdad  
 que presumiré atrevido  
 en el certamen de amor  
 por más favores rendiros.
- REY. Decid, pues, los que tenéis.
- D. LUIS. Digo, pues, que, aunque indigno  
 en servirla y adorarla,  
 su favor me ha permitido  
 y con honestas palabras  
 a mi amor ha prometido  
 iguales correspondencias.
- REY. Eso es estar en principios.  
 ¿Merecistes más favor?
- D. LUIS. ¿No sobra haber merecido  
 que no me hayan desterrado  
 de aquel bello paraíso?
- REY. Mucho es; porque, en efecto,  
 sois humano y es divino  
 cuanto en Solodora hermosa  
 estimo, contemplo y miro;  
 pero con que deis palabra  
 de encubrir, aun de vos mismo,  
 lo que en secreto os diré,  
 pienso dejaros rendido.
- D. LUIS. Yo os la doy a fe de noble.
- REY. Mirad, pues, lo que va escrito  
 en este blanco papel.  
 (*Dale un papel.*)
- D. LUIS. Vencido estoy y corrido;  
 este es su hermoso retrato;  
 vos sois el favorecido,  
 y yo abono la elección  
 y me doy por convencido.
- REY. Volvedme, pues, esas armas  
 con las cuales he vencido

vuestra ya muerta esperanza  
y vuestros deseos tan vivos.

(Dale el papel y el retrato.)

D. LUIS. Aquí las tenéis, señor.

REY. No empecéis a arrepentiros,  
porque ahora, como noble,  
Duque, la palabra os pido. (Vase.)

D. LUIS. Bienes sólo imaginados,  
que cual riqueza fingida  
de aquel duende engañador  
burlastes hoy mis porfías;  
ternezas falsas y vanas  
engendradas de mentiras,  
que cual leves gorgoritos  
quedasteis desguarnecidas;  
favores engañadores  
que con finezas fingidas  
engañasteis mis deseos  
para quitarme la vida;  
gusto breve como flor  
que suele al nacer de día  
no cumplir lo que promete,  
pues queda lacia y marchita;  
contento que fué soñado  
cuando engañado dormía  
con la voz de una sirena  
que procura mi desdicha;  
alegría enmascarada,  
que alegría parecías,  
pero quitada la máscara  
eres ya tristeza mía;  
amor falso y lisonjero  
que a ciegas me prometías,  
como niño y como loco,  
lo que cumplir no podías;  
firmeza al fin de mujer,  
porque de una vez lo diga,  
que dura lo que en el fuego  
la pólvora vengativa;  
esperanzas cuyas flores,  
por venir tan primerizas,  
el invierno de los celos  
con su rigor las marchita;  
regalos cuya dulzura  
los venenos encubría,  
que ahora bebo en el vaso  
de mi esperanza perdida;  
glorias que ya infiernos sois,  
pues en este infausto día  
fuisteis celos para mí,  
desesperaciones e iras;  
dichas, que para tan cortas

basta decir que sois mías,  
falsas como aquella ingrata  
que el alma y seso me quita;  
bienes, ternezas, favores,  
gusto, contento, alegría,  
amor, firmeza, esperanza,  
regalos, glorias y dichas,  
ya no pretendo vuestra compañía,  
sino tristezas, penas y desdichas.

ALANO. Cuando no hay amante fiel  
que ahora no se recoja,  
porque la luz siempre es cosa (1)  
enemiga siempre de él;

cuando el astuto ladrón  
corre ligero y cargado  
a dar parte de lo hurtado  
a la taberna y mesón;

cuando las brujas tentadas,  
que niños suelen chupar,  
sus bailes quieren dejar  
y volverse a sus moradas;

cuando los astros temblando  
huyen la vecina aurora;  
cuando la libre señora  
despide con ruego blando,

y, al fin, cuando son las dos  
y nuestra cena se enfría  
estás con flema tan fría  
que no te entiendo, por Dios.

¿Piensas acaso comer  
los venados de estos paños? (2)  
Tus intentos son extraños,  
no te acabo de entender.

Como el Rey Midas serás,  
pues ya con tanto tesoro  
te vendrá a sobrar el oro  
y de hambre te morirás.

Comamos, ¡pesia a tal vida!  
que quien bien come trabaja;  
mira que ya el alba baja  
de perlas bien prevenida

por cumplir con un poeta.  
Mira que riéndose está  
de ver que esta vida es ya  
de nuestro ayuno estafeta.

D. LUIS. Callando manda que muera, *Ap.*  
quiero morir y callar.

ALANO. Ven, y vamos a cenar,  
que ya el maestresala espera,  
y los cocineros temen,

(1) «Cosa» no es consonante de «recoja».

(2) En los textos dice «prados» por errata. Se trata de los venados pintados en los tapices.

sin que basten sus cuidados,  
que los gatos, de enfadados,  
la comida no se lleven.

D. LUIS. Algo me siento indispuerto;  
sin cenar quiero acostarme.

ALANO. Pues yo sabré manducarme  
lo que estuviere dispuesto. (*Vanse.*)

(*Sale la DUQUESA y DIANA, fisingando.*)

DIANA. ¿Tú eres la que anteayer  
decías, libre y esquivia,  
«suele la yedra lasciva  
los olmos apetece,  
pero la rosa olorosa,  
de sus espinas murada,  
resiste, bella y honrada,  
a la mano (1) licenciosa?

Corrida estoy, en verdad,  
de verte, hermana, tan necia,  
que de quien un Rey desprecia  
pienses tanta liviandad.»

DUQUESA. Tú, hermana, burlas de mí.

DIANA. ¿No quieres que burle y ría  
viendo que tu nieve fría  
un Etna arroja de ti?

Agua detenida fuiste;  
pues una vez desatada,  
más libre y precipitada  
por tus deseos corriste.

¿No te advertí no dijeras  
de esta agua no beberé?

DUQUESA. Ya, querida hermana, sé  
que mis burlas salen veras.

Yo, que burlé del amor,  
ya estoy tan enamorada  
que es mi locura extremada  
e insufrible mi dolor.

Apenas en nada acierto,  
inquieta y divertida;  
no sé si busco la vida  
o si mi muerte concierto.

DIANA. Muy querida eres, hermana;  
don Luis tu belleza adora.

DUQUESA. No tiene seguro ahora,  
tal vez, el amor, Diana;  
y (2) a más amor, más temor  
sin duda le corresponde.

DIANA. Gran fuego tu pecho esconde;  
riñóse ya tu valor.

Tú, que me reprehendías,  
amas con tanto desvelo;  
ahora, por mi consuelo,  
probarás las penas mías.

DUQUESA. Ahora bien; este jardín  
nos defiende del calor  
del verano, y del amor  
tengan nuestros males fin.

Gocemos este aire suave,  
mudemos conversación  
por que olvide el corazón  
su pena terrible y grave.

Mira la noche cual viene  
con paso lento y secreto.

DIANA. Parece amante discreto (1)  
en el silencio que tiene.

En todo aqueste verano  
no vi noche más hermosa.

DUQUESA. Sólo le falta una cosa.

DIANA. ¿Y qué será?

DUQUESA. ¿No está llano  
que noche tan apacible  
pide amorosas ternezas?

DIANA. Ya son tantas tus finezas  
que olvidar es imposible.

DUQUESA. ¡Oh si el Duque aquí viniera!

DIANA. ¡Oh si el Rey viniese aquí!

DUQUESA. Decir se puede por mí:  
quien espera, desespera.

(*Sale ELENA.*)

ELENA.

El Rey y el Duque ahora,  
solos, los dos, en el jardín entraron  
y ya llegan, señora,  
que diligente el paso apresuraron;  
no tenéis que turbaros,  
estimar el favor y aquietaros.

DUQUESA.

Vámonos, Diana,  
a lugar más decente a recibirlos.

DIANA.

Dices muy bien, hermana;  
que de noche, en jardín, no es bien oírlos.

DUQUESA.

Huir las ocasiones  
es de sabios y honestos corazones.

(*Hacen que se van, y salen al encuentro el REY y el DUQUE.*)

(1) En los textos «al álamo», por errata.

(2) En los textos: «y así a más amor más temor» que es verso largo.

(1) En el original impreso dice por errata: «Parece este amante secreto».

FEDERICO.

Serafines hermosos  
de este paraíso alegre y deleitoso,  
los pasos presurosos  
con ánimo tened más piadoso;  
mirad que, agradecido,  
el Duque a visitaros ha venido;  
y yo, que soy su amigo,  
depuesto mi real pompa y decoro,  
sus justos pasos sigo.

(*El DUQUE a la DUQUESA, muy quedo.*)

DON LUIS.

Yo tu mudanza y mis desdichas lloro.

DUQUESA.

Yo, Duque, no te entiendo.

DON LUIS

Mi mal callo, aunque estoy muriendo. (1)

¡Oh nobleza heredada, (*Aparte.*)  
cu qué fuerte ocasión me pones; (2)  
tienes mi lengua atada  
para quejarme de unas sinrazones  
sin que la boca abra!  
Moriré por cumplir con mi palabra.

(*El REY y el DUQUE, aparte.*)

REY.

Mientras que yo a Diana  
con fingidas palabras entretengo,  
dile, Duque, a su hermana  
que por su dulce amor perdido vengo;  
mis penas le encarece.

(*Llega el REY a DIANA.*)

DON LUIS.

Mi lealtad tus gustos obedece.

DUQUESA.

¡Oh, Duque!, ¿qué es aquesto?  
¿Tú sin hablar, suspenso y pensativo?  
Dime la causa de aquesto,  
no te muestres conmigo tan esquivo.  
¿Qué pena te lastima,  
luz de estos ojos y alma que me anima?

DON LUIS.

Señora, Vuecelencia  
aspirar debe a más suprema gloria,  
y así vuestra prudencia

- (1) Verso incompleto.  
(2) También incompleto.

de mi humildad aparte la memoria,  
porque un Rey, en efeto  
sólo es de esa beldad digno sujeto.

Mucho mi Rey os quiere,  
y a vos, que no os pese (1) el ser querida;  
por vos amando muere,  
sed, pues, a tanto amor agradecida;  
seréis Reina de Hungría,  
yo fiel vasallo y vos señora mía.

DUQUESA.

Ya, Duque, estás muy necio  
con tus celosas fantasías;  
ya parece desprecio  
pagar con celos las finezas mías,  
o dime ya tus quejas.

D. LUIS.

¡Oh, ley inviolable, (*Aparte.*)  
de cumplir lo que al Rey he prometido.  
¿Posible es que no hable, (2)  
de quejas y de celos compelido?  
No, que a mi nobleza  
hoy prueba su valor en esta empresa. (3)

(*Hablan el REY y DIANA.*)

DIANA.

Decisme, Rey, amores,  
y el alma tenéis en otra parte;  
ya sé que los favores  
que mi amor con vos reparte,  
sólo porque son (4) míos  
los juzgaréis a locos desvaríos.

REY.

Mi verdad no os engaña,  
vuestra belleza mi alma adora,  
mi ventura es extraña. (*Aparte.*)  
¡Qué dulcemente me mira Solodora!  
Dudo, temo y ardo,  
y a la luz de sus soles me acobardo.

(*Hablan el DUQUE y la DUQUESA.*)

DUQUESA.

Ya yo cumplo con tus ruegos;  
quiero amar al Rey, pues tú lo quieres;  
y pues con celos ciegos,  
tú causa de mis quejas eres,  
del Rey seré, enemigo,  
porque sea el perderme tu castigo.

- (1) Así en el ms.: en el impreso «pesa».  
(2) En los textos «hale» por errata.  
(3) Falsa rima con «nobleza», propia de un andaluz.  
(4) En los textos «sois» por errata.

D. LUIS.

Celoso sufro y callo. (*Aparte.*)  
Infierno son las penas que padezco.  
Como leal vasallo, (*A la DUQUESA.*)  
que deis la vida al Rey os agradezco.

DUQUESA.

Tan libre responderme  
claras señales son de aborrecerme.  
¡Ah, falso! Tu mudanza  
origen debe ser de estos desprecios;  
loca fué mi esperanza,  
pues puse en ti mis locos pensamientos;  
mas yo sabré vengarme,  
y de tus traiciones apartarme.

(*El REY y DIANA.*)

DIANA.

De tus lisonjas, señor,  
parece que riendo viene el alba;  
ya el alegre rui señor  
con su canto le hace alegre salva;  
no quieres (1) que a las flóres  
Apolo les descubra tus amores.

FEDERICO.

Obedezco, señora;  
parto sin mí, pues aquí dejo el alma.  
¡Oh, hermosa Solcedora! (*Aparte.*)  
tu amor, sí [que] me tiene en dulce calma;  
a tus divinos rayos,  
sí que padezco del amor desmayos.

(*El DUQUE a la DUQUESA.*)

DUQUESA.

Ya el Rey se despide,  
y yo de ti también eternamente.

D. LUIS.

Con tu gusto se mide;  
esto de reinar, cosa es valiente.

DUQUESA.

Reinaré, pues tú lo quieres;  
mi dueño fuiste, ya mi vasallo eres.

(*El REY a la DUQUESA.*)

REY.

Perdonadme, Duquesa,  
pues disculpa amor mi atrevimiento.

DUQUESA.

Señor, vuestra grandeza,

aunque en mí faltó merecimiento,  
siempre me ha honrado.

REY.

Tan sólo agradecer he procurado.  
Vamos, Duque, que el día,  
vida de este jardín verde y hermoso,  
parece que de envidia;  
saca su nueva luz más presuroso,  
para que así nos prive  
de estos soles de quien la luz recibe.

(*Vanse el DUQUE y el REY.*)

ELENA. Bendito Dios, que se fueron,  
para que yo pueda hablar  
y ponerme a ponderar  
con qué paciencia me hicieron  
oír, sufrir y callar.

La primera criada he sido  
con quien no se ha entremetido  
algún lacayo o criado,  
por ser el poeta honrado,  
yo muy Penélope he sido.

DIANA. Deja locos disparates  
y de acostarnos tratemos.

DUQUESA. Vamos. ¡Oh, vanos extremos! (*Ap.*)  
Con tan forzosos dislates,  
¿Qué dudoso fin tendremos? (*Van.*)

(*Sale ALANO con un gran aventador de moscas.*)

ALANO. Mosca enfadada y cansada  
es un necio pretendiente,  
que es puntal eternamente  
de la portada dorada  
del ministro Presidente.

Mosca es un triste pelón  
que se apegas por pelar  
y con un prestado don  
se suele desayunar,  
casi siempre a lo gorrón.

Mosca es, y mosca terrible,  
la mujer; pide dinero,  
y su pico es insufrible,  
pues si agarra a un hombre entero  
no hay parte que no le pique (1).

Mosca, y mosca importuna,  
es el Don Sánalotodo,  
habrador desde la cuna;  
tan entremetido en todo,  
que escudriña a cualquier luna.

Mosca es, y muy porfiada,  
el alguacil que es buscón,

(1) Así en los textos; pero acaso sea «quieras».

(1) «Pique» no es consonante de «terrible».

pues con su vara delgada  
pesca uno y otro doblón  
a la parte desdichada.

Pues si tantas moscas tiene  
este mundo engañador,  
con razón mi industria viene  
con aqueste aventador,  
que contra moscas previene.

Guárdense todas de mí;  
afuera, moscas borrachas,  
las que venir siempre vi  
para poner dos mil tachas  
en lo que se dice aquí.

Porque a fe, si alguno cojo  
que murmure la comedia,  
de los ojos le haré cojo  
y por él será tragedia,  
pues quedará con un ojo.

(*Salen el MARQUÉS y el CONDE.*)

CONDE. Yo sirvo con mala estrella.

MARQUÉS. Y la mía es ya peor.

CONDE. Todo el Duque lo atropella.

MARQUÉS. Animado del favor,

a todos nos pisa y huella.

ALANO. Estos dos Judas. ¿quién duda  
que alguna quimera trazan  
de toda verdad desnuda,  
porque de envidia se abrasan; (1)  
viendo que el dios mosca ayuda, (2)

A fe que el aventador  
es bien menester ahora;  
como quien hoy gasta humor.  
Quiero darles, y en mal hora,  
aventar tanto traidor.

¡Oh, mosca de Belcebú!

(*Hace que aventea (3) mo: cas y dales.*)

MARQUÉS. Mirad lo que hacéis, hermano.

ALANO. ¿Connmigo te pones tú?

Echaréte por mi mano  
a las islas del Cortú.

(*Va dándoles, como que no lo advierte.*)

MARQUÉS. Parece que ciego estáis;

¿no veis que estamos aquí?

CONDE. Muy necio y muy tonto andáis.

ALANO. Perdonen, que no los vi.

CONDE. ¿Pues por qué no lo miráis?

(1) «Abrasan» no es consonante exacto de «trazan», sino al uso andaluz.

(2) Así en los textos; probablemente diría «viendo que Dios nos ayuda».

(3) En el ms. dice «avienta».

Tan necia busconería  
sabré castigar con palos.  
Si yo recibir quería,  
más fácil sería el darlos;  
mas no haré tal, a fe mía.

(*Sale DON LUIS.*)

D. LUIS. ¿Qué es esto?

CONDE. Son libertades  
de quien, por criado vuestro,  
para burlarse de todos  
tiene tal atrevimiento.

ALANO. Yo soy un bufón real, (*A voces*)  
cuyo honrado privilegio  
se extiende a mayores burlas,  
que no las que estoy haciendo;  
soy alguacil de las moscas,  
y si ya mosca tenemos,  
yo la llevaré a la cárcel,  
por la tunba de mi abuelo.

D. LUIS. Eres un loco atrevido;  
baste ya, no seas necio.

ALANO. Aquí de Dios y del Rey;  
favor pido, favor quiero;  
que me quitan el oficio.

(*Sale el REY.*)

REY. ¿De qué te quejas, qué es ello?

ALANO. Quéjome, pues, que me quitan,  
señor, lo que no me dieron.  
Yo merecí ser bufón,  
que es un oficio, en efecto,  
con que más de cuatro honrados  
pasan la vida riendo.  
Hoy, para cumplir con él,  
celebraba a lo burlesco  
el día alegre y festivo  
de tu noble nacimiento;  
enfadáronse conmigo;  
mas, pues que verte merezco  
¡afuera, que eres mi gallo!  
De aquí aventarte quiero  
ciertas moscas y moscones  
de nocivos lisonjeos,  
que al panal de tus virtudes  
engañosos se atrevieron.

(*Hace que quiere aventar, amenazando al CONDE y MARQUÉS.*)

REY. Bueno está; y por que quedes  
del trabajo satisfecho,  
con que tenga fin la burla,  
mil doblones te concedo.

ALANO. Nunca te engañen traidores

y sirvante siempre buenos;  
vivas más que los tesoros  
en cofres de avaros viejos.

CONDE. Vuestra Majestad, señor,  
siempre con laureles nuevos,  
viva eternidades largas,  
para que esos pies besemos.

REY. Levantad, Conde, Marqués.

MARQUÉS. Más de lo que merecemos  
ocupamos venturosos.

REY. Levantad.

CONDE. Obedecemos.

D. LUIS. Yo, postrado a vuestros pies,  
humilde pediros quiero  
me otorguéis una merced.

REY. Yo la otorgo, alzad del suelo;  
decid lo que pedís.

D. LUIS. Pido, pues, que el Conde Aurelio,  
por sus reales servicios,  
sea mayordomo vuestro,  
y que al Marqués don Fadrique  
le hagáis vuestro camarero.

REY. Ved, Duque, que esos oficios  
ya proveídos los tengo.

D. LUIS. Yo, señor, que reconozco  
que indignamente poseo  
tan grandes mercedes vuestras,  
las renuncio en favor de ellos.

REY. Yo cumpliré mi palabra;  
mas vos advertid primero,  
que no es buena caridad  
aborrecerse a sí mismo.

D. LUIS. El amigo es otro yo;  
y así, dando lo que os ruego,  
yo, señor, nada me quito,  
antes pago lo que debo.

(*Quédilo, al oído, dice ALANO.*)

ALANO. ¿Qué haces, señor, qué dices?  
¿has perdido acaso el seso?  
Sin duda habré de aventarte,  
por mosecón, tontón o necio.

D. LUIS. Así deben ser los nobles;  
y si éstos lo son, espero  
que serán agradecidos  
a tan hidalgos extremos.

MARQUÉS. Agradecer el favor  
queremos, y no podemos,  
porque él viene a ser muy grande  
y cortos nuestros talentos.

REY. Entremos en la capilla.

CONDE. Todos, señor, entraremos  
a rogar al Rey de gloria

que reines siglos eternos.

(*Vanse; quedan DON LUIS y ALANO.*)

ALANO. Ahora que estamos solos,  
mira, señor, lo que has hecho.

D. LUIS. ¿Qué hay que mirar, mentecato?

ALANO. Que eres (con perdón) un necio.

D. LUIS. En todas sus acciones,  
los nobles, que son (1) buenos,  
han de traer siempre escrita  
la hidalguía de su pecho;  
en sus pasos concertados;  
en el hablar con gran tiento;  
en el comer y el beber,  
moderados, y modestos;  
el vestir como su estado;  
puntuales, y verdaderos  
en cualquier duda o palabra.  
En el andar, muy compuestos;  
humildes, con los humildes;  
valientes con los soberbios;  
con los pobres, liberales  
y de compasivos pechos.  
En ocasiones forzosas  
de toros, fiestas, torneos,  
prudentes en el medir  
las fuerzas de su dinero;  
graves con moderación,  
tal que muevan a respeto,  
mas no que con ella enfaden,  
a cuantos los están viendo.  
El jugar templadamente,  
que sea divertimento,  
y no destruir las casas,  
como hacen los indiscretos;  
si acaso de noche salen,  
procuren dar buen ejemplo,  
y con prevenidas armas  
no escandalicen el pueblo.  
Con sus amigos, leales;  
con enemigos, discretos;  
con todos muy cortesanos,  
y con mujeres, honestos.  
Esto deben ser los nobles,  
con otras cosas que dejo,  
porque el decirlas aquí  
es hacer de ellas desprecio;  
y así [que] yo, aunque indigno,  
nobleza al cielo le debo,  
hoy quise a mis enemigos...,  
ALANO. No digas más, ya te entiendo,  
obligarles a tu amor

(1) Así en los textos, pero quizá deba leerse «sean».



con términos tan discretos:  
 ha sido un hecho romano  
 y acción tuya en efecto.  
 Pero, ahora, si me escuchas,  
 dejando esos cuentos viejos,  
 sabrás cómo son los nobles  
 de aquellos malditos tiempos.  
 Andan con pasos muy libres  
 donde hay placeres y juegos;  
 beben bien, comen mejor,  
 a costa del pastelero,  
 pues tarde o nunca le pagan,  
 que el pagar los caballeros  
 lo que en sus gustos gastaron  
 fuera milagro muy nuevo.  
 De humildes nunca tratan,  
 pues con locos pensamientos,  
 vanos, como presumidos,  
 ser quieren dioses del suelo.  
 Que es ver un hidalgo hinchado  
 con su cara de frenético,  
 mascar todos los vocablos  
 y hablar siempre haciendo gestos;  
 que es verle arrojar un jholal  
 y si no responde luego,  
 mostrar cara saturnina  
 y reñir muy rostituerto;  
 que es ver salir muy galán  
 a las fiestas, uno de éstos,  
 vistiendo a muchos lacayos  
 y desnudando pañeros,  
 pues llevándose la ropa  
 y no pagando los precios,  
 burlados, tristes y pobres,  
 vienen a quedarse en cueros.

D. LUIS. Basten tantas necedades,  
 que estás ya pesado y necio.  
 Entrar quiero en la capilla.

ALANO. Muy enlorabuena, entremos;  
 y si alguno preguntare,  
 muy curioso y pediguño,  
 los nobles cómo han de ser,  
 vaya a saberlo al infierno.

## JORNADA TERCERA

*Salen el REY y el DUQUE, y el REY trae dos retratos en las manos, que va mirando.)*

REY. La de Sajonia es hermosa,  
 la de Polonia no es mala.

D. LUIS. Tiene bazarria y gala.

REY. Y parece muy airosa.

D. LUIS. ¡Oh, si alguna le agradase

y olvidase la Duquesa,  
 para que mi muerta empresa  
 otra vez resucitase!

REY. Que son muy bellas confieso;  
 mas la hermosa Solodora,  
 a quien sólo el alma adora,  
 es de hermosuras exceso.

Sólo se consagra a ella  
 esta voluntad rendida;  
 ella es mi norte, mi vida,  
 mi buena, o mi mala estrella.

Hoy despedir determino  
 aquestos dos casamientos;  
 sólo en ti, mi ángel divino,  
 divierto mis pensamientos.

D. LUIS. Advierte, como prudente,  
 que el juntarte con Polonia,  
 o con la fértil Sajonia,  
 es al reino conveniente.

REY. No puedo hacer otra cosa  
 a ley de noble y honrado.

D. LUIS. ¿Cómo?

REY. Oye el dulce estado  
 de mi fortuna dichosa.

Ya sabes, Duque, y por tus ojos viste  
 que amado merecí tiernos favores;  
 ya sabes, que mi vida y bien consiste  
 en el dichoso fin de mis amores.

Ya sabes que gané lo que perdiste,  
 sin pasar por desdenes y rigores;  
 y ya sabes, que Solodora es sólo  
 de mi gusto y contento el firme polo,

Sabrás ahora cuán dichoso he sido  
 en llegar presto al amoroso puerto,  
 donde sin ser de celos combatido,  
 regalos gozo, que me tienen muerto;  
 sabrás que fui llamado y escogido,  
 y que con un sí, dulce concierto  
 salido de entre puertas de corales,  
 pagó su amor finezas inmortales.

Yo, Duque, del temor desanimado,  
 si bien favorecido altamente,  
 de la luz de aquel cielo enamorado  
 sus glorias deseaba sumamente;  
 estaba por indigno, acobardado,  
 aunque por sus favores, muy valiente,  
 cuando entre temores y desvelos,  
 mi cielo llueve amores y consuelos.

Una noche, que para mí fué noche buena,  
 estando de bien tanto descuidado,  
 el premio merecí de tanta pena,

como tu (1) amor le causa a mi cuidado;  
 en una carta de dulzuras llena,  
 el gozo y el deleite vi cifrado,  
 pues dando muestras mi bien de que me ama, (2)  
 para ser dueño de su honor me llama.

Parto al momento, y por ausencia tuya  
 con el Conde mis dichas acompaño;  
 que antes que la ocasión ligera huya  
 y venga en su lugar el falso engaño,  
 es bien que amor con tanto bien concluya,  
 porque después no lllore el desengaño,  
 que nunca la pereza dormidora  
 amorosos tesoros atesora.

Fuimos con pasos quedos y secretos  
 por una puerta del jardín entrando,  
 con temor de hortelanos indiscretos,  
 que sus plantas tal vez están regando;  
 estuvimos muy largo rato quietos,  
 mis venturas temiendo y esperando,  
 cuando en lo oscuro de ramas intrincadas. (3)

Contento, deseoso y atrevido,  
 penetré el enredado laberinto,  
 y de él, de una mano blanca asido,  
 me vi librado en término sucinto;  
 luego, en una hermosa sala fui metido,  
 cuyo adorno y riqueza no te pinto,  
 porque no hay humano entendimiento  
 para alabar (4) su encarecimiento.

De ella pasamos a otra pieza oscura,  
 donde el ángel que fué de este Tobías  
 en brazos me dejó de la hermosura,  
 serafín dulce de esperanzas mías.  
 Yo, que dudaba mi tan gran ventura,  
 besaba humilde aquellas manos frías,  
 que la vergüenza helaba y encogía,  
 y yo amoroso gozaba y encendía.

Con requiebros y ternezas procuraba  
 sosegar el temor que la oprimía,  
 y ella, tímida, de mi amor dudaba,  
 y así [de] vergonzosa, resistía;  
 yo, más osado, vencerla procuraba;  
 ella negaba lo que concedía;  
 yo, entre tan dulcísimos combates,  
 prometía amorosos disparates.

Pero ella, tan firme como honrada,  
 estaba siempre opuesta a mi deseo,  
 hasta que quedar pudo asegurada,

(1) Así en los textos; pero deberá leerse «su».

(2) Este verso estaría mejor: «pues dando mi bien muestras», etc.

(3) Falta en ambos textos el verso último de esta octava.

(4) En el ms.: «para alabarse su encarecimiento.»

que sólo es ella mi dichoso empleo;  
 mi palabra le di, con fe jurada,  
 que a los dos uniré dulce Himeneo;  
 por do alentado, con tales confianzas,  
 en posesión trocó mis esperanzas.

No tiene amor regalos, ni dulzuras,  
 caricias, contentos, ni ternuras,  
 deleites, gozos, bienes, ni venturas,  
 requiebros, gustos, dichas ni finezas,  
 como entre rosas y azucenas puras,  
 de su beldad, rendida a mis finezas,  
 gocé, dichoso, entre apretados lazos,  
 de bellos y tiernísimos abrazos.

Ved, Duque, pues, si debo, como noble,  
 cumplirle la palabra prometida,  
 y si fuera vileza y trato doble  
 engañarla y quedar mi fe rompida;  
 en amarla he de ser firme e inmovible,  
 cual roca de las olas combatida; (1)  
 Solodora es ya amada prenda mía,  
 y ella sola ha de ser Reina de Hungría.

D. LUIS. A tales obligaciones  
 debes fiel correspondencia.

REY. Despediré, con prudencia,  
 excusando disensiones,  
 a los dos Embajadores  
 que casarme solicitan;  
 voy a escribir. (*Vase.*)

D. LUIS. Facilitan  
 los imposibles mayores:  
 amor, porfía y dinero.  
 Ingrata, falsa, mudable,  
 ya de tu ser variable,  
 ¿qué más desengaño espero?

En efecto, eres mujer,  
 que es principio de mudanza  
 a quien nunca el sol alcanza  
 con su firme parecer.

(*Sale ALANO.*)

ALANO. Un paje de la Duquesa,  
 que en este punto llegó,  
 aqueste papel me dió  
 en esta primera pieza.

Mándame albricias, y buenas,  
 pues, sin duda, este billete  
 a tu dulce amor promete  
 contentos a manos llenas.

D. LUIS. Muestra acá. (*Muy grave.*)

ALANO. ¡Qué grave que estás;  
 desde que con el Rey privas!  
 ¡Voto a Judas, juro a cribas,  
 que es lindo el porte que das!

(1) En el impreso, por errata «convertida».

(Lee.)

D. LUIS. «Los favores del Rey os tienen olvidado de mí; merezca verme con vos, porque me importa la vida el veros y hablarlos.—*La Duquesa Solodora.*»

Dile que a la tarde iré  
y que beso a Su Excelencia  
las manos.

ALANO. Y, con licencia,  
yo sin nada me quedé;

A fe mía, que otra vez,  
pues me juegas esta treta,  
puedes buscar estafeta  
allá en Tetuán o en Fez. (*Vase.*)

(Vuelve a leer.)

D. LUIS. «...que me importa la vida el veros y hablarlos.»

El saber si el Rey se casa  
debe importarle la vida;  
no temas, falsa homicida,  
que ya al Rey tu amor abrasa.

Reina de Hungría serás;  
voy a besarte la mano  
con la cual, dueño tirano,  
hoy dura muerte me das. (*Vase.*)

(Salen la DUQUESA y DIANA.)

DUQUESA. Picada estoy en extremo  
de que, libre y descuidado,  
esté ya de mí olvidado  
y helado cuando me quemio.

DIANA. Si tú le diste ocasión  
con los celos que le das,  
¿por qué quejándote estás  
de su ingrata sinrazón?

DUQUESA. ¡Ay de mí!, que aquellos celos  
los fingí para venganza;  
pero él con falsa mudanza  
me paga amantes desvelos.

DIANA. Nunca digas mal del día  
hasta que le veas pasado;  
él vendrá, de ti llamado,  
y hará lo que hacer debía;  
dará mil tiernas disculpas,  
y tú, de amor convencida,  
has de quedar más rendida  
en vez de ponerle culpas.

DUQUESA. Confieso que la verdad  
me pronosticas, discreta;  
que es de amantes común treta  
riñendo hacer amistad.

Un billete le escribí,

y ya la tarde se pasa  
y no viene.

DIANA. Será traza, (1)  
para vengarse de ti,  
mostrarse así desabrido  
y hacerse tanto rogar.

DUQUESA. No, que nunca suele estar  
amor y fuego escondido.

Lo más cierto es que me olvida,  
pues corresponde tan mal.

DIANA. El tuyo es al mío igual,  
pues amas aborrecida.

Yo por Federico muero,  
y él no estima mis cuidados;  
¡ay de mí, si no es hurtados (*Ap.*)  
con que espero y desespero!

DUQUESA. Truéquese, pues, el amor  
y sea el Rey para ti,  
con que don Luis a mí  
no me trate con rigor.

(Sale ELENA.)

ELENA. Señora, el Conde y el Rey.

DUQUESA. Ya tanto Rey me da enfado.  
¿A qué vienen o qué buscan?

ELENA. Ellos dirán, pues ya entraron.

(Salen el REY y el CONDE AURELIO.)

REY. Alegría de estos ojos,  
mi luz, mi bien, mi regalo,  
sin ti no puedo vivir,  
muero ausente de tus brazos;  
los olmos frescos y verdes  
nunca olvidan los abrazos  
de las vide amorosas,  
tiernos grillos de sus ramos;  
el mar dilatado y fiero  
parece que, enamorado,  
siempre a la arena da besos  
y está siempre en su regazo.  
De pintadas avecillas  
que le requiebran cantando  
la amigable compañía  
nunca deja el aire manso;  
todas las cosas, en fin,  
si crecieron y aumentaron  
fue por la amable unción,  
principio de bienes tantos.  
¿Pues cómo quieres que viva  
dividido de tus brazos,  
separado de tus glorias  
y de mi centro apartado?

(1) Otro falso consonante es «traza» de «pasa».

- Dame tus brazos, amores,  
que son todo mi descanso,  
mis contentos, mis deleites,  
mis gustos y mis regalos.
- DUQUESA. ¿Qué es esto, señor? Tenec's.  
¿Vos, tan libre y despejado, (1)  
perdéis el justo respeto  
a mi honor, que estimo tanto?
- REY. No reparéis en el Conde,  
porque ya a él he fiado  
de nuestro amor los secretos.
- DUQUESA. ¿Qué secretos ni qué engaños?
- REY. Escucha aparte, mi bien.
- DUQUESA. ¿Qué he de escuchar?
- REY. Dueño ingrato,  
si, mudable, te arrepientes,  
con esta daga me mato.

*(Hace que se va a dar con la daga y detiéndole ella.)*

- DUQUESA. Señor, ¿vos tan descompuesto?  
Loco está de enamorado. *(Aparte.)*  
Quiero reportar su enojo  
hasta que esté sosegado.
- REY. Oyeme, hermoso prodigio.
- DUQUESA. Ya estoy aparte escuchando,  
que deseo ver deshechos  
enredos tan intrincados.
- (Hablen el CONDE y DIANA.)*

- CONDE. La tierra más buena y fértil,  
si la labradora mano  
no la labra y beneficia,  
produce espinas y cardos;  
mas si sus duras entrañas  
abren los corvos arados,  
como madre nos mantiene  
con sus frutos delicados;  
el agna puesta en su centro,  
que con montes levantados  
de embravecidas espumas  
amenaza a los humanos,  
una vez sujeta al leño,  
le suele dar libre paso  
y rompe el timón humilde  
sus cristales encrespados;  
el aire caliginoso  
que con piedras, truenos, rayos,  
suele ser cruel castigo  
de los cielos soberanos,  
que si una vez está quieto,  
suave, apacible y manso  
las cantoras avecillas

piadoso tiene en sus brazos;  
el fuego que en el incendio  
ardiente, voraz y bravo,  
a carbones y cenizas  
reduce techos dorados,  
recogido en el brasero  
y a nuestros pies sujeto  
sirve de amigable lumbre  
contra el invierno erizado;  
pues si los cuatro elementos,  
con ser furiosos y bravos,  
tratados son apacibles,  
¿cómo tú, hermoso tirano,  
después de hacerme tu dueño,  
después de favores tantos  
y después de haberme visto  
de tus brazos coronado  
me tratas con tal desprecio?  
Ya amores se te ha olvidado  
que me ganaron tus ojos  
cuanto soy y cuanto valgo.  
Ea, mi angel bellissimo,  
mírenme tus ojos claros  
o quedará muerto o loco  
de puro desesperado.

- DIANA. ¡Oh! lo que puede el amor *(Aparte.)*  
animado del engaño!

- ¡Mueran con engaños todos!  
pues yo muero con agravios!
- CONDE. ¿No te acuerdas que, dichoso,  
con tus brazos regalados  
de ti me vi sostenido  
sobre tu cielo estrellado?  
¿No te acuerdas que fui abeja,  
pues del amor animado,  
hurté dos rojos claveles  
a tus olorosos labios?  
¿No te acuerdas...

- DIANA. Baste ya;  
¿Estáislo acaso soñando?  
¿De cuándo acá vos conmigo  
tenéis amorosos tratos?  
Quien con tan libres locuras  
se atreve a mi honor sagrado,  
quede para loco y necio  
y quede así castigado. *(Vase.)*

- ELENA. También yo quiero escurrirme,  
que hay pesquisa en tales casos  
y examen muy riguroso.  
Adiós, amantes burlados. *(Vase.)*

*(Hablan el REY y la DUQUESA: el CONDE queda suspenso.)*

- DUQUESA. Corrida y suspensa estoy

(1) Así en el impreso: en el ms. «despojado».

de ver, señor, que, engañado,  
penséis de mí tal bajeza;  
¿vos conmigo tan liviano?  
Si acaso aquestos enredos  
habéis tingido y trazado,  
¿por qué libertades vuestras  
se atreven a mi recato?  
Advertid que soy tan noble  
que en tiempos que mis pasados  
se cansaban de ser Reyes  
los vuestros eran vasallos.  
Pero aquesto no os importa;  
procurad, señor, casaros  
con Sajonia o con Polonia  
y no perturbéis mis pasos,  
que aunque yo Reina no soy,  
con lo que el cielo me ha dado  
vengo a estar tan satisfecha  
que no quiero reinos vanos.

REY. Ahora atino tu mal;  
habránte, mi bien, contado  
que me caso, y tú, celosa,  
ahora te estás vengando.  
Pues advierte mis amores,  
que yo por tí he desechado  
con desabrida respuesta  
a cuantos lo procuraron;  
tuyo soy, prenda querida,  
en tí vivo transformado,  
siempre fui, soy y seré  
sombra de este sol bizarro.  
Ausencias tristes me matan,  
tus celos me dan cuidado,  
tus ingratitudes, quejas,  
y tus mudanzas, agravios.  
Si la palabra te diere, (1)  
y de mi mano he firmado,  
eternamente rompiere  
con pecho doble y villano. (2)  
Ea, pues, dulce saeta,  
con que amor has traspasado  
este corazón, que es tuyo,  
cesen tus celos ingratos,  
renueva alegres memorias  
de los placeres pasados,  
que estos nublados de celos  
paran en lluvias de abrazos.

(*Quiérela abrazar y ella se retira.*)

DUQUESA. De suerte corre, señor,  
vuestro gusto desbocado

(1) Así en los originales; de seguro será «te di».  
(2) Queda el sentido suspenso.

que huye dél ya mi honor  
por no verse atropellado. (*Vase.*)

REY. ¿Qué honor, ingrata y mudable,  
cuando aqueste cielo airado,  
centro de humana belleza,  
tuve asido de mis manos?  
¿Yo no te tuve rendida,  
y entre abrazos apretados  
no prometiste ser mía  
con pecho rendido y grato?  
¿Tú no juraste ser mía  
y yo de tu amor pagado,  
a tus halagos fingidos  
no di el alma en agualdo?  
¿Pues cómo ahora me dejas,  
de mi vida dulce encanto,  
privado de tus deleites  
y de pesares cargado?  
Vuelveme, mi bien,  
o de tu cielo un rayo  
acaben con la vida males tantos.

CONDE. Como queda el pretendiente  
que, después de haber gastado  
paciencia, tiempo y dinero,  
queda pelón y pelado;  
como el que sueña un tesoro  
que después de despertado,  
sólo de aquella riqueza  
los deseos le quedaron;  
cual queda el que el agua débil  
asir (1) pretende a puñados, (2)  
que por más que apriete y cierre,  
quede sin nada y burlado;  
como queda el cazador  
que después de haber cazado  
al ligero pajarillo  
se le va de entre las manos,  
y cual queda el pescador  
que después de haber pescado  
las fugitivas anguilas  
de la red se deslizaron,  
así quedamos nosotros,  
corridos como espantados,  
dudando ya de nosotros,  
si en piedras nos transformaron.  
Lo que yo tengo por cierto  
es que envidiosos engaños  
de don Luis de Baviera  
nuestras damas hechizaron.  
Lograr quiero la ocasión,  
y para ser más privado,

(1) En los textos dice, por errata, «hacer».  
(2) En el texto dice, por errata, «punzados».

hacer que el Rey le aborrezca  
con este engaño que trazo.

*(Sale el DUQUE con una carta en la mano.)*

D. LUIS. Quiero ver lo que me quiere,  
pues a enviar me ha llamado  
por este breve billete.

*(Ve al REY y al CONDE.)*

El Rey con el Conde hablando;  
por no dar celos al Rey  
me escondo entre estos damascos,  
pues están tan divertidos  
que no han visto cuándo he entrado.

REY. ¿El Duque, siendo tan noble,  
procediera tan vilano?

CONDE. Envidia y celos, señor,  
¿qué maldades no inventaron?  
No dudes, yo lo sé bien,  
Elena me lo ha contado;  
envidiando nuestros bienes,  
celoso, las ha hechizado.

D. LUIS. ¡Oh, traidor!, ¿así me pagas  
el haberte yo encumbrado  
en este puesto que ocupas?  
¿Los nobles son tan ingratos?

REY. Vamos, Conde; si averiguo  
que el Duque sea culpable,  
por vida de Solodora,  
que le costará muy caro. *(Vanse.)*

D. LUIS. ¿Qué he de hacer? Sabré lo que es,  
sabré qué accidente ha dado  
a la Duquesa; mas no,  
que es muy sospechoso el caso;  
volveréme, y al traidor  
que mi libertad ha infamado  
cortaré la infame lengua  
autora de tantos daños. *(Vase.)*

*(Salen SOLODORA, DIANA y ELENA.)*

DUQUESA. ¿Que el Duque se fué de aquí  
desabrido y disgustado,  
colérico y enfadado?

ELENA. Sí, señora, yo le vi,  
y en su rostro lo he leído,  
que del Rey está celoso  
y de ti se va quejoso.

DUQUESA. Siempre desdichada he sido.  
¡Ay de mí, por él me mmero  
cuando de mí se retira!

DIANA. Que es tuya la culpa mira,  
porque es noble caballero.

Y aunque por ti se abraza,  
claro está que ha de espantarle,

y de tu amor retirarle  
ver tanto [al] Rey en tu casa.

DUQUESA. ¿Pues cómo puedo excusar  
que el Rey me sirva y visite,  
me persiga, solicite  
y procure enamorar?

DIANA. Con privarle de tus ojos,  
con negarle tu favor,  
con tratarle con rigor,  
y con darle siempre enojos,  
podrá ser te aborrezca;  
pero si en vez de rigores  
le entretienes con favores,  
no es mucho que su amor crezca;  
porque aunque son fingimientos,  
aunque, celosa, le engañas, (1)  
él no ve tus pensamientos.

DUQUESA. Ya una traza he pensado  
para que el Rey me aborrezca  
y yo de don Luis merezca  
la mano que he deseado.

DIANA. Ten buena cuenta en tu honor  
y venga lo que viniere.

DUQUESA. Si algo me sucediere  
disculparéme el amor.

Vendrás conmigo mañana  
a palacio, do has de ver  
lo que sabe una mujer,  
cómo finge y cómo engaña. (2)

DIANA. Vamos; pero advierte bien  
de qué embelecos te fías. *(Vanse.)*

DUQUESA. Hoy vencerán mis porfías  
la ingratitud y el desdén. *(Vanse.)*

*(Sale DON LUIS y el CONDE.)*

CONDE.

Soy vuestro amigo, y en lo justo  
de obedeceros y serviros gusto;  
pues lo mandáis, salgamos norabuena  
a divertir al campo vuestra pena;  
que, en verdad, que el corazón me pasa  
ver que con vos la fortuna sea escasa;  
cuando os da honras y riquezas  
os carga más trabajos y tristezas.

DON LUIS.

¿Qué queréis? Toda la gloria humana  
es humo, es sueño y sombra vana;  
vámonos poco a poco paseando,  
verdades puras os iré contando.

(1) Falta un verso antes o después de éste.

(2) «Engaña» no es consonante de «mañana».

CONDE.

De mí podréis fiar todo secreto.

D. LUIS.

En todo procedéis como discreto;  
unas quejas comunicaros quiero.  
cuya verdad averiguar espero.

CONDE.

Mi honor, mi vida y cuanto tengo,  
como amigo leal por vos prevengo;  
no reparéis, fiadme vuestro pecho,  
pues de mi amor estáis ya satisfecho.

D. LUIS.

Para ese fin al campo os he sacado;  
venid, sabréis mi cuidado. (1) (Vanse.)

(Sale el REY, el MARQUÉS y acompañamiento. Sientase en una silla que estará debajo de un dosel.)

REY. Esta es la hora de audiencia;  
¡holal, abran esas puertas;  
estén patentes y abiertas;  
haya general licencia  
para el pobre y para el rico;  
huya la envidia y malicia,  
que en los actos de justicia  
es igual el grande al chico.

MARQUÉS. Eso es reinar, y cumplir  
con la obligación de Rey,  
es justa y precisa ley  
el remediar y el oír  
de sus vasallos las quejas,  
que por eso al rey pintaron  
los que aquesto me enseñaron  
rodeado todo de orejas.

(Sale ALANO.)

ALANO. Pues tantas orejas tienes,  
¿hay alguna para Alano?  
O si no, diré que en vano  
tantas orejas previenes.

Justicia, Rey y señor,  
de la viuda engañadora,  
que gime, suspira y llora,  
cuando es un jardín de amor.

Justicia de los letrados,  
que encubriendo su malicia,  
vuelve en caña la justicia  
y pescan lindos ducados.

Justicia del caballero,  
que liberal quiere ser

en el jugar, y comer  
de milagro y sin dinero.

Justicia pido de aquéllas  
que siempre juegan al hombre  
y aborrecen hasta el nombre  
de esto que llaman doncellas.

Justicia de unos fingidos,  
que con cara de santones,  
son desvelados ladrones,  
con ojos medio dormidos.

Justicia contra el farsante,  
que es caracol de las fiestas,  
con toda su casa a cuestras  
y sus dos puntas delante.

Justicia contra los trajes,  
que ya en el mundo se usan,  
pues emborran y empelusan,  
como si fueran salvajes.

Justicia...

REY. Baste ya, necio,  
tu libre bufonería;  
que de la justicia mía  
parece que haces desprecio.  
Si otra vez, con estas veras  
mezclas esas burlas vanas,  
yo...

ALANO. No más; que si varias (1)  
esas voces verdaderas  
pues por ti tan mal cantaron,  
ya muy cartujas serán,  
y nunca más cantarán,  
pues cantando te enfadaron.

MARQUÉS. Tres mujeres, que tapadas  
deben tener la vergüenza,  
piden amparo y defensa, (2)  
tristes y desconsoladas.

REY. Entren.

(Salen la DUQUESA SOLODORA, DIANA y ELENA, con mantos tapadas, y arrodillase a los pies del REY la DUQUESA.)

DUQUESA. Federico invicto,  
el que justiciero llaman:  
oye los agravios míos,  
acreditados con lágrimas.

(Hace señas al REY que se levante, y prosigue.)

Yo soy una mujer triste,  
de noble sangre y prosapia,  
que de un poderoso injusto  
pido a tu poder venganza.  
Yo, de amor, tirano cruel,

(1) Verso incompleto, como otros varios antes. Muy remendada parece haber sido esta comedia.

(1) Así en el original: quizá deba leerse «profanas».

(2) «Defensa» consonante imperfecto de «vergüenza».

que es de inmensos males causa  
la ociosidad, o bien  
ya virtuosamente ocupada,  
o ya contenta y alegre,  
por bosques, valles, montañas,  
persiguiendo diligente  
la más fugitiva caza,  
o ya, con más sano acuerdo,  
más quieta y más retirada,  
atendiendo, cuidadosa (1)  
de las amorosas ansias,  
ignoraba los rigores,  
y de amantes me burlaba.  
Pero el envidioso amor  
de la quietud que gozaba,  
con las flechas de unos ojos  
me enciende y abrasa el alma;  
resistía yo al principio  
el incendio de su llama,  
mas en mujer, resistencia  
dura lo que el fuego en agua;  
y así, vencida de ruegos,  
con promesas obligada,  
le di lugar una noche  
a que en secreto me hablara.  
¡Oh, mal haya la indiscreta,  
atrevida y temeraria,  
que da ocasión al amor,  
pues abre puerta a su infamial  
Hablóme, al fin, atrevido,  
y con tan vivas palabras  
encareció sus deseos,  
que cauteloso me engaña;  
palabra me dió de esposo,  
y yo, por fácil culpada,  
escuche vanas lisonjas  
y creí promesas falsas;  
de mi jardín, en efecto,  
cogió la flor mal guardada,  
y ahora, ingrato y villano,  
me deja triste y burlada;  
justicia pido, justicia,  
de un vil traidor que me infama  
sin que le valga el sagrado,  
señor, de vuestra privanza.

REY. Decid quién es, que yo os juro  
por la cruz de aquesta espada,  
que él perderá su cabeza  
o cumplirá su palabra.

DUQUESA. Es el Duque de Viena,  
y yo la parte agraviada.

(Descúbrese y admírase el Rey.)

REY. Ahora tengo por cierto  
que estáis, Duquesa, hechizada,  
pues sólo a fuerza de hechizos  
con locuras tan extrañas,  
turbaros puede el juicio.  
¡Oh, vil Duque!

DUQUESA. ¿Qué marañas  
son éstas, cielo divino,  
que para mi muerte trazas?

REY. Sosegaos, Soldadora,  
mirad que estáis engañada,  
y que de vuestro jardín  
cogió la flor deseada  
otra mano, en quien sé yo  
que está más bien empleada.

¡Hola!, ¿qué se ha hecho del Duque?  
MARQUÉS. El y el Conde esta mañana  
sólos al campo sañan.

REY. Sin duda, el traidor le mata;  
venga la guarda conmigo,  
y hacia donde caminaban  
nos guíad luego, Marqués. (Vanse.)

ALANO. Quien sirve, obedece y calla;  
quiero seguir el tropel,  
que temo alguna desgracia  
no llueva sobre nosotros,  
pues la envidia se declara. (Vase.)

(Quedan las mujeres.)

DUQUESA. Elena, Diana, ¿qué es esto?  
¿El Rey así mi honor trata?  
¿Ansí me dejan todos, (1)  
abatida y afrentada?  
Mataréme, vive el cielo;  
lazos para mi garganta  
serán estas manos propias,  
para no ver tanta infamia.  
Mas no; vivir quiero, y ver  
en qué mis desdichas paran;  
sigamos al Rey, venid,  
que si hay tormenta, hay bonanza.  
(Vanse.)

(Salen el DUQUE y el CONDE.)

CONDE. Buscar tan secreta parte  
casi sabe a desafío,  
y en verdad lo sospechara  
a no ser tales amigos. (Aparte.)

D. LUIS. ¡Ay, traidor, y cómo finges!

CONDE. Sin duda el Duque ha sabido (Aparte.)  
que le voy descomponiendo,  
y quiere reñir conmigo;

(1) Faltan dos versos después de éste.

(1) Verso incompleto.



mas no importa, valor tengo;  
aquesta espada que ciño  
también, cual la suya, corta;  
ánimo corazón tímido.

D. LUIS. [Conde,] bien sabéis que yo  
siempre fiel amigo he sido,  
y que vuestro bien y aumento  
procuraba más que el mío;  
pues con oír una noche,  
en cierta parte escondido,  
traiciones contra mí,  
hijas de ese pecho inicuo,  
por vencers y obligaros  
os di mis propios oficios,  
pensando que del ser noble  
sigue el ser agradecido;  
mas vos no lo debéis ser,  
pues ingrato y fementido,  
ayer dijistéis al Rey  
que yo me valgo de hechizos,  
envidioso de que goce  
los bienes que he merecido.  
Mentiste como villano,  
vil, lisonjero y fingido;  
y así, pues pagas tan mal  
y eres árbol infructífero,  
a quien en vano, piadoso,  
yo cultivo y beneficio,  
hoy, que al discreto hortelano  
en aquesta acción imito,  
quiero cortar ese tronco  
inútil, vil y perdido.

(Metén mano.)

CONDE. La defensa es natural,  
vos el traidor habéis sido.

D. LUIS. La respuesta son las obras,  
que a este acero remito. (Riñen.)

CONDE. ¡Ay de mí, que tropecé,  
y tropezando, he caído!

D. LUIS. No temáis; que la nobleza  
sabe levantar caídos.

(Tómale la mano y levántale.)

Ahora que estáis en pie,  
tomad nuevo aliento y brío  
para esperar a la muerte,  
que ha de ser vuestro castigo.

CONDE. Advertid, Duque arrogante,  
que Dios humilla al altivo.

D. LUIS. Advertid, Conde cobarde,  
que Dios castiga ofendido.

(Vuelven a reñir.)

CONDE. Alentadamente riñe; (Aparte.)  
ya temo quedar vencido,  
porque la razón le ayuda  
y tiene valientes bríos.  
¡Ah, pesar de mi desdicha,  
rabiando estoy y corrido!

(De un golpe, el DUQUE le hace caer la espada.)

D. LUIS. Cobrad la espada, cobradla,  
y ved que estos son avisos  
de vuestra vecina muerte.

CONDE. Para vencer y rendiros,  
aquesta daga me sobra;  
lo que una vez he perdido,  
con infamia no se cobra.

D. LUIS. Ni yo con ventaja riño;

(Arroja la espada.)

con esta daga os daré  
el castigo merecido.

(Abrazase con él y dale con la daga.)

CONDE. Mis traiciones me matan;  
muerto soy, ya estoy rendido;

(Cae el CONDE.)

muy justamente os vengasteis,  
sólo confesión os pido.

D. LUIS. Ahora que me confiesas  
tu maldad, arrepentido,  
seré con ánimo noble  
piadoso y compasivo.  
Ya las heridas te aprieto,  
y sobre mis hombros mismos  
te he de llevar a curar,  
por que haya ejemplo vivo  
de cómo han de ser los nobles  
piadosos con los rendidos,  
si con los soberbios fueron  
honrados y vengativos.

(Cárgale a cuestras, y al entrar salen todos.)

REY. ¡Ah, traidor!, ¿yo no lo dije?  
¡Hola, prendedle!, ¿Qué digo?

CONDE. Yo, señor, soy el culpado,  
porque el Duque ha procedido  
como honrado y como noble;  
todo lo que de él he dicho  
ha sido envidia y traición,

REY. Está más muerto que vivo,  
y así, como cristiano,  
hoy perdona a su enemigo.  
El hace lo que le toca;  
yo también al atrevido  
causa infame de estos males,

castigar sabré atrevido:  
 ¡Ah de la guarda, prendedle!  
 DIANA. Harto he callado y sufrido,  
 descubrir quiero el engaño.  
 Humilde, señor, os pido (*Arrodíllase.*)  
 no castigues inocentes  
 por culpa de engaños míos.  
 REY. Mujer, ¿quién eres? ¿qué quieres?  
 DIANA. Diana soy, Federico; (*Destápase.*)  
 este anillo y esta carta  
 os confiesan que yo he sido  
 quien de vos enamorada,  
 Solodora se ha fingido,  
 y con firmas de mi hermana  
 engañaros he podido.  
 Ella, para otros fines,  
 las firmas con que os he escrito  
 solía darne, engañada,  
 mas yo, con pecho rendido,  
 sólo en vos las empleaba;  
 si amor siempre ha merecido  
 disculpa en los pechos nobles,  
 merezca disculpa el mío;  
 cumplidme, Rey, la palabra;  
 cobre yo mi honor perdido,  
 y porque me deis más crédito,  
 tomad aquestos testigos  
 (*Dale los papeles y un anillo.*)  
 que la noche del engaño  
 (vos de dulce amor vencido),  
 me disteis con mil ternezas,  
 con lágrimas y suspiros.

REY. Basta, convencido estoy,  
 y porque quede cumplido  
 como vos lo deseáis,  
 ésta es mi mano, aunque indigno.  
 La Duquesa dé la suya  
 al Duque.  
 ELENA. Yo sola he sido  
 quien ha de quedar burlada,  
 pues al Conde, que está herido,  
 engañé, fingiendo que era  
 Diana, y a lo que he visto,  
 no hay orden, traza, ni modo  
 de que sea mi marido.  
 CONDE. Pues sé que eres noble, Elena,  
 voto hago yo de cumplirlo,  
 si Dios vida me concede,  
 de casar luego contigo.  
 ELENA. Una esclava en mí tendréis,  
 que os regale, dueño mío.  
 ALANO. Y yo soy muy venturoso,  
 pues el autor no ha querido  
 que hoy sirviese de costal  
 para su quebrado vidrio;  
 a Dios gracias, que un lacayo  
 sin casarse haya salido,  
 contra la común costumbre  
 de cómicos artificios.  
 Y aquí da fin la comedia,  
 no el deseo de serviros.

FIN

# LA GRAN COMEDIA DE LA NOCHE DE SAN JUAN

POR  
LOPE DE VEGA CARPIO

---

## PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

DON JUAN.  
DON LUIS.  
DON PEDRO.  
DON BERNARDO.  
OTAVIO.  
MENDOZA.  
CELIO.  
LEANDRO.

LEONARDO.  
DON FÉLIX.  
ALGUACILES.  
DOÑA LEONOR.  
DOÑA BLANCA.  
INÉS, *criada*.  
ANTONIA, *criada*.  
FENISA.

I,UCRECIA.  
FABIO.  
RODRIGO.  
DON ALONSO.  
DON TORIBIO.  
TELLO, *gracioso*.

## ACTO PRIMERO

(*Salen DOÑA LEONOR, dama, e INÉS, criada.*)

LEO. No sé si podrás oír  
lo que no puedo callar.  
INE. Lo que tú supiste errar,  
¿no lo podré yo sufrir?  
LEO. Perdona el no haberte hablado,  
Inés, queriéndote bien.  
INE. Ya es favor de aquel desdén  
pesarte de haber callado.  
LEO. No me podrás dar alcance  
sin un romance hasta el fin.  
INE. Con achaques de latín,  
hablan muchos en romance.  
LEO. Las destemplanzas de amor  
no requieren consonancias.  
INE. Si sabes mis ignorancias,  
lo más claro es lo mejor.  
LEO. ¿Tengo de decir, Inés,  
aquéllo de escucha?  
INE. No,  
porque si te escucho yo,  
necio advertimiento es.  
LEO. Vive un caballero indiano  
enfrente de nuestra casa,  
en aquellas rejas verdes;  
cuando está en ellas, doradas.  
Hombre airoso, limpio y cuerdo,  
don Juan Hurtado se llama.  
Dijera mejor, pues hurta,  
don Juan Ladrón, sin Guevara.

Este, que mirando en ellas,  
las tardes y las mañanas,  
no curioso de pintura  
los retratos de mi sala,  
si no mi persona viva,  
como papagayo en jaula  
siempre estaba en el balcón,  
diciendo a todos: «¿quien pasa?»,  
Debió de pasar amor;  
que como el Rey que va a caza,  
a las águilas se atreve,  
cuanto y más a humildes garzas.  
Parándose a alguna vez,  
preguntóle cómo estaba;  
respondió: «como cautivo»,  
y miraba mis ventanas.  
De sus ojos y su voz,  
a mi labor apelaba;  
mas pocas veces defienden  
las almohadillas las almas.  
Muchas, te confieso, amiga,  
que los ojos levantaba,  
por ver si estaba a la reja,  
que no por querer mirarla.  
Di en cansarme si le vía,  
¡oh, qué necia confianza!  
que pesándome de verle,  
de no verle me pesaba.  
Dicen los que saben desto,  
Inés, que el amor se causa  
de unos espíritus vivos  
que los ojos de quien ama

a los opuestos envían,  
 y como veneno abrasan,  
 de aquellas sutiles venas  
 la sangre más delicada.  
 Por esta razón, los niños,  
 en los brazos de sus amas,  
 enferman de quien los mira,  
 aunque es la causa contraria;  
 que allí mira el niño amor,  
 pero aquí padece el alma;  
 que las niñas de los ojos,  
 las de las almas retratan.  
 En la Victoria una fiesta,  
 que en guerra de amor no falta  
 la victoria a quien porfía,  
 y más si está la esperanza  
 tan cerca del Buen Suceso,  
 el tal indiano esperaba  
 que yo llegase a la pila;  
 llegué, y al tomar el agua,  
 como que hacía lo mismo  
 me echó un papel en la manga.  
 ¿No te dije yo al principio  
 cómo Hurtado se llamaba?  
 ¿Pues qué mayor sutileza  
 viniendo entre gente tanta?  
 Tomaba con una mano  
 el agua y con otra echaba  
 el papel, en que fué cierto  
 lo que dicen del que anda  
 entre la cruz y la pila.  
 Pasaron dos horas largas  
 mientras en la iglesia estuve,  
 donde, por más que rezaba,  
 más al papel atendía  
 que a las imágenes santas.  
 Quise romperle mil veces,  
 y cuando ya le sacaba  
 parece que me decía:  
 «Señora, ¿por qué me rasgas?  
 ¿Qué perderás en saber  
 cómo escriben a sus damas  
 los amantes?» Pero yo,  
 aunque con muchas palabras,  
 «no, traidor—le respondía—,  
 aquí morirás; que llamas  
 para papeles de amores  
 suelen ser manos honradas».  
 Entre si le rasgo o no,  
 ¡oh cuánto yerra quien halla  
 luz para atajar principios  
 y los remedios dilata!  
 Comencé a rasgarle, y luego

detuvo el amor la espada,  
 porque es ángel que defiende  
 papeles cuando honras mata.  
 Volvió, en fin, por las razones,  
 y la razón desampara,  
 afeándome la muerte  
 de un pobre papel sin armas.  
 El vino conmigo, en fin,  
 y en mi aposento, sentada  
 en mi cama, vi el papel,  
 cortés, como quien engaña,  
 y breve, como discreto,  
 y aquella máscara santa  
 del matrimonio, en los hombres  
 treta que ha perdido a tantas.  
 Anduve desde este día  
 triste y alegre, cansada  
 de sufrir mis pensamientos,  
 que resistidos desmayan.  
 Don Juan, como pescador  
 que al pez el sedal alarga  
 cuando ya le rinde asido  
 y va mudando la caña,  
 envíome una mujer  
 destas que cuentan por habas  
 los sucesos por venir;  
 negro monjil, tocas blancas,  
 cuentas de no dar ninguna  
 que cruz y muerte rematan,  
 cruz de matrimonios que hacen  
 y muertes de honras que acaban.  
 Yo no sé, por no cansarte,  
 con qué hechizos o palabras  
 trocó mi honesto deseo,  
 que a dos visitas estaba,  
 como don Juan me quería,  
 claro está, que enmorada.  
 Respondí al papel, y a muchos,  
 por esta fingida santa,  
 a quien mi casa venera  
 y a quien mi hermano regala.  
 En fin, dando yo lugar,  
 todas las noches me habla  
 por estas rejas don Juan;  
 porque, después de acostada,  
 vuelvo a vestirme y salir;  
 porque cuando el amor danza,  
 no hay Conde Claros, Inés,  
 que así salte de la cama.  
 Hablamos hasta que el sol  
 nos envía, con el alba,  
 a decir que ya es de día,  
 porque los ojos no bastan.

Así pasamos las noches,  
y te prometo que es tanta  
la blandura y discreción  
de don Juan, y que me trata  
con tan honesto respeto,  
que, perdida y obligada,  
pienso advertir a mi hermano  
de que mi vida se pasa  
sin que de mi estado trate;  
que, divertido en sus damas,  
como caballero mozo,  
ni se casa ni me casa;  
porque somos las mujeres  
fruta que con flor agrada,  
y del tiempo en que se coge  
siempre es mejor la mañana.  
Esta, Inés, la historia ha sido;  
y, cuanto amorosa, casta,  
no le di mano sin ser  
sobre lágrimas prestadas.  
A quien no lo pareciere,  
pruebe a ser un año amada,  
que oír y no responder  
sólo es bueno para estatuas.  
Yo defendí mi valor;  
pero donde el cielo es causa  
y dos almas se conforman,  
ninguna prudencia basta.

INE. Aunque has pensado que yo  
no entendía tu inquietud  
y estimaba la virtud  
de quien el papel te dió,  
sabe que todo lo sé,  
y de Tello, su criado,  
que alguna vez me ha fiado  
sus pensamientos, en fe  
de un poco de voluntad.

LEO. ¿Quiéresle bien?

INE. Es discreto.

LEO. Bueno andaba mi secreto.

INE. ¿Parécete novedad  
que donde mira el señor  
siga su ejemplo el criado?

LEO. Mi hermano, Inés, ha llamado.  
¡Ay, Dios!

INE. ¿De qué es el temor?

LEO. De venir con él don Juan,  
a quien él jamás habló.

INE. ¿Don Juan?

LEO. Ya le he visto yo,  
y mis sospechas me dan.

(Salen DON JUAN y DON LUIS, y TELLO.)

LUI.

Creed, señor don Juan, que estoy corrido,  
si bien no culpa, encogimiento ha sido  
no haberos visitado.

JUA.

Confieso que en lo mismo estoy culpado,  
siendo mi obligación.

LUI.

Antes la mía;

que ofreceros debía  
mi casa y mi amistad, por caballero,  
vecino y forastero.

JUA.

Mostráis lo cortesano y lo discreto  
en honrarne, don Luis, y yo os prometo  
que el amor me debéis con que os hacía  
mil visitas el alma cuando os vía,  
con mil ansias de ser amigo vuestro.

LUI.

Estrellas tuvo el pensamiento nuestro;  
ellas nos concertaron, pues ha sido  
igual amor el que nos ha vencido;  
servíos desta casa llanamente.

JUA.

Esclavo seré suyo eternamente.  
¿Es vuestra hermana esta señora?

LUI.

Hoy quiero

que conozcáis mi hermana. El caballero,  
Leonor, que miras es don Juan Hurtado;  
ya sé que tu retiro recatado  
aun no sabrá que fué nuestro vecino  
desde que a España de las Indias vino.

JUA.

¡Cielos, qué dicha es ésta!  
Señora, a tantas honras, la respuesta  
es el silencio mudo,  
que es la lengua mejor de quien no pudo  
satisfacer su obligación hablando.

LEO.

Y yo, señor don Juan, quiero, imitando  
si no el ejemplo, el pensamiento vuestro,  
decir callando del contento nuestro  
alguna parte breve  
por mi hermano y por mí.

LUI.

Todo se debe

al valor de don Juan.

JUA.

Embarazado  
de tantas honras, casi estoy turbado;  
aunque no lo supiera,  
por hermanos, señores, os tuviera  
viendo tan parecida cortesía.

LUI.

Retírate, Leonor, que hablar querría  
a solas con don Juan.

LEO.

Como quisieres,  
aunque la condición de las mujeres  
lleva mal los secretos.

JUA.

Tello, ¿qué es esto?

TELL.

Del amor efetos;  
que se pega también, y es cosa llana  
que a don Luis se le pegó su hermana.

JUA.

Si hacemos amistad, ¡ay, Leonor mía!,  
aquí veré tu sol sin celosía.

LEO.

Inés, detrás desta cortina quiero  
escuchar a mi hermano, que me muero  
de varios pensamientos combatida.

INÉS.

No ves que es amistad.

LEO.

¿Y si es fingida?

(*Escóndense las dos.*)

LUI. Señor don Juan, ya que habemos  
nuestras almas declarado,  
fuera engaño haber callado  
lo que en su centro tenemos;  
sin prólogos, sin extremos,  
ya sois dueño de la mía.

(*LEONOR, escondida.*)

LEO. ¡Ay, qué desdicha sería,  
Inés, que se declarase!

INE. Mas aguardo que te case.

TELL. No hay secreto sin espía.  
Las dos escuchando están;  
que, mujeres, por saber,  
y más cuando hay qué temer,  
ventanaz en bronce harán.

LUI.

Yo quiero, señor don Juan,  
el más hermoso sujeto  
deste lugar; y aunque a efeto  
de casarme, como es justo,  
no corresponde a mi gusto,  
ni en público ni en secreto.

Creer que es honestidad  
a mi amor, está muy bien;  
que en un público desdén  
hay secreta voluntad.  
Tenéis vos tanta amistad  
con el dueño desta dama,  
que no fué mayor la fama  
de Polux y de Castor;  
por donde piensa mi amor  
que la fortuna me llama.

Pero ¿ya qué tiempo aguardo,  
cuando tan bien me entendéis,  
pues dice que lo sabéis,  
la amistad de don Bernardo?  
Que este mi desdén gallardo  
trujo de Sevilla aquí,  
como su hermano, y yo fuí  
dichoso en que van despacio  
sus negocios en palacio,  
pero muy aprisa en mí.

Blanca me mata, en efeto;  
yo me querría casar;  
nadie lo puede tratar  
como un amigo discreto;  
vos lo sois, y yo sujeto  
a cuanto vos concertéis.  
En dote no reparéis,  
que bien sabréis cuál me veo  
si en posesión o en deseo  
alguna prenda tenéis.

JUA.

Si no tuviera por cierto  
el fin de tan justo amor,  
sabiendo vuestro valor,  
no me obligara al concierto;  
será de Bernardo acierto,  
de Blanca será ventura;  
en vuestro valor segura,  
bien os empleáis los dos,  
vos en ella y ella en vos;  
a tal fe, tal hermosura.

Y así, desde ahora os doy  
parabién; que lo que es justo  
lleva de su parte el gusto;  
conque a decírselo voy;  
de Blanca seguro estoy;  
que si os trató con desdén  
no fué desprecio; que quien

sabe que se ha de casar  
todo lo quiere guardar  
para cuando le esté bien.

Allá en Sevilla tenía  
ciertos pensamientos yo,  
que la ausencia dividió,  
y de experiencia sabía  
que una amorosa porfía  
quiere presta ejecución;  
yo os traeré resolución  
tan presta, si me la dan,  
que hoy, víspera de San Juan,  
juréis de la posesión.

LUI. Echaréme a vuestros pies.

JUA. Dejad cumplimientos vanos.

LUI. Dadme siquiera las manos.

JUA. Guardadlas para después.  
Vamos, Tello.

TELL. Mira a Inés  
con la divina Leonor.

JUA. ¿Acecharon?

TELL. Sí, señor.

JUA. Tello, si don Luis se casa,  
yo soy dueño desta casa.

TELL. San Juan me dé su favor.

*(Vanse los dos.)*

LUI.

Echando al mayor mundo todo el velo  
asombra la celeste artillería  
y entre pedazos de tiniebla fría  
por donde daba luz escupe hielo.

Mas tomando con lástima del suelo  
el hacha eterna el que los años guía,  
huye el horror y resucita el día  
en el alcázar del sereno cielo.

Así, con puros rayos celestiales  
en tanta tempestad, tu sol previenes,  
hermosa Blanca, y a mis ojos tales.

¡Oh, bien haya el rigor de tus desdenes!  
porque si no se hubieran hecho males  
era imposible conocer los bienes.

*(Salen DOÑA LEONOR e INÉS.)*

LEO. Vengo a reñirte, enojada;  
paciencia puedes tener.

LUI. ¿Tú, Leonor? Debe de ser  
porque estás, hermosa, airada.

LEO. Todo lo que has dicho oí  
al indiano caballero,  
que de tus bodas tercero  
agora se va de aquí.

¿Es justo que tome estado

un hombre de tu valor  
antes que yo? ¡Qué rigor!  
Pues es fuerza que, casado,  
esclava venga yo a ser  
de una muy necia cuñada  
que a la suegra más cansada  
sostituye por poder.

¡Qué buen cuidado de hermano  
de tales obligaciones!

En buen estado me pones;  
quiero besarte la mano.

¡Qué buen marido me das  
sirviendo toda mi vida  
a una ninfa bien prendida!  
Ya la imagino detrás  
y la doncella delante,  
y decirme, muy tirana:  
«deja, Leonor, la ventana»,  
no queriendo que levante  
los ojos a ver pasar  
caballo, coche o carroza.  
Como si una mujer moza  
se pudiese consolar

de no ver lo que otros ven,  
habiéndose hecho los ojos  
si para llorar enojos  
para ver la luz también.

¿Es bien que esté en mi labor  
y que ella todo lo mire?;  
y en tanto que yo suspire,  
decir muy a lo señor:

«Qué bien a caballo va  
Sástago con sus soldados;  
lució en los toros pasados;  
bien visto en la corte está;  
bravos tudescos sacó».

Y yo en la sala, a lo fresco,  
que labre y mire en tudesco  
mientras el otro pasó.

Gallardos, de mar armar,  
pasan el Duque y Marqués,  
la silla, el coche. ¿No ves  
que a pausas me ha de sangrar  
darme tentaciones tales?

¿Sin ser mi padre me das  
madrastra? Mas no podrás;  
que hoy quiero que me señales  
monasterio y alimentos.

LUI. Tienes, Leonor, mil razones;  
que olvidan obligaciones  
amorosos pensamientos.

Estoy corrido de ver  
que me intentase casar;

palabra te quiero dar  
de que no tendré mujer  
antes que tengas marido,  
hallando sujeto igual.

LEO. Siendo rica y principal,  
¿tan desdichada he nacido,  
tan sin méritos estoy  
que de nadie soy mirada?

LUI. Leonor, si alguno te agrada  
y es tu igual, licencia doy  
a que me digas quién es  
y la tengas de casarte.

LEO. No sé cómo acierte a hablarte.

LUI. Si lo he de saber después,  
¿no es mejor saberlo ahora?  
No te turbes. ¿Qué claveles  
son esos que tú no sueles  
tener conmigo?

INE. Señora,  
habla, que es linda ocasión.

LEO. Si te hablo claro, hermano,  
este caballero indiano  
me mira con afición,  
y criados de su casa  
a los nuestros han contado  
que ya un hábito le han dado,  
que a esto ha venido y que pasa  
su hacienda de nueve mil  
pesos ed renta, que yo  
no le había visto.

LUI. ¿No?

LEO. No.

que aunque el amor es sutil,  
no pudo desde su reja  
penetrar mi celosía.

LUI. Yo no quiero, hermana mía,  
que de mi amor tengas queja;  
fuera de que la afición  
que tengo a este caballero,  
ya de mis bodas tercero,  
que no es poca obligación,  
concertará fácilmente  
las vuestras con gusto mío,  
que del tuyo bien confío  
que el concierto te contente.

Porque quien la celosía  
dijo que no penetraba,  
claro está que le miraba  
si vió que el otro le vía.

Huyeron de una pendencia  
dos, y el uno se alabó  
de que el otro se escondió,  
juzgando por diferencia

el huir y el esconder,  
siendo todo cobardía;  
y así tú cuando él te vía  
también le pudiste ver.

Pero no lo examinemos;  
él vendrá y yo le querré  
por cuñado; en cuya fe  
los cuatro nos casaremos.

De suerte que, si cansada  
es la cuñada, Leonor,  
quedarás, si no es mejor,  
con el cuñado vengada.

LEO. Fío de tu entendimiento  
que lo sabrás disponer.  
De golpe tanto placer,  
¡ay, Inés!, temo el contento,  
que también suele matar.

INE. ¿Y Tello no tendrá aquí  
su papel?

LEO. Dile...

INE. ¿Qué?

LEO. Di  
que le comience a estudiar.

Dame pluma y tinta luego;  
a don Juan escribiré  
lo que ha de decir. No sé  
cómo mi poco sosiego  
no dió enojo a don Luis.  
¡Oh bienes, aunque dichosos,  
siempre venís sospechosos  
cuando de prisa venís! (*Vanse.*)

(*Salen DON JUAN y DON BERNARDO.*)

BER. Conozco la obligación.

JUA. A mi fortuna agradezco  
quitaros a vos cuidados  
y dar a Blanca remedio.

BER. Sois mi amigo en que se cifra  
cuanto encareceros puedo;  
que una hermana a un hombre mozo  
es un insufrible peso;  
no habré tenido en mi vida  
mejor San Juan.

JUA. Y yo pienso  
que hoy está de gracia toda  
la luz del zafir eterno;  
alguna conjunción magna  
de benévolos aspectos  
influye fiestas, Bernardo,  
paces, gustos, casamientos.  
Tengo por feliz auspicio  
tratar el de Blanca en tiempo  
que la fortuna mayor



mira bien al Sol y a Venus;  
de que procede también  
que siendo en el cielo inmenso  
Júpiter, señor del año,  
propicio a reyes y a imperios,  
ganados, trigos y frutos,  
paz y prósperos sucesos,  
el Júpiter español,  
también con igual contento,  
se muestre alegre esta noche;  
y como del Rey sabemos  
que tiene Dios en sus manos  
el corazón, por lo mismo  
el buen Rey tiene en las suyas  
los corazones del reino.  
No es noble, ni hombre de bien,  
quien no se alegra, pues vemos  
que del Sol viene la luz,  
como del entendimiento  
a las acciones del hombre  
la razón; y, fuera desto,  
dijo un ángel a los padres  
de San Juan, que el nacimiento  
de su hijo había de ser  
alegre al mundo universo.  
Luego alegrarse esta noche  
es justo, como decreto  
de Dios por boca de un ángel.  
Yo entré con un caballero  
a ver el sitio, Bernardo,  
donde esta noche veremos  
tres soles en una aurora,  
que son, sin Edipos griegos,  
Rey, Reina y Infantes; mira  
todo el problema deshecho.  
Del Conde de Monterrey  
el jardín, por los extremos  
que tiene al prado ventanas,  
dispuso el Marqués Crescencio,  
por orden del Conde Duque,  
desta suerte: un teatro en medio  
con más de trescientas luces,  
que han de competir ardiendo  
entre faroles de vidrio  
con duplicados reflejos  
a veinte y cuatro blandones,  
y, juntas ellas con ellos,  
a cuantas luces se asomen  
a las ventanas del cielo.  
Que como es fiesta, Bernardo,  
que le ha de tener por techo,  
bordaráse de diamantes,  
aunque no parezca negro.

Aquí, el primero en la dicha,  
representará Vallejo  
una comedia, en que ha escrito  
don Francisco de Quevedo  
los dos actos, que serán  
el primero y el tercero,  
porque el segundo, que abraza  
los dos, dicen que ha compuesto  
don Antonio de Mendoza.  
Pintarte estos dos ingenios  
era atrevimiento en mí  
y no fuera gloria en ellos;  
porque son tan conocidos,  
que sólo decirte puedo  
que, por partir el laurel,  
dividieron el imperio.  
Veránla Sus Majestades  
dentro de un verde aposento  
que forman arcos de flores;  
porque fué discreto acuerdo  
que todo fuese jardín  
adonde todo era cielo.  
De cortinas carmesíes  
los arcos se cubren dentro;  
que para tales retratos  
estrellas quisieron serlo.  
Tendrán su lugar los Condes  
y las damas, previniendo  
añadir cuatro al jardín  
con diferente pretexto.  
Porque en vez de ayudar todo  
con tanta fiesta deshecho,  
que del jardín, con más flores  
que hay en los campos Hibleos,  
hoy en la Casa del Campo  
han visto los jardineros  
seis fuentes más, y es la causa  
que, con justo sentimiento,  
lloró de envidia del Prado,  
que aun hay en jardines celos,  
diciendo que le bastaba  
ser en verano e invierno  
ciudad portátil de coches  
con inmortales paseos.  
Y, afligido, Manzanares,  
que le pareció desprecio,  
juró que habían de verle  
en julio y agosto, seco.  
Hay para damas tapadas  
dos teatros, al de en medio  
casi iguales, en que habrá  
disfraces de pensamientos.  
Por lo alto, como almenas,

del jardín en cinco puestos  
previenen músicos voces,  
eco el aire, amor, silencio,  
porque parezcan en alto,  
de verdes olmos cubiertos,  
ruiseñores al aurora  
que alternan voces y versos.  
Hecha la primer comedia,  
harán colación, y luego  
la comodidad querrá  
pedir licencia y consejo  
a la autoridad cansada,  
y volverán a sus puestos  
los Reyes y los Infantes,  
con capas de color, ellos,  
y la Reina, con valona,  
quitándole al Sol el cerco,  
que es mejor que el de abaninos,  
el de diamantes tan bellos.  
Las damas lo mismo harán;  
aunque, por falta de espejos,  
se miran unas en otras,  
cristales para de presto.  
Traerán valonas y tocas,  
mantos de humo y sombreros;  
que los humos, de ser soles,  
aun allí querrán tenellos.  
Dicen que a todos darán  
abanillos, y con ellos  
búcaros de olor, en quien  
vaya por agua amor ciego  
al llanto de los galanes,  
que han de mirar encubiertos  
la fiesta, y por ver si amor  
descubre también deseos.  
Sentados, hará Avendaño  
una comedia, que creo  
es retrato desta noche,  
en cuyo confuso lienzo  
tomó Lope la invención,  
y se ha estudiado y compuesto  
todo junto en cinco días.  
Mas ¿para qué me detengo,  
si, alegremente engañado,  
de tanta fiesta, no veo  
que dejo un amante noble,  
como esperando, temiendo  
la respuesta que de vos  
también en su nombre espero,  
que, sin presunción de engaño,  
favorable os aconsejo?  
Porque no puede hallar Blanca  
más honrado caballero;

vos cuñado, amigo yo,  
si mañana amanecemos  
ella casada, vos libre  
deste peso, yo contento  
de que servir a los tres  
es obligación y es premio.

BER.

A la mucha noticia que tenía,  
don Juan, dese gallardo caballero,  
añade vuestro abono y cortesía  
cuanto gozar en la experiencia espero;  
daréle a Blanca, que es la prenda mía  
de más valor, y, agradecido, quiero  
emplear su hermosura en su nobleza;  
que la virtud es la mayor riqueza.

Y bien se echa de ver su entendimiento  
en no querer más dote que su gusto.

JUA.

Pues yo casar a doña Blanca intento,  
fiado estoy en que le viene al justo,  
lo menos dije de lo más que siento.

BER.

Fuera en tanta amistad término injusto  
no ser don Luis como le habéis pintado.

JUA.

De sus partes estoy bien informado.

BER.

Ya que el cabello la ocasión me ofrece,  
de cierta condición quiero advertiros,  
con que tendrá don Luis lo que merece  
y yo, don Juan, el gusto de serviros.

JUA.

Decid cuanto sentís, cuanto os parece  
de mi proposición.

BER.

Para deciros

con llaneza y verdad mi pensamiento,  
como a tan grande amigo, estadme atento.

Muchas fiestas, don Juan, a la Victoria  
he visto entrar el ciclo de una dama,  
descubriendo su sol manto de gloria  
y en nubes de humo la celeste llama;  
tanta inquietud ha puesto en mi memoria,  
que los amantes de la antigua fama,  
aunque fuesen Leandros, aunque Apolos,  
sombra no son de mis suspiros solos.

Tal gracia, tal donaire y bizarría,  
de tanta honestidad acompañada,

parece que en cuidado puesto había a la Naturaleza descuidada, que como tantas cosas juntas cría, que no se advierte que repara en nada, aquí tomó de espacio los pinceles, con puntas de jazmines y claveles.

Cayósele una vez, don Juan, un guante; alcéle, y con turbada diligencia volví al marfil el velo, que un diamante rompió por no sufrir la diferencia; tomóle agradecida de semblante. ¿Quién ha visto matar con reverencia? Pues cuando me acerqué y ella lo hizo, en el sol de sus ojos me deshizo.

Este día, atrevido y confiado, en que mi amor había conocido, seguí su coche y pregunté a un criado su calidad, su casa y su apellido; al nombre de Leonor Solís y Prado, que respondió dejándole florido, le repliqué con eso, cuando pasa el Sol por el León el mundo abraza.

Llegué a su calle, y supe que era hermana dese don Luis; y así, don Juan, quería que en estas ferias, que el amor allana, me dé su hermana y le daré la mía; con esto queda, en lengua castellana, hecho el concierto en justa cortesía, pues en el dote vengo a conformarme, siendo el que yo le doy el que ha de darme. JUA.

¿A quién jamás sucedió desdicha como la mía, (*A parte.*) que yo mismo persuadía lo mismo que me mató? ¿Que busqué el veneno yo? ¿Que yo mi homicida fui? ¿Que yo vine a concertar en cuánto me han de matar? ¿Y que las armas le di?

Esto no fué culpa mía, sino de mi mala estrella; perdí a Leonor cuando en ella más esperanza tenía; fui como aquel que bebía en fuente donde mortal ponzoña dejó animal; que, como estaba sereno, no pude ver el veneno en fe de beber cristal.

Fuí como rudo villano que, del nido codicioso del ruiseñor amoroso, puso en el áspid la mano;

fui tahir, fui diestro en vano, que aunque juegue y acometa, puntas tire, naipes meta, el que jugaba con él, menos sabio y más cruel, le dió con la misma treta.

¿Qué haré? Pues decir no puedo a don Bernardo que adoro a Leonor por su decoro, y por tener justo miedo de su hermano, si bien quedo sin esperanza; morir es fuerza, pues a decir voy que a Bernardo la dé, si hasta decirlo podré después de muerto vivir. (*Alto.*)

Bernardo, pensando estuve, después que oí vuestro amor, si hablar a Blanca es mejor, que por eso me detuve; tal respeto siempre tuve al gusto de las mujeres. ¡Oh, pobre esperanza, hoy mueres! Don Juan, gente de valor para materias de honor no admite sus pareceres; que aunque es bueno su consejo, cuando las ciega pasión más con la misma razón que con ellas me aconsejo: ella es el mejor espejo a cuyas verdades paso el parecer deste caso, y Blanca no ha menester darme a mí su parecer, basta saber que la caso.

JUA. No más, con eso me voy; mas bien será que la habléis.

BER. Luego que os vais.

JUA. Bien haréis. (*A parte.*)  
(¡Ay, Cielos, muriendo estoy!)  
Con vos a la tarde soy; aunque es noche de San Juan; vos, como amante y galán, tendréis que hacer.

BER. No tendré; sólo esperando estaré si el bien que pido me dan.

(*Vase DON JUAN. Salen BLANCA, dama, y ANTONIA, criada.*)

BLA. Pues, hermano, ¿qué quería don Juan que se fué tan presto?

BER. Dame, Blanca, albricias.

BLA. ¿Yo?

BER. ¿De qué?

BLA. De dos casamientos.

BLA. Dos por lo menos. ¿De quién?

BER. que tan inquieto te veo que pienso que te has casado.

BLA. Sí, por eso estoy inquieto; tú lo estarás por lo mismo; trocado hermanas habemos don Luis de Solís y yo; don Juan ha sido el tercero, que le debo esta amistad y este cuidado le debo. Tú serás de don Luis y yo de Leonor; no puedo detenerme, porque voy a prevenir dos plateros para darle ricas joyas; porque, en firmando el concierto, no me gane por la mano don Luis, que es gran caballero, y querrá con regalarte vencer, galán, mi deseo. (*Vase.*)

BLA. ¿Hase visto igual locura?

ANT. Sin duda ha perdido el seso mi hermano.

ANT. Terrible nueva ha de ser para don Pedro el saber que te has casado.

BLA. ¿Cómo casado? Primero perderé, Antonia, mil vidas.

(*Sale DON PEDRO.*)

PED. Estando a tu reja atento vi que salía tu hermano y a pedirte albricias vengo de que hoy han tenido fin mis pleitos en el Consejo; que este gusto, hermosa Blanca, animó mi atrevimiento para verte donde sólo con el pensamiento llego. Ahora sí que pedirte, Blanca, a don Bernardo puedo, y, casados, a Navarra, gustando tú, nos iremos; que yo sé que ha de agradarte la hermosura de aquel reino. Verás a Pamplona, adonde mi hacienda y mi regimiento te harán de aquella ciudad, y por tus méritos, dueño. ¿Qué tristeza es esta?

BLA. Ha sido, don Pedro, contrario el cielo a los pleitos de mi amor cuando propicio a tus pleitos; hoy mi hermano me ha casado.

PED. Tan presto, Blanca, me has muerto. que parece que traías el arcabuz en el pecho y que apuntándome al mío diste con la lengua fuego. ¿Casada? ¿Con quién?

BLA. No sé. Aquí andaba un caballero sirviéndome, máspreciado de amante que de discreto. Tiene una hermana que adora Bernardo, y han hecho trueco de damas, como si entrambos jugaran al mismo juego. Yo, quiere que a don Luis (que por extremo aborrezco) pase, y Leonor a Bernardo.

PED. De esa manera yo pierdo, y no menos que la vida.

BLA. No perderás, si yo puedo.

PED. ¿Pues habrá remedio alguno?

BLA. Los jueces son remedio; que de iguales voluntades confirman los casamientos.

PED. ¿Cumplirás tú lo que dices?

BLA. Ruido siento, y sospecho que si no es el desposado, debe de ser el tercero. Vete, y fía de mi amor, que no he de tener más dueño que don Pedro mientras viva.

PED. Mira que dicen que el viento lleva palabras y plumas.

BLA. Plumas y palabras quiero que firmen y que confirmen que ser tu mujer prometo. Esta es noche de San Juan; si voy al Prado, está cierto que los dos iremos juntos donde, quien pudiese hacerlo, nos dé las manos en forma de promesa y juramento. No te detengas aquí.

PED. Quisiera.

BLA. Vete, don Pedro, que a mi determinación no quiero agradecimiento, que te han de faltar palabras;

PED. y basta, que yo lo creo.  
Bien dices, y pues mi alma  
tienes, señora, en tu pecho,  
pregúntale allá de espacio  
lo que callo y lo que siento. (*Vanse.*)

(*Salen LEONOR, INÉS y TELLO.*)

LEO. Aun no me cabe en el pecho,  
tanto bien me ha de matar.

TELL. También el mar, con ser mar,  
es alguna vez estrecho.

LEO. ¡Jesús, don Juan mi marido!  
¿Y con gusto de mi hermano?  
Poco estimo el bien que gano,  
pues que no pierdo el sentido.

Debe de ser la ocasión,  
que como don Juan le tiene,  
corre el que de allí me viene  
por cuenta de su razón.

INE. Y sa mesté, señor Tello,  
¿qué es lo que piensa de mí?

TELL. Que soy tuisimo, y fui,  
bella Inés, del pie al cabello.

Para servicio de Dios  
en casándose don Juan,  
y a las Indias, si ellos van,  
iremos también los dos.

Verás a Lima, el mejor  
fruto de española empresa;  
Lima, que al Rey en la mesa  
no se la ponen mejor.

Lima dulce de Filipos,  
que no lima de Valencias,  
que no le hacen competencias  
Nápoles y Pausilipos.

Verás el Cerro, en grandeza  
ilustre, aunque dulce y agro,  
el gran Potosí, el milagro  
mayor de naturaleza.

Cuyas entrañas y centro  
son una imagen de plata,  
piadosa fuera, e ingrata  
a los que la rezan dentro.

Es, por las Indias, el Rey  
envidiado de los reyes,  
que entre sus bárbaras leyes  
conserva de Dios la ley.

En esta tierra tan nueva,  
cuyo Dios el oro y plata,  
que del mundo en cuanto trata  
fueron el Adán y Eva.

Allí las piedras se ven  
de tantas minas sacar,

y las perlas en el mar,  
blancas y pardas también,  
como dicen los poetas,  
que son quien las ve nacer.  
¿Cierto?

INE.

TELL. Puédeslo creer.

INE. ¡Qué mentiras tan discretas!

TELL. Espántome yo de quien  
no sabe que la poesía  
es moral filosofía  
y que se adorna también,  
como de sentencias graves,  
de fábulas, cuales son  
el Fénix, oposición  
del Sol en drogas suaves.

Dime: ¿quién oyó cantar  
al cisne? Pues desa suerte  
nacer al alba se advierte  
la perla en conchas del mar.

¿Quién sabe que, si primero  
mira al basilisco el hombre,  
le mata, trocando el nombre?  
¿Quién, cuando corre ligero  
por el mar un galeón,  
la rémora le detiene?

Pues esto misterio tiene,  
hermosura e invención.

INE. Calla, que viene don Juan.

(*Sale DON JUAN*)

LEO. Señor mío, yo esperaba  
vuestra venida; que estaba  
como las perlas que están  
esperando su rocío;  
mas mirad que amanecéis  
oscuro, y que así pondréis  
como el vuestro el color mío.

JUA. ¡Ay de mí!

LEO. ¿Cómo ay de mí?

¡Ay de entrambos, si por dicha  
nació de alguna desdicha,  
que vos suspiráis así!

JUA. Leonor mía, yo os perdí.

LEO. ¿Eso cómo puede ser  
siendo yo vuestra mujer?

JUA. Porque jamás vi pesar  
que no viniese a pisar  
los pasos que da el placer.

Sale el bien, y el mal detrás  
va sus estampas siguiendo.  
No os entiendo.

LEO.

JUA. Ni yo entiendo  
que pueda decirte más.

- TELL. ¡Oh, contento!, ¿dónde estás?  
Sin duda, algún triste caso  
le obliga.
- LEO. Mil muertes paso.
- JUA. Si el mal te alcanza, ¿a qué vienes  
bien? Pero siempre los bienes  
fueron muy cortos de paso.
- LEO. Mil veces queréis matarme  
con tan declarada muerte.
- JUA. Es tan oscura mi suerte,  
que no acierto a declararme.
- LEO. Mi hermano quiere casarme  
con vos. ¿Qué podéis temer?  
Vuestra mujer he de ser.
- JUA. No importa, Leonor hermosa;  
sí, para ser envidiosa,  
es la fortuna mujer.
- LEO. Ya no puedo yo sufrirlo.
- JUA. Ni yo tan grave tormento,  
pues no digo lo que siento  
y me muerdo por decillo.
- LEO. Ya, don Juan, me maravillo  
desos respetos cansados;  
decidme vuestros cuidados;  
que si son bienes perdidos,  
más que mataron sentidos  
suelen matar esperados
- JUA. No sé por dónde, mi bien,  
pueda mi mal comenzar.
- LEO. Por donde suele acabar  
qué es saberse mal o bien.
- JUA. Bien dices; pero también  
es cosa fuerte, por Dios.
- LEO. ¿Por qué, sintiéndola vos?  
¿Es más que la muerte fuerte?
- JUA. Es más fuerte que la muerte.
- LEO. Pues matémonos los dos.
- JUA. Yo, sí, con tanto pesar.
- TELL. ¿Inés?
- INE. ¿Qué quieres decir?
- TELL. Que pienso que han de pedir  
el recado de matar.
- LEO. Mi hermano.
- JUA. Aquí es fuerza hablar.  
Y sabrás males que, iguales,  
no lo son los más mortales.
- LEO. Cruel avariento eres.  
¿Qué harás del bien, si aun no quieres  
partir conmigo los males?
- (Sale DON LUIS.)
- LUI. Don Juan, ¿ha venido ya?
- JUA. Aquí os estaba esperando.
- LUI. Mucho os debo.
- JUA. No, es muy poco.
- LUI. ¿Qué responde don Bernardo?
- JUA. Una cosa bien notable.
- LUI. ¿Cómo?
- JUA. Que está enamorado  
de la señora Leonor,  
y que así podréis trocaros,  
ahorrando el dote, si sois  
a un mismo tiempo cuñados.
- LUI. Eso me viene de perlas.
- JUA. Perlas significan llanto.
- LUI. Porque siendo doña Blanca  
buena para mí, su hermano  
es bueno para Leonor.
- JUA. Y es el argumento claro:  
no hay sino trocar hermanas.
- TELL. No he visto tan mal cruzado  
en cuantos bailes se han hecho;  
porque le yerran entrambos;  
que Leonor quiere a don Juan,  
y, si en esto no me engaño,  
Blanca no quiere a don Luis;  
luego no es baile acertado.
- INE. Muchas melindrosas vemos,  
y después, todos los años,  
paren como unas conejas.
- TELL. Es buen año de gazapos.
- INE. Lástima tengo a mi ama.
- TELL. Y yo mayor a mi amo,  
pues dices que ha de parir  
y él ha de morir de parto;  
pues partiéndose a Sevilla,  
morirá cuando partamos.
- INE. ¿Cuál hombre murió de amor?
- TELL. De amor, no; mas de hambre tantos  
que aun no los mata la muerte,  
que ellos se mueren de flacos;  
Este año no habrá gallinas.
- INE. ¿Cómo?
- TELL. Porque los salvados  
que habían de comer comemos.
- INE. Ya llueve el cielo milagros.
- LUI. En fin, ¿quedasteis en eso?
- JUA. En eso, don Luis, quedamos,  
y hoy se harán las escrituras.
- LUI. Vuestra tristeza he notado  
en que no me habláis con gusto.  
¿Qué es la causa? ¿Fáltaos algo?  
Mi casa y mi vida es poco  
para serviros.
- JUA. Estando  
alegre de vuestras bodas,

un pliego, don Luis, me han dado  
que me obliga a que me parta  
a Sevilla a cierto caso  
de importancia, y aun de pena;  
sin esto dejo un cuidado  
que en este lugar tenía;  
que ya como amigo os hablo.  
LUI. Pésame, pues este día  
en que os conozco y os trato  
os pierdo.  
JUA. No perderéis,  
que, a tanto amor obligado,  
toda vuestra casa llevo  
en el alma.  
LUI. Mucho tardo  
en pedirte el parabién.  
LEO. ¿Qué parabién, si has quebrado  
la palabra que me diste  
de no casarte hasta tanto  
que me casases a mí?  
LUI. Si la cumplo, ¿en qué te engaño?  
A don Bernardo te doy,  
con don Bernardo te caso,  
don Bernardo es caballero,  
don Bernardo es mi cuñado.  
¿De qué te quejas, Leonor?  
LEO. Deja tantos don Bernandos,  
que no le querré en mi vida,  
si como fué Veinte y Cuatro  
don Bernardo de Sevilla  
fuera Bernardo del Carpio.  
LUI. ¿Por qué?  
LEO. Porque no es mi gusto.  
LUI. ¿No es tu gusto? Leonor, paso.  
LEO. Pues descártate de novio,  
y pasaremos entrambos  
a otra mano nuestros gustos.  
LUI. Tu padre soy.  
LEO. Ni aun mi hermano.  
LUI. Mira que está aquí don Juan.  
LEO. Por él lo que siento callo.  
LUI. Presto quedaremos solos,  
que andas muy libre.  
LEO. Yo ando  
como debo a quien yo soy. (*Vase.*)  
(*Al salir DON JUAN dísele LEONOR.*)  
LUI. Venid, don Juan.  
LEO. Oye, ingrato.  
JUA. ¿Ingrato yo?  
LEO. Sí.  
JUA. ¿Por qué?  
Si te casas.

LEO. ¿Yo me caso?  
JUA. ¿Pues eso quieres negar?  
LEO. ¿Y puedo yo confesarlo?  
JUA. Mira que se va don Luis  
y vuelve de cuando en cuando  
la cabeza a ver si voy.  
LEO. ¡Qué importa!  
JUA. ¿Estás loca?  
LEO. Y tanto  
que le diré que por ti,  
si te vas.  
JUA. No hay desengaño  
para consolar mi amor.  
Ya vuelve, suéltame.  
LEO. Aguarda  
a que me mate.  
JUA. Yo juro  
de no irme.  
LEO. ¡Ay, hombres falsos!  
TELL. Inés, adiós.  
INE. ¿Lloras?  
TELL. No.  
INE. ¿Pues qué?  
TELL. Tomaba tabaco.

ACTO SEGUNDO

(DOÑA BLANCA y ANTONIA.)

BLA. Largo día.  
ANT. Temerario.  
BLA. Nunca le he visto mayor.  
ANT. Es, en secretos de amor,  
la luz el mayor contrario.  
BLA. ¡Ay, noche, que siempre en ti  
libra amor sus esperanzas,  
corre, que si no le alcanzas  
no queda remedio en mí!  
Apresura el negro coche  
donde las mías están;  
ya que fuiste de San Juan,  
que es la más pública noche  
de Europa, en el mar te baña  
sobre el amoroso toro,  
y ven con máscara de oro  
desde las Indias a España.  
Si, coronada de rosas,  
esperan otros amantes  
la aurora, yo los diamantes  
de tus alas perezosas.

- Despierta, noche, que estoy  
sin vida por ti. ¿Qué aguardas?  
Pero tanto más te tardas  
cuantas más voces te doy.
- ANT. Haste aliñado tan presto,  
que has hecho mayor el día.
- BLA. Previene amor la osadía,  
y él me ha vestido y compuesto;  
que ya mi hermano ha sabido  
que quiero salir al Prado,  
porque con esto, engañado,  
no repare en el vestido.  
¿Has avisado al cochero?
- ANT. ¿A las cuatro de la tarde  
le he de avisar?
- BLA. ¡Qué cobarde,  
me entretiene el bien que espero!  
Todo pienso que ha de ser  
estorbo a mi pretensión.
- ANT. La misma imaginación  
no te deja entretener.  
Suspende sólo un momento  
al pensamiento el cuidado.
- BLA. Ya pienso, y lo que he pensado  
es el mismo pensamiento.  
¿Aguardaré desta suerte  
a don Pedro?
- ANT. Tal estás,  
que, con ser mujer, me das  
mil ansias de hablarte y verte.
- BLA. ¿Tendrá mi propio cuidado  
don Pedro?
- ANT. En la calle está.
- BLA. ¿Podrá vernue?
- ANT. Bien podrá;  
pero no será acertado.
- BLA. ¿Sí vió hacer las escrituras?
- ANT. Todo pienso que lo vió.
- BLA. Y quieres que tenga yo  
mis esperanzas seguras?  
Yo muero, y la noche duerme,  
¡ay de mí!
- ANT. Sosiega un poco.
- BLA. Mejor podrá mi amor loco  
matarme que entretenerme.
- ANT. Toma un libro que hay aquí  
de comedias.
- BLA. ¿Para qué?  
Pues si es de amores, yo sé  
que él puede buscarla en mí.  
¿No has visto aquellos afectos  
tan vivos de dos amantes?  
Pues di a los representantes
- que vengan a hurtarme afectos.
- ANT. A lo menos tú pudieras  
imitar sus relaciones  
con que tus locas pasiones,  
amorosa, entretuvieras.
- BLA. Bien dices, y tú serás  
la criada de la dama.
- ANT. Di, que ya el vulgo te aclama,  
si acción a los versos das.  
Porque en muchas ocasiones  
que prevenirle pretende,  
celebra lo que no entiende  
no más de por las acciones.
- BLA. Una mañana de abril,  
cuando nueva sangre cobra,  
cuanto en tierra, en aire, en agua  
o corre, o vuela, o se moja;  
cuando por los secos ramos  
nuevo humor pimpollos brota,  
en cuyas pequeñas cunas  
están los frutos sin forma.  
Cuando Filomenas dulces  
cantan, y piensan que lloran,  
haciendo músicos libros  
de los álamos las copas.  
Con achaque del color  
(invención de gente moza,  
que contra el recogimiento  
tal vez por remedio toma)  
bajé a la Casa del Campo,  
cuando la celeste concha,  
abierto el dorado nácar,  
flores bañaba en aljófár.  
Llevaba por compañía  
esas dos esclavas solas,  
que por el color pudieran  
servir para el sol de sombra.  
Tuve licencia de entrar,  
y entre los cuadros que a Flora  
viste de tomillo el arte  
lazos de sus verdes orlas.  
Anduve mirando fuentes  
que despeñadas se arrojan  
de la altura en que se crían  
a lo llano, en que se postran.  
Las nuevas rosas cogía  
de las ramas espinosas,  
tan doncellas, que aun guardaban  
la clausura de sus hojas.  
Las que mostraban color  
abríalas con la boca,  
trocando aliento con ellas  
por quedarme con la copia.



Miraba otra vez atenta  
aquella estatua famosa  
del nieto de Carlos Quinto,  
que ya los cielos coronan;  
parte de nuestro divino  
monarca y señor, que adoran  
dos mundos, por quien España  
tantas esperanzas logra,  
y aquel valiente caballo,  
que renueva la memoria  
del que llevaron los griegos  
fatal engaño de Troya,  
tan vivo, que imaginaba  
que escuchara temerosa  
los relinchos por Atlante  
de tanta grandeza heroica.  
Un obelisco de mármol  
no lejos, por unas diosas  
y sátiros vierte plata  
sobre las inquietas ondas.  
Hay unos olmos enfrente,  
que de yedras trepadoras  
han hecho eternos vestidos,  
galas de su verde pompa.  
Allí me senté, cansada,  
cuando por la senda propia  
vino don Pedro a matarme,  
que yo no pienso otra cosa.  
Mira tú si son estrellas  
las que las almas provocan;  
pues se me turbó la mía  
con unas nuevas congojas.  
Aquí puedes tú pensar  
qué palabras, qué lisonjas  
me diría cuando a un hombre  
la soledad ocasiona.  
Allí entró por las esclavas,  
esto del sol y la sombra,  
y que tras la noche negra  
venía la blanca aurora.  
Que era yo la primavera,  
y que presidiendo a todas  
las flores, las repartía  
colores blancas y rojas.  
Oíle, y vi ser verdad,  
que no importa que la honra  
sea diamante, cuando hay cera  
por donde ternezas oiga.  
Como si le hubiera visto  
y concertado las horas  
que había de estar allí,  
hace que a los pies me pongan  
una toalla, dos cajas,

ésta azahar, aquélla alcorzas.  
Y muy hallado conmigo,  
suena la música ronca  
en un cubo que traía  
su poco de cantimplora  
(y de plata, por lo menos).  
Y quitándole a una bota  
de aquello que a un hombre afrenta  
una torneada gorra,  
enjuaga un criado aprisa  
una cristalina copa  
y me brinda el tal galán,  
como si fuera su novia.  
Para este brindis había  
una colorada lonja,  
por quien Garrobillas hace  
que gasten tantas arrobas.  
Yo atónita del suceso  
y del hombre estaba absorta,  
y comiendo por los ojos,  
aun no acertaba a la boca.  
Acabóse aquesta fiesta  
y comenzanos por otra,  
que fué pedirme una mano.  
(Tengo por cosa notoria  
que compañeros de mesa  
luego apelan a las bodas.)  
Allí le dije quién era,  
y él, la cara vegonzosa,  
retira la mano al pecho  
y el pensamiento reporta.  
Pidióme perdón, humilde,  
y perdonéle, amorosa;  
que quien ofensas desea,  
a pocos ruegos perdona.  
Y en tanto que los criados  
(hallados ya con las moras,  
que, al ejemplo de los dueños,  
fácilmente se conforman)  
de segunda mesa estaban  
atentos a lo que sobra,  
presumiendo que tenían  
para su señor señora.  
Con notable cortesía,  
me contó de su persona  
y casa, bien cuerdamente,  
una bien trazada historia.  
Allí supe de sus pleitos,  
que no era jornada ociosa;  
supe su nombre y su patria,  
que era, en Navarra, Pamplona.  
Con esto se iba encendiendo  
del sol la dorada antorcha;

conque me volví a la villa;  
y él de mi casa se informa,  
donde papeles, deseos  
y terceras amorosas  
de mi voluntad le dieron  
la merecida victoria.  
Tú sabes ya lo demás.  
Este fué el principio, Antonia,  
deste suceso, a quien ya  
sólo para ser su esposa  
me falta que aquesta noche  
sus estrellas me socorran.  
Y no más, porque mi hermano  
de ver su cuñado torna.  
Amor, si eres Dios, ¿qué esperas?  
Así olorosos aromas  
te sacrifiquen amantes  
que favorezcas ahora  
mi pretensión, pues, es justa,  
para que yo reconozca  
que remuneras las penas  
con las merecidas glorias.

(Sale DON BERNARDO)

BER. En el hábito en que estás  
y en la corta bazarria  
echo de ver, Blanca mía,  
que esta noche al campo vas.  
¿Quieres hacerme un placer,

BLA. ¿En qué te puedo servir?

BER. Merced me puedes hacer.

Vete en cas de mi Leonor,  
pues que ya somos hermanos,  
y besarásle las manos;  
paga, que es justo su amor;  
y las dos os podréis ir

BLA. Tú verás con el cuidado  
que yo la voy a servir.

BER. Yo te daré que la lleves,  
como que es tuya, una joya.

BLA. ¡Bravo amor!

BER. ¡Ardesse Troya!  
muestra el amor que me debes.

BLA. ¿Dónde está la joya?

BER. Ven  
y escoge de las que traigo.

BLA. ¿Tú liberal? Mas ya caigo,  
Bernardo, en que quieres bien.

Los cielos me dan favor  
contra el mayor enemigo.

BER. ¿Qué murmuras, Blanca?

BLA. Digo  
que es muy hermosa Leonor.

BER. Dila mil cosas de mí,  
que quiero que la enamores.

BLA. Toda esta noche es de amores.  
¡Oh si amaneciese así! (Vanse.)

(Salen DOÑA LEONOR e INÉS.)

LEO. No trates de consolarme,  
que es consolarme ofenderme.

INE. ¿Adónde vas?

LEO. A perderme.

INE. ¿Qué piensas hacer?

LEO. Matarme;  
que no puede remediarme  
sino la muerte en tan fuerte  
desdicha.

INE. Señora, advierte...

LEO. No tienes qué me advertir,  
que el más penoso morir  
es dilatando la muerte.

¿Ausentarse no bastaba  
don Juan, que es luz de mis ojos,  
sin añadir los enojos

de una violencia tan brava?

Si mi hermano se casaba,

¿por qué me casaba a mí?

Pero si a don Juan perdí,  
saldrá don Luis con matarme,  
mas no saldrá con casarme.

puesto que haya dado el sí,  
Cánsese en locos intentos,  
más que el mar deshace espumas,  
que dagas no son las plumas  
que firman los casamientos;  
antes son los fundamentos,  
cuando no los junta amor  
para apartarlos mejor;  
y esto de daga de hermano  
es tempestad de verano:  
poco rayo y gran temor.

INE. ¿De qué te espantas que huya  
de verte casar don Juan,  
puesto que tan cerca están  
de que todo se concluya?

LEO. A ser firmeza la suya,  
él viera que no podía  
vencer la muerte a la mía;  
mas como no la hay en él,  
por no matarme cruel,  
inconstante se desvía.

(Sale TELLO, de camino.)

¿Quién viene aquí?

TELL. ¿No lo ves?  
 INE. ¿Es Tello?  
 TELL. Linda razón.  
 Echame la bendición  
 y dame, Leonor, los pies.  
 LEO. ¿Qué es esto?  
 TELL. Partir, señora.  
 LEO. ¿Partir? ¿Con tal brevedad?  
 No tiene de sí piedad,  
 Tello, quien se aparte agora,  
 pues ¿víspera de San Juan?  
 TELL. Somos de Mantua Marqueses,  
 que por los ríos franceses  
 la caza buscando van.  
 Los tiempos son calurosos;  
 pienso que Sierra Morena  
 nos ha de dar mala cena,  
 aunque hay conejos famosos;  
 si bien no tienen igual  
 con el Parque de Madrid.  
 LEO. Partid, ingratos, partid,  
 para que dejéis mortal  
 una mujer que engañastes.  
 TELL. ¿Yo, señora?  
 LEO. Sí, los dos;  
 que habéis de dar cuenta a Dios  
 del daño que me causastes.  
 TELL. De Inés, vaya; mas de ti...  
 LEO. Tú, traidor, fuiste el primero  
 pintándome caballero  
 a un ladrón.  
 TELL. ¿Ladrón?  
 LEO. Sí.  
 TELL. ¿Sí?  
 Antes hasta el nombre tiene  
 Hurtado.  
 LEO. Eso digo yo;  
 que quien hasta el nombre hurtó  
 este nombre le conviene.  
 TELL. Pues yo tengo imaginado  
 que fuera, Leonor discreta,  
 mejor para ser poeta,  
 porque fuera todo hurtado.  
 Mas sé, que si visto hubieras  
 lo que este pobre ha pasado,  
 que restituyó lo hurtado,  
 y aun lo por hurtar, dijeras.  
 Ha hecho cosas crueles  
 consigo, y tanto lloró,  
 que pienso que jabonó  
 con lágrimas los papeles.  
 No ha comido ni he podido  
 hacer que tome un bizcocho;

que hoy, Leonor, desde las ocho  
 ayuna al mártir Cupido.  
 Allá, con razones tibias,  
 dice que muere en tu fe,  
 por más que le prediqué  
 en un púlpito de Esquivias.  
 Cuando vió traer las mulas,  
 campanillas de un ausente  
 (no sé cómo este accidente  
 sin lágrimas disimulas),  
 la manga desabotona  
 del jubón y rompe aprisa  
 la trenza de la camisa,  
 no de romana matrona,  
 sino de Scevola brazo.  
 Toma un cuchillo, yo corro  
 al socorro, y el socorro  
 se me volvió puntillazo,  
 con que dando en un baúl  
 en esta pierna al contrario  
 un hábito trinitario  
 traigo entre rojo y azul.  
 Luego, por huir, topé  
 con la esquina de un bufete,  
 que es bufón que se entremete,  
 o golpe o estorbo fué,  
 y metíome en la barriga  
 la esquina de tal manera,  
 que dando pasos afuera  
 anduve de viga en viga,  
 hasta que di sobre un arca,  
 adonde, sin ser yo mona,  
 haciéndome de corona  
 vine a quedar por monarca.  
 LEO. Y el cuchillo ¿en qué paró?  
 TELL. Que, sin mandarlo Avicena,  
 del corazón en la vena  
 con la punta se picó.  
 Mojó en la sangre una pluma,  
 y apercibiendo papel,  
 escribió con ella en él  
 de sus desdichas la suma.  
 Pelicano, en fin, Leonor,  
 sino cernícalo ha sido;  
 que estoy, por mal prevenido,  
 baldado de cazador.  
 LEO. Muestra. Aquí dice: «Estas son  
 hoy de mi fe las postreras  
 reliquias». Alma, ¿qué esperas?  
 Voy a echarme del balcón.  
 INE. Señora.  
 TELL. Señora.  
 INE. Tente.

TELL. Detente.  
 INE. ¿Estás loca?  
 LEO. Sí.  
 Mataréme desde aquí  
 luego que don Juan se ausente.  
 Por eso dile que venga  
 a verme, o que muerta soy.  
 TELL. Espera, yo iré, ya voy.  
 LEO. Pues venga, y no se detenga;  
 que si en la mula le veo,  
 me arrojaré del balcón.  
 TELL. Caerás en el pozo airón.  
 LEO. ¿Qué infierno como un deseo?  
 TELL. ¡Oh, Hero, de gran valor!  
 ¡Oh, Leandro, que nadando  
 vas en una mula, cuando  
 navegas el mar de amor! (*Vase.*)  
 INE. Impertinente has estado  
 en este necio coloquio.  
 LEO. Pues escucha un soliloquio,  
 de mis desdichas traslado.  
 INE. No, por Dios, que son efetos  
 de menos satisfacción,  
 y quitarás de invención  
 lo que gastes de concetos.  
 Poco más o menos, sé  
 cuanto me puedas decir.

(*Salen DON JUAN, de camino, y TELLO.*)

JUA. ¿Que no me puedo partir?  
 TELL. Ya no es posible.  
 JUA. ¿Por qué?  
 LEO. Jesús, don Juan de camino.  
 INE. Desmayóse.  
 TELL. Llega presto.  
 JUA. Buenas andan mis desdichas,  
 buenos van mis pensamientos.  
 ¿Leonor?, ¿ahí, Leonor?.  
 TELL. Murióse.  
 JUA. ¿Cómo murióse? En los cielos  
 (si hay soplo que a tanto baste)  
 se morirá el sol primero.  
 Aquí, estrellas, que se eclipsa  
 la luna deste hemisferio.  
 Si soy la tierra, ay de mí,  
 ¿que vine a ponerme en medio?  
 Aquí, celestiales luces,  
 hermoso planeta Venus,  
 que no habrá amor en el mundo  
 y será su fin más presto.  
 Aquí, polos, que tenéis  
 de los cielos el gobierno,  
 diamantes desenclavados

de aquellos dorados techos.  
 Primavera, que se mueren  
 las rosas, acudid presto.  
 Campos, mirad que os espera  
 un luto de eterno invierno.  
 Excelsos montes de nieve,  
 si ésta falta en vuestros puertos,  
 ¿adónde iréis por blancura  
 que encubra vuestros defetos?  
 Dadme esas manos, mi bien.  
 ¿Es posible, hermoso hielo,  
 que no te despierte Fénix,  
 el sol de mi ardiente fuego?  
 ¡Ay, elementos, haced  
 llanto! El aire, por su aliento  
 aromático; las aguas,  
 por el cristal de su pecho;  
 la tierra, por tantas flores,  
 y por tanta luz, el fuego.  
 Ea, ¿qué aguardáis? Venid,  
 sol, estrellas, luna, Venus,  
 polos, montes, nieves, campos,  
 agua, fuego, tierra y vientos.  
 Pues esto sufrís, cielos,  
 ya el mundo se acabó, su sol se ha  
 [muerto.

TELL. Nunca te he visto ensartar,  
 con relámpagos y truenos,  
 tantos desatinos juntos.  
 JUA. ¿Pues qué quieres, si no veo  
 señal del cielo en sus ojos,  
 señal de azar en su aliento?  
 O nunca pasara el mar,  
 o al través diera mi leño  
 en la canal de Bahama;  
 fuérase a pique hasta el centro  
 el navío en que venimos  
 sepultara el mar mi cuerpo.  
 TELL. Y que hicieran a Leonor  
 los demás que estaban dentro,  
 viniendo a lograr a España  
 sus trabajos y sus pesos;  
 por Dios, que había de pedir  
 prestada para aquel tiempo  
 su ballena al buen Madrid  
 para meterme en su pecho.  
 JUA. Quéjate, España, de mí,  
 que a Colón he sido opuesto;  
 que él trujo a España las indias  
 y yo sin Indias la dejo.  
 Aquí la plata y el oro,  
 para siempre se perdieron,  
 las piedras y los diamantes.

TELL. Ea, di que marineros  
y maestros y pilotos  
aprendan oficios nuevos;  
que buenas quedan las Indias,  
si quedan, por tus enredos,  
sin Cerro de Potosí,  
que vale infinitos pesos.

JUA. Tello, yo no quiero vida;  
yo no quiero vida, Tello.

TELL. ¿Pues quién te ruega con ella?

JUA. Ya no me queda remedio.  
Pues esto sufrís, cielos,  
ya el mundo se acabó, su sol ha  
[muerto.

(Doña LEONOR vuelve en sí.)

LEO. ¿Qué es esto, Inés? ¿Quién da voces?

INE. Albricias, señor, que ha vuelto  
del desmayo.

JUA. ¡Leonor mía!

LEO. ¿Quién me llama?

JUA. Ya volvieron  
el sol, la aurora y el día,  
cielos, a su ser primero.

LEO. Atenta, cruel don Juan,  
a tus engaños, que han hecho  
sirenas del mar de amor  
mis desdichas y tu ingenio;  
no te quise interrumpir,  
por ver si en tantos enredos  
hallaba alguna verdad,  
de tu sentimiento ejemplo.  
Pero si alguna lo ha sido,  
¿qué furia, qué movimiento  
de tu condición mudable  
te lleva a matarme, haciendo  
culpa la firmeza en mí  
con que te adoro y respeto?  
Que quien los respetos culpa,  
no quiere estimar los yerros,  
porque temerá que se hagan  
quien se ha de obligar con ellos.  
No es culpa la que procede  
de la fuerza, ni yo tengo  
más ley que tu voluntad,  
más fe que tu pensamiento.  
Dime tú, pues que de mí  
te dió el cielo el mero imperio:  
«Leonor, en esta desdicha  
este remedio tenemos»;  
que si fuere atropellar  
vida, honor, hermanos, deudos,  
patria, y aun alma, aquí estoy.

JUA. ¿Es eso cierto?

LEO. Y tan cierto,  
que no hay a la ejecución  
un átomo sólo en medio.

JUA. Pues dame esa mano, y vamos  
donde firme juramento  
para siempre nos obligue,  
que ya con su manto negro  
nos viene a cubrir la noche,  
y sin ser vistos podremos  
salir, llegar y jurar;  
que depositada luego,  
en voluntades conformes,  
¿qué importan fuerzas ni pleitos?

LEO. Inés, toma tú mis joyas,  
y cuando aquí vuelva Tello  
venid entrambos adonde  
él te enseñe y yo te espero.  
¿Es amor esta locura?  
¿Es lealtad este deseo?  
¿Es verdad esta fineza?

JUA. Tú, como del alma dueño,  
te responde. Tello, vamos;  
que esta noche por lo menos  
si se alabare del hurto,  
no del prestado silencio,  
que entre tanta gente y voces  
seguros, señora, iremos;  
que lo que suele estorbar,  
sirve agora de remedio.

LEO. Si dejar por su marido  
casa y padre es ley del cielo,  
¿a quién ofendo en dejarlo,  
pues hoy al cielo obedezco?

(Vanse los dos.)

TELL. Plegue a Dios que no tengamos  
mal San Juan.

INE. ¡Ay, Tello! temo  
la condición de su hermano;  
que ser don Juan caballero  
de tanto valor, no importa,  
pues con este casamiento  
el de Blanca queda en blanco;  
fuera de no ser bien hecho  
sacarle su hermana así.

TELL. No quiso hablar mi escarmiento;  
que si por lo del cuchillo  
me vi entre sus manos muerto,  
con esta ocasión ¿qué hiciera?  
¡Oh, amantes! ¿qué atrevimiento  
perdona vuestra locura?  
Voy a seguirlos, que pienso

INE. que habrá menester las manos.  
Yo, Tello, entretanto, quiero  
sacar joyas y vestidos.

TELL. Yo vendré por ti y por ellos.  
(*Vase TELLO; sale DON LUIS.*)

LUI.

Dí, Fernando, a Marcial que saque el coche  
porque es breve la noche  
y la puedan gozar en Soto o Prado.

INE.

Don Luis es éste: toda me ha turbado.

LUI.

Inés, ¿adónde está Leonor, mi hernama?  
Que querría que fuese por mi esposa  
para que juntas esta noche hermosa  
(pues hace competencia al mejor día)  
comenzasen tan dulce compañía  
en músicas, en álamos y en fuentes.

INE.

No habéis estado en eso diferentes;  
que ya, señor, tu pensamiento hurtado,  
por ella fué para llevarla al Prado.

LUI.

¡Oh qué placer me ha hecho, al fin discreta!  
¿Qué paz puedo esperar que no prometa  
anticiparse a visitar a Blanca?  
Hoy le pienso añadir, con mano franca,  
dos mil escudos más.

INE.

Eres gallardo.

LUI.

Dile, si aquí viniere don Bernardo,  
que ella y Leonor al Prado juntas fueron,  
pues tengo por sin duda que se vieron.

(*Vanse, y entran DON JUAN y TELLO y LEONOR, ella con capotillo, sombrero y enaguas.*)

JUA. No fué Paris más contento  
a embarcarse para Troya  
con aquella griega joya  
que yo contigo me siento,  
ni de aquel robo violento  
de Briseida y Hesión,  
Aquiles y Telamón,  
ni Saturno con Filira,  
ni Neso con Deyanira,  
ni con Medea Jasón.  
Que aunque la gloria de verte

en mi poder es tan alta,  
que solamente le falta,  
bella Leonor, merecerte,  
pudiera, a no ser tan fuerte  
de tu afición el valor,  
que se atreviera al honor;  
mas llegar una mujer  
a no tener que temer,  
pasa a cuanto puede amor.

Sólo me ha causado pena  
la confusión de la gente,  
atrevida e insolente,  
que por todas partes suena.  
La plaza de luces llena,  
¿cómo estará sin testigo?  
Donde lo es el más amigo.  
No sé qué calle seguir;  
que mal me puedo encubrir  
llevando mi Sol conmigo.

LEO. Aunque pretende el temor  
vencer la dulce osadía  
de mi amor, con más porfía  
vuelve a la batalla amor.  
Ya no temo su rigor;  
porque llegar a temer  
era dejar de querer,  
y no quiero yo dejar  
de quererte por hallar  
disculpa de ser mujer.

Toda nuestra cobardía  
hasta los peligros es,  
teme el ser; pero después  
se convierte en valentía  
en la primera osadía  
de una mujer que hoy lloramos,  
culpadas todas estamos;  
mas cuantas después nacimos,  
aquel daño que os hicimos  
con estos yerros pagamos.

El que yo contigo espero  
como castigo, me alcanza  
que nos queréis por venganza  
de aquel engaño primero.  
Pero yo, don Juan, te quiero  
(con ánimo de perder  
la vida) tanto, que el ser  
en hombre viene a mudarse;  
porque hasta determinarse  
es una mujer mujer.

TELL. En vano el tiempo gastáis  
donde el peligro os avisa  
que en el espacio a la prisa  
vuestro remedio libráis;

ya que en la estacada estáis,  
vencer importa el morir.

JUA. Cuanto me puedes decir,  
Leonor, de tus obras creo

TELL. Por esta calle es rodeo,  
por esta podemos ir.

JUA. Yo pienso que favorece  
la confusión nuestro engaño.

LEO. Sólo el conocerme es daño,  
que en tanto bien me entristece.

JUA. Tanto el alboroto crece,  
que ya parece locura.

TELL. Por eso mismo procura  
tanta dama, tanto coche,  
hacer que tenga esta noche  
por variedad hermosa.

(Tres mozos con capas de color, broqueles y espadas, OTA-  
VIO, MENDOZA y CELIO.)

OTA. ¡Bravo altai!

MEN. Es muy Baptista  
aquella dama, aunque pasa  
no por destierro su casa,  
según cierto coronista.

CEL. La oración, desa manera,  
no será para casarse.

OTA. ¿No es linda?

MEN. Con enmoñarse,  
siendo otoño es primavera.

CEL. El vestido mucho ayuda.

MEN. ¿Nunca se ha de desnudar?  
¿Ha la de andar a buscar  
el galán si se desnuda?

OTA. Notable pontifical  
en esta edad viene a ser  
un vestido de mujer.

CEL. No hay en el mundo caudal  
para chapines y randas;  
pero todo lo merecen.

MEN. ¡Brava guerra nos ofrecen  
con las celadas y bandas!

OTA. Allí va cierto gazmoño  
con su servicio.

CEL. ¿De quién?

OTA. Del diablo.

CEL. Tratadle bien,  
que puede ser matrimonio.

MEN. ¿Ah, señor, el de la ninfa?,  
¿es de Esgueva o Manzanares?

JUA. Calla, Tello, y no respondas.

TELL. No tendrá paciencia un ángel.

CEL. ¿Es alquilada o es propia?

OTA. ¿Dónde la lleva el bergante?

MEN. ¿Cómo no lleva tendidos

los cabellos virginales?

Que crecen mucho esta noche,  
según los viejos romances.

OTA. No es de mal monte la leña,  
pues entre dos se reparte.

CEL. ¡Cómo calla el socarrón!

MEN. ¿Qué os espantáis de que calle,  
si está enseñado a callar?

TELL. ¿Esto quieres tú que pase?

JUA. Calla, Tello.

TELL. Ya no puedo.

Pícaros, si ya vinagres  
salís de alguna despena,  
cueros vivos, hombres zaques,  
oliendo a tabaco el alma  
y las narices a parches,  
¡por vida del rey de espadas,  
que si saco la de Juanes  
que ese quedará con vida,  
que huya y que no le alcance!  
OTA. ¡Oh qué gracioso mandicho  
es el que la lleva y trae!

JUA. Tello, ¿estás loco?

TELL. ¿Esto sufres?

¡Afuera!

JUA. Voy a ayudarle.

LEO. Detente, don Juan, detente.

JUA. Déjame, por Dios. ¡Cobardes,  
haced como habláis!

OTA. Justicia  
viene.

JUA. ¿Va buscáis achaques?

LEO. Triste de mí, ¿qué he de hacer?

¿Hay desdicha más notable?  
Si me conocen, soy muerta;  
quiero en esta casa entrarme.

(Alguaciles y gente.)

ALG. ¡Téngase al Rey!

JUA. Los que huyen  
se tengan, que es gente infame;  
que yo soy un caballero  
que estoy a negocios graves  
en la corte, y me quisieron,  
con palabras arrogantes,  
afrentar sin darles causa.

ALG. Y él, ¿quién es?

TELL. Soy platicante  
de caballero, que ha poco  
que navega en estos mares.  
¿Sasté manda en qué le sirva?

ALG. Vengan los dos a la cárcel.

TELL. ¿Cómo a la cárcel?

JUA. No veo  
a Leonor.  
TELI. ¿Sasté no sabe  
que es aquesta noche libre?  
ALG. Allí va el señor Alcalde:  
vengan y hablarán con él.  
JUA. Vamos, que yo quiero hablarle,  
y sabrán vuestras mercedes  
la mucha que a mí me hace.  
ALG. Vengan por aquí.  
JUA. ¡Ay, Leonor!:  
luego volveré a buscarte,  
si no es tanta mi desdicha  
que me detenga o me mate.

(Cuando los van llevando sale DON PEDRO y dice a uno  
dellos.)

PED. ¿Ah, caballero?, ¿qué es esto?  
ESC. Cuchilladas, disparates  
de esta noche.  
PED. ¿Era a mi puerta?  
ESC. ¿Mandáis más?  
PED. Que Dios os guarde.  
Cansado de esperarte,  
hermosa Blanca, de tu calle vengo,  
y no pudiendo hablarte,  
apenas alma ni esperanza tengo.  
¡Ay, Dios!, ¿si te ha forzado  
tu hermano al casamiento concertado?  
En este pensamiento,  
forzado soy a despedir la vida;  
que si del casamiento  
cumpliste la escritura prometida  
y a la mía faltaste,  
al umbral de la puerta me dejaste.  
Música y grita suena;  
todos se alegran, todos son dichosos;  
yo solo, en tanta pena,  
no puedo alzar los ojos envidiosos;  
que no hay mayor desdicha  
que no tener entre dichosos dichosa.

(Salen con guitarras y sonajas y canten así)

CANTAN. Salen de Saulúcar,  
rompiendo el agua,  
a la Torre del Oro  
barcos de plata.  
Verdes tienes los ojos,  
niña, los jueves,  
que si fueran azules,  
no fueran verdes.  
Salen de Valencia,  
noche de San Juan,

dos pescadas saladas  
al fresco del mar.

(Entrense en grita y regocijo, y diga DON PEDRO.)

PED. Envidio el contento y gusto  
con que estos cantando van;  
que en la noche de San Juan  
sólo yo tengo disgusto.  
Yo sólo, amor, siempre injusto,  
por tus mudanzas indino  
de tener nombre divino,  
dudoso entre el bien y el mal,  
del contento general  
soy en Madrid peregrino.

Ya no tengo que esperar;  
que en esta nueva mudanza  
aun no quiere la esperanza  
acompañar mi pesar.  
Ya quiere el alba llorar;  
¿pues qué quieren mis desvelos?  
Ya sus cristalinos hielos  
ensartan perlas en flores,  
o los fingen mis temores,  
que vuelven los cielos celos.

Quiero en mi posada entrar,  
aunque sé que no a dormir;  
que no haré poco en vivir  
si Blanca se ha de casar.  
Aquí siento suspirar;  
parece en la voz mujer.  
¿Si ella vino? Puede ser  
que me aguarde con temor.  
La honra te vuelvo, amor,  
y conozco tu poder.

¿Eres tú, mi bien? Pues, calla,  
no debe de ser. ¿Quién va?

LEO. Una mujer.

PED. Ella es.

¿Ha mucho, mi bien, que estás  
esperándome? Perdona,  
que con amor pude errar  
en ir a buscarte. Dame  
los brazos, y entra, que ya  
mi casa te espera dueño.

LEO. Y yo estaba, de esperar,  
sin vida. Teneos. ¡Ay, Dios!,  
que ni soy la que esperáis  
ni vos sois lo que yo espero.

PED. Decís muy bien; perdonad.  
¿Pero cómo estáis aquí?  
Que he venido a recelar  
que alguna traición me han hecho.  
LEO. Advertid que os engañáis,



Bien podéis estar seguro  
que una airada tempestad  
de desdichas me ha traído.  
No puedo deciros más.

PED. ¿Quién está con vos?

LEO. Si digo,

señor, quién conmigo está,  
no es mucho que imaginéis  
el peligro que ignoráis;  
porque son tantos mis males,  
que por ventura podrán  
invisibles basiliscos  
sólo mirando matar.

Huid de verme y de hablarme,  
que son veneno mortal  
los males que fueron bienes.

PED. Dejad los ojos, y hablad.

LEO. Quieren divertir mi pena  
con hablar y con llorar,  
cual a gusano de seda  
en truenos de tempestad  
hacen al alma ruido  
porque no sienta mi mal.  
Con un caballero, a quien  
debo honesta voluntad,  
iba de la mano. ¡Ay, triste,  
cómo es imposible hallar  
a contradicción divina  
humana seguridad!  
¡Qué fiesta habrá sin desdicha!  
¡Qué contento sin azar!  
¡Qué gusto sin su enemigo!  
¡Qué bien sin dificultad!  
Criado y señor parecen,  
juntos siempre, el bien y el mal.  
Nunca el bien delante viene  
sin venir el mal detrás.  
Acuchilláronle aquí,  
pienso que muerto le habrán  
unos hombres que tenían  
por alma su necesidad.  
Es privilegio del vulgo,  
en estando junto, hablar  
con libertad, e imposible  
castigar su libertad.  
Aquí me entré de temor,  
y cansada de esperar  
lloré perderle y perderme,  
porque todo ha sido igual.  
Pues en el talle y el traje  
ser caballero mostráis,  
amparañ una mujer,  
ya por ser este lugar

donde la halláis vuestra casa,  
ya porque obligado estáis  
a vuestor respeto mismo,  
que no le podéis negar,  
a título de ser noble,  
la obligación natural.

PED. Extraña desdicha ha sido  
la vuestra; mas púdeos dar  
consuelo que no es la mía  
a la vuestra desigual.  
A nuestros perdidos dueños  
podemos los dos llorar;  
el mío, porque no viene,  
y el vuestro, porque se va.  
Yo vi llevar unos hombres  
presos; pienso que serán  
los que decís; buenos iban,  
bien os podéis sosegar.  
Sólo de vos saber quiero  
el consejo que tomáis  
para que pueda serviros;  
que vuestro término da,  
traje y discreción, indicios  
de ser mujer principal.  
Mirad si os está mejor  
que a vuestra casa volváis,  
o queréis que venga el día  
si tenéis peligro allá;  
pues no es posible que tarde,  
pues ya parece que dan  
de las risas de la aurora  
aquellas nubes señal.  
Y parece que los montes  
lo verde argentando están  
por la espalda de la noche  
líneas de plata oriental.  
Aquí tendréis aposento,  
criadas honradas hay;  
mozo soy, no soy casado,  
no habrá celos, no temáis;  
aun no he vendido lo libre,  
si bien lo quise emplear  
en este bien que me falta.  
Dios sabe si volverá.  
Yo iré a la cárcel mañana  
a saber de ese galán,  
tan idchoso como yo,  
si perdí lo que lloráis;  
que por la misma fortuna  
bien nos podemos juntar,  
pues caminos y desdichas  
siempre hicieron amistad.  
Aquí será bien quedarme,

LEO.

si vos licencia me dáis,  
hasta que sepáis mañana  
si fué temor mi verdad.  
Que cuando sepáis quién soy,  
mi nombre y mi calidad  
(que agora es fuerza encubriros),  
yo sé que no os pesará  
de haberme dado favor.

PED. Bastantes indicios dáis.  
Caballero soy; segura  
vuestro honor podéis fiar  
de mi nobleza y mi celo.

LEO. Conozco la voluntad  
con que ayudáis mi fortuna  
y mi temor animáis.

PED. Extrañas cosas suceden  
una noche de San Juan.

LEO. ¡Ay, don Juan!

PED. ¡Ay, Blanca! ¡Ay, cielos!  
¿Cómo es posible esperar  
que amanezca con más bien  
quien anochece tan mal?

### ACTO TERCERO

(*Sa.en DON JUAN y TELLO con las espadas en las manos.*)

JUA.

¿Qué no podrá el dinero?

TELL.

Gran fuerza tiene el oro.

JUA.

Es caballero.

TELL.

E hijo de buen padre.  
pues que le engendra el sol; que humilde madre  
nunca fué de importancia.

JUA.

Toda aquella arrogancia  
templaron veinte escudos.

TELL.

Buenos amigos son, negocian mudos.

JUA.

Qué mal San Juan tuviera estando preso  
y de Leonor temiendo un mal suceso.

TELL.

Aun no sabes lo que es en una estufa  
pulgas por San Juan; no hay catalufa;  
cómo ponen un cuerpo desdichado  
todo de tomadillos perfilado;  
pues chinches, gente sorda,  
que a nubarrones la respunta y borda.

JUA.

Aquí quedó Leonor.

TELL.

No hay puerta abierta,  
que aun el alba bosteza y no despierta.

JUA.

Entra en ese portal.

TELL.

No hay más.

JUA.

¿Qué aguardas?

TELL.

Cuatro mil escopetas y alabardas  
son menester para un portal de noche;  
deja que pase este cantante coche.

JUA.

Música lleva al Prado.

TELL.

Los tres parecen gatos en tejado.

JUA.

Conozco aquel romance y quien le hizo.

TELL.

El tiplazo es lechón con romadizo.

JUA.

Serenos de Madrid causan catarro.

TELL.

El bajo ha sido jarro  
y agora tiene muerino,  
la tercera cruel canta de enfermo.

JUA.

Vuelve a mirar, que ya pasaron; mira  
si habla, si suspira,  
que estoy perdiendo el seso.

TELL.

Si Leonor presumió que estabas preso,  
sola se volvería.

JUA.

¡Ay, dulce prenda mía!  
¿Qué le habrá sucedido?  
Si a su casa volvió, yo soy perdido.

TELL.

En todo esto no veo  
sino sombras, señor, de tu deseo.

JUA.

¡Ay, infeliz de mí! Que el bien tenía,  
y como quien dormía  
y soñaba tesoro,  
que las manos bañó de plata y oro,  
siendo fingidas sombras los diamantes,  
que a la aurora volaron inconstantes,  
y despertó al ruido  
o el propio nombre le tocó al oído;  
así me siento, y solo y triste veo  
la burla de mi amor y mi deseo;  
que dicha en desdichado  
es sueño que nació de bien pasado;  
que lo que vió de día  
de noche le pintó la fantasía.

TELL.

Ya, ¿qué piensas hacer?

JUA.

Morirme, Tello.

TELL.

Eso es muy bueno para dicho; hacello  
es muy dificultoso.

JUA.

¿Qué gente es ésta?

TELL.

Estruendo bullicioso

de gente que no ayuna  
del gran Profeta a la bendita cuna;  
pues como hablaba, mudo, Zacharías,  
todos quieren hablar en tales días.

*(Sagan por una puerta FABIO, LEANDRO y FENISA, de noche de San Juan, y por la otra LEONARDO y RODRIGO, guarnecidos los sombreros y ferreruelos de fajas de papel, y LUCRECIA, dama.)*

LUC.

Las vayas han de ser sin pesadumbre.

FEN.

Este día, señores, es costumbre  
alegrarse no más y no enojarse.

LEA.

Para reñir, mejor es acostarse.

LEO.

No te enojés, que es uso de la corte,  
si no te han dicho cosa que te importe.

LUC.

¿Qué había de decirme aquella dama,  
si sabe que sé yo cómo se llama?

FAB.

Buena invención la de la plata.

LEA.

Buena,  
con el papel, que más que plata suena;  
que ya vale el papel como la plata;  
tanto gastan procesos y poetas,  
que libranzas, por Dios, que andan secretas.

FAB.

Uno conocí yo, y era tan franco,  
que trocaba lo escrito por lo blanco;  
pero no pudo hallar quién lo trocase.

FEN.

¡Que noche de San Juan se empapelase  
y viniese, atrevido,  
de ciruela de Génova vestido  
un hombre con sus barbas y bigotes!

TELL.

Al Prado van los dichos matalotes.

ROD.

Oyen, señores míos, poco a poco;  
que me voy enojando, y pico en loco.

FAB.

Pues conmigo te metes,  
figura guarnecida de cohetes.

ROD.

Pues lacayo que jura de cochero  
y consultado está de dispensero,  
dos cosas más corrientes estos días,  
qué testimonios y mentiras frías,  
¿caballero te finges, disfrazado?

LEA.

¡Oh qué lindo borrego trasquilado!

JUA.

Llega, Tello. ¿Qué aguardas?

TELL.

Caballeros,

¿han visto cierta dama, cuyas señas  
son capotillo y plumas y buen aire,  
que dejaron aquí sus escuderos  
por ver una pendencia?

ROD.

¡Qué donaire!

¿Fueran más frías dos cansadas dueñas  
con sus antojos, tocas y rosario?  
Pues hombre que pregona letuario  
más súbito que copla de repente.  
¿Tú vienes a dar cómo a tanta gente?

TELL.

De veras hablo y con disgusto vengo;  
que no soy hombre que ese oficio tengo.

LUC.

Quedo, que ya está el cómo declarado.  
Su matrimonio trascartón le ha dado,  
señor mío, si habló con cerbatana;  
en la parroquia la hallará mañana  
colgada de la pila, como llave,  
si el médico de Cádiz no lo sabe;  
que con sus almanaques  
dice que habrá pescado en los Alfaques,  
y los vende firmados;  
que dice que hay pronósticos hurtados.

LEO.

Jure de gamo.

FAB.

Jure de venado.

TELL.

Hidalgos, bueno está, quedo, con tiento.

ROD.

¿Valiente? ¡Oh qué gracioso disparate!

FAR.

Contradición implica.

LUC.

No se trate  
desta materia más; vamos al Prado.

LEA.

Jure de gamo.

FAB.

Jure de venado.

*(Dándole, grita se entre.*

TELL.

¿No has escuchado la grita?

JUA.

Estoy por desesperarme;  
todo es perderme y matarme  
cuanto mi amor solicita.

Tello, tú fuiste la culpa  
de aquella injusta prisión;  
que ayudarte en la cuestión  
fué de mi culpa disculpa.

¡Qué importa noche como esta  
sufrir disparates locos!

TELL.

Fueron muchos, que a ser pocos  
yo les pasara por fiesta.

Aquí no hay más que esperar,  
si a casa volvió Leonor.

JUA.

Que aun el día ¡oh gran rigor!  
no me ha venido a ayudar.

Algún amante que tiene  
en brazos el bien que adora  
detiene, Tello, al aurora  
con hechizos, pues no viene.

Que habiendo, a mi parecer,  
o a mi amor se lo parece,  
dos mil años que amanece,  
no acaba de amanecer.

TELL.

Estar aquí no es partido;  
que no es aguja Leonor  
para buscarla, señor,  
donde la habemos perdido.

Vamos a casa, que creo  
que allí la habemos de hallar.

JUA.

¿Quién podrá, Tello, esperar  
los años de su deseo?

TELL.

Un hombre sale, señor,  
de aquella casa de enfrente.

JUA.

No habrá cosa que no intente  
por templar mi loco amor.

*(Sale DON PEDRO.)*

PED.

Sueño que fuiste como dulce empeño,  
de los cuidados que tu sombra asiste,  
¿cómo para cuidados, sueño triste,  
si nunca diste a los cuidados sueño?

Tú, que de cuanto vive, fácil dueña,  
las mayores tristezas suspendiste,  
¿por qué me dejas desvelar ae triste  
sin ver mis ojos tu sabroso ceño?

¡Oh, muerte mentirosa en perezosos  
y muerte verdadera en desvelados!  
bien podemos llamarte los quejosos  
amigo falso que huye en los cuidados,  
pues te vas a dormir con los dichosos  
y dejas desvelar los desdichados.

JUA. Déjame que le hable yo,  
que tú poca dicha tienes,  
que puede ser que haya visto  
a Leonor.

TELL. ¡Qué yerro emprendes!

PED. Dos hombres he visto allí;  
gente segura parece;  
si requiebran en la calle,  
saber por ventura pueden  
si Blanca ha llegado aquí.  
¿Ah, caballeros?: no timent  
vuestas mercedes la espada;  
de paz soy, seguros lleguen.

JUA. Antes hablaros quería  
por vecino, cortésmente,  
desta calle.

PED. Y yo, señor,  
por si acaso os entretiene  
alguna destas ventanas,  
cuyos dueños lo merecen.  
Aguardo desde las diez  
cierta dama, y como duerme  
tan mal amor, me he vestido;  
como si el aire pudiese  
templar imaginaciones,  
aunque se templase en nieve.  
Suplicoos que me digáis  
si la habéis visto, que suelen  
volverse cuando hay testigos,  
porque la busque y no espere,  
y por despejar la calle  
si os hago estorbo.

JUA. (*Aparte.*) ¡Que encuentre  
un mismo amor dos cuidados!  
Fábula, por Dios, parece.  
A preguntaros lo mismo  
una desgracia me atreve,  
que acuchillando unos hombres  
perdí una dama, en que pierden  
tanto mi vida y mi honor  
que uno acaba y otro muere.  
No he visto lo que esperáis,  
de que es justo que me pese;  
si lo que espero habéis visto,  
oid las señas que tiene.

PED. No hay para qué las digáis.  
(*Aparte.*)  
Hermano o marido es éste;  
la mujer peligro corre;  
discreción será que niegue.  
Caballero, yo quisiera  
que en esta ocasión presente  
fuéramos los dos dichosos

y que con palabras breves  
diéramos el uno al otro  
de lo que buscando viene  
las nuevas y las albricias.

JUA. Dios os guarde y os consuele.

PED. Dios os consuele y os guarde.

JUA. Vamos, Tello, que mi muerte  
es imposible excusarse.

TELL. Cuando, solícito, quieres  
saber, señor, de tu dama,  
bella Leonor, ángel, fénix,  
este socarrón amante,  
muy necio e impertinente,  
te pregunta por la suya;  
mala noche de mujeres;  
menester es pregonallas.

JUA. Pues diga amor quién supiere  
de Leonor, de la hermosura,  
del sol, del ave celeste,  
de la discreción más rara,  
del gusto más excelente,  
del mejor espejo y brío  
que hoy en la corte se prende.  
Con cuyo pie de tres puntos  
cuantas han nacido mienten,  
vuélvala luego a su dueño,  
que si a su dueño la vuelve  
le darán de albricias almas.

TELL. Buenas nuevas si las creen;  
pero sólo te suplico,  
porque las señas no yerren,  
que a los tres puntos del pie  
añadas siquiera siete.

JUA. ¿Agora donaires, Tello?

TELL. Perdona.

JUA. ¡Cielos, tenedme!  
que en hallarla o no la hallar  
están mi vida o mi muerte.

PED. Qué yerro pudiera ser  
si este, como he sospechado,  
es marido que hacia el Prado  
topó su propia mujer,  
que llevaba algún galán,  
y entonces le acuchilló,  
dársela, muy necio yo.  
Mejor sin ella se van  
hasta que mañana el día  
me diga lo que he de hacer.

(*Salen BLANCA y ANTONIA con rebozos y sombreros.*)

ANT. El porfiar es vencer.

BLA. Grande ha sido mi osadía.  
¿No había de estar aquí

agora don Pedro?

ANT. ¿Quieres  
que llame?

BLA. Sí.

PED. Dos mujeres,  
¡ay, cielos, vienen allí!  
Ellas son. ¡Blanca!

BLA. ¡Señor!

PED. Cómo me has tenido en calma,  
que en ir y venir el alma  
está sin pulsos amor.  
Mas como cierra la rosa  
a la noche el tornasol  
y después saliendo el sol  
vuelve a salir más hermosa,  
así yo de tu presencia,  
Blanca, al aurora salí  
con la vida que perdí  
en la noche de tu ausencia.  
¿Dónde has estado? ¿Qué has he-  
cho?

BLA. Al instante que salía,  
dándome amor osadía  
alma de mi tierno pecho,  
dos amigas en su coche  
me hicieron por fuerza entrar,  
donde más que pasear  
fué llorar toda la noche.  
Volví tarde, donde hallé  
que mi hermano, alborotado,  
con don Luis me había buscado;  
tu cuidado imaginé,  
y con ánimo de quien  
no tiene más bien que a ti,  
segunda vez lo emprendí,  
y al fin me ha salido bien.

PED. No es hora, señora mía,  
de pleitos ni de escrituras;  
entrad a esperar seguras  
este perezoso día,  
que tiene dentro de sí  
más años que el mundo tiene.

BLA. Mi honor a tus manos viene.

PED. Ese mismo es alma en mí.

ANT. Mira lo que haces, señora.

BLA. Antonia, si una mujer  
no se dejase vencer,  
¿quién puede?

ANT. Un hombre que llora.

BLA. Yo conozco mi firmeza.

ANT. Tú saldrás desa fatiga  
las manos en la barriga  
como otros en la cabeza.

(Vanse; DOÑA LEONOR se pone en lo alto.)

LEO. Salid por este balcón,  
pues que no salís del pecho,  
llamas de amor, que habéis hecho,  
incendio mi corazón,  
respire como infición  
este aposento, y no impida  
que viva el alma encendida,  
dad lugar a las que quedan  
para que las otras puedan  
ir conservando la vida.  
¿Qué pajarillo el olvido  
de la noche así culpó  
cuando el aurora esperó  
sobre las pajas del nido?  
¿Qué caminante perdido?  
¿Qué marinero turbado,  
qué desabrido casado  
más tarde la vino a ver  
durmiendo de su mujer  
en la galera forzado?  
Qué poca dicha, don Juan,  
tuvo contigo mi amor,  
si bien a mi ciego error  
culpa mis desdichas dan.  
Preso estás, a verte van  
mis suspiros, mientras sigo  
tu prisión; permite, amigo,  
que allá se queden en ti;  
porque no haya cosa en mí  
que no esté presa contigo.

(Tres caballeros, de noche, DON ALONSO, DON FÉLIX  
y DON TORIBIO.)

ALO.

¡Qué necio ha estado el Prado!

FÉL.

Tan pícaro sin olmos ha quedado  
que nadie acierta a hablar por descubierto.

TOR.

De los bailes, don Félix, vengo muerto.

ALO.

Tristes danzas de España, ya murieron.

FÉL.

Dios las perdone, gente honrada fueron.

TOR.

¿Qué se hicieron gallardas y pавanas,  
pomposas como el nombre, y cortesanas?

ALO.

Ya se metieron monjas.

FÉL.

Cosa extraña  
que ya todas las danzas en España  
se han reducido a zapiro y a zepiro,  
a zipiro y a ñapiro.

ALO.

Por Dios, que es gran donaire  
no tenéis que decir.

FÉL.

Sí; pero el aire,  
la gala y bizarría  
con que el mayor señor danzar podía  
y los pies de gibaos,  
y alemanas y brandos en saraos,  
¿por qué se han de dejar de todo punto?

ALO.

Hermano, porque todo el mundo junto  
se vuelve ya, como el vestido, viejo,  
lo de atrás adelante.

FÉL.

Mal consejo.

ALO.

La novedad, don Félix, siempre agrada,  
sea en razón o en sinrazón fundada.  
Mirad que aun la poesía  
no habla ya la lengua que solía.  
¿No habéis visto la máquina estrellada  
cuando la noche muda y enlutada,  
natural de Chinchón y de pulgares,  
teñidos con hollín los aladares,  
saca medio dormida el negro coche?  
¿No habéis visto en las manos de la noche  
el nuevo infante día  
nacer dando alegría  
a las aguas y flores?  
¿No habéis visto después cantar amores  
los dulces pajarillos  
al esconderse los armados grillos  
entre los alcaceres?  
¿No habéis visto con nugas las mujeres  
sin anchos verdugados y abaninos  
y los chapines de bordados finos,  
que fueron en sus madres de badana?  
¿No habéis visto espumosa la mar cana  
sorberse naves como huevos frescos?  
¿No habéis visto en jubones y gregüescos  
tanto algodón que aun el andar reporta?  
Pues si no lo habéis visto, poco importa.

FÉL.

¡Qué notable frialdad!

ALO.

Usase ahora.

FÉL.

¿No véis que allí suspira cierta mora?

TOR.

Sin duda es Melisendra, caballeros,  
que aguarda a don Gaiferos.

ALO.

¡Oh tú, doncellidama,  
si sales a saber cómo se llama  
el que ha de ser tu esposo  
y la oración has dicho al glorioso  
Baptista, santo de profeta palma,  
sábetete que ha de ser Juan de buen alma,  
y que por lo agarrado  
primero que Mendoza será Hurtado!

*(Echele una cadena.)*

LEO.

Pues tome por la nueva esta cadena.

ALO.

Hola, don Félix; ¡vive Dios!, que es buena;  
que pesa igual que el oro y no [es] azófar.

TOR.

¡Peregrino suceso!

FÉL.

Mostrad. ¡Buena, por Dios!; dícelo el peso.

ALO.

Métase el alba y lllore allá su aljófar,  
que se deshace en flores y azucenas.

FÉL.

¡Oh aurora, lloradora de cadenas!  
Si acaso no eres duende  
y es mañana carbón cuando la vende.

LEO.

No hará, que me ha tocado  
en lo vivo del alma, aquel Hurtado.

ALO.

¿Y el Juan también?

LEO.

No sé; váyase ahora,  
que hay peligro en la calle.

ALO.

Adiós, señora.

TOR.

El médico de Cádiz no dijera  
con su firme pronóstico que fuera  
más verdadero que este.

ALO.

Vuesa merced se acueste  
en sábanas de Holanda,  
que yo me voy a hacer la zarabanda.  
Y tantos eslabones como tiene  
esta cadena el buen Hurtado pene  
años en que la sirva y la requiebre.

TOR.

Mas que nos ha de dar gato por liebre.

ALO.

Así se le volvieran, y tan buenas,  
a la cárcel de corte las cadenas.  
(*Vanse.*)

(*Salgan BLANCA, DON PEDRO y ANTONIA.*)

PED. Detente, señora mía.

BLA. ¿Que me detenga? Ya es tarde.

¿Para tales sinrazones,  
vil caballero, me traes  
con tanto engaño a tu casa?

PED. Plega al cielo que me mate  
un rayo si tengo culpa.

LEO. Aquel caballero sale  
con una dama riñendo;  
atenta quiero escucharle;  
por dicha tengo la culpa.

BLA. Persuadirme, ingrato, es darme  
más pena de la que tengo.  
¿Era yo mujer infame,  
que teniendo en casa amiga,  
con engaños semejantes,  
con lágrimas, con papeles,  
con finezas, con jurarme  
que era de tu pecho el alma  
y de tus venas la sangre,  
me obligas a que tan loca  
hermano tan noble trate  
con término tan indigno  
de mujeres principales?  
No importa, que al fin, ingrato,  
no tienes de qué alabarte,  
que el honor que no ha caído  
es fácil de levantarse.  
Sola una mano me debes  
sobre juramentos graves,

y yo tengo quien me venga  
si no tuve quien me guarde.

¿Tú caballero? ¿Tú noble?

PED. Señora, mientras no amaines  
las lágrimas y las voces,  
¿cómo puedo asegurarte  
de que no he faltado un punto  
a obligaciones tan grandes?

Oye, por Dios, advirtiéndome  
que no pudiera un alarbe  
hacer la maldad que dices.

BLA. ¿Pues yo no sentí quejarse  
y llorar una mujer  
otro aposento adelante  
de donde la cama tienes?

¿Pueden ser quejas iguales  
sino de tales traiciones?  
Que no es justo que se llamen  
celos tan viles desprecios;  
que celos, aunque mortales,  
son de lo que se imagina,  
que no de lo que se sabe.

Demás de que ya me ha visto;  
pero porque no la mates,  
por los suspiros me escribe  
su desdicha y tus maldades.  
Y plega a Dios que no sea  
mujer propia que te canse,  
si puede haber en el mundo  
tiranos que así las traten.

PED. Señora, negar no puedo  
que como yo te esperase,  
siglos haciendo las horas,  
años los breves instantes,  
esta mujer escondida  
hallé saliendo a buscarte  
en lo oscuro desta puerta;  
pidióme que la amparase;  
es mujer, soy hombre, pudo  
lastimarme y obligarme.  
Yo no sé si es la ocasión  
marido, galán o padre;  
ella nos dirá el suceso  
y podrá desengañarte.  
Que mal pudiera ser yo  
villano e inexorable  
a lágrimas de mujer,  
y más si de causa nacen  
como la que miro en ti,  
fuera de ser como un ángel;  
que si llorando una fea  
no hay lástima que no cause,  
¿qué hará una mujer hermosa,



que parece que se caen  
de dos estrellas del cielo  
sobre claveles, cristales?

BLA. ¡Oh qué extremada pintura!  
¿No pudiera retratarse  
esta mujer sin claveles?  
Parece que versos haces.  
¿Un ángel a tales horas  
quieres, don Pedro, que hable?  
Para tales jerarquías  
es muy humilde mi traje;  
iréme a mi casa agora  
y mañana por la tarde  
vendré a hacerle una visita.

PED. Debes de querer matarme.

BLA. Tú entretanto será justo  
que consueles y regales  
ángel de tales claveles.

PED. Márame bien, no te causes.

BLA. Muy santo debes de ser;  
reliquias pueden cortarte,  
pues ángeles te visitan.

PED. Ahora bien, entra y no aguardes  
a que siendo ya de día  
alguna persona pase  
que te conozca.

BLA. ¿Estás loco?

PED. ¿Yo entrar, yo verte, yo hablarte?  
Mira que yerras en esto.  
Pues primero que te cases  
me pides injustos celos,  
conque puedo imaginarte  
de condición insufrible.

BLA. No hagas miedo que te enfade.  
Queda con Dios.

PED. No seas necia.

BLA. Voy a que alguno me ampare,  
aunque sin ser ángel lllore  
sobre claveles cristales.

LEO. ¡Ah, dama, señora; ah, reina!

BLA. ¿Quién es?

LEO. Quien no es bien que cause  
injustamente estos celos  
entre tan firmes amantes.  
Hacedme merced de entrar,  
porque no por ampararme  
es bien que ese caballero  
os pierda; entrad y escuchadme.

BLA. Desde ese balcón podréis  
decir quién sois y qué os trae  
a tal hora y en tal noche.

LEO. Obligaréisme a que baje,  
porque no son mis desdichas

para echardas en la calle.  
Entrad y sabréis quién soy.

BLA. Vuestro término es bastante  
a vencerme; voy a oíros.

PED. Quieran los cielos que baste;  
porque en dando una mujer  
en celosos disparates,  
hará verdades mentiras  
y hará mentiras verdades.

(*Salen DON LUIS, DON BERNARDO y criados.*)

LUI.

No hay sitio, no hay señal, prado ni río  
que dellas tenga ni señal ni nueva.

BER.

Buscarlas me parece desvarío.

LUI.

¡Que a darme tal pesar Leonor se atreva!  
Corrido voy del pensamiento mío,  
que de uno en otro a tal rigor me lleva,  
que os dije la sospecha que tenía.

BER.

No estoy muy lejos de decir la mía.

LUI.

Como yo vi que de camino andaba  
el indiano don Juan, dióme cuidado,  
creyendo que Leonor se le inclinaba,  
engaño de mis celos fabricado;  
que, como viste, en su casa estaba  
de mi ofendido honor tan descuidado,  
que apenas le llamé cuando me abrieron.

BER.

Sospechas de don Juan injustas fueron.

Yo soy su amigo, y si a Leonor quisiera,  
cuando le dije yo que la quería  
lo mismo en confianza me dijera  
y desistiera yo de mi porfía;  
como la vuestra mi sospecha fuera;  
pero presumo que es verdad la mía.

LUI.

Pues vos ¿qué sospecháis?

BER.

Un pensamiento  
que a Blanca pudo dar atrevimiento.

Hay en este lugar un caballero,  
que ha venido a negocios de Navarra,  
entendido, galán y lisonjero;

persona, en fin, para querer, bizarra.  
No ya libre navío del mar fiero  
de Sanlúcar pasó la estrecha barra  
con más banderas, que le sirven de alas,  
que él por mi calle con diversas galas.

Halléle hablando con mi hermana un día,  
y díjome, turbado, que informado  
de que presto a Sevilla me volvía,  
estaba de mi casa aficionado;  
pienso, don Luis, que la verdad decía.  
Pero dándome celos su cuidado,  
me informé de su casa, por si acaso  
tantos paseos no mudaban paso.

Esta que veís, don Luis, es su posada.

LUI.

Sí; pero ¿de qué sirve haber creído  
esa imaginación sólo fundada  
en verle en vuestra calle divertido?

BER.

¿Vos no buscastes a don Juan, la espada  
celosa del agravio y prevenido  
el ánimo a matarle? Pues yo quiero  
buscar este navairo caballero.

Que como imaginastes que podía  
a Sevilla llevarse vuestra hermana  
a Pamplona podrá llevar la mía,  
si no me sale la esperanza vana.

LUI.

Pues qué, ¿pensáisle hablar?

BER.

Eso querría.

LUI.

¿En qué ocasión?

BER.

Con que se va mañana  
y que estoy desta casa aficionado.

LUI.

Pensémoslo mejor.

BER.

Ya lo he pensado.

*(Pónense a hablar los dos, y entren DON JUAN y TELLO.)*

JUA. Desde que don Luis me habló  
con don Bernardo en mi casa,  
Tello, los vengo siguiendo  
y que viniesen me espanta  
adonde perdí a Leonor.

TELL. ¿Cómo ya saben que falta,

pues a su casa no ha vuelto  
ni menos salió con Blanca?  
Alguien que lo vió lo ha dicho.

JUA.

Vive Dios, que más extraña  
confusión no ha sucedido  
a hombre, y que se me acaba  
la paciencia imaginando  
que pueden desdichas tantas  
caber en sola una noche.

TELL.

Si estuvieran acabadas,  
menos mal hubiera sido.

JUA.

No cuenta cosas tan varias  
de Clariquea, Heliodoro.  
Las de Teágenes pasan  
en años, pero las mías  
en una noche.

TELL.

No hagas  
exclamaciones, que pueden  
oírte.

JUA.

¡Oh leyes humanas  
e inhumanas! Que a los hombres  
nos toquen, por muchas causas,  
el servir a las mujeres,  
el acudir a las galas  
(que es lo que ellas más estiman),  
el sustentarlas, el darlas  
hasta la sangre y la vida  
y algunas veces el alma,  
está bien; dellas nacimos,  
que ya con esto se paga.  
Pero que el mundo haya puesto  
nuestra honra, nuestra fama  
y autoridad en sus manos...

BER.

Como por las calles anda  
tanta gente, ¿en ciertos hombres  
que nos siguen no reparas?

LUI.

Bien dices. ¡Ah, caballeros!  
¿Quiérennos algo? ¿No hablan?  
Don Juan soy.

JUA.

BER.

JUA.

¿Vos nos seguís?  
Desde que me habló en mi casa,  
don Luis, sospecho que andáis  
de pesadumbre, y la espada  
es en los hombres de bien  
para defender la causa,  
después de la fe y del Rey,  
del amigo y de la patria.  
No quiero saber lo que es,  
sino que a serviros salga;  
que no sufre la que es noble  
estar ociosa en la vaina.  
Sois bien nacido, en efecto;  
merecéis que el Rey os haga

BER.

la merced que le pedís,  
y si fuere de importancia  
nos la haréis, como habéis dicho.  
Yo llamo en aquesta casa,  
donde pienso que ha de estar  
cierta prenda que me falta.

JUA. Tello, don Bernardo busca  
a Leonor; gran mal me aguarda;  
mala noche de San Juan.

TELL. Peor será a la mañana.

(Sale DON PEDRO.)

PED. No he visto venir el día  
con tantas voces. ¿Quién llama?  
Justicia es esta. ¿Quién es?  
El amparar esta dama  
me ha de costar pesadumbre  
si ha de resultar en Blanca.

JUI. Dejádmele hablar a mí.  
Caballero, dos palabras.

PED. ¿Qué me mandáis en que os sirva?

JUI. Esta noche, de una casa  
principal, falta a su dueño,  
no digo su honor, su hermana,  
y se sabe que está aquí.  
Toda esta gente embozada  
es justicia; vos podéis  
seguro manifestarla  
de que no os harán agravio;  
donde no...

PED. Señores, basta;  
Así es verdad que la tengo;  
que aquí llegó lastimada,  
como mujer a quien suelen  
suceder tales desgracias.  
Dila el favor que era justo.  
Yo voy por ella. (Vase.)

JUI. Obligada  
dejaréis su casa y deudos  
por defensor de su fama.  
Aquí está Blanca, Bernardo.

JUA. ¿Luego buscaban a Blanca?

TELL. ¿No lo ves? Menos desdicha,  
porque no podrán casarla  
con don Bernardo a Leonor.

BER. Pensando estoy con qué traza  
salga yo de aquí con honra.

JUI. No lo penséis sin hablarla,  
porque su lengua ha de ser  
o el remedio o la venganza.

(Salen DON PEDRO y LEONOR.)

PED. Señora, salir es fuerza;

que si pudiera excusarla,  
yo os sirviera; mas no puedo.

LEO. Si no es quien pienso, me aguarda  
la muerte; pero ¿qué importa,  
si mis desdichas se acaban?

PED. La dama es ésta, señores.

BER. Esta no es Blanca, mi hermana.

JUI. ¿Pues quién?

BER. La vuestra.

JUI. Leonor.

BER. La misma.

JUI. ¿Pues cómo estabas  
en esta casa?

LEO. Salimos  
yo y Blanca con otras damas  
al Prado; y como estas noches  
tantos desatinos pasan,  
unos hombres descortesés,  
con poco honestas palabras  
nos daban grita, a quien otros  
hicieron con las espadas  
callar bien a costa suya.  
Yo y Blanca entonces, turbadas,  
a este hidalgo le pedimos  
nos escondiese en su casa,  
porque a las demás del coche  
presas pienso que llevaba  
la justicia.

BER. Desafortunada,  
¿aquí también está Blanca?

LEO. Sí, señor.

JUI. Notable dicha.  
Señor, decidla que salga,  
porque esa dama es mi esposa.

PED. Si ella lo dice, eso basta,  
que ya sale, y yo a su gusto  
no replicaré palabra.

(BLANCA y ANTONIA salen.)

BLA. Pues ya Leonor os ha dicho,  
señores, nuestra jornada,  
yo no tengo que añadir  
sino sólo que deis gracias  
a este noble caballero.

JUA. Tello, de la lengua al alma  
anda mi amor dando voces,  
aunque parece que calla.

TELL. Como la gloria en el fin  
siempre dicen que se canta,  
aquí se llora el peligro.

JUI. Sólo falta que casadas  
queden las dos, ya que el cielo  
favoreció nuestra causa.

- No aguardemos otra noche  
 de San Juan, que la pasada  
 nos podrá servir de ejemplo.
- BER. Dad vos la mano a mi hermana,  
 que yo la daré a la vuestra.
- LEO. Las mujeres no se casan  
 dos veces, vivos sus dueños,  
 aunque suelen tener causa,  
 si no es aquellas que quieren  
 ser dos veces desdichadas.
- LUI. Leonor, ¿qué dices?
- TELL. Don Juan,  
 ¿qué estás mirando? ¿Qué aguardas?  
 Mira que dan a Leonor;  
 di que es tuya, llega y habla.  
 ¿Quieres tú que te la metan  
 con una cuchar de plata  
 dentro de la boca?
- JUA. Amor,  
 señores, cuya tirana  
 fuerza...
- TELL. Qué entrada tan necia.  
 Tiembla el mundo y llora España.
- JUA. Comunicando diez meses  
 con doña Leonor gallarda  
 por las ventanas los ojos,  
 por los papeles las almas,  
 me dió de su voluntad  
 (cuando más rendido estaba)  
 victoria; conque os he dicho  
 que está conmigo casada.  
 Ya sabéis los dos quién soy.
- BER. Don Juan, mi amistad se agravia,  
 no de querer a Leonor,  
 mas de no decir que estaban  
 en estado vuestros pechos,  
 que la pretensión dejara
- desistiendo de la empresa;  
 aunque con menos ventaja,  
 pues hoy doy la posesión  
 y allí os diera la esperanza;  
 dadle la mano; y así  
 con don Luis se casa Blanca;  
 que aunque se rompa el concierto,  
 mejor estará empleada  
 en vos que en mí.
- LUI. Yo agradezco,  
 don Bernardo, por tres causas  
 estas razones: por mí,  
 por don Juan y por mi hermana;  
 pero pues vos no os casáis,  
 y en esto el concierto falta,  
 ni yo es justo que me case,  
 sino que halle en esta casa  
 Blanca en don Pedro marido;  
 que la relación pasada  
 que me hicistes de los celos  
 y el hallarla aquí me mandan  
 que se la dé con mi gusto.
- PED. Con la misma confianza  
 estuve siempre.
- JUA. Yo soy  
 de Leonor.
- PED. Yo soy de Blanca.
- TELL. ¿Y yo de quién?
- PED. De Antonia.  
 Aquí la comedia acaba  
 de la noche de San Juan;  
 que si el arte se dilata  
 a darle por sus preceptos  
 al poeta, de distancia,  
 por favor, veinte y cuatro horas,  
 ésta en menos de diez pasa.

# COMEDIA FAMOSA DE OBRAS SON AMORES

DE  
LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

FELISARDO, *Rey de Hungría.*  
LUCINDO.  
OTAVIO.  
LEONIDO.  
ROBERTO.

URBANO, *caballeros.*  
LAURA, *dama.*  
LEONIDA, *dama.*  
JULIA, *criada.*  
CELIA, *criada.*

CLARINDO.  
MARÍN, *criados.*  
Un ESCUDERO.  
Un COCHERO.

## ACTO PRIMERO

*Salen FELISARDO, Rey de Hungría de rebozo, LUCINDO, caballero privado suyo.*

LUC. ¿Quieres que acerquen el coche?

FEL. No, que a pie me iré mejor.

LUC. ¿Agradáronte, señor,  
las fiestas de aquesta noche?

FEL. Diciéndote la verdad,  
puesto que vine embozado  
a vellas y se ha cifrado  
a una sala una ciudad,  
yo no he reparado en ellas.

LUC. ¿Qué ocasión te ha divertido,  
que los que las han oído  
milagros refieren dellas?

FEL. Cúpome, Lucindo, en suerte  
a los pies una mujer  
que aunque no se dejó ver  
y estuvo rebelde y fuerte  
en cubrirse con el manto,  
yo vi lo que me bastó  
para entretenerme.

LUC. Y yo  
con otra lo estuve tanto,  
que buscando a vuestra alteza  
no pude hallarle después.

FEL. Lucindo, esta dama es  
monstruo de naturaleza.

En entendimiento raro,  
sus donaires peregrinos,  
que por diversos caminos  
muestran un ingenio claro.

No es de aquellas bachilleras

de vocablos exquisitos,  
en la discreción delitos  
y burlas para las veras,

Divino ingenio y belleza.

LUC. De vino a lo menos es,  
pues teniéndola a los pies,  
se te sube a la cabeza.

Mas pues pintan los vencidos  
siempre a los pies, ya, señor,  
quedaste por vencedor.

FEL. Subiéndose a mis sentidos,  
como tú dices, yo fui  
el vencido desta dama;  
que bien sabes que la llama  
a su centro sube así.

La mano a una vela arrima  
por un lado y sufrirás  
su fuego, mas no podrás  
si se la pones encima.

Y así a mis pies esta dama  
con más fuerza me abrasó,  
porque desde arriba yo  
puse la mano en la llama.

LUC. Mi comparación venciste.

FEL. Casi es la misma razón  
cuando la garza al halcón  
puesta a los pies se resiste.

Pues con el pico la suele  
abrir el pecho y morir  
el vencedor, aunque a herir  
la garza por alto vuela.

Quedo la mujer es esta.

LUC. ¿Pues en qué la has conocido?

FEL. En el pajizo vestido.

LUC. Salen tantas de la fiesta  
que te puedes engañar.

FEL. Yo sé, Lucindo, que es ella;  
llega, informarás de ella,  
que yo no la quiero hablar  
para excusar la ocasión  
de ser conocido aquí.

LUC. ¿Qué le diré?

FEL. Que yo fuí  
con quien habló, y en razón  
de visitarla que dé  
licencia, pues hay de día  
coches.

LUC. Que fuese quería  
cosa que sin dueño esté.

FEL. Al poder no hay imposible;  
allá te aguardo.

*Váyase y sale LAURA y JULIA con mantos.*

LAU. Notable  
fiesta.

JUL. Para ti admirable  
cuanto para mí insufrible.  
¿Quién sería aquel galán  
con quien hablabas?

LAU. No sé;  
bien hablaba.

JUL. Harto bien fué.

LUC. Solas sospecho que van.

LAU. De su mucha discreción  
quiero un donaire contarte.  
Díjome: «Tiemblo en mirarte,  
de fuego tus ojos son.  
El alma apenas se atreve,  
porque no me abrasas más».  
Respondí: «Engañado estás,  
porque toda soy de nieve,  
puesto que a tus pies me ves».  
Entonces me los llegó  
y dijo: «¡Ay, nieve, si yo  
estampase en ti los pies!»

JUL. Bien dijo.

LUC. ¿Qué estoy dudando?  
A vuesa merced suplico  
pare el buen aire tantico.

LAU. ¿Tantico?

JUL. Hablando y andando,  
señor galán, que es muy tarde.

LUC. De un hombre con quien habló  
soy criado, y aunque yo  
vengo a estas cosas cobarde,  
como nuevo en el oficio;

respeto de ser un Rey,  
si su voluntad es ley  
mi obediencia sacrifico.

El me envía por favor  
a esos ojos atractivos  
cuyos espíritus vivos  
le han dado sangre de amor.

Primeramente saber  
su posada me mandó.  
y lo segundo que yo  
para que la pueda ver  
le lleve licencia.

LAU. Di.

*(Descúbrase LAURA.)*

¿Hablas, Lucindo de veras?

LUC. ¿Quién es?

LAU. ¿Tú no consideras  
el peligro?

LUC. ¿Es Laura?

LAU. Sí.

LUC. Laura mía, ¿cómo es esto?

LAU. ¿El Rey era quien habló  
conmigo?

LUC. Y quien pienso yo  
que está a matarme dispuesto.

LAU. ¿A matarte? ¿Pues por qué?

LUC. ¡Ay, Laura, qué bien lo hiciste,  
pues que la causa le diste  
del efeto que se ve!

La que más enmorada  
de vosotras suele estar,  
si llega a poder hablar,  
Laura, no repara en nada.

Si estuviera en estas fiestas  
con una dama a los pies,  
costándote dos o tres  
años lo que a mí me cuestas,

¿qué dijeras tú de mí?

¿Con qué capote me hablaras!

LAU. En disparates reparas,  
que ni hablé ni te ofendí.

Si un hombre de aquella traza  
ne pregunta, ¿qué le de hacer?

LUC. En saliendo una mujer,  
es como un toro en la plaza;  
no se les pone delante

LAU. hombre a quien no dan encuentro.  
¿Por qué tú no entrabas dentro,

si yo soy tan inconstante,  
y a mi lado defendías  
que nadie me hablara allí?

LUC. Porque no te conocí;

LAU. y tú, Laura, que me vías,  
pudieras tener respeto  
a nuestras obligaciones.  
Si a ser celoso te pones,  
perderás el ser discreto.  
Yo te quiero y te he querido.  
¿Qué importa que hablase allí  
si siempre me miro en ti  
como en espejo?

LUC. He caído,  
Laura, en que estás disculpada.  
Tu espejo soy. ¿Qué me quejo,  
pues por no tener tu espejo  
hablabas tan despejada?

LAU. Todo me lo ha dicho el Rey;  
tu ingenio le enamoró.  
Lucindo, quisiera yo  
que hiciera amor una ley.  
Que como pierde robleza  
el caballero aquel día  
que infamando su hidalguía  
comete alguna baja,  
perdiera la calidad  
amor en pidiendo celos;  
porque es declarar recelos  
bajeza de voluntad.

LUC. ¿Luego era amando mejor  
no decir lo que se siente,  
si el encubrirlo es patente  
traición contra el mismo amor?

LAU. Celos, Lucindo, es herida  
que cuando se manifiesta  
se hace mayor.

LUC. Tu respuesta  
viene a los celos nacida.  
Si una herida se abre más  
es para ver lo que hay dentro;  
celos buscan hasta el centro,  
yo pido los que me das.  
Porque si es hacer la herida  
mayor con manifestallos,  
también pretendo curallos,  
que quiero escapar la vida.  
Da la herida (1) el enemigo;  
pero el que la manifiesta,  
cuando a curarla se apresta  
bien sabes tú que es amigo.  
Déjame, Laura, decir  
que estoy celoso, que es fuerte  
cosa ponerme a la muerte  
y no me dejar morir.

LAU. ¡Qué lindo loco!

LUC. ¿Pues vaste  
sin que demos un remedio  
en esta ocasión?

LAU. ¿Qué medio  
quieres tú que pueda y baste  
de celos curarte a ti  
y al Rey de amor?

LUC. ¿Qué diré  
al Rey?

LAU. ¿Yo, mi bien, qué sé?

LUC. Pero dile que me fui  
y que no sabes quién soy.  
Si él me ha dejado contigo  
y que no lo sé le digo,  
desde la gracia en que estoy  
será posible caer.

LAU. ¿Pues tan presto en su desgracia?

LUC. Por inconstante, la gracia  
tiene nombre de mujer.  
Al señor, Laura, agrádalle;  
porque es vaso de cristal  
que es mejor lavalle mal  
que rompelle por lavalle.  
Yo no me atrevo a decir  
que no sé, Laura, quién eres.  
Si hay fe y amor en mujeres,  
tú le sabrás resistir;  
Esta noche le traeré  
a tu casa.

LAU. Loco estás.

LUC. ¿Qué he de hacer? No puedo más;  
sirvo, agrado, moriré.

LAU. ¿A mi casa un Rey?

LUC. ¿Qué importa  
si tú me tratas verdad?  
Que tal vez la voluntad  
en lo fácil se reporta.  
Quizá no le agradarás  
viéndote con más espacio;  
que tu casa no es palacio,  
puesto que tan rica estás.  
Procura, por vida mía,  
estar muy desaseada,  
y aun la sala descolgada  
ver esta noche querría.  
No haya bufete de plata,  
Laura, ni escritorio allí.  
¿Ni estrado?

LAU. Estrado, sí.

LUC. Tú, finalmente, retrata  
una mujer principal  
descuidada por extremo,

(1) En el texto dice: «De la vida» La enmienda es de la suelta.

que él lo es de limpio.  
 LAU. Ya temo

que le parezca tan mal  
 que me mande echar de aquí.

LUC. Pues yo conozco un galán  
 de los que en la corte están,  
 y tú, Laura, como a mí,  
 que porque vió la primera  
 noche que una dama vió  
 pobreza, della salió  
 como si al demonio viera.

Modera olor y vestidos;  
 porque riqueza y olor  
 son alcahuetes de amor  
 que provocan los sentidos.

Con esto vete, que es tarde,  
 que bien me entiendes.

LAU. Adiós.

¿Vendrá solo?

LUC. No, los dos,  
 que estoy celoso y cobarde.

*Váyanse LAURA y JULIA.*

Dijo Laura que celos son heridas  
 y que mayores son manifestadas;  
 mas manifestas para ser curadas  
 mejor es que tenellas escondidas.

Cortan en voluntades ofendidas  
 los celos, Laura, más que las espadas;  
 que las heridas en el alma dadas  
 suelen con más rigor quitar las vidas.

Calle la voluntad cuando es traidora;  
 quéjese la verdad del desengaño,  
 que la nobleza del amor desdora.

Celos, dad voces y decid su engaño;  
 porque más pena dan celos de un hora  
 que gusto puede dar amor de un año.

*Salen ROBERTO, caballero, y LEONIDA, dama.*

ROB. Bellísimas han estado  
 las damas.

LEO. Los caballeros  
 mucho más.

ROB. ¿Celos?

LUC. El veros  
 pone templanza al cuidado  
 mayor que tuve en mi vida.

ROB. ¿Es Lucindo?

LUC. Apenas sé  
 quién soy.

LEO. ¿Más que Laura fué  
 la causa?

LUC. Es verdad, Leonida;

que en fiestas jamás amor  
 dejó de tener su azar.

LEO. ¿Mas que viste a Laura hablar  
 de amor el azar mayor?

LUC. ¿Conócesla?

LEO. No ha faltado  
 quien me ha dicho: «Aquella es  
 Laura».

LUC. Presume que ves  
 un basilisco en un prado,  
 un veneno en un cristal,  
 un fuego, que viste un hielo,  
 airado un hermoso cielo  
 y un infierno celestial.

Diré locuras; estoy  
 muerto.

LEO. Si yo conociera  
 esa tu dama, la hiciera,  
 por los desenfadados de hoy,  
 un sermón que la enseñara  
 cómo se ha de proceder.

LUC. ¡Ay, Leonida! no es mujer  
 que en reprehensiones repara.

ROB. ¿Qué delito ha cometido  
 señora tan principal  
 que habléis en ella tan mal  
 los dos?

LEO. Luego ¿no lo ha sido  
 hablar con un embozado  
 mientras las fiestas se han hecho?

ROB. Si Lucindo, satisfecho  
 de que es de Laura estimado,  
 la deja en esta ocasión,  
 ¿qué culpa puede poner  
 al gusto de una mujer?

LUC. Lindos tus descuidos son.

De ver licencia le di  
 las fiestas, mas no de hablar.

ROB. Suelen ellas prorrogar  
 esas licencias así.

¿No suele, con mal consejo  
 tal vez, el señor de un soto  
 dar licencia que en su coto  
 mate un amigo un conejo  
 y éste el soto destruir  
 con cuatro que con él van?

Pues tal la dama al galán  
 suele licencia pedir,

que no digo yo al marido;  
 y saliendo a pasear,  
 a puros tiros dejar  
 todo el honor destruido.

Pero bien; ¿qué ha resultado



LUC. de que Laura hablase allí?  
Dar ésos tiros en mí  
con que el honor me ha quitado.

ROB. ¿El honor con sólo hablar?

LUC. Si el hombre con quien habló  
de Laura se enamoró,  
¿qué honor me puede quedar?

ROB. ¿Pues ya es suya, porque allí  
le dijese dos razones?  
Si en esos miedos te pones,  
lástima tengo de ti.

LUC. Si este hombre es rico, ¿no es justo  
temer?

ROB. No; que no hay riqueza  
contra Laura, y es bajeza  
pensar que ofenda tu gusto.

LUC. Tanto me habéis de apretar  
que os diga que es Rey.

ROB. ¿Quién?

LUC. El Rey.

ROB. Tú recelas bien,  
y tienes bien que guardar.

LUC. Y si el Rey me manda a mí  
seguirla y saber quién es  
y quiere verla después,  
¿quéjome sin causa?

LEO. Sí;

LUC. pues bien le puedes decir  
que al salir se te perdió.

LUC. Si con ella me dejó  
y apenas se quiso ir  
hasta que me vió con ella,  
¿párecete que es razón  
que piense alguna traición  
y sepa por otros della  
e informado que la quiero,  
conozca que le engañé?

ROB. Bien dices.

LUC. A Laura hablé,  
por cuya belleza muero,  
y quedamos de concierto  
que la venga el Rey a ver.

LEO. Mal haces; yo soy mujer  
y sé que el peligro es cierto.

ROB. ¿No se podrá resistir  
Laura?

LEO. Podrá, no lo dudo;  
pero pocas veces pudo  
la que llega a ver y oír.  
Los muros más resistidos  
quedan, Roberto, más llanos,  
si entra el poder por las manos  
y el amor por los oídos.

LUC. ¿Estás loco? ¿Allá le llevas?

LUC. Hago cuenta que perdí  
a Laura.

LEO. ¿Tú quieres?

LUC. Sí.

LEO. Mal con llevarle lo pruebas.

ROB. Leonida, si ha de saber  
el Rey después quién es Laura,  
tarde o nunca se restaura  
la gracia que ha de perder.  
Pierda Lucindo su gusto;  
pues es, me parece a mí,  
menos que perderse a sí.

LUC. ¿Qué género de disgusto  
me pudiera suceder  
que con este igual tuviera?  
Loco del hombre que espera  
ver firme amor de mujer.  
Hasta aquí pudo llegar  
una desdicha en amor;  
criado y competidor,  
¿qué medio me pueden dar?  
Bien que ser Laura quien es  
algo el temor asegura;  
mas ¿qué amor constante dura  
al rayo del interés?  
Id con Dios, que destas fiestas  
yo he sacado la desgracia.

ROB. Conserva del Rey la gracia,  
ya que a sus daños te aprestas,  
que mañana olvidarás,  
si Laura te da ocasión.

LUC. Ni he de hacer al Rey traición  
ni querer a Laura más  
por esta divina lumbre.

ROB. Adiós.

LUC. Hoy vengo a probar  
que no hay fiesta sin azar  
ni afición sin pesadumbre.

*Vanse, y salen el REY y URBANO.*

FEL.

Con este desigual desasosiego  
vine de ver las fiestas.

URB.

Comparaba  
un poeta al amor con el veneno,  
que ese es mejor, que en menos tiempo mata.

FEL.

Pues veneno me dieron por los ojos,  
y como caminar tan presto suele

al corazón, así de su hermosura  
unos puros espíritus salieron  
que hasta llegar al alma discurrieron.

URB.

¿Tiene traza de mujer de prendas?

FEL.

Notablemente, y tanto que me tiene  
con más desconfianza que era justo  
si se resiste en dilatar mi gusto.

URB.

Pitágoras, gran sabio de su tiempo,  
dijo que con el fuego se probaba  
el oro en su valor, y con el oro  
la mujer, y con ella el hombre; agora  
puedes pensar cuál es de aquestas pruebas  
la que te toca a ti.

FEL.

Bien sé que el oro  
tiene la preeminencia de las cosas  
y sé que los antiguos fabricaron  
la imagen del poder toda de oro  
y a los pies le pusieron libros y armas.  
No estoy desconfiado, aunque lo digo;  
dejé con ella quien sabrá decirle  
lo que no era razón que yo tratase.

URB.

¿Era Lucindo?

FEL.

Sí.

URB.

No le pudieras  
elegir en tu casa para enredos  
más hábil y a propósito.

FEL.

No he visto  
que de las cosas de Lucindo tengas  
gusto jamás.

URB.

Dirás que por servirte  
más de Lucindo que de mí.

FEL.

No digo  
sino que te quisiera más amigo  
de un hombre de quien hago confianza.

URB.

Lucindo es muy honrado caballero,  
y por quererle tú le estimo y quiero.

*Sale LUCINDO.*

LUC.

Cual sube el sentenciado la escalera  
mudando el pie de plomo y la torcida  
cuerda, lleva delante el homicida,  
que, aunque le ayuda, al fin matarle espera,  
y a cada paso mira la postrera  
señal que no podrá pasar la vida,  
y dilatando en vano la subida  
al paso que dejó volver quisiera;  
así voy yo, que dilatar no pude  
estos pasos que doy, ni remediarne,  
por más despacio que las plantas mude.

Cuando el temor comienza a desmayarme,  
¿qué importa que a subir amor me ayude,  
pues me ayuda a subir para matarme?

FEL.

Lucindo.

LUC.

Gran señor.

FEL.

¿Pues aquí estabas  
sin hablarme?

LUC.

Quisiera hablarte solo.

FEL.

No importa Urbano aunque podrás aparte  
darme la nueva que dichoso espero.

LUC.

Hablé, señor, a aquella hermosa dama  
y halléla como tú me lo dijiste:  
bien entendida y de gallardo talle,  
pero más principal que tú pensabas  
y al fin tan rica como bien nacida.

FEL.

En fin, te pareció bien entendida.

LUC.

Señor, contradecirte no era justo;  
muy bien me pareció su entendimiento,  
pero no para fénix de la corte,  
ni su hermosura es única, que en ella  
te pudiera mostrar otras mayores.

FEL.

¿Quiero, Lucindo, yo que me enamores  
de otras mujeres por ventura, o quiero  
que de aquesta me digas la respuesta?

LUC.

Dices muy bien, y la respuesta es ésta:  
dos mil dificultades de parientes,  
después de no ser libre ni casada,  
y, últimamente, que por ser quien eres  
la podrás visitar cuando quisieres  
con la gala, recato y cortesía  
que de quien eres justamente fía.

FEL.

No es mal principio. ¿El nombre?

LUC.

Mal agüero

tiene para tu gusto, a no ser fábula  
lo que de Apolo y Dapline escribe Ovidio.  
Laura se llama.

FEL.

Han dado los laureles  
gran baja desde el tiempo de los Césares;  
no tomes mal agüero de su nombre;  
yo la he de ver aquesta noche misma.

LUC.

La casa no es muy lejos de palacio.

FEL.

Nunca, Lucindo, tuve más espacio,  
y amor no me le da por un instante.

LUC.

¿Ha de ir Urbano con nosotros?

FEL.

Venga,

porque de ti más cuerdos celos tenga.

LUC.

Urbano, ven. No lo serán los míos,  
pues me obligan a tantos desvaríos.  
¡Ay, Laura! yo perdí mis esperanzas,  
tan desmayadas van las cofianzas;  
porque es de la mujer el pensamiento  
seda de tornasol, veleta al viento.

*Salen JULIA y MARÍN, criados de LAURA.*

JUL. Limpia, Marín, esas sillas,  
pon esa alfombra mejor.

MAR. Hoy en el cielo de amor  
saltan las siete cabrillas;  
de gorja están los planetas.  
¿El Rey aquí?

JUL. Qué, ¿lo dudas?  
¿Adónde las sillas mudas?

MAR.

Andan como yo, inquietas;  
porque todo estoy turbado.  
¿No colgué famosamente  
la sala?

JUL.

Bien está enfrente  
ese tapete bordado.

MAR.

¿Los cuadros no te contentan?

JUL.

Las cazas pusiste bien  
y aquel Anteón también.

MAR.

Deste las fábulas cuentan  
que porque a Diana vió  
desnuda le volvió ciervo;  
mas cierto sátiro cuervo  
este sentido le dió:

que Diana, que es la luna,  
es la que engendra la plata,  
y que quien casado trata  
de enriquecerse de alguna,  
la plata ciervo le vuelve.

JUL.

Sí; mas a Anteón comieron  
sus perros cuando le vieron  
ciervo.

MAR.

En eso se resuelve  
la hacienda de gente igual,  
y yo sé quién son los perros,  
o por los montes y cerros  
huye este pobre animal.

No sé si le viene bien  
a Lucindo el cuentecillo.

JUL.

Que traiga me maravillo  
al Rey.

MAR.

Mirará también

a Diana vuelta en plata.  
Pienso que viendo el amor  
del Rey, con justo temor  
sus misnas desdichas trata.

MAR.

Medremos todos, que es risa  
andarse agora con celos.

JUL.

Que venga, ruego a los cielos.

MAR.

Si un Rey esta alfombra pisa  
bordárale de diamantes,  
que, en efeto, es majestad.

JUL.

¿Pues hay liberalidad  
como la de los amantes?

MAR.

Ya me llamo don Marín,  
ya me cuento gran señor.

JUL.

Yo pienso medrar mejor,  
que he de estar más cerca, en fin.

MAR.

Echate un don, mentecata;  
que si cuarenta te pones  
no hay premática de dones.

JUL.

Limpia el bufete de plata  
mientras echo dos pastillas.

*Sale LAURA con lechuguillas y el mejor vestido que pueda.*

MAR. Señora, viene.  
 LAU. ¿Está puesto el estrado?  
 JUL. Ya compuesto de almohadas y de sillas.  
 LAU. Sola una silla dejad y quitad las almohadas.  
 JUL. Advertencias extremadas.  
 MAR. Todo huele a majestad.  
 JUL. Dame algún olor, si tienes.  
 LAU. Para fuera es necesario.  
 MAR. Famoso está el incensario.  
 Hoy hay vísperas solemnes.  
 LAU. ¿Ha enviado algún recaudo Lucindo?  
 JUL. No he visto paje suyo.  
 LAU. Haced que un hacha baje a la escalera un criado.  
 ¡Jesús, no sé lo que digo!  
 ¡Qué necesidad!  
 JUL. Buen secreto.  
 LAU. Que me olvidé te prometo; a gran suceso me obligo.  
 Turbada estoy.  
 JUL. Sí estarás.  
 MAR. El Rey; echa más olor, porque si es purga, un temor a buen tiempo le echarás.

*Sale el REY FELISARDO y LUCINDO, de noche.*

FEL. A vuestra casa he llegado con vuestra buena licencia.  
 LAU. Dadme, señor, vuestros pies.  
 FEL. No vengo a humildades vuestras; que una cosa es ser vencido y otra poderoso; en prendas de cuya verdad os ruego que os sentéis.  
 JUL. Linda presencia.  
 MAR. Por mi vida que es galán.  
 FEL. Sentaos.  
 LUC. Laura es tan discreta que sola una silla tiene.  
 FEL. No hay en amor cosa media. Es indivisible amor como el punto de una esfera, desde donde igual alcanza la mayor circunferencia.  
 MAR. Ya se quiere mostrar sabio.  
 JUL. Lo segundo con que piensan enamorar los amantes.

MAR. Sí, que la parte primera pienso que la tiene el dar, que el saber poco se precia.  
 FEL. Laura, traigan una silla.  
 LAU. No lo mandéis.  
 FEL. Esto es fuerza.  
 MAR. Aquí está la silla ya.  
 FEL. Tomadla.  
 LUC. El Rey no se asienta.  
 LAU. Laura, ¿por qué estás en pie?  
 Por gusto de vuestra alteza recibo tanta merced.  
 FEL. ¿Estáis buena?  
 LAU. ¿Qué más buena que de vuestra alteza honrada?  
 FEL. ¿Qué os parecieron las fiestas?  
 LAU. Como las pasé con vos, dadme, gran señor, licencia para que diga que malas.  
 FEL. ¿Malas, Laura?  
 LAU. Malas eran, pues tan pronto se acabaron, y os perdí por faltar ellas.  
 FEL. Por qué notable camino me favorecéis.  
 LUC. Ya llegan las sillas, ya se hablan quedo.  
 Ya, ¿qué remedio me queda?  
 ¡Ay de mí! Pienso que amor comienza una nueva guerra.  
 El mar es aquesta sala, las dos sillas dos galeras; acercándose ha el combate.  
 ¿Quién ha de dudar que venza la del Rey y que vencida la de Laura, ingrata, sea?  
 Los tiros de las palabras, y aun de los suspiros, suenan; las aguas del honor baten los remos de las promesas; ya ciega el humo del oro los ojos de la nobleza; ya de mis obligaciones amaina Laura las velas; ya rompen los filaretos de las manos las cadenas; ya queda solo el garcés de mi esperanza en las cuerdas, que me han de servir al cuello cuando Laura no lo sea.  
 Pienso que a no estar aquí, ¡oh fementida galera!, de los brazos de los dos

se cruzaran las antenas.  
 Levántate, fiero mar,  
 y da con ellas tierra,  
 que ya la luz del farol  
 mata el viento de la fuerza.  
 ¡Ay, mil veces, de mi vida,  
 que en esas galeras rema  
 atado a tu silla, Laura,  
 forzado de tus flaquezas!  
 General haces tu amor;  
 yerras, Laura; Laura, yerras;  
 que más de particular  
 que de general se precia.  
 El cómitre de los celos  
 me mata; dile que tenga  
 la mano; aunque bien merezco  
 que me castigue con ella,  
 pues vine a ver lo que veo.  
 MAR. Julia, Lucindo se queja.  
 JUL. No le sabe bien que el Rey  
 con nuestra ama se enternezca.  
 MAR. Cara de probar vinagre  
 se le ha puesto.  
 JUL. Y es muy buena  
 la comparación, Marín;  
 que no hay amor que no vuelva  
 todo su vino vinagre;  
 porque, en efeto, comienza  
 en anillos, como dicen,  
 flores, cintas, cartas, letras,  
 y acaba en dagas, deshonras,  
 celos, sátiras y quejas.  
 MAR. Bien haya quien te parió,  
 que sin tórmanto confiesas.  
 FEL. Muy buena casa tenéis.  
 LAU. Todo, señor, es pobreza;  
 si yo no tuviera el alma  
 no cupiérades en ella..  
 FEL. Buenas colgaduras son  
 y buenas pinturas éstas.  
 MAR. Julia, de las telas hablan;  
 hoy se mejoran las telas.  
 JUL. Yo apostaré que mañana  
 pisan diamantes y perlas.  
 FEL. Lo que más, Laura, me agrada  
 es el aseo y limpieza.  
 ¿Qué familia tienes?  
 LAU. Poca,  
 que es poca, señor, mi hacienda.  
 FEL. ¿Qué renta tendréis?  
 LAU. Tendré  
 seis mil ducados de renta.  
 MAR. En dinero hablan, Julia;

mañana doblones ruedan  
 por esta casa, y el patio  
 todo de escudos se empiedra.  
 Los caballos de ese coche  
 en que Laura se pasea  
 comerán granos de oro  
 como los que el sol gobierna.  
 FEL. Ver quiero vuestra familia.  
 LAU. ¡Ay, señor, será vergüenza!  
 Llega, Julia.

FEL. Esta, sin duda,  
 será vuestra camarera.  
 JUL. Vuestra alteza me conozca.  
 MAR. Por la mayor embustera  
 pudiera añadir; agora  
 le da el Rey una cadena.  
 LAU. Esta tengo desde niña,  
 tres esclavas y dos dueñas;  
 mas no las mandéis salir.  
 MAR. Y dice bien a su alteza,  
 que parecerá la sala  
 un sucio corral de ovejas.  
 FEL. ¿Quién es este gentilhombre?  
 MAR. De la boca de su alteza  
 desde agora lo seré.  
 LAU. Este de mis padres era  
 estimado por su honor.  
 MAR. Señor, la verdad más cierta  
 es que nací de las tocas  
 de una dueña reverenda  
 y me dieron a teñir.  
 FEL. ¿Y qué más familia os queda?  
 MAR. Que leído en la escritura  
 es el Rey por veces treinta,  
 ha dicho *páter familias*.  
 LAU. Un escudero que peina  
 canas houradas y un hombre  
 que sirve el coche y despensa.  
 MAR. Sí, señor, es hombre injerto,  
 si acaso vió vuestra alteza.  
 juntos martillo y tenazas  
 o zapatos y chinelas.  
 FEL. Llamad esa gente.  
 MAR. Voy.  
 Hoy toda la casa medra.  
 LUC. No seré yo, por lo menos;  
 pues ya es forzoso que pierda  
 la honra y la vida aquí,  
 y aun el alma tengo en pena.  
*Sale el COCHERO y un ESCUDERO, y CLARINDO, de gen-  
 tilhombre.*  
 MAR. Entrad, que hay salvoconducto.

LAU. Así, Clarindo, tú llega,  
que de ti se me olvidaba.

CLA. Puesto que no los merezca,  
me dad, señor, vuestros pies.

FEL. ¿De qué servís?

CLA. Bien quisiera  
decir que de gentilhombre  
de Laura, si yo lo fuera.

MAR. Será muy justa razón  
que su alteza favorezca  
este mozo, que es muy hábil.

FEL. ¿Qué habilidad tiene?

MAR. Juega  
desde que amanece Dios  
a las pintas, no a las presas,  
dos y tres raciones pára,  
y hasta el sombrero y las medias.

FEL. ¿Quién es cochero de Laura?

COCH. Yo, señor.

FEL. Mucha soberbia  
debéis de tener.

COCH. ¿Yo? ¿Cómo?

FEL. Quien el coche del sol lleva,  
cerca está de despeñarse,  
como de Faetonte cuentan.

COCH. Llévole siempre que llueve,  
y cerradas las cubiertas,  
o cuando hace pardo el día.

MAR. Sí, señor, porque parezca  
el coche reloj de sol,  
para que sin sol no pueda  
señalar horas del día.

FEL. ¿Y vos, buen viejo?

ESC. Pudiera  
decir que en llegando a veros  
mis años, señor, se aumentan.

FEL. ¿Y tenéis muchos?

ESC. Ninguno,  
que los que paso atrás quedan.

FEL. ¿Pues qué tenéis?

ESC. Este día,  
si llego hasta que anochezca.

FEL. ¿Qué filósofo escudero.

MAR. Es un santo; no se acuerda  
de los años que ha pasado,  
piensa que a vivir comienza;  
pues él y Matusalén  
fueron juntos a la escuela.  
Duerme con doce bonetes,  
tres lienzos, seis escofietas,  
que parece al Gran Sofí  
o al Turco cuando se acuesta.  
El otro día le hallaron,

si no es que, bellacos, mientan,  
dando a un miserable escudo  
con una bramante cien vueltas.  
Gruñe por siete lechones;  
es hidalgo desde César,  
porque de Jerusalén  
vino su padre a esta tierra.

FEL. Laura, con notable gusto  
he conocido esta casa.

LUC. ¿Por qué caminos me abrasa  
de tan notable disgusto?

FEL. Volveré muy presto a veros  
porque os acordéis de mí.

JUL. ¿Vase el Rey?

CLA. Pienso que sí.

LAU. ¿Cómo puedo agradeceros  
tanta merced y favor?

FEL. Aquí os habéis de quedar.

LAU. No tengo más que obligar  
que el alma a un eterno amor.

*Vase el REY con LUCINDO y los criados de LAURA.*

LUC. ¿Qué te ha parecido?

FEL. Allá  
sabrás mil cosas de mí.

MAR. ¿Para aquesto vino aquí?  
Oiga el Rey cómo se va.

JUL. ¿Pues qué pensabas?

MAR. Pensé  
cuando vi cómo llamaba  
la familia que nos daba...

JUL. ¿Qué nos daba?

MAR. ¿Yo qué sé?  
Lo que un Rey enamorado.  
Y tan tieso como entró  
por la puerta se salió  
sin volverse a ningún lado.

JUL. ¿No ves que no dan los reyes  
cosas con la propia mano?  
Amor, de reyes tirano,  
es rey de los que hacen leyes.

Desvíate un poco allí,  
hablaré con mi señora.

LAU. ¿Julia?

JUL. Señora.

LAU. ¿No es hora  
de acostar?

JUL. Señora, sí,  
y, aun a estarse un poco más,  
de levantarse lo fuera.

LAU. Desnúdame.

JUL. No creyera  
lo que he visto; alegre estás.

¿Qué hay de Lucindo?

LAU. No sé.  
Muestra aquella salva y guarda estas joyas.

JUL. ¡Qué gallarda le hablaste, y qué triste fué el cuitado de Lucindo!

Yo pensé que se muriera.  
LAU. Julia, sin rey considera al Rey.

JUL. Es galán, es lindo.  
Pero si en Lucindo adoras, ¿cómo le tratas así?

LAU. No sé qué en el Rey me vi.

JUL. Conozco lo que mejoras de galán; mas el amor no tiene más interés que su gusto.

LAU. Verdad es.  
Pero tan alto valor, ¿qué mujer no descompone?

JUL. Algo te ha dicho.  
LAU. Yo creo que ha de obligar mi deseo, Lucindo, Julia, perdóne.

Puedo, si tengo ventura, llegar donde no me alcance de vista yo misma.

JUL. El lance notable dicha asegura a ti y a tu casa toda; mas dejarte de casar habiendo tiempo y lugar mal a tu honor se acomoda.

LAU. Calla, necia, que no sabes qué es oír de un rey «yo os quiero». ¿Llaman?

JUL. Sí.  
LAU. Mira primero quién es, y no des las llaves menos que con mi licencia.

(Sale MARÍN.)

JUL. A llamar tornan.

MAR. Aquí Lucindo está.

LAU. ¿Solo?

MAR. Sí.

LAU. Lucindo preste paciencia. Di que ya estoy acostada.

MAR. Voy. [Vase].

JUL. ¿Tú respondes así?

LAU. Si digo que a un rey oí

«yo os quiero»; no seas pesada.

JUL. Yo te escucho y no lo creo.

LAU. Pues, Julia, no hay que creer más de que yo soy mujer y en esta dicha me veo.

(Sale [otra vez] MARÍN.)

MAR. Dice Lucindo, señora, que ha de verte, si se junta la tierra al cielo.

LAU. Pregunta si está loco.

MAR. Nadie ignora, señora, de cuantos viven qué fuerza tiene el amor con celos.

LAU. Vete, hablador.

MAR. Que las cosas grandes priveen las pequeñas, fué interés, LUC. (dentro) mas no con descortesía.

LAU. Di que duermo.

LUC. Laura mía.

LAU. ¿Es aquel Lucindo?

JUL. El es.

LAU. ¿Pues en la calle da voces?

JUL. ¿Qué ha de hacer, si le enloqueces?

LUC. ¿Laura, Laura?

MAR. Otras dos veces.

LUC. ¿Ah, Laura?: ¿no me conoces?

JUL. Señora, por Dios, que mires tu honor; ya rompe la puerta y la vecindad despierta.

LAU. ¡Hay tal maldad!

MAR. No te admires; pues a quien hoy adorabas le tratas como si fuera.

LAU. Pícaro, ¿desa manera me habláis?

MAR. Si ayer te enojabas porque faltaba de aquí, ¿cómo te tengo de hablar?

LAU. La cara os haré cortar.

LUC. ¡Laura, duélete de mí!

MAR. ¡Bravo Rey tiene en el pecho!

JUL. ¿Qué se pierde en que le abras y le escuches dos palabras por tu honor y tu provecho?

LAU. Abrele, ¡mal le haga Dios!

JUL. Abrele, Marín.

MAR. Yo parto.

LAU. Cuando un caballo descarto por un rey, ¿qué habláis los dos?

JUL. Señora, las sinrazones

LAU. volverán loco al más cuerdo.  
 JUL. De nada, Julia, me acuerdo.  
 JUL. A gran peligro te pones.  
 (Sale LUCINDO.)

LUC. Poco a tus criados debo,  
 pues me dicen que acostada  
 estás, cuando estás vestida.  
 LAU. También el vestido es cama  
 del que se duerme vestido;  
 sobre aquella silla estaba  
 fuera de mí, que estas cosas  
 notablemente me cansan.  
 Mas ¿cómo vuelves agora,  
 pues te constan las entrañas  
 de la vecindad que tengo?  
 ¿Ya no estuviste en mi casa?  
 LUC. ¿Pues habléte yo, por dicha,  
 o el Rey, que tan cerca estaba  
 de tu cara hablando a solas?  
 LAU. ¿De mi cara?  
 LUC. De tu cara.  
 LAU. Más había entre los dos  
 de mil leguas de distancia;  
 que no están las caras cerca  
 cuando no lo están las almas.  
 LUC. ¿No estábades en dos sillas?  
 LAU. Pues bien, ¿y qué importa?  
 LUC. ¡Ay, Laura!,  
 que en sillas corre el deseo  
 postas al favor que alcanza.  
 LAU. Di las locuras que sueles.  
 LUC. ¿Pues desto, mi bien, te enfadas?  
 LAU. ¿No me he de enfadar que digas  
 que la cara que tan cara  
 te cuesta la compre un hombre,  
 sea quien fuere, tan barata?  
 LUC. ¡Alto!: no hablemos en esto.  
 LAU. Quien habla mal, poco basta.  
 LUC. ¿Qué te ha parecido el Rey?  
 LAU. Bien, por Dios. ¿Tan presto hablas  
 en el Rey?  
 LUC. Bien dices; fué  
 descuido.  
 LAU. Otras cosas trata.  
 LUC. De no hablarte más en él,  
 Laura, te doy la palabra.  
 LAU. Harásme mucho placer.  
 LUC. Contenta estará tu casa  
 de ver al Rey dentro della.  
 Todos como locos andan.  
 LAU. Bien lo que prometes cumples.  
 LUC. Pues esto no importa nada.

LAU. En fin, ¿acostarte quieres?  
 ¿No ves que me desnudaba?  
 ¡Hola! ¿Qué hacéis? ¿No os pedi  
 más ha de una hora una salva?  
 Vete, por tu vida, amores.  
 LUC. Yo me iré luego, mi alma,  
 si me dices qué te dijo  
 el Rey.  
 LAU. Lindamente guardas  
 las palabras que me das;  
 pero yo soy tan honrada  
 que te lo quiero decir.  
 Díjome que me adoraba  
 y que era luz de sus ojos.  
 LUC. ¿Tú, Laura?  
 LAU. No, sino el alba.  
 LUC. ¡Oh, fuego de Dios, en ellos!  
 pero ¿para qué se abrasan  
 con más fuego del infierno  
 que allá atormenta las almas?  
 ¡Vive el cielo, que me espanto!  
 LAU. ¿Pues tú la mano en la daga?  
 Anda mis ojos, que estás  
 loco. Presto, vete, anda.  
 LUC. No puedo, Laura.  
 LAU. ¿No puedes?  
 LUC. No puedo.  
 LAU. Pues no te vayas;  
 que yo me iré.  
 LUC. Tente un poco;  
 oye, mi señora, aguarda;  
 oye, por vida del Rey.  
 ¿Con esta vida te paras?  
 LAU. No, que antes que la dijeras  
 por la tuya me paraba.  
 LUC. Vete, ya no quiero hablarte.  
 LAU. Mejor es irte a tu casa,  
 Lucindo, que es tarde ya  
 y te oyeron las criadas.  
 No te vengues en mi honor,  
 si te han quedado esperanzas,  
 de culpas de tu fortuna.  
 LUC. Pues óyeme una palabra.  
 LAU. Una y muchas.  
 LUC. ¡Plega a Dios  
 que si volviere a tu casa,  
 ni te viere ni escribiere!...  
 LAU. No jures.  
 LUC. ¡Que en campo, en plaza  
 me mate una bestia fiera  
 o alguna traidora espada!  
 Quédate a Dios, enemiga,



vil, cobarde, ingrata, falsa,  
mujer al fin.

(Vase LUCINDO.)

IAU. Dar en eso...  
Todas son mujeres; basta.  
Ningún hombre es malo. ¡Ay, Dios!  
¿Qué locura temeraria,  
qué soberbia, qué ambición  
a mi Lucindo me aparta  
del alma con que le adoro?  
Mas, ¿qué importa que se vaya?  
Juegan amor y los celos  
a la pelota; amor, saca;  
los celos, vuelven. No hay duda;  
juró; volverá mañana.

(Váyase.)

MAR. ¿Qué hay, Julia?  
JUL. ¿Ya no lo ves?  
MAR. No sé, por Dios; sueltos andan  
los celos.  
JUL. Laura es discreta;  
a Lucindo adora y ama;  
pero ve lo que le importa  
conquistar del Rey la gracia.  
MAR. Como pescador de red  
sois las mujeres: que saca  
el lance, y los peces clicos  
vuelve a arrojar en el agua.  
JUL. ¿Y si es grande?  
MAR. ¡Ay, Julia, Julia!  
cuando es gordo, a la brujaca.



## ACTO SEGUNDO

(Salen ROBERTO, LEONIDA y OTAVIO, hermano  
de LEONIDA.)

ROB.

El parabién te vuelvo a dar mil veces.

LEO.

Y aun le parecen pocas a mi hermano,  
pues con tan justo amor las encareces.

OTA.

Huye el amor del cumplimiento vano.

ROB.

Bravo soldado viene.

OTA.

Tú pareces,  
Roberto, el más gallardo cortesano.

ROB.

¡Oh si llegaras para ver las fiestas!

OTA.

Las que no pude ver resuelvo en éstas.

ROB.

En jornadas de mar nadie prometa,  
porque es locura «llegaré tal día».

LEO.

Pensar en ella el alma me inquieta.

OTA.

A las fiestas pensé que llegaría;  
pero mi pensamiento fué cometa;  
sospecho que murió cuando nació.  
El mar quiso ser cielo, y su azul velo,  
vió peces por estrellas en el cielo.

ROB.

Si llegaras, salieras a la justa.

OTA.

Saliera por lo menos al torneo.

ROB.

Ese fué bueno; mas la justa, injusta.

OTA.

Alguna breve relación deseo.

ROB.

Casóse, Otavio, la divina Augusta,  
Duquesa de Arles, y el galán, Liseo,  
por ventura celoso y despreciado,  
trazó la justa de paciencia armado.

Della para la noche de aquel día  
concertaron sus deudos el torneo.

OTA.

¿Saliste en él?

ROB.

No pude, aunque tenía  
de parecer galán algún deseo.  
Mantúvole con mucha gallardía  
Lisauo, primo hermano de Liseo;  
colores blanco y nácar, diez padrinos  
por sangre y gala de alabanza dinos.

OTA.

¿Empresa?

ROB.

Un Fénix.

OTA.

¡Qué común empresa!

ROB.

No mucho; con la letra, cuando midas el sentido al amor, que amar confiesa: «Muero mil veces para dar mil vidas.» La tienda blanca, en cuatro partes presa de cuerdas de oro y nácar, esculpidas las armas, y la empresa tuvo enfrente, y por remate un sol resplandeciente.

Con música y aplauso entró Finardo, de amarillo y azul, aventurero, tan bizarro y galán como gallardo.

OTA.

¿Llevaba empresa?

ROB.

Un sol con un lucero; la letra dió su primo Belisardo: «Con él vengo a nacer y con él muero.»

OTA.

Buena letra.

ROB.

Lucero, en fin, se llama, que nace y anochece con su dama.

LEO.

Soy de desconfianzas más amiga.

ROB.

Si fué dichoso, déjale, señora, que sus venturas en las fiestas diga.

OTA.

¿Salió Rugero, esposo de Teodora?

ROB.

Calza encarnada y una blanca liga sacó Rugero, y el arnés, que dora de mil estrellas, tan luciente y claro que pudiera servir de antorcha a Faro.

Una T grande en un escudo hacía la letra, y puesto alrededor, «adora», «que te adora», parece que decía, para decir que adora en su Teodora.

LEO.

¡Qué grosero blasón Ruger traía! En fin, las leyes de la empresa ignora.

OTA.

Bien puede disculparle el ser casado.

LEO.

De ser discreto, no; de enamorado.

ROB.

Con unas armas negras, calza y plumas salió Feniso, y el extremo dellas con dos estrellas, que entre tantas sumas no quiso más.

LEO.

Debió de ver con ellas.

ROB.

La letra dice: «Aunque el favor presumas, para mi noche bastan dos estrellas».

LEO.

Esa me agrada, que los ojos bellos conozco yo.

ROB.

La noche pasa en vellos.

De pajizo, morado y blanco, luego salió famosamente Claridano; por empresa un halcón atado y ciego, asido y puesto en una blanca mano.

OTA.

La empresa tiene vista.

LEO.

No lo niego; sin letra, queda el pensamiento llano. Mas, ¿cómo dijo, en fin?

ROB.

«Mientras me tiene.»

LEO.

Ciego y preso se pinta.

OTA.

Bien le viene.

ROB.

De verde y plata y un penacho verde, cuyas puntas enlaza un seco espino, salió Roselio.

OTA.

Ese hombre el tiempo pierde.

ROB.

Eso mismo la letra a decir vino.

LEO.  
¿Cómo?

ROB.  
«Mis esperanzas.»

OTA.  
Que se acuerde,  
Roberto, de las ietras.

ROB.  
Por padrino  
Félix trajo al gigante Polifemo.  
En cuerpo y traje al vivo por extremo.

OTA.  
¿Qué color?

ROB.  
Naranjado solamente.  
Iba con el gigante un bello enano  
que dió esta letra, al parecer prudente:  
«Mis méritos».

OTA.  
Valiente cortesano.

ROB.  
El gigante, apartándose la gente,  
dió la suya al juez con propia mano.  
«Mi amor», decía.

LEO.  
Qué gallardo amante.  
Enano, su valor; su amor, gigante.

ROB.  
Pintarte montes, sierpes y dragones  
será cansarte.

OTA.  
¿No salió Lucindo,  
nuestro amigo, que en tales ocasiones  
suele preciarse de galán y lindo?

ROB.  
Anda Lucindo en otras pretensiones.

OTA.  
Si son del Rey, la competencia rindo.

ROB.  
Antes compite con el Rey agora  
por una dama ingrata a quien adora.

OTA.  
¿Sírvela el Rey?

ROB.  
Desde esta misma fiesta.

OTA.  
¿El nombre?

ROB.  
Laura.

OTA.  
A Laura, de su primo,  
traigo una carta, y ocasión es ésta  
para tener en Laura un firme arrimo.

ROB.  
Del amor de Lucindo descompuesta,  
estima al Rey.

OTA.  
Y yo mi dicha estimo;  
a visitarla voy, la carta llevo.

ROB.  
Esto en la corte, Otavio, es lo más nuevo.  
Vamos, que quiero, a verla, acompañarte;  
tengamos todos parte en esta dicha,  
aunque Lucindo el corazón me parte  
y siento como propia su desdicha.

OTA.  
Hermana, adiós.

ROB.  
Después quisiera hablarte.  
*(Sale LUCINDO por otra parte.)*

LEO.  
Déjale y vuelve.

LUC.  
Por la historia dicha  
me detuve, Leonida, tan forzado,  
que he estado de esperar desesperado.

LEO.  
¿Por qué no entrabas y a mi hermano habla-  
[bas?

LUC.  
Porque me importaba hablar contigo a solas;  
que andan las olas de mi amor tan bravas  
que los cercos del sol parecen olas.

LEO.  
¿Ayer que aborrecías no jurabas  
a Laura?

LUC.  
¡Ay, Dios, que son palabras solas!

Juré verdad; que amor es accidente  
que le adora y aborrece juntamente.

LEO.

¿Pues cómo la aborreces y la adoras?

LUC.

Porque mi alma en tantos desconsuelos  
hace por el discurso de las horas,  
Leonida, un tornasol de amor y celos.  
¿La condición del tornasol ignoras?

LEO.

Ya sé sus visos a diversos velos.

LUC.

Pues tal soy yo; que a luces diferentes  
amar y aborrecer tengo presentes.

LEO.

¿Prosigue el Rey su intento?

LUC.

Está perdido.

LEO.

¿Tú has visto a Laura?

LUC.

No, que lo he jurado.

LEO.

¿Pues cómo sufres tanto?

LUC.

De ofendido.

LEO.

¿No la pretendes ver?

LUC.

No me ha llamado.

LEO.

¿No era grande su amor?

LUC.

Mayor su olvido.

LEO.

¿Qué le cansó de ti?

LUC.

Ser desdichado.

LEO.

Olvida.

LUC.

¿Cómo puedo?

LEO.

Dale celos.

LUC.

¿Con quién?

LEO.

¿No han hecho otra mujer los cielos?

LUC.

¿Quieres tú que yo vaya y sirva agora  
otra mujer?

LEO.

¿Pues no?

LUC.

¿Cómo es posible?

Mal finge amor ajeno quien adora.

LEO.

Pues no hay medio a tu amor más conveniente.

LUC.

No dudes; no podré fingir, señora,  
y hablar otra mujer es imposible.  
Si tú quisieras, ¡ay, Leonida mía!  
contigo sí que a Laura abrasaría.

LEO.

¿Conmigo?

LUC.

¿Pues con quién?

LEO.

Pide a Roberto

licencia.

LUC.

Si él lo sabe ha de estorbarte.  
Ten lástima de mí, da vida a un muerto,  
hierra mi rostro.

LEO.

Estoy por agradarte.  
Mas temo que resulte un desconcierto.

LUC.

¿Pues qué disgusto puede resultarte  
de fingir, ¡oh Leonida! que me quieres?  
Para fingir nacisteis las mujeres.

Visita a Laura, así mil años vivas;  
dile que sabes tú que a Laura adoro  
y que por su ocasión de mí te privas;

que soy tu luz, tu vida y tu tesoro;  
dile que son tus penas excesivas  
después que sabes tú que la enmoro  
y que ha días o meses que te engaño  
con apariencias de un amor extraño.

Cuéntale gracias que jamás yo tuve  
y mentiras, pues soy tan desgraciado,  
di que todo este tiempo te entretuve  
con firmas y palabras que te he dado.  
Di que pues ella quiere al Rey, y sube  
del humano poder al mayor grado,  
te deje a mí, que por sus celos mueres.  
Para fingir nacisteis las mujeres.

¡Oh, Leonida! ¿qué piensas? Si quisiera  
que me quisieras verdaderamente,  
que lo pensaras justa cosa fuera;  
mas, ¿qué puede importar fingidamente?

LEO.

Si Roberto lo sabe, considera  
que no ha de verme más.

LUC.

Cuando él intente  
usar ese rigor, de cualquier daño  
te ha de librar, Leonida, el desengaño.

Dirémosle del modo que esto ha sido;  
fuera de que él, de mi amistad pagado,  
conoce mi verdad.

LEO.

Tú me has vencido,  
a lo que nunca hubiera imaginado;  
yo digo que lo haré.

LUC.

Los pies te pido.

LEO.

¿Adónde vive Laura?

LUC.

Mi criado

Leonardo te dirá la casa.

LEO.

El cielo

te guarde.

LUC.

Al tuyo de mi agravio apelo.

(Vase LEONIDA.)

Todo es trazas, amor; todo es engaños.  
Bien dijo Ovidio que el amor es guerra;

milita el que ama, y en su campo encierra  
varios ardides contra varios daños.

Aborrece el amor los desengaños,  
puesto que sabe que en dejarlos yerra,  
a los consejos los oídos cierra  
y pasa en breves horas largos años.

Están dos voluntades frente a frente,  
siempre en batalla, y siempre tan profunda  
que queda la victoria indiferente.

Destá porfía la inquietud redunda,  
porque es amor una verdad que miente  
y una mentira que en verdad se funda.

(Vayanse, y salgan JULIA y LAURA con una carta.)

LAU. Notable carta.

JUL. Los dos  
que la trajeron, señora,  
tienen gran lugar agora  
con el Rey.

LAU. Guárdele Dios;  
que ya por él, Julia amiga,  
toda Hungría me respeta.

JUL. Quiera amor que tan discreta  
siempre su afición prosiga.

LAU. Siento que se sepa tanto.

JUL. ¿Qué importa, si honestamente  
te ama el Rey?

LAU. La vulgar gente  
es cruel.

JUL. Mucho me espanto  
que no haya venido más  
Lucindo a verte.

LAU. Y yo estoy  
tan triste que apenas doy  
paso que no vuelva atrás.

No entendí que lo sintiera,  
cuando aquí le desprecié  
tanto, porque, al fin, pensé  
que por lo menos me viera.

Pero valerosamente  
se ha resistido.

JUL. Un agravio,  
señora, en un hombre sabio  
dentro del alma se siente.

Bien la palabra cumplió  
de no verte más.

LAU. También  
pienso que quien quiso bien  
nunca celoso olvidó.

A fe, Julia, que le cuesta  
sus ciertas penas estar  
sin verme.

JUL. El verte quedar

para amar al Rey dispuesta,  
temo que le haya ocupado  
en otro gusto.

LAU. No aciertas.  
Yo te digo que mis puertas  
saben mejor su cuidado.

JUL. Confiada pienso que eres;  
los discretos no lo están.

LAU. Cuando los hombres se van,  
Julia, con otras mujeres,  
es cuando son estimados;  
porque en siendo aborrecidos,  
inhábiles y perdidos  
los dejan gustos pasados.  
Cuando a este juego de amor  
ganan, darán de barato  
alguna traición al trato,  
que causa el mucho favor.  
Mas, dejados y celosos,  
andar en gustos ajenos,  
no lo creas; que, a lo menos,  
son remedios muy costosos  
y que los hacen volver  
con más amor al pasado.

JUL. Una cosa he deseado  
saber, aunque soy mujer:  
cómo lo pasan mejor  
con nuevo amor las mujeres,  
si, por lo que tú refieres,  
vuelven al pasado amor  
los hombres enamorados  
desde los gustos ajenos.

LAU. Porque han de ser, por lo menos,  
los que han de tener cuidados  
de regalar y querer,  
de fingir y hacer amores:  
y esto de comprar favores  
los hace, Julia, volver.  
Una mujer, aunque está  
de otro gusto enamorada,  
mejor pasa regalada  
del que la entretiene y da.  
Porque ella no ha de obligarse  
a fingir, querer ni dar,  
y para dejarse amar  
cualquiera puede esforzarse.

JUL. Sutil materia, y tan cierta  
que no hay que contradecir.

(Sale MARÍN.)

MAR. Si albricias debo pedir,  
su alteza queda a la puerta.

(Salen FELISARDO REY y URBANO.)

LAU. A buen tiempo.

FEL. Laura mía.

LAU. Señor.

MAR. Qué presto subió.

LAU. El mía agradezco yo,  
que el Laura ya le tenía;  
que en decir vos que soy vuestra  
me hacéis el mayor favor.

FEL. Para mí, Laura, el mayor  
es el que tu amor me muestra.  
Todo este reino de Hungría  
y el mundo, de mar a mar,  
no puede, Laura, igualar  
a decir tú que eres mía.  
La gloria de mis pasados,  
sus hazañas y memorias  
y las presentes victorias,  
laureles tan bien ganados,  
de bajaes de Albania  
que me intentan molestar,  
no puede, Laura, igualar  
a decir tú que eres mía.  
Los tesoros de la tierra  
de que es un reino capaz,  
poseídos en la paz  
o ganados en la guerra;  
la romana monarquía,  
que es el supremo lugar,  
no puede, Laura, igualar  
a decir tú que eres mía.  
Pero lo cierto, mi bien,  
es que me precio de vuestro.

MAR. Qué bien habla.

JUL. Dulce y diestro.

MAR. El paga mal y habla bien.

LAU. Los imperios de la tierra,  
regalos, diamantes, oro,  
todo el inmenso tesoro  
que el indio remoto encierra;  
el único señorío,  
del mundo, el mayor valor,  
no igualan, Rey, mi señor,  
a decir vos que sois mío.  
La adorada majestad,  
la paz que engendra abundancia,  
la hermosura, la elegancia,  
la salud, la verde edad;  
mandar desde el Norte frío  
hasta el más adusto ardor  
no iguala, Rey, mi señor,  
a decir vos que sois mío.

La más segura quietud  
del que no teme ni espera  
el tener la envidia fiera  
a los pies de la virtud;  
gozar el libre albedrío,  
que es el tesoro mayor,  
no iguala, Rey, mi señor,  
a decir vos que sois mío.

MAR. Todas estas, Julia, son  
muy finas borracheras;  
yo veo que aquestos días  
como la misma ración

Pudriase un hombre honrado  
de un tapiz donde miraba  
un cazador que tiraba  
un arcabuz a un venado;  
de que siempre que venía  
a su casa y le miraba  
nunca el tiro ejecutaba  
ni el venado se movía.

Tanto, que de puro enfado  
los tapices, que vendió,  
a unos damascos trocó,  
y dijo muy descansado:  
«Vayan los dos noramala,  
el uno a nunca tirar  
y el otro a esperar y dar  
pesadumbre en otra sala.»

Ves aquí, Julia, el tapiz;  
el Rey, hablando sin dar  
muestra que quiere tirar  
a nuestra queda perdiz.

Pues si todo para en gala,  
ni ella vuela ni el la tira,  
ya se cansa quien los mira;  
enfaden en otra sala.

JUL. Cierto que tienes razón,  
y que conozco que tiene  
más dicha mujer que viene  
a más humilde afición.

El Rey es sol que desmaya;  
no hay mirar su resplandor.

MAR. ¿Quién dirá, Julia, a un señor:  
«yo le menester una saya»?

¡Oh, bien hayan los amores  
de por acá, el pan por pan  
y el vino por vino!

JUL. Están  
en pámpanos los favores.

Deja tú que determine  
saltarse un día el poder,  
que todos hemos de ser  
Príncipes.

MAR. Dios lo encamine.  
Que hasta agora Laura come  
su olla y su asado, y yo  
mi pan y catorce.

JUL. Dió  
en callar.

MAR. Pues hable y tome.  
Que a quien se puede culpar  
es a una mujer que pela  
a un pollo a pura cautela,  
que a un águila no es pelar.

Las plumas tiene sobradas  
este pájaro real;  
pele y pida ¡pesiatal!;  
juegue oros, deje espadas.

Quieren los grandes señores  
que les pidan, y aquí están  
las causas porque ellos dan  
a bufones y habladores.

No verás que dan a un sabio,  
y es porque calla, en efeto.

JUL. Luego el callar es discreto.

MAR. No, Julia, en el propio agravio.

LAU. Vino, señor, como digo,  
un Otavio, criado vuestro,  
con Roberto.

FEL. A los dos nuestro  
amor.

LAU. Hablaron conmigo.  
En razón deste soldado  
que contra el turco pelea  
por serviros, y desea  
verse de algún cargo honrado.

La carta es esta, señor,  
que en esa mano real  
servirá de memorial.

FEL. Yo le haré todo favor.

MAR. Mirad qué coronelía  
o qué bastón se le suelta.

FEL. Yo voy al campo, y de vuelta  
te vendré a ver, Laura mía.

Queda con Dios.

LAU. Aunque Urbano  
es muy fiel y discreto,  
que me huelgo te prometo  
de que pasen por la mano  
de Lucindo nuestras cosas.  
Mándale que venga acá.

FEL. Yo lo haré.

JUL. Ya el Rey se va.

MAR. Parecemos mariposas,  
que a todos ciega su luz.

JUL. Queda se está la perdiz.

- MAR. O vendamos el tapiz  
o dispare el arcabuz.
- FEL. Urbano.
- URB. Señor.
- FEL. ¿Qué es esto  
de querer Laura que aquí  
venga Lucindo?
- URB. De mí  
no se sirve tanto en esto.  
Dél se debe de agraviar.
- FEL. Cuidado llevo.
- URB. Es gallardo  
Lucindo.
- FEL. Ya me acobardo  
y me arrepiento de amar.  
Si habla me habla en él  
tan sin propósito, Urbano.
- URB. Mira que te escucha.
- FEL. En vano,  
por Dios, me recelo dél;  
que él es leal y ella adora  
mi pensamiento.
- URB. Es ansí,  
Mas déjame el cargo a mí  
para saber desde agora  
lo que hay en este secreto.
- FEL. Vamos, que me está mirando.
- URB. La envidia me va mostrando  
causa de un notable efeto.  
*(Vanse los dos y sale CLARINDO.)*
- CLA. Desde que el Rey está aquí  
tengo escondida una dama  
que quiere hablarte.
- LAU. Pues llama  
la dama, y que me hable di.  
¿Es persona de importancia?
- CLA. En una silla ha venido,  
instrumento sin ruido  
y de sorda consonancia.  
Dijo un celoso amador,  
que destas sillas se enfada,  
que eran vainas de la espada  
con que se mata el honor.
- LAU. Mejor dijera recelo,  
que el interés sin deshonra  
pone esta silla a la honra  
para no corrella en pelo.  
Pero yo no soy galán,  
quitada está la sospecha.  
Sale LEONIDA.
- CLA. Ya viene.
- LEO. Dadme las manos.
- LAU. Dadme, señora, las vuestras.
- LEO. Suspensa he quedado en ver  
vuestra mucha gentileza;  
tanto, que me he desmayado,  
bellísima Laura, en verla.
- LAU. Pues sentaos, que no es razón  
que en verme se desvanezca  
cabeza tan bien tocada.
- LEO. No es mi mal de la cabeza.
- LAU. En confusión me habéis puesto.
- LEO. Mandad que se salgan fuera  
estos criados.
- LAU. Hacéis  
estas sospechas más ciertas.  
¡Hola!, allá fuera salid.
- MAR. ¿Quién será aquesta Belerma  
que nos echa de la sala?
- CLA. Como viene aquí su alteza,  
será alguna impertinente  
que la querrá hacer tercera  
de alguna negociación.
- MAR. Pues muy buen despacho lleva,  
porque el Rey regala a Laura;  
que, como tú sabes, ruedan,  
Clarindo, por estas salas  
los diamantes y las perlas.
- LAU. Ya estamos solas; decid.
- LEO. Leonida soy, Laura bella;  
de Otavio hermana.
- LAU. Conozco  
a Otavio, y mucho me pesa  
de no os haber conocido;  
que por vuestra fama y prendas  
fuera yo muy vuestra amiga.
- LEO. Yo soy servidora vuestra.  
Días ha que quise hablaros,  
y aunque una celosa pena  
me hizo fuerza, venció  
vuestro respeto su fuerza.  
Ya, Laura, no puedo más.  
¿Lágrimas?
- LAU. ¿Lágrimas?
- LEO. Que me entenezca  
no os admiréis; que estas cosas  
la vida, el alma me cuestan.
- LAU. Sólo con nombrarme celos  
las disculpo, y no quisiera  
ser yo la causa, Leonida,  
por todo el bien de la tierra.  
El Rey ha entrado en mi casa  
con voluntad tan honesta,  
que ha venido a persuadirme  
y a tener por cosa cierta  
que son imágenes sacras



y espíritu, donde apenas  
hay corteza material;  
aquí tan compuesto llega,  
que ya es dueño desta casa;  
pues si de otra suerte fuera,  
me saliera desta corte.

LEO. Yo no tengo del Rey queja;  
pues si es por disimular,  
ya es tarde.

LAU. Yo no dijera  
cosa a la verdad contraria.  
Digo que viene su alteza  
sólo a entretenerse aquí.

LEO. Digo que no sé si entra  
su alteza en aquesta casa,  
ni me importa cuándo sea  
para que disimuléis.

LAU. ¿Yo, cómo?; que la nobleza  
de vuestro hermano me obliga  
a no pensar menos prendas.

LEO. Pues mucho menores son,  
y que vuestro gusto precia  
más que al Rey, porque no hay otro  
mayor donde el gusto reina.

LAU. No os entiendo.

LEO. ¿Tanto olvido?  
Pues Lucindo no se queja  
de olvidado, que se alaba  
de que os olvida y desprecia.

LAU. ¿Lucindo?

LEO. ¿Pues tan de espacio  
le nombráis?

LAU. No os lo parezca;  
que en verdad que os ha engañado  
por daros celos.

LEO. Si fuera  
verdad os diera estos ojos.

LAU. Guardadlos, por vida vuestra,  
para matar a Lucindo  
y para que espejos sean  
del mismo sol que los mira.

LEO. Mejor que cegaran fuera  
ojos que no saben darme  
más que lágrimas y penas.

LAU. ¿Ha mucho que conocéis  
a Lucindo, o es muy nueva  
esta afición?

LEO. Ha tres años.

LAU. Tres años; mentira es esa.

LEO. ¡Pluguiera a Dios!; aunque hay días  
que de visitarme deja;  
que deben de ser, por dicha,  
los que a visitaros entra.

Yo estaba ya descuidada  
y de mis celos tan ciega  
que papeles y retratos,  
cintas, memorias y prendas  
había hecho mil pedazos;  
y es tan falso, que a mi puerta  
llegó puede haber seis noches  
y con la voz de sirena  
me dijo: «Leonida mía,  
abre a Lucindo, que llega  
desengañado de Laura  
a conocer tu firmeza.  
Celos de un cierto Roberto,  
que dicen que te pasea,  
discreto, galán y rico,  
me hicieron servirla y verla».  
Para desapasionarme  
quise, Laura, hacerme fuerza  
y no pude; que el amor,  
aunque mostraba tibieza  
en la cara de Lucindo,  
le daba con las centellas.  
Abríle; ya soy su amiga.  
Mas anoche, ¡ay Dios, qué pena!  
no me vió como solía;  
sin duda vino a tus rejas;  
entretuvístele, Laura.  
Yo moriré; mas no seas  
cruel, pues tienes un rey;  
porque harás que el Rey lo sepa;  
que con celos hablaré  
al Rey y al cielo.

LAU. No creas,  
Leonida, que estuvo aquí;  
que si llegara a estas puertas,  
creo que a darle de palos  
de sus quicios se cayeran.  
Mujeres tiene la corte  
donde mejor se entretenga;  
que yo, señora Leonida,  
no pienso que soy de aquellas  
que entretienen los galanes

(Levántese LAURA.)

de otras.

LEO. Si hablé descompuesta,  
que me perdonéis os ruego;  
que amor a quien celos ciegan  
es un caballo feroz  
que corre sin freno y riendas.  
LAU. No tengo yo pesadumbre,  
Leonida, aunque lo parezca,  
en cosas que no me importan.

Antes mi deseo os ruega  
que seamos muy amigas.  
LEO. Esclava seré yo vuestra  
si me dejáis a Lucindo,  
que tantas penas me cuesta.  
LAU. Si sabéis que el Rey me estima  
y que Lucindo se queja  
tened por ciertos los toros.  
LEO. Dios os guarde.  
LAU. Julia, Estela.  
(Sale JULIA.)  
¡Hola!  
JUL. Señora.  
LAU. A Clarindo  
y Fabio, con diligencia,  
presto, para que acompañen  
esta señora.  
LEO. Eso fuera  
destruirme, porque puede  
verme Lucindo.  
LAU. No sea.  
(Váyase LEONIDA.)  
JUL. ¿Qué tenemos?  
LAU. Celos.  
JUL. ¿Celos  
de quién?  
LAU. De Lucindo son.  
JUL. De Lucindo, ¿a qué ocasión?  
LAU. No sé, válganme los cielos.  
JUL. ¿No te dije que temía  
que se quisiese vengar?  
LAU. Que no hay suerte sin azar...  
JUL. Pues, en fin, ¿qué te quería?  
LAU. Pedirme que le dejase  
a Lucindo, pues me quiere  
el Rey; por Lucindo muere,  
Julia, porque yo me abraza.  
JUL. ¿Eso dices?  
LAU. Entretanto  
que pensé que aquel traidor  
lloraba de puro amor,  
no supe que amaba tanto.  
Mas ya que aquesta mujer  
dice que ha vuelto a su casa,  
el alma en celos me abraza,  
que infiernos deben de ser.  
No hay cosa que no acobarden;  
celos son del seso dueños,  
y unos infiernos pequeños  
adonde las almas adoran.  
¡Ay de mí, que me ha dejado  
loca! Veneno me dió.

(Sale MARÍN.)  
MAR. Aquí Lucindo llegó.  
LAU. ¿Quién?  
MAR. Lucindo.  
LAU. Hasme alterado:  
saltos me da el corazón.  
JUL. ¡Buena los celos te han puesto!  
LAU. Aguarda, no entre tan presto;  
pasará la turbación.  
MAR. ¿Cómo toma la venida  
de Lucindo mi señora?  
JUL. ¡Ay, Marín!, cómo le adora.  
MAR. ¿Por tu vida?  
JUL. Por tu vida.  
MAR. ¿Esas eran las bravatas?  
JUL. Hay celitos de hoy acá.  
MAR. Haz cuenta, Julia, que está  
en el río y sin zapatas.  
JUL. ¿No ves cómo está aguardando  
que pase la turbación?  
MAR. Las telas del corazón  
vide a Juana estar lavando.  
LAU. ¡Oh, amor, yo me voy a pique;  
muerta soy, celos me han dado!  
(Asocarradamente.)  
¡Válame Dios, que he llegado  
a que un Rey no me despique!  
Yo me he de morir pensando  
que otro se estaba muriendo.  
MAR. Iba a decirle riendo,  
y díjele suspirando.  
LAU. Bien nos llamaron ingratas  
y locas a las mujeres.  
MAR. Si estás loca y si te mueres,  
di, Juana, ¿por qué me matas?  
(Sale CLARINDO.)  
CLA. Lucindo, en la primer sala,  
que más adentro solía,  
dice que verte querría.  
LAU. Pues idos vos noramala.  
CLA. Para ti dice que trae  
un recado de su alteza.  
LAU. Yo me muero de tristeza;  
nadie en mi tristeza cae.  
Aguarda, Clarindo, un poco.  
CLA. Dice que se volverá  
si estás ocupada.  
LAU. Está  
libre; ya me tiene en poco.  
Triste, ¿qué tengo de hacer?  
(Sale el ESCUDERO.)  
ESC. Señora, Lucindo espera



LUC. de la señora Leonida.  
 ¿Qué Leonida?

LAU. ¡Bien, a fe!  
 Una de perlas y de oro,  
 más carmesí que un clavel,  
 más que una mosqueta blanca,  
 más sabia que un ajedrez,  
 que aquí me ha desafiado,  
 celosa, necia. Ahora bien;  
 vete con Dios, que esta casa  
 y cuanto en ella se ve  
 y no se ve, que es el alma,  
 y sus potencias también,  
 es de Felisardo, un hombre,  
 Rey por sangre, a toda ley;  
 ángel por tallo; Alejandro  
 por dar.

LUC. Su reino te dé,  
 que a mí no se me da nada;  
 porque luego que mudé  
 el pensamiento en Leonida  
 dije: ¡oh, plega a Dios que estén  
 el Rey y Laura mil años  
 como en las aguas el pez,  
 como en los aires el ave  
 y en tierra fresca el laurel!  
 ¿Mándasme otra cosa?

LAU. No.  
 Antes a amor rogaré  
 que estén Lucindo y Leonida  
 por siempre jamás amén,  
 como está el Rey en su casa,  
 en su tienda el mercader,  
 el labrador en su trillo  
 y en su distrito el juez.  
 ¿Mandas otra cosa?

LUC. No.

LAU. Pues di, Laura, ¿para qué  
 dijiste al Rey me enviase  
 a tu casa?

LAU. Para ver  
 la necesidad que había hecho  
 en quererte, y el Argel  
 de donde el alma salía.

LUC. ¿Y qué te parece?

LAU. Hallé  
 que debía de estar loca.

LUC. ¡Oh, qué gracioso desdén,  
 a no cogerme en los brazos  
 de un ángel!

LAU. ¿Ángel o qué?  
 Mira si es ángel caído  
 o de los que están en pie.

LUC. ¿Risa, Laura? ¡Vive Dios,  
 que te abrasas.

LAU. Bueno, ¿quién  
 le ha dicho que yo me abraso?

LUC. ¿No sabes que soy mujer?

LUC. No importa, que el corazón  
 por los ojos se te ve.

LAU. ¡Vive Dios, que estás llorando!

LAU. Bueno, ¿se me echa de ver?  
 Pues no vuelva acá en su vida.  
 ¿Oye?; porque no le dé  
 pena el verme llorar tanto.

LUC. Adiós, mi reina.

LAU. Hago bien.  
*(Vase LUCINDO.)*

MAR. Feos habemos quedado.

JUL. Bravo presente.

LAU. Pensé  
 que el Rey mostraba este día  
 la cifra de su poder,  
 y viene este mentecato  
 por lo menos a traer  
 un baúl de necesidades.

LAU. ¡Hola!; el coche.

JUL. ¿Para qué?

LAU. Para ir al campo, que quiero  
 desenfadarme.

JUL. Harás bien.

LAU. Muerta voy; celos, tenedme,  
 o aquesta noche me iré  
 a los brazos de Lucindo.  
*(Váyase LAURA.)*

MAR. Rey Mago es aqueste Rey.

JUL. ¿Cómo?

MAR. ¿No los ves pintados  
 con una copa, en Belén,  
 sin soltalla de la mano?

JUL. Bien dices, Rey Mago es.  
*(Vanse y salen ROBERTO y OTAVIO.)*

ROB.  
 Belleza ofrece el campo.

OTA.  
 Entre estas fuentes  
 quise, Roberto, hablaros en secreto,  
 que de mis ojos han estado ausentes.

ROB.  
 Alguna gran desdicha me prometo.  
 Competidores que no son valientes,  
 para dar a su infame envidia efeto,

vengarse suelen en papeles tales  
que infaman las mujeres principales.

Algo le han dicho a Otavio de su hermana.

OTA.

En fin, Roberto, aquella carta ha sido  
veneno para mí.

ROB.

Cosa inhumana,  
si veneno en la carta habéis traído.

OTA.

La carta, no, que la beldad tirana  
de Laura, a quien la he dado, me ha rendido;  
aquí se funda todo mi secreto.

ROB.

Cuidado me pusistes, os prometo.

OTA.

¿Podré servir a Laura?

ROB.

Es imposible.

OTA.

¿Por qué?

ROB.

Porque es del Rey servida Laura,  
con que queda su fuerza inaccesible;  
no pierda el tiempo amor que mal restaura.

OTA.

¿Viste cosa más bella y apacible?  
¿Qué céfiro jamás moviendo el aura  
de su aliento odorífero ha tocado  
tal mosqueta en jardín, tal rosa en prado?

ROB.

Otavio, amor en los principios tierno  
puede ser resistido fácilmente,  
que si llega a crecer parece eterno,  
porque remedio ni favor consiente.  
El gusto a la razón rinde el gobierno,  
y como el gusto a gobernar se siente;  
que república fué tan mal regida,  
pensé que me tratara de Leonida.

(Salen LAURA, con manto, y JULIA.)

LAU. Si no saliera a dar voces  
a estos campos, Julia amiga,

matárame la fatiga,  
que de mis celos conoces.

Lleguémonos a estas fuentes;  
veré en ellas si soy yo  
a quien Lucindo engañó.  
Ni te pares ni te sientes,  
que los dos que están allí  
son de Leonida el hermano  
y el galán que piensa en vano  
que adora en él.

LAU.

¡Ay de mí!

¿De modo que este Roberto  
quiere a Leonida?

JUL.

La adora.

LAU.

¿Cómo podré, Julia, agora  
hacer algún desconcierto?

JUL.

¿Qué es lo que quieres hacer?

LAU.

Tápate y déjame a mí.

JUL.

Mira, señora, por ti.

(Tapada, LAURA.)

LAU.

Julia, déjame perder.

¡Ah, hidalgo!

OTA.

¿Llamáisme?

LAU.

No.

OTA.

¿Pues a quién?

LAU.

A vuestro amigo.

ROB.

¿En qué os sirvo?

LAU.

Si al testigo

no le conociera yo,  
más descubierta os hablara.  
Templad la furia a Leonida,  
vuestra dama, que, atrevida,  
poco en vuestro honor repara.

Hoy me ha venido a pedir  
de Lucindo bravos celos.  
Vos mentís.

ROB.

LAU.

Saben los cielos  
que no he sabido mentir,  
aunque he nacido mujer,  
que no todas mienten.

ROB.

Yo

conozco a Lucindo.

LAU.

Dió

Lucindo agora en querer  
a Laura después que ha sido  
el Rey su galán de Laura.

ROB.

Muy bien Lucindo restaura  
lo que con Laura ha perdido.

¿Sois Laura?

LAU.

Yo soy quien soy  
y sé que os digo verdad  
por haceros amistad.

ROB. Muy obligado os estoy.  
Lucindo es mi amigo, y sé  
que si esa traición me ha hecho  
tengo su alma en mi pecho  
y yo me la sacaré.  
Vamos, Otavio, de aquí.

OTA. ¿Qué es esto?

ROB. Allá lo sabréis.

OTA. ¿Qué os han dicho?

ROB. Que podéis  
tener lástima de mí.

JUL. ¿Qué has hecho?

LAU. ¿Ya no lo ves?

Dar ocasión que éste mate  
a Lucindo.

JUL. Disparate.

LAU. Celosa estoy, no lo es.  
¿Has visto alguna celosa  
cuerda?

JUL. Muchas que lo son,  
hasta llegar la ocasión  
tienen la venganza ociosa.

(Salen LEONIDA y CELIA con mantos.)

LEO. Con cuidado de Roberto  
al campo, Celia, salí.

CEL. ¿Pues qué ha de hacer por aquí?

LEO. Intentar algún concierto.

JUL. ¡Ay, señora!; aquella es  
Leonida.

LEO. ¿No es Laura aquélla?

CEL. Deseosa estoy de vella.

LEO. Tapóse.

CEL. Tápate pues.

LEO. Darle quiero más pesar  
del que esta tarde le di.

CEL. ¿Pues conoceráte?

LEO. Sí.

LAU. Leonida me viene a hablar.

JUL. Buenas hablaréis tapadas,  
máscara parecerá.

LAU. Dos a dos, y el campo está  
solo; hoy quedamos vengadas.

¿Qué manda vuesa merced?

LEO. Un hombre vengo a buscar.

LAU. ¿Pues dónde le piensa hallar?

LEO. Bien puede hacerme merced  
de dármele, que sospecho  
que en el pecho lo tendrá.

LAU. Si es Lucindo no cabrá,  
que está Roberto en el pecho.

LEO. ¿De cuándo acá se ha vengado  
ella?

LAU. Agora vino aquí  
y me dijo que por mí,  
pero díjolo turbado,  
a Leonida dejaría,  
porque con Laura era fea  
ella.

LEO. Querrá que lo crea,  
y miente, por vida mía.

LAU. ¿Y si le muestro una prenda?

LEO. ¿A ver?

LAU. No le quiero dar  
ese gusto.

LEO. Si mostrar  
prendas pretende que en prenda  
de Lucindo le dará  
los papeles que ella escribe  
a Lucindo, porque vive  
Lucindo donde yo sé.

LAU. Yo soy de un rey.

LEO. También yo,  
que todas somos del Rey,  
que nos sujetó la ley  
con que Dios rey le crió.

Pero ella será, sospecho,  
bien burlada y yo tendré  
a mi Lucindo.

LAU. Yo sé  
que está Roberto en mi pecho.

LEO. Este es público lugar;  
retírese un poco allí,  
veamos si me habla así.

LAU. ¿Luego no la puedo hablar?

LEO. Sígame.

LAU. Ya voy tras ella.

CEL. ¿Y ella qué dice?

JUL. Que voy  
tras ella, porque yo soy  
mejor que su ama y que ella.

CEL. Acábase desta vez.

JUL. Pues bájese a la campaña.

CEL. Estuche tengo picaña.

JUL. Yo tengo en las uñas diez.

CEL. Pues ven.

JUL. Mirad quién me llama  
picaña.

CEL. Y de bajo estilo.

JUL. Espera, daréme un filo  
en los celos de mi ama.

ACTO TERCERO

(*Salen ROBERTO y LUCINDO.*)

LUC. ¿Para qué me habéis traído al campo?

ROB. Ahora os diré mi intento.

LUC. Pienso que fué de mis agravios nacido, y ese pensamiento vuestro de mi pensamiento hurtado.

ROB. Yo estoy de vos agraviado, como en los indicios nuestro, y espántome que digáis que también lo estáis de mí, si no es, Lucindo, que así de mi agravio os desculpáis.

LUC. Aunque fuera bien temer, no el sacar con vos la espada, mas a la amistad pasada tan injusto agravio hacer, no soy hombre que la culpa en el campo disculpara, pues sé que mejor hallara en la espada la disculpa.

Y si vos me habéis traído por agravios donde estoy, agora veréis que soy el que está más ofendido.

ROB. ¿Vos de mí?

LUC. ¿Pues no es ofensa que a Laura solicitéis?

ROB. ¿Yo a Laura?

LUC. Gracia tenéis.

ROB. Miente Laura si lo piensa.

LUC. Ella se alaba que vos la requebráis y buscáis hasta en el campo.

ROB. ¿Vos dais crédito a un ángel, por Dios?

Porque no debe de haber mujer de mayor enredo.

LUC. Hablad, Roberto, más quedo de tan principal mujer.

ROB. Digo que miente cualquiera que dijere que la quiero.

LUC. Tan honrado caballero ¿se arroja desmanera?

ROB. Celos no hay mal que no intenten.

LUC. Matarémonos los dos.

ROB. No digo que mentís vos, sino que los celos mienten.

Mas, ¿cómo disculparéis

el haber ido Leonida tan loca y tan atrevida, Lucindo, como sabéis, a pedir celos a Laura?

LUC. ¿De quién? ¿De vos o de mí?

ROB. De vos.

LUC. ¿De mí celos?

ROB. Sí.

Agravio que no restaura la justa satisfacción menos que en el mismo acero. La razón deciros quiero de esos celos.

ROB. No hay razón, sino desnudar la espada.

LUC. El haberme aquí traído ocasión bastante ha sido contra la amistad pasada; y advertid que solamente traigo el jubón.

ROB. Yo mi agravio.

(*Saquen las espadas, y sale OTAVIO.*)

OTA. Aquí están.

LUC. Este es Otavio.

ROB. Por su honor forzosamente nos cumple disimular.

OTA. ¿Qué es esto? ¿Los dos amigos mayores como enemigos aquí se intentan matar?

ROB. ¿Matar? ¿Quién os ha engañado?

OTA. ¿Pues qué hacéis de aqueste modo?

ROB. Lucindo es diestro, y yo y todo estoy algo confiado.

Paseándonos aquí de las armas se trató, y esto le enseñaba yo. Alzad la espada.

LUC. Es así.

Y yo también le enseñaba aquello poco que sé, que alguna vez lo enseñé a quien ocasión me daba.

ROB. De las dos posturas es la más noble y la más cierta uñas abajo.

LUC. ¿Por qué?

ROB. Porque la espada sustenta con mayor descanso el brazo; que los nervios menos fuerza uñas arriba tendrán.

LUC. Los músculos que sustentan el brazo, menor la tienen

siendo su acción con violencia.

ROB. Esta es la causa por donde cuando damos golpe en ella la espada le derribamos al contrario.

OTA. ¡Quién dijera que no estábades riñendo!

LUC. De que lo penséis me pesa.

ROB. Al nacimiento del brazo menos trabajo le cuesta.

LUC. Más fuerza tienen allí los músculos y las cuerdas.

ROB. No teniendo libertad el brazo, es cosa muy cierta que cualquier golpe le quita la espada, y aquesta treta vemos en los luchadores; que si con toda su fuerza uno da una vuelta al otro, como al acabar la vuelta toda la fuerza acabó, si el otro vuelve sobre ella fácilmente le derriba.

¿Y qué más segura prueba que aguardar que un toro esté de su movimiento fuera, digo, algún pie levantado, en fin, postura violenta? Pues si el caballero entonces la lanza o rejón le llega, fácilmente le derriba.

LUC. En fin, Roberto, que queda por conclusión que la espada uñas abajo es más cierta postura.

ROB. Y más descansada, de más fuerza y más firmeza.

LUC. Con eso, envaino la mía hasta que mejor se entienda mi razón.

ROB. No hay más razón que la verdad que profesan los hombres de calidad.

OTA. Dejemos esas quimeras; que tratando ciertos sabios en el Liceo de Grecia de los contrarios de amor, uno dijo que el ausencia, otro el agravio y así los celos o las sospechas. Y Aristipo dijo: «Yo no sé que mayor le tenga que la porfía.»

ROB. Es verdad, que de cosas muy pequeñas la porfía ha levantado grandes y civiles guerras, rompiendo, a veces sin causa, amistades muy estrechas, como lo pudieran ser, si tú, Otavio, no vinieras, la de Lucindo y la mía.

LUC. Mejor es que estén suspensas hasta saber la verdad.

ROB. En fin, desá suerte queda.

LUC. ¿Pues cómo pudiera ser volvernos de otra manera?

OTA. Id delante, que, por Dios, que me habéis dado sospecha.

(Al entrarse.)

No voy contento de entrambos.

ROB. Los celos mal se contentan.

(Salen el REY y UBRANO.)

FEL. Con adorar, como sabes, a Laura, de risa muero.

URB. Esto dijo su escudero.

FEL. Que dos mujeres tan graves hiciesen tal desatino, y que, en fin, en cosa cierta que Laura tan descubierta en un campo, en un camino pida de Lucindo celos, que adore Laura a Lucindo, por los cielos, que me rindo; más dije mal por los cielos, que por los celos dijera mejor.

URB. Aunque me has tenido por su contrario, no he sido su contrario; que si fuera de su privanza envidioso, ocasión se me ofrecía para que desde este día te fuera Lucindo odioso; y aun por ventura le hicieras matar.

FEL. Conozco tu pecho. Mas, ¿cómo estás satisfecho, ya que disculparle esperas, de que culpa no ha tenido?

URB. Yo te diré todo el cuento si me das oído atento.

FEL. Ya te doy atento oído.

URB. Cuando, invicto Felisardo, acabando de salir



de aquellas fiestas que fueron  
tan ásperas para ti,  
a Lucindo le enseñaste  
a Laura, Laura gentil,  
más hermosa que el laurel,  
mas no tan diestra en huir,  
Lucindo había dos años  
que andaba fuera de sí  
y en Laura y Laura en Lucindo;  
mas por no darlo a sentir  
o porque tú no dijese  
que se pudo presumir  
que habiéndosela enseñado  
la buscaba para sí,  
fué de acuerdo de los dos  
dejarse Laura servir  
de un Rey y morir Lucindo,  
pues ha llegado a morir.  
Laura te amaba contenta,  
que hay dignas partes en ti;  
mas heridas sobre falso  
curan y matan al fin.  
Apenas Lucindo quiso,  
cierta Leonida, que aquí  
tiene fama, y con razón,  
de bien hablar y escribir,  
cuando Laura descubrió  
en la ceniza sutil  
del amor, pasado el fuego,  
que mal se puede encubrir.  
Leonida, hermana de Otavio,  
que todo se ha de decir,  
también amaba a Roberto,  
que a Lucindo era fingir.  
por amartelar a Laura.  
Laura por venganza vil,  
dijo que amaba a Roberto;  
salieron al campo, en fin,  
dos amas y dos criadas,  
no para volverle abril,  
sino un abrasado agosto;  
y presumiendo teñir  
lo verde con roja sangre,  
Laura como un paladín  
y Leonida como un Marte.  
Para esta amazona lid  
dió su ribera el Danubio,  
sus ninfas sacando allí  
por ventanas de cristal  
frentes de blaco marfil.  
Para entrar al desafío  
sirvió de valla el tapiz  
de una murta y de trompetas

las aves en un jardín.  
Hubo al principio palabras  
mayores hasta el mentís,  
que es piedra imán de las manos  
ligera como un neblí.  
Laura cerró con Leonida,  
que como a tierna perdiz  
pensó deshacer a Laura,  
donde el prestado jazmín  
volvió otra vez a los dedos  
y al comprado carmesí.  
Julia dió a Celia un bocado,  
sospecho que por Marín,  
que a no volvelle la cara  
le llevara la nariz.  
Llegaron los escuderos  
y dejaron de reñir  
volviéndose a sus dos coches,  
con que da la historia fin.

FEL.        ¡Ay de quien la escucha, Urbano!  
Mas yo tengo condición  
que sabida la traición  
será persuadirme en vano.  
Lucindo ha sido muy necio,  
pues pudiéndome avisar  
me ha dejado enamorar  
para tan bajo desprecio.  
Laura fué muy atrevida,  
y en Lucindo no es lealtad,  
sino fina necedad  
para quitarme la vida.

URB.        Habla quedo, que está aquí.

(Sale LUCINDO.)

FEL.        ¿Qué hay, Lucindo? ¿Cómo va?  
¿En qué ye entretienes ya  
que ha tiempo que no te vi?

LUC.        Unos caballos de España  
me han entretenido.

FEL.        ¿Quién  
los trajo?

LUC.        Albano.

FEL.        Está bien.

LUC.        Son de la orilla que baña  
aquel caudaloso río  
que llaman Guadalquivir.

FEL.        ¿Carrera?

LUC.        Brava.

FEL.        ¿Color?

LUC.        El uno es bayo, señor;  
pero puede competir  
con los del sol en el oro;  
el otro es rucio dorado.

FEL. Dinero te habrán costado.  
 LUC. Pídemle Albano un tesoro.  
 FEL. Pagarlos quiero por ti.  
 LUC. Beso tus manos vil veces.  
 FEL. Niñerías encareces.  
 LUC. Para tus grandezas, sí.  
 FEL. ¿Qué hay de Laura?  
 LUC. No lo sé.

FEL. ¿No ves a Laura?  
 LUC. Yo no.  
 FEL. ¿No te lo mandé?  
 LUC. Si yo sé que Urbano a verla fué,  
 bien debo de estar excusado.

FEL. Parte y di a Laura que luego voy a verla y que le ruego que agradezca mi cuidado.

LUC. ¿Pues es contigo cruel?

FEL. ¿Eso ignoras?

LUC. Eso ignoro.

FEL. Pues es cuando más la adoro Laura para mí laurel.

Parte, y pues eres discreto, haz buen oficio por mí.

LUC. Mis ruegos, si adora en ti, serán de pequeño efeto.

Pero a lo que mandas voy.

(*Vase.*)

URB. ¿Por qué le envías allá?

FEL. Si por él perdida está y sé que gusto le doy, ¿no cumplo la obligación de mi amor?

URB. Fineza nueva en que a lo menos se prueba que has mudado de intención.

(*Sale ROBERTO.*)

ROB. Aquí están unos criados de Laura.

FEL. ¿De Laura?

ROB. Así lo dicen.

FEL. Que entren les di.

ROB. Algunos vienen cargados.

FEL. Entren los que no lo vienen.

(*MARÍN y CLARINDO y el ESCUDERO.*)

ROB. Ya están aquí.

CLA. Mi señora Laura, que esos pies adora, que el mundo por grañas tienen, te envía una niñería, señal de su grande amor.

FEL. ¿Niñería?

MAR. Sí, señor, que con tal nombre le envía.

Pienso que son seis docenas de camisas y otra ropa blanca, tales, que en Europa no las seca el sol tan buenas.

Doce vasos de cristal que servirles puede el oro de cajas, pues no hay tesoro a su estimación igual, y un mico que sabe hacer bandas en una almohadilla.

FEL. ¿Qué notable maravilla!

MAR. Y más cantar y tañer, y aun versos.

FEL. ¿Su ingenio abonas que ya en ese punto están?

MAR. Sí, señor, porque ya dan en hacer versos las monas.

FEL. Decidle que lo agradezco y que luego a verla voy.

MAR. Muy bueno, a fe de quien soy.

(*Váyase el REY, y URBANO y ROBERTO con él, después de alzarle el paño.*)

ESC. Yo tengo lo que merezco de haber venido cargado.

MAR. ¿Qué te parece, Clarindo?

CLA. Que pienso que de Lucindo debe de andar enojado, porque, ¿esta no era ocasión de darnos?

MAR. No te alborotes, que pues no nos dan azotes no pocas dádivas son.

CLA. ¿Hay tal manera de amores darle Laura a un Rey?

MAR. No sé, callemos, que siempre fué lo seguro entre señores.

Clarindo, con poderosos es la industria y la humildad, quien halla gracia y piedad en los casos peligrosos.

La zorra, el asno y león un día que a caza fueron sobre un prado la pusieron para hacer su partición.

Dijo el león al jumento: «Parte esa caza», y el bobo hizo tres partes del robo; dió la suya al león hambriento.

Viendo el león que le daba  
parte igual, agarró dél  
y dehízole cruel  
porque con él se igualaba.

Luego a la zorra miró  
y dijo: «Parte esa presa».  
La zorra tomó la presa  
más pequeñita que halló  
y dió al león lo demás,  
que le dijo: «¿Como has hecho  
tan a gusto de mi pecho  
partes, pues tanta me das?»

Respondió: «Mi habilidad  
y cauta naturaleza  
me enseñó que a tu grandeza  
rinda mi flaca humildad».

Por cuyas cuerdas razones  
me río yo de jumentos  
que igualan sus pensamientos  
a los soberbios leones.

CLA. Bien dice.

ESC. Tiene razón.

MAR. Poned la mano en la boca  
y a tres voces, pues nos toca,  
digamos todos chitón.

(Salen JULIA, LAURA y LEONIDA.)

LAU. Mucho agradezco, Leonida,  
que me hayáis venido a ver.

LEO. Laura, yo tengo de ser  
tu esclava toda mi vida;  
que ya estoy desengañada  
que no quieres a Roberto.

LAU. Y yo he sabido el concierto  
que hiciste, Leonida amada,  
con Lucindo para darme  
celos, y no se engañó,  
pues por ellos vine yo  
a perderme y abrasarme.

LEO. ¿De suerte que ya sin miedo  
puedo a Roberto querer?

LAU. ¿Y yo a Lucindo tener  
sin miedo celoso puedo?

LEO. Seguramente podrás;  
no quiero sus amistades  
con tantas dificultades.

LAU. Pues no dudes que tendrás  
pacífica posesión  
de Roberto en casamiento  
con un concierto.

LEO. Mi intento  
se funda en esa razón.  
¿Pero qué concierto quieres?

LAU. Que te quedes en mi casa  
mientras de Lucindo pasa  
la historia que me refieres.

Que bien sabes que mis celos  
si no es teniéndote aquí  
no han de sosegar en mí  
la causa ni los desvelos.

Si eres la espada, Leonida,  
con que me quiere matar,  
¿qué golpe me puede dar  
mientras se la tengo asida?

Vive aquí, vive conmigo,  
que yo haré que el Rey te case  
con Roberto.

LEO. Cuando pase  
más adelante contigo

Lucindo en darte pesar,  
yo haré que no te le dé.

LAU. Amor es tretas.

LEO. Bien sé  
que sabe amor engañar.

JUL.

Marín, Clarindo y tu escudero vienen  
de dar al Rey, señora, tu presente.

LEO.

¿Has enviado al Rey algún regalo?

LAU.

Yo te prometo que aunque fué pobreza,  
que fué extremo de aseo y de limpieza;  
hicelo de consejo de mi gente  
por ver si despertaba su grandeza;  
que desde que aquí viene y de su alteza  
tantas razones oigo enamoradas  
no se ha visto una flor de mano suya.

LEO.

Que ninguna merced, Laura, te ha hecho,  
pues no es lo que pensamos dese modo,  
sino que su poder, el reino todo,  
debajo estaba de tus pies.

LAU.

El vulgo  
juzga muy diferente de los Príncipes  
de lo que es la verdad.

LEO.

¿Que no te ha dado  
ninguna cosa el Rey?

LAU.

Ninguna cosa,  
por vida de Lucindo. ¡Ay, Dios!, ¿qué dije?

LEO.

Por vida de Lucindo.

LAU.

Vaya; el alma  
debió de hablar; por juramento pase,  
pues ya te he confesado que le adoro.

(Salen MARÍN, CLARINDO y el ESCUDERO.)

MAR.

No hay casa donde quepa este tesoro.

CLA.

Compre un palacio mi señora Laura.

ESC.

Bien despachados esta vez venimos.

LAU.

¿Qué tenemos, Marín?

MAR.

Que juntos fuimos  
y que los pies besamos a su alteza  
con el presente, y que en habiendo oído  
lo que en aquellos cofres le enviabas  
respondió dos palabras solamente,  
dejando los presentes y el presente.

LAU.

Es Rey, en fin. Pero ¿qué dijo?

MAR.

Dijo:  
«Yo lo agradezco e iré a ver a Laura.»

LAU.

¿Es posible, Clarindo, que esto dijo?

CLA.

No ha dicho más ni menos una sílaba  
de la verdad Marín.

LEO.

Advierte, Laura,  
que los señores quieren que les pidan;  
pide, que muchas veces no se acuerdan  
de las obligaciones y servicios  
ocupados en cosas del gobierno.

JUL.

Leonida dice bien; pide, señora,  
pide, pues sabes que tu gusto adora;  
pide, que no es amor solas palabras.

MAR.

Dice Julia muy bien, señora mía.  
Pide, pide, que un cierto cortesano  
halló la causa porque muchas veces  
no daban los señores.

LAU.

¿Qué decía?

MAR.

Que no dar los señores consistía  
en que como jamás les falta nada,  
no piensan en las faltas de los otros.

LEO.

Los príncipes que dan, a Dios parecen,  
que para sí no quiere lo que tiene,  
pues todo lo reparte entre los hombres.

MAR.

Ansí es verdad, pues que criando el trigo  
ni lo guarda ni vende en ocasiones,  
ni el oro ni la plata de las minas  
atesora en arcones y oficinas;  
mas Dios es Dios.

LAU.

Volviendo a nuestra historia,  
decís todos que pida.

CLA.

Ten memoria  
de nosotros siquiera; pide agora,  
si no lo quieres para ti, señora,  
para la gente pobre de tu casa;  
tú la mano del Rey has hecho escasa  
con quererte igualar a su grandeza;  
desprecio de un señor es no pedirle,  
y es clara la razón.

LAU.

¿De qué manera?

CLA.

Porque el que no le pide se le iguala  
y que es menos confiesa el que le pide.

LEO.

Dice verdad Clarindo, que pidiendo  
damos aquel valor al que pedimos  
y a decir nuestras faltas nos rendimos.

ESC.

Pide, señora Laura; que pues llevo  
con estos años a decir que pidas,  
no es para mí, que para ti lo quiero;  
seré de tus escudos escudero.

LAU.  
Palabra os doy a todos de pedille.

LEO.  
Lucindo es éste, Laura; no me vea.

LAU.  
Escóndete, Leonida, por tu vida,  
que le quiero dar vaya de mis celos.

LEO.  
Allí me aparto.

LAU.  
Amor me mata, ¡ay, cielos!  
(Sale LUCINDO.)

LUC.  
Como si el Rey no tuviera,  
señora Laura, criados  
más mozos para recados  
de amor, quiso que yo fuera  
quien de su parte os dijera  
que os tiene el que ya sabéis  
y que luego le veréis  
venir a reconocer,  
porque quiere agradeceros  
lo mucho que le queréis.

Con gusto vine, por cierto,  
por daros el parabién  
de que queriéndole bien  
queráis también a Roberto;  
pienso que me hubiera muerto  
por Leonida cuando menos;  
si los galanes ajenos  
hacéis vuestros, es error;  
que os dirá, burlando, amor,  
«estimaos, ojos serenos.»

Tened a gloria y ventura  
que os quiera y estime un rey;  
que la estimación es ley  
que ha de guardar la hermosura.  
Con esto la lumbre pura  
con que como el sol cegáis,  
en lo que vos la estimáis  
que la estimemos haréis,  
pues más valor le daréis  
que si a cuantos veis os dais.

LAU.  
Lindo prólogo de entrarme  
con un recado del Rey.  
¿Es también de servir ley  
dar recados y enfadarme?

LUC.  
No debéis, Laura, culparme;  
con los ojos hablo.

LAU.  
¿Y dais  
en infamarlos?

LUC.  
Estáis  
tan necios, ojos serenos,  
que os digo que valdréis menos  
mientras más dueños tengáis.

LAU.  
Yo tengo un dueño que adoro.

LUC.  
¿Quién, Laura?

LAU.  
El Rey, que es mi vida.

LUC.  
Y yo tengo una Leonida  
que es mi luz, gloria y tesoro.

LAU.  
Con el debido decoro,  
mentís, que en bienes ajenos  
no hay posesión.

LUC.  
Si tan llenos,  
ojos, de dueños estáis,  
cuando penséis que matáis  
seréis tenidos en menos.

Yo mi bien tengo en Leonida.

LAU.  
¿Qué Leonida?

LUC.  
La que oís.

LAU.  
Digo otra vez que mentís,  
pues fué la traza fingida.

LUC.  
Yo quiero más que a mi vida  
a Leonida y ella a mí.

LAU.  
Si tengo a Leonida aquí,  
que la verdad me ha contado.  
Mira que estás abrasado  
y que me burlo de ti.

LUC.  
¿Yo abrasado?

LAU.  
Loco y ciego.

LUC.  
Sin ti vivo.

LAU.  
Que hace al caso  
¡ay que me quemó y me abrasó!  
¿cómo no tocan a fuego?

LUC.  
¿Donaires?

LAU.  
Voime, que luego  
vendrá aquí su majestad.

(Acometa a irse.)

LUC.  
¿Ah, Laura, Laura?: es verdad  
que fué engaño el de Leonida;  
¡Laura, Laura de mi vida,  
ten de Lucindo piedad!

(Téngala)

LAU.  
Ya es tarde, ya no hay remedio.

LUC.  
Pues en la muerte le habrá.

LAU.  
¿Mataráste?

LUC.  
Claro está,  
no dando a mi vida un medio.

LAU.  
Estando el Rey de por medio,  
¿cómo?

LUC.  
¿Qué gran necio he sido  
en decir que te he querido!  
Pero yo lo enmendaré.

JUL. El Rey, señora.  
 LAU. ¿Qué haré?  
*(Sale el REY FELISARDO y URBANO.)*  
 FEL. A mal tiempo hemos venido  
 URB. Disimula.  
 FEL. Laura mía,  
 ¿qué haces?  
 LAU. Rey, mi señor  
 aquí hablaba con Lucindo;  
 vuestro recado me dió  
 y dábale la respuesta.  
 FEL. Vos me la daréis mejor,  
 pues que yo vengo por ella.  
 LAU. Pues dadme un rato atención.  
 Vos entrastes, señor mío,  
 no mereciéndolo yo,  
 en esta casa vencido,  
 vos lo decís, de afición,  
 desde las fiestas de Augusta,  
 adonde me honrastes vos  
 con tenerme a vuestros pies;  
 que con buen pie comencé  
 mi dicha para teneros  
 por mi luz, como lo soís;  
 es verdad que honestamente,  
 con limpia conversación,  
 sin exceder el deseo  
 los límites del honor.  
 Pero aunque vos no tengáis  
 otra alguna pretensión,  
 se espantan los que lo saben  
 de que no me hagáis favor;  
 que aunque me favorecéis  
 con mostrarme tanto amor,  
 obras, señor, son amores,  
 que buenas razones, no.  
 Yo os pedí para mi primo  
 alguna satisfacción;  
 en los cargos militares  
 de los años que os sirvió  
 no le distes cosa alguna,  
 ni a Otavio, que señaló  
 su persona en mil empresas  
 contra el bárbaro feroz.  
 Mis criados se han quejado,  
 y quéjanse con razón,  
 de estar de noche despiertos  
 para escuchar vuestra voz,  
 de quereros y serviros;  
 que puesto que vuestros son,  
 el amor que los tenéis  
 bastaba a darles valor;

obras, señor, son amores,  
 que buenas razones, no.  
 No hay en toda aquesta casa  
 de vuestra mano una flor  
 para esperanzas del fruto  
 e indicio del galardón.  
 Quejosos estamos todos;  
 porque es justa presunción  
 que los que no dan no aman;  
 mirad el ejemplo en Dios.  
 Creedme que estoy corrida,  
 y no porque me movió  
 interés para quereros;  
 más porque hablando los dos  
 en cosas de amor, jamás  
 obras el vuestro mostró;  
 que obras, señor, son amores,  
 que buenas razones, no.

FEL. Laura, los que quieren dar,  
 como es justo a quien yo soy,  
 para que iguale al poder  
 han de aguardar la ocasión.  
 Esa espero; yo te juro  
 por esos ojos, que son  
 los cielos que me dan luz  
 y pudieran darla al sol,  
 de darte de una vez sola  
 lo que nunca imaginó  
 tu pensamiento que diera  
 rey: poder, gusto y amor.  
 Tú le verás en mis obras,  
 pues como me dices hoy  
 está el amor, Laura, en ellas,  
 que en buenas razones, no.  
 LAU. Beso mil veces tus pies.  
 LUC. Esto a su punto llegó;  
 el Rey quiere darse a sí  
 ¡qué loca y ciega afición!  
 Ahora bien, tengan remedio  
 mis celos y mi temor;  
 El ausencia lo ha de hacer,  
 ya determinado estoy.

Señor.

FEL.

¿Qué quieres?

LUC.

Nunca me he atrevido  
 a decirte un favor que he deseado,  
 o porque la ocasión no se ha ofrecido  
 o por estar de mí desconfiado.  
 Mil nobles de la corte se han partido  
 sabiendo que Píalí, de nuevo armado,

molesta tus fronteras; yo querría  
ir a servirte, obligación tan mía;  
dame licencia, pues es justo.

FEL.

Ahora  
no es bien que vayas.

LUC.

Alcanzad licencia  
para que vaya, Laura mi señora.

FEL.

Si ella lo pide hará a mi amor violencia.

LUC.

Señora, dadme honor, que el noble adora,  
que no pienso volver a la presencia  
vuestra sin mil esclavos, y yo entre ellos,  
que ya los son de vuestros ojos bellos.

LAU.

Dadle, señor, licencia.

FEL.

Porque gusta  
Laura la doy; pero ha de ser primero  
volviendo a verme.

LUC.

Verte es cosa justa.

FEL.

Darte unas cartas y algún cargo quiero.  
Adiós, Laura.

(*Váyase el REY.*)

LAU.

La cosa más injusta  
has hecho, fementido caballero,  
que pudo hacer ingrato.

LUC.

¿Qué me quieres?  
¿Qué luna os mueve el alma a las mujeres?

LAU.

¡Ay, Lucindo!; no sé; bien has oído  
que dije al Rey que fué su amor honesto;  
siempre pensé que fueras mi marido;  
tú tienes culpa, tú eres causa desto.

LUC.

¿Pues no me tienes, Laura, aborrecido?  
Agora que a partirme estoy dispuesto,  
¿me detienes con voces amorosas?

LAU.

Las airadas, mi bien, fueron celosas.  
Yo te adoro, Lucindo; no te vayas.

LUC.

¿Cómo puedo dejar, Laura enemiga,  
de ver aquesta vez del mar las playas?

LAU.

Finge una enfermedad, mi amor te obliga.

LUC.

Con el honor no hay burlas; si desmayas  
mi valor, Laura, harás que hasta el Rey diga  
que soy cobarde.

LAU.

Si es venganza, advierte  
que hasta agora he sabido tener suerte.

LUC.

Laura, pienso que el Rey quiere cegarse  
a hacer algún extraño casamiento;  
yo no he de verlo; que esto no es vengarse,  
sino estorbar mi loco perdimiento.  
Aquí dió fin mi amor sin acabarse  
y comenzó sin comenzar mi intento  
de olvidarme de ti, que eternamente  
puedo volverte a ver

LAU.

Mi bien, detente;  
Por estos ojos que adorar solías,  
que te duelan sus lágrimas.

LUC.

No puedo.

LAU.

Pues bien pudieras tú cuando querías.

LUC.

¿Perder quieres a un Rey?

LAU.

Sin vida quedo.  
Declarad mi dolor, pasiones mías;  
hablad, que ya podéis hablar sin miedo.

LUC.

Yo me rindo a mi honor.

LAU.

Yo a amor me rindo.

LUC.

Adiós, querida Laura.

LAU.

Adiós, Lucindo.

*(Salen el REY y URBANO.)*

FEL. Ya me has entendido, Urbano.

URB. Bien he entendido, señor  
lo que me has dicho.FEL. Es amor  
del alma un dulce tirano.Un deseo, o desvarío,  
que arrastrando la razón  
toma la jurisdicción  
que dió el cielo al albedrío.Entra en esa cuadra luego  
y lo que te diga aguarda.

URB. No será menester guarda.

FEL. Para mí sí, que estoy ciego.

URB. Allí espero para hacer  
lo que mandas.

FEL. Ten cuidado.

URB. No pequeño me le ha dado  
no saber lo que ha de ser.*(Vase.)*

FEL.

Amor, ¿con qué te curas? Con olvido.

¿Y adónde está el olvido? En resolverse.

¿Quién se ha de resolver? Quien quiere verse  
libre de la prisión en que ha vivido.

Yo quiero no querer. Principio ha sido,

¿En qué está ejecutarlo? En atreverse.

¿Cómo será? Queriendo disponerse.

Dispuesto estoy. Pues quedará vencido.

Puesto que amor la voluntad incline  
a la parte del gusto donde quiere,  
no puede ser, por más que desatine.Que quien quiso querer y amando muere,  
como el entendimiento determine,  
no pueda no querer cuando quisiere.*(Salen ROBERTO y OTAVIO.)*ROB. Ya, señor, te traigo aquí  
a Otavio.FEL. Mucho me agravio  
de que me sirvas, Otavio,  
y que te escondas de mí.Los soldados que han servido  
con tu valor, ¿qué tercero  
han menester?OTA. No prefiero  
servicios, aunque lo han sido,  
al deseo y voluntad.  
A Laura, señor, hacía  
memorial.

FEL.

Siempre en la mía  
tiene lugar la lealtad.¿Qué le daremos a Otavio,  
Roberto?

ROB.

El me dijo a mí  
que a Laura, y yo respondí  
que era en pretenderla sabio;  
que un soldado como él  
pide con razón la gloria  
de Laura, pues tal victoria  
es digna de tal laurel.

FEL.

Laura, Otavio, está guardada  
para más alta ocasión;  
que tales laureles son  
de guerra más levantada.Muy buen gusto habéis tenido;  
quedaos con este favor  
y siendo gobernador  
de Belgrado.

OTA.

Esos piés pido,  
y si ha sido atrevimiento  
en ellos pido perdón.*(Sale LUCINDO de camino.)*

LUC.

Amorosa pretensión,  
hoy murió mi pensamiento.Dad al ausencia lugar,  
pues está el remedio en ella;  
que aunque os quiera, Laura bella,  
no la habéis de ver casar.Aquí está el Rey. Ya, señor,  
vengo a ver lo que mandáis,  
pues que licencia me dais,  
justo premio de mi amor

para que os sirva en la guerra.

FEL.

Seas, Lucindo, bien venido.

LUC.

Si hasta agora no he servido,  
cobarde, en la propia tierra,  
de aquí adelante veréis  
lo que valgo por la extraña  
con alguna ilustre hazaña,  
por quien el laurel me deis  
que me ha quitado la paz.

FEL.

Yo creo de tu deseo  
que del más noble trofeo  
te hará la guerra capaz  
y ese laurel que has perdido  
tendrás, Lucindo, guardado;  
que quien parte con cuidado  
la mitad lleva servido.Entra en aquel aposento,  
adonde a Urbano hallarás,  
y lo que él dijere harás,



LUC.            con que entenderás mi intento.  
Voy a servirte. ¿Qué es esto?  
¿Qué confusión y temor?  
Mas quizá el Rey mi señor,  
a hacerme merced dispuesto,  
honrar quiere mi camino.  
Al absoluto poder  
el callar y obedecer  
llaman consejo divino.

(Vase LUCINDO.)

FEL.            Vamos a ver, caballeros,  
a Laura.

(Vase el REY.)

ROB.            ¿Qué es esto, Otavio?

OTA.            Roberto, el callar es sabio  
en los peligros más fieros.

ROB.            ¿No te dije yo que había  
en Laura un grande secreto?

OTA.            No fui en pedirla discreto.

ROB.            No es necio el que no porfía.

(Váyanse, y salgan LAURA y LEONIDA.)

LEO.            Pésame de verte así.

LAU.            Siento de suerte el ausencia  
de Lucindo, que mil vidas  
corrieran peligro en ella.  
No sé qué de ostentación,  
de ambición y de soberbia  
de los amores del Rey  
me trajo engañada y ciega.  
Mas la verdad es que adoro  
a Lucindo y que me cuesta  
el Rey, por soberbia mía,  
del alma la mejor prenda.  
LEO.            Nunca has estado más loca  
que en presumir que no pueda  
la gallardía del Rey  
y las partes que pudieran  
levantar un hombre humilde  
a la mayor excelencia  
quitarte del pensamiento  
un hombre que de la guerra  
ya no puede volver bien,  
porque si no muere en ella  
a manos de tantos turcos,  
por la fama que desea,  
ha de venir olvidado,  
porque los celos que lleva  
le han de incitar a venganza.

(Sale JULIA.)

JUL.            En una carroza llega  
en aqueste punto el Rey.

LAU.            Pésame que el Rey me vea  
tan llorosa y desabrida.

(Salen MARÍN, CLARINDO, ROBERTO, OTAVIO y el REY.)

LEO.            Háblale bien, no seas necia.

MAR.            Aquí mi señora está.

FEL.            ¡Oh, Laura!

LAU.            Houráis de manera,  
señor, esta humilde casa,  
que no hay humildades nuevas  
para tan nuevos favores.  
Leonida los pies os besa.

LEO.            ¿Quién es?

LEO.            Hermana de Otavio,  
a vuestro servicio.

LAU.            Sepa  
vuestra alteza que le quiero  
pedir.

FEL.            Huélgame que sea,  
Laura, Leonida el principio.

LAU.            De las bodas que concierta  
con Roberto has de ser hoy  
padrino.

FEL.            Y para que sean  
con más grandeza, a Leonida  
doy título de condesa.

LAU.            Gracias a Dios, gran señor,  
que a hacernos merced comienzas.

FEL.            Laura, tú me has advertido:  
tú me dices, Laura bella,  
que las obras son amores,  
y hoy quiero yo que se vea  
que esa sentencia es verdad.  
Hola, aquea caja metan  
con aquea pabellón,  
con más decencia cubierta.

Sale URBANO con un pabellón de seda, que basta para  
significar la caja.

URB.            Aquí está, señor, la caja.

FEL.            Pues, Laura, hoy quiero que veas  
que las obras son amores,  
y si el dar grandes riquezas  
es digna demostración,  
las mayores que deseas  
te traigo en aquesta caja.

LAU.            Señor, aunque venga llena  
de rubíes de Ceylán,  
de diamantes de las sierras  
de Ofir, del oro de Tibar,  
de los brocados de Persia  
y las perlas de Cubagna,  
rubíes, diamantes, perlas,

oro y brocados no son  
lo que es razón que se entienda  
por obras de los amores.

FEL. ¿Pues qué quieres tú que sean  
los servicios? ¿personales?  
Que en esta edad dar la hacienda  
no sé si es más que la vida.

LAU. El amor sólo desea  
amor, la correspondencia;  
cuáles han de ser las obras  
soberanamente enseña.

FEL. Pues si te doy eso mismo,  
¿qué quieres, Laura, que tenga  
mayor valor? Ahora bien,  
haced que Laura lo vea.

*(Quiten el pabellón y descábrase LUCINDO.)*

LAU. ¿Qué es esto?

FEL. Lucindo es.  
Que así quiero yo que sepas  
que las obras son amores  
con tan costosa experiencia.  
Aquí te doy en Lucindo  
rubies, diamantes, perlas,  
oro, brocado y aun almas;  
mira si mayor grandeza  
se ha contado de Alejandro.

LAU. ¿Dásmele vivo?

FEL. No fuera  
grandeza dártelo muerto,  
sino venganza y bajeza.  
Habla, Lucindo.

LUC. Señor,  
desde que tú a Laura bella  
quisiste, los cielos saben  
mi lealtad, haciendo fuerza

al alma con que la adoro,  
y que el partirme a la guerra  
era por no te ofender,  
era por morir en ella.  
Tu hechura soy, haz de mí  
tu gusto, di lo que ordenas  
de mi vida.

FEL. Que te cases  
con Laura, desde hoy Duquesa  
de Arles.

LUC. A tu grandeza  
nuevas coronas añades.

LAU. De Alejandro no se cuenta,  
aunque tu grandeza iguala  
una hazaña tan discreta.

MAR. Ya que has comenzado a dar  
que dicen que el dar es vena  
que no da si no se pica,  
Marín que le des te ruega  
a Julia.

FEL. Tenga Marín  
seis mil ducados de renta.

CLA. ¿Y Clarindo, gran señor,  
si se casase con Celia?

FEL. Para igualaros la sangre,  
los mismos quiero que tenga.

MAR. Bofetones nos ha hecho.

LAU. Aquí acaba la comedia  
de las *Obras son amores*,  
para serviros compuesta.

FEL. Y yo, en nombre de Belardo,  
os prometo seis tan bellas,  
como lo dirá la Pascua  
si aquí estamos la Cuaresma.

FIN

# COMEDIA FAMOSA

## LA OCASION PERDIDA

DE

### LOPE DE VEGA (1)

---

ROSAURA, *princesa*.  
LEONICIO.  
ARNALDO.  
FELICIANO.  
DON JUAN DE HARO.

PINABELO.  
ARMANDO.  
HONORIO.  
TAULFO, *caballero*.  
HERNANDILLO, *ladayo gracioso*.

DORICLEA, *dama*.  
EL REY DE LEÓN.  
BELARDO, *villano*.  
LUCINDA, *villana*.  
LORINDO, *villano* (2).

#### JORNADA PRIMERA

*(Sale la PRINCESA DE BRETAÑA, vestida algo corto, de casa, en brazos de dos CABALLEROS, haciendo ruido den ro, y voces.)*

DENTRO.

Poned delante las espadas.

OTRO.

¡Tente,

indómito caballo!

OTRO.

Cosa extraña,  
apenas el feroz bocado siente,  
que más que espuma argenta sangre baña (3).

OTRO.

Ataje entre esos árboles la gente.

OTRO.

Cayó la gran Princesa de Bretaña.

ROS.

¡Ay triste!

AR.

Aquí, señores.

LEO.

Ya ¿qué importa? (4)

Entrambos pies le desjarreta y corta.

(1) El manuscrito 17.230 de la Bib. Nacional tiene este encabezado: «De Lope de Vega, La famosa comedia de la ocasión perdida, Fignras.»

(2) El ms. pone además: Alabarderos, 3; El Almirante.

(3) Este verso, en el ms. dice: «más que si fuera una ligera caña»

(4)

*(Sacan a la PRINCESA en brazos.)*

AR.

¡Oh, maldito caballo!

LEO.

¡Oh, gran tragedia!

FEL.

¡Desdichado suceso!

ARN.

¡Fiero caso!

LEO.

Habladla. (1)

FEL.

¿De qué sirve?

ARN.

¿Qué remedia?

*(Sale PINABELO.)*

PIN.

Pasó el caballo el peligroso paso.

ARN.

¿Matástele?

PIN.

Bien creo que la media  
lanza le atravesé; que a ser Pegaso,  
no se me fuera por correr con (2) alas.

ARN.

Mi pensamiento a la venganza igualas.

(1) En el ms. «Habladla.»

(2) En id. «volar.»

¿Sentís (1), bella Rosaura?

ROS.

Estoy sin vida.

Echadme un poco en esa hierba.

AR.

Echadla (2).

ROS.

Dejadme descansar.

AR.

Nadie la impida.

FEL.

Cubridla.

ROS.

Apartaos todos.

ARN.

Pues dejadla,  
que a fatiga y dolor está rendida.

(*Desvíanse.*)

PIN.

Pasé con la cerviz la fuerte espalda  
y entre las crines tremolando el asta  
quiso correr, probó.

AR.

¡Soberbia casta!

PIN.

Pero a seis pasos quebrantó las tiernas  
flores del prado con el cuerpo altivo,  
debilitadas las nerviosas piernas.  
Y el hierro pareció por el estribo.

LEO.

Ya parece imposible que disciernas  
adónde hize el golpe ejecutivo;  
porque desde el codón hasta el copete  
en polvo (3) y sangre se revuelca y mete (4).

(1) En el ms. «Tente».

(2) En id. «Echalda». Siempre da esta forma a los verbos en casos parecidos.

(3) En el impreso, «pelo» por errata.

(4) Desde aquí el ms. intercala estos versos, no muy correctos.

ARN. ¡Oh, soberbio animal! ¡Pluguiera al cielo  
que nunca la gran madre te engendrara;  
ni heno diera el lusitano suelo  
ni en competencia con mi envidia entrara.  
Nunca pudo imitar del aire el vuelo  
ni el desnudo numida te domara

ARN.

La Princesa parece que descansa.

FEL.

Descanse, pues el sueño la ha vencido.

PIN.

Clara señal que el accidente amansa.

ARN.

Que la dejemos este rato os pido.

LEO.

Allí convida aquella fuente mansa  
al apacible son de su ruido,  
con los cristales que en la peñas cuelga.

FEL.

Por llegar a estas flores se descuelga.

ARN.

Sentémonos allí mientras que llama;  
tú la gente recoge, Pinabelo.

PIN.

Siguiendo fueron la ligera gama  
por quien nuestra Princesa mide el suelo.

ARN.

No falta causa a quien la caza infama.

LEO.

¿Qué ejercicio más noble tiene el suelo?

FEL.

Cuando sucede (1) bien, gran bien encierra.

ARN.

Bástale ser imagen de la guerra.

(*Entra DON JUAN DE HARO con tres CABALLEROS  
españoles, y de camino.*)

D. J. U. Aquí podéis descansar,  
que es insufrible la siesta.

o nunca dieras obediencia al freno  
ni imitaran tus pies de Jove el trueno.

Nunca sufrieras la gallarda silla  
del bridón alemán a cuya mano  
ni pie feroz, ni libertad se humilla,  
ni la vara al saltar napolitano;  
nunca midieras la arenosa orilla  
con el jinete bélico africano  
del Gibraltar para que al verte dieras  
envidia a las naciones extranjeras.

(1) En el impreso «sirve de» por errata.

CAB. 1.º Convida el fresco lugar.  
 CAB. 2.º Agradable fuente es esta.  
 CAB. 3.º Siempre lo fué el murmurar.  
 CAB. 1.º Bien dices, que murmurando  
 con acento dulce y blando  
 busca su primero dueño.  
 D. J U. Aunque no respondo al sueño  
 yo sé que me está llamando.  
 CAB. 2.º Duerme un poco, por tu vida,  
 que has madrugado, y es corta  
 la jornada, y la comida  
 fué larga.  
 D. J U. Pienso que importa  
 que sueño y descanso pida (1)  
 hasta besalla la mano  
 a Rosaura.  
 CAB. 2.º Hasta la corte  
 hay dos leguas.  
 D. J U. ¿Monte o llano?  
 CAB. 2.º ¿Qué puede haber que te importe  
 en llegar tarde o temprano?  
 Demás que se ha de leer  
 la carta del Rey aquí  
 de lo que habemos de hacer.  
 D. J U. La instrucción que me dió a mí  
 primero tengo de ver.  
*(Saca un papel y léele.)*  
 «Lo que ha de hacer don Juan de  
 Haro en esta jornada es lo siguiente:  
 Primeramente, caminar desde Lu-  
 na (2) a Vizcaya, sin decir su nombre  
 ni el de los caballeros que le acompa-  
 ñan; entrar en Francia, por San Juan  
 de Luz, y caminar a Bretaña con el  
 mismo secreto. Dos leguas antes de  
 la corte de la Princesa Rosaura, leer  
 la carta que lleva Armindo, delante  
 de Honorio y Taulfo, los cuales, obe-  
 deciendo lo que en ella viene, sin  
 exceder un punto de lo que mando,  
 volver a León con el mismo secreto.»

Esto dice la instrucción;  
 y si dos leguas estamos  
 de la corte, aquí es razón  
 que vuestra carta leamos.

CAB. 2.º Tomad.  
 D. J U. Casamientos son.  
 CAB. 1.º Así lo tengo pensado,

que el Rey le había enviado  
 por embajador.

CAB. 2.º Yo leo.  
 D. J U. Lee, que saber deseo  
 si en esto vengo engañado.  
 CAB. 2.º Ya rompo el sello real.

*(En abriendo la carta se admira.)* (1)

Caso extraño y desigual  
 de nuestra imaginación.  
 D. J U. ¿Cómo?  
 CAB. 2.º No hay más de un renglón,  
 y es del Rey.  
 D. J U. Temo algún mal.

*(Lee Segundo.)*

«Mata a don Juan de Haro.»  
 D. J U. ¿Qué dices?  
 CAB. 2.º Lo que has oído.  
 D. J U. Caballeros.  
 CAB. 3.º No hay reparo.

*(Meten mano todos.)*

CAB. 2.º Será el Rey obedecido.  
 D. J U. Que he de defenderme es claro.  
 La defensa es natural,  
 y aunque esa firma es real,  
 no le debéis obediencia,  
 porque es traición a inocencia,  
 y yo le he sido leal (2).  
 CAB. 2.º Que te defiendas o no,  
 hoy has de morir, don Juan.  
 D. J U. Que el Rey mi muerte escribió,  
 celos forzado le han,  
 que no el servirle yo.

Mirad que sois castellanos,  
 y que ensangrentar las manos  
 en mi lealtad, es traición  
 que infama nuestra nación.  
 CAB. 1.º Deja advertimientos vanos;  
 encomiéndate a quien puede  
 darte otra vida.

*(Levantase la Princesa.)*

Ros. ¡Ay de mí!  
 ¿Qué es aquesto?

(1) Esta acotación es del ms.

(2) En el ms. estos versos dicen:

Y aunque esa es firma real,  
 no debéis dalle obediencia,  
 porque en ausencia y presencia  
 siempre le he sido leal.

(1) En el ms. «impida».

(2) El ms. dice «León».

D. J U. Si el concede  
vida a mi inocencia, aquí  
con esta es justo que quede.

(Toma la PRINCESA un venablo que está allí.)

ROS. ¡Oh, villanos extranjeros!  
¿Sois salteadores?

CAB. 3.º ¿No ves  
tres caballeros?

ROS. ¡Oh, fieros!  
no fuéades uno a tres (1)  
si fuéades caballeros.  
¡Aquí, favor, gente, hola!  
¿En la nación española  
tan gran traición ha cabido?

(Entra ARNALDO.)

ARN. ¿Qué es esto?

ROS. Seas bien venido.  
aunque yo bastaba sola.

CAB. 2.º Huyamos.

ROS. Eso os conviene.

HON. ¡Qué gran padrino en el cielo,  
siempre la inocencia tiene!

ROS. Síguelos, Arnaldo.

ARN. Harélo.

CAB. 3.º Tal defensa de allá viene.

(Va tras ellos Arnaldo.)

D. J U. Si merezco que me des,  
señora, a besar tus pies,  
mi humildad y obligación  
dicen que es justa razón.

ROS. ¿Quién eres?

D. J U. Quien tuyo es.

ROS. Dime despacio, extranjero,  
tu calidad, patria y nombre.

D. J U. Sabré la tuya primero,  
para que después te asombre  
lo que referirte espero.

ROS. La Princesa de Bretaña  
soy.

D. J U. El alma nunca se engaña,  
que es sol que pasa el cristal (2)  
oiga tu alteza (3) real  
a un caballero de España.

Vizcaya me dió principio  
de su generosa sangre  
en lo mejor y más noble

de sus antiguos solares.  
Pidióme el Rey de León,  
siendo muchacho, a mis padres.  
Fuí de la Reina menino  
y fuí del Príncipe paje.  
Criéme con él, creciendo  
con la edad las amistades;  
que la crianza en los hombres  
es quien mejores (1) los hace.  
Desde las espadas negras  
hasta que, en años iguales,  
blancas las ceñimos juntos,  
para mi desdicha, un martes.  
Que ese día, de unos ojos,  
por cuyo Oriente el sol sale,  
fuí mirado atentamente,  
no porque yo los mirase.  
Que sabe Dios que no di,  
o que si miento él me falte,  
más ocasión que mis galas,  
con más brío que buen talle.  
La bella Infanta Armelinda,  
que ya parece que nacen  
las Infantas de León  
con desdichas semejantes,  
fué quien digo, y desde entonces,  
ciega, procura cegarme;  
que amor, como está desnudo,  
huye que le mire nadie.  
No tuve yo atrevimiento  
para igualarme a sus partes;  
que amor no quiere más honra  
que vivir con sus iguales.  
Honestamente me opuse  
a sus ojos celestiales  
para que no se perdiesen  
por alto mis humildades.  
Agradecí sus favores  
como a quien le dan que guarde  
alguna cosa preciada (2)  
que no es bien que la maltrate.  
Para que cuando Armelinda  
con su dueño se casase  
sus favores le pudiese  
volver tan buenos y tales.  
Bordé (3) cifras de su nombre  
en diversidad de trajes,  
y (4) medallas y cadenas  
con el blanco y rojo esmalte.

(1) El ms. «a uno, tres».

(2) En el impreso «oriental», por errata.

(3) El impreso dice «belleza».

(1) El ms. «mayor s».

(2) En el ms. «prestada».

(3) En el impreso «Verdes».

(4) En el impreso «ay»; en el ms. «en».

Saqué (1) en fiestas sus colores,  
cintas, bandas y plumajes;  
que prendas sin posesión  
todas se las lleva el aire.  
Mas como envidia y amor  
tan mal se encubran y callen,  
mi amor descubrió la envidia  
y yo a la envidia mis males.  
Heredó el Príncipe el reino,  
dijéronle que quitase  
la ocasión de un mal suceso,  
contándole ejemplos grandes.  
Amábame el Rey entonces,  
y para no disgustarme  
envióme a la frontera  
de Navarra contra Tarfe.  
Conocí los envidiosos,  
y en pajizos tafetanes,  
entre dos manos asidas,  
puse por la envidia un áspid.  
Tomé licencia y partí  
de la ciudad una tarde,  
llevando mil bendiciones  
y mil sus piros de un ángel.  
Apenas dió por su esfera  
vuelta el sol del Pez al Aries,  
cuando por León entré  
con un victorioso alarde.  
Dobló su amor Armelinda  
obligada de mirarme  
o como a Escipión en Roma  
o como en Grecia Alejandre.  
Dobló la envidia su fuerza,  
y las personas más graves  
le aconsejaron al Rey  
que me prendiese o matase.  
El, por no perder honor  
en pública muerte o cárcel,  
aparte me llama un día  
y, alegre, me dice aparte:  
Que quiere tomar estado  
y está dispuesto a casarse;  
que es gran desdicha en los reyes  
que la sucesión les falte.  
Que parta luego a Bretaña,  
y para que me acompañen  
me dió aquellos tres que viste,  
traidores y principales.  
No me dió licencia el Rey  
para que luego le hablase,  
mas una carta a los tres

que abriesen dos leguas antes  
que llegasen a tu corte,  
por que luego ejecutasen  
lo que hallasen por su firma.

Ros.

¿Y qué escribió?

D. Ju.

Que me maten.

Obedecieron al Rey,  
siendo a la traición leales,  
hasta que tú, gran señora,  
con tu venablo llegaste  
por que te deba la vida  
y porque es justo que guarde  
un ángel a un inocente.  
Mi historia es esta.

Ros.

Es notable.

(*Entra ARNALDO con HERNANDILLO, lacayo gracioso de DON JUAN, atado.*)

ARN.

Huyeron de manera aquellos hombres  
que se me han escondido entre los árboles,  
que no ha sido posible dar con ellos;  
pero saliendo hasta el real (1) camino  
este traidor hallé, que traigo atado,  
porque pienso que es dellos.

Ros.

Bien has hecho.

D. Ju.

¿Hernandillo?

HER.

Señor de mis entrañas,  
dame esos pies, y para que te abrace  
manda que me desaten estas manos.

D. Ju.

Dé licencia, señora, Vuestra Alteza,  
que Hernando es mi criado y es honrado.

Ros.

Arnaldo, desatalde.

ARN.

Y yo le fío,  
que es como un César.

D. Ju.

Es de la Montaña,  
criéle yo en mi casa desde niño.

HER.

No me atara las manos Aristóteles,

(1) En el impreso «Lo que». En el ms. «Saqué».

(1) En el ms. «saliendo fuera hasta el».

con todo su poder, a no decirme  
ríndete a la Princesa de Bretaña.  
Renóme, porque vienes a decirla  
que venga a ser nuestra ama si ella quiere;  
que si no, por el hijo de mi madre,  
que apretara la espada en estos puños  
como cuando la carta San Alejo.

D. JU.

Mira que estás delante de su Alteza.

HER.

¡Oh, seráfica Reina, oh Reina intrínseca,  
perdona este lacayo inadvertido  
y dale a Hernando, aunque se juzgue (1) indigno,  
para besar tus mantecosas manos,  
que yo las volveré (2) luego que toquen  
esta boca obligada a tu alabanza!

ROS.

Estimo tu donaire.

HER.

Favor súpito;  
digo que tal palabra, y de tal Reina,  
mi blasón ha de ser de aquí adelante,  
y así en el campo rojo de tu boca  
de hoy más serán mis armas tus donaires.

D. JU.

No puedo, aunque delante de su Alteza,  
dejar, Arnaldo noble, de abrazaros;  
déboos la vida, y si jurar es lícito,  
por la de la Princesa, mi señora,  
juro de ser hasta la muerte vuestro;  
ayudaros en todo caso de armas,  
ser enemigo de quien vos lo fuéredes  
y de los vuestros solamente amigo.

ARN.

Decidme vuestro nombre.

D. JU.

Don Juan de Haro,  
noble español, que basta vizcaíno.

ARN.

Don Juan, vuestra persona y vestra pena  
me han obligado a amaros y a serviros,  
y así, os suplico que aceptéis mi casa  
el tiempo que viváis en nuestra corte,  
donde sabré despacio este suceso

(1) En el ms. «muestre».

(2) Así en los textos; pero deberá decir «lavaré».

y os serviré cuanto mi amor me pide,  
y en fe de esta verdad vuelvo a abrazaros.

ROS.

Id, Arnaldo, juntando vuestra gente;  
dad orden de que parta y dadle luego  
a don Juan un caballo de los míos.

D. JU.

Beso tus pies.

HER.

Señor, ¿qué ha sido esto?

D. JU.

Presto sabrás, Hernando, mis desdichas;  
matarme manda el Rey y lo ejecutan  
mis deudos.

HER.

¡Ah traidores!

D. JU.

Y lo hicieran  
si Rosaura y Arnaldo no vinieran.

(*Vanse, y queda ROSAURA sola.*)

ROS.

Mucho parece este español sirena,  
pues hablando me mueve los sentidos,  
cuya agradable voz a mis oídos  
con dulce y regalado acento suena.

Así tiene a sus quejas Filomena  
los árboles y el viento suspendidos,  
y están los ojos del pastor dormidos,  
que de Mercurio al agua el curso enfrena (1).

Guardarme debo, amor, de tus enojos (2),  
y pues tan cerca el enemigo veo,  
seré griega huyendo y venciendo palma.

No sea este español para mis ojos  
sirena, ruiñeñor, Mercurio, Orfeo;  
que un dulce hablar es piedra imán del alma.

(*Vase y salen los tres CABALLEROS que vinieron con  
Don Juan.*)

HON. En fin, ¿fué Rosaura aquella?

CAB. 2.º Sí, que de cazar cansada

(1) En el ms. «cuando Mercurio el agua de su curso  
enfrena».

(2) En el ms. este verso y los tres siguientes están  
reemplazados por estos otros:

«Teudiste, Amor, la red ante mis ojos;  
amainaré las velas al deseo  
antes que la razón me deje en calma;  
huiré, niño rapaz, de tus enojos.»



tenía el sueño eclipsada  
de sus ojos la luz bella.

Que es (1) mujer tan varonil  
que nunca del monte sale  
siguiendo al ciervo, aunque iguale  
su curso al viento sutil.

O con el caballo fuerte  
hiriendo al fiero animal,  
por quien Venus celestial  
llora de Adonis la muerte.

CAB. 3.º Tal nueva se tiene allá  
de su famoso valor.

HON. Del Rey fué notable error  
querer castigarle acá.

CAB. 2.º No fué si saliera bien  
su empresa y nuestro cuidado.

CAB. 3.º Su ventura le ha guardado.

HON. Y su inocencia también.

CAB. 3.º Yo engañado vine aquí;  
nunca tal imaginé;  
que a saberlo allá, no sé  
si el Rey me obligara así.

Creí que estaba tratado  
de Rosaura el casamiento.

CAB. 2.º Que todos perdamos siento  
un amigo tan honrado,

tan noble, tan valeroso,  
tan amado, tan bienquisto.

HON. ¡Oh, envidia, cómo se ha visto  
tu proceder cauteloso!

Impides bienes ajenos;  
siempre humillas levantados,  
difamas muchos honrados  
y eclipsas cielos serenos.

Alteras los quietos mares,  
inquietas buenas conciencias,  
sacrificas inocencias  
en tus sangrientos altares.

Siempre a lo mejor te atreves,  
deshaces honestas famas,  
seguros lechos infamas,  
sangre de tu sangre bebes.

No hay traición que no encamines,  
no hay deslealtad que no esfuerces,  
reyes ciegas, cetros tuerces,  
mil nobles haces Caínes.

Nuestro deudo era don Juan,  
mas pues vive y se ha servido  
al Rey, más ventura ha sido,  
pues hoy entrambos lo están,  
el Rey con la ejecución

y don Juan con tal hazaña.

CAB. 1.º Volvamos, Honorio, a España,  
y sepa el Rey la ocasión  
de haber quedado con vida.

CAB. 3.º El cielo vuelve por él.

CAB. 2.º Clamó la sangre de Abel  
antes que fuese vertida.

(Vanse, y entra FELICIANO y DORICLEA, dama de la Princesa.)

DOR. ¿Venís bueno?

FEL. A tu servicio.

DOR. ¿Dónde queda la Princesa?

FEL. Cerca.

DOR. ¿Cómo?

FEL. Porque hoy cesa  
de la caza el ejercicio.

DOR. ¿Hay alguna novedad?

FEL. De un español un suceso  
que trajo e este monte espeso  
la envidia y la deslealtad.

Quisieronle dar la muerte  
sus amigos, y restaura  
u noble vida Rosaura,  
aron il, piadosa y fuerte.

Y admitiéndole a su amparo  
consigo le trae.

DOR. ¿Es hombre  
de valor?

FEL. ¿Pues no?

DOR. ¿Qué nombre?

FEL. Dijo que don Juan de Haro.

Esto es lo que pasa allá,  
dame tú cuenta de ti.

DOR. ¿Qué cuenta dará de sí  
quien tan rematada está?

Es la cuenta que he de darte  
que cuentan mis pensamientos  
de tu ausencia los momentos,  
que amor los momentos parte.

Y que del primer recibo  
tanto después he pagado,  
que si no estás obligado  
en notable engaño vivo.

FEL. Pienso, mi bien, que te pago,  
puesto que siempre te debo,  
para obligarme (1) de nuevo  
a las locuras que hago.

De mi primera pasión  
fué la causa tu hermosura;  
pero mi mayor locura

(1) En el texto «pues», en el ms. «que es».

(1) En el ms. «pero obligasme».

nació de tu obligación.

Un pájaro me retrato  
preso en tu amor, y así pruebo  
que fué tu hermosura el cebo  
y mi (1) prisión el buen trato.

Fueron tus ojos la liga,  
la jaula tu acógimiento,  
donde preso estoy contento  
y amor a cantar me obliga.

Así, los amantes son,  
ya contentos con sus grillos,  
retratos de pajarillos  
que cantan en la prisión.

DOR. Si como sabes decir  
sabes sentir, Feliciano,  
serás mi pájaro en mano  
y yo quien te pueda asir.

No hayas miedo que te deje  
por las águilas más altas,  
si no es que a quien eras faltas  
para que de ti me queje.

Y por que sepas mi celo  
y cuanto en mi pecho cabe,  
sabe que Rosaura sabe  
nuestro amor.

FEL. ¡Válgame el cielo!

¿Hásselo dicho?

DOR. Es mi dueño;

preguntóme la razón  
de mi desvelo a ocasión  
que me vió falta de sueño.

No se lo pude encubrir.

FEL. ¿Sábelo todo?

DOR. Es mujer;  
todo lo quiso saber.

FEL. Y tú mujer en decir.

¿Qué dirá?

DOR. No dirá naa.

Y yo la vi tan curiosa,  
que casi estuve celosa  
de una pregunta excusada.

No le dió el caso disgusto;  
antes anduvo tan clara,  
que me dijo que ella amara  
si hallara igual a su gusto.

Y que como pretendía  
tener marido a contento,  
dilataba el casamiento  
que su reino le pedía.

FEL. Que nos cause daño espero.

DOR. Calla, que quiere mirar

ya que no puede jugar,  
como tahir sin dinero.

Yo pienso en casos terribles  
valerme de su favor;  
porque sólo enoja amor  
a ignorantes y a insensibles (1).

FEL. Quiera el cielo, Doriclea,  
que todo suceda así.

DOR. ¿Sí viene?

FEL. Pienso que sí,  
que grande gente se apea.

(*Entran LEONCIO, PINABELO, ARNALDO, DON JUAN, HERNANDILLO, y otra gente, y la PRINCESA detrás; llega DORICLEA a besarle las manos, y arrimanse todos al lienzo del vestuario, descubiertos.*)

DOR. Venga tu alteza con bien,  
señora mía.

ROS. ¡Oh, amiga!

DOR. ¿Traes salud?

ROS. Eso te diga  
mi rostro airado.

DOR. ¿Con quién?

ROS. Conmigo.

DOR. ¿No vienes buena,  
pues que contigo estás mal?

ROS. Poco menos que mortal  
traigo en el alma una pena.

DOR. Descanse tu alteza un poco.

ROS. Ya no pienso descansar.

DOR. ¿Cómo?

ROS. Quiérenme matar.

DOR. ¿Quién?

ROS. Un pensamiento loco.

DOR. Siendo tuyo, ¿cómo en él  
pudo caber tal locura,  
si no es querer tu hermosura  
hurtar la fama a Luzbel?

ROS. Cuando hablaba el otro día  
en las cosas, Doriclea,  
de tu amor...

DOR. Cosa que sea,  
señora, la culpa mía.

ROS. Como es peste, y me tocaba  
tu anhélito con los ojos,  
o quien más de sus enojos,  
que es el alma, libre estaba.

He tocado de tal suerte,  
que en una blanda herida  
hizo una treta a mi vida  
con que la puso a la muerte.

(1) En el impreso «tu».

(1) En el impreso «imposibles».

No sé yo quién el ser niega  
a amor, Doriclea hermosa,  
enfermedad contagiosa,  
pues de visitar se pega.

Nunca me hablaras en él,  
pues tan mal agüero ha sido  
que lo menos que he perdido  
es toda el alma por él.

DOR. ¿Adónde, cómo o por quién  
ansí dices tanto mal?

¿Dónde halló tu alteza igual?  
¿Cómo y a quién quieres bien?

¿No salió libre de aquí,  
no fué a un monte y a una sierra  
adonde sólo se encierra  
el oso y el jabali?

La aspereza de las piedras  
¿la ha podido enternecer?

ROS. ¿Y entre ellas no pudo haber  
algunos olmos y yedras?

Vuelve al descuido los ojos  
a los que en la sala están  
y luego entre ellos verán  
la causa de mis enojos.

Porque es valor sin igual,  
y, por tu vida, que sea  
con discreción, Doriclea,  
no des a entender mi mal.

Vuelve poco a poco y velos,  
no te detenga el volver (1),  
que te morirás de ver (2)  
y me matarás de celos.

DOR. Entre los que allí se ven  
el Conde Arnaldo es persona  
que tu pensamiento abona;  
¿es él a quien quieres bien?

ROS. Gracia tienes.

DOR. No te enfades,  
que el Conde tiene valor  
para merecer tu amor.

ROS. Mas quiere amor humildades.

DOR. ¿Es Leoncio, por ventura?

ROS. Ciega estás.

DOR. Mándasme ver  
al descuido.

ROS. ¿Puede ser  
que se esconda luz tan pura?

DOR. Allí queda Pinabelo,  
pues no será Feliciano  
siendo ya caso tan llano  
que por su amor me desvelo.

ROS. ¿No hay un forastero allí?  
¿No dice allí un español  
a voces: «Yo soy el sol  
que abrasé un alma que vi?»  
¿Cómo estás ciega! ¿En qué dudas?  
¿Qué reparas? ¿Qué porfías?  
O negabas lo que vías  
o mi pensamiento anudas (1),  
o miras al español  
con los ojos deslumbrados,  
o viendo (2) tantos nublados,  
se te ha escondido mi sol.

DOR.

Buena presencia.  
¿Y que buena!

DOR.

Perdida estás.

ROS.

No lo niego;  
fuí mariposa en su fuego,  
preúdime (3) en su luz serena.

Más daño tengo que ves,  
más dolor que signífico.

DOR.

Ya, señora, no replico;  
que cuerda o que loca estás.

Sólo obedecerte quiero.  
¿Mas cómo quieres querer  
un sol que se ha de poner  
siendo en tu (4) cielo extranjero?

ROS.

Su Rey le mandó matar  
por celos que tuvo de él,  
de cuya muerte cruel  
le pude entonces librar.

Que fué una crueldad sin ley,  
y así, es fuerza que aquí viva  
y que mi amparo reciba  
contra el poder de su Rey.

Pues habiendo de vivir  
en mi tierra, algún remedio  
me dará amor.

DOR.

Sólo el medio  
de ser Tántalo en morir.

Que este hombre es desigual  
de quien eres, y es ser loca  
morir el agua a la boca  
y ver corriendo el cristal.

ROS.

Ya he pensado entretener  
mi pena con un engaño  
que mi honor encubre el daño  
que de amar puedo tener,  
y es que...

DOR.

¿De qué te suspendes?

(1) En el texto impreso «arrudas».

(2) En el impreso «habiendo».

(3) En el mismo «perdime».

(4) En idem «entre».

(1) En el ms. «valor».

(2) En el ms. «amor».

- ROS. Has de jurar, Doriclea,  
que cuando tu alma sea  
ese tu amor que pretendes,  
no le has de decir jamás  
lo que te quiero decir.
- DOR. De callar hasta morir  
juro tu vida, que es más.  
Fuera de que ¿quién osara  
perder tu gracia, señora?
- ROS. Pues oye mi intento agora,  
verás una invención rara.  
Tú has de fingirte perdida  
por don Juan, que este es su nombre.
- DOR. ¿Cómo, si soy de otro hombre  
para mujer pretendida?
- ROS. ¿Y no sabe una mujer  
engañar a un tiempo a dos?  
No te enfades, que, por Dios,  
que lo has de hacer y ha de ser.
- DOR. Mujer habrá que a dos quiera,  
supuesto que al uno engañe;  
mas no quieras tú que extrañe  
lo que siendo baja liciera.
- ROS. No, que lo haces por mí  
y es a cuenta de mi honor.
- DOR. No diré a quien tengo amor  
que me lo has mandado así.
- ROS. Quitárate yo la vida  
cuando sepa que lo has hecho.
- DOR. Señora, rompe este pecho  
de quien has de ser servida.  
Verás el alma obligada  
no sólo a tenerte amor,  
pero a guardar a tu honor  
la justa lealtad jurada.  
Piérdase mi loco uto  
y aventure su remedio,  
porque estando de por medio  
el tuyo, sólo ese es justo.  
Digo que me fingiré  
enamorada de este hombre.
- ROS. Don Juan, Doriclea, es su nombre.
- DOR. Digo que a don Juan querré.  
que le hablaré tiernamente,  
que estaré siempre celosa,  
blanda, alegre, temerosa  
y firme ausente y presente.  
Que dará cien mil suspiros,  
que fingiré mil desmayos,  
los ojos que fueron rayos  
harán (1) blanco de sus tiros.
- Que le dará mil favores  
desde la mano al cabelo,  
que traeré su banda al cuello  
y que él traerá mis colores.  
Que le enviaré mil papeles  
por un renglón que me escriba,  
firmándome su cautiva  
por ver sus ojos crueles.  
Que andará un paje tras él  
que me cuente si pasea,  
a quién habla, a quién desea  
o quién estuvo con él.  
Y que, al fin, desecha (1) en llan-  
[to...
- ROS. Paso deja esas quimeras,  
que bien quiero que le quieras,  
mas no que le quieras tanto.  
Esto ha de ser fingimiento.
- DOR. ¿Pues todo ha de ser fingido?
- ROS. Escríbele que hoy ha sido  
dueño de tu pensamiento;  
que estás de él enamorada  
desde que en palacio entró,  
que te hable esta noche, y yo  
sola estaré disfrazada,  
adonde le pueda hablar  
pensando que habla contigo;  
mas dile que si hay testigo  
de este amor le han de matar.  
El, con el cebo y engaño  
de que eres tú, vendrá a verte,  
y con temor de su muerte  
pondrá la vista en su daño.
- DOR. ¿Gozarále?
- ROS. ¿Eso preguntas,  
necia, sabiendo quién soy?
- DOR. Nunca yo segura estoy  
de dos personas muy juntas.  
Grande amor luego tropieza.
- ROS. Mi amor quiero emtretenir;  
mujer soy, hablo a mujer,  
tú sabes nuestra flaqueza.  
Ven conmigo, escribirás  
y yo te diré el papel;  
al pasar pondrás en él  
los ojos; mírale más.  
Haz reverencia, detente,  
Mira otra vez desde aquí.
- DOR. ¿Dices así?
- ROS. Bien, así;  
ya el te mira tiernamente.  
Cuando yo vuelva la espalda

(1) En el impreso «haré».

(1) En el impreso «desharé».

torna a volver y mirar.  
DOR. Daré mucho que notar.  
(Ellos van haciendo sus reverencias, y ellas pasando.)

D. JU. ¡Bella mujer!

ARN. Pues miralda  
con ojos de que es famoso  
su entendimiento en Bretaña.  
D. JU. No he visto, Conde, en España  
rostro más bello y hermoso.

Tiene un no sé qué atractivo.

ARN. Estos señores se van.

LEO. Vos quedáis, señor don Juan,  
ya con el Conde.

D. JU. Recibo  
merced de su señoría.  
Sois su huésped.

FEL. Y envidiado  
de todos.

D. JU. Muy obligado  
quedo a vuestra cortesía.

PIN. Después os queremos ver.

D. JU. Cuando fuéredes servido.

(Vanse, y queda DON JUAN, ARNALDO y HERNANDILLO.)

ARN. Algo han andado atrevidos  
los ojos de esta mujer.

D. JU. ¿En ella volvéis a hablar?

ARN. Hablo por si gusto os doy.

D. JU. Algo, por fe de quien soy,  
me queréis, Conde, sacar.

Mirad que los vizcaínos  
somos cortos. Si son celos,  
decidme vuestros desvelos  
por más fáciles caminos.

Que si mientras la Princesa  
con ella en secreto habló  
que era hermosa os dije yo,  
de lo dicho no me pesa.

Que no porque yo la alabe  
mi gusto os puede ofender.

ARN. ¿En efecto; esta mujer  
os agrada?

D. JU. Es bella, es grave.

ARN. ¿Más, en fin, os apasiona  
que la Princesa? (1)

D. JU. Eso es  
más claro que el día.

ARN. Tus pies  
me da, don Juan, y perdona.  
Que a más el gusto me obliga

de que la Princesa sea  
para con tu gusto fea,  
¿qué quieres más que te diga?

Amo, pretendo, es tan alta  
como sabes la ocasión;  
temí a este Rey de León,  
que sólo este león me falta  
por vencer de mis contrarios;  
aspiro a este reino y quiero  
a esta mujer, por quien muero  
entre pensamientos varios.

Que se inclina a tu valor,  
o mis celos se engañaron:  
que siempre celos gustaron  
de ser los duendes (1) de amor.

Allí dan una palmada,  
allí asoman, allí están;  
y así los celos, don Juan,  
dan golpes y todo es nada.

Si te agrada Doriclea,  
que así esta dama se llama,  
sea en Bretaña esta dama  
la que tu gusto desea.

Yo no temo en esta tierra  
rubios galanes hermosos;  
no están mis ojos celosos  
de su paz ni de su guerra.

No temo de ningún modo  
compitiendo al mismo sol;  
sólo temo a un español,  
que tiene en el alma el todo.

Si van a pie, está en los pies  
el alma; si alzan la mano,  
allí hay alma; si el lozano  
cuerpo mueven, alma es.

Si hablan, alma es el brío;  
si miran, alma es los ojos;  
alma tienen sus enojos  
en el mayor desvarío.

Cuando el caballo obedece  
al freno en aquellos van,  
llevan alma, que le dan;  
que todo un cuerpo parece.

Alma le dan a la espada  
si la ejercitan y juegan,  
cual Midas, a cuanto llegan;  
es oro el alma dorada.

Pues si su donaire aspira  
brío y gusto, y almas llueven,  
¿qué milagro que se lleven  
el alma de quien los mira?

(1) En el impreso «privanza».

(1) En el ms. «dueños».

D. JU. Atento al discurso tuyo,  
Conde Arnaldo, estoy contento  
de que esté mi pensamiento  
tan apartado (1) del tuyo.  
Y así, palabra te doy  
de que si vengo a querer,  
sólo será a la mujer  
que has visto en mis ojos hoy.  
Que se me ha entrado por ellos,  
si es que te digo verdad,  
y lleva mi voluntad  
forzada de los cabellos.

ARN. Tomo esa palabra honrada.

D. JU. La mano te doy.

ARN. Yo quiero  
ser deste tu amor tercero.

HER. ¿Hemos de ir a esta posada,  
o hemos de andar sin comer  
todo el día, hechlos gigantes?

D. JU. ¿Aquí estás?

HER. Cuando te espantes,  
bien tienes por qué lo hacer.  
Y en justa razón lo fundo;  
que un hombre que no ha comido  
desde ayer, milagro ha sido  
que no esté en el otro mundo.

D. JU. Oye, Hernando, por tu vida,  
no entiendan esas razones  
estos señores bretones.

HER. ¿Bretones? Linda comida.  
Ya, señor, no te importuno,  
que luego mis tripas vieron  
que como bretones fueron,  
fué Cuaresma, y día de ayuno.  
Si es que has de ser Lanzarote  
«cuando de Bretaña vino»  
hazme, por Dios, tu rocino,  
pues siempre me traes al trote.  
Y envíame alguna dueña  
que cuide también de mí.

D. JU. ¿No callas?

HER. Habla por mí  
la hambre.

(En lo alto, la PRINCESA y DORICLEA.)

ROS. Hazle una seña.

DOR. Está el Conde allí.

ROS. Eso temo;  
pero ves allí un criado  
que ya está dél apartado  
y es agudo por extremo.  
Lámale.

DOR. Medrosa estoy.

¡Ah, paje!

HER. ¿Llama?

DOR. Sí.

HER. ¿A quién?

DOR. A vos.

HER. No soy paje

ROS. Bien.

DOR. ¿Qué sois?

HER. Punto menos soy.

DOR. ¿Quién?

HER. Un gentilhombre al trote,  
sin otras gracias que callo,  
de la boca del caballo  
de mi señor Lanzarote.  
Si hay por allá un panecillo  
o algo que desvanecer (1),  
merced me pueden hacer,  
sí, por vida de Hernandillo.  
Que desde ayer no sabemos  
si las tripas se han mudado  
a otra casa.

DOR. Buen criado.

HER. Muy buena vida traemos.  
Como historia de pastores,  
que en todo un libro jamás  
duermen, ni comen, ni hay más  
que hablar de celos y amores.

ROS. ¿Tan pobre es este señor?

HER. En su tierra es hombre honrado;  
mas trajéronle engañado  
a ser vuestro embajador  
y llevarónse el dinero;  
y como este es vizcaíno,  
que se morirá adivino  
por no decir esto quiero.

ROS. Vete esas joyas quitando,  
que ya a quitarme comienzo  
las mías, y en este lienzo  
las irás, amiga, atando.  
mientras otra industria doy  
con que tenga qué gastar.

DOR. Primero le quiero dar  
el papel. Da a tu señor,  
Hernando, aqueste papel.

HER. A ser en esta ocasión  
libranza en un bodegón,  
el cielo bajara en él.

ROS. Ten estas joyas, y di  
a tu señor que las venda,  
y adiós.

(1) En el impreso «tanta distancia».

(1) En el ms. «desbastecer».

DOR. Oyes, nadie entienda esto que ha pasado aquí.

HER. Transformación espantosa, temerario encantamiento, ¿es verdad o es fingimiento? Ce, que digo, dama hermosa, ¿cómo os llamáis?

DOR. Doriclea.

HER. Adiós.

DOR. Adiós.

(*Vanse los dos.*)

HER. ¡Ah, señor!

D. JU. ¿Llamas?

HER. Oiga, que hay amor, y de moza que no es fea.

D. JU. ¿Qué dices, loco?

HER. Oye aparte. Este papel para ti me arrojaron desde allí.

ARN. Dadme, por mi vida, parte de lo que dice el papel.

HER. Lo primero que encomienda su dueño es que no se entienda.

D. JU. Mas qué, ¿tienes celos dél?

ARN. Abrásome en vivo (1) fuego.

D. JU. Pues mirad si ingrato soy: cerrado el papel os doy y que vos le abráis os ruego.

ARN. No excuso el ser descortés; habéisme de perdonar.

D. JU. Leed, que os pienso obligar; hablarte quiero después.

(*Lee el papel.*)

«Para saber si tratado haces el efecto que en ti he visto, te suplico por lo que debes a español, vengas esta noche a la puerta del parque de palacio, donde podrás hablarme y entretenerte. Pero advierte que en sabiendo alguno de tu boca o por tu desgracia este secreto, te ha de costar no menos que la vida.—*Doriclea.*»

ARN. Fuerte determinación.

D. JU. Ya estarás menos celoso.

ARN. Ya sólo estoy temeroso

D. JU. ¿Temes?

ARN. Sí.

D. JU. ¿Por qué razón?

ARN. Estoy como el que en la guerra del arcabuz se espantó cuando el plomo ardiente dió con el compañero en tierra.

Vivo de sentido ajeno mirándole derribado, no porque el golpe me ha dado, mas porque he sentido el trueno.

¡Ay, don Juan, pues Doriclea te quiere y se arroja así, quien me ha de matar a mí deja que Rosaura sea!

Hame dado este papel mil vidas, mil esperanzas; mil difuntas confianzas hoy resucitan por él.

Aunque te encarga el secreto, ya ves no le puede haber; que amor no lo puede ser, y más si es amor perfecto.

Déjame a cargo tu vida, que yo te he de acompañar a este secreto lugar donde su amor te convida.

Tú no has de ser rey aquí; yo soy su sangre, yo emprendo esta conquista, y entiendo que se emplea bien en mí.

Con casamiento o sin él, tuya será Doriclea; deja que Rosaura sea de Arnaldo, pues vive en él.

D. JU. Cuando yo no te debiera la vida, el tenerte amor me obligara a tu favor; sígue, conquista, ama, espera.

Yo he de ser parte que goces la Princesa.

ARN. Y yo que sea tu mujer...

D. JU. ¿Quién?

ARN. Doriclea.

HER. Hablad bajo y no deis voces; que andan por el corredor.

D. JU. Quiérola esta noche hablar, y tú me has de acompañar.

ARN. Tienes, español, valor; mis celos tendrán secreto.

D. JU. Guarda secreto.

ARN. Sí haré; que mientras secreto esté tendrá mi esperanza efecto.

ARN. Ven a comer.

(1) En el impreso «vuestro».

D. JU. Voy.  
 HER. Escucha.  
 He tomado aquestas joyas,  
 que ya vences (1) a mil Troyas.  
 D. JU. ¿Es grande cantidad?  
 HER. Mucha.  
 D. JU. ¿Quién te las dió?  
 HER. Aquella dama  
 que aqueste papel me dió.  
 D. JU. ¿Sabe ya lo que pasó  
 y que Alfonso me desama?  
 HER. Rosaura se lo ha contado.  
 Díjome que las vendieses,  
 porque con ellas vivieses  
 mientras estás desterrado.  
 Hay diamantes que es locura.  
 D. JU. A lo menos no hay amante  
 que en ocasión semejante  
 tenga tan alta ventura.  
 Ven, que si el Rey, riguroso  
 de su tierra, me destierra,  
 el desdichado en su tierra  
 es en la ajena dichoso.



## JORNADA SEGUNDA

(Entra el REY DE LEÓN y los tres CABALLEROS que quisieron matar a Don Juan.)

REY.

Admirable mujer.

CAB. 1.º

No te contara,  
 invicto Rey, lo que verdad no fuera  
 ni con menos razón me disculpara.

Cansada de matar alguna fiera  
 de las que el monte que te dije cría,  
 a quien más fuerte que Atlante espera,  
 entre unos verdes árboles dormía  
 Rosaura bella, dando envidia al cielo,  
 vista al amor y claridad (2) al día.

Cruzaban sendas el ameno suelo,  
 por una de las cuales los tres fuimos,  
 llamándonos el agua vuelta en hielo.

(1) En el impreso «vienes», por errata. En el ms. dicen estos dos versos:

«Toma aquestas joyas,  
 que hoy vences, señor, mil Troyas.»

(2) En el ms. «obscuridad».

Mas como en vez de descansar leímos  
 la carta en que mandabas darle (1) muerte,  
 al pecho las espadas le pusimos.

Apareció Rosaura, armada y fuerte,  
 de un venablo blandiendo la cuchilla  
 con que la sangre de las fieras vierte.

Nunca Diana en la rosada orilla  
 al Erimanto se mostró más bella  
 o cuando Luna a Endimión humilla.

Y no sólo pudimos ofendella,  
 que puesto que su gente no llegara  
 vimos todo el valor de Marte en ella.

Apartaba las hebras de la cara  
 para matar con los serenos ojos;  
 ¿pues de rayos de amor quién se guardara?

Corto el vestido, que causara antojos  
 al más helado pecho, el pie sacaba  
 pequeño, y grande para dar enojos.

Así Venus lasciva se mostraba  
 cuando con ocasión de caza y monte  
 al rapacillo Adonis enseñaba.

En fin, de todo el valle y su horizonte  
 tanta gente bajó, que huyendo fuimos:  
 si fué peligro a imaginarlo ponte (2).

REY.

¿Que es tan bella Rosaura?

CAB. 2.º

No tuvimos  
 mayor contrario que su rostro hermoso;  
 como quien mira al sol, la luz perdimos.

REY.

¿No fuistes conocidos?

CAB. 3.º

Fué forzoso  
 huir tan presto, que ni vernos pudo.

REY.

¡Oh valor de mujer maravilloso!

Halló don Juan el cristalino escudo  
 de Medusa, volviendo en piedra a Atlante.  
 Estoy de oír sus alabanzas mudo.

De don Juan, ¿qué supiste?

CAB. 1.º

Que adelante

pasó, tuvimos nueva.

(1) En el impreso «dar la».

(2) Así en el ms. En el impreso dice: «si fué a imaginarlo ya patente».



CAB. 2.º

A París iba

por vengarse de ti.

REY.

Mozo (1) arrogante.

Ver tengo, Honorio, esa Princesa altiva  
si perdiese mi reino.

CAB. 3.º

¿De qué suerte,

si a tantos Reyes se ha mostrado esquivia?

REY.

Veréla disfrazado.

CAB. 2.º

Rey, advierte...

REY.

De mí mismo diré que llevo cartas  
y que tratar con ella.

CAB. 3.º

Es loca y fuerte;  
y no tengo por bien que solo partas.

REY.

Llevaré alguna gente de servicio.

HON.

Y alguna de secreto que repartas.

REY.

Diré en León que al gran Patrón, propicio  
a la española gente en la campaña,  
por dar de agradecido justo indicio  
vamos a visitar, y por Bretaña  
con nombre de embajada entrar podemos,  
que siempre enoja la arrogante España.

HON.

Ya me pesa de haberte los extremos  
de la bella Rosaura referido  
con que a tanto peligro te ofrecemos (2).

REY.

La culpa deste daño habéis tenido,  
porque suelen entrar con mayor fuerza  
las flechas del amor por el oído.

Pero pues ya la voluntad me fuerza,  
que es la fuerza mayor un ciego engaño,  
a verla, a hablarla o a engañarla es fuerza.

Iré, sin duda, aunque me ponga al daño  
de descubrir quién soy, siendo forzoso,  
pues ha de ser alegre el desengaño.

Y últimamente yo seré su esposo,  
o no habrá industria en el ingenio humano  
ni valor en un Rey tan poderoso.

Así cuenta Virgilio que el Troyano  
vió a herinosura y la beldad de Dido.  
Apréstese la gente, que es en vano  
poner freno a la mar ni a amor olvido.

(Salen ARNALDO, DON JUAN DE HARO, HERNANDILLO  
con hábito de noche.)

D. JU. No querría que os sintiese.

ARN. ¿Cómo me puede sentir?

D. JU. Porque es veloz en oír  
quien teme, aunque el viento cese.

Y como apenas meneas  
las hojas de este jardín  
y llega la noche al fin,  
de la mitad (1) que desea,  
con el silencio, ¿quién duda  
que conozca que hay más gente?

ARN. ¡Bravo amador!

D. JU. Obediente.

ARN. ¿No es peor que gente acuda  
y que os hagan mil pedazos?D. JU. ¿Cómo me han de echar de ver  
o me podrán ofender,  
conde, sus villanos brazos?

ARN. Si es la guarda, ¿no podrá?

D. JU. Yo estoy seguro de mí.

ARN. Yo bien os dejara aquí,  
por lo que seguro está  
mi temor de vuestra espada;  
pero amistad tan estrecha  
no cumple bien, si sospecha,  
con la obligación jurada.

Sospecho que os viene mal;  
voyme, y aunque mal os viene,  
quien se va y sospechas tiene  
es amigo desleal.

De suerte que estoy aquí  
no porque soy menester,  
sino por no me ofender  
con que sospechéis me ruí.

D. JU. ¿De qué sirven los rodeos,  
las quimeras e invenciones,  
Arnaldo, desas razones,  
si entiendo vuestros deseos?

No procuréis desvelarme,

(1) En el impreso «Mozo».

(2) En el ms. «ponemos».

(1) En el impreso «amistad».

que todos vuestros desvelos  
nacen de que tenéis celos  
mejor que de acompañarme.

¿Pensáis con su ardiente llama,  
si no estáis conmigo junto  
un punto, que en ese punto  
he de gozar vuestra dama?

Yo, Conde, ha dos meses ya  
que todas las noches vengo  
a este punto, donde tengo  
mil favores que me da  
mi adorada Doriclea,  
con cuya rara hermosura  
del mismo sol la luz pura  
me parece oscura y fea.

Estoy tan bien empleado,  
que no digo yo que os puedo  
asegurar dese miedo,  
a fe de español honrado.

Pero que cuando quisiera  
Rosaura su dueño llacerme  
Rey deste reino, y ponerme  
del mismo sol en su esfera,  
despreciara su valor,  
puesto que tan alto es,  
porque el mayor interés  
desprecia un desnudo amor.

ARN. Yo estoy de vos satisfecho  
y de la Princesa tanto  
que de mí penséis me espanto  
que de su alteza sospecho  
cosa indigna de quien es;  
ni estoy conmigo tan mal  
que me juzgue desigual.

D. JU. Pues volveos, que después  
os contaré en el estado  
que traigo mi pensamiento,  
pues sabed, Conde, que intento  
encubrir este criado.

que me trae esta rodela  
y que con señas me avisa  
si alguno esta senda pisa  
de los que mi amor desvela.

ARN. ¿Por qué con tanto secreto  
os habla aquesta mujer?

D. JU. Porque debe de tener  
de españoles mal conceto,  
y porque Rosaura acaso  
no sienta que esto es flaqueza.

ARN. Sí, que es un ángel su alteza.

D. JU. Alargad, Arnaldo, el paso,  
que me muero ya por ver  
aquella hermosa señora

por quien de envidia el aurora  
se da prisa a amanecer.

Mirad que en estos jardines  
presto el sol adelantado (1),  
resplandece coronado  
de violetas y jazmines.

ARN. No me estorbéis mi ventura.  
El cielo os la dé.

(Vase ARNALDO.)

D. JU. Ya espero.  
Fuése.

HER. Lindo majadero.

D. JU. A espacio.

HER. La noche oscura.

D. JU. Todo mi bien me concede.  
Adoro la obscuridad,  
que si hay luna o claridad  
ni sale mi sol ni puede.

HER. ¿Es lechuza esta mujer?  
¿Es buho? ¿Acaso es mochuelo?  
Que apenas quiere que el cielo  
pueda nuestros ojos ver.

D. JU. ¡Ay, Hernando!; porque había  
la otra noche seis estrellas  
entre mil nubes, que entre ellas  
apenas su luz se vía,  
con una toca me habló  
cubierto el rostro.

HER. Está loca  
esta mujer que con toca  
te habla; más pienso yo  
que quiere que la destoques.  
Tú eres un lindo cobarde;  
mira que amor cuando arde  
ni teme Reyes ni Roques.

Es la más grave mujer,  
más melindrosa y divina  
pintura, con su cortina  
para quien la llega a ver.

Y así al que verla permite  
pueden echarle una albarda  
cuando a la imagen aguarda  
que la cortina se quite.

A la que es más recatada,  
que se descubra no esperes;  
álzale el velo si quieres  
saber si es viva o pintada.

D. JU. Ya lo intento, mas después  
temo, tiemblo, y si porfío,  
luego me da un sudor frío

(1) En el impreso «es aclarado».

de la cabeza a los pies.  
 HER. ¿Temblando sudas?  
 D. JU. ¿Pues dudas  
 que eso sabe amor pintallo?  
 HER. Tú eres el primer caballo  
 que antes de correr te sudas.  
 El es un gran desatino  
 muy conforme a tu nación.  
 D. JU. ¿Cómo?  
 HER. Querer en bretón  
 y gozar en vizcaíno.  
 Deja tanta cortedad.  
 D. JU. Tenme, Hernando, esta rodela,  
 mira que el tiempo que vuela  
 con tanta velocidad  
 no pase sin que me avises  
 con la seña que he trazado.  
 HER. Habla, y callo.  
 D. JU. Ten cuidado,  
 mira que muy quedo pises.

*(La PRINCESA, detrás de un muro bajo, y dentro se oye  
 como jardín.)*

ROS. ¿Es don Juan?  
 D. JU. Yo soy, mi bien.  
 ROS. Paréceme que he sentido  
 ruido fuera.  
 D. JU. Es dentro el ruido,  
 porque fuera no hay de quién.  
 ROS. No, que todo está muy quieto  
 y Rosaura está acostada.  
 D. JU. Yo que tropecé en mi espada  
 fué la causa deste efeto  
 o el viento es, rosa querida,  
 que les pide a mis congojas  
 albricias entre estas hojas  
 de tu dichosa venida.  
 ROS. Y vos, por tanto contento,  
 habéiselas dado?  
 D. JU. Sí,  
 mis esperanzas le dí,  
 que es bien que las goce el viento.  
 ¡Ay, hermosa Doriclea,  
 que aunque es cielo ese valor  
 aguardáis a que mi amor  
 más alto gigante sea!  
 ¿Qué pruebas queréis mayores  
 o qué prendas más seguras  
 que sirven noches obscuras  
 para tan castos amores?

Si no merezco una mano,  
 ¿qué importa que las estrellas  
 miren esas manos bellas

ni las alumbren (1) en vano?

¿Qué importa disimular  
 de día cuando me veis  
 si de noche aun no queréis  
 amorosamente hablar?

Abrid, mi bien, el jardín  
 donde ya el agua y las flores  
 murmuran nuestros amores  
 hasta el más casto (2) jazmín.

Dadme esas manos hermosas,  
 tanto de mi boca amadas  
 que no estarán coloradas  
 de su vergüenza las rosas.

Yo soy aquel español  
 que va de una en otra esfera,  
 aunque con alas de cera,  
 de vuestra grandeza al sol.

Y pues he llegado a tanto  
 que he visto nacer su aurora,  
 no me derribeis, señora,  
 a mayor mal que mi llanto.

ROS. Aunque yo, amor, os amé (3)  
 y de amarme causa os dí,  
 no por eso el ser perdí  
 que de quien soy heredé.

Procedo en mi justo amor  
 con el debido recato;  
 porque amor, si crece el trato,  
 pierde el respeto al honor.

Amad vos con advertencia;  
 que no hay conquista de fama  
 cuando faltan en quien ama  
 la esperanza y la paciencia (4).

Tened, don Juan, confianza  
 de que muy vuestra seré,  
 porque no es buena la fe  
 donde falta la esperanza.

*(Aparte.)*

HER. ¿Habrá algún hombre discreto  
 que este amor no llame loco  
 o quien se tenga en tan poco  
 que quiera amar sin efeto?  
 De esperanza y de paciencia  
 hablan en todo rigor,

(1) En el impreso «ni la luna alumbre».

(2) En el ms. «alto».

(3) En el ms. «Don Juan, aunque yo os amé».

(4) En el ms., después de este verso intercala éstos:

«No ha tanto que pretendéis,  
 no ha tanto que deseáis;  
 si os cansáis de amar, no améis;  
 si no esperáis, no esperéis.»

basta que ya al negro amor  
hacen casos de conciencia.

Quién mete al amor con fe,  
con paciencia y esperanza  
no hay cosa si el viento alcanza  
que en más desatino dé.

Que gran bachiller parece  
amor en su pretensión,  
y en tomando posesión  
como una piedra enmudece.

¡Oh amantes llenos de enredos,  
de mentiras, de locuras,  
de penas, de desventuras,  
de confusiones y miedos!

Dicen que sin alma están  
con los sentidos en calma,  
y mienten, que tienen alma,  
que de palabra la dan.

¡Ah vida de los lacayos!  
Nuestro amor sí que es amor,  
sin interés del honor (1),  
sin traiciones, sin desmayos.

No hay más de que a mediodía  
mi dama está en su fregado,  
y dígoles por un lado:

«Vente a la noche, Lucía.»

Trae dos hermosas lonjas  
en vez de esperanza y fe  
y vuélvese su mercé  
con más obras que lisonjas.

Lleve el diablo estos amantes  
con su gusto de alfeñique;  
ahora bien, pique o no pique,  
arrimemos los gigantes.

Sueño me aflige; ¡por Dios,  
que ha de servir la rodela  
de almohada.

*(Echase a dormir Hernandillo)*

D. J U. Sólo apela  
mi amor deste agravio a vos,  
que sois la suprema sala.

Ros. Digo que mañana quiero  
que veáis que por vos muero,  
y mi amor al vuestro iguala.

Si la noche fuere oscura,  
de aqueste jardín saldré  
y en ese campo estaré  
con vos, como esté segura  
de que me habéis de cumplir  
lo prometido, don Juan.

D. J U. Mis deseos os dirán  
lo que es amar y sufrir.

*(Entra FELICIANO.)*

FEL. Pasos que mi loco amor  
con tal desatino (1) guía,  
¿como la que niega el día  
dará la noche mejor?  
¿Cómo veré en estas rejas  
la que apenas da lugar  
para que pueñan pasar  
entre sus hierros mis quejas?

Parece que ya se enoja,  
dulce señora, mi amor,  
pues tal esperanza en flor  
él la marchita y despoja.

De noche hablarte solía  
detrás de aquestas paredes;  
¡qué de regalo y mercedes  
que de tu boca sentía!

¿Quién te me ha trocado así  
y me fuerza a que yo venga  
donde sólo el aire tenga  
que me responda por ti?

D. J U. Gente suena; espera un poco,  
mi vida, y veré quién es;  
no he visto gente después  
que estas soledades toco.

¿Mas de qué son los celos  
Que no habiéndome avisado  
Hernandillo, en su cuidado  
Arnaldo ha envuelto sus celos.

Y como él le ha conocido  
no me ha querido llamar?

FEL. ¿Hombre en aqueste lugar?  
D. J U. Seáis, Arnaldo, bien venido.

Descubríos, no os cubráis;  
estaréis muy vergonzoso  
de que os vea tan celoso;  
tened celos, pues amáis.

Que es dulce la sal de amor  
con que se comen mil gustos;  
que no hay placer sin disgustos  
ni sin contrario sabor.

Pero, por Dios, que venís  
sin razón desconfiado;  
que estoy más enamorado  
de lo que vos presumís.

Haine dicho Doriclea  
que saldrá mañana aquí;  
si ella sale, fiad de mí

(1) En el ms. «sin intereses de honor».

(1) En el texto dice «desafío», por errata.

que yo la goce y posea.

Está ya muy declarada,  
llámame su vida y bien;  
díjome, Arnaldo, también  
que está Rosaura acostada.

No tenéis que hacer aquí;  
guardadme, Arnaldo, secreto;  
que si lo sabe, os prometo  
que no hará cosa por mí.

Iros podéis a acostar,  
y si esperarme queréis,  
entre esos olmos podréis;  
adiós, que la vuelvo a hablar.

(*Vuelvese.*)

FEL.

¿Soy yo, por dicha, cielos, el que ahora  
oigo decir a un hombre estas razones?  
¿Cómo es que Doriclea a otro hombre adora,  
en medio de mis justas pretensiones?  
¡Ah, pecho desleal, mujer traidora,  
que en ocasión de tanto mal me pones!  
Este es el español recién venido  
y yo quien te ha adorado y te ha servido.

Tan presto tanto amor; mañana quieres  
rendir el fruto que esperé seis años;  
¿qué mucho que no tengan las mujeres  
crédito si en los nobles hay engaños?  
Aquí puedes ahora ver quién eres,  
pues quiere Dios que tales desengaños  
me muestren que don Juan tu gusto ha sido  
y yo quien te ha adorado y te ha servido.

¿A un español tan pobre que no tiene  
más que la espada tu grandeza humillas?  
¿A un hombre que en desgracia de un rey viene  
contando a lo español las maravillas?  
De un pobre que de huésped se mantiene  
prefieres a un barón de tantas villas;  
haráslo por mostrar cuán loca has sido  
y yo quien te ha adorado y te ha servido.

¿Qué me podrás negar si él me lo cuenta,  
pensando que yo soy el traidor Conde,  
que es de mi sangre y consintió mi afrenta?  
¿Qué secreto jamás la tierra esconde?  
Quiero matarle, pues mi muerte intenta.

Ros.

Don Juan, mil voces dan.

D. JU.

Ya siento adónde.

FEL.

El Conde ha sido al fin quien me ha vendido  
y yo quien te ha adorado y te ha servido.

D. JU.

Irélo a ver; entrad, señora mía.

Ros.

Mi bien, adiós; escribeme mañana  
y ruega a Dios que pase presto el día.

(*Vase.*)

D. JU.

Arnaldo, condición tenéis villana;  
poca nobleza arguye quien no fía  
de su amigo una cosa que es tan llana;  
dé celos sin por qué, voces al viento,  
loco, aunque enamorado pensamiento.

Ya os digo que yo adoro a Doriclea,  
que es luz de aquestos ojos, vista y aura  
de mi aliento vital, y quien desea  
el alma que la suya me restaura;  
sea Rosaura cuanto hermosa fea,  
¿qué importa? Si no quiero yo a Rosaura.  
Doriclea me quiere, y si ya os dije (1)  
que mañana la gozo, ¿qué os aflige?

¿Qué cansáis las estrellas y los cielos  
si veis a Doriclea tan perdida?  
¿De qué os matáis? ¿De quién tenéis desvelos?  
Yo soy sólo su bien y ella es mi vida.  
Dejad, Arnaldo, los injustos celos,  
que sois con vuestras manos homicida;  
porque no tiene luz el sol que sea  
hermosa como el pie de Doriclea.

FEL.

¿Responderé? ¿Diré quién soy? ¿Podía  
serme de más provecho la paciencia?  
Sí, pues me queda término de un día  
que ponga a todo daño resistencia.  
Esto conviene a la nobleza mía;  
no quiero aventurar con insolencia  
lo que puedo ganar sabiendo claro  
que es aqueste español don Juan de Haro.

(*Vase Feliciano.*)

D. JU.

¿Cómo Arnaldo se va sin responderme?  
Qué celos tan villanos y tan viles.  
¿No basta, Conde, entre sus brazos verme?

(1) Estos versos están así en el ms.:

\*que es luz de aquestos ojos, vida y alma  
de mi aliento vital y quien desea  
salir de aquesta amorosa calma.  
Vos seréis sólo, Arnaldo, el que posea  
el cetro de este reino, cetro y palma.  
Doriclea me quiere, y ya os dije...»

¿Aun queréis ver las cosas más sutiles?  
Huésped soy, y si pensáis prenderme (1),  
cuando por ser de España me aniquiles,  
presume que he nacido vizcaíno,  
que apriesa va y se sale del camino (2).

Cosa que me engañase y que no fuese  
Arnaldo este hombre; ¡ay triste, ay noche obs-  
[cura!

¡Oh lengua!; ¡oh quien amando enmudeciese,  
que es hija del hablar la desventura!  
¿Pero cómo es posible que no hiciese  
señas Hernando en esta coyuntura,  
siendo en discurso de mi historia largos (3),  
en los pies grulla y en los ojos Argos?

¡Ah Hernandillo! ¡Hernandillo! No parece.  
¡Válame Dios!; aquí quedó arrinado,  
la obscura noche apenas me le ofrece;  
topé los pies, los ojos me han turbado;  
tendido está, mi mal se aumenta y crece;  
sin duda que aquel hombre rebozado  
me lo mató, tan presto que no pudo  
hacerme señas; que lo miro y dudo.

¡Ah pobre mozo; aquí murió en Bretaña  
el mejor montañés que vió Tineo!  
¡Pobre Hernando! (4)

HER.  
Señor.

D. J U.

¿Hay cosa extraña?

¿No estás herido?

HER.  
¿Yo? Ni aun lo deseo.

D. J U.

¿Pues qué es aquesto?

HER.  
Estaba la campaña  
tan libre de enemigos.

D. J U.

Caso feo.

¿Haste dormido acaso?

HER.

Siempre he sido  
a quien me convidase agradecido.

Convidóme el pradillo, el sueño, el vino,  
y por Dios que confieso mi pecado.

D. J U.

Más te quisiera muerto.

HER.

Y lo imagino  
del grande amor que siempre me has mostrado.  
Cuanto a mí, yo estoy bien.

D. J U.

¿Qué desatino  
venir de un hombre bajo acompañado!  
¡Un borracho tras mí!

HER.

¿Pues quién hubiera  
que tu requiebro y necesidad sufriera?

Estás tañendo gaicas zamoranas;  
estáte aricionando con tu diosa  
con más frío y calor que unas cuartanas  
y ella muy mentecata y melindrosa;  
y quieres, madrugando las mañanas,  
que sufra vuestra plática amorosa;  
antes sufriera un tiro de crujía.

D. J U.

Sin duda, que os perdí, señora mía.  
¡Oh traidor, hombre vill!

HER.

¿De qué te asombras?

¿Qué ha sucedido?

D. J U.

Un hombre me ha escuchado  
por dormirte, traidor.

HER.

Serán sombras  
de aquestos altos árboles del prado.

D. J U.

¿Sombras los hombres que se mueven nombras?  
Ven y calla, traidor.

HER.

Estoy cansado  
de venir cada noche a necesidades,  
que no es curar caballos voluntades.

Estáte bobeando, que no hubiera  
quien ya no hubiera este portillo roto,  
¿y lloras que se duerma el que te espera? (1)

(1) En el ms. «tu huésped soy; si piensas ofenderme».

(2) En el ms. «que apriesa ya se sale del camino».

(3) En el impreso «fiesta», por errata.

(4) En el texto «Hernandillo», que hace el verso largo.

(1) Estos tres versos dicen en el ms.:

«Estáte bobeando. ¿Qué hombre hubiera  
que ya no hubiera este portillo roto,  
y lloras que se duerma quien te espera?»

D. J U.

Paso, señor, con menos alboroto.

HER.

Poca prosa gastara si yo fuera;  
pero siempre fué cierto de mi voto  
que el soldado y amante no hacen nada  
cuando tienen la pólvora mojada.

(*Vanse, y entra el REY DE LEÓN y sus caballeros, con  
PINABELO.*)

REY. Esto dirás a su alteza.

PIN. Al fin sois embajador.

REY. A lo que digo, señor,  
mi venida se endereza.

Este intento tiene el Rey.

PIN. No seréis mal admitido.

REY. Fuera el ser mal recibido  
contra la exención y ley  
preeminencia de este oficio.PIN. ¿Qué mueve al Rey de León  
dar en aquesta ocasión  
de tanta afición indicio?REY. La fama de su valor,  
de quien el mundo es teatro:  
corriendo de Tile a Batro,  
lo más cerca hirió mejor.

Y como a tomar estado  
le importune, obligue y fuerce  
su reino y también le esfuerce  
cierto pesar que le ha dado

Armesinda, hermana suya,  
todo junto le obligó.

(Entra DORICLEA.)

DOR. Ya Rosaura se vistió  
por ver la embajada tuya.

Espera un poco, español,  
en esa sala primera.

REY. Seré noche cuando espera  
la luz el alba del sol.

DOR. Ve, Pinabelo, con él.

REY. ¿Es más bella que esta dama  
Rosaura?PIN. Tal es su fama;  
es un sol.

REY. Yo adoro en él.

HON. A mucho te has atrevido.

REY. A no haber de amor victorias  
no hubiera en el mundo historias (1),  
ni fama contra el olvido.

(Vanse y queda DORICLEA.)

DOR.

¡Oh, si se doliese el cielo  
del estado de mi mal,  
pues apenas tiene igual  
de cuantos conoce el cielo!

¡Oh, si Rosaura, casada,  
dejase en esta ocasión  
de don Juan la pretensión  
sobre los vientos fundada!

Que temo alguna flaqueza  
contra mi honor, pues en vano  
quiere tener en la mano  
el amor y la grandeza.

Que como es blanco mi honra  
de su loco amor injusto,  
ella ha de tener el gusto  
y yo pasar la deshonra.

Háblale por el jardín,  
y él piensa que habla conmigo;  
de día le escribo y digo  
mil amores a este fin.

Perdiendo las ocasiones  
de mi Feliciano, y ella  
de noche confirma y sella  
con sus obras mis razones.

Pierdo mi bien, y deseo  
librarme de tanto daño;  
pero si le desengaño  
en más peligro me veo.

Que nos mandará matar  
para asegurar su honor;  
bien parece nestro amor  
que es fuego y nació en la mar.

(Entra FELICIANO, de camino.)

FEL. ¿Es levantada su alteza?

DOR. ¿Dónde bueno vas así?

¿Caminas?

FEL. Señora, sí.

DOR. ¡Qué confusión, qué tristeza,  
qué mudanza! El viento igualas.  
¿Tú espuelas?

FEL. Por tus cautelas.

Y es poco llevar espuelas;  
plegue a Dios que basten alas.

DOR. ¿Adónde?

FEL. Huyendo de ti.

Y aunque es sin causa esta ausencia,  
pido a Rosaura licencia,  
si se levanta, de mí.

Que no quiera Dios, ¡cruel,  
que yo esté donde te goce  
un español.

DOR. ¿Quien conoce

(1) Falta este verso en el impreso.

mi honor tan mal habla en él?  
 ¿Qué español me ha de gozar?  
 FEL. Don Juan, vil, baja mujer.  
 DOR. Oye.  
 FEL. ¿Qué quieres hacer?  
 ¿Qué disculpa puedes dar?  
 Yo lo he visto, yo lo oí  
 yo sé que se concertó;  
 tan presente estuve yo  
 como estoy, villana, aquí.  
 Bien sé por dónde os habláis,  
 ya sé el campo y el jardín,  
 ya sé que intentáis mi fin  
 y que a vuestro honor le dais.  
 Bien pudiera con su muerte  
 sosegar mi vida injusta;  
 pero mi propio amor gusta  
 que te goce desa suerte.  
 Porque ¿cuál mayor venganza  
 puedo yo tomar de ti  
 que ver que te goce así,  
 por premio de tu mudanza,  
 quien mañana ha de dejarte  
 y ha de alabarse en su tierra  
 de la bajeza que encierra  
 la nuestra con infamarte?  
 DOR. ¿Pues no me dejas hablar?  
 FEL. ¿Qué me puedes tú decir,  
 pues, como el ver y el oír?  
 ¿Aun me quieres engañar?  
 Ya que me engañaste el gusto,  
 déjame estos dos sentidos.  
 DOR. Tus ojos y tus oídos  
 mienten, Feliciano injusto;  
 aunque no te puedo hablar  
 ni darte satisfacción.  
 FEL. Yo he de buscar ocasión  
 con que me pueda vengar.  
 DOR. Llévame, mi bien, de aquí  
 si temes eso.  
 FEL. ¡Oh qué bien!  
 A un tiempo quieres también  
 que dos gocemos de ti.  
 ¿Tienes seso? ¿Eres aquella  
 que con tu boca fingida  
 ayer me llamó su vida  
 y me dió el alma con ella?  
 ¿Eres la misina, cruel,  
 que vi llorando en mis brazos  
 con más enredos y lazos  
 que una yedra en un laurel?  
 ¿Eres tú aquella de quien  
 tengo mil firmas traidoras?

¿Cómo a un extranjero adoras?  
 ¿A un español quieres bien?  
 DOR. Voces das.  
 FEL. ¿Pues no he de dallas  
 antes que con él te goces,  
 y no es justo que dé voces,  
 pues tú las oyes y callas?  
 DOR. Déjame entrar a pedir  
 licencia de responderte.  
 FEL. ¿A quién? ¿Cómo? ¿De qué suerte?  
 ¿Qué lías de hacer? ¿Qué has de de-  
 [cir?  
 Piedad bañada en desdén,  
 que me matas y me lloras,  
 ¿cómo a un extranjero adoras?  
 ¿A un español quieres bien?  
 DOR. Dame palabra que aquí  
 me esperarás, Feliciano.  
 FEL. Quien tanto ha esperado en vano,  
 ¿qué puede esperar de ti?  
 DOR. Ya vuelvo, espérate un poco,  
 sólo a Rosaura hablaré.  
 (Vase.)  
 FEL. Doriclea, yo estaré  
 cuando vuelvas muerto o loco.  
 Dejadme, dulces engaños  
 de amor; mirad que soy noble,  
 y es vergüenza (1) que se doble  
 su fuerza con dos engaños.  
 Temblando estoy, y en los labios  
 el alma entre voces tiernas;  
 no pueden tener las piernas  
 el peso de los agravios.  
 No más confianza loca;  
 irme tengo.  
 (Entra DON JUAN.)  
 D. JU. En confusión  
 me ha puesto aquella visión;  
 a gran pena me provoca.  
 Niega Arnaldo, y si él no fué,  
 alguien mi secreto sabe,  
 para que mi vida acabe  
 adonde mi vida hallé.  
 ¡Oh, Feliciano!  
 FEL. ¡Oh, don Juan!  
 Verte, por agüero tomo.  
 D. JU. ¿Vaste?  
 FEL. Voyme.  
 D. JU. ¿Adónde o cómo?

(1) En el ms. «bajeza».



FEL. Unos vienen y otros van.  
 Voy a un negocio secreto;  
 y pues a tiempo has llegado,  
 verás, español honrado,  
 desta verdad el efeto.  
 Cierta cosa has de guardarme  
 en tanto que ausente estoy.

D. JU. Esa palabra te doy,  
 seguro puedes mandarme.

FEL. Es prenda que es menester  
 que a la defensa se acuda,  
 porque es prenda que se muda.  
 ¿Pues quién es?

D. JU. Una mujer.

FEL. Mujer, y mudable, ¿quieres  
 que la guarde?

FEL. Bien podrás.

D. JU. Ellas se guardan no más,  
 que no hay guarda en las mujeres.

FEL. Creo que estará segura.

D. JU. ¿Hasla gozado?

FEL. He tenido  
 favores que he merecido,  
 no por valor, por ventura.  
 Los cuales dejarte quiero,  
 que en aquesta caja van,  
 porque ausente aumentarán  
 el mal de que agora muero.  
 Aquí hay papeles fingidos  
 llenos de encarecimientos (1),  
 que amor todo es fingimientos,  
 o gozados o leídos.  
 Cintas verás, y cabellos,  
 donde quisiera algún día  
 fueran mil almas la mía  
 para ocuparlas en ellos.  
 Que como amor me dió palma  
 de tan verdadero amante,  
 el menor era bastante  
 para suspenderme el alma.  
 Lee, don Juan, sus engaños,  
 advirtiéndome bien que son  
 procesos de mi afición  
 en un pleito de seis años.  
 Y por que sepas quién es  
 el dueño de aquestas prendas,  
 también quiero que lo entiendas  
 deste retrato que ves.  
 Toma y quédate con Dios,  
 y dirásle a Doriclea

que por muchos años sea  
 el gozaros hoy los dos.

(Vase.)

D. JU.

¿Ha llegado en el mundo de improviso  
 a tal sazón tan fuerte desengaño?

Detente, espera, vuelve. Fuése. Quiso  
 con esta industria reparar su daño.

¡Con qué facilidad me ha dado aviso!  
 de su desdicha y de mi loco engaño.

¡Ay, justos celos! ¡Ay, mujer fingida!  
 La pena es cierta y la ocasión perdida.

Este es el hombre que siguió mis pascas  
 y por el Conde hablé junto a la huerta.

¡Oh bella luz que por los cielos rasos  
 eras del mal descubridora cierta!

¡Oh noche, capa vil de infames casos,  
 por ti todo mi bien se desconcierta;

que estando tanta gloria prevenida  
 la pena es cierta y la ocasión perdida!

¡Oh malditos papeles! ¡oh cabellos  
 lazos (1) de mil enredos! ¡Oh retrato

de dueño más mudable y fácil que ellos!  
 ¿En tal bajeza cabe tan mal trato?

Ojos fingidos, por milagro bellos,  
 ¿Por qué me disteis (2) galardón ingrato?

Si os he perdido perderé la vida;  
 la pena es cierta y la ocasión perdida.

(Entra DORICLEA.)

DOR. Aunque me niega licencia  
 de poderte hablar Rosaura,  
 Feliciano...

D. JU. ¿En mi presencia  
 le nombras? ¡Qué bien restaura  
 tu libertad mi paciencia!

¿Tan ciega estás que no ves  
 que soy un hombre que engañas?

DOR. ¿Qué dices?

D. JU. Que cuando «tú»  
 gloriosa de tus hazañas  
 te mires, pavón, los pies,  
 desvanecerás la rueda  
 desa tu loca hermosura,  
 que con tanta infamia queda,  
 viendo que de tanta altura  
 bajar a este abismo pueda.

DOR. ¿No estaba aquí Feliciano?

D. JU. Aquí estaba y me dejó  
 estas prendas en la mano,

(1) En el impreso «merecimientos».

(1) En el impreso «lentos».

(2) En el impreso «porque perdiste».

con que sin causa me dió  
venenó como a tirano.

Si le amabas, si tenías  
amor secreto con él,  
¿por qué conmigo fingías,  
por qué quisiste, cruel,  
doblar las desdichas mías?

Cuando de España llegué  
los ojos pusiste en mí,  
por tu culpa mi amor fué,  
ni con el alma te vi  
ni con los ojos te hablé.

Tú, con papeles fingidos,  
y de noche, con engaños,  
me has robado los sentidos,  
dándole a beber mil daños  
al alma por los oídos.

Tú por la secreta puerta  
de tu huerta hiciste en mí  
esta locura encubierta;  
bien puedo decir de ti  
que me metiste en la huerta.

¿Qué pensamiento fué el tuyo  
de hacer hazaña tan fea?

Pero con esto concluyo;  
eres mujer, Doriclea;  
a liviandad lo atribuyo.

DOR. (*Apart.*) ¿Cómo podré responder?

Porque si le desengaño,  
el amor se ha de saber  
de la Princesa, en mi daño.  
¿Qué no intenta una mujer?

Que Rosaura su flaqueza  
quiera conmigo encubrir  
por no ofender su grandeza.  
¡Qué ingenio para fingir  
nos dió la naturaleza!

Ahora bien, pues es forzoso,  
quiero dar fuerza a su enredo,  
que yo cobraré mi esposo,  
pues libre y segura quedo  
y él engañado y quejoso.

Mi bien, mi español querido,  
yo os confieso que he tenido  
a este Feliciano amor;  
pero tratando mi honor  
con el respeto debido.

Vinistes, y cuando os vi  
fué amor pintor, lienzo fui,  
a Feliciano quitó  
y en su lugar os pintó  
para que viváis en mí.

No ha sido el pincel liviano;

por más perfección le dejó;  
de suerte que Feliciano  
fué deste lienzo el bosquejo  
y vos la postrera mano.

Prendas son que di primero  
que os viese, español famoso;  
mas sólo advertiros quiero  
que os las doy como celoso  
y no como caballero.

Después que os vi y os amé,  
nunca más, mi bien, le hablé,  
bien lo dice el desengaño;  
mas, ¿cómo os pude hacer daño  
si en vuestro tiempo no fué?

Id esta noche a la huerta  
y no perdáis ocasión;  
que si vuestra dicha acierta  
a que toméis posesión  
hay grande gloria encubierta.

Mi dulce amor, ¿qué es aquesto?  
Alzad los ojos, mi vida,  
no estéis tan triste y compuesto,  
que no es la ocasión perdida  
ni se acaba amor tan presto.

No haya más, si me queréis;  
que aquesta noche veréis  
en qué obligación me estáis.  
Queréis hablar y no habláis;  
pues hablad, que bien podéis.

D. J U.

¿Qué no podrás, Doriclea,  
siendo ya tirano en mí?  
Lo que tú quisieras sea,  
por que se conozca en ti  
cuánto sufre quien desea.

Y quíerote confesar  
que estas prendas con furor (1)  
pueden, al mundo (2), obligar;  
más me han doblado el amor  
que me han podido enojar.

Mira en qué puesto me veo,  
pues cuanto me dices creo,  
aunque más celos me den,  
que el competidor del bien  
aumenta siempre el deseo.

Fuera en mí temeridad  
no creer tu celo honesto  
y de tu amor la verdad,  
pues me prometes tan presto  
la mayor seguridad.

Seguro quedo y contento.

(1) En el ms. «que estas prendas que a furor».

(2) En el impreso «amando».

DOR. De aquestas prendas, ¿qué haré?  
Darlas al fuego.

D. J U. No siento  
que las ofenda, aunque esté  
dentro del (1) mismo elemento;  
y gran sacrificio fuera  
que a tus pensamientos diera  
tan mal pago siendo ingrato,  
y era quemar tu retrato.  
quemar al sol en su esfera.

Y fuera ponerle en él  
hacer su figura bella,  
hermosura de Luzbel,  
a quien su loca hermosura  
puso en fuego tan cruel.

Viva tu retrato y vivan  
estos papeles, que privan  
de fuerza al fuego y sus lielos,  
y como estampa de cielos  
dentro del alma se escriban.

Seguro viva en ausencia  
el dueño de aquesta joya,  
y aunque tú das la sentencia  
yo los sacaré de Troya  
en hombros de mi paciencia.

Por lo cual te ruego y pido  
que me abracés en señal  
que has de hacer lo prometido.

DOR. ¿Quién ha visto amor igual  
ni enredo tan bien fingido?

Con estos falsos amores  
poder Rosaura me ha dado  
para cintas, para flores,  
para escribir recatado  
y para honestos favores.

Pero no hay cláusula en él  
en que diga que le abraza.  
¿Pero qué haré yo por él  
si muere por mí y si nace  
de mí su pena cruel?

Que no soy piedra tan dura  
que no sienta y agradezca  
tan grande amor, fe tan pura;  
que el ver que por mí padezca  
me va obligando a blandura.

¡Oli cómo merecería  
Rosaura un engaño agora!  
Mucho os temo, lealtad mía,  
que el ver que un hombre la adora  
mueve la mujer más fría.

¡Qué bien dice lo que siente,

qué verdad, qué proceder!  
Pero, pensamiento, tente,  
que imagino soy mujer  
y no habrá mal que no intente.  
Pero de abrazarle aquí,  
¿qué ofensa el poder recibe?

(Abrazanse, y sale la PRINCESA.)

D. J U. ¿Haslo consultado?

DOR. Sí.

Esta es prenda donde escribe  
mi amor. Detente, ¡ay de mí!  
Vistonos ha la Princesa;  
salte de la sala apriesa.

D. J U. Turbado estoy.

DOR. Vete.

D. J U. Adiós.

(Vase.)

ROS. Ya tan amigos los dos.  
¡Oli qué bien!

DOR. ¿Desto te pesa?  
¿Tú no me tienes mandado  
que esto finja?

ROS. A fe que has dado  
indicios de bien mandada.  
¿Cómo sabes que me agrada  
que te abraza?

DOR. Si en cuidado  
te pone ya mi intención,  
no me mandes.

ROS. Que es razón  
que me obedezcas es justo;  
pero tampoco no gusto  
que excedas la comisión.

¿Qué te tengo yo encargado?

DOR. Responder, favorecer,  
escribir, mostrar cuidado.

ROS. ¿Pues por qué tienes de hacer  
más de lo que te han mandado?

DOR. Pidióme que le abrazase.  
¿Qué respuesta darle pude  
para que no se enojase?  
Pero si quieres que mude  
de intento, este abrazo pase,  
que no le abrazaré más.

ROS. ¡Ah infame, cómo me engaña  
tu lengua! ¿Abrazo le das?  
¿Vencióte el brío de España?  
Perdida por él estás.

Pero, ¿qué milagro ha sido  
que quieras quien te ha querido,  
pues quien no me quiere quiero?

(1) En el impreso «su».

Tú gozas el verdadero,  
y yo gozo amor fingido.

Sabes que te adora y quiere,  
¿qué mucho que tú le quieras  
cuando su amor te refiere  
y que por un hombre mueras  
que por tus amores muere?

Loca he sido, soy mujer;  
por no desdorar mi honor  
ni dar mi amor a entender  
quise gozar sin amor.  
¿Quién me le pudo tener?

Mis gustos fueron de ciego,  
que no vió lo que gozó;  
al mejor sentido niego  
el bien de que se privó;  
soy al fin ciego que juego.

Dasme cartas por burlarme;  
si no me dices verdad,  
¿qué importa el juego darme (1),  
que es tuya mi libertad  
y está en tu mano ganarme?

Mas yo lo remediaré.  
No estés delante de mí.

DOR. Apriétasme sin por qué;  
basta, que voy por aquí  
adonde jamás pensé.

Temiendo voy que don Juan  
(*A parte.*)

se me va en el alma entrando.  
Si celos y amor están  
a la voluntad llamando,  
aunque no quiera, entrarán.

(*Vase, y entra ARNALDO con el REY, y HONORIO.*)

ARN.

Aquí el embajador de España viene.

REY.

Dadme esos pies.

ROS.

Como es razón estimo  
el amor que me muestra el Rey Alfonso;  
lee esas cartas y daré respuesta.

(*Dale unas cartas.*)

REY.

Bellísima mujer, Honorio.

HON.

Es grande  
la fama de su ingenio y hermosura.

REY.

Casaréme con ella, no lo dudes.

ARN.

El español te mira. Mas, ¿quién duda  
que su Rey le ha mandado que mirase  
desde las partes de tu cuerpo hermoso  
hasta los dones de tu alma? ¡Oh, cielos,  
que me abraso de celos! Si supiera  
que aqueste embajador venía a la corte  
le quitara la vida en el camino.

REY.

Antes de agora, gran Princesa, había  
el Rey Alfonso escrito a vuestra alteza.  
Trajo las cartas un don Juan de Haro,  
a quien dicen que ciertos caballeros  
pretendieron matar, y no ha faltado  
quien diga que de vos fué socorrido.

ROS.

Aquí puedo saber lo que deseo.  
¿Quién es don Juan de Haro allá en España?

REY.

Es, señora, un honrado caballero,  
de los señores de Vizcaya nobles,  
gallardo en paz y tan valiente en guerra  
que tiemblan dél los castellanos moros  
del Duero al Tajo y desde el Tajo al Betis.

ROS.

¿Qué desgracia ha tenido con Alfonso?

REY.

Ainó a su hermana y pretendió gozalla;  
que si se la pidiera en casamiento  
pienso que se la diera el Rey, que estima  
de don Juan el valor.

ROS.

Aguarda afuera,  
que ya salgo, español, a responderte.

(*Vase.*)

REY.

¡Ay, Honorio! sin duda que responde  
que acepta el casamiento.

HON.

¿Y si le acepta?

REY.

Descubriréme y casaréme luego;  
que el amor que me entró por los oídos  
se ha confirmado por los ojos.

(1) En el ms. «¿qué importa buen juego darme».

HON.  
 Entra,  
 que no te engañas.  
 REY.  
 ¿No es muy bella?  
 HON.  
 Es ángel.  
*(Vase el Rey y Honorio.)*

ROS.  
 Arnaldo, a no haber sido de mis padres  
 la mayor encomienda el estimarte  
 y tener tu consejo por espejo  
 de todas mis acciones (1), me obligara  
 el amor que te tengo a descubrirte  
 lo que apenas pensé que imaginara.  
 Yo he puesto en el valor de un caballero  
 los ojos; Reina soy. ¿Reyes qué importan?  
 No quiero reinos, gusto, quiero, Arnaldo;  
 casarme tengo con mi propio gusto.

ARN.  
 ¡Ay celos, hoy sin duda mis deseos  
 hallan el fin que mi temor les niega!  
 Yo apostaré que soy a quién elige,  
 yo apostaré que soy el que prefiere  
 a todas las grandezas de estos Príncipes.  
 Soy natural, criéme en su palacio,  
 conóceme, experiencia tiene en todo  
 lo que para el gobierno de su reino  
 puede querer del que por dueño escoge.  
 Señora, gran valor tu pecho muestra  
 en despreciar los extranjeros reyes  
 y en elegir un caballero pobre.  
 Tú tienes reinos.

ROS.  
 Luego acierto.

ARN.  
 Aciertas.

¿Pero no me dirás el venturoso  
 que mereció tus altos pensamientos?

ROS.  
 ¡Ay, Arnaldo, no sé cómo lo diga!

ARN.  
 Que (2) bien podrás; que nunca amor espanta,  
 aunque en desigualdades ponga el gusto.

ROS.  
 Este noble español, este gallardo

español, Conde Arnaldo, este famoso (1).  
 Don Juan (2)

ARN.  
 ¿Qué me dices?

ROS.  
 Este ha sido  
 en quien puse los ojos.

ARN.  
 No prosigas,  
 que es desatino y de tu reino afrenta.

ROS.  
 ¿De qué manera?

ARN.  
 ¿Cómo un hombre bajo  
 nos ha de gobernar?

ROS.  
 ¿Bajo es un hombre  
 que desprecia de un Rey la hermana, Conde,  
 y que si la quisiera se la dieran?

ARN.  
 En su tierra será lo que él quisiere;  
 pero en la nuestra...

ROS.  
 Calla, que estás loco.  
 Luego el oro, las perlas, los diamantes,  
 sólo tienen valor adonde nacen.  
 Tú me has aconsejado que procure  
 mi gusto: este es mi gusto.

ARN.  
 Es gusto injusto,  
 y si lo intentas, caballeros tiene  
 Bretaña que sabrán quitar la vida  
 al español y al Rey que te pretende.

ROS.  
 ¡Oh, villano! ¡Prendedle! ¡Ah, gente! ¡Ah, guar-  
 ¡Matadle! ¿Cómo si en mi pecho vive [da!  
 don Juan ha de tener dueño Bretaña?  
 Muera la envidia infame, y ¡viva España!

(1) En el ms. pone este verso así: «Don Juan que  
 conoces, aqueste».

(2) En el impreso «español» por tercera vez.

(1) En el impreso «pasiones», por errata.

(2) Así en el original; pero deberá decir «muy».

## JORNADA TERCERA

(*Salen tres ALABARDEROS que traen preso a HERNANDILLO.*)

HER. ¿Preso a mí? ¿Por qué razón?

ALAB. 1.º Villano, ¿qué te defiendes?

HER. Cosas de Rosaura son.

Creo, don Juan, que pretendes  
la tuya y mi perdición.

Díjale que hablase y viese  
a este embajador de España  
y que no se le escondiese,  
pues al venir a Bretaña  
no es posible que no fuese  
sino a informar contra él  
a la Princesa, y no quiso  
verse un momento con él  
para que tomase aviso  
de su fortuna cruel.

Hombre incapaz de consejo,  
matará su porfía;  
que el más sabio y el más viejo  
se han de mirar cada día  
a su amigo y a su espejo.

ALAB. 2.º A él no le prenden, no;  
a ti solo nos mandó  
prender Rosaura.

HER. ¡Ay de mí!  
Si es porque a la luerta fuí,  
¿qué culpa le tengo yo?

Hame criado don Juan,  
que yo era un pobre asturiano (1);  
debo conocer el pan.

ALAB. 3.º Acaba, necio villano.

HER. Señores, ¿adónde van?

ALAB. 1.º A palacio te llevamos.

HER. A la horca imaginé.

ALAB. 2.º Cuando su intención sepan  
y tal sentencia se dé,  
sobran almenas y ramos  
en el campo que se ve.

HER. Si ramo hubiere de ser,  
saúco, por Dios, no sea.  
¿Quién me mandaba entender  
en cosas de Doriclea?  
¿Qué mal no causa mujer?

Pues, por Dios, que no la vi,  
aunque allí me puse en vela,  
él sabe que me dormí  
encima de la rodela  
hasta que su voz sentí.

Mejor allá, con mis bueyes,  
buscaba a mi vida trazas.  
Mas ya que vine a tus leyes,  
¿quién metió a mis almohazas  
en los cetros de los Reyes?

ALAB. 3.º Consuélate, español bravo,  
no muestres esa flaqueza;  
que de vosotros alabo  
la vida y la fortaleza.

HER. Estoy de la vida al cabo.  
Quien se puede consolar  
de morir desta manera  
no es hombre, es bestia; pues dar  
pasos para una escalera  
más los quisiera rodar.

¡Ay, miserable Hernandillo!  
¿Privabas tú con el Rey  
de León? Quiero decillo:  
nidalgo soy, y la ley  
me ha condenado a cuchillo.

No he de morir en cordel,  
que yo no he sido ladrón,  
antes muero por ser fiel.

ALAB. 1.º Calla, español fanfarrón,  
no temas morir en él.

ALAB. 2.º La Princesa sale.

ALAB. 3.º Aquí  
el español te traemos.

(*Sale ROSAURA.*)

ROS. ¿E's Hernandillo?

HER. Yo fuí.

Dame esos pies.

ROS. Sin extremos.

HER. ¿Cómo faltaran en mí?

De un rosario de coral  
son los extremos la muerte;  
pues que llego a tiempo tal  
que me la das, Reina, advierte  
los extremos de mi mal.

El diablo me trujo aquí.  
¡Pero si estoy sentenciado!  
Y pues, Reina, ¿cómo, di,  
he de morir ahorcado  
habiéndote visto a ti?

Mas ya lo debo de estar,  
pues, viéndote, un ángel veo.  
ROS. Deja, Hernando, de llorar.  
HER. Mi inocencia te deseo  
con este llanto abonar.

ROS. Pues de ti quieres que digan,  
español, qué puede ser  
que lágrimas te fatigan.

(1) En el ms. «yo soy un hombre cristiano».

HER. Lloro porque eres mujer.  
¡Las lágrimas tanto obligan!  
ROS. Salíos todos allá fuera  
y aguardad en esa sala.  
HER. ¡Oh gran Reina, considera  
que amor cielo y tierra iguala;  
don Juan viva, Hernando muera!

Mátame a mí, que yo he sido  
el que la culpa he tenido;  
no mates a mi señor,  
que es hombre de más valor  
que en toda España ha nacido.

Doriclea me mandaba  
ir a la huerta, señora,  
que el triste seguro estaba.  
ROS. Más que yo te preguntaba  
me estás confesando agora.

¡Ay, Hernando, y cuán distinto  
es mi mal y tu temor!  
Si mis agravios te pinto,  
verás que me ha puesto amor  
en más ciego laberinto.

Llégate acá; y pues el cielo  
te dotó, para consuelo  
de mi locura y pasión,  
de pobreza y discreción...

HER. Prosigue.

ROS. Cúbreme un hielo.

Advierte lo que es mujer.  
Ni a Semíramis, ni a Dido,  
ni a Mesalina has de ver;  
toda en mí se ha reducido (1)  
la flaqueza de su ser.

¿Quieres ejemplo? Pues mira  
que quien su amor ha encubierto  
a hombre que a ser rey aspira  
a un criado ha descubierto  
lo que a su bajeza admira.

Mira qué puede fiarse  
de este nuevo entendimiento,  
pues quien, por no sujetarse,  
calló a tu señor su intento  
y a ti viene a declararse.

Reiráste de mi flaqueza,  
burlarás de nuestro ser (2)  
la loca naturaleza;  
mas no después de saber  
que esto importa a mi grandeza.

HER. Qué, ¿no me mandas matar  
por haber ido a la huerta

ni la rodela llevar?

ROS. ¡Ay, amigo, que estoy muerta  
de diferente pesar!

HER. Dame setecientas veces  
tus pies, quíebreme esta boca  
con ellos.

ROS. Si te me ofreces,  
pues como a hidalgo te toca  
servirme, como encareces,  
de decirme la verdad,  
en tu baja calidad  
pondré un título.

HER. Señora,  
un Trajano seré agora.

ROS. Cielos, mi amor perdonad.

Yo, Hernando, después que vi  
a don Juan, perdí mi ser;  
no pienses más de que fui,  
naturalmente, mujer;  
como mujer me rendí.

Porque su conversación  
fué, sin que él lo entendiese,  
conforme a mi obligación.  
Que Doriclea fingiese  
quererle fué mi intención;  
fingió, escribió que le amaba;

que a Feliciano adoraba  
y amar a don Juan fingía.  
Al fin, le hablaba de día  
y yo de noche le hablaba;

que no ha sido Doriclea,  
sino yo. Mas ya que entiendo  
que el Rey de León desea  
darle su hermana, pretendo  
que mayor prenda posea.

Que de aqueste embajador  
he sabido su valor,  
y viendo que me merece,  
quiero ofrecer lo que ofrece  
siempre un verdadero amor.

Rey ha de ser de Bretaña  
don Juan, y será mi esposo;  
sólo impedirá la hazaña  
con que ha de ser tan dichoso  
estar casado en España.

Y así, te mandé traer  
porque tu lealtad me diga  
si es la infanta su mujer.  
Mira, Hernando, que te obliga  
la grandeza de mi ser.

Que yo, por justo temor  
de vasallos envidiosos  
de don Juan que su valor,

(1) En el impreso «producido».

(2) En el ms. «burlarás de mi ser».

tiene a mis Grandes celosos,  
aunque es más grande mi amor.

Quiero casarme en secreto,  
y aun esta (1) noche ha de ser;  
mas si después del efeto  
tuviese don Juan mujer  
y a un rey perdiere el respeto,  
buena, ¡por Dios!, quedaría!  
la Princesa de Bretaña;  
pues cuando la injuria mía  
quisiese hacer guerra a España,  
mayor deshonra sería.

Dime verdad, y responde,  
como hidalgo, a toda ley,  
si es casado, cómo y dónde;  
que quien hace a don Juan Rey  
a ti, Hernando, te hará Conde.

HER. ¡Mire por dónde ha venido  
Hernandillo a tal grandeza!  
Nadie, aunque esté más perdido,  
desconfíe. Y vuestra alteza  
me dé esos pies que le pido (2);

pues siendo cierto este día,  
que está segura la traza,  
con que gozarle confía,  
desde mi humilde almohaza  
me sube a tal señoría.

Nunca se casó don Juan  
con Arnelinda, ¡por Dios!  
¿Y también sabes que están  
desobligados los dos?

ROS.

HER.

Rosaura, escrito se han;  
pero tomado una mano,  
de ningún modo, ni fuera  
posible estando su hermano  
advertido; de manera  
que fuera su intento vano.

No le mandara matar  
de ninguna suerte cuando  
él la pudiera gozar.  
¿Cierto?

ROS.

HER.

¡Por vida de Hernando,  
que los mandara casar!

Vuestra alteza esté segura;  
haga Rey al mejor hombre  
que tiene España (3).

ROS.

Ventura  
tiene don Juan.

HER.

No te asombre

lo que tu reino procura;  
que le das un Rey de oro,  
gloria del honor cristiano (1),  
temor del orgullo moro;  
y a mí, que me ves tan llano,  
soy hombre de buen decoro.

No hay en mi linaje ofensa;  
los envidiosos lo digan;  
la almohaza es mi defensa;  
que los trabajos obligan  
a lo que el hombre no piensa.

Mil con rojos (2) y amarillos  
hábitos hacen corrillos (3)  
contra el lacayo que ves,  
que puede honrar un pavés  
con diez y nueve castillos.

Cuando yo vuelva a León,  
¿qué dirán los mal nacidos  
de verme Conde bretón?

ROS.

¿Qué dudan ya mis sentidos?  
Falsas mis sospechas son.

¡Ah de la guarda!

(Salen los tres ALABARDEROS.)

ALAB. 1.º

Señora.

ROS.

Cerrad en este aposento  
a este español.

HER.

¿Pues agora  
sales con eso?

ROS.

Al momento.

HER.

Esta mudanza os desdora.

Con esto, ¿quién ha de haber  
que de vuestro flaco ser  
tenga jamás buen conceto?

ROS.

Esto importa a mi secreto.

HER.

¡Brava industria!

ROS.

Soy mujer.

Advertid que esté cerrado  
y veladle con cuidado  
toda esta noche hasta el día.

HER.

Qué poco fui señoría  
por subir de establo a Estado.

(Meten a Hernando los Alabarderos, y sale PINABELO.)

PIN.

Celio me fué a decir que me llamaba,  
gran señora, tu alteza.

ROS.

¡Oli, Pinabelo!

(1) En el ms. «aquesta».

(2) En el impreso «los pies, los pies pido».

(3) En el ms. «que ciñe espada».

(1) En el ms. «gloria de un reino cristiano».

(2) En el impreso «cordosos», por errata.

(3) En el impreso «de orillos», por errata.



a que hoy vinieses aguardando estaba.

Aguarda un poco. Hoy me promete el cielo un grande bien casándome a mi gusto; la noche obscura tiende el negro velo.

Tales celos me ha dado y tal disgusto, ardiéndose en mi pecho (1) Doriclea y queriendo (2) a don Juan más de lo justo, que ya no quiero que tercera sea ni que a don Juan escriba; que es locura que adore a una mujer y otra posea.

Llegada es de mi bien la coyuntura; rindo mi honor, mi pensamiento allano; goce de la ocasión, de su ventura.

Este papel le escribo de mi mano, en que para esta noche le prometo la posesión que le defiende en vano. Pinabelo.

PIN.

Señora.

ROS.

Con secreto

darás al español, que ya conoces, este papel; no más, tú eres discreto.

PIN.

Mil años, Reina, de tu esposo goces; que por la sucesión que en ti desea tu verde edad tu reino daba voces.

(Vase Rosaura, y sale el REY y HONORIO.)

REY.

¿Por qué culpas, Honorio, lo que dice?

HON.

Porque no te conozcan, y Rosaura de verte en traje vil se escandalice.

REY.

Enciende, convertido en sutil aura, mi fuego con sus alas un deseo donde de amor el fénix se restaura.

Este sale a los ojos con que veo, es dueño de la lengua con que digo mil cosas que yo mismo no las creo.

Mas no por eso a imaginar me obligo; que soy quien soy; que lo que no se espera deslumbra la verdad, Honorio amigo.

HON.

¿Y qué aguardamos ya?

REY.

Que ella me quiera, respondiendo a mis cartas, por esposo.

HON.

Sí hará, si tu grandeza considera.

(Llega PINABELO al Rey, y dice:)

PIN.

¿Puédote hablar, embajador famoso?

REY.

¡Oh, Pinabelo! ¿hay novedad alguna que a mis cosas prometa fin dichoso?

PIN.

Hoy está de tu parte la fortuna; sin duda que tu Rey goza esta diosa que el mundo con suspiros importuna.

Despacha un caballero a la famosa corte de España, que este papel creo que firma que es del Rey de León esposa.

REY.

El cielo escuche nuestro buen deseo; sólo ser papel suyo basta agora y que sin duda lo que dices creo.

PIN.

A España llevaréis una señora que no la ve más generosa y bella la lámpara del sol en cuanto dora.

REY.

No dudes de que goce también ella un hombre igual a su valor y partes.

PIN.

Siempre tengan favorable estrella.

Para leerle quiero que te apartes aun de mí mismo; adiós te queda.

REY.

Espera.

¿Sin prenda de mi amor o de mí te apartes?

Toma aqueste diamante, que quisiera que fuera el sol, en luz; en precio, el mundo, y el fino engaste, el oro de su esfera.

PIN.

Prendas de amor tienen valor profundo; para señal de tuyo, el don aceto.

(Vase Pinabelo solo.)

(1) En el impreso «el fuego».

(2) En el ms. «escribiendo».

REY.

Qué bien aquí mis esperanzas fundo.

Allega Honorio; veremos el efeto  
que ha hecho mi venida en esta dama;  
que para tu privanza no hay secreto.

HON.

¿Eso dudabas de tu buena fama?

REY.

«Al español», el sobrescrito dice.

HON.

Lo que tienes mejor, eso te llama.  
Léele, porque tu gusto solemnice.

(*Abre el Rey la carta, y léela, diciendo:*)

REY.

«Habiendo hecho información de quién eres,  
y certificada de tu valor, no quiero que entre  
los dos haya amor que sea secreto. Ven esta  
noche a la huerta, que para que tus envidiosos  
no estorben que seas Rey de Bretaña y mi ma-  
rido, te daré posesión de lo que es menos res-  
peto del alma, que desde aquí te he dado.—*Rosa-  
ura.*»

HON. ¡Notable caso!

REY. ¡Espantoso!

HON. Informóle de quien eras  
algún español quejoso  
de que a peligro pusieras  
la vida, el reino, el reposo.

Que eras el Rey le han contado.

Ella, viendo que has dejado  
por verla tu patria así,  
enamorada de ti,  
reino y posesión te ha dado.

Y es buen medio; que en Bretaña  
tendrán esta pretensión (1)  
muchos, que ella desengaña,  
o a lo menos a traición (2),  
que la goce el Rey de España.

Y por eso en esa huerta  
verse contigo concierta;  
porque posesión tomada,  
queda por fuerza casada  
y su pretensión incierta.

Bien ha hecho, y ha impedido  
que la envidia nos impida  
lo que habemos pretendido.

REY. Noche de estrellas vestida,

favor a tus luces pido.

Baja de tu negro ocaso,  
saca el carro al cielo raso,  
sientan tus caballos dueño,  
pica al olvido y al sueño  
para que alarguen el paso.

No porque quiero, que antes  
que aqueste engaño ejecutes  
le entoldes de tus diamantes,  
antes quiero que le enlutes  
de tinieblas semejantes.

Bella Andrómeda, Ariadna,  
Calixto y cuantas estrellas  
ya tuvisteis forma humana,  
y vos la mejor estre ellas,  
de la triforme Diana.

Pues amastes a Perseo,  
a Júpiter, a Teseo  
y al pastor Endimión,  
cubrid en esta ocasión  
vuestro resplandor, febeo (1).

Goce yo tanta ventura;  
saca tu cabeza obscura,  
dulce noche, destocada;  
así del alba rosada  
goces el ambrosia pura.

HON. ¡Poética exclamación!

No hay duda, sino que baje  
a tanta conjuración.

REY. Vamos a mudar de traje.  
¿Son las seis?

HON. Las cinco son.

REY. Mira que dieron denantes  
y que ha mil siglos que espero.

HON. No me espanto.

REY. No te espantes,  
que anda siempre delantero  
el reloj de los amantes.

(*Vanse, y salen FELICIANO y el CONDE ARNALDO.*)

FEL. Hame vuelto del camino,  
Arnaldo, el mismo furor;  
no puedo lo que imagino,  
porque residiendo amor  
se convierte en desatino.

No tiene mi honor poder  
para poder resistir  
la injuria de una mujer;  
que agravios hacen huir  
y celos hacen volver.

Salí con mil desatinos,

(1) En el ms. «perderán la pretensión».

(2) En el ms. «o a lo menos en razón».

(1) Falta esta quintilla en el ms.

Arnaldo, de la ciudad;  
mas estos celos indines  
son vara de la hermandad  
que preñen por los caminos.

Son sogá, aunque de cabellos,  
que tira un hombre con ellos  
la ingrata que tiene el cabo;  
hierros en rostro de esclavo,  
que le conocen por ellos.

Son como joya olvidada  
que al caminante forzó  
a volver a la posada,  
por cuya causa perdió  
la mitad de la jornada (1).

Son agua o sol que detiene  
la brevedad del camino,  
que quien huye y celos tiene,  
agua que a los ojos vino,  
fuego que del alma viene.

En fin, me pude volver  
del camino comenzado  
solo, Arnaldo, con saber  
de don Juan imaginado  
que hoy goza desta mujer.

ARN. ¡Ay, Feliciano, cuán lejos  
vais, cierto, de aquel dolor (2)  
que tiene a los dos perplejos!  
Celos no es el sol de amor,  
pero es de su luz reflejos.

Arde amor, y reverbera  
en celos su rayo ardiente;  
mi mal como el vuestro fuera;  
pero mi mal no consiente  
ni que olvide ni que quiera (3).

Así fuera yo querido  
como vos de Doriclea;  
ya el encanto se ha sabido.  
¿Qué me decís?

FEL.

ARN.

Que os desea,  
perdida, y estáis perdido.

Ama Rosaura a don Juan,  
Doriclea le entretiene;  
si en la huerta hablando están  
es porque Rosaura viene  
y ella y las damás se van.

Afeite es deste arrebol  
su flaqueza, y atropella  
su honor, y así el español  
piensa que goza la estrella

y está en los brazos del sol.

FEL. ¿Es posible, o me engaáis  
con los celos que tenéis?

ARN. Para que más lo creáis  
quiero que os desengaéis,  
que hay mayor mal que pensáis.

FEL. ¿De qué suerte?

ARN. Hoy me llamó,  
y como, en fin, se informó  
de que era don Juan de Haro  
de linaje ilustre y claro,  
conmigo se declaró;  
que casarse pretendía  
con él, me dijo.

FEL. ¡Ah, liviana!

ARN. Y que hombre que merecía  
de un Rey de León hermana,  
serlo en Bretaña podía.

Respondíle de mi amor,  
de su locura olvidado,  
perdí la vista y color,  
porque el color demudado  
muestra del alma el furor.

Que era espantosa locura,  
y indigna de su grandeza;  
ella, encendida cual pura  
rosa, aumentó su belleza.  
¿Quién vió furor y hermosura?

Y díjome que tenía  
reino y que gusto quería.  
Mudé otro nuevo color  
entonces, que ya mi amor,  
sueñas las riendas, corría (1),

y respondí que en Bretaña  
habría mil que impidiesen  
que nos gobernase España.  
Dió voces que me prendiesen.  
¿A ti, Conde? Cosa extraña.

FEL.

ARN.

Tiento la espada, enmudezco,  
calo el sombrero y la guarda;  
mírome, tiemblo, y parezco  
pólvora que el fuego aguarda;  
si me la dan, yo parezco.

Que en el punto que me vi  
echar a la mar la ropa  
ser pólvora pretendí,  
que aunque abrasa a lo que topa  
al fin se consume a sí (2).

Nuevo Sansón me contemplo;  
cayera y cayera el templo

(1) Faltan las dos quintillas anteriores en el ms.

(2) En el impreso dice: «vas de aquel cierto dolor».

(3) Falta esta quintilla en el ms.

(1) Falta esta quintilla en el ms.

(2) Falta esta quintilla en el ms.

FEL. en que mi venganza fundo,  
para dejar en el mundo  
no menos glorioso ejemplo (1).  
¡De qué extraña variedad  
se forma la confusión  
de la vida en esta edad!  
Así, cuantas cosas son  
tienen ser y calidad.

De lo que aquel empobrece  
éste medra y enriquece;  
aquél enferma, éste sana;  
que para menguar mañana,  
se hincha el mar, la luna crece.

Aquellos van sosegados,  
los otros vienen quejosos,  
hay queridos y olvidados;  
porque no hubiera dichosos  
si no hubiera desdichados (2).

Conde, de oír tu tormento  
nace mi gusto y contento;  
perdonad esta alegría,  
que yo os juro que en ser mía  
presto la llevara (3) el viento.

Vos estábades ufano  
y yo triste, y ya la suerte  
trocó el azar.

ARN. Feliciano,  
hoy hemos de dar la muerte  
a aqueste español villano.

FEL. Conmigo habéis de venir,  
donde al entrar de la huerta,  
¡vive Dios, que ha de morir!  
Será cerrar yo la puerta  
que el amor me quiere abrir.

Si él no goza a Doriclea  
y ella me quiere y desea,  
dando muerte a este español,  
¿cómo, Conde, querrá el sol  
que sus estrellas posea?

Ha de ser fuerza ausentarme,  
ha de ser fuerza perdella;  
bien podéis, Conde, mandarme  
lo que no fuere ofendella,  
que el ofendella es matarme,

y el amigo ha de querer  
lo que es honesto y es justo.

ARN. Así dicen que ha de ser,  
y de suplicaros gusto  
cosa que podáis hacer.

FEL. ¿Cómo?

ARN. (*Al oído.*) Como hoy.

FEL. Que me place.

ARN. ¿Daisme palabra?

FEL. Sí doy;  
que no hace ni deshace  
que muera o que viva hoy  
quien ni bien ni mal me hace.  
Quedad con Dios.

(*Vase Feliciano.*)

ARN. El os guarde.

Y El vive, que si no fuera  
porque el vengarme no tarde,  
que aquí donde estoy le diera  
muerte a este infame cobarde.

La verdadera amistad  
no repara en propio bien  
cuando se trata verdad,  
pues no ha de faltarme quien  
muestre a mis cosas lealtad.

Hablaré al Conde Leonicio,  
que de su amor tengo indicio,  
y mataré al español;  
porque en poniendo su sol (1),  
haga (2) la luna su oficio.

(*Vase, y sale DORICLEA y LUCINDA, villana.*)

DOR. Tendrás, Lucinda, cuidado,  
porque ha de venir don Juan,  
que esté tu esposo acostado.

LUC. Cuantos en la huerta están  
han ido esta noche al prado;

que como víspera es  
del primero día de mayo,  
desde las dos a las tres  
hasta que despierte el rayo  
del sol las flores que ves

con música adornarán  
cuantas puertas aquí están  
de todas las hortelanas.

DOR. Eso he visto las mañanas  
de San Pedro y de San Juan.

LUC. La de mayo es mayor fiesta,  
porque en mañana como esta  
casan las mozas baldías  
de todas las caserías  
y anda el amor sobre apuesta.

Y antes os viene mejor,  
porque entre tanto ruido

(1) En el ms. «no menos gloria que ejemplo».

(2) Faltan en el ms. las dos quintillas anteriores.

(3) En el impreso «me la lleve».

(1) En el ms. «poniéndose el sol».

(2) En el ms. «hará».

de hortelano y labrador  
no sea don Juan sentido  
si habéis de hacerle favor.

¿A qué hora ha de venir?

DOR. Vendrá a las doce.

LUC. Pues entre,  
que bien os podéis dormir  
sin que la gente le encuentre,  
y él, cuando el alba, salir.

Que ya estarán recogidos  
o por ventura dormidos  
al pie de los altos olmos  
o sobre los verdes colmos  
de nímbe y hierba tejidos.

DOR. Con todo ha de ser azar  
de mi pretensión.

LUC. Yo quiero,  
aunque no pensé, bailar,  
ir allá con mi pandero  
y al regocijo ayudar.

Que viniendo yo con ellos  
más presto haré recogellos,  
y vos de vuestro español  
gozaréis hasta que el sol  
peine sus rubios cabellos.

DOR. Hazlo, mi Lucinda, así;  
recoge los hortelanos,  
no haya nadie por aquí  
cuando el alba de sus manos  
riegue (1) el clavel y alhelí;  
que mi palabra te doy  
de darte una joya.

LUC. Espera,  
que al prado a llamarlos voy.

(Vase.)

DOR. ¿Quién de mi lealtad creyera  
que la que esto inventa soy?

Tanto Rosaura ha querido  
que finja, que a don Juan quiero;  
que de verle tan perdido  
ha parado en verdadero  
lo que comencé fingido.

Quiero a don Juan, y deseo  
que en esta ocasión que veo  
gane mi amor por la mano.  
Perdóneme Feliciano,  
que en mayor valor me empleo.

(Sale FELICIANO.)

FEL. Si amando llamarte puedo,

noche, fábrica de sombras,  
manto de cualquier enredo,  
tú, de cuyas negras sombras  
pende la capa del miedo,  
mis cobardes pasos guía,  
puesto que te llaman ciega,  
donde la esperanza mía  
al dulce puerto navega  
del bien que gozar solía.

Noche de luto cubierta,  
dame en esta verde huerta,  
si es que tu poder es cierto,  
a mis desengaños puerta  
y a mis esperanzas puerto (1).

No esté, pues, más ofendida (2)  
la vida, aunque honor se nombre,  
ser un ángel homicida.

DOR. ¡Ay, Dios, allí he visto un hombre!  
¿Sois vos, don Juan de mi vida?

FEL. La voz es de Doriclea,  
don Juan dijo, mal responde  
si a Feliciano desea;  
celos engañan al Conde.  
Temo que Rosaura sea,  
y no lo pudiera hacer  
en ofensa de su ser;  
es así (3) que me engañó;  
pero trataréla yo  
como a mudable mujer.

Hoy se verá que castiga  
el cielo injustas mudanzas.  
¿No entráis?

DOR.

FEL. A venganza obliga  
su traición; mis esperanzas  
cumplió amor, dulce enemiga.  
Entrad pues.

DOR.

FEL. Miro si hay gente.

DOR.

No, que están los hortelanos  
en el bosque de la fuente.

FEL.

Dame, señora, esas manos.

DOR.

Perdona, honor, que esto intente;  
tú me enseñaste, Rosaura,  
a amar a don Juan.

FEL.

¡Oh, fiera!

¡qué casta Porcia, qué Laura!

DOR.

Entra.

FEL.

¿Quién, noche, creyera  
lo que tu engaño (4) restaura?

(1) En el ms. falta esta quintilla

(2) En el ms. «no se me muestre ofendida».

(3) En el ms. «ella sí».

(4) En el impreso «daño».

(1) En el impreso «vierta».

(Entre DON JUAN solo.)

D. JUAN.

Dulce tormento do el amor se vía  
pues camináis al fin de mi esperanza,  
las alas esforzad, que cuando alcanza  
con más aliento el corazón porfía.

Sobre los ramos que esta huerta cría,  
pintad luego en su orilla (1) o semejanza  
del Fénix de la Arabia su mudanza;  
la obscura noche vela y duerme el día.

Pues llego cerca de su ilustre nido,  
y como (2) blanco azor las niñas tiendo;  
fuentes, no murmuréis ni hagáis ruido;

Que si callando a amor su alas prendo  
entre su pico de rubíes teñido,  
dejar el alma por la presa entiendo.

(Suena gran ruido de hortelanos, con sus instrumentos;  
cantan dentro.)

«Las mañanicas de abril  
dulces eran de dormir.»

D. JUAN. Hay, notable confusión;  
estos los villanos son  
jardineros de esta huerta:  
dejarles quiero la puerta  
si he de perder la ocasión.

CANTAN. «Las mañanicas de abril  
dulces eran de dormir,  
y las de mayo mejor,  
si no despertara amor.»

(Salen todos con sus ramos e instrumentos.)

BE. ¿Quién ha de echar los casados?

TOR. La música lo dirá,  
que ya los traigo estudiados.

D. JUAN. ¡Ay, ay, cuán perdida está  
la ocasión de mis cuidados!

LUC. Cántalos en voz erguida,  
que todos responderán.

D. JUAN. ¡Oh canalla mal nacida!  
¿Ved, por quien llora don Juan,  
tan alta ocasión perdida?

(Canta Torindo solo.)

TOR. «Belardo y Lucinda,  
¿casaránse?

TODOS. Sí.

TOR. Belisa y Castalio.

TODOS. ¡Oh qué par gentil!

TOR. Tirreno y Diana.

TODOS. Sol y serafín.

TOR. Clarinda y Riselo.

TODOS. Ebano y marfil.

TOR. Silvano y Belisa.

TODOS. Clavel y jazmín.

TOR. Toribio y Antonia.

TODOS. Apio y perejil.

TOR. Riselo y Pascuala.

TODOS. Torouja y cetí. (1)

TOR. Rebollo y Andrea.

TODOS. Guindas y pernil.

TOR. Las mañanicas de abril (2)  
dulces eran de dormir,  
y las de mayo mejor,  
si no despertara amor.»

(Asómase la INFANTA en lo alto del jardín.)

ROS. ¿Hay desdicha semejante?  
Que no supe esta costumbre  
de aquesta gente ignorante.  
¡Oh qué extraña pesadumbre  
se pone a mi bien delante!

Si habrá venido don Juan.  
D. JUAN. ¿Qué he de hacer, que no se van  
y allí siento a Doriclea?  
¿Qué hará quien pierde y desea  
una ocasión que le dan?

BEL. A las damas de palacio  
casad también.

TOR. Pues ya empiezo (3).

D. JUAN. Ellos lo toman despacio.

LUC. Alargad bien el pescuezo,  
que es muy largo el cartapacio.

(Torna a cantar, y responden todos.)

TOR. «Doriclea y don Juan,  
¿casaránse?

TODOS. Sí.

D. JUAN. Todo os lo perdono  
si sucede así.

TOR. Lisarda y Arnaldo.

TODOS. Rosa y alhelí

TOR. Augusta y Leonicio.

TODOS. Ximena y el Cid.

TOR. Laura y Feliciano.

TODOS. Rosa y torongil.

TOR. Pinabelo y Celia.

TODOS. Almendras y anís.

TOR. El Rey y la Reina.

(1) En el ms. «cintí».

(2) En los versos anteriores, como en éste, el manuscrito dice «mañanitas».

(3) En el ms. «Ya escompiezo».

(1) En el impreso «pintada pajarilla».

(2) En el ms. «pardo».

TODOS. San Juan y San Gil.  
 TOR. Tantos años vivan.  
 TODOS. Como el Rey David.  
 TOR. Si ella se empreñare.  
 TODOS. Para un paladín.  
 TOR. Tan valiente sea.  
 TODOS. Como un puercoespín.  
 TOR. Santantón la alumbre.  
 TODOS. Con el su candil.  
 TOR. Las mañanicas de abril  
 dulces eran de dormir,  
 y las de mayo mejor,  
 si no despertara amor.»

(Váyanse con grita, y entre HONORIO y el REY.)

D. JU. Gracias a Dios que se han ido;  
 voy a entrar. Mas, ¿qué ruido  
 de gente es este? Mejor  
 será esconderme.

REY. De amor  
 victoria y ejemplo he sido.  
 ¿Vienes bien puesto?

HON. Muy bien.

REY. Conde, los puestos recorre,  
 las sendas, y ve también  
 a ver la guarda en la torre.

(Vase Honorio solo, y entra el CONDE ARNALDO y  
 LEONICIO.)

ARN. Leonicio, el paso detén.

LEO. ¿Cómo?

ARN. Un hombre he visto allí,  
 y casi a la puerta llega (1).

LEO. ¿Hablaréle?

ARN. Espera, sí.

LEO. ¿Eres español?

REY. ¿Quién niega  
 que lo soy?

ARN. ¿Qué haces aquí?

REY. Gozo (2) el fresco.

D. JU. ¡Oh gran rigor,  
 si es este el embajador  
 y estos le quieren matar!

ARN. ¿No hallabas otro lugar  
 para tomarle mejor?

REY. Seguí aquestos hortelanos,  
 que con ramos en las manos  
 iban cantando y tañendo.

(1) En el ms. dicen estos versos:

«ARN. ¿Un hombre no ves allí  
 que casi a la puerta llega?»

(2) En el ms. «Tomo».

ARN. Matadle.

REY. Ofendido, ofendo.

(Llega DON JUAN.)

D. JU. ¿Dos para un hombre, villanos?  
 Mas si español le nombráis  
 no es mucho le acometáis  
 dos, y dos mil.

LEO. ¡Tente, fiero!

REY. Ya huyen.

D. JU. Seguirlos quiero.

(Huyan, y quédese el REY y DON JUAN.)

REY. Tened, hidalgo, y no os vais.

D. JU. Dejad que los mate.

REY. ¿Huyendo  
 no van? ¿Qué queréis?

D. JU. Matallos.

REY. Más conoceros pretendo  
 que seguillos.

D. JU. En dejallos  
 que os hago servicio entiendo.

REY. ¿Español sois?

D. JU. Vese claro  
 que vos lo sois.

REY. Sí, señor.

¿Quién sois?

D. JU. Lo mismo reparo.

REY. Yo soy el embajador.

D. JU. Y yo soy don Juan de Haro.

REY. ¿Quién?

D. JU. Don Juan.

REY. ¡Válame Dios!

D. JU. ¿Pues de qué os espantáis vos?

REY. ¡Ah, don Juan!: ¿Quién os dijera  
 que aquí y desta manera  
 nos halláramos los dos?

El enojo me has quitado,  
 que tuve por justa ley,  
 de tu lealtad injuriado.

D. JU. ¿Pues quién sois vos?

REY. Soy tu Rey.

No huyas.

D. JU. Estoy turbado.

REY. Abrázame.

D. JU. Con temor

parezco ante vos, señor.

REY. Antes yo vergüenza tengo.

D. JU. ¿Cómo vienes aquí?

REY. Vengo

forzado (1) de un justo amor.

(1) En el ms. «vencido».

Rosaura me ha conocido,  
por un papel he venido  
aquesta noche a gozalla.

D. JU. ¿Quién pudo desengañalla?

REY. Alguien de mi gente ha sido  
que ser yo el Rey le diría;  
y por que tuviese efeto  
que fuese Bretaña mía,  
casándonos de secreto  
le pareció que podría.

Y fué verdad con razón,  
de que hay muchos que aquí tienen  
esta misma pretensión;  
que llenos de envidia vienen  
para matarme a traición.

D. JU. A ninguno conocí;  
pero pues permite el cielo,  
señor, que lleguéis aquí,  
por que conozcáis el celo  
con que en España os serví;  
Y que allá los envidiosos  
de mi virtud y valor  
y de mis hechos famosos,  
para infamarme, señor,  
fueron con vos poderosos.

Entrad donde la gocéis;  
que mientras con ella estéis  
quedará en guarda a la puerta,  
para vos, Príncipe, abierta,  
que tan bien la merecéis. (1)

Y no digo que Sansón,  
Héctor, Pirro, Telamón,  
quedan por vuestro reparo;  
mas queda don Juan de Haro,  
sangre del Rey de León.

REY. Don Juan, si lo permitiera  
el tiempo, mucho quisiera  
hablar mis cosas contigo;  
soy tu Rey, eres mi amigo;  
ya ves que Rosaura espera,  
no me puedo detener.

D. JU. Entrad, que tiempo ha de haber  
para hablar; que es más razón  
que no perdáis ocasión  
en que más podéis perder.

REY. Voy, y tú espérame aquí.

D. JU. Sí haré, señor.

REY. ¡Ah, mi bien!

ROS. ¿Sois vos?

REY. Mi señora, sí.

(*Lléguese el Rey hacia la puerta, y baje ROSAURA.*)

ROS. Si os habrán visto.

REY. No hay quien.

ROS. Parece que sentí  
ruido en la puerta.

REY. Sería  
la guarda.

ROS. Los hortelancos,  
¿no os toparon?

REY. No venía,  
mi bien, por pasos tan llanos.  
Abridme, Rosaura mía.

ROS. ¿Sois mi esposo?

REY. Vuestro esclavo.

ROS. Entrad, que con esto acabo  
de mi amor todos las muestras;  
Bretaña y yo somos vuestras.

(*Entre el REY con ROSAURA.*)

D. JU. La resolución alabo.  
Esto si que es llegar (1)  
a gozar de la ocasión;  
no hay más bien que desear,  
que perdella no es razón  
cuando se puede ganar.

Contento estoy en extremo  
que tal reino el Rey posea.

(*Entra HERNANDILLO, perdido y desalentado.*)

HER. Que ya no he de hallarle temo.

D. JU. ¿Quién va?

HER. ¿Quién quiere que sea?  
Quien escapó de horca o remo,  
quien huyó de la prisión  
que tuvo por tu ocasión.

D. JU. Hernando, ¿dónde has estado?

HER. En una torre encerrado.

D. JU. ¿Preso?

HER. Sí.

D. JU. ¿Por qué razón?

HER. Pues he tenido ventura,  
oye la tuya, don Juan:  
Rosaura hacerte procura  
Rey de Bretaña, si dan (2)  
tiempo, lugar y ventura.

Con la guarda me llamó,  
la historia me declaró;  
su amor es el verdadero,  
suyo fué el papel primero  
y las joyas que te dió.

Que ella hizo a Doriclea

(1) En el ms. dice: «Entróse; si esto es llegar».

(2) En el impreso «y te dan».

(1) En el ms. falta esta quintilla.



que te escribiese y fingiese  
que te adora y te desea  
para que no se entendiese  
de su valor cosa fea.

La que de noche has hablado  
es la Princesa, señor;  
y habiéndose ya intornado  
de que te sobra valor  
para ser de un Rey cuñado

te ha escrito un tierno papel,  
llamándote dueño en él,  
y diciendo que la puerta  
tendría esta noche abierta  
deste amoroso vergel. (1)

Sólo quería informarse  
si eras casado en España  
para contigo casarse;  
hoy eres Rey de Bretaña,  
que no hay más que aventurarse.

Y como dije verdad  
jurando tu libertad,  
prometió por tu afición  
hacerme Conde bretón;  
brindis a tu majestad.

Ya eres Rey. Esto quería  
decirte; habla, responde,  
mirad a mi señoría;  
que bien puede un Rey a un Conde  
hacer cualquier cortesía.

¿Qué te suspendes? ¿Qué quieres?  
Sabe que nacen mil hombres  
con tal ventura en mujeres  
que han tenido reales nombres,  
y tú, don Juan, destos eres (2).

Entra, goza la ocasión,  
si no es que ya la has gozado,  
sacra majestad bretón,  
y a este Conde alacayado  
echa tu real bendición.

D. J U.

Que quiso levantarme la fortuna  
a tan alto lugar y le he perdido.  
Quien nació para pobre, ¿qué importuna  
al cielo de sus quejas ofendido?  
¿Habrá persona en todo el mundo alguna  
que a tan alto lugar haya subido  
y que tan presto dé tan gran caída?  
Tarde se cobra la ocasión perdida.  
Que subiesen los Césares romanos

(1) Faltan en el ms. las tres anteriores quintillas.

(2) Las tres quintillas anteriores no constan en el manuscrito.

a la alta dignidad del cetro augusto  
después de tantos hechos soberanos,  
ya, en fin, tuvieron de gozarle gusto.  
Mas yo, engañado por amores vanos,  
¿qué consuelo tendré de mi disgusto?  
si yerro de un papel erró mi vida,  
tarde se cobra la ocasión perdida (1).

¡Ay, amigo, que al Rey de León han dado  
ese papel que para mí venía!  
Que es este embajador, que, disfrazado,  
vino a robarme la ventura mía.  
Aquí llegó, llamó.

HER.

¿Y entró?

D. J U.

Ya ha entrado.

HER.

Luego no hay majestad ni señoría.

D. J U.

¿Adónde? ¿Cómo?

HER.

Vive Dios, que ha sido  
el pobre Hernando Conde mal parido.

Que aun título no tuve ¡alto! ¡Pacencial!  
Yo he caído en el limbo de los Condes.

D. J U.

¡Ah, fortuna cruel, con qué violencia  
me muestras la corona y me la escondes!  
Conociendo mi habla y mi presencia,  
Rosaura, a otro hombre desigual respondes.  
¿Parézcome yo al Rey?

HER.

De ningún modo.

D. J U.

Mis desdichas lo pueden hacer todo.

HER.

Consuélate, señor, y vuelve a España.

D. J U.

La puerta le guardaba, caso feo;  
¿qué de bajezas hace quien se engaña!

HER.

No des voces, señor.

D. J U.

Morir deseo.

(1) Falta en el ms. esta octava.

HER.

Pues no has podido ser Rey de Bretaña,  
serás de aquí adelante Rey de angeo.

D. J U.

Bien me consuelas.

HER.

¿Y mi señoría  
es por ventura (1) alguna niñería?

¿Y es barro haber perdido el pobre Hernando  
este condado por tan linda traza  
y ver el coronel de oro adornando,  
la vara del caballo y la almohaza? (2)

(Entre el CONDE ARNALDO, y el ALMIRANTE, PINABELO,  
y LEONICIO, y guarda con alabardas.)

ARN.

Ninguno dude que la está gozando.

HER.

Gran gente suena, la rodela embraza.

D. J U.

¡Ay, cielos, dos mil hombres juntos vienen!

HER.

Huye, señor, ¿qué resistencia tienen?

D. J U.

Huir no; pero estando aquí a la mira  
veré quién es el hombre que han buscado.  
Hernando, entre estos olmos te retira.

HER.

Mas que no para en bien este condado.

ARN.

Romped las puertas.

ALM.

Sosegad la ira,  
que ya os mostráis, Arnaldo, apasionado.  
Tengamos más respeto a la Princesa.

ARN.

¡Linda flema, por Dios. Romped apriesa!

(Sale DORICLEA a las voces y el ruido.)

DOR. ¿Qué es aquesto a quién buscáis  
con tantas armas y grita?

ARN. A Rosaura, Doriclea,  
Reina de Bretaña indigna,

y al traidor que está en sus brazos;  
que a un español que venía  
con él ya le habemos muerto  
al pie de aquestas encinas.  
Las espaldas le guardaba;  
y tú, pues lo mismo hacías,  
hoy morirás, Doriclea.

DOR. Arnaldo, con menos ira;  
y para que el Almirante  
y los que a tu lado (1) inclinas  
conozcan que te ha engañado  
más envidia que justicia,  
sal, don Juan, que eres mi esposo;  
sepan que a mí me servías,  
que Rosaura está inocente.  
ALM. ¿Veis, Conde, vuestras mentiras?  
HER. ¿Cómo es aquello, don Juan?  
D. J U. Esta mujer desatina,  
si no es que hay dos como yo.

(Sale FELICIANO.)

Caballeros, si no admiran  
las industrias en amor  
cuando los celos le incitan,  
sabad que soy Feliciano,  
y que con la seña misma  
que pensó venir don Juan  
hurté la suerte a su dicha.  
Yo soy, y he de ser su esposo;  
perdonad, señora mía.  
DOR. ¡Hay tal maldad!

FEL. No es maldad,  
sino amor.

DOR. Estoy corrida.  
ARN. Ya habéis visto, caballeros,  
si dice el Conde mentiras.  
Todo está bien ocupado,  
ved qué Porcias, qué Artemisas.  
PIN. ¡Oh palacio de traiciones!  
¡Oh jardín de Falerina!  
¡Oh huerta más encantada  
que la de Jasón vencida!  
Conde, pasad adelante.

(Sale la PRINCESA.)

ROS. ¿Qué es esto? ¿Quién os anima  
a tal maldad en mi casa,  
gente infame y mal nacida?  
Tened las armas, cobardes.  
llenas de infamia y envidia,  
pues tantas veces de España

(1) En el ms. «será por dicha».

(2) Faltan en el ms. los cuatro versos anteriores.

(1) En el ms. «bando».

- las habéis vuelto rompidas.  
 ¿Para una mujer, villanos,  
 tantos venablos se limpian,  
 tantas vírgenes espadas,  
 tantas lucientes cuchillas?  
 Allá donde habéis dejado  
 tantas banderas perdidas (1)  
 vendrán mejor esas armas,  
 que no en vuestra Reina misma.
- ARN. Señora.  
 ROS. No respondáis,  
 pues ved que Escipión os guía  
 para que el veneno inrame  
 no derrame que le incita. (2)  
 Yo me he casado muy bien;  
 España, el mundo lo diga.  
 ¿Con quién?
- ALM. Con don Juan de Haro,  
 ROS. noble sangre vizcaína,  
 hombre que el Rey de León  
 le rogó con Armesinda  
 y de quien tiemblan los moros  
 fronterizos de Castilla.  
 Ya es hecho. ¿Qué me queréis?
- ARN. Si es hecho, Princesa invicta,  
 Dios es quien le dió a Breñaña,  
 San Pedro se la bendiga.
- HER. ¿Oyes aquello, señor?  
 D. JU. ¿Otro don Juan?  
 HER. Desatinan  
 estas mujeres, por Dios;  
 y es que todas te querían.  
 Y tantas te han de sacar,  
 que alguna vieja maldita  
 habrá de topar contigo.
- ROS. Sal, don Juan, porque este día  
 quiero que besen tu mano.  
 (Sale el REY.)
- REY. ¿Por qué mi nombre me quitas?  
 ¿Desconócesme, señora?  
 ROS. ¿Qué es esto?  
 REY. ¿Yá no sabías  
 cuando escribiste el papel  
 quién era?
- ROS. Yo soy perdida.  
 ¿No eres don Juan?
- REY. No, señora.  
 ROS. ¿Pues quién te ha dado osadía  
 para emprender tal maldad?  
 REY. Tú, señora.
- RCS. ¿Yo?  
 REY. Tú misma.  
 ROS. Pinabelo, ¿no te di  
 un papel?  
 PIN. Sí.  
 ROS. ¿Y qué decía?  
 PIN. «Al español.» ¿No es aqueste?  
 ROS. No, que es don Juan.  
 DOR. ¡Qué desdicha!  
 PIN. Señora, la culpa tengo.  
 REY. Yo pensé que me escribías  
 conociendo mi valor.  
 ROS. Quitadle luego la vida.  
 (Llega DON JUAN.)
- D. JU. Eso no, porque primero  
 me habéis de quitar la mía.  
 Que este es el Rey de León,  
 don Alonso de Castilla.  
 Errando, acertaste, Reina.  
 ROS. Si es verdad, tendrélo a dicha.  
 REY. Yo soy, que de tu hermosura,  
 cuando a don Juan defendías,  
 me traje en aqueste traje  
 la fama que lo publica.  
 Rey soy en la noble España.  
 para igualarte, este día  
 lo quisiera ser del mundo.  
 RCS. Soy de merecerte indigna.  
 DOR. Basta, don Juan; que, engañada,  
 soy de Feliciano.
- D. JU. Olvida  
 mis engaños, Doriclea;  
 lo que tienes merecías.
- ROS. Conde, no estéis descontento,  
 Yo os casaré con mi prima.  
 REY. Y yo, por mi obligación,  
 a don Juan con Armesinda.
- ARN. Digo que lo aceto.  
 D. JU. Y yo;  
 que es justo, señor, que os pida  
 perdón y bese esos pies.
- HER. Todos de Hernando se olvidan.  
 ¿No hay algo que darme a mí  
 sobre aquella señoría?  
 ¿No habrá un poco de Breñaña  
 para hacer una camisa?
- ROS. Si no fuiste Conde, Hernando,  
 serás señor de dos villas.
- HER. ¡Gran merced!  
 D. JU. Y aquí, senado,  
 da fin *La ocasión perdida*.

(1) En el ms. «rompidas».

(2) En el ms. «que dió muerte a Sofonisba».

# COMEDIA FAMOSA

DE

# LA OCTAVA MARAVILLA

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

TOMAR, *Rey de Bengala.*  
 OZMIN BAJÁ.  
 SAMUEL, *hebreo.*  
 ROSETO.  
 SIRAN.  
 LEONARDO.

BRISEYDA, *hermana del Rey.*  
 DOÑA ANA.  
 DON JUAN DE ARELLANO.  
*El Capitán* DON BALTASAR.  
 MOTRIL, *lacayo.*  
 CARRIZO, *lacayo.*

INÉS, *criada mulata.*  
 MENDOZA, *soldado.*  
 ORTIZ, *soldado.*  
 ANGULO, *soldado.*  
 PEREYRA, *soldado.*

## ACTO PRIMERO

*(Salen TOMAR, Rey de Bengala, moro, OZMIN BAJÁ y gente de acompañamiento.)*

OZ. Notable contento has dado  
 a la ciudad victorioso.

TOM. Gracias a Alá poderoso  
 y a su Profeta alabado.  
 Toda la gloria les debo,  
 El mis enemigos doma,  
 y por eso al gran Mahoma  
 quiero hacer un templo nuevo.

Voto hice, si vencía  
 a mi contrario Magor,  
 de hacerle el templo mayor  
 en la metrópoli mía  
 que hubiesen visto los hombres  
 desde el primer edificio  
 del mundo.

OZ. Es piadoso oficio,  
 digno de [los] altos nombres  
 de Rey y de vencedor.

TO. Quien algo a Dios le promete  
 porque sus ruegos acepte  
 en el peligro mayor,  
 cumpla luego el voto, Ozmín,  
 o no espere buen suceso;  
 prometí, verdad profeso,  
 doy principio, espero el fin.

OZ. ¿No vienen los arquitectos?  
 Y entre ellos un español  
 que puede hacer templo al sol  
 y exceder los más perfectos.

*(Salen cuatro Arquitectos, SAMUEL, SIRÁN, ROSETO y LEÓN [ARDO].)*

TO. ¿Quién eres tú?

SA. Soy hebreo  
 TO. ¿Cómo es tu nombre?

SA. Samuel.

OZ. Bien puedes tratar con él  
 tu pensamiento y deseo.

TO. ¿Tú quién eres?  
 SIR. Indio soy,  
 aunque moro en ley.

TO. ¿Y tú?

ROS. Natural soy de Pegú.

TOM. ¿Tu nombre?

ROS. Roseto Eloy.

TO. ¿Tú español?

LE. Soy castellano,  
 aunque he venido a Bengala  
 con portugueses.

TO. Si iguala  
 con tanta opinión tu mano,  
 excederás los demás.

LEO. Saquen sus diseños todos,  
 y vistos por varios modos  
 juzgarás y elegirás.

*(Descoja SIRAN su papel.)*

SIR. Entre estas trazas que ves  
 este es el templo de Efesia,  
 la suya es de Thesifón,  
 noble arquitecto de Grecia.  
 Doscientos y veinte años  
 tardó en hacerse.

TO. Grandeza  
 para tantos años, clicla,  
 y para menos, inmensa.

SIR. Hízose entre toda el Asia.

TO. Ya me parece pequeña.

SIR. Cuatrocientos pies de largo

y más veinte y cinco muestran estas señales que ves, y de latitud enseñan doscientos y veinte, tuvo, aunque las primeras veas, ciento y veinte y seis columnas de varios príncipes hechas.

TOM. No me agrada antigüedad ni sé qué máquina sea la que abrasó un hombre solo.

OZ. La envidia las piedras quema.

SIR. Las dos que están a los lados son las que Virgilio cuenta, ésta hizo Elisa a Juno, Yarbas a Júpiter ésta.

TO. ¿Qué cosa es ésta?

SIR. De Ciro; si es que pretendes riquezas, con oro las piedras puso. Necesidad.

TO. ¿De qué manera?

SIR. ¿Qué pretende el que edifica?

TO. Que dure.

TO. ¿Pues no era fuerza que para sacar el oro le derribasen las piedras?

Di tú, Roseto.

RO. Estas son dos fábricas de eminencias notables; el gran Alejandro hizo, señor, la primera sobre estas columnas de oro que la máquina sustenta; cabían mil macedones y mil y trescientos persas, sin más quinientos criados; de plata pura las piezas de las armas; estas gradas muestran la silla soberbia en que se sentaba el rey.

TO. ¿Y qué templo y casa es ésta?

ROS. Esta es del cruel Nerón, que tuvo entonces suspensa la admiración de los hombres; pues después de la excelencia del edificio, se ven estanques, huertos y selvas; los unos que, como el mar, tienen naves y galeras, los otros, diversos frutos, y aquéllos, extrañas fieras.

TOM. Hebreo, ¿qué trazas tienes?

SAM. Aunque antiguas y modernas

pudiera mostrarte muchas, basta que este templo veas.

TOM. ¿De quién es?

SA. De Salomón, y no admite competencia, porque es Dios el arquitecto.

TO. ¡Rara maravilla!

OZ. Extrema.

SAM. A tres mil ciento dos años de la fundación primera del mundo le edificó, y del diluvio a cuarenta, sobre mil y cuatrocientos, y de la egresión hebrea del cautiverio de Egipto a cuatrocientos y ochenta; fué el sitio donde David, en aquella pestilencia, vió el ángel, y antes mil años que su hijo el templo hiciera, quiso el gran padre Abraham, padre de fe y de obediencia, sacrificar a su hijo.

TO. ¿Qué altura?

SA. Ciento y ochenta pies.

TO. ¿Qué es esto?

SA. Piedra viva, y labrada de manera que no se oyó golpe en él, porque ajustando las piedras al cubrirle parecía todo el templo de una pieza.

TOM. ¿Que cubrió la piedra?

SA. Sí; pero fueron dentro, y fuera cedro y láminas de oro con mil labores diversas. El pavimento era mármol; como un prado cuando nieva, así era blanco y lustroso.

TO. ¿Qué pared es ésta?

SA. Aquesta divide el Sancta Sanctorum del templo.

TO. ¿Con qué pies?

SA. Treinta.

El Arca del Testamento es esta que ves cubierta de aquestos dos querubines, y estas cortinas de seda, de cuatro colores, cubren, como ves, estas dos puertas.

- Las demás y las columnas  
en perspectiva se muestran  
pórtico, gradas y casas.  
TO. ¿Qué tardaron en hacerlas?  
SA. Siete años.  
TO. ¿No más?  
SA. Advierte  
que esa es toda la excelencia,  
y por aquí lo verás,  
que para sola madera  
cortaban treinta mil hombres  
del Líbano por las sierras,  
cedros y cipreses altos.  
TO. ¿Treinta mil?  
SA. Pues por que sepas  
los que las piedras cortaban,  
ochenta mil hombres eran;  
pues si dijese los vasos  
y otras cosas...  
OZ. No detengas  
al español.  
LE. Oye.  
TO. Comienza.  
LE. Yace este templo que miras,  
famoso Rey de Bengala,  
al pie de un excelso monte,  
cuyo nombre es Guadarrama,  
siete leguas de Madrid,  
corte del mayor monarca  
del mundo, aunque me perdones.  
TOM. Bien haces, tu patria alabas.  
LEON. Labróle el magno Filipo,  
Rey universal de España;  
que hasta él ninguno tuvo  
su cetro de playa a playa.  
Dióle Dios esta grandeza  
porque en las dos manos santas,  
la justicia y religión  
tuvo en la paz y en las armas.  
Y aunque de sus raras obras  
son las excelencias tantas,  
la mayor fué haber dejado  
su misma divina estampa  
en su hijo el gran Felipe,  
que ahora, como el de Arabia,  
sale de aquellas cenizas  
a ser Fénix de la fama.  
TO. ¿Tiene hermanos?  
LEO. Tres tenía  
que de la heroica doña Ana  
de Austria, su madre, nacieron,  
santísima, hermosa y sabia.  
Vivió Fernando siete años,  
porque a Filipo esperaba  
toda España, y el segundo,  
que Carlos Laurencio llaman,  
menor, pues murió primero;  
el tercero se llamaba  
don Diego Félix; mas creo  
que de columnas tan altas  
en nuestro Felipe el cielo  
toda la virtud traslada.  
TOM. ¿Qué le movió al padre suyo  
a edificar esta rara  
maravilla, que bien puede  
llamarse en el mundo octava?  
LEON. Dirigirla al gran Lorenzo,  
mártir español.  
TOM. ¿La causa?  
LEON. Dos victorias que en su día  
tuvo este Rey contra Francia.  
TO. ¿Qué es mártir?  
LE. Quien por Dios muere.  
TOM. ¿Qué Dios?  
LEON. Cristo.  
TOM. ¿Hay muchos?  
LEON. Bañan  
su Iglesia hasta tiernos niños  
y muchas doncellas castas.  
TOM. Si hay tantos, ¿por qué a Lorenzo?  
LEON. Porque les hizo ventaja,  
y porque siendo español  
fuese protector de España.  
Es tan grande entre nosotros  
que cuando la Iglesia andaba  
de tiranos perseguida,  
ya en cuevas y ya en campañas,  
tuvo San Lorenzo templo  
público, de obra tan rara,  
que dió el pórvido columnas  
y fué la cúpula plata;  
fabricóle Constantino,  
un emperador; mas paran  
su fama y nombre en el nuestro.  
TOM. ¡Oh pompa y máquina extraña!  
¿Tenéis allá materiales?  
LEON. Mármoles blancos se sacan  
en las sierras de Filabres  
y en las de Estramoz y Navas,  
en Aracena y la orilla  
de Genil, junto a Granada,  
verdes, rojos, pardos, negros  
y de mil colores varias.  
A la fábrica ayudaron  
de Flandes y de Alemania  
artífices y pintores

de los más raros de Italia;  
aunque ninguno igualó  
a un mudo español, que habla  
por sus figuras, en quien  
puso sus lenguas la fama.  
Decirte yo lo que encierra  
la grandeza de esta máquina  
es contar al cielo estrellas  
y ondas que la mar desata;  
que si un año para verla  
atentamente no basta,  
en muchos para decirla  
no ha de bastar lengua humana.  
Mira qué cuadro tan alto:  
¡qué igual, qué hermosura y gracia!  
Cúpulas y capiteles,  
pirámides y ventanas,  
bolas, frontispicios, torres,  
del pórtico la fachada  
mirando al poniente, y mira  
que sólo este lienzo gasta  
setecientas y cuarenta  
pies de a tercia castellana.  
¿Cómo de a tercia?

TO.

LE.

En Castilla

es cuatro palmos la vara,  
redúcese e tantos dedos,  
cada dedo de cebada  
a tantos granos.

TOM.

Las torres

mucho adornan y acompañan;  
¡qué bien en las bolas de oro  
sus capiteles rematan!

LEON.

En la puerta principal,  
de plano perfil, resalta  
la fábrica suntuosa  
que este pedestal levanta  
ciento y treinta y ocho pies;  
cada piedra, aunque labrada,  
en un carro barreado  
trajeron de su montaña  
cuarenta pares de bueyes.  
Mas, ¿dónde voy, si pintarla  
presume mi ingenio?

TOM.

Creo

que sólo de un ángel basta.

LEON.

Si pudieras ver el atrio  
y la puerta más gallarda  
que ha visto humano edificio,  
te suspendieran el alma.  
Seis Reyes santos la adornan;  
para su grandeza, basta  
de sus coronas el peso,

que de veinte arrobas pasa.  
Si el templo decir pudiera,  
si el retablo te pintara,  
si la Custodia divina  
que a nuestro Dios tiene en guarda ..  
Las ricas preciosas piedras,  
lienzos y figuras varias,  
las reliquias, las capillas,  
sepulcros, retratos, armas,  
patios, claustros, ornamentos  
y las demás cosas santas;  
pinturas al fresco, al óleo,  
jardines, fuentes y plantas,  
oficinas y molinos,  
las celdas altas y bajas,  
capítulos, librerías  
de lengua hebrea y caldaica,  
arábiga, griega, siria,  
latina, española y franca;  
el orden para las ciencias  
y luego del Rey la casa,  
sin otras cosas que aquí  
el ingenio y lengua atajan;  
yo fuera aquel escritor  
que en una nuez encerraba  
todos los versos de Homero,  
que fué prodigiosa hazaña;  
la aritmética se rinde,  
la perspectiva se acaba,  
supuesto que todo el mundo  
puede reducirse a un mapa.  
¿Qué tardó en edificarse?  
Treinta y ocho años, si tarda,  
cosa que la ve su dueño,  
pues, en fin, no hay vida larga.  
¿Qué costó?

TOM.

LEON.

TO.

LE.

Cinco millones,

los que más dicen se engañan,  
y doscientos y setenta  
mil y quinientos, y aun faltan  
setenta ducados, y entra  
oro, plata, seda, Holanda,  
terciopelos y brocados.

TOM.

LEON.

Y España de eso, ¿qué gana?

La honra de que ha tenido  
esta maravilla octava;  
honrar a Dios en tal templo,  
darle ingenios y artes raras,  
saberse el arquitectura,  
que sepultaron las armas,  
la escultura y la pintura  
y otras mil ciencias que alaban  
a Felipo, cuyo cuerpo

encierra esta eterna caja  
hasta que al final juicio  
goce a Dó y vuelva al alma.

OZMIN.

Ya no puedes tratar del edificio,  
que viene a verte tu querida hermana.

TOMAR.

Es de mi amor y su nobleza indicio.  
¡Hola!: venidme a ver por la mañana.  
Y tú, español, pues ya de mi servicio  
nuestras deseo y voluntad cristiana,  
en ese corredor me aguarda un poco.

OZMIN.

Estoy de amor de la Princesa loco. (*Ap.*)

TOMAR.

Allá espera.

LEONARDO.

Haré lo que me mandas.

(*Váyase LEONARDO y saiga la infanta BRISEYDA.*)

BRISEYDA.

Hermano mío.

TOMAR.

Mi Briseyda amada.

BRISEYDA.

De la victoria el parabién os diera  
a no ser corta a vuestra heroica espada.  
Vencido el gran Magor, vuestra bandera  
podréis llevar segura a la apartada  
playa del otro mar con quien alinda  
el reino de Mandao y de Dulcinda.

No hay que trataros de salud y gusto;  
todo se encierra en veros victorioso;  
por mil años gocéis el nombre augusto.

TOMAR.

Palabras de tu pecho generoso,  
y que te alegres de mi bien es justo;  
no solamente justo, mas forzoso,  
pues cuanto en lo que soy recibo aumento,  
es para ennoblecer tu casamiento.

Aguárdame en tu cuadra, que me importa  
hablar a un español.

BRISEYDA.

Guárdate el cielo.

Pues el imperio de Magor acorta  
para que el tuyo reconozca el suelo.

(*Vase TOMAR.*)

OZMIN.

Ya, Briseyda, que el miedo no reporta  
del Rey tu hermano el natural recelo,  
osaré preguntarte si este día  
también se alegra la victoria mía.

Que aunque a Tomar, tu hermano, se atribuya  
la gloria de este raro vencimiento,  
también es mía, que no sólo es suya.

BRISEYDA.

Alá sabe el placer, Ozmin, que siento,  
y bien sé que será le gloria tuya,  
porque sé tu valor.

OZMIN.

Si el pensamiento  
es, Briseyda, valor, afirmo y digo  
que sólo puedo competir conmigo.

Quien le ha puesto en tus ojos celestiales,  
bien se puede llamar el sol que adoro,  
soberbio hijo, pues con fuerzas tales  
ha osado ser Faetón del carro de oro.  
Los dos seremos en la empresa iguales,  
y como el otro puso el verde coro  
del Eridano fértil epigramas,  
a mí este mar azul en rojas llamas.

Siento pensar que ya Tomar, tu hermano,  
trata casarte en reinos extranjeros;  
autoridad de reyes, aunque en vano,  
donde tiene tan nobles caballeros.  
Amor valiente, en cuya fuerte mano  
aquí tiembla la fortuna los aceros,  
también ha dado imperios, y hay historias  
que celebran al mundo sus memorias.

BRISEYDA.

Entiendo bien el blanco donde pones  
el alto pensamiento, bien nacido,  
y sé que a las gallardas ocasiones  
nunca se ofrecen los que no lo han sido;  
no soy en esta parte a tus razones  
alma contraria ni molesto oído;  
si intenta tu fortuna empresa alguna,  
será para los dos común fortuna.

Cánsame ver filósofo a mi hermano,  
preciado de político, de modo  
que le parece del distrito humano  
pequeño el cetro y el imperio todo.

OZMIN.

Si tú me dieras esa hermosa mano,  
ni escita, ni español, griego, ni godo,  
ni cuantos hoy celebra justa fama  
gozara de laurel tan verde rama.



(Salen el REY y LEONARDO.)

BRISEYDA.

Tente, que vuelve.

TOMAR.

Cosas son notables  
las que cuentas de tu Rey

LEONARDO.

Lo menos  
te he dicho, porque son inestimables,  
y que de ellas están los libros llanos,

TOMAR.

¿Y qué personas son tan venerables  
esas de sus consejos?

LEONARDO.

Son tan buenos  
los hombres que le sirven, que cualquiera  
regir el mundo por virtud pudiera.

El Consejo de Estado ocupan pechos  
que Grecia y Roma no los tuvo iguales;  
hombres que por la espada y los derechos  
tendrán fama por siglos inmortales;  
pechos que toman el gobierno a pechos,  
tan verdaderos, santos y leales,  
que con uno de aquellos que tuvieras  
descansado y pacífico vivieras.

El Consejo Real, no es pasión mía,  
pero tiene tan ínclitos varones,  
que Licurgo y Solón fueran hoy día  
lo que una luz si con el sol la pones.  
Aquí de su española monarquía,  
copiosa de Severos y Catones,  
acuden todos los negocios.

TOMAR.

Pienso  
que ese Felipe es Júpiter inmenso.

LEONARDO.

Si te pintase yo que padres tiene  
el Consejo Supremo de las cosas  
que tocan a la fe...

OZMIN.

¿Qué necio viene  
escuchando grandezas fabulosas.

TOMAR.

Quién duda que será como conviene  
a las sagradas aras religiosas!  
¿Y no tiene Consejo para guerra?

LEONARDO.

Tal, que le tiembla la extranjera tierra.

Tiene también Felipe aquel que rige  
las Órdenes que llaman militares,  
ya del patrón, que la morisma aflige  
y le venera España en mil altares,  
ya de las cruces, que otra vez te dije,  
de que tienen sus reinos a millares  
pechos de caballeros y soldados,  
de la señal y de la renta honrados.

Tiene un Consejo de otro Mundo Nuevo,  
de que se llama rey por su conquista,  
que le gobierna un ínclito mancebo,  
de quien su misma fama es coronista;  
tiene el de Portugal; por quien me atrevo  
a decir, por ser cosa clara y vista,  
que el mundo, sin que en esto me anticipe,  
se puede andar por tierra de Felipe.

Tiene el de Italia ilustre, y también tiene  
el de Aragón, y tiene el de su Hacienda,  
que sus gastos solícitos previene  
y aquel a quien sus cuentas encomienda.

OZMIN.

Pues tan fuera de sí, Briseyda, viene,  
hablemos juntos en la verde tienda  
que forman estas parras a estos jaspes.

TOMAR.

No hay rey mayor del Tajo al indio Hidaspes.

LEONARDO.

También tiene en su cámara Consejo.

TOMAR.

Tendrá muchos oficios en su casa.

LEONARDO.

Por imposibles, de decirlos dejo.

TOMAR.

Envidia noble de tu Rey me abrasa.

LEONARDO.

Como el divino sol, del cielo espejo,  
que de este polo al contrapuesto pasa,  
se acompaña de estrellas, y su rica  
llama, porque den luz, les comunica,  
así Felipe muchos Grandes tiene,  
títulos en segunda jerarquía,  
que cada cual por luz a su sol viene  
y que de todos se compone el día;  
no pienses que mi lengua los previene,  
aunque era lustre de la patria mía;

pero diréte algunos, y en silencio muchos que por iguales reverencio.

El gran Duque de Lerma es el Atlante en cuyos hombros carga España el peso, el Condestable insigne, que en diamante tiene la eternidad su nombre impreso; el generoso Enríquez, Almirante, y el de Oropesa, de tan alto peso, y el gran Duque y señor del Infantado del antípoda nuestro venerado.

El Duque, felicísimo, de Cea, y aquel notorio donde nace el alba que del sol las ventanas señorea porque la llama España Duque de Alba, a diferencia, aunque su sangre sea Alba de Liste, goza el Conde de Alba, grande por tantas cosas, que aunque maude de un polo al otro, es su virtud más grande.

Tiene la casa insigne de Villena; de Osorios la de Astorga, antiguos tanto, con la de Pliego, de grandezas llena, y la de Santacruz, del turco espanto; la casa de Miranda, y la cadena, ilustrada de un príncipe tan santo, que en su justicia con igual decoro vió la fértil España el siglo de oro.

Mondéjar, con la sangre valerosa, de quien tembló la frígida Alpujarra.

TOMAR.

¿Qué familia?

LEONARDO.

Mendozas.

TOMAR.

Es famosa.

LEONARDO.

Y la de Vélez, bélica y bizarra; la de Alcalá, con la ribera hermosa; la de Aguilar, con la dorada garra, y Asculi, tal de Leivas, que a uno solo llamó señor el uno y otro polo.

Advierte, Rey, que hablando no me toca darles lugar, ni yo le sé, ni entiendo; que como se me vienen a la boca desa manera te los voy diciendo; si tienen diferencia o mucha o poca, ni averiguarlo quiero, ni pretendo; todos son deudos, todos son señores; allá les den lugar los escritores.

Cuando grandeza en la virtud queremos y a un príncipe discreto celebramos,

al Conde ilustre de Villalba y Lemos por imagen y ejemplo señalamos, y cuando la virtud puesta en extremos de letras y armas, a Valencia damos un Duque, generoso, de Gandía.

TOMAR.

Aumentas, español, la envidia mía.

LEONARDO.

Vasallo soy de un Conde de Castilla que llamamos allá de Benavente, que él mismo fuera octava maravilla si en hombres fuera el título decente. Tiene el linaje insigne de Padilla, por hombre señalado y eminente, de Castilla el mayor Adelantado de aquellos nueve, pues los ha pasado.

Dos Duques de Medina, honor de España: uno Sidonia de Guzmán el Bueno donde su rico mar sus puetos baña, y otro Celi, de excelencias lleno; al gran Conde de Fuentes, en campaña fuentes de todo el mar, de Italia freno; al de Sesa, gallardo, sangre ilustre de aquel Gran Capitán, de España lustre.

Al insigne andaluz Duque de Osuna, grande en España por sus hechos grandes, mayor por su valor que su fortuna, que con su sangre tiene escrito en Flandes; y al de Feria, un señor que si en alguna, aunque el discurso de los polos andes, se puede hallar valor es en la suya que a su virtud y sangre se atribuya.

Con la casa de Béjar no hay que alterque la grandeza de Césares romanos ni cuantas hay, aunque la tierra cerque; con Auero y Berganza, lusitanos, hay Nájara, Maqueda y Alburquerque, Segorbes y Cardonas, valencianos, y un Duque generoso de Pastrana, donde paró la gentileza humana.

Y paro yo también, porque no puedo decirte de su Silva la belleza, que cuanto amor me anima, corto quedo, tantos bienes le dió naturaleza. La fama de don Pedro de Toledo me excusa de contarte su grandeza, y, como el gran Marqués de Villanueva, le llama primo el Rey.

TOMAR.

Bastante prueba.

LEONARDO.

De Aragón me acordé, cuya dichosa corona el Duque de Híjar ennoblece, y la casa real de Villahermosa, que como el sol de España resplandece; los títulos que tiene esta dichosa tierra, que a Rey tan feliz obedece, pienso decirte en ocasión más justa.

TOMAR.

Holgaréme de oír su sangre augusta.

LEONARDO.

Verás un escuadrón que dar pudiera envidia al mundo, y, siendo necesario, le conquistara y a sus pies pusiera.

TOMAR.

Su amigo quiero ser, no su contrario; pero mi hermana vuelve, un poco espera.

LEONARDO.

Fuera tan largo, tan notable y vario este discurso si pasara de esto, que por serles cortés fuera molesto.

(*Salgan BRISEYDA y OZMIN.*)

Los demás diré después.

BRISEYDA.

¿No miras que te aguardan negocios importantes?

TOMAR.

Si de que escuche al español te admiras, ¿qué dirás de locuras semejantes? Ni la fortuna, ni del mar las iras, Euripos, Scilas, islas y gigantes, ni propia persuasión, ni pena extraña me estorbarán que vaya a ver a España.

BRISEYDA.

¿Qué dices?

TOMAR.

Quedo, nadie sea atrevido a aconsejarme ni decirme nada, que de esta octava maravilla ha sido mi alma de su ser enajenada. La idea que de España en mi sentido fué por este español representada irán a ver mis ojos.

OZMIN.

¿Si está loco?

TOMAR.

Mi reino por España tengo en poco.

Hoy quiero prevenir para Felipe tan soberbio presente en veinte naves que al de Pompeyo Magno se anticipe, de oro y de piedras y de aromas suaves.

BRISEYDA.

Cuando sea razón, que participe, como el mismo Mahoma, que las llaves tiene del grande Alá, de extrañas tierras, que te cuestan tu sangre en tantas guerras, envía embajador con el presente.

TOMAR.

¿No ves que los deseos a los ojos remiten ese gusto solamente? No me repliques ni me des enojos; Ozmin, que es en mis reinos eminente y ganó de Magor tantos despojos, regir y conservar sabrá a Bengala.

BRISEYDA.

¿Qué desatino al que propone iguala?

OZMIN.

Señor, otras personas más capaces deste gobierno tienes.

TOMAR.

Yo estoy cierto de tu valor en guerras como en paces. Ir quiero a ver qué naves tiene el puerto.

(*Váyase TOMAR.*)

OZMIN.

¿Qué te parece?

BRISEYDA.

Que hoy para Rey naces.

OZMIN.

No sea fingimiento en que encubierto venga el engaño que mi muerte sea.

BRISEYDA.

No lo creas.

OZMIN.

¿No quieres que lo crea?

BRISEYDA.

Yo conozco el ingenio de mi hermano, ni es el primero rey que, peregrino, sulca el antiguo campo del mar cano.

OZMIN.

Eneas, por el mar, abrió camino,  
mas fué huyendo del rigor greciano,  
y Jason por ganar el vellocino;  
pero por ver un edificio sólo  
no se sabe de rey de polo a polo.

BRISEYDA.

Llévale el ver la octava maravilla,  
y al Rey también, que es maravilla octava,  
haciendo Salomón al de Castilla,  
como Nicaula a Siria caminaba.

OZMIN.

Si él pasa al mar la contrapuesta orilla,  
mi reino empieza y su gobierno acaba;  
tú serás Reina de Bengala.

BRISEYDA.

Jura.

OZMIN.

¿Qué firmeza mayor que tu hermosura?

(Salen DON JUAN DE ARELLANO y DOÑA ANA, su hermana.)

JU. A mi tío le escribí  
tu casamiento, doña Ana.

AN. Bien has hecho.

JU. Quiero, hermana,  
tenerle respeto así.

Ya nuestro padre faltó,  
bien es que este nombre tenga.

AN. Dile que a Sevilla venga.

JU. Harto se lo ruego yo.

AN. ¿Qué hay de Canaria a Sevilla?

JU. Trescientas leguas habrá,  
y sospecho que vendrá  
antes que vaya a Castilla.

Que si no es, viniendo aquí,  
o que ya casada estés  
no pienso sacar los pies  
de Sevilla.

AN. ¿Celos?

JU. Sí.

ANA. El primer hombre serás  
que confiesa tener celos.

JU. Por ser honrados recelos  
oso decirlo, y no más.

ANA. Cuando yo fuera tu dama,  
y no tu hermana, yo sé  
que los encubrieras.

JU. ¿Fué  
delito que amor infama?

ANA. No; pero a mil entendidos  
de celos oigo decir  
que nunca se han de pedir  
sino cuando son fingidos.

JU. Eso hacen bien las mujeres,  
que martirizan fingiendo  
celos.

AN. Ya voy entendiendo  
lo que persuadirme quieres.

¿Pídete muchos tu dama?

JU. Mi dama ya se acabó.

AN. ¿Qué dices?

JU. Que ya murió  
para en eterno su llama.

AN. Que vivirá te apercibo,  
en soplando la candela (1),  
como quien mata la vela  
y deja el pabilo vivo.

JU. Bien comparaste al amor;  
que a veces el desengaño  
mata la llama a su daño  
y deja vivo el calor.

Vuélvense a ver a cautela  
dos amantes con enojos,  
soplan unos tiernos ojos  
y alza la llama la vela.

AN. Basta, que me has contentado (2),

JU. Cuando yo quisiere bien,  
si alzare llama el desdén  
ni se encendiere el cuidado.

Tenme por hombre sin honra.

AN. Algo has hallado en tu dama.

JU. Opinión es de su fama.

ANA. Sola la verdad deshonra.

JU. La verdad, divina lumbre,  
deshonra la calidad.

AN. Cuando es el vicio verdad,  
no es virtud, es certidumbre.

(Sale MOTRIL, lacayo, con un papel.)

MO. En conversación están,  
mal podré dar el papel,  
porque en ser don Juan cruel  
no tiene nada de Juan.

Haré señas a doña Ana  
con el papel.

JU. No te espantes  
que por cosas semejantes  
llame a Felicia liviana.

AN. Allí me enseña un papel (Ap.)  
el criado de mi hermano.

(1) En el original «cautela», por errata.

(2) En el original «comenta lo», también por errata.

JU. ¿Qué dices?  
 AN. Que eres tirano  
 y con Felicia cruel.  
 ¿Cómo le podré tomar? (*Ap.*)  
 JU. Ya tú serás contra mí  
 si Felicia vino aquí  
 y tú la has visto llorar.  
 Que hay mujer que justifica  
 sus pesos falsos, de modo  
 que parece verdad todo  
 si una lagrimilla aplica.  
 ANA. ¿Eso te espanta?  
 JU. ¿Pues no?  
 AN. Necedad es que te espante.  
 ¿No es rica piedra el diamante?  
 JU. ¿Y cómo?  
 AN. Pues pienso yo  
 que hay muchas falsas.  
 JU. No son  
 diamantes, mas lo parecen.  
 AN. Pues ese nombre merecen  
 las lágrimas a traición.  
 JU. ¿Qué bien has dicho! quisiera  
 haberlo dicho. ¿Qué es eso,  
 Motril? ¿Es papel?  
 MO. Y impreso.  
 JU. Muestra.  
 MO. Si no le truera.  
 JU. ¿Qué es esto?  
 MO. Historia trovada.  
 JU. ¿Versos son?  
 MO. ¡Y que tan buenos!  
 de un hombre que cuando menos  
 dicen que parió en Granada.  
 JU. ¿Hombre parir? ¿Quién lo afirma?  
 MO. Los ciegos, que ven, señor.  
 JU. ¡Que se sufra tanto error!  
 más con esto se confirma  
 la barbaridad de España.  
 MO. ¿Está de molde y te burlas?  
 JU. Cómo esas cosas de burlas  
 sufre el molde y acompaña.  
 Luego dicen que reniega  
 un cristiano y que el demonio  
 le aparece en testimonio  
 de que a sus vicios se entrega.  
 Luego es mártir, y aparece  
 en su tierra a un licenciado,  
 y el vulgo, necio, atezado (1),  
 lo celebra y encarece.  
 Cosas que hacen mayor daño

del que parece.  
 MO. ¿Qué hiciera  
 el vulgo si no tuviera  
 esas fiestas por el año?  
 ¿Quieres tú que un oficial  
 lea en Marcial o en Horacio?  
 JU. Di, Motril, que salgo, a Estacio.  
 MO. ¿Dónde vas?  
 JU. Al arenal.  
 Hermana, quedad con Dios.  
 AN. Dios te guarde.  
 JU. Oye, Motril.  
 MO. ¿No te parezco sutil?  
 AN. Tanto, que vimos los dos  
 el papel que me enseñabas.  
 MO. No digo sino en mostrarle  
 las copias.  
 AN. Para engañarle  
 mejor estilo guardabas.  
 ¿Qué es del papel de don Pedro?  
 MO. ¿Qué me das?  
 ANA. ¿Qué te he de dar?  
 MO. Linda manera de hablar;  
 solo en el mundo no medro  
 con oficio de alcahuete,  
 que es siempre el más bien pagado.  
 Para quien viene cansado  
 lindo porte me promete.  
 Más quiero ser arriero  
 y que mis tercios de carga  
 me paguen.  
 AN. Jornada es larga;  
 pagarte a su tiempo espero.  
 Demás que no es tanta hazaña  
 traer un papel.  
 MO. No sé  
 si mayor el peso fué  
 de las columnas de España.  
 AN. ¿Papel pesa?  
 MO. ¿No es de amores?  
 AN. Sí.  
 MO. Pues digamos verdades:  
 ¿no traerá mil necedades,  
 que son los pesos mayores?  
 AN. Palabras no tienen peso.  
 MO. ¿Luego un mentís no es palabra?  
 AN. Sí.  
 MO. ¿Y a cuántos descalabra?  
 AN. A muchos.  
 MO. Pues peso es eso.  
 AN. ¿Quiéresme dejar leer?  
 MO. ¿Quiéresme dar lo que cuesta  
 el traer una respuesta

(1) Así en el original. Quizás «aterrado».

donde se puede saber?  
 AN. ¿Qué hacía don Pedro?  
 MO. Estaba desesperado de ver que has de ser presto mujer y que el no serlo se acaba.  
 AN. ¿Yo mujer de quien no sea don Pedro?  
 MO. Lee el papel.  
 AN. Para responder a él bien es que adentro le lea.  
 (Váyase.)  
 MO. Bien harás, y buscarás de camino quien lo lleve.  
 (Salga CARRIZO, lacayo.)  
 CAR. Si esto se negocia en breve, ni quiero ni pido más  
 Porque si mi amo se casa con doña Ana de Arellano, queda el negocio por llano y yo por dueño de casa.  
 Porque Inés, el primer día que vino a vistas mi amo, me puso cierto reclamo, conque la tuve por mía.  
 Quedo. Aquí está el bellacón que debe de pretendella; mas, aunque es de casa, en ella no ha entrado por afición.  
 Quiérome disimular.  
 MO. Este es aquel galeote, lacayo del Marquesote que se pretende casar.  
 Pero en vano se aventura, aunque le admite don Juan, porque a don Pedro le dan lo que en secreto procura.  
 Y este pícaro ha mirado con tiernos ojos a Inés, que no sabe que esta es el alma de su fregado.  
 Y hele de dar, ¡vive cribas!, una mohada a la usanza del rastro, que por la panza le salga a las sentativas (1).  
 CAR. Dígame, seor honrado, ¿es de casa vilancé?  
 MO. Soy de casa y lo seré, aunque pese a algún casado.

CAR. Parece que se amofiga.  
 MO. No me suelo amofigar (1) hasta después de matar si viene vareta y liga.  
 CAR. ¿Ha muerto muchos?  
 MO. He muerto los que se han dejado dar.  
 CAR. Pues pudiéndolo excusar, no han acertado por cierto.  
 MO. ¿Qué quiere en aquesta casa?  
 CAR. Al dueño busco  
 MO. Yo soy.  
 CAR. ¿Vilancé?; ¿luego él es hoy con quien mi dueño se casa?  
 MO. Hable respetiblemente, o daránle...  
 CAR. ¿Qué darán?  
 MO. Cosa que parezca pan y que al comerlo reviente.  
 CAR. Miente.  
 MO. ¿Hay eco en esta casa?  
 CAR. No, sino yo, que soy eco de su ánima.  
 MO. Pues, muelco, hombre de rosca, de masa, ¿sabes ya que soy Motril?  
 CAR. Aunque fuera Salobreña, señor, cara de cermeña.  
 MO. Pues, palo de tamboril, ¿tú te igualas a quien soy?  
 CAR. Oyete, azairán romí.  
 MO. Gallo del Cairo, zegrí, ¿sabes los chirlos que doy?  
 CAR. Señor San Roque de aldea, ¿sabe que si saco el ancha...?  
 MO. Señor lengua de la Mancha, gitano, habido en Guinea, ¿sabe que si el barrio alegre no ha de salir con el grillo?  
 CAR. ¿Qué dices, hombre amarillo?  
 MO. Lo que escuchas, hombre negro.  
 CAR. ¡Fuera dije!  
 MO. ¡Fuera tú!  
 CAR. Mire cómo tira.  
 MO. Y él, no tire por lo cruel.  
 (Salga INÉS con un papel.)  
 INÉS. ¿Pendencia en casa? ¡Jesús!  
 CAR. ¡Ay, de punta me tiró!  
 MO. Y él a mí.

(1) Parece que deberá decir «le salgan las entativas» quizá forma rufianesca de «intestinos».

(1) Acaso esta palabra sea forma rufianesca de «amohinarse».

IN. Paz, paz, señores.  
 MO. Si no llegaras, amores,  
 matara un pícaro yo.  
 Pregúntale si está herido.  
 IN. ¿Carrizo?  
 CAR. Si no llegaras,  
 ese tuviera dos caras;  
 mas siempre las ha tenido.  
 IN. ¿Estás herido?  
 CAR. Pregunta  
 a ese triste si lo está,  
 que adrede pienso que ya  
 le tiré una vez de punta.  
 IN. Es poco respeto, en fin,  
 de una casa tan honrada.  
 CAR. Déjame limpiar la espada,  
 no se me tome de orín.  
 IN. ¿A qué vienes?  
 CAR. [Vengo] a dar  
 cierto recado a tu ama.  
 IN. Entra adentro, que te llama.  
 CAR. Entro por darle pesar.  
 (Váyase.)  
 IN. ¿Qué es esto, Motril, qué es esto?  
 ¿Siempre me has de dar trabajos?  
 MO. Mulata, nido de grajos,  
 ¿quieresme ver descompuesto?  
 IN. Alza esos ojos, mi vida,  
 dime qué heridas te ha dado  
 aquel hombre desalmado.  
 MO. Linda galga relamida,  
 ¿a mí me había de herir  
 aquel hombre, cerbatana?  
 ¿Era yo colchón de lana?  
 IN. Que te mueras por reñir  
 para darme pesadumbre;  
 no (1) quisiera yo un gallina,  
 un hombre que en la cocina  
 siempre estuviera a la lumbre.  
 MO. Reviento de valentía,  
 Inés, que no puedo más.  
 IN. Ven adentro y tomarás,  
 con una pechuga iría,  
 cuatro veces de Cazalla,  
 que estás muy descolorido.  
 MO. Tú en lo que importa has caído,  
 que si no es el que se halla  
 en una pendencia de estas,  
 no sabes la sed que da;

(1) Así en el original; pero parece que debiera decir «más».

y pues yo lo entiendo ya,  
 para cosas como estas  
 siempre tengo de traer  
 una bota en la pretina.  
 IN. Entremos en la cocina.  
 MO. Hazme, Inés, sólo un placer.  
 IN. ¿Cómo?  
 MO. Ponte un poco aquí,  
 diréte cómo le entré.  
 IN. A ver.  
 MO. De esta suerte fué.  
 Desnudé la blanca así,  
 tiéndome, tiro, repara,  
 alzo de tajo, derriba,  
 vuelvo.  
 IN. Bien.  
 MO. Uñas arriba.  
 Saco pies, huyo la cara,  
 conviértola en tajo; entraste,  
 cesó toda la mohína,  
 envainé, y a la cocina  
 ve delante, me llevaste.  
 (Sale el Capitán DON BALTASAR, MENDOZA, ANGULO  
 y ORTIZ, soldados.)  
 BALTASAR.  
 No he visto el mar, soldados, tan airado  
 después que estoy en estas islas.  
 MENDOZA.  
 Suelen  
 decir las viejas que se casa el diablo  
 cuando salen los vientos de sus cárceles,  
 donde los pinta en su prisión Virgilio.  
 ANGULO.  
 Temeraria borrasca.  
 ORTIZ.  
 Temeraria.  
 Sorber quiere las islas de Canaria.  
 BALTASAR.  
 ¡Cuán arrogante se levanta al cielo  
 la mar, tan mal domada de los hombres!  
 Parece que salpica las estrellas  
 con los granos de arena que les tira.  
 MENDOZA.  
 Miseros navegantes, codiciosos  
 del oro de las Indias, conquistadas  
 de aquel Jason de Génova, solícito,  
 que trajo a España estas manzanas de oro.  
 ¡Qué caro habrán comprado su tesoro!

[ORTIZ.] (1)

Esta mañana, al alba, parecía  
un pedazo de armada, o se engañaba  
el lince que en la torre lo miraba.

BALTASAR.

No puede ser de España, que no es tiempo,  
flota ni galeones.

ANGULO.

Si por dicha  
eran de pechelungues o holandeses,  
deles el mar incierta sepultura,  
que bien cierta la tienen sus espíritus,  
en los cuartos más bajos de la tierra.

(Salga PEREYRA.)

PEREYRA.

¿Está aquí el capitán?

ANGULO.

¿Vienes sin ojos?

BALTASAR.

¿Qué hay, Pereyra?

PEREYRA.

Esta carta.

BALTASAR.

¿Es de Sevilla?

PEREYRA.

Sí, señor.

BALTASAR.

Sí, me escribe mi sobrino,  
por dicha, el casamiento de doña Ana.  
«Al capitán, mi tío, que Dios guarde,  
don Baltasar de Vargas y Arellano.»

MENDOZA.

No le quites la nena, por tu vida,  
que me parece un hombre fluctuando  
aquel bulto que viene entre dos tablas.

BALTASAR.

Mendoza, no lo dudes. Corre, Angulo,  
quítate el capotillo, dale presto  
alguna de las mangas.

ANGULO.

¡Dios te valga!

¡Animo, buen soldado!

(1) En el texto dice, por errata, «MENDOZA», que ya venia hablando. Pudiera ser «ANGULO», que habla después, u «ORTIZ», como señalamos.

ORTIZ.

El mismo golpe  
del flujo de la mar le echó en la arena.

(Salga el REY DE BENGALA, mojado, sobre una tabla.)

BALTASAR.

¿Vives, hombre?

TOMAR.

¡Valedme, Alá divino!

ORTIZ.

Alá dijo. ¿Si es moro?

TOMAR.

Moro.

BALTASAR.

Moro,  
¿sabes algo español? ¿Entiendes esto?

TOMAR.

Entiendo el español.

BALTASAR.

Cubrirle presto.

¿Dónde venías?

TOMAR.

No podré deciros  
tan presto la verdad de mi suceso.  
Mas decid, ¿esta tierra es de españoles?

BALTASAR.

De españoles, y, en fin, estás cautivo.

TOMAR.

¡Gracias a Alá que entre españoles vivo!

BALTASAR.

Aquestas son las islas de Canaria,  
que desde que cayó el romano imperio  
incógnitas quedaron en el mundo,  
hasta que Betancor, con españoles,  
las descubrió y ganó, cuyo principio  
don Fernando de Castro hizo dichoso,  
después que sujetó las tres más fuertes  
don Alonso de Lugo, si este nombre  
ha llegado a la tierra en que naciste.

TOMAR.

Qué, ¿aun no estoy en la tierra firme suya?

BALTASAR.

Trescientas leguas hay de aquí a España.



TOMAR.

¿Es tierra de su Rey?

BALTASAR.

Es la Gomera,  
el Hierro y Lanzarote de dos dueños,  
y las demás de la real corona.

TOMAR.

¿Los nombres?

BALTASAR.

Tenerife y Santaclara,  
la Roca, la Alegranza, la Graciosa,  
la Palma, la del Lobo y el Infierno.

TOMAR.

¿Pues aquí le tenéis los esñoles?

BALTASAR.

Es nombre de una isla.

TOMAR.

Esta montaña  
que en forma de diamante el mar asombra,  
por su altura juzgara que era el cielo.

BALTASAR.

En esta hay quince leguas de subida.

TOMAR.

Que, en fin, ¿es esta tierra de Felipe?

BALTASAR.

Esta es del gran Felipe, que Dios guarde.

TOMAR.

Pues en su nombre besaré la tierra.

¿Eres tú su vasallo?

BALTASAR.

Y que lo estimo  
en más que ser señor de muchos mundos.

TOMAR.

Así dicen allá que le aman todos.

BALTASAR.

¿Pues de dónde eres tú?

TOMAR.

Soy de muy lejos,  
y aunque no soy de Africa, soy moro.  
¿Eres tú noble?

BALTASAR.

Noble y caballero

de un linaje que tiene su principio  
en quien a España libertó del moro.

TOMAR.

¿Luego libre de moros está España?

BALTASAR.

Sí, por las armas de un Fernando Santo  
y de otro que llamaron el Católico.

TOMAR.

Pues dijéronme a mí que entre vosotros  
vivían moros.

BALTASAR.

Esos son esclavos,  
y algún día también saldrán de España.

TOMAR.

Pésame de ser moro en este tiempo.

BALTASAR.

No estás en ella tú, sino en Canaria,  
y no te echarán de ella, que eres mío.

TOMAR.

¿Qué oficio tienes?

BALTASAR.

Militar oficio,  
porque soy capitán.

TOMAR.

De buena gana  
te rindiera mis armas a tenerlas.

BALTASAR.

Cansado estás, yo pienso que eres noble;  
ven conmigo a mi casa.

TOMAR.

¡Oh, Rey de España,  
cuánto me cuesta el ver tu maravilla!

BALTASAR.

A mis sobrinos le enviaré a Sevilla.



## ACTO SEGUNDO DE LA OCTAVA MARAVILLA

(Salgan DON JUAN, DON PEDRO, y MOTRIL.)

PED. No he querido interponer  
personas de calidad  
fiado en nuestra amistad.

JU. Así habéis de proceder  
con quien la tiene con vos.  
¿Pero en qué os puedo servir?

PED. Ya lo comienzo a decir,  
aunque con temor, por Dios.  
¿Por dónde comenzaré?

JU. De vos me siento agraviado.

PED. Vengo a ser vuestro cuñado.

JU. En breves palabras fué;  
y una demanda tan breve  
breve la respuesta pide.  
No puede ser.

PED. ¿Quién lo impide?

JU. Lo que un hombre hidalgo debe  
a su palabra, que ayer  
a Gerardo se la di.

PED. ¿Y está concertado?

JU. Sí.

PED. No tengo qué responder.  
El cielo la dé ventura  
y os guarde a vos muchos años;  
para tales desengaños  
amor remedio procura.  
Necio he sido, y ha caído  
sobre el necio el desdichado.

(Váyase.)

JU. ¿Qué sientes de este cuñado?

MO. Muy necio don Pedro ha sido  
en no informarse primero.

JU. Si pudiera se la diera,  
que es honrado caballero  
y préciase de mi amigo.

MO. ¿El otro novio?

CAR. Aquí está.

(Entren GERARDO, indiano, y CARRIZO.)

GER. Pues buena ocasión será,  
libremente se lo digo.

JU. Señor Gerardo, ya, en fin,  
como cuñados nos vemos.  
¿Qué falta para que demos  
a nuestros conciertos fin?

GER. Hoy quedara todo hecho,  
sino que hoy me han informado  
de una cosa que en cuidado  
me ha puesto.

JU. Estoy satisfecho  
de que he tratado verdad.

GER. Hanme dicho esta mañana  
que la señora doña Ana,  
y es público en la ciudad,  
fué bastarda del señor

vuestro padre; y siendo así...  
JU. Tened, no paséis de ahí.

GER. Eso no importa a su honor;  
pero a mí me es de importancia.

JU. Si de eso no os advertí,  
no fué porque presumí  
de vuestra parte ignorancia;  
que pues era en la ciudad  
público, en razón estaba  
pensar que no lo ignoraba  
tan justa curiosidad.  
Por bastarda os la ofrecí  
de mi padre; mas habida  
en doncella bien nacida;  
porque yo la conocí  
y con ella me crié,  
y si legítima fuera  
no sospecho que os la diera,  
señor Gerardo.

GER. ¿Por qué?

JU. Porque sois quien ha diez años  
que con su capa y espada  
pasó a Indias mal cargada  
una nave de diez paños.  
Y registrasteis ayer  
las barras que habéis ganado,  
como sabéis.

GER. Soy honrado,  
y busco honrada mujer.

JU. Esa hacienda que tenéis  
que es hija puedo decir  
de las varas de medir,  
que en barras trocado habéis,  
y doña Ana es hija, en fin,  
de mi padre, y tan honrada  
por sí misma...

MO. Eso me agrada;  
gallina, hoy será tu fin.

JU. Que quien lo contrario siente,  
miente.

GER. No me toca a mí  
porque yo lo digo así.

JU. Ya tengo dicho que miente.

MO. Y quien dijere que Inés  
no es honrada por la boca,  
miente.

CAR. El mentís no me toca,  
que yo digo que lo es.

GER. Señor don Juan, aunque estáis  
en vuestra casa, soy hombre  
que no hay sombra que me asombre;  
advertid que mucho habláis,  
y que si de ella salís

JU. os sabré hacer mil pedazos.  
Para qué es alargar plazos  
si os he dicho que mentís.

GER. Vos sois quien miente mil veces,  
pues que lo bastardo dais  
por legítimo.

MO. Hoy lleváis,  
pícaro, un pan como nueces.

*(Metan mano los lacayos, y entren INÉS y DOÑA ANA.)*

IN. Señora, señora, presto.  
AN. Hermano, hermano, señor.  
JU. Déjame cobrar tu honor.  
IN. Fuera han salido.  
AN. ¿Qué es esto?  
IN. Con tu novio es la cuestión.  
AN. Albricias, Inés, te diera.  
IN. La pendencia svena afuera.  
AN. ¿Qué habrá sido la ocasión?

*(Salga CARRIZO, y tras él el REY DE BENGALA en hábito de esclavo, con una daga.)*

TOM. ¡Suelta la espada, gallina!  
CAR. ¿Tú con una daga a mí?  
IN. ¡Ay Dios, que vuelven aquí!  
CAR. Tu furor me desatina.  
TOM. Suelta, pues, o mataréte.

*(Gáncele la espada con la daga, y quítesela.)*

CAR. Hombre, déjame salir.  
TO M. Con ésta vuelvo a reñir.  
IN. ¡Con qué furor acomete!  
AN. ¿Qué es esto, Carrizo?  
CAR. El diablo,  
que anda suelto. ,  
AN. ¿Con mi esposo  
riñe don Juan?  
CAR. Fué forzoso.  
AN. ¿Sobre qué?  
CAR. Sobre un vocablo  
que no tiene buen sonido;  
pero sin duda es culpado  
mi amo.  
AN. En fin, lo tratado  
hoy queda puesto en olvido.  
CAR. Eso es sin duda.  
AN. ¿Y quién es  
el hombre que te siguió  
y la espada te quitó?  
CAR. Rodamonte Aragonés,  
que con sola aquella daga  
al lado de un hombre viejo,  
no de los que dan consejo,  
y tal el tiempo me haga,

hizo cosas que en Castilla  
no se escriben de Bernardo.  
Parece esclavo.

CA. Es gallardo.

*(Sigan DON JUAN y EL CAPITÁN, su tío.)*

JUAN. ¿Que tú estabas en Sevilla?  
BAL. Para tales ocasiones  
me traía el amor mío.—  
¡Querida sobrina!

AN. ¡Tío!  
CAR. No quiero aguardar razones,  
sino salir a lo raso.

*(Váyase.)*

BAL. ¿Cómo estás?  
AN. A tu servicio.  
BAL. Verte es el mayor indicio,  
o la novedad del caso

te da tan buenas colores.  
¿Sobre qué fué la cuestión?  
JUAN. Después te daré razón.  
BAL. Celos serán.

JU. Ni aun amores.  
BAL. Yo vengo a tu casamiento.  
JUAN. Pues ya de balde has venido,  
que con el novio he reñido.  
BAL. ¿Era aquél?

JU. Como lo cuento.  
Pero déjame abrazar  
a este esclavo, por tu esclavo  
y por el hombre más bravo  
que se puede imaginar.

BAL. Agrádame que te agrade,  
que te le traigo en presente.  
JUAN. El cielo tu vida aumente.  
BAL. Años el verte me añade.

En una tabla salió  
en mis islas de la mar;  
mas no me quiere contar  
cómo o dónde se perdió.

Preguntéle qué sabía,  
y al cabo de un mes, en fin,  
dijo que hacer un jardín,  
y acertó, por vida mía.

Porque de suerte le ha hecho,  
que el número de las flores,  
su variedad, sus colores,  
paredes y verde techo  
vencen los huertos pensiles  
de suerte que por su ausencia  
lloraban en competencia  
las flores perlas sutiles.

JUAN. Ahora le estimo en más,  
que estaba el nuestro perdido.

TOM. Curioso en cuadros he sido,  
tú la experiencia verás.

JUAN. ¿Tu nombre?

TO. Tomar me llamo.

MO. ¿Tomar? Nunca vos tendréis  
buenas manos.

AN. Aunque veis,  
Tomar, que tenéis buen amo,  
no hallaréis menos en mí  
de voluntad y afición,  
que también en la cuestión  
vuestra gentileza vi.

TOM. Habiéndome la fortuna  
de un puesto honroso bajado  
a esclavo, y a humilde estado,  
que no hay firme cosa alguna,  
hoy le agradezco mi mal,  
pues he venido a servirlos.

JUAN. Yo tengo bien que advertiros  
que importa prudencia igual  
para que salgamos bien  
de la cuestión comenzada.

BAL. ¿Está tu casa agraviada?

JUAN. Aun algo hay de eso también.  
Venid conmigo los dos.

BAL. Tomar, ya tienes buen amo.

TOM. Dichoso, señor, me llamo.

BAL. Sirve bien.

TOM. Guárdete Dios.

(Entreanse, y salgan MOTRIL y TOMAR.)

TOM. ¡Ah, gentil hombre! ¿A qué parte  
de la casa está el jardín?

MO. Lo que sobra a aquel jazmín  
y a las paredes reparte,  
Tomar, os podrá guiar.

TOM. ¿Pues de qué mostráis enfado?

MO. De ver que en casa ha entrado  
esto que llaman tomar.  
Dar fueran grandes favores;  
pero en dar no hay que tratar,  
que está desterrado el dar  
aun en casa de señores.  
Vos traéis bellaco porte,  
señor Tomar; pero yo  
sospecho que os engendró  
alguna dama en la corte.  
Y aunque ya es común de tres  
aqueste nombre Tomar  
y ambiguo el dar, porque el dar  
ni es español ni francés,

viendo discretas personas  
que Tomar era varón,  
a las que del nombre son  
las llamaron tomajonas.

TOM. Qué, ¿tan mal nombre he traído  
para España?

MO. Antes el nombre  
más dulce que he visto en hombre.

TOM. ¿Más el dar lo hubiera sido?

MO. El dar es dulce.

TOM. ¿No es más  
el dar que no el recibir?

MO. ¿Tal te atreves a decir?

TOM. Sin nobleza y honra estás;  
que el recibir es sujeto;  
míralo por la mujer,  
y el dar, señor.

MO. Puede ser.

TOM. Oye qué dijo un discreto:  
Si lo perfecto agrada, quien escribe  
que el recibir es mayor gusto, miente;  
que el dar tiene el imperio de la gente  
y es vasallo del dar el que recibe.  
De libertad el recibir se prive,  
y el dar entre los Césares se asiente,  
pues más que por ganar todo el Oriente  
Alejandro, por dar, glorioso vive.  
De balde al hombre la mujer le sale;  
pidan, que si con oro su bien pesan,  
a la primer vergüenza no se iguale.  
Más los hombres en darlas interesan,  
pues recibiendo lo que menos vale  
por esclavas del hombre se confiesan.

MO. No dijo mal el discreto,  
y tú lo debes de ser.

TOM. Quiérote, amigo, vencer  
la opinión con el efecto.  
Toma este doblón, y dí  
qué gusto te dió el tomar,  
y el que recibo del dar  
te diré después a ti.

MO. Como tú tienes doblón,  
no en balde Tomar te nombras.

TOM. ¿De que le tenga te asombras?

MO. ¿No te parece razón?

TOM. No, amigo, porque ha venido  
de muchas leguas de aquí.

MO. ¿De allá, de tu tierra?

TOM. Sí.

MO. Paréceme que has mentido,  
que esta moneda es de España.

TOM. Armas de Felipe son.  
Pero dime, ¿en qué nación

tan remota y tan extraña  
no corre aquesta moneda?

Mo. ¿De dónde eres?

To. De Bengala.

Mo. ¿Y allá corre?; mas resbala,  
como ésta, en formas de rueda.

Tom. ¡Ah, españoles, no sabéis  
del grande bien que gozáis!  
Por el oro trabajáis,  
sangre dáis, mares corréis  
y no le sabéis guardar,  
pues están tantas naciones  
ricas de vuestros doblones,  
vosotros pobres de dar.

Mo. Según eso, al dar condenas  
como yo al tomar abono.

Tom. Yo me entiendo, y te perdono,  
si es pena, el dar esas penas.

Mo. Lindo gusto he recibido  
del tacto de este doblón.  
¡Oh! qué soberano son!  
¡Oh! cómo alegra el oído!  
No te regalaran más,  
aunque perdone el Parnaso,  
los versos de Garcilaso  
ni los tonos de Juan Blas.  
Tomar, del cielo más lindo  
que un tomo de Cicerón,  
más que un tomate en sazón,  
a ti me humillo y me rindo;  
tu esclavo soy.

Tom. Tente allí,  
y mira si el dar alabo,  
pues que te llamas mi esclavo  
por un doblón que te di.

Mo. Tienes más de mil razones,  
venciste, en lo cierto estás;  
tantos esclavos tendrás  
como tuvieres doblones.  
Mas pues ya tu amigo soy,  
ven, mostraréte la casa.

Tom. ¿Sujeto vas?

Mo. Esto pasa.

Tom. Mañana otros dos te doy.

Mo. Dármelos luego podrías.

Tom. ¿Ya es mañana cosa extraña?

Mo. Sí, buen Tomar, que en España  
son muy pequeños los días.

Tom. Tomado me has el tomar;  
ven al jardín.

Mo. Voy contigo.

Tom. ¿Tu nombre?

Mo. Tomar me digo,

que tú ya te llamas Dar.

(Sale DON PEDRO y GINÉS, criado.)

GIN. Así pasó la cuestión,  
y aún el novio herido está.

PED. Albricias, Ginés, te da  
mi difunto corazón.  
Hoy será doña Ana mía;  
que amor, si trata verdad,  
no repara en calidad,  
cuanto más en bastardía.

GIN. No digas tal.

PED. ¿Por qué no?

GIN. ¿No sabes que los bastardos  
son dichosos y gallardos,  
porque no sé qué les dió  
el amor y la inquietud  
de sus padres al nacer?

GIN. Hay más hueso que roer,  
así Dios te dé salud.

PED. ¿Cómo?

GIN. No querría darte  
pesadumbre, y es forzoso,  
si te veo codicioso  
de destruirte y casarte.

PED. Habla claro.

GIN. Esta mujer  
es hija...

PED. Pasa adelante.

GIN. De una mora de Levante.

PED. ¿Cómo?

GIN. Hoy lo viene a saber  
por una industria notable.

PED. Mira lo que dices.

GIN. Digo  
que hoy lo supe de un amigo  
y que hoy haré que te hable;  
que su padre, el capitán  
don Leonardo de Arellano,  
de don Baltasar hermano,  
con quien ya los dos están,  
de Túnez la trajo un día  
que Carlos quinto entró en ella,  
y era la mora más bella  
que en toda el Africa había.

PED. ¡Válgame el cielo mil veces!  
no más amor.

GINÉS. Esto pasa.

PED. Si Gerardo no se casa,  
a lo que él deja te ofreces.

PED. A una honrada bastardía  
puede atreverse el amor,  
que del mundo lo mejor

aprueba la opinión mía;  
pero a lo que dices, no;  
y el enojo que me ha dado  
ver que me la haya negado  
tu aviso en placer volvió.

Aquí dió fin.

GIN. ¿Quién?

PE. Doña Ana.

Clamorean por amor,  
que hoy ha muerto del dolor  
de una esperanza tan vana.

GIN. En verdad que oí decir  
que era su madre señora.

PED. Despacio sales ahora.

GIN. Fné para hacerte reír.

PED. Hoy le escribiera un papel  
como arábigo supiera.

GIN. No pienso que lo entendiera,  
ni te quiero tan cruel.

PED. A ser su Arellano llano,  
arar en su yugo adoro;  
pero si el llano ara en moro,  
no es castellano Arellano.

Este linaje en Castilla  
viene desde el Rey Pelayo;  
pero el caballo, si es bayo,  
¿no lleva en ella la silla?

Reverencio el Arellano,  
y, guardándole el decoro,  
me desenamoro en moro  
si me enamoré en cristiano.

*(Esté un jardinillo en el teatro, y salga el REY con un escardillo.)*

TOMAR.

Ciudad hermosa y bella,  
por quien el sol más presto viene a España,  
deja la mar y en ella  
los primeros cabellos que se baña:  
gran contento me ha dado  
al ver en ti de Atenas el traslado;

Tu templo, que al de Efesia  
si el no vive a su memoria admira  
y a la más alta pira  
la llama torre de tu santa Iglesia.  
Humilla a tu distrito  
los bárbaros Pirámides de Egipto  
tu alcázar suntuoso  
con labores arábigos y techos,  
en tiempo más dichoso  
de mis mayores generosos hechos.  
Tus jardines hibleos,  
que parecen los campos Eliseos;

tu río lleno de oro,  
conducidor de venturosas naves  
cargadas de tesoro,  
de cuya puerta antártica las llaves  
te concedió Anfitrite,  
que a tu contradicción llegar permite.

Tu famosa alameda,  
de las columnas de Hércules honrada,  
mas no es razón que exceda  
pudiéndote alabar de patria amada,  
de aquella en quien adoro,  
alcázar, río, templo, naves y oro.

No alabo, España bella,  
tu patria hermosa, tu ínclita Sevilla,  
sino esta clara estrella  
más una (1) que tu octava maravilla,  
por cuya causa vivo  
el alma esclava, el corazón cautivo.  
¡Oh amor sin esperanza!  
¿cómo es posible que sin ella dures?  
¡Oh vana confianza!  
¿qué vida puede haber que me asegures?  
Yo, moro; ella, cristiana;  
desigualdad sin proporción humana.

Decir quién soy, ¿qué importa,  
si no es para más daño de mi vida?  
Mas, ¡ay, alma!; reporta  
tus quejas, que ella viene divertida;  
flores, tomad colores;  
mas si ella os pisa, venturosas flores.

Quiero hacer que cultivo  
estas murtas, que imitan mi esperanza.

*(Salga DOÑA ANA.)*

ANA.

La tristeza en quien vivo,  
viendo en mi bien tan súbita mudanza,  
soledades me pide,  
que mi valor a su esperanza mide.

Ya de mi casamiento  
advertido don Pedro, y enojado  
porque el consentimiento  
piensa que ha sido de mi padre dado,  
en otra más dudosa  
vive su amor y muero yo envidiosa.

¡Oh flores y aguas claras!  
¡oh manjar para tristes! ¿Quién dijera  
que aquellas prendas caras,  
de que testigo soy, romper pudiera  
el tiempo riguroso?

Tomar, ¿aquí estás tú?

(1) En el texto, «única»; pero el verso resulta largo

TOMAR.

Triste y celoso.

ANA.

Triste, como cautivo,  
bien puede ser; ¿pero celoso?

TOMAR.

Y tanto,

que de vivir me privo,  
mis celos lloro, mis prisiones canto;  
porque a vivir sin celos,  
preso me dieran libertad los cielos.

ANA.

¿Amabas en tu tierra?

TOMAR.

Amaba libros árabes e indios,  
las armas y la guerra,  
con que puse a mis pies los mares canos,  
los promontorios altos,  
de plata llenos y de yerba faltos.

Aristóteles era  
mi amor y el gran Platón divino y lleno  
de ciencia verdadera;  
de Hipócrates famoso y de Galeno  
estudiaba aforismos;  
mas no en los celos, sombra de sí mismos.

Pasaba codicioso  
de ver a España, y la tormenta fiera  
del mar impetuoso  
me echó, casi desnudo, en su ribera;  
vi a Cádiz, vi a Sevilla  
y vi una estrella a quien el sol se humilla.

Salve, dije, hermosura,  
más bella que la luz del primer cielo,  
y puse mi ventura  
para que fuese de sus plantas suelo.  
Esto quiero, esto adoro  
cristiana tengo el alma, el cuerpo moro.

ANA.

Hombre, Tomar, pareces  
de buen entendimiento y hombre noble.

TOMAR.

Lo mucho que mereces  
mi ingenio y mi nobleza aumenta al doble.

ANA.

Pésame de que quieras  
si no es que premio de tu amor esperas.  
¿Pero no podré saber  
quién es dueño de tu amor?

To.

Antes de darme a entender  
me ha de matar el dolor.

AN.

¿No es mujer?

To.

Sí que es mujer.

AN.

¿Pues en qué recibe agravio  
de ser amada?

TOM.

Es verdad  
y es advertimiento sabio,  
que en tenerla voluntad  
yo pienso que no la agravio.

AN.

Dime a quién amas y yo,  
a quién amo te diré,  
aunque, ingrato, me olvidó.

To.

¿Amas?

AN.

Sí.

To.

Dichoso fué  
quien tanto bien mereció.

Pero pues me has animado  
para decirte a quién quiero,  
oye el nombre. Estoy turbado.  
¿Cómo osaré...?

AN.

El nombre espero

TOM.

Quiero dártele pintado.

AN.

¿Cómo?

TOM.

Cogeré seis flores,  
de cuyas letras primeras,  
porque me salen colores,  
saques el nombre que esperas.  
Gala bien nueva en amores.

AN.

*(Coge las flores.)*

TOM.

Por ellas lo entenderás.  
Toma aquesta dormidera.

AN.

D la primera me das.

TOM.

Tómalas todas.

AN.

Espera.

¿Cuántas son?

To.

Seis son no más:  
dormidera, hoja de oliva,  
narciso y azahar.

AN.

D y O,

N y A, doña.

TOM.

Así viva  
que me dejes.

AN.

Eso no,  
que ya con flores se escriba.

TOM.

Toma esta azucena.

AN.

Es A.

TOM.

Y aqueste narciso.

AN.

Es N.

TOM.

Esta es albahaca.

AN.

Ya.

Doña Ana por nombre tiene.

Gusto la invención me da.  
 Dame el sobrenombre.  
 To. Espera.  
 Angélica la primera.  
 AN. Es contra peste notable.  
 TOM. Romero.  
 AN. Muy saludable.  
 TOM. Espucla.  
 AN. Celos afuera.  
 TOM. Llantén?  
 AN. Dos LL; también.  
 TOM. ¿Y este almoradux?  
 AN. Bien vas.  
 TOM. Este nardo.  
 AN. Huele bien.  
 TOM. Oliva otra vez.  
 AN. ¿Hay más?  
 TOM. ¿Qué más quieres que te den?  
 AN. Angélica, es A; romero,  
 R, y esta espuela, es E.  
 Juntar las dos LL. quiero  
 del llantén, aunque se ve  
 tu intento.  
 TOM. Temblando espero.  
 AN. El almoradux, es A;  
 nardo, es N; oliva, O.  
 Aquí Arellano dirá.  
 TOM. Y eso mismo digo yo,  
 que es quien la muerte me da.  
 AN. ¡Perro! ¿un bárbaro?  
 To. No soy  
 alarbe, soy de Bengala;  
 puesto que en su ley estoy.  
 Mas, ¿qué desatino iguala  
 a que así me trates hoy?  
 ¿No sabes que puede ser,  
 como lo ha sido, invención  
 de entretener tu pasión;  
 que las leyes del querer  
 para los iguales son?  
 De tí me quiero reír.  
 ¿Eso es todo lo que sabes?  
 AN. Perdón te quiero pedir.  
 TOM. De los dueños, y tan graves,  
 todo se puede sufrir.  
 ¿Pero qué agravio te hiciera  
 cuando yo bien te quisiera?  
 El agravio desigual  
 fuera si quisiera mal  
 a quien por dueño tuviera.  
 Demás que no soy tan vil  
 que en mi tierra no me estime  
 quien anda en oro y marfil.

AN. Todo mi enojo reprime  
 ese tu ingenio sutil:  
 amigos hemos de ser.  
 Tú sólo, de hoy más, Tomar,  
 me has de hablar y entretener.  
 TOM. Más licencia me has de dar.  
 AN. ¿Cómo?  
 To. Que te lie de querer.  
 AN. Digo que también me quieras.  
 TOM. Ayudarás mi prisión,  
 y yo, entre mis ansias fieras,  
 diré a mi imaginación  
 que son tus burlas de veras.  
 Cultivaré flores bellas  
 a este intento en el jardín;  
 gozarán tus manos de ellas,  
 aunque se corra el jazmín  
 de verse tan negro en ellas.  
 No habrá salido el clavel  
 cuando vaya a competir  
 con tus labios, y con él  
 el alma, a verlos reír,  
 de poner envidia en él.  
 En viendo la mejorana,  
 que de esperanza se viste,  
 irá a tus manos, doña Ana,  
 para que sepas que fuiste  
 tú sola la mejor Ana.  
 Para rendirse a tus venas  
 saldrá el lirio entre sus hojas  
 de espadas de temor llenas  
 y a estar de vergüenza rojas  
 las cándidas azucenas.  
 La coronada granada,  
 en velos de nácar puro,  
 irá a decirte, turbada,  
 que a ver de Bengala el muro,  
 te viera en él coronada.  
 La dorada maravilla  
 irá a decir que en Castilla  
 la llamaron de esta suerte,  
 porque se enciende de verte  
 y su color maravilla.  
 Irá entre espinas cruel  
 la rosa a besar tu planta,  
 irá el verde mirabel  
 a mirar belleza tanta,  
 y a coronarte el laurel;  
 el mirto a decirte amores,  
 y el azahar a ser azar  
 de estos primeros favores,  
 y mis ojos a regar  
 una esperanza sin flores.



AN. De manera lo encareces  
que parece que de veras  
tanto sentimiento ofreces.

TOM. De burlas, mereces veras;  
de veras, almas mereces.

AN. No me has dado entre esas flores  
una de celos.

TOM. Callélos  
por no avisar sus dolores;  
que mientras duermen los celos  
no dan pena los amores.

AN. Porque los tengas, te quiero  
decir que de celos muero  
de un hombre.

TO. Dichoso el hombre.

AN. Y quiero decirte el nombre;  
espera.

TOM. Tormento espero.

AN. ¿Qué letra en las luces bellas  
imitan las siete estrellas?

TOM. Una P.

AN. Y del ABC,  
¿qué letra es la quinta?

TOM. Es E.

AN. Su nombre empieza por ellas.  
¿Cuál es la letra del nombre  
mejor que vive en el cielo?

TO. La D, que es Dios.

AN. ¿Y del hombre  
más alto que tiene el suelo?

TOM. R, cuando el rey se nombre.

AN. ¿Cuál es la primera letra  
que de las cosas sin alma  
más puede, alcanza y penetra?

TOM. O, que al oro dan la palma,  
porque cuanto quiere impetra.  
Estrellas, letras, Dios, rey  
y oro ese nombre contiene.  
Notable grandeza tiene.  
¿El nombre es de vuestra ley?  
Y harto a propósito viene.  
La P, la E, D, R y O  
juntas dicen Pedro.

AN. Y yo  
digo que Pedro me ha muerto.

TOM. Que me lo llamara es cierto  
por ti.

AN. Y sin mí, ¿por qué no?

TO. Porque tengo imaginado,  
si soy cristiano, llamarme  
Felipe.

AN. Mi hermano ha entrado.

TO. O he de perderme o ganarme,

ya el juego está comenzado.

(Salga DON JUAN.)

D. JU. Burla burlando, doña Ana,  
como dicen en Castilla,  
se dice en toda Sevilla  
y suena el eco en Triana  
que se muere el mercader  
con quien pensaba casarte  
de la herida, que fué en parte  
que pone bien que temer.  
Hoy me voy.

AN. ¿Dónde pregunto?

JUAN. Adonde seguro esté.

AN. ¿Pues cómo la herida fué?

JUAN. Fué de punta y en mal punto.

No preguntes, sino dame  
ropa blanca, y queda, adiós.

AN. ¿Qué dice mi tío?

JU. Los dos,  
temiendo algún soplo infame,  
esto habemos concertado;  
a Madrid voy por la posta.  
De peligro y de gran costa  
es la jornada.

JU. He pensado  
que no hay lugar más seguro;  
y porque su valentía  
de este moro me podría  
al lado servir de muro,  
quiero que conmigo vaya,  
y Motril irá también  
para que nos sirva bien;  
y servirá de atalaya  
el capitán, que entretanto  
tendrás por padre a mi tío.  
Paréceme desvarío.

AN. De cualquier vara me espanto.

JU. Inés.

AN. Señora.

AN. En un punto  
pon la maleta a don Juan.  
Camisas a punto están.

IN. (Salga INÉS.)

El número te pregunto.

AN. Las que quepan.

IN. Voy volando.

AN. Ya, esclavo, a la corte vas.

TO. El cielo me ha dado más  
que yo estaba deseando.

Mas pésame de dejar  
de servirte.

(Salga MOTRIL.)

Mo. Ya han llegado  
las postas.

Ju. ¡Oh, buen criado!  
póngase en una Tomar;  
Dale un capote y sombrero.  
¿Pero sabrás la correr?

To. Haréle al viento creer  
que nunca fué tan ligero.

Ju. Dale polainas y espuelas,  
y tú ponte en otra posta.

Mo. ¿Yo?

Ju. Sí.

Mo. ¿Pues con tanta costa  
caminas?

Ju. ¿Ya te desvelas  
en hacer oficio de ayo?  
Hermana, a vestirme voy.  
Adiós.

AN. ¡Qué confusa estoy!  
(Váyase DON JUAN.)

Mo. ¿Esta es jornada o es rayo?

AN. ¿Tomar?

To. ¿Señora?

AN. A la corte  
vas. ¿Qué me piensas traer?

To. ¿Un esclavo qué ha de hacer  
que a vuestro servicio importe?  
Pero mi palabra os doy  
de traer os un presente  
que por milagro se cuente  
entre esclavos, pues lo soy.  
Y si yo a Bengala fuera  
como a Madrid, que envidiar  
diera a las ninfas del mar  
lo que en sus hombros trajera.  
Pero mi fe os empeño,  
pues voy donde el Rey está,  
de traer un rey de allá  
para que de un rey seáis dueño.  
(Váyase el REY.)

AN. Dios te vuelva con salud.

To. Y El te guarde.

AN. ¿Y tú, Motril?

Mo. Nunca de cosa tan vil,  
señora, esperes virtud.  
Este moro es rey o es rayo.  
Reyes te promete en porte;  
lacayos hay en la corte,  
yo te prometo un lacayo.  
Y no eran cortas hazañas

ni hubiera poco que ver  
si le pudiera traer  
desde algún juego de cañas.  
Porque aquellas calzas lacias,  
de pelo y no de vergüenza,  
colecto, sombrero y trenza  
ganan cincuenta mil gracias.  
Y si traerle pudiera  
recién cogido del toro,  
con el debido decoro,  
mayor el donaire fuera.

AN. ¿Pues no hay otra cosa allá?

Mo. Lisonjas y cumplimientos,  
deudos, deudas, cuentas, cuentos  
sin ver quién vive o quién va.  
Pleitos, trampas, cortesías,  
almonedas, quejas, voces,  
discretos que tiran coces,  
novedad, cortas espías.  
Mas vete, que ya don Juan  
te llama; que esta es materia  
dulce, y perderé en la feria  
si aquí los pies se me van.

AN. Voy a ver lo que me quiere;  
no me pesa que se vaya.  
(Váyase y entre INÉS.)

INÉS. Cuando alguna mujer haya  
que de valor desespere  
y se compare conmigo,  
me quiero arañar con ella.

Mo. ¿Bella Inés?

IN. ¿Yo Inés? ¿Yo bella?

Mo. ¿Pues quién?

IN. Ya no más contigo.  
Tú le has rogado a don Juan  
que a la corte te llevase.  
¡Mal fuego un torrezno abrase  
en rebanadas de pan,  
si tu malicia no miente!  
¿Yo a la corte? ¿A qué intención?  
¿Taño, canto o soy bufón,  
soy jugador, soy valiente?  
¡Oh qué arbitrios llevo yo  
para cansar con enredos!  
No traes, Inés, los dedos  
a mi gusto.

IN. ¿Cómo no?

Mo. Porque debes de sentir  
que se te vaya Tomar  
y en mí vienes a ensayar  
lo que le piensas decir.

IN. ¡Plega a Dios, que si te me into,

que tu persona peligre  
entre los brazos de un tigre!

MO. ¡Notable encarecimiento!  
Según eso, bien te puedo  
pedir el postrero abrazo.

IN. Con estos brazos te enlazo.

MO. Muerto parto.

IN. Muerta quedo.

MO. ¡Inés!

IN. ¡Motril!

MO. ¿De quién eres?

IN. De Motril. ¿Y tú?

MO. De Inés.

IN. ¿Ya te vas?

MO. Ya por los pies  
me meten mil alfileres.

IN. Allá, en la corte, hay Ineses.

MO. Acá, en Sevilla, hay Motriles.

IN. Hay allá blancos mandiles.

MO. Hay acá embudos franceses.

IN. Traígame un coché de allá,  
pues no se echará de ver.

MO. Salado pudiera ser  
para los vinos de acá.

IN. Adiós.

MO. No llore, ea, pues.

IN. Deme un va...

MO. Y aun un barril.

IN. Adiós, mi dulce Motril.

MO. Adiós, regalada Inés.

(*Váyanse, y salgan DON PEDRO y CARRIZO.*)

CAR. Pienso que se ha de morir,  
y así, te vengo a rogar,  
si acaso en casa hay lugar,  
te dignes de recibir  
un hombre, que, por lo menos,  
sabe dónde quieres bien  
y que a tu lado también  
valdrá por más de dos buenos.

PED. Qué, ¿tan malo está Gerardo?

CAR. Malo, porque es para poco,  
y, en cosas que aquí no toco,  
tiene poco de gallardo.

Mas no quiero decir mal  
del señor a quien serví  
no presumas que de ti  
lo haré en ocasión igual.

Que el señor que oye al criado  
decir mal de quien sirvió,  
si allí no le despidió,  
fué necio y mal confiado.

PED. Holgaré de recibiros,

porque ya sabéis mi humor  
y porque mostráis valor  
y os portáis alto de tiros.

Que soy mozo, como véis,  
y he menester un criado  
de buenas manos al lado.

CAR. ¿Qué tal hallado le habéis?

PED. ¿Sabéis de la negra?

CAR. Puedo  
con Carranza competir.

PED. ¿Y en lo que toca a reñir?

CAR. Eso es negocio de miedo.

PED. ¿Cómo? ¿Que vos le tenéis?

CAR. No digo sino que doy  
miedo.

PED. Satisfecho estoy,  
y no mal lado hallaréis.

¿Qué quistiones de algún nombre  
habéis tenido en Sevilla?

CAR. Una con veinte en cuadrilla,  
mostachos, gancho...

PED. ¡Bravo hombre!

CAR. ¿Conoció vuesa merced  
a Motril?

PED. ¿Así un criado,  
un mozuelo azafranado,  
preciado de zarzo y red?

Poco ha que se partió  
por la posta.

CAR. Habrá dos días.

PED. Pues bien.

CAR. Ciertas valentías  
allá, en su casa, contó;  
sacamos las hojarascas,  
tiro, tiréle, entendí,  
pasé de largo, cosí  
y dejéle haciendo bascas.

PED. Pues yo lo vi con salud.

CAR. Curáronle por ensalmo;  
que estos negocios de salmo  
tienen notable virtud.

Un esclavo de su tío  
de doña Ana en la pendencia  
de don Juan tomó licencia  
y entróse con algún brío.

Reñía en moro, y matéle  
en defensa de la fe.

PE. ¿Cierto?

CA. ¡Bueno!

PE. ¿Cómo fué  
a la corte?

CAR. Porque suele  
un moro de estos tener

siete vidas, como gato.

(*Salgan el Capitán DON BALTASAR y ORTIZ.*)

BAL. Que no ha sido honrado trato  
le quiero dar a entender.

Si está solo, iros podéis;  
si acompañado, sacad  
la espada.

OR. Aquel es, llegad,  
que acompañado lo veis.

BALTASAR.

¿Vuesa merced conóceme?

PEDRO.

Y respeto  
vuestro nombre, que sois, si no me engaño,  
el capitán don Baltasar de Vargas.

BALTASAR.

¿Y sabéis que doña Ana de Arellano  
es mi sobrina?

PEDRO.

Y de don Juan hermana.

BALTASAR.

¿Pues cómo los honrados caballeros...

CARRIZO.

Si es aquesto cuestión, yo soy perdido.

BALTASAR.

Hablan de las mujeres principales  
con tan poco respeto de sus méritos  
porque no se las dieron por mujeres,  
faltando en ellos para merecerlas?

PEDRO.

¿Sabe vuesa merced que soy don Pedro?

BALTASAR.

Bien sé que sois un hombre que a su hermano  
pedisteis a doña Ana de Arellano,  
y sé que, por no dároslo, en Sevilla  
echáis fama que es mora.

CARRIZO.

¡Que tan presto  
trajese el diablo esta pendencia al puesto!

PEDRO.

Quien quiera que dijere...

CARRIZO.

¿Con qué achaque  
me podré desgarrar?

BALTASAR.

Que no hay quien quiera...

CARRIZO.

¿Quieres, señor, que una rodela traiga?

BALTASAR.

Lo que hace al caso es que saquéis la espada,  
que quieren castigar mis canas nobles  
vuestro desvergonzado bozo negro.

CARRIZO.

Señor soldado, yo no he dicho nada  
para que contra mí saquéis la espada.

ORTIZ.

¡Riñe, gallina!

BALTASAR.

Vengaré mi agravio.

PEDRO.

Vos sois valiente, pero no sois sabio.

(*Vanse, y salen, de camino, DON JUAN y MOTRIL.*)

JU. En fin, ¿la corte te agrada?

MO. Perdóname, gran Sevilla,  
que Madrid, villa por villa.

JU. ¿Es buena nuestra posada?

MO. Para no estar en Valencia,  
la limpieza disimula.

JU. ¡Lindo caminar!

MO. A mula.

JU. A mula no hay diligencia;  
la posta es cosa notable.

MO. Para mi señor que le dan  
lindo caballo alazán  
y no para el miserable.

Que ha de llevar el peor,  
y entre una silla mal hueca,  
como cuero de manteca,  
mecerse a todo rigor.

O aquel parar en las manos  
a cada trote un rocín;  
¡Malas adivas! ¡mal fin!  
¡mal muermo, malos tolanos!

No podría yo jurar,  
que vengo a Madrid de asiento;  
que de mucho que me siento  
no me siento a descansar.

JU. ¿Qué tienes?

MO. Cierta inquietud  
que me encomienda el secreto;  
las calzas yo te prometo  
que no las sobra salud.

Discretas son, o estoy loco;  
porque de las cuchilladas  
dicen que han de ser bien dadas,  
pero que han de durar poco.

JU. Notables casas fabrica  
Madrid.

MO. Está ya despacio.

JU. Por aquí van a palacio.

MO. ¡Qué platería tan rica!

JU. Los jubones y vestidos  
que hay en la calle Mayor  
me han parecido mejor.

MO. ¡Qué varios y qué pulidos!

JU. Aquel moro, ¿dónde fué?

MO. A comprar me dijo agora  
qué llevar a su señora.

(Salga el REY, asido de dos corchetes, y ALGUACIL,  
y un PLATERO.)

TOM. Tratadme bien.

AL. ¿Para qué?

TOM. Para que soy hombre honrado.

AL. ¡Anda, perro!

TO. Aunque voy preso,  
no habéis de hablar con exceso.

MO. La variedad he notado  
de las cosas de Madrid.

JU. ¿Qué preso es éste?

MO. ¡A Tomar  
parece.

JU. Quiero llegar,  
que él es, sin duda. Advertid,  
señores, que este es mi esclavo.

TOM. Señor, defendedme aquí.

AL. ¿Vuestro es este moro?

JU. Sí.

Con él de llegar acabo  
de Sevilla en este punto.

AL. Prended a este ladrón.

JU. ¿Ladrón?

PLA. No habla sin razón.

JU. Señor, la razón pregunto.

MO. ¿Pues cómo con ese nombre  
Madrid prende a un caballero?

AL. ¿Quién sois vos?

MO. Soy su escudero.

AL. ¡Oh ladrón! Asid a este hombre.

MO. ¿A mí? ¿Por qué?

AL. Los ladrones  
de Sevilla.

MO. ¿Yo ladrón?

PLA. Quiéroos decir la razón,  
señor, en breves razones.

Yo soy platero; llegó  
este moro a que comprase  
un diamante. Que no pase  
con vida de aquí si yo  
he visto cosa más rica.  
Presúmese, con razón,  
que es ladrón.

JU. ¿Por qué es ladrón?

PLA. Porque él mismo lo publica.

TOM. Señores, si le he traído  
de mi tierra, ¿ladrón soy?

JU. Y yo, que sin culpa estoy,  
ni lo he visto ni sabido,

¿Es bien, siendo caballero,  
el pretenderme infamar?

AL. Ello se ha de averiguar.

MO. ¿Y qué debe el escudero?

AL. Todos estos son ladrones.

PLA. El hurto han hecho en Sevilla.

JU. ¿Qué alguacil sois?

AL. De la villa.

JU. ¡Perro infame, en qué me pones!

(Ruido de cárcel; tras él, dos presos, GARRIDO y CA-  
LANCHO.)

GARRIDO.

¿Recogen, por ventura, algún ganado?  
Pues no han dado las cinco, ¡vive cribas!

CALANCHO.

El palo que levanta el sotalcaide  
de las almas lo sea del infierno.

GARRIDO.

No lo hiciera en campaña, seor bravísimo;  
que cuatro dedos menos de la hoja  
le hiciera yo entender que es un gallina.

CALANCHO.

Paréceme que basta la molina.  
¿Tenemos qué cenar?

GARRIDO.

No me ha enviado  
la socarrona Bilches un consuelo.  
Pues saldremos de aquí, señora ninfa;  
que yo la haré, para que sea más noble,  
hija del Cid en cordobanes puros.  
Oiga el bureo de ese calabozo.

CALANCHO.

Hay cena, hay plus, hay juego y hay retozo.

(Canten dentro con jira los músicos.)

MÚSICOS.

Cuántas veces me brindan  
tus ojos bellos,  
como son de pimienta  
bebo con ellos.

MÚSICOS.

Mi forzado te dice  
que no le sigo;  
daré viento a las velas  
con mis suspiros.

GARRIDO.

¡Brava jira y relincho! ¡Ay de los tristes  
que sin cenar se acuestan esta noche!

(El ALCAIDE dentro, MOTRIL y TOMAR.)

ALCALDE.

Entren, acaben.

MOTRIL.

Poco a poco, espere,  
que no es esta posada de codicia.

CALANCHO.

Gente nueva, Garrido. ¡Por San Junco!  
no doy la cena ya por tres de a cuatro.

GARRIDO.

No hay que desconfiar de cena alguna.

TOMAR.

Mirad a qué me trajo mi fortuna.

CALANCHO.

¿Qué gente?

TOMAR.

¿Aún esto más?

MOTRIL.

Gente «non sancta»,  
pues anda a tales horas estaciones;  
que estuvieran mejor en la posada.

CALANCHO.

¿Lacayito?

MOTRIL.

A servicio de los buenos;  
alegre soy y compañero. ¿Hay algo  
que podamos cenar?

CAL.

¿Y él quién es?

TOMAR.

Un esclavo.

GARRIDO.

El dueño diga.

TOMAR.

El tiempo, y la fortuna mi enemiga.

CALANCHO.

Yo no como de tiempos, ni fortunas  
del Rey Felipe soy, y rematado  
para servirle de escribano público  
en las gurapas del señor don Pedro;  
saquen dinero y a placer se cene.

TOMAR.

Por ese nombre, que yo estimo tanto,  
les doy este doblón.

CAL.

¡Oh moro santo!  
Digo santo si acaso te bautizas.

TOMAR.

¡Pluguiese a Dios!

MOTRIL.

¿Doblón, Tomar, tenías  
y vendías diamante?

TOMAR.

Por llevarle  
a mi señora diez o doce piezas  
de ricas telas y otras cosas tales.

CALANCHO.

El es doblón, no hay que ponerle el diente,  
los de la boca se ejerciten luego;  
pártase un malandrín por dos gallinas,  
traiga de pío de la media capa  
catorce azumbres y el esclavo ¡Víctor!

TOMAR.

¿En hombros me tomáis?

CAL.

Dinos tu nombre.

TOMAR.

Tomar.

CAL.

Tomar, de hoy más el dar te llama;  
Rey eres esta noche.

TOMAR.

Y muchas fuera  
si el Rey de España no me enamorara.

CAL.

Rey eres de la cárcel de esta villa.

TOMAR.

Esa será la octava maravilla.

ACTO TERCERO

DE LA OCTAVA MARAVILLA

(Salgan DON PEDRO, GINÉS y CARRIZO.)

PEDRO.

Seis meses han tardado, como digo,  
y en ellos he intentado que doña Ana  
volviese a hacer, Ginés, paces conmigo;  
mas cuando ya su condición tirana  
lo que debe a mujer iba cumpliendo,  
a quien el ruego vuelve siempre humana,  
llegaron cartas, y imposible emprendo,  
que don Juan en la corte preso estaba,  
y el tío ir a librarle preveniendo.

Cuando ya cerca de su gracia andaba  
la puso en un recluso monasterio  
donde apenas el sol a verla entraba.

GINÉS.

¿Luego supose allá todo el misterio  
de la historia y la muerte de Gerardo  
y de los dos se querelló Valerio?

PEDRO.

No fué por eso, que a su tiempo aguardo;  
fué por ladrón.

GINÉS.

¿Ladrón don Juan?

PEDRO.

No creas

que lo fuera un hidalgo tan gallardo.

¿No viste un moro (si saber deseas  
todo el suceso) que a don Juan servía,  
de buenas manos aunque en esto feas?

Pues dicen que, entre algunas niñerías,  
hurtó un diamante, que les ha costado  
de prisión y cuidado muchos días,

aunque, en fin, se probó que no era hurtado,  
pero con gran trabajo y diligencia  
de su tío, en la corte acreditado.

Hoy iba al monasterio, sin paciencia,  
y vi que hermano y tío la sacaban  
alegres de acabar tan larga ausencia.

CARRIZO.

Si como seis o siete la llevaban  
fueran don Juan y su valiente moro,  
yo sé que en estas manos la dejaran.

PEDRO.

Eres muy bravo tú.

CARRIZO.

Celoso toro  
no me igualara en ira.

PEDRO.

¿Y ciervo huyendo?

CARRIZO.

Cuando yo soy Roldán tú eres Medoro.

PEDRO.

Ya te vi peleando y resistiendo  
cuando don Baltasar me acuchillaba  
al soldadillo bravo.

CARRIZO.

Fuí temiendo  
que te echaba a perder si le mataba,  
y dábale de llano, aunque el grosero  
de punta, como ingrato, me tiraba.

PEDRO.

No vuelve tanto atrás un cabestrero  
como en esta ocasión el buen Carrizo.

CARRIZO.

Pues otra vez tú me verás tan fiero  
que andemos por las cárceles.

GINÉS.

No hizo  
sin mucho acuerdo el no matar el hombre.

CARRIZO.

Soy discreto y no soy arrojadizo.

¿Qué cosa más cruel que ver que asombre  
cualquiera vara a quien no bastan ruegos  
y que para temerla basta el nombre;  
el calzar a un cristiano dos charniegos;  
el hacerle acostar como gallina  
y el sastre de papel cosiendo pliegos?

Más vale, aunque perdone la molhina,  
dar de llano a un cristiano y retirarse.

PEDRO.

No es mala, por mi vida, la doctrina.

Vuesa merced procure consolarse,  
y a doña Ana la lleve este billete.

CARRIZO.

¿Podré en su casa entrar?

PEDRO.

Aventurarse.

CARRIZO.

Digo que los daré de siete en siete.

PEDRO.

Pues sígame, que quiero hacerle escolta.

CARRIZO.

Hoy me pringa don Juan por alcahuete;  
*non ritorno con vita questa volta.*

(*Salgan DON JUAN, DOÑA ANA y DON BALTASAR.*)

BAL. ¿Para qué es bueno encubrir  
lo que ya todos sabemos?

JU. ¿Al enojo que traemos  
este quieres añadir?

AN. Digo que es verdad que el moro  
ese presente me dió.

BAL. ¿Pues cómo o de qué compró  
tantas telas, piedras y oro?

AN. ¿Eso me dices a mí?

JU. Este perro ha de ser causa  
de mi muerte.

BAL. Si el la causa,  
venderle o echarle de aquí.

JU. ¿No me basta la prisión  
que tuve por el diamante?

BAL. No hay cosa que más me espante;  
o es hechicero o ladrón.

JU. Ladrón, no; mas hechicero...

AN. Si veis lo que me ha traído,  
más pena os dará.

BAL. Yo he sido  
la culpa, venderle quiero.

JU. Vamos a ver el presente,  
y entendamos el valor.

BAL. Vamos.

AN. ¡Qué necio rigor!  
El moro es noble y valiente.

Y venderle es desatino;  
porque si fuera ladrón,  
supiérase en la prisión  
de dónde el diamante vino.

(*Salga el REY.*)

TOM. Deseaba hallarte sola.

AN. Bien seas venido, Tomar.

TOM. Los pies te quiero besar,  
honra y belleza española.

AN. Estoy muy agradecida  
al presente.

TOM. Estaba loco  
cuando te ofrecí tan poco;  
mas no hay tesoro que mida  
una rica voluntad.

AN. ¿Qué te ha parecido España?

TOM. Lo que he visto, cosa extraña  
y de grande majestad.

¡Dichoso Rey!

AN. ¿Viste al Rey?

TOM. Y a sus plantas la fortuna  
de la divina columna  
de vuestra cristiana ley.

AN. ¿Viste la Reina?

TOM. Ya vi

la Margarita preciosa  
y la sucesión hermosa,  
que me dejó absorto allí.

Porque vi, señora, un coro  
de ángeles, que hicieron cielo  
el palacio, cuyo suelo  
beso y, humillado, adoro.

Vi las damas, vi los grandes,  
de quien ya nuevas tenía;  
pero, porque no sabía  
los títulos, como mandes  
que de memoria los diga,  
de ver tantos te holgarás.

AN. Quien eres descubres más.  
TOM. Amor de España me obliga.

Dejando aparte los Grandes,  
es el Conde de Saldaña,  
sucesor del Infantado,  
cifra de todas las gracias;  
en ingenio y cortesía  
ha dado el cielo a Canaria  
un ilustre Adelantado.

AN. Mira que, si los alabas,  
la relación será eterna.

TOM. Pues dejando su alabanza,  
digo que estos son Marqueses  
de Castilla, no de España;  
que en Portugal y Aragón  
te los contaré mañana:  
Ayamonte, Villanueva,  
Avilafuente, Velada,  
Poza, Montesclaros, Carpio,



AN.  
TOM.

Cerralbo, Ardales, Viana,  
Frómista, Moya, Alcalá,  
Villamanrique, La Guardia,  
Salinas de Río Pisuerga,  
Almazán, Auñón, Algaba,  
Alcañices, Mirabel,  
el de Tábara, el de Navas,  
Malpica, Villamizar,  
Cañete, Mota, Berlanga,  
Laguna, Estepa (1),  
Caracena, Camarasa,  
Cortes, Valle, Lanzarote,  
Almenara, Loriana,  
Fuentes y otros que se incluyen  
entre los Grandes de España.  
¿Y los Condes?

Medellín,  
Altamira, Fuensaldaña,  
Olivares, Nieva, Osorno,  
Arcos, Priego, Castro y Palma,  
Orgaz, Chinchón, Monterrey,  
Puebla y Gelves, que Dios haya;  
Salinas, Galve, Paredes,  
Coruña, Villar, Barajas,  
Santisteban, Montalbán,  
Castellar, Villamediana,  
Aguilar, Síruela, Oñate,  
Casarrubios, Rivadavia,  
Valencia, Grajal, Montijo,  
Puñoenrostro, por las armas;  
Villanueva de Cañedo,  
Alcaudete, ilustre casa;  
Villalonso, Villamor,  
Mayalde, honor de su patria;  
Salazar, Luna, Gomera  
y Aramayona, en Vizcaya;  
Fuensalida y Añover,  
que la corte honrando estaban  
con sus armas, con sus letras,  
con sus gracias, con sus galas;  
ya en fiestas y regocijos,  
torneos, sortijas, cañas  
y otros militares juegos.  
Desde allí el capitán Vargas  
quiso ver El Escorial,  
vi su maravilla octava,  
con que acabé de creer  
lo que puede un Rey de España.  
Luego fuimos a Toledo,  
y tuve suspensa el alma  
cuatro días en su iglesia;

AN.

TOM.

AN.

y una Virgen que llamaban  
del Sagrario; prometí,  
un día que en unas andas  
la llevaba un cardenal,  
tomar del bautismo el agua.  
Entonces serás Tomar  
si tomas agua de gracia.  
Puse los ojos en ella  
y pensé que me miraba;  
temblé, temí, dije: «Reina,  
no me habléis, mirarme basta,  
vivís Vos, de ser cristiano  
y hacer mi tierra cristiana».  
Mis brazos te quiero dar.

(Salgan DON BALTASAR y DON JUAN.)

MO.

BAL.

JU.

BAL.

TOM.

BAL.

AN.

JU.

AN.

BAL.

JU.

TOM.

BAL.

TO.

JU.

TOM.

¡Vive el cielo, que la abraza!  
¿Quieres que acabe con él?  
Espera, detén la daga.  
Perro, ¿qué es esto?  
Señor...  
¿Pues tú abrazas a tu ama?  
Yo le abracé, y con razón.  
¿Tú a un esclavo? ¿Por qué causa?  
Porque dijo que quería  
ser cristiano.  
Allí te aparta.  
Perro, esta daga que ves  
te pasará las entrañas  
si no dices quién te ha dado  
joyas y riquezas tantas.  
Tomar, cuando de mi tío,  
el capitán, libre salgas,  
con este acero que miras  
tengo de sacarte el alma.  
¿De qué tienes estas joyas?  
Quedo, señores, que basta  
mandármelo como dueños.  
Di la verdad.  
Oigan.  
Habla.  
No caéis en que soy noble;  
pues sabed que vine a España  
sólo por ver a su Rey  
y esta maravilla octava;  
veinte navíos traía,  
que si a sus puertos llegaran,  
no pudiera hacer presente  
de mayor riqueza Arabia.  
Perdílos junto a las islas  
que ahora llamáis Canarias,  
Fortunadas los antiguos  
y para mí infortunadas.

(1) Falta el título que había de completar el verso.

- Sali en una tabla, y traje  
debajo de una casaca  
cien diamantes, mil escudos.  
¿Qué os admira? ¿Qué os espanta?  
El Rey de Bengala soy:  
yo soy el Rey de Bengala.
- BAL. ¿Qué dices?  
TOM. Esto que escuchas.  
JU. ¿Qué dices?  
TO. Que si te embarcas  
conmigo, te daré un reino  
y que haré Reina a tu hermana.
- BAL. Este hombre es hechicero.  
TOM. ¿Mis partes vuestra ignorancia  
no alumbra de que soy Rey?  
JU. El me ha dejado sin habla.  
Hermana, ¿qué dices de esto?  
AN. Que sois de la sangre infamia  
que tenéis, si no probáis  
una ventura tan alta.
- BAL. Cuadrado le ha lo de Reina.  
JU. Presto la mujer se engaña.  
TOM. Este es engaño, tomad  
una cadena pesada,  
herradme, echadme con ella  
donde una nave se lastra,  
y si en Bengala no fuere  
verdad que su Rey le falta  
y que yo soy, a la mar  
me arrojaréis en su playa.
- BAL. Rey: si eres Rey, yo soy hombre  
que a mi Rey serví en Granada  
de catorce años no más  
y ceñí de trece espada.  
Tres veces corrí las Indias,  
Flandes, Francia y Alemania;  
intentaré por valor  
ir hasta la Scitia helada.  
Di la verdad.
- TOM. Verdad digo.  
JU. No acierto a hablarla palabra.  
Escribamos esto al Rey,  
que si acaso se cristiana,  
nos hará merced.
- BAL. Yo tengo  
la mira, don Juan, más alta.  
Primero que se averigüe,  
serán ceniza estas canas.  
Tu hermana es hija, ya sabes,  
de tu padre y de una esclava:  
hazla de Bengala reina.
- TOM. Si vais conmigo a Bengalá,  
yo haré que a España traigáis
- diez navíos de oro y plata.  
(*Salga MOTRIL.*)
- MO. Señores, ¿qué hacéis aquí?  
Tratando están, en la Plaza  
de San Francisco, prenderos.
- JU. ¿Es este moro la causa?  
MO. No; sino que es muerto...  
JU. ¿Quién?  
MO. Gerardo y Valerio daba  
querella y información  
contra don Juan y doña Ana,  
el capitán y este moro,  
y aún me meten en la danza.
- BAL. Por esta puerta del huerto  
nos saldremos a Tablada.  
JU. Vámonos a Cádiz luego.  
BAL. Acertarás si te embarcas  
adonde dice este moro.
- TOM. ¿Qué teméis?  
JU. Dinero falta.  
TOM. Yo os daré tres mil escudos.  
JU. Pensaremoslo.  
BAL. Si aguardas  
a pensarlo...  
JU. Pues camina.
- Tú, Motril, quédate en casa  
a poner en cobro a Inés  
y lo que es más de importancia.
- MO. Id presto, que hay gran peligro.  
TOM. Virgen de Toledo santa:  
si a Bengala llevo vivo,  
yo os haré un templo de plata.  
(*Váyanse todos.*)
- MO. Con temor quedo, ¡por Dios!  
(*Salga CARRIZO.*)
- CARR. Temblando llevo a esta casa.  
MO. ¿Quién va?  
CARR. Sin duda es Motril.
- ¿Mas qué tenemos mostaza?  
Sabiendo que vilancé  
a peligro en corte estaba,  
de no sé qué pesadumbre  
que viene por las espaldas;  
que aunque es de calor, comienza  
como frío de cuartana,  
veugo a darle el parabién  
con toda amistad y gracia.
- MO. Si viene vuesa merced  
con mal hígado a probarme,  
sabré de todo guardarme.

CAR. Vengo a recibir merced  
de un hombre tan valeroso;  
y quiero que a beber vamos,  
y luego a un barco con ramos,  
donde hay más de un rostro hermoso  
y alguna que suspirando  
preguntó por vilancé.

MO. Soy snyo, y digo que iré,  
por quien lo manda, rodando.

CAR. Encaje.

MO. Encaje los diez.

CAR. Los dos a otros dos.

MO. Si son  
dos azumbres y un jamón.

(*Salgan un ALGUACIL, ESCRIBANO y gente*)

ALG. Esto me manda el juez.

Téngase al Rey.

CAR. ¿Qué es aquesto?

MO. No hay como el Rey, tenedor.

ALG. Asid éstos.

CAR. ¿Yo, señor?

ALG. ¡Ea, maniatadles presto!

CAR. ¿Pues ya me has desconocido?

ALG. Así, aqueste es mi criado;  
soltadle, que es hombre honrado  
y dos años me ha servido.

Estotro, ¿quién es?

CAR. Motril,  
un pícaro cicatero,  
alcagüetillo, landrero,  
entre rufián y mandil.

Ha estado en la Corte preso  
por ladrón.

MO. ¡Qué buen amigo!

Pues, soplón, guarda postigo,  
¿tú me engañabas con éso?

ALG. Carrizo le tenga aquí  
y recorramos la casa.  
Asle bien.

MO. ¿Que aquesto pasa!

(*Entrense.*)

CAR. Vengarme pienso de ti.

MO. Señor Carrizo, hoy es día  
de piedad; soltarme puede,  
para que obligado quede  
por toda la vida mía.

¿De qué sirve ver remar  
a un hombre hidalgo?

CAR. Motril:  
mi amo es este alguacil,  
ya no lo puedo excusar.

Yo vine a ser alcagüete,  
con un papel que traía;  
quiso la ventura mía  
de mejorarme a corchete,  
y tengo de hacer mi oficio.

MO. ¡Pues, tome!

CAR. ¡Muerto soy! ¡Ay!

(*Dale con el dedo y salgan todos.*)

¡Ay, que me ha muerto!

ALG. ¿Qué hay?

CAR. ¡Qué peligroso ejercicio!

ALG. ¿Cómo?

CAR. Metíome en el pecho  
uno de cachas pajizas.

ALG. Harto bien lo solemnizas.

ESC. Muestra.

CAR. Todo estoy deshecho.

¡Confi... Confi...!

ESC. Si no tienes  
más mal, aquí bueno estás.

ALG. Es verdad. ¿Hirióte más?

CAR. No.

ALG. ¿Pues a engañarnos vienes  
con tretas, y por dineros  
sueeltas los presos? ¡Picaño!

CAR. Qué, en fin: ¿no me ha hecho daño?  
Esperen veránme en cueros.

ALG. El verdugo le verá.

Asidle, tirad con él.

CAR. Pues de un golpe tan cruel  
sano todo el pecho está,  
sin duda debió de darme  
con el dedo, el bellacón.

¡Confi... confi... confisión!

ALG. En éste pienso vengarme.

(*Váyanse y entren cuatro turcos, las espadas desnudas y el BAJÁ OZMÍN, huyendo dellos.*)

OZ. Si es muerto el Rey, ¿qué razón  
os obliga a darme muerte?

JAC. Ver tu soberbia ambición.

OZ. ¿Cuál de vosotros me advierte  
que tiene mayor acción?

Dos navíos se escaparon,  
que a nuestro reino volvieron,  
que a voces os informaron  
que los demás perecieron  
y ellos solos se salvaron.

El Rey muerto, yo he quedado  
por el pariente mayor:  
si dél he sido estimado,  
pues fui su gobernador.

¿Qué más claro y más probado?  
¿Cómo me podéis quitar  
la corona que merezco?

(Sale la infanta BRISEYDA.)

BRI. ¡Apartad, haced lugar!  
¿Qué es esto?

OZ. El cuello te ofrezco;  
hoy me le puedes cortar.

BRI. ¿Por qué, Ozmín?

OZ. Porque he pro-  
en Consejo, que me toca [puesto  
el reino.

ZAYDÁN. También se ha puesto,  
como rey, la verde toca,  
y della salió compuesto.

BRI. Mal hizo Ozmín; pero oíd:  
Muerto mi hermano Tomar,  
¿cuyo es el reino? Decid.

JAC. Tuyo.

BRI. ¿Puédole yo dar?

JAC. ¿Pues no?, si es tuyo.

BRI. Advertid.

¿No he de casarme?

ZAY. Y te ruega  
el reino aceptes marido.

BRI. ¿Bajá?

OZ. ¿Infanta?

BRI. A mí te llega.

Tú eres mi esposo, y te pido  
la mano.

ZAY. Su amor te ciega.

Mas mira que no es razón.

BRI. ¿Qué más razón que mi gusto?  
Si esto ha de ser mi elección,  
lo que es mi gusto, eso es justo.

ZAY. No hay justicia si hay pasión.

BRI. ¿Quién de vosotros le iguala?

JAC. El Bajá es gran caballero;  
mas tuviéramos por gala  
mandarnos un extranjero  
y no nacido en Bengala.

BRI. Otros reinos se han quejado  
desto mismo que pedís.

JAC. Pues mucho se han engañado.  
BRI. En cuanto dél me decís,  
lleváis consejo engañado.

Hincad luego la rodilla,  
o haré que un verdugo venga,  
que hiriendo con la cuchilla  
la cerviz que no se humilla,  
la boca por suelo tenga.

¿Ea, villanos! ¿Qué es esto?

JAC. ¿Sabes quién somos?

BRI. Llamad  
la guarda.

JAF. Enójaste presto.

BRI. Luego la rodilla hincad.

JAC. ¿Aquí, luego?

BRI. En este puesto.

JAC. Dame tu mano.

JAF. Y a mí.

ZAY. Y a mí, pues Briseida gusta  
que nos mandes.

OZ. Y si aquí  
no os parece cosa justa,  
tomad armas contra mí.

Hombre soy que haré poner  
a quien en esto replica,  
la cabeza en una pica.  
JAC. Mercedes nos has de hacer:  
esto el reino te suplica.

BRI. Eso bien: hazles mercedes.

OZ. Tú sola, Briseida, puedes.

BRI. Pues gobierne a Satigán,  
Jacimín; que tú, Zaydán,  
es justo que aquí te quedes  
por capitán de la guarda

dél Gange, y podrá Jafer  
ser soldán de Fesinarda.

ZAY. A tan noble proceder,  
mayor corona le aguarda.

Sentaos, que hay mil extranjeros  
que por el Gange contratan  
y os quieren ver.

OZ. Caballeros,  
sentaos.

JAF. Dos fénix retratan.

BRI. Decid que entren los primeros.

ZAY. Españoles hay aquí.

BRI. ¿Qué nación?

ZAY. Son portugueses.

BRI. ¿Contratan?

ZAY. Señora, sí.

(Portugueses y portuguesas con instrumentos. CARAVALLIO  
y MENÉSES.)

CAR. Id por diante, Meneses,  
que cuido que os Reyes vi.

ME. Eles saon, naon dubidéis.

OZ. Españoles, ¿qué queréis?

ME. Somos unos mercadores,  
y somos dos más milleros (1)  
que en Bengala visto habéis.

(1) En el original, «millones», por errata.

Jengibre, cravo e canela  
contratamos, que produce  
o Gange na sua terra bella;  
e como a paz vos reduce  
casarvos con tal estrella,

venimos con un presente  
a celebrar vosas bodas.

OZ. Dadles paso libremente.

BRI. ¿Qué traéis?

ME. Das cosas todas  
naon vistas de voso Oriente.

Nestos cofres as veréis  
e porque para Tomar,  
a quien ogi socedéis,  
que lo gustaba de ollar  
e bein que tambein le olléis;  
o retrato vos daremos  
do felice Rey de España,  
que todos obedecemos.

(Un retrato del rey FELIPE TERCERO.)

OZ. Mostrad.

BRI. Majestad extraña!

CAR. Dos mundos tein por extremos  
la virtud que en elle véis.

OZ. En mi dosel le colgad.

BRI. Mi palacio honrado habéis.

OZ. Quanto pidieras les dad.

ME. Bein justo honor le facéis.

BRI. ¿Qué es tan gallardo mancebo?

OZ. Es Alejandro español,  
y está más alto que Febo.

BRI. Ponedle a los pies un sol,  
pues pisa otro mundo nuevo.

CAR. ¡Ea!, Constanza, tocam;

vos, Meneses, folijay.

ME. ¡Ea!, Carvallo; ¡ea!, Brito.

CAR. Eu me morro.

M. Eu me derrito.

ME. Pues ¡hela, vay!

CAR. ¡Hela, vay!

*Dancen esto entre seis; tres portuguesas y tres  
portuguesas.)*

«Menina hermosa e crúa,  
bein sei eu  
queim dexara de ser seu  
si vos quicereis ser súa.»

*(Una voz sola.)*

«Menina mais que na idade  
se para me querer bem,  
vos nam vejo ter vontade,

é porque outrem vola tem.  
Témvola e fávola crúa  
por en em.

Ya tomara naom ser meu  
se vos naom forais tan súa.»

OZ. Por buen principio he tenido  
de mi cetro el ver que ha sido  
de españoles celebrado  
y haberme en retrato honrado  
Rey tan amado y temido.

Denles una nave.

CAR. ¿Enteira?

OZ. De azúcar, jengibre y clavo.

ME. ¿Qué mais, Carvallo, dixeira  
noso Rey?

CAR. Muito le alabo,  
ao magno Alexandro cheira.

CANTEN. «Menina fermosa e crúa  
bem sei eu,  
queim dexara de ser seu  
se vos quicerais ser súa.»

*(Con un baile se entren.)*

BRI. Mil cosas tengo que hablarte  
en razón de tu defensa.

OZ. Yo por otras mil que amarte,  
que es obligación inmensa  
y es imposible pagarte.

BRI. Vamos adonde te vea  
la ciudad.

OZ. Yo haré que crea  
que éstos le han tratado engaños  
contra mí.

BRI. ¡Vivas los años  
que tu esclava te desea!

*(Váyanse y entren el CAPITÁN y DON JUAN, TOMAR  
MOTRIL y DOÑA ANA.)*

BAL. ¡Próspera navegación!

TOM. Tal ángel en ella vienes.

JU. Este es el Gange.

TOM. Estos son  
todos los puertos que tiene  
de tanta contratación;  
aquí, por especiería,  
el mundo todo contrata,  
que el Gange en sus campos cría,  
y así enriquecen de plata  
el reino y la renta mía.

AN. No he visto fertilidad  
tan notable.

BAL. La ciudad  
es grande y de hermosa vista.

- TOM. Cuando en su palacio asista,  
veréis mayor majestad.
- JU. Toma el hábito decente,  
gran señor, a tu corona.
- TOM. Hasta que ciña mi frente,  
don Juan, para mi persona  
es este el más conveniente.
- BAL. ¿Pues cómo piensas entrar  
para decir que has llegado?
- TOM. De noche quiero llegar,  
después de estar informado  
de lo que hay en tierra y mar.
- AN. Vaya Motril a saber  
el estado de tus cosas.
- MO. ¿Yo, señor?
- BAL. ¿Hay qué temer?
- TOM. Las guardas son belicosas,  
y, en fin, guardas, hasta ver  
cédula o salvoconducto.
- MO. La vida, por Dios, me dieras,  
no salgo del mar enjuto  
y ya con sangre me alteras.
- TOM. Aquí se paga un tributo  
y se muestran los papeles.
- BAL. ¿Pues qué consejo tomamos?
- JU. Tú siempre dárnosle sueles.
- BAL. En algún peligro estamos;  
moros nunca son fieles;  
que yo pensé que este día  
desembarcara Tomar  
con salva y con alegría.
- AN. Toda me has hecho temblar.
- TOM. Ya dudan la verdad mía.
- BAL. Motril se vista de moro  
y entre en la ciudad a ver  
si este es rey.
- MO. La lengua ignoro.
- AN. Tomar, ¿qué es esto?
- TO. Es querer  
entrar con mayor decoro.  
Vístase con mucha gala  
en el traje de Bengala  
Motril e infórmese bien.
- MO. ¿Tú lo aconsejas también?
- JU. ¿Qué pena a la nuestra iguala?
- TOM. Tomar, si eres Rey, ¿qué dudas?
- TOM. Tengo no sé qué recelos.  
Parte y vístete.
- AN. ¿Si mudas,  
fortuna, el rostro?
- MO. Los cielos  
me ayuden.
- TO. Como tú acudas
- donde están los forasteros,  
que es lonja de la ciudad,  
sabrás lo que hay.
- MO. Los primeros  
me degüellan.
- JU. No hay verdad  
entre estos bárbaros fieros.  
Triste se ha puesto y mohíno.
- (Váyase MOTRIL, y salgan los portugueses.)
- CAR. Acosta o barco, patrón.
- BAL. Estos portugueses son,  
que ya aprestan su camino.
- ME. ¡Oh qué boa virazón!
- AN. Españoles portugueses  
que ya deste reino os vais,  
¿quién reina en él?
- ME. Castillana,  
taon longe vinda a este mar,  
reina Ozmin, que de o Rey morto  
fuí notros tempos Bajá,  
e casado con Briseyda,  
de quien foy irmaon Tomar.  
Entray na bella cuidade  
que os sabrán agasallar,  
que ser amado deseja  
e muitas mercedes faz.  
Acosta o barco, patife.
- AN. ¿Qué tengo más que esperar?
- CAR. ¡Bon viagem, bon viagem.  
Deus me leve a Portugal!
- AN. ¿Habéislo todos oído?
- JU. ¿Qué es esto, Tomar?
- TO. Don Juan,  
estos recelos tenía  
cuando dilataba entrar.
- BAL. ¿Cómo nos has engañado,  
perro?
- TO. ¡Paso, capitán!  
que soy el Rey de esta tierra.
- BAL. ¡Que talle de majestad,  
vive Dios!
- TOM. ¡Paso otra vez!  
que os haré luego cortar  
la cabeza.
- BAL. Bien merezco  
ese castigo ejemplar  
por haber hecho venir,  
por codicia, donde están  
una mujer inocente  
y un caballero leal.
- JU. Quien se fió de un esclavo,  
esto merece y aun más.

TO. Don Juan, si el esclavo es rey,  
muy bien se pudo fiar;  
y advierte que allá fui esclavo,  
pero que soy rey acá.

AN. ¿Tú rey?

TO. Si por muerto tienen  
a Tomar, y soy Tomar,  
¿qué mucho que un Bajá mío  
y capitán general,  
casándose con mi hermana,  
reine?

BAL. Si fuese verdad  
que eres tú el Rey, en los tres  
que miras tal valor hay  
que te cobraran el reino.

TO. Presto os podréis informar.  
Pero entretanto que el huésped  
más información nos da,  
escondidos estaremos.

JU. Animo, don Baltasar,  
que grandes cosas no cuestan  
poco.

BAL. Ayuda nos dan  
algunos amigos suyos.

TOM. De todo el mundo a pesar,  
Tomar ha de ser Felipe  
y entrar por esta ciudad;  
doña Ana y él coronados  
desde Bengala al Catay.

(Váyanse, y entren OZMIN, BRISEYDA y moros que acompañan.)

BRI. Bien, toma el reino que seas.  
generoso Ozmin, su rey.

CZ. Tienen tu gusto por ley  
y el ver que mi bien desear.  
Harto contento estuviera  
a no haberme apasionado  
mis sabios, que han inventado  
una espantosa quimera.

Dicen que el haber traído,  
cuando tú me coronaste  
y de aquel cetro me honraste,  
ya de mi amor merecido,

el retrato singular  
del Rey de España Felipe  
y hacerle que participe  
en nuestro dosel lugar,  
significa que muy presto  
el Rey Felipe vendrá  
y el cetro me quitará  
ocupando el mismo puesto.

BRI. ¿El Rey Felipe, que vive

en España, ha de venir  
a Bengala y residir  
en ella cuando te prive?

¿Pues cómo puede dejar  
tantos reinos por el tuyo?

Mira que el intento suyo  
sólo es quererte avisar

que algún capitán, de aquellos  
que tiembla el mundo su espada,  
vendrá con alguna armada,  
para que te guardes de ellos.

OZM. Rey, dicen, con su mujer.

BRI. ¿Con su mujer Rey Felipe  
que a sus reinos anticipe  
este de menos poder?

Hombres tiene el Rey de España;  
un Marqués de Santacruz,  
sol del mar, del mundo luz,  
podrá emprender esta hazaña;  
un don Pedro de Toledo,  
un Conde de Niebla, sí.

(MOTRIL, de moro, graciosamente vestido.)

MO. ¿Adónde voy por aquí  
medio moro y todo miedo?

Así el huésped me vistió  
para salir de esta mengua;  
pero no me dió la lengua,  
sólo el vestido me dió.

A lo que voy conociendo,  
el bellaco de Tomar  
muy bien nos supo engañar,  
y ahora se está riendo.

Cuán mejor me hubiera sido  
ir a la cárcel sin miedo  
y no con el propio dedo  
haber a Carrizo herido.

Hasta Cádiz caminé  
con diligencia notable,  
y a la muerte miserable  
con mis amos me embarqué.

¡Brava gente viene aquí!

Ya no me puedo esconder.

Si me ven, ¿qué puedo hacer?

BRI. ¿Qué forastero está allí?

ZAY. ¡Hola! ¿No ves quién te mira?  
Llega, pon la boca en tierra.

MO. No ser moro, que andar guerra,  
ni que venir con mentira.

ZAY. Mira que es el Rey, villano.

MO. El diablo me trajo acá.

OZM. ¿Eres extranjero?

MO. Hay ha,

- BRI. y, aunque moro, bon crestiano.  
 ¿De qué nación?
- MO. ¿Qué diré?  
 Vizcaíno estar, señor.
- BRI. ¿Cómo?
- MO. ¡Qué notable error!  
 En España me crié,  
 aunque soy moro.
- BRI. ¿En España  
 hay moros?
- MO. ¡Qué confusión!
- OZ. Sí, desde su perdición  
 de la Cava, infame hazaña,  
 que aunque los echaron de ella  
 son reliquias de Granada.
- BRI. No digan que está ganada  
 mientras hay moros en ella.
- MO. Yo tener poco que hacer,  
 so merced dejar andar.
- OZ. Tengo que te preguntar  
 de España.
- MO. Hoy me han de coger.
- OZ. Dime tu nombre, español.
- MO. El moro Motril me llamo,  
 que ayer llegué con mi amo  
 casi a la puesta del sol.  
 (Pienso que me descuidé.)—  
 Sol posto llegar haylá.
- OZ. ¿Tu amo en mi tierra está?  
 ¿Quién es?
- MO. Aquí me anegué.  
 Llamar don Juan de Arellano.
- OZ. ¿Es cristiano ese don Juan?
- MO. Y su tío el capitán  
 estar también bon cristiano.  
 Don Ana venir casada  
 con Tomar.
- BR. ¿Cómo Tomar?
- MO. No, no, que Felipe estar  
 en tomar agua sagrada.
- OZ. ¿Si es Tomar, tu hermano, vivo?—  
 Moro, ¿qué dices? ¿Tú eres  
 cristiano? Engañarme quieres.  
 ¡Oh perro, infame cautivo!
- MO. ¡Habla, perro! ¿eres cristiano?
- MO. Sí, por la gracia de Dios,  
 y también lo son los dos  
 y doña Ana de Arellano.
- BRIS. ¿Qué doña Ana? ¿Qué don Juan?  
 ¿Qué Tomar?
- MO. El Rey.
- OZ. ¿Es vivo?
- MO. A España llegó cautivo
- de un valiente capitán,  
 y allá, diciendo quién es,  
 viene, casado, a reinar,  
 ayudando el cielo, el mar  
 y su fortuna a los tres.  
 No soy moro, soy lacayo  
 de Sevilla, y natural  
 de Motril; en su arenal  
 fuí pescador más de un mayo.  
 Por engaño me han traído,  
 que diz que he de ser Bajá;  
 mas, según he visto acá,  
 no Bajá, badajo he sido.  
 Orilla del Gange están,  
 que esta ciudad honra y baña.
- OZ. Vino el Felipe de España,  
 no fué mentira, Zaydán.  
 ¿Qué haremos?
- ZAY. Prenderle luego.  
 (Táyase ZAIDÁN.)
- BRI. Y a cuantos vienen con él.
- OZ. Ve por ellos y por él;  
 estoy de cólera ciego.
- MO. Bien hace tu majestad.  
 Préndanlos luego, examina  
 quién son. ¡Hola, tú, camina  
 sin alterar la ciudad!
- Perdido de enojo estoy;  
 tus agravios considero.
- OZ. Pareces mi consejero.
- MO. Buenos consejos te doy.
- OZ. No estoy, Briseyda, contento;  
 Perdido soy si es Tomar.
- BRI. Hacerle luego matar  
 es el mejor pensamiento  
 y echar fama que es fingido  
 porque el reino no se altere.
- MO. Si vuestra majestad quiere,  
 pues de Bajá estoy vestido,  
 que vaya a la ejecución,  
 aquí estoy a su servicio.
- OZ. Perdiendo estoy el juicio;  
 matar al Rey es traición.
- BRI. Ponle en prisión.
- MO. Muy bien dice;  
 ponle en prisión.
- OZ. Puede ser  
 que el reino venga a saber  
 mi fuerza y se escandalice.
- MO. Puede ser, tiene razón  
 su majestad, no se haga.
- OZ. No hay cosa que no me liaga,



notable contradicción.

¿Pero quién te mete a ti en hablar aquí?

MO. Si allá

me dicen que soy Bajá,  
¿no tengo de hablar aquí?

OZ. Ahora bien, Briseyda, vamos a hacer un breve consejo.

BRI. El reino en tus manos dejo.

MO. Todos, señor. le dejamos.

OZ. ¿Pues tú qué tienes aquí?

MO. ¿No sabes que soy Bajá?

OZ. Más yo, pues que bajo ya del lugar donde nací.

*(Vayanse, y salgan DON BALTASAR, DON JUAN, DOÑA ANA, y el REY muy galán, cuanto pueda, de cristiano recién bautizado.)*

BALTASAR.

Para que todo a gusto te suceda  
acertaste a tomar el agua santa  
sin dilatarlo hasta tener el reino,  
porque de Dios se toma el buen principio.

ANA.

El parabién te doy de Rey cristiano.

JUAN.

Y yo en nombre de España, cuyos brazos  
te muestra abiertos.

TOMAR.

Ya que soy Felipe,  
por devoción y amor del Rey de España,  
glorioso de este nombre, y más glorioso  
del que tengo, señores, de cristiano,  
prometo de escribirle y despacharle,  
lo más pronto que pueda, embajadores  
para que desde allá me envíe Padres  
que instruyan en la fe todos mis reinos,  
como dicen que lo hace el Rey de Persia.  
Vosotros, generosos caballeros,

• tened ánimo ahora, que hoy es día  
de mostrar el valor que influye España,  
que yo, de sólo haber estado en ella,  
traigo brío español y alma española,  
pues a doña Ana por mi esposa traigo.

ANA.

Gran gente de armas suena.

BALTASAR.

¿Qué es aquesto?

TOMAR.

Si sabe el Rey, por dicha, que he venido...

*(Salgan ZAYDA y SOLDADOS, con arcabuces y alabardas )*

ZAYDA.

Acometed por todas partes presto.

TOMAR.

Nadie se mueva, que os tengáis os pido.

ZAYDA.

¿Quién eres?

TOMAR.

Vuestro Rey, el pecho opuesto  
a las traidoras armas que traído  
habéis contra mi sangre y inocencia.

JAZ.

Del Rey parece el habla y la presencia.

ZAYDA.

El Rey viniera en nuestro traje moro;  
ya es muerto el Rey Tomar.

TOMAR.

Yo soy cristiano;

Felipe soy, la ley de Cristo adoro:  
poned en mí vuestra traidora mano;  
yo he traído de España este tesoro.  
Vasallos, ¿qué miráis?

ZAYDA.

¡Muera el tirano!

TOMAR.

¿Qué tirano?

JAZ.

El Bajá, pues que nos priva  
del Rey que es natural.

TODOS.

¡Felipe viva!

TOMAR.

¿Sois mis vasallos?

TODOS.

Sí.

TOMAR.

Pues estos brazos  
os doy a todos.

JAZ.

A palacio vamos  
y hagamos los tiranos mil pedazos,  
que al legítimo Rey sus reinos damos.

BALTASAR.

Ahora te daré dos mil abraos.

JUAN.

Seguros ya de tu grandeza estamos.

TOMAR.

Seguidme, y muera quien del reino priva  
a vuestro Rey.

JAZ.

¡Felipe viva!

TODOS

¡Viva!

*(Váyanse, y entren OZMIN, BRISEYDA, y MOTRIL.)*

OZ. Preso le traerán ahora,  
mi Briseyda, no te aflijas;  
y una vez puesto en prisión,  
no temas que nos persiga.  
Por lo menos partiremos  
los reinos.

BRI. La sanre mía  
desestimo por tu amor;  
a tanto tu amor me obliga.

MO. Si es bien hacer embajada,  
mientras esto se averigua,  
hágame su embajador  
a mí vuestras señorías,  
que tengo todas las partes  
a embajador requisitas.  
Soy en extremo discreto,  
con prudencia y cortesía,  
y aunque no sé muchas lenguas,  
traigo un vino de Castilla  
con que aprenderé en un hora  
más que un papagayo en Indias.

BRI. ¿Son todos los españoles  
como tú?

MO. Señora mía,  
los españoles de veras  
si como Luzbel la silla  
poner intentó en el cielo  
se le antojara en Turquía,  
le ayudaran españoles;  
pero hay español salchicha,  
que es de carnes diferentes,  
y éste es gavián de día  
y lechuza en siendo noche.

OZ. No hay burlas para desdichas.  
Gente de guerra es aquesta.

BRI. Cajas suenan.

OZ. Tanta grita,  
¿más es que prisión del Rey.

DENT. ¡Muera Ozmín, Felipe viva!

OZ. ¿Muera Ozmín?

BRI.

Viva Felipe

dice.

MO.

Cosa que me embista  
algún moro por la ropa.  
¡Afuera, almalafa rica!

*(Desnúdase.)*

¡Afuera, bonete y todo!  
¡Hola! Denme una camisa;  
dame gorra con airones,  
dame capa guarnecida.  
¡Hola! Dame calza de obra,  
colete y broche de alquimia,  
hazme lámpara este pecho  
con cuatro o seis cadenillas.  
Cristiano soy, venga el diablo.

DENT.

¡Muera Ozmín, Felipe viva!

MO.

¿Quién es aquí celemnín?

OZ.

Yo soy.

MO.

Las puertas derriban;  
arrimáos a aquel dosel,  
que yo haré que vuestras vidas  
estén seguras.

BRI.

Ya llegan.

MO.

Del mismo Orlando te fías.

*(El REY y todos, con armas.)*

TO.

¿Adónde están los traidores?

MO.

Detente. ¿Dónde caminas?

TO.

¿Quién eres tú?

MO.

No ha media hora  
que era Bajá de Bujía  
y ya soy Emperador.

TOM.

¿De quién?

MO.

El quién se me olvida,  
de Celemnín y Viruela.

TO.

¿Ozmín y Briseyda?

MO.

Escriban  
sus nombres para otra vez.

TO.

¿Qué dicen?

MO.

Que los castigas  
sin culpa, pues siendo muerto,  
reinaban hasta que vivas;  
vives, no quieren reinar.  
Pero si en ofensas miras,  
advierte que eres cristiano  
y que es ley muy recibida  
entre ellos que si algún reo,  
aunque haya sido homicida,  
se ampara de algún señor,  
no le prenda la justicia.

TO.

Pues de qué señor se amparan?

MO.

Alza los ojos arriba

To. y mira que es Rey de España  
 a cuya sombra se arriman.  
 ¡Cielos, este es su retrato!  
 A qué buen tiempo me avisan.  
 Perdonad, gran Rey de España:  
 yo les perdono las vidas.  
 Oz. Los dos besamos tus pies.  
 To. Bajá, a mi esposa te humilla,  
 que ya es Reina de Bengala.  
 Oz. Vuestra esposa es Reina mía.  
 BRI. Dádnoslos a todos, Reina.  
 AN. De mis brazos sois más digna,  
 por señora y por hermosa.  
 TOM. Don Juan, esta tierra es mía;

capitán, los dos seréis  
 por quien me gobierne y rija.  
 Si os queréis volver a España,  
 cargad oro y piedras finas,  
 dejadme pobre.  
 BA. Señor,  
 tu voluntad siempre es rica.  
 JU. El tratamiento perdona,  
 Rey.  
 TO. Eso quiero que digas  
 al senado, dando fin  
 a *La Octava Maravilla*.

FIN DE LA COMEDIA DE LA OCTAVA MARAVILLA

# COMEDIA FAMOSA

DEL

## P A D R I N O D E S P O S A D O

DE

L O P E D E V E G A C A R P I O

DON GARCÍA.  
El DUQUE.  
DOÑA MARÍA.  
DOÑA INÉS.  
El CONDE DON PEDRO.

DON LUIS.  
DON ANTONIO.  
El REY DE ARAGÓN.  
DON FERNANDO.  
DON RAMIRO.

DON RODRIGO.  
ARGOLÁN, *moro, Rey de Alcalá.*  
ZULEMA, *su criado.*  
MARCELO, *paje del Conde.*  
JULIO, *paje.*

### JORNADA PRIMERA

*(Salen DOÑA INÉS y DOÑA MARÍA huyendo, y ARGOLÁN tras ellas.)*

D.<sup>a</sup> MAR. Da voces a nuestra gente.  
D.<sup>a</sup> INÉ. Con el espanto no puedo.  
ARG. Angel cristiano, detente.  
D.<sup>a</sup> MAR. Qué, ¿tan cerca de Toledo vive este moro insolente?  
D.<sup>a</sup> INÉ. Este es, sin duda, Argolán.  
D.<sup>a</sup> MAR. Criados del Duque están, doña Inés, sobre el balcón.

*(Entranse las dos y súbense sobre el balcón, y llega ARGOLÁN.)*

ARG. Que perdí tal ocasión, reniego de mi Alcorán.  
En la casa de la huerta se me han puesto mis dos soles.  
Ojos, vuestra noche es cierta; pero no con arreboles, sino de nubes cubierta.  
También lloverá, amor ciego, también será cierto luego.  
Ojos, convertíos en mar, que sólo tanto llorar apagará vuestro fuego.  
Mas anochézcame aquí, pues ya no hay bien para mí con esta muerte inhumana.

*(Asómanse las dos al balcón.)*

INÉ. Allega y verásle, hermana.  
MAR. ¿Pues está en la huerta?  
INÉ. Sí.

MAR. ¿Hay atrevimiento igual? Mátenle luego; aunque es tal, que es bien que muerte le den, por saber que quiere bien no puedo quererle mal.  
ARG. A la ventana se han puesto.  
MAR. Si él no habla algarabía, le doy un favor honesto.  
ARG. Presto me amanece el día, pasóse la noche presto.  
MAR. ¡Ah, señor moro galán!  
ARG. Vuestro, aunque galán no soy.  
MAR. ¿Sois por ventura Argolán?  
ARG. Soy el que siguiendo os voy y a quien ese nombre dan.

Y con más gloria que Apolo, bella Dafnes española, gloria y luz de nuestro polo, que él siguió una Dafnes sola y yo sigo dos, y solo.

Y si en mi esperanza muerta viendo vuestra gloria incierta huyendo tras ella vais, plegue al cielo que os volváis los laureles de esta huerta.

INÉ. No sólo la lengua sabe, sino de historias también.  
MAR. Talle tiene de hombre grave. ¿Queréis entrar acá?

ARG. ¿Hay llave?  
MAR. Ya se me ablanda, ¡qué bien!  
ARG. ¿Para qué?

Para cerrar, en entrando, y castigar mi atrevimiento y deseo.

MAR. Aun de escarmentado creo,  
moro, que debéis de hablar;  
que estas son señales ciertas  
de lazo y redes cubiertas.

ARG. Sí, que dicen los cristianos  
que bien empleáis las manos  
cogiendo un galgo entre puertas.

MAR. No es necio

ARG. Pues yo os prometo,  
si me dais la entrada llana,  
que esos del cruzado peto  
me huigan por la ventana  
si por la puerta acometo.  
Que, cual pólvora que toca  
la bala con fuerte son  
cuando a salir la provoca,  
será la puerta el fogón  
y la ventana la boca.

MAR. ¡Bravo morazo!

INÉ. Insolente.

MAR. ¿Sabéis que hay honrada gente  
en esta casa de campo?

ARG. Si en ella la planta estampo,  
pienso el peligro presente,  
pero, como en coso el toro,  
nunca he visto el rostro al miedo;  
que por ver ese que adoro  
vengo al día a Toledo  
dos veces, a fe de moro.

MAR. ¿Y solo?

ARG. ¡Ah, pese a Mahoma!

INÉ. Rabia de enojo que toma.

MAR. Hace su oficio.

ARG. No rabio,  
pero muerdo con agravio.

MAR. Bravo perro.

ARG. Leones doma.

MAR. ¿Tan presto el sol de un alarde  
sonase aquí?

ARG. ¿Soy cobarde  
si llevo hasta vuestra puerta?

INÉ. Buena está ahora la huerta.

ARG. ¿Cómo?

INÉ. Hay perro que la guarde.

ARG. No guardo sino el ganado  
de dos ovejas.

INÉ. El lobo  
en perro se ha transformado.

ARG. Cual león intentó el lobo,  
y por dicha coronado.

MAR. ¿Sabéis quién somos las dos?

ARG. Sois dos milagros de Dios,  
dos soles y dos Mahomas.

MAR. ¿Cómo el camino no tomas?

ARG. Mal podré, mi bien, sin vos.

MAR. Que todavía nos ladre.

ARG. El Duque gobernador  
de Castilla es vuestro padre,  
y de España, lo mejor,  
la Duquesa, vuestra madre.  
A vos os llaman María,  
e Inés quien con vos está.

MAR. ¿Oís?

INÉ. ¡Bien, por vida mía!

ARG. Mas yo soy Rey de Alcalá  
y sol de morisco día.  
Y cuando para hacer guerra  
limpia lanza, yegua hierra  
Argolán el andaluz,  
vase al cielo vuestra cruz,  
que no me aguarda en la tierra.  
Que esa vega en que se trata  
hincho de moros gazules,  
de marlotas de escarlata  
y de banderas azules  
llenas de lunas de plata.  
Mis caballos cuando bajo  
a hacer vuestro Rey huir  
con no pequeño trabajo,  
paciendo en Guadalquivir  
les hago beber el Tajo.  
Finalmente...

MAR. No habléis, no,  
moro fanfarrón. ¡Ay!

INÉ. ¿Qué?

MAR. Un guante se me cayó.

ARG. No importa, yo le alzaré  
y defenderéle yo;  
oportunidad se me ha ofrecido,  
cobradle.

MAR. Moro atrevido,  
arroja el guante al balcón.

ARG. Mal sabes la condición  
del Rey de Alcalá ofendido.  
No tiene el mundo poder,  
ni treinta mundos que hubiera,  
para hacérmelo volver:  
¡oh prenda de aquella fiera,  
ángel, cristiana y mujer.  
Consuelo hallado en el suelo,  
vaso vacío del hielo  
de aquel cristal soberano:  
oh prenda de aquella mano,  
oh cubierta de aquel cielo;  
arca que el tesoro tuvo,  
casa vacía en que estuvo

un ladrón de tantas tretas,  
carcaj de cinco saetas,  
con quien amor se sostuvo;

vaina de una espada fuerte,  
nube de un sol de contento,  
caja de dados sin suerte,  
escritorio de avariento  
que se hunde por su muerte!

Aunque os hallé, desespero;  
porque en aquesta ocasión  
que os he hallado considero  
como bolsa de ladrón  
que la han sacado el dinero.

¡Oh funda de aquella fiera  
que permite que peligre,  
que infunda en vos lo que espera,  
parecéis piel de cordera  
y sois de furiosa tigre!

Ya de hoy más en la batalla  
fueras mi guante de malla  
si el moro usara traella.

MAR. ¿Oh moro?

ARG. Cristiana bella.

MAR. Ya que te le llevas, calla.

ARG. Este se llama Argolán.

¿Quién le cobra? ¿Quién responde?

MAR. Calla, moro, que saldrán.

ARG. Salgan, que aquí aguardo.

MAR. ¿Dónde?

ARG. Donde dejé mi alazán.

(*Vase.*)

INÉ. Temblando quedo de miedo.

MAR. Partamos luego a Toledo,  
que le pienso allá cobrar.

INÉ. Que este nos venga a afrentar...

MAR. ¿Cómo así?

INÉ. Corrida quedo.

(*Vanse, y salen el DUQUE, viejo, DON LUIS y DON ANTONIO.*)

DUQUE.

Si el moro no pusiera en tal cuidado  
el mucho que a mi Rey tiene ofrecido,  
por ver las fiestas y el torneo pasado  
sin duda que a Madrid hubiera ido.  
Mas como entre los montes alojado  
aquí se escucha por el monte herido  
de las cajas el son, dejar no puedo  
sin defensa el Alcázar de Toledo.

DON LUIS.

La ocasión de la guerra y los deseos

de ejecutar las armas y las manos,  
hace que en fiestas, justas y torneos  
se ocupen los hidalgos castellanos.

DUQUE.

También serán de amor esos trofeos,  
general opinión de cortesanos.  
¿Qué galas hubo? ¿Fué la fiesta mucha?

DON LUIS.

¿Quieres su relación?

DUQUE.

Comienza.

DON LUIS.

Escucha.

Junto al lienzo mejor de la gran plaza  
un teatro famoso se edifica,  
donde la fiesta y el torneo se traza;  
entrada y juego y lo demás se aplica;  
y aunque con pardas nubes amenaza  
el turbio cielo máquina tan rica,  
las ventanas están con damas bellas  
como su manto azul con las estrellas.

El teatro, pues, al tiempo que se oía  
el son confuso de instrumentos tales,  
el Arca de Noé le parecía  
cubierta de diversos animales;  
cuatro jueces de la fiesta había,  
de nadie apasionados ni parciales,  
aunque el Conde no era maravilla  
serlo el Adelantado de Castilla.

DUQUE.

¿Qué más?

DON LUIS.

El de Auñón, Taxis y Toledo,  
cuya opinión famosa ahora es Pardo.  
Y estando el mundo de admirado quedo,  
entró el mantenedor, fuerte y gallardo;  
y, puesto que decir su nombre puedo,  
para sus alabanzas me acobardo,  
basta decir que desde España a Siria  
hizo sonar el nombre de Gaviria.

Parece que las piedras que pisaba  
la valerosa planta conocían,  
y las plumas que al aire fresco daba  
que al cielo levántarse quería;  
a su fama la envidia humilde estaba;  
damas y vulgo en alta voz decía  
que el cielo mismo del amor penetra.

DUQUE.

Bravo mantenedor. Decid la letra.

DON LUIS.

Letra: «Quiso la imaginación  
mantener una esperanza  
de premio que no se alcanza.»  
Vieras la escuadra, bélica y bizarra,  
que a las cajas y pífanos aplica,  
hasta llegar donde probó la barra,  
midió los pechos y torció la pica.

DUQUE.

Bien nombra el apellido de Navarra.  
¿Qué librea sacó?

DON LUIS.

Gallarda y rica,  
que anduvo en todo liberal y franco.

DUQUE.

¿Y las colores?

DON LUIS.

Encarnado y blanco.

Y te prometo, a fe de caballero,  
Gobernador ilustre de Castilla,  
que el Conde, tu pariente aventurero,  
fué de la plaza alegre maravilla.

DUQUE.

¿Entró solo?

DON LUIS.

Y galán como el lucero  
que se nos muestra cuando el sol se humilla  
con leonados y azules arreboles.

DUQUE.

Es flor de caballeros españoles.

DON LUIS.

Esta vez levantó su palma al cielo.

DUQUE.

¿Trujo invención?

DON LUIS.

Ia de un peñasco y suelo  
por lo que en él y en sus salvajes hizo,  
libró un enano que de plata y vello  
llevó vestido, y tanto satisfizo  
cuanto de su valor promete el nombre.

DUQUE.

¿No es muy gallardo?

DON LUIS.

Para todo es hombre.  
Entre los que salieron más vistosos

fué Leyva, Batibala el Africano,  
con padrinos bizarros y costosos  
y pajes con bastones en la mano,  
con unos jeroglíficos vistosos,  
que no debieron de escribirse en vano;  
salió dando su fama en voz los ecos  
por el Príncipe digno de Marruecos.

DUQUE.

Bien toma el ejercicio soldadesco.  
¿Y qué colores?

DON LUIS.

Blanco y encarnado  
y morado también.

DUQUE.

Gallardo y fresco.

DON LUIS.

Inclinación de Rey.

DUQUE.

Gentil soldado.

DON LUIS.

El primero de todos fué un tudesco,  
que dejé para ahora reservado  
por hablarte del Conde.

ANTONIO.

Bien le ensalza.

DUQUE.

¿Llevó su traje?

DON LUIS.

Y blanca y negra calza.

DUQUE.

¿Quién era?

DON LUIS.

El señor de Piedrabuena.

DUQUE.

¿Qué lleva por cimero?

DON LUIS.

Hasta los cielos  
su empresa ilustre, de penachos llena,  
el buitre de los Reyes sus abuelos.

DUQUE.

Fué conforme a su amorosa pena.

DON LUIS.

Y significó de Ticio amor y celos.

DUQUE.

¿Llevaba más?

DON LUIS.

Una tudesca, de estas  
que lleva hijo y ajuar a cuestras;

Pero salieron nueve de la fama,  
a quien la fama del valor se debe,  
con un triunfo de amor, que amor se llama,  
quien por amor sus victorias mueve,  
y así merecen del laurel y fama;  
que a los nueve añadieron otros nueve,  
bravos padrinos, chirimías y cajas  
y en las picas también banderas bajas.

DUQUE.

¿Qué llevaban en ellos?

DON LUIS.

El trofeo  
de sus armas igual a su decoro:  
a Josué, David, al Macabeo,  
el sol, la arpa, el elefante de oro,  
Artus el cuervo, entonces semideo,  
a Carlos de las lises el tesoro,  
el mundo al Macedón, y así a los otros.

DUQUE.

¿Fuisteis de éstos?

DON LUIS.

Ninguno de nosotros.

DUQUE.

¿Qué colores llevaban?

DON LUIS.

Negro y plata.

DUQUE.

¿Quién eran?

DON LUIS.

El de Enríquez, con la enseña  
del sol que dije, y el de vuestra ingrata  
por loa, Girón, Ramírez y Ludeña;  
el de Ortaza, con quien el que combata  
puede pensar que romperá una peña;  
la fama de estos seis con los tres goza  
el de Osorio, Pacheco y de Mendoza.

Un capitán, abriendo al vulgo calle,  
en una posta entró.

DUQUE.

Cosa bien nueva.

DON LUIS.

Con llamas sobre negro.

DUQUE.

¿Hay que alaballe?

DON LUIS.

De todo es bien que premio se le deba.  
Con su gentil disposición y talle,  
en armas de oro y negro el de Arias lleva  
algunas mariposas.

DUQUE.

¿Fuego había?

DON LUIS.

Bien le pudiera dar su gallardía.

De negro y oro entró luego el de Almada,  
y el de Vargas indiano a lo cacique.  
Del combate no es bien que diga nada,  
sino que el premio cada cual aplique:  
de la pica, al Girón, y de la espada,  
al de Gaviria; de galán, a Enrique;  
de mejor invención, a don Bernardo.

DUQUE.

¿Y de letra?

DON LUIS.

Al de Perosa, gallardo.

La espada de la folla al Conde dieron.

DUQUE.

¿Y la pica?

DON LUIS.

Esta dieron al Infante;  
que en el combate tan diversos fueron  
que no es razón pasar más adelante.  
Las nubes, con la envidia que tuvieron  
de que España hasta el cielo se levante,  
en penachos y cajas se vengaron.

DUQUE.

¿Llovió mucho?

DON LUIS.

Que la fiesta aguaron. (1)

(Entra un PAJE delante del CONDE.)

PAJE.

Agora llega el Conde.

DUQUE.

¿Quién?

PAJE.

Don Pedro.

DUQUE.

¿Viene de Barcelona?

(1) Verso incompleto



PAGE.

Así me avisa.

CONDE.

En caballos corrí desde Monviedro  
para besar tus manos con más prisa.

DUQUE.

Si tal soldado en mis fronteras medro,  
¡ay del morisco que su margen pisa!  
¿Vueseñoría bueno?

CONDE.

Bueno en veros.  
¿Y vosotros, señores caballeros?

ANTONIO.

Buenos, para serviros.

DUQUE.

¿No pasasteis  
por Zaragoza?

CONDE.

Ver su Rey quisiera,  
el gran don Juan, aragonés famoso,  
gran dendo y señor mío, aunque me inclino  
al servicio del fuerte castellano,  
y así me ofrezco a vos en nombre suyo.

DUQUE.

Y yo, en el que me ha dado, os lo agradezco;  
y así, pienso escribille cuán seguras  
están estas fronteras de los moros  
con la venida vuestra a defendellas.

CONDE.

Yo vengo, Duque, a ser soldado vuestro  
y vasallo del Rey.

DUQUE.

Tanto me animo  
en veros en Toledo, que sus puertas  
pienso abrir a los moros andaluces.  
¿Quién viene más con vos?

CONDE.

De Barcelona  
vienen algunos nobles caballeros  
y de vasallos míos treinta lanzas,  
sin otros diez jinetes de la costa.

DUQUE.

¿Qué gente es esta?

DON LUIS.

No es del Conde.

DUQUE.

¿Cómo?

ANTONIO.

Tus hijas son.

CONDE.

A recibirlas salgo.

DUQUE.

Ellas llegan; teneos, Conde hidalgo.

CON. Dadme, señoras, las manos.

DUQ. El Conde don Pedro es.

CON. Mal dije, dadme los pies.

(*Aparte.*)

D. LUI. No son mis recelos vanos.

ANT. Mejor diréis de los míos.

¿Viénese el Conde a casar?

Entendí que a pelear.

LUI. No son de Marte esos bríos,  
que más parecen de amor.

DUQ. Aumenta esa cortesía. (*Aparte.*)  
la obligación suya y mía.

MAR. No estéis sin cubrir, señor.

CON. Yo estoy. ¿Cómo? ¿Que es aquesto?  
¡Cielo!

MAR. Mándale cubrir.

INÉ. Que ahora acertó a venir.

¿Tengo el cabello bien puesto?

MAR. Buena estás. (*Aparte.*)

INÉ. ¿Hame faltado  
color?

MAR. Digo que estás buena.

INÉ. Nunca está el agua serena

cuando está el viento alterado.

La más mansa vuelve fiera

el viento que se declara,

y así se turba la cara

cuando el corazón se altera.

Si supiera que aquí estaba

yo no hubiera entrado aquí.

Mas dime, ¿mírate a ti?

MAR. A ti te ha mirado, acaba.

INÉ. ¡Cierto!

MAR. De veras lo digo.

INÉ. ¿No quieres que me dé pena

si en todo el reino se suena

que se ha de casar conmigo?

CON. Marcelo.

MAR. Señor.

CON. No creo

que estoy en mí. (*Aparte.*)

MAR. ¿De qué modo?

COND. Los ojos y el alma y todo.

- se me va tras un deseo.  
 Hame el Duque prometido  
 de sus hijas la mayor,  
 y a quien me inclina el amor  
 no sé cuál de ellas ha sido.  
 Así, la menor querría,  
 cierto, que es hermosa d uma;  
 engañándome a la fama,  
 hermosa doña María.  
 Acabóse, no hay que hablar,  
 a Barcelona me vuelvo  
 si acaso no me resuelvo,  
 que el Duque me la ha de dar.
- ANT. Habéis entendido el caso.  
 ¿A cuál de las dos se inclina?  
*(Aparte.)*
- D. LUI. A la hermosura divina  
 de doña María.
- ANT. Paso,  
 que os entenderán, don Luis.
- D. LUI. Si esto es así, desespero.
- ANT. Y yo albricias daros quiero,  
 aunque no me las pedís.
- D. LUI. Sépase todo mi agravio.  
 Sin duda que algún demonio  
 trujo a este hombre, don Antonio.  
 ¿Qué lie de hacer? De celos rabio.
- ANT. Paciencia hasta ver el fin.
- CON. ¿Quién ha de tocar, Marcelo,  
 la hermosura de aquel cielo,  
 de este bello serafín,  
 por cuanto tiene la tierra?  
 ¿Y al Duque qué le dirás?  
 Diré...  
 ¿Qué dirás?  
 No más  
 de que viene...  
 ¿A qué?  
 A la guerra.  
 Y no pienso que le miento,  
 pues tan grande me la dan.
- INÉS. No sin mucha causa van  
 mis celos en tanto aumento;  
 él te quiere o yo me engaño.
- D.<sup>a</sup> MAR. Pues dime, ¿tiénesle amor?
- INÉS. Notable, hermana.
- D.<sup>a</sup> MAR. En rigor,  
 ¿te agrada?
- INÉS. Adoro mi daño.
- D.<sup>a</sup> MAR. Pues asegura tu pecho,  
 que te doy palabre firme  
 que cumpla, obligue y confirme,
- voto y juramento hecho  
 de no le corresponder,  
 aunque me dé alma y vida,  
 si fuese dél más querida  
 que un hombre puede querer.
- INÉS. A no estar los que aquí están  
 y el que al fin mi dueño es,  
 yo me arrojará a tus pies  
 con la vida que me dan.  
 ¡Hermana del alma mía,  
 mi bien, mi señora!...
- MAR. Calla.
- INÉS. No le quieras.
- GAR. A batalla  
 a seis y a diez desafia.  
 ¿Qué es esto, insolente moro?  
 ¿No te avisa quien te trata  
 que por tu luna de plata  
 hay acá mil soles de oro?  
 Dame un peto y escarcelas.  
 ¡Hola! Ese bayo me ensilla;  
 relinche, que hasta Sevilla  
 le he de apretar las espuelas.
- DUQ. ¿Qué es aquesto, don García?
- GAR. Un cierto enojo traía.
- DUQ. ¿De qué lado os aprieta? (1)
- GAR. ¿Es juego? ¿Es amor?
- DUQ. No es nada.
- GAR. Mirad que está el Conde aquí.
- CON. ¿Don Pedro?
- DUQ. Amigo.
- GAR. Eso sí.  
 Aquí está el alma y la espada.  
*(Abrazanse.)*
- Tal alma para tal hombre,  
 tal soldado por tal Rey,  
 tal verdad para tal ley,  
 tal fama para tal hombre.  
 Vos seáis muy bien venido;  
 y pues que venido habéis,  
 la ocasión, Conde sabréis  
 del enojo referido.  
 Por eso y porque delante  
 estas señoras están.
- DUQ. ¿Es historia de Argolán?
- MAR. Oid, morisco arrogante.
- GAR. Ese valiente andaluz,  
 el Rey de Alcalá soberbio,  
 más que Encélado (2) gigante

(1) Falta el primer verso de esta redondilla.

(2) El texto dice: «en celada».

[illegible]

ARG. Caballeros de Toledo,  
servidores de las damas,  
galanes en todo tiempo  
con las armas y las galas;  
atended a lo que digo,  
que, por ser de ley contraria,  
merezco esta cortesía,  
ya que por ser Rey no valga.  
Yo estaba junto al balcón  
de aquella famosa casa  
que está en la huerta del Rey,  
que llaman de Galiana.  
Con mis quejas de las ruedas  
el ruido acompañaba  
y con mis lágrimas tristes  
del Tajo aumentaba el agua.  
Quiero decir que de amor,  
y de amor de una cristiana;  
que si lágrimas bautizan,  
yo tengo cristiana el alma.  
Cuando la vi de repente  
dando luz divina y clara,  
como el sol recién nacido  
sobre la luna del alba.  
Estando, pues, como digo,

oyendo mis tristes ansias  
para dárselas al viento,  
como yo mis esperanzas,  
cayósele de la mano,  
para mi remedio ingrata,  
un guante, de quien las mías  
indigno dueño se llaman.  
Y porque no será bien  
que un moro andaluz se vaya  
con prenda que ya lo ha sido  
de una señora tan alta,  
y porque no se atribuya  
a hurto lo que es hazaña,  
hoy el guante manifiesto  
en la punta de la lanza.  
Quien le alcanzare, le tome,  
si tiene la mano larga;  
que bien la habrá menester,  
según la misma le guarda.  
Argolán soy, caballeros;  
tres, cuatro, seis y diez salgan,  
que aquí os aguardo, en la vega  
que el dorado Tajo baña.

CON. Espera, moro.  
GAR. Dejadle.  
CON. Don García, ¡vive Dios!  
que no habéis de salir vos.  
LUI. O detenedle o matadle.  
GAR. Mientras yo me voy a armar,  
el que saliere, aunque amigo,  
irá a matarse conmigo.

ANT. Licencia me habéis de dar,  
que esta empresa sola es mía.  
LUI. Traedlo por testimonio.  
DUQ. Volved acá, don Antonio,  
vaya el señor don García.

CON. Ni él ni don Luis irán;  
el Conde don Pedro ha de ir.  
GAR. Que no me dejéis salir...  
MAR. En buena contienda están.  
INÉS. El Conde es recién venido,  
no es justo que salga.

CON. Creo  
que no podrá mi deseo,  
aun ser de vos detenido.  
Guante de esta bella mano  
yo solo le he de cobrar,  
porque se la pienso dar  
si por la mano le gano.

GAR. Nadie me puede ir delante.  
ANT. Obligaciones me allanan.  
LUI. Si otros por la mano ganan,  
yo he de ganar por el guante.

(Vase uno.)  
A armarme voy.  
(Vase.)

GAR. Yo el primero.  
(Vase.)

ANT. Yo sé que primero iré.  
CON. Pues yo primero saldré,  
que no he de llevar acero.  
(Vase.)

DUQ. Yo pienso hacer que ninguno  
salga a tan gran disparate.  
(Vase.)

INÉS. ¡Que así la suerte me trate!  
¡Bravo rigor!

MAR. Importuno.  
INÉS. ¡Ah, paje!  
MARC. Señora mía.  
INÉS. ¿Sois vos del Conde?  
MARC. Si soy.  
INÉS. ¿Cuándo llegó a Toledo?  
MARC. Hoy,  
ya después de mediodía.

INÉS. ¿Qué se dijo en Barcelona  
de venir a este lugar?

MARC. Que se venía a casar  
con vuestra misma persona.  
Mas en viendo vuestra hermana,  
me dijo aparte, por Dios,  
que no lo hará con vos,  
aunque se vuelva mañana.

INÉS. Si él tiene la libertad  
que vos, paje, en el decir,  
más presto se puede ir.

MAR. No tiene mucha, en verdad;  
que el no tenerla le obliga  
a la empresa de este moro.

INÉS. Esa que he perdido lloro.  
MAR. ¡Oh, hermana, dílo!

INÉS. Enemiga.  
MAR. Qué, ¿tan bién te ha parecido?  
INÉS. Como mil años tratado,  
y más ocasión me ha dado  
con haberme aborrecido.

MAR. Todo lo que dices creo;  
mucho debes de querer;  
que un imposible en mujer  
suele aumentar el deseo.  
Pero está cierta de mí,  
que no le querré jamás.

INÉS. ¿Esa palabra me das?

MAR. Sí, hermana.

INÉS.                   Qué dulce sí.  
Ah, paje, veníos conmigo,  
que os quiero hablar.

MARC.                   Aquí estoy  
para seviros.

INÉS.                   Ya voy  
resuelta a amar mi enemigo.  
(*Vase.*)  
(*Sale ARGOLÁN solo.*)

ARGOLÁN.

Famosa ilustre vega,  
a quien el Tajo, con el gran tesoro  
de sus arenas, riega,  
y, el agua de mi cara  
pareciéndose, está serena y clara.  
Las torres, las almenas,  
peñascos que han nacido en sus arenas,  
¿quién me trajo a veros  
tan mansamente cuanto airado y fiero?  
A sólo ensangrentaros  
vine armado de rigor y acero.  
¿Qué guerra me ha traído  
que del alma la pasan al sentido?  
¡Oh, María divina,  
cuya belleza celestial adoro  
y a quien mi fe se inclina!  
¿Quién me dijera a mí que, siendo moro,  
adorara en María,  
y aun luciera mi sol si fuera día?

CON.                   No presumo que he tardado,  
pues sin armas he venido.  
(*Sale.*)

LUIS.                   No presumo que he salido  
tarde, pues no vengo armado.  
(*Sale.*)

GAR.                   No pienso que soy postrero;  
ningunas armas me puse.  
(*Sale.*)

ANT.                   Pues a salir me dispuse  
sin armas, seré el primero.  
(*Sale.*)

GAR.                   Don Antonio.

ANT.                   Don García.

CON.                   Don Luis.

LUIS.                   Don Pedro.

GAR.                   ¿Qué es esto?

ARG.                   Ya tengo cuatro en el puesto.  
Valedme, hermosa María.

GAR.                   Agraviado me han los dos.

CON.                   Agraviado me han los tres.

LUIS.                   Ese agravio mío es.

ANT.                   Antes es mío, por Dios.

GAR.                   ¿Yo no comencé la empresa?  
¿Yo al dueño no me ofrecí?  
¿Yo la palabra no di?  
¿Yo no soy a quien más pesa?  
¿No os avisé que era mía?  
¿No os avisé que me amaba?  
Mal lo habéis hecho conmigo.  
Mal conmigo lo habéis hecho.  
LUIS.                   No ha sido de amigo pecho.  
ANT.                   No ha sido intención de amigo.  
ARG.                   Cristianos, ¿buscáisme a mí?  
GAR.                   A ti te buscamos, moro.  
ARG.                   Moro que cristiana adoro.  
Yo no soy quien moro en mí;  
antes ella, que en mí mora  
es la mora que está en mí;  
y si amor transforma en sí,  
yo soy su cristiano ahora.

GAR.                   Moro retórico y loco,  
en poco me habrás tenido,  
pues que con ese he salido  
para quien vale tan poco.  
Y aunque en todo el paganismo  
tu nombre famoso es,  
cada uno de los tres  
viene solo a hacer lo mismo.

ARG.                   Antes engañado estás;  
que por campos de hombres llenos  
a ti no te tengo en menos,  
sino a mí me tengo en más.  
Y agravio me hubieras hecho  
si solo hubieras venido,  
y de los pocos que han sido  
se me afrenta brazo y pecho.  
Mas si cada uno viene  
por el guante de esa dama,  
empresa de tanta fama,  
¿cómo repartirse tiene?  
Pero aconsejaros puedo  
que lo llevéis dividido,  
que entre todos repartido  
no os vendrá a caber un dedo.  
Y yo en aquesta ocasión,  
si de paz le vengo a dar,  
por mi parte he de llevar  
el dedo del corazón.

CON.                   Moro, ninguno hay aquí  
que no sea espada bastante  
para quitarte ese guante  
y sacarte el alma a ti.

- Y yo, cuando Hércules fueras  
y con otros diez te hallara,  
del alma te le sacara,  
si en el alma le tuvieras.
- Fuí desdichado en venir  
acompañado, cual ves;  
pero apártense los tres,  
que te le quiero pedir.
- LUIS. Eso no, Conde, aguardad,  
que yo se le pediré  
y después dél os daré,  
como amigo, la mitad.
- Porque si el alma tuviera  
cuerpo morisco, enemigo,  
y de ese cuerpo enemigo  
el guante pellejo fuera,  
el alma te desollara  
y con el guante volviera.
- ANT. Moro, retírate afuera  
y en quien te aguarda repara.
- Que ese guante no está ajeno  
de su valor soberano;  
que, vacío de su mano,  
está de las mías lleno.
- Que sólo si me aseguras  
que has de tener tantas vidas,  
te daré tantas heridas  
como él tiene picaduras.
- ARG. ¡Oh qué graciosos cristianos  
y qué donosa locura!  
Ellos piensan por ventura  
que ese guante está sin manos.
- Los potajes que me han hecho,  
las heridas que me han dado,  
el alma me han desollado  
y hecho una criba el pellejo.
- ¡Gran donaire, por Alá!  
Sobre mi vida echan suertes;  
una vida a tantas muertes  
no entiendo que bastará.
- Cristianos, sabed que el guante  
que fué de aquel sol nublado  
defiendo como soldado  
y le estimo como amante.
- Tanto a cargo el alma toma  
su estimación infinita,  
que ha de estar en la mezquita  
con los huesos de Mahoma.
- Y henchirle de ellos confío;  
que, a falta de los que adoro,  
no tiene el mundo tesoro  
que ocupe tan gran vacío.
- ¿En qué lugar estará?
- GAR. Señores, ¿qué hemos de hacer?
- CON. Mía la empresa ha de ser.
- LUIS. Mía la empresa será.
- ANT. Yo pienso que será mía.
- ARG. Y de todos, ¿no es mejor?
- CON. El moro tiene valor.
- ¿Qué hemos de hacer, don García?
- GAR. Echar suertes cuál de todos  
ha de pelear con él.
- CON. Alto pues, sáquelas él.
- ARG. ¿Qué intentáis por tantos modos?
- Para todos soy, venid.
- LUIS. Presto, pues, no vengan otros.
- GAR. Posible es; que sois vosotros  
sangre y reliquias del Cid.
- CON. Las cuatro dagas juntemos,  
y la que escogiere, sea.
- LUIS. Bien dices.
- ARG. ¿Quién hay que crea  
vuestra afrenta y mis extremos?
- CON. Moro, de estas cuatro dagas  
escoge la que quisieres,  
que la que de ellas prefieres  
con darle la vida pagas.
- LUIS. Honor de los andaluces,  
escoge una cruz.
- ARG. Sí haré,  
y el primer moro seré  
que haya escogido entre cruces.
- Esta elijo.
- Mía.
- ¿De quién?
- Del Conde.
- Los tres se vuelvan.
- Mejor es que se resuelvan  
y que te ayuden también;  
porque, en matándote a ti,  
uno por uno los mate.
- ¿Ha de ser luego el combate?
- Luego.
- Pues vente luego tras mí.
- Señor, adiós.
- Adiós.
- El quiera que el Conde muera.
- ¿Qué dices?
- Que no quisiera  
apartarme de los dos  
por temer al Conde.
- ANT. No es justo (1)  
siendo el moro de tal nombre;  
mas es el Conde muy hombre,

(1) Sobra una sílaba a este verso.

aunque es Argolán robusto.

Y sabe el gobernador  
que han salido a tanta empresa.

GAR. No dudo yo que le pesa,  
aunque sabe su valor,  
porque entiendo que le casa  
con su hija doña Inés.

ANT. Diferente fuego es  
el que ahora el Conde abraza.

GAR. ¿De qué suerte?

ANT. Más le agrada  
su hermana doña María.

GAR. ¿De qué es la melancolía,  
don Luis amigo?

LUIS. No es nada.  
Acá son pesares viejos.

ANT. A la puerta hemos llegado.

LUIS. A un hombre tan desdichado  
tarde llegan los consejos.

Vamos. ¡Ah suerte afligida!

GAR. Entrad y nadie le espere.

LUIS. Ah, Cielos, si el Conde muere  
hoy resucita mi vida.

*(Salen ARGOLÁN y el CONDE acuchillándose.)*

ARG. Mal herido estoy, cristiano.

CON. Yo lo estoy, moro, también.

ARG. Pues alto, el brazo detén.

CON. Pues alto, detén la mano.

ARG. Hombre has sido de valor.

CON. Amor me anima a sufrir.

ARG. ¿Pues quién me pudiera herir  
si no es quien tuviera amor?

CON. ¿No habemos de pelear?

ARG. Ya, cristiano, ¿para qué?

CON. Pues del guante, ¿qué diré?

¿No ves que le he de llevar?

ARG. ¿Eres tú, por dicha, aquel  
que se ha de casar con ella?

CON. Como pueda merecella,  
sin duda, Argolán, soy él.

ARG. Pues antes que me desangre  
o se salga el alma mía,  
toma, dale a tu María;  
pero bañado en mi sangre.

Y pues mi fe se le debe  
y tú la viertes, cristiano,  
sirva este guante de mano  
que aquesta sangre le lleve.

Dásela por que te dé  
la mano que me ha negado;  
dale en mi sangre adobado,  
que es el ámbar de mi fe.

Y porque pienso perder,  
si muero, el campo este día  
que truje de Andalucía,  
quiero a mi tienda volver.

Y haré que si hasta aquí  
di a tu dama el corazón,  
hoy te he cobrado afición  
y pienso quererte a ti.

Adiós, Conde.

CON. Moro, adiós.

ARG. Sin honra vuelvo, ¡ah Mahoma,  
que un hombre me vence y doma!  
Mal dije: el amor es Dios.

*(Vase ARGOLÁN.)*

CONDE.

Como esclavo que en Argel vivía  
y, matando a su dueño, escapa ufano,  
así vos de aquel bárbaro tirano  
con su sangre escapáis, guante, este día,

Pero costando tanta de la mía,  
que antes que os vuelva a vuestra propia mano  
temo de muerte el tránsito inhumano  
y que la que me queda quede fría.

¡Oh, heridas justamente recibidas,  
guante, por vos de aquellas manos bellas,  
que la ofrecieran, a tener mil vidas.

Pero, guante, servid de parche en ellas;  
que cuando ponen parche en las heridas  
segura está la vida y salud de ellas.

*(Salen al muro DOÑA INÉS y DOÑA MARÍA.)*

MAR. Al muro se va acercando.

INÉS. Hermana, dale una voz.

MAR. ¡Ah, Conde!

CON. ¡Oh, moro feroz!

¿vuelves a estarme aguardando?

MAR. ¡Ah, señor don Pedro!

CON. ¿Quién  
llama a don Pedro?

MAR. Yo soy.

CON. El cielo, a quien gracias doy,  
pudieras decir más bien.

INÉS. ¡Oh, señor! ¿cómo os ha ido?

CON. Ahora que os veo, mal.

INÉS. ¿Puede haber desdicha igual?

MAR. ¿Cómo venís?

CON. Vengo herido;

pero vos, señora mía,  
dueño del guante y de esta alma;  
habéis ganado la palma  
de la empresa de este día.

Bañado en sangre me dió  
Argolán el guante.

INÉS. Un hielo  
me ha cubierto el alma.  
MAR. El cielo  
os guarde.  
CON. Y vos, ángel.  
MAR. ¿Yo?  
CON. Vos, pues con cuya licencia  
a daros el guarte voy.  
MAR. Venid en buen hora.  
INÉS. Estoy  
con más celos que paciencia.  
MAR. ¿No le daréis a mi hermana?  
CON. No, sino a vos.  
MAR. Eso no,  
que ya no soy dueña yo  
del guante.  
CON. ¿Pues quién, tirana?  
MAR. Doña Inés.  
*(Quitanse las dos de la ventana.)*  
CON. Mi muerte lloro.  
Guante, sed vos mi veneno;  
que aunque de ángel, estáis lleno  
de la sangre de aquel moro.

## JORNADA SEGUNDA

*(Salen DON ANTONIO y DOÑA INÉS.)*

ANT. De manera habéis sentido  
del Conde la buena suerte,  
que ha estado casi a la muerte  
de los celos que ha tenido.  
Por mi bien y por mi mal  
su salud y mi amor crece,  
de suerte que convalece  
y yo llego a estar mortal.  
Y pues estimas su vida,  
quieeroos dar el parabién  
de que todos os le den  
de la salud referida.  
INÉS. Es tan crecido mi amor  
y estima tanto su vida,  
que estar por ella ofendida  
tuviera a grande favor.  
ANT. ¿Eso escucho de esa boca  
a cabo de tantos años  
que he estado, por tus engaños,  
ciego el gusto, el alma loca?  
¡Ah vana esperanza mía,  
y qué bien por vos se entiende

que quien imposible emprende  
injustamente porfía!

¡Oh condición variable,  
ingrata a la obligación!

INÉS. No culpes mi condición,  
que ni es firme ni es mudable.

Que yo no te ame a ti,  
no es mudanza amar al Conde,  
pues este amor corresponde  
a la fe que le ofrecí.

Por eso será cordura  
volver el rostro a mi honor.

ANT. Yo le vuelvo a tu rigor,  
y vénceme tu hermosura.

Moriré, perderé el seso,  
desesperaréme aquí.

INÉS. Todos lo decís así  
y todos morís en eso.

ANT. Si alguno dice, mintiendo,  
que muere por lo que adora,  
yo dije verdad, señora,  
y digo que estoy muriendo.

INÉS. Nunca jamás ningún hombre  
murió de amor.

ANT. No te enfades.  
que entre las enfermedades  
tiene amor de ser el nombre.

Los médicos dicen que es  
la mayor la voluntad.

INÉS. Sí; mas de esa enfermedad,  
¿a cuál hombre morir ves?

ANT. ¿No es melancolía amor?  
¿Y este humor no mata?

INÉS. Sí.

ANT. ¿No es el amor frenesí?

INÉS. Sí dice el hecho en rigor.

ANT. El amor, ¿no es alegría?  
¿Y ella no mata?

INÉS. También.

ANT. Luego cuando tantos den  
la muerte, muerte es la mía.

INÉS. Bueno estás, que Dios te guarde.

ANT. ¡Oh pesar de tantas burlas!,  
si de mis males te burlas,  
¿qué espera el alma cobarde?

Yo probaré con efecto  
que muero y que moriré,  
y de aquesta banda haré  
un lazo al cuello.

INÉS. ¿A qué efecto?

*(Quiere matarse con una banda pajiza.)*

ANT. Sólo a efecto de matarme.



INÉS. Ten la mano.  
 ANT. Suelta.  
 INÉS. Espera.  
 ANT. ¿Por qué me estorbas que muera  
 pudiendo resucitarme?  
 INÉS. No te estorbo que te mates  
 por amor, más por temor  
 que no me den por autor  
 de tan grandes disparates.  
 ANT. Antes, para no volverte,  
 como Anajarte cruel,  
 has detenido el cordel  
 ejecutor de mi muerte.  
 Y pues cuanto a mí ya fué  
 muerte en la imaginación,  
 muerto estoy, y en galardón  
 de mis servicios y fe.  
 Y pues el verdugo ha sido  
 de la vida que ya parte,  
 el lazo quiero dejarte,  
 pues no te dejo el vestido.  
*(Baja y deja la banda.)*  
 INÉS. Con el lazo o con la banda  
 me ha dejado, esto he sufrido.  
*(Entra MARCELO.)*  
 MARC. No poca locura ha sido  
 hacer lo que el Conde manda.  
 Mas es fuerza obedecer;  
 que, con ser dueño, me obliga;  
 yo he dado con su enemiga,  
 quiero el papel esconder.  
 INÉS. Marcelo.  
 MARC. Señora mía.  
 INÉS. ¿Qué escondes? Aguarda, espera.  
 MARC. Cuando de importancia fuera,  
 no lo encubriera; desvía.  
 No me mires de ese modo,  
 que no es hurto.  
 INÉS. Aunque supiera  
 que en el alma se escondiera,  
 te mirara el alma y todo.  
 Papel.  
 MARC. ¿Pues yo no soy hombre  
 para escribir un papel?  
 Paso, que hay escrito en él,  
 y de una señora, el nombre.  
 No le has de leer.  
 INÉS. No intentes  
 que te haga quitar la vida;  
 que en esa risa fingida  
 te he conocido que mientes.

Este papel es del Conde,  
 para mi hermana.  
 MARC. No es,  
 sino para doña Inés;  
 si eres tú, léele y responde;  
 que por ver si le estimabas  
 le quise esconder así.  
 INÉS. ¿De veras?  
 MARC. Señora, sí,  
 y por si albricias me dabas.  
 INÉS. Este anillo es tuyo.  
 MARC. ¡Ay, triste!,  
 que a su hermana le traía.  
 INÉS. ¿Pues no dice aquí María?  
 MARC. ¿El sobrescrito leíste?  
 INÉS. Sí.  
 MARC. ¿Qué dice?  
 INÉS. Entre dos aes  
 una M, que a María  
 quiere decir.  
 MARC. Bien podría;  
 pero en la verdad no caes.  
 INÉS. Es más llana que la palma.  
 MARC. Como eso dirá quien teme;  
 mas dos aes y una M  
 quiere decir «A mi alma».  
 Que «A doña María» dijera  
 si también hubiera D.  
 INÉS. Bien dices.  
 MARC. Bien lo entiende.  
 Lee lo demás.  
 INÉS. Espera.  
*(Carta.)*  
 «Ya de mis heridas sano,  
 que del alma no se entienda,  
 sólo me falta una prenda  
 para el brazo, de tu mano.  
 Y que una banda te pida  
 no es mucho, tan firme amante,  
 que por interés de un guante  
 quise ofrecerte la vida.»  
 INÉS. ¡Oh, traidor, que me engañaste  
 MARC. Señora, no te engañé.  
 INÉS. ¿Y lo del guante?  
 MARC. Ya sé  
 que en el guante reparaste.  
 Mas advierte que si el Conde  
 con Argolán peleó,  
 fué que obligarte pensó,  
 aunque este secreto esconde,  
 por causa de don Antonio,  
 que intenta casar contigo

INÉS. y es en extremo su amigo.  
Todo ha sido testimonio  
este papel.

MARC. Pues si es,  
muestra que volverle quiero.

INÉS. Por celos del dueño muero;  
no quiero que se le des.  
Y, aunque en esperanza vana,  
más quiero quedar aquí  
dudosa que es para mí  
que acertar para mi hermana.  
Toma aquesa banda o prenda,  
llévala para su brazo.

MARC. Pues voyme, que alargo el plazo  
de su bien.

INÉS. Y ei Conde entienda  
que son la banda y papel  
de dos dueños diferentes;  
que cuando burlarme intentes,  
yo también burlaré de él.

MARC. Pagados estáis los dos.  
Diré que doña María  
me la dió, señora mía.  
Yo me voy.

INÉS. Marcelo, adiós.

(*Vanse, y entran el DUQUE, DON LUIS y el CONDE.*)

DUQ. ¿Perdió el caballo también?

LUIS. Perdió Mendoza bien medro.

CON. Quejaos de esotro.

DUQ. En don Pedro  
se empleó Mendoza bien.  
Que aunque está bien doctrinado,  
el Conde de entrambas sillas  
es grande hombre.

CON. Más me humillas  
sólo en haberme alabado.  
Los que aquí más nuevos hallo  
pueden enseñar allá.

LUIS. Picado estoy de que ya  
no he de picar el caballo.  
Juégame aqueste diamante;  
mas he de quitarle luego.

CON. Picado estás.

LUIS. Pues le juego;  
cólera tengo bastante.  
¡Que, vive Dios, que le estimo  
en más que vale Toledo!

CON. Déjalo ahora.

LUIS. No puedo.

Juega, por tu vida, primo.

CON. ¿A cuánto?

LUIS. A sesenta escudos.

CON. Lleguen un bufete acá.

DUQ. Qué, ¿volvéis a jugar ya?

CON. ¿Pues qué habemos de hacer mudos?  
Que en una convalecencia,  
y más, señor, si es de heridas,  
mejor van entretenidas  
las horas de su paciencia  
en juego que en otra cosa.

DUQ. Jugad, Conde, bien hacéis,  
el peligro entretendréis.

LUIS. ¿Qué pinta, Conde?

CON. Vistosa.  
Pero no he de jugar más  
sobre ella.

LUIS. ¿No, primo?

CON. No.

LUIS. ¿Quién tiene los dados?

DUQ. Yo,  
que no me faltan jamás.

CON. ¿Por qué?

LUIS. Porque es del que pierde  
quedarse siempre con ellos.  
Quiero una oración hacellos,  
o porque de mí se acuerde,  
a la señora Fortuna,  
de cuyos huesos se licieron;  
que, por ser de mujer, fueron  
huesos sin firmeza alguna.

(*Entra DON GARCÍA.*)

GAR. Vaya de juego. ¿Está aquí  
el Gobernador?

DUQ. ¿Quién es? (1)

GAR. Don García.

DUQ. ¿Qué hay?

GAR. Después  
que al campo del moro fuí,  
gran Duque, con la embajada,  
lo que vale he conocido.  
Bien su fama ha merecido,  
su entendimiento y su espada.

LUIS. Más a diez.

CON. Digo.

DUQ. Responde  
como quién es.

LUIS. Otro azar.

(*Cada uno aparte.*)

GAR. Las treguas quiere aceptar.

CON. Repárolos.

(1) En el original, «¿Qué quies?», que no forma sentido con lo que sigue ni es castellano.

LUIS. Digo, Conde.  
 DUQ. ¿Está bueno de la herida?  
 LUIS. ¡Ah, pesia!  
 CON. Siete y llevar.  
 LUIS. Mas un azar y otro azar.  
 GAR. Peligro tuvo su vida;  
       mas ya de todo está bueno.  
 DUQ. Las treguas, ¿qué durarán?  
 GAR. Dos meses, dice Argolán,  
       ya de su arrogancia ajeno.  
 DUQ. Todo se le debe al Conde,  
       que le bajó la arrogancia.  
 CON. Sin duda estoy de ganancia.  
 DUQ. ¿Que lo acepta al fin responde?.  
 LUIS. ¡Pesar de quien me parió!  
 CON. Acabóse.  
 LUIS. Yo perdí.  
 DUQ. ¿Qué es eso? ¿Perdisteis?  
 LUIS. Sí.  
 DUQ. ¿Quién gana?  
 LUIS. El Conde ganó.  
 GAR. ¡Oh, don Pedro!  
 CON. ¡Oh, don García!  
       Quisiera daros barato;  
       mas pues en sortijas trato,  
       tomad ésta, porque es mía.  
 GAR. Bésoos las manos.  
 LUIS. Hoy quiero  
       quítaros lo que perdí.  
 CON. Cuando quieras está aquí,  
       con dinero o sin dinero.  
       ¿Qué hay del moro?  
 GAR. Que aceptó  
       las treguas.  
 CON. Basta que fueses.  
       ¿Por cuánto?  
 GAR. Por tres meses.  
 LUIS. ¡Que en mi vida gane yo!...  
 CON. Nueva fué su cortesía.  
 LUIS. ¡Que de suerte me picase,  
       que aquel diamante jugase  
       siendo de doña María!...  
 GAR. Pues tráigoos de él un recado.  
 CON. Somos dos grandes amigos.  
 DUQ. No son pequeños testigos  
       la sangre que se han sacado.  
 LUIS. ¡Que jugase yo la prenda  
       que ella por favor me dió!...  
 GAR. Después, Conde que me honró  
       en su estado y en su tienda,  
       traté con él paces francas;  
       confirmándose las treguas,  
       me mandó traer dos yeguas

todas como un cisne blancas.  
 CON. Ya parece que me alegras.  
 GAR. Con algunas manchas negras. (1)  
       Ojos alegres y azules,  
       pues que no hay toro que escarbe  
       como ellas el freno alarbe;  
       con armas de los Gazules.  
       En los frenos y estriberas  
       correas de ante, y su arzón  
       adargas de Orán, que son  
       blancas, fuertes y ligeras.  
       «Esta, dijo, vuestra sea,  
       y ésta a don Pedro llevad,  
       en señal de la amistad  
       que Argolán con él desea.  
       Y licencia le pedí  
       para que le vaya a ver.»  
 CON. Harto buenas han de ser  
       según las pintas aquí.  
       ¡Bravo moro!  
 DUQ. Muy galán.  
       Pero vamos, porque firme  
       las treguas y se confirme  
       lo que me pide Argolán.  
       Quedad, Conde, en hora buena.  
 CON. Dios guarde a vuesañoría.  
 LUIS. ¿Qué dirá doña María?  
       (Vanse, y entra MARCELO.)  
 CON. ¿Qué hay, Marcelo?  
 MARC. Todo es pena.  
       Que se fuesen aguardaba  
       y estése este necio aquí.  
 CON. Don Luis, adiós.  
 LUIS. ¡Ay de mí!  
       Adiós, Conde.  
 CON. ¿Qué hay? Acaba.  
 MARC. Di el papel, y aquesta banda  
       para tu brazo me dió.  
 CON. Marcelo, ya no soy yo  
       el Conde, tú al Conde manda;  
       tú eres el Conde, yo soy  
       Marcelo.  
 MARC. Cuando eso hagas,  
       con las palabras me pagas;  
       señor, satisfecho estoy.  
 CON. Ya entiendo; aquel vestidillo  
       que me quité el otro día  
       te pondrás.  
 MARC. Doña María  
       me dió, señor, este anillo.

(1) Este verso y el anterior serán de una redondilla en que faltan otros dos.

CON. ¿Cómo? ¿Qué anillo te dió?  
Tente, que fué para mí.  
¿Cómo anillo para ti?

MARC. ¿Pues no soy el Conde yo?

CON. No, Marcelo, que no eres  
sino a quien di mi vestido.

MARC. De albricias me lo dió.

CON. Ha sido  
de un ángel y tú le quieres.

MARC. Suelta. ¿Pues qué me has dado  
por lo que de un ángel fué?

CON. Cien ducados te daré.

MARC. Venga prenda.

CON. ¿Y no hay fiar?

Tú los cobrarás después.

MARC. Toma.

CON. ¿Que este suyo fuese?

MARC. ¿Pues qué haría si supiese  
que es todo de doña Inés?

CON. Anillo que aquel marfil  
ceñisteis de un blanco dedo,  
daros el alma no puedo,  
que es espíritu sutil.  
Pero si era antiguamente  
del anillo condición  
en ser señal de prisión  
entre la cautiva gente,  
id, mi alcaide, que yo soy  
vuestro esclavo y vuestro preso.

MARC. Quien puede te vuelva el seso.

CON. Banda, mil besos os doy.  
Sed amante, sed consuelo  
de este brazo de ignorante,  
que mal puede ser amante  
del suelo prenda que es cielo.  
Pero si fué mi ventura  
sustentarle, aunque es del suelo,  
pues tan claro es que el cielo  
sustenta lo que es su hechura.  
Marcelo, a don Luis gané  
este anillo, y yo querría... (1)

MARC. Pues yo se le llevaré.

CON. Parte, y dile que sus manos  
beso por tanto favor.

MARC. Voy a dárselo, señor.

(Vase.)

CON. Locos pensamientos vanos,  
no acabéis mi sufrimiento  
con tantas desconfianzas,

que tan buenas esperanzas  
no es bien que las lleve el viento.

Fuí al principio aborrecido,  
buena señal en mujer;  
que su firmeza en querer  
suele comenzar de olvido.

Y ahora ya soy amado;  
que si aborrecen por fuerza,  
haberlo sido me fuerza  
a no temer lo pasado.

(Entra DON LUIS.)

L.UIS. Ya, Conde, traigo el dinero,  
mándame dar el diamante.

CON. ¿Qué dinero?

L.UIS. El que es bastante  
a prenda que tanto quiero.

CON. ¡Bueno es eso, vive Dios!  
Envíele a doña María.

¿Luego esta prenda no es mía?

L.UIS. ¿No he concertado con vos  
que en pagándoos lo perdido  
me la volveréis a dar?

CON. Mandéla agora a llevar  
a un platero conocido  
para hacer otra por ella  
buscando su semejante.

L.UIS. Y fué de una mano bella. (1)  
¿Cuándo la traerán?

CON. Bien presto.

No sé qué tengo de hacer.  
Quiero ver si es ido, y ver  
si hay algún remedio en esto.  
Voy a que vayan por ella.

(Vase el CONDE.)

L.UIS. Id, que me importa la vida,  
porque vive el alma asida  
del dichoso dueño de ella.

Que cuando el competidor  
más solemniza su bien,  
es bien que pena me den  
su desdén y su favor.

(Entran DOÑA MARÍA y MARCELO.)

MARC. Vuélvete y di que la aceto  
y que hoy responderé.

MARC. ¿Cuándo?

MARC. Después.

MARC. Yo vendré.

(Vase MARCELO.)

(1) Falta un verso después de éste, que podía ser  
«enviarlo a doña María».

(1) Falta un verso a esta redondilla.

MAR. Ven tarde y ven con secreto.  
Prenda que a don Luis he dado  
me envía don Pedro a mí.

LUIS. ¡Oh, amor, cuán fuera de mí  
me ha tenido mi cuidado!

Perdonad, señora mía,  
que en vuestra imaginación  
divertí mi corazón,  
y por aquesto no os vía.

MAR. Viento ligero en mudanzas,  
mar instable en su firmeza,  
sueño de incierta riqueza,  
rico pobre de fianzas.

Adulador lisonjero,  
privado atento a su bien,  
ciego de un ciego también  
amigo y mal consejero.

Celada de mil contrarios,  
noche de mil mudamientos,  
máquina de pensamientos,  
libro de sujetos varios.

Doblón de falsos metales,  
fortuna de mil vaivenes,  
falta de infinitos bienes,  
sobra de infinitos males.

Hombre, en fin, que es rematar  
la cuenta con triste fin,  
que cuando diga ruín  
no tiene qué replicar.

Yo os amé cuando pensé  
que mi igual en todo amaba,  
aunque sangre no buscaba,  
sino igualdad en mi fe.

Bien que tan honestamente,  
que ahora me maravillo  
de haberos dado un anillo,  
que es el que miráis presente.

Pero pues vos le habéis dado  
para que pudiese ser  
que viniese a mi poder  
y que yo le haya cobrado,  
desde hoy se acaban aquí  
los pasados pensamientos,  
si os viese beber los vientos  
perdiendo el alma por mí.

No me pidáis a mi padre,  
que al Conde, que se me inclina,  
darme el amor determina  
y el consejo de mi madre.

Y esto ninguno lo intente,  
ni mayor ni vuestro igual;  
que también me estaba mal  
casarme con mi pariente.

Lo que pasó ya no fué,  
lo que ya llega no tarda,  
y a quien tan mal prendas guarda  
no es justo guardarle fe.

(Vase DOÑA MARÍA.)

LUIS.

¡Anillo al Conde que le dí por prenda!  
¡Prenda que al Conde di se atrevió a dalla!  
Sin respuesta se fué, que es bien que emprenda  
hacer la mano lo que el alma calla.  
Justa ocasión de celos, justa enmienda,  
justa ocasión de campo y de batalla;  
hoy al villano Conde desafío,  
cobrando con su muerte el amor mío.

¡Mi anillo, dado al Conde por engaño,  
a mi dama le dió, contra mi fama!  
Piensa que soy el fronterizo isleño  
o el que de los gazules rey se llama.  
No he de dormir en blanca cama sueño  
hasta acabar el fin de esta hazaña. (1)

(Entra ANTONIO.)

Vive Dios, que le maté.

ANTONIO.

No lo creo.

LUIS.

Mal agüero, por Dios, de mi deseo.

Qué, ¿no crees, amigo don Antonio?

ANTONIO.

Aquí me despedí de don García,  
que dice que se trata matrimonio  
entre el Conde...

LUIS.

¿Y quién más?

ANTONIO.

Doña María.

LUIS.

De todo puedo daros testimonio.

ANTONIO.

¿Cómo?

LUIS.

El Conde le dió una prenda mía.

ANTONIO.

¿Y la ha tomado?

LUIS.

Sí.

(1) No es consonante «hazaña» de «llama». Quizá deba decir «hasta acabar el fin de aquesta trama».

ANTONIO.

¿Qué fué?

LUIS.

Un anillo

que a los dados perdí tras el morillo.

ANTONIO.

Desesperado estáis.

LUIS.

Voyme.

ANTONIO.

¿Y adónde?

LUIS.

A despícame, si por dicha hay juego.  
¿Ciñe ya espada, por ventura, el Conde?

ANTONIO.

Y en vuestro Mendocilla sale luego.

LUIS.

Juntos saldremos.

ANTONIO.

Amistad responde.

Que no le digáis nada de esto os ruego,  
que, en secreto, me dijo don García  
que del Duque, su padre, lo sabía.

¿Pues por qué se la dan?

ANTONIO.

Porque él la adora,  
y respeto de su talle y hermosura;  
porque desde el ocaso hasta la aurora  
no se ha visto tan bella criatura.  
No hay moro ni cristiano en cuanto dora  
el claro sol con luz divina y pura  
que no sepa su fama y que no aguarde  
su casamiento.

LUIS.

Será malo y tarde.

Adiós.

ANTONIO.

El cielo os guarde y favorezca  
hasta que su deseo satisfaga  
y tanto a doña Inés siempre aborrezca  
que su concierto y mi temor deshaga;  
en cuanto ella intentare le parezca  
que todo es de su amor injusta paga;  
que si el Conde está ahí y no se desposa,  
aunque mi prima fué, será mi esposa.

(*Entran el CONDE y MARCELO.*)

CON. Qué, ¿en efecto, se le diste?

MARC.

Como tú me lo mandaste.

CON.

Marcelo, a perder me echaste.

MARC.

Tú, señor, me persuadiste.

CON.

Tómala.

MARC.

Por matrimonio.

CON.

¿Qué responde?

MARC.

Escribirá.

CON.

¿Cuándo?

MARC.

A la tarde.

ANT.

Aquí está

don Antonio.

CON.

¡Ah, don Antonio!

ANT.

Pensé que salido habías.

CON.

Ya aperciben la carroza.

ANT.

Antes dicen que a Mendoza  
mochila verde ponías.

CON.

Ganésla a don Luis.

ANT.

¿Es más galán que el picazo?

CON.

¿Pues no?

ANT.

¿Cómo va del brazo?

CON.

Bien, si del brazo (1) decís.

ANT.

Aun no había visto el favor.

¿Es banda?

CON.

Y desesperada.

ANT.

Mas esperanza burlada  
por un disfrazado amor.

¡Cielos! ¿mi banda no es?

Gallarda empresa, a fe mía.

CON.

Es esperanza tardía  
que se marchita después.

Que este pajizo color  
significa en su mudanza  
desesperada esperanza  
que un tiempo fué verde flor.

Que como sin dar tributo  
verde en flor la banda está,  
y en amarillo se va  
trocando después su fruto.

Así se ve, en mi favor,  
hacer de verde mudanza,  
que dió fruto a la esperanza  
que un tiempo fué verde flor.

ANT.

Por cierto que es extremada,  
y que vos la merecéis.

CON.

¿De qué, pariente, tenéis  
la color triste y turbada?

¿De qué la prenda os altera?

ANT.

Reparo en que me burlé  
cuando otro dueño pensé  
que de las vuestras lo era.

Que a su hermosura divina,

(1) Parece que estaría mejor «Bien, si mi brazo».

- recién venido a Toledo,  
sí adivino con el dedo  
que vuestra afición se inclina.  
Pero ya lo contrario es;  
que esta banda, un tiempo mía,  
no fué de doña María.
- CON. ¿Pues de quién?
- ANT. De doña Inés.
- Y, Conde, por vida vuestra,  
que perdonéis mi pesar;  
que amor bien lo puede dar  
en la grande amistad nuestra;  
pues bien sabéis que los celos  
tienen con todos disculpa.
- CON. Si en eso he tenido culpa,  
pedid venganza a los cielos.
- Esta banda me ha enviado  
doña María, y si fué  
de doña Inés, yo no sé  
por qué ferias se la ha dado;  
que por ella le envié,  
por salir favorecido,  
ayudando al brazo herido,  
que por su gusto lo fué.
- Si doña Inés se la dió,  
no lo tengáis, primo, a mal;  
que para una ocasión tal  
poco la prenda ofendió.
- Pero si es de doña Inés,  
volvérosla quiero aquí.
- MARcelo, ¿no es esto así?
- ANT. Paso, Conde, vuestra es;  
gozad la banda en buen hora.
- MARC. Señor, las dos juntas vienen.
- (*Entran DOÑA INÉS y DOÑA MARÍA, de visita.*)
- MAR. Tus celos la culpa tienen  
y el alma que al Conde adora.  
Don Antonio está con él.
- INÉS. Que hubo de estar mi enemigo  
con él.
- CON. Don Antonio amigo,  
entretenedla.
- ANT. Di, cruel,  
¿qué Dios, qué ley, qué amor man-  
[da  
que así trates quien te adora?
- CON. Bésoos las manos, señora,  
por el favor de la banda;  
que el brazo favorecido  
con tal favor está ya  
tal, que cobraros podrá  
cualquiera guante perdido.
- MARC. Aquí se descubre todo;  
ella lo ha echado a perder.
- MAR. Véngeos, Conde, a agradecer  
la sortija.
- CON. ¿De qué modo?
- Tras el favor recibido  
de esta banda, no es razón  
cargar más la obligación  
a uno en cuerpo y alma herido.
- MAR. ¿Pues quién la banda os ha dado?
- CON. Vos.
- MAR. ¿Quién lo dice?
- CON. Marcelo.
- ¿Marcelo?
- MARC. Señor.
- CON. Marcelo,
- habla. ¿De qué estás turbado?
- MARC. Señor, yo di tu papel  
a doña Inés.
- CON. ¿A qué efeto?
- MAR. Por encubrirle el secreto  
hallándome ella con él.
- INÉS. Y yo, porque él me engañó,  
el papel agradecí  
con la banda que le di.
- CON. ¿Que vos no la disteis?
- MAR. No.
- CON. ¿Que tú la banda enviaste?
- INÉS. Yo, pues, pensando que el Conde  
a tanta fe corresponde.  
Y este desengaño baste.
- Que si mi padre ha tratado  
darle al Conde por marido,  
aunque mal agradecido,  
favor fué bien empleado.
- ANT. El Conde no se te inclina,  
justo castigo es del cielo,  
a quien de tu pago apelo,  
de mis lealtades indina.
- Tu padre le ha de dar  
tu hermana y hacer su gusto.
- INÉS. Si él me diere este disgusto,  
el alma al Conde ha de amar;  
ella está con él casada;  
no ha de tener otro dueño.
- MAR. Y yo mi palabra empeño  
de ser su mujer forzada.
- Y así, le suplico al Conde  
pague a mi hermana este amor.
- CON. ¿Qué fiera mayor rigor  
en sus entrañas esconde?
- Señora, yo te amo a ti.
- MAR. Conde, yo no os he de amar.

INÉS. ¡Que así me quieras tratar!  
 ANT. ¡Que quieras matarme así!  
 CON. ¿Por qué me tratas tan mal?  
 MAR. Porque os queréis bien los dos.  
 INÉS. Conde, yo muero por vos.  
 ANT. Y yo por ti estoy mortal.  
 CON. ¡Que aborreciéndome estés!  
 MAR. Por mi hermana, no por ti.  
 ANT. ¿Por qué me tratas así?  
 INÉS. Por el Conde, ¿no lo ves?  
 CON. ¿Que no he vencer tu olvido?  
 MAR. Mi hermana es ya tu mujer.  
 ANT. ¿Podré tu olvido vencer?  
 INÉS. El Conde es ya mi marido.  
 CON. Antes mil muertes me den.  
 MAR. Y a mí, si tu mujer fuere.  
 ANT. ¡Que quieras quien no te quiere!  
 ¡Que te olvide y quieras bien!

(Entra DON GARCÍA.)

GARCÍA.

Pensando hallarte a solas, te traía  
 de un amigo un recado; mas no importa.

MARÍA.

Si lo es tanto, menos debe ser vuestra visita, (1)  
 que el Duque nos mandó que al Conde viésemos.  
 Quedad con Dios.

ANTONIO.

Yo quiero acompañaros.

CONDE.

Con tal visita, mi señora, creo  
 que cuando las heridas fueran muchas  
 y cada cual mortal, como milagro  
 sano en la fe de la hermosura vuestra.

ANTONIO.

¡Que así me trates!

INÉS.

Si has de acompañarme,  
 no me has de atormentar con tu tormento.

ANTONIO.

Ruégale que quiera, hermosa prima.

MARÍA.

Si ruego al Conde que a mi hermana quiera,  
 ¿cómo diré a mi hermana lo que dices?

ANTONIO.

¡Ah, Conde, mala muerte mueras!

INÉS.

Calla.

Si le maldices dejaré tu mano.

ANTONIO.

No me la dejes y viva el Conde un siglo,  
 y muera yo como tu mano tenga.

(Vanse DON ANTONIO, DOÑA INÉS y DOÑA MARÍA.)

CONDE.

¿Qué me dices?

GARCÍA.

Lo que veréis os pido.

CONDE.

¿Que Argolán ha venido disfrazado?

GARCÍA.

Con la ocasión, don Pedro, de las treguas  
 entran y salen en Toledo moros.  
 Cuál compra seda, cuál sustento compra,  
 cuál vende el alquicel, cuál el caballo,  
 cuál mira los insignes edificios,  
 cuál desde fuera la famosa iglesia;  
 y así, entre los que digo, van y vienen  
 del campo a la ciudad, como acostumbran  
 por largas sendas las hormigas negras,  
 aunque por ser tan varios los colores  
 más parecen abejas por el aire  
 cuando en picos y en pies las flores llevan.  
 Y así Argolán, que, como rey, no puede  
 entrar en la ciudad sin alboroto,  
 con una banda al rostro ha entrado a verte  
 y ya queda a la puerta de palacio.

CONDE.

Pues dile que entre, amigo don García.

GARCÍA.

Voy a avisarle y quedaréme fuera  
 porque ninguno estorbe vuestra plática.  
 Aunque tenía que...

CONDE.

Pues no la guardes,  
 que en tanta paz no hay que temer.

GARCÍA.

Yo parto.

CONDE.

Llega, Marcelo amigo, estas dos sillas.  
 Para mí la pequeña, y esa grande  
 pondrás al Rey, que es rey al fin.

(1) Verso muy largo; pero difícil de reducir. Quizá serían dos versos en su primera forma.



MARCELO.

Ya viene.

(Entra ARGOLÁN con una banda al rostro.)

CONDE.

Deme los pies su alteza.

ARGOLÁN.

Antes, cristiano,

los tuyos pido.

CONDE.

Si los pies me niegas,

dame las manos.

ARGOLÁN.

Si me das las tuyas.

CONDE.

Sean de amor.

ARGOLÁN.

De amor eterno sean.

CONDE.

Toma esta silla, Rey.

ARGOLÁN.

A ti se debe,

y esta pequeña es más a mi propósito.

CONDE.

Harásme estar en pie.

ARGOLÁN.

Siéntate, acaba;

que mientras más pequeña es esta silla  
es más conforme a quien yo soy, y siéntate.

CONDE.

Con tu licencia, al fin, señor, me siento.

ARGOLÁN.

¿Estás bueno?

CONDE.

Estoy.

ARGOLÁN.

Estame atento.

Ilustre Conde don Pedro,  
valiente, noble y famoso,  
española sangre antigua  
original de los godos.  
Los que igualmente en el campo,  
cuerpo a cuerpo, riñen como  
los dos reñinos, iguales,  
de un sol a otro sol y solos,  
cuando escapan con las vidas

de suerte pierden el odio,  
que no hay mayores amigos;  
y así lo somos nosotros.  
Esta voluntad, cristiano,  
puesto que enemigo y moro  
de suerte cobré contigo,  
que hermano en armas te nombro.  
Y verás lo que en volviendo  
adonde mis parias cobro,  
como a Rey te las envío  
y de año en año las doblo.  
No habrá nacido en el Betis  
de famosa casta el potro  
cuando con el hierro ardiente  
le marque tu nombre sólo.  
Ni se tejerá la toca  
con el rapacejo de oro,  
la alfombra en colores varios,  
cuando se te rinda todo.  
Después de venir a verte  
y ofrecerte estos despojos,  
de mi venida a Toledo  
sabrás la causa. Oye un poco.  
Los moros, siempre en dos ciencias  
famosos, don Pedro, somos;  
la una es astrología,  
ciencia en muchos, cierta en pocos,  
y la otra es medicina;  
y de estas dos sabe un moro,  
en la una Trimegisto  
y en la otra el dios Apolo.  
Díjome por largo estudio  
del casamiento dichoso  
de esta gran doña María,  
que ya con llaneza adoro,  
que un rey casaría con ella,  
quitándosela a su esposo,  
y de estos dos nacería  
a España un príncipe heroico  
que ganaría a Granada  
y su pendón victorioso  
sobre su Alhambra pondría  
llamándose Rey católico.  
Yo, por evitar los daños  
que el cielo amenaza, tomo  
la empresa de ser marido  
de un ángel, alarbe loco.  
Porque naciese pagano  
el príncipe generoso  
que al moro ha de echar de España,  
y contra el cielo me opongo.  
Pero viendo el desengaño,  
mañana a Alcalá me torno,

levantaré mis banderas  
volviendo a Toledo el rostro.  
Dícenme que tú la quieres.  
¡Oh, astrólogo mentiroso!  
que no eres rey, aunque reyes  
vences como a esclavo propio  
Si tanto bien me conceden  
los cielos, escape en hombros  
de tu grandeza mi rey  
y póngate Alá en su trono.

CONDE.

No sé, famoso Rey, con qué palabras  
pueda satisfacer tu ofrecimiento,  
indigno de quien ya se te ha rendido  
y te debe las parias que me ofreces.  
Nuestra amistad, que confirmó la sangre  
que vertimos los dos a un mismo tiempo,  
aquí la juro por el Dios que adoro  
y por la cruz que a sus espaldas puso,  
poniendo en ésta de la espada mía  
la mano a efecto de homenaje hidalgo.  
Cuanto a lo que es volverte, porque entiendo  
que me obligas, bien haces; que yo sólo  
vine por un soldado; más peleo  
que el ejército todo, pues levanto  
el cerco que a Toledo puesto tienes.  
Cuanto a lo que dijo el moro astrólogo  
que la famosa e invicta María  
pariría a ese Príncipe católico  
que ha de echar a los moros de Granada,  
bien puede ser que con el tiempo sea;  
porque, en efecto, soy aborrecido,  
que su honesta y hermosa compostura,  
en razón de su hermana, no se mueve  
a mis deseos más que al viento un monte.  
Verdad es que su padre, según dicen,  
me la promete, siendo a pesar suyo;  
y créeme que pienso hacer de suerte  
que, casado con ella, no se cumpla  
lo que se pronostica de ese Príncipe  
porque vivas seguro largos años  
de los cristianos de su grey dañosos.

(*Entra MARCELO.*)

MARC. Que ha de entrar a hablarte,  
señor, porfía don Luis.

ARG. ¿Quién  
es ese caballero?

COND. Bien (1)  
puedes de don Luis fiarte.

ARG. Entre; pero estate así,

no le des asiento alguno;  
que si no eres tú, ninguno  
se ha de sentar junto a mí.

(*Entra DON LUIS.*)

LUIS. Solo te quisiera hablar.  
CON. ¿Y qué importa acompañado?  
Habla al Rey.

LUIS. Vengo enojado.  
¿A qué rey tengo de hablar?

ARG. ¿Es ese enojo conmigo,  
señor cristiano?

LUIS. No es,  
sino con el Conde.

CON. ¿Pues  
conmigo, don Luis amigo?

LUIS. La sortija que te di  
en empeño, ¿es cortesía  
dársela a doña María?

CON. De tu amistad lo creí.

LUIS. ¿De mi amistad? ¿En qué ley  
amistad, Conde, se llama  
dar mis prendas a mi dama?  
¿Hay rey aquí?

ARG. Yo soy rey.

LUIS. Aunque moro, campo pido  
y te desafío y reto.

CON. Campo y desafío acepto.

ARG. ¿No me diréis lo que ha sido?

LUIS. Esta noche, hasta las nueve,  
en ese terreno aguardo.

CON. Yo iré.

LUIS. Adiós.

ARG. ¿Que, gallardo,  
un hombre al Conde se atreve?

Hombre que venció a Argolán,  
¿se le atreven otras manos?

Si tales sois los cristianos,  
poca fama y nombre os dan.

¿Has de hacer el desafío?

MARC. El Duque viene, señor.

ARG. ¿Quién?

CON. El Gobernador,  
padre de tu bien y mío.

ARG. No es bien que así halle un rey.  
Adiós. Dile que mañana  
alzo de la vega llana  
mi campo y vivo en tu ley.

CON. ¿Luego no te lie de ver más?

ARG. Yo te avisaré. Adiós queda.

(*Vase ARGOLÁN y sale el DUQUE.*)

DUQ. Ya la entrada se me veda.  
Conde amigo, ¿dónde estás?

(1) Sobra una sílaba a este verso.

CON. No te enfades, por mi vida,  
en que te haya detenido,  
porque no sin causa ha sido.

DUQ. Qué, ¿visitaban tu herida?

CON. Y como una dama era  
que no te ha querido bien;  
pero débesme también  
que ya, señor, bien te quiera.

DUQ. ¿Cómo?

CON. Sabed que Argolán  
es el que se va de aquí.

DUQ. ¿El Rey mismo?

CON. Señor, sí,  
que es un fuerte capitán.  
Cobróme tanta afición,  
que si algo me quieres dar,  
le haré de Toledo alzar  
el ejército y pendón.

DUQ. ¿Es cierto?

CON. Como lo digo.

DUQ. ¿Y eso, Conde, está en tu mano?

CON. Dice que no hay tal cristiano.  
A lo que digo me obligo;  
pero hásmelo de pagar.

DUQ. No tiene paga ese bien.

CON. Sí tiene.

DUQ. ¿En quién?

CON. En quien  
mayor bien me puedes dar.

DUQ. ¿Mayor bien?

CON. ¿No lo es tu hija?

DUQ. ¿Quién? ¿Doña Inés?

CON. Su valor  
es digno, heroico señor,  
que un imperio mande y rija;  
pero la rara hermosura  
de su hermana me ha obligado  
un deseo, que ha llegado  
a ser amor y locura.

DUQ. Si ésta me dáis, yo haré  
que mañana el Rey se vuelva.

DUQ. ¿Dudas que no me resuelva  
en lo que tan bien me esté?

DUQ. Esta te doy por señal  
de dártela por ti sólo;  
porque de este al otro polo,  
fuera del Rey, no hay igual.

CON. Argolán se vaya o no,  
tu suegro soy.

CON. Pues el dote  
no te aflija y alborote,  
rico soy.

DUQ. Bien lo sé yo.

CON. Pero lo que haré por ti  
será, por propia persona,  
llevártela a Barcelona,  
para que os caséis allí,  
y el gasto de este camino,  
que no será poco hacer.

CON. ¿Luego mándasme volver?

DUQ. Que es necesario imagino  
por los que a mí me la piden  
y a quien su hermosura engaña.

CON. Llámala el ángel de España;  
con razón mi muerte impiden.

CON. Vete, y yo publicaré  
mi partida.

DUQ. ¿Sí se irán  
los moros?

CON. Ya de Argolán  
que se van mañana sé.

DUQ. ¿Mañana?

CON. Sí.

DUQ. Pues adiós.

CON. Marcelo, bien me ha venido  
para lo que ha sucedido.

MARC. ¿Qué habéis hablado los dos?

CON. Ya es mía doña María.  
Yo me parto a Barcelona  
y él me la lleva en persona.  
Y don Luis me desafía.

CON. Pero aperebime un jaco;  
pero no apereibas nada,  
dame rodela y espada.

MARC. Espada y rodela saco.

CON. ¿Pero no será mejor  
irte y dejalle por necio?

CON. ¿Y he de hacer ese desprecio?

MARC. ¿De quién?

CON. De mi propio honor.

MARC. No, hasta hacerle pedazos.

MARÍC. Entra a armarte.

CON. Esposa mía,  
hermosa doña María,  
¿cuándo te veré en mis brazos?

(*Entrase y sale DON LUIS al desafío.*)

LUIS. Aunque yo no pongo duda  
que en el Conde hay gran valor,  
siempre lleva lo mejor,  
alguien la razón le ayuda.

LUIS. Y pues de mi parte llevo  
la razón que ha de ayudarme,  
bien dueudo determinarme  
con la razón que me atrevo.

Y pues es honra morir,  
vengarme o morir aguardo.

(*Entra ARGOLÁN.*)

ARG. Aquí el español gallardo  
con el Conde ha de reñir.  
Y creo que digo bien,  
porque ha de reñir conmigo,  
y el amigo en el amigo  
se ha de transformar en bien.

Y pues es tan gran razón  
hacer presencia en tal caso,  
quiero alargar aquí el paso.  
¿Quién va allá?

LUIS. Enemigos son.

ARG. ¿Es el Conde?

LUIS. El Conde, pues.

ARG. En la voz no le parece.

LUIS. Si no es él, es quien le ofrece  
por él.

ARG. ¿Quién?

LUIS. Argolán es.

ARG. Pues, moro, ¿por qué razón  
sales tú al desafío?

LUIS. Tiene el Conde amigo mío  
una cierta ocupación.

ARG. Pues si el Conde está ocupado,  
desocuparse ha otro día.

LUIS. No será, por vida mía,  
el Conde tan mal mirado.

Yo vengo por él aquí,  
ya digo que el Conde soy.

ARG. Moro, que al diablo te doy.

LUIS. ¿Qué es lo que quieres de mí?

ARG. Matarte, por Dios, no más;  
cuando no por tantas leyes  
de amistad, porque a los reyes  
hables, si enojado estás,  
y respetes su presencia,  
guardándoles el decoro.

LUIS. ¿Eres moro?

ARG. De un Rey moro  
es mora la penitencia.

Mete mano.

LUIS. ¡Ah perro!

ARG. ¡Ah vill!

(*Entra el CONDE y cae DON LUIS.*)

CON. A las voces he llegado.

¿Qué es esto?

ARG. Haberte vengado.

CON. ¿Es muerto?

ARG. Aunque fueran mil.

CON. ¿Por qué reñiste con él?

ARG. Por quitarte ese cuidado.

CON. Puesto que me has obligado,  
pésame, Argolán, por él.

ARG. Ya es hecho. Yo soy tu amigo;  
cuando se te ofrezca en qué,  
desde mi tierra vendré  
a matar a tu enemigo.

(*Vase ARGOLÁN.*)

CON. Espera, oye, escucha. ¿Hay hom-  
[bre

que se le pueda igualar?

¡Ah, don Luis! ¿Podéis hablar?  
Conde.

LUIS.

CON.

Amigo.

LUIS.

CON.

LUIS.

Dulce nombre.

¿Que Argolán hiciese tal!

No quieras culparle así.

Llévame, Conde, de aquí,  
que mi herida no es mortal.

Yo lo veo en el sujeto.

CON.

LUIS.

CON.

Arrimáos aquí.

¡Ah, buen moro!

No hay en el mundo tesoro  
como un amigo perfecto.

### JORNADA TERCERA

(*Sale el CONDE solo.*)

CON. ¡Oh larga y prolija ausencia,  
autora de la mudanza,  
martirio de la esperanza,  
verdugo de la paciencia,  
insufrible penitencia  
del pensamiento afligido,  
madre de celos y olvido;  
¿cuándo cesará tu agravio (1)  
para el mal del bien perdido?  
¡Oh Toledo, en quien dejé  
aquel sol del alma mía  
en la noche de aquel día  
que de su luz me ausenté!  
¿Cuándo el alba de mi fe  
verá su divino oriente  
de su sol resplandeciente  
en este nublado ocaso  
de las desdichas que paso  
enamorado y ausente?

(1) Falta un verso a esta décima antes o después de éste.

Hermosa doña María,  
mi esposa y todo mi bien,  
vos sois la esperanza en quien  
el alma ausente confía.  
¿Cuándo llegará aquel día  
que a Barcelona lleguéis  
para que a sus muros deis  
la luz que a Toledo dáis  
y al Conde restituyáis  
el alma que le debéis?

Si viene, ¿cómo es posible  
que venga con tal secreto?  
Si no ha partido, ¿a qué efeto  
su tardanza es conveniente?  
¡Oh pensamiento terrible!  
nave que con varios vientos  
hace varios movimientos;  
después de la dura suerte  
no hay enemigo más fuerte  
que sus propios pensamientos.

(Entra MARCELO, criado.)

MARC. Albricias, señor.

CON. Marcelo  
hasta el alma, si codicias,  
te daré por las albricias.  
¿Llega el sol o ábrese el cielo?  
¿Rompió las nieblas el alba?  
¿Pasó ya la noche iría?  
¿Hicieron al nuevo día  
las aves su dulce salva?  
¿Pasó el invierno? ¿Llegó  
la diosa que el campo viste?  
¿Quejóse ya Progne, triste?  
¿Qué Filomena cantó?  
¿Pasó ya la nave indiana  
la barra, y, tomando puerto,  
vino el tesoro encubierto,  
burlando la envidia vana?  
¿Dieron sentencia en favor?  
¿Publicóse la victoria?  
¿Venció la pena a la gloria  
y la esperanza al temor?

MARC. ¿Podrá poner mi alegría  
luminarias en el seso?  
MARC. ¿Qué quiere decir todo eso?

CON. Si llega doña María.

MARC. Pues ni el sol, ni el día, ni el alba,  
ni el verano, ni el invierno,  
ni de Progne el canto tierno,  
sentencia, tesoro y nave,  
ni esperanza, ni victoria  
llegan en esta ocasión.

CON. ¿Pues quién?

MARC. El Rey de Aragón.

CON. Agüeros son de mi gloria.  
El Rey sea bien venido,  
si de mis glorias se goza.  
¿De dónde?

MARC. De Zaragoza.

CON. Secreta venida ha sido.

¿Viene gran gente con él,  
criados y cortesanos?

MARC. Y esos, como el oso, ufanos  
con la colmena de miel.

CON. Bien dices; que sus enojos  
tanto su privanza apura,  
que, a trueco de su dulzura,  
se dejan sacar los ojos  
¿Viste al Rey?

MARC. Es gentil hombre  
y gallardo por extremo.

CON. Ya ninguna cosa temo  
con la fama de su nombre.  
por la honra que ya espero  
de su grandeza en mis bodas.  
Busca entre mis cosas todas  
la que más estimo y quiero,  
y esa, por albricias, toma.

MARC. Yo, gran señor, mi interés  
sólo a tu servicio es.

CON. Verle quiero antes que coma.  
Pero querrá descansar.

Marcelo amigo, ¿qué haré?  
Dime, ¿cómo entretendré  
lo que el sol tarda en llegar?  
¿Si le haré música y salva?  
¿Si será el Rey el lucero  
de aquella estrella que espero?  
¿Si será del sol el alba?

Un tronco, una piedra envidio,  
este suelo, estas paredes.

MARC. De remedio de amor puedes  
leer un rato en Ovidio,  
que te enseñará a olvidar.

CON. ¿Qué aprovecha? El mismo jura  
que el alma tarde se cura.

MARC. ¿Pues qué pretende enseñar?

CON. ¿En las hierbas no hay virtud?

MARC. De remedios está lleno  
su libro, como Galeno,  
de conservar la salud.

Que despues de mil consejos,  
dice que vivir así  
es triste vida.

CON. ¡Ay de mí,

- que está mi remedio lejos!  
 Está mucha tierra en medio  
 de aquella rara hermosura  
 que es Galeno de mi cura,  
 Ovidio de mi remedio.
- MARC. Sal a hacer mal a un caballo.  
 CON. Pon la silla a Barienes,  
 el turco.
- MARC. En efecto vienes.  
 CON. Espera, quiero pensallo.  
 MARC. Como al caballo, y a ti  
 es un pienso el pensamiento.  
 Sí, triste, no hay movimiento  
 ni diferencias.
- CON. Así,  
 ensíllame a Mendocilla.  
 Espera.
- MARC. ¿Qué he de esperar?  
 CON. ¿No es mejorirme a la mar  
 y entretenerme en su orilla?
- MARC. Bien podrás; aunque las aguas  
 fluctúan en dulce son,  
 crece la imaginación  
 de las tristezas que fraguas.  
 Mucho entristece la mar  
 al triste.
- CON. Es pesada y grave.  
 ¿Pero no habrá alguna nave  
 donde me pueda embarcar?
- MARC. Galeras y naves mil.  
 Pero son vanas quimeras  
 querer echarte a galeras  
 por un negocio civil.
- CON. No es sino muy criminal  
 una ausencia, que es destierro.  
 Trae espadas.
- MARC. Otro yerro.  
 CON. ¿Y yerro en hierro está mal?  
 O tráeme tinta y papel  
 y responderé a Argolán.
- MARC. Sí, que aguardándote están  
 sus moros.
- CON. Sus moros y él.  
 MARC. Aquí está todo recado.  
 CON. Pónganme un bufete aquí,  
 y no hables.
- MARC. Harélo así.  
 Mas los moros han llegado.
- (Entra ZULEMA, moro.)
- CON. Amigos, ya escribo.  
 ZUL. Alá  
 te guarde, famoso Conde.
- MARC. Zulema, el Conde responde;  
 tu partida es cierta ya.
- ZUL. No me ha pesado, cristiano,  
 de haberme aquí detenido  
 por muchas causas que han sido  
 de mi gusto y de mi hermano.  
 Y por ver a Barcelona,  
 ciudad famosa de España,  
 que el mar de Francia la baña  
 y sus riberas corona;  
 sus galas, talle y aseo;  
 su vidrio, allá celebrado;  
 sus damas, cuyo cuidado  
 aumentan más su deseo.  
 Yo he visto, en resolución,  
 hoy el más famoso Rey  
 entre los de vuestra ley:  
 el gran don Juan de Aragón,  
 de quien contar pienso al mío  
 su amparo y valor profundo,  
 aunque yo pienso que el mundo  
 no tenga igual.
- MARC. Yo lo fío;  
 que hoy habrás visto patente  
 su grandeza y cortesía.
- ZUL. ¿No llega doña María,  
 su esposa?
- MARC. Es mujer, y ausente.  
 ZUL. Pues si Argolán, mi señor,  
 acompañarla pudiera,  
 no dudes que lo hiciera.
- MARC. Créolo de su valor.  
 ZUL. Acompañarla quería  
 y el Duque se lo estorbó.
- MARC. Ya el Conde, amigo, acabó.  
 CON. Ese bufete desvía.  
 Zulema, esta carta toma  
 y lo que esté prevenido  
 para el Rey, aunque corrido  
 de mi pobreza.
- ZUL. Mahoma  
 te guarde y te dé tu esposa.
- CON. Al Rey tu persona encargo.
- MARC. ¿Qué has escrito?
- (Vase el moro.)
- CON. Tierno y largo  
 y una necedad forzosa.
- MARC. ¿Cómo?
- CON. Envío a convidar  
 para mis bodas al Rey.
- MARC. ¿Pues cómo a Rey de otra ley?
- CON. Quiérole mi amor mostrar.

Que eso fué por cumplimiento,  
que no porque su persona  
desde Alcalá a Barcelona  
venga a honrar mi casamiento,  
que acá tengo Rey cristiano.

MARC. Que le veas es razón.  
Vamos, que es buena ocasión  
para besalle la mano.

(*Entran el REY DE ARAGÓN, RAMIRO, FERNANDO y RODRIGO, criados.*)

REY.

Famosa es la ciudad.

FERNANDO.

¿Nunca tu alteza  
a la gran Barcelona visto había?

REY.

Por fama y por retratos su grandeza  
imaginada sólo la tenía.

Bien la enriquece el mar con su braveza,  
poco está de ella lejos Berbería.

RODRIGO.

Desde estas torres de doradas cruces  
se puede ver, señor, de Argel las luces.

De esotra parte a Italia, por Marbella,  
parece que el camino se divide.

REY.

Bella es la costa.

RAMIRO.

Por extremo bella,  
que de gentes se corona y mide. (1)  
¿No ves las atalayas que por ella  
van discurriendo, y cuyo fuego impide,  
con ser señal de los lugares altos,  
de los contrarios moros los asaltos?

Van desde aquí a Alicante y Cartagena,  
por Valencia y por Denia, que es ufana  
de las ruinas de aquel tiempo llena  
del sacrificio insigne de Diana.

REY.

¿Málaga no se sigue?

FERNANDO.

Y harto buena,  
aunque mala se nombra, a ser cristiana.  
También sigue la costa en Almería,  
cercando lo mejor de Andalucía.

(1) Verso corto.

Donde está la bellísima Granada,  
cuya corona goza el enemigo,  
después que a España la alarbe espada;  
en campos de Jerez murió (1) Rodrigo.  
Vese el Africa enfrente, conquistada  
del claro portugués, que por testigo  
Algeciras se muestra en los Algarbes,  
y con Tánger y Ceuta, Arcila alarbes.

REY.

¿Y por esotra parte?

FERNANDO.

Hasta Laredo  
se va siguiendo luego por Colombres.

(*Entra el CONDE.*)

CONDE.

Dame los pies, si merecerlos puedo,  
famoso Rey, heroico entre los hombres.

REY.

¿Es el Conde don Pedro?

CONDE.

Soy tu hechura.

REY.

Que estéis aquí lo tengo a gran ventura. (2)

CONDE.

Mayor es, gran señor, la mucha mía.

REY.

¿En Castilla no estábades?

CONDE.

Estuve.

REY.

Y aun casado me dicen.

CONDE.

Mal podía  
si licencia, señor, de vos no tuve.

REY.

Cubrid vuestra cabeza.

CONDE.

Que tal día  
merezca ver; porque tras tanta nube  
bien es que el sol de España me amanezca  
y que su luz a mi tiniebla ofrezca.

(1) Quizá de deba decir «mató a».

(2) Faltan dos versos de esta octava.

REY.

La cabeza cubrid, poné el sombrero;  
que cabeza que ha estado en mi defensa  
cubierta siempre de luciente acero,  
en descubrilla así se le hace ofensa.

CONDE.

No me casé, señor, porque primero  
claros de todo parte el alma piensa  
porque si fuere gusto vuestro.

REY.

Conde,  
no digáis más, que el vuestro al mío responde.  
¿Con quién casáis?

CONDE.

Señor, tiene en Castilla  
el cielo un sol, un ángel, una dama  
a quien la antigüedad la fama humilla  
y en quien se ocupa la moderna fama;  
en única y octava maravilla.

REY.

Ya sé quién es. Doña María se llama,  
hija del Duque de Medina, Enrico.

CONDE.

De casta de los Reyes, noble y rico.  
¿Vuestra alteza hala visto?

REY.

No, en mi vida.

CONDE.

Pues eso aguardo.

REY.

Huélgome en extremo,  
porque es de gran linaje y preferida,  
en virtud y valor, a muchas.

CONDE.

Temo

que el Duque me dilata su venida  
por causa de un morisco, Polifemo,  
que, como a Galatea, la servía  
con todo lo mejor de Andalucía.

REY.

¿Pues éste no está allá?

CONDE.

Así imagino.

REY.

¿Y cómo en su venida te acomodas?

CONDE.

Viene su padre, y honra su camino,  
dando las cosas necesarias todas.  
Sólo, señor, me falta un gran padrino,  
cual se requiere para tales bodas.

REY.

Si lo dices por mí, yo acepto el cargo.

CONDE.

Beso tus pies.

REY.

Mis brazos, Conde, alargó.

CONDE.

Con tal padrino, ¿quién dudar podría  
que ha de ser dudoso el casamiento?

REY.

Tengo gran deudo yo a doña María  
y a vuestro gran servicio estoy atento.

CONDE.

¡Oh, caballeros!

FERNANDO.

A vuesañoría  
damos el parabién

CONDE.

De mi contento  
el amistad le pide a quien me debe

(Entran MARCELO y JULIO, hablando.)

tan largo amor.

MARCELO.

Y que vendrán tan breve.  
Digo que llega.

MARCELO.

Julio, yo no puedo  
hablar al Conde.

CONDE.

¿Qué hay, Marcelo amigo?

MARCELO.

El alma te lo ha dicho.

CONDE.

¡Oh, Julio, quedo!

¿Qué hay?

JULIO.

Que llega ya.

CONDE.

¿Qué?



JULIO.

Lo que te digo.

Pero su padre se volvió a Toledo  
porque el Rey le escribió.

CONDE.

Sea testigo  
de mi contento vuestra alteza.

REY.

¿Cómo?

CONDE.

Cómo hoy las manos a mi esposa tomo.  
¿Cuánto queda de aquí?

JULIO.

Queda una milla;  
que habemos caminado con secreto  
después que el Duque se volvió a Castilla,  
obedeciendo al Rey, pues, en efeto.

REY.

¿Pues qué nos detenemos? ¡Hola! Ensilla;  
que si en las bodas ser padrino aceto,  
también es justo a recibilla vamos.

CONDE.

Qué, ¿no basta, señor, los que aquí estamos?

REY.

Digo que he de ir.

CONDE.

Por tal merced os beso  
los pies mil veces. Caballeros, ea.

JULIO.

¿No me dan las albricias?

MARCELO.

¡Bueno es eso!  
Está hecho un pelón, no hay quien lo crea.

JULIO.

Que no hubiera corrido te confieso.  
¿Esto es mudar estado?

MARCELO.

Ya desea  
guardar lo que en las bodas no ha gastado.

JULIO.

¡Oh, cual es un señor recién casado!

(*Vanse todos.*)

(*Entran DON LUIS, DON ANTONIO, DOÑA MARÍA y DOÑA INÉS, de camino.*)

LUIS. Hase de aguardar por fuerza  
la respuesta, no se enoje.

INÉS. Si ya la noche descoge  
su manto, partir es fuerza.

ANT. Sin duda que doña Inés  
por ver al Conde desea  
llegar a la ciudad.

INÉS. Sea,  
don Antonio, por lo que es;  
que ya vuestros celos son  
más largos que este camino.

LUIS. ¡Ay de quien sin ellos vino  
y aun no le dan ocasión!

ANT. Entristecednos ahora  
con vuestra melancolía,  
que calla doña María.

INÉS. Calla, sufre, siente y llora.

Por Dios, hermana, te esfuerza,  
cese el cielo de llover.

MAR. ¿Qué ha de hablar una mujer  
que va a casarse por fuerza?

De volverse don García  
con mi padre, bien pudiera  
alegrarme si no fuera  
tanta la tristeza mía.

Porque sé que él dió consejo  
a mi padre de estas bodas.

INÉS. ¿Que a amarle no te acomodas  
siendo de la corte espejo?

Su talle, su bizarría,  
sus donaires, ¿no te agradan?

MAR. Aunque más me persuadan,  
fué grande desdicha mía.

Oye aparte.

INÉS. ¿Qué me quieres?

MAR. ¿Quieres bien a don Luis?

INÉS. ¿Eso de veras decís?

MAR. Habla claro. Extraña eres.

INÉS. En mi vida tuve amor  
fuera de un término honesto;  
si alguno en don Luis he puesto,  
no ha sido amor en rigor,  
sino pensar que sería  
mi marido; pero ya  
no en don Luis mi amor está,  
ni en don Pedro, hermana mía.

MAR. ¿Ya de ti no fué querido?

¿Por qué ahora no le quieres?

MAR. Porque tú la causa eres  
de este mal nacido olvido;  
y yo sé bien que de celos

y por saber si le amo  
me hablas así.

INÉS.                   Que desamo  
al Conde saben los cielos,  
y que le quieras te pido.

MAR.                  Por fuerza le he de querer,  
pues vengo a ser su mujer  
y él viene a ser mi marido;  
que sólo ver que le adoras  
a esta sinrazón me obliga.

LUIS.                El camino se prosiga,  
que tarda el Conde, señoras,  
y, supuesto que él no venga,  
será gran razón partir.

MAR.                No me puedo persuadir  
que el Conde descuido tenga.

ANT.                Gran gente viene, ellos son.

LUIS.                Mi muerte sin duda viene,  
primo, que gozar la tiene.

JULIO.              Señora, el Rey de Aragón,  
que es de tus bodas padrino,  
viene a recibirte.

MAR.                               ¿Quién?

JUL.                El Rey.

(Salen el REY y el CONDE y gente.)

REY.                De tal parabién  
un rey solamente es dino.  
Dadme las manos, señora,  
por deudo y por servidor.

MAR.                Vuestra hechura soy, señor,  
y esclava desde esta hora.

REY.                Es el Duque vuestro padre  
cercano deudo y pariente  
de mi casa, y juntamente  
la Duquesa vuestra madre.  
Y así, por esto y por ser  
vuestro padrino, he venido  
a acompañaros, que he sido  
dichoso en poderlo hacer.  
Porque cuando sólo a esto  
a Barcelona viniera,  
dichosa jornada fuera.  
¡Qué divino rostro! (*A parte.*)

FER.                               Honesto.

REY.                Porque desde Zaragoza  
viniera con rostro igual.  
¡Linda cara! (*A parte.*)

FER.                               Celestial.

REY.                Dichoso aquel que la goza.  
No acierto, Fernando, a hablalla,  
turbado estoy.

FER.                               Tierno y blando.

REY.                Qué honestidad, don Fernando;  
dichoso el que ha de gozalla.

FER.                Da licencia que la hable  
el Conde, que no se atreve.

REY.                Haga el Conde lo que debe.  
¡Rara hermosura! (*A parte.*)

FER.                               Notable.

CON.                Dadme, señora, los pies.

MAR.                Conde, mi señor.

CON.                               Esclavo  
vuestro.

REY.                               Y su hermana alabo.

FER.                Llega a hablar a doña Inés.

REY.                               ¿Es su hermana?

FER.                               Señor, sí.

REY.                ¡Oh, señora!

INÉS.                               Esos pies beso.

REY.                Perdido estoy con exceso.  
Marqués, ¿qué será de mí?

CON.                               ¿Venís buena, mi señora?

MAR.                A vuestro servicio vengo.

REY.                Fernando, morirme tengo.

FER.                               ¿Sin duda?

REY.                               Sí

FER.                               ¿Luego?

REY.                               Ahora.

MAR.                Y vos, señor, ¿cómo estáis?

CON.                Sin vos he estado a la muerte.

REY.                ¡Que a tal tiempo vine a verte!

MAR.                ¿Cómo a mi hermana no habláis?

CON.                Un abrazo le daré  
y dos a estos caballeros.

INÉS.                Huélgome, señor, de veros  
tan bueno.

REY.                               Cielos, ¿qué haré?  
¿Hay tan rara perfección?...  
¡Oh María, María bella,  
del mundo o sol de Castilla, (1)  
si dieras luz a Aragón!

CON.                               ¿En efecto, venís buenos?

LUIS.                Yo vengo a vuestro servicio  
y aun a ver mi sacrificio.

(*A parte.*)

Puedo decir a lo menos.  
De mi tío don García  
y del Duque vuestro suegro  
es esta.

CON.                               El alma alegre  
con tanta ventura mía.

(1) «Bella» y «Castilla», si no es que se pronuncie «Castella» o «Castiella», como en lo antiguo no consueñan

ANT. Alcanzóles un correo  
en Valencia, y desde allí  
se volvieron.

REY. ¡Ay de mí,  
que me arrastra mi deseo!  
¿Qué hierbas, qué encantamientos  
o qué palabras escritas  
tiene este ángel?

FER. Irritas,  
gran señor, tus pensamientos.  
No le des hablando leña,  
que suele encender gran fuego (1)  
una centella pequeña.

REY. Bien dices, bien me aconsejas;  
ya me parece otra cosa.  
Don Fernando, no es hermosa:  
mal rostro, ojos, frente y cejas,  
no buen cabello ni boca.  
Digo que me había engañado.

FER. Tienes razón, sí has notado  
aquella majestad poca,  
aquella fealdad sin aire,  
aquel melindre enfadoso,  
aquel mirar enojoso,  
tan poco gusto y donaire.

REY. La mujer es fea en rigor.  
Enemigo, ¡vive el cielo,  
que cubra tu sangre el suelo  
si ofendes su gran valor!  
¿De aquel ángel celestial  
ofendiste la belleza?

FER. Decía mal vuestra alteza,  
y por eso decía mal.

REY. Marqués, mal os haga Dios,  
¿por eso habéis de mentir?  
Yo quiero ese mal decir;  
pero no lo digáis vos.  
Toma mi reino segundo,  
alma de alma, hermosa fiera;  
que si otro Alejandro fuera,  
te ofreciera todo el mundo.  
Pero el alma te consagro;  
merécesla a toda ley;  
que aunque ella es alma de rey,  
tú eres ángel, ¡qué milagro!

FER. Repórtate, vuelve en ti.  
¿Así de tus verdes años  
te dejas llevar?

REY. ¡Qué engaños,  
ay, don Fernando, nací! (2)

FER. ¿Partiremos, caballeros?

CON. Cuando su alteza mandare.

REY. Pare el sol su curso, pare  
María a vuestros luceros.  
Hoy en vuestro mar, María,  
el alma se ha de anegar;  
no, María, sino mar  
adonde el alma maría. (1)

FER. Rey eres y eres padrino.

REY. Mejor fuera desposado.

CON. Ya la noche se ha cerrado.  
Vamos.

REY. ¿Qué corto padrino!

FER. Disimula.

REY. Daré voces.

FER. ¿Es bueno que así te ciegues?

REY. Plega a Dios que nunca llegues,  
para que nunca la goces.

(Vanse y entran ARGOLÁN y ZULEMA.)

ARG. De que he llegado y estoy,  
Zulema, en este lugar...

ZUL. Ya no hay para qué avisar,  
que Gazul le avisó hoy.

ARG. ¿Estaba el Conde galán?

ZUL. Como desposado estaba.

ARG. ¿Y aquel sol que un tiempo daba,  
Zulema, vida a Argolán?

ZUL. Ese quitaba la vista;  
que no hay águila tan alta  
que no diga que le falta  
fuerza que a su luz resista.  
Aunque con poco contento,  
cuando a hablar al Conde entré.

ARG. ¿Y el Rey?

ZUL. Suspenso le hallé  
retirado a su aposento.  
Que dicen que trae disgusto,  
aunque la causa no saben.  
Plegue a los cielos que acaben  
estos sucesos con gusto.  
Mas, señor, el Conde viene.

ARG. Dichoso flor de cristianos,  
dame a besar esas manos.  
¿Estás bueno?

CON. En este día  
contento y salud me sobra.  
¿Viéneslo tú?

ARG. Verte sobra  
para bien y salud mía.  
¿Tu esposa?

CON. Hermosa y contenta.

(1) Falta un verso, antes de éste, para la redondilla.

(2) Este verso parece equivocado.

(1) El original dice «María» otra vez.

ARG. ¿El Rey?  
CON. Con deseo de verte.  
ARG. Quisiera un mundo ofrecerte

quien su humildad te presenta.  
Pero en esta encamisada  
te sirve de diez caballos,  
que bien podrás confíallos  
la máscara y el espada.

Helos cubierto, a tu usanza,  
con mangas de telas de oro,  
trayendo aparte el jaez moro  
hasta el hierro de lanza.

Traen, por que verlos pueda  
tu Rey, que tan bien te trata,  
las herraduras de plata,  
las cabezadas de seda.

Y para estrado a María  
de reina, cual tú la nombras,  
traigo veinticinco alfombras  
tejidas en Berbería.

Sus cenefas un tesoro  
valen, aunque en esto exceda,  
fondos y lazos de seda,  
venas y labor de oro.

Diez almohadas, tan buenas,  
que son de perlas labradas,  
ellas brocado y las borlas  
de aljófar y perlas llenas.

Sin otras cosas que son  
muestras de amistad también,  
y entre ellas un parabién  
labrado en el corazón.

CON. ¡Vivas, Argolán, mil años!  
Dame esas manos amigas  
con que al Conde tanto obligas  
y vences reyes extraños.

Mi esposa y yo agradecidos  
estamos a tu valor.

ARG. Conde, estimad este amor,  
que de éste seréis servidos.

¿Pero es este caballero  
el del desafío contigo?

CON. El mismo.

ARG. Hacedme su amigo,  
Conde, que hablarle quiero.

Confirmad el amor nuestro;  
que no es bien hecho tener  
enemigo que lia de ser,  
Conde amigo, amigo vuestro.

CON. Don Luis, el Rey me ha pedido  
que os haga amigo con él.

LUIS. Eso os pidiera por él,  
que no estoy de él ofendido.

Yo soy tu amigo, Argolán,  
porque heridas de tal mano  
honran un pecho cristiano  
y nueva fuerza le dan.

Que soy tu amigo confirmo  
y te ofrezco mi amistad,  
y que aquesto sea verdad  
con mi misma sangre firmo.

ARG. Quien tan hidalga la tiene  
a su deuda corresponde.

ANT. Tómeos las manos el Conde,  
si por ventura conviene,

y vámonos, porque es tarde.

CON. Dadme las manos los dos.

LUIS. Yo hago testigo a Dios  
que esta fe y lealtad guarde.

ARG. Y yo lo juro a Mahoma  
sobre su mismo Alcorán.

ANT. ¿Y los brazos no se dan?

ARG. Estos, con el alma, toma.

LUIS. De los míos te aseguro  
que se harán por ti pedazos.

ARG. El que merece tus brazos  
bien puede vivir seguro.

Si te ofendieron los míos,  
la espada fué, que llegó;  
amor del Conde forzó  
sus aceros y los míos.

LUIS. Entre dos amigos tales  
yo ser Dionisio quiero,  
juez, amigo y tercero.

ANT. Todos tres lo sois iguales.

Y si me hacéis cuarto a mí,  
mañana salir deseo  
de vuestra librea al torneo.

ARG. Pues qué, ¿saldrá el Conde?

ANT. Sí.

ARG. Aunque moro, por Alá,  
que he de armarle y combatir.

CON. Conmigo puedes salir.

ARG. Eso obligado me está.

Que jamás te veré armado,  
aunque sepa que te burlas,  
que para veras o burlas  
no salga, Conde, a tu lado.

CON. Vamos y verás al Rey.

ARG. Ya el alma verle desea.

CON. No muera hasta que te vea,  
Rey, convertido a mi ley.

(*Vanse, y salen el REY y DON FERNANDO.*)

FERNANDO.

Repórtate, señor, siquiera un poco.

REY.

¿Pides cordura a un loco,  
a un enfermo alegría,  
sol a la obscura noche, luna al día?  
al vario mar sosiego,  
ligereza a la tierra, peso al fuego,  
al viento cuerpo, al agua color pides,  
Un infinito mides,  
buen ingenio a los rudos,  
lengua a los peces mudos  
y fieros animales,  
que no sosiega el alma en tantos males.

FERNANDO.

El ver que un imposible no te mueve.

REY.

No hay cosa que me lleve  
a mayores enojos  
que es ver que es imposible, si mis ojos,  
por ser de rey, no pueden  
ver a otra que sin ella queden.  
Si tesoro imagino, como en sueño  
de tesoro soy dueño;  
si fiestas imagino,  
con mis fiestas me salen al camino.  
Si edificios contemplo, ¿qué mayores?  
Si reinos, ¿qué mejores?  
Si ciudades, ¿qué iguales?  
Si vestidos, mis púrpuras reales;  
si el Fénix, yo le tengo;  
si el mar, mis plantas besa cuando a él vengo;  
si naves, llena está la hermosa playa.  
No hay cosa que no haya  
sujeta a un rey tan grande  
como en las lenguas de los hombres ande.  
Tesoros, fiestas, huertos,  
edificios, ciudades, reinos, puertos,  
Fénix, vestidos, naves, todo aquello  
que puede comprendello  
el deseo del hombre,  
hasta las cosas que no tienen nombre.  
Pero sola María  
es imposible sola al alma mía.

FERNANDO.

Divierte ese amoroso pensamiento  
con ver que el casamiento  
que hoy se hace y que hoy la goza,  
y vuélvete mañana a Zaragoza,  
donde hay mil damas bellas.

REY.

Que mal podrán curarme todas ellas;

demonios son para mis ojos todas.  
Estorbaré las bodas.  
No quiero que las goce.

FERNANDO.

Mal del Conde el servicio reconoce. (*Ap.*)

REY.

¿Qué dices?

FERNANDO.

Que es muy justo.

REY.

Muy bien dices. Rey soy, haré mi gusto.

FERNANDO.

Será crueldad, infamia y tiranía. (*Aparte.*)

REY.

¿Es posible, María,  
que el Conde ha de gozarte  
sin que a estorbarlo un rey pueda ser parte?  
Muero, rabio en pensallo.  
¿Qué me detengo pues? Quiero matallo.

FERNANDO.

Oye, señor.

REY.

Detente, no lo impidas.  
Va más en diez mil vidas  
que en la de un rey, que importa  
a todo un reino. El cuello presto corta  
de ese Conde atrevido.

FERNANDO.

Alumbra Dios tu alma y tu sentido.

REY.

En esto me resuelvo.

RAMIRO.

Aquí está el moro  
que a tu real corona  
viene a ofrecer su vida.

REY.

A qué mal tiempo llega su venida.

FERNANDO.

Señor, háblale.

REY.

Necio:  
¿trato cosa aquí de menosprecio?  
Estese allá. Responde que no pude.

Que Mahoma le ayude.

¿Tú en estas cosas andas?

REY.

Escucha un poco.

RAMIRO.

¿Qué me mandas?

REY.

El Marqués me ha enfadado. Hazme un servicio.

FERNANDO.

¡Oh Rey acelerado! (*A parte.*)

RAMIRO.

Tu esclavo y tu hechura soy.

REY.

Ya sabes

que los ojos suaves

de la hermosa María

son ahora el Argel del alma mía.

Sacadme de cautivo. (*A parte.*)

RAMIRO.

¿Cómo podré, señor, si el Conde es vivo?

REY.

Mata al Conde.

RAMIRO.

En buen hora.

REY.

Parte luego.

FERNANDO.

¡Señor, que estés tan ciego!

REY.

Vuelve. Muy necio he sido.

Que es vicio un rey ser desagradecido.

Sirvióme el Conde, ¡oh cielos!

sirviéronme sus padres, sus abuelos.

Aquí están sus servicios y mi gusto.

Vencen ellos, que es justo.

Mas si vivir no puedo,

anda, mátale ya, resuelto quedo.

RAMIRO.

Yo voy, señor.

REY.

Espera, no le mates.

¡Oh, amor, que a un rey como a un villano tra-

[tes!

¿Pero matar un hombre un rey no puede?

FERNANDO.

Si de razón excede,  
señor, de ningún modo.

REY.

¿Pues tiene el rey juez?

FERNANDO.

Dios sobre todo.

REY.

Pues alto; a Dios se tema  
y El se duela del fuego que me quema.

(*Entra RODRIGO.*)

RODRIGO.

Todos esperan, gran señor, ¿qué aguardas?

¿Eres padrino, y tardas?

Ya las damas se quejan.

REY.

¿Está ahí el moro?

RODRIGO.

Ya, señor, le dejan,  
porque al Conde acompañan.

REY.

Rodrigo.

RODRIGO.

Gran señor.

REY.

Estos me engañan.

Que como ven que muero por la esposa  
del Conde, injusta cosa  
dicen que es darle muerte.

RODRIGO.

¿Tú mueres por su esposa? ¿De qué suerte?

REY.

¿Luego no lo sabías?

RODRIGO.

Ahora lo oigo.

REY.

Extrañas fantasías.

Estoy tan ciego que esto a todos digo.

Ahora parte, Rodrigo;

pónganme postas luego.

FERNANDO.

¡Por Dios, señor, y por quien eres ruego  
a tu real grandeza

míre que es de este reino la cabeza  
y que es indigno en ella un mal ejemplo!  
Y a un rey que ha sido templo,  
aunque en tus años verdes,  
de valor y virtud, si así te pierdes,  
harás en toda España  
se suene y se murmure tal hazaña.  
¿Qué hará su padre el Duque y sus amigos  
y todos los testigos  
de aquesta ilustre boda  
si la revuelves tú con sangre toda?  
Mira que por la Cava  
apenas de llorar España acaba.

REY.

Pues qué, ¿saldré, Fernando, y casarélos?

FERNANDO.

Cásalos, y esos celos  
y aquesa mal violento  
cesará, como el sol, en un momento,  
suele quitar las nieblas,  
y cesarán del alma las tinieblas,

REY.

Pues vamos, que allá fuera veré al moro.

FERNANDO.

Esas manos adoro  
y aquesos pies reales.

REY.

Qué, ¿no la he de gozar?

FERNANDO.

¿Con eso sales?

REY.

Vamos, pues tú lo quieres.

FERNANDO.

Eres mi Rey.

REY.

Y tú, María, ¿quién eres?

(*Vanse y salen DOÑA INÉS y DOÑA MARÍA.*)

MAR. Qué, ¿sólo aguardan al Rey?

INÉS. ¿Dices al moro que vino?

MAR. No, sino al noble padrino  
de nuestra cristiana ley,  
de romanos triunfo dino.  
¿No es por extremo galán?

INÉS.

Cuantos en la corte están  
de hermosura y bizarría,  
de gala y de gallardía,  
aqueste nombre le dan.

MAR. No le imaginé tan mozo.

INÉS. Dichosa quien le posea.

MAR. Dichosa la que en tal gozo,  
con tal marido se vea.

INÉS. Qué ¿tan bien te ha parecido?

MAR. De cuanto he visto me olvido.

Cerca de quererle estoy,  
a no ver que también voy  
cerca de tener marido.

Que aunque no lo es, en efeto,  
por fuerza lo habrá de ser.

Ya le comienzo a temer;  
que me obliga a su respeto  
el nombre de ser mujer.

Bueno es el Conde, y yo quiero  
aquello que es mío.

INÉS. ¿Ay de mí!

MAR. ¿Qué dices?

INÉS. Digo que sí,  
que es principal caballero.

MAR. Es el que el cielo me ha dado.

INÉS. Cuando me lo quitó a mí.

JUA. Ya el Rey, señora, ha llegado.

REY. Quiero entrar por ella. Di  
que se aguarde el desposado.

Dale, señora, si es digno  
un rey, la mano a un padrino  
para que os saque a velar.

MAR. Las vuestras quiero besar.

REY. ¿A un hombre un ángel divino?

MAR. Ves aquí, señor, mi mano.

REY. Dichoso, y más que dichoso,  
quien la merezca de esposo.

MAR. Yo, señor, soy la que gano,  
que es el Conde hombre famoso.

REY. Ya vuestra mano he tomado.

MAR. Verdad es que la tenéis.

REY. ¿Cuál, señora, más queréis,  
aunque aguarde el desposado,  
cuyo valor conocéis,

ser mujer del Conde o ser  
de un Rey de Aragón mujer?

MAR. Mujer del Rey de Aragón.

REY. Pues desde aquesta ocasión  
por tal os podéis tener.

MAR. Yo soy vuestra esclava.

REY. Y yo  
soy vuestro. Di que entren: ¡hola!  
esos caballeros.

- JUL.                               :Dióla  
de ser su marido o no?  
(*Entra acompañamiento.*)
- CON.       Entrad, nobleza española,  
              seréis de mi bien testigos.
- ARG.       Entre todos tus amigos  
              nadie estima más tu bien.
- LUIS.       Aquí la muerte me den  
              mis cuidados enemigos.  
              ¡Esto vi!
- CON.       Esa mano hermosa  
              dad a la mía dichosa.
- REY.       Ya, Conde, otro dueño reina.  
              Si os la da, es como Reina,  
              mas no como vuestra esposa.  
              Y vos bien la podéis dar;  
              pero a besar solamente.
- CON.       ¿Cómo, señor, a besar?  
              Pues no... Sí... Cuando...
- REY.                               Pariente,  
              ya no es tiempo de dudar,  
              ya es mía doña María.  
              Si soy Rey vuestro, este día  
              le besad todos la mano.
- CON.       Tengo... Pues dime en qué...
- REY.                               En vano  
              es, Conde, vuestra porfía.  
              Besadle la mano luego.  
              Y vosotros, ¿qué aguardáis?
- FER.       Por muchos años seáis  
              nuestra Reina.
- ARG.                               ¡Que a esto llego!  
              ¿Esto, cristianos, usáis?  
              Pedro, pon mano a la espada,  
              que aquí está Argolán.
- CON.                               Si agrada  
              a tu majestad mi esposa,  
              haz una cosa.
- REY.                               No hay cosa,  
              no hay hablarme, Conde, en nada.  
              Ya doña María es mía  
              y pues que mi gusto es,  
              dad la mano a doña Inés.
- CON.       Señor...
- REY.                               ¡Extraña porfía!
- CON.       Señor...
- REY.                               Quéjate después.  
              ¿Mi cuñado no serás  
              y yo tu hermano?
- CON.                               Si estás  
              resuelto en que así ha de ser,  
              ya que me quitas mujer,
- recibo la que me das.  
                                      No te ofendas, Argolán;  
                                      porque si las leyes van  
                                      adonde quieren los reyes,  
                                      los que se van tras las leyes  
                                      más seguros estarán.  
                                      Ello no estaba del cielo  
                                      que fuese doña María  
                                      mi mujer, mas Reina mía;  
                                      beso sus manos y el suelo  
                                      de sus pies.
- MAR.                               Tente, desvía.  
                                      Mis brazos, como a cuñado,  
                                      con licencia del Rey, doy,  
                                      y a mi hermana.
- INÉS.                               Suya soy.
- CON.       Yo vuestro.
- ARG.                               Aquesto ha pasado.  
              ¡Y que sufriendolo estoy!
- ZUL.       Eso, señor, te decía.  
              En balde nadie desvía  
              lo que es de los cielos ley.  
              Ves aquí, mujer de un rey,  
              la hermosa doña María.
- De esta nacerá Fernando,  
                                      que con la hermosa Isabel,  
                                      Castilla a Aragón juntando,  
                                      harán eterna y cruel  
                                      guerra al granadino bando.
- Y los moros desterrados,  
                                      los Católicos llamados  
                                      a Nápoles ganarán,  
                                      merced del Gran Capitán,  
                                      sol de españoles soldados.
- Y casada con Felipo,  
                                      Duque de Austria, su gran nieto,  
                                      tan valeroso y discreto  
                                      que a los nueve le anticipo  
                                      divinamente perfecto,  
                                      nacerá el gran Carlos de ella,  
                                      padre y abuelo de dos  
                                      Filipos, en quien se sella  
                                      nuestra perdición.
- ARG.                               ¡Ay Dios,  
              que he nacido para vella!  
              Y que tu astrología  
              fué verdad.
- REY.                               Doña María  
              es ya Reina de Aragón.
- FER.       Publíquese, que es razón.
- ARG.       ¡Maldigo la suerte mía!  
              Pedro, yo vuelvo a mi tierra,



CON.                   pues el pronóstico ya  
                           se cumplió.  
 ARG.                   El cielo no yerra.  
 ARG.                   Allí estaré, en Alcalá,  
                           para la paz y la guerra.  
                           ¿Olvidarás de mí?  
 CON.                   ¿Cómo puedo, si de ti  
                           tan obligado me veo?  
 ARG.                   Más debes a mi deseo.  
                           Zulema, vamos de aquí.  
 REY.                   Argolán.  
 ARG.                   Rey, no es justo  
                           que vais con ese pesar,  
                           pues el Conde tiene gusto.  
                           ¿En qué os sirvo?

REY.                   ¿En qué? En honrar  
                           mis bodas, que es cosa justa. (1)  
 ARG.                   Esto, Rey, no te alborote;  
                           que, a no ser de ley cristiana,  
                           al Conde diera una hermana  
                           con todo un reino por dote.  
 REY.                   Aquí un reino y un Rey gana.  
                           Abrazadme.  
 ARG.                   Ya ha cesado,  
                           con los brazos que me has dado,  
                           mi enojo.  
 FER.                   Bien lo remedía.  
 CON.                   Aquí acaba la comedia  
                           del *Padrino Desposado*.

(1) «[j]usta» no es consonante de «gusto»

# EL PALACIO CONFUSO

## COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

REPRESENTÓLA VALLEJO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

LIVIO.  
FLORO.  
*El DUQUE.*  
OTAVIO.  
*La REINA.*  
PORCIA.

*El CONDE POMPEYO.*  
*Un NOBLE.*  
CARLOS.  
VARLOVENTO.  
ENRICO.  
ELENA.

*Un GOBERNADOR.*  
ARNESTO.  
*Un SECRETARIO.*  
LISARDO, *labrador.*

### JORNADA PRIMERA

*(Salen LIVIO y FLORO.)*

LIV.

Apenas del mar salí  
y a sus espumas negué  
la vida que le fié  
cuando al viento me atreví,  
hallo que en Palermo es día  
festivo, de tal manera,  
que puede la primavera  
copiar en él su alegría.

Refiéreme, amigo Floro,  
la ocasión.

FLOR.

Estame atento.  
Comuníquese el contento,  
como el sol, por líneas de oro;  
mas es bien que te prevenga  
primero un caso infelice:  
así en Sicilia se dice,  
no sé qué verdad contenga.  
Cuentan que el Rey Eduardo,  
Rey último desta tierra,  
Rey que en la paz y en la guerra  
fué prudente y fué gallardo,  
tuvo dos hijos, que un parto  
echó a la luz permitiva.  
Tendió la Reina su esquivo  
condición, y en otro cuarto  
hizo el uno retirar,  
teniendo como imprudente  
que era suceso indecente  
ser fecunda y singular.

Entrególe con secreto  
a un villano el mismo día;  
y el Rey, que a la astrología  
no, como varón discreto,  
daba fe demasiada,  
por las estrellas halló  
que el hijo que reservó  
la Reina, mal avisada,  
un Rey tirano sería,  
injusto, sin Dios ni ley,  
que, como bárbaro rey,  
este reino perdería.

Creyólo el padre, de suerte  
que, siendo el bárbaro él,  
el injusto y el cruel,  
le dió un género de muerte  
nunca visto: en esa mar  
que montañas sube y baja  
encerrado en una caja  
le mandó el tirano eclar  
y quedó sin heredero.  
Esto en mi tiempo no fué;  
no sé qué crédito dé  
a espectáculo tan fiero.

La verdad es que murió,  
sin sucesión, en Mecina,  
y Matilde, su sobrina,  
como sabes, heredó.

Esta, pues, según los fueros  
de Sicilia, hoy ha mandado

que se junten el estado  
de los nobles caballeros  
y la plebe más lustrosa,  
porque ella sola ha de ser  
la que esposo ha de escoger.

LIV. ¡Qué costumbre inoficiosa,  
qué bárbara ley! ¿Así  
las Reinas deben tomar  
estado que ha de durar  
una vida? Pero di:  
¿para qué viene la plebe?

FLOR. Porque la plebe también  
elegir puede.

LIV. ¡Qué bien  
armó de fuego y de nieve  
estas montañas el cielo!  
¡Qué bien Sicilia solía  
llamarse bárbara! Cría  
en su seno el Mongibelo.  
¿Esa es ley? ¿Esa es costumbre?  
¿Plebeyos han de ser reyes?

FLOR. Loco estás si de esas leyes  
recibes tal pesadumbre.  
Los normandos poseyeron  
este reino y eso usaron;  
pero nunca en él reinaron  
populares, siempre fueron  
los nobles los escogidos,  
porque las reinas ya tienen,  
cuando a tales actos vienen,  
en su mente los maridos  
a su propósito.

LIV. ¿Y quién  
sospechas que es el dichoso  
que ha de elegir por esposo  
la Reina?

FLOR. Escogiendo bien,  
será el Duque Federico,  
que es su deudo, y es un hombre  
que ha adquirido fama y nombre  
en la guerra; es sabio, es rico  
y el más prudente varón  
de Sicilia. Vesle aquí,  
él te informará por mí  
con su talle y discreción.

(Salen el DUQUE y OTAVIO.)

OTA. Ya, señor, cuantos te ven  
pronosticándote están  
que has de reinar, y te dan,  
como es justo, el parabién;  
y es tan grande la alegría  
de que todos están llenos,

que ya reinas, por lo menos,  
en las almas este día.

Mas yo, como lo deseo  
con afecto superior,  
entre esperanza y temor  
ni bien dudo ni bien creo.

DUQ. Dar puedes, crédito, Otavio,  
a esa voz sin duda alguna;  
que aunque es mujer la fortuna,  
no ha de hacerme tanto agravio.

Yo soy el hombre primero  
deste reino, y si me estima  
tanto la reina, mi prima,  
con razón su dicha espero.

Rey he de ser, que ya vi  
en sus ojos celestiales  
algunas veces señales  
que me dijeron que sí.

Y siempre los ojos fueron  
llamados, con propiedad,  
lenguas de la voluntad  
y lenguas que no mintieron.

Perdone Porcia, perdone;  
ame de veras u olvide;  
que no es amor el que impide  
que el amante se corone.

Subir a la majestad  
es dejar de ser humano  
y un amago soberano  
de la infinita deidad.

Hombre adoraba su nombre;  
mas diademas inmortales  
de puntas piramidales  
mudan la especie del hombre.

OTAV. Ya sale la Reina.

DUQ. Y sale  
un cielo majestuoso  
que, en lo grave y en lo hermoso,  
no hay planeta que le iguale.

Con otros ojos la miro,  
con otra alma reverencio  
esta deidad, y en silencio  
me suspendo si la admiro.

Porque juzgándome suyo,  
es amor propio el que tengo  
cuando a estimarla en más vengo.

OTAV. Porcia sale también.

DUQ. Huyo  
los ojos desa hermosura  
porque ya míos no son,  
y no quiero ser ladrón  
de fe verdadera y pura.

*Salen la REINA y PORCIA, el CONDE POMPEYO y un NOBLE, CARLOS, VARLOVENTO y todos los demás. Siéntanse: la REINA en silla y PORCIA en almohadas; el DUQUE, el CONDE y el NOBLE se quedan al lado derecho, donde habrá un banco y CARLOS se queda con ellos y los demás pasan al otro lado.)*

CON. En esta parte han de estar los nobles, y se les debe este lugar, y la plebe allí tiene su lugar.

VAR. Pásome a la plebe, pues que soy un mirón plebeyo.

REIN. Por cierto, Conde Pompeyo, que esta ceremonia es bárbara, si rigurosa.

¿La mujer, cuya flaqueza tiene por naturaleza ser honesta y vergonzosa, se ha de obligar a decir en público cuál le agrada para dueño? ¡Oh ley causada! Sólo te pueden seguir los que ignoran pulicía.

CON. Tus mayores la observaron y razones nos dejaron en su abono que algún día las verá tu majestad. No sólo en nuestras memorias viven hoy, que en las historias desta famosa ciudad están escritas; y así, excusando estos temores, es este ramo de flores la lengua que dice el sí.

*(Dale un ramo de flores el CONDE a la REINA.)*

A quien la Reina le da aclaman Rey y su esposo. No es trance más riguroso, como piensas, porque ya habrás hecho la elección con acuerdos superiores, y así, este ramo de flores sólo ceremonias son.

Y el reino que mereciste sepa en tal publicidad que es libre tu voluntad y que forzada no fuiste, pues pudiera acontecer contra tu gusto casarte, o por violencia o por arte; pero así no puede ser (1).

REIN. Sentaos los Grandes.

DUQ. Debemos obediencia, amor y fe.

VAR. Nosotros, estando en pie, oyentes grullas seremos.

*(Siéntanse el DUQUE, el CONDE, el NOBLE y rase CARLOS a sentar.)*

CON. Aquí no tenéis lugar, soldado; en ese otro lado habéis de estar.

CAR. Si soldado me habéis sabido llamar, ¿cómo, Conde, no sabéis que soy noble?

DUQ. Esa arrogancia es hija de la ignorancia. Soldado, no porfiéis.

VAR. pasad a vuestro lugar. No soy necio ni porfío; el lugar, que es noble es mío; si éste es noble, aquí he de estar.

Cualquier soldado adquirió nobleza y blasón honrado; ¿pues qué ha de hacer un soldado tan valiente como yo?

Hijos de sus obras son los hombres más principales, y con ser mis obras tales hoy no quiero ese blasón.

Hijo de mis pensamientos soy agora, y noble tanto, que hasta los cielos levanto máquinas sobre los vientos.

El valor los nobles hace, y así, por examen, sobra mirar cómo el hombre obra y no mirar cómo nace.

VAR. ¿A quién digo? Yo me llamo Varlovento, y sé también que es Carlos hombre de bien, porque basta ser mi amo.

Señor es de Varlovento: los dos en la lid más brava rayos fuimos, yo le daba para pelear asiento

con que fuese nuevo Atila, con que pudiese vencer, pues le daba de comer; que llevaba la mochila.

REIN. ¿Qué es esto?

CON. Un hombre atrevido que, siendo humilde, pretende asiento.

(1) Faltan éstos cuatro versos en el tomo de *Escogidas*.

- CAR. Y a nadie ofende  
el haberle pretendido.  
Todas las cosas criadas  
si se dan se disminuyen,  
tienen fin y se concluyen  
perdidas, muertas o dadas.  
Solamente la honra está  
entera y contenta vive,  
no sólo en quien la recibe  
siro en aquel que la da.  
Poca debe de tener  
quien a darla no se atreve,  
o por lo menos no debe  
quien la niega de querer  
aumentarla, y así soy  
más honrado yo este día,  
pues quiero aumentar la mía  
y pidiéndola os la doy.
- VAR. A pagar de mí diné  
ha dicho muy bien.
- REIN. ¿Quién eres?
- CAR. Si atención, Reina, me dieres,  
lo que sé de mí diré.
- REIN. Oye, Porcia, este es el hombre  
que te he dicho tantas veces.
- POR. Grande reprensión mereces,  
mira tu fama y tu nombre,  
sujeta esa inclinación.
- REIN. Me arrebatan las estrellas  
el alma.
- POR. No fuerzan ellas  
las almas, que libres son.
- CAR. La piedad de un pescador  
de esas playas me ha criado,  
que los cielos rigurosos  
aun el padre me negaron.  
Como se cuenta de Venus,  
podré decirte que traigo  
origen del mar; mis padres  
son sus olas y peñascos.  
A ser bárbaro o gentil,  
pensara, como Alejandro,  
que Júpiter me engendró,  
dios de los truenos y rayos.  
Como Rómulo nació,  
y entre las redes y barcos,  
insidias de lienzo y haya  
contra peces argentados.  
Sólo a los peces del signo  
daba mi ambición asalto  
trepando esferas y cielos  
pensamientos soberanos.  
Niño, penetraba el mar
- y de mí no se ha librado  
el coral, que nace verde,  
muere rojo y vive blanco.  
Calé sus senos oscuros,  
dando treguas con mis brazos  
a las batallas civiles  
de los delfines bizarros.  
Globos de nieve formaba  
entre los azules campos,  
adonde forman los vientos  
promontorios de alabastro.  
Crecí, y crecieron conmigo  
el valor y ánimo tanto,  
que no cabiendo en la esfera  
de prudentes y templados  
rompían, por dilatarse,  
a extremos de temerarios;  
que el valor sin este extremo  
ni es famoso ni es honrado.  
A la guerra me incliné,  
que su opinión y mi brazo  
es el crisol que examina  
los pensamientos más altos.  
Seguí con ánimo noble  
las banderas de Eduardo  
cuando en la fértil Calabria  
venció a los napolitanos.  
El primero fui, el primero  
que en el muro de Casano,  
trepando por una pica,  
un tafetán encarnado  
por bandera tremolé  
la victoria apellidando  
por Sicilia, a cuya voz  
con horror y con espanto  
los cercados se rindieron,  
los nuestros se coronaron,  
el Rey dilató su fama,  
yo quedé por buen soldado.  
Blasfemóba un calabrés  
que en nuestro ejército y campo  
no habría quien cuerpo a cuerpo  
saliese con él. Llegaron  
sus arrogancias a oídos  
de mi Rey, y con cuidado  
buscó en su ejército un hombre  
que de tan fiero contrario  
derribase la soberbia.  
Cúpome la suerte; salgo  
animoso al desafío  
en un ligero caballo  
que bebió el aliento al Betis,  
hijo sin duda del Austro.

Era el calabrés valiente,  
 un Mongibelo animado,  
 el fuego estaba en sus ojos,  
 la muerte estaba en sus brazos,  
 en sus dientes la braveza,  
 los crujidos en sus labios,  
 que a su voz vi estremecer  
 en las orillas un árbol  
 y en las aguas un escollo.  
 Salió en un rucio rodado,  
 tan grande, que parecía  
 la máquina de un troyano.  
 Al aliento de un clarín  
 tan fuertes nos encontramos,  
 que estribos, sentido y riendas  
 perdí yo por breve espacio.  
 Cobréme, volví a buscarle,  
 y según desacordado  
 le hallé, pienso que había  
 sucedídole otro tanto.  
 Arrojo el pequeño trozo  
 de la lanza y meto mano,  
 y a los tres primeros golpes,  
 más con industria que acaso,  
 corté las riendas y herí  
 aquel elefante bravo,  
 no caballo, porque trujo  
 un castillo coronado  
 de plumas en las espaldas,  
 y, matizando los prados  
 de bruta sangre, saeta  
 pareció, pareció rayo  
 que entonces se desataba  
 de las nubes y del arco.  
 Dejó el calabrés la silla  
 viendo el peligro, y de un salto  
 colocó un monte de miembros  
 en el círculo de un llano.  
 No quise ventaja yo;  
 hice lo mismo, y negando  
 urbano agradecimiento  
 al español porque el campo  
 desocupado dejase,  
 le di un golpe, y a tres pasos  
 hallé la espada enemiga  
 que, blandiéndose y vibrando,  
 formaba tres contra mí.  
 Recibíla en un reparo  
 con que me oprimió la mía;  
 volviendo atrás y animado  
 con ver entre la armadura  
 cuando levantaba el brazo,  
 pasó desnudo a mi acero,

arrojéme tras mi tajo  
 con una punta, que puso  
 fin al duelo y, con aplauso  
 de los nuestros, cayó el monte  
 de su pecho desatando  
 fuentes de púrpura humana.  
 Testigos son deste caso  
 los que el asiento me niegan,  
 los que humilde me llamaron.  
 Y cuando el laurel debido  
 a mi frente estaba ufano  
 porque había de ser premio  
 de mis hazañas, y cuando  
 honores me prometían  
 mis esperanzas, faltaron  
 las columnas deste reino,  
 derribólas el letargo  
 de la muerte: durmió el Rey  
 eterno sueño y descanso  
 a nunca más despertar.  
 Cesó la guerra, y en vano  
 mi esperanza y mi fortuna  
 sus quimeras fabricaron.  
 Mi principio, Reina, es este;  
 este es el caudal que alcanzo,  
 ni soy más ni tengo más,  
 el mundo me llama Carlos,  
 los soldados el prodigio,  
 el cuerdo los cortesanos,  
 éstos me llaman plebeyo  
 y yo tu heclura me llamo.

VAR.

¡Cuerpo de tal! ¿Quién se mete  
 en origen tan aguado?  
 ¿Eres Venus, que en el mar  
 la engendraron no sé cuantos?  
 Refiere una letanía  
 de los varones más claros  
 y di que son tus abuelos;  
 que este es el uso ordinario  
 de estos tiempos. Di que Adán  
 un hijo tuvo bastardo  
 que se llamó Faraón  
 y éste fué padre de Caco.  
 Caco engendró a Tamorlán  
 el Tamorlán a Alejandro;  
 Alejandro al Gran Sofí,  
 y el Sofí a Poncio Pilato;  
 Pilatos al Preste Juan;  
 Preste Juan al Minotauro;  
 el Minotauro a Babieca,  
 y Babieca a Arias Gonzalo,  
 padre de tu madre Dido,  
 la gran reina de Cartago,

Llama primos a los duques,  
¿Quién te ha de ir averiguando  
curiosamente las líneas,  
si muestras pintado un árbol  
con ramos y laberintos  
que no entienda un boticario?  
Alábate, como todos.

CAR. Calla, loco.

VAR. Cuerdo, callo (1).

REIN. Mis pensamientos se inclinan  
prodigiosamente a Carlos,  
sin que pueda sujetarlos  
la razón, sueltos caminan.

POR. Sin freno, Porcia, ¿qué haré?  
Vencerte y considerar  
que eres Reina y has de dar  
a Sicilia rey que esté  
de todos bien admitido.

Corrige el gusto a tus ojos,  
no te entreguen tus antojos  
a un hombre no conocido.

REIN. Siéntate, Carlos, que yo  
instituyo en ti nobleza.

CAR. Viva, señora, tu Alteza  
los años del fénix.

*(Vase a sentar.)*

CON. No

porque la Reina lo mande  
se debe perjudicar  
la nobleza titular  
de Sicilia, que es tan grande  
que no cabe en este banco,  
y así, no tenéis lugar.

CAR. Bien pudiera yo tomar  
lo que con ánimo franco  
me da su Alteza, por fuerza;  
mas déjolo, porque intento  
tener más honrado asiento.

VAR. Desta vez se los almuerza  
si pillá cólera.

*(Dobla la capa y siéntase en ella.)*

CAR. Así  
sobre mi honor me he sentado,  
porque el banco del honrado  
dicen que ha de dar de sí.

Y siendo leño ese escaño  
duro será y avariento,  
y así es más noble este asiento,  
pues dará de sí, que es paño.

La espada y la capa fué

honor del hombre mejor,  
y así he partido mi honor  
y en la mitad me senté;

y que es de más calidad  
este asiento humilde que ése  
lo defenderé, aunque pese  
a todos, la otra mitad.

DUQ. Señora, si vuestra Alteza  
a los títulos no guarda  
sus derechos, acobarda  
y aniquila la grandeza  
de su reino.

REIN. ¿Yo no heredo  
en aqueste reino mío  
las deudas del Rey, mi tío?  
Siendo así, no sólo puedo,  
sino debo, con derecho,  
dar a un soldado gallardo  
las mercedes que Eduardo  
viviendo le hubiera hecho.

Y así, aunque ese asiento es  
vuestro honor, y yo le fío,  
tomad esta vez el mío;  
pasad al banco, Marqués.

VAR. ¡Buena va, por Dios, la trova!  
Mas si el de donde se escapa,  
será Marqués de su capa.

REIN. Marqués sois de Terranova,  
CAR. Competir, señora, puedes  
en magnífico blasón  
con Alejandro, pues son  
más pródigas tus mercedes.

Como es tu deidad sagrada  
imagen de Dios, también  
le imitas haciendo bien  
y en hacer algo de nada.

Beso mil veces tus pies,  
tu reino exceda a este mar.  
Caballeros, den lugar.

CON. Enhorabuena, Marqués.  
*(Siéntase.)*

POR. No manches y no desdores  
tu opinión, que temo ya  
que quien títulos le da  
le querrá dar esas flores.

REIN. ¡Ay, Porcia, no puedo más!  
Darle más honras quisiera;  
pero no lo haré. Modera  
los consejos que me das.

Pues cuando diera estas flores,  
que no haré si no es decente,  
fuera reinar solamente  
sin recelos ni temores

(1) Los 30 versos anteriores faltan en el tomo de Escogidas.

- de que un señor arrogante  
quiera mandar, y que yo  
le obedezca.
- POR. Quien subió  
a la dicha en un instante  
se desvanece más presto.
- REIN. No lo sientas, Porcia, así,  
que éste fuera para mí  
rey humilde, rey modesto.  
Yo solamente reinara  
en mi reino, y de otro modo  
querrá el Rey mandarlo todo;  
mas no lo haré cosa es clara.
- CAR. Ya que el honor que hay en mi  
alentara mi razón,  
quiero disculpar la acción  
de haber concurrido aquí.  
No se atribuya a locura  
el llegar adonde estoy,  
diciendo que águila soy  
que me opongo a la luz pura.  
Vosotros habéis venido  
sedientos de majestad;  
pero a mí, curiosidad  
solamente me ha traído.  
Vosotros tres pretenses,  
confiados y ambiciosos,  
no venís como curiosos,  
mas pensando llevar flores.  
Y aunque mi justa humildad  
este lugar pretendió,  
no por eso se atrevió  
Faetón de tal majestad.  
Halléme en él empeñado  
sin saber dónde llegué,  
y después le conquisté  
por no verme deshonrado.
- DUQ. ¿Pues tú das satisfacción  
de que no vienes a ser  
pretendiente de mujer  
hija de la perfección?  
¿Tú podías, tú podías  
ser osado girasol  
de aquellos rayos del sol  
que da hermosura a los días?  
¿Lo que solo he merecido  
disculpable te parece?
- CAR. Si ninguno lo merece,  
iguales habemos sido.  
Tiene el cielo soberano  
tan alta circunferencia  
que con él no hay diferencia  
entre los montes y el llano.
- cualquier hombre que se halle  
en cumbre que al cielo va  
tan lejos del cielo está  
como aquel que está en el valle.  
Con la máquina estrellada  
punto breve es todo el mundo,  
que entre el monte y el profundo  
es la diferencia nada.  
Eres monte, valle soy,  
la Reina tan alta estrella,  
que comparados con ella  
en igual balauza estoy.
- REIN. ¿Ves, Porcia, la confianza  
del Duque y la presunción  
de que aquestas flores son  
el fruto de su esperanza?  
Quien se juzga rey tan presto,  
¿qué ha de hacer cuando lo sea?  
Aquello que se desea  
siempre nos parece honesto.  
Como engaña el propio amor,  
da presunción y osadía;  
y advierte, señora mía,  
que siendo el Duque el señor  
más ilustre en ser tu primo,  
no es el presumir exceso.
- REIN. ¿Cómo tú me dices eso  
queriendo al Duque?
- POR. Si estimo  
más tus aciertos, ¿no es justo  
que la verdad te aconseje  
aunque perdido se queje  
de mis consejos mi gusto?
- REIN. Ya, Porcia, estoy envidiando  
tu valor; no eres mujer,  
pues que te sabes vencer  
si yo me voy despeñando.
- DUQ. La respuesta imagínate  
hasta ahora, y si esperáis...
- CAR. Pues, Duque, no la digáis,  
que aunque dije aquello, sé  
quién es digno de alcanzar  
las flores de aquesta esfera  
y sé bien a quién las diera,  
si yo las debiera dar,  
con justa razón y ley;  
mi lengua fué la que erró.  
Por mí lo dice. Temió,  
como ve que he de ser rey.
- DUQ.
- CON. Ya es tiempo que dé tu mano  
flores, beldad y grandeza.
- VAR. Despénenos vuestra Alteza;  
dé flores, como el verano.



REIN. No tiene esta ley acierto,  
Rey bárbaro la inventó;  
pero sin romperla yo,  
me he de casar por concierto.

Todo el ingenio lo alcanza;  
medios y terceros son  
los que casan. Mi elección  
ha de perder su esperanza.

Carlos.

CAR. Señora,

REIN. Tú dices  
que sabes bien qué merece  
la corona que hoy se ofrece,  
haz estas bodas felices.

Da tú este ramo de flores  
al varón que reine y venza,  
para que así la vergüenza  
no me dé nuevos colores.

DUQ. Bien haces si a Carlos fías  
las flores y majestad;  
él pretende mi amistad,  
y ya sabe que son mías.

CAR. Tómolas agradecido  
de que resignes en mí  
tu voto y gusto, y así,  
al que las ha merecido

las daré; no quiera el cielo  
que quite reino y honor  
al hombre de más valor.

Mas segunda vez apelo  
a tu majestad, señora;  
¿darás la mano al que aquí  
diere yo estas flores?

REIN. Sí.

CAR. Pues sepan todos agora  
que el que más las mereció  
y el que digno dellas es  
es solamente el Marqués.

DUQ. ¿Qué Marqués es este?

CAR. Yo.

A mí mismo me las doy.  
Rey por Rey, Carlos lo sea.  
Dame tus manos y vea  
Sicilia que asombro soy  
del mundo y que fué misterio  
(*Pásase a la plebe.*)

nacer yo de las espumas  
si han de coronarme plumas  
las águilas del imperio.

DUQ. Ese es engaño y traición.  
Suba a títulos la plebe,  
no a reinar.

CON. ¿Cómo se atreve

este soberbio Faetón  
al carro del sol dorado?

NOB. El engaño y la malicia  
no saben guardar justicia.  
¡Muera, muera despeñado!

VAR. La plebe es mujer honrada,  
y reinar no es cosa nueva;  
hijos son de Adán y Esgueva  
los plebíferos.

PLE. Echada  
la suerte una vez, no debe  
faltar.

VAR. Eso sí, espantarlos.

NOBL. ¡Viva el Duque!

LIV. ¡Viva Carlos!

NOBL. ¡Aquí, nobleza!

LIV. ¡Aquí, plebe!

Carlos habrá de reinar,  
si paz al reino conviene,  
porque de su parte tiene  
el aplauso popular.

NOBL. ¿Cómo a los nobles se atreve?

VAR. Muchos son, bueno es dejarlos.

NOBL. ¡Viva el Duque!

(*Dice VARLOVENTO a la plebe:*)

VAR. ¡Viva Carlos!

(*Dicen los NOBLES.*)

NOBL. ¡Aquí, nobleza!

VAR. ¡Aquí, plebe!

POR. ¿Qué has hecho?

REIN. Porcia, no sé.

Por eso dicen los sabios  
que el cielo mueve los labios  
a veces. El cielo fué,  
sin duda, quien esto quiso.

POR. Di que es engaño.

REIN. ¿No ves  
conjurado al pueblo, que es  
monstruo sin razón ni aviso?

LIV. Dele la Reina la mano;  
(*La plebe:*)

dele el reino.

REIN. Caballeros,  
si amenazan los aceros  
del pueblo y vulgo tirano,  
ya es prudencia moderar  
su confusa alteración;  
en parte tiene razón,  
aunque me queráis culpar.

El cielo, sin duda, ordena  
que reine Carlos, y así;  
a los lados me rendí.  
Reine muy enhorabuena.

(Levántase la REINA, dale la mano y siéntense los dos.)

DUQ. Este error cuidado ha sido;  
no es orden del cielo, no;  
en tu pecho se engendró,  
de tus labios ha nacido.

¡Vive Dios, que fué rendirte  
a tu gusto, no a los hados,  
y los nobles, agraviados,  
han de saber persuadirte  
la verdad!

CAR. ¡Hola! ¿Qué es esto?

¿A la Reina habláis así,  
y más delante de mí?  
Sed de la lengua modesto  
y no perdáis a su Alteza  
el decoro, o, ¡vive el cielo!,  
que os derriben en el suelo  
la soberbia y la cabeza.

DUQ. Los nobles no han de jurar  
a rey que ellos no conceden.

CAR. Bien dicen, jurar no pueden  
si yo los mando matar.

¡Prendedlos!

CON. Nos despeñamos  
si el pueblo las armas toma.  
Así su furia se doma.  
Todos los nobles juramos  
a Carlos por Rey, marido  
de Matilde.

CARL. Eso os conviene.

CON. Otro remedio no tiene,  
pues la Reina lo ha querido.

FLOR. Todos juramos también  
ser tus vasallos leales.

CAR. Besadme la mano.

DUQ. Tales  
sucesos mis ojos ven

que me parecen soñados  
y confusos mis sentidos;  
ni a la duda están dormidos  
ni al crédito desvelados.

LIV. Los nobles y caballeros  
llegan ya.

NOBL. Vamos nosotros.

CAR. ¿Quién os ha dicho a vosotros  
que habéis de ser los primeros?

CON. Razón y costumbres son.

CAR. Yo, así el cielo lo dispuso,  
tengo poder sobre el uso,

CON. Mas no sobre la razón.

CAR. Los que merecen coronas,  
si quieren saber reinar,

a Dios tienen de imitar,  
y Dios no excepta personas.

Quien más le sirve es mejor,  
y el vasallo más leal  
es sólo el más principal.  
Llegad vosotros.

REIN. Señor...

CAR. Dadme, señora, licencia  
de ordenar esto a mi modo.

PORC. Pienso que lo erraste todo.

REIN. También lo pienso; paciencia.

LIV. Besamos, agradecidos  
a tantas horas, la mano.

DUQ. El pueblo le llamará tirano;  
los nobles somos perdidos.

VAR. También Varlovento llega  
a dar su beso de paz.  
Ministro de tu solaz  
será ya. ¿Quién me lo niega?

CAR. Bueno está.

VAR. ¿Bueno está? ¿Cómo?

Tu ceniza he de ser hoy.  
Mi Rey, Varlovento soy;  
Carlos eres, *memento homo*.

CAR. Para sólo su ocasión  
el gracejar es bien hecho.

VAR. ¡Vive el cielo, que sospecho  
que ha mudado condición!

CAR. Los populares reciban,  
de hoy más, horas y blasones.  
FLO. Robar sabes corazones.

(Dicen todos los plebeyos:) (1)

¡Carlos y Matilde vivan!

Vamos, señora.

CAR. REIN. ¿No ves  
que la nobleza te espera?

CAR. Esta soberbia, esta fiera  
abata el vuelo y después

Llegará a besar mi mano.

CON. Oye, Rey.

CAR. Nadie me hable.

DUQ. ¡Ah, Sicilia miserable,  
nunca te falta un tirano!

PORC. Yo profetizo a este error  
bien larga melancolía.

REIN. Rey apacible quería,  
no rey de tanto valor.

(Vanse todos y queda el (DUQUE).)

DUQ. ¿A cuál hombre ha sucedido  
tal engaño y desengaño?  
Para hacer mayor el daño,

(1) En ambos textos dice, «los plebes».

uno tras otro ha venido.  
Mas, ¿qué lloro, si han caído  
otros de esfera sagrada  
a los cielos levantada  
y yo solamente aquí  
de mi esperanza caí,  
que es caer de nada en nada?

Humo es la esperanza, y yo  
de ser el Rey la tenía;  
mintió la esperanza mía,  
mi presunción me engañó.  
Fué mujer la que eligió.  
¿qué mucho que mis cuidados  
vanos fuesen engañados  
si elegir lo malo debe  
y el engaño no se atreve  
si no es a los confiados?

¿En qué fábula o historia  
tal suceso se ha leído  
que un hombre no conocido  
suba a majestad y gloria  
de repente? En la memoria  
ejemplo ninguno siento  
de tal acontecimiento,  
ni se acuerda, ni se sabe.  
Mas, ¿qué mucho, si no cabe  
en humano entendimiento?

(Sale PORCIA.)

POR. Duque, confusa este día  
entre sucesos tan raros,  
el pésame vengo a daros,  
que yo por rey os tenía.  
Sea testigo la fe mía  
que a la Reina aconsejé  
lo que justo y recto fué,  
sin sombra de envidia y celos.  
Testigos serán los cielos  
cuando no baste mi fe.

DUQ. Sois gran señor, sois mi primo,  
y en mí es fuerza el desear  
ver a mi Reina acertar  
y ver reinar lo que estimo.  
Con ese pésame animo  
la pasión que siento en mí,  
no porque un reino perdí  
con que servirte pudiera,  
si bien confieso que fuera  
reinar, más amarte a ti.

Mas viendo que un hombre hu-  
ya soberbio, como vano, [milde,  
por fuerza ha de ser tirano

y viendo errar a Matilde  
como una loca...

POR. Decidle,  
Duque, vos esa pasión,  
que deje la posesión  
del alma, dando lugar  
para que puedan entrar  
mi firmeza y mi afición.

(Sale FLORO con un papel, y VARLOVENTO.)

FLOR. El caso es grave.  
VAR. Pues yo  
he de escuchar lo que pasa;  
el podenco soy de casa,  
todo lo he de oler.

FLOR. Mandó.  
Pero ya el Duque nos vió,  
aquí lo sabrás. Ordena  
Su Majestad, y con pena  
de perdimiento de bienes...  
DUQ. Estos son, Porcia, vaivenes  
de la fortuna, sirena  
que regala y mata así.

FLOR. Que salgan los nobles hoy  
de la corte.

VAR. Quedo estoy.  
Popular hombre nací.  
Duque a pelo viene aquí  
una cosa de buen gusto  
que dijo César Augusto  
a Herodes. Como veía  
que tocino no comía  
y mataba, como injusto  
los niños, el César dijo  
de hombre tan necio y cruel  
que más quisiera ser él  
su cochino que su hijo (1).  
Hoy vale más ser cortijo  
que corte, ser popular  
que noble.

DUQ. ¿En qué han de parar  
tales principios?

POR. ¿En qué?  
En desdichas de mi fe,  
en que comience a llorar  
tus desdichas. Yo temía  
perderte rey coronado;  
mas perderte desterrado  
sólo fué desdicha mía.

DUQ. Un día sigue a otro día,

(1) En el texto de *Escogidas* faltan los once versos  
que anteceden

- y el bien y el mal duran poco;  
si a los títulos convoco,  
podrá ser que muestren brío.  
VAR. ¿Qué responde, Duque mío?  
DUQ. No respondo nada, loco.  
(*Vase.*)
- VAR. Hable con más devoción,  
que soy plebeyo. ¿No ve  
que es noble; conozcásé,  
señorazo, señorón;  
noble, nobilísimón?  
¿No ve lo poco que vale?  
FLOR. Vamos, que la Reina sale.  
VAR. Aunque Helio gáballo hacia  
de la obscura noche día,  
no hay cosa que a ésta se iguale.  
(*Vanse y sale la REINA.*)
- REIN. Porcia, buscándote vengo  
reventando el corazón;  
desdichas fatales son  
de que yo la culpa tengo.  
Otras mayores prevengo,  
que un tirano rey he dado  
a este reino desdichado.  
Pensé tenerle obediente  
a mi gusto, y es serpiente  
que entre mi seno he criado.  
Mi eterno llanto comience;  
mal haya la inclinación  
que se opone a la razón,  
mal haya quien no la vence.  
POR. Tu mismo error te avergüence,  
pues no tomaste consejo.  
El Conde viene, y te dejo  
a solas con él; quizá  
el remedio te dará  
como sabio y noble espejo.  
(*Vanse y sale el CONDE.*)
- CON. Cuando se ven desterrados  
los señores que han de borrar te,  
cuando al pueblo se reparte  
oficios y magistrados,  
¿en qué pones tus cuidados?  
REIN. Conde, en remediar el daño,  
en dar disculpa a mi engaño,  
enmienda a tan grande error.  
CON. Aquí tengo un labrador  
que con un prodigio extraño  
al nuevo Rey se parece.  
En una aldehuela mía  
ha nacido, y él venía...
- REIN. No digas más; se me ofrece  
el remedio, resplandece  
el ingenio en el aprieto.  
Tráele, Conde, con secreto.  
CON. Aquí está, en el corredor,  
esperando.  
(*Vase.*)
- REIN. ¡Oh, labrador,  
si acaso fueses discreto!  
Un autojo mal seguro  
me trae a este grave caso;  
aun en comedia era el caso  
no verosímil y duro.  
Sin ver el daño futuro  
di las flores a quien era  
sombra humilde de mi esfera;  
mi vergüenza me engañó,  
no me culpe nadie, no;  
pensé que al Duque las diera.  
(*Salen el CONDE y ENRICO, de labrador.*)
- CON. Vesle aquí.  
REIN. Naturaleza  
puso un milagro en los dos;  
maravillas son de Dios  
con que da al mundo belleza;  
el fin de mi mal empieza.  
¿Tendrás valor para...?  
ENR. Sí.  
REIN. ¿Cómo respondes así  
antes de saber el modo?  
ENR. Valor tengo para todo,  
valor hallarás en mí;  
que, aunque villano, soy rico,  
de pensamientos honrados  
y entre silvestres cuidados  
a guerras y armas me aplico.  
REIN. ¿Cómo te llamas?  
ENR. Enrique.  
Vasallo del Conde soy.  
REIN. Admiraciones te doy.  
¿Conoces al Rey acaso?  
ENR. No, señora.  
REIN. Al postrer paso  
de mis desdichas estoy.  
Fin han de tener; aquí  
verán que el ingenio excede  
las fuerzas mismas y puede  
volver tal vez sobre sí.  
Enrico, vente tras mí.  
Ya mi pecho se dispuso  
a cualquier acción; el uso  
falta ya, manda despacio.

REIN. Reinar tengo, o mi palacio  
será el palacio confuso.

Entrate en este aposento.

ENR. Entraré por un volcán  
si tus palabras me dan  
la obligación y el aliento.

CON. Después sabrás el intento.

REIN. Mi ingenio verán agora (1).

CON. Tuyo soy.

ENR. Soy tu vasallo.

REIN. Cierra y calla.

ENR. Cierro y callo.

REIN. ¿Viéronle entrar?

CON. No, señora.

(Vanse, Eurico por la puerta de en medio y la Reina por  
una puerta y el Conde por otra.)

~~~~~

## JORNADA SEGUNDA

(Sale ENRICO, vestido como CARLOS, y la REINA, cada  
uno por su puerta; ENRICO por la de en medio.)

REIN. Sal, Eurico.

ENR. Y en el traje  
que ha mandado Vuestra Alteza.

REIN. Pluma blanca traerás siempre  
por que conocerte pueda.

ENR. ¿Tanto le parezco?

REIN. Sí,

necesarias son las señas.

Enrico, la industria suele  
vencer la naturaleza

y a cada paso miramos  
a las dos en competencias.

¿Quién dijera que una garza  
que en las celestes esferas,

hecha del sol mariposa,

las alas azules quema,

rayo de plumas bajara  
a hacer túbulo la hierba

a los pies del cazador

que le flechó dos saetas  
con almas en dos halcones?

¿Quién las montañas soberbias  
del piélago verde y negro

que amagan a las estrellas  
impelidas de los vientos

hollar pensara? ¿Y sujetas  
las olas de nieve ricas

desatar pensara perlas  
de sus nácares? ¿Y quién  
domesticados creyera  
dientes, garras y venenos,  
que son armas de las fieras,  
si le faltara la industria  
al ingenio humano? Puedan  
la fortuna y la desdicha,  
atropellando miserias,  
darnos batalla campal,  
que la industria es la defensa  
contra el rigor de sus manos,  
contra el girar de su rueda.  
Un rey tirano tenemos,  
garza que la luz desprecia  
del sol con atrevimientos,  
mas que amenaza inclemencias;  
fiera que armó de crueldades  
el pecho. La industria sea  
quien deshaga este prodigio,  
quien este bárbaro venza.

ENR. Señora, cuando el invierno  
o deshace con la fuerza  
de los vientos que respira  
o con escarchas platea;  
cuando en las plantas destroza  
arrugando las cortezas,  
descabellando las copas,  
renueva la primavera,  
los colores restituye,  
a los pájaros alegría,  
a las fuentes causa risa  
y a los pradillos belleza.  
Y estos dos tiempos contrarios  
en un círculo se alternan,  
robando y restituyendo  
en hermosa competencia.  
Dos reyes tendrá Sicilia  
si dura el engaño, Reina;  
y yo, a tu voz obediente,  
rayo de esa luz inmensa,  
como vasallo leal  
viviré con alma atenta  
a tu gusto, deshaciendo  
cuanto manda, cuanto ordena  
un rey tirano; y seremos,  
mientras que esto no se entienda,  
él diciembre y yo el abril  
coronado de violetas.

REIN. Ya que sois tan semejantes  
que un lunar os diferencia  
que tienes en una mano,  
las condiciones opuestas

(1) A esta décima falta un verso, antes o después  
de éste.

serán, Enrico, distantes;  
mientras él durmiere reinas,  
y yo, con arte y cuidado,  
seré siempre centinela  
que te avise y que te esconda.  
Disimula, pues.— ¡Elena!

(Sale ELENA.)

ELE. Mi señora.

REIN. Avisa a Floro,  
que el Rey madrugó y le espera.

ELE. Voy a llamarle.

(Vase.)

REIN. ¡Oh si el cielo  
diera a mis desdichas treguas!  
Ama el Rey a Porcia; a mi,  
con razones, me desprecia.  
¡Que mis fáciles antojos  
me obligaran a esta denda!  
El reino me tiraniza,  
la voluntad me sujeta;  
castigos son de mi error;  
ánimo, industria o paciencia.

(Vase.)

ENR. Venme aquí representando  
la majestad y grandeza  
del Rey, y mis pensamientos  
atrevidamente vuelan  
por regiones de aire y fuego  
hasta penetrar planetas  
con sus alas. Un villano  
era ayer entre las selvas  
que miran en ese mar  
su verde pompa y belleza.  
Ya soy imagen y sombra  
del mismo Rey, y si vuela  
el alma cuan lo en el sueño  
yace un cuerpo, un alma sea  
del Rey mi voz mientras duerme;  
he de usurpar su potencia.  
Cástor y Polux seremos,  
la luz tendremos a medias,  
que es dulce cosa reinar  
y peligros atropella.

(Vuelve a salir ELENA.)

ELE. Ya viene Floro, señor.

ENR. Y en ti, hermosísima Elena,  
viene Flora, a cuya imagen  
la antigüedad hizo fiestas.  
Como a Venus en ti viene  
la hermosura de la griega,

con quien compite tu nombre,  
no tu beldad. Oye, espera.  
Deja que sólo contemple  
con elevación honesta  
la fábrica de ese rostro  
que luz del cielo remeda.  
Ni es alabarte lisonja,  
ni es el mirarte flaqueza,  
ni ambas cosas son amor;  
que la hermosura deleita  
naturalmente a los ojos  
y en cualquier sujeto alegría (1).  
En la Reina mi señora  
es la hermosura más cierta  
y digna de admiración.  
Si tu Majestad contempla  
aquel cielo, no le llamen  
otros cuidados.

ENR. Despierta  
la atención del alma siempre  
cualquiera hermosura nueva.

ELE. Ni yo la tengo, ni escriben  
que quien la máquina eterna  
del hermoso cielo mira  
alabe una flor pequeña,  
que es un átomo del sol.  
Ojos que ven las estrellas,  
lunares del firmamento,  
en su misma luz no dejan  
la verdad por el retraso,  
que en las olas que se quiebran  
nos dibujan los reflejos  
de la luz. Cielo es la Rема;  
un átomo suyo soy;  
Su Majestad dé licencia,  
que vana y ociosamente  
sus cuidados no divierta. (Vase.)

ENR. Imperio tiene en las almas  
la hermosura, con que fuerza  
y arrebatada los sentidos  
y el afecto desordena (2).

(Sale FLORO.)

FLOR. El capitán de la guarda  
y el Gobernador esperan  
tu licencia.

ENR. Entren. Aquí  
me sucede lo que cuentan  
de aquel gran representante  
que en viéndose con diadema

(1) Los 14 versos anteriores faltan en el tomo de *Escogidas*.

(2) Los 20 versos anteriores faltan en dicho tomo

y con púrpura sagrada  
el espíritu de César  
en su pecho se infundía.

(*Salen LIVIO y el GOBERNADOR.*)

Floro, yo quiero que vuelvan  
hoy a mi corte los nobles,  
y algunos están ya cerca,  
que la Reina les dió aviso.  
No quiero que la nobleza  
se agravie tanto de mí.  
Y así, cuando alguno venga  
a darme gracias, y yo,  
con ira y cólera inmensa,  
los mandare prender, tú,  
capitán, no me obedezcas,  
que será enojo fingido  
por ciertas causas secretas  
que sabréis después. Tú, Floro,  
dame siempre por respuesta  
que lo mandé, y si me enojo,  
disimula con prudencia.  
Tú, Gobernador, si yo  
mandare que armas prevenga  
el pueblo contra los nobles,  
no lo has de hacer; porque es esta,  
para gobernar mi reino,  
bien pensada estratagemia.  
Esto conviene: y así,  
le cortarán la cabeza  
al que no lo obedeciere.

GOBER.

ENR. Haráse como lo ordenas.  
También quiero que cedáis  
los tres oficios, y tenga  
Otavio vuestros papeles,  
el Conde la guarda, y sea  
el Duque Gobernador;  
porque en títulos y rentas  
quiero aumentarlos, y agora  
hallo ciertas conveniencias  
en esto.

LIV.

Somos hechuras  
y rasgos de tu grandeza.

(*Vanse.*)

ENR.

¡Vive Dios, que no creí  
que la semejanza nuestra  
era tanta! Con recelo  
el alma daba a la lengua  
las palabras; ya el aliento  
con más vigor, con más fuerza  
atrevimientos infunde  
en tan difícil empresa.

(*Sale la REINA.*)

REIN.

¿Cómo va, Enrico?

ENR.

Muy bien.

REIN.

Entrate, pues, no te vean;  
reine Carlos otro rato.

ENR.

De Artemio, un esclavo, cuentan  
las historias esto mismo;  
no pienses que es cosa nueva.

(*Vase.*)

REIN.

Mientras durare el engaño  
desharemos las violencias  
que cause a mi reino amando  
un mar, un monte, una fiera.  
Tened lástima de mí,  
cristales azules, ruedas  
de zafir, cielos hermosos,  
diáfanos, vidrieras,  
por quien nos están mirando  
la verdad y providencia.  
Borre mi amor vuestra luz,  
como imagen imperfecta (1).

(*Sale CARLOS con un papel.*)

CAR.

Con rigor Porcia me escribe  
respondiendo a mi papel.  
¿Qué hermosura no es cruel?  
¿Qué mujer gallarda vive  
sin soberbia, aunque recibe  
de otra mano la belleza?  
¿En qué vanidad tropieza  
la que en su beldad se fía  
si se la da para un día  
prestada naturaleza?

Quiero volver a leerte,  
papel tirano. Mas, ¿quién  
ver quiso, que hiciese bien,  
la sentencia de su muerte  
dos veces? Amo de suerte  
esta bella ingrata mía,  
que si el alma desconfía  
se incita luego a furor;  
y así, pienso que este amor  
no es amor, sino porfía.

La Reina está aquí.—Señora:  
si esa deidad reverencio,  
¿cómo con tanto silencio  
miráis a quien os adora?  
Despliegue rubíes la aurora,  
abra claveles y nueva  
labios a quien perlas deba,  
no esté la belleza muda.

(1) En el texto de *Escogidas* no hay esos ocho versos anteriores.

REIN. Con razón la lengua duda  
de ver lisonja tan nueva.

(Sale el DUQUE.)

DUQ. Tu Majestad dé la mano  
a quien viene agradecido  
del favor que ha recibido  
de tu generosa mano.

Ya, señor, podré decir  
que es mayor, a mi entender,  
el contento de volver  
que la pena de partir.

Ya, si el alma está obligada  
a agradecer cuanto siente,  
que es más la merced presente  
que fué la injuria pasada.

CAR. Reina, ¿qué es esto?

REIN. No sé,  
tu Majestad lo sabrá.

(Sale el CONDE.)

CON. Bastante premio será  
de mi mucho amor y fe  
besar tu mano, señor,  
pues que ya trocar nos dejás  
en alabanza las quejas  
y en mercedes el rigor.

CAR. ¿Qué engaño, qué atrevimiento  
es el que miro?

(Sale OTAVIO.)

OTAV. A tus pies  
está obediente quien es  
el mismo agradecimiento.

Al cielo de tu deidad  
con amor pienso venir  
para que puedan lucir  
los rayos de mi lealtad.

(Sale FLORO.)

CAR. Floro, ¿qué traición es ésta?  
FLOR. Es lo que mandaste.

CAR. ¿A mí  
se puede atrever así  
tan necia y loca respuesta?

¿Yo mandé volver aquellos  
que desterré? ¡Vive Dios,  
que es hechura de los dos  
este engaño! No son ellos  
los atrevidos, tú debes  
la pena desta traición,  
que, en alas de presunción,  
a mi grandeza te atreves.

Rodará por las esferas  
Faetón, que muerte merece.

FLOR. Basta, señor, que parece  
que va el enojo de veras.

CAR. ¿Cómo de veras? La muerte  
no pisa en pálidos senos,  
sombras, áspides, venenos  
de más horror. ¿Desta suerte  
a mi cólera te opones?  
¡Ah, capitán de mi guarda!

(Sale LIVIO.)

LIV. ¿Qué me mandas?

CAR. Quiero que arda  
en las cóncavas regiones  
de ese Mongibelo Floro;  
él y el Duque vayan presos;  
sirva de tumba a sus huesos  
el Paquino y el Peloro.

Sepa Sicilia que soy  
no rey, sino rayo ardiente  
que, en asombro de la gente,  
señas de Júpiter doy.

LIV. Ese enojo es de gentil  
y no de Rey tan cristiano  
a quien presto el oceano,  
entre espumas de marfil,  
dará tributo. Señor,  
tu ardiente enojo modera;  
no siempre el sol reverbera  
dando a los campos calor.

No siempre produce hielos  
con su sombra, antes alcanza  
una compuesta templanza  
dando vueltas a los cielos.

CAR. ¿Qué replicas? Lleva presos  
a los dos.

LIV. No puede ser.

CAR. De ti no pueden nacer  
esos bríos, no son esos  
alientos de tu traición;  
Reina, de vos han nacido,  
sola la luna ha podido  
estar en oposición  
con el sol; mas es tan breve  
y tan corta su grandeza,  
que no eclipsa la belleza  
de oro, de nácar, de nieve.

Vuestro fué el reino, ya es mío;  
no me coronaron, no,  
vuestras flores, porque yo,  
con heroico aliento y brío,  
del pueblo lo recibí;  
él se entregó a mi valor.  
¡Ah, Arnesto, Gobernador!



(Sale ARNESTO.)

ARNES. Señor, ¿qué mandas?

CAR. Di  
que el pueblo las armas tome  
y a los nobles prenda, que éstos  
querrán ocupar los puestos  
que al pueblo se deben; dome  
su soberbia vuestra furia,  
que mejor diré lealtad.

ARN. No es bien que tu Majestad  
haga a su reino esta injuria.

Vivau los nobles en él,  
pues su grandeza blasonan  
si visten y se coronan  
la púrpura y el laurel.

CAR. ¿Vos también, Gobernador?

ARN. Hago lo que mandas.

CAR. Esto  
sin duda que está dispuesto  
con acuerdo superior.

REIN. Sí, del cielo, que los cielos  
enseñándonos están  
a reinar si su luz dan  
en iguales paralelos,  
sin pasiones y porfías,  
a los astros, y por eso  
pintan un signo con peso  
que igualan noches y días.

No ha procedido de mí  
ese acuerdo, oculto fué;  
que si ultrajada se ve,  
vuelve la razón por sí.

Ella misma, en su grandeza  
de nuestros ánimos nace  
y en las repúblicas hace  
segunda naturaleza.

Las almas del cielo dadas,  
con razón se ha de medir,  
o las sabrán producir  
las cosas inanimadas.

Pues cuando en la edad primera  
perdió el hombre esta hermosura,  
se rebeló la criatura,  
sus dientes armó la fiera.

Bramó el mar en su región,  
que en acuerdo soberano  
todo se opone al tirano  
de la justicia y razón (1).

¿No es el pueblo el que te ha hecho  
Rey de Sicilia? Y si fué,  
en él ha faltado fe

y en ti ha faltado el derecho.

Pues siendo Sicilia mía,  
la usurpara quien la diere,  
si derecho no se adquiere,  
con fuerza y con tiranía.

Aunque fuera para mí  
más decente el confesar  
que el reino se pudo dar  
y no que yo te le di.

Que menos el alma siente  
el ajeno error. Desde hoy  
Reina de Sicilia soy  
y tú Carlos solamente.

(Vase.)

CAR. Oye, espera.

DUQ. Dime, Arnesto:

¿para qué nos ha traído  
si el Rey se enoja?

ARNES. Es fingido,  
acuerdo del Rey es esto,  
y vucelencia será  
Gobernador.

LIV. Con razón.  
Venga a tomar posesión,  
que el Rey lo manda.

FLOR. El Rey da  
hoy mis papeles a Otavio.

LIV. Y la guarda al Conde vengan,  
porque así los nobles tengan  
satisfacción de su agravio.

DUQ. Yo beso, por el oficio,  
tu mano otra vez.

CON. Los dos  
lo mismo hacemos.

(Vanse; quedan CARLOS y FLORO.)

CAR. Por Dios,  
que estoy perdiendo el juicio.

O este reino se rebela  
contra mí o a mi daño aspira.  
No quiero encenderme en ira,  
mas vestirme de cautela.

Proseguir quiero la guerra  
de Nápoles, hagan gente,  
que con ella fácilmente  
podré allanar esta tierra.

Pues que cuando atrevimientos  
a tal confusión me obligan,  
ni se aplican ni mitigan  
mis soberbios pensamientos.

Si a la esfera de la luna  
me he sabido levantar,  
la industria ha de conservar

(1) Faltan en *Escogidas* estos 16 versos anteriores.

lo que me dió la fortuna.

¡Ah, secretario!

*(Sale OTAVIO.)*

OTA. Señor,

¿qué me mandas?

CAR. Otro agravio.

Secretario han hecho a Otavio.

¡Paciencia! ¡Ah, Gobernador!

*(Sale el DUQUE.)*

DUQ. ¿Qué me manda Vuestra Alteza?

CAR. ¿Qué paciencia ha de bastar

a vencer y moderar

mis enojos, cuando empieza

una villana osadía

a descubrirse? ¿Tú eres

Gobernador?

DUQ. Tú lo quieres;

tuya es la elección, no es mía.

CAR. ¡Ea!, que no hay sufrimiento

que conserve mi templanza;

ya es forzosa la venganza.

¡Capitán!

*(Sale el CONDE.)*

CON. Señor.

CAR. ¿Qué aliento

me puede dar la prudencia

cuando postrado se halla

el discurso en la batalla

del agravio y la paciencia?

Pregunto: ¿quién os ha dado  
estos oficios?

FLOR. Tú mismo.

CAR. Sigue un abismo a otro abismo

y un cuidado a otro cuidado.

¿Loco me quieren hacer?

FLOR. No finjas, señor, olvido,

que solamente fingido

el enojo había de ser.

Modera y templá el rigor,

pues tus palabras son leyes;

que el enojo de los reyes,

aun fingido, da temor.

CAR. Este trazó esta quimera.

Pagarálo con la vida.

Duque.

DUQ. ¿Qué mandas?

CAR. No impida

la paz blanda y lisonjera

que este reino se dilate.

Si sólo ensancha la guerra

los términos de la tierra,

de guerra y armas se trate.

Junta la gente que fué  
de Eduardo honra y blasón,  
y el reino, para esta acción,  
un donativo me dé.

A Nápoles pasaremos,  
porque quiero dilatar  
los términos deste mar  
dese monte a los extremos.

DUQ. Haces bien; seré puntual.  
Brillen al sol tus banderas  
y den temor tus galeras  
a ese reino de cristal.

*(Vase.)*

CAR. Otavio.

OTA. Señor.

CAR. No quiero  
dar sólo al Conde esta acción.  
Prended a Floro.

FLOR. ¿Estas son  
la merced y honra que espero?  
Enojarte has prometido,  
no prenderme.

CAR. De ese modo,  
no te aflijas, pues que todo  
imaginas que es fingido.

CON. El Duque anduvo discreto,  
bien nuestro engaño dispuso;  
el palacio anda confuso,  
sólo yo alcanzo el secreto.

*(Vanse, queda CARLOS y sale VARLOVENTO.)*

VAR. A pedir vengo justicia  
a mi Rey.

CAR. ¿Quién habla ahí?

VAR. Querellas me traen aquí,  
no pretensión ni codicia.

A tus pies, señor, postrado  
te he de suplicar, si acierto,  
que me deshagas un tuerto  
de un señor que me ha agraviado.

CAR. Dí quién es.

VAR. Carlos se llama.

Mi amo diez años fué;

si su comida guisé,

él fué el amo y yo fuí el ama.

Haz, Rey, que me satisfaga  
diez años que le serví.

CAR. ¿El niega la deuda?

VAR. Sí,  
que harto niega quien no paga.  
Sordo a mis quejas está.  
Darle una urraca pretendo

que siempre le esté diciendo:  
«Paga, paga».

CAR. Y él lo hará.

VAR. Pero no se dice cuándo.

CAR. Hombre es de bien, yo le fío.

VAR. Si le conoce, Rey mío,  
pague por él.

CAR. Yo te mando.

VAR. Dádivas de testamento,  
eso no, que pobre estoy.  
Cuánto es mejor «yo te doy».  
Pero mande, soy contento.

CAR. Yo te mando que te vayas  
sin pedir y sin hablar.

VAR. ¿Dónde me he de ir? ¿A tirar  
la jábega en esas playas?

CAR. A traerme una libranza  
para que yo te la firme.

VAR. Y de cuánto has de decirme.

CAR. De dos mil ducados.

VAR. Panza,

albricias, que ya los dos  
salimos de pan y queso.

Yo te beso... Mas no beso  
hasta ver la firma. Adiós.

Una cosa se me olvida,  
y así, vuelvo por la posta.  
¿Fueron de ayuda de costa  
o de renta de por vida?

CAR. De ayuda son. ¿Quién lo duda?

VAR. Yo, que puedo vestir jalma;  
boticario de mi alma,  
no me ordenes esta ayuda.

CAR. Vete, que de renta son.

VAR. ¿Dos mil de renta? ¿Es quien quiera?  
Vengan peto y bigotera,  
venga un coche y venga un don.

(*Vase y sale PORCIA.*)

POR. Pasaba a la galería  
de la mar y está aquí el Rey.  
Vuélvome.

CAR. ¿Es razón, es ley  
o especie de tiranía  
que huya la luz del día  
y se niegue a quien la adora?  
El sol, divina señora,  
nunca vuelve atrás el paso,  
siempre camina al ocaso  
desde el pecho del aurora.

POR. La sombra no ha de tener  
competencias con el sol,  
su púrpura y arrebol

inimitable ha de ser.

El magnífico poder  
del rey es sol, los demás  
sombras son. Y donde estás,  
que sol del mundo te nombras,  
no pueden estar las sombras,  
¿qué mucho vuelvan atrás?

Aunque la llames crueldad,  
tus lisonjas me dan pena;  
en tu palacio está Elena,  
díglele tu Majestad  
o lisonjas o verdad.  
Otras damas hay también  
con gran hermosura a quien  
podrás alabar.

CAR.

Procura

que no crezca tu hermosura  
con el rigor y el desdén;

que cuando estás desdeñosa  
más hermosa, Porcia, estás  
y más ocasión me das  
si te miro más hermosa.  
Muéstrate en algo piadosa,  
tendrás menos hermosura,  
y este amor o esta locura  
que de tus ojos serenos  
procedieron, serán menos  
y estarás de mí segura.

Otras damas de palacio  
no me pudieran causar  
afecto tan singular  
ni yo las miro de espacio.  
¿Qué amatista o qué topacio  
brillarán si ven delante  
la majestad del diamante,  
y por qué a Elena me nombras  
si son sus ojos dos sombras  
de tu sol? No fuera amante

de esa mujer, no le diera  
un átomo de alabanza  
si cuanto ciñe y alcanza  
el mar en su húmeda esfera  
límite a mi reino fuera;  
que le tengo antipatía,  
por la fe y palabra mía:  
no hay oposición más fuerte  
entre la vida y la muerte,  
entre la noche y el día.

(*Sale ELENA y halo estado oyendo.*)

ELE.

Gracias al cielo, señor,  
que estás ya desengañado  
y que no te da cuidado

aquella pequeña flor  
comparada al resplandor  
de la Reina mi señora.  
Cuando me llamaste Flora,  
diosa de la antigüedad  
disfrazaste la verdad,  
que manifestas agora.

CAR. Elena, ¿qué dices? ¿Yo  
Flora ni flor te llamé?  
¿Yo tu hermosura alabé?  
¿Yo cuidado en tí?

ELE. ¿Pues no?

POR. Si Elena lo mereció,  
prosigue, no te arrepientas.

CAR. Espera, que me atormentas  
con desdenes y con hielos  
que tienen forma de celos.  
Piensas mal.

POR. ¿Por qué te ausentas?

CAR. Porque ya tienes conmigo  
la misma hermosura.

CAR. Cuando  
tu luz estoy adorando,  
¿luyendo me matas?

POR. ¿Sigo  
tu gusto en esto?

CAR. ¿Si digo  
que se ha burlado atropellas  
tanto amor?

POR. Sus luces bellas  
merecen esa porfía.

CAR. Oye.

POR. Delante del día  
no paramos las estrellas.

CAR. Pensarán que vas quejosa.

POR. Pienseno y váyame yo.

CAR. ¿Celos llevas?

POR. Eso no.

Sin amor, ¿quién fué celosa?

¿Pues cómo vas?

POR. Rígurosa.

CAR. ¿Y por qué?

POR. Porque es virtud

CAR. ¿No es vicio la ingratitud?

POR. No.

CAR. ¿Pues qué?

POR. Honor, siendo tal.

CAR. Tú me has causado este mal,  
nunca Dios te dé salud.

(Vanse PORCIA y CARLOS.)

ELE. Cuán fácil, cuán engañada  
estuviera la mujer

que se obligara a creer  
cuando se escucha alabada.  
¿Quién hay que se persuada  
a imaginar que es querida  
si es un engaño la vida  
en que todos caen? Dichosa  
la que viendo que es hermosa  
no queda desvanecida.

El Rey vuelve.

(Salen ENRICO y la REINA.)

REIN. Enrico, atiende

a las cosas que has de hacer.

Yo me voy a entretener  
a Carlos, al que pretende

usurpar con tiranía,

íngrato a mi necio amor,

este reino. Tu valor

es el norte y luz que guía

la justicia y la razón.

Tú eres voz, lengua, instrumento

con que gobierno y aliento

mis vasallos.

ENR. Tuyos son

mi honor y vida, señora;

mande y ordene tu Alteza,

que estoy a naturaleza

más agradecido agora,

pues me dió ésta semejanza

con que te sirva y ampare.

REIN. Mientras yo no te avisare

seguro estás.

ENR. No me alcanza

el temor. Mientras los dos

gobernamos desta suerte

no temo a la misma muerte.

REIN. Pues adiós, Enrico.

(Vase.)

ENR. Adiós.

Elena hermosa, ¿aquí estás?

ELE. Aquí estoy, pero no hermosa.

ENR. Parece que estás quejosa.

¿Desdenes callando das

cuando admiro tu hermosura,

alabando a quien el ser

te dió, pues de su poder

es un rasgo la criatura?

Niegas tu misma beldad,

íngrata al cielo pareces,

pues que así no le agradeces

las vishumbres de deidad

que en esos ojos ha puesto

y en tus labios de rubí,

- ELE. dándome ocasión a mí  
a un amor noble y honesto,  
no imperfecto, torpe, no;  
que si admirada te veo  
no se me atrevió el deseo,  
que la razón lo enfrenó.
- ELE. Si me ha dicho que soy fea,  
si acaba de dar favores  
a Porcia, si sus colores  
dicen que dan a Amaltea  
favor para producir  
la hermosura de los prados.  
Con labios disimulados  
lisonjas vuelve a decir  
que no le serán oídas  
ni escuchadas.
- ENR. Oye, Elena,  
que a tu luz clara y serena  
no hay otras, no, parecidas.  
Porcia es una noche oscura  
que a los rayos de tu sol  
con el nácar y arrebol  
que le presta tu luz pura  
puede lucir solamente;  
y si a Porcia quiero bien,  
mal me haga Dios, amén.  
Aquel desaire de frente,  
aquellos ojos dormidos,  
aquella color robada,  
aquella voz, no me agrada  
los ojos ni los oídos.
- ELE. ¿Tanta mudanza y tan breve?
- ENR. El Rey anda por aquí.

(Sale PORCIA y lo ha escuchado.)

- POR. Albricias me den a mí  
el carmín, el sol, la nieve,  
que alabando mi hermosura  
ya los dejarás, señor,  
pues sanaste del amor  
que tú llamabas locura.  
Elena, estos desengaños,  
bien que creídos no fueron,  
grandes lecciones me dieron.  
Mucho sé ya en pocos años.
- (Vase ELENA.)
- ENR. Escúchame, Elena mía.  
No hay oposición tan fuerte  
entre la vida y la muerte,  
entre la noche y el día  
Sabe Porcia.
- POR. ¡Qué capricho!

- «Y si a Porcia quiero bien,  
mal me haga Dios, amén.»
- ENR. Pues, Porcia, lo dicho, dicho.  
Y porque agora me creas,  
con el Duque has de casarte  
esta noche.
- POR. Quiera darte  
cuantos imperios desees,  
la fortuna. Agora sí  
que me quieres bien, señor.
- ENR. Sé que le tienes amor.
- POR. Así me le tenga a mí.

(Vase; sale VARLOVENTO con papel y pluma.)

- VAR. Magno Alejandro, a qué fué  
ya mi venida penetras,  
píntame aquí siete letras  
si sabes el abecé.
- Toma un pincel que voló  
en alas de un ganso.
- ENR. ¿Pues  
qué papel es ese?
- VAR. Es  
la puta que me parió.  
¿Agora sales con eso?  
Los dos mil de renta son.  
No te muestres socarrón,  
que un rey ha de hablar en seso.  
Con cualquiera sabandija,  
enano, bufón o dueña,  
que la majestad enseña,  
a respetar, porque es hija  
de las deidades; y así  
feliz tú que la penetras  
y pagas con siete letras  
diez años que te serví (1).
- Firma, Rey; firma, señor;  
firma, amigo, y firma, dueño;  
firma este don, que es pequeño  
para tu mucho valor.
- ENR. No me acuerdo.
- VAR. Pues voy...
- ENR. Bien.
- ¿Dónde vas con tal cuidado?
- VAR. A preguntar si han hallado  
tu memoria.
- ENR. Haz que también  
pregonen mi voluntad.
- VAR. Veleta, niño o mujer,  
que no sé qué pueda ser  
quien con tal velocidad

(1) Faltan en *Escogidas* los ocho versos anteriores.

se ha olvidado: ¿cómo dejas  
la merced que haces en vano?  
Firma, ingratisima mano,  
«¡oh, más dura que mármol a mis

ENR.

VAR.

Dame ese papel. [quejas!]  
En mí  
puedes aprender franqueza.  
Mira con cuánta presteza  
doy lo que pides.

(Dale el papel.)

ENR.

Así

(Rompe el papel.)

firme yo cuando no es mía  
la hacienda que te he de dar,  
porque el rey no ha de pagar  
lo que Carlos te debía.

No serviste al rey; no puedes  
proponer cédula tal;  
que el patrimonio real  
no es deudor de esas mercedes

VAR.

Sólo estas rentas alcanza  
gran ministro o gran soldado.  
¡Vive Dios, que me ha pagado  
en menudos la libranza!

Si es tirana tu malicia,  
de este reino con violencia,  
solo para mí hay conciencia  
solo para mí hay justicia (1).

¿Mi amor pagas deste modo?  
Págame ya tanto afán,  
o acuérdate del refrán  
que dice: «A Roma por todo».

ENR.

¡Hola!

(Salen dos criados.)

CRI.

Señor.

ENR.

Mentecatos  
nunca hicieron cosa cuerda.

Dadle dos tratos de cuerda.  
No soy hombre de esos tratos.

VAR.

ENR.

Lo mal hecho o lo bien hecho  
no lo ha de murmurar  
en sus burlas el juglar;  
tégalo oculto en su pecho;  
que el vasallo no es juez  
del acuerdo superior  
de los reyes. Lo que error  
parece al hombre, tal vez  
fueron acuerdos divinos,  
que en la justicia conviene

el rey con Dios, porque tiene  
investigables caminos.

VAR.

Grandes saltos das, señor.  
De soldado, Marqués fuiste;  
de Marqués, a Rey subiste;  
de Rey, a predicador,  
y a este mismo punto, aquí,  
hacerte a los cielos plugo  
predicador y verdugo.  
¿Dos tratos de cuerda?

ENR.

Sí.

VAR.

Tijeretas son así.  
¿Qué ha de hacer un rey pescado,  
entre las aguas criado?  
Rey marrajo, rey atún,  
¿es de veras?

CRI.

Ya entada.

VAR.

Hermosa renta me das;  
en dando otro paso más  
será burla muy pesada (1).

(Llevan a VARLOVENTO y sale el DUQUE.)

DUQ.

Ya, señor, se van juntando  
los soldados de tu reino  
y doscientos mil escudos  
de donativo te hicieron.

ENR.

Duque, despedid la gente.  
No tengo acción ni derecho  
a esta guerra, y las victorias  
las da, con justicia, el cielo.  
No aceptéis el donativo,  
cuya paga, cuyo peso  
carga en los pobres vasallos.

DUQ.

ENR.

Eres Numa de estos tiempos.  
Vos, Duque, por gusto mío,  
hoy seréis esposo y dueño  
de Porcia.

DUQ.

Beso tus pies.

(Sale OTAVIO.)

OTA.

Ya está en el castillo preso,  
como me mandaste, Floro.

ENR.

De su prisión me arrepiento,  
salga libre, y advertid  
que, estando sano, confieso  
una enfermedad que paso,  
un delirio que padezco.  
Yo siento, yo reconozco  
que algunas veces no tengo  
memoria de muchas cosas  
tocantes a este gobierno.

(1) Faltan en *Escogidas* los cuatro versos anteriores.

(1) Faltan en el mismo tomo los ocho versos anteriores.

- El cielo me da este olvido  
porque he sido Rey soberbio,  
y así, la Reina ha de ser  
quien os gobierne.
- DUQ. Yo acepto,  
en nombre del reino, agora  
la renunciación que has hecho.  
Avisa, Otavio, que ya  
no son menester los tercios  
ni el dinero del Senado.
- OTAV. Sabio está el Rey y discreto.
- (Salen la REINA, PORCIA, ELENA y el CONDE.)
- REIN. Ya puede tu Majestad  
retirarse a su aposento  
antes que los accidentes  
le vuelvan.
- ENR. Soy el primero  
que a la Reina da obediencia  
para daros buen ejemplo.
- (Vase.)
- CON. Lindamente lo hace Enrico.
- REIN. Mucho, Conde, le debemos.
- DUQ. Ya, señora, reinas sola,  
que Carlos, prudente y cuerdo,  
su incapacidad confiesa.
- REIN. Acá vuelve, y aun sospecho  
que le ha vuelto su locura.  
Carlos viene.
- CON. Ya lo entiendo.
- (Sale CARLOS.)
- CAR. Huélgome de hallaros, Duque.  
De soldados y dineros,  
¿cómo os va?
- DUQ. Despedidos  
están ya; porque si el cielo,  
como dices, da victorias  
a quien tiene más derecho,  
y a Nápoles no le tienes,  
guerra injusta no queremos.  
¿Esto se olvidaba ya?
- CAR. ¡Vive Dios, bárbaro necio,  
que te he de sacar el alma  
que obró tales desconciertos!  
¿Eso me respondes cuando  
la resolución espero  
de las órdenes que di?
- DUQ. ¡Qué desdicha! Ya le ha vuelto  
la enfermedad que tenía.
- CON. Yo te suplico y te ruego  
que te retires, señor;  
sosiega un rato.
- CAR. ¿Qué es esto?
- ¿Conjurados estáis todos?
- (Salen FLORO Y OTAVIO.)
- FLOR. Los pies, gran señor, te beso  
por la merced del perdón,  
si hay perdón donde no hay yerro.
- CAR. ¿Yo no te mandé prender?
- OTA. Y soltar también.
- POR. No puedo  
estar sin lástima aquí.
- ELE. ¡Qué extraño olvido!
- DUQ. Ya es tiempo  
de hacer lo que mandaste.  
Porcia hermosa, si debemos  
obedecer, a tu mano  
la palabra y alma entrego,  
tuyo soy.
- POR. Y yo soy tuya,  
pues el Rey lo manda.
- CAR. ¡Cielos!
- ¿Esto no puedo sufrir;  
no hay paciencia para esto!  
Apartad, que si estos lazos  
juntan las almas, los cuerpos  
no han de enlazarse en su vida.  
¿Qué tirano atrevimiento  
es el tuyo? Vos, Matilde,  
tenéis confuso y revuelto  
mi palacio.
- REIN. ¿Hay tal desgracia?
- CAR. ¿Luego loco estoy?
- POR. Si vemos  
que me mandas desposar  
con el Duque, y sentimiento  
muestra después Vuestra Alteza,  
¿qué podemos pensar desto?
- CAR. ¿Yo he mandado tal? ¿Yo mismo?
- POR. Tú lo mandaste diciendo  
en la presencia de Elena:  
«Mal me haga Dios si quiero  
a Porcia». «Y lo dicho, dicho»,  
dijiste, engañando, luego.  
¿Es verdad, Elena?
- ELE. Sí.
- CAR. Loco desta vez me han hecho  
Rebelados contra mí  
tiene la Reina sus ceudos  
y vasallos. ¿Qué venganza  
merece este menosprecio?
- (Sale VARLOVENTO llorando.)
- VAR. Déjenme entrar, o pues soy  
aire, siendo Varlovento,

me entraré sin que me vean.  
 Príncipe, a pedirte vengo (1)  
 que a España quiero partirme,  
 porque son justos y buenos  
 los reyes de aquella tierra.

CAR. Amigo, que así te debo  
 llamar, porque sólo tú  
 me tienes amor: ¿qué es esto  
 que todos me llaman loco?

VAR. Eso ha sido muy mal hecho,  
 aunque no mienten, señor.

CAR. ¿Tú también codicia o miedo  
 te rebelan? ¿Yo estoy loco?

VAR. ¿Loco a secas? No, que pienso  
 que estás loco y loco  
 y loquísimo. ¿Fué bueno  
 darme dos tratos de cuerda?  
 ¿Estas las mercedes fueron  
 que yo esperaba de ti?  
 ¿Los dos mil de renta en esto  
 se resolvieron? ¡Ah, injusto!

CAR. ¿Qué me dices, Varlovento?

VAR. Lo que tú mismo mandaste  
 con esa boca que presto  
 comerá la tierra,

CAR. ¿Y tú  
 lo oiste de mí?

VAR. No tengo  
 orejas de mármol yo  
 como tú tienes el pecho.

CAR. Alto. Pues lo dicen todos,  
 loco estoy, yo lo confieso,  
 o quieren, por mi soberbia,  
 castigarme así los cielos.  
 Aquel Rey que en Babilonia  
 bestia pareció en un tiempo  
 por su soberbia, soy yo.  
 Loco estoy y no lo entiendo;  
 discurro bien, siento bien,  
 de mis acciones me acuerdo;  
 a mí vienen los baldones,  
 y la locura está en ellos.  
 Reina: este mal me procede  
 o del cielo o de tu ingenio.  
 Quédate, Reina, con Dios,  
 goza en paz de aqueste reino.  
 Y tú, Porcia, goza al Duque  
 mientras yo rabio y padezco  
 una locura insensible,  
 un mal que no comprendo

(1) Falta aquí algo que indique que lo que le pide es licencia para irse.

en un palacio confuso,  
 en un laberinto ciego,  
 en un reino que perdí  
 por desvanecido y necio.  
 Lágrimas causa en mis ojos.

REIN. ¿Quién vió accidente tan nuevo?

DUQ. ¡Ah, señor! ¿Sabrás firmar  
 antes que te deje el seso?

VAR. ¡Ah, buenas noches!

CAR. Sicilia,  
 prevenme tus Mongibelos,  
 aunque en mi cólera están  
 más abismos y más fuego.

### JORNADA TERCERA

(Sale la REINA y PORCIA.)

REINA.

Porcia, el amor porfía  
 y crece esta pasión más cada día.  
 A Carlos quiero. Sabe  
 que mostrarle rigores es un suave  
 arbitrio por que enmiende  
 la altiva condición con que pretende  
 el reino en tiranía.  
 Y no está loco, no, que industria es mía.  
 Sólo pretendo agora  
 que agradezca este amor. ¿Qué haré?

PORCIA.

Señora:

el hombre con desdenes  
 se obliga a querer bien. Si amor le tienes,  
 da a entender que le olvidas;  
 ni celos, ni favor, ni amor le pidas.  
 Luego, si te ha querido,  
 te olvidará si está favorecido.

REINA.

Si es condición del hombre,  
 favorecerle quiero yo en tu nombre.  
 Avisasle que quieres  
 hablarle aquesta noche.

PORCIA.

¿Y las mujeres  
 no perdemos en eso?

REINA.

Darále desengaños el suceso;  
 sabrá cómo yo le sido,



que aun ignora el amor que le he tenido.  
Para humillarle fundo  
un aviso sutil del otro mundo,  
con amor y deseo  
de reinar libremente; así peleo.  
Ya quiero en su presencia  
negocios despachar y dar audiencia,  
que es gloria reinar sola.  
Llamen al secretario.

PORCIA.

¡Luces, hola!

*(Sacan un bufete con dos bujías, recado de escribir y papeles, y estará CARLOS al paño.)*

CARLOS.

Llamen al secretario,  
escuche con desprecio: ¡ch, mundo vario!  
Al ánimo y al brío  
faltan las fuerzas; el ingenio mío  
pretende, vacilando,  
venganzas, y el camino está dudando.

*(Sale el SECRETARIO.)*

SECRETARIO.

Aquí están los papeles.

REINA.

Velos tú refiriendo como sueles.

PORCIA.

Señora: Carlos queda  
detrás de ese cancel.

REINA.

La pompa y rueda

de su soberbia vana  
deshará si me escucha.

SECRETARIO.

Si mañana

correo ha de ir a Roma,  
esa es la carta para el Papa; toma  
la pluma y firma.

REINA.

En ella

de Carlos este reino se querella  
y pretende que anule  
el matrimonio nuestro.

CARLOS.

Disimule

aquí mi sufrimiento,  
caigan las torres que formé en el viento.

SECRETARIO.

En este memorial pretende el pueblo  
que les confirmes tú estos privilegios  
que Carlos concedió.

REINA.

Darlos no pudo  
sin mi consentimiento.  
No ha lugar.

CARLOS.

¿Esto escucho? ¿Qué tormento  
reserva el cielo para darme muerte?

SECRETARIO.

Aquí se pide que en las obras públicas  
donde se escribe Carlos y Matilde,  
los Reyes de Sicilia digan sólo Matilde.

REINA.

Está muy bien, Matilde diga.

CARLOS.

Paciencia; no soy rey, faltó la dicha.

PORCIA.

Hay quien hable a su Alteza?

SECRETARIO.

Entren a despachar los que quisieren.

CARLOS.

Las mujeres gobiernan, ya es Sicilia  
un reino de amazonas.

*(Sale el DUQUE.)*

DUQUE.

Señora, el reino quiere  
que Carlos, el Marqués de Terranova,  
tu esposo, goce agora  
que enfermo y melancólico se halla  
el servicio de aquellos donativos  
que a Carlos concedió para la guerra  
de Nápoles.

REINA.

No es justo.

Decid, Gobernador, que no es mi gusto.

CARLOS.

Quien pierde un reino pierda  
el seso y la razón, la vida.

*(Sale el CONDE.)*

CONDE.

Consejero de Estado  
fuí tuyo, gran señora, y me ha quitado

aquesta autoridad, sin causa alguna,  
Carlos.

REINA.

Pues ya lo sois.

CARLOS.

¡Ah cruel fortuna!

(Sale VARLOVENTO.)

VARLOVENTO.

Ya que todos pedimos  
locos y cuerdos ver a nuestra Reina,  
yo que tengo de todo,  
me inclino, hablo y digo de este modo.  
Serví a Carlos, señora;  
una merced me hizo  
que enferma me salió y con romadizo  
Cuando venía a firmalla  
con la quartana o frenesí se halla;  
mándame dar la cuerda,  
no es bien que esta merced así se pierda.

REINA.

Como Carlos la firme,  
vuelve para que yo te la confirme

VARLOVENTO.

Esperaré a su lúcido intervalo  
si ya no me la firma con un palo (1).

PORCIA.

¿Hay más gente que quiera  
hablar y despachar?

SECRETARIO.

Ninguno espera

(Sale CARLOS.)

CARLOS.

Yo sólo, desdichado,  
que me escuches pretendo.

REINA.

¡Qué causado;  
qué importuno y furioso!  
Hasta aquí te estimaba como esposo;  
ya, Carlos, te aborrezco;  
ni hables ni te quejes.

CARLOS.

Bien merezco  
este rigor injusto.

PORCIA.

Marqués, vedme esta noche.

CARLOS.

Haré tu gusto.

REINA.

Mi semblante es ingrato,  
pues que le quiero bien y mal le trato.

(Vanse todos y queda CARLOS.)

CAR

¿Cuál hombre ha podido estar  
más confuso y más dudoso?  
Subí, como venturoso,  
al más supremo lugar  
que yo pude imaginar  
y despojado me veo  
del valor y del trofeo  
que mereció mi valor.  
Venganza, crezca el furor;  
ánimo, crezca el deseo.

Soldado supe adquirir  
lo que Rey no le conservado.  
Siendo Rey vivo agraviado.  
¿Y esto se puede sufrir?  
Venganza, pues, o morir.  
La misma espada es la mía,  
aliéntese mi osadía,  
vuelva mi nombre a ilustrarse,  
que tal vez el no vengarse  
no es virtud, es cobardía.

Aquí, al silencio y reposo  
de la noche, he de escribir  
los que tienen de morir  
a mis manos. ¡Cuán dichoso  
vive el que, en nada ambicioso,  
con su estado se contenta!  
Mas esto, ¿de quién se cuenta?  
Pocos la alcanzan; y así,  
faltarme ambición a mí  
no es valor y será afrenta.

Porcia, a mis ruegos rendida  
o para darme más muerte,  
me ha llamado, y desta suerte  
quitaré al Duque la vida,  
para que mi amor no impida  
ni de palacio la lleve.  
Vengaréme del aleve  
y gozaré la que quiero.  
El Duque muere primero,  
morir Federico debe.

Ahora bien, entendimiento,  
un discurso se me ofrece,

(1) Estos 15 versos anteriores faltan en *Escogidas*.

aunque difícil parece  
al humano entendimiento.  
Yo tengo aborrecimiento  
a la Reina; su heredera  
es Porcia, que reina fuera.  
Y si el reino me ha jurado,  
rey seré si estoy casado  
con Porcia. ¡La Reina muera!

Las grandes victorias dieron  
los más difíciles casos.  
Hacia mí he sentido pasos,  
la puerta pienso que abrieron.

(Sale ENRICO, despacio, con la mano en la espada.)

¿Qué es lo que mis ojos vieron?  
¿Es horror o fantasía?  
¿Ilusión o sombra fría?  
¿Es rapto del devaneo?  
¿En qué fuente o cristal veo  
una imagen que es tan mía?

Si es furor de la locura  
que dicen que en mí se esconde,  
¿Quién eres, hombre? Responde.  
Yo soy tu misma figura.

ENR.

CAR.

¿Qué buscas?

ENR.

La sepultura.

CAR.

¿Luego ya estás muerto?

ENR.

Sí.

CAR.

¿Por qué?

ENR.

Porque ingrato fuí.

CAR.

¿A quién?

ENR.

A la Reina.

CAR.

Espera,

figura y sombra ligera  
en quien yo mi imagen vi.

¿Para qué la voy siguiendo  
si es humo y nada? ¿Quién vió  
otro Carlos, otro yo  
que no se admire temiendo?  
Mi ingratitud reprehendo,  
mi soberbia misma acuso  
y destos prodigios uso  
con cristiana bizarria,  
sombra que dejar podía  
este palacio confuso.

Porcia, que al balcón espera,  
quedará desengañada,  
porque el alma enamorada  
de su beldad lisonjera  
ama la luz verdadera  
que al sol mismo ha oscurecido.  
Si ingrato a la Reina he sido  
y a su persona real,

seré vasallo leal,  
seré amante agradecido.

(Vase y sale el DUQUE, de noche.)

DUQ.

Después que la mano di  
a Porcia y suyo me llamo,  
con tales afectos amo  
que no hay libertad en mí.

Di lugar a la razón,  
sus partes consideré,  
y agradecimiento fué  
quien dió al alma esta afición.

Vengo alegre a ver si está  
al balcón del corredor  
el hermoso resplandor  
que luz a la noche da.

Mas otro apriesa ha llegado;  
en alas de amor vendría,  
buscando en la noche el día;  
quiero esperar retirado (1).

(Sale CARLOS, de noche.)

CAR.

Porcia, si te doy cuidado,  
ya estarás a ese balcón.  
Mal reposa el corazón  
que tiene amor desvelado.  
¡Ce!

(Salen la REINA y PORCIA al balcón.)

POR.

¿Quién llama?

CAR.

¿Es Porcia?

POR.

Sí.

REIN.

¿Es el Rey?

CAR.

No, Carlos soy,  
que ya reducido estoy  
a ser sólo lo que fuí.

Si soldado fuí temido,  
vuélvome a mi ser primero;  
corona ajena no quiero,  
basta haberla merecido.

Y así, quien llama, señora,  
no es el Rey; que si rey fué,  
la reverencia y la fe  
a la Reina aguarda; agora  
Carlos le han hecho.

DUQ.

O me engaño  
o escuché de Porcia el nombre.  
Quiero acercarme, aunque el hombre  
suele escuchar por su daño.

REIN.

Cuando me obliga el ardor  
con que dices que me amas

(1) Faltan en *Escogidas* estos cuatro versos anteriores.

- ¿Carlos dices que te llamas  
y no mi amante, señor?  
Cuando el amor me ha rendido  
y vengo a favorecerte,  
¿vienes tibio desta suerte?
- CAR. Sí, que soy agradecido.
- REIN. Pues esta misma razón  
a amar te obliga.
- CAR. Eso fuera  
si a la Reina no tuviera,  
Porcia, más obligación.
- POR. Esto va bueno.
- REIN. Sospecho  
que mi voz ha conocido.
- DUQ. Desmayado y desasido  
siento el corazón del pecho.
- La sangre al rostro ha robado  
y quedo en sudor y hielos.  
¡Vive el cielo, que son celos  
estos que me dan cuidado!
- Digo mal, celos no son,  
honra, sí; desdicha, sí,  
pues ya la mano le di.  
¡Ea, aliento, corazón!
- Ni el desengaño os dé muerte  
ni el engaño os dé sosiego.  
Obscuro está, mas me llego.
- REIN. Infeliz será mi suerte  
si al mostrarte disfavor  
eras ingrato primero  
y agora que yo te quiero  
eres ingrato a mi amor.
- ¿O lo haces para ser  
siempre ingrato?
- CAR. Porcia, no.
- DUQ. Carlos a Porcia nombró.  
¡Ah falsa! ¡Ah fácil mujer!
- Hablando con ella está,  
y, si yo mal no escuché,  
ella le muestra más fe  
y él menosprecios le da.
- REIN. Carlos, Rey y dueño mío,  
pues me obligan las estrellas  
a que inclinada por ellas  
use mal de mi albedrío,
- No es razón que tanto amor  
esté sin correspondencia;  
pedid al alma licencia  
para admitir mi favor.
- Y si amáis en otra parte  
para ser agradecido,  
poned un rato en olvido  
lo que amáis.
- DUQ. Para escucharte,  
que algunas razones pierdo,  
otro paso daré más,  
falsa mujer.
- CAR. ¡Oh, me das  
los consejos como a cuerdo!  
Inadvertido adoré  
tu hermosura; ingrato fuí  
a quien la vida debí.  
Disfavores en ti hallé.
- Volví en mi acuerdo; ya quiero  
lo que es justicia querer.  
Vuélveme tú a aborrecer  
y estarás como primero:  
sosegada y satisfecha.
- REIN. Amor y aborrecimiento  
no se compadecen.
- DUQ. Siento  
un consuelo en mi sospecha  
que me anima; aquella voz  
no es de Porcia. No la creo  
lisonjeando al deseo.  
Aire manso, aire veloz,  
tráeme, si vida me das,  
las palabras de sus labios;  
suspended al gusto agravios.  
Otro paso daré más  
aunque me sientan.
- CAR. Señora:  
donde manda la razón  
no ha de vencer la pasión  
fácilmente. Quien adora  
aborrece, y quien olvida  
amar suele fácilmente  
cuando la razón consiente  
que dé leyes a la vida.
- Yo te quisiera querer;  
pero tan trocado estoy,  
que pienso ser desde hoy  
el galán de mi mujer.
- Dióme el reino que ha tenido,  
y yo, con ciega locura,  
no estimaba su hermosura,  
soberbio y desvanecido.
- Loco estaba; verdadera  
mi locura, bien me acuerdo;  
ya la adoro, ya estoy cuerdo;  
pide, Porcia, que me quiera.
- Pide, señora, perdón  
al yerro que cometi,  
que a esto sólo vine aquí.
- REIN. ¿Luego no por mi ocasión?  
¡Ah rigor de injusta estrella

DUQ. que a tal desdicha me obliga!  
Aunque más Porcia le diga,  
vive el Cielo, que no es ella.

POR. ¿Qué más quieres, si rendido  
ves a Carlos?

REIN. Porcia mía,  
siempre el amor desconfía.  
Pienso que me ha conocido  
y finge amores su pecho.  
Prosigue tú y le tendremos  
desalumbrado; veremos,  
sin duda en la voz.

CAR. Sospecho  
que no es Porcia, y pienso bien;  
voz de la Reina parece.  
Mas, ¿cómo, si me aborrece  
y me trata con desdén,  
estos favores me dice  
en nombre de Porcia? Quiso  
desengaños; con aviso  
aquellos discursos hice.  
Esta es sin duda; bien es  
que ya trocado me vea  
amor y fortuna. ¡Ea!  
volvedme a hacer de Marqués,  
Rey de Sicilia.

POR. Señor:  
nunca mi desconfianza  
temió en vos tanta mudanza  
ni Porcia tanto rigor.

CAR. No finjas la voz, señora;  
Dejad que esta dicha goce  
sin disfraz. Bien os conoce  
quien os oye y os adora.  
Ya sé que esa voz suave  
reconoció mi sentido;  
ya sé que adoro, advertido,  
el más hermoso, el más grave  
dueño del alma, señora.  
Halcón era remontado  
mi corazón; ya ha tornado  
a la voz de la que adora.  
Ya la mano de su dueño,  
perdonad, señora mía,  
que la voz no conocía,  
como arroyuelo pequeño  
que va inadvertido al mar,  
sin respetar su grandeza,  
ya llora vuestra belleza,  
ya soy fénix singular  
en amor, en fe, en constancia;  
que el desacuerdo pasado,  
para hacerme desdichado,

hijo fué de la ignorancia.  
Si otra hermosura adoré,  
ya adoro vuestra hermosura.  
La luz del sol no es más pura  
que este amor y que esta fe.  
REIN. ¿No te dije yo? El dudaba  
que era tu voz; pero luego  
que te oyó descubrió el fuego  
que el traidor disimulaba.  
¿Qué poco benigna estrella  
la esperanza me asegura!  
Dame, Porcia, tu hermosura;  
toma mi reino por ella.  
DUQ. ¿Cómo es posible que esté  
Carlos en esto engañado?  
Yo sí que soy desdichado,  
yo sí que mal escuché.  
A Carlos quiero creer  
y no a mí. Acercarme quiero.  
Saldré de engaño tan fiero  
o acabaré de perder  
honra y vida.

CAR. ¿Cómo callas?  
¿Cómo, a amor tan sin segundo  
que con sus alas el mundo  
pudiera cubrir, no hallas  
correspondencia en los labios?  
¿O es que el alma no la tiene?

POR. La admiración me detiene.

DUQ. ¡Ay de mí! ¡Tencos, agravios!

POR. ¿Qué mucho que no responda  
a tan súbita mudanza?  
Obscuro sois. ¿Quién alcanza,  
aunque amando os correspondía,  
vuestros secretos, señor,  
si me tratáis con desdén,  
si a la Reina queréis bien  
como ya mostráis amor?  
Desdén y amor todo junto,  
gloria y pena en un instante,  
a un tiempo ingrato y amante,  
Porcia y Matilde en un punto.  
¿Qué es esto? Yo no lo entiendo.

CAR. ¡Vive Dios, que ahora toco  
con las manos que estoy loco  
y en vano salud pretendo!  
Esta voz no conocía;  
de la Reina imaginaba  
que era esta voz.

DUQ. Bien pensaba  
que era la desdicha mía  
Menos de lo que temí  
loco estaba. Cielos, cielos,

¡mil rayos!, con estos celos  
tened lástima de mí.

Vuélvome atrás, pues mi honor  
da tantos rayos atrás.

Houa, no escuchemos más;  
pero no, caiga el rigor

de los cielos desatado  
de las nubes. Aquí, aquí,  
¡ira de Dios!, llueva en mí  
el cielo.

REIN.

Tú me has dado  
envidia, Porcia. No quiero  
que a ti te dé sus favores;  
quiero engañar mis amores  
con este amor lisonjero.

Carlos amado: no améis,  
digáis bien o no digáis,  
queredme o no me queráis,  
estad firme o no lo estéis,

yo soy vuestra, y basten ya  
mi rigor y vuestro olvido.

DUQ.

Otra vez he conocido  
que no es Porcia. Bueno está.

Cielos, estad ya serenos,  
pues se alientan mis desmayos;  
cielos, detened sus rayos;  
nubes, detened los truenos.

CAR.

Otra vez pierdo el juicio.  
Con la Reina estoy hablando.  
Fortuna me está burlando.  
Es mujer, hace su oficio.

Reina, Porcia, estingue y Etna,  
cuya voz es, sin estilo,  
una vez de cocodrilo  
y otras veces de sirena.

Seas quien fueres, ¡vive Dios,  
que a la Reina solamente  
he de amar y eternamente  
unirá un lazo a los dos!

Porcia esté desengañada,  
que si la adoré, la olvido.  
Cuerdo estoy y agradecido.  
Matilde sola me agrada.

Suyo soy, esclavo soy  
de la Reina mi señora.  
Clicie soy que al sol adora;  
a buscar sus rayos voy.

(Vase.)

REIN.

¡Lámale, Porcia; detén  
el mayor ánimo y brío,  
que, en efecto, es dueño mío,  
y, aunque callo, quiero bien.

POR.

Escucha, Carlos, señor,

oye, advierte que aquí tienes  
quien rigores y desdenes  
ha convertido en amor.

Tu Porcia te llama. Fuése.

DUQ.

Cielos; a mi parecer,  
a tronar podéis volver,  
vuestra inclemencia no cese.

Juegan conmigo los cielos,  
burla de mí la fortuna,  
es mi desdicha la luna.

¡Son vanas sombras mis celos!

¡Ah ingrata! ¡Ah falsa! ¡Ah cruel!

Aquí he escuchado el rigor  
de mis celos y tu amor,  
mi desdicha he visto en él  
y mi desengaño en ti.

De aleve sueño recuerdo.

POR.

El Duque es. Por ti le pierdo.  
Vuelve, señora, por mí.

(Vase.)

REIN.

¿Qué decís, Duque? ¿Con quién  
habláis vos desa manera?

¿Yo soy falsa? ¿Yo soy fiera?

¿Yo rigor y yo desdén?

¿Qué lenguaje es ese en vos?

¿Cuando a Carlos hablo estáis  
escuchando? No lo hagáis  
otra vez, o, ¡vive Dios...!

Pero cierro la ventana.

(Vase.)

DUQ.

¡Oh voz dulce! ¡Oh voz dichosa!  
No en vano a esa luz hermosa  
ha salido la mañana.

Desengaños y recelos,  
pedidme albricias. No fué  
Porcia la que yo escuché.

¡Oh cómo engañan los celos!

La Reina a Carlos habló,  
y aunque a mi Porcia ha nombrado,  
si es la Reina, ¿qué cuidado,  
qué recelo siento yo?

Ya salió el hermoso día,  
y mi honor sale con él  
coronado de laurel,  
coronado de alegría.

(Salen el CONDE y LISARDO, labrador viejo.)

¿Tan de mañana en palacio?  
Mucho, Conde, madrugáis..

(Vase.)

CON.

A las quejas de un villano,  
¿cómo podré sosigar?

LIS. Labrador: ¿eres mi sombra?  
¿Siempre siguiéndome estás?  
Las sombras se desvanezcan  
si el sol ha salido ya.  
Conde: tú tienes mi hijo.  
Si tú tienes la mitad  
deste viejo miserable,  
el afecto paternal  
y el amor propio de padre  
en su demanda me trae,  
¿qué te espantas que te siga?  
Del valle de San Román  
Enrico vino a tu casa;  
ni sé dél ni ha vuelto allá.  
Díceme otro labrador  
que contigo le vió hablar,  
que le trujiste a palacio  
y que no le ha visto más.  
Dame razón de mi Enrico,  
dime, señor, dónde está;  
ten lástima destas cañas,  
ten deste llanto piedad.  
CON. No tengáis, Lisardo, pena.  
LIS. ¿Quién se podrá consolar  
hasta ver a Enrico? Conde,  
mala respuesta me dáis.  
Quejaréme al Rey.  
CON. El sale.  
No le habléis, no le digáis  
nada; mas venid conmigo,  
veréis a Enrico.  
(Vase.)  
LIS. ¡Qué mal  
se disimula su intento  
y se encubre su crueldad!  
Del Rey se teme, él le ha muerto.  
¡Cielo, ayúdame a llorar!

(Sale CARLOS.)

Si este es el Rey, yo me turbo,  
que no le he visto jamás.  
Los ojos pondré en la tierra,  
no le tengo de mirar.  
Señor: si es padre de todos,  
oígame Su Majestad,  
que soy un padre infeliz  
de un hijo infelice más.  
Del Conde Pompeyo somos  
vasallos. Por nuestro mal,  
vino mi hijo a su casa  
y no ha vuelto a mi lugar.  
Sabe de él el Conde y nunca  
razón de Enrico me da.

Quejas y llanto del alma  
saca el amor paternal.  
Hacedme, señor, justicia,  
porque el Conde...

CAR. Bien está.

Levantad, viejo, del suelo.  
Beso tus pies.

LIS. CAR. Levantad.

LIS. ¿Qué es lo que miran mis ojos?  
¡Válgate Dios por rapaz!  
Dale un abrazo a tu padre  
¡Qué bizarro, qué galán  
te encuentro cuando difunto  
te lloraba mi piedad!  
¡Qué lindo talle que tienes;  
qué buen cortesano estás!  
Enrico: ¿qué traje es ese?  
Hijo, dime: ¿qué disfraz  
es el que vistes? ¿Por qué  
dos abrazos no me das  
cuando buscándote vengo?  
Ingratillo, desleal,  
dame esos brazos.

CAR. Aparta.

LIS. ¿Así empellones me das?  
¿He de ensuciarte el vestido?  
¿Cuándo sueles hacer tal?  
¡Oh, la mudanza del traje  
esta soberbia te da!  
Vuélvete, loco, al aldea;  
vuélvete, loco, al sayal.

CAR. ¡Vive Dios, que he discurrido  
sobre las quejas que trae  
este viejo y que se engaña  
si en esta simplicidad  
por alguna semejanza  
que entre mí y su hijo hay!  
Y si hay semejanza, es mucha;  
que no se pudo engañar  
un padre tan fácilmente.  
Si esto es así, claro está  
que la figura que vi  
no fué fantástica y tal  
como yo la imaginé.  
Hijo es deste, que a templar  
mi enojo vino de parte  
de la Reina. Esto es verdad.  
Corrido estoy, ¡vive el cielo!,  
de que pudiesen burlarme  
mi magnánima osadía,  
mi altiva serenidad.  
Yo tuve temor de sombras  
sin saber examinar

si las sombras daban sangre  
a los filos de un puñal.  
¡Ah, Carlos, Carlos! Ahora  
hago otro discurso más.  
¡Vive Dios!, que cuanto ordeno  
con la regia potestad,  
éste que a mí se parece  
lo deshace, y así está  
este palacio confuso  
y admirada esta ciudad.  
Desto ha nacido que loco  
me llamen todos. Verdad,  
bien te pintaron los griegos  
una estatua de cristal  
coronada de azucenas  
entre jazmín y azahar.  
Eres clara y olorosa,  
nunca te dejas manchar  
del engaño y la mentira,  
resplandor tus ojos dan  
con que deshaces la nubes  
y alegras la obscuridad.  
Ahora bien; este villano,  
que es mi retrato, ha de estar  
escondido en esta pieza,  
que no la he visto jamás  
abierta en aquestos días.  
En él ha de comenzar  
mi venganza con la daga,  
el acero y el nogal  
de las puertas romperé.  
Honrado viejo, esperad.

(Vase.)

LIS. ¿Honrado viejo me llamas  
y no padre? ¡Que oiga tal!  
Ingrato: ¿a quien te ha criado  
por un poco tafetán  
que te han vestido? Sin duda  
que es en palacio juglar.  
Villano que viste seda  
indicios da de truhán.

(Dentro, CARLOS.)

CAR. ¡Caigan las puertas por tierra,  
ábrase esta cuadra ya,  
cárcel de esfinges que engañan!

(Dentro, ENRICO.)

ENR. ¿Qué impulsos ciegos te dan  
ese atrevimiento, loco?

CAR. Sal afuera y lo verás.  
¿Al Rey te atreves?

(Salen los dos desnudas las dagas y asidos della  
entrambos.)

ENR. ¿Al Rey  
el respeto y lealtad  
pierdes tú?

CAR. Yo soy el Rey.

ENR. El Rey soy.

CAR. Cielos, que estáis  
escuchando este villano,  
o dadme muerte o dejad  
que yo le atraviere el pecho.  
ENR. Hombres que al cielo admiráis  
con la lealtad que tenéis,  
muera un villano incapaz  
que rey se llama.

CAR. El Rey soy.

ENR. Yo soy el Rey, yo.

LIS. Dudar  
deben mis ojos agora.  
¡Vive Dios, que no sé cuál  
de aquestos dos es mi hijo!  
Bien sé que tiene un lunar  
grande en la mano derecha.  
Mirar quiero esta señal.  
El de la pluma es mi hijo.  
¡Oh quién le viera reinar!  
Cielo confunde su rostro,  
y tendrá razón quizá.

CAR. ¿Quién eres, hombre, quién eres?

ENR. ¿Tal pregunta? Loco estás.

CAR. ¿Al Rey Carlos no conoces?  
Carlos, te sabrá matar.

(Sale VARLOVENTO con la cédula.)

VAR. Aquellos dos mil de renta  
como alma en pena me traen.  
Quiera Dios que el Rey agora  
esté sin enfermedad.  
¡Ah, señor; ah, señor mío!  
Trato de cuerda o firmar,  
¿qué tenemos?

CAR. Labrador:  
tu padre esperando está.  
Salte luego de palacio,  
y agradece mi piedad  
al prodigio y semejanza  
que a ambos el cielo nos da,  
pues el brazo me detiene  
un secreto celestial.

ENR. Eso mismo digo yo:  
si tu padre espera, sal  
de mi palacio, o la muerte  
llevaréis los dos.



VAR.                                   Mirar  
no me quiere, allá me paso.  
Rey de alcorza y mazapán,  
Rey de perlas, santo mío,  
firme esta cédula. ¿Allá  
se me ha pasado tan presto?  
Juego de masicoral  
parece el Rey. ¿Qué tenemos?  
¿Cómo corre el temporal?  
¿Hanos dado el accidente?  
¿Hay juicio?

CAR.                                   ¿A porfiar  
te atreves, bárbaro?

ENR.                                   Sí,  
que defiendo mi verdad.

VAR.                                   ¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto?  
Comiézome a santiguar,  
que uno de estos es demonio.  
Averigüe Barrabás  
cuál de los dos es el rey.

CAR.                                   ¿Dudas eso?

ENR.                                   ¿Eso dudas? (1)

VAR.                                   Rey con dos yemas tenemos.  
Ahora bien; el que firmar  
quisiere aqueste papel  
Rey de Sicilia será.

ENR.                                   Dame, loco, ese papel.

CAR.                                   Llega, Varlovento, acá.

VAR.                                   Súpome el nombre, aquí llevo.

ENR.                                   Villano: ¿qué libertad  
es la tuya? ¿Tú en mi nombre  
injustas mercedes das?

VAR.                                   El de la cuerda es aquel  
¡Oh verdugo desleal!  
Este es el Rey, este es Carlos.

LIS.                                   Mi engaño los trocará.

(Salen la REINA, PORCIA, ELENA, el DUQUE, el CONDE  
y todos.)

DUQ.                                   Voces del Rey he sentido;  
si le ha vuelto el accidente...

POR.                                   Lleva con furia paciente  
el verse desposeído  
del reinar.

REIN.                                   Carlos da voces.  
¿Si se queja o llama?

CAR.                                   Aquí  
verás el valor en mí,  
que ni admiras ni conoces.

ENR.                                   Agora verás quién son  
mi valor y mi nobleza.

DUQ.                                   O burló Naturaleza  
o es el uno una ilusión  
de los ojos.

ENR.                                   Caballeros:  
aquí os obliga la ley  
a que en presencia del Rey  
desnudéis vuestros aceros.  
Matad, matad esa sombra  
que mi majestad ostenta,  
mi figura representa  
y rey como yo se nombra.

CAR.                                   Duque, Conde, amigo Otavio:  
olvidense los enojos,  
y pues que son vuestros ojos  
testigos de tanto agravio,  
no queráis que con furor  
castiguen mis propias manos  
atrevimientos villanos  
de ese infame labrador.

POR.                                   ¡Quién vió confusión igual!  
El discurso y los sentidos  
han de quedar suspendidos  
a un prodigio accidental  
del mundo.

ELE.                                   ¡Qué confusión!

DUQ.                                   Pasmados quedan los ojos.  
O son fantasmas o antojos  
o es la misma admiración.

REIN.                                   Corazón, que a Carlos ama,  
bien conoce cuál es él.

VAR.                                   Carlos es éste, y aquél  
Rompecédulas se llama.

CAR.                                   Bastan, Reina, los engaños;  
deshaced mi semejante;  
que, de pasar adelante,  
pueden resultar más daños.

                                         No arriesguéis a que el tirano  
pueblo, confuso y dudoso,  
os quiera dar por esposo,  
viviendo yo, ese villano.

                                         Dad discurso a los sentidos  
y considerad despacio  
que haber en vuestro palacio  
dos hombres tan parecidos  
está mal al gran decoro  
que se debe a Vuestra Alteza,  
pues hizo naturaleza  
dos figuras: una de oro  
y otra de bronce dorado.  
y aunque las dos resplandecen  
y en la forma se parecen,  
una es metal estimado  
y otra ordinario metal.

(1) «Dudas» no es asonante en *a*, que pide el romance. Quizá deba leerse: «¿En eso das?»

CON. Temed, temed su osadía;  
 soberbio está todavía.  
 REIN. Es un soberbio animal.  
 Pero yo le domaré.  
 Yo confieso que he querido  
 dar a un Rey desvanecido  
 y soberbio amor y fe  
 con noble agradecimiento;  
 pero ya no sé cuál es  
 Carlos, mi esposo, el Marqués;  
 dudoso está el pensamiento.  
 Conoced vos, labrador,  
 cuál es vuestro hijo.  
 LIS. Agora  
 reinará Enrico.—Señora,  
 ni mis ojos ni mi amor  
 padecer pueden engaños.  
 Este es Enrico.  
 (Apunta a CARLOS.)  
 REIN. O el viejo  
 se engañó, o tomó consejo  
 de mi intención.  
 LIS. ¿Tan extraño  
 estás con tu padre, di?  
 Mira que el cielo se queja:  
 vámonos al campo y deja  
 reino que no es para ti.  
 REIN. Disimula, Enrico.  
 ENR. Harélo  
 sólo por obedecerte.  
 CAR. Este género de muerte  
 no ha comunicado el cielo  
 a los hombres hasta aquí.  
 ¡Villano, traidor! ¿qué dices?  
 LIS. Que son años infelices  
 los que amándote viví.  
 ¿Tú quieres ser Rey, villano,  
 contra Dios y la lealtad?  
 Perdona Su Majestad,  
 que es un soberbio, es un vano.  
 Y el Conde la culpa tiene,  
 que con seda le ha engraido.  
 Hombre a su padre atrevido  
 de linaje humilde viene.  
 CAR. ¿Qué confusiones son éstas,  
 qué desdichas y qué azar?  
 ¡Válgate Dios por reinar,  
 y qué caro que me cuestas!  
 REIN. Enrico, baste el disfraz  
 de que sois representante,  
 pues que ya de aquí adelante  
 estará mi reino en paz.  
 Agradecida he quedado.

Yo os pagaré la afición,  
 y no mostréis la pasión  
 con aquél que os ha engendrado.

Id con vuestro padre agora,  
 estimad vuestro linaje  
 y volved en vuestro traje  
 a verme otra vez.

CAR. Señora:  
 ¿qué dices, que estoy sin vida?  
 REIN. Lindamente fingió un rey.  
 CAR. ¿Esta es justicia? ¿Esta es ley?  
 REIN. Ya no hay majestad fingida.  
 Basta, Enrico.  
 CAR. Los sentidos  
 revientan a tal desdén.  
 DUQ. Muchos ha habido también  
 que fueron muy parecidos.  
 CON. Valerio Máximo escribe  
 de muchos lo mismo.  
 ENR. Enrico,  
 hacerte pretendo rico  
 porque me pareces. Vive  
 confiado en mí.  
 REIN. Tu Alteza  
 venga ver unos papeles.  
 DUQ. Con unos mismos pinceles  
 uos formó naturaleza.  
 REIN. ¡Ah, Carlos! Estos rigores  
 nacen sólo de los labios.  
 En la lengua llevo agravios  
 y en el alma llevo amores.  
 (Vase; queda CARLOS, VARLOVENTO y LISARDO.)  
 CAR. ¿Qué infierno abortó esta injuria  
 o de qué furia ha nacido?  
 Pero si villano ha sido,  
 ¿qué más infierno ni furia?  
 Dime, bárbaro villano:  
 ¿cómo dijiste que soy  
 hijo tuyo? ¿Porque doy  
 reportación a mi mano;  
 porque los hombres en ti  
 justo escarmiento no ven?  
 DUQ. ¿Qué es esto? ¿Un hombre de bien  
 injuria a su padre así?  
 Siquiera por parecer  
 al Rey debéis cortesía.  
 LIS. Quien hijo soberbio cría  
 esto debe padecer.  
 Nunca te goces ni llegues  
 a mis años, que hartos son.  
 Cáigate mi maldición  
 por que a tu padre no niegues.  
 (Vase.)

CAR. Es fuerza de mi destino  
o es industria poderosa  
de la Reina.

VAR. Es una cosa  
que yo no la tomo tino  
ni sé qué diga. ¡Ah, señor!  
¿Te suspendes? Carlos, amo:  
aunque negro, gentes amó.  
Respóndeme por mi amor.  
¡Ah, Rey!

CAR. ¿Qué quieres, si ves?

VAR. Si por Rey me has respondido,  
a propósito ha venido  
el cuento del portugués  
que un castellano servía.  
Llamó una vez su señor:  
«¡Ah, hereje! ¡Ah, moro! ¡Ah, traidor!»  
Y el mozo no respondía.  
El portugués prosiguió:  
«Ah, ladrón! ¡Ah, luterano!  
¡Ah, famoso castellano!»  
Y entonces le respondió.  
Pero el hinchado señor,  
riendo con mucho gozo,  
dijo: «¡Pardiez, que meu mozo  
responde por lo peor!»  
Tú por Rey me respondiste,  
que es lo que peor te ha estado,  
pues eres Rey descartado.  
¿Tú gracejas con un triste?

CAR. ¿Tú gracejas con un triste?

VAR. Pardiez, que en parte me al gro,  
porque soberbia tuviste  
y en ajeno reino fuiste  
ruin en casa de su suegro.  
Quisiste mandarlo todo,  
y así, ingrato a la afición  
de la Reina, tu hinchazón  
reventó. Ponte del lodo.  
Remédialo si esto es  
traza o industria de Matilde;  
muéstrala amor, habla humilde,  
échate luego a sus pies,  
Pídele perdón, adora  
en la Reina tu fortuna,  
deja la ambición porciuna,  
llama a la Reina señora.

CAR. Dices bien.

VAR. Pues ella sale,  
dale tu disculpa presto;  
dale el alma, que por esto  
se dijo dale que dale.  
(Sale la REINA.)

REIN. Esperaos todos ahí.

CAR. Reina que de todo el mundo  
la diadema universal  
se debe a méritos tuyos;  
Matilde hermosa y discreta:  
rendido llega y confuso  
a tus pies el que este reino,  
soberbio, llamaba suyo.  
Mi vanidad y mi pompa  
se desvanecen en humo.  
Tu hechura soy, no soy más  
que un átomo de tu gusto.  
Confieso mi ingratitud  
y confieso que son muchos  
los desaciertos y errores  
que mi condición opuso  
a tu grandeza. Aquí tienes  
este acero; quede obscuro  
su resplandor en mi sangre;  
rompe en mi pecho, en quien cupo  
una ingratitud soberbia,  
un frenesí y un descuido.  
No niegues que soy tu esposo,  
que yo el derecho renuncio  
que me dieron ciegamente  
alteraciones del vulgo.  
Tú eres Reina, tú eres sola  
la que tiene el absoluto  
poder en aqueste reino;  
Carlos soy, esclavo tuyo.  
(Salen todos.)

REIN. ¿Sois todos testigos desto?

POR. Yo lo he visto.

DUG. Y yo lo escucho.

REIN. Levanta, Carlos, levanta.

CAR. ¿Quién, hermosa Reina, pudo  
levantarse sin tu mano?

REIN. Yo te la doy.

CAR. Yo te juro  
de ser siempre agradecido.

ENR. Y yo, puesto a los pies tuyos,  
perdón te pido, señor;  
con la Reina me disculpo.

CAR. A tu Reina natural  
obedeciste.

LIS. No sufro  
que estés así arrodillado,  
y un gran secreto descubro.  
Enrico debe, señores,  
ser nuestro rey, y aseguro  
esta verdad con papeles,  
que aun guarda mi pecho algunos  
De Eduardo es hijo, y yo  
la crié en mi aldea oculto

por mandato de la Reina.  
 Aquí tengo el sello suyo  
 y la firma que lo dice  
 y testigos viven muchos.  
 Dos parió de un parto, y ella  
 a criar me ha dado el uno  
 con empacho de tener  
 tan generoso y fecundo  
 el pecho. Ignorancia loca;  
 fatalmente le dispuso.  
 Murió, criéle y no quise  
 darle al Rey temiendo el duro  
 rigor de su condición.

*(Toma el CONDE los papeles.)*

CON. Verdad dice, y es trasunto  
 que en Carlos vemos, sin duda,  
 que fué el otro hermano suyo.  
 Que el Rey, que crédito daba  
 a celestiales influjos,  
 echó en el mar; pescadores  
 le criaron. Mas, ¿qué busco  
 indicios? ¿Tienes acaso,  
 Carlos, en el pecho tuyo  
 una señal?

CAR. Sí.  
 CON. ¿Cuál es?  
 CAR. Una cruz.  
 CON. Pues yo te juro  
 por legítimo heredero  
 deste reino.  
 CAR. Sólo pudo  
 Matilde ser su señora.  
 REIN. No sin misterios ocultos  
 me inclinó el cielo a tu amor,  
 que es Dios y secretos supo.  
 ENR. Dame los brazos, y a Elena.  
 CAR. Es cuerda elección.  
 POR. No duño  
 que el Duque mi dueño sea.  
 CAR. Dices bien.  
 DUQ. Haré tu gusto.  
 VAR. ¿Habrá para Varlovento  
 algo?  
 CAR. Los dos mil de juro.  
 REIN. Y tenga en esta verdad  
 fin *El palacio confuso*.

FIN

# EL PARAISO DE LAURA

Y

## FLORESTAS DEL AMOR

D E L O P E

### COMEDIA NUEVA

#### PERSONAS

DON FERNANDO.  
CAMARÓN, *su criado*.  
LAURA, *dama*.

FENISA, *criada*.  
LUDOVICO, *viejo*.  
EL CONDE DE LEBRIJA.

SILVERIO, *su criado*.  
JUAN ESPÍNOLA.  
TOSTÓN, *su criado*.

#### JORNADA PRIMERA

(Sale DON FERNANDO, alborotado, y CAMARÓN admirándose.)

FER. No más pretensión, no más asistencia, no más penas, no más grillos y cadenas y no más Madrid jamás.  
No más ya divertinientos, no más, no más alegrías, no más dilatados días, no más, no más pensamientos.  
¿Cómo he de esperar las dichas, cuando acaban en desvelos? Sólo quiero desconsuelos, sólo pretendo desdichas.

CAM. Si en tantos «más» te ha quedado un «menos», el más menor, dime la causa, señor, de tu pena y tu cuidado.

Habla claro, don Fernando; que en tantos «más» y «tampoco», creo que te vuelves loco o que estás representando.

¿Dónde aprendiste a gritar?  
¿Qué has visto, qué ha sucedido?  
¿Encontróte algún marido, que te llegase a estorbar?

¿Has perdido tu dinero a los cientos? ¿Te han quitado algún ojo? ¿No has cenado?  
¿Hablóte algún majadero, que sin embargo que vió que ibas tras alguna red,

con un «¿cómo está usarced?», el gusto te desmintió?

¿No has dormido? ¿Has tropezado?

¿Cascáronte estando salvo?

¿Hate ofendido algún calvo o algún necio confiado?

¿Son tus dulzuras amargas?

¿Perdiste ya tu elocuencia?

¿Has cargado la conciencia, o la conciencia descargas?

¿Son, acaso, estos gemidos por darte la cuenta el sastre, cuyos «recados» son lastre del coste de los vestidos?

Dímelo luego y jamás, pues he nacido de buenos, me encubras aqueste menos de tan repetidos «más».

FER. Muerto estoy. Y a la razón, llegando tanto a sentir, no le es muy fácil cumplir con menos satisfacción.

CAM. Hablando entre sí suspira, se embelesa y se divierte.  
—¡Ah, señor!—¿No es caso fuerte?; ni me responde ni mira.

FERNANDO.

Vióse con su barquilla el pasajero, habiendo muchos mares navegado, cerca del puerto, que juzgó sagrado del peligro del mar mudable y fiero.

Usó de sus locuras el hebrero, y el viento, entre granizos congelado,

dejó entre las arenas sepultado  
pasajero, barquilla y marinero.

Esto es lo que sucede a mi perdida  
y marchita esperanza, si se advierte;  
vióse en bonanza, acaba sumergida.

En desdicha y dolor, ¡oh, trance fuerte!,  
faltóme el alma y quedo con la vida.

¿Quién pasó mayor mal, quién mayor muerte?

CAM. ¿Señor, señor? ¿Con quién hablo?

FER. ¿Aquí estás?

CAM. ¿Pues yo he faltado,  
cuando mil gritos te he dado?

Dime, ¿te persigue el diablo?

Refiéreme tanto más  
tu suspensión, tu desvelo,  
tu pena, tu desconsuelo.

FER. Escúchame y lo sabrás.

Seis meses ha que de Flandes,  
Camarón, estame atento,  
que como ha tan pocas horas  
que me conoces por dueño,  
has menester comprender  
mis desdichados sucesos,  
por que los sientas conmigo  
cuando el bien y el gusto pierdo.  
Seis meses ha, como he dicho,  
que llegué a Madrid, habiendo  
servido a su Majestad  
en Flandes muy largo tiempo,  
ocupando en la campaña  
los más peligrosos puestos,  
donde mis obligaciones  
mostraron lo que debieron.  
Las ocasiones y hazañas,  
todas las dejo en silencio,  
que donde amor reina y vive  
y lidian mis pensamientos,  
no consienten, no permiten  
interpoler los sucesos,  
ni los rigores de Marte,  
ni las delicias de Venus.  
Todo este tiempo he gastado  
presentando en el Consejo  
de la Guerra memoriales  
solicitando algún premio  
a los servicios continuos  
con que a muchos les di ejemplo,  
pasando por los trabajos  
de las nieves del enero,  
de los calores de julio;  
llegando a sentir lo menos  
ver el cuerpo algunas veces  
por muchas partes sangriento.

Con ésta y más asistencia,  
he pasado el mismo tiempo  
solicitando una dama  
por casto y dulce himeneo;  
que quien de la guerra viene,  
llega más pronto y dispuesto  
para tolerar las cargas  
que consiente un casamiento.  
Su nombre no te lo digo,  
porque no importa el saberlo;  
ni su hermosura te pinto,  
pues no lo pide el suceso.  
Sólo diré que aguardaba  
para gozar tal empleo,  
a que fuesen mis servicios  
premiados y satisfechos;  
que la codicia de un padre  
muchas veces, según creo,  
más que no a la calidad  
suele inclinarse al dinero.  
En fin, dejando ajustados  
voluntad y pensamiento,  
con el sol que conducía  
mis repetidos deseos,  
a Aranjuez partí en un día,  
que tuve presagios ciertos,  
más de una muerta esperanza  
que no de un rigor de celos.  
Hablé con su Majestad,  
que honró mi sangre y mi pecho  
con una cruz de Santiago  
adornada con mil pesos  
de renta, que consignados  
en los más ciertos afectos  
para alcanzar tanta dicha,  
escalón fué no pequeño.  
Detíveme siete días  
en aquel retiro ameno,  
donde es más lo que se mira  
que formar puede el ingenio.  
Dejé aquella primavera,  
y a buscar a Madrid vuelvo  
otra de flores más vivas  
y matices más perfectos.  
¡Oh, como dijo muy bien  
el que ponderó discreto  
que no hay dicha a que no siga  
un desdichado suceso!  
Aquí el alma se me arranca  
y con destemplanza el pecho,  
en su alteración pronuncia  
lo que referirte temo.  
Llegué a la Corte, ¡ay de mí!

antes permitiera el cielo  
que el Tajo me sepultara  
con sus líquidos espejos;  
entré en la casa del sol,  
¡oh, qué mal discurro y pienso!,  
que pues salí de ella vivo,  
es cierto que no entré dentro.  
Reconocíle mortal  
de un accidente tan fiero,  
que apenas hizo el ruido  
cuando consiguió el efecto.  
Murió el sol de mi esperanza,  
y en este triste suceso  
confirmados miré entonces  
anticipados agüeros.  
La primavera lozana  
que alegró los campos bellos  
y suspendió su hermosura  
el más alto entendimiento,  
a un estío reducida,  
a un diciembre y a un enero  
la juzgué, si es que los ojos  
mirarla entonces pudieron.  
Eclipsóse la deidad  
de mi dicha y de mi empleo;  
el alma ocultó su vista  
entre arreboles funestos;  
faltó el alma de mi vida  
y acabó, en fin, el lucero,  
que de tierra que es tan frágil,  
pasó a lugar más supremo.  
Acerquéme cuanto pude  
al triste y compuesto lecho,  
que, como caja, ocultaba  
la joya de mayor precio;  
triste dije, que mal dije  
cuando juzgué en lo compuesto,  
en lo adornado y lucido  
con aliño y con aseo,  
que estaba todo el abril  
y el mayo en lo más perfecto  
cifrado en aquel destino,  
pues reconociendo atentos  
los dibujos fabricados  
con variedad de bosquejos,  
de claveles y jazmines  
sobre el campo verde y terso  
de una colchia, pareció  
todo aquello un prado ameno,  
a quien las flores rendían  
vasallaje, a la que el tiempo  
cortó el hilo más lozano  
con desengaños tan ciertos.

Entre tanta variedad,  
reina la vi del imperio  
por la más bella y lucida,  
pues sin espíritu el cuerpo  
tan hermoso se miró.  
Y el rostro en sí tan risueño,  
que parece que se hallaba  
con el espíritu entero,  
y que éste se había quedado  
adonde tuvo su asiento.  
Porque no pudiendo ser  
lo que se quiere, y superfluo  
pensar que la mía pena,  
a mi entender fué tan cierto  
que lo estaba en lo que vi,  
que creyera, por lo menos,  
que era sólo parasismo,  
de que volviera muy presto,  
pues estaban las mejillas  
casi vivas, y el aspecto  
tan entero y apacible  
y el semblante tan perfecto,  
que mirado atentamente  
con el rizado cabello  
pendiente parte a los brazos  
y parte pendiente al pecho,  
todo junto parecía  
un sol, de cuyos reflejos  
mil asombros se formaban  
de hermosuras y de incendios,  
sin que las luces de afuera  
dejasen ver las de adentro,  
ni la causa principal  
de tan no vistos efectos,  
imposible aun en lo vivo,  
cuanto más en lo ya muerto.  
Que es imitación formal  
del sol que corre los cielos,  
que lo principal encubre  
cuando más se está inquiriendo.  
Y así, sol, rayos, mejillas,  
crespos, flores y reflejos,  
mirados artificiales  
naturales parecieron.  
Quedé suspenso un gran rato,  
y del éxtasis volviendo,  
con suspiros y sollozos  
creo que dije: «Ángel bello,  
espérate un poco aguarda,  
no te vayas, toma asiento  
dentro de mí, porque viva,  
pues sin ti vivir no puedo;  
y si esto no me concedes,

mejor será que troquemos  
la falta de nuestra vida;  
muera yo, no pierda el cielo  
en el apariencia un ángel;  
mire en aquesos luceros  
la claridad que a la noche  
oculta celajes negros;  
admire en tu sol el día,  
que aunque es sol que ya se ha pues-  
basta el haber alumbrado [to,  
para que tus rayos bellos,  
aunque muerto y eclipsado,  
brillen como antes lo hicieron.  
Porque así como sucede  
en escritorio pequeño,  
quedan el olor del ámbar  
que tuvo guardado dentro,  
en mi corazón tus rayos  
siempre estarán tan impresos  
que ni los borre tu falta  
ni me los apague el tiempo.  
Dejadme, dejadme, dije,  
discursos y pensamientos,  
que quien pierde tanta dicha,  
el morir es lo de menos.»  
Con esto, ciego y confuso,  
aunque no estaba, no, ciego,  
pues llegaba a ejecutar  
el más acertado acuerdo,  
de todos allí me aparto  
y abalánzome resuelto  
a un balcón a despeñarme;  
Defiéndennme este consuelo,  
sácanme luego a la calle,  
y yo vengo repitiendo  
que no intento más descanso,  
que ya no busco más premio,  
que no procuro más vida,  
que más gustos no desco,  
que no emprendo más amor,  
dichas, venturas, sucesos,  
bien, consuelos, alegrías,  
descanso, gloria, sosiego,  
pues todo con Laura acaba  
y nada sin ella quiero.  
Señor, advierte y repara  
que mirado este suceso  
sin pasión y sin ternura,  
todo ha sido en tu provecho;  
¿para qué querías casarte,  
cuando todo el año entero,  
cada día a media carta  
tendrás casamiento nuevo?

CA.

Consuélate, que te zafas  
del más cuidadoso peso,  
que es mucho mayor si acaso  
tiene tía, suegra o suegro,  
hermanos, primos, sobrinos,  
cuñados, parientes, deudos,  
allegados, conocidos  
y otros que forman un gremio  
que no hay espaldas que sufran  
contrapeso de tal hueso,  
y te comerán los tuyos  
por más que te guardes de ellos.  
Si murió, Dios la perdone;  
Dios la perdone, por cierto,  
que así te alarga la vida  
y a mí la quietud y el sueño.  
Con lindo pie me he estrenado;  
yo entré a servirte a buen tiempo,  
pues en él faltó la causa  
que te quitaba el sosiego,  
y así escucha el voto mío;  
advierte bien mi consejo,  
guía por mi parecer  
y sigue mi pensamiento,  
que es no buscar quien te coma  
y quien venga con el tiempo  
a despertarte de noche  
con jarros y con pucheros,  
y a darte muy malos días  
en verano y en invierno,  
cargándote de cuidados,  
aunque te sobren dineros.  
Calla, infame Camarón;  
no me trates, majadero,  
de materia en que jamás  
discurrió tu entendimiento.  
Ahora bien...

FER.

CA. ¿Qué es lo que intentas?

FER. Desde luego me resuelvo,  
para no morir al punto,  
el partirme a Italia luego.

CA. ¿Qué dices?

FER. Lo que has oído.

CA. ¿Pues no fuera bien primero  
acompañar a tu dama  
siquiera hasta el cementerio  
de la iglesia?FER. Así buscara  
no el suyo, sino mi entierro.  
Antes estaré dos días  
en Alcalá, donde pienso  
hacer por Laura, que así  
se llamó aquel ángel bello,



lo que una obligación pide.  
 CA. ¿Y la renta?  
 FER. Dejar quiero  
 un poder, por que se fije  
 adonde tengo dispuesto.  
 CA. ¿Y el hábito?  
 FER. Los despachos  
 se sacarán a su tiempo,  
 y las demás diligencias  
 se harán cuando haya dinero.  
 Trae los caballos al punto.  
 CA. Míralo mejor primero.  
 FER. Mirado está y bien pensado.  
 CA. Pues a mí no se me han muerto  
 mis amores, ¿cómo quieres  
 que parta si, por lo menos,  
 no los gozo cuatro días?  
 FER. Acaba ya, que estás necio.  
 CA. Harto acabado me voy;  
 ¿es posible que te deje,  
 gallega del alma mía?  
 Espera, que presto vuelvo.  
 FER. Por olvidar mis pesares,  
 salgo de la Corte huyendo;  
 el mejor remedio ha sido  
 siempre el poner tierra en medio.

(*Vanse. Salen LAURA y FENISA, criada.*)

LA. Déjame, Fenisa,  
 que llore mis penas,  
 que sienta mis males,  
 en tristes endechas.  
 ¿Cómo quieres, dime,  
 que yo me divierta?  
 que olvide mis ansias  
 y que no padezca,  
 cuando de mis padres  
 la fuerza y violencia  
 me obligó a la injuria  
 de fingirme muerta.  
 Quitóme a Fernando,  
 a quien las potencias  
 el alma y la vida  
 ofrecí por prendas;  
 porque yo le amaba:  
 de mí le destierra  
 con medios más fuertes  
 que usaron las fieras.  
 Desde que Fernando  
 entró por mis puertas,  
 y al tiempo que tuvo  
 mi muerte por cierta,  
 siempre vi a mi padre

con la vista atenta  
 a lo que yo obraba  
 contra sus violencias.  
 Llegóse a la cama,  
 clamaba sus penas,  
 fingiendo suspiros,  
 mostrando ternezas;  
 lloró con mi amante  
 sus falsas sospechas;  
 confirmélas muda;  
 túvolas por ciertas,  
 y aunque reventaba  
 por hablar la lengua,  
 desmintiendo trazas,  
 fuerzas y cautelas,  
 como la amenaza  
 de mi padre era  
 de hacer efectivo  
 lo que fué apariencia,  
 prevenir no pue  
 lo que tú pudieras,  
 si te hallaras libre  
 de sus diligencias.  
 Después de acabarse  
 tan triste tragedia,  
 fingida en los unos  
 y en otros de veras,  
 la noche siguiente  
 de Madrid me ausentan;  
 aunque vió a Fernando  
 salir de él con priesa,  
 aunque ya sobraaban  
 estas diligencias,  
 pues si él se partía  
 cesaban sus penas,  
 sin que se informase  
 si premiado era  
 de su Majestad  
 ni de tants prendas,  
 me trajo a esta quinta,  
 que es hacienda nuestra,  
 a quien riega Ebro  
 con Gállego y Gnerba;  
 Jalón se le juntan,  
 y todos se acercan  
 junto a Zaragoza  
 de aquí legua y media.  
 En fin, aquí trata,  
 dispone y concerta  
 que dos pretendientes  
 me sirvan y vean,  
 y de ellos elija  
 el que me parezca;

repara, Fenisa,  
mira qué paciencia  
podrá tolerar  
mudanzas tan nuevas,  
cuando don Fernando  
el alma me lleva.  
El es tan callado  
y sin dependencias,  
que no habrá ninguno  
que de esto le advierta.  
Mas, con dilaciones,  
iré dando treguas,  
por si mi esperanza  
a lograrse llega.  
Escribiré cartas  
a partes diversas,  
que den a mi amante  
relaciones ciertas.  
Diréle mi estado,  
sabrán mi inocencia,  
buscaránme alegre,  
viviré contenta;  
pero si inconstante,  
la fortuna adversa  
le quita a mi gusto  
el bien que desea,  
viviré muriendo,  
pues es justo muera  
la que ya lo hizo  
con las apariencias.

FE. Aunque don Fernando  
merece finezas,  
que tan repetidas  
son de tu belleza,  
y es justo, señora,  
que alabe y que crea  
las que él ha mostrado  
con tan grandes veras,  
no por eso ahora  
se hallen tus estrellas  
turbias con las nubes  
que forma su ausencia.  
Diviértete un poco,  
corre la floresta,  
alegra las flores,  
da gusto a la selva,  
emplea en las aves  
el arco y las flechas;  
y si aquéllas faltan,  
persigue a las fieras;  
que si don Fernando  
te ama y te desea,  
él vendrá a buscarte

aunque tú no quieras.  
Porque claro está  
que tendrá por nuevas  
que en el mundo vives,  
si a informarse llega;  
pero si olvidadas  
sus finezas deja,  
que es posible estando  
en distante tierra,  
procura tu gusto,  
resiste las penas,  
deja los sollozos,  
destierra las quejas.  
Y pues ya tu padre  
de casarte ordena,  
mira los galaes,  
oye sus ternezas,  
admite sus causas,  
júzgalas atenta,  
respóndeles dulce,  
atiéndeles tierna,  
que con esto sólo  
tendrás, Laura bella,  
gusto en este bosque,  
paz en las florestas,  
siendo de estos prados  
la rosa y violeta,  
clavel y narciso,  
jazmín y azucena.

(Sale LUDOVICO, padre de LAURA.)

LUDOVICO.

Laura del alma mía,  
hija querida, en quien alegría el día  
las luces con que alumbra y enamora  
estas florestas, que contigo dora;  
gracias a Dios que ya veré empleada  
y descansada mi vejez cansada.

LAURA.

Señor, ¿qué dices?

LUDOVICO.

Digo que ya goza  
esta floresta a toda Zaragoza.  
Ya Génova también, pues son llegados  
los amantes que son tan esperados.  
El primero, una legua ha caminado,  
siendo de Zaragoza ayer llamado;  
y el segundo, que en Génova asistía,  
llegó en la propia hora en este día;  
ambos aguardan que les des licencia  
para gozar el sol de tu presencia;  
alégrate y diviértete, y pensando

no estés en aquel loco de Fernando,  
que haces agravio a lo que yo te quiero.  
¿Qué dices? ¿Entrarán?

LAURA. (*Aparte*)

Con esto muero.  
¿No me dirás quién son estos amantes?

LUDOVICO.

Son, a lo que mereces, semejantes.  
El Conde de Lebrija y de la Quinola,  
es el de Zaragoza. Y Juan Espinola,  
el otro; acaba ya de disponerte,  
y di si será aquí o adentro el verte.

LAURA.

Entren aquí.

LUDOVICO.

Pues muy bien es que lleve  
la nueva; la visita será breve  
y muy de paso, que recién llegados,  
no quieren parecerse muy cansados,  
hallándose conforme, como es justo,  
de que elijas y escojas a tu gusto;  
llego a avisar; ya el uno y otro sale.

LAURA. (*Aparte*)

No es muy malo el concierto, si les vale.

LUDOVICO.

Que el Conde es éste advierte, Laura mía.

LAURA.

Ya sé que he de llamarle señoría.

(*Salen el CONDE y JUAN ESPÍNOLA, de camino; SILVERIO, criado del CONDE, y TOSTÓN, de genovés, que se llegan a hablar con FENISA.*)

LUD. Señores: en pie os recibe  
Laura, porque a descansar  
os vais luego.

CON. Con llegar  
a veros, el alma vive.  
No por descansar se prive  
del gusto del bien de veros.  
cuando al ver vuestros luceros  
despierta de oscura calma,  
advirtiéndome que hoy es alma  
porque llego a conoceros.

Viene en esto a confesar  
y a decir el alma mía,  
que obrará con grosería  
en partirse a descansar.

Descanso en vos viene a hallar,  
pero ya se contradice,  
ya de todo se desdice:  
amor disculpe su fe,  
que el alma que os tiene en pie  
no sabe lo que se dice.

L.A. Que así esperara a usiría,  
quiso mi padre; que hablaros  
sentándome, sin sentaros,  
sin alma procedería.  
En mí la descortesía  
es mayor, señor, aquí,  
de hablaros estando así;  
perdonadme, pues, mi culpa;  
cesa con vuestra disculpa,  
que es la que me salva a mí.

LUD. Bastan ya los cumplimientos;  
yo me confieso el culpado,  
pues dispuse anticipado  
la falta de los asientos.  
Es. Cuando están mis pensamientos  
el mayor gusto logrando,  
cortos serán ponderando  
su dicha en esta ocasióu;  
pero diga el corazón  
lo que yo iré declarando.

Dice con justas razones,  
que ya goza nuevo ser  
y que ya llega a tener  
en uno dos corazones;  
que el mío, con atenciones,  
al vuestro rinde la palma,  
y que el alma se desalma  
por unirle en lazo estrecho,  
con que aquél goza del pecho  
y el vuestro vive en el alma.

L.A. Aunque el hipérbole ha dado  
tan gran vuelo, le agradezco;  
que como nada merezco,  
juzgo que no me ha tocado.  
Pero no mostréis cuidado  
oyendo este pensamiento,  
porque despreciar no intento  
lo que amoroso advertís,  
pues habláis lo que sentís  
y yo digo lo que siento.

LUD. A descansar, caballeros,  
y hasta mañana; dejad  
suspensa la voluntad.

CONDE. Ya yo voy a obedeceros.

Dios os guarde. (*Vase.*)

L.A. (*Aparte.*) De quereros.

ESP. Guárdeos Dios. (*Vase.*)

L.A. (*Aparte.*) Para no hablaros.

LUD. Delante voy por guiaros.

(*Vanse entrando.*)

FENISA. Ya he dicho lo que he de hacer.

SIL. ¿Luego a nadie has de querer?

FE. Esto es por desengañaros.

(*Vanse los criados tras sus amos.*)

L.A. ¿Qué te parece, Fenisa?

FE. ¿Qué me puede parecer?

Si a ninguno has de querer,  
fuerza es que me cause risa.

L.A. Mal con mis intentos frisa  
su pretensión y atención.

FE. Disimular es razón.

L.A. Si el tiempo no lo remedia,  
tú llorarás la tragedia  
que anuncia mi corazón.

(*Vuelve a salir LUDOVICO.*)

LUDOVICO.

Hija, ¿qué dices? ¿Qué te han parecido?

LAURA.

Pues tú los has llamado y elegido,  
¿qué calificación podré yo hacerles?

LUDOVICO.

¿A cuál te inclinas más?

LAURA.

Será ofenderles,  
y aun ofenderme a mí, que tan de hecho  
diga su bien o mal con claro pecho.  
Déjame pensar, que no es el caso  
para arrojar el resto al primer paso.  
Y esta tarde, señor, con tu licencia,  
bajaré a la floresta, y en presencia  
de las flores, arroyos y corrientes,  
riberas, prados y enramadas fuentes,  
consultaré tan arduo pensamiento.

LUDOVICO.

Yo te doy la licencia muy contento,  
¡oh, Laura!, por lo mucho que deseo  
verte lograda en el mayor empleo.

LAURA.

Nunca nada tu amor me dificulta.

LUDOVICO.

Yo espero que saldrá bien la consulta,  
y que muy presto llegará a sabello.

LAURA.

Yo voy a verlo y a pensar en ello.

(*Vase LAURA y FENISA.*)

LUDOVICO.

Y yo también a hacer que acomodados  
estén ambos a dos, pues apartados  
estarán en dos casas a la diestra  
y a la siniestra mano de la nuestra.

(*Vase. Dicen dentro, a lo lejos, DON FERNANDO  
y CAMARÓN.*)

FER. ¡Ah, Camarón!, ¿dónde estás?

CA. Estoy en el mismo infierno,  
corriendo tras tu caballo,  
a quien no alcanzan los vientos.

FER. Pues síguele y no le dejes.

CA. Ya de cansado no puedo.  
Mal haya quien me parió  
y mal haya el que en aquesto  
me ha metido. ¡Voto, juro,  
pesía, por vida y reniego!

FER. Repórtate, Camarón.

Deja de jurar.

CA. No quiero.

(*Salc DON FERNANDO vestido de camino.*)

FER. ¡Válgame Dios! ¿Dónde voy?  
¿Estoy dormido o despierto?  
¿Qué tierra es esta que piso?  
¿Qué cielo es este que veo?  
¿Por dónde entré, que a salir  
por este bosque no acierto,  
según se abrazan los chopos  
y se incorporan los fresnos?  
¿Dónde se fué mi caballo?  
Ni a él ni a Camarón encuentro;  
y aunque mil voces le he dado,  
sólo me responde el eco.  
Mis palabras no percibe,  
yo no atiende sus acentos;  
los valles y selvas pasan,  
por las montañas me pierdo.  
Mas ya en la vista descubre  
tierra de mayor recreo,  
de artificios más realzados  
y matices más diversos.  
¿Qué huertos pensiles miro?  
¿Qué verdes montes y bleos?  
¿Qué eliscos floridos campos  
y qué países flamenos?  
¿Qué deleitosos jardines,  
que con natural aseó  
los viste abril, peina mayo,  
sin que los marchite enero?  
¡Con qué quietud pace el gamo,  
y duerme con qué sosiego

allí la liebre cobarde  
 y aquí el tímido conejo!  
 ¡Qué hermosas fuentes, que en tazas  
 de relucientes y tersos  
 pórfidos y jaspes brindan  
 a los ojos y al deseo!  
 ¡Qué gracioso y bello Adonis,  
 que en vez de coral sangriento  
 vierte perlas, suda aljófar,  
 con que salpicando el pecho  
 de aquella Venus que mira,  
 herida del cristal tierno,  
 parece que el mármol arde;  
 vive Adonis, siente Venus!  
 ¡Qué magnífico palacio,  
 que en cuatro torres, soberbio,  
 escalar quiere a las nubes  
 y competir con los cielos!  
 Mas, ¡oh, maravilla extraña!,  
 ¿qué sol es aquél, que envuelto  
 en divinos resplandores  
 dora el aire y baña el suelo?  
 ¿Qué soberana deidad,  
 si es aquesta la que en Efeso  
 tuvo culto y maravilla  
 fué de las siete su templo?  
 Que esta soledad sagrada,  
 este divino silencio,  
 no es estación de los hombres,  
 que visten humano velo.  
 En aquel jardín se esconde;  
 mas ya con dulces reflejos  
 se aparece entre las ramas,  
 como rosa en prado ameno  
 pisando y cortando flores  
 viene por los cuadros bellos;  
 mas apenas las arranca,  
 cuando florecen de nuevo;  
 hacia aquel arroyo manso,  
 que desatado y travieso  
 corre al mar, ninfa camina.  
 Allí se sienta; allí, ¡ay, cielos!,  
 se descalza, ¡con qué manos!;  
 ¡ay, amor!, ¡con qué despejo!;  
 ¡ay de mí!, ¡con qué donaire!;  
 ¡ay, corazón!, ¡con qué fuego!  
 ¡Oh, qué despojos la hierba  
 logra tan al descubierto!  
 Sin recato, ¡qué venturas!  
 Sin recelo, ¡qué consuelo!  
 ¡Qué rayos, sin embarazos!,  
 que no me descubran temo,  
 aunque están sus ojos dulces

hacia la otra parte vueltos.  
 Ramas, encubridme bien,  
 que por un resquicio emprendo  
 ver, sin que me sienta, al sol.  
 No me envidiéis, pues a un tiempo  
 gozáis lo mismo que gozo  
 y véis lo propio que veo.  
 Suspensas están las aguas,  
 suave las halaga el viento  
 y las flores en su linfa (1)  
 se miran como en espejo.  
 Pero en sus ondas la miro:  
 sólo un cambray de por medio,  
 viril de tanto donaire,  
 nube de tanto elemento.  
 ¡Oh, qué combates marinos,  
 qué dulcísimos encuentros!  
 ¡Qué golpes de cristal puro  
 se encaminan a su centro!  
 Más piedad tienen que furias,  
 más lástima que trofeos,  
 más cariño que rigores;  
 más que venganzas, respetos.  
 Más ¿que mucho, si al romperse  
 en sus dos cándidos pechos,  
 ceden amantes el curso,  
 temen rendidos el riesgo,  
 llegando sólo suaves  
 los más delicados quiebro  
 a ser engaste de aquel  
 que todos cogen en medio,  
 con que, en pabellón sutil  
 que se forma desde el cuello,  
 se ve engastado en cristales  
 el más limpio, claro y terso;  
 quedando libre la manga  
 de las hebras del cabello,  
 de los soles de sus ojos  
 y clavel de tanto cielo;  
 dando al prado nuevos rayos,  
 al viento, discursos tiernos;  
 a las nubes y a las flores,  
 celajes y visos nuevos?  
 ¡Oh, qué admiraciones miro!  
 ¡Oh, qué asombros!, ¡Oh, qué extre-  
 ¡Oh, qué deidad entre aljófar! ¡mos!  
 ¡Qué Olimpo de nieve y hielo!  
 ¡Qué volcanes en las aguas,  
 y en sus espumas qué incendios!  
 Desde más cerca, ¡ay, amor!,  
 me da a beber tu veneno,

(1) El original dice «nimpha» por errata.

que bebo en vaso penado  
 si me le das de tan lejos.  
 Mas, ¡ay, Dios!, ¿qué ven mis ojos?  
 ¡Ay, cielos!, ¿qué es lo que veo?  
 ¿No es Laura la que allí miro?,  
 ¿No es la muerta por quien muero?  
 ¿No asistí en Madrid yo mismo,  
 y sus últimos alientos  
 reconocí? ¡Loco estoy!  
 ¿Qué engaños, amor, son éstos  
 que haces a la fantasía,  
 tan loca como su dueño?  
 ¿Qué ilusiones me combaten?  
 ¿Qué dudas?; ¿qué pensamientos?  
 Quiero con más atención  
 mirarla, que, por lo menos,  
 viviré con la esperanza  
 cuando me falta el remedio.  
 Mas, ¿qué rumor la perturba?  
 ¿Qué ruido es éste? ¿Qué estruendo?  
 ¿Y hacia la parte del monte  
 vuelve los ojos atentos?  
 Ya me ha visto. ¡Soy perdido!  
 Ya se va. Seguir la quiero;  
 Detenla, amor, que es el rayo  
 y la flecha que me ha muerto.  
 Espérame; aguarda, Laura;  
 escucha; recoge el vuelo,  
 que te abrasarán las alas  
 mis suspiros, que son fuego.

*(Entrase DON FERNANDO, y por la puerta del otro lado, que una y otra han de estar en forma de jardín, sale LAURA, destocada, en manteo, con ropa de levantar y sin chapines.)*

LA. ¡Ay, triste! ¡Elena, Fenisa!  
 No me oirán, que con el miedo,  
 la lengua y voz se han helado  
 en la boca y en el pecho.  
 ¿Qué he de hacer? Nadie responde,  
 y quien me viene siguiendo,  
 me va dando en las espaldas  
 con el aire y el aliento.  
 Muerta soy. ¿Quién eres, hombre?

*(Vuelve a salir DON FERNANDO por la parte que salió Laura.)*

FER. Si eres Laura, que del cielo  
 a la tierra ha descendido,  
 seré don Fernando, el dueño  
 que en memorias y discursos  
 ha vivido el corto tiempo  
 que ha que faltas, aunque en mí  
 tan largo aqueste se ha hecho,

que son siglos los minutos  
 en que he estado padeciendo.  
 Que llegué a morir no dudo  
 en tan dichoso consuelo,  
 que una gloria ya perdida  
 para el mundo sólo un muerto  
 la ha de hallar y conseguir,  
 y en la causa y los efectos  
 conozco que, aunque imposible,  
 con la fuerza del deseo,  
 en cuerpo y alma he llegado  
 al asiento más supremo  
 donde goza tu hermosura  
 de aqueste imitado cielo.  
 Si has muerto, ¿cómo eres Laura?  
 ¿Vivo yo ahora o he muerto?  
 ¿Cómo en la tierra te miro?  
 ¿Cómo te hablo? ¿Cómo puedo  
 salir de duda tan grande?  
 ¿Qué regocijos son éstos?  
 ¿Qué gustos? ¿Qué sombras vanas?  
 ¿Qué flores, a quien el viento  
 al primer soplo derriba  
 con la fuerza de su hiello?  
 ¿Qué dulce imaginación?  
 ¿Qué ilusión? De nuevo muero  
 entre las dificultades  
 de laberinto tan ciego.  
 No te vayas, Laura mía,  
 sácame de estos duelos,  
 alívame de estos males,  
 líbrame de estos tormentos.  
 Si es este tu paraíso,  
 si esta floresta es tu cielo,  
 si es tu gloria aqueste campo  
 que gozas habiendo muerto,  
 mira que soy don Fernando,  
 repara que soy tu dueño.  
 ¿No me miras? ¿No me hablas?  
 No me tengas más suspenso.  
 I.AU. Las dudas en que te miras,  
 los temores y recelos  
 en que te hallas, don Fernando,  
 son muy ciertos, aunque inciertos,  
 para mí, porque conozco  
 lo que ignoras. Yo no temo,  
 porque estoy desengañada.  
 En ti serán manifiestos,  
 que los viste y los tocaste  
 por ciertos y verdaderos.  
 Fuerzas de un padre terrible  
 y sus amagos pudieron  
 contrastar mi voluntad

en el caso triste y fiero  
de una acción que temí tanto  
sólo con el fingimiento.

(*Dentro.*)

I.UD. ¡Laura!

FER. Señora.

LAU. ¡Ay de mí!

Aquestas voces que siento  
son de mi padre y Fenisa;  
retírate de aquí luego,  
no te detengas.

FER. Escucha.

LAU. Tú sabrás, Fernando, presto  
lo que estimo tus finezas  
y tus amantes deseos.  
No tengas temor alguno,  
que aunque a mi padre le temo  
y tiene dos pretendientes  
presentes, no por aquesto  
he de desaluciar mi gusto.  
Bien conozco lo que debo  
a tus finezas, Fernando;  
reconocerlas prometo;  
y porque me hallo en un traje  
a mi estado poco honesto  
y puede venir alguno  
que ataje mis pensamientos,  
como sucede volando  
a los pajarillos nuevos  
que se perdieron del nido,  
por salir a volar presto,  
no digo más de que importa  
que te apartes de aquí luego  
y a esa casa te retires  
que cerca de aquí estás viendo;  
las llaves traerá un criado:  
en ella estarás secreto,  
que esto puede durar poco;  
ten paciencia en este tiempo,  
y queda adiós por ahora,  
que esta noche nos veremos.  
FER. ¿Huyes y me dejas, Laura?  
LAU. No, Fernando; aquí me quedo,  
que sin alma voy mortal  
a padecer con el cuerpo.

(*Vase.*)

FER. Y yo en este paraíso,  
adonde admirado veo  
resucitadas mis dichas  
por camino tan incierto,  
aunque neutral en la gloria,  
que estoy dudando y creyendo,  
seguiré lo que me advierten

tus palabras y consejos,  
adorando en las florestas,  
donde desperté del sueño  
en que estuve sumergido,  
cada instante repitiendo  
«¡oh, Laura!», en tu paraíso,  
que pues a cobrarte vuelvo,  
no tengo que esperar más  
a la sombra de tu cielo.

(*Entrase, con que se da fin a la primera jornada.*)

FIN DE LA PRIMERA JORNADA

## JORNADA SEGUNDA

(*Salen DON FERNANDO y CAMARÓN.*)

FER. Buena mañana me das,  
pues dejándote perdido,  
donde yo vine has venido.  
¿Qué te pasó? ¿Cómo estás?

CA. Muerto estoy de tanto trote,  
pues de examinar los prados  
traigo los huesos quebrados,  
las carnes como jigote.

Aquesta noche pasada  
la pasé a ratos corriendo,  
y levantando y cayendo  
no conseguí en ella nada;  
iba siguiendo el caballo,  
mas el volaba, de suerte  
que jamás logré la suerte  
de alcanzallo y sujetallo;  
pero lo que más sentí  
es, en el mal que pasé,  
que la maleta no hallé.

FER. ¿Luego se ha perdido?

CA. Sí.

No tengo que decir más;  
y pues todo lo has sabido,  
y quizás Dios lo ha querido,  
volverte a Madrid podrás;  
porque sin dinero y galas,  
es lo mismo, y aun peor,  
que estar sin mula un doctor,  
el mosquetero sin balas,  
sin el vino el tabernero,  
sin mondongo el bodegón,  
el jurista sin bolsón  
y sin bacía el barbero.

FER. Que precediese este mal  
al dulce bien que hallé yo.

CA. ¿Bien hallaste? Pues yo, no,  
porque hallé un mal general.  
Si por los bosques corría,  
con un tronco topetaba;  
y si a una vega llegaba,  
en lo más llano caía.

Tal vez alargué la mano  
a cosa que parecía  
la maleta, y la metía  
en no muy limpio pantano.

Al fin, después de rendido,  
me derribó el sueño fiero  
en un diablo de hormiguero,  
a donde fui perseguido,  
tan picado y maltratado  
cual nunca me vi jamás,  
pues no me conocerás  
según estoy desollado.

Mas, dime: ¿qué bien hallaste  
en esta floresta? ¿Dí?

FER. A Laura.

CA. ¿La muerta?

FER. Sí.

CA. ¡Jesús!, ¿pues cómo la hablaste?

¿Fué en visión, o ella te habló  
en carnes o amortajada?

FER. Calla, no me digas nada.

CA. Pues habla y callaré yo.

FER. Viva la vi, y tan hermosa,  
que imitaba un serafín:  
por la blancura, al jazmín;  
por lo encarnado, a la rosa.

Engaño fué, no murió;  
que muriese el padre quiso  
para mí, y al paraíso  
que miras lo trasladó.

Ven y sabrás lo que pasa  
desde que ayer la encontré;  
ven aprisa y te diré  
lo que has de hacer en su casa.

Ven y sabrás el concierto  
que anoche los dos trazamos;  
ven, ven...

CA. Vamos y veamos  
si lo que dices es cierto.

FER. Su muerte ha sido fingida;  
aquí vive, en la floresta.

(*A parte.*)

CA. Por Dios, que temo su testa.

FER. Ven y admirarás mi vida.

Sígueme, que ya nos llama  
de aquella casa un criado.

CA. Si hay un cocido y asado  
para comer, y una cama  
que limpia de hormigas fuere,  
y un trago de San Clemente,  
yo conoceré muy bien,  
si Laura vive o si muere.

(*Salen LAURA y FENISA, criada.*)

LAU. Fenisa, ¿qué te parece  
del estado de mi empleo?

FEN. Que lograrás tu deseo,  
que Fernando lo merece;  
que el alma y vida que ofrece  
es igual a tu lealtad;  
que es una la voluntad,  
y que os amáis y os queréis,  
sin que los dos os llevéis  
onza de desigualdad.

Que el festejo que le haces  
se le debe de derecho,  
que es muy constante su pecho  
y que tú le satisfaces;  
que holgaré de ver las paces  
de guerra tan suspendida,  
que amor a los dos convida  
a que gocéis de esta palma,  
que ambos a dos sois un alma,  
un corazón y una vida.

LAU. Muy tarde anoche le vi,  
y tú estuviste presente,  
conociendo lo que siente  
el corazón que le dí.

FEN. Todo lo reconocí,  
lo admiré y aun lo envidié.

LAU. Con fe se paga una fe;  
quien bien ama, tarde olvida,  
por más que un padre lo impida,  
como en mí se mira y ve.

FEN. Notable ha sido el encuentro  
contigo, de don Fernando.

LAU. Pues, dime Fenisa, ¿cuándo  
no busca el amor su centro?  
Yo me hallaba siempre dentro  
de su pecho, y al hablar  
de él, llegué a conjeturar  
lo mismo, que aunque se tuerza  
un arroyuelo, por fuerza  
ha de encontrar con el mar.

Yo soy el mar que acogió  
el arroyo, que es Fernando;  
yo busco su curso amando,  
él vuelve donde nació.  
Yo vivo en él y él vivió



anhelando como anhelo;  
luego logrando el consuelo  
de volverse aquí a juntar,  
es ir el arroyo al mar  
y el mar cobrar su arroyuelo.

(Sale LUDOVICO.)

LUD. Fenisa.

FEN. Señor.

LUD. Espera

afuera, y si me buscase  
Juan Espínola o el Conde,  
me avisarás al instante.

FEN. Luego voy a obedecerte.

(Vase.)

El semblante de vinagre (*A parte.*)  
corrompido trae el viejo,  
traslado a lo que él hablare.

(Vase.)

LUD. Laura, si intentas que viva...

LAU. ¡Ay de mí! Sin duda sabe (*A parte.*)  
que don Fernando está aquí.

LUD. ¿Cómo en suspensiones tales  
borras de mi honor los timbres  
que conservaron mis padres?  
¿Cómo cuando solicito  
excusar enemistades,  
sepultar las discusiones  
y olvidar pasados lances,  
tú consientes y dispones  
que en murmuraciones ande  
el crédito de mi honor,  
aumentando mis pesares,  
sentimientos más crecidos  
y nuevas penalidades?  
¿Cómo quieres (1) falten éstas?  
¿cómo han de ser tolerables  
si las enciendes y buscas,  
si las aumentas y traes  
teniendo encubierto?

LAU. Cesen  
tus razones, y pues sabes  
que ya don Fernando está...

LUD. No me digas, no me trates  
de lo que ya la memoria  
olvidó y dejó a una parte,  
pues sé que de él no te acuerdas  
para verle ni nombrarle.

LAU. Ya resbalaba la lengua. (*A parte.*)  
Recojámosla, pesares,

que sin esperar los fines  
de los bienes o los males,  
iba a descubrir mi culpa  
de tal forma, que sin darme  
media vuelta de tormento,  
se arrojaba a despeñarse;  
pero no me espanto de esto,  
que tiene fuerza tan grande,  
que el pecho no la consiente  
y la derrama en la calle.

LUD. En fin, digo Laura escucha  
que acabes de declararte  
o en favor del genovés,  
o del Conde; no se alargue  
más su esperanza, que viven  
sin saber de dónde nace.  
¿Para qué es la suspensión,  
que ya solamente vale  
para que discorra el vulgo  
lo que no entiende ni sabe?  
Y aunque presuman todos,  
hasta tus propios amantes,  
que encubres alguna culpa  
contra sus seguridades,  
este incendio que se sigue,  
esta llama y este ultraje  
es bien que se reconozca,  
que se ciegue, que se apague,  
que se confunda, y jamás  
corra la voz variable  
a eclipsar lo que es más puro  
y más limpio; que no el aire  
que el más alto firmamento  
corre y habita constante.  
Y pues que ya reconoces  
que aconsejo como padre,  
dime a lo que te resuelves,  
sin que les tengas neutrales,  
sin que me llesves suspenso,  
sin que tu estado dilates  
y des a mi casa el día  
en que han de cesar mis males.

LAU. Conozco, señor, que dices  
claras y ciertas verdades,  
que son muy prudentes todas  
y de estimación muy grande.  
Yo las admiro, y ofrezco  
elegir, antes que pasen  
dos días, al que por dueño  
he de tener; y pues sabes  
que pretendo darte gusto,  
no me apremies a que antes  
resuelva lo que no he visto

(1) En el original «quies que» sin duda para que el verso no resultase largo.

más de una vez, y no trates  
de limitarme este tiempo,  
pues entiendo que no es fácil  
deshacer lo que se hiciere,  
y que en ocasiones tales,  
es mejor la dilación  
que apresurar lo que tarde  
o nunca remediar puede,  
lo terrible ni suave.

LUD. Pues quede sentado así.

LAU. Así lo está, por mi parte.

LUD. Si a mis canas, Laura, miras  
y al lustre de nuestra sangre,  
dos espejos son que advierten,  
si en ellos bien te mirares,  
la atención con que es preciso  
conservarles y guardarles.

(Sale FENISA.)

FEN. Juan Espínola y el Conde  
te quieren hablar.

LUD. Pues trae  
sillas en que nos sentemos,  
y Laura estará delante,  
mirando y reconociendo  
el que más le contentare.  
Di que entren. ¿Qué te detienes?

FEN. Ya, señor, entrambos salen.

LAU. Si don Fernando viniera, (*A parte.*)  
se aliviaran mis pesares;  
pero ya vendrá su día,  
que los gustos llegan tarde.

(Salen ESPÍNOLA y el CONDE, sentándose. Entrase FENISA.)

LUD. Laura espera a useñoría  
y a usarced.

CON. No es bien que aguarde  
quien es esperada siempre  
de mis desvelos amantes.

ESP. Lo mismo dice mi amor,  
Laura hermosa.

LAU. Dios os guarde.

LUD. El sentarse es lo que importa,  
por que se discurra y hable.

ESP. Señora, después que os vi  
y vuestros ojos miré,  
sin alma y vida quedé,  
porque vida y alma os di;  
y tanto me suspendí  
mirando vuestra hermosura,  
que fuera extraña locura  
de mi amor, solicitar,

más bien que poder mirar  
ni envidiar mayor ventura.

Que lo bello, lo curioso  
de este paraíso ameno,  
por naturaleza es bueno  
y por vuestra gracia hermoso.  
Lo fragante, lo gracioso  
de tal manera le daís,  
que le lucís, le alegráis  
con tan realzada eminencia,  
que tuviera a impertinencia  
preguntaros cómo estáis.

Cómo estoy yo deseaba  
saber y entender de vos;  
que amor como ciego dios  
es en lo que más repara;  
porque aunque dice la cara  
si ama y quiere, y el semblante  
le enseña siempre delante,  
como el alma no se ve,  
hace dudar a mi fe  
como en lo más importante.

LAU. Si usarced me preguntara  
cómo estoy, le respondiera  
a propósito, y dijera  
lo que el amor me dictara.  
Pero en lo que me declara  
de complacer a su empleo,  
la disposición no veo  
ni el trato y razón me obliga,  
pues para que yo lo diga  
lo ha de querer el deseo.

Mas dejando digresiones,  
que pareciendo terribles  
las vuelve amor muy posibles  
con segundas intenciones,  
agradezco las razones  
que aplica vuestro dolor,  
y a su tiempo ofrece amor,  
con finísima verdad,  
servir tanta voluntad  
y admirar tanto favor.

CON. Es mi amor tan superior  
en el llegaros a amar,  
que a más no puede llegar,  
porque no admite mayor.  
Es un amor que al amor  
enseña a amar y querer,  
viéndose en tan alto ser  
que otro no le deja atrás:  
que como llegó a lo más,  
no tiene más que crecer.

Cuentan del Nilo, que apenas

nace, cuando en tiempo breve  
a beber el mar se atreve  
derramado en siete venas,  
que bañando las arenas,  
la tierra quiere anegar,  
sin que con tanto anhelar  
pueda mudar su corriente,  
y sin acordarse fuente  
pudo presumirse mar.

Así mi amor, tierno infante,  
a tanto ha llegado ahora,  
que le juzgaréis, señora,  
no por niño, por gigante.  
Que como se vió arrogante  
con tanto caudal y brío,  
se ha extendido su albedrío  
por toda el alma, de suerte  
que ya fuente no se advierte,  
sino caudaloso río.

I.A. Río, mar, arroyo y fuente  
se muestra en todo usiría,  
pues con tanta valentía  
da ejemplar tan eminente.  
Pero aunque tan tierno siente  
en el amar y querer,  
diferencia suele haber  
en el decir y sentir,  
y el más diestro discurrir  
vencido se suele ver.

No es bien no calificar  
amor que puede no ser,  
porque está el aborrecer  
tan cerca como el amar,  
y enseña a filosofar,  
no como vos, elocuente,  
el que discurre prudente;  
que el Nilo, sin presumir,  
pudo nacer y morir  
siempre arroyo y siempre fuente.

Y aquesto veréis mejor,  
si tanto en mi intento cabe,  
en este emblema suave  
que nos pintan en la flor:  
que en un hora, el resplandor  
con que nace y con que crece,  
en ella se desvanece;  
y así, el amor más fiel  
y el más precioso clavel  
caduca cuando florece.

I.U.D. Ya que el discurso ha llegado  
a usar de la delgadez,  
yo os suplico que esta vez  
se muestre en lo más realzado,

y pues que Laura ha formado  
el motivo, sea el asunto  
su hermosura.

LA. Aquese es punto  
que tiene tantos defetos,  
que es agraviar los sujetos  
y el entendimiento junto.

(Sale FENISA.)

FEN. Aquí acaba de llegar  
un gentilhombre, que quiere  
darte una carta.

I.U.D. Quien fuere,  
se puede un poco aguardar,  
sin que nos venga a turbar  
en el punto que nos vemos.  
CON. Antes es bien lo pensemos,  
por que podamos decir  
algo que se pueda oír  
de tan diversos extremos.

ESP. El Conde ha dicho muy bien,  
y el mismo parecer sigo.

I.U.D. ¿Qué dices, Laura?

LA. Yo digo  
que me conformo también,  
y que nos aguarde quien  
trae el recado.

I.U.D. Fenisa,  
di que entre, que bien aprisa  
le volveré a despachar.

FE. ¡Ah! Hidalgo, bien puede entrar.  
Mucho es detener la risa. (Aparte.)

(Sale CAMARÓN con capa corta, sombrero alto y espada caída de tiros.)

CAM. Cuando yo, señores, veo  
que no conozco a ninguno,  
por fuerza seré importuno,  
según miro y según creo.

Pero a todos os suplico,  
aunque mi talle os asombre,  
me digáis quién es un hombre  
que se llama Ludovico.

Porque donde hay tantos buenos,  
no se pierde en preguntar,  
y es más fácil que trocar,  
al dar la carta, los frenos.

I.U.D. Yo soy. ¿Qué es lo que queréis?  
Sentaos.

CAM. La silla es sobrada  
dónde hay tanta gente honrada,  
a más que, como sabréis,

(Dale una carta.)

- el que viene pretendiendo,  
por el suelo suplicando,  
siempre se ha de estar jibando,  
encorvando y remeciendo.
- I.A. Notable es el traje nuevo.  
(A FENISA.)
- ¿No le ves?
- FE. Ya sé, señora, que es  
de don Fernando el mancebo.  
¿Es esto lo que trazaste  
anoche con él?
- I.A. Lo propio.
- FE. No es para mí muy impropio,  
pues que mi bien me acercaste.
- CA. En la misiva mis restos  
eché, pues es falsa toda,  
viniendo a hacer una boda  
y a desembodar a éstos.  
¡Plegue a Dios que no descubra  
mi intención. Mas ya leyó;  
el engaño no entendió:  
siempre con tierra le cubra.
- I.UD. Es de un gran amigo mío  
la carta; ya la he pasado.  
Este hombre me han enviado,  
Laura, y por quien viene fio  
que muy bien te servirá,  
si es que te contenta a tí;  
porque en lo que tira a mí,  
sé que bien procederá.  
Lo personal mirará:  
el modo, traza y primor.
- CA. El tallo no le hay mejor  
por delante y por detrás.
- I.A. No tiene mal parecer,  
aunque las barbas son pocas.
- CA. Para escudero de tocas,  
falta pudieran hacer;  
pero las niñas que están  
para casarse es muy bien  
tener un hombre de bien,  
hombre gentil y galán;  
a más, que éstas son tan viejas  
y tan presto crecerán,  
que todos las mirarán  
compasadas de las cejas,  
pues su ruindad no ha venido  
porque tengan pocos años,  
que otros han sido los daños  
y un trabajo que he tenido.
- I.A. ¿Cómo?
- CAM. Un barbero aprendiz  
con los hierros me abrasó,  
y un bigote me arrancó  
hasta la misma raíz.  
Y como enseñar mis males  
mi tan mala proporción,  
pasé plaza de capón  
porque estuviesen iguales.
- CO. Por el gesto y el humor,  
recibiera yo este hombre.
- I.UD. Decid, ¿cómo es vuestro nombre
- CAM. Camarón es, mi señor.
- I.UD. ¿Y hasta ahora habéis servido  
en otra parte? Decid.
- CAM. A un fraile asistí en Madrid,  
y fué muy bien asistido  
más de diez años, y un cargo  
me hizo con tan poca culpa,  
que no valió mi disculpa.  
Proseguid.
- Es caso largo.
- Reñí con él, y al momento...
- I.UD. Llegad a la conclusión.
- CAM. Ya, por mi reputación,  
habré de contar el cuento.  
A este fraile a quien servía,  
un gran presente enviaron  
un día que predicaba,  
para aliviarle el trabajo.  
Púsole sobre un bufete  
compuesto y acomodado,  
volviendo como se usa  
a cuyos eran los platos.  
Con esto, bajó a la iglesia,  
habiendo muy bien cerrado  
la celda, sin acordarse  
de un monillo, tan gran diablo,  
que no teniendo qué hacer,  
sobre la mesa dió un salto,  
y comiéndose unas guindas,  
hizo los vidrios pedazos;  
tragó y arrojó bizcochos,  
y haciendo otros desacatos  
al Padre, sacó del busto  
con aqueste dulce saco.  
Y reconociendo el mono  
el castigo que tal daño  
merecía, discurrió,  
como si fuera letrado,  
dónde escondido estaría  
más oculto y más guardado,  
para librar las costillas  
de disciplinas y palos.  
Metióse en un presidente

de Talavera, del alto  
de una vara, que por limpio  
no le causó ningún asco.  
Al tiempo que predicaba,  
el Padre tuvo unos malos  
apretones en las tripas,  
que le hicieron y obligaron  
a cercenar el sermón,  
y aquel púlpito dejando,  
bajase por su escalera  
más por fuerza que por grado.  
Subió a la celda corriendo,  
y abrióla tan deslumbrado,  
que no vió el mal de los dulces,  
ni hizo del mono reparo;  
antes se sentó de golpe,  
tronando y relampagueando  
con tal furia, que al monillo,  
que se halló en tan corto espacio,  
le fué fuerza el apelar  
y asir de lo que halló a mano,  
con que paró todo en gritos,  
temores, miedos y espantos.  
Llegué a quitársele luego,  
que en la presa encarnizado,  
con dientes como caimán  
le sacaba los pedazos.  
Echéle por un balcón,  
y el convento alborotado  
vino a las voces, y el Padre  
el caso disimulando,  
se metió en la cama aprisa;  
dijo allí que era un tacaño,  
echándome a mí la culpa  
de los araños y cascós,  
metiendo el suceso todo,  
como dicen, a barato;  
y por salir con la suya  
y sustentar siempre el cargo  
de que fué mi golosina  
causa de tan fiero estrago,  
al punto me despidió;  
y sin hacer el pecado,  
me vi mono en el castigo,  
sin haberme hallado al daño.

LUD. Caso notable, por cierto.  
CON. Y bien gracioso presagio.  
LUD. Mal el fraile procedió.  
LA. Por las gracias, le dió agravios.  
CA. Yo, por jugar de lo limpio,  
mucho del cuento he quitado;  
porque ello mismo se dice,  
mejor que hablando, callando.

LUD. Desde hoy, servid Camarón  
en casa, y el señalaros  
el ministerio reservo,  
hasta que experimentando  
vuestra habilidad mayor,  
pueda daros lo más alto,  
lo más grande y preeminente;  
y ahora, apartaos a un lado,  
para que estos caballeros  
cumplan con lo que ajustaron.

CA. Beso todas cuantas suelas  
ocupan aqueste estrado,  
que los pies es cosa mucha  
y todos están calzados.

LUD. Ahora diga useñoría,  
el asunto comenzando,  
lo que alcanza y lo que siente  
de tan hermoso milagro.

## CONDE.

Quiso naturaleza, en un perfeto  
retrato, descansar de su porfía;  
que criar hermosuras cada día  
quita la estimación, niega el respeto.

Dispuso el arte, y con pincel discreto  
templar colores y pintar quería,  
cuando en un cuadro que acabado había  
halló logrado el fin de su conceto.

Y así naturaleza, artificiosa,  
dispuso en Laura lo que halló en su idea:  
valiente en el obrar, y generosa;

que como lo mejor formar desea,  
copiando de su cara milagrosa  
no saca imagen ni pintura fea.

ESP. El alma que el Conde dió,  
de su ingenio ha sido parto;  
pero al amor me encomiendo,  
que es el que me está dictando.

Dispuso amor que en el amor hubiese  
una hermosura a todas reservada,  
y que de todas fuese fabricada,  
sin que a ninguna de ellas pareciese.

Que de una las mejillas eligiese;  
los ojos, frente y boca más realzada;  
de otra la tez más bella y ajustada;  
y, en fin, que el mejor talle se vistiese.

Con esto, amor a todas las convida,  
y en una junta dulce y amorosa  
eligió lo mejor de aquesta vida,  
sacando en perfección maravillosa,  
por la flor más realzada y escogida,  
a Laura, más que todas más hermosa.

LUD. No hay más que poder decir,  
ni hallo ventaja en entrambos.

LAU. Siendo la causa lo menos,  
los efectos han llegado  
a lo más que no merezco,  
que no penetro ni alcanzo.

CA. Aunque parezca descoco  
de tan moderno criado,  
suplico no se me impida  
lo que entiendo en este caso.

LUD. ¿Luego sois poeta?

CA. ¿Pues  
no lo dice aqueste sayo,  
esta capa y, finalmente,  
el hallarme sin un cuarto?

LUD. Si Laura quiere, decid.

LAU. Sí; pero dese traslado  
a estos señores.

SP. Yo vengo  
en lo mismo.

CDE. Yo lo alabo.

CAMARÓN.

Rábano os juzgo, ¡oh, Laura!, muy lavado,  
y nabo en reverenda y grande olla;  
en escabeche sois blanca cebolla,  
y ajo con abadejo bien guisado.

Alcachofa en relleno piñonado,  
y puerro entre hortaliza y toda olla;  
repollo con tocino, vaca y polla,  
y chiribía con atún picado.

El sabor sois de toda salsería,  
y de los gustos buenos un piñupollo  
que en sí recoge toda especería.

Y, en fin, sois reducida a dulce bollo,  
rábano, nabo, puerro, chiribía,  
alcachofa, cebolla, ajo y repollo.

LAU. Bien gustoso es el ingenio  
de Camarón, y realzado.

CA. Yo no me meto con flores,  
con hermosuras ni cuadros,  
que en el tragadero sólo  
es donde los gustos hallo.

(*Levántanse.*)

LUD. Esto se acabe por hoy;  
vuestras causas yo las hago  
como es razón, caballeros.  
Tú, Camarón, entretanto  
que hay comodidad en casa,  
pasarás aquel trabajo  
de ir a dormir a una quinta  
que está de aquí pocos pasos,

y Laura resolverá,  
pues que tan despacio ha hablado  
a estos señores, aquel  
que pareciere más grato  
a sus ojos, como dueños  
que son en aqueste caso  
de la elección, y a quien pueden  
recomendar sus cuidados,  
sus amores y finezas,  
pues han de hacer el milagro.

COD. Mi pensamiento, señora,  
dice muy bien lo que callo.

ESP. Mi silencio representa  
mis finezas y cuidados.

CDE. Mi esperanza vive en vos.

ESP. Mi alivio busco en miraros.

LAU. El tiempo dirá mi amor.

LUD. Ese ya se va llegando.

LAU. Nada de esto me consuela;  
todo es pensar en Fernando.

(*Vanse y quedan CAMARÓN y FENISA.*)

FE. Qué alegre estoy de que en casa  
hayas, Camarón, quedado.

CA. Qué contento estoy, Fenisa,  
de verme junto a tus brazos;  
pero dime, por tu vida,  
si por arte de algún diablo  
has venido a esta casa,  
y cómo dejaste el lado  
de la viuda que servías  
en la Plazuela del Rastro.

FEN. Lo mismo pregunto yo  
de lo que a ti te ha pasado.

CA. Pues estamos aubos juntos,  
quizá por nuestros pecados,  
despacio nos contaremos  
los principios y los cabos.

FEN. ¡Ah!, sí, que no me acordaba:  
mi señora me ha mandado  
que te diese este papel.

CA. ¿Para quién?

FEN. Para tu amo.

CA. Que no ha menester papeles  
ni respuestas don Fernando,  
teniéndome a mí y a ti;  
mucho mejor es que hagamos  
nuestro negocio, Fenisa.

FEN. ¿Qué negocio?

CA. Yo he trazado  
embobar al genovés,  
y que con papeles falsos  
o fingidos, le saquemos,

Fenisa, algunos ducados;  
porque si casarnos hemos,  
para que tiempo tengamos  
con que pasar y pagar  
los gastos del ordinario.

FEN. Si tú piensas salir bien  
de papel tan temerario,  
haz lo que te pareciere,  
que en suceso bueno o malo  
mi ayuda tienes segura.

CA. No desecho tu resguardo,  
porque estas redes sucede  
entenderlas el contrario,  
y el cazador a los fines  
queda colgado en su lazo.

(*Vase Camarón.*)

FEN. Poco a poco la novela  
se va enredando y trabando;  
pero la noche se llega,  
que es capa de enamorados,  
de retirados y presos  
y de otros que están cerrados  
en casa, como lechuzas,  
a la oración esperando  
para salir a tratar  
sus negocios ordinarios;  
esto es decir que conviene  
contar al viejo los pasos,  
pues es llegada la hora  
en que Laura a sus cuidados  
buscará algún refrigerio,  
y me importa en todo caso  
asegurarle, y después  
pasar yo también un rato  
con mi Camarón, a quien  
he querido tantos años. (*Vase.*)

(*Salen Tostón y Camarón.*)

TOSTÓN.

Buenas albricias tienes de mi amo,  
amigo Camarón.

CAMARÓN.

Tuerza la vía;  
que si cual perro acude a mi reclamo,  
caza no llevará, por vida mía,  
que se viene tras mí si no le llamo.

TOSTÓN.

Como tanto le quiero, yo quería  
que dos eslaboncillos me donase.

CAMARÓN.

¿De la cadena dice?

TOSTÓN.

Si gustase.

CAMARÓN.

Déjeme, no se canse, ni a mi nuca  
la aturda con tan bélicos amagos;  
conténtese con ir a una bayuca  
a echar conmigo cuatrocientos tragos,  
de un licor que ni en Génova, ni Luca  
se halle otro igual en el formar estragos,  
y baste, en fin, decirle al alabarlo,  
que es de edad de años diez y ojo de gallo.

Si no le cuadra, váyase al instante  
y no me enfade más.

TOSTÓN.

Digo que aceto  
el brindis que me ofrece tan galante;  
quede con Dios.

CAMARÓN.

Así se lo prometo.

TOSTÓN.

Voy a buscar en este mismo instante  
al criado del Conde, y con secreto  
hacer un salto a Camarón; quedaos  
hasta gargantear. (*Vase.*)

CAMARÓN.

Brindis, caraos.

Ya el papel me ha valido una cadena  
del genovés amante, que, embancado,  
la hizo al sacarla para mí muy buena,  
pues le dejó en el suelo, descuidado;  
cayósele, y cogile yo sin pena,  
con que está sin papel, descadenado.  
Veamos qué contiene y lo que apoya,  
para más dirección de mi tramoya.

(*Ha sacado un papel en el que lee lo siguiente:*)

«El primer lugar tienes en mis ojos, y así puedes considerar tu esperanza sin engendrar en el discurso el menor temor. Venme a ver esta noche por la ventana del jardín, que Camarón te dirá la hora y mis deseos para lograr nuestro amor.»

De molde viene el papelillo agora  
para encajarle al Conde; yo le (1)  
Creencia tiene con que abona y dora  
la certidumbre del segundo, (1)  
ya me dijo mi amo que a su aurora  
vería cuando el sol esté en (1)  
famosa manla, sólo yo siguiera  
la primera, segunda y la tercera.

(1) Ilegibles estas tres palabras en la fotocopia, que deben formar consonante.

(Sale DON FERNANDO, de noche.)

FER. Qué poco sosiega amor,  
cuando tiene el bien enfrente;  
cuánto teme, cuánto siente  
y cuánto llora el dolor.  
Todo es inquietud, rigor,  
fatiga, pena y desvelo;  
en cosa admite consuelo,  
y si con algo le alcanza,  
luego muere la esperanza  
de enfermedad del recelo.

Vacilando el pensamiento,  
no piensa de estar pensando,  
que es un pensar esperando  
que no cesa en su tormento.  
Ya imagina su contento,  
ya teme su perdición,  
ya se alegra el corazón,  
ya de los gustos se aleja,  
ya los busca y ya los deja  
a memoria y la razón.

Muchas veces el morir  
más que no vivir deseo,  
y otras discurriendo veo  
que no tengo que elegir;  
regulo tanto sentir  
con el gusto que he de hallar,  
torno otra vez a pensar,  
y neutral nada resuelvo;  
pero si a Laura me vuelvo,  
todo lo llevo a olvidar.

(Laura, en la ventana.)

LAU. ¡Qué mal se consigue el sueño  
cuando el bien se está esperando!  
¡Qué poco se busca cuando  
se juzga a la puerta el dueño!

¡Oh, lo que puede un empeño  
de afición que el alma halló!  
¡Qué poco el riesgo temió!  
¡Qué poco los embarazos,  
que sólo busca los brazos  
adonde nació y vivió!

FER. En la ventana he sentido  
golpes y gente; yo llevo.

LAU. Amor escuchó mi ruego,  
pues don Fernando ha venido.

FER. ¿Sois vos, mi dueño querido?

LAU. Yo soy, dulce enamorado,  
mi suspensión, mi cuidado;  
¿cómo os sentís, cómo estáis?  
¿cómo en mi ausencia os halláis  
y cómo os veis a mi lado?

FER. Sin vos, ave en noche fría,  
esperando siempre al alba;  
con vos admiro su salva,  
porque en vos he visto el día.  
¿Mas quién no tendrá alegría  
si imitáis aquel farol  
que es de la tierra crisol,  
pues remedando a la aurora  
para mí siempre sois Flora,  
alba, día, luz y sol?

LA. Si mi vida se halla en vos  
y tan firmemente asida,  
más cerca miro mi vida  
cuanto más juntos los dos.  
Muerte es sin vos, sabe Dios,  
y según mi pensamiento  
nunca amor está contento  
si no es pensando y tratando  
de que en vos está, reinando  
amor, vida y sentimiento.

Del papel que os envié,  
¿qué decís? ¿Qué os pareció?

FER. Si Camarón le llevó,  
de él hasta ahora no sé.

LA. A Fenisa lo entregué:  
no sé cómo no ha llegado.

FER. Al que ha de ser desdichado,  
le sobran las prevenciones,  
que en todas las ocasiones  
el cuidado es descuidado.

LA. Bueno es eso para el medio  
que solicita mi amor.

FER. Ya le escucha mi temor.

LA. Pues atended el remedio.

(Hablan aparte y sale ESPINOLA y TOSTÓN.)

ESP. ¡Válgate el diablo el papel!  
¿Dónde has ido? ¿Dónde estás?

TOS. En casa le dejarás;  
tanto no pienses en él;  
que con menor ocasión  
muchos juicios han faltado,  
porque a una cosa han cargado  
toda la imaginación.

Si en el bolsillo no está,  
en la pretina, en el pecho,  
ni en otra parte, sospecho  
que allá se te quedará.

ESP. Eso, sin duda, ha de ser,  
porque lo contrario fuera  
causa para que muriera.

TOS. ¿Qué, no se puede perder?

(Ve hablar en la ventana.)



ESP. Mas espera, que otro mal  
duplica mis desconsuelos.

TOS. En llegando a tener celos,  
la enfermedad es mortal.

ESP. Bien dices, que el pensamiento  
luego que los concibió,  
temió, sintió y padeció  
infierno, muerte y tormento.

TOS. Si a perder el papel viene, (*Ap.*)  
tras esto su furia temo.

ESP. En vivas llamas me quemo.

TOS. Escaparne me conviene.

ESP. El Conde es, o estoy dormido,  
el que con Laura está hablando.

TOS. Pues déjale estar gozando  
el tiempo que le ha cabido.  
Porque echarle a cuchilladas  
es grande barbaridad.

ESP. Hoy rompo con su amistad;  
daréle mil estocadas.

TOS. Yo te guardaré allá fuera  
las espaldas.

ESP. No te has de ir.

TOS. Mira que el mejor reñir  
es defender la trasera.

ESP. Vete, que no es menester  
aquí ni allá tu asistencia.

TOS. Si yo te viere en pendencia,  
luego te vendré a valer.  
(*Vase.*)

ESP. Yo solo basto, y aun sobro  
para vengar mi tormento.  
¿Mas quién me estorba el intento?  
Más dudas de nuevo cobro.  
(*Sale el CONDE.*)

CON. Con favor tan soberano  
como el que Laura me ha hecho,  
gozar pienso de su pecho  
y darle presto la mano.  
¡Oh letras que condujeron  
a mi dicha todo bien!  
¡Bien haya, bien haya, amén,  
los dedos que os escribieron!  
Pero mis ojos han visto  
que un hombre con ella está,  
y otro un poco más allá;  
¡qué mal el dolor resisto!

L.A. Gente hay en la calle, adiós.  
No demos que sospechar;  
procura disimular,  
pues nos importa a los dos.  
(*Entrase Laura.*)

FER. Si me quieren conocer,  
ha de andar el diablo suelto,  
que con corazón resuelto  
nunca he llegado a temer.

ESP. Que el otro será criado  
del Conde me dice el pecho.

CON. Que es el genovés sospecho,  
y Tostón el que está al lado.  
Pero desnuda la espada,  
descubrirá la verdad.

FER. ¿Decid quién sois? Acabad,  
que tanto mirar me enfada,  
cuando para vuestro daño  
me desvanecéis el gusto.

CON. Así sabréis mi disgusto.  
(*Acuchillanse don Fernando y el Conde.*)

ESP. De nuevo crece mi engaño.  
¿Luego el otro no es criado  
del Conde, que a Laura hablaba?  
Duda fuerte, pena brava;  
Tostón será que ha trabado  
la pendencia; él es sin duda.  
Tostón es, suyo me llamo,  
que es obligación de un amo  
socorrerle y darle ayuda.  
(*Pónese Espínola al lado del Conde.*)

FER. ¿Dos contra mí?, pues no importa.

CON. ¿Quién a mi lado se ha puesto?

ESP. Aquí he de echar todo el resto.

FER. Más que dos mi espada corta.

ESP. ¡Gran valor y fuerza tiene!

FER. No han de poder más, por Dios.  
(*Sale Ludovico y pónese al lado de don Fernando.*)

LUD. Ello ha de ser dos a dos,  
que lo demás no conviene.

FER. Esto es, a revuelto río,  
ganancia de pescadores;  
a aquéllos juzgo traidores  
y a questo enemigo mío.

CON. Sin duda que es mi criado  
el que a ayudar me ha venido.

ESP. Bien Tostón ha procedido;  
qué bien defiende este lado.

FER. ¿Qué es esto, cómo es posible  
que se me resistan tanto?

LUD. Cáuzeles mi rayo espanto,  
que siempre ha sido invencible.

CON. A tan continuo ardimiento,  
no hay fuerza ya ni valor.

ESP. Ya me persigue el temor.

CON. Ya me cansa el movimiento.

FER. Que la vida está vendida,  
si no os retiráis, os digo.

CON. El consejo guardo y sigo.  
(*Vase.*)

ESP. Quiero conservar la vida.  
(*Vase.*)

LUD. ¿Es Espínola? ¿O quién es?  
¿Es el Conde de Lebrija?

FER. Qué pregunta tan prolija, (*Aparte*)  
y a mí intento qué al revés.  
(*Aparte.*)

¿Quién eres tú?

LUD. ¿No conoces  
a Ludovico?

FER. Si él  
no hubiera sido cruel  
con el que forma estas voces,  
tanto le reconociera  
y tanto le venerara,  
que siempre le respetara,  
acompañara y sirviera.

Una vida me ha quitado;  
pero yo se la perdono,  
pues ha venido en mi abono  
y en defensa de mi lado;  
porque si no, de otra suerte,  
viera y hallara mi espada,  
que aunque está desenvainada,  
no pretende darle muerte;  
pues aunque la merecía,  
hay lauces de calidad,  
que sin mirar la maldad  
aumentan la bizarria.

Y así los aceros sabios  
usan aquí de su oficio,  
que a vista del beneficio  
olvidaron los agravios.

LUD. ¿Que no eres el Conde?

FER. No.

LUD. ¿Y Espínola, di?

FER. Tampoco.

LUD. En nuevos engaños toco.  
Pues, dime: ¿quién eres?

FER. Yo.

Y debieras conocerme,  
pues aquí me defendiste,  
ya que me desconociste  
cuando llegaste a ofenderme.

Porque aunque el que ofende infiel  
al mismo que está obligado,  
desconoce lo pasado  
y paga con lo cruel,

usando de tan mal trato,  
que al hallarse bien servido  
deja lo reconocido  
y usa de lo más ingrato.

No por eso he de ser yo  
contigo tan desleal,  
mirando un brazo leal  
con otro que me ofendió;  
que aunque aquél salió del quicio  
con alma de ingratitud  
y no puede ser virtud  
la que camina por vicio;  
soy tan noble y alentado  
y estimo tanto mi honor,  
que olvido el daño mayor  
sólo por un bien forzado.

LUD. No os entiendo, vive Dios,  
y si el nombre me escondéis...

FER. Mañana le entenderéis  
y nos veremos los dos.

LUD. Valor y fuerza mostráis.

FER. Pues a vos no os he vencido,  
poco valor he tenido.

LUD. Con mil enigmas me habláis;  
Ya deseo conoceros,  
veros, miraros y hablaros.

FER. Pues yo excusaré el miraros,  
el hablaros y aun el veros.

LUD. De vos admirado estoy;  
tal brío no vi jamás.

FER. Conoced a los demás,  
que yo conocido soy.

LUD. ¿Qué confusiones son éstas?  
¿Qué prevención? ¿O qué aviso?

FER. ¡Qué vedado paraíso  
y qué imposibles florestas!

(*Vase cada uno por su parte diferente y dase fin a la  
segunda jornada.*)

### JORNADA TERCERA

(*Salen LAURA y FENISA.*)

L.A. Todos los males se juntan  
y todos los enbarazos,  
las dificultades todas,  
las desdichas y presagios.  
Dime, Fenisa, ¿no sabes  
lo que mi padre ha ordenado?  
¿Lo que ha trazado y dispuesto  
contra lo que estoy amando?  
¿No sabes cómo no vivo?

¿No sabes cómo ya acabo?  
 ¿No sabes cómo soy luz,  
 a cuyas llamas y rayos  
 anda el viento combatiendo,  
 y me miro agonizando  
 y estoy en un pensamiento  
 si me apago o no me apago?

FEN. Ya sé que al amanecer  
 en esta floresta hallaron  
 una maleta que dicen  
 que la perdió don Fernando,  
 porque en ella está un decreto  
 del Rey, que considerando  
 sus servicios, le da en premio  
 mil pesos en cada un año.  
 Añadiendo a esta merced  
 un hábito de Santiago,  
 que en sus pechos diga siempre  
 de su sangre lo acendrado.  
 Sé también que está tu padre  
 por los ojos fuego echando,  
 de que en la pendencia estuvo  
 por engaños a su lado.  
 Sé también que se halla ahora  
 más airado y temerario,  
 y que esta noche te ha dicho  
 has de dormir en los brazos  
 del genovés o del Conde.  
 Que guardan todos los pasos,  
 para asegurar con esto  
 el temor de sus cuidados.  
 Que el papel que Camarón  
 llevó, que no se le ha dado;  
 que se quejó de esto anoche,  
 cuando te habló, don Fernando,  
 que se le dió al genovés  
 o al Conde, para estafarlos;  
 aunqueto, si bien se mira,  
 no es divertimento malo  
 a la guerra que tu padre  
 tan continua te está dando,  
 pues creará que es verdadero  
 lo que pasó por engaño.

I.A. Ya no puede el corazón  
 cesar con los sobresaltos,  
 ni los ojos suspender  
 el dolor de males tantos.  
 (Llora.)

FEN. Cuando te miro tan triste,  
 otros remedios no hallo  
 si no es dejarte, que hay males  
 que crecen comunicados.  
 (Vase.)

LAURA.

Brama el mar, y la pobre navecilla  
 cruje en las olas, siempre fluctuando;  
 ya se sube a las nubes reclinando;  
 ya topa en las arenas con la quilla.

Ya se acerca a varar hacia la orilla,  
 ya la mar ancha vuelve forcejando;  
 a babor y a estribor la van cargando;  
 ya no puede en el agua resistilla;

Ya tiembla entre los rayos y los truenos;  
 ya por la popa y proa se abalanza;  
 ya del remedio todos van ajenos.

Pero en este peligro el sol se alcanza,  
 y yendo la tormenta siempre a menos,  
 la navecilla se miró en bonanza.

Este milagro aguarda mi esperanza  
 cuando se mira en tantos devaneos;  
 y si como la ayudan mis deseos,  
 son los medios prudentes y acertados,  
 salir espero bien de mis cuidados.

(Sale CAMARÓN.)

CAM. Gran silencio miro en casa,  
 al tiempo que hay en mí mismo  
 una tormenta de riesgos,  
 una batalla de abismos.

¿Pero qué es esto que veo?

¿Qué tristeza es la que miro?

¿Quién, señora, te ha enojado?

¿Qué tienes? ¿Qué sientes? Dilo.

I.A. Lo que tengo es que mi padre  
 ha sabido cómo vino  
 don Fernando, y que está oculto;  
 que forzando mi albedrío,  
 ha de casarme esta noche,  
 y que todo se ha sabido,  
 excepto tu fingimiento;  
 mira qué presto lo he dicho.

CAM. Presto lo has dicho, por cierto;  
 pero muy presto te digo  
 que hasta mañana a las diez  
 el término no es cumplido,  
 que por último te dió  
 tu padre.

I.A. ¿Y qué más?

CAM. Yo digo

que te cumpla la palabra  
 de lo que te ha prometido,  
 y que lo demás lo deje  
 a mi elección y a mi arbitrio.

I.A. Sí, mas dime: ¿mi papel  
 era para haber fingido  
 que al Conde se le escribía?

CA. Mal entiendes mi capricho,  
 porque esta trampa y embuste  
 es en tu provecho mismo,  
 allá los traigo enredados.  
 En la amistad han rompido.  
 Que esto importa, y anden todos  
 de aquí adelante enemigos.

(*Dentro.*)

LUD. ¿Estás acá dentro, Laura?

LA. Mi padre es, que ya ha venido.

CA. Pues dale unas lagrimitas,  
 que con este leve arbitrio  
 ablandarás sus crueldades;  
 que los viejos y los niños,  
 aunque dicen las verdades,  
 si enojados al principio  
 gritan como unos becerros,  
 en dándole al pequeñito  
 una manzana, y al viejo  
 de los ojos un rocío,  
 el primero se la traga,  
 cesando en los pucheritos,  
 y el segundo, embelesado  
 de ver llorar lo que hizo,  
 se ablanda más que unas natas  
 y calla más que un dormido.

(*Vase Camarón y se queda al paño escuchando, y sale Ludovico.*)

LUDOVICO.

Laura, ¿qué te detienes?  
 ¿Cómo no te compones y previenes  
 para que des la mano  
 al que eligieres?  
 Mira que es en vano  
 andar en suspensiones  
 ni añadir más excusas y razones.  
 ¿Para qué es el retiro,  
 cuando en esta elección miras y miro  
 que consiste mi dicha y mi sosiego?  
 Pero si don Fernando (en vivo fuego  
 me abraso, Laura, al tiempo que en él pienso)  
 intenta a mi poder, que es tan inmenso,  
 resistirle, desviarle o suspenderle,  
 sabré vengarme y aun podré prenderle;  
 porque en mi quinta, que a inquietarla viene,  
 soy juez que con la causa el poder tiene,  
 y que podré, después de castigarle,  
 proceder contra él hasta matarle;  
 y si anoche le hablaste, como creo,  
 a más no ha de llegar tu mal deseo,  
 que yo sabré encerrarte y reducirte  
 a que hagas lo que excuso de pedirte.

LAURA. (*Aparte*)

La industria siempre ha conseguido mucho.

CAMARÓN.

Ya Laura le responde, atento escucho.

LAURA.

Señor: si don Fernando aquí ha venido,  
 bien ves la poca parte que he tenido,  
 y que nunca te he hablado con intento  
 de hacer con su persona el casamiento.  
 Si anoche dicen que con él hablaba,  
 engañóse también quien lo miraba;  
 y mi recogimiento es tan atento,  
 que sólo busco y quiero tu contento,  
 y que mi proceder tanto te cuadre  
 que parezca tu hija y tú mi padre.  
 Yo no hago novedad en lo asentado,  
 el término que diste no es pasado;  
 si mañana se cumple, no hay culparme:  
 yo te diré con quién he de casarme.

LUDOVICO.

Dame alguna señal por que lo crea.

LAURA.

Un papel te dirá lo que desea  
 mi amor; y pues te digo que le he escrito,  
 hallarás que es verdad lo que repito.

(*Hace que se va.*)

LUDOVICO.

Dime a quién le escribiste, pues te vas.

LAURA.

Del genovés y el Conde lo sabrás.

(*Vase.*)

CAMARÓN.

Bien se consigue lo que yo quería;  
 agora voy a disponer la mía.

(*Quitase Camarón del paño.*)

LUDOVICO.

Está muy bien lo que me decís, Laura;  
 ya de nuevo mi vida se restaura;  
 otro color aquesto va tomando,  
 y la disposición me va agradando.  
 Mas ¿a quién habrá escrito? ¿Si es al Conde  
 o al genovés? Que equivoca, responde  
 sin decirme cuál es. ¿Pero qué miro?

(*Cuchilladas dentro.*)

De aquesta novedad todo me admiro,  
 ambos a dos se están acuchillando;

pero hacia aquí se viene retirando,  
el genovés, a quien el Conde sigue.  
Su cólera es forzoso que mitigue,  
y que sepa de estos dos sujetos  
la causa que produce estos efectos.

*(Saca el viejo la espada y salen acuchillándose el CONDE  
y el GENOVÉS.)*

ESPÍNOLA.

Lo que he dicho es verdad.

CONDE.

De vuestros labios,  
ni de otros, no consiento nunca agravios.

LUDOVICO.

Recoged las espadas.

CONDE.

No lo hiciera  
si otro que vos aquí me lo pidiera.

ESPÍNOLA.

Antes muriera que en la vaina entrara,  
si otro que vos aquí me lo mandara.

LUDOVICO.

¿La causa me decid de aqueste enfado?

ESPÍNOLA.

Yo la diré, que soy el agraviado.

Laura me favoreció  
con un papel de su mano,  
y en favor tan soberano  
el alma se suspendió  
de nuevo aliento, y vivió;  
porque como dividida  
con su papel, vino asida;  
y como se hallaba en calma,  
viniendo su alma en mi alma,  
dos almas miré en mi vida.

Como a mi vida guardé  
tal favor, pues me dió vida;  
y aunque se vió más crecida,  
luego fenecida fué;  
porque no hay vida que esté  
cierta ni segura en sí;  
el papel perdí, y a mí  
siempre me avisa me acuerde,  
que si la vida se pierde,  
dos con su causa perdí.

En fin, después de perdido,  
no es mucho que si le hallase

en el Conde, le apretase  
me fuese restituído;  
que aunque estaba comprendido  
a la letra en la memoria,  
sin él era leve escoria  
y no favor para el alma,  
que goza distinta palma  
pensar o estar en la gloria.

Al pedirle airado y fiero  
y enojado, respondió;  
y la disculpa que dió  
fué desnudar el acero;  
y así, claramente infiero  
que en una prenda ocultada  
no es acción de sangre honrada,  
sin dar la satisfacción,  
atropellar la razón  
con los filos de la espada.

CON.

Cerrado y sellado vino  
a mis manos el papel,  
y en el favor que vi en él  
conocí su autor divino.  
Si soy o no he sido digno  
de recibirlo y tenerlo,  
de Laura podéis saberlo;  
pues en aquesta porfía  
llegáis a la grosería  
de hablarla para creerlo.

El que un favor tecibió  
y le perdió descuidado,  
no diga que le ha alcanzado,  
sino que se le negó;  
mal vuestro amor le guardó;  
si pudisteis merecerle,  
perderle no fué quererle;  
dejarle no fué estimarle;  
que era mejor no alcanzarle,  
por no veros en perderle.

Sed más cuerdo y más atento,  
y en todas las ocasiones  
no articuleis las razones  
si no tenéis fundamento.  
Porque el menor pensamiento  
que tengáis, he de atajarlo;  
de suerte, que sin pensarlo  
veáis que sé disponerlo,  
con la razón defenderlo,  
con la espada castigarlo.

*(Empuñan las espadas.)*

ESP.

Si presente Ludovico  
no estuviera...

CON.

Si no fuera  
por él, vuestra vida viera...

LUD. ¿Qué es esto, cuando os suplico  
que no haya más?

ESP. No replico.

CON. En vos mi causa acomodo.

LUD. Estoy discurriendo el modo  
que esté mejor a los dos;  
porque os amo, vive Dios,  
como a mis hijos en todo.

Laura, mi hija, escribió  
el papel que os ha causado  
el haberos enojado;  
esto no se duda, no;  
quién le dió o envió,  
ella sola es quien lo sabe;  
pues para que esto se acabe,  
remitírselo es mejor,  
pues su voto es el mayor,  
el más cierto y el más grave.

De deidad tan peregrina,  
mañana se ha de saber  
el dichoso sumiller  
que ha de ser de su cortina,  
y así mi gusto se inclina,  
cuando estoy de ambos en medio,  
que a Laura se deje el medio  
de aquesta resolución,  
y que con su posesión  
se califique el remedio.

Dadme el papel, que en mirar

*(Dale el Conde el papel.)*

que os haya favorecido,  
conozco que no ha admitido  
al que vino a porfiar;  
al cual hice yo apartar,  
con la industria que sabéis;  
las manos es bien que os deis,  
pues a Laura lo dejáis.

ESP. Basta, pues vos lo mandáis.

CON. Sobra, pues vos lo queréis.

Esta es mi mano.

ESP. Y la mía  
confirma nuestra amistad.

LUD. Siempre la seguridad  
anda en los dos a porfía.

CON. Sí, que anoche yo creía  
que a Espínola acuchillaba.

ESP. Con vos, lo mismo pensaba;  
pero en cuanto a pretender  
a Laura, ya no ha de haber  
amistad.

CON. Eso faltaba  
de asentar; ¿pero parece

que cuando anda don Fernando  
oculto solicitando...

LUD. ¿Pues qué es lo que se os ofrece

CON. Mi temor en dudas crece,

y así, quisiera velar  
toda la noche y estar  
de vuestra casa a la puerta:  
que un cuidado me despierta  
a que la salga a guardar.

ESP. Yo también acompañaros,  
por lo que me toca, quiero.

LUD. Que es muy excusado infiero,  
pero no quiero estorbaros.

CON. Pues perdonad, que dejaros  
es fuerza para volver.

ESP. Todo será menester  
en las dudas de los dos.

CON. Adiós, Ludovico. *(Vase.)*

ESP. Adiós. *(Vase.)*

LUD. Vuestro soy y lo he de ser.

Es el amor reloj desconcertado,  
que anda sin cuenta, límite ni asiento;  
ya le concierta poco movimiento,  
ya le turba el andar apresurado.

Rompe las cuerdas del más quieto estado,  
y el más inquieto las ajusta atento;  
el volante se muda en otro viento,  
y si éste calma, se halla en más cuidado.

Un papel es un viento de desvelos,  
que lleva las discordias por delante,  
y que añade a los celos mil recelos,  
y, en fin, se junta todo, ¡qué inconstante!  
Se rompen los desvelos y los celos,  
sin quedar cuerda, rueda ni volante. *(Vase.)*

*(Sale CAMARÓN.)*

CA. Yo estoy en tan grande empeño,  
que desempeñarme es fuerza  
o hacer una sepultura  
para sepultarme en ella.  
Pidióme el papel mi amo,  
de Laura, y en tanta pena  
respondí que le perdí;  
quiso arrancarme la lengua,  
y por salir de aquel susto,  
le ofrecí mi diligencia  
darle y entregarle a Laura,  
como ella propia desea.  
Esto era llano, pues ya  
el viejo me dió licencia  
para estar dentro de casa  
desde esta noche que llega;

pero estando concertado  
el caso al pie de la letra,  
o al pie de las puertas mismas,  
me han llegado tales nuevas,  
que discurriendo el remedio  
escucho el «requien eternam»;  
que aquéllos son imposibles  
y aqueste le miro cerca.  
Dicen, en fin, que este Conde  
y este genovés se quedan  
de un acuerdo aquesta noche  
a ser guardas de las puertas  
de la casa, y a mirar  
por la seguridad de ella,  
temiendo que don Fernando  
vuelva lo de dentro afuera.  
Que se piensan bien no lo ignoro;  
pero cuando mejor piensan,  
quisiera que mal pensarán  
y que burlados se vieran.  
Esto le dice a mi vida  
cómo la muerte se acerca.  
¿A que Silverio y Tostón  
ayudan?; pues con sus tretas  
me quitaron dos mil reales  
que el Conde me dió de ferias,  
por el papel. ¿Hay más males?  
¿Hay desdichas como éstas?  
Dame encantos, Capadocia,  
o pulisidad cazuela.  
cagatón, montón de humo,  
para que en aquesta empresa  
vuestros ingenios alabe  
máquinas y sutilezas;  
mas, por Dios, que llegó una  
y parece que se pega.  
bien encaja, firme apunta,  
bien señala, bien asienta.  
Yo he pensado cierta traza  
para acabar la comedia,  
y rescatando mi vida,  
salir bien de mi promesa.  
Dios me ayude a ejecutarla,  
conseguirla y disponerla,  
porque no canten responsos  
por mí en aquesta floresta. (Vase.)

(Sale DON FERNANDO, de noche.)

FER. En fin, Camarón me dijo  
que a las doce, poco menos  
me vaya a casa de Laura,  
para cumplirme el concierto.  
No es mala disposición

la que ha trazado su miedo,  
que el amago del castigo  
no deja de hacer efecto.  
Suspenso hasta verlo estoy,  
espérola y no lo creo;  
aguárdola y no sé cuándo  
lograré mi pensamiento.  
La imaginación y el gusto  
me dicen que vaya luego;  
el amor lo solicita;  
que abrevie dice el deseo;  
pero la razón me dice  
que es engaño, que es gran yerro  
ponerme a perder la vida  
por arrojarla tan presto.  
¡Ay, Laura, lo que me cuestas!  
¡Ay, ángel, lo que te debo!  
Que tengo a logro el cuidado  
todo el tiempo que en ti pienso.  
Acertado me parece  
guardar el orden que tengo;  
y así, para libertarme,  
al silencio me encomiendo  
de este bosque y de este prado,  
que en los colores tan bellos  
de las flores, podré bien  
admirar del dulce dueño  
por quien padezco y suspiro,  
sus imitados bosquejos. (Vase.)

(Sale el CONDE, de noche.)

CON.

Camarón me ha dicho agora,  
no acierto a hablar de contento,  
que le envíe a mi criado,  
como ya lo tengo hecho.  
Porque con no sé qué traje,  
quite al genovés del puesto,  
con un engaño que dice  
que ha trazado, y que no entiendo,  
y que a las diez de la noche  
vaya con mucho silencio,  
que a Laura me entregará;  
y que importa el buen suceso  
que reduzca al genovés  
a que en la calle no estemos,  
y que a casa nos volvamos  
a dormir; bueno va esto.  
Camarón es muy privado  
de Laura, muy bien le creo;  
ya en su papel me lo dice,  
dispongamos esto luego,  
pues importa, y el peligro  
de perderla es manifiesto,

porque al genovés se inclina  
el padre por el dinero,  
y Laura a la señoría,  
que es su principal deseo.  
Pero ya el genovés sale,  
y parece que contento,  
porque el viejo Ludovico  
le habrá contemplado el seso.  
No en vano mi corazón  
daba en el pecho mil vuelcos,  
mas lo mejor es callar  
y disponer el intento.

(Sale el GENOVÉS y habla aparte.)

ESP. Amor, ¿qué más quieres ya?  
Pero querrás que en tu templo  
cuelgue una imagen de plata  
del milagro de mi empleo;  
así lo propongo, amor;  
corazón, así lo ofrezco;  
alma, el hacerlo seguro;  
potencias, cumplirlo espero.  
¡Oh, Camarón, cuánto obligas!  
¡Qué agradecido te quedo!  
¡Qué reconocido estoy!  
La vida y el ser te debo.  
¿No es bueno que me ha ofrecido  
darme a Laura?, No lo creo.  
Aquesta noche, a las once,  
viniendo a este mismo tiempo,  
con sosiego y con recato,  
para lo cual ha dispuesto,  
por asegurar el caso  
y dejar al Conde ciego,  
que le enviase a Tostón,  
que ha de hacer un fingimiento,  
mudando el traje no sé  
de qué suerte, no lo entiendo;  
sólo sé que Laura gusta  
de mi talle y mi despejo,  
y aun puede ser que también  
se haya inclinado al dinero,  
que esto de la señoría  
es un bocado tan seco,  
que es menester adornarle  
para cumplir con el pueblo  
con aparatos de galas  
y otros caros fingimientos,  
aunque las raciones falten  
y no haya para el sustento.  
Ahora me resta buscar  
al Conde, y con buen despejo  
reducirle a que nos vamos

y que en casa nos quedemos;  
mas, por Dios, que es el que miro.  
¡Qué más pretendo ni quiero!  
Ahora bien, vaya el engaño;  
yo voy a hablarle.

CONDE. Yo llego.

Espínola, buenas noches.  
De engañarle cuánto huelgo. (Aparte.)

ESP. Conde, muy bien parecido.

Disimulemos deseos. (Aparte.)

CON. Paréceme que la noche  
es algo escabrosa, y temo  
que algún daño recibáis,  
y quisiera, por lo menos...

ESP. Que a casa vaya usiría  
es sólo lo que yo quiero,  
excusando a su salud  
este daño y este riesgo.

CON. Lo mismo pretendo yo  
que hagáis vos, porque es exceso  
que os expongáis a un peligro  
en la inclemencia del tiempo.

ESP. Pues conformados estamos,  
justo es que lo ejecutemos.

COND. Vamos, pues de ellos gustáis.

ESP. Vamos, que yo lo deseo. (Aparte.)  
Bien se dispone la trampa.

CON. Bien se compone el enredo. (Aparte.)

ESP. Yo os dejaré en vuestra casa.

CON. Pues por ella pasáis, vengo  
en que en ella me dejéis.

ESP. Si yo en su casa le dejo (Aparte.)  
la noche tengo por mía.

CON. Que se irá a dormir es cierto. (Aparte.)  
con que dispondré mis dichas  
y lograré mis deseos. (Vanse.)

(Salen CAMARÓN y FENISA.)

FEN. En grande empeño te pones,  
Camarón, de estos ojuelos.

CA. Sólo por ti me pesara  
tener algún mal suceso,  
que te quiero mucho más  
que al más lindo dar de cuerpo.

FEN. ¿Hay mayor puerco que tú?  
¡A eso me comparas, necio!

CA. No lo tengas a desaire,  
hasta entender el misterio  
de este concepto, Fenisa,  
y ahora contarte quiero  
que esto mismo dijo un novio  
a su esposa, y al momento  
quedó con desdén extraño;



y estando un día comiendo,  
le dió un apretón de tripas;  
levantarse quiso luego;  
él la detuvo gran rato;  
fuése, en fin, a un aposento,  
con los colores mudados;  
salió después, y el tal dueño  
la dijo: «Agora sabrás  
el fondo de mi requiebro.»

Ella le replicó entonces:  
«Ya lo he visto, y agradezco  
que los tengas tan sabido,  
que hayas pasado por ello.»

FEN. Eso mismo digo yo.

CA. A fe que te vendas presto;  
pero eres discreta, en fin.

FEN. Tengo el juicio muy despierto  
¿Hay más que decirme?

CA. Calla, que te adoro sabe el cielo  
más de lo que traigo aquí.

FEN. ¿Es oro?

CAM. De dos extremos.  
Por genovés es reliquia  
y por ti viene a ser fuego;  
ésta cogí la otra noche,

*(Ensénala la cadena.)*

de uno de los caballeros.

FEN. ¿Y cuántos escudos vale?

CA. ¿Para qué quieres saberlo,  
si no los has de gastar?

Mas si es antojo, doscientos.  
Son los que pesa cabales,  
y tuviera más si el cielo  
no permitiera que anoche  
aquel Tostón y Silverio  
no hicieran lo que te he dicho,  
pero ya no hay más remedio  
que afrontarlos y engañarlos  
como lo tengo dispuesto.  
Entra dentro y dile a Laura  
que esté prevenida luego  
en estos dos aposentos  
divididos, donde tengo  
a Silverio y a Tostón;  
harás con mucho silencio  
lo que tienes entendido.

FEN. Lo que dices ya está hecho,  
que no soy tan descuidada  
como me juzgas y creo  
que con gran secreto ha sido,  
¡mi regalo, mi sosiego!

CAM. ¡Ay, qué requiebro tan dulces!

Pero quisiera de cierto  
saber si a mí me los dices  
o si hablas con mi dinero.

FEN. Mal sabes mi voluntad;

oye, te diré un soneto  
que anoche entre sueños luce.

CAM. Yo le pagaré en lo mismo.

FENISA.

Camarón más sonante, que no el Dux  
que en Venecia es el grande agilimox;  
vos de mi vida y alma de mi trox,  
cincuenta y cinco de mi dicha y flux.

Hamaca mía, fino almoradux,  
que de ti no me iré aunque digas ox,  
porque espero a las horas del reloj,  
para jugar contigo al dingandux.

A tu ajedrez aguardo en mi almofrex,  
herida de la flecha del carcax,  
pues eres de mi pecho rueda y ex;

que aunque me hieras, ya no temo el ax,  
y nadaré contigo como el pex  
para apagar el fuego de tu errax.

CAM. ¡Vive Dios, que eres discreta,  
y que dudando y temiendo  
estoy, para responderte;  
pero de un poeta nuevo  
y repentino sabrás  
perdonarlo los salmorejos;  
y si en equis me los diste,  
en cedillas te los vuelvo.

Fenisa, más sabrosa que una nuez,  
y con vino y pimienta una perdiz;  
que con tu olor me llevas mi nariz  
y todo lo que maja un almírez.

Fresca más que en el río trucha y pez;  
maya en el mayo, mucho más que miz;  
talle más ajustado que lombritz;  
cara más afamada que Jerez.

Quirlinquinpuz, en cuyo dulce buz  
espero enquistarme en toda paz,  
gozando y consumiéndome tu alcuzuz;

para darte este plus soy incapaz;  
pero capaz estoy, aunque sin luz,  
para formar contigo un buen rapaz.

FEN. Muy bien seguiste el asunto,  
aunque no mi pensamiento.

CAM. Habiendo entendido el cuento,  
no hay que tocar más el punto.

FEN. Advierte que el oro junto  
te lo tendré muy guardado.

CAM. Deja agora ese cuidado  
y no trates dél te pido,

que es dejarme consumido  
antes de haber consumado.

FEN. Si lo que te quiero sabes,  
¿por qué me das esta pena?

CAM. Parece que gente suena;  
vete y déjame las llaves  
de estas puertas.

FEN. En tan graves  
acciones yo no me meto,  
y ya temblo te prometo.

CAM. Pues encomiéndame a Dios,  
porque nos saque a los dos  
de este postrero soneto.

(Dale Fenisa unas llaves y vase. Quedando Camarón solo, se pone en la puerta de en medio y, entreabierta, asoma la cabeza, y sale el CONDE. Y adviértese que a los dos lados ha de haber dos puertas, a cada uno la suya.)

CO. A buscar en tu deidad,  
¡oh, Laura!, vengo la luz,  
que la noche y su capuz  
me quitan la claridad.  
Salga el sol de tu alegría  
sobre tu chapín, que es carro,  
mas que no el del sol bizarro,  
pues la noche vuelve día.  
¿Es Camarón?

CAM. Sí, yo soy.  
¿Y vos?

CO. El Conde.

CA. ¿Qué seña?

CO. ¿Esta cadena la enseña?

CA. Pues luego por Laura voy.

(Dale una cadena y Camarón se entra dejando cerrada la puerta.)

CO. Qué ocasión tan deseada,  
qué hora tan prevenida;  
ven, alma de aquesta vida.

(Abren la puerta de un lado y por ella sale CAMARÓN con TOSTÓN, criado del genovés, vestido de mujer.)

CAM. Haz muy bien de la tapada.  
Cuidado, amigo Tostón,  
no hay sino disimular,  
y no te dejes forzar;  
alarga bien la ocasión,  
porque a tu amo no le dañe  
al sacar a Laura, ven.

TOS. Dios me saque de esto bien.

CA. Hola, mira no te engañe.  
Ce que digo, llegue usía.

CONDE. ¿Ha salido Laura, di?

CA. Ya yo te la entrego aquí.

CO. Bien venida, ¡Laura mía!

CA. La vergüenza y el recato  
la tienen en suspensión.

CO. Ven, te daré el corazón.

CA. Buen perro lleva y buen gato.

(Entranse y Camarón se vuelve a la puerta de en medio, como primero, y sale JUAN ESPÍNOLA.)

ESP. Cerca de las once son,  
porque las diez he contado,  
y ha mucho tiempo que han dado;  
¿si vendré a buena ocasión?  
Mas ya han abierto la puerta;  
buen principio amor me da.  
¿Quién es?

CAM. ¿No lo sabes ya?

ESP. Espínola.

CAM. No concierta  
el nombre sin la señal.

ESP. Aquí tengo ya el bolsillo.  
(Dásele.)

CAM. Si tardáis más en decirlo,  
os estuviera muy mal.

ESP. ¿Y Laura?

CAM. Esperad un poco,  
que luego os la traigo aquí.  
(Cierra y éntrase.)

ESP. De gusto no estoy en mí;  
mucho es no volverme loco.  
Alumbra la noche, Laura;  
¿quién tuvo mayor ventura?

(Por la puerta del otro lado sale CAMARÓN con SILVERIO, criado del Conde, también vestido de mujer.)

CAM. Procede con gran mesura,  
pues con esto se restaura,  
todo lo que es menester  
hazte fuerte si te aprieta,  
pues con voz algo imperfeta  
te podrás bien defender.  
Pide treguas a su intento  
con un tiplillo adamado,  
que tú quedarás premiado  
del Conde, según lo siento.  
¡Eh!

ESP. ¿Qué hay?

CAM. Tomar la mano  
puedes a Laura, tu esposa.

ESP. Dadme un abrazo, mi rosa.

SIL. Esperad, que es muy temprano.

CAM. En la calle, ¿quién tal vió?  
¿Ni tan presto?

ESP. Soy un bruto.

CAM. Idos con Dios; ¡oh!, este puto  
que presto que le embistió.

*(Vanse los dos y Camarón se vuelve a la puerta de en medio)*

CAM. Bien puedes salir, señora,  
que ya está desocupado  
todo el prado, que ha quedado  
alegre de ver la aurora.

*(Sale LAURA, en cuerpo, por la puerta de en medio)*

I.A. Perdona esta vez, amor,  
mis yerros; tú me disculpa,  
pues ves que es menor la culpa  
cuanto la causa es mayor.

¿Ha venido don Fernando?

CAM. No; pero no tardará,  
que muy prevenido está  
del tiempo, del cómo y cuándo.

I.A. Temblando estoy, Camarón,  
y en la calle no estoy bien,  
porque puede venir quien  
nos deshaga la ocasión;  
y así quisiera volver  
a entrarme dentro de casa.

CAM. De ese mal estás escasa;  
no le tienes que temer,  
cuando tengo ejecutado  
lo que te dije endenantes,  
con que están los dos amantes  
uno y otro acomodado.

*(El postigo de en medio, con el aire, se cierra de golpe.)*

Mas el golpe del postigo,  
con el aire se ha cerrado.

*(Dentro.)*

I.UD. ¡Laura!

I.A. Ya se ha levantado  
mi padre.

I.UD. ¡Laura! Que digo  
dónde estás, ¡ay!, honra mía.

I.A. ¿Pues qué, Fernando no viene?  
Dime lo que le detiene.

CAM. ¿Y en qué tu amor desconfía?

Vamos al punto a buscarle.

I.A. Que se haya tardado tanto...

*(LUDOVICO, dentro.)*

CA. No cobres ningún espanto.

I.A. Quisiera luego encontrarle.

I.UD. Toma aquesta luz, Fenisa.

CAM. ¿Qué aguardas, señora? Ven.

I.A. ¡Ay!, si sucediese bien.

CA. Menéate y anda aprisa.

*(Entranse y por la puerta de en medio sale LUDOVICO medio desnudo, con espada y rodela, y FENISA con una luz.)*

LUDOVICO.

Yo no sé a quién busco ni a quién sigo;  
mil veces me maldigo.

¡Ay!, Fenisa, la culpa de esto eres.

¿Dónde está Laura?, ¡Infamia de mujeres!

¡Dímelo!

FENISA.

Yo, señor, durmiendo estaba;  
con Camarón ni Laura yo no hablaba.

*(Sale DON FERNANDO con espada y rodela.)*

FERNANDO.

Mas que de Camarón soy esperado;  
¿pero qué es esto? en mi enemigo he dado.

*(Acuchillanse.)*

LUDOVICO.

Esto es lo que quería:  
vuelva yo agora por la sangre mía.

FERNANDO.

Detente, Ludovico.

LUDOVICO.

¡Don Fernando!,  
vuélveme el alma que me estás quitando.

FERNANDO.

Repórtate.

FENISA.

¡Ay de mí!

LUDOVICO.

¡Oh!, edad prolija.

*(Sale el CONDE, en cuerpo, con la espada desnuda)*

CONDE.

Señor, ¿qué tienes?

LUDOVICO.

Fáltame mi hija,  
que este hombre me ha llevado; y yo me vengo.

CONDE.

Sosíégate, señor, que yo la tengo.

LUDOVICO.

¿Qué dices?

CONDE.

Lo que pasa he dicho ¡junto

LUDOVICO.

El alma al cuerpo se volvió en un purto.

FENISA. *(A parte)*

¿Cómo diré a Fernando lo que pasa?

LUDOVICO.

Entremos, Conde, luego en vuestra casa.

Y tú deja la luz, pues que ya el día amaneció también con la hija mía. *(Vanse.)*

*(Al entrarse dice Fenisa a don Fernando:)*

FENISA.

En el tardar no ha sido buen amante.  
Laura te fué a buscar, vete al instante.

FERNANDO.

¿Cómo creerlo puedo,  
si dicen que está aquí?

FENISA.

Todo es enredo. *(Vase.)*

FERNANDO.

Y confusión es todo, ¡ay, Laura bella!  
¿Cómo no te encontré, si eres mi estrella?

*(Vase DON FERNANDO y vuelven a salir el CONDE, LUDOVICO y FENISA.)*

CONDE.

Ya es mayor mi cuidado;  
corrido estoy de hallarme tan burlado.

LUDOVICO.

Fenisa, ¿qué es aquesto?

FENISA.

No sé cierto.

*(Sale ESPÍNOLA, en cuerpo, y con la espada en la mano.)*

ESPÍNOLA.

A vuestras voces salgo casi muerto;  
Camarón me ha engañado,  
y por Laura, a Silverio me ha entregado.

CONDE.

A mí me dió a Tostón; ¡buenos quedamos!

ESPÍNOLA.

Creo que ambos a dos nos engañamos,  
y que halló Camarón la trama urdida.

CONDE.

Sin alma estoy.

ESPÍNOLA.

Y yo también sin vida.

LUDOVICO.

Vamos luego a buscarlos.

CONDE.

Vamos luego.

LUDOVICO.

Todo es desdicha, rabia, pena y fuego.

*(Vanse y salen DON FERNANDO, LAURA y CAMARÓN.)*

FERNANDO.

No temas, Laura.

LAURA.

Yo te quiero tanto,  
que nada temo, nada me da espanto.  
Ya llegan todos.

FERNANDO.

Vengan norabuena;  
que con Laura, no hay mal, dolor ni pena.

*(Salen todos.)*

CONDE.

Aquí están; mas si yo he perdido a Laura,  
nada con esto mi dolor restaura.  
Verdad es que con ambos esto sobra,  
pues lo que se ha perdido no se cobra.

*(Acuchillan todos a Fernando.)*

LUDOVICO.

Dejadme a mí, yo solo he de matarle.

CONDE.

Yo solo he de acabarle.

ESPÍNOLA.

Yo solo basto, cuando solo embisto.

LUDOVICO.

¡Ah!, ladrón Camarón, Yo os juro a Cristo...

LAURA.

Padre y señor: si quieres que yo muera,  
ya me tienes aquí; tu espada fiera  
rompa mi cuello, si se ve ofendida.

FERNANDO.

Eso será perdiendo yo mi vida.

LAURA.

Señores, por quien sois, debéis doleros.

CONDE.

Ya es obligación nuestra el defenderos.

*(Pásanse al lado de Fernando el Conde y Juan Espínola.)*

LUDOVICO.

¿Pues cómo me dejáis?

CONDE.

Honor me llama  
a que guarde la vida de esta dama.

ESPÍNOLA.

A la razón no es justo se corrija  
que yo sólo defendiendo a vuestra hija.

LUDOVICO.

Pues yo sabré contra todos, aunque muera.

CONDE.

Ludovico, repórtate y espera.

LUDOVICO.

En el estado que la causa veo,  
es bien satisfacer a mi deseo;  
dime tú, Laura, cómo remitiste  
este papel al Conde, si quisiste  
y amaste a don Fernando.

LAURA.

En eso digo  
que Camarón ha sido buen testigo,  
que para don Fernando se le dió  
Fenisa.

CONDE.

Con él mismo me engañó.

LUDOVICO.

¿Y otro que Juan Espínola tenía,  
cómo se le escribiste?

CAMARÓN.

Ahora es mía  
esa satisfacción.

LUDOVICO.

¡Oh!, infame hombre;  
¡oh!, criado fingido de mal nombre;  
Camarón embustero.  
¡Oh!, mono lisonjero:  
tú eres el más culpado; tú lo sabes,  
tú cogiste las llaves  
y tú eres sólo el que mi honor desdora!

CAMARÓN.

¡Ay!, que me matan, ¡ay!

CONDE.

Dejadle ahora,  
para que diga lo que está apuntando.

CAMARÓN.

Digo que yo servía a don Fernando;  
que por hacer sus partes con tu hija,  
a serviros entré sin plaza fija;  
dióme aqueso papel, y yo le di a Espínola.  
Perdió lo que perdiera en una quinola,  
en una cadenilla que me dió;

al dármele, el papel se le cayó,  
y volviendo a cogerle,  
luego al instante al Conde fui a venderle,  
si bien lo que me dió no lo he logrado:  
Silverio y Tostón me lo han quitado;  
causa que me obligó de buscar modo  
para vengarme de una vez de todo.

ESPÍNOLA.

¿No véis cómo es verdad, y no fingido,  
lo que yo porfiaba?

CONDE.

Si vendido  
nos fué a los dos, y por dinero nuestro,  
tanto fué mío como ha sido vuestro.

ESPÍNOLA.

Ya no hay remedio en esto, Ludovico;  
que perdonéis a entrambos os suplico.

CONDE.

Tened por bien de que se den las manos.

LUDOVICO.

Ya fueran mis intentos inhumanos  
si lo que ya está hecho lo estorbara,  
y más cuando es tan conocida y clara  
la sangre de Fernando,  
que lo estará diciendo y publicando  
la cruz puesta en ese pecho; pues las pruebas  
en su casa no vienen a ser nuevas.

FERNANDO.

Los pies os beso, y, siempre agradecido,  
veréis que soy el hijo más rendido.

CAMARÓN.

Y yo pido perdón si soy culpado,  
del dinero que a entrambos he quitado.

FENISA.

Mi parte pido, pues me diste parte  
de que conmigo habías de casarte.

CAMARÓN.

Esa parte que pides doy con gusto,  
porque en himenearnie tengo gusto;  
a más de que un empeño me hace daño,  
que es guardar castidad por este año.

FENISA.

Pues para entonces hágase escritura;  
no es el negocio, no, para futura,  
ni para hacer con él ningunas fiestas;  
y dése fin con esto a las florestas,  
adonde, atento, Ludovico quiso  
plantar con Laura un bello paraíso. (*Vanse.*)

COMEDIA FAMOSA

DE

PEDRO DE URDEMALLAS <sup>(1)</sup>

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

EL DUQUE.  
CLARA.  
RICARDO.  
LISARDA.  
LAURA.  
DON JUAN.  
TURINO.  
FULGENCIO.

TIRENO.  
GERARDO.  
FABIO.  
RISELO.  
ALMIRANTE.  
FABRICIO.  
LEONIDO.  
HUÉSPED.

LIDIO.  
JUSTINA.  
ESCRIBANO.  
RAMÓN.  
LUCRECIO.  
PREGONERO.  
UN MERCADER.  
CONDE ARNALDO.

ACTO PRIMERO

(Salen DON JUAN (2) y LISARDA.)

D. JU. Sin tu (3) licencia no fuera,  
aunque el Duque me ha llamado.

LISAR. Estimo aqueese cuidado; (4)  
pero si el Duque te espera,  
no te detengas aquí.

D. JU. Son tus ojos la prisión  
de los míos, y es razón  
que puedan más que yo en mí.

Y pues en llegando a vellos  
nadie está con libertad,  
disculpe mi voluntad  
quien sabe que son tan bellos;

(1) La impresión suelta de esta comedia, tiene este encabezado: «*Pedro de Urdemallas. | Comedia famosa. | De Ivan Peretz de Montalvan.* Hablan en ella las personas siguientes: Adrián.—Lisarda, dama.—El Rey Francisco de Francia.—Laura y Turino, villanos.—Fulgencio.—Gerardo.—Duque de Guisa.—Duque Borbón.—El Almirante de Francia.—Fabricio.—El Conde Arnaldo.—Clara, dama.»

Anotaremos las variantes y mejoras que este texto ofrece al manuscrito que ha servido de original. Añadiremos que el ejemplar del impreso que hay en la Nacional tiene tachado el nombre de Montalván, y con letra del siglo XVII, época de la impresión, puesto al margen el de «Lope».

(2) El impreso dice «Adrián». En adelante no advertiremos que todas estas notas se refieren al impreso.

(3) «Ia».

(4) Sustituídos estos dos versos por los que dicen:

«cumple Adrián la ley  
de amor; per el Rey te espera»,

que si un señor (1) se detiene,  
cuando los ve, a contemplarlos,  
mal la tendrán los vasallos  
la defensa que él (2) no tiene (3).

LISAR. Quien tiene buena opinión  
de lo que quiere, no quiere

(1) «que si es Rey».

(2) «si un Rey defensa».

(3) Desde aquí el impreso intercala estos versos que faltan en el manuscrito que se refiere a Italia.

«Ten, por tu vida, paciencia;  
no digas tal desatino,  
que son celos de camino  
malos agujeros de ausencia.

No los pidas en partida,  
que declarada sospecha,  
antes daña que aprovecha.  
Amando todo se olvida.

El que pudiera enseñar  
de amor el arte no amando,  
cuando quiere está dudando  
la senda que ha de tomar.

El que aconsejar pudiera  
al amigo, está de suerte  
que no hace cosa que acierte:  
tanto la pasión le altera

los pulsos de la razón;  
porque en aqueste accidente,  
lo que más el alma siente  
es no sentir su pasión.

Si amor es guerra, Adrián,  
callar por propio interés  
las estratagemas es  
de discreto capitán.

El que ama y dice a quien

ADR.

LIS.

con celos; mas no te espere  
el Duque (1) en esta ocasión.

Parte sin sombras y antojos,  
pues yo sin la causa quedo.

D. JU. Lisarda, celos sin miedo  
son del amor ciegos ojos;  
por eso los trae cubiertos.

LISAR. Mira que sale.

(Sale el DUQUE y escóndese DON JUAN.) (2)

DUQ. ¿Está todo  
puesto a punto?

D. JU. ¿De qué modo  
quieres que sientan los muertos?

DUQ. ¡Oh, Lisarda!

LISAR. ¿Sin don Juan (3)  
sale al monte (4) Vuestra Alteza?

DUQ. Los rayos de esa belleza  
resplandecen donde dan.

LISAR. Ya se tomó la licencia  
de cazador.

DUQ. Es mentira  
decir que adora, quien mira  
del sol la hermosa presencia;  
fuera de que el cazador  
puede hablar con desconcierto  
en tratar de lo que ha muerto  
y soy yo (5) el muerto de amor.

LISAR. La caza imagen se llama

ama todo lo que siente,  
descubre livianamente  
por dónde muerte le den.

Estimate, por que seas  
estimado de quien amas.  
Si amor con celos desamas,  
que no te quiera descas.

ADRI. Los celos son un espejo

en que se mira el amor,  
tribunal donde el honor  
tiene su Real Consejo.

Los celos son del amante  
el toque de su fineza,  
y piedra en que amor tropieza  
para pasar adelante.

Son celos de unos antojos  
que pone al alma el temor  
y por donde mira amor  
las letras de sus enojos.

(1) «el Rey».

(2) «Sale el Rey Francisco de Francia». El «Duque»  
sustituye en el texto al «Rey» del impreso.

(3) En adelante entiéndase que en el impreso dice  
«Adrián» donde en el texto «don Juan».

(4) «mundo», por errata.

(5) Falta el «yo».

de la guerra, y buen estilo  
me parece darte un filo  
en requiebro de una dama,  
para salir a rendir  
de las montañas las fieras.

DUQUE. ¿Tan libre te consideras?

LISAR. No he de temer, no he de huir;  
ni es bien que se sobresalte  
la garza, mientras no vea  
que la persigue y desea  
un gallardo gerifalte.

Y si éste, con no ser tal,  
la puede tanto ofender,  
¿cuál ave no ha de temer  
un águila tan real?

DUQUE. No te pido yo, Lisarda,  
que temas, porque el temor  
no es buen principio de amor,  
antes el alma acobarda.

Amor ha de comenzar  
por el buen conocimiento:  
conocer el fundamento  
divinísimo de amar.

Después de amar viene bien  
el temor, pero antes, no.

D. JU. El que tema será yo,

(Detrás del paño.)

pues que supe amar también.

Diga Lisarda a su gusto  
que celos infamia son,  
que ya sé que la razón  
tiene mi dolor por gusto.

Di, (1) sirena falsa y bella,  
que allí cantas y aquí matas,  
¿por qué mi muerte dilatas  
si te deleitas en ella?

Si no es ocasión ¡oh, celos! (2)  
verlos hablar y no oír,  
¿qué es lo que llaman morir  
quien nunca murió de celos?

DUQ. Contento voy.

LISARDA. Yo lo quedo,  
señor, con tanto favor.

D. JU. Y yo tan muerto de amor,  
que tengo a la vida miedo.

DUQUE. Guárdete Dios.

LISAR. Y él te vuelva  
con bien.

(Con grandes cortesías hasta la puerta y vanse.) (3)

(1) «¡Ay!».

(2) «¡ah, cielos!»

(3) «Vanse el Rey y Lisarda».

D. JUAN. ¿Hay más cortesías?  
 ¿En qué queréis ansias más (1)  
 que este mi amor se resuelva?  
 Prometo, amor, de no ser  
 firme con mujer jamás;  
 que los celos (2) que me das  
 quiero, Lisarda, aprender.  
 Prometo de hacer engaños  
 a cuantas hablare y viere,  
 y sin que a su amor espere  
 sospechas, por desengaños.  
 Mas pésame que he de ser  
 ingrato, desconocido,  
 pues siendo aleve y fingido  
 te tengo de parecer. (Vase.)

(Salen LAURA, de villaneta rústica, y TURINO, villano, con dos libros nuevos.) (3)

LAURA. Y ¿qué libros me has traído?

TURINO. Por tu gusto los busqué;  
 que no fué poco, mas fué  
 mi amor reloj de mi olvido.

Que siendo despertador  
 tu gusto en mi voluntad,  
 las horas de mi verdad  
 está señalando amor.

Pero estás muy diestra ya  
 en leer.

LAURA. ¿Pues no lo estoy?

TURIN. Así me (4) leyese hoy  
 el alma, en que escrita está  
 la historia del amor mío,  
 por capítulos tan breves,  
 que verás lo que me debes  
 en el menor desvarío.

LAURA. Parece, en lo que has hablado,  
 que los libros has leído.

TURI. Deste amor que me ha perdido,  
 tan solamente he ganado  
 este saberte decir  
 mis cobardes pensamientos;  
 que decir atrevimientos  
 era hablar como sentir.

LAURA. ¿Pues qué libros traes?

TURI. Compré  
 a Heliodoro.

LAURA. ¿De qué trata?

TURI. De lo mismo que me mata;  
 pero es ejemplo de fe.

La historia de dos amantes  
 pintó con estilo griego,  
 en un laberinto ciego  
 de sucesos semejantes.

LAURA. ¿Cómo el amante se llama?

TURI. Teágenes.

LAURA. ¿Firme?

TURI. Es hombre,  
 y Clariquea es el nombre,  
 Laura, de la hermosa dama.

Muy bien tendrás que leer,  
 y aun te dará que pensar;  
 toma lecciones de amar,  
 y aprenderás a querer.

LAURA. Si las liciones, Turino,  
 de los ojos no se toman,  
 donde las almas se asoman  
 y yo por ellas me inclino.

Si los maestros no son  
 las estrellas que conciertan  
 las voluntades que aciertan  
 a formarse inclinación,

TURI. los libros ¿qué harán por sí?  
 Pues por eso te decía  
 que leyesees tú la mía,  
 Laura, para amarme a mí.

LAURA. Será libro de mentiras.

TURI. Verdades son mis congojas.

LAURA. Hay en las almas más hojas  
 que en los árboles que miras;  
 y como las mueve el viento,  
 aunque en firme rama estén,  
 así las almas también  
 mueven cualquier pensamiento.

TURI. ¿Qué más libros has traído?  
 Un *Amadís* español,  
 de amor centro y de armas sol.

LAURA. Justo cuidado has tenido;  
 que yo le tuve de ti,  
 mientras estuviste allá.

TURI. Pagado el cuidado está,  
 si le tuviste de mí.

Y por ese gran favor,  
 los libros te quiero dar;  
 que no hay mejor obligar  
 que pagar (1) un justo amor.

LAURA. ¿Son éstos?

TURI. Sí.

LAURA. Dios te guarde.

Voime a leer.

(Vase LAURA con los libros.)

(1) Verso suplido por el impreso.

(2) «que la lición»

(3) «Laura y Turino, villanos.»

(4) «¡Ay, si me!».

(1) «pagando».



TURI. Bien podrás,  
para que aprendas si estás  
en penas de amor cobarde.

*(Sale FULGENCIO, viejo, tras TIRENO, villano rústico, con un palo y el huyendo.) (1)*

FUL. Nunca te logres, amén.

TIRE. ¿Por qué no me he de lograr?

FUL. Nunca te falte pesar.

TIRE. ¡Eso sí; maldecir bien!

FUL. Nunca, si tuvieses hijos,  
en nada te den contento.

*(Vale a dar y pónese en medio TURINO.)*

TIRE. ¡Cargar más!

FUL. Dente tormento  
en vez de tus regocijos;  
por que en esperanzas vanas  
hasta entonces te entretengas,  
con negra barba los tengas  
y no los goces con canas.

TIRE. ¡Dalle que dalle!

FUL. No creo  
que te engendré, claro está.

TIRE. ¡Andad con el diablo ya!

FUL. Tu muerte, por Dios, deseo.

TIRE. Por vida vuesa, Fulgencio,  
padre o lo que sois, que estáis  
muy necio, pues no os pagáis  
de mi paciencia y silencio.

FUL. ¡Oh, perro!, ¿Pues tú conmigo?

*(Vale a dar.)*

TURI. ¿Qué es esto?

FUL. ¿Pues no lo ves?

TIRE. Entre padre y hijo es.

FUL. A este bárbaro castigo.

TURI. ¿Qué os ha hecho?

FUL. Yo quisiera,  
Turino, aunque labrador,  
que este hijo, este traidor,  
más de lo que he sido fuera.

Que tuviera inclinación  
de estudiante o de soldado,  
que despreciara el arado  
y olvidara el azadón.

Pero ni quiere estudiar  
ni seguir la guerra quiere,  
porque solamente muere  
por arar y por labrar. (2)

Yo tengo hacienda, y quisiera

que en la ciudad estudiar  
que se ordenara y honrara  
su casa desta manera.

O, pues ingenio le falta,  
que siguiera aquel camino  
de las armas, por quien vino  
César a envidia tan alta.

Dos hijos me ha dado el cielo;  
pero trocados de suerte,  
que Laura es sabia y es fuerte,  
tanto que es monstruo del suelo,  
y éste es necio y para poco.

TURI. Tirenó, ¿por qué razón  
quieres en esta ocasión  
parecer menguado y loco?

¿Por qué no vas a estudiar?  
¿Por qué no sigues la guerra,  
pues a tu padre y tu tierra  
puedes de esta suerte honrar?

TIRE. Pardiez, Turino, aunque diga  
mi padre que necio soy  
por demostraros que estoy, (1)  
sí da lugar que prosiga,  
en lo más cierto y seguro.

TURI. ¿Cuál tienes tú por más cierto?  
TIRE. Vivir al mismo concierto  
que nací sólo procuro.

Y si los reyes hicieran  
leyes que todos los hombres  
los oficios y los nombres (2)  
de sus padres prosiguieran,  
no hubiera la confusión  
que ahora en el mundo veo;  
por cuya causa deseo  
ser lo que mis padres son.

Si el que ha nacido oficial  
quiere ser luego letrado;  
caballero el que ha estudiado  
y el soldado bien o mal,

la república, Turino,  
y la nobleza, se pierde,  
que no hay después quien se acuerde  
de dónde aquel ser le vino.

Que si siempre el oficial  
fuese oficial, viviría  
en la humildad que tenía  
y en aquel pobre caudal.

El noble sólo estudiara,  
tuvieran estimación  
las letras.

(1) No pondremos las acotaciones, que, aunque las mismas en el fondo, son más breves en el impreso.

(2) «cavar.»

(1) «que he de mostraros que doy».

(2) Verso suplido por el impreso.

TURI. Más confusión  
el mundo entonces buscara.  
Pero estas materias son  
para escuelas de letrados.  
TIRE. Los señores sean soldados,  
que es de su sangre blasón.  
TURI. Y si el caballero nace  
sin ingenio, ¿cómo quieres  
que estudie?  
FUL. Más necio eres  
que quien esto dice y hace;  
pues que persuadir pretendes  
un rústico.  
TIRE. Si lo soy (1)  
mejor en el campo estoy,  
Fulgencio, ¿de qué te ofendes?  
Laura, de libros cargada,  
estudie, vaya a París;  
que, como los dos decís,  
será su virtud honrada;  
y pues en toda esta tierra  
tiene por su ingenio fama,  
camine donde la llama,  
por la ciencia o por la guerra.  
FUL. ¿Laura ha de estudiar, villano?  
TIRE. ¿No estudia, así como así?  
FUL. ¿Laura ha de ir al campo, di,  
con la bandera en la mano?  
TIRE. Resuélvome en que he de ser  
lo que mi padre.  
TURI. Si tiene  
hacienda, más te conviene  
crecer más y pretender.  
TIRE. ¡Necedad!  
TURI. ¿Quién lo dijo?  
FUL. A desvariar comienza.  
TIRE. ¿No sería desvergüenza  
ser más que su padre ni hijo?  
FUL. Ea, pues, alto; al arado;  
seguid la huella del buey.  
TIRE. ¿No es mejor que tras la ley,  
como avariento letrado?  
¿O tras la purga y sangría,  
como los médicos van?  
¿O tras algún capitán  
que me lleve a Berbería?  
Dichoso yo si en mi hogar  
como en paz la bien cocida  
olla de carne embutida,  
sin pretender ni envidiar.  
Andense los cortesanos

en sus vanos pensamientos  
a buscar sobre los vientos (1)  
honras y lugares vanos;  
que cuando venga la Muda,  
que así llamaba a la muerte  
mi agüelo, el más sabio y fuerte  
gime, teme, tiembla y duda.

(Vase.)

FUL. Fuése?  
TURI. ¿No le ves correr?  
FUL. Algo hay en éste, Turino.  
TURI. Por este humilde camino  
quiere conservar su ser.  
FUL. Pues ¿qué medra o que restaura?  
TURI. Ser mañana lo que es hoy.  
FUL. A buscar a Laura voy.  
TURI. Yo voy a morir por Laura.

(Vanse.)

(Salen el DUQUE y DON JUAN, de caza.)

DUQUE.

Tomé ocasión de la fingida caza,  
porque engañar a la Duquesa (2) quiero  
y volver rebozado con la noche (3)  
a la ciudad, don Juan, donde encubierto (4)  
pueda hablar con Lisarda.

DON JUAN.

No eran vanos  
los celos que tenía a la partida.  
¡Ah, Lisarda cruel!

DUQUE.

Quiero, en efecto,  
fingir que quedo en esta casería  
y que tú representas mi persona,  
en tanto que yo vuelvo, y decir puedes  
que en ella, por sentirme muy cansado,  
quiero quedarme aquesta noche.

DON JUAN.

Pienso  
lo dispondrán más bien Riselo o Fabio. (5)

(1) «tientos», por errata.

(2) «la Reina, porque».

(3) «volverme rebozado de la noche».

(4) «a París, Adrián, donde cubierto».

(5) Este y los cuatro anteriores versos dicen en el impreso:

«porque estoy al presente muy cansado  
y dormir esta noche en ella.

ADR. Pienso  
que no hiciera aquí Borbón agora.»

(1) En el manuscrito dice, por errata, «si solo».

DUQUE.

Bien fuera si de alguno me fiara;  
pero no me está bien fiar de alguno  
lo que a ti sólo tengo encomendado;  
y porque no me vea algún villano  
que diga dónde estoy, a Dios te queda,  
porque bien puedo caminar de día  
a Florencia, (1) y entrar de noche en ella.

DON JUAN.

Yo haré lo que me mandas; y pues quieres  
irte solo, señor, guárdete el cielo.

DUQUE.

Ten cuidado.

DON JUAN.

Ya sabes mi buen celo.

*(Vase el DUQUE y recuéstase DON JUAN entre unos árboles.)*

Quiero sentarme un rato entre estos árboles  
por ver si descansando me durmiese;  
que a los tristes el sueño es dulce epítima  
y no hay para dormir tal instrumento  
como olvidar un loco pensamiento.

*(Recuéstase y sale LAURA con un libro.)*

LAURA. Sabrosa imaginación,  
¿dónde me llevas tras ti?;  
si aquesto puedes en mí,  
tus fuerzas efectos son.  
¿Qué es aquesto que he leído  
que tiene tanto poder  
que escrito pudo mover  
mi enamorado sentido?  
¿Qué griego es éste que amó  
la divina Clariquee?  
¿Será posible que crea  
que un hombre firme nació?  
¿Qué amores tan bien pagados!,  
¿Qué penas tan bien sufridas!;  
¿Qué adversidades fingidas!, (2)  
¿Qué bosques tan bien pintados!  
Dichosa (3) mujer que halló  
hombre que la quiso tanto,  
que apenas de ver me espanto  
lo que por él padeció.  
Altas hâyas, fuertes robles,  
fuentes que a la mar corréis;  
estrellas las que tenéis  
imperio en las almas nobles;

yo vengo de amor vencida,  
pero sin saber de quién;  
una sombra quiero bien,  
de imaginación vestida.

A Teágenes adoro,  
envidiosa de que sea  
amante de Clariquee  
en el libro de Heliodoro.

¡Ah, quién anduviera así  
por bosques, sendas y prados;  
pues por amantes (1) cuidados  
entre estos montes nací!

¿Qué desdicha liaber de amar  
mis altivos pensamientos  
un villano y sus intentos (2)

*(Vuelve la cara y ve a DON JUAN durmiendo.)*

humbilmente escuchar.

Mas, ¡ay, cielos!, si ha formado  
tan fuerte imaginación  
un hombre en esta ocasión  
que está en esta hierba echado.

¡Válgame el cielo, y qué fuerza  
de un extraño imaginar!

*(Entre sueños.)*

D. JU. ¿Que me pudiste olvidar! (3)  
mas tal ocasión te esfuerza.

LAURA. ¿Qué dudo? Sin duda, es hombre  
como el que estaba leyendo;  
quejándose está y durmiendo,  
¿qué habrá en el mundo que asom-  
Pues imaginado en mí [bre?  
un caballero que amar  
le halló (4) en este lugar:  
¿Eres Teágenes, di?  
¿Eres tú aquel firme amante  
que pasó por Clariquee  
tantos trabajos?

D. JU. ¿Que sea  
tu pensamiento bastante  
para mudarme del mío!

LAURA. Quiero acercarme a escuchalle,  
pues no hay nadie en todo el valle  
y sólo murmura el río.

Gentil persona,

D. JU. ¡Ay de mí!  
¿Qué me buscas, qué me quieres?  
Mudables sois las mujeres,  
yo he visto el ejemplo en ti.

(1) «para aquestos».

(2) Verso suplido por el impreso.

(3) En el manuscrito «dudar», por errata.

(4) En el manuscrito «hablo».

(1) «París».

(2) «vencidas!»

(3) El manuscrito, por errata, dice: «Ahora».

LAURA. Que le busco y que le quiero  
dice, y que mudables son  
las mujeres.

D. JU. Con razón  
de tu crueldad desespero.

Mas ¿quién se ha de resistir  
cuando tú a buscarme vienes,  
pues la belleza que tienes  
me ha de volver a rendir?

Así (1) me quisieras bien,  
cuán bien tu amor satisface.

LAURA. Si yo le quisiera, dice  
que él me quisiera también.

D. JU. Llego, mi señora, llega.

LAURA. Dice que llegue, sí haré;  
porque más cerca podré  
oírlo mejor (2). ¡Qué ciega  
mariposa fué a la llama  
con mejor atrevimiento!

D. JU. ¡Ay, cielos! ¡Cuánto contento  
da la esperanza a quien ama!

LAURA. Mas, ¡con cuánta más razón  
la posesión le dará!

D. JU. Si puedo abrazarte ya,  
dame licencia y perdón.

*(Despierta y abrázala.)*

¡Válgame el cielo mil veces!  
¿qué es esto?

LAURA. Suelta, señor.

D. JU. Sueño hasta ahora traidor,  
¿qué es aquesto que me ofreces?  
¿Eres cuerpo?

LAURA. Cuerpo soy.  
Suelta.

D. JU. ¿Tienes alma?

LAURA. Sí.

D. JU. ¿Por dónde has venido aquí,  
o cómo contigo estoy?

LAURA. Suéltame y sabráslo.

*(Dale un empujón y retírase.)*

D. JU. Sueño,  
sí (3) tratas verdades ya...

LAURA. Antes miente, pues os da  
hoy tan diferente dueño.

Vos estábades soñando  
en la que en Florencia (4) amáis,

(1) «¡Ay, sí».

(2) En el manuscrito «mayor».

(3) «tú».

(4) «París». Siempre que el texto dice «Florencia»  
entiéndase «París» en el impreso.

y una labradora halláis  
de esta sierra, despertando.

D. JU. ¿Cómo en mis brazos hallé  
los tuyos, si yo dormía?

LAURA. Porque cansada venía  
y entre estos olmos me eché.

Debíamos de soñar  
un mismo sueño los dos,  
y lo que os despertó a vos  
me debió de despertar.

De suerte, que a un tiempo aquí  
nos hallamos abrazados,  
del sueño y de amor burlados.

D. JU. No me burla el sueño a mí.

Porque yo soñé que vía  
grande cantidad de amores,  
que de rosas y de flores  
que esta verde selva cría,  
fabricaban una rara  
belleza entre estas arenas,  
todo el cuerpo de azucenas  
y de jazmines la cara.

Desperté, y hallé en mis brazos  
tu divina gentileza,  
tan conforme a su belleza,  
que ya estoy preso en tus lazos.

LAURA. Yo soñaba que, de fuego,  
el niño Amor fabricaba  
una figura que hablaba,  
y que se paraba luego.

Vi que el pecho le hacía  
todo de camaleones;  
el corazón, de traiciones;  
el cuerpo, de fantasía;

los ojos, de dos traidoras  
niñas, sin firmeza alguna; (1)  
y el rostro, como la luna, (2)  
con sus mudanzas por horas;

la condición de la mar,  
ya en bonanza, ya furiosa.

Pero lleguéme, amorosa,  
por verla y oírlo hablar; (3)

y hablóme de tal manera,  
que desperté; mas, por Dios,  
que me digáis si sois vos  
esta venenosa fiera.

D. JU. Serrana del mismo cielo, (4)  
que de menos alta parte

(1) En el manuscrito «primera».

(2) En el manuscrito «coluna».

(3) «por ver la yerba hablar». Errata notoria.

(4) «de estas montañas».

no pudiera ser quien tiene  
 donaire y gracia de un ángel.  
 Serrana, cuyo despejo, (1)  
 porque a ninguno matase,  
 escondió el cielo entre montes,  
 para luz de aquestos valles:  
 no me imagines de fuego,  
 ni de suerte me maltrates (2)  
 que yo te parezca Apolo  
 y que tú imites a Dafne.  
 El gran Duque de Florencia, (3)  
 que el cielo mil años guarde,  
 muy cerca de sí me tiene,  
 de sus cuidados Atlante. (4)  
 Vino a cazar a estos montes;  
 canséme de dar alcance  
 a los animales fieros;  
 dejéle en sus verdes valles,  
 y al son de una (5) clara fuente  
 que destas arenas sale,  
 dando puñados de perlas  
 a quien mira sus cristales,  
 me senté, dormí y soñé  
 sueños que serán verdades  
 si en los accidentes nuestros (6)  
 son las estrellas iguales.  
 No te extrañes, (7) que no es justo;  
 dime tu nombre, pues sabes  
 que en cortesía lo debes,  
 pues te he contado mis partes.  
 Generoso caballero:  
 no te espantes que me espante  
 de que dudes que te sirva  
 en cuanto ahora me mandes;  
 y desde este punto quiero  
 que sepas, para adelante,  
 que hasta escuchar la mujer,  
 bien puede ser que se guarde;  
 que si escucha, no aconsejo  
 la desconfianza a nadie,  
 que por oídos de cera  
 no hay palabra que no pase.  
 Laura es mi nombre; Fulgencio,  
 un labrador, es mi padre;  
 soldado en su mocedad,  
 y no de oscuro linaje;

LAURA.

aumentó el cielo su hacienda  
 de suerte que treinta pares (1)  
 de bueyes aran la tierra,  
 que al año siguiente paren.  
 Lo que de oloroso vino  
 encierra, y los olivares  
 que miras, le dan de aceite  
 no se mide ni se sabe;  
 tiene un hijo, que él quisiera  
 a más lugar levantarle;  
 mas no hay remedio con él  
 que más que del campo trate.  
 Yo al revés, que aunque me mira  
 muchacha, (2) en rústico traje,  
 sé leer y sé escribir,  
 y una inclinación notable (3)  
 de aprender (4) armas y ciencias,  
 sino que el alma me engañe. (5)  
 Presumo que sois el Duque;  
 si lo sois, pues que ya es tarde,  
 no os desirváis de que os lleve  
 a una casa razonable,  
 donde un arca de ciprés  
 os dará sábanas tales,  
 que no echéis (6) menos las vuestras  
 con (7) las holandas de Flandes.  
 No os ofreceré gran cena, (8)  
 gran vajilla, mesa y pajes,  
 que yo sola os serviré,  
 y con voluntad tan grande,  
 que podáis caber en ella,  
 aunque como otro Alejandro,  
 fuérades (9) señor del mundo.  
 D. JUAN. ¿Hay tan gracioso donaire? (10)  
 El Duque quiero fingirme,  
 mudando estilo y semblante. (11)

(Con gravedad.)

Serrana, yo soy el Duque. (12)  
 LAURA. Dadme vuestra mano, o dadme  
 a besar los pies.

- (1) «cuya belleza».  
 (2) «retrates».  
 (3) «el Rey Francisco Primero».  
 (4) «soy de su dorada llave».  
 (5) «desta»; pero es errata.  
 (6) «si en el occidente nuestro».  
 (7) «No te esquines».

- (1) «pacen».  
 (2) «mujer».  
 (3) «y tengo pecho bastante».  
 (4) «a emprender».  
 (5) «con agudeza notable».  
 (6) «no haréis».  
 (7) «ni».  
 (8) «No os ofrezco grande».  
 (9) «fuera» el».  
 (10) «¿Hay tal gracia, hay tal donaire?»  
 (11) Faltan en el impreso estos dos versos.  
 (12) «Pues, Laura, yo soy el Rey»

D. Jv. Detente, (1)  
 serrana, que eres bastante (2)  
 a humillar mayor grandeza;  
 vamos a ver a tu padre,  
 que quiero que digáis todos  
 a quien por mí preguntare,  
 que estoy durmiendo y que esperen.  
 LAURA. ¡Qué hermosa presencia y talle!  
 D. Jv. La labradora es donosa. (3)  
 LAURA. Pudiera el Duque (4) matarme  
 si merecieran mis dichas  
 que nacióramos iguales.

(Vase, haciéndole muchas cortesías LAURA.

Salen el DUQUE, de noche, FABIO y criados.)

DUQUE. Mirad con mucho cuidado (5)  
 si hay gente en la calle.

FABIO. Está  
 tan sola, que extrañará  
 el mirarte desvelado. (6)  
 ¿Sabe Lisarda que viene  
 Vuestra Alteza de este modo?

DUQUE. Noticia tiene de todo.

FABIO. ¿Noticia? Descuido tiene.

No veo alguna señal  
 del cuidado que era justo.

DUQUE. Si no la despierta el gusto,  
 no la tiene el mundo igual.

Bueno fuera hacerla yo,  
 pero no me atreveré.

FABIO. ¿No fué concierto?

DUQUE. Sí fué,  
 pero al concierto faltó.

FABIO. Pues advierte que ya el alba  
 anda por reírse y toca  
 con los cercos de la boca  
 la parte que le hace salva.

Presumo que se ha dormido,  
 y si al monte has de volver,  
 no sé cómo puede ser  
 sin haber amanecido.

(1) En el impreso dicen estos dos versos:

LAU. «Dadme vuestros pies reales.  
 ¡Qué bien me engañaba!

ADR. Tente.»

(2) «que tu hermosura es bastante».

(3) «me ha muerto».

(4) «El Rey pudiera».

(5) «secretos».

(6) Los tres versos anteriores dicen en el impreso:

«si el terrero está ocupado.

GER. Los galanes le han dejado,  
 porque ya es tarde, en efeto.»

DUQUE. ¡Oh, Lisarda!, si este engaño  
 no me libra de este error,  
 ¿adónde piensa mi amor  
 hallar mayor desengaño?

Pero, esperad, ¿no es aquella  
 que a la ventana llegó?

FABIO. Al amanecer salió,  
 como es de tu sol estrella.

DUQUE. Lisarda hermosa.

(LISARDA a una reja baja.)

LISAR. Señor.

DUQUE. ¿Cómo has tardado?

LISAR. He salido  
 mil veces.

DUQUE. Todas han sido  
 nuevas deudas de mi amor.

Mas, por dicha, a tiempo fueron,  
 que me apartaba de aquí.

LISAR. ¿Cómo te viniste así?

Dime, señor, ¿no te vieron? (1)

DUQUE. Nadie supo que venía  
 si no fué sólo don Juan;  
 todos seguros están  
 de mi amor, Lisarda mía.

LISAR. ¿A don Juan se lo has contado?

DUQUE. ¿Pues qué importa? ¿No es secreto?

LISAR. Es mozo y está, en efeto,  
 de Clavela enamorado,  
 a quien lo podrá contar,  
 y ella a Su Alteza.

DUQUE. Yo sé  
 que lo que yo le conté  
 sabrá callar.

LISAR. ¿Qué es callar?

¿Cuál hombre calló jamás  
 secreto a quien quiso bien?

¿Sabe que te quiero bien? (2)

DUQUE. Sabe que en mi alma estás;  
 pero no le he referido  
 los favores que me has hecho.

LISAR. Don Juan tiene muy buen pecho,  
 pero quiere y es querido.

Mejor en Fabio o Riselo (3)

estos secretos están  
 que en don Juan, porque don Juan  
 tiene amor, y yo recelo. (4)

DUQUE. Mucho don Juan me parece  
 Lisarda, el que ahora nombras;

(1) «oyeron?», por errata.

(2) «que yo a ti también».

(3) «en Guisa o Borbón».

(4) «y es ocasión».

si dél, señora, te asombras,  
muchas veces se te ofrece.

No le nombres.

LISAR. Pues, ¿por qué?

DUQUE. Porque dices que te enoja.

LISAR. Que lo diga me congoja.

DUQUE. No hará, que yo le hablaré. (1)

Deja, por tus ojos bellos,  
de estar con ese temor,  
que se correrá (2) mi amor  
de que estés con pena en ellos.

LISAR. ¿Celos te ha dado don Juan?

DUQUE. ¿Vuelves a nombrarle?

LISAR. Yo...

DUQUE. Con más razón te agradó,  
que es gentil hombre y galán.  
Todo lo entiendo, Lisarda;  
no en vano dándole cuenta  
de mi amor...

LISAR. Señor, ¿qué intenta  
tu celoso pecho? Aguarda.

DUQUE. ¿Qué quieres que aguarde?

LISAR. Pienso

que no ofendo tu valor  
en tenerle algún amor,  
porque él me lo tiene inmenso.

Mas después que yo he sabido  
que me deseas, no he dado  
paso alguno en mi cuidado  
que pueda haberte ofendido.

DUQUE. No, Lisarda, para mí  
no ha de haber humano engaño;  
yo gusto del desengaño,  
ya vuestro amor conocí. (3)

Y pues con cierta evidencia  
he visto tu voluntad,  
conózcase mi amistad:  
venga don Juan a Florencia, (4)  
que yo seré buen tercero  
para que os caséis (5) los dos.

(1) «hablara», por errata.

(2) En el manuscrito «borrará», por errata.

(3) Esta redondilla, incompleta en el impreso, dice:  
«No, Lisarda; para un rey  
no ha de haber humano engaño,  
que amor es rey de otra ley.»

(4) Esta otra dice en el impreso:

«Y pues en ella vivís,  
no ofendas más mi lealtad;  
los dos tenéis amistad,  
venga Adrián a París.»

(5) «gocéis».

LISAR. Mil años te guarde Dios.

DUQUE. No sé si vivo o si muero. (1)

LISAR. Suplicote, gran señor,  
pues tanto el serlo has mostrado  
en reprimir mi cuidado,  
por hacerme este favor,  
que me case por tu mano.

DUQUE. Adiós, Lisarda.

LISAR. El te guarde.

(*Entrase.*).

DUQUE. Esto sí que es llegar tarde  
para negociar temprano.

FABIO. ¿Quién duda que está rendida?

DUQUE. ¡Y cómo, si lo ha mostrado!  
Caballos; ¡buen lance he echado!

FABIO. ¿Qué llevas?

DUQUE. Menos la vida, (2)  
mala noche y lo demás.

FABIO. ¿Pues no te ha hecho favor?

DUQUE. Extraño rey es amor;  
los grandes sujeta más. (3)

(*Vanse y salen DON JUAN y LAURA.*)

(1) «con gran razón el primero», dice también Lisarda, y sigue:

«porque ninguno pudiera  
decir que lo fué por ti.

Ya que procedes así,  
y tú quieres que le quiera,  
te suplico que el amor  
que dices que me has cobrado  
prosigas en el cuidado  
de hacerme aqueste favor.  
Cáseme yo por tu mano»

(2) «¡Gentil venida!»

(3) Aquí intercala el impreso la siguiente escena,  
que se ha omitido en la copia manuscrita.

(*Vanse, y salen BORBÓN y el ALMIRANTE DE FRANCIA.*)

BOR. Aquí dicen que ha estado aquesta noche;

ALM. Es famosa, Borbón, la casería.

BOR. Yo estuve en otra, donde estar pudiera  
como en palacio el Rey.

ALM. Ricos serranos  
tienen aquestos bosques y montañas.

BOR. ¡Ah de la casa! ¡Ah, huésped! No responden.

ALM. Cerrado todo. ¿Por qué causa? Acaso...

BOR. Será por los ganados y pastores  
que se suelen entrar hasta las cañas  
de aquesta gente, sin pedir licencia.

TIRR. ¿Dónde está el Rey?

ALM. ¡Ah, labrador amigo!

¿Es esta casería la que el Rey tiene?

TIR. No, porque ella se tiene por sí misma.

BOR. Mira que hablas con el Almirante  
de Francia.

D. J U. ¿Fuéronse ya los criados?  
 LAURA. Al punto que les dijeron  
 que lo mandabas, se fueron,

TIR. Yo no pienso que respondo  
 tan fuera de propósito hasta agora.

BOR. ¿Dónde está el Rey?

TIR. Aquí dicen que duermen  
 y no se ha levantado, que es temprano.  
 Oí decir a un viejo algunas veces,  
 que no daba el reloj para los príncipes,  
 que ellos no están sujetos a las horas,  
 ni temen el invierno ni el verano,  
 porque no sienten el calor ni el frío.

LAU. ¿Qué es lo que buscan estos caballeros?

TIR. Laura, a su Rey.

ALM. Hermosa labradora...

LAU. ¿Qué has dicho? (*A Tirreno.*)

TIR. Que está aquí.

LAU. Muy bien has  
 y si los reyes obligados quedan [hecho;  
 más que los otros hombres, aunque nobles,  
 a cumplir la palabra, gran ventura  
 esta noche ha venido por nosotros.  
 TIR. Habráte prometido casamiento.

LAU. Merced me ha hecho y su palabra me ha

TIR. Di adelante. [dado

LAU. No son cosas

para comunicarlas tan apriesa.

FUL. El Rey os manda a todos, caballeros,  
 que le esperéis en el camino juntos,  
 y que ninguno en esta puerta quede.

ALM. ¿Qué secreto es aqueste?

BOR. No lo entiendo.

Vamos donde quedan los caballeros (*sic*);  
 que al Rey, en ausencia y en presencia,  
 la respuesta mejor es la obediencia.

TIR. ¿Por qué no quiere el Rey que éstos le vean?

FUL. Alguna causa habrá, pues él no gusta.

Yo, Tirreno, estoy loco.

TIR. ¿De qué suerte?

FUL. No sé qué he visto en Laura.

TIR. ¿Estás caduco.

FULG. ¡Pluguiera a Dios, Tirreno! (*sic*)

que éste fuera defeto de los años  
 y no defeto del honor que digo.

TIR. ¿Qué propio es el temor en blancas canas!

FUL. Habita siempre en nieve, y deso nace  
 ser el temor tan fiero, pues de serlo  
 verás que siempre tiembla el que le tiene.

TIR. Disimulemos, padre, que el Rey viene.

ADR. ¿Fuéronse los caballeros?

FUL. Todos quedan es-  
 [perando.]

Vuelve ahora al texto, donde dice:

D. J U. ¿Laura?

LAURA. Señor.

D. J U. Contemplando (*etc.*).

que son todos bien mandados. (1)

D. J U. ¿Laura?

LAURA. Señor...

D. J U. Contemplando  
 tu belleza y mi ventura,  
 no la tengo por segura,  
 aun cuando la estoy gozando.

LAURA. Mas sufrir aquesta ausencia. (2)  
 Pena me da que la nombres:  
 ¿has de hacer lo que otros hombres,  
 siendo mayor tu excelencia?

D. J U. Moriré de amor sin tí;  
 advierte que me has de ver.

(*Sale el DUQUE solo.*)

DUQUE. Por aquí debe de ser.

Don Juan, ¿tú estabas aquí?

LAURA. ¿Cómo don Juan?

D. J U. Gran señor.  
 ¿cómo vienes?

LAURA. ¡Ah, traidor!

DUQUE. Basta, que a casarte fuí.

D. J U. ¿A casarme? ¿De qué modo?

DUQUE. Hablé a Lisarda; y de suerte  
 te quiere bien, que me advierte  
 con gran libertad de todo.

Yo vengo determinado  
 a que te cases con ella.

D. J U. Después, gran señor, que della  
 favor habrás alcanzado, (3)

no lo estimo por favor  
 de Lisarda, aunque lo es tuyo;  
 que no seré Apeles suyo,  
 puesto que la tengo amor.

DUQUE. No te doy prenda que quiero,  
 pues tú no me la has pedido;  
 menos (4) Alejandro he sido,  
 sí (5) hacella Campaspe espero.

Con ella hablé, de ella sé  
 su amor, aunque con mi daño; (6)  
 y con este desengaño  
 mi pretensión acabé.

Ella será tu mujer.

(1) Estos cuatro versos anteriores y la acotación  
 que los precede faltan, como se comprende, en el im-  
 preso.

(2) Estos cuatro versos dicen en el impreso:

«esos divinos luceros,  
 pienso sufrir esta ausencia.»

(3) «habrá tu Alteza logrado.»

(4) «ni en esto».

(5) «ni»

(6) «que te tiene amor extraño.»



D. JU. Antes me daré la muerte. (*Aparte*).  
 DUQUE. ¿Qué dices?  
 D. JU. Que de esa suerte  
 bien te puedo obedecer.  
 DUQUE. ¿Hanme buscado?  
 D. JU. Señor,  
 todos a verte han venido;  
 mas siempre estuve escondido.  
 DUQUE. Sígueme.  
 (*Vasc.*)  
 LAURA. Escucha, traidor.  
 D. JU. Laura, con el Duque voy; (1)  
 búscame, que para ti  
 Duque soy, pues noble fuí. (2)  
 (*Vasc.*) (3)  
 LAURA. De mármol pienso que soy. (4)  
 ¿Qué tempestad es ésta que me embiste  
 sólo por ver un libro enamorado?  
 No hay capítulo en él que no le pasado,  
 por mi desdicha, en esta noche triste.  
 Presto segunda parte compusiste,  
 fortuna, de mi loco amor burlado;  
 amaste, Laura, a un hombre imaginado;  
 tu honor perdiste, Laura, mujer fuiste.  
 Mas yo, para vengarme de este daño,  
 en forma de hombre iré a París, de suerte  
 que se extienda mi nombre en reino extraño.  
 Hombres, en hombre Laura se convierte;  
 sirena quiero ser de vuestro engaño,  
 que comienza en mujer y acaba en muerte.

## FIN DE LA PRIMERA JORNADA

(1) «Laura, yo voy con el Rey».  
 (2) «Rey soy, pues noble nació».  
 (3) Aquí intercala el impreso este pasaje:  
 LAU. «Eres hombre a . . . . (*roto*)  
 reviento, pero es . . . . (*roto*)  
 callar».  
 ADR. Fulgencio y Tirreno:  
 no ha sido este engaño ajeno  
 de agradecimiento honroso.  
 Al Rey le importa, y así  
 dice que a la corte vais,  
 donde galardón tengáis.  
 FUL. ¿Lucgo aquél es el Rey?  
 ADR. Sí.  
 FUL. ¿Qué es esto?  
 TIR. Yo no lo sé;  
 embustes de cortesanos.  
 FUL. Besarle quiero las manos.  
 TIR. Bien dices, contigo iré.  
 (*Vanse FULGENCIO y TIRRENO.*)

(4) Falta este verso en el impreso,

## SEGUNDA JORNADA

## DE PEDRO DE URDEMALAS

(*Salen FABRICIO y LEONIDO, estudiantes, de camino.*)

LEO. Si habemos de llegar tarde  
 a Polonia y no podemos;  
 parad aquí nos quedemos  
 Fabricio, así Dios os guarde.  
 Que fuera de que esta venta  
 tiene regalo y hay cama,  
 la moza prolija es (1) llama.  
 FABR. ¿Qué, en fin, la moza os contenta?  
 Vos sois gentil humanista.  
 LEO. Es flaqueza de estudiante.  
 FABR. No fué de *Musa* adelante, (2)  
 alto seguid la conquista.  
 Pero sepamos primero  
 del huésped, si habrá recado,  
 Por lo que éste se ha quedado,  
 quedarme en la venta quiero;  
 que la moza es extremada,  
 y de lindo talle y brío.  
 (*Aparte. Sale el VENTERO.*)  
 VENT. ¿Ah, huésped? Patrono mío.  
 FAB. ¿Tendremos buena (3) posada,  
 que nos queremos quedar  
 yo y mi camarada aquí?  
 ¿Habrà cama?  
 VENT. Señor, sí;  
 y no habrá mal que cenar,  
 que han llegado en este punto  
 perdices, y hay dos conejos.  
 LEO. ¿Ropa limpia?  
 VENT. Como espejos.  
 Pues por eso lo pregunto (4).  
 VENT. Es notable diligencia  
 la desta casa en razón,  
 de dos personas que son  
 el mismo viento en mi ausencia.  
 Mi hija es famosa pieza,  
 y otro mozueto atrevido  
 que más de un mes me ha servido (5)  
 con notable ligereza.  
 ¡Hola, Pedro; hola, Perico!

(1) «la moza al momento».  
 (2) «de moza delante», por errata.  
 (3) «luego».  
 (4) Falta lo demás del verso porque el encuadernador ha cortado el primero y el último verso de cada plana. Suplido por el impreso.  
 (5) «ese mozueto francés  
 que habrá que me sirve un mes».

(Sale LAURA, de villano.) (1)

LAUR. ¡Dalle al nombre!

VENT. ¡Hola, muchacha!

LAU. ¿No se os quitará esa tacha?

¿Hubisteisme en Puerto Rico? (2)

¿Soy por dicha (3) papagayo?

VENT. Mira qué quieren aquí.

(Vase.)

LAU. ¿Quédanse esta noche?

FABR. Sí.

LAU. Huélgame, juro a mi sayo;

porque habemos a jugar

ciertas monedas.

LEO. Pues ¿tienes

naipes?

LAU. ¡Qué despacio vienes!

¿En venta pueden faltar?

LEO. Oyeme aparte.

LAU. Apostemos

que sé lo que me queréis.

LEO. ¿Cómo?

LAU. Echado el ojo habéis

a la moza que tenemos.

LEO. Debes de ser adivino.

LAU. ¿Qué me daréis y os pondré

en su aposento?

LEO. No sé.

LAU. No seáis conmigo mezquino.

LEO. Fía de mí el galardón

LAU. Par Dios, hermano escolar, (4)

que no me pienso fiar

de nadie.

LEO. ¿Por qué razón?

LAU. Requiere mi historia espacio;

fuera de que es de ignorantes

el fiarse de estudiantes

y de gente de Palacio.

LEO. Ponme esta noche en lugar

donde la hable, (5) y te daré

este doblón.

LAU. Yo lo haré;

pero daos prisa a cenar;

porque os recojáis los des,

y entre tanto, en la cocina,

la podréis ver, (6) que es mohina

como mula.

LEO. Voy.

(Vase.)

LAU. Adiós.

FABR. ¿Pedro?

LAU. Señor.

FABR. ¿Cuánto va

que sé lo que te ha rogado?

LAUR. ¿Mas, qué le habéis envidiado?

FAB. El alma me has visto ya.

Desdichado fuí en no haber

llegado primero a hablarte.

LAU. Pues como vos queráis parte...

FABR. Demonio debes de ser.

LAU. Venid, en cenando, aquí,

que yo os pondré en su aposento;

pero entrad con grande tiento.

FAB. ¿Es aquel de enfrente?

LAU. Sí. (1)

Pero tened discreción,

no os sienta ese mentecato.

FAB. Yo voy.

(Vase.)

LAU. ¡Qué aprisa que trato

mi desdicha y perdición (2).

¿Soy yo Laura? ¿Soy yo aquella

que por la desdicha mía

pensé que del sol podría

ir al lado, como estrella?

¿Yo soy Laura? ¿Yo he venido

de un hombre cruel burlada

a tanto mal, desterrada

de mi casa y patrio nido?

¿Yo dejé a Florencia? (3) ¿Yo

dejé a mi padre y hermano,

buscando remedio en vano?

¡Ah, cielos! ¿quién me engañó?

¿Quién me engañó?, dije bien;

eso dudo que fué un hombre,

que apenas le supe el nombre.

(Sale CLARA.)

CLAR. Sentarse pueden también,

que todo está aderezado.

LAU. ¿Clara?

CLAR. ¿Pedro?

(1) Estos dos versos dicen en el impreso:

«pero entrad a darla tiento.

FAB. ¿Está en la cocina?

LAU. Sí.

(2) «y perdición» fué suplido por el impreso, pues falta en el ms.

(3) «Yo salí de Francia».

(1) «con polainas, sayo y montera».

(2) «roto», por errata.

(3) En el ms. «hola», por errata.

(4) Suplido este verso por el impreso.

(5) «que la goce».

(6) «dada un tiento».

LAU. ¿Dónde?  
 CLAR. A verte, (1)  
 que eres mi vida y mi muerte,  
 mi mal y mi bien cifrado.  
 LAU. Si como muero por ti,  
 tú por mí, ya en esta venta  
 hubiéramos hecho cuenta.  
 CLA. Pues, ¿habrá valor en ti  
 para que juntos nos vamos?  
 LAU. ¡Mal conoces lo que soy!  
 CLA. Yo, Pedro, en tu mano estoy.  
 LAU. Pues, Clara, ¿para qué estamos  
 sufriendo gente importuna?  
 Coge esta noche tu ropa;  
 y pues da el viento en la popa,  
 sigamos nuestra fortuna.  
 Las dos mulas que han traído  
 aquestos dos licenciados (2)  
 son navios extremados;  
 el viejo estará dormido;  
 y a los dos, yo los pondré  
 esperándote al sereno,  
 que les ha dado veneno  
 tu vista.  
 CLA. Pues yo entraré  
 a donde tiene el dinero  
 mi padre.  
 LAU. Lo bien ganado  
 luce: péscalo y pescado (3)  
 vente conmigo, que quiero  
 dar en bravo y matachín.  
 CLA. Voyme Pedro; mas quisiera  
 que tu amor su fe me diera  
 de ser para honesto fin.  
 LAU. Y tan honesto será,  
 que te pese de su extremo.  
 CLAR. Aguárdame aquí.  
 (Vase.)  
 LAU. ¿Qué temo?  
 Echada la suerte está.  
 Burlóme un hombre, y yo tengo  
 de hacer mal a cuantos pueda;  
 bueno este principio queda,  
 si a salir con el fin vengo.

(1) En el ms. dicen estos dos versos:  
 «que todo estará asado».

LAU. ¿Clara?  
 CLAR. ¿Pedro?  
 LAU. ¿Dónde vas?  
 CLAR. A verte».

(2) Verso suplido por el impreso.

(3) «péscalo, y, sacado».

Al huésped quito el dinero  
 y la hija; a estos letrados  
 sus mulas, que a sus cuidados  
 dará socorro el ventero.

Porque, por Dios, que han de en  
 entrambos en su aposento, [trar  
 quiero entrar, y con gran tiento  
 las dos mulas ensillar. (1)

(Vase.)

(Vase y salen FULGENCIO y TIRRENO.)

TIRR. Pues no ha vuelto en tantos días  
 ¿qué sirve esperarla más?

FUL. ¿Qué vanos consejos das,  
 Tirreno, a las ansias mías!

Hoy vendrá, vendrá mañana;  
 hoy pasa y mañana llega,  
 y entre estas dudas se anega  
 mi loca esperanza vana.

No lo dudéis, algún hombre  
 se la llevó.

TIRR. Si eso fuera,  
 señas en Florencia hubiera  
 de su talle y de su nombre;  
 mas con tantas diligencias,  
 bien sabéis que no se ha hallado.  
 TIR. Pienso que la habrá engañado  
 el deseo de las ciencias.

Las letras desvanecieron  
 su ingenio; yo apostaré  
 que a ver mil cosas se fué  
 que los libros le dijeron.

No lo dudéis; en alguna  
 Universidad está.

TIRR. ¿Pues qué ha de hacer?

TIR. Seguirá

la fuerza de su fortuna,  
 irá tras su inclinación.

TIRR. ¿Veis, padre, cuán mejor fuera  
 que Laura el campo siguiera  
 y no aquella presunción?

A la fe, padre, que agora  
 se ve que es arrestamiento (2)  
 el seguir su nacimiento  
 quien las asperezas mora.

El cielo con un compás,  
 puso un círculo a la vida (3)

(1) Aquí el impreso intercala estos tres versos:

«Dame, fortuna, tus alas,  
 que me han de llamar por ellas,  
 desde hoy, Pedro de Urdemalas».

(2) «acertamiento».

(3) Verso suplido por el impreso.

cada cual, nadie pida  
 más, ni quiera saber más.  
 TUR. Deja de dar aflicción,  
 Tirreno, a los afligidos,  
 que no es en bienes perdidos  
 consuelo la reprensión.  
 Mejor será que los dos  
 vamos a buscar a Laura.  
 FUL. Tirreno, mi mal restaura;  
 duélate mi mal, por Dios;  
 Laura es luz de aquestos ojos,  
 Laura el oro destas canas;  
 deja con palabras vanas  
 de darme sin Laura enojos.  
 Pues te acompaña Turino,  
 dineros os quiero dar,  
 para que podáis gastar  
 en este incierto camino.  
 Añimo, con la esperanza  
 de que la busca mi vida.  
 TIRR. Pues que de Laura perdida  
 no menos parte me alcanza,  
 vos veréis en esta empresa  
 para lo que soy.  
 FUL. El cielo  
 te guarde y me dé consuelo.  
 TUR. De llorar Fulgencio cesa,  
 que tendrás lo que perdiste.  
 FUL. Eso podrá sustentarme.  
 TIRR. ¡Ay, Laura! Fingiste amarme,  
 pues sin ocasión (1) te fuiste.

(Vanse. Sale LAURA, de rufián, y CLARA.)

LAU. Hasta casarme contigo,  
 Clara, no he de ser más hombre.  
 CLA. Ganarás de honrado el nombre,  
 mas no de ser hombre amigo.  
 Yo de un hombre despejado  
 y brioso como tú,  
 no creyera tal. ¡Jesús!  
 ¡qué melindroso has estado!  
 ¿Cama aparte? Pues, bien mío,  
 una misma, (2) ¿qué importara?  
 Las sospechas de tu cara  
 hoy apelan a tu brío;  
 que si no, por esos ojos  
 que dijera... (3) mas no quiero  
 decírtelo.

(1) En el ms. «siendo hermana», por errata.

(2) Suplida la mitad del verso por el impreso, así como el que sigue.

(3) «que creyera...»

LAU. Considero,  
 Clara hermosa, tus enojos.  
 Pero no tienes razón,  
 y esta noche lo verás,  
 pues sin las bodas me das  
 para gozarte ocasión. (1)  
 CLA. Por mi vida, Pedro, ¿tienes  
 algún defecto?  
 LAU. ¿Yo?  
 CLA. Sí.  
 LAU. Pues, ¿qué has visto, Clara, en mí,  
 que con tal sospecha vienes?  
 ¡Pese a la opinión, amén!  
 ¿Vesme hundir de una patada  
 el suelo y batir la espada  
 como un Rodamonte?  
 CLA. Bien.  
 LAU. Vesme de mirar no más,  
 matar bravos, y en efeto  
 tenerte el mundo respeto  
 porque en mi poder estás.  
 Vesme, al calar el tejado  
 (ya entenderás que el sombrero),  
 volver la espalda el más fiero (2)  
 y tiembla el más arrojado,  
 ¿y pones duda?  
 CLA. Mis ojos:  
 no haya más, hagamos paces.  
 LAU. ¡Vive Dios, que si me haces...!  
 CLA. Ea, no haya más enojos.  
 LAU. La cólera me revienta;  
 no me hagas que te dé,  
 Clarilla, algún puntapié  
 con que te vuelva a la venta.  
 CLA. Amores, ya se acabó.  
 LAU. Con los hombres de mi modo  
 ¡sopifera!  
 CLA. Furia es todo (3)  
 LAU. ¿Sabes qué Pedro soy yo,  
 que es mejor una pedrada  
 que dar un enojo a Pedro?  
 CLA. Pedro, con vos poco miedo.  
 LAU. Bien puede decir que nada.  
 Darla quiero una instrucción  
 de su modo de vivir.

(1) Aquí el impreso intercala estos cuatro versos:

«CLAR. La mujer y la hermosura  
 córrase y queda burlada  
 cuando puede ser gozada  
 y el que ama no procura».

(2) «vuelve a espaldas el guerrero», por errata o error

(3) Suplido este verso por el impreso.

CL.A. Lo que tardas en decir,  
detengo la ejecución.

LAU. Primeramente, ha de ser  
muy limpia y poco importuna,  
y jamás a cosa alguna  
ha de osarme responder.  
Aunque se seque, jamás  
ha de decir «esto quiero»,  
si no mirarme primero,  
y si la entiendo no más.

Desmayarse, ni por hambre,  
aunque vea mil espadas;  
por lo que es dos bofetadas,  
no ha de mostrar pesadumbre.

Por tres, alzará la cara;  
por cuatro, hará un pucherico;  
por cinco, llore tantico,  
que a seis nunca llego, Clara,  
si no es con mucha ocasión.

CL.A. Más hombre vienes a ser,  
que te había menester.  
¿Falta más de la instrucción?

LAU. Celos, son pueblos en Francia;  
ésos no me ha de pedir,  
aunque se viese morir.

CL.A. Esa es lición de importancia;  
que no puede haber mujer  
sin celos, porque es estar  
sin aire el mundo.

LAU. El callar  
entre en el no responder.  
Lo que es hablarne de riña  
no ha de tocarme esa pieza,  
que le abriré la cabeza.

CL.A. ¡Qué buena ropa y basquiña!

LAU. No ha de escribirme jamás  
requiebros de nota ajena,  
porque me dan mucha pena,  
sino ella diga, y no más.

Lo que es delante de mí  
no hablará jamás secreto,  
ni de galán o discreto  
ha de alabar más que a mí.

Cada día me ha de dar  
ropa limpia en cama y mesa  
y persona.

CL.A. De hablar cesa.  
(*Entra LIDIO, la JUSTICIA y ESCRIBANO.*)

LIDI. Hoy los he visto llegar.

JUS. Y es gente de mala traza.

LID. Quedo, que aquí están.

JUS. ¿Qué gente?

LAU. ¡Bueno para de repente!

Gran desdicha me amenaza.  
Señor; marido y mujer.

JUS. ¿Forasteros?

LAU. Sí, señor.

JUS. Descubran.

LAU. Menos rigor.

JUS. Quedito.

LAU. ¿Qué quiere ver?

JUS. Si es más de marca esta espada.

LAU. Mídala y sabrálo.

JUS. Diga:  
¿adónde va con su amiga?

LAU. Mira que es mujer honrada

JUS. ¿Honrada, dice el rufián? (1)

ESCR. ¿Qué carta de casamiento  
trae, galán?

LAU. Traeráule ciento.

JUS. ¿Saben en qué tierra están?

ESCR. ¡Ea, pues, mostrar la carta!

LAU. Hoy llegará con la ropa?

JUS. Pues si en eso no más topa,  
de aviso un amigo parta;  
y, entretanto, se estarán  
a la sombra.

LAU. Eso no es justo.  
Tomen eso con que gusto  
de servirlos.

JUS. El rufián,  
¿sabe que soy hombre honrado?

LAU. Vos sois muy hombre de bien,  
y se prueba en ver que os den  
y que no lo habéis tomado. (2)

JUS. Vaya y calle.

LAU. Callarán,  
que no nos han de comer.

JUS. ¿Vos sois mujer?

CL.A. Soy mujer.

JUS. ¿Este es marido o galán?

CL.A. ¡Ay de mí!

JUS. No os aflijáis,  
que por ese talle haré  
lo que veréis.

LAU. ¡Bien, a fe!  
o prendéis o enamoráis.

(*Saca la espada a uno y acuchillalos; éntrase. Salen el  
DUQUE y DON JUAN.*)

DUQ. ¿Pues tú respondes así  
a lo que es mi voluntad?

(1) Suplido por el impreso este verso.

(2) El impreso da así estos dos versos:

«mas éstos lo son también  
y alguna vez lo han tomado».

D. J U. Bien sabe aquesta verdad: (1)  
que tu gusto es ley en mí.

Bien sabe de mi obediencia, (2)  
de mi amor, de mi temor,  
que a no ser competidor  
era en favor la sentencia.

Mas habiendo tantos días  
querido bien a Lisarda,  
el mismo amor me acobarda,  
tiemblan las sospechas mías,  
y estos con varios recelos  
me obligan a resistir.

D U Q. Acáballo de decir;  
di, don Juan, que tienes celos.

D. J U. Señor, el que está celoso,  
entre verdad y sospecha,  
con secreto se aprovecha  
del desengaño amoroso.

Desde que me declaraste  
tu amor, el mío cesó;  
pues, ¿para qué quiero yo  
a quien (3) dejar obligaste?

D U Q. Ahora bien: ¿dudas en eso,  
sin dar crédito a quién soy? (4)

D. J U. Crédito, señor, te doy;  
sí, por la fe que profeso;  
que es muy justo que te crea;  
pero la mujer, señor,  
no es presente de valor  
para quien no lo desea.

Si ya no la quieres (5) bien,  
antes me quitas que das.

D U Q. No hablemos en eso más;  
pero has de advertir también  
que pues que tú no la quieres,  
siendo tan hermosa y bella,  
quiero volver a querella;  
y que si ocasión me dieres  
de celos, sabré tomar  
debida satisfacción.

D. J U. Si yo te diere ocasión,  
tú me podrás castigar

(Sale LISARDA.)

LISARDA. A buena ocasión llegué. (6)

(1) «Su majestad».

(2) Verso suplido por el impreso.

(3) «lo que a».

(4) Estos dos versos en el impreso dicen:

«Ahora bien: tú das en eso,  
sin dar crédito a quien soy».

(5) «quiero».

(6) Verso suplido por el impreso.

De mi padre, cuidadoso (1)  
de mi remedio, señor,  
es esta carta.

D U Q. ¡Ah, Lisarda!  
¡Ah, don Juan, aparte aguarda.

D. J U. Muero entre amor y temor.

LISAR. Triste, don Juan, ¿qué es aquesto?  
No me ha mirado ni mueve  
los ojos; o no se atreve,  
o el Duque es la causa desto.  
Grande mal temo.

D U Q. Lisarda,  
tu padre me escribe aquí  
que te case, y que de mí  
tu bien y remedio aguarda.

¿Hasle tú escrito en razón  
de don Juan alguna cosa?

LIS. ¿Pues no era, señor, forzosa  
a tan justa obligación?

D U Q. Mal has hecho.

LIS. ¿De qué modo?

D U Q. No tiene gusto don Juan.

LIS. Señor, si ocasión le dan,  
estará remiso en todo.

D U Q. ¿Ocasión, quién?

LIS. Vuestra Alteza.

D U Q. ¿Yo?

LIS. Pues ¿qué puede tener? (2)

¿No puedo ser su mujer,  
por hacienda y por nobleza,  
polos en que suele andar  
y moverse el casamiento?

D U Q. No entiendo tu pensamiento.

LIS. Malo está de adivinar.

Tú le habrás, señor, mandado  
que diga que no.

D U Q. Si fuera  
mi gusto, ocasión hubiera  
para no tener cuidado.

Pero túvele del tuyo,  
y por dártele perdí  
mi gusto; mas él por ti  
no quiere perder el suyo,  
que le debe de tener,  
por ventura, en otra dama,  
pues celoso de la fama (3)  
ni te quiere por mujer.

Yo le he dicho que de mí  
es vano y loco temor;

(1) Faltan dos versos a esta redondilla.

(2) El ms. dice «er?»

(3) Verso suplido por el impreso.

pero no te tiene amor  
y está celoso de ti.

Licencia me ha dado ya  
para que te sirva yo.  
Si él la licencia te dió,  
necio y no celoso está.

Pero no será razón  
que ponga culpa don Juan  
de que mis prendas no están  
en justa satisfacción.

Tú con él concertarías  
que celoso se fingiese  
y que esta respuesta diese  
a las pretensiones mías,  
nacidas más de su amor  
que de faltar quien pretenda,  
quien de un rey puede ser prenda  
y no estime (1) su valor.

(Vase.)

DUQ. Lisarda, Lisarda, advierte...

Fuése. ¿Qué es esto, don Juan?

D. J. U. Todos la culpa me dan;

hoy no se excusa mi muerte.

DUQ. ¿Habéis los dos concertado  
esta burla contra mí?

D. J. U. Dirás también que yo fui  
en este desdén culpado.

DUQ. Pues ¿cómo me respondiera  
con tal libertad, Lisarda?

D. J. U. Si se ve amada y gallarda  
y amante te considera,

¿qué mucho te haga desdenes,  
cosa tan propia en mujer?

DUQ. Más causa debe de haber  
de que tú la culpa tienes. (2)

Demos en aquesto un medio,  
yo lo he pensado, don Juan  
con que mis penas tendrán (3)  
alivio, sino remedio.

Yo quiero casarte, mira  
quién en la corte te agrada.

D. J. U. Tu voluntad, abrasada  
en este desdén, (4) me admira.

DUQ. No repliques, que yo sé  
que casado ha de olvidarte.

D. J. U. No tengo qué replicarte:  
dame término.

DUQ. Sí haré;  
pero escoge en breve.

D. J. U. ¡Ah, cielos!

DUQ. En un mes te has de casar.

D. J. U. Amor, ¿en qué han de parar  
tantas desdichas y celos?

(Vanse y sale LAURA de mozo de ciego y RAMÓN de ciego.)

RAM. Mira que no vamos bien.

LAU. Muy bien vamos.

RAM. No he tenido  
muchacho tan atrevido.

LAU. Y aun desdichado también.

Entre todas las fortunas  
que desde el día corrí  
que de mi tierra salí,  
que pienso que han sido algunas,  
ninguna he sentido más  
que haber llegado a servirte.

RAM. Ni yo mayor que en sufrirte:  
muy necio, Perico, estás (1)

Esta vida de los dos  
no se puede encarecer.

LAU. Esta vida, ¿puede ser  
de gusto? ¡Fuego de Dios!

RAM. Di, necio, ¿no me dijiste  
que de la cárcel salías  
y caminando venías  
roto, desdichado y triste,  
desde Italia a esta ciudad,  
que es de las buenas de Europa,  
donde te fio mi ropa,  
mi hacienda y esta amistad,  
a servirme te ha obligado?

LAU. Es verdad; pero el oficio  
es el más vil ejercicio  
que me pudo dar mi hado. (2)

RAM. ¡Por San Hilario!, Perico,  
que vives muy engañado;

(1) «no estimó».

(2) En el impreso dice esta redondilla:

«¿qué mucho que te haga tiros,  
cosa tan propia en mujer?

REY. ¿Qué mal le podrán hacer  
en su nieve mis suspiros?»

(3) Verso suplido por el impreso.

(4) «deste vil desdén».

(1) Suplido el verso por el impreso.

(2) En el impreso estos siete versos dicen:

«que es de las buenas de Francia,  
donde mi trato y ganancia  
y el hacerte yo amistad  
te obligaron a servirme?

LAU. Es verdad; pero este oficio  
es el más fiero ejercicio  
a que puede reducirme».

que el oficio que has tomado  
es muy noble, aunque no es rico.  
¿Quieres ver qué oficio tienes?

LAU.

¿Cómo?

RAM.

De ángel.

LAU.

¿De ángel?

RAM.

Sí..

¿No guían?

LAU.

Dícenlo así.

RAM.

Pues tú guiándome vienes (1).

LAU.

¡Bien a fe!

RAM.

No refunfuñes;  
porque de ordinario gruñes,  
queriéndote como a hijo.

¿Piensas tú que otros oficios  
que contaré son mejores?  
Oye, por que no lo ignores,  
lo que hay en los ejercicios.

De todos tengo noticia  
y se quedan mil enojos,  
y aunque me viera con ojos  
no les tuviera codicia. (2)

Considérate sentado  
con un sastre mentiroso,  
él cortando y tú, sarnoso,  
cosiendo el paño cortado.

Que seas sastre no lo apruebo;  
porque sin tener empacho,  
te dirá cualquier muchacho  
lo que pasó con el huevo. (3)

Considera un zapatero,  
que por contar el reloj,  
te derriba con un boj.

Aquel estirar el (4) cuero;

Aquel coser a dos cabos;  
aquel tirar del cerote,  
el calzar al marquesote  
y el trabajar como esclavos (5)  
es malo, y sin querer guerra  
con ninguno del lugar,

(1) Falta el verso siguiente, que sería el primero de otra redondilla.

(2) En el impreso faltan los once versos anteriores.

(3) En el impreso faltan los cuatro versos anteriores.

(4) «retirar del».

(5) Estos cuatro versos son del impreso. El ms. decía en este lugar:

aquel sufrir el garrote,  
aquel.....abos,  
aquel coser a dos cabos.

Y también falta el cuarto verso, que sería el segundo de la redondilla del texto.

te han de decir, por hablar,  
a voces: «daca la perra».

Considera un albañir.

«Toma yeso, daca yeso.  
¿Quiere cascote, maeso?»  
Agua, arena, ir y venir.

Estar siempre al sol, al hielo;  
y tras tanto madrugar,  
sin ser ángeles volar  
desde un andamio al suelo;  
donde escapa el despeñado,  
ya que no ha quedado muerto,  
un brazo quebrado, tuerto,  
pernicojo y derrengado. (1)

Pues si un herrero imaginas,  
¡terrible cosa es, por Dios!,  
que se levante a las dos  
a despertar las gallinas.

Y en el rigor del verano,  
se abraza como un hereje,  
dando al yunque, sin que deje  
el martillo de la mano (2)

quién ha de poder sufrir  
a cualquier pulga el decir  
el herrero que echa chispas. (3)

Pues advierte un pastelero,  
de la manera que anda  
haciendo la zarabanda  
con la masa en el tablero.

Mas no te quiero cansar,  
sino que entiendas que has sido  
dichoso en haber tenido  
este oficio de guiar.

Los ojos en los despojos  
del cuerpo, es lo principal;  
pues, ¿dónde habrá oficio igual?  
¿No ves que me sirves de ojos?

Está, Pedro, más atento,  
pues tienes tan noble oficio,  
que es pasear tu ejercicio  
y andarte papando viento.

Niño, acude a mi reclamo;  
medrarás como yo medro  
y con esto serás, Pedro,  
tan bueno como tu amo. (4)

LAU.

¿No ves que soy bien nacido?

RAM.

Pareces de buena parte;

(1) Estos cuatro versos anteriores faltan en el impreso.

(2) Falta el verso que sigue.

(3) Faltan estos tres versos en el impreso.

(4) Faltan en el impreso estos cuatro versos.



llega, que **quiero** tentarte; (1)  
bonito me has parecido.

Si sales hombre de bien,  
yo te cegaré, Perico;  
que estoy rico, y serás rico  
si yo te enseño también.

Soy poeta de obra gruesa;  
hago en verso lo que rezo;  
canto y alargo el pescuezo  
sobre la más alta mesa.

Imprimo coplas de cuentos  
del diablo y de mil mentiras;  
ando el mundo como miras  
con aquestos fingimientos.

Como bien, bebo mejor  
y tengo gentil dinero.

IAU. Digo que ser ciego quiero.  
RAM. ¿No pintan ciego al Amor,  
al juego y a la lotrúna,  
al deleite y juventud?  
Pues un ciego con salud,  
¿por qué ha de temer alguna? (2)

IAU. Tienes razón; ya has llegado  
adonde sueles rezar.

RAM. Déjame aquí comenzar,  
y retírate a este lado.

IAU. Siempre este ciego avariento  
se alaba de su ganancia,  
y sería de importancia  
darle a la talega un tiento (3)

Por este lado quedito,  
mientras reza, se la pego.

(Dentro, una MUJER.)

MUJ. Señora, ya viene el ciego.  
RAM. Angel sagrado y bendito,  
que contra el fiero Luzbel  
luego que criado fuiste,  
con armas blancas saliste  
de la escuadra de Miguel.

De aquel mismo y sus vestiglos  
nos libre tu santa espada.  
¿Qué es eso, Pedro?

IAU. No es nada.  
RAM. Por los siglos de los siglos,  
amén. Páter noster.

IAU. Bien.

¿Ya has rezado?

RAM. Ya he rezado.

(1) Completado el verso por el impreso; faltaban las dos últimas palabras.

(2) «ninguna?»

(3) Suplido el verso por el impreso.

IAU. ¿Pues cómo?; no has comenzado  
cuando ya dices amén.

RAM. Pues si no dejara nada,  
¿dónde cabeza tuviera?

IAU. Prosigue.

RAM. A aquel lado espera.

Ave, Paloma sagrada;  
ave, intacta Virgen pura;  
ave, Fénix soberana;  
ave, hija de Santa Ana;  
ave, celeste criatura; (1)  
ave, Rosa del Rosal;  
ave, Vara de Jesé.

IAU. Mucho siente, no podré.

RAM. Ave y libranos de mal.  
Amén, Páter noster.

IAU. Cierto,  
que lo cifras lindamente.

RAM. Hazte allá, Pedro...

IAU. El lo siente.

RAM. Que me das calor te advierto.

San Sebastián fué nacido  
de padres muy caballeros...

IAU. Tiene bravos cerraderos  
y muy abierto el sentido.

RAM. Mandáronle asaetear,  
por defensor de la fe... (Tira un palo)

IAU. Palos tiras, pues ¿por qué?

RAM. Hay moscas, quiero ojear.

Tiráronle unos virotes  
aquellos sayones duros...

IAU. Todos estamos seguros;  
tú reza y no te alborotes.

RAM. Defiende, bendito santo,  
esta talega de peste.

IAU. ¿Este es ciego? Diablo es éste.

RAM. Pedro, si me aprietas tanto,  
veré, porque tengo vista,  
y dejaré de ser ciego.

IAU. ¡Milagro!

RAM. Milagro griego (2)  
¿No quieres tú que resista (3)  
mi talega y mi dinero?

IAU. ¿Eres biscojo?

RAM. ¿Pues no!

IAU. ¿Ves?

RAM. Como tú.

IAU. ¿Como yo?

RAM. Pedro, si eres cicatero,

(1) Falta en el impreso este verso.

(2) «niego».

(3) Suplido por el impreso.

¿qué sirve dar a un pobreto  
tiento a la bolsa?

LAU. ¡Jesú!

¿Que ves también?

RAM. Sí.

LAU. ¿Qué tú  
te finges ciego, en efeto?

RAM. Para ganar de comer,  
la industria, Pedro, me ciega;  
mas para ver mi talega,  
Pedro, soy un lince en ver.  
Y como tú has aprendido  
a ser ladrón, yo a ser ciego.

LAU. Que he sido ladrón te niego;  
porque soy muy bien nacido;  
sino que te quise dar  
tiento al oro, que sospecho  
que tienes.

RAM. Por tu provecho  
lo debiste de intentar.

LAU. Ven acá; ya que vivías  
de industria, ¿no era mejor  
otro modo, y no el peor  
de cuantos hallar podías?  
Con ese talle mendigas (1)  
y andas infame a la sopa.

RAM. ¿Sabes tú lo que esta ropa  
cubre?

LAU. Escucha y no prosigas.  
Yo te he calado el humor.

RAM. De melón debe de ser.

LAU. Yo te quiero enriquecer,  
si eres hombre de valor.

RAM. ¿Cómo?

LAU. Ponme en esta cara  
un clavo y véndeme.

RAM. ¿A quién?

LAU. A quien me comprare,

RAM. ¿Y bien?

LAU. Oye.

RAM. Lo demás declara.

LAU. Iráste a alguna ciudad,  
en recibiendo el dinero,  
donde esperarás.

RAM. Ya espero  
el fin de tu libertad. (2)

LAU. Dentro de ocho días no más  
contigo estaré.

RAM. Ya entiendo.

(1) Suplido del impreso.

(2) En el ms. «voluntad».

LAU. Y de nuevo me vendiendo, (1)  
nuevo dinero tendrás.

De esta suerte, en pocos días  
ganas dos mil ducados.

RAM. ¿De qué gitanos taimados  
aprendiste tropelías?

Vamos que a Merlín igualas

LAU. ¡Mal sabes tú con quién vas! (2)

RAM. Pedro, ¿eres diablo?

LAU. Y aún más.

RAM. ¿Cómo?

LAU. Pedro de Urdemalas.

(*Vanse y salen RICARDO, CLARA y LUCRECIO.*)

CLARA.

Estoy de tal manera agradecida  
de tu valor, Ricardo, que haré poco (3)  
hacerte dueño eterno de mi vida.

RICARDO.

Si tus favores no me vuelven loco,  
no soy cuerdo ni tengo sentimiento  
cuando parece que tus manos toco.

A Milán vine, Clara, con intento,  
desde Florencia, donde nací y vivo, (4)  
de concertar un noble casamiento.

Soy mercader, y como del recibo  
de ciertas cajas mala cuenta diese,  
por ser el precio de ellas excesivo,  
cierto correspondiente y estuviere  
preso por ello, entré en la cárcel, Clara,  
a donde quiso el cielo que te vieses.

El cielo y la belleza de tu cara,  
juntos con la piedad de tu fortuna,  
viendo en tanta tiniebla luz tan clara,  
me inclinaron a ver si en parte alguna  
podía yo, podían el oro y ruego, (5)  
que al fin aquél alcanza, éste importuna,  
dar a tu libertad algún sosiego  
y quiso el cielo, amor y tu belleza  
que el ruego y tu piedad le hallasen luego (6)

(1) En el impreso, estos dos versos, dicen:

«contigo estaré.

RAM. Ya entrevo.

LAU. Y vendiéndome de nuevo».

(2) Verso suplido, según el impreso.

(3) En el ms. «era».

(4) En el impreso este verso y los dos anteriores  
dicen:

«que parece que a tus manos toco.

A hidalga viene Clara con intento  
desde París, donde ha nacido y vivo».

(5) «ciego».

(6) Se completaron estos tres versos por el impreso.

CLARA.

Sacarme de la cárcel fué nobleza  
tan grande, que tu amor el alma obliga.

RICARDO.

¿Quién trujo a tanto mal tu gentileza?

CLARA.

Cuando quisieras que mi mal te diga,  
sabrás, Ricardo, una notable historia;  
mándame ahora que a París te siga;  
que obliga tal hazaña mi memoria.  
Iré contigo hasta la Citia helada,  
y la pena mayor trocaré en gloria.

RICARDO.

Está de mí segura, prenda amada,  
que para regalarte, el mar y tierra  
no se alaben de cosa reservada.

El ave, el pez, el oro que destierra  
la tristeza, tendrás a tu servicio.

CLARA.

Acierta la fortuna cuando yerra;  
páguete el cielo tanto beneficio.

(RAMÓN, vestido bien, y LAURA, de esclavo, y un MER-  
CADER.)

RAM. Menos de los cien ducados  
no hay que tratar.

MER. Hasta ochenta,  
porque el mozo me contenta,  
trae este lienzo contados.

RAM. No ha de faltar un real.

MER. No daré más.

RAM. Pues, pregona, (1)

PREG. Ochenta dan; la persona (2)  
es bella y el mozo es leal. (3)

Ochenta dan; ¿hay quién puje?  
¿Hay quién dé más?

CLAR. ¿Qué es aquello?

RIC. Venden un esclavo bello  
y aunque a tus ojos lo truje  
mi corazón aquel día  
que te miré, Clara hermosa,  
por ser la primera cosa  
que en tu presencia y la mía  
se vende, quiero comprarle,  
por que te sirvamos dos.

CLAR.

Harásme merced, por Dios,  
que tiene extremado talle.

RIC. ¿Qué piden del esclavillo?  
RAM. Cien ducados.

RIC. ¿Dan?

RAM. Ochenta.

RIC. ¿Quiérenle dar por noventa?

MER. ¡Que éste viniese a subillo!

Noventa y cinco daré.

RIC. Yo doy ciento.

MER. Ciento y veinte.

RIC. Ciento y cuarenta.

MER. Detente,  
que lo perderás.

RIC. No haré.

MER. Pues ciento y cincuenta doy.

RIC. Yo doscientas, sube un poco.

MER. O éste es (1) muy rico o muy loco.

No doy más; rendido estoy.

Por mí, esclavillo, has valido  
cien ducados más de precio.

(Vase.)

RIC. Llévale a Clara, Lucrecio,  
mientras el dinero pido.

RAM. ¿Adónde lo has de pedir?

RIC. En casa de un mercader.

RAM. Carta será menester.

RIC. Allá se podrá escribir.

RAM. ¿Quedarás aquí el esclavo?

RIC. Aquí se puede quedar.

Ven el dinero a contar.

Tu liberal pecho alabo.

Pedro...

LAU. Señor.

RAM. Ya amo tienes;  
harás, como hombre de bien,  
lo que sabes.

LAU. ¡Y tan bien!  
¿Que sin razón me previenes!

RAM. Pues yo iré y aguardaré  
tan buenas nuevas de ti.

LAU. Yo acudiré a lo que fuí,  
y lo que he sido seré.

RAM. Adiós, Pedro.

LAU. Adiós, señor.

RAM. Lo dicho dicho.

LAU. Aquí aguardo.

(Vanse RAMÓN y RICARDO.)

LUCR. Mucho debes a Ricardo.

CLA. Débole notable amor.

(1) En el ms. «perdona».

(2) En el impreso este verso está así:

«PREG. Tres blancas dan, la persona,» etc.

(3) Verso suplido por el impreso.

(1) «eres».

LUC. ¿Hola, esclavo?  
 LAU. Señor...  
 LUC. Llegas;  
 reconoce a tu señora.  
 LAU. Dame los pies, pues agora  
 la fortuna a vos me entrega.  
 CLA. ¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto?  
 LAU. ¡Ay, Dios!, ¿No es aquesta Clara?  
 CLA. ¿Adónde he visto esta cara?  
 ¡En qué confusión me has puesto!  
 Esclavo, apártate aquí.  
 LAU. ¿Qué es lo que mandáis?  
 CLA. No sé,  
 Pedro...  
 LAU. ¿Cómo Pedro? ¿Qué?  
 CLA. ¿No me conoces?  
 LAU. ¿Yo a ti?  
 CLAR. ¡Que niegues, Pedro, a mi amor  
 lo que debes...!  
 LAU. ¿A un esclavo  
 hablas así?  
 CLA. Poco alabo,  
 cielo, tu inmenso favor,  
 pues que no me vuelvo loca.  
 ¿Cómo los hierros fingiste?  
 LAU. ¿Qué dices? ¿Cuándo me viste?  
 CLA. Amor, Pedro, me provoca  
 a darte dos mil abrazos (1),  
 mas temo...  
 LAU. Tienes razón;  
 no demos aquí ocasión; (2)  
 detén, señora, los brazos.  
 Que ser esclavo fingí,  
 porque aqueste mercader  
 que te tiene en su poder  
 me comprase para ti,  
 que ya sé que es hombre rico;  
 y si le quieres dejar,  
 pues no ha de faltar lugar,  
 que me pagues te suplico  
 el grande amor que me debes,  
 pescándole algún dinero.  
 CLA. Ya sabes lo que te quiero.  
 Como contigo me lleves,  
 le cogeré mil ducados.  
 LAU. ¡Quedo!, disimula agora.  
 CLA. ¿Pedro?  
 LAU. ¿Qué mandas, señora?

(1) Suplida parte de este verso por el impreso.

(2) En el impreso estos dos versos dicen:

«mas temo este francés.

LAU. Pues ocasión no le des».

CLA. Hoy alivio mis cuidados. (1)  
 LUC. ¡Buen talle! a querelle inclina.  
 CLAR. ¿Qué dices, Pedro?  
 LAU. Señora,  
 que vamos a casa ahora.  
 LUC. Pasa adelante, camina.  
 CLAR. A un ángel en rostro igualas. (2)  
 LAU. Desdichas, ¿qué me queréis,  
 pues siendo Laura me hacéis  
 Pedro, y Pedro de Urdemalas?

FIN DE LA SEGUNDA JORDADA

### JORNADA TERCERA

(*Salen el DUQUE, DON JUAN y FABIO.*)

DUQUE.

Llamad luego a don Juan.

FABIO.

Ya don Juan viene.

DUQUE.

Pues retiraos vosotros.

DON JUAN.

¿Qué me mandas?

DUQUE.

¿Cómo no te resuelves en casarte?

DON JUAN.

Si ya, señor, Lisarda no se acuerda  
 de que nací en el mundo; si ya tiene  
 perdida la esperanza de casarse  
 conmigo; si te quiere ya Lisarda,  
 como es razón, ¿qué dudas? ¿qué recelas?

DUQUE.

Mira, don Juan: haberte yo estimado  
 me ha obligado a no usar rigor contigo;  
 tú sabes que pudiera desterrarte  
 adonde no me dieras pesadumbre.  
 El más piadoso medio que he podido,  
 he querido tomar contra mis celos;  
 no estragues este amor, no seas ingrato, (3)  
 porque podré ponerte donde apenas  
 puede quedar memoria de tu nombre. (4)

(1) Falta en el impreso este verso.

(2) Verso suplido por el impreso.

(3) «extrañes este amor, no me desveles»  
 con verte defender, con ver que dejes  
 de hacer lo que te mando expresamente.»

(4) «quede memoria de tu nombre en Francia.»

DON JUAN.

No digo yo, señor, que te importara,  
para seguridad de tu sosiego,  
casarme yo; pero que sólo fuera  
gusto pequeño tuyo, porque dudas  
que le tuviera de casarme luego.  
No es la dificultad de obedecerte.  
Ya estás en el deseo obedecido.

DUQUE.

Pues, ¿cuál es la ocasión?

DON JUAN.

Sólo este día  
de término te pido para dalla.

DUQUE.

De términos en términos me pones  
en término don Juan que será fuerza  
descomponer esta modestia mía.

DON JUAN.

¿Un día es mucho? ¿Dónde vas ahora?

DUQUE.

A la pelota voy a entretenerme.

DON JUAN.

Pues cuando acabes de jugar, si juegas,  
o cuando acabes de mirar, si miras,  
satisfaré la duda que te pongo.

DUQUE.

Pues yo te aguardo allá.

(Vase.)

DON JUAN.

Guárdete el cielo, (1)  
y a mí me libre de tan gran recelo.

(Salen TURINO y TIRRENO.)

TUR. Díome aqueste pensamiento

(1) Desde aquí se intercalan en el impreso estos versos:

«Confuso pensamiento que me llevas  
de uno y otro peligro, hazme el postrero.  
Contigo y contra un Príncipe, ¿qué espero?  
¿Eres águila tú que al sol me pruebas?

Dame a mí de ti mismo buenas nuevas,  
que por donde me llevas desespero  
saber la tierra en que me vi primero;  
mira que es vanidad que al sol te atrevas.

Advierte que tu loco desvarío  
me lleva deste mar a lo profundo  
cuando a la esfera del amor te envío.

Mas ya que aspiras a Icaro segundo,  
escribe por las nubes que eres mío  
porque te mire como estrella el mundo».

de ver que Laura faltó  
el día que al Duque dió  
en vuestra casa aposento,  
y sin duda algún criado (1)  
la pudo engañar, que amor,  
cuando mira con rigor,  
llega muy determinado.

TIRR. No haber jamás parecido,  
en tanto tiempo pasado;  
no haber indicios hallado,  
ni nueva alguna tenido,  
me da, Turino, a entender  
que tu pensamiento es cierto;  
que un amoroso concierto  
suele ser fácil de hacer,  
cuando ayudan las estrellas  
a que se conformen dos.

TUR. ¡Buena caza fué, por Dios,  
si Venus fué alguna de ellas!

TIRR. ¡Hermosa sala!

TUR. ¡Notable!

D. JU. Villanos, ¿adónde vais?  
¿Cómo de esta suerte entráis?  
TUR. Habla.

TIRR. ¿Yo quieres que hable?

TUR. Señor, hásenos perdido (2)  
una hermana en nuestra aldea,  
y porque no era muy fea  
buscamos si habrá venido  
tras algún señor acá;  
que el Duque una noche estuvo  
en su casa...

TIRR. Ocasión tuvo.

D. JU. Todo de mi parte está.

Esta fué Laura. Yo quiero  
dar con aquesta ocasión  
al Duque satisfacción,  
mientras por Lisarda muero;  
que aunque ha tiempo que pasó,  
que se ha de acordar sospecho  
el Duque.

TIR. Muy bien has hecho.

D. JU. Sabed, amigos, que yo  
fuí quien a Laura engañé, (3)

(1) Este verso y el cuarto de la redondilla dicen en el impreso;

«algún criado del Rey...  
es como alarbe sin ley».

(2) Verso suplido por el impreso.

(3) Este verso y el anterior dicen en el impreso:

«Sabed, hermanos, que yo  
a Laura engañé y gocé».

y que por ella volviera  
si tan presto no se fuera  
como yo lo concerté.

No la tengo, mas podéis  
quejaros ahora de mí,  
para que parezca así.

TUR. ¿Pues qué diligencia haréis?

D. J. U. Yo haré grande diligencia.

TUR. ¡Que este traidor la burló! (1)

TIRR. ¿Posible es que la engañó  
en tal deshonor? ¡Paciencia!

TUR. Calla, que el Duque sabrá  
tu agravio, y te hará justicia;  
castigará su malicia (2).

TIR. En desiguales no hará. (3)

D. J. U. Estos con aquesta queja,  
darán al Duque ocasión  
a que tenga dilación (4)  
el daño que me aconseja;  
que mientras no me casare,  
aun tiene acción mi esperanza,  
que toda aquesta mudanza  
en ser su marido pare.

Venid conmigo.

TIRR. Ya caigo  
en que éste en casa posó.

TUR. ¿Mas que vuelvo al monte yo  
con más pesares que traigo?

(Vanse y sale LAURA, de caballero, y CLARA, de criado,  
y RAMÓN.)

CLARA.

No sé qué fin tendrá tu atrevimiento.

LAURA.

Quien no se atreve a nada, siempre es nada.

RAMÓN.

¿Posible es que te finjas caballero  
y que entres, Pedro, por tu misma patria  
con ese atrevimiento temerario? (5)

(1) «gozó».

(2) Este verso y el anterior dicen en el impreso:

«y te hará justicia el Rey,  
que igual ha de ser la ley».

Verso suplido por el impreso.

(4) Suplidos estos dos versos por el impreso, sin más  
que cambiar la palabra «Rey» por la de «Duque».

(5) Aquí intercala el impreso estos versos:

«CLAR. ¿Para qué dicen que es ficción poética  
haber perdido Factón a Febo  
el carro de oro incendio de sí mismo?

LAURA.

Cuando veáis el fin de mi propósito,  
ensalzaréis mi peregrino ingenio;  
mi inclinación me lleva a grandes cosas;  
no he leído ninguna en libro alguno  
que después no la hubiese ejecutado. (1)

RAMÓN.

¿Y qué has de hablar al Duque?

LAURA.

Hablarle tengo.

RAMÓN.

El diablo, Pedro, me topó contigo,  
que de esta vez nos hacen sagitarios.

CLARA.

Ya me pes de haber tomado, Pedro,  
a aqueste mercader los mil ducados,  
si fueron ocasión de esta locura;  
mas gastados doscientos en vestidos,  
trescientos en la joya y la cadena,  
¿qué harás de los quinientos que te quedan?

RAMÓN.

Eso yo lo diré

LAURA.

¿Pues tú lo sabes?

RAMÓN.

Ciento darán a Pedro, y otros ciento  
te tocarán a ti, y a mí trescientos.

CLARA.

¿Reales o ducados?

RAMÓN.

Digo azotes;

el Duque viene, y otros caballeros.

(Sale el DUQUE, FABIO, GERARDO y RISELO.)

FABIO.

¿No es éste buen partido?

DUQUE.

No, por cierto.

Saque Gerardo y vuelva yo.

¿Para qué dicen que es ejemplo y fábula  
subir al sol con plumas de aves Icaro  
ni haber formado el Laberinto Dédalo?  
Más es que Pedro emprenda hacerse Príncipe  
y que ose entrar del Rey en el palacio.

(1) «ejercitado».

FABIO.

Sería  
roba lo ese partido. Saque Fabio  
y volverá Riselo.

LAURA.

Puesto que sea (1)  
atrevimiento, Príncipe famoso, (2)  
atreverse un extraño a tu grandeza;  
después de conocer, a tus heroicos (3)  
pies humillado, que mil veces beso,  
tu valor sin segundo... (4)

DUQUE.

Levantad.

LAURA.

Te suplico me admitas a servirte  
en aqueste partido que conciertas;  
porque tengo afición (5) a la pelota,  
y aunque de paso voy a Milán, vengo  
sólo a ver a Florencia, y no me faltan  
para el camino letras, aunque pierda  
diez mil agora o veinte mil ducados.

DUQUE.

Huélgome (6) de jugar con forasteros,  
y más de conocer personas tales.  
Español parecéis.

LAURA.

Esa es mi patria.

DUQUE.

Merecen todo honor los españoles (7)  
¿Vuestro nombre?

LAURA.

Doñ Pedro de Castilla.

DUQUE.

Jugaremos yo y Fabio a vos y a otro.

(1) Verso largo. El impreso dice:

«robado ese partido.

GER. Saque Guisa  
y volverá Borbón.

LAU. Puesto que sea.

(2) «invicto Rey Francisco».

(3) Falta este verso en el impreso.

(4) «tu pecho cristianísimo».

(5) En el ms. «partido», por errata.

(6) «Yo huelgo».

(7) Lo demás de este verso y el siguiente se han completado por el impreso.

LAURA.

No traigo yo quien juegue bien conmigo;  
mas puédeme ayudar el que quisiere  
de aquestos caballeros: por mi cuenta,  
que irá todo por mí.

DUQUE.

Yo os he cobrado,  
español, afición; Fabio, juguemos. (1)

LAURA.

¡Hola!

RAMÓN.

Señor.

LAURA.

Tomad esta ropilla.

(Quédase Laura con jubón y venle la cadena con hábito  
de Santiago.)

DUQUE.

¿De a cómo será el tanto?

LAURA.

Mil ducados.

FABIO.

La fanfarria española.

DUQUE.

No querría  
que aventuraseis tanto, y así basta  
de a cien escudos.

LAURA.

Vuestro gusto sea.

RAMÓN.

¿Tienes seso?

LAURA.

¿Por qué?

RAMÓN.

Porque en quinientos  
no tienes más de para cinco tantos.

LAURA.

Aquí está la cadena.

DUQUE.

¿Qué es aquello?

FABIO.

Venera de Santiago.

(1) En el impreso se dice a continuación:

«al Rey y a Guisa. Desnudaos entrambos».

DUQUE.

¿Si es del hábito?

FABIO.

Así parece.

DUQUE.

En confusión me has puesto

FABIO.

Debe de ser de lo mejor de España.

DUQUE.

En el gallardo talle y rostro honesto,  
bien muestra la nobleza de su sangre. (1)

CLARA.

¿Qué haremos en perdiendo este dinero?

LAURA.

No hayas miedo que pierda, porque he sido  
a destreza del mundo en este juego.

DUQUE.

Denmos palas.

LAURA.

Aquesta no me agrada.

FABIO.

Esta es mejor.

DUQUE.

¿Estáis a punto?

LAURA.

Vamos.

CLARA.

¡Extraño atrevimiento!

LAURA.

¡Calla, loca!

que quien emprende poco alcanza poco.

(Vanse y salen LISARDA y ARNALDO de (falta).)

LISAR. Si no me llevas de aquí,  
has de verme en algún mal.

ARN. No digas locura tal.

LIS. ¿Pues qué pretendes de mí?

ARN. No era tan aventajado  
de don Juan el casamiento.

Con humilde nacimiento  
a gran lugar ha llegado.

Y del Duque yo no creo  
que si tan bien te estuviera,  
contrario en esto te fuera:  
él mira mayor empleo.

Si lo estorba, es porque entiende  
que mereces más.

LIS.

Yo sé

que a la sazón que intenté  
lo que ahora me defiende,  
tenía don Juan valor  
para la mayor señora;  
mas tiéneme amor agora; (1)  
el Duque le tuvo amor.

Y con aquesta mudanza  
hay tanta desigualdad,  
porque es sol la Majestad  
y sombra lo que no alcanza. (2)

Que el amor de un poderoso  
es (3) en daño del humilde.

(Sale DON JUAN.)

D. J. U.

Esto que os digo decidle.  
¡Ay, cielo santo y piadoso!

Mi basilisco está aquí;  
aquí mi veneno está.

ARN.

Remedio, Lisarda, librá:  
diré que vengo por ti.

Y si no quisiere darte,  
que te case le diré  
mientras en Florencia esté;  
que, en efecto, con casarte  
quedas libre de la fuerza  
y a cuenta de tu marido;  
tu honor que mires te pido,  
la obligación que te esfuerza  
a resolverte (4) por mí.  
A hablarle, Lisarda, voy.

(1) Suplido este verso por el impreso.

(2) Aquí el impreso intercala estos versos:

«CON. Lisarda, siempre del bueno  
se ha de presumir el bien.

LIS. Y del malo el mal también.

CON. Francisco, de bienes lleno,  
¿qué puede hacer que no sea  
como quien es?

LIS. Tu blandura,  
señor, mi muerte procura.  
¿Quién ha de haber que no crea?»

(3) «para».

(4) «desvelarte».

(1) Suplidos estos versos y casi todo el anterior por el impreso.



LISAR. Piensa que entretanto estoy  
como sin alma sin ti. (1)

(Vanse y salen el DUQUE, y los dos, los del juego de pelota.)

(1) El impreso intercala aquí un largo pasaje, que dice:

\*ADR. El Conde es ido. ¿Qué haré?

¿Llegará a hablar? No creo  
que pueda tanto el desco,  
pues mayor la ofensa fué.

Mas, ¿cómo pierdo ocasión  
de tanta venganza mía?  
Mas para hablarla querría  
buscar alguna invención;  
porque no es razón que entienda  
que justo mi amor me obliga,  
que será bien que le diga  
que con mis celos la ofenda,

Si me ha visto y no me mira  
muy olvidado me tiene.

LIS. Adrián a hablarme viene,  
la vergüenza le retira.

ADR. ¡Qué disimulada está!  
Todo es fino desamor.

LIS. ¡Que este me fuese traidor!

ADR. Sin duda que no se va,  
porque me ha visto y querría  
que me fuese sin hablalla.

LIS. Si éste me ve, ¿por qué calla  
y de hablarme se desvía?

Si no, ¿por qué no se va?  
Pero aguardará a que yo  
llegue a hablarle.

ADR. Pues me dió  
tiempo amor y sola está,  
quiebre por mí, que no importa;  
que bien sé que la mujer  
cuando finge no querer  
más que el hombre se reporta.

Guárdete Dios.

LIS. Bien podrá.

ADR. ¿Cómo estás?

LIS. Como otras veces.

ADR. ¿Qué dices?

LIS. Lo que mereces.

ADR. Escucha.

LIS. Estoy sorda ya.

ADR. Eso es cortesía?

LIS. Sí.

ADR. ¿Piensas que te busco?

LIS. No.

ADR. ¿Quién así me habla?

LIS. Yo.

ADR. ¿Pues de qué huyes?

LIS. De ti.

ADR. Oye, y sabrás lo que quiero.

LIS. A lo menos, ¿no es querer?

DUQUE.

¡Bien juega el español!

FABIO.

Es extremado,

ADR. No, que ninguna mujer  
merece amor verdadero.

LIS. Bien dices, pues son tan locas  
que quieren sus enemigos.

ADR. Cuantas aman son testigos  
de que las firmes son pocas.

Mas oye a lo que venía.

LIS. Di presto.

ADR. ¿Muy presto?

LIS. Mucho;

y agradece que te escucho  
por no hacer descortesía.

ADR. Vengo sólo a que me des  
el parabién de casado.

LIS. ¿Casado estás?

ADR. Concertado.

LIS. Por muchos años lo estés.

Y preguntarte con quién,  
no te parezca pasión,  
pues viene esta sinrazón  
a que te dé el parabién.

ADR. Pensarías entre ti  
que contigo te diría.

LIS. ¿Cómo, si de mí sabía  
que estoy casada sin ti?

ADR. ¿Casada estás?

LIS. Ya lo estoy.

ADR. ¿Y podré saber con quién,  
para darte el parabién,  
que, sin saberlo, te doy?

LIS. Pensarías entre ti  
que contigo te diría.

ADR. ¡Oh qué venganza tau fría!

LIS. Soy de nieve para ti.

Mas como encubres la dama  
de tu casamiento dueño  
por saber el tuyo...

ADR. Es sueño.

LIS. Verdad, Adrián, la llama.

ADR. Pues ¡alto! Va de verdades.

LIS. No tienes a quién decir  
o blasonas de venganza.

ADR. A tan buena confianza  
bien se le puede pedir,  
pues que comenzó primero.

LIS. Digá primero quién es.

ADR. Lo que has de saber después  
ahora decirlo quiero:

Laura, una bella aldeana  
de un hidalgo retirado,  
de un monte prenda y cuidado;  
Laura hermosa, que a Diana

DUQUE.

Y discurro que a todos ha ganado. (1)

ARNALDO.

Aguardé a que jugase (2) Vuestra Alteza.

imita en el arco y flecha  
por los bosques, es mi dueño,  
aunque a tus ojos pequeño,  
le ha venido el alma estrecha.

Fuí con el Rey a cazar  
una tarde venturosa,  
cuya noche fué mi esposa,  
que dió amor tiempo y lugar.

Y aunque pagar no pensé  
deuda de tal calidad,  
porque la desigualdad  
de los dos imaginé,

con mejor información  
de su nacimiento honrado,  
nueva palabra le he dado,  
la verdad y hago afición...

LIS. Si en tu fiereza reparas,  
para un tierno amor robusta.  
verás que fué cosa justa  
que en los montes te casaras.

No tendrán que te envidiar  
los hombres nobles, y a mí  
yo sé que las damas, sí,  
que caso en alto lugar.

ADR. ¿Con quién?

LIS. Con un caballero  
español, que lo ha trazado  
mi padre. ¡Bien le he engañado!

ADR. El parabién darte quiero.

LIS. El es bien y para mí,  
no quiero más parabién.  
¿Mandas más?

ADR. Y tú también,  
¿quieres más?

LIS. Nada de ti.

ADR. Pues adiós. ¿Qué estoy diciendo?

LIS. ¡Ay, cielos! ¿qué estoy pensando?

ADR. Celos me van acabando.

LIS. Celos me van consumiendo.

(Por lo que dice Lisarda de estar casada con el español, se ve también que esta escena es añadida en esta refundición, pues ni el Duque ni el padre de Lisarda habían aún tratado de esta boda.)

(1) Faltan estos dos versos en el impreso, y a continuación de la nota anterior, y antes de la escena que sigue con Arnaldo, hay esta acotación: «Vanse, y salen el Rey y Borbón y Guisa y Laura y el Conde Arnaldo del juego».

(2) «Aguarde, informárase».

DUQUE.

Arnaldo, vuestra pena me la ha dado:  
cubrid, Arnaldo, agora la cabeza.

ARNALDO.

Las canas, no la sangre, me han honrado.  
De mi mujer ditunta la tristeza  
a venir por Lisarda me ha obligado,  
que intento darla dueño, y así tengo (1)  
en este poco que de vida tengo.

DUQUE.

¿Oyes?

FABIO.

Señor.

DUQUE.

El Conde, con los años,  
ha dado en que Lisarda ha de casarse  
o llevarla a su tierra.

FABIO.

Pues ¿qué daños  
te vienen de llevarla o de quedarse?

DUQUE.

¿No basta, para daros desengaños,  
este cuidado mío?

FABIO.

Y para hallarse  
dos mil remedios, que si os pesa es justo  
anteponer a todos vuestro gusto.

DUQUE.

Pues ¿qué haré yo para decir que tengo  
a Lisarda casada?

FABIO.

Yo imagino  
que es remedio la industria que prevengo,  
supuesto que os parezca desatino.  
Este noble español...

DUQUE.

A pensar vengo  
que como agora viene de camino (2)  
¿quieres que diga que por carta mía  
viene a la corte y lo estará este día?

FABIO.

Vuestra Alteza entendió mi pensamiento.

(1) «a eso vengo».

(2) En el ms. «que conviene ahora de camino», por error.

DUQUE.

Sí, pero al español ¿cómo es posible decirle que se finge el casamiento?

FABIO.

Decir que a vuestro gusto es conveniente, que el mismo gustará del fingimiento.

DUQUE.

Has dicho bien, y es el mejor consejo. (1)  
¿Don Pedro?

LAURA.

Gran señor...

DUQUE.

Oid aparte.

El Conde Arnaldo, ya le veis tan viejo, tiene una hija donde amor reparte tantas flechas al mundo, que casado, os confieso que alguna me ha tocado (2)

Quiéresela llevar, porque sospecha que le avisa su hija deste daño si no la casa luego, y no aprovecha a disuadirle humano desengaño. (3)  
Quisiera desmentir esta sospecha y que vos me ayudarais a este engaño, diciendo que de España, a ser marido de Lisarda, a mi ruego habéis venido.

Que mientras se concierta el casamiento y digo que lo trato (4) y acomodo, tendré yo medio de lograr (5) mi intento.

LAURA.

Habéis hallado un hombre a vuestro modo; seguid vuestro amoroso pensamiento que de manera me veréis en todo que os parezca verdad lo que es mentira.

DUQUE.

Así lo entiendo. ¿Arnaldo?

ARNALDO.

Señor.

(1) Faltan dos versos a esta octava.

(2) A esta octava faltan tres versos.

(3) En el impreso faltan este verso y los dos siguientes. El pasaje dice:

«si no la casa luego y me aprovecha  
que digáis que de España a ser marido  
de Lisarda, a mi ruego, habéis venido».

(4) «trueco».

(5) «modo de gozar».

DUQUE.

Mira.

¿Ves aqueste español?

ARNALDO.

Ya le he mirado.

DUQUE.

Es sobrino de un Grande de Castilla; por mis cartas llamado y procurado, que residen sus padres en Sevilla. Este ha de heredar tan grande estado; porque mi amor te cause maravilla, será tu yerno; ¿estás contento de esto?

ARNALDO.

¡Gallardo mozo y español modesto!

Pero si mientras viva, no viviere en Florencia con mi hija y en mi casa, perdone Vuestra Alteza.

DUQUE.

¿Y si él lo quiere?

ARNALDO.

Si quiere no será mi mano escasa. (1)

DUQUE.

Pues hablo a vuestra hija y que le espere a vistas hoy decid también.

ARNALDO.

Si pasa

de hoy, señor, el concierto, estoy de suerte que antes nos casaremos yo y la muerte.

(Vase.)

DUQUE.

Ya el Conde es ido.

FABIO.

Y va, señor, contento.

DUQUE.

Crédito a todo, como debe, ha dado.

FABIO.

¿Qué dice el español?

DUQUE.

Mi pensamiento  
fué luego de su ingenio penetrado.

FABIO.

Aunque ha tenido falso fundamento

(1) Verso suplido por el impreso.

esto que ahora los dos habéis tratado,  
te aconsejara yo verdad lo hicieras  
y que fueran las bodas verdaderas.

DUQUE.

Discreto acuerdo.

FABIO.

Ejecutallo luego (1).

DUQUE.

¿Don Pedro?

Laura.

Grau señor...

DUQUE.

Yo había tratado, (2)  
para burlar al Conde el casamiento,  
que no con otro intento, y tú me has dado  
con tu agrado y valor tanto contento,  
que ya de tu persona aficionado (3)  
me holgara hacer verdad el fingimiento,  
y en Florencia casado te quedaras.

Laura.

Mi humilde ser con tu (4) grandeza amparas.

Y si tuviese yo tan buena suerte  
que mereciese de servirte honrarme,  
¡qué ventura mayor.

DUQUE.

Fabio, advierte (5)

FABIO.

¿Hate dicho que sí?

DUQUE.

Sin replicarme.

FABIO.

Pues la boda de entrambos se concierte.

DUQUE.

Hablar quiero a Lisarda, y por vengarme

(1) Sobra este verso para la octava que antecede o para la que sigue.

(2) «Aunque he tratado».

(3) Este pasaje fué arreglado en el impreso así:

«de su hija y de ti, Borbón, me ha dado,  
diciendo tu valor, tanto contento,  
que della y de tu talle aficionado», etc.

(4) El ms. dice: «sangre con grandeza».

(5) Suplido por el impreso, que dice: «Borbón, advierte».

de tantos celos que don Juan me ha dado,  
desharé (1) el casamiento concertado.

(Vanse el DUQUE y FABIO.)

CLARA.

Si no es que he entendido mal,  
con recelos de mi bien,  
Pedro, falso y desleal,  
al Duque engañas también  
y tú señor natural.

A esto viniste aquí,  
y al pobre Ramón y a mí  
engañados nos traías.  
¿Es esto lo que decías  
que habías de hacer por mí?

Como español te has fingido,  
y con esa cruz que abona  
tu nacimiento abatido,  
al mismo Duque en persona  
has engañado, atrevido.

Pues no será de esta suerte;  
ni pienses que has de casarte,  
ni en alto lugar ponerte;  
que mis celos serán parte (2)  
para que te den la muerte.

Diré al Duque tu bajeza,  
y que aquea gentileza  
y admirable discreción  
cubren el mayor ladrón  
que crió naturaleza.

RAM.

Pedro, razón tiene Clara,  
tan clara como su nombre:  
en lo que intentas repara.

Laura.

Pues, infame, ¿yo soy hombre (3)  
que así me habláis en la cara?

Cuando a los dos conocí,  
¿díjeles yo, ¡pesía a mí!,  
que era más de hombre de bien?  
¿Ellos no fueron también  
del oficio que yo fuí?

Díjeles que aquí venía  
a hacer un notable engaño;  
pues bien: ¿qué culpa es la mía?  
El último desengaño  
de mi amorosa porfía.

CLARA.

Venta, cárceles, caminos  
pasaba, con esperanza  
de templar mis desatinos,  
creyendo mi confianza  
tus embustes peregrinos.  
pero ahora que te veo

(1) En el ms. «dejaré», por errata.

(2) Falta este verso en el impreso.

(3) Estos dos versos en el impreso.

casar con engaño igual,  
mis desconfianzas creo;  
que nadie paga tan mal  
como quien burla el deseo.

RAM. Mira, Pedro, que no es bien,  
puesto que las *urdes malas*,  
urdiría al Duque también;  
mira que te traen las alas  
donde la muerte te den.

No trates de aqueste modo  
a Clara, Pedro, te ruego:  
sólo tu bien acomodo;  
que yo con volverme ciego,  
tengo mi remedio todo.

LAU. ¿Díjale yo que era allá  
hijo de algún gran señor  
¿Dije que era Emperador  
o Gran Condestable acá? (1)

Y ella, ¿de qué está quejosa  
pues no le debo una mano?  
¿Puede pedirme otra cosa?  
¿No era hija de un villano  
y de una ventera (2) hermosa?

¿Y el picarón, no era ciego?  
y, sin ser santo, me debe  
que le di la vista luego,  
pues ¿cómo a Pedro se atreve?

RAM. Que te detengas, te ruego.

LAU. ¡Vive el cielo, que les dé  
mil cuchilladas!

CLAR. Espera...

LAU. Y que al Duque diga que  
el venir de esta manera  
sólo a darle muerte fué.

(1) Esta quintilla está completa en el impreso, pero algo variada:

«LAU. ¿Díjeles yo que era allá  
don Roldán o don Gaíferos  
que por Melisendra va?  
Díjeles que era Oliveros  
o algún Condestable acá,

Además agrega las siguientes:

«sino Pedro de Urdemalas.  
¿Pues cómo pueden tener  
queja de mis obras malas?  
¿No saben lo que han de hacer  
los que están con honra y galas?  
Tenerse bien y callar;  
que si descubren quién soy,  
yo les urdiré un pesar,  
antes que anochezca hoy,  
que tengan bien que llorar».

(2) En el ms. «y una aventurera».

Ella diré que ha venido  
con disfrazado vestido,  
a darle hechizos (1) de amor;  
que es la hechicera mayor,  
que en el Africa ha nacido.

Y él diré que viene a ser  
espía del turco.

RAM. ¿Yo?

LAUR. El.

RAM. Pedro: si es menester  
que el que a ciego me enseñó,  
que me enseñe a enmudecer,  
cuéntame por mudo.

CLAR. Advierte,

Pedro, lo que te he querido;  
no intentes darme la muerte (2)

LAUR. ¿Callarán?

RAM. Pues no.

LAUR. Eso pido.

Y callando de esta suerte,  
a ella yo la haré que sea  
doña Melisendra aquí,  
y a él haré Malgesí,  
si andar por alto desea.

Vengan a ver estas salas.

CLAR. Piedra soy.

RAM. Mármol soy yo.

LAUR. Y yo soy Mercenrio y Palas.

RAM. Algún diablo me metió  
con Perico de Urdemalas.

(Vanse. Salen el DUQUE, RISELO, FABIO y DON JUAN.

FAB. ¿Dijo Lisarda que sí?

DUQ. En el punto que la hablé.

D. JU. Venganza pienso que fué.

FAB. Ya viene don Juan aquí.

D. JU. Si he resistido el decirte

la ocasión de no casarme,  
no ha estado en determinarme  
a obedecerte y servirte;

sólo ha estado en no atreverme  
a decirte que en tu nombre,  
puesto que mi error fué de hombre,  
disculpa que ha de valerme.

Ya, señor, tengo mujer.

DUQ. Yo no te entiendo, don Juan  
con que mis paciencias dan  
en resistir mi poder.

Mira que podrás un día  
incitallas a rigor.

(1) El impreso dice «abrazos».

(2) Suplido por el impreso este verso

D. J U. Si te obedezco, señor,  
no ha sido la culpa mía.  
¿No me obligas a casarme?

D U Q. Es verdad.

D. J U. Pues ya te cuento  
la dilación de mi intento.

D U Q. Vendrás de nuevo a engañarme.

D. J U. Una noche que volviste  
desde el monte a la ciudad,  
que de cierta voluntad  
tu secretario me hiciste,  
me quedé con nombre tuyo  
en casa de un labrador.

D U Q. Bien me acuerdo.

D. J U. Pues, señor,  
culpa a amor; efecto es suyo.  
Su hija, doncella hermosa  
gocé.

D U Q. ¡Notable traición!

D. J U. Hermosura y discreción  
fueron disculpa forzosa.  
No supe entonces quién era;  
y después a acá, he sabido  
que es su padre bien nacido,  
y que honrarme dél pudiera;  
porque fué en su mocedad  
soldado, y tuvo en la guerra  
cargos de honra, aunque se encierra  
en aquella soledad.

La verdad te he declarado  
casarme con ella quiero;  
sólo tu licencia espero.

D U Q. Mi justo enojo has templado  
con esa resolución;  
porque si no la tuvieras,  
desde aquí a la muerte fueras  
o a alguna estrecha prisión.  
Envía por ella luego.

D. J U. Yo haré diligencia.

D U Q. Mira  
que no me incites a ira.

D. J U. Que no la tengas te ruego,  
que a su padre avisaré.

D U Q. ¿Sabes ya como he casado  
a Lisarda?

D. J U. Y yo le he dado  
el parabién.

D U Q. ¿Para qué?

D. J U. Para que entiendas que estoy  
lejos de darte disgusto.

D U Q. Ella recibe con gusto  
el marido que le doy.  
De España a esto sólo viene,

D. J U. Y es igual a su valor.

D U Q. Cuando no fuera el mejor  
de los que Castilla tiene;  
cuyo apellido bastaba,  
yo le diera tal nobleza  
que igualara a su belleza.

(Vase.)

D. J U. Hoy mi esperanza se acaba.  
Competir con el poder,  
siempre fué locura extraña.  
¡Qué venga un hombre de España  
a gozar de tal mujer!

(Sale LAURA.)

L A U R. Mandado me han pasear  
este corredor, que quiere  
verme Lisarda, y que espere  
que el Duque me quiere hablar.  
Notables atrevimientos  
me dió un amor engañado,  
pues hasta un Duque he llegado  
con mis locos pensamientos.

¿Qué venganza es este amor?  
¿Qué fin espera mi engaño?

D. J U. Sin duda que de mi daño  
él se muestra en mi favor.

Los balcones de Lisarda  
con gentileza pasea;  
galán viene a que le vea;  
que salga a la reja aguarde.

El Duque, sin duda alguna,  
quiere a Lisarda casar.  
Estoy por hablarle y dar  
algún tiento a mi fortuna.

Bien será.

L A U. ¡Cielos!, ¿qué veo?

Don Juan es; aquel traidor  
que engañó mi loco amor.  
Muestra de hablarme, deseo.

¡Por qué camino he tomado  
venganza de su traición!  
Pues tengo tanta pasión  
y el pecho tan lastimado,  
que aunque no puede llegar  
y el ser mujer me acobarda (1)  
me he de casar con Lisarda  
por sólo darle pesar.

No ha de quedarle esperanza

(1) Verso suplido por el impreso.

Esta redondilla tiene los 1.º y 4.º versos así:

«que aunque es contra toda ley...  
para que la goce el Rey».

a este tirano, de ver  
a Lisarda en su poder,  
que hoy comienza mi venganza.

D. J U. ¿Ah, caballero?

LAU. ¿Quién llama?

D. J U. Un muy vuestro servidor.

LAUR. Ya os conozco.

D. J U. Pues, señor,  
¿venís a ver esta dama?

LAU. Ya como a cosa que es mía,  
y esta noche lo ha de ser,  
bien puedo venirla a ver.

D. J U. Haráeos un año el día,  
si sabéis lo que es amor.

LAUR. ¿Por qué no decís mil años?

D. J U. En todo, al fin, hay engaños.

LAU. Eso sabéis vos mejor.

D. J U. Dígolo, porque sospecho  
que no sabéis el que os hace  
ahora el Duque.

LAU. Sé que nace  
de otro engaño que me han hecho.

D. J U. Vuestro talle me aficiona,  
y no sé si os vi otra vez.

LAU. De eso sois vos buen juez. (1)

D. J U. Que obliga vuestra persona  
a mostraros voluntad; (2)  
y así digo que me pesa  
de que toméis esta empresa  
por haceros amistad.

LAU. Harto más me pesa a mí  
de haber venido a este punto;  
mas, ¿por qué causa, os pregunto,  
de mi bien os pesa así?

D. J U. Porque os dan una comida  
que apetece un gran señor,  
y con riesgo del honor,  
os agravia el que os convida. (3)

A punto (4) estáis que podéis  
remediallo.

(1) En el impreso: «De eso vos sois el juez».

(2) Suplido por el impreso.

(3) Esta redondilla dice en el impreso:

«Porque os dan una comida  
en que hay fruta que ha servido  
en otra mesa, aunque ha sido  
no menos que a un rey se vida».

Y sigue:

«Daseos caza que otro ha muerto;  
vestido que otro ha dejado;  
y porque estéis descuidado,  
esto que digo os advierto».

(4) «A tiempo».

LAU. Bien habláis,  
si el consejo que me dais  
tomarlo después queréis;  
porque en dejándola yo,  
os casaréis vos con ella.

D. J U. Pues, ¿quién ha dicho que ella  
a mí jamás me agradó?

LAU. Posando yo cierto día  
en casa de un deudo mío,  
vi una dama de buen brío  
que con su mujer vivía.

Y preguntando quién era  
y de qué nación, la propia,  
lágrimas vertiendo en copia,  
respondió de esta manera.

«Yo soy Laura, una mujer  
que en una sierra vivía,  
entre cuya nieve fría  
me pudo amor encender.

Posó una noche en mi casa,  
con nombre del Duque, un hombre  
que apenas le supe el nombre.»

D. J U. Ya sé todo lo que pasa.

No me digáis necedades  
que ya olvidadas están,  
cuando ese mismo don Juan  
os viene a tratar verdades,

y verdades que al honor  
vuestro dan bien que pensar.

LAU. ¿Y Laura se ha de quedar  
con su engaño y con su amor?

D. J U. ¿No decís que está en España?

LAU. Sin duda.

D. J U. Pues ¿qué ha de hacer?

Mirad que aquesta mujer,  
con todo, ved que os engaña.

LAU. ¿No miráis que dar consejo  
a quien no lo pide es cosa  
más necia que provechosa?

D. J U. Vuestro bien os aconsejo.

LAUR. ¿Por ventura sois letrado  
a quien pido parecer?

D. J U. ¿Habéis visto esta mujer?

LAU. Hoy la he visto.

D. J U. ¿Habéisla hablado?

LAU. He la hablado; ¿quereis más?  
cuanto y más que yo sabré  
gozarla, y después me iré  
donde no me vea jamás,

como vos a Laura hicisteis.

D. J U. ¡Oh, tanto hablarme de Laura!

LAU. Así mi enojo restaura  
el que primero me disteis.

D. JU. Lisarda es mujer gallarda.  
Como después que gocéis  
a Lisarda, iros podéis.

LAU. ¡Oh, tanto hablar de Lisarda!

D. JU. También hablé yo enfadado. (1)

LAU. Pues yo, ¿qué ocasión os di?

D. JU. ¿No basta decirme aquí  
que hoy habéis de estar casado?

LAU. Quiere el Duque.

D. JU. No queráis.

LAU. ¿Que no quiera?

D. JU. Iros podéis.

LAU. Quiérola bien.

D. JU. No queréis,  
pues hoy en Florencia entráis. (2)  
Salid luego, o, ¡vive Dios!,  
que aquí tengo de mataros.

LAU. A disparates tan claros  
como he escuchado de vos,  
¿qué os puedo yo responder?  
que con la espada no sea?

D. JU. ¡Español!

LAU. ¡Florentín!, crea  
no he de dejar la mujer.

(Salen el DUQUE, FABIO y labradores.)

DUQ. No tienes que persuadirme.

D. JU. El Duque viene.

LAU. Después  
nos hablaremos... (3)

¡Cielos!, si podré encubrirme,  
que este que miro es mi hermano.

FAB. Señor, aquí está don Juan.

D. JU. Pena estos hombres me dan.

DUQ. Ya don Juan, pues está llano  
que engañaste con mi nombre  
a Laura y me has prometido  
que hoy has de ser su marido,  
y tú dices que es un hombre  
su padre de tal valor;  
pues la tienes en tu casa,  
con ella, don Juan, te casa,  
o probarás mi rigor.  
Que pues mi nombre tomaste  
y ella de mí se fió,  
obligado quedo yo  
a lo que no le pagaste.

D. JU. Señor, Laura es muy honrada;  
pero ¿cómo puede ser,

si es Lisarda mi mujer  
y no ha de quedar burlada?

DUQ. ¿Tu mujer? ¡Llamadla aquí.

TUR. Señor, de nuestra inocencia  
te duele.

DUQ. Si en mi presencia  
dice Lisarda que sí,  
yo cortaré la cabeza  
al fementido don Juan.

(Sale LISARDA.)

LAU. ¡Ay de mí, juntos están!  
¡Cielos, mirad mi tristeza!

Haced que Lisarda niegue:  
basta ya tanta desdicha.

DUQ. ¿Lisarda?

LISAR. Señor.

DUQ. Por dicha,  
puede ser que amor te ciegue;  
mas si no te ciega amor,  
di con quién estás casada.

LISAR. Nunca yo estuve obligada  
más que a mirar por mi honor.

DUQ. ¿Es ya don Juan tu marido?

LISAR. No, señor.

DUQ. Pues, ¿cómo mientes?

D. JU. Creí palabras presentes  
hijas de un amor fingido.

DUQ. Pues, Lisarda, por mi gusto  
no te casarás.

LISAR. Señor,  
tú eres dueño de mi honor;  
que yo te obedezca es justo.

DUQ. Don Pedro es gran caballero;  
sus prendas quiero fiarte:  
con don Pedro has de casarte.

LISAR. Digo que a don Pedro quiero.

DUQ. Daos las manos.

LISAR. Soy dichosa  
en merecer, español,  
vuestras manos.

LAUR. Yo, en que al sol  
hoy hurtó (1) la llama hermosa.

(Salen RICARDO, RAMÓN y CLARA.)

FAB. Entrad con menos rumor.

RIC. En mi justicia repara.

DUQ. ¿Qué rumor es ése, Fabio?

FAB. Un hombre, una cosa extraña.

DUQ. ¿Qué quieries?

RICAR. Señor, yo soy  
un mercader, que de Italia

(1) «Enojado».

(2) «pues hoy a París llegáis».

(3) «francés».

(1) En el ms. dice «brotó».



traigo a Francia algunas cosas,  
y otras desde Francia a España.

Hallé presa a esta mujer,  
que, como veis, se disfraza;  
saquéla de la prisión  
y regaléla en mi casa.  
Casarme quise con ella,  
que amor en nada repara;  
y para que la sirviese,  
quise comprarla una esclava.  
Hallé un esclavo a este tiempo,  
que aqueste que la acompaña  
públicamente vendía  
por las calles y las plazas;  
dile doscientos escudos,  
mas luego, por la mañana,  
esclavo, mujer y dueño  
a Florencia caminaban.  
Seguílos, no por tomar  
de aqueste agravio venganza, (2)  
sí por mil ducados de oro  
que me hurtaron de mi casa;  
no permitas que los pierda.

DUQ.

¡Gran maldad!

FAB.

¡Industria brava!

DUQ.

¿Tú eres mujer?

CLAR.

Mujer soy.

DUQ.

¿Y cómo te llamas?

CLAR.

Clara.

DUQ.

¿Vendiste el esclavo tú?

RAM.

Señor (ahora me empalan),  
verdad es que le vendí;  
yo lo confieso a sus plantas:  
no, dijera en mil tormentos,  
con once mil jarros de agua.

DUQ.

¿Y dónde el esclavo está?

RAM.

Aqué! es.

DUQ.

¿Quién?

RAM.

El que tratas

de casar, o que has casado  
con esa inocente dama.

DUQ.

¿Don Pedro?

RAM.

Que no es don Pedro;  
sino Pedro de Urdemalas.

DUQ.

¡Infame esclavo!, ¿qué es esto?

LAU.

Señor...

DUQ.

¿Qué te turbas?, habla.

LAU.

Pedro de Urdemalas soy.

LISAR.

¿Hay mujer más desdichada?

DUQ.

Pues, ¿dónde resucitaste?

Mil años ha que se canta  
esa fábula en el mundo.

LAUR.

Señor, su libro fué causa.

Entre muchos que leí  
en mi tierna edad pasada,  
vine a topar el de Pedro,  
y aficionado a sus trampas  
di en andar con este hombre  
por Francia, España e Italia.  
Aunque, si verda! te digo,  
más que donaire es venganza  
de un agravio que me han hecho.

DUQ.

Los tres, así juntos, vayan  
al cuchillo de un verdugo.

RIC.

Señor, oye una palabra:

yo perdono a la mujer.

DUQ.

Si tú con ella te casas.

RIC.

Digo que soy su marido.

DUQ.

Llebad a los dos; ¿qué aguardan?

RAM.

¿No hay alguno que se case  
conmigo? Pues todos callan,  
vamos a morir, Perico:

hoy muero por vuestra causa.

¡Oh, mal haya el que se fía  
de hombre que no tiene barba!

DUQ.

¿Ah, don Juan?

D. J U.

Señor.

DUQ.

Ahora

te quiero dar a Lisarda.

D. J U.

Con tu licencia, señor,  
no he de hacer lo que me mandas;  
porque quien me ha despreciado  
no ha de merecerme.

DUQ.

Basta.

LAU.

Tú, don Juan, ¿quieres oírme?

D. J U.

¡Esclavo!, ¿pues tú me hablas?

LAU.

¿Quieres casarte conmigo,  
pues que todas mis desgracias  
me han sucedido por tí?

D. J U.

Sólo el ser loco te falta.

LAUR.

No falta sino que cumplas,  
como noble, una palabra  
que diste a Laura en un monte.

D. J U.

Sí, pero ¿dónde está Laura?;  
que tú propio me dijiste  
que estaba Laura en España.

LAU.

Laura está contigo aquí.

D. J U.

¿Laura? ¿cómo?

LAUR.

Yo soy Laura.

D. J U.

¿Laura, esclavo?

LAUR.

Señor, sí;

(2) Este y los dos versos anteriores dicen en el im-  
preso:

«iban camino de Francia.  
En Francia el esclavo es libre,  
bien es que Francia le valga».

yo soy Laura; ¿qué te espantas?  
DUQ. Cásate a don Juan con ella;  
desempeña mi palabra.  
LISAR. ¡No habrá sucedido cosa  
como ésta!  
TIRR. ¡Querida hermana!  
TUR. ¡Laura mía!  
RAM. A mí, señor,  
¿en qué convertir me mandas?  
DUQUE. ¿Qué eres tú?

RAM. Ciego en España.  
Y ahora aquí tengo vista.  
DUQUE. Pues vive, dando las gracias  
a Laura,  
RAM. Y con más razón  
al senado; y aquí acaba  
la comedia, que su autor  
llama Pedro de Urdemalas.

FIN DE LA TERCERA JORNADA



# LA GRAN COMEDIA

DE

## LAS PÉRDIDAS DEL QUE JUEGA

### PERSONAS

DON JUAN.  
DOÑA LEONOR.  
TEODORA.  
GUZMÁN.  
HERNANDO.

CELIO Y GONZALO.  
Un ALGUACIL.  
DON BERNARDO.  
DOÑA JUANA.  
DOÑA MARÍA.

DON PEDRO LUJÁN.  
BOLAÑOS, *pobre*.  
RODRIGO, *pobre*.  
Un PAJE.

(Salen DON JUAN, vestido de luto, y HERNANDO, lacayo.)

HER. Un año hizo cabal  
ayer que Dios se llevó  
a tu padre, y que él pagó  
la deuda de ser mortal.

D. JUAN. Con muy diferente intento  
lo habemos los dos contado;  
tú, Hernando, con el cuidado  
y yo con el sentimiento.

El día que le perdí  
prohibí tantos cuidados  
que ya los gustos pasados  
serán ruinas para mí.

HER. ¿Cien mil ducados no tienes?  
Mil veces ciento, que son  
la décima de un millón  
en joyas, dinero y bienes.

Mil ducados vi contar  
ayer y me parecía  
que en toda España no había  
más dinero que juntar;  
y multiplicando allí  
hasta cien mil, arrojando,  
perdiendo y desperdiciando,  
juzgo y me parece a mí,  
que no darás en tu vida  
fin a la distribución.

D. JUAN. Con tu corta inclinación  
le has tomado la medida.

El que nació generoso  
y a dar inclinado, creo  
que sólo con el deseo  
llegará a ser poderoso.

Un río pudiera, Hernando,  
servirte de ejemplo aquí,

pues lo más que tiene en sí  
es lo que siempre está dando.

Y así los hombres que son  
inclinados siempre a dar  
con todo van a parar  
al mar de su inclinación.

De más de que los cuidados  
nacen del mal y del bien  
y en las riquezas también  
está mil veces fundado.

De anhelar y padecer  
nadie se puede escapar:  
quien tiene, por conservar;  
quien no tiene, por tener.

Cuando mi padre vivía  
como tal me alimentaba,  
y todo lo que él guardaba  
era lo que yo tenía.

Y, aunque algún hijo se ofenda,  
que vale en decir me fundo  
el peor padre del mundo  
más que la mejor hacienda.

HER. Pues has hecho el cabo de año,  
muy bien te puedes vestir,  
bizarrear y lucir,  
sin que ninguno en tu daño  
murmure.

D. JUAN. Cumplido ayer,  
no será, Hernando, razón  
que tan a plana y renglón  
venga el pesar y el placer;  
que de mí decir podrán  
que estaba esperando el día  
cuidadoso.

HER. ¿Todavía  
te atormenta el qué dirán?

No hay reloj tan ajustado  
que alguna vez no desmienta  
lo puntual de la cuenta  
pródigo y desconcertado.

Dale al tiempo lo que es suyo,  
como Séneca decía;  
haz sujeta monarquía  
a tu poder lo que es tuyo.

Que tu padre bien se sabe  
que solamente gozó,  
en los bienes que guardó,  
la posesión de la llave.

Haz la razón, si te place,  
a los brindis del amor,  
que este es el plato, señor,  
que agora más satisface.

Y si el pensar te importuna,  
que hay causadas pretensiones  
con prolijas dilaciones,  
yo conozco más de alguna  
de garbo, rumbo y florco,  
fácil en toda conquista  
y que acepta a cara vista  
cualquiera letra el deseo.

Y aunque es verdad que yo temo  
al que rico se enajora  
andar al uso de agora  
alznagar y echar a extremo.

D. JU.

Buenos documentos das.

HER.

Yo aconsejo lo que liciera.

D. JU.

Pues yo sólo hacer quisiera  
lo que sé que tú no harás.

Y vendré a ser el criado  
del astrólogo. Sabía  
que su amo no decía  
cosa en que no hubiese errado,  
y contraponiendo el modo,  
con solo escribir después  
un pronóstico al revés  
del suyo, acertaba en todo (1).

(Sale un PAJE.)

PAJ.

Señor: el sastre ha traído  
dos vestidos.

D. JU.

¿Dónde está?

PAJ.

Dejóles y fuése ya.

D. JU.

¿Sin dineros?

PAJ.

No ha querido  
llevarlos, que en tu poder  
dice que le excusarán  
el guardarlos.

HER.

Siempre dan  
este crédito al tener.

De suerte está introducida  
tu opinión que no hay ninguno,  
contados uno por uno,  
que no te fie su vida.

Ser puede por varios modos,  
por tu virtud, tu caudal  
tesorero general  
de las haciendas de todos.

D. JU.

En eso puedes juzgar  
que nunca, Hernando, el prudente  
granjea viciosamente  
la opinión que le han de dar.

(Salga GUZMÁN.)

Seas, Guzmán, bien venido.  
¿Hiciste lo que mandé?

GUZ.

Sí, señor; tu gusto fué  
justamente obedecido.

Después de distribuir  
en pobres necesitados  
y enfermos los cien ducados  
que mandaste repartir...

D. JU.

Hecho el bien, en no tener  
memoria el valor consiste.  
Olvida siempre el que hiciste  
pensando en el que has de hacer.

La buena obra ofrecida,  
que en sí misma está premiada,  
lo que ganó ejecutada  
pierde después referida.

Y así, con decir que has hecho  
lo que mandé, cumplirás  
conmigo sin decir más.

GUZ.

Conocido está tu pecho.

Mas lo que quiero decirte  
es un caso peregrino,  
tan piadoso, que imagino  
que has de poder persuadirte,  
a lágrimas por despojos,  
en fe de tu sentimiento,  
porque ya subirlas siento  
del corazón a los ojos.

Después de haber repartido  
con el enfermo postrero  
mi lástima y tu dinero  
de su miseria instruido,  
una mujer me llamó  
de una pequeña ventana,  
en cuya piedad cristiana  
de su virtud me informo.

«Yo sé—dijo—que buscáis

(1) Estas dos redondillas anteriores están en el ms. de la Bib. Nac., pero tachadas.

pobres para hacerles bien  
y sé de parte de quién  
tal virtud ejercitáis.

Y así, os pido humildemente  
que en ese aposento esquivo,  
sepulcro de un hombre vivo,  
que estáis mirando allí enfrente,  
visitéis un caballero  
que enfermo de pobre está,  
que él, aunque calle, os dirá  
lo que referir no quiero.

Su misma cama ha de ser  
quien en tanta adversidad  
diga su necesidad;  
que yo, para encarecer  
la desdicha a que ha venido,  
basta el deciros aquí  
que ha recibido de mí  
lo que algún día ha comido.

Sabe el cielo que quisiera  
poderle yo disfrazar  
su pena, sin dar lugar  
a que otro la conociera.

Pero soy pobre, señor;  
que lo más que puedo hacer  
en su mal es conocer,  
por la experiencia, el dolor.»

Di crédito a sus razones,  
en el aposento entré,  
donde en una cama hallé  
un alma y dos corazones;

que el que tan miserablemente  
a padecer se percibe,  
aunque por un alma vive  
con dos corazones siente.

¿Quién piensas tú que sería  
el que hallé en tan pobre estado,  
tan mísero y desdichado?

D. J. U. Dímelo, por vida mía.

¿Quién?

Guz. Tu amigo don Bernardo,  
el que en la corte triunfaba,  
el que animoso jugaba  
y enamoraba gallardo;

el que le dió al amor ciego,  
venta azul, arco dorado,  
y el siempre lisonjeado  
de los zánganos del juego.

El llevado y el traído  
al Prado de coche en coche;  
el esperado de noche  
y de día persuadido.

Y, finalmente, el que oyó

del cóncave sin segundo:  
No hay tal hombre en todo el mundo.  
Es el que hoy he visto yo [do].

en una camilla, pobre,  
tan humilde, que besaba  
el mismo suelo en que estaba.

D. J. U. ¿Es posible que me sobre  
tanto a mí y él, que se vió  
tan alto, esté tan caído,  
tan pobre y tan abatido?

Guz. Apenas, señor, me vió  
cuando, en lugar de alegrarse,  
con suspiros detenidos  
hizo lenguas los sentidos,  
si bien fué para turbarse.

Porque en los nobles recelo  
que cuando es tal el dolor  
entra primero, señor,  
la vergüenza que el consuelo.

Pregunté su enfermedad;  
pero el aposento yermo  
respondió que estaba enfermo  
de mucha necesidad.

D. J. U. Y qué, ¿no te dijo a ti  
que lo remediase yo  
estando así?

Guz. Señor, no.

D. J. U. Muy poco espera de mí  
quien sabe que puedo darle  
remedio y no me le pide.  
Pero, pues tanto se mide  
con su ser, yo he de obligarle  
a que no llegue a inferir  
de mí que puedo negar,  
excusando con el dar,  
la vergüenza del pedir.

De dos vestidos que están  
en casa, llévale el uno,  
y no digas a ninguno  
que yo se le doy, Guzmán.

Que si es culpa, he de vencella,  
pues sería necedad  
el darle a mi vanidad  
parte en lo que doy sin ella.

Guz. Mañana, a mi parecer,  
se podrá, señor, llevar.

D. J. U. Resuelto una vez a dar,  
sin dilatarlo ha de ser,  
que ese es gusto detenido,  
y donde hay obligaciones  
nunca el dar con dilaciones  
fué del todo agradecido.

GUZ. Yo voy.

(Vase.)

HER. Cuando campeaba

con tantas prosperidades,  
¿por qué de las variedades  
del tiempo no se acordaba?

Y no padeciera así  
sin dinero y sin disculpa.

D. J. U. El sentimiento en su culpa  
es el que me toca a mí,

porque aunque es en causa ajena,  
sólo debo yo, en rigor,  
no examinar el error  
para remediar la pena.

Los vestidos quiero ver,  
haz que los saquen aquí.

HER. Jugadorcito nací,  
hoy desnudo y rico ayer. (Vase.)

D. J. U. Aunque hasta aquí no he sabido  
la desdicha que ha pasado,  
de no haberla remediado  
estoy en parte corrido.

¡Jesús, pobre caballero!  
Tanto mal, viviendo yo  
rico en el mundo! Eso no,  
siendo amigo verdadero.

(Salga GUZMÁN con los vestidos.)

¿Cuál llevarás? ¿Este?

GUZ. Sí.

Ese, que es el más costoso,  
se queda acá.

D. J. U. Generoso  
mayordomo para mí.

Llévale el mejor, Guzmán  
y advierte cuando pusiere  
en tus manos lo que hiciere  
que nunca los nobles dan  
lo peor si dan con gusto.

GUZ. Hasta ahora que lo sé  
disculpadamente erré  
y ya obedecerte es justo.

D. J. U. En este bolsillo van  
ducientos escudos de oro.

HER. ¡Cuerpo de Dios! Un tesoro  
para el enfermo serán.

De la cama ha de saltar  
a sólo probar la mano,  
que un tahir siempre está sano  
si lo puede ejercitar.

Y aunque son causas distintas,  
con pintas de tabardillo,

con asma y con garrotillo  
sanará contando pintas.

(Mete el bolsillo en la faltriquera del vestido.)

D. J. U. Mira que no ha de saber  
que va este dinero aquí.

GUZ. La intención, señor, me di.

D. J. U. No es más de sólo querer.

Pues él pudo tener hoy  
valor para no pedirme,  
imitarle en reducirme  
a dar sin decirle doy.

GUZ. Del vestido, ¿qué diré?

D. J. U. Que no salió a gusto mío  
te di y que yo se lo envió  
para que después me dé,  
si hubiere alguna ganancia,  
lo que él mismo tase allá.

HER. Sobre buena finca va.  
Ello son pueblos en Francia  
pensar que siendo, señor...

D. J. U. Basta, Hernando, que es mi amigo  
y está ausente.

HER. Sólo digo...

D. J. U. ¿Qué dices?

HER. Que es jugador.

(Vanse. Salen CELIO y un ALGUACIL.)

AL. Adonde quiera que esté  
no deseo más que buscallo  
y prendelle.

CEL. Esta es la calle.

ALG. ¿Y la casa?

CEL. No la sé;

que ha poco que se mudó  
con recelo y con temores  
de más de veinte acreedores  
que le dieron, como yo,  
su hacienda para jugar  
y agora en duda la esperan.  
Yo sé que no se la dieran  
tan presto para casar  
una huérfana.

CEL. Es voltario  
y daba cuando ganaba  
algo más con que obligaba.

ALG. Ese es logro voluntario:  
el concierto viene a ser

de la trampa y la codicia.  
CEL. El no pagar no es malicia  
en él sino el no tener.

Pero quiero mejorar  
mi deuda con ser primero;

que siempre tiene el postrero  
menos derecho a cobrar.

De una vez sola perdió,  
según dicen, mil ducados.

ALG. Diólos el naípe prestados,  
cumpliósse el plazo y cobró.

CEL. El ha de salir o entrar  
hoy en su casa y podemos  
esperarle aquí.

AL. Esperemos,  
aunque hay quien para jugar  
quisiera zurcir un día  
con otro si está picado.

CEL. La asistencia y el cuidado  
de esto irá por cuenta mía;  
que muy bien sé agradecer  
lo que se hace por mí.

ALG. Y yo sabré estarne aquí  
dos días si es menester.  
(Sale GUZMÁN.)

GUZ. Hidalgo: por cortesía  
os suplico me digáis  
si en esta calle habitáis.  
ALG. No, señor.

GUZ. Saber quería  
si vive aquí un caballero  
que se llama...

ALG. El nombre aguardo  
que me digáis.

GUZ. Don Bernardo.

ALG. Si no es que sois forastero  
o no jugáis, no creeré  
que no le conocéis..

GUZ. Sí,  
conózcole como a mí;  
pero su casa no sé.

ALG. Id con Dios.

GUZ. Muy bien negada  
está, que a nadie creo yo  
que la justicia buscó  
jamás para darle nada.

A don Juan he de avisar  
por si es esto alguna cosa  
para el otro peligrosa  
y que él pueda remediar. (Vase.)

ALG. Jamás esperé en mi vida  
a nadie que haya venido.

CEL. General desgracia ha sido  
de todos reconocida  
como el decir caminando  
si llueve «que yo saliese  
bastó para que lloviese»  
y los que pierden jugando.

«Juro a Dios que no me acuerdo  
jamás de poder ganar  
y que dé yo en porfiar  
sabiendo que siempre pierdo.»

Y sin causa y sin razón  
hay un género de males  
que han dado en ser generales  
por ser común la opinión.

Don Bernardo viene allí.

ALG. Y que ha ganado es muy llano,  
que trae la bolsa en la mano.

CEL. A lindo tiempo acudí.

(Sale DON BERNARDO con el bolsillo de escudos en la  
mano, que iba en el vestido.)

D. BER. Sin duda quiso ponerse  
el vestido y se olvidó  
la bolsa en él; pero yo  
soy quien soy y ha de volverse.

Escudos son; ¡ah poder,  
y que claras muestras das  
de tu valor donde estás!

ALG. Esto de salir a hacer  
la cuenta a la calle es dar  
a entender, a mi ignorar,  
que ha negado la ganancia  
y se muere por contar.

¡Escudos son, vive Dios!

Y tan divertido está  
que ni ve ni siente ya.

CEL. Lleguemos juntos los dos.

ALG. Con orden particular  
que de un mandamiento tengo  
a llevaros preso vengo.

D. BER. ¿Y es la causa?

ALG. El no pagar  
cien escudos que debéis  
a Celio, que está presente.

D. BER. Confieso el ser delincuente  
si por delito tenéis  
deber y no haber pagado  
por no tener.

CEL. Hasta aquí  
pudiera creerlo así;  
pero no estando informado

de esa bolsa que está llena  
de escudos, mal me daréis  
a entender que no tenéis.

D. BER. ¿Pues qué importa siendo ajena?

CEL. La disculpa general  
de todos los jugadores  
es esa. Treinta acreedores  
tenéis, y os está muy mal

- ir preso, y será mejor  
que mi deuda me paguéis.  
porque en la cárcel haréis  
vuestra desdicha mayor.
- D. BER. Lo que me deben a mí  
cobraré para pagar.
- ALG. Eso se ha de negociar  
con la parte que está aquí,  
que yo bien echáis de ver  
lo poco que puedo en eso.
- (Salen DON JUAN y GUZMÁN.)
- GUZ. Sin duda le llevan preso.
- D. JU. En lo que para he de ver.
- ALG. Pues que vos podéis pagando  
redimid la vejación  
del disgusto y la prisión.  
¿De qué sirve ir alargando  
el plazo y la cortesía  
cuando alarde nos hacéis  
y el dinero que tenéis?  
Que paguéis con gallardía  
quisiera y sin artificio;  
que la parte ha de cobrar  
o me habéis de perdonar,  
porque yo he de hacer mi oficio.
- D. BER. Tan desdichado he nacido,  
que aun me dejo la opinión  
de pobre en esta ocasión  
por verme más afligido,  
¡Ah suerte aleve y traidora!,  
Por la fe de caballero  
que llevaba este dinero  
a su mismo dueño agora,  
y que si no aventurara  
mi honor en no le llevar  
no sólo con el pagar  
las razones excusara,  
pero aun la resolución  
del prenderme.
- ALG. ¿Qué he de hacer  
agora en esto?
- CEL. Poner  
a don Bernardo en prisión.
- D. BER. Vamos muy enhorabuena;  
que pues no tengo disculpa  
en la deuda ni en la culpa,  
bien es que pague la pena.  
Aunque yo no puedo estar;  
preso habré de obedecer:  
que vos venís a prender,  
pero no podéis juzgar;
- D. JU. ¿Qué es esto?

- ALG. Este caballero,  
en tanto que no satisfaga  
un deuda que no paga  
va preso, y tiene dinero.
- D. JU. ¿Quién es la parte?
- CEL. Yo soy.
- D. JU. ¿Queréis confiar de mí  
esta deuda?
- CEL. Señor, sí;  
mi derecho en ella os doy.  
Y cuando tanto no fuera  
vuestro crédito y valor,  
con mi persona, señor,  
y con mi hacienda os sirviera,  
por la virtud conocida  
de vuestro cristiano pecho.
- D. JU. La merced que me habéis hecho  
está tan agradecida  
que he de hacer que os pague aquí.  
Don Bernardo. Si tenéis  
dineros, ¿por qué queréis  
ir a la cárcel? Por mí  
le habéis luego de pagar.
- D. BER. En vuestro vestido hallé  
este bolsillo; y no sé  
que sea bien hecho el dar  
a nadie lo que no es mío.  
Y no sólo no pagara,  
aunque a la cárcel llegara,  
pero si un tirano impío  
a mi vida se opusiera  
para despojarme de él,  
agradecido y fiel,  
a vos sólo os le volviera.
- D. JU. Según eso, ¿no tenéis  
entera satisfacción  
de mí?
- D. BER. Tenerla es zazón  
para estimar lo que hacéis  
y no saber resolverme  
a más que justificarme,  
que si es justo el confiarme  
no lo será el atreverme.  
En una fe verdadera  
poco sabe confiar  
quien se adelanta a cobrar  
la buena obra que espera;  
de más de que es tiranía  
si el crédito que yo gano  
honrándome vuestra mano  
pierdo en tomar de la mía.  
Estos escudos os doy,  
si es que olvidado se os han,



porque nunca yo, don Juan.  
lo estaré de lo que soy.

y en el bien que he recibido  
podéis quedar satisfecho  
con pensar que lo habéis hecho  
por un hombre bien nacido.

D. JU. De vuestro honor me informáis  
como si yo lo ignorara.  
Si perdiera el ser, me holgara  
que se hallara en vos.

D. BER. Mostráis  
con hacerme tal favor  
el intento valeroso  
de pecho tan generoso.

D. JU. Esta es deuda y no valor.

Cuando mi padre vivía  
y escasamente guardaba  
en vuestra amistad hallaba  
todo cuanto no tenía.

Y ahora que de los dos  
soy el poderoso aquí,  
quiero yo que halléis en mí  
todo lo que os falta a vos.

Que mal sabe confiar  
el hombre que no se atreve  
a pedir a quien le debe  
sabiendo que puede dar.

Y como ya el padecer  
a pedir no os obligó  
también quise daros yo  
sin daros qué agradecer.

Ese dinero trafa  
mi deseo y mi cuidado  
y vino más que olvidado  
a pagar lo que debía  
a vuestra necesidad;  
ligo en parte, que en el todo,  
con más descubierto modo  
y con mayor cantidad

no pienso que os satisfago;  
porque vos cuando me disteis,  
por obligarme lo hicisteis,  
pero yo os doy porque os pago.

¿Qué es lo que debéis aquí?

D. BER. Cien escudos me prestó  
Celio.

D. JU. Aquí los tengo yo.

D. BER. ¿Y este no es dinero?

D. JU. Sí.

Pero hoy habéis de probar  
la mano que podrá ser  
que volváis a vuestro ser

si a vos os le puede dar  
el dinero.

D. BER. Ya he jurado  
de no jugar, y es forzoso  
el cumplirlo.

D. JU. Ganancioso  
del perder habéis quedado.  
Pero mirad que imagino  
que no lo habéis de cumplir  
por lo que suelen decir  
vulgarmente, y no me inclino  
a pensar que pueda ser  
cumplido en juego ni amor,  
ni voto de jugador  
ni promesa de mujer.

D. BER. Plega a Dios estadme atento.

D. JU. El proponerlo es mejor,  
que en los hombres de valor  
la palabra es juramento.

D. BER. Si yo jugare, rabiando  
muera, plega a Dios primero;  
porque no es sólo el dinero  
el que se pierde jugando.

Otras pérdidas mayores  
del juego en decir me fundo  
que nos hacen en el mundo  
a los hombres inferiores.

D. JU. Mi casa, de aquí adelante,  
por vuestra habéis de tener,  
porque en todo me ha de ser  
vuestro consejo importante.

Consultar mis culpas quiero,  
y será menor la mía  
teniendo en mi compañía  
un amigo verdadero.

Y cuando en lo que pretendo  
hacer yerre consultando,  
errar quiero preguntando  
más que acertar presumiendo.

Esto os debe, don Bernardo;  
tomad, que a mí me lo dió.

CEL. Nunca esperé menos yo  
de proceder tan gallardo.

D. JU. En este diamante va  
la parte que a vos os toca.

ALGUA. Hoy se acrecienta en mi boca  
la opinión que el mundo os da.

(Dentro.)

¿No hay contra tantos errores  
justicia?

(Sale a una ventana DOÑA JUANA.)

D.<sup>a</sup> JU. Si es la piedad

- ley en los nobles, entrad  
por esa puerta, señores.  
Remediaréis la intención  
de un hombre determinado.  
D. J U. Que en la piedad el cuidado  
os obedezca es razón.
- (*Vanse. Salen TEODORA, huyendo, y DOÑA LEONOR  
teniendo a GONZALO.*)
- D.<sup>a</sup> LEO. ¡Huye, Teodora!  
GONZA. Es en vano  
pensar que se ha de escapar  
de mí.  
LEO. Haréte yo cortar  
la injusta y resuelta mano.  
¡Que no estuviera aquí agora  
mi padre!  
GONZ. ¡Pues, vive Dios,  
que habéis de pagarlo vos,  
infame!  
TEO. Tenle, señora.  
Nunca con él me casaras.  
LEO. No pensó, Teodora mía,  
el amor que te tenía  
que en un hombre granjearas  
tan villano proceder.  
La justicia viene allí.  
(*Sale DOÑA JUANA.*)  
GONZ. ¿Pues qué me importará a mí  
que venga, si es mi mujer?  
Juez de sus culpas soy.  
D.<sup>a</sup> J U. ¿Qué es esto?  
LEO. La injusta vida  
de aquella cara ofendida  
por breve respuesta os doy,  
que sus injurias dirán  
de este hombre la tiranía.  
ALGUA. Advertid, señora mía,  
que está aquí el señor don Juan.  
LEO. Disculpe mi inadvertencia  
mi enojada confusión.  
D. J U. Yo pudiera, con razón,  
a tan divina presencia  
dar esa misma disculpa;  
que al esplendor generoso,  
señora, del sol hermoso  
de vuestros ojos sin culpa,  
de torpes inadvertencias  
pueden quedar suspendidos  
en un cuerpo los sentidos  
y en un alma las potencias.  
Porque es tal la perfección  
que en vos miro, que he quedado
- justamente transformado  
en mi propia admiración.  
ALGUA. Preso os tengo de llevar.  
LEO. Llevadle o lo haré saber  
a un alcalde.  
GONZ. Es mi mujer  
y la puedo castigar.  
ALGUA. Sólo tienen permisión  
las injurias de la boca,  
y lo que agora me toca  
a mí es hacer la prisión,  
pero no juzgar la ley.  
GONZ. No he de ir preso, ¡vive Dios!,  
o hemos de rodar los dos  
sobre ello.  
ALGUA. ¡Favor al Rey!  
TEODO. Señora, por Dios te pido  
que no le dejes llevar,  
ofender ni maltratar,  
que, en efecto, es mi marido,  
y después he de ser yo  
quien venga a pagarlo todo.  
CEL. No me descontenta el modo;  
lindamente lo agarró.  
D. J U. Que no le llevéis os pido,  
si es posible.  
ALGUA. Vuestro gusto  
para mí es ley; y así, es justo  
que seáis obedecido.  
Si un hombre hubiera, señor,  
muerto, también le dejara  
como a vos os importara.  
D. J U. Estimo tan gran favor.  
D.<sup>a</sup> J U. Buen arte de caballero  
es el que tiene don Juan.  
LEO. De discreto y de galán  
le dan el lugar primero.  
D.<sup>a</sup> J U. Tampoco es de desechar  
el otro que con él viene,  
su poquito de alma tiene  
en el talle y el mirar.  
LEO. Excusar al fin procura  
vuestra lealtad su prisión.  
D. J U. Fueros justísimos son  
del reino de la hermosura.  
Y perdonen los enojos  
que habéis podido tener,  
que esta vez le ha de valer  
el templo de vuestros ojos.  
Que aunque es verdad que faltó  
su corta capacidad  
a tanta divinidad  
y ya con sangre violó

las aras de tal sagrado  
que salga es injusta cosa  
de vuestra presencia hermosa  
ninguno a ser castigado.

De don Pedro de Luján  
sé que sois hija, y que el cielo  
no ha dado criatura al suelo  
de más partes, porque están  
juntas en vos compitiendo  
la juventud y el honor,  
la hermosura y el valor,  
y también sé que venciendo  
con igualdad su grandeza  
que os hizo en decir me fundo  
un fénix raro en el mundo  
de Dios la suprema alteza.

(Sale DON PEDRO LUJÁN.)

D. PE.  
LEO.

¿Qué es esto?

Pagar, señor,  
con uno y otro cuidado  
Gonzalo el haberle dado  
mujer honrada y honor.

Tras de venirse a amparar  
Teodora donde vivía  
con más regalo algún día  
y segura de pasar

la vida que con él tiene,  
hasta esta sala llegó  
donde, atrevido, la hirió.  
Sólo el huir me conviene. (*Vase.*)

GONZ.  
LEO.

Y viendo que en mí no hallaba  
el amparo que pedía  
y que él matarla podía  
según colérico estaba,

mi prima, de una ventana,  
descompuestas voces dió  
y el señor don Juan entró,  
en cuya piedad humana

halló amparo su intención;  
cuando preso le llevaba  
un alguacil que aquí estaba,  
con piadoso corazón,

de su natural tan propio,  
pidió por él.

D.<sup>a</sup> JU.

Solamente  
es un rasguño en la frente  
y lo demás fuera impropio.

D. PE.

Podrá mandar, como es justo,  
mi casa el señor don Juan,  
que en ella leyes serán  
los preceptos de su gusto.

Si aquella sangre estuviera

en mi rostro, y me mandara  
que el delito perdonara,  
libre el ofensor se fuera.

Don Juan Ritera de Andrada (1)  
vuestro padre, que en el cielo  
esté, siendo yo mozo, fué en Flandes mi camarada  
y mi amigo el más fiel.

En un día recibimos  
el hábito, y juntos fuimos  
a la jornada de Argel,  
en una misma galera  
Fernán Cortés, él y yo;  
por señas de que quedó,  
sí, aquel año pienso que era,  
preñada aquí vuestra madre;  
y acuérdomme de un favor  
que hizo el Emperador  
a Cortés y a vuestro padre.

Después ya de haber pasado  
aquella borrasca fiera,  
por fin, el sol en su esfera

dijo, vuelto al mar impío:  
«Si es que escapado se han  
Fernán Cortés y Don Juan,  
el mundo vendrá a ser mío»

En diversas ocasiones  
sirvió con tal valentía  
que, cuando memoria hacía  
de sus heroicos blasones,  
siempre le daba el lugar  
que por su espada ganó (2).

D. JU.

El de esos pies debo yo  
con mis labios ocupar,  
que en el afecto amoroso  
con que de mi padre habláis  
un corazón me enseñáis  
amigable y generoso.

En papeles que he rotpido  
de un escritorio he hallado  
cartas vuestras que han mostrado  
lo que aquí habéis referido;

que en una, si no me engaño,  
desde Ceuta le ofrecíades  
un caballo que teníades.

D. PE.

Es verdad, y era un castaño;  
Llamábase «Pensamiento»,  
y si corría mostraba

(1) La voz «Rivera» está entre líneas y tachado el «Benegas», que es el que pone siempre el ms. del Mus. Brit.

(2) Los 33 versos anteriores sólo se hallan, aunque tachados, en el ms. de la Bib. Nac., si bien se ve que hacen falta para el sentido de lo que sigue

que en pies y manos llevaba  
hecho pedazos el viento.

Tres moros en él maté  
una tarde en Berbería.  
Honor del Andalucía  
y rayo en Africa fué.

D. BER. Bravamente se acreditan  
con la persona los hechos;  
nada en cuantos tienen hechos  
mis pensamientos le quitan;  
que ya me parece a mí,  
sólo de oírlo contar,  
que le he visto alancear  
los moros que ha dichaquí.

D. PE. ¿Por qué te hirió tu marido?

TEO. Por lo ordinario, señor.

D. PE. Bástale el ser jugador.

TEODO. Después ya de haber perdido  
de mi dote y mi ajuar  
todo cuanto en casa había  
esta cadena quería  
quitarme para jugar

y tras mí vino impaciente  
aquí, donde me dió agora,  
delante de mi señora,  
este rasguño en la frente  
después de un mal tratamiento,  
como si pudiera ser  
del jugar y del perder  
la culpa mi casamiento.

Seis meses ha justamente  
que anda empeñando y vendiendo,  
y aunque reducir pretendo  
un error tan imprudente

de que puedo ser juez,  
sus culpas, señor, me niega  
con decir que sólo juega  
por ver si gana una vez.

D. BER. Eso fué en un tiempo mío,  
y con un nuevo escarmiento  
ratifico el juramento.

D. PED. De tu quietud desconfío  
si en él ese vicio ha dado.  
Para vivir de esa suerte,  
vuélvete a casa, y advierte  
que no hay tan dichoso estado  
como vivir sin disgustos.

TEO. Esta casa, señor, fué  
la cuna en que me crié  
y que te obedezca es justo.

D. PE. Teodora, señor don Juan,  
fué aquí dos veces criada;

rabió por verse casada,  
que las mujeres no están

libres en sí, según creo,  
y después que han conocido  
los errores de un marido  
lloran su mismo deseo.

D. JU. Si ella, señor, ha fundado  
tras de esta nueva mudanza  
el gusto y la confianza  
en el dichoso sagrado  
que vuestra casa le ofrece.  
En ella desquitará,  
con segundas bodas ya  
lo que sin ella padece.

D. PE. De la casa y de su dueño  
puede vuestra voluntad  
hacer con seguridad  
un reconocido empeño;

que no hay cosa que me cuadre  
como el serviros, por Dios,  
porque estoy mirando en vos  
el alma de vuestro padre.

D. JU. Dichoso, señor, me haréis  
en todo si me mandáis.

D. PE. Mil años, don Juan, viváis  
por la merced que me hacéis.

D.<sup>a</sup> JU. Parece que con cuidado  
has reparado en don Juan.

LEO. No es, prima, el sol tan galán.

D. BER. Bravamente la has mirado.

D. JU. Si juego puedo llamar  
a un amor recién nacido,  
todos habemos perdido;  
pero no quiero jurar,  
aunque pienso que ha de darme  
este juego más cuidado.

D. BER. ¿Por qué?

D. JU. Porque estoy picado  
y he de querer desquitarme.

FIN DE LA PRIMERA JORNADA DE LA

FAMOSA COMEDIA DE

LAS PERDIDAS DEL QUE JUEGA

~~~~~

JORNADA SEGUNDA  
DE LA FÁMOSA COMEDIA DE

LAS PERDIDAS DEL QUE JUEGA

(Salen HERNANDO y GUZMÁN.)

- GUZ. El don, Bernardo, merece  
cualquiera buena amistad,  
que es amable su bondad,  
según a mí me parece,  
y fué el traerle consigo  
bien hecho.
- HER. Eso no sé yo  
si fué bien hecho o si no,  
Guzmán, que siempre un amigo  
de aquellos comilitones  
se acredita de leal  
con ahorros de caudal  
cercenario las raciones.  
Bien puede hacerle don Juan  
cuantos favores quisiere,  
que como a mí no me altere  
mis doce cuartos y un pan,  
no diré esta boca es mía,  
porque en llegando a lo vivo  
de la muquición recibo  
notable melancolía.  
Y es que me parece a mí  
que es una pobre ración  
el dedo del sabañón  
que todo le topa allí.
- GUZ. Antes don Bernardo ha dado  
muestras de ser dadivoso,  
espléndido y generoso.  
Después que corre el cuidado  
de la casa por su cuenta,  
cuanto le falta previene,  
en que se ve que no tiene  
la inclinación avarienta.
- HER. El no es tahir y jugó,  
pues dejad que se resuelva  
segunda vez y que vuelva,  
que entonces le temo yo.
- GUZ. De suerte se ha introducido  
su temor en su escarmiento,  
que no sólo el juramento  
que tiene hecho ha cumplido,  
mas sobre hacerle mirar  
le he visto tan descompuesto  
que parece que le han puesto  
en los naipes rejalgas.
- HER. Una vez decir oí  
que un jugador despechado,

- después de juramentado,  
se fué al infierno, y allí,  
viendo cuán ocioso estaba  
en tan eterno trabajo,  
dijo volviendo hacia abajo  
la caldera en que penaba:  
«Señoras almas: ¿qué hacemos?  
Ya que por jugar venimos  
algunas que aquí afligimos,  
vengan naipes y pintemos.»
- GUZ. Buen garito.
- HER. De verano,  
pesadumbres y calor.
- GUZ. ¿Y jugaban?
- HER. El dolor;  
que éste le tienen en vano  
tahures de almas difuntas  
y sería en su dinero  
la mano del garitero  
en garfio de cinco puntas.
- GUZ. Muchos mirones habría.
- HER. Tiénelos allá encerrados  
los demonios ya cansados  
de su enfado y grosería.
- GUZ. Estarían renegando.
- HER. Poco en eso se desvelan,  
porque aun allí se consuelan  
con sólo estar deseando  
que paren cuartas y quintas  
y que nunca de seis baje  
la suerte y sirva de encaje  
por que corran más las pintas.
- (Sale DON BERNARDO.)
- D. BER. Huélgome de haber oído  
cuanto has dicho. No haya miedo,  
Hernando, que si yo puedo  
vuelva a lo mismo que he sido.
- HER. Señor...
- D. BER. Sin disgusto estoy,  
no tienes de qué turbarte,  
lo que has dicho he de premiarte  
con un doblón que te doy.  
Que sin duda el fiel ordena  
que para más desengaño  
escuche mi propio daño  
tan bien dicho de boca ajena.
- HER. Sólo de manos tan francas  
pude esperar tal favor.  
Más años vivas, señor,  
que un privilegio en Simancas.
- D. BER. Mirad si ese paño es bueno  
que saco para vestiros,

que no quiero reduciros  
a enfados de gusto ajeno.  
Guz. Peregrino es el color,  
ya debe de estar sacado.  
D. BER. Eso fuera haberos dado  
muestras también de mi error  
que si sacado estuviera  
siendo ya fuerza el ponerlos  
los vestidos que han de haceros  
necia la pregunta fuera.

Siempre fue ignorante medio  
de torpes legisladores  
al consultar los errores  
cuando no tienen remedio.

Guz. No sólo en respuesta tal  
has mostrado tu nobleza,  
pero ya de tu agudeza  
das evidente señal.

Porque el indicio mayor  
de que un hombre tiene agrado  
es consultarle al criado  
la voluntad del señor.

Quien sirve, al gusto ha de andar  
de su dueño, y no es razón  
menos que con su opinión  
elegir ni reprobear.

Y así, como él se contente  
del precio y de la color,  
yo también digo, señor,  
que me parece excelente.

*(Sale DON JUAN, vistiéndose.)*

D. BER. Buenos días os dé Dios.

D. JU. Bien lo madrugáis a fe.  
A las siete recordé,  
y preguntando por vos  
andabais ya en el lugar.

D. BER. Los pobres para vivir  
sólo han menester dormir  
lo que basta descansar.

Que sólo el que ve nacer  
del sol la luz soberana  
halla capaz la mañana  
de cuanto tiene que hacer.

Un filósofo decía  
que duerme un hombre engañado  
después de haber recordado  
la primera luz del día.

y el mucho dormir entiendo  
que es la traición que al vivir  
hace un hombre si es morir  
lo que se viene durmiendo.

D. JU. Yo pienso que el no jugar  
es en vos filosofía.

D. BER. Jugando yo sólo hacía  
discursos para buscar  
más dineros que perder,  
y ahora que busco el modo  
de vivir, reparo en todo  
y vivo para saber.

A cuatro ducados queda  
este paño concertado.

D. JU. El color es extremado  
y el paño como una seda.  
¿Paréceos que será bueno  
que lo saquemos tan fino?

D. BER. No sólo así lo imagino;  
pero lo demás condeno.

Que cuando sea más basto  
lo deslucе la apariencia  
y es mucha la diferencia  
y poco menos el gasto.

Cuando no son excusados,  
mientras que sois poderoso  
mostrando en ser generoso,  
don Juan, con vuestros criados;

y así no os podrá ofender  
con decir el maldiciente  
que les dais escasamente  
aquello que han menester.

HER. Habló con brava eficacia,  
y que ha buscado imagino  
el verdadero camino  
de conservarse en mi gracia.

D. JU. Dueña es vuestra voluntad  
de mi gusto y de mi hacienda,  
sin que ninguno os defienda  
el modo y la cantidad.

D. BER. Tenéis un esclavo en mí,  
y haber nacido quisiera  
con vida que no tuviera  
jurisdicción de por sí;  
que en desearlo me fundo  
por hacer una de dos  
que la viviédeses vos  
aunque yo faltase al mundo.

HER. Notable encarecimiento.  
Guz. Es, Hernando, bien nacido  
y se halla agradecido  
y con buen entendimiento.

*(Sale un PAJE.)*

PAJ. Ya, señor, he trasladado  
el memorial.

D. BER. Muestra a ver.

Como dijisteis ayer  
cuando veníades del Prado  
que será justo pedir  
la encomienda que tenía  
vuestro padre y que sería  
acertado el escribir  
para el Rey un memorial,  
éste hice como quien  
sabe sus servicios bien  
y vuestro gusto.

D. JU.                   Inmortal  
                              seréis por bien obligado.

La vida que deseáis  
para mí ya me la dais  
con excusarme el cuidado.

Guz.                   El amigo verdadero  
es aquel que se desvela  
sin engaño y sin cautela  
en sólo buscar primero  
el aumento de su amigo,  
olvidando, en su amistad,  
su propia comodidad.

HER.                   Así lo pienso y lo digo;  
                              porque los demás, hermano,  
que pican en la opinión  
y se desaparecen, son  
abejorros del verano.

D. JU.                   Esperaos todos allá. (*Vanse.*)  
Don Bernardo: en la hermosura  
de doña Leonor me ha muerto  
aquel sol de dos pedazos  
en poca parte de cielo;  
aquel mundo reducido  
a lo inmortal de su imperio;  
gobernada tiranía  
de la juventud del tiempo,  
aquella deidad humana  
que sobre abismos de fuego  
imperando majestades  
martiriza atrevimientos;  
aquella por quien mi vida  
padece en tan breve tiempo  
que cierra, de avergonzada,  
los ojos al sentimiento,  
y, finalmente, aquel ángel  
que con blando movimiento  
fué inteligencia divina  
en la esfera de mi pecho.  
Pienso que para infundir  
alma nueva en mis deseos  
en su belleza inspiraron  
boca y ojos, luz y aliento.  
Tan muerto de amores vivo,

que mi espíritu sospecho  
que sin alma se ha quedado  
a padecer en el cuerpo.  
Esta noche no he dormido;  
pero qué mucho si tengo  
un amor de tantas veras  
por despertador del sueño;  
una fe sin confianza,  
una desdicha sin premio,  
una confusión con alma  
y una esperanza sin cuerpo.  
Si ardientes suspiros míos  
no son rayos, por lo menos  
ya nacen de esfera mía  
y cumplen con parecerlo;  
a menos fuego se inclinan;  
que exhalaciones de un pecho  
al principio del amor  
son cometas del deseo.  
Apenas llegué a mirar  
su hermosura, padeciendo  
cuando oyó fácil disculpa  
mi pena en mi entendimiento.  
Que nunca, a mi parecer,  
es el amor verdadero  
si en un alma bien dispuesta  
se imprime a fuerza del tiempo.  
Mucho quisiera abstenerme  
de las llamas de este incendio;  
pero si no puedo más,  
¿cómo es posible hacer menos?  
Pedídsela para mí  
hoy a su padre, advirtiéndole  
que en seguras calidades  
la cantidad es lo mismo  
y que en su hacienda renuncio  
cualquiera acción y derecho;  
que poco estima sus dichas  
quien las reduce a dinero,  
y, a ser posibles en mí  
la potestad y el deseo,  
la dotara en tantas almas  
como tengo pensamientos.  
Allaná dificultades,  
ya rogando, ya pidiendo;  
que no es bien que gloria tanta  
se alcance con muchos ruegos;  
y el intento conseguido  
todos los cuatro tendremos:  
don Pedro, gusto; ella, esposo;  
yo, quietud, y vos, contento.

D. BER.               Tal es vuestra inclinación  
y la parte que yo tengo

en tan discreta elección,  
que a poner en ella vengo  
el gusto y el corazón.

Su dote y su calidad,  
hermosura, ingenio, edad,  
virtud y recogimiento,  
aprobando vuestro intento,  
disculpar la voluntad.

(*Salga GUZMÁN.*)

GUZ. Aquella mujer que a mí  
noticia de vos me dió  
estando malo está aquí.

D. BER. ¿Búscame?

GUZ. Pienso que no.

D. JU. ¿Quiere hablarme?

GUZ. Señor, sí.

Y yo también imagino,  
según lo que determino,  
que alguna necesidad,  
en fe de tu caridad,  
es el fin de su camino.

D. JU. Mil gracias al cielo doy,  
que tan venturoso soy  
que en mí remediau sus penas  
necesidades ajenas.

D. BER. Para que os hable me voy.

A tal estado algún día  
llegué, que ella, con ser pobre,  
piadosa, me socorría,  
y aquí es fuerza que nos sobre  
o su vergüenza o la mía;  
y pretendo, recatado,  
dar lugar a su cuidado,  
que nadie imagino yo  
que sin vergüenza pidió  
adonde saben que ha dado.

D. JU. Dile que entre.

D. BER. Sólo os pido  
que, en su piedad advertido...

D. JU. Lo que queréis decir sé.  
Claro está que pagaré  
la que con vos ha tenido.

(*Entra DOÑA MARÍA.*)

D.<sup>a</sup> MA. ¡Qué avergonzada que llego!

D. JU. Qué cortos que da los pasos;  
que en el vergonzoso fuego  
de su rostro muestra escasos  
el camino y el sosiego.

Mal daréis vuestra embajada  
tan confusa y recatada.

D.<sup>a</sup> MA. No os espante mi temor,

que vengo a pedir, señor,  
a quien no me debe nada.

Señor don Juan; advertida  
de que siempre halló acogida  
en vuestra piedad cristiana  
cualquiera miseria humana;  
confiada, aunque afligida,  
a vuestros pies he llegado.  
Preso está un hermano mío  
y a muerte ya sentenciado,  
y yo tal, que desconfío  
del remedio en mi cuidado.

Un hombre mató riendo  
cuerpo a cuerpo, y sólo entiendo  
que la parte interesada,  
de algún dinero obligada  
perdonara, concediendo  
el deseado perdón  
a su vida y mi quietud.

D. JU. Que se agradezca es razón  
en tan hidalga virtud,  
tan noble satisfacción.

Ese hermoso parecer  
bien informa de su ser,  
porque en Madrid esa cara  
presto a su costa comprara  
el dejar de padecer.

Y vuestro valor condena  
el honor que se enajena  
de sí, pues tendréis y dais,  
y sois tal que conserváis  
con el pedir el ser buena.

Crédito abierto tenéis  
en mi hacienda; bien podéis  
pedir lo que de vos quiere  
la parte, que lo que fuere  
en oro lo llevaréis.

D.<sup>a</sup> MA. Dejad que os bese, señor,  
los pies.

D. JU. Mirad que es error  
que tan humilde os mostréis  
cuando a vos misma os debéis  
la obligación y el favor.

Id con Dios y no perdáis  
tiempo si es que procuráis  
que no llegue el perdón tarde.

D.<sup>a</sup> MA. Mil años el cielo os guarde. (*Vase.*)

D. BER. Lindamente despacháis.

D. JU. En su hermoso rostro veo  
un cielo cifrado y creo  
que si aquí más estuviera,  
siendo tal que se atreviera  
a su virtud mi deseo.



Y no quiero dar lugar  
a que pueda profanar  
el templo de su belleza  
una atrevida flaqueza  
por un fácil desear.

D. BER. Siempre en todo habéis mostrado  
que para el ser generoso  
de vos mismo estáis premiado;  
que el que da vanaglorioso  
da por que sepan que ha dado.

Y el dar para que después  
lo sepan todos, no es  
grandeza, porque en razón  
desdice a la inclinación  
esa parte de interés.

Y en vos aun pudo faltar  
el hacerlo desear;  
de más que se ha de inferir  
que está cerca de pedir  
quien se detiene en el dar.

(Dentro.)

Ya la limosna se ha dado  
por junto, señor soldado.  
¿Qué es eso?

D. J U.

(Salgan HERNANDO y GUZMÁN.)

HER. Un hombre atrevido  
que de Flandes ha venido,  
según dice, estropeado.

Tan de rondón quiere entrar  
a pedir y a vocear  
sin esperar ni sufrir,  
que con entrar a pedir  
parece que viene a dar.

Porque trae así una mano  
de un balazo luterano  
piensa que trae su pobreza  
un juro puesto en cabeza  
de todo el género humano.

Si a Su Majestad sirvió  
y el brazo le estropeó  
su poca ventura allí,  
¿hemos de pagarle aquí  
lo que en Flandes peleó?

Acuda a palacio y dele  
voces a Su Majestad,  
si es que la mano le duele,  
y si no a la caridad  
de San Jerónimo apele,

que aquí sólo ha de gritar  
quien se cansa de servir  
y se harta de esperar.

D. J U. A nadie se ha de impedir  
la puerta en queriendo entrar.

Dale, Guzmán, cien reales.

HER. Por amor de Dios, Guzmán,  
que no se los déis cabales.

(Sale un PAJE.)

PAJ. Dos caballeros están  
a nuestros mismos umbrales  
en un coche.

D. J U. Convidado  
estoy; comed vos y haced  
lo que os tengo suplicado.

D. BER. Idos con Dios, y creed  
que os he de haber negociado  
hoy en todo el día el sí.

D. J U. Esas dos letras decí,  
que en mi rostro las ponéis,  
pues ya con ellas tendréis  
un seguro esclavo en mí. (Vanse.)

(Salgan DOÑA LEONOR, TEODORA y DOÑA JUANA.)

D.<sup>a</sup> LEO. De suerte me han afligido  
las cosas que me has contado  
que en un año te han pasado,  
Teodora, con tu marido,  
que si pendiente estuviera  
la humana generación  
de mí y fuera obligación  
que yo la mano le diera  
a un jugador, que faltara  
no dudes, Teodora mía,  
a esta mortal monarquía  
aunque el mundo se acabara.  
Casarme bien o morir.

D.<sup>a</sup> J U. Extraño encarecimiento.  
LEO. Notable aborrecimiento  
pudieras, prima, decir.

El ardid más importante  
de la guerra es el echar  
por la tierra o por la mar  
alguna copia delante  
a sólo reconocer;  
y así, yo casé primero  
a Teodora porque quiero  
examinar y saber  
los peligros deste estado,  
del matrimonio, batalla  
en quien remedio no halla  
un error ejecutado.

Porque en esta civil guerra  
menos, si un fácil vicario  
dispensa, dura el contrario  
para dar con él en tierra.

Y supuesto que me advierte  
claramente el desengaño  
que está de tan grave daño  
sólo el remedio en la muerte,  
¿para qué he de persuadirme  
a un engañoso interés  
donde no importa después  
quejarme ni arrepentirme?

D.<sup>a</sup> JU. Nunca acertó quien ignora,  
y también, para no errar,  
ceniza pienso tomar  
en las penas de Teodora.

Que mi error sería injusto  
habiendo en pena tan fiera  
visto ya la calavera  
de un casamiento a disgusto.

TEO. Menos un fiero dolor  
de costado viene a ser  
que el casarse una mujer  
con un hombre jugador.

Antes otra vez me alogue;  
pudiera a temblar ahora  
del miedo apostar, señora,  
con las minas del azogue.

Cien espíritus malignos  
son legión menos cruel  
que el repartido cartel  
de «aquí venden naipes finos»,

Si en el infierno no fuera  
tan de balde el dar posadas  
y estuvieran rotuladas,  
ésta la tablilla fuera.

Si algún consuelo he tenido  
de todo lo que he pasado,  
es haberos avisado  
de lo que yo he padecido.

D.<sup>a</sup> LEO. De mi parte yo te fío  
que nunca has de ver, si puedo,  
las estampas de tu miedo  
en los temblores del mío.

D.<sup>a</sup> JUA. Lo mismo de parte mía  
te juro.

TEO. Lluevan rigores  
sobre esos hombres traidores  
que juegan el sol del día.

D.<sup>a</sup> JUA. ¡Qué lindo marido hiciera  
don Juan!

LEO. Si no es que te ha dado  
jurisdicción mi cuidado  
para hablar de esa manera,  
transformada estás en mí,  
supuesto, prima, que creo

que el alma de mi deseo  
formó esa razón en ti.

Con ese sí que sería  
dichosa si me casara,  
aunque también me informara  
si juega; que no tendría  
seguridad su virtud  
en conociendo este vicio;  
demás de que es fuerte indicio  
para temer su inquietud.

(Sale DON PEDRO.)

D. PE. Resolver, hija, contigo  
ahora quiero lo que ya  
te he propuesto, porque está  
tan quebradiza conmigo  
mi salud, que por momentos  
temo que mis ya cansados  
años dejen malogrados  
tu quietud y mis intentos.

Dos iguales pretendientes  
en hacienda y calidad  
te piden tu voluntad.

Podrá, sin inconvenientes,

en qué poder reparar,  
elegir y aun escoger,  
si es que en los dos puede haber  
cosa que poder dejar.

Entre muchos que han pedido  
tu sí y tu mano éstos son  
de tan igual opinión  
en Madrid, que no he sabido

determinarme a elegir  
a fin sólo de no errar  
y darte en dos más lugar  
en que poder discurrir

Cada uno de ellos tiene,  
para que mejor se entienda,  
la calidad y la hacienda  
que en esta memoria viene.

(Dale un papel.)

Y yo, por que a mi poder  
no le haga resistencia  
tu siempre humilde obediencia,  
te quiero dar a escoger.

LEO. Tanto fundo mi nobleza  
en agradarte y creerte,  
que hago del obedecerte  
segunda naturaleza.

Nada es justo que te niegue,  
y si algo, señor, te pido,  
es que me des un marido  
tan prudente que no juegue.

Mientras pudieres ahora  
toma ejemplo en lo que pasa,  
si no quieres que a tu casa  
me vuelva, como Teodora.

Que ejecutado el intento,  
podré culparte, señor,  
de cometer este error  
a vista del escarmiento.

Y si replico ha de ser  
por excusarte una culpa  
donde es la mayor disculpa  
el callar y el padecer.

D. PE. ¿Tú, al fin, no has de replicar  
en no siendo jugador  
uno de éstos?

I.º EO. No, señor.

D. PE. Pues volveréme a informar,  
supuesto que fácilmente  
puedo hacerlo. Espera aquí. (*Vase.*)

LEO. Con esto tendrás en mí  
siempre una esclava obediente.

D.ª JUA. Con lo que hace ha probado  
tu gusto.

TEO. Tal has andado  
que parece que has pasado  
la misma vida que yo.

(*Sale DON BERNARDO.*)

D. BER. Por excusaros, señora,  
la novedad que os haría  
el decir que yo tenía  
cosa en que hablaros ahora,  
con un recado, he querido  
llegar a vuestra presencia  
antes de pedir licencia,  
disculpado aunque atrevido.

Don Juan Ribera de Andrada  
por mí a pedir os envía  
a vuestro padre, y sería  
resolución mal fundada  
el hablarle sin saber  
de lo que habéis de gustar,  
que si a él toca el aprobar,  
a vos sola resolver.

De la virtud y valor  
de don Juan el informar  
pienso que puedo excusar  
si es que lo dice mejor  
la común y general  
voz del pueblo y yo también,  
que nunca nadie habló bien  
de ninguno que obra mal;  
y sólo sé encarecer

que es generoso y prudente,  
rico en el dar solamente,  
pero pobre en el tener.

TEO. No se te olvide, señora,  
lo del juego.

LEON. Claro está,  
mucho me dicen que da.

D. BER. Si el sol, hijo del aurora,  
llegara a ser monarquía  
de este gallardo español,  
por dar los rayos del sol  
dejara sin luz al día.

D.ª LEO. Notable encarecimiento.

D. BER. Antes falta en su alabanza  
todo aquello que no alcanza  
mi rústico entendimiento.

Porque aunque sus partes veo  
y he podido conocellas  
sólo podré encarecellas  
con la parte del deseo.

TEO. Lo del juego.

D.ª LEO. A no tener  
esta falta universal,  
en todos tan general,  
bien se pudieran creer  
sus partes de su virtud.

D. BER. ¿Qué falta?

D.ª LEO. La que en Madrid  
es espía y adalid  
contra la mayor quietud;  
que aunque en él puede caber  
el jugar y el ser prudente,  
con tal vicio fácilmente  
podrá dejarlo de ser.

D. BER. Señora: en toda su vida  
puede decir hombre humano  
que ha visto naípe en su mano.  
Y en virtud tan conocida,  
si no es maliciosamente,  
nadie informar ha podido  
en culpas que no ha tenido.  
El tahur, el imprudente  
y el poco considerado  
solamente he sido yo;  
pero ya el tiempo me dió  
el remedio que he tomado.  
cuando, imprudente, jugué,  
todo el crédito perdí,  
la virtud desconocí  
y el tiempo desperdicié.

Y viéndome convencido  
de mi daño, hice, señora,

- juramento, y voy ahora restaurando lo perdido.
- D.<sup>a</sup> JUA. En que lo cumpláis está el remedio.
- D. BER. Es desengaño con evidencias del daño y es fuerza el cumplirlo ya.
- D.<sup>a</sup> LEO. Por la parte de don Juan me aseguráis, en efeto...
- D. BER. En un hombre tan discreto nunca los intentos dan ocasión al vencimiento de los vicios. Si algún día constare, señora mía, que yo, apasionado, miento, no sólo quiero haber sido cómplice en aqueste error, pero quedar por traidor, falso, aleve y fementido; porque fundado en razón no hay engaño si se ordena sobre confianza ajena que no venga a ser traición.
- D.<sup>a</sup> LEO. Mi padre viene. A que vos me pidáis estoy dispuesta, que un gusto y una respuesta habéis de hallar en los dos.
- (Sale DON PEDRO.)
- D. PED. Si a otro gusto no te mides será imposible el hallar un hombre en todo el lugar con las partes que le pides. Mozo, noble y poderoso en Madrid y que no juegue es pedir al sol que niegue su siempre esplendor hermoso; y, finalmente, imposible me ha parecido, Leonor, el hallarle.
- D.<sup>a</sup> LEO. A mí, señor, me ha parecido posible. Rico, mozo y principal hay en Madrid caballero con las partes que le quiero.
- D. PE. ¿Y qué importa que sea tal como tú dices, Leonor, si ése no te pide a ti?
- D.<sup>a</sup> LEO. También me pretende a mí para su esposa, señor.
- D. PE. Que digas su nombre aguardo.
- D.<sup>a</sup> LEO. En este sí que hallarás

lo que pido, y lo demás diga el señor don Bernardo.

(Vanse las tres.)

- D. BER. Don Juan Ribera de Andrada, a quien vos...
- D. PED. ¿Pídeme a mí a mi hija?
- D. BER. Señor, sí.
- D. PE. Pues ya viene aquí sobrada la intención en el decir que si me pide a Leonor el ser él es lo mejor para poder persuadir. De mi hija, honor, hacienda, vida, voluntad y ser puede desde hoy disponer como él mismo lo pretenda; que en virtud tan conocida imposible será hallar mi dicha mayor lugar si fuese eterna mi vida. Suplícoos que le digáis, pues por él habéis venido, la fe que habéis conocido en el sí que le lleváis. Que lo disponga a su modo, que sólo me toca a mí el obedecer aquí lo que él ordenare en todo.
- D. BER. Esa respuesta, señor, le daré, vanaglorioso, a don Juan.
- D. PE. Con tal esposo dichosa será Leonor, y en mí, a pesar de los años de mi sangre helada y fría, en un Jordán de alegría volverán atrás mis años.
- (Vanse. Salen DON JUAN, GUZMÁN y HERNANDO.)
- GUZ. No puede, a mi parecer, tardar mucho don Bernardo.
- D. JUAN. Sí tardará, que le aguardo con deseo de saber. ¿Qué te parece, Guzmán, de Tello, el primo del Conde?
- GUZ. Que en su valor corresponde a la opinión que le dan, con su prudencia y quietud, en su sangre y en su honor, pues lo que es culpa, señor, aun parece en él virtud. Con tanta prudencia juega

y con tanto sufrimiento,  
que al natural sentimiento  
de sus pérdidas se niega.

El es talur en bonanza,  
mar en leche y sin tormenta.

HER. No es posible que no sienta.

GUZ. Siente, sin hacer mudanza,  
medido con un compás,  
en el ganar y el perder.

HER. Para con Dios suelen ser  
esos los que gruñen más;  
que en el azar o el encuentro  
callando hacen mayores  
sus rabias, que hay gruñidores  
hacia la parte de adentro;  
que, como peligro hallan  
en lo que quieren decir,  
mascan lo que han de gruñir  
y es lo peor lo que callan.

GUZ. No es el otro tan prudente;  
todo lo ofende y le topa.

HER. Es colérico de estopa;  
llamaradas solamente.

Haga, el que no puede más,  
pasaje a su sentimiento,  
pues no hay ningún mandamiento  
que diga: «no rabiars».

Demás de que para nada  
son buenas en vuestra vida  
una pena de reñida  
y una cólera ma cada.

D. BER. Por no perturbar aquí  
la propiedad de los dos  
no os pido albricias por Dios,  
pedídmelas vos a mí;

pues sois, don Juan, tan dichoso  
que hoy, como no dilatéis  
vuestro gusto, ser podréis  
de doña Leonor esposo.

De suerte se conformaron  
hija y padre en las razones  
que de los dos corazones  
las letras del «sí» formaron.

Y con los ojos mostraban,  
según a entender me dieran,  
que de lo que concedieron  
nació lo que deseaban.

Vuestra es ya doña Leonor.

D. JU. Y vuestra también mi vida  
y desta gloria adquirida  
vuestra la parte mayor.

Mi hacienda, mi calidad,  
mi ser, mi honor, mi quietud

es vuestra, que a tal virtud,  
tal valor y tal bondad

estoy tan reconocido  
que si el alma hacer pudiera  
sacrificio, el alma os diera  
justamente agradecido

Todo sucede este día,  
don Bernardo, en mi favor:  
la fortuna y el amor  
están hoy de parte mía.

Después de haber acabado  
de comer los que me hicieron  
el barquete, me pidieron  
que juzga e y he jugado.

Por vos y por mí jugué,  
y en un pensamiento allí,  
sin ver suerte contra mí  
mil escudos les gané.

Dale, Guzmán, los quinientos  
a don Bernardo.

GUZ. Aquí están (1).

D. BER. Vos, al fin, habéis, don Juan,  
jugado ya.

D. JU. Mis intentos  
carecen de la intención  
y el estilo y proceder  
de otros que llegan a ser  
tahures de corazón.

Parecióme que sería  
mostrarme corto en los modos  
si no hiciera lo que todos  
con agrado y cortesía.

Los extremos son viciosos  
y tal vez tiene una culpa  
agradecida disculpa  
en los hombres virtuosos.

Y al fin gané, si he jugado.  
D. BER. Eso es lo que yo he sentido,  
que lo que hoy habéis perdido  
es sólo el haber ganado.

El cebo más verdadero  
con que empieza a disponerse  
un hombre para perderse  
es siempre ganar primero.

¿Nunca habéis visto un traidor  
que por no dar a entender  
el daño que quiere hacer  
empieza lisonjeador

(1) Los 46 versos que anteceden faltan el ms. de Mus. Brit.; pero, aunque tachados, están en la Biblioteca Nac. y son necesarios para la inteligencia del texto.

a divertir y a engañar?  
Así los principios son  
de esta inquieta perdición:  
dulce siempre al empezar.

Los que empezaron perdiendo  
se escogen escarmentando;  
pero los que entran ganando  
se incitan apeteciendo.

Y en fe de que no jugáis,  
por lo que le he dicho yo,  
el sí que traigo me dió  
doña Leonor.

D. JU. Vos culpáis

sin causa el error de un día.

D. BER. Muy mal me habéis entendido.  
No siento el que habéis tenido,  
sino el que nacer podría.

Sólo de haber empezado.

(Sale un PAJE.)

PAJ. Los que jugaron te envían (1)  
el coche.

D. JU. De mí confían  
supuesto que han esperado.  
Palabra di de volver,  
y es fuerza hacerlo.

D. BER. Esto es hecho.  
Por el camino derecho  
os vais, don Juan, a perder.

D. JU. Ser descortés no sería  
justo.

D. BER. A muchos, por su mal,  
los tiene en el hospital  
en Madrid la cortesía.

En servir a los señores  
y obedecellos es justo;  
mas no cuando de su gusto  
se siguen nuestros errores.

D. JU. Mil escudos les gané.  
Cuando no pueda excusar  
el venirme sin jugar  
perder la mitad podré  
de lo mismo que he ganado.

D. BER. En eso a decir me atrevo  
que no sabéis, como nuevo,  
lo que es un hombre picado.

D. JU. Venid conmigo.

D. BER. Eso, no.  
Yo juré que no he de entrar

adonde vea jugar  
y he de cumplirlo.

D. JU. Pues yo

les dije que volvería  
y he de volver, que no quiero  
que el temor de mi dinero  
me obligue a una grosería.

D. BER. Luego el dinero pensáis  
que sólo habéis de perder.  
Eso es también no saber  
los peligros que lleváis.

Disculpa, si no se enmienda,  
tendrá el que llegue a pensar  
que sólo puede parar  
sus pérdidas en su hacienda.

Esta es siempre la menor  
de las que asidas están  
al ser del alma, don Juan,  
en los hombres de valor.

D. JU. Mal decís, y perdonad  
si esto os contradigo a vos.  
Quedad en paz.

D. BER. Id con Dios.  
Y pues vuestra voluntad  
a mi consejo se niega,  
vos veréis en la ocasión  
cuán diferentes que son  
las pérdidas del que juega.

*Finis.*

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA DE LA  
FAMOSA COMEDIA DE  
LAS PERDIDAS DEL QUE JUEGA



TERCERA JORNADA DE  
LAS PERDIDAS DEL QUE JUEGA

(Salen DON BERNARDO y GUZMÁN.)

D. BER. ¿Qué es esto, Guzmán?

GUZ. Señor:

dar principio a sus desdichas  
y fin a nuestra esperanza.  
Por más dineros me envía.  
Los que consejos no admiten  
ni experiencias comunican  
engañados se resuelven  
y perdidos se lastiman.

D. BER. Nunca el convite aceptara,  
donde fué su cortesía

(1) En el ms. tachado: «El marqués y el conde invían.»

Guz.

rejalgar para el honor  
y para el crédito acibar.  
Cuatro mil escudos pierde,  
y es lo peor que porfía  
a desquitarse perdiendo;  
que esta es la mayor desdicha.  
Volvió a la conversación,  
y aunque dijo que volvía  
sólo a cumplir su palabra,  
fueron tantas las caricias,  
las lisonjas, los halagos,  
los ruegos y las porfías,  
que le hicieron olvidar  
la fe con que pronosticas  
de su detenida culpa  
las ya dobladas ruinas  
que de lo quitado a un vicio  
en el mayor se desquita;  
conspirados se mostraron  
en su daño hasta la silla  
que dejó cuando se vino  
con esperarle vacía.  
Quinientos escudos de oro  
de los mil que yo tenía  
fueron breve duración  
de una encartada de pintas.  
Perdiólos, y parecióle  
desairada cobardía  
rendirse a corta distancia  
estando tan a la vista  
cómo, en opinión de rico,  
a la del caudal le tiran;  
que en esto el más aleutado  
cree que menos desperdicia.  
Tomó el naípe y uno dijo,  
«a cuarenta y ciento en pinta»,  
si bien, a mi parecer,  
porque pensó que no había.  
Pero don Juan, mi señor,  
no tanto por la codicia  
como por no desdecir  
su natural gallardía,  
dijo: «¡a ciento!», y perdió quince.  
Conque ya tiene adquirida  
la causa para él picarse,  
para él perder la desdicha.  
Y como leal criado  
te suplico que prosigas  
los amigables consejos  
con que del daño le avisas;  
que yo, obediente a tu gusto,  
hoy haré de parte mía  
dilatada mi tardanza

D. BER.

o la nave perdediza.  
En eso se echa a deber,  
que no tienes conocidas  
las pérdidas del que juega.  
Otras hay que están asidas  
tanto más a la opinión,  
al alma, al ser, a la vida,  
al respeto y la virtud  
pues se premia de sí misma,  
que es la de dinero siempre  
la menor, si la codicia  
le deja al entendimiento  
una razón discursiva.  
Ya le di, con mi experiencia,  
consejos en que podía  
conocer de un noble pecho  
una voluntad sencilla.  
Entra y lleva lo que pide,  
que mal remedio sería  
no hacerlo si tiene ya  
el crédito y la porfía.

Guz.

D. BER.

Sí habrá de parar en esto.  
No, Guzmán, que siempre miran  
los principios de este año  
al fin de muchas desdichas.

HER.

A todo pobre señor,

(Vase GUZMÁN y sale HERNANDO.)

desengaño desde agora.  
Quien viniere aquí a pedir  
ya no tiene a qué venir  
si el tiempo no se mejora.

Mi amo pierde, en verdad,  
una muy gran cantidad;  
y pocas veces creo yo  
que adonde Billán entró (1)  
no salió la caridad.

D. BER.

¿Pues eso?

HER.

Pobres despido;  
desesperación, primera  
de un hombre, cuando ha perdido  
mi amo, que no debiera,  
de la ocasión persuadido.

Que hoy ha de perder espero  
toda su hacienda y honor,  
si es ya el honor el dinero.

D. BER.

¿Que pierde?

HER.

Pierde, señor  
en pensallo desespero,  
diez mil escudos son ya,

(1) Otras veces se escribe Vilhán o Villán, el que se supone inventor de los naipes.

y viendo que tal está  
que las suertes se le niegan  
a «Moja la olla» juegan  
sobre quién lo acabará.

Que un tahir con desconcierto,  
rico que empieza a perder,  
juntamente viene a ser  
hecho un árbol descubierto  
que como claros están

los ojos de tu dinero,  
pican a «puto el postrero»  
los pájaros de Billán.

D. BER. Esas pérdidas, Hernando,  
que dices que allá está haciendo  
las vas aquí acreditando  
de tu parte despidiendo  
a los que están esperando.

El bien que les ha de hacer,  
y tú con menos poder  
ahora lo solicitas

supuesto, que aquí le quitas  
las causas del merecer.

Los que has despedido llama,  
que no es bien que donde estoy  
padezca en su buena fama  
su opinión.

HER. Volando voy. (*Vase.*)

D. BER. El amigo que desaima  
de su amigo la opinión,  
no lo es, porque en razón  
las amistades unidas  
siempre han de obrar en dos vidas  
por un mismo corazón.

(*Sale GUZMÁN.*)

GUZ. Yo voy.

D. BER. Espera, que invía  
por más dinero don Juan.

GUZ. Acabóse. Este es el día  
de su perdición.

D. BER. Guzmán;  
válganos la industria mía.

GUZ. Pues, señor, dispón el modo,  
que ya he dicho yo que en todo  
has de ser obedecido.

(*Sale HERNANDO.*)

HER. Los pobres se han acogido,  
la caridad dió en el lodo.

Una mujer que llegó  
cuando coronista yo  
informaba de esta gracia,  
me advirtió de su desgracia  
con un suspiro que dió.

«¿Cómo—dijo—me dará  
lo que yo vengo a pedir  
quien tan perdidoso está?»  
D. BER. Lo que más debo sentir  
eso es solamente ya.

Porque esa mujer entiendo  
que es la que a mí me amparó  
cuando estaba padeciendo,  
y, naturalmente, yo  
de sus desdichas me ofendo.

Que en un hombre bien nacido  
como en bronce está esculpido  
cualquiera bien que recibe  
y con justa causa vive  
inferior y agradecido.

A don Juan sacar pretendo  
de donde está.

HER. Sí, que entiendo  
que lo están crucificando.  
¡Y plegue a Dios...!

D. BER. Basta, Hernando

HER. Un título.

D. BER. Ya lo entiendo,  
y tú en aquesos errores  
calla, aunque no los ignores,  
supuesto que es discreción  
tratar con moderación  
las culpas de los señores.

Que pues el cielo les dió  
de primera magnitud  
lo que no nos concedió,  
respetarlos es virtud,  
y así pienso hacerlo yo.

Siempre nos ha de exceder  
su grandeza y su poder,  
de donde se ha de inferir  
que no podemos decir  
lo que ellos pueden hacer.

HER. Unos naipes que cogí  
lo dirán.

D. BER. ¿Son éstos?

HER. Sí.

D. BER. Veamos. Aquí hay traición;  
pero está puesto en razón  
el disimular aquí.

Porque si ha de resultar  
mayor daño del ganar  
lo que yo puedo callar,  
menos pérdida es perder  
que reñir por no pagar.

HER. Indicios, señor, me has dado  
de que ese naipé está hecho  
con sólo haberle guardado.



D. BER. Malicias son de tu pecho,  
pero no de mi cuidado.  
Tú has de decir a don Juan,  
Hernando, que estoy herido,  
y si sale, tú, Guzmán,  
pagar lo que él ha perdido.  
GUZ. Muy confiados están  
tus pensamientos, señor.  
D. BER. Juzgo en medio de su error  
un natural ajustado  
y el tendrá, aunque esté picado,  
muy a la vista el honor,  
y así, puedo asegurar  
lo que he dicho sin dudar.  
HER. Diez mil. escudos espero.  
GUZ. Voy a llevarle el dinero.  
HER. Yo a sacarle.  
D. BER. Yo a esperar.

(Vase y salgan DOÑA JUANA, DOÑA LEONOR  
y TEODORA.)

D.<sup>a</sup> JU. No he visto tal dilación  
en hombre que ha deseado.  
D.<sup>a</sup> LEO. Júzgase en la posesión  
y así con menos cuidado  
se dispone en la intención.  
Confiado nadie creo  
que duró en su devaneo;  
de donde vengo a sacar  
que el temor de no alcanzar  
es el gusto del deseo.  
Apenas don Juan vería  
conquistado y fácil ya  
lo mismo que él pretendía,  
cuando con un «bien está»  
helado suspendería  
sus acciones; pero yo  
en la dichosa ventura  
que el cielo con él me dió  
vivo contenta y segura  
suspéndase el tiempo o no.  
D.<sup>a</sup> JU. Justísimamente, prima,  
tu amor alaba y estima  
las partes de tal esposo,  
porque no es tan generoso  
el sol que engendra y anima  
varias piedras y metales  
como la justa opinión  
de valor y prendas tales.  
TEO. Yo imagino, y con razón,  
que si los cetros reales  
y las coronas se dieran  
por elección, que eligieran

a don Juan y a ti, señora;  
por él también desde ahora  
Reina del mundo te hiciera.

D.<sup>a</sup> JU. Mucho más lo ha encarecido  
Teodora.

D.<sup>a</sup> LEO. De este vestido  
desde mañana eres dueño,  
y perdona el tan pequeño...  
TEO. Siempre tus manos han sido  
una cifra general  
de tu condición real,  
un remedio a mi pobreza  
y una natural grandeza  
de tu amor y tu caudal.

D.<sup>a</sup> LEO. Tanto has llegado a saber,  
obligar y agradecer,  
Teodora, en tu buen agrado  
que más de lo que te he dado  
es lo que quedo a deber.

Cincuenta escudos te mando,  
y si vas exagerando  
como yo voy ofreciendo  
dádivas iré añadiendo  
sólo por irte pagando.

TEO. Que sea, señora mía,  
ruego a Dios, en compañía  
de tu esposo verdadero,  
cualquiera tiempo ligero  
y corto el más largo día.

Que las noches desecéis  
y que el alba aborrezcáis,  
que juntos no suspiréis,  
que un mismo aliento viváis  
y que las almas juntéis.

(Sale DON PEDRO.)

D. PE. Baja, Teodora, al portal  
una poca de agua presto,  
si es remedio natural  
al desmayo descompuesto  
de un retrato celestial.

Una mujer ha caído  
con algún mal que ha tenido,  
sin sentido, a nuestra puerta.

D.<sup>a</sup> LEO. ¡Ay, señor, si estará muerta!

D. PE. No, hija; desmayo ha sido.

D.<sup>a</sup> LEO. Haz que la suban acá.  
así el cielo, prima, aumente  
tu salud.

D.<sup>a</sup> JU. Así se hará. (Vase.)

D.<sup>a</sup> LEO. Siento compasivamente,  
cualquiera pena me da  
dolor propio en causa ajena.

D. PE. Eso nace de ser buena;  
que sin natural piedad  
no hay segura voluntad,  
que la demás fe condena.

Mil parabienes me han dado  
del nuevo esposo, Leonor,  
que tu suerte te ha buscado.

D.<sup>a</sup> LEO. ¿Cuándo tú en nada, señor,  
de lo que has hecho has errado?

D. PE. A ti la elección primera  
se te debe.

D.<sup>a</sup> LEO. Así es verdad.  
Pero si tu gusto fuera  
contrario a mi voluntad,  
claro está que no lo hiciera.

Que aunque es verdad que nací  
con libre jurisdicción,  
para enajenarme a mí  
también debo, y con razón,  
darte en todo gusto a ti.

D. PE. Siempre, hija, en tu prudencia  
con igual correspondencia  
hallaron mis pensamientos  
y mi edad y mis intentos  
un Jordán en tu obediencia.

Haz componer esta cosa:  
«Sepa hoy Madrid que se casa  
la hija más obediente  
con el hombre más prudente.»

(*Salen DOÑA MARÍA, con manto, DOÑA JUANA  
y TEODORA.*)

D.<sup>a</sup> JU. Aquí entretanto que posa  
este mal que os enajena,  
que vos estaréis mejor.

D.<sup>a</sup> MA. Sin duda que el cielo ordena  
que halle en vuestro favor  
el consuelo de mi pena.

D. PE. En este silla podéis  
sentaros y descansar.

D.<sup>a</sup> MA. Con la merced que me hacéis  
yo señor podré excusar  
de sentarme.

D. PE. Que os sentéis  
os pido.

D.<sup>a</sup> MA. Sería error  
hallándome bien así.

D.<sup>a</sup> LEO. Qué buena cara, señor.

D. PE. Y honesta, que para mí  
es la hermosura mayor.

D.<sup>a</sup> LEO. ¿Procedió el desmayo ahora  
de enfermedad?

D.<sup>a</sup> MA. No, señora;  
de mis penas ha nacido.

LEO. Pocas veces ha tenido  
remedio el mal que se ignora.

A tan buen tiempo llegáis  
que todo el gusto y placer  
en la casa donde estáis  
y que aquí hacéis podrá ser  
el consuelo que buscáis.

D.<sup>a</sup> MA. Yo soy infelice hermana  
de aquel hombre desdichado  
a quien en edad temprana  
bien la muerte se ha ensañado  
su suerte impía y tirana.

Al campo a reñir salió,  
y por que ya en el lugar  
es, público a quien mató;  
el decir podrá excusar  
la muerte aunque el daño no.

Viendo, pues, que ya no había  
más remedio que el perdón  
de la parte, y que sería  
dañosa la dilación,  
resuelta de parte mía,

de un caballero fié  
la desventura en que estoy.  
Piedad y valor hallé.

¿Pero qué importa, si soy  
desgraciada y no acerté

con ser el más generoso,  
espléndido y dadivoso  
que hace en su voluntad  
limosnas sin vanidad  
sólo por ser virtuoso?

Tiene tanta fuerza en mí  
la desdicha en que nací,  
que ya contra mí cuidado  
su mismo ser ha mudado,  
y degenera de sí.

Díjome que concertara  
el perdón y le avisara.

Pero quién pensara, ay Dios,  
que estaba ya entre los dos,  
opuesta mi suerte avara.

Cuando ya alcanzado estaba  
el perdón que deseaba  
y pendientes mis cuidados  
de cuatrocientos ducados,  
que era el precio que costaba,  
el caballero, señores,  
que con piadosos favores  
a mi quietud se inclinó,  
hoy, contra mi dicha, dió  
principio a nuevos errores.

Jugando queda, perdiendo,

diez mil escudos y viendo  
que quien juega pierde así  
no me lia de valer a mí  
considerando y sintiendo

mis penas, tan afligida  
venía que la caída  
de un desmayo quiso dar  
a vuestra piedad lugar  
y breve fin a mi vida.

D.<sup>a</sup> LEO. De nuevo vuelvo señor  
a darle a mi buena suerte  
mil gracias por tal favor,  
que antes fuera de la muerte  
que de un hombre jugador.

¿En qué palabra ha de ser  
constante quien aventura  
el crédito de su ser,  
y qué promesa hay segura  
en el que llega a perder

la paciencia y el candal?  
Otra vez, y con razón,  
a mi corazón leal  
la justa resolución  
alabo.

D.<sup>a</sup> JU. Y yo en causa tal  
que has hecho vuelvo a decir  
el más ajustado empleo  
que un alma pudo adquirir.  
TEO. Que excuses mil penas creo.

D. PE. Y hoy vendrá, a mi parecer,  
tu esposo a darte la mano,  
que aunque tarda, quiere hacer,  
como rico cortesano,  
ostentación del poder.

Suspended, por vida mía,  
el llanto y el sentimiento,  
que aunque es con causa podría  
ser general, y lo siento

como propia, es cortesía  
fiar de mí alguna parte  
del remedio.

D.<sup>a</sup> MA. Así es verdad.

Mas, ¿cómo no ha de obligarte  
si no sola tu bondad?

No me atrevo a suplicar  
lo que por ella pudiera,  
que pedir sin obligar  
es un necio confiar  
quien sin méritos espera.

D.<sup>a</sup> LEO. De mi parte os pido yo  
que os consoléis, que el que os dió  
esperanzas ser podrá

que haya desquitado ya  
la pérdida en que quedó.

D. PE. ¿Quién el caballero fué?

D.<sup>a</sup> MA. Ya que importa, os lo diré.

D.<sup>a</sup> LE. Nunca mi don Juan lo hiciera.

D. PE. ¿Quién es?

D.<sup>a</sup> MA. Don Juan de Rivera.

D.<sup>a</sup> JU. ¡Bueno es esto!

TEO. ¡Bueno a fe!

D. PE. Espera. ¿Qué es lo que dices?

D.<sup>a</sup> MA. Justo será que autorices  
las nuevas de su inquietud  
en fe de tanta virtud;  
pero son tan infelices

mis deseos, por mi mal,  
aunque su prudencia es tal  
que si mi bien se fundara  
en el sol, del sol faltara  
aun al curso natural.

D.<sup>a</sup> LE. Si no es que está esta mujer  
fuera de sí todavía,  
yo soy muerta. ¿Qué he de hacer?

D.<sup>a</sup> JU. Desdichas son, prima mía,  
posibles de suceder.

No hay sino tener paciencia  
y echar por otro lugar  
sin hacerle resistencia  
al vicio.

D. PE. En los que han de errar,  
poco importa la prudencia.

¿Qué don Juan decís?

D.<sup>a</sup> MA. Don Juan,  
señor, de Rivera;  
el virtuoso, el galán  
y el bienquisto.

D. PE. El jugador  
también añadir podrán  
si en esa flaqueza ha dado.

D.<sup>a</sup> MA. ¿Qué es esto?

TEO. Haberos quejado  
de muy desgraciada en todo  
y echar con eso en el lodo  
la boda y el desposado.

D.<sup>a</sup> MA. Si yo, señores, supiera...

D. LE. Antes ha sido intenciones  
mío propio; que peor fuera  
que lo supiera después,  
cuando remedio no hubiera.

D. PE. Solos aquí nos dejad  
y vos afuera esperad,  
que antes que salgáis de aquí  
ha de hallar remedio en mí  
tan justa necesidad.

- D.<sup>a</sup> MA. De vuestras manos, señor,  
está pendiente mi vida.
- TEO. Aunque el vuestro no fué error,  
la boda está convertida  
por vos en puro dolor. (*Vanse.*)
- D.<sup>a</sup> LE. Por fe estoy mirando ahora  
en la vida de Teodora  
lo que ha de pasar la mía,  
y sin disculpa sería  
si mi suerte se empeora.  
Y no me he de aventurar  
a desdichas que después  
no he de poder remediar.
- D. PE. ¿Y del mudarse no ves  
que no hay disculpa que dar?
- D.<sup>a</sup> LE. Don Bernardo me engañó,  
y con referirle yo  
la culpa que él ha tenido,  
echará de ver que ha sido  
la misma causa que dió.
- D. PE. Advierte que no es razón  
tener con un caballero  
tan fácil resolución  
sin calificar primero  
su culpa en una ocasión.  
No hay ninguno tan medido  
que no se olvide de sí;  
el que es siempre distraído  
viciosamente, ese sí  
que debe ser excluido.  
De plazo tienes el día  
en que estás, resuelve el caso;  
que yo, Leonor, no querría  
que dijese que te caso  
con superior tiranía.  
Por tu cuenta ha de correr  
tu mal o tu bien, Leonor;  
y así, no quiero tener  
parte alguna en el error  
en que tú has de padecer.
- D.<sup>a</sup> LE. Como padre me aconsejas,  
libre el gusto y la intención,  
excusando en mi elección  
lo culpable de mis quejas.  
En las dudas que poseo  
de este ya dudoso empleo  
hoy resolveré mi gusto.
- D. PE. Considera lo más justo.
- D.<sup>a</sup> LE. Eso es lo que más deseo. (*Vanse.*)

(*Salen HERNANDO y DON BERNARDO.*)

- D. BER. ¿Sale?
- HER. Ya la purga obró,

sabe Dios lo que me pesa.  
Dejó, enojado, en la mesa  
el naipe y se levantó.

- D. BER. ¿Sale solo?
- HER. Tus razones  
no hay discurso en que no puedan;  
con los gananciosos quedan  
repuntados los mirones.  
Apenas Guzinán echó  
sobre la tabla el dinero  
cuando todo tahir huero,  
en éxtasis se quedó;  
que un baldío singular  
hecho arraquila y despojos  
tiene virtud en los ojos  
de suspenderse y chupar.  
Y así, en aquesta conquista  
pienso, señor, que hay mirón  
que debilita un doblón  
con el sudor de la vista.  
El sale y dará tras mí  
en conociendo el engaño.
- D. BER. Di el remedio de su daño.
- HER. Belcebú, que espere aquí. (*Vase.*)
- D. BER. ¿Dónde tan de prisa vais?

(*Sale DON JUAN.*)

- D. JU. ¿Es don Bernardo?
- D. BER. Yo soy.
- D. JU. ¿Qué tenéis?
- D. BER. Herido estoy.
- D. JU. ¿Pues cómo o por qué tardáis  
en decirme quién ha sido  
el ofensor, cuando yo  
la misma herida que os dió  
en el alma la he sentido?  
Hablad. ¿De qué os suspendéis?  
Ya con lengua detenida  
sin duda con vuestra herida  
matarme a mí pretendéis.
- D. BER. Advertid en lo que os digo:  
la herida a vos os la han dado  
y de ella he participado,  
si es que es otro yo mi amigo.  
Herido estáis, y de suerte  
que a no os sacar mi prudencia  
a este tiempo, en la pendencia  
viérais, don Juan, vuestra muerte.  
Ya en el mundo es el caudal  
parte de la vida humana,  
y a sí la herida inhumana  
que os dieron fuera mortal,  
si no os remediara yo

en sacaros por engaño  
de la traición y del daño  
que la ocasión os buscó.

D. J U.        Habladme claro, o diré  
que pretende vuestro intento  
quitarme el entendimiento,  
porque no os entiendo y sé  
que por enigmas habláis.  
¿Qué herida es esta o qué muerte?  
Dadme a entender de qué suerte  
me han herido y me libráis,  
que yo confieso que os debo  
la vida que en vos se puso;  
pero el dejarme confuso  
será matarme de nuevo.

D. B E R.        Cuando los males, don Juan,  
remediados son mayores  
y han de crecer sus errores,  
mejor sin remedio están.

Quédese en su ser el daño,  
que yo sé que ha de crecer  
y que os habéis de perder  
a vista del desengaño.

Y mucho decir pudiera  
del caso y los que os hirieron,  
pues la espada con que os dieron  
traigo yo en la faltriquera.

D. J U.        Más confusión.

D. B E R.        Ahora bien;

declarar la enigma quiero  
si vos como caballero  
me dais palabra también

de que no habéis de tratar  
de la venganza ofendido,  
que en daros por entendido  
el daño se ha de aumentar.

D. J U.        Mi fe y mi palabra os doy  
de no exceder vuestro gusto,  
si no es que ofendido estoy  
en el honor.

D. B E R.        Si eso fuera,  
tened de mí confianza  
que intentara la venganza  
primero que os lo dijera.

Los que con vos han jugado,  
los que os han herido son,  
y ésta, en aquesta ocasión,  
la espada con que os han dado.

*(Saca los naipes.)*

Y no os parezca rigor  
poderos ésta matar,  
que para sólo acabar  
con vos está de mayor,

que ya barajéis, se parta,  
o se descomponga o no,  
véis aquí que siempre yo  
levanto por una carta. [modo

Y aunque hay, don Juan, en el  
circunstancias que advertiros,  
para sólo persuadiros  
en esto os lo he dicho todo.

D. J U.        ¡Vive Dios!

D. B E R.        Lo que yo os pido  
no es, don Juan, que os enojéis,  
sino que no os olvidéis  
de lo que habéis prometido.

D. J U.        ¿Quién imaginar pudiera  
en hombres tan principales,  
don Bernardo, infamias tales?

D. B E R.        Yo os lo diré; quien tuviera  
mi experiencia os lo diría:  
en Madrid ya es calidad  
el hacer habilidad  
y ciencia a la fullería.

Pero si ya escarmentado  
lo dejáis, a decir vuelvo,  
y aun me afirmo y me resuelvo,  
en que vos habéis ganado.

Y con el tiempo veréis  
a esta pérdida, don Juan,  
los que seguido se han  
y lo que os digo creeréis.

*(Salen RODRIGO y BOLAÑOS, pobres; BOLAÑOS escu-  
piendo sangre.)*

ROD.        Ello fué bellaquería,  
Bolaños; pero os prometo  
que a más que esto está sujeto  
el que pide cada día.

BOI.        Los dientes se me despiden.  
No sois muy cristiano vos,  
pues a los pobres de Dios  
les dais así porque os piden.

D. B E R.        Escuchemos, que en los laderos  
no hay tan gustosa intención  
como en pendencias que son  
de pobres y verduleros.

BOI.        En aquel corro que allí  
estaba ocioso y parado  
llegué y con estilo usado,  
retórico, les pedí.

Pero a pedir acerté  
cuando un poeta decía  
un soneto que hecho había,  
y pienso que le estorbé.

Al postrer verso volvió  
la mano, y, sin decir nada,  
me cascó una bofetada  
que pienso que me aturdió.

ROD. Hoy, Bolaños, has nacido.  
¿Sacó daga?

BOL. No tenía.

ROD. Pues tu vida consistía  
sólo en no haberla tenido.  
Un poeta, con ser malo,  
le estorbé un día una octava  
y al cabo de un mes andabá  
buscándome con un palo.  
Para ellos no hay delito  
como es tomarle un turbión,  
porque hay verso Faraón  
al ruido de un mosquito.  
¿Qué haremos?

BOL. No sé, por Dios;  
el lugar está acabado.  
Ya dice el más congregado:  
«¿Por qué no trabajáis vos?»  
Y el de menos envoltorio  
dice, en arpón, «¡que galera!»,  
como si el pedirle fuera  
ganzúa de su escritorio.  
Todo buen tiempo se pasa.

ROD. Volvamos a ver si dan  
la limosna de don Juan.

BOL. Bercebú vuelva a esa casa.  
Hombre que trae en la gana  
diez mil escudos de daño,  
dos pobres y un ermitaño  
echará por la ventana.  
Para conmigo acabó;  
si él no propone la enmienda  
por su virtud, ni su hacienda  
trocaré la mía yo.  
A un sastre quiero avisar  
que tiene allá su dinero  
para que acuda primero  
que falte de qué cobrar;  
que en cosas del jugador  
si se detiene y aguarda  
menos cobra quien más tarda.

ROD. Duélanse del pecador  
sin piernas y atormentado.

BOL. Adolézcanse, señores,  
de la miseria y dolores  
de este tullido y llagado. (*Vansc.*)

D. BER. ¿Qué os parece del mendigo?

D. JU. ¡Buena opinión voy cobrando!

D. BER. Pues por aquí van entrando

las pérdidas que yo digo.

Siempre el descrédito empieza  
por la gente más vulgar,  
que son en deshonorar  
émulos de la nobleza.

¿Veis esto que aquí escucháis?  
En todo Madrid mañana  
no ha de haber criatura humana  
que no sepa que jugáis.

D. JU. Aunque siempre he conocido  
vuestra razón y mi culpa,  
esto sólo en mi disculpa  
me dejara convencido.

De mi aumento he de tratar,  
pues tan bien me convencisteis;  
este memorial que hicisteis  
tengo aquí y le quiero dar.

D. BER. ¿Ya, para qué? La encomienda  
está proveída ya.

D. JU. ¿Qué me decís?

D. BER. Dada está  
sin que nadie la defienda.

En que podáis, satisfecho,  
haber también conocido  
que el tiempo pérdida ha sido  
de las que vos habéis hecho;  
pues tiempo y reputación  
dicho está no es menester  
levantar ni encarecer  
cuán grandes pérdidas son.

(*Salga HERNANDO.*)

HER. ¿Hay tan graciosos temores?  
Si de buen humor estáis,  
vamos a casa y veréis  
un enjambre de acreedores.

A «punto el postre», señor,  
han acudido a cobrar,  
pensando que has de quebrar,  
el mercader, el pintor,  
el sastre y el zapatero  
y una legión, finalmente,  
de esta diabólica gente  
que se funda en su dinero.

No pudiera un escuadrón  
de Flandes amotinado  
por la paga haber entrado  
con tanta resolución.

D. BER. Yo lo creo. No hubo un día  
de los que jugué y perdí  
que no anduviesen tras mí  
aquellos a quien debía.

D. JU. ¿Qué he de hacer?

D. BER. Ir a pagar  
a los que están esperando,  
que solo calla en cobrando  
quien llega a desconfiar.

D. JU. Vamos, y a doña Leonor  
le iré a dar el sí de esposo,  
que este es sólo el fin dichoso  
de mi gusto y de mi honor.

Acabaránse con esto  
mis pérdidas, don Bernardo.

D. BER. Sí, si resuelto y gallardo  
a la enmienda estáis dispuesto.

Pero si otra vez os ciega  
este vicio no podrán,  
porque son muchas, don Juan,  
las pérdidas del que juega.

(Salen DOÑA LEONOR, DOÑA JUANA y TEODORA.)

D.<sup>a</sup> JUA Digo que a mí me parece  
no te debes resolver  
con tanta facilidad,  
demás de que tu crueldad  
dañosa me puede ser,  
pues don Bernardo es amigo  
de don Juan, y si él contigo  
se casa, también me ha dado  
indicios de su cuidado  
y se ha de casar conmigo.

(Sale DON PEDRO.)

D. PE. A saber vengo, Leonor,  
en qué estás resuelta ya.

D.<sup>a</sup> I.E. En no casarme, señor.  
La licencia que me da  
tu prudencia y tu valor  
es que pueda disponer  
de mí y así lo he de hacer.

D. PE. ¿En qué?

D.<sup>a</sup> I.E. Con no me casar.

D. PE. ¿Y qué disculpa has de dar?

D.<sup>a</sup> I.E. Basta la de no querer.

D. PE. ¿Soy tu padre?

D.<sup>a</sup> I.E. Sí, señor.

D. PE. Pues una de dos, Leonor:  
ya no hay otro casamiento,  
este ha de ser o un convento.

D.<sup>a</sup> I.E. Lo postrero es lo mejor.

Y para que no imagines  
que ya con la dilación  
miro a diferentes fines,  
a esforzar mi inclinación  
te suplico que te inclines.

Un convento me has de dar

adonde pueda acabar  
mi vida y no mi paciencia.

D. PE. El hacerle resistencia  
a un breve determinar  
es justo y así primero.

D.<sup>a</sup> I.E. Esto es, señor, lo que quiero,  
y confía de mi vida  
el no verme arrepentida.

D. PE. De tu condición lo espero.

Ahora bien, resuelto voy  
a prevenir un convento  
en que meterte. (*Vase.*)

D.<sup>a</sup> I.E. Aquí estoy.

TEO. A tu raro entendimiento  
nül alabanzas le doy.

(Salen DON JUAN, DON BERNARDO y HERNANDO.)

D. BER. Dejádme llegue primero  
si acaso os habéis turbado.

D. JU. No lo estoy; pero aquí espero.

D. BER. Señora.

D.<sup>a</sup> I.E. A quien me ha engañado  
una vez, no sólo quiero  
no escucharle; pero liciera  
mayor si posible fuera  
en esta culpa el castigo;  
que esto merece conmigo  
el que engaña y persevera.

D. BER. Señora.

D.<sup>a</sup> I.E. ¿Queréis que yo  
os escuche al que juró  
que no jugaba don Juan?  
Menor castigo le dan  
del que por sí mereció.

TEOD. Don Juan está allí, señora.

D.<sup>a</sup> I.E. Pues escuchemos agora  
desde aquí sus sentimiento.

D. JU. ¡Mal haya el entendimiento  
del que juega y se enamora!

D. BER. Esto más habéis perdido.

D. JU. Si estas pérdidas han sido  
las que yo hice impaciente,  
digo ya que cortamente  
las habéis encarecido.

¡Ay, don Bernardo! Ya estoy  
sin el ser que antes tenía!  
Ya he perdido cuanto soy  
y sólo por culpa mía;  
perdiendo mi vida voy.

Pero estadme agora atento  
y escuchadme un juramento  
porque hayamos entendido

yo lo poco que he sabido  
y vos lo mucho que siento.

Fulmine rayos el cielo  
contra mí hasta que en el suelo  
hecho ceniza me vean  
los que mi vida desean,  
o, por mayor desconsuelo,  
unas manos conjuradas  
rematen a puñaladas  
faltándole a mi intención  
la postrera absolución  
de otras que estén consagradas  
si eternamente hombre humano  
me viere, para jugar,  
tomar naipes en la mano.

D. BER. Eso es saber desquitar  
vuestras pérdidas. Hoy gano,  
decid, la mayor quietud  
que ha visto humana virtud,  
la más segura opinión  
y mejor reputación  
vista en tanta juventud.

D. JUAN. Sólo el corazón perdió  
cuanto el alma deseó.

D.<sup>a</sup> I.E. Eso no, que estoy aquí.  
Jugador te aborrecí,  
pero arrepentido, no.

(Sale DON PEDRO.)

D. PE. Ya, Leonor, será forzoso  
ejecutar esta tarde  
designio tan religioso.

D.<sup>a</sup> I.E. Ahora, señor, ya es tarde.

D. PE. ¿Por qué?

D.<sup>a</sup> I.E. Porque tengo esposo.

D. PE. ¿El señor don Juan será?

D.<sup>a</sup> JUA. ¿Quién lo duda? Claro está.

D. PE. Dime si es él.

D.<sup>a</sup> I.E. No, señor;  
porque aunque tiene valor,  
otro es mi marido ya.

D. J. U. ¿Pues cómo es esto, señora?

D.<sup>a</sup> I.E. Escuchad; sabréis ahora  
lo que no habéis entendido:  
Un hombre que, divertido,  
su mismo ser deshonora  
en este vicio infernal  
del juego, tan desigual,  
de sí mismo degenera,  
que es otro del que antes era,  
mudado del bien al mal.

Y ya tan otro ha quedado  
don Juan después que ha jurado

que en su vida ha de jugar,  
que os puedo yo asegurar  
que con otro me he casado.

D. J. U. Eso sí, señora mía.

Toda esa filosofía  
viene a parar en que soy  
vuestro esposo.

D.<sup>a</sup> I.E. El alma os doy.

D. J. U. Y yo a vos, de parte mía,  
palabra, alegre y contento,  
de cumplir mi juramento.

D. BER. Si por eso se ha casado  
don Juan, también yo he jurado  
y con el mismo escarmiento.

D.<sup>a</sup> JUA. Señor...

D. PE. Si es tu voluntad,  
el sí de las dos apruebo.

(Salga DOÑA MARÍA.)

D.<sup>a</sup> J. U. Vuestra soy.

D. BER. Con tal mitad,  
más de lo que yo le debo  
le pago a mi calidad.

D. PE. ¿Acaso habéis conocido  
la que está aquí?

D.<sup>a</sup> J. U. Sí, señor;  
y sé que se habrá sabido  
por creer el primer error,  
por quien yo culpado he sido.

Dos mil escudos le doy  
para el perdón de su hermano.

D.<sup>a</sup> MA. ¡Tu hechura y tu esclava soy!

D. J. U. Y yo el que con esta mano  
a vivir vuelve desde hoy.

D.<sup>a</sup> MA. Decir puedo que un desmayo  
de mis dichas fué el ensayo,  
pues ya asegurarlas puedo.

HER. Gracias a Dios que me quedo  
sin casar siendo lacayo.

D. J. U. Y pues ya el alma se entrega  
al gusto y al bien que llega  
con mis culpas confesadas,  
aquí acaben, perdonadas,  
*Las Pérdidas del que juega.*

FIN DE LA TERCERA JORNADA DE

LAS PERDIDAS DEL QUE JUEGA (1)

(1) En hoja aparte y de la misma letra de los dos primeros actos, dice: «La gran comedia de las | pérdidas del que juega. | 1633.»



# LA PIEDAD EJECUTADA

---

## COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

DEDICADA AL SEÑOR

DON GONZALO PEREZ DE VALENZUELA

DEL CONSEJO SUPREMO DE CASTILLA

---

Bien puedo pedir favor a vuestra merced para poner a la sombra de su protección esta historia sucedida a tan grandes caballeros, pues no por eso le obligo a que le dé a la causa. *Favor personae ad causam non porrigitur, l. ex pluribus, de administ. tutar.* El que vuestra merced siempre ha hecho con su divino entendimiento a mi ignorancia, añadió a la inclinación natural con que obliga (y, si se puede decir, fuerza) a cuantos le conocen y tratan, a inquirir entre mis escritos, caudal de la pobreza de mi ingenio, algún papel de los que en mi juventud salieron con algún aplauso en este género, no sin enviar primero testigos de mi atrevimiento, la voluntad al rostro, aunque se dé la ley, *qui exceptionem, que dispositio favorabilis aut odiosa judicatur, inspecta principali intentione disponentis.* Hallé la presente historia desta ilustrísima casa; y aunque se debía a sus heroicos sucesores, me pareció no darles lo que tienen, sino ponerla entre los blasones de tantas virtudes y letras, de tanta nobleza y cortesía; y si ella pudiera hacer otra elección fuera de sus dueños, se fuera de verso en verso, como de paso en paso, a poner en sus manos de vuestra merced. Cuanto contiene es un efecto de amor y un acto de piedad de que algunos no se dan por contentos; pero yo, mirando a las leyes de la Naturaleza y a las de la verdad, no pienso ocultarla por su reprehensión, sino animarme, sabiendo que *Mittus agitur cum lege, quam cum homini, l. Paulus de Praetor stipulat.* Que aunque es verdad que no merecen nombre

de coronistas los que escriben en verso, por la licencia que se les ha dado de exornar las fábulas con lo que fuere digno y verosímil, no por eso carecen de crédito las partes que le sirven a todo el poema de fundamento; pues porque Virgilio introdujese a Dido no dejó de ser verdad que Eneas pasó a Italia y que salió de Troya. Sócrates, por lo menos, iba con tan buen gusto a las comedias, que decía (y lo refiere Luis Vives, sobre el capítulo nono de la *Ciudad de Dios*, de San Agustín), «*Nam si mérito quidem reprehenderint, emendabimur, sin falso, tum illa nihil ad nos attingunt.*» Por ventura, porque siendo varón santísimo, le reprehendió Aristófanes envidiosamente en su fábula *Nebulonica*. De suerte que en los accidentes de deudo y sangre, ninguna relación ofende la claridad antigua, salva que pudiera excusar hablando con v. m., pues *Frustra exprimitur, quod tacite subintelligitur, l. iam dubitari.* Pues pudiera con más razón haber gastado estas disculpas en dar a tan grande ingenio, si no lo es que por no haberle hallado cosa igual, busque mi atrevimiento: pues dejando tantas insignes partes, pudiera decir mejor que se dijo por Baldo: «*Nemo (quod pune latuit) scivit: si iura Monarcham ferre queunt, tanto hic nomine dignus erit.*»

Dios guarde a v. m. como deseo. Su Capellán,

LOPE DE VEGA CARPIO.

## FIGURAS DE LA COMEDIA

DON FERNANDO DE QUIÑONES.  
ESTEBÁÑEZ.  
DON JUAN PIMENTEL.  
El CONDE DE BENAVENTE.  
La CONDESA.  
DOÑA ANA.  
MENDOZA, *paje*.  
BUSTAMANTE, *guarda-damas*.

DON DIEGO.  
DON FADRIQUE.  
FEDERICO, *secretario*.  
PEDRÓN, *lacayo*.  
LEONORA, *dama*.  
DON ESTEBAN, *viejo, padre de doña Ana*.  
Un GOBERNADOR.  
Un ESCRIBANO.

ALCINO.  
BELARDO.  
LEONATO.  
TISANDRO.  
LUCINDA.  
DOROTEA, *villanos*.  
RUIZ DE CASTRO.  
Dos CRIADOS.

## ACTO PRIMERO

(*Salen DON FERNANDO DE QUIÑONES, de camino, y ESTEBÁÑEZ, un hidalgo.*)

FER. No me pude dar más prisa.  
EST. Antes me parece extraña,  
en un mes de Italia a España.  
FER. Culpad a quien tarde avisa.  
No llegara por el viento  
un ave, así Dios me guarde,  
más presto; porque muy tarde  
me escribió su casamiento.  
En fin, habrá quince días;  
¿Qué, las fiestas se acabaron?  
EST. Por cierto, que se casaron  
con notables alegrías.  
Yo os prometo, a fe de hidalgo,  
que me cuesta a mí muy bien.  
FER. Yo os lo creo.  
EST. Siendo quien  
menos de su tierra valgo.  
Y con haber vos venido,  
renováronse las fiestas.  
FER. ¿Cómo fueron?  
EST. Fueron éstas,  
si me dais atento oído:

Colgadas de tapices y brocados  
las calles desta villa, más famosa  
por sus dueños del mundo celebrados,  
que la ciudad más grande y populosa.  
En sus ricas ventanas, trasladados  
los soles de la esfera luminosa;  
que las poblaban, en extremo bellas,  
hermosas damas, como al cielo estrellas.

La puerta, de epigramas adornada,  
jeroglíficos, armas y blasones,  
la divisa en un cuadro coronada,  
que junta Pimenteles y Quiñones,  
entró por ella vuestra hermana, honrada  
de tantos ilustrísimos varones,  
cuantos la bella España tiene ahora,  
a ser de Benavente gran señora..

Cómo fué en el palacio recibida,  
plumas, lenguas, colores y pinceles  
no lo podrán decir, cuando a esta vida  
volviese Homero, Cicerón y Apeles;  
la Primavera allí se vió vestida  
de lirios, azucenas y claveles;  
la India, con sus perlas, plata y oro,  
con más grandeza y con mayor tesoro.

Víase allí, con sus tapices, Flandes;  
Roma con sus pinturas; el Oriente  
con sus olores, aunque vuelvas y andes  
hasta el Jordán en su primera fuente;  
casa, en efecto, de tan grandes Grandes,  
como los Condes son de Benavente,  
y en día que mostrarse al mundo quiso  
India en riqueza, en flores Paraíso.

La música, la cena, la grandeza  
de las mesas, la plata, el aparato,  
curiosidad, olor, costa y limpieza,  
la diferencia de uno y otro plato,  
que fué con tan espléndida riqueza  
que sólo en esta cifra la dilato;  
Nunca de la que tuvo testimonio  
tan grande, dió Cleopatra a Marco Antonio.  
Aquella noche fué el sarao notable.

DON FERNANDO.

¿Hay damas?

ESTEBÁÑEZ.

Una trujo vuestra hermana,  
que parece a los hombres admirable,  
Venus al cielo, aurora a la mañana;  
crióla con su hija el Condestable.

DON FERNANDO.

¿Qué nombre tiene?

ESTEBÁÑEZ.

Idámase doña Ana.

DON FERNANDO.

¿Danzaría muy bien?

ESTEBÁÑEZ.

A su hermosura  
igualan su donaire y compostura.

Hubo un corro de toros; otro día  
salió don Juan.

DON FERNANDO.

¿Quién es?

ESTEBÁÑEZ.

Es el hermano  
del Conde.

DON FERNANDO.

Allá, en Italia, se decía  
que es don Juan un gallardo cortesano.

ESTEBÁÑEZ.

Muy hombre se mostró, por vida mía,  
con los rejonos que tomó en la mano,  
pues todos, porque desto lo presumas,  
se los dejó en la frente, como plumas.  
¿Qué diré de una lanza?

DON FERNANDO.

¿Qué, es tan bravo?

ESTEBÁÑEZ.

A lo menos, por junto a la espaldilla  
yo se la vi pasar del otro cabo,  
a un toro que crió Tajo en su orilla.  
Con esta fiesta, la del día acabo,  
que ya la noche, huyendo de la villa,  
con las hachas y luces con que ardía,  
se fué pensando que llegaba el día.  
Hubo un torneo, en que don Juan mantuvo.

DON FERNANDO.

En ése holgara yo, por Dios, de hallarme.

ESTEBÁÑEZ.

Igual ventura que en la plaza tuvo.

DON FERNANDO.

No te quieras causar de aficionarme.

ESTEBÁÑEZ.

Gallardo y fuerte en lá estacada estuvo;  
no pienso, don Fernando, que se arme  
caballero que a Marte se registre,  
que así la lanza allí, o en justa, enristre.  
Diéronle precios, con que salir pudo,  
galán, a la sortija de otro día.

DON FERNANDO.

De su valor estoy suspenso y mudo;  
con la misma ventura correría.  
Ya, Estebáñez, su amor con fuerte nudo  
en su amistad enlaza el alma mía.

ESTEBÁÑEZ.

Sois cuñados, y el deudo te ha obligado.

DON FERNANDO.

Harto más el valor que me has contado.

ESTEBÁÑEZ.

A la vista remito lo que queda,  
que él sale a recibiros, alegrando  
sus ojos.

DON FERNANDO.

El valor del padre hereda.

(Sale DON JUAN PIMENTEL.)

Señor don Juan.

DON JUAN.

Hermano don Fernando.

ESTEBÁÑEZ.

No tiene cosa en que humillar la rueda.

DON JUAN.

¿Cómo venís?

DON FERNANDO.

Hallaros deseando  
con la salud que os veo.

DON JUAN.

Yo estoy bueno,  
y de descos de serviros lleno.

DON FERNANDO.

¿El Conde, mi señor?

DON JUAN.

Está contento,  
y no menos que todos deseoso  
de haceros un alegre acogimiento.

DON FERNANDO.

Es príncipe, en efecto, generoso.  
¿Mi hermana?

DON JUAN.

Del camino, el sentimiento  
la ha tenido, que ha sido trabajoso.  
Algo indispuesta; pero, por mi vida,  
que le ha dado salud vuestra venida.  
¡Oh, Fernando, si al tiempo de las fiestas  
se hallara aquí vuestra persona!

DON FERNANDO.

Estando  
la vuestra en ellas, la del mismo Aquiles  
no hiciera falta.

ESTEBÁÑEZ.

Gran favor.

DON JUAN.

Pequeño,  
señor cuñado, a méritos tan grandes.

DON FERNANDO.

Si mi afición y el deudo que tenemos  
sufriera cumplimientos cortesanos,  
en alabanzas se gastara el día.  
A Estebáñez debéis las que a su boca  
estaba oyendo cuando aquí vinisteis;  
y aunque es verdad que yo venía de Italia,  
cuidadoso de ver vuestra persona,  
creció este gusto el mucho con que trata  
vuestros merecimientos.

DON JUAN.

Este hidalgo  
es de los buenos que a mi hermano sirven,  
y yo le sirvo a él porque es tan bueno.

ESTEBÁÑEZ.

Merced me hacéis y la recibo en todo.

DON FERNANDO.

Su relación, en fin, ha sido aumento  
de mi amor, y el haberos, don Juan, visto  
una imagen igual a mi deseo,  
yo os doy palabra que si muchos años  
hubiera esta amistad con vos tenido,  
no os pudiera querer con más extremo.

DON JUAN.

De mí, señor, podéis creer lo mismo;  
y en prueba de que quiero ser tan vuestro,  
que al amor de mi hermano os anticipe,  
y que no tenga amigo que os iguale,  
os doy aquesta mano, y liago en ella  
pleito homenaje de serviros siempre,  
de no tener amigo que más quiera  
y de serviros con la misma vida.

DON FERNANDO.

Haced cuenta que yo lo mismo he dicho,  
y de eterna amistad y fe inviolable  
a vuestra mano hago el mismo pleito.

ESTEBÁÑEZ.

Los Condes vienen.

DON FERNANDO.

Vengan en buen hora.

(Sale el CONDE, la CONDESA y acompañamiento.)

CONDESA.

Muy bien merece, por la nueva, albricias.

CONDE.

Yo la he tenido por extremo buena.

DON FERNANDO.

Deme los pies vuestra excelencia.

CONDE.

Hermano,  
seáis una y mil veces bien venido.

DON FERNANDO.

Y vos, señora, ¿no me dais los vuestros?

CONDESA.

Fernando mío, ¿venís bueno?

DON FERNANDO.

Vengo  
bueno, y estoy viéndoos tan buena,  
que no me queda cosa que desee  
de cuantas hasta agora he deseado.

CONDE.

Dejádnosle, señora, ver un poco;  
no os le queráis tener todo, de suerte  
que no nos quede nada de Fernando.

CONDESA.

El y yo, mi señor, somos hechura  
de vuestro gran valor.

CONDE.

Bésoos las manos.  
Por los favores que me hacéis, sospecho  
que el regocijo de tener presente  
al señor don Fernando de Quiñones,  
os hace liberal en este punto  
de los favores que me hacéis.

CONDESA.

Yo he sido  
la que de vos recibe esos favores.

DON FERNANDO.

Por no impedir amores tan bien dichos,  
no puedo agradecer lo que me toca.

CONDE.

Ahora bien, don Fernando habrá corrido  
con la incomodidad que hay en España;  
tratad de que descanse, y a la tarde,

don Juan le enseñará de nuestra villa  
las calles, que don Juan muy bien las sabe.

DON JUAN.

Yo haré, señor, que luego se aperciba,  
en que salga mi hermano don Fernando.

CONDESA.

Llegaos, Fernando, a mí, sed mi bracero.

DON FERNANDO.

Tanto favor...

CONDESA.

Llegaos.

DON FERNANDO.

Señora mía:  
decid al Conde, mi señor, que goce  
de vos mil años, que yo no he sabido,  
turbado con mirar a su excelencia.

CONDESA.

Que bien, Fernando, bien habéis andado,  
entrad agora, que vendréis cansado.

*(Vanse y quedan DON JUAN Y ESTEBÁÑEZ.)*

JUA. Con notable inclinación,  
de servirle estoy pensando  
las partes de don Fernando.

EST. Muy de caballero son.  
A fe que se luce en él  
la sangre de los Quiñones.

JUA. Qué bien compuestas razones.  
Aficionado estoy dél.

EST. Debíisle ese amor, por Dios,  
que por los ojos mostraba  
el contento que le daba  
de que tratase con vos.

JUA. Yo os juro que pienso ser  
grande amigo de Fernando.

EST. Su amor os está obligando,  
que lo mismo piensa hacer.

Huélgome yo de haber sido  
tercero desta amistad.

*(Sale MENDOZA, pajc.)*

MEN. En habiendo novedad,  
todo es andar divertido.

Habrá dos horas que ando  
en tu busca, por tu vida.

JUA. Perdónalo a la venida,  
Mendoza, de don Fernando.  
¿Qué traes?

MEN. Este papel

de la señora doña Ana  
que le escribió esta mañana,  
con mil favores en él.

No sé yo que si diez años  
la sirvieran tus porfías,  
hiciera lo que en diez días  
hizo amor con tus engaños.

Pero no le doy buen nombre,  
que no engaña con miralle  
un hombre de tan buen talle,  
tan valiente y gentilhombre.

Yo llegué en hora tan buena,  
que te escribió estos amores  
en el balcón de unas flores,  
con sus manos de azucena.

Corrido estaba el papel;  
corrido estaba el jazmín,  
de ver sus manos; en fin,  
escribe su pecho en él.

Y aunque las letras no vi,  
tantas colores mudó  
al tiempo que le escribió,  
que el alma le conocí.

JUA. Anda, necio, que serían,  
con sus muchos resplandores,  
las vislumbres de las flores  
que en el rostro le darían.

Pero si yo puedo ver  
lo que ha escrito, ¿qué temor  
me detiene?

MEN. Di, señor,  
¿éste puédelo saber?

JUA. Sí, Mendoza, que es persona  
de quien más aquesto fío.  
Comienzo.

MEN. Di.  
*(Lee.)* «Señor mío...»

Esto mi opinión abona.

A la fe que le entendí  
cuánto contiene esta suma,  
en el mover de la pluma.  
Acerté, Mendoza, fuí.

JUA. De persona ejercitada,  
fué destreza conocida,  
pues conociste la herida  
en el levantar la espada.

Déjame ver lo demás.  
«La ocupación tan precisa  
destos días, y la prisa...»  
Qué aprisa leyendo vas.

MEN. Bien parece que no eres  
amante contemplativo.  
Así leo y así escribo.

JUA.

MEN. Que se acabe presto quieres.  
 Lee despacio los renglones;  
 que para más devoción,  
 entre renglón y renglón  
 debe haber meditaciones.  
 Un galán dicen que había,  
 pienso que era portugués,  
 que en un papel leyó un mes,  
 que treinta líneas tenía.

JUA. A esa cuenta, en un renglón,  
 Mendoza, un día se estaba.

MEN. Este amante meditaba  
 en alta contemplación.

Pap. «Y la prisa que nos da  
 la Condesa, mi señora,  
 con haber venido ahora  
 su hermano.» ¿Va bien?

MEN. Bien va.

Pap. «Porque nos ha hecho hacer  
 cien camisas.»

MEN. ¡Santo Dios!  
 Mira si hay un cero.

JUA. Hay dos.

MEN. Tienda debe de poner.  
 Sin duda añadió aquel cero,  
 y que diez quiso decir.

JUA. ¿Qué va en esto?

MEN. Va mentir.

JUA. Déjame ver lo postrero.  
 «Me ha tenido sin lugar  
 para escribir; pero ahora  
 os digo...»

MEN. Dice os adora.

JUA. ¿Qué tenéis por adorar?  
 ¿Pensasteis que ese lenguaje  
 corría en Palacio?

MEN. Di,  
 que ya escucho.

JUA. Dice así:

MEN. Presto, porque no te ataje.

Pap. «...Que estoy muy agradecida  
 a la merced que me hacéis.»

JUA. Cielos, si aquesto entendéis  
 dadme mil siglos de vida,  
 en que quepa la esperanza  
 de tan notable favor.  
 Que bien de tanto valor,  
 cuando se espera, se alcanza.  
 No leo más, que la mitad  
 quiero para más despacio,  
 que bulle mucho Palacio  
 y le menester soledad.  
 Estebáñez, cierta cosa

tengo de tratar con vos.

EST. ¿Hay favores?

JUA. Sí, por Dios,  
 es doña Ana muy hermosa.  
 Toma, Mendoza, estos guantes.

MEN. ¡Cuerpo de Dios!, ¿esto das?

JUA. Para tenerlos no más;  
 majadero, no te espantes,  
 que es para sacar dinero  
 de la faltriquera.

MEN. Así,  
 vuelto me has, por Dios, en mí.  
 Parabienes darte quiero,  
 de que tengas que me dar.

JUA. Toma esos veinte doblones.

MEN. Tantos eran los renglones.  
 ¿Dónde vas?

JUA. A meditar.

(*Vanse y salga DON FERNANDO con una ropa y un  
 GUARDADAMAS con él.*)

GUA. Es muy bueno este aposento,  
 y tened a gran favor  
 de que el Conde, mi señor,  
 aquí os diese alojamiento.  
 Dormid la siesta a placer.

FER. ¿Habrá algún hombre que cante?

GUA. Iré yo por mi discante,  
 si os queréis entretener.

FER. ¿Sabéis cantar?

GUA. Mal pecado.  
 La voz no ayuda, que ya  
 algo decrepita está,  
 y canto desentonado.  
 Mas lo que es el menear  
 los dedos, soy un Jusquín.

FER. ¿Música sabéis al fin?

GUA. Mi parte puedo cantar,

FER. Id, por mi vida, y traed  
 la vilnuela.

GUA. Es extremada;  
 pero está desconcertada,  
 que es húmeda la pared,  
 donde la puse en un clavo.

FER. Eso se hará fácilmente.

GUA. Saltóse también la puente;  
 pero por buena os la alabo.  
 No hacen ierfes las colas  
 de los instrumentos ya.

FER. Traedla, buena estará.

GUA. Tiene dos clavijas solas;  
 pero las voces, por Dios,  
 que son como una trompeta

FER. Basta para ser perfecta  
que la hayáis tocado vos.

Traedla, y dejad razones.

GUA. Tenemos otro embarazo.

FER. ¿De qué suerte?

GUA. Que en el lazo  
hay un nido de ratones.

FER. No importa.

GUA. Si vos queréis,  
traeréla.

FER. Entrad a traella,  
que danzarán dentro della,  
en viendo que vos tañéis.

GUA. Bastará que tú lo mandes.

(*Vase el GUARDADAMAS.*)

FER. ¡Que esto en esta casa esté!  
Son un arca de Noé  
los palacios de los Grandes.

Ver unas dueñas antiguas,  
que parecen a los ojos,  
con sus monjiles autojos  
y rosarios, estantiguas.

Unos escuderos viejos  
del tiempo de Elisabad,  
hablando en su mocedad  
y dando a todos consejos.

Cuerdos, envidiosos, locos,  
callados, entremetidos,  
muchos de esperanza asidos,  
y siempre pagados pocos.

Todos quejosos, ninguno  
contento tan sólo un día,  
es la insufrible armonía  
deste instrumento importuno.

(*Sale DOÑA ANA con un azafate y una camisa doblada.*)

ANA. Aquí, mi señor, está  
la camisa. ¡Ay!, yo he tardado.  
¿Cómo no estáis acostado?

¿O levantado estáis ya?

¿Queréis que la deje aquí,  
o mandáismela volver?

¿Qué es lo que mandáis hacer?  
Decidme, señor, no o sí.

¿No merezco que me habléis?  
¡Válame Dios!, ¿qué tendrá?

Suspenso está, ¿qué será?

¿Tenéis algo? ¿Qué tenéis?

Alguna cosa dejáis,  
que os duele, en Italia, así.  
No os debéis de hallar aquí.  
En fin, señor, ¿no os halláis?

Es muy corta aquesta tierra;  
allá habrá más libertad.

Quien os hace soledad,  
¿es dama acaso, o la guerra?

Ahora bien, pues no merezco  
que me habléis, quedad con Dios.

FER. Teneos, teneos, que vos  
sois por lo que yo enmudezco.

ANA. ¿Yo, señor?

FER. Sí, mi señora,  
que por miraros no hablé.  
Que quien esa gloria ve,  
con el silencio la adora.

¿Quién mirara una pintura,  
que luego dijera buena,  
hasta ver si estaba ajena  
de imperfección su figura?

¿Quién viendo un libro dijera,  
sin leerle, bienes dél,  
aunque la cubierta dél  
de oro puro y letras fuera?

Yo os miré, y no responderos  
fué suspenderme en miraros,  
como a pintura en notaros  
y como a libro en leerlos.

Ahora que os vi y leí,  
hablaré en vuestra alabanza,  
si mi entendimiento alcanza,  
y yo no me pierdo en mí.

A Italia, Francia y a Flandes,  
Alemania, a Inglaterra  
he visto, ya en paz, ya en guerra,  
llenas de hermosuras grandes;

pero nunca me dé Dios  
vida, si deseo alguna,  
si he visto entre todas una  
que pueda igualarse a vos.

ANA. Creo que os burláis conmigo;  
pues mirad que habéis llegado  
donde ya no sois soldado.

FER. La verdad, señora, os digo.

Mayor fuisteis que la fama.

ANA. ¿Pues sabéis vos ya quién soy?

FER. ¿Quién, si no vos, puede ser  
quien mata con sólo el ver?

ANA. ¿Y muerto estáis?

FER. Muerto soy.

ANA. Mirad que estáis engañado  
en eso, como en pensar  
que os pudo ese hidalgo hablar  
en mí, puesto que es honrado,  
y la costumbre de quien  
lo es, suele encarecer

cualquiera indigna mujer,  
por hablar de todos bien.

FER. Si dais licencia que os nombre,  
sabed que os nombra mi oído,  
doña Ana, y que dió el sentido  
traslado al alma, del nombre.

Estáisos, y estáis en ella;  
no me lo neguéis, por Dios;  
porque quien no fuera vos,  
no pudiera ser tan bella.

Dejadme en esta ocasión  
gozar mil atrevimientos,  
que a veces los pensamientos,  
mayores que el tiempo son.

En este punto os amé;  
mas si con ellos le junto,  
creed que vale este punto  
por dos mil años de fe.

¿Queréis, supuesto que sea  
locura, y que de amor pase,  
que esa mano, aunque me abrase,  
en estos labios la vea?

ANA. ¡Ay, señor!, no lo digáis.

FER. Gran sed de esa mano siento.

ANA. Siendo vos rico avariento,  
como Lázaro os quejáis.

FER. Dejad que sólo la toque.

ANA. Vuesa merced bien me trate.

FER. ¡Oh!, mal haya el azafate.

ANA. ¿Que a tal mi mano os provoque?

Yo os juro de no venir  
sin guantes acá otra vez.

FER. Riguroso está el juez,  
mas que habemos de morir.

Pero en poco bien redundá  
de mi vida ese concierto,  
porque es habiéndome muerto,  
meter la flecha en la funda.

Dejad de tener guardada,  
mi bien, la mano homicida;  
porque después de la herida,  
¿qué importa envainar la espada?

Y en materia de besar  
la mano a cualquier mujer,  
¿qué agravio se puede hacer?

ANA. Tened, hablar sin llegar.

FER. Las reliquias que adoramos  
de los santos que tenemos,  
en el día que las vemos  
ese día las besamos.

ANA. Callasteis, para hablar mucho;  
mirad, porque estoy de prisa,  
dónde pondré la camisa.

(Sale el GUARDADAMAS con la vihuela.)

GUA. ¿Qué es esto que veo y escucho?

FER. Esta camisa será  
como la de Devanira,  
porque viene envuelta en ira,  
y al fin mi muerte será.

GUA. Tocó historia, juro a Dios.

ANA. Señor, el que viene aquí  
es nuestra guarda.

FER. ¡Ay de mí!

ANA. Mirad bien por mí y por vos.

Y en una palabra digo  
que si yo os agrado, fué  
porque de vos me agradé,  
desde que hablasteis conmigo.

Mucho he dicho, pero es poco  
para lo que merecéis.

FER. ¿Señora?

ANA. Escribir podéis.  
Quedad con Dios.

(Vase DOÑA ANA.)

FER. Quedo loco.

GUA. No era malo este discante  
para pasar esta fiesta.

FER. Qué buena camisa es ésta.

Tomad, señor Bustamante,  
y allí encima la poned.

GUA. Sordillo debéis de estar.

FER. ¿Hay tal helar y abrasar?

¿Tal desdén y tal merced?

GUA. ¿No queréis tañer agora,  
que estáis algo divertido?

FER. Buen discante habéis traído.

GUA. Mejor era la señora.

FER. ¿Qué señora?

GUA. Aquesta gaita  
que se va agora de aquí.

FER. ¿Quién?

GUA. Haceos niño; eso, sí.  
Estoy por deciros «taita.»

Yo juro a Nuestro Señor,  
que si otra vez entra acá  
la muy...

FER. Quedo, bueno está,  
que es eso mucho rigor.

La Condesa, mi señora,  
la mandó ser mi azafate.

GUA. ¿Díjolo?

FER. Sí.

GUA. Disparate:  
como yo soy turco agora.  
Ella, por la novedad,



se buscó aquesta ocasión  
de tener conversación,  
y juro a Dios que es verdad.

FER. No os enojéis, por mi vida.  
Diz que un mancebo tenéis  
muy honrado.

GUA. Bien podéis  
pensar que era bien nacida  
la madre que le parió.  
Que de mí no digo nada,  
que España está ya cansada  
de cantar quien me engendró.

Por Dios, que no es esto hablar;  
no es el Cid tan buen hidalgo.  
Bien que por mí poco valgo.  
Y aun aquí os puedo mostrar  
esta hoja, que he tenido  
cuatro veces en las manos,  
por ella, un doblón.

FER. Qué vanos  
son éstos.

GUA. Si sois servido,  
tentadle aquestos aceros.

FER. Mal año para un diamante.

Brava espada, Bustamante.

GUA. Un higo para Oliveros.

Fué de mi abuelo.

FER. Ese mozo  
me habéis de dar, si volviere  
a Flandes.

GUA. Aun si él le quiere,  
con mucho contento y gozo  
se le dará; mas, por Dios,  
que ya que grados tenía,  
clérigo hacerle quería.

FER. Pues hablémonos los dos,  
que yo sé que gustará  
de irse a la guerra conmigo.

GUA. Qué bueno es eso; yo os digo  
que a Constantinopla irá.

Desciende de los Cazorlas,  
como quien no dice nada.  
Tiene en el timbre una espada,  
y diez castillos por orlas.

FER. Que le engañe me conviene.  
(Sale MENDOZA.)

MEN. Don Juan, mi señor, aguarda;  
porque el entrar le acobarda,  
él mismo a veros no viene.

Allí queda apercebido,  
alborotando el zaguán,  
para vos, un alazán  
a ruedas blancas partido.

Y para él, un overo  
teñido de moscas negras.  
Cuánto de oirlo te alegras.  
Es don Juan gran caballero.

GUA. Poneos, señor Mendoza,  
un vestido que os dará  
Páez.

MEN. Dios te guarde; ya  
el contento me retoza.

(Vase DON FERNANDO.)

GUA. A la fe, para alcahuetes  
es el mundo Mendocica.

MEN. ¡Oh, cuánto la envidia os pica!

GUA. ¡Oh, vuelas con mil cohetes!

(Salen DON DIEGO y DON FADRIQUE.)

FAD. Y qué, ¿está ya tan prendada  
doña Ana deste don Juan?

DIE. Menos iguales están  
los dos cortes de la espada.

Y ha hecho amor de los dos,  
una contra mí tan fiera,  
que no habrá, para que muera,  
defensa fuera de vos.

FAD. Ya dije al Conde el suceso,  
como me lo habéis contado.

DIE. ¿Tomólo bien, o está airado?

FAD. De enojo ha perdido el seso.

Que aunque tiene calidad  
doña Ana, mientras no tiene  
hijos, mayor le conviene.

DIE. Vos me habéis hecho amistad,  
y de suerte, que tendré  
memoria toda la vida  
de la merced recibida.

FAD. Servir al Conde intenté,  
que según está don Juan,  
no duda que se casara  
con ella.

DIE. Eso es cosa clara:  
celos de muerte me dan.

Estaba con mi desdén  
contento, porque creía  
que doña Ana no quería  
a ningún nacido bien.

Pero cuando a mis enojos  
llegó el saber que estimaba  
otro hombre, y ví que miraba  
atentamente sus ojos,

no sé si estos desconsuelos  
los pudo la envidia hacer,  
aunque sí debió de ser,  
pues son sus hijos los celos;

que desde entonces estoy  
de suerte que hasta la vida  
juzgo cosa aborrecida.

FAD. Palabra, don Diego, os doy  
de que don Juan no la goce.

DIE. ¡Ay!, el cielo lo permita,  
si entre sus luces habita,  
quien penas de amor conoce.

(*Salen el CONDE y FEDERICO, secretario.*)

CON. ¿Enviástele a llamar?

FED. Ya fué un paje en busca suya.

CON. Desta furia amor se arguya,  
si sabes hacer pesar.

¿Estas honras hay en ti?

FED. No digas mal dél agora,  
que dirán que a mi señora  
no le tienes.

CON. Es así;

pero mi amor, Federico,  
es amor justo y honesto.

FAD. Todo el daño que hay en esto  
a la misma causa aplico.

Porque si quiere don Juan  
casarse, es honesto amor.

CON. Caballeros, en rigor  
con poca igualdad están;

aunque doña Ana es muy noble,  
pero don Juan es mi hermano.

FAD. ¡Oh, Príncipe soberano!  
el cielo tus años doble,  
pues hablas con tal templanza  
cuando tanto enojo tienes.

DIE. Bien aciertas, si previenes  
con el ausencia, mudanza.

Todo amor se templa en ella.  
Váyase don Juan de aquí.

CON. ¿Sábelo don Diego?

FAD. Sí.

DIE. Sí, señor.

CON. ¿Y de quién?

DIE. Della.

CON. ¿Cómo?

DIE. Alábase a criados  
de mi señora.

CON. Está bien.  
No he menester que me den  
testigos más abonados.

(*Sale DON JUAN con borceguies y acicates.*)

JUAN.

Acompañando a don Fernando iba,  
a quien el mundo todo acompañaba,

al tiempo que, señor, me dijo Oliva  
cómo vuestra excelencia me llamaba.  
¿En qué te sirvo?

CONDE.

¿Y él, no sube arriba?

JUAN.

En el patio me dijo que aguardaba.

CONDE.

Dejad por esta tarde la carrera,  
que otra más larga os llama y os espera.

JUAN.

¿Cómo, señor, ofrécese camino?

CONDE.

Sí se ofrece, don Juan; el Rey os llama  
por una carta que esta tarde vino,  
y que os quiere ocupar dice la fama.  
Que hoy salgáis de la villa determino;  
toda esta noche os servirá de cama  
la posta; aunque no hay humanas leyes  
más en razón que obedecer los Reyes.

JUAN.

¿No podré detenerme sólo un día?

CONDE.

Ni un hora sola, hermano, aunque os importe;  
porque es la voluntad del Rey y mía  
que estéis mañana dentro de la corte.

JUAN.

¿Has escrito?

CONDE.

Escribir poco quería.

JUAN.

La brevedad del tiempo te reporte.

CONDE.

Secretario, venid y escribiremos.

(*Vanse todos con el CONDE y salga DON FERNANDO.*)

JUAN.

¡Ay, cielos! ¡Ay de mí!

FERNANDO.

¿Pues qué tenemos?

JUAN.

No sé, Fernando, no sé qué te diga.

FERNANDO.

¿Qué tienes? ¿Qué te han dicho o qué te han hecho?

JUAN.

Destos infames fué concierto y liga; sí, por la santa cruz que traigo al pecho.

FERNANDO.

¿Estos? Pues no me estorbes, que los siga.

JUAN.

Detente, que es remedio sin provecho.

FERNANDO.

Matarélos, por Dios, bien me conoces.

JUAN.

Más me matas, Fernando, con tus voces.

FERNANDO.

Acaba de decirme lo que tienes.

JUAN.

Que me vaya a la corte manda el Conde, y yo sé que esto ha sido con engaño, porque dice que el Rey envía a llamarme, y yo sé bien que al Rey no se le acuerda de don Juan Pimentel en este punto, más que de las palabras que su boca dijo la vez primera.

FERNANDO.

¿Pues qué causa el Conde tiene tan urgente agora para arrojarte así de Benavente?

JUAN.

Ninguna, por Dios vivo, si por dicha no le han dicho estas sombras de palacio, estos paños franceses, estos ecos que llevan las palabras a los príncipes, así como resurten de la boca, que sirvo una mujer; mujer, Fernando, que fuera de tu hermana y mi señora, no la hay más noble aquí ni en medio mundo.

FERNANDO.

¿Pues qué ha temido el Conde?

JUAN.

Que me case.

FERNANDO.

Pues si es tu mal, ¿qué importa?

JUAN.

No lo entiendo.

Entiendo mi desdicha.

FERNANDO.

Por ventura, el Rey te llama y tú imaginas eso.

JUAN.

Fernando: para ver si el Rey me llama, abrir tengo las cartas que me diere mi hermano; y si responde a lo que dice, yo iré a la corte; mas si no responde, vive el cielo que tengo de esconderme y estar en Benavente a su disgusto.

(Sale FEDERICO con dos cartas.)

FERNANDO.

Calla, que viene gente.

FEDERICO.

Estas dos cartas dice el Conde que lleves, y ya tienes a la puerta esperando los caballos. ¿Cómo no estás vestido de camino?

JUAN.

Secretario, decid que ya me hallasteis vestido y puesto a punto.

FERNANDO.

Que me place.

JUAN.

¿Qué mandáis de la Corte? ¿Hay en qué os sirva?

FEDERICO.

Dios os lleve con bien, y a casa os vuelva, que ya sabéis que tengo de servirlos como es mi obligación.

(Vase FEDERICO.)

JUAN.

Aquesto es hecho. En nombre de Dios, roupo la primera.

FERNANDO.

¿Aun no miras primero el sobrescrito?

JUAN.

«Al Rey», dice ésta; lo que dice leo;

(Carta.)

«Don Juan Pimentel, mi hermano, que es el primer segundo desta carta, que está ocioso, en la de vuestra Majestad, va a suplicarle de mi parte, y de la suya, le ocupe en su servicio, para que los dos recibamos merced. La Condesa besa a vuestra Majestad las manos.»

JUAN.

Esto es respuesta a lo que dice el Conde que escribe el Rey, Fernando; el Rey no ha escrito el Rey, engaño es éste. [crito.

FERNANDO.

Rompe

la segunda.

JUAN.

Esta dice: «Al Almirante.»

(Carta.)

«Impórtame que vuestra señoría entretenga a don Juan, de suerte que no tenga ocasión de volver a Benavente.»

FERNANDO.

No leas más.

JUAN.

Fernando: sabe el cielo que no abriera las cartas, si pensara que enviaba a cortarme la cabeza, por lo que debo a mi valor y sangre. Pero en cosas de amor, faltó respeto, faltó valor, faltó la sangre toda, porque toda la tiene amor consigo.

FERNANDO.

Amor, que rompe casas y candados; escritorios de padres avarientos; puertas de almas, a veces de diamantes; rejas, balcones, huertos y ventanas, ¿de qué te admiras de que cartas rompa? Vete a vestir, y muy disimulado, de mi hermana contento te despide. Que yo te encerraré, donde de noche salgas a ver tu dama; y aun te quiero hacer guarda y tercero de otra mía, a quien también dirás tu pensamiento; puede ser que te sea de importancia.

JUAN.

Voyme a vestir.

FERNANDO.

Y en todo emplea esta vida.

(Sale la CONDESA.)

CON. Pésame con esta prisa se vaya el señor don Juan.

FER. Algunos, señora, están con mucho contento y risa.

CON. ¿Pues sabes tú la ocasión?

FER. Vuestra excelencia es mi hermana, pero es mujer.

CON.

Es liviana, don Fernando, esa razón.

FER. Ya sé yo que hay diferencia, que no soy tan ignorante. Mas no es caso muy bastante, por vida de su excelencia.

Quédese con Dios, que voy a ayudarle a vestir.

CON.

¿Ya le quieres tan fuerte?

FER.

Está en mi alma desde hoy;

es don Juan para querer.

CON.

¿Por qué dices que le envía?

FER.

Porque casarse quería.

CON.

¿Con quién?

FER.

Con cierta mujer.

Pero yo os juro, por Dios, que se ha de esconder aquí.

¿No le queréis?

CON.

Como a ti.

FER.

Señora, ayudadle vos.

CON.

Vete, Fernando, que viene el Conde.

FER.

Guárdeos el cielo.

(Vase DON FERNANDO y sale el CONDE.)

CONDE.

Qué cierto fué mi recelo, esto a don Juan le conviene.

¿No os dije yo, mi señora, que no estaba bien aquí?

CON.

Nunca esos miedos creí tan de veras como agora.

Mas sin preguntar por qué, si tenéis gusto, señor, de atajar este rigor para que enojo no os dé, enviemos a doña Ana a sus padres.

CONDE.

Ya sospecho el discurso que habéis hecho.

CON.

Saldrá su esperanza vana.

CONDE.

¿Mas qué teméis que Fernando ponga los ojos en ella, porque es en extremo bella? Eso estoy adivinando.

CON.

(Aparte.)

Engañóse el Conde en esto, que por no le declarar que don Juan se ha de quedar, finjo que me temo desto.

Porque si él se queda aquí y el Conde acaso lo sabe,

será su enojo más grave,  
y será dármele a mí.

CONDE. Hola, llamad a doña Ana.  
Muy cuerda, señora, andáis,  
que la ocasión que quitáis  
todas sospechas allana.

CON. Si es vuestro hermano don Juan,  
y don Fernando lo es mío;  
si agora en el mayor brío  
de su juventud están,

¿para qué es bueno que haya  
en casa de Troya el fuego?  
Váyase doña Ana luego.

CONDE. Luego, señora, se vaya.

(Sale DOÑA ANA.)

ANA. Aquí estoy para serviros.

CONDE. Ella es hermosa.

CON. Y honesta.

Muy justamente le cuesta  
a don Juan tantos suspiros.

Diréle lo que mandáis.

CONDE. Téngase vueseñoría,  
que una cosa no entendía,  
que será bien que advirtáis.

CON. ¿Cómo?

CONDE. Que si ella lo sabe,  
se lo dirá, e imagino  
que la quite en el camino,  
y será caso más grave.

Venid conmigo y tratemos  
cómo se vaya.

CON. Está bien.

CONDE. Pues decidle algo también,  
no entienda lo que queremos.

CON. Doña Ana, al señor don Juan  
para el camino daréis  
doce camisas.

ANA. Las seis  
acabadas estarán.

¿Mandas que aquestas se den?

CON. Las que hubiere. Señor, vamos.

CONDE. A sus padres escribamos,  
por que advertidos estén.

(DOÑA ANA se queda y los CONDES se vayan.)

ANA. A qué extremada ocasión  
don Juan se parte de aquí;  
porque se parte de mí  
la pesada obligación.

Todo le sucede bien  
a don Fernando, que ya  
dentro de mi pecho está.  
¿Qué es lo que mis ojos ven?

(Sale DON JUAN de camino.)

JUA. Pues me destierran por ti,  
déjame que pueda verte  
la víspera de mi muerte.

ANA. ¿Cómo osaste entrar aquí?

JUA. Porque las últimas cosas  
siempre son muy atrevidas,  
y el llegar, o las partidas  
en extremo licenciosas.

El Conde, mi bien, me envía  
de su casa sin razón,  
pues sin saber tu afición,  
quiere castigar la mía.

Los pensamientos me reta,  
nacidos y por nacer;  
no porque debe de ser  
de mis venturas profeta.

La envidia de algún traidor  
ha levantado, segura  
de mi pequeña ventura,  
y le ha dicho que es mayor.

¿Qué mandas para la Corte?  
Dijera mejor, señora,  
para la muerte, que agora  
no hay cosa que más importe;

o mi memoria amorosa,  
porque si es pensar en ti,  
no se acuerde Dios de mí,  
si me acuerdo de otra cosa.

¿Qué mandas a mis sentidos?  
Que si no es ver ni escuchar,  
¿qué más los puede obligar  
que estar de ti divididos?

ANA. Don Juan... Mas, ¡ay!, queda adiós,  
que no puedo responder.

(Vase DOÑA ANA y sale DON FERNANDO.)

JUA. ¿Hay más mal que suceder?  
¿Quién era?

FER. Yo, amigo.

JUA. ¿Vos?

FER. Yo; ¿no me veis?

JUA. Casi no  
que estoy algo desluminado.

FER. Bien de lleno en lleno os dió.

JUA. ¿Visteis quién estaba aquí?

FER. No, por Dios, verla quisiera.

JUA. Mi bien era; y digo era,  
porque ya mi bien perdí.

FER. ¿Qué es perder siendo yo vivo?  
Vos la gozaréis, o yo  
no seré en el mundo.

JUA. El no  
por más agujero recibo.  
FER. ¿No es mujer?  
JUA. Por ella muero.  
Mortal estoy; ¿no me veís?  
FER. Callad, que no lo entendéis.  
Dejadme ser el tercero.

~~~~~

ACTO SEGUNDO

(Salen DON DIEGO, DON FADRIQUE y PEDRÓN, lacayo,  
con aderezo de noche.)

DIE. Ponte a esa esquina, y en viendo  
que algún hombre viene acá,  
da un silbo.

PED. Que bien está.  
Llega y habla, ya lo entiendo.  
¿Piensas que sólo en palacio  
se sabe lo que es amor?

FAD. Esta noche, gran favor.

DIE. A lo menos, habrá espacio,  
que de suerte me traía  
lo que a estas rejas le vi;  
que anocheciéndome aquí,  
mil veces me amanecía.  
Pues es verdad que don Juan  
era hombre que pudiera  
echar de aquí, menos fuera  
a Rodamonte, o Roldán.  
Con tal libertad pasaba  
la calle deste terrero,  
cubierto de oro y de acero,  
que hasta el suelo dél temblaba.

Parece que las estrellas,  
de miedo se le escondían,  
si vían que le impedían  
hablar con la mayor de ellas.

Antes que a verlas llegase,  
no había reja que lo fuese;  
y para que entrar pudiese  
se abrían si lo intentase.

Yo a sus furias siempre estaba  
mirándole desde lejos,  
donde me daba reflejos  
del sol que con él hablaba.

Tan indigno como está  
perro de caza o ventor,  
cuando come su señor,  
por ver si algo le da.

FAD. Qué bien lo has encarecido;

pero ser don Juan tan bravo,  
ni lo creo ni lo alabo.

Galán, sí, siempre lo ha sido;  
eso no puedo negallo,  
porque es cosa que se ve,  
ya con gentileza a pie,  
ya con donaire a caballo.

Pero el que fué, que ya hablamos  
de ausente como de muerto,  
dejó este lugar desierto,  
donde a nuestro gusto estamos.

No se te puede escapar  
doña Ana, ni a mí Leonora.  
Háblala, don Diego, agora,  
pues sobran tiempo y lugar.

DIE. Algunos hay, don Fadrique,  
que aman con tanta violencia,  
que en no habiendo competencia,  
no hallan gusto que les pique.

Con esto crecen su amor,  
con esto aumentan su gusto;  
porque del mismo disgusto  
quieren sacar el favor.

Pero yo no soy así.  
Con celos no quiero bien,  
aunque más favor me den  
que pueda caber en mí.

En habiendo competencia,  
ni quiero ni puedo amar;  
que si no vengo a olvidar,  
vengo a perder la paciencia.

Ame el que gustare desto  
acompañado a su dama,  
que ni a su amor, ni a su fama  
me parece extremo honesto.

En llegando a querer bien,  
o ser César, o no nada.

FAD. Siempre el ser solo me agrada,  
que bien o que mal me den.

Quedo, que en este balcón  
hay una dama, por Dios.

DIE. Cosa que fuesen las dos.

(Sale LEONORA en lo alto.)

LEO. ¡Ah, caballero!: ¿quién sois?

FAD. ¿Es mi Leonora?

EO. ¡Oh, Fadrique!

¿qué buena venida es ésta?

FAD. Vos podéis daros respuesta,  
que la razón signifique.

Bien se ve cuán desviada  
estáis de hacerme merced.  
Que os quiero mucho creed.

LEO.

FAD. Eso, pesia tal, me agrada.  
DIE. ¡Ay de mí!, que en la aspereza  
de aquel ángel, nunca vi  
sola una palabra así,  
ni un sí para mi tristeza.  
¿Don Fadrique?

FAD. ¿Qué queréis?

DIE. Decidle que llame, os ruego,  
a doña Ana, y venga luego  
si vivo hallarme queréis.

FAD. Que me place. ¡Ah mi Leonora!  
sabed que viene conmigo  
aquel abrasado amigo,  
el que a vuestra amiga adora.  
Decidle, sin que ella entienda,  
que él está aquí, que la quiero  
hablar.

LEO. Yo voy.

DIE. ¡Buen tercero!  
¡Bien haya el que os encomienda  
pesadumbres tan del alma!  
¡Oh, si quisiese salir;  
que entre morir y vivir,  
tengo la esperanza en calma!

FAD. No queráis con tal tormento,  
id, don Diego, poco a poco.

DIE. No es amor el que no es loco.

FAD. ¿Pues qué es?

DIE. Entretenimiento.

FAD. Para esperar un favor,  
ya estaréis desvanecido.

DIE. Quiero como aborrecido,  
que es un insufrible amor.

*(Salen DOÑA ANA y DOÑA LEONOR en lo alto.)*

LEO. Ah, mi señor don Fadrique:  
doña Ana está en el balcón.

DIE. Decidle que el corazón  
a mis lástimas aplique.

Decidle que está aquí un hombre  
que viene a buscarse aquí.  
Si no se acuerda de mí,  
Leonor, decidle mi nombre.

Decidle que soy aquel  
que en su memoria murió,  
y aquel que más bien amó  
una mujer tan cruel.

LEO. ¿Has conocido estas quejas?

ANA. Y que tú me has engañado.  
Pero ya que me has sacado  
a los hierros destas rejas,  
que no sé cuál es mayor,  
supuesto que mal me informas.

Di, don Diego, ¿de qué formas  
de mi condición mejor?

¿Qué tercero te ha engañado?  
¿Quién te dijo que yo fui  
causa de tu amor, ni di  
la que de enojo me has dado?

Muéstrame un papel; si es mucho,  
una cinta, una mirar blando.  
DIE. Ved lo que estoy escuchando,  
y vivo cuando la escucho.

ANA. Querer hasta el desengaño,  
muy bien se puede querer;  
mas no después, que ha de ser  
incierto el bien, cierto el daño.

Dejad, don Diego, el pesar,  
que la más común mujer  
cuando no llegó a querer,  
no hace agravio en olvidar.

DIE. Aun corre por ti el lenguaje  
que cuando don Juan vivía.

ANA. ¿Luego es muerto?

DIE. Yo creía  
que había un nuevo linaje  
de morir.

ANA. ¿Cómo?

DIE. El ausencia.  
Si no sabes que se fué,  
perdóname, y te diré  
que habrás menester paciencia.

ANA. Tanto su ausencia me duele,  
como tu presencia estimo.

DIE. ¿Que esto escucho y que me animo  
a amarte?

LEO. Suceder suele  
por muchos hombres honrados,  
don Diego, hacer desatinos,  
porque nunca estáis más finos  
que cuando estáis olvidados.

*(Salen DON JUAN y DON FERNANDO de noche.)*

JUA. La noche todo lo encubre.  
FER. Cierto extranjero poeta  
la llama vieja alcahueta,  
que calla, concierta y cubre.

JUA. No me dirás dónde quieres,  
siendo tan recién venido;  
que por donde me has traído,  
hay feísimas mujeres.

¿Y son todos matrimonios?  
FER. Aquí no hay en qué parar.

JUA. Yo la solía llamar  
la calle de los demonios.  
¡Oh, pues, qué rubia hay aquí,

que tira un poco a bermeja,  
con su escudero y vieja,  
como Circe y Malgesí!

¡Ta, por vida de don Juan!  
que lo mejor se me olvida.  
¿Quieres la descolorida?  
que ayer te llamó galán?

Mas todas las calles dejas,  
y hasta palacio has llegado,  
¿aquí estás enamorado?  
Bueno estás, ¿de qué te quejas?

FER. Bien me pudiera quejar,  
pues hay dos hombres aquí.

JUA. Embózate.

FER. Ven tras mí.

DIE. Gente he sentido pasar.

No está seguro el terrero (1);  
a reconocerlos vamos.

(*Vanse los dos y van DON DIEGO y DON FADRIQUE  
tras ellos.*)

ANA. ¿Fuéronse?

LEO. Sí.

ANA. ¿Pues qué hacemos?

LEO. Por tu vida, que aguardemos.

PED. En grande peligro estamos.

Dos hombres van por allí,  
y mis amos van siguiendo  
sus pasos. ¿Qué estoy haciendo,  
que no ocupo, pesía a mí,  
el lugar que me dejaron?

Gozar quiero la ocasión.

¡Ah, damas, las del balcón,  
si en el balcón se quedaron!

LEO. ¿Quién es?

PED. El señor don Diego;

y por hacerme merced,  
reciba vuestra merced  
dos cohetes de mi fuego;  
quiero decir, dos suspiros.

LEO. Término y voz desconozco;  
venturoso os reconozco;  
hacedme merced de iros.

PED. Venturoso me ha llamado.  
¡Oh, venturoso Pedrón!

(*Sale DON FERNANDO.*)

FER. Un hombre está en el balcón,  
cuando otros dos le han dejado.  
Siete cabezas tenía  
la sierpe que degollaba

Alcides; si una cortaba,  
otra en su lugar salía.

Así aquestos hombres son:  
a los dos que acometimos,  
huír por la calle hicimos,  
y otro nace en el balcón.

Mientras que vuelve don Juan,  
le quiero apartar de aquí,  
que quiso dejarme a mí,  
por ver dónde aquéllos van.

Hablar éste, es necio hecho;  
porque cuando se ha de hacer,  
las palabras suelen ser  
de más daño que provecho.

Quitaos de aquí, ganapán.

(*Sacúdele un cintarazo.*)

PED. ¡Ay, que me han muerto a traición!

FER. ¿Quién eres, hombre?

PED. Pedrón,

lacayo de don Tristán.

Teneos, por Dios, que soy  
un pobrete; ¿no me veis?

FER. Vete luego.

PED. Bien podéis  
matarme, en el suelo estoy.

FER. Camina, pues. ¡Ah, señoras,  
no os vais, porque os quiero hablar!

PED. Ved en qué vino a parar  
enamorarme a estas horas.

(*Vase PEDRÓN.*)

ANA. Vuestra voz he conocido.

FER. ¿Es don Fernando?

Yo soy,  
que a tales horas estoy  
despertando vuestro olvido.

ANA. Ve, por tu vida, Leonor;  
mira si está sosegada  
la casa.

LEO. Yo voy.

ANA. Turbada  
estoy de veros, señor.

Para hablarlos con secreto,  
a Leonor eché de aquí.

FER. ¡Hombres con vos, ay de mí!  
Que me matáis os prometo.

ANA. Aquí con Leonor hablaban.

Baste por satisfacción,

FER. Mas gente viene al balcón,  
yo sabré por quién estaban.

(*Vuelve DON JUAN.*)

JUA. Porque no me conociesen,  
no apreté aquellos cobardes,

(1) Sobre este verso, suelto entre dos redondillas, el sentido no lo necesita.



para que menos alardes  
de mis secretos hiciesen  
en el palacio mañana.  
¿Qué se ha hecho don Fernando?  
¿Mas qué es lo que estoy mirando?  
¿Hombre, y junto a su ventana?  
¿Qué es esto? ¡Válame Dios!  
¿En qué ha de parar aquesto?  
FER. El viene, por Dios, bien puesto.  
Matarémonos los dos.  
JUA. ¿Quién va allá?  
FER. Un hombre de bien.  
JUA. Sí, pero busca su mal.  
FER. ¿Es don Juan?  
JUA. ¡Cuerpo de tal!  
Con mi abuelo, amén, amén.  
¡Vive Dios, si no me habláis,  
que nos damos como locos!  
FER. Los cuerdos, don Juan son pocos.  
JUA. Si vos aunáis, no lo estáis.  
FER. Amo, y en palacio.  
JUA. Bueno.  
FER. Y he hablado con lo que adoro.  
JUA. ¿Es hermosa?  
FER. Como un oro,  
y estoy de favores lleno.  
Iba a decir esperanzas.  
JUA. Ea, ¿qué favores son?  
FER. Yo llevo a hablar al balcón.  
JUA. Dichoso tú que eso alcanzas.  
¡Válame Dios!, ¿quién será  
la mujer que quiere bien?  
Que el verle alegre, también  
temor notable me da.  
Quiero escuchar, que en la voz  
la conoceré sin duda.  
ANA. Estoy, don Fernando, muda  
de veros hoy tan feroz.  
Moderad la valentía,  
que os quiero un poco más tierno.  
FER. Soy amante a lo moderno.  
Conquistó por bazarria.  
JUA. ¡Válgame Dios!, ¿no es aquella  
doña Ana?  
ANA. En fin, ¿me queréis?  
FER. Señora mía: si os veis  
en el espejo tan bella,  
¿qué dudáis de que os adore  
todo hombre que acierte a veros?  
JUA. Alma, no quise creerlos;  
y así es bien que agora llore.  
¡Oh, falsa! ¿Aquesta es la fe?  
¿Este es el pasado amor?

FER. Hacedme un grande favor.  
ANA. Siendo posible, sí haré.  
FER. Que para que conozcáis  
si os amo, y pienso querer,  
de que seréis mi mujer,  
señora, me prometáis.  
JUA. Tenedla, cielos, que es duro  
trance el que pasa de celos.  
ANA. Serlo prometo a los cielos,  
y a vos, mi señor, lo juro.  
JUA. Arrojóse para mí  
de los cielos al infierno.  
¿Hay allá tormento eterno  
como éste que siento aquí?  
De un día venido un hombre,  
¿qué es esto? Mujer ha sido.  
FER. Yo seré vuestro marido.  
Desde hoy más tendré este nombre.  
JUA. ¡Don Fernando! ¡Ah, don Fernan-  
do! ¿No me oís? [do!]  
FER. ¡Ah, sí!: ¿sois vos?  
Perdonad, don Juan, por Dios,  
que estoy de mi bien gozando.  
JUA. Escuchad.  
FER. ¿Qué me queréis?  
JUA. Decid que se entre, que importa.  
FER. Señora, mi vida es corta,  
porque es fuerza que os entréis.  
ANA. Dios os guarde y me dé vida  
para servirlos.  
FER. Sí hará.  
(Vase DOÑA ANA.)  
¿Qué queréis?  
JUA. ¡Que tienes ya,  
perjuro, mi fe rompida!  
FER. ¿De qué os quejáis? ¿Quién venía?  
O es porque se echa de ver  
que ya quiere amanecer  
y viene corriendo el día?  
Ya se ven claras agora  
cosas que no pude verlas,  
y por sus dientes de perlas  
vierte su risa el aurora.  
JUA. Que no es eso.  
FER. ¿Qué tenéis  
que de mi placer mostráis  
tal pesar?  
JUA. Si me matáis,  
¿es mucho efecto el que veis?  
FER. ¿Cómo? ¿Quitándoos lugar  
para hablar con vuestra dama?  
JUA. Mas por saber que ella os ama,  
rabiando estoy de pesar.

Doña Ana, amigo, era mía,  
y lo que con vos trató  
lo he merecido.

FER. ¿Quién?

JUA. Yo,  
algún venturoso día.

Vuestro amor es tierno agora,  
bien se dejará torcer;  
Fernando, hacedme placer  
de no hablar a esta señora.

Que aunque vuestro ingenio y talle  
le han obligado a este error,  
yo sé que me tiene amor.

FER. No estamos bien en la calle;  
vamos, que allí viene gente.

(Salen DON DIEGO y DON FADRIQUE.)

DIE. Deseo saber quién sois.

FAD. Aún no dejan el balcón,  
y dora el sol el de oriente.  
No nos vean.

DIE. No verán.

FER. Estáis en eso muy ciego.

FAD. Por vuestra vida, don Diego,  
que es don Fernando y don Juan.

FER. Ya os digo que viene gente.

DIE. ¿Don Juan? ¿Pues no se partió?

FAD. Sin duda al Conde engañó,  
y se quedó en Benavente.

JUA. Vamos a tratar despacio  
al campo, lo que ha de ser,  
que comienza a amanecer  
y viene gente a palacio;  
que espero que miraréis  
lo que es razón.

FER. Eso quiero.

JUA. ¿Sabéis que soy caballero?

FER. ¿Y que yo lo soy, sabéis?

JUA. Dejémonos de razones.

FER. Siempre a mí me saben mal.

JUA. Yo soy quien soy.

FER. Yo soy tal.

JUA. Yo, Pimentel.

FER. Yo, Quiñones.

(Vanse DON JUAN y DON FERNANDO.)

FAD. Ya nos dejan el terrero,  
y hacia el campo solos van.

DIE. ¿Que aquí se quedó don Juan?  
¡Bien a fe de caballero!

FAD. ¿Qué queréis? Los dos cuñados,  
que son de España la flor,  
de doña Ana y de Leonor  
andarán enamorados.

Y nosotros, muy perdidos,  
estas rejas adorando  
por quien nos trata burlando,  
necios y desvanecidos.

DIE. Será bien decir al Conde  
la desobediencia extraña.

FAD. Mal a quien sois corresponde.

Dejadle, y basta lo hecho;  
que será dar ocasión  
para nueva indignación,  
de su alborotado pecho.

DIE. ¿Pues qué haré?

FAD. Tener paciencia.

DIE. Ven, y a vestir nos darán.

FAD. Harto mejor que don Juan  
ha hecho la noche ausencia.

(Vanse y salen DON JUAN y DON FERNANDO.)

JUAN.

Ya os digo, que entre amigos y cuñados,  
a nadie puede parecer bien hecho.  
Miradlo bien, que mi justicia es clara,  
y no hay pasión que pueda oscurecerla.

FERNANDO.

Don Juan: si yo pudiera conformarme  
conmigo mismo, y como fuera justo,  
dejaros a doña Ana libremente,  
de que lo hiciera no hay que tener duda.  
Mas yo veo notables imposibles,  
que me matan de sólo imaginarlos.

JUAN.

Extraño sois; si este negocio fuera  
fácil de hacer, ¿qué hicierais en hacerle?  
Las cosas, don Fernando, que el amigo  
ha de hacer por su amigo, no son fáciles;  
que en lo difícil el amor se muestra.  
Si yo tengo una joya, una cadena,  
una espada famosa de mi gusto,  
esto tengo de dar al que es amigo,  
que no aquello que tengo desechado.  
Si un caballo me agrada, y en él tengo  
puestos los ojos, y por dicha veo  
que el que es mi amigo en él los suyos pone,  
éste tengo de darle, aunque le hubiese  
criado desde potro de dos días.  
Estos habrá que habéis visto a doña Ana,  
aunque según doña Ana amor os muestra,  
no sé si diga que infinitos años,  
¿pues qué haréis, don Fernando, en no quererla?

¿Pues qué haréis, don Fernando, en presentár-  
Debajo de que yo soy más antiguo, [mela? (1)]  
y estoy más obligado a no dejarla.

FERNANDO.

Si yo, señor don Juan, de alguna suerte  
de vos fuera avisado, que servíades  
a doña Ana, razón fuera dejárosla,  
y sin razón habérosla quitado.  
Mas si yo no lo supe, ¿qué me obliga?

JUAN.

Oblígaos mi amistad y parentesco.

FERNANDO.

Confieso que es la obligación notable;  
pero hay otra mayor, que es haber dado  
palabra de ser suyo, y recibido  
la que ella aquí me ha dado de ser mía.  
Que hayáis en todo visto mi inocencia,  
dígalo haber venido aquesta noche  
con vos públicamente a tratar desto.

JUAN.

¿Quién duda que en aquesto no hay malicia?  
Mas dado caso que a doña Ana adoro,  
y que dejar la pretensión no puedo,  
y que tampoco vos podéis dejarla,  
que me quiero casar, y pretenderlo,  
y que queréis casaros e impedirlo,  
¿qué medio habrá que nos concierte en esto?

FERNANDO.

Considerar que yo soy el que quiere  
y a quien, cual véis, ha dado la palabra,  
que no podéis negar, pues que la oísteis.

JUAN.

Si amor tuviera consideraciones,  
jamás hubiera por amor desgracias.  
Y vos también pudiérades tenerla,  
de que primero fuí della querido,  
y que os mostré un papel cuando veníamos.

FERNANDO.

Yo no hallo remedio en mi ignorancia.

JUAN.

Ni yo siento cordura en mi paciencia.

FERNANDO.

Donde el mal es forzoso, a nadie falta.

JUAN.

La muerte es centro en que los males cesan.

FERNANDO.

Fuerte es el mal que con la muerte acaba.

JUAN.

No tiene agora otro remedio el mío.

FERNANDO.

Los cuerdos, con la vida alcanzan mucho.

JUAN.

Muchos piensan ser cuerdos y son locos.

FERNANDO.

¿Qué locura mayor que la porfía?

JUAN.

Más loco es el que da la causa della.

FERNANDO.

Para mi obligación, disculpa tengo.

JUAN.

En la mía yo estoy bien disculpado.

FERNANDO.

¿No hay remedio, don Juan?

JUAN.

Yo no lo siento.

FERNANDO.

¿Pues qué habemos de hacer?

JUAN.

Determinallo  
con las espadas, como caballeros.

FERNANDO.

Una y dos veces os requiero, hermano,  
que lo miréis mejor.

JUAN.

Dadme a doña Ana.

FERNANDO.

Cuando yo tengo espadas, no doy damas.

JUAN.

Huélgome que a la espada se remita.

FERNANDO.

Mirad por vos.

JUAN.

Vos no, que no os va nada.

(1) Así en el texto; pero quizá deba decir «pretendérmela?»

FERNANDO.

Aun os digo, don Juan, que estéis en esto.

JUAN.

Callad y obrad.

FERNANDO.

Haré lo que pudiere.

JUAN.

¡Válgame Dios!

FERNANDO.

Ya os avisé, cuñado.

Dios sabe que en el alma me ha pesado.

(Caiga DON JUAN.)

JUA. No os vais, cuñado, escuchad.  
Escuchad, hermano mío,  
que el rigor desta crueldad  
nació de mi desvarío  
y de mi temeridad.

Como honrado caballero  
habéis procedido en todo;  
no faltéis en lo que os quiero  
suplicar.

FER. Yo estoy de modo,  
que para matarme espero.

¿En qué hora desdichada  
os conocí y vine a ver?  
Arrojar quiero la espada  
con que pude cometer  
hazaña tan mal pensada.

¡Maldiga Dios la ocasión,  
aunque de mis ojos luz!  
Mas levantarla es razón,  
por la forma de la cruz  
que tiene la guarnición.

¡Ah, hermano! ¡ah, don Juan!

JUA. Amigo,

vivo estoy, aunque ya muero.  
Oid, oid lo que os digo  
en este punto postrero,  
pues vos sólo sois testigo.

FER. ¡Ay, hermano, que ya excedo  
vuestra sangre con mi llanto!

JUA. ¡Qué contento morir puedo,  
pues de hombre que vale tanto  
muerto justamente quedo!

FER. No lo digáis desa suerte.  
¡Pluguiera a Dios se trocara  
mi vida con vuestra muerte!

JUA. Ilégate, hermano, a mi cara,  
y en lo que te digo advierte.

Aquí cerca hay una casa  
de religiosas; si pasa

gente, di que allá me lleven,  
o haz que tus brazos prueben.  
Rabioso furor me abrasa.

FER.

Si del arrepentimiento  
las lágrimas son indicios,  
éstas que ves te presento.  
Recibe el piadoso oficio,  
honras de mi sentimiento.

Llevarte en mis brazos quiero.

JUA.

Dile al Conde, mi señor,  
que te perdone, pues muero  
más a manos de tu amor,  
que a los filos de tu acero.

Mi alma, Fernando, encarga  
a la Condesa, que en fin  
es mujer... El paso alarga.

FER.

¡Oh, qué Atlante tan ruin  
para tan honrada carga!

JUA.

Dile que un alma rescata  
de un cuerpo que solía ser  
su sangre, aunque sangre ingrata.  
Deme vida una mujer,  
pues una mujer me mata.

Y a doña Ana di que crea  
lo que vivo no creyó,  
después que muerto me vea,  
y que quise morir yo,  
para que otro la posea.

¡Plegue al cielo!, si le obligo,  
aunque aquesto te alborote,  
que la goces; mas, ¿qué digo,  
puesto que te da por dote  
la sangre de tal amigo?

Vamos, hermano, así veas  
su posesión cierta y llana.

FER.

Mirad qué Anquises y Eneas.

JUA.

Si ha sido el fuego doña Ana,  
que me has escapado creas.

(Llévele en brazos y salgan el CONDE, DOÑA ANA y DON  
ESTEBAN su padre.)

EST.

Si en esta carta no viera  
tu firma, no lo creyera.

CON.

Yo no te envié a llamar;  
pero quísete avisar,  
porque avisándote, fuera.

EST.

¿Por qué a mi hija me envías?  
¿Ha hecho lo que no debe?  
Que si es eso, error harías,  
en que a mi casa la lleves  
cuando de ti la desvías.

Aceros tengo, aunque viejo,  
para dar una puñada

con que se quiebre el espejo  
de aquesta mi edad cansada,  
buena para dar consejo.

¿Qué hay, señor? Dilo, así vivas.

Mira que soy caballero,  
y que de serlo me privas.

CON. Don Esteban: yo no quiero  
que ese disgusto recibas,

sino decirte lo que es,  
aunque lo escuche doña Ana.

EST. Beso mil veces tus pies.

CON. Es una ocasión liviana,  
que fuera mayor después.

EST. Señor, Ana se ha criado  
con mi señora, y yo creo  
que su virtud ha imitado.

CON. Yo conozco su deseo.

EST. ¿Pues de qué os causa cuidado?

Que allá la quiero llevar  
a aquel mi pobre lugar,  
donde entre pastores viva,  
lejos de la vida altiva  
del servir y el esperar.

CON. Don Juan, mi hermano, servía  
adoña Ana; yo pensé  
que casármese quería,  
y a la corte le envié,  
dándole de plazo un día.

Y porque es justo temer  
que, amándola, ha de volver,  
quiero que allá la tengáis,  
adonde, si la casáis,  
os quiero favorecer.

EST. Daréis seis mil ducados.  
Dos cosas causan cuidados  
a mi honor, a quien conviene  
que por si vuelva, si tiene  
los pensamientos honrados.

La primera es de saber  
que cuando don Juan pretende  
a mi hija por mujer,  
vuestra Excelencia defiende  
que no es bien que pueda ser.

La segunda, que me da  
seis mil ducados.

CON. . . . . Pues bien,  
¿no está bien?

EST. . . . . No bien está  
que ella no merezca a quien  
tiene merecida ya.

Yo soy noble, y soylo tanto,  
que de ti mismo me espanto  
que no veas mi nobleza,

pues por falta de riqueza,  
donde estás no me levanto.

No, señor, porque una aldea  
mi habitación pobre sea,  
y Benavente tu villa,  
con cuanto Duero en su orilla  
adorna, cerca y pasea,

puedo perder ser honrado.  
Lo segundo, en que me ofreces  
seis mil ducados, me ha dado  
más pena, señor, mil veces,  
y me ha puesto más cuidado.

Que como siempre se usaron  
en palacio las mercedes  
tan cortas, no me alegraron,  
puesto que tú hacerlas puedes  
donde nunca te obligaron.

Que esto es en ti diferente,  
siendo un ejemplo excelente  
de agradecimiento igual,  
valor y gloria inmortal  
la casa de Benavente.

Pero darne ese dinero  
muestra que esa obligación  
nació de don Juan primero.  
Y si es por satisfacción,  
muy diferente la espero.

Ana, conmigo venid;  
de Benavente salid,  
y decidme la verdad.  
Tierra tengo y calidad  
en los campos de Madrid.

Que os juro, puesto que van  
adonde todo se acaba,  
mis años, que vea don Juan  
en vuestros ojos la Cava,  
y en mí al Conde don Julián.

CON. Don Esteban, deudo, amigo,  
hermano, teneos, por Dios.  
Estad bien en lo que os digo:  
si os han ofendido a vos,  
sobre mí venga el castigo.

Aquí, por Dios vivo eterno,  
que no hay más de que, al fin, don  
como mozo, estuvo tierno; [Juan  
y esos cuidados le dan  
muy notable a mi gobierno.

Por vida del Rey, que ha sido  
esta la verdad.

EST. Señor,  
bien mostráis que habéis nacido  
de aquel antiguo valor,  
de mil reyes procedido.

Vuestros pies mil veces beso.  
 Ana, llega aquí conmigo;  
 crezca esta humildad su exceso.

CON. Con estos brazos os ligo,  
 y vuestro valor confieso.

ANA. Conde, mi señor, volved  
 por mi honor.

CON. Esto creed;  
 entrad, veréis la Condesa.

EST. De que os enoje me pesa,  
 cuando vos me hacéis merced.  
*(Vase DON ESTEBAN con su hija.)*

CON. ¡Qué valor de caballero  
 de aquel buen tiempo pasado!  
 A honrarle estoy obligado;  
 con cuidado hacerlo espero.  
 ¿Qué ruido es aqueste? Hola,  
 ¿quién da voces? ¿No está ahí  
 algún paje que entre aquí?  
 ¿No hay una persona sola?  
*(Sale ESTEBÁÑEZ.)*

EST. No sé por dónde te diga,  
 que por todas partes temo  
 la desventura presente  
 y el desdichado suceso.  
 ¿Qué palabras bastarán?  
 ¿Qué debido sentimiento?  
 ¿Qué voz? ¿Qué lágrimas tristes?

CON. ¡Válgame el cielo!, ¿qué es esto?

EST. Mas, ¡ay!, que te hago agravio,  
 pues que de tu entendimiento  
 no fío mayores males,  
 si mayores puede habellos.  
 Don Juan, tu hermano, señor,  
 pasado el famoso pecho  
 que dió esperanzas al mundo  
 y a la fama pensamientos,  
 yace en casa de Escalona,  
 de mi señora escudero,  
 sobre una sangrienta alfombra,  
 y en unos cojines negros.  
 En corrillos dividido,  
 el enternecido pueblo,  
 están tratando la causa  
 niños, mujeres y viejos.  
 Lo más cierto que se dice  
 es, señor, que sobre celos,  
 al campo desafiados  
 don Fernando y él salieron.  
 Y que en medio la campaña,  
 como honrados caballeros  
 hicieron su desafío,

de amor y cólera llenos,  
 donde una fiera estocada,  
 que dejó su pecho abierto,  
 nos ha traspasado a todos,  
 con más vivo sentimiento.  
 Que sentimos como vivos,  
 y él, en fin, no siente muerto,  
 para que su muerte viva  
 en vuestras almas de asiento.  
 Culpan a doña Ana todos,  
 porque de sus ojos bellos  
 salió la flecha y la causa  
 de su lastimoso entierro.  
 Porque dando a don Fernando  
 una camisa, le dieron  
 licencia para servirla,  
 de su talle satisfechos.  
 De manera que le dió  
 dentro, en su mismo aposento,  
 con las manos la camisa,  
 y con los ojos veneno.  
 Alaban a don Fernando  
 todos de un piadoso hecho,  
 pues viendo herido a don Juan,  
 levantó a don Juan del suelo,  
 y llevándole en sus brazos  
 a un vecino monasterio,  
 remedió el alma de quien  
 quitó la vida a su cuerpo.  
 Y así, el mismo hermano tuyo  
 te escribe un papel, muriendo,  
 en que te dice que perdones,  
 Conde, a don Fernando luego.  
 Noblemente le disculpa,  
 y aunque esto por Dios lo ha hecho,  
 se ve bien que se ha culpado,  
 para disculpar su yerro.  
 A una torre se ha subido  
 don Fernando, al fin teniendo  
 tu ira, poder y sangre,  
 a donde fuerte se ha hecho.  
 Nadie hasta ahora le sigue,  
 ni tuviera atrevimiento  
 otro que no fuera yo,  
 a perderte tanto el miedo.  
 Todo el mundo, gran señor,  
 te alaba de sabio y cuerdo.  
 Para las grandes fortunas  
 se hicieron los grandes pechos.

CON. ¡Ay de mí!, que apenas hallo  
 en tal desdicha consejo.  
 ¡Oh, hermano, cuán justamente  
 tuve de tu mal recelo!

¡Ah, pobre mozo don Juan,  
que no fueron de provecho  
para excusar tu desdicha  
tantas suertes de remedios!  
¿Qué haré?, que pierdo el juicio.  
Que le amaba con extremo  
por su singular virtud  
y generoso ardimiento.  
¿Pero qué dirán de mí,  
si en este caso me pierdo?  
A este valor nos obligan,  
desde que Grandes nacemos.  
Llamad, amigo Estebáñez,  
mi mayordomo y mi armero.  
Armense doscientos hombres  
de a pie y de a caballo presto.  
Cerquemos la fuerte torre;  
y será tan fuerte el cerco,  
que si él sufre como Troya,  
yo seré en ardidés griego.

*(Vanse, y salga un GOBERNADOR y alguna gente, y un ESCRIBANO.)*

GOBERNADOR.

Esto le está mejor a don Fernando.  
Porque si a manos de su hermano viene,  
gran peligro le viene amenazando,  
y mayor resistencia le conviene.

ESCRIBANO.

El Conde dicen que se queda armando,  
y que su gente bélica previene  
para batir la torre.

GOBERNADOR.

Por que viva  
le quiero yo sacar.

ESCRIBANO.

Llama.

GOBERNADOR.

¡Ah de arriba!

*(Sale DON FERNANDO en alto.)*

FERNANDO.

Todo hombre se retire de la torre  
si no quiere morir.

GOBERNADOR.

Vos, escribano,  
le podéis requerir.

ESCRIBANO.

Peligro corre  
si no se entrega a tu piadosa mano.

No os prende don Luis, sino socorre.  
Bajad y oíd.

FERNANDO.

Aconsejáisme en vano.

ESCRIBANO.

Mirad que el Conde se arma, y que os requiero  
que os matará si no bajáis.

FERNANDO.

No quiero.

GOBERNADOR.

Sólo aquí se pretende vuestra vida.  
Bajad, señor, que así podréis guardalla,  
que al Conde no ha de serle defendida,  
si ésta fuese de Nino la muralla.  
En mi prisión es cosa conocida,  
cuán bien de su furor podéis guardalla,  
y que su Majestad, después de preso,  
mirará con piedad vuestro proceso.

Escaparos ya veis que es imposible.  
Cuánto es mejor formada la querella,  
haberlas con un Rey blando, apacible,  
que ni tiene pasión, ni ha de tenella,  
que no con el furor irremisible,  
que la razón a veces atropella,  
del Conde, mi señor, apasionado,  
por pérdida de hermano tan amado.

FERNANDO.

Andad con Dios, Gobernador, os digo.

GOBERNADOR.

Dios sabe que por vuestro bien lo hago.

FERNANDO.

Yo os lo agradezco, y tengo por amigo.  
Perdonad si ese amor no satisfago.

GOBERNADOR.

Gran gente viene, el cielo me es testigo,  
que a mi señor lo que le debo pago.

FERNANDO.

Decidle que su hermano estuvo terco.

*(Sale el CONDE, armado, y cuantos puedan, con pavese y lanzas a uso de aquel tiempo.)*

CONDE.

Poned al campo y a la torre cerco.

GOBERNADOR.

Ya, señor, he tratado que se diese,  
pero teme el rigor de tu justicia.

CONDE.

Gobernador: daráse, aunque le pese,  
que el poder otras máquinas desquicia.

FERNANDO.

Si tu Excelencia, gran señor, trujese  
de Italia y Francia toda la milicia,  
o la antigua de Roma, Troya y Tebas,  
con nuevos pechos y con armas nuevas;  
si aquí con los arietes se llegase,  
con que a Jerusalén entraba Tito;  
si el caballo troyano edificase,  
o mayores pirámides que Egipto,  
dudo que con la vida me sacase.  
Pues si entonces de aquí me precipita,  
las llaves tomará con su arrogancia,  
y yo tendré la fama que Numaucia.

CONDE.

¡Traidor!

FERNANDO.

No soy traidor. Vuestra Excelencia  
me trate como a dendo y su cuñado.  
Italia y Francia tienen experiencia  
de que en ellas he sido buen soldado.  
Que no con asechanza ni insolencia,  
con espada más larga o más armado,  
maté a don Juan, sino en camisa y solo,  
con más luz de razón, que luz de Apolo.

Provocóme mil veces, y con furia  
me pidió que la espada averiguase  
cosa donde jamás le hice injuria.  
Y bien se ha visto en que él me disculpase.  
Quien a traición a su enemigo injuria,  
supuesto que después le perdonase,  
no merece perdón; mas la persona  
provocada, ¿qué ley no la perdona?

Don Juan era mi amigo y mi cuñado;  
provocóme, y por ley de caballero,  
puse a peligro, solo y desarmado,  
la vida que guardar agora quiero.  
Mira, heroico señor.

CONDE.

¿Qué estoy parado,  
oyendo aqueste fraticida fiero?  
Derribad esa torre, haced pedazos  
las piedras con las armas y los brazos.

Hago al cielo solemne juramento  
que desta torre gente no se quite  
hasta prenderte con rigor violento.  
o que a darte por hambre necesite.

FERNANDO.

Pues yo resistiré con tal contento,  
que tu rigor mis fuerzas acredite.

CONDE.

A misa voy, Gobernador, que importa  
ver si el cielo mi cólera reporta.  
Quedaos aquí.

GOBERNADOR.

Sirviéndote me quedo.

*(Vase el CONDE.)*

Ya el Conde es ido a misa, don Fernando.  
Ya habéis visto la furia en vuestro miéco.

FERNANDO.

Y vuestra necesidad estoy mirando.  
Nací noble como él, temer no puedo.

ESCRIBANO.

Su bello rostro en lágrimas bañando,  
viene aquí la Condesa, mi señora.

GOBERNADOR.

Su vivo hermano, que no el muerto, llora.

*(Sale la CONDESA y gente armada.)*

CONDESA.

¿Es ido el Conde?

GOBERNADOR.

El Conde es ido a misa.

CONDESA.

Pues baja, abre la puerta, abre Fernando.

FERNANDO.

Ya desciendo por verte.

CONDESA.

Aprisa, aprisa,  
que su justo furor estoy temblando.  
Que nadie llegue, a todos se os avisa.  
Mirad que yo os lo ruego y os lo mando.

GOBERNADOR.

Todos te obedecemos, porque es justo.

CONDESA.

Esta es mi voluntad y este es mi gusto.  
Y donde no, la gente que he traído  
ha de probar las armas con nosotros,  
y yo fuera del Conde, mi marido.



(Sale DON FERNANDO.)

FERNANDO.

Entrad, señora.

CONDESA.

Deteneos vosotros.

Sal, don Fernando, de mi mano asido;  
de deudos es liacer unos por otros.  
Si el Conde por su hermano aquí te prende,  
su mujer por su hermano te defiende.

Aquí tenéis caballos y dineros.  
Por donde puedas, de su furia escapa,  
que no se escapa mal de los aceros  
quien deja en ellos la mujer por capa.

(Vase DON FERNANDO.)

FERNANDO.

Adiós, señora.

CONDESA.

Ténganse, escuderos.

GOBERNADOR.

Hoy tu heroico valor le cubre y tapa  
del rayo del furor del Conde.

CONDESA.

Ha sido  
prueba de amor del Conde, mi marido.  
¿Qué me puede costar este disgusto  
que no sea menos que matar mi hermano?  
Que puesto que el delito es harto injusto,  
a lo que es hecho no hay remedio humano.

GOBERNADOR.

El Conde, mi señor, querrá tu gusto,  
y todo con tu amor está muy llano.  
Hoy das al mundo aquella maravilla,  
que un tiempo la Condesa de Castilla.

(Salen el CONDE y ESTEBÁÑEZ.)

CONDE.

¿Que se ha ido decís?

ESTEBÁÑEZ.

Digo, a lo menos,  
que la Condesa lo sacó y que es ido.

CONDE.

De nueva furia están mis brazos llenos.

CONDESA.

¿Cómo, señor, si son de mi marido?

CONDE.

Vosotros, todos de lealtad ajenos,  
¿esto le habéis, cobardes, consentido?

GOBERNADOR.

Señor, ¿quién pudo hacerle resistencia?  
Demás, que trujo gente su Excelencia.

CONDE.

Vayan tras él, seguidle.

CONDESA.

Será justo,  
para que no dé fruto mi esperanza,  
para que os pierda un hijo mi disgusto,  
y el alma el cielo, que ya vida alcanza.

CONDE.

Dejadme, no me habléis a tiempo injusto.

(Vase el CONDE.)

CONDESA.

Aun llevo de ablandarle confianza;  
que una lágrima sola en nuestros ojos,  
es sol para quitar nubes de enojos.

~~~~~

## ACTO TERCERO

(Salen ALCINO, labrador viejo, y DON ESTEBAN, padre  
de DOÑA ANA.)

ALC. Paréceme novedad  
que salgas de nuestra aldea,  
sin que la causa lo sea.

EST. Voy, Alcino, a la ciudad.

ALC. ¿A la ciudad? ¿De qué suerte?  
¿Posible es que hay ocasión  
que pueda de tu intención  
en esta ocasión moverte?

Tú que los campos amabas,  
las soledades vivías,  
el bullicio aborrecías  
y la compañía excusabas,

¿quieres ir a la ciudad?  
EST. Muda el tiempo, Alcino amigo,  
los montes, no es mucho, os digo,  
que mude la voluntad.

Desde que me sucedió  
la desgracia de mi hija,  
que ya no es bien que me aflija,  
pues tanto tiempo pasó

que pienso que hará seis años  
en este primero abril,  
que el tiempo, como es útil,  
pasa por bienes y daños.

- En este monte he vivido  
con mi hija retirado,  
de la ciudad olvidado  
y del Conde perseguido.  
Que como huyó don Fernando  
a Italia, de su rigor  
fuí el blanco, o lo fué mi honor,  
cuya causa estoy llorando.  
Mi hija, en hábito pobre  
de villana, vive aquí;  
mas ya vuelve Dios por mí,  
para que mi honra cobre.  
Que un hidalgo ciudadano  
que entre estos robles la vió  
una tarde que pasó  
con un halcón en la mano,  
me la pide por mujer,  
y es de lo bueno de España.  
ALC. ¡Oh, qué fiesta en la montaña  
los pastores han de hacer!  
Hoy se revuelve la aldea  
con la nueva de la boda.  
Hoy se regocija toda;  
para bien la boda sea.  
¡Pardiós, aunque viejo soy,  
que han de perdonar las canas,  
si parecieren livianas!  
FEST. Los brazos, Alcino, os doy.  
A la ciudad voy por él;  
haced que esté aderezada  
la casa, aunque pobre, honrada,  
que hoy pienso volver con él.  
Y es bien, Alcino, que vea  
el huésped, mozo y galán,  
que aunque pobres, siempre están  
limpias las casas de aldea.  
ALC. Quedad con Dios.  
El os guarde.  
(Vase DON ESTEBAN.)  
Menester será cuidado,  
por que quede aderezado  
el aposento esta tarde.  
(Salen BELARDO, LEONATO y TISANDRO, villanos.)  
¡Ea, Tisandro, Leonato;  
ca, Belardo!  
BEL. Eso, sí;  
parece que siempre en mí  
andáis tocando a rebato.  
ALC. También llamo a los demás.  
TIS. ¿Pues qué tenemos que hacer?  
ALC. Hoy es día de placer.  
BEL. ¿De placer?  
ALC. Sí; ¿dónde vas?  
BEL. A desuncir la carreta.  
ALC. Antes está bien así.  
BEL. Que era día presumí  
de pandero y castañeta.  
ALC. Esto a la fe, pues hay boda.  
LEO. ¿Boda, padre? ¿De quién es?  
ALC. Y así, quiero que los tres  
limpiéis esta casa toda.  
Que vais al monte y cortéis  
leña, romeros y flores,  
que han de venir los señores  
entre las cinco y las seis,  
y aquesta casa ha de estar  
que parezca un paraíso;  
no digáis que no os aviso  
con hartó tiempo y lugar.  
BEL. No me duélé el aderezo  
de la casa del señor,  
porque no hay buey que mejor  
se ponga el yugo al pescuezo.  
Pero no saber quién sea  
la novia, trava los pies.  
ALC. Nuesama doña Ana es,  
que se casa en nuestra aldea.  
BEL. ¡Válgala el diablo! ¿y con eso  
andaba tan amarrida?  
TIS. Ella pasó triste vida  
en después de aquel suceso.  
LEO. El viejo acierta en casalla.  
ALC. No le digas nada a ella,  
que teme el viejo ofendella.  
BEL. Más cierto esté de alegralla.  
Que a las mujeres la boda  
de gran regocijo es,  
aunque supiesen después  
llorarlo la vida toda.  
LEO. Id con Dios, que al monte iremos.  
ALC. La brevedad os encargo.  
LEO. Dejad a los tres el cargo,  
que medio monte traeremos.  
ALC. Antes que el sol se remonte,  
venid y excusad molestias.  
(Vase ALCINO.)  
BEL. Padre, con estas dos bestias,  
pronto os traeré medio monte.  
TIS. Arre allá; ¿tienes juicio?  
BEL. Ando, Tisandro, de boda.  
LEO. Bailalla pretendo toda,  
si hago a Lucinda servicio.  
BEL. Eso de Lucinda puedes

Iec. Cegar aparte, Leonato,  
 pues que sabes lo que trato.  
 Siempre de lo justo excedes;  
 siempre te quieres alzar  
 con lo mejor del aldea.  
 BEL. Cuando su gusto no sea,  
 yo no la puedo forzar.  
 LEO. Calla, por Dios, que me corro  
 que tú imites mi deseo.  
 BEL. Pardiós, Leonato, que creo  
 que habemos de andar al morro.  
 TIS. Ea, Belardo, que en todo  
 quieres, levantando el grito,  
 poner la tuya en el lito,  
 y siempre das en el lodo.  
 BEL. Dios sabe de mi humildad,  
 que jamás soberbio estuve;  
 falsos amigos que tuve  
 arrastraron mi verdad.  
 Hay muchos hombres que nacen  
 con estrella de enemigos;  
 pero los falsos amigos  
 mayores daños los hacen.  
 Este pensamiento es mío;  
 deja, Leonato, la empresa,  
 mientras Lucinda confiesa  
 que te trata con desvío.  
 LEO. Deja tus vanas querellas,  
 que mil hombres desdichados,  
 de lo que ellos son culpados,  
 quieren culpar las estrellas.  
 Yo te trato como amigo,  
 sin mentira o falsedad.  
 Lo de Lucinda es verdad,  
 y que la adoro y la sigo.  
 Pero no quieras tener  
 tan por tuya aquella prenda,  
 hasta que ella misma entienda  
 a cuál se inclina a querer.  
 TIS. Callad los dos noramala,  
 que ella y nuesama han venido.  
 (Sale LUCINDA con un instrumento de villana y DOÑA  
 ANA con sayuelo y delantal a lo aldeano.)  
 ANA. Esta canción el oído  
 me encanta, ablanda y regala.  
 Si hombre fuera, me volviera  
 áspid, por no me perder.  
 LEO. Yo Ulises, por no temer  
 una sirena tan fiera.  
 BEL. Yo un Argos, que sus enojos  
 oyera con mil sentidos,  
 si tuvo tantos oídos  
 como le pintaron ojos.

ANA. Canta el romance de ayer,  
 así Dios te dé ventura.  
 LUC. Yo lo haré, y primero jura  
 que no te has de entristecer.  
 ANA. Por aquel mi amado ausente  
 lo juro.  
 LUC. Yo te lo creo.  
 TIS. Ya tiempla.  
 BEL. Ya canta Orfeo.  
 LEO. ¡Ay de quien lo escucha y siente!  
 (Canta LUCINDA.)  
 LUC. El valiente Pimentel  
 y el valeroso Quiñones,  
 al campo salen gallardos,  
 por celos de sus amores.  
 No llevan armas ningunas,  
 que siendo amigos conformes,  
 con sólo llevar espadas  
 se armaron de las razones.  
 Ya mostraba el bello sol  
 sus dorados arreboles,  
 a quien las negras espaldas  
 iba volviendo la noche,  
 cuando el gallardo don Juan,  
 mozo generoso y noble,  
 por una fiera estocada  
 rindió el alma en tristes voces...  
 Don Fernando, entre sus brazos,  
 a un monasterio llevóle,  
 donde sus culpas confiesa,  
 para que Dios le perdone.  
 Afilgado don Fernando,  
 subióse a una fuerte torre,  
 donde, por vengar su agravio,  
 le vino a cercar el Conde.  
 Pero la noble Condesa,  
 en salvo su hermano pone,  
 mientras el Conde...  
 ANA. No pases  
 adelante, así te goces.  
 LUC. Creo que te has desmayado.  
 ANA. Cubrióseme el corazón,  
 cómo en aquesta ocasión  
 vi al señor Conde agraviado.  
 Que seis años de la ausencia  
 de don Fernando, no han sido  
 parte a poner en olvido  
 tan rigurosa sentencia.  
 TIS. Ella está triste de ver  
 su desdicha, sepa ya  
 que alegre y casada está.  
 BEL. Pardiós, que lo ha de saber.

Dejad la melancolía,  
señora, así os guarde Dios.  
Pues hoy, por veros a vos,  
salió tan alegre el día.

Que si nuevas de placer  
tristes memorias despiden,  
ya es justo que se os olviden  
con las que vengo a traer.

Vuestro padre y mi señor  
a la ciudad hoy se fué.

¿Por quién? ¿Cómo lo diré  
que lo recibáis mejor?

¡Fué por el vuestro velado!

ANA. ¿Por don Fernando?

BEL. Que no,  
que ya ese hidalgo murió  
de achaque de desdichado.

ANA. ¿Pues quién?

BEL. Un señor muy lindo,  
que ha de venir en su coche  
a veros aquesta noche.

ANA. Desventuras, yo me rindo.

BEL. Ea, alegraos, porque vamos  
por leña y flores al monte,  
que antes que el sol se trasluciente,  
dice Alcino que volvamos.

Y vos, hermosa Lucinda,  
algún día, prazga a Dios,  
seredes la novia vos,  
y vendréis a estar tan linda.

LUC. ¿Yo, Belardo? No lo creas.

LEO. En fin, en toda ocasión  
has de decir tu razón.

BEL. Habla tú, si la deseas;

yo me consuelo con esto.

TIS. Ea, dejallo, y partamos.

LEO. Ahora bien, al monte vamos,  
que allá trataremos desto.

(*Vanse los pastores.*)

LUC. ¿Qué es esto, señora mía?

ANA. Mis desdichas.

LUC. ¿Cómo?

ANA. El cielo  
quiere quitarme el consuelo  
que en la soledad tenía.

Estaba los días pasados  
viendo en una pura fuente  
mi llanto entre su corriente,  
y en su arena mis cuñados.

Cuando por seguir el rastro  
de su caza, dió conmigo  
de mi padre un grande amigo,  
que llaman Ruiz de Castro.

Agradóse de mirarme,  
y dando al aire un halcón,  
dijo, en aquesta ocasión:  
«Ya puedes, halcón, dejarme.

Que esta caza con el alma  
se caza, que no con aves.»  
Yo entonces, con ojos graves,  
tuve la respuesta en calma.

Pero al fin le respondí,  
y desta conversación  
ha nacido la afición  
con que me pretende así.

Habrá con mi padre hablado,  
y andarán en el concierto.

LUC. Pues si esto, señora, es cierto,  
trueca en descanso el cuidado;

que algún fin han de tener  
tus desdichas, y el que había  
hoy el cielo te le envía,  
siendo de un hombre mujer  
de tanto merecimiento.

ANA. Vamos a hablar con Alcino,  
que ya, Lucinda, adivino  
mi muerte en mi casamiento.

(*Vanse y salga de soldado pobre DON FERNANDO.*)

FERNANDO.

Sin duda que era piedra mi memoria,  
tirano amor, autor de mis engaños,  
pues imprimiste en ella tu victoria  
en seis días no más, para seis años.  
Un hora, hora de tu incierta gloria,  
me cuesta un lustro de notables daños,  
sin que pudiese el variar del cielo  
trocar el fuego de mi pecho en hielo.

¿Cómo si cera fuí para tu flecha,  
para memorias del dolor he sido  
mármol? Adonde vive sin sospecha  
de que la venza el tiempo ni el olvido.  
Contra el gusto del cielo, ¿qué aprovecha  
estar un hombre armado y defendido  
de remedios humanos? Fué mi estrella;  
nacé con ella, y moriré con ella.

No las tierras extrañas que he pasado,  
las provincias y reinos diferentes,  
los extranjeros mares que he surcado,  
el vario trato de diversas gentes,  
no el ver mi vida en tan humilde estado  
cercado de contrarios accidentes,  
han podido sacarte de mi pecho,  
causa del mal que tanto mal me ha hecho.

No puse bien, señora, en Barcelona  
la planta apenas, de la mar eujuta,

cuando tu amor, que el alma me aprisiona,  
por la deuda pasada me ejecuta.  
Paso por Cataluña; la Corona  
de Aragón, que su Rey agora enluta;  
y venido a los campos de Castilla,  
busco del Tajo la famosa orilla.

Esta es la tierra luz de mis sentidos,  
en que me dicen que naciste, y donde,  
por pisarla mis pies, juzgo atrevidos.  
El campo es éste, que tu cuerpo esconde.  
Ya los dos no seremos conocidos,  
Ana divina, del airado Conde.  
Si vives, habla a un muerto y dale vida,  
que nunca más de mí fuiste querida.

Y si quisiese mi dichosa estrella,  
que hasta agora me fué tan desdichada,  
que libre como estoy, pudiese vella,  
y no cual pienso, por mi mal casada;  
que si otro viese que gozaba della,  
no dudo que al rigor de vuestra espada,  
¡oh, gran Conde!, ofendido diese el cuello,  
antes que de tus trenzas un cabello.

(Salen BELARDO, LEONATO y TISANDRO.)

BEL. Lleve esta carga de ramos,  
Tisandro sobre el pollino,  
que es hacer otro camino,  
si en el monte le dejamos;  
que va mi carreta, a osadas,  
y no le puedo cargar.

TIS. Que bien le podré llevar.

LEO. ¿Hay espadañas cortadas?  
¿O habemos de ir a la fuente  
de la juncalera?

TIS. No,  
que ya Belardo cortó  
juncia y rama suficiente.

FER. Aquestos me informarán.  
¡Ah, buena gente! ¿A quién digo?

TIS. ¿Quién llama?

FER. Amigo es.

BEL. ¿Amigo?

LEO. ¿Dónde queda el capitán?

¿Habéisle acaso dejado?

FER. No soy, amigos, bisoño,  
que a fe que cumplo este otoño  
buenos años de soldado.

BEL. Muy bien se os echa de ver  
en el hatillo.

FER. Esto medra  
quien sirve.

BEL. A un tiro de piedra  
se les debió de volver.

FER. No soy de esos, por mi vida,  
bien llego hasta pelear;  
que aun os podría mostrar  
en el pecho alguna herida.

¿Hay por aquí gente alguna?

BEL. Este camino no para  
menos que en Guadalajara.  
Este va a Torrelaguna.

Por allí van a Madrid.

Y esotro vuelve a Alcalá.

LEO. Este soldado será  
desde los tiempos del Cid,  
que ya de nada se acuerda.  
Ved cuál está transformado.  
¿Qué digo, señor soldado?  
Deje el monte, no se pierda.

FER. Ya no me puedo perder.

¿Cuya es esa casería?

TRI. Ser de buen amo solía.

¿Habéisla vos menester?

FER. Descansar quisiera en ella.

BEL. Hallaréisla alborotada.

FER. Para hacella desdichada,  
bastaba el valerme della.

BEL. No, por Dios, que antes es fiesta  
de una boda.

FER. ¿Qué eso pasa?

Decid, por Dios, ¿quién se casa?

BEL. ¿Tengo de darle respuesta?

TIS. ¿Por qué no?

BEL. Porque sospecho  
que nos ha de preguntar  
si ella tiene algún lunar  
desde las plantas al pecho.

Soldado preguntador:  
supuesto que no os lo deban,  
sabad que el buen don Esteban,  
que es su dueño y mi señor,  
casa a su hija doña Ana  
con Rui de Castro, un fidalgo  
que pasaba con un galgo  
y un azor, cierta mañana,  
y della se enamoró,  
y hoy viene a casa a dormir,  
saliéndole a recibir  
la gran puta que os parió.  
¿Queréis más?

FER. No, pues me has  
más que quisiera saber. [dicho]  
¡Oh mujer, al fin mujer!

BEL. Puesto se me ha en el capricho  
que éste es algún hombre honrado.  
En el rostro lo parece.

LEO.

BEL. ¿Qué, no os cansa y desvanece esta vida de soldado?

FER. Harto cansado me tiene seis años que peregrino; pero de todo el camino, que al fin la vida entretiene, ninguna vez me he sentido tan cansado como agora que descansa esa señora en brazos de su marido.

BEL. ¿Cómo así?

FER. Porque a su esposo en Italia conocí.

TIS. ¿Y fué vuestro amigo?

FER. Sí.

LEO. Vos fuéades venturoso, si antes desta nuestra boda le diéades nuevas tales; porque en ansias inmortales pasaba la vida toda.

Pero ya será forzoso que se alegre.

FER. Sí será, y más si esta noche está en vuestra casa su esposo.

De veros regocijados, me ha venido un alboroto de dejar, pues ando roto, vestidos tan mal soldados.

Pues tan mal soldado fui, ponerme a ganar soldada; quizá la vida pasada se podrá soldar así.

En fin, la transformaci6n en soldada de soldado, será primor delicado, y volver hembra el var6n.

¿Queréisme dar un vestido y llevarme a ser pastor?

BEL. Pardi6s, que acertáis mejor que no en andaros perdido.

Dad al diablo soldadescas que sus pagas mal logradas son unas piernas quebradas en unas calzas tudescas.

Vienen los hombres perdidos de allá de esa guerra fiera, como milagros de cera, muy buenos para ofrecidos.

Porque sois hombre de bien, yo os quiero dar un gabán, con que andaréis muy galán, y con que sirváis también.

Y hablaré a mi padre.

FER. Quiero

echarme a tus pies.

BEL. Venid.

LEO. ¿De dónde sois?

FER. De Madrid.

TIS. Sospecho que es caballero.

LEO. En la cara se lo vi.

BEL. Yo en la hambre y en los piojos.

FER. ¡Ay, señora de mis ojos, si te has de acordar de mí!

(*Vanse y salgan* RUIZ DE CASTRO, DON ESTEBAN y ALCINO.)

ESTEBAN.

Llamad, Alcino, esa muchacha luego.

RUIZ.

No la deis, por mi vida, sobresalto.

ALCINO.

Yo voy, señor, a hacer lo que me mandas.

ESTEBAN.

Contento vengo, Castro generoso, del valor, hidalguía y noble término que mostráis con mi hija, y estad cierto que si tuviera yo tan grande Estado como el de Benavente, Alba y Osuna, os la entregara de la misma suerte.

RUIZ.

Padre y señor, ¿qué Estado podréis darme que exceda a su virtud y a su hermosura? Su rostro es alba, el mundo sus virtudes, yo tengo para entrambas lo que basta. ¿Qué dote, qué riqueza igualar puede a sus costumbres? Venturoso el día que vine, don Esteban, a estos montes, donde la vi como Diana casta, salteando las vidas de los hombres. Suplícoos que mi bien no se dilate, ya que queréis que dél esté tan cerca; y no os aflija el verla en ese traje, que así la quiero, pues así me mata.

(*Sale* ALCINO.)

ALCINO.

Aderezarse quiso mi señora, luego que supo que tú habías venido; mas yo le dije que te pesaría que no viniese con el mismo hábito, y sólo aguarda para entrar a verte, que cesen los colores que en su rostro puso el rojo pincel del sobresalto.

RUIZ.  
Así viene mejor; dile que venga.

ESTEBAN.  
Dile que de eso gusta Rui de Castro.

RUIZ.  
Díjome, Alcino que ha sabido agora  
que el Conde tu enemigo y señor suyo  
está en Guadalajara.

ESTEBAN.  
¿El Conde?

ALCINO.  
El Conde.

ESTEBAN.  
¿A qué está el Conde allí?

ALCINO.  
Tiene negocios  
con el Duque, según algunos piensan.  
Otros dicen que trata un casamiento,  
y otros dicen que pasa a Guadalupe.

ESTEBAN.  
Que tan cerca de casa le tenemos,  
en cuidado me ha puesto.

RUIZ.  
No os dé pena  
ninguna cosa; el Conde es un gran príncipe,  
y yo sé que no sois de quien se queja.

ESTEBAN.  
Mi hija viene.

RUIZ.  
Y yo me siento agora  
cual ella estaba cuando yo venía.  
¿Cómo si es fuego amor, la sangre enfría?

(Sale Doña ANA acompañada de LUCINDA y DOROTEA.)

EST. Llega a hablar a tu marido.  
ANA. Dadme, señor, vuestras manos.  
RU. Favor, cielos soberanos,  
que miro al sol, atrevido.

ANA. ¿Cómo venís?  
RU. Como quien  
viene a veros. ¿Cómo estáis?

ANA. Para serviros.

LUC. Bien vais.

ALC. Pardiós, hasta agora bien.

DOR. No se han dicho necedad.

LUC. Bien, que aún no están desposados.

ALC. Ya los dos hablan turbados.  
Vuestro socorro les dad.  
EST. Ea, yo hablaré con ellos.

(Salen BELARDO, TISANDRO, LEONATO y pastores y DON FERNANDO, de villano.)

TIS. ¿Qué, ya está acá el desposado?  
Sea en buen hora llegado.

DOR. No habléis, dejadlos a ellos.

TIS. ¿Qué, también tú estás acá?

DOR. ¿Pues qué le parece a él?

TIS. Tú a mí, pardiós, un clavel  
que abriendo el pimpollo está.

BEL. ¡Hola, padre!

ALC. ¿Qué me quieres?

BEL. ¿Véis ese mozo?

ALC. Muy bien.

FER. Mil gracias, amor, te den;  
eres dios, piadoso eres.

BEL. Viene a servir.

ALC. ¿A servir?

BEL. Sí, voto al soto; no hay más  
de recibille.

ALC. Tú estás  
bueno; voysele a decir  
a nuesamo.

BEL. No es razón  
para que en esto le habléis;  
entretanto, le daréis  
mi cuidado y mi ración.

Que yo tengo que bailar  
en esta boda sin fin.

EST. La casa, en efeto, es ruin;  
no hay en ella que veáis.

Vivimos como en aldea.

FER. Este es el novio, sin duda.  
Buen talle, el color me muda...  
Para mal su boda sea;

que yo la pienso estorbar,  
o perder lo que me queda,  
que es la vida.

RU. No hay que pueda  
ver más ni más desear.

Es doña Ana, mi señora,  
palacios, luertas, frescuras,  
joyas, riquezas, pinturas,  
que el sol de su rostro dora.

Hace corte aquesta aldea;  
esta casa, paraíso;  
porque en ella el cielo quiso  
hacer que el cielo se vca.

EST. Entrad donde descanséis,  
que en pie no estáis bien aquí.

RU. ¿Vendréis luego?  
 ANA. Señor, sí.  
 RU. Suplícoos que luego entréis.  
 EST. Hija, haced aperebir  
 lo que os dije, y esa gente  
 nuestro regocijo aumente.  
 ALC. Oid qué os quiero decir:  
 ¿Ha de haber para la cena  
 más de aquello que mandasteis?  
 EST. Basta, si todo lo hallasteis.

(*Vanse RUIZ DE CASTRO y DON ESTEBAN.*)

ALC. Pues id, y no tengáis pena.  
 Ea, Dorotea, Lucinda,  
 Belardo y vosotros todos:  
 regocijad de mil modos  
 novia tan hermosa y linda.  
 Yo voy a lo que me toca.  
 Vosotras a la cocina.  
 Tú, pues, Tisandro, camina.  
 Haya fiesta y no haya poca.  
 Dejad la novia tocar,  
 aunque así el novio la quiera.  
 BEL. Pardiós, de cualquier manera  
 la podrá el novio tomar.  
 Vamos todos, que he de hacer  
 esta noche una comedia.  
 LUC. Y yo a cantar y a tañer.

(*Vanse todos.*)

FER. Aquí me quedo escondido,  
 para ver si hablarla puedo,  
 aunque temblando de miedo,  
 en el temor atrevido.  
 Ojos, no lloréis; dejad  
 que mire el sol que os alegra,  
 aunque con nube tan negra  
 eclipsa su claridad.  
 ¿Llegaré? Pero no aquí.  
 Más vale salir a hablalla.  
 ¿En qué se divierte y calla?  
 Mas ya se queja, ¡ay de mí!

ANA.

Tristezas, si el hacerme compañía  
 es fuerza de mi estrella, y su aspereza  
 vendréis a ser en mí naturaleza,  
 y perderá el rigor vuestra porfía.

Si gozar no merecen de alegría  
 aquellos que no saben qué es tristeza,  
 ¿cuándo se mudará vuestra firmeza?  
 ¿Cuándo veré de mi descanso el día?

Sola una gloria os halla conocida,  
 que si es el fin el triste sentimiento  
 de las alegres horas desta vida,

vosotras le tendréis en el contento.  
 Mas, ¡ay!, que llegaréis a la partida,  
 y llevarás mi esperanza el viento.

FER. Pues está triste, sin duda  
 que toma el casarse mal.  
 ANA. De pesar estoy mortal.  
 FER. ¡Oh, amor, mil fuerzas ayuda!  
 ANA. ¿Qué tengo de obedecer?  
 FER. ¿Que he de sufrir que se case!  
 ANA. ¿Que quiera el cielo que pase  
 por lo que no puedo hacer!  
 FER. ¿Cómo no llego y le digo  
 quién soy, pues no está casada?  
 ANA. Alma confusa y turbada:  
 decid a mi ausente amigo,  
 pues que váis adonde está,  
 que ésta es fuerza y obediencia.  
 ¿Mas para qué es la paciencia  
 donde no se acuerdan ya?  
 Allí he visto un Labrador.  
 ¿Qué hacéis aquí?

FER. ¿Yo, señora?

ANA. ¡Tú, pues!

FER. Trújome aquí agora  
 Rui de Castro, mi señor.

Y con deseo de ver  
 lo que nos ha de mandar,  
 os quise, pardiós, hablar;  
 pero no lo supe hacer.

Dadme esas manos mil veces.

ANA. ¿Cómo es, Labrador, tu nombre?

¡Dios te valga, y cómo a un hombre  
 en habla y rostro pareces!

FER. Estoy tan desaparecido,  
 que si alguno he retratado,  
 a fe que es bien desdichado,  
 pues que yo le he parecido.

Antes que sirviese yo,  
 en casa de mis parientes  
 vi cosas muy diferentes,  
 pero todo se trocó.

Persiguióme un hombre honrado,  
 porque le di cierto enojo  
 sobre un amoroso autojo,  
 y fuíme a Italia soldado.

Y como con el poder  
 nadie se puede estrellar,  
 pardiós, que no osé tornar  
 a ver a cierta mujer.

Volvíme a ser lo que soy,  
 harto más enamorado



que al partirme lo había estado,  
y agora también lo estoy.

Es mi nombre Benavente,  
y Rui de Castro mi amo;  
bien que otro nombre me llamo,  
del que os digo diferente.

Pero aquése fué de pila  
y éste de confirmación,  
aunque llamarse León  
mucho al cordero aniquila.

ANA. Extraños son tus sucesos.

FER. No lo son los vuestros poco.

ANA. Yo nunca al cielo provocho,  
y están en piedras iupresos.

FER. En verdad que no estáis mal (1)  
casada con un señor  
de tal nombre y tal valor,  
tan hidalgo y principal,

que de los Condes de Andrada  
trae origen, por lo menos.  
Como vos estén los buenos,  
vos estáis muy bien casada.

No tenéis que lamentar,  
¡ay, de mí!, que hallo mis cosas  
más tristes, más peligrosas  
que antes de entrar en la mar.

Pero yo soy un villano,  
tengo fuerte el corazón;  
siempre da Dios la pasión,  
conforme al sujeto humano.

ANA. Yo, si te digo verdad,  
que te he cobrado prometo  
a tu rostro algún respeto,  
y a tu buen celo, amistad.

Sabe que a disgusto mío  
doy a mi padre obediencia,  
porque al dueño de una ausencia  
ciertas lágrimas envió.

Tú en el rostro le pareces,  
y yo a ti en las desventuras,  
con que, aunque fueran muy duras,  
mis entrañas enterneces.

Mas ya que falta remedio  
y es forzoso el mal también,  
por estar de aquí a mi bien  
todo un mundo de por medio,  
dime, amigo, ¿éste tu dueño  
es de buena condición?

FER. ¡Oh, engañado corazón,  
despertad del dulce sueño!

Mirad que habláis con mujer,  
que aunque ha llorado por vos,  
ya se consuela, por Dios.  
Que si por fuerza ha de ser,  
que lo toméis con buen gusto.

ANA. Qué quieres, no puedo más,  
y el consejo que me das  
me parece que es muy justo.

FER. A pesar de mi consejo,  
y de la mujer más fuerte;  
mas si hablo desta suerte,  
mal de mi suerte me quejo.

Digo, señora, que es hombre  
Rui de Castro, de valor,  
y digno de vuestro amor,  
por rico y por gentilhombre.

Tan bien acondicionado,  
que los que allá le servimos,  
que es como un ángel decimos  
cuando está muy enojado.

Es liberal en extremo;  
buen justador, y gallardo  
de entrambas sillas.

ANA. ¿Qué aguardo?  
¿Qué me acobarda? ¿Qué temo?

En fin, ¿que podré casarme  
y olvidar aquel ausente?

FER. Por vida de Benavente,  
que podéis crédito darme.

Que ese ausente que queréis,  
cuya historia he yo sabido,  
ya debe de estar perdido,  
y vos la ocasión perdéis.

Mil mujeres se han quedado,  
por temas, sin casamientos  
de grandes merecimientos,  
que después los han llorado.

Creed a este labrador,  
en desdichas cortesano,  
y dad a Castro la mano.

ANA. Tengo a don Fernando amor.

FER. Así llamábase, así,  
aquél que del Conde huyó.  
Mas ¡qué sopetón le dió  
al otro, cuerpo de mí!

¡Pardiez, que si aquí viniera,  
que según os quiere bien,  
creo que a esotro también  
otro sopetón le diera!

ANA. ¡Ay, si le vieran mis ojos!

FER. Andá, que bien os holgáis;  
que años de pena olvidáis  
por cuatro blancas de autojos.

(1) En el original dice: «Es verdad que estáis muy mal», que parece al revés de lo que debe decir y según lo que añade luego.

(Sale LUCINDA.)

LUC. ¿Estás, señora, tocada?

ANA. Como me dejaste estoy.

(Sale DOROTEA.)

DOR. A hacer que se siente voy  
la señora desposada.

¡Ah, mi señora!, ¿qué es esto?

¿No te han vestido y tocado?

ANA. Las tristezas me han tocado,  
y su vestido me he puesto.

Con aqueste labrador,  
criado de ese galán,  
me he entretenido.

(Salen BELARDO y LEONATO.)

BEL. Ya están  
acá las dueñas de honor.

Tiende, Leonato, ese estrado.

LUC. Deja eso, entremetido.  
La novia no se ha vestido,  
y ya sale el desposado.

LEO. Yo sé que la quiere rota.

BEL. Jugador debe de ser,  
que a su padre dijo ayer  
que la quería en pelota.

Y esto de rota, es un necio  
si así la quiere querer,  
porque el romper ha de ser  
la lanza que lleva el precio.

DOR. Pues ya que no te has vestido,  
en el estrado te asienta.

ANA. ¿Qué milagró, que se sienta  
quien tanto bien ha perdido?

Diles que vengan, buen hombre,  
que ya en el túbulo estoy.

FER. Corriendo a llamarlos voy.

LUC. ¡Ay!, no le des ese nombre.

DOR. Tálamo se ha de llamar,  
que no túbulo, señora.

ANA. Bien digo; haced cuenta agora  
que me llevan a enterrar.

(Salen DON ESTEBAN y RUIZ DE CASTRO, muy galán  
de novio, y DON FERNANDO.)

RUIZ.

¿Qué importa, mi señor, que esté desnuda?

FERNANDO.

Con quien se ha de cumplir, así la quiere...

ESTEBAN.

Ana, en tu vida me darás contento.

¿Por qué no te has vestido?

ANA.

No he podido,  
que en ti llega el aviso y el suceso  
a un mismo tiempo, para cosas mías.

ESTEBAN.

Tomad, señor, aquesta silla, en tanto  
que la mano le déis, y estos pastores  
pueden regocijar el desposorio.

DOROTEA.

Bailar y cantar quieren, si te agrada.

FERNANDO.

¿Qué aguardo? ¿Por ventura diré a voces  
quién soy, aunque me prendan y me maten,  
o dejaré casar esta enemiga?

¿Qué importa que lo diga? Yo lo digo.

Mas, dónde vais con tanto atrevimiento,  
¡oh, loco amor!, pues si quien soy descubro,  
he de llevar de dónde estoy a doña Ana,  
o quitarle la vida a Ruiz de Castro.

Quiero esperar hasta el postrero punto;  
será de mi vivir punto postrero.

RUIZ.

Cantad.

BELARDO.

Ya va de joya.

RUIZ.

Darla espero.

(Canten lo que quisieren y DON FERNANDO diga a la  
segunda vez que canten.)

FER. No pase vuestra canción,  
amigos, más adelante.

EST. ¿Quién dice que no se cante?

FER. Animo, vil corazón.

¿No me conocéis?

BEL. Sin duda  
nos quiere regocijar.

Tocadle, para bailar.

FER. Más antes el son me muda,  
que ha de hacer otra mudanza.  
Yo soy...

BEL. ¿Si quiere decir  
algún chiste de reír  
antes de hacer la mudanza?

Yo soy...

FER. Mas que se ha turbado.

FER. Yo soy, decíroslo quiero...

BEL. Di que eres un majadero,  
y habráslo todo acertado.

Para representante  
no trae buen frontispicio.

LEO. No ha topado con su oficio.

FER. Oídme atento, señor.

BEL. ¿Qué diablos os han de oír  
si nunca acabáis de hablar?

FER. Tengo mucho que pensar.

BEL. Pues a estudiar o a dormir.

FER. Si lo digo, alguno habrá  
que le pese.

BEL. Sois tan ruin,  
que a todos pesara en fin.

FER. Yo lo digo.

BEL. Desta va.

(Sale TISANDRO alborotado.)

TISANDRO.

Cesad de la alegría y regocijo,  
aunque era justa, por tan justa causa;  
que no sé si pudiera hallarse nueva  
que tristeza mayor pudiera daros.

ESTEBAN.

¿Qué nos dices, Tisandro? ¿Tienes seso?  
¿Qué nueva puede haber que nos dé pena?  
¿Mi hija no está aquí? ¿No está mi yerno  
con salud y con gusto?

TISANDRO.

Aquí llegaron  
dos caballeros, pienso que perdidos,  
en dos cuartagos, y sabiendo que era  
casa en que había que pasar la noche,  
volvieron hacia el monte y me dijeron:  
«Decid, amigo, al dueño desta casa,  
que la aperciba lo mejor que pueda,  
porque de Benavente el Conde viene,  
de la caza perdido y fatigado;  
que de Guadalajara habrá dos días  
que salió con algunos caballeros,  
y advertidle que viene sin criados.»

ESTEBAN.

¡Oh, extraño azar del gusto desta vida!

RUIZ.

¿Que el Conde viene?

TISANDRO.

Sí, señor, el Conde.

FERNANDO.

¡Ah, lengua, cuánto mal hacernos suele!  
Si hubiera hablado yo, si hubiera dicho

quién era, aquí sin duda fuera muerto.  
¡Oh, buen pastor, que entre deseo y lengua  
te pusiste, impidiendo mis razones!  
¿Si fuera bueno huir? ¿Pero quién puede  
conocerme, olvidado de doña Ana?

(Sale el CONDE, de caza, DON DIEGO y DON FADRIQUE.)

CONDE.

Digo, señores, que me pesa mucho  
de que sea forzoso alborotaros,  
que ya he sabido vuestro desposorio.  
Pero excusarlo no es posible, esténse,  
esténse, por mi vida, quedos todos.

ESTEBAN.

Tome vuestra Excelencia aquesta silla.

CONDE.

¿Quién es el novio y quién la desposada?  
Que de algo he de servir, pues he venido.

DIEGO.

Padrino puede ser vuestra Excelencia.

CONDE.

Digo que yo lo soy.

ESTEBAN.

No sé si diga,

hijos, quién soy.

RUIZ.

¿Pues qué remedio queda,  
que en tanta confusión dáosle pueda?

EST. Señor, ¿no me conocéis?

CON. No, padre, por vida mía.  
Alzaos, porque no querría  
que con respeto me habléis.

Paréceme haberos visto.

EST. Don Esteban soy, señor,  
que por no daros dolor,  
mi nombre al vuestro resisto.

Esta es doña Ana, por quien  
tanto enojo habéis tenido.

CON. Confieso que os he querido  
mal, pero ya os quiero bien.

El tiempo todo lo cura;  
dejemos estar los muertos.

ANA. Los dos, de remedio inciertos  
en tan triste desventura,

hemos hecho penitencia  
entre aquestas soledades.

CON. Y yo de las crueldades  
que he usado con vuestra ausencia.

- No tratemos de mi hermano,  
que no quiero entristecerme;  
don Juan para siempre duermie,  
cobrarle es intento vano.
- ¿Es vuesa merced, señor,  
de doña Ana esposo acaso?
- FER. ¡Que de desdichas que paso!  
RU. Soy muy vuestro servidor.
- Soy Rui de Castro, sobrino  
del de Villalba y Andrada.
- CON. Luego no me engaño en nada.  
Yo os sirvo en seros padrino.
- Yo soy muy gran servidor  
del Conde, y aunque seáis  
tan honrado, hoy aumentáis  
de vuestra casa el valor.
- Es doña Ana muy hourada,  
y en su casa, y a su lado,  
la Condesa le ha criado  
tal, que pudo estar casada  
con mi hermano, si no fuera  
su desdicha de los dos.
- EST. Mil años os guarde Dios.  
¡Qué menos de vos se espera!
- Honra de los Pimentales,  
fénix de sangre real.
- CON. No estarán, Esteban, mal  
con vuestras armas roeles.
- Aquesos seis mil ducados  
que a doña Ana prometí,  
pues llegué a buen tiempo aquí,  
quiero que le den doblados.
- Paguemos al buen don Juan  
algo del amor en esto.
- ANA. Ya, señor, las gracias desto  
vuestros méritos os dan.
- FER. Piadoso está el Conde, ¡oh cielos!  
¿En qué tengo de parar?
- ¿Cuál hombre ha llegado a estar  
en tan confusos recelos?
- CON. Cantad, cantad, por mi vida,  
que soy en extremo amigo  
de música.
- LUC. Yo prosigo.
- CON. Callad, y nadie la impida.
- (Canta LUCINDA.)
- A los pies del noble Conde  
de Benavente y Mayorga,  
está la hermosa Condesa,  
bañando el rostro en aljófár.  
Por don Fernando le ruega,  
que ha seis años que está en Roma
- por la muerte de don Juan,  
y así le dice llorosa:  
Perdona, perdona,  
que en esto se parece,  
quien tiene sangre de tan nobles re-  
Acuérdate, gran señor. [yes.
- de las pasadas historias,  
en que tus antepasados  
hicieron tan altas obras.  
No es un señor más glorioso  
por el cetro y la corona,  
que en perdonar las injurias  
consiste la gloria toda.  
Perdona, perdona,  
que en esto se parece  
quien tiene sangre de tan altos reyes.
- CON. De manera me ha movido,  
que si a don Fernando viera  
en este punto, le diera  
el perdón que me has pedido.
- ¿Quién compuso esta canción?
- Yo, señor.
- BEL. ¿Vos?
- CON. Sí, en verdad,  
BEL. viniendo de la ciudad.
- CON. Vos merecéis galardón.
- Poncos esta cadena.
- FER. Creo que ha llegado el día  
de que me quiten la mía,  
o que me den mayor pena.
- En efecto, gran señor,  
si aquí Fernando se hallara,  
¿decís que le perdonara  
vuestro divino valor?
- CON. Por vida de la Condesa,  
que no dudo que lo hiciera.
- FER. Que es el que el perdón espera,  
don Fernando tus pies besa.
- CON. ¿Don Fernando?
- FER. Sí, yo soy;  
córtame el cuello, o perdona,  
que aquí tienes mi persona.  
Rendido a tus pies estoy.
- ANA. ¡Válgame el cielo!, ¿qué veo?
- EST. ¡Ay, hija, yo soy perdido!
- FER. Desta manera he venido,  
porque ya morir deseo.
- Seis años ha que ando así,  
de tu gracia desterrado.
- CON. De mirarte estoy turbado.
- FER. Yo de verte estoy sin mí.
- CON. Levántate, que en efecto,  
la Condesa te perdona,

cuya virtud sola abona  
cualquier ajeno defecto.

Tú un hermano me quitaste,  
y ella tres hijos me dió;  
que, como huiste, pagó  
lo que a deber me quedaste.

Mis hijos son tus sobrinos,  
no puedo en este lugar  
dejarte de perdonar.

FER. Hechos de tu nombre dignos,  
gloria y honra de tu casa.

ANA. Rui de Castro; perdonad,  
que ésta es vieja voluntad;  
ya vos sabéis lo que pasa.

¡Esposo mío!

FER. • ¡Mi bien!

BEL. ¡Aderézame esos bledos!

RU. Di, señor, que se estén quedos.

EST. ¿Cómo que quedos estén,

si son marido y mujer?

CON. Esto es verdad, perdonad,  
y yo padrino.

RU. En verdad,  
que os tengo que agradecer.

CON. Yo tengo donde escojáis,  
en dos sobrinas.

RU. Yo quiero  
besaros los pies primero.

BEL. Ya que casados estáis,  
pardíós, Lucinda, que vos  
heis de ser mi matrimonio;  
este abrazo es testimonio.

LEO. Sin duda estaba de Dios.

RU. ¡Ay, voluntad engañada!

CON. Que tendrá remedio espero.

FER. Y ahora, fin verdadero

*La piedad ejecutada.*

F I N



# LOS PLEITOS DE INGALATERRA

## COMEDIA FAMOSA

DE

FREY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO

### PERSONAS QUE HABLAN EN EL LA

EL REY.  
LA REINA.  
LISENA.  
VENCISLAO.  
UN AYO.

DUQUE DE IRLANDA.  
CRIADOS.  
FLORISANDRO.  
CONDE DE BURA.  
TIBERIO.

ENRIQUE.  
DOS GRANDES.  
DOS VILLANOS.  
SOLDADOS.

#### ACTO PRIMERO

(Salen el REY y FLORISANDRO.)

REY. A furia me ha provocado.  
FLO. ¿Qué te escribe?

REY. Que venía  
a Escocia el de Irlanda armado  
con lucida infantería  
y vana soberbia armado.  
Rompió las treguas.

FLO. Requiebra  
con las armas a Ginebra.  
Quien ama no tiene ley.

REY. Si es ley palabra de un rey,  
¿qué rey la palabra quiebra?

FLO. Incitará; es mujer,  
y afirma que le dejó  
tu padre a Escocia.

REY. Es querer  
que, como Júpiter, yo  
con César parta el poder.

Pues amor y señorío  
no requieren compañía;  
que cuando su padre y mío  
estos reinos dividía  
fué con mortal desvarío.

En salud diera la guerra;  
que agora el Duque negocia  
por interés desta tierra  
dejando a Ginebra a Escocia  
y a Eduardo a Inglaterra.

FLO. Para casar altamente  
dejó tu padre a tu hermana  
a Escocia en dote.

REY. No siente  
quien no ve la razón llana  
de que yo negarlo intente.

Si yo a mi hermana le casado  
con el Duque, y no pudiera  
darla esposo más honrado,  
cuando este dote la diera,  
¿qué testamento he quebrado?

Si yo cumplo la intención  
del testador y a mi hermana  
casé altamente, ¿es razón  
que agora, soberbia y vana,  
tenga esa vil pretensión?

¿Es razón que el Duque incite  
para que a Escocia me quite?  
¿Paga bien mi fe y amor?  
¿Este enemigo rigor  
entre hermanos se permite?

FLO. Si dicen que por reinar  
se permite una traición,  
y aquí hay razones que dar  
para fundar su razón,  
¿de qué la debes culpar?

REY. Quiere ser Reina.  
¿Y es bien  
que en un reino dos cabezas  
con igual (1) poder estén?  
¿Y dos iguales grandezas  
en un supuesto también?

Es locura, Florisandro.  
O todo del Duque sea  
o todo mío; pues cuando

(1) En el original «conyugal» por errata.

dentro de Escocia se vea,  
y, como piense, reinando,  
también querrá a Ingalaterra  
y verse dueño de todo;  
que en gente enseñada a guerra  
no habrá paz de ningún modo  
ni estará quieta en su tierra.

Tras la victoria, el soldado  
mal al oficio se aplica;  
que al robo, al saco enseñado,  
pondrá a los pechos la pica  
del padre que le ha engendrado.

Fórmese ejército luego,  
socórrase a Escocia y demos  
a su armada y naves fuego  
hasta que a Troya imitemos  
si el Duque imitare al griego.

(Sale la REINA.)

FLO. La Reina, señor, ha entrado.

REY. Habrá sentido el rumor  
de lo que habemos tratado.

REI. ¿Qué nueva es esta, señor,  
que tanta pena os ha dado?

REY. Por estar vos en los días  
del parto, no me he partido  
a castigar prendas mías.  
Ya Ginebra ha remitido  
a las armas las porfías.

Ya, desnudos los letrados  
de las repúblicas ropas,  
de nuestro pleito cansados,  
resplandecen en las popas  
de una fuerte armada armados.

Ya para trocar las suertes  
de las vanas esperanzas  
y la pretensión que adviertes  
truecan las plumas en lanzas,  
los libros en petos fuertes.

No quiere pleitos mi hermana,  
que la guerra de papel  
le ha parecido liviana.

REI. ¿Viene el Duque?

REY. Sí, pues él  
rompe al mar la espuma cana.

El viene por general,  
él se promete, él se fía  
victoria de empresa tal  
y corona de la mía  
el estandarte real.

Rey dicen que se intitula,  
ni falta ya quien le adula  
con majestades y altezas

y que a mayores grandezas  
le provoca y estimula.

Pienso que el ir en persona  
ha de importarme.

REI. Señor:

que envíe vuestra corona  
el Duque, antes es valor  
que sus agravios perdona.

Venga, y no le castiguéis  
por vuestra mano, ni es justo  
que desa suerte le honréis,  
después del grave disgusto  
que ausentándoos me daréis.

No estoy en tiempo que puedo  
quedarme sin vos.

REY. Florisandro.

FLO. Señor.

REY. Amor todo es miedo.

FLO. ¿Tú de qué temes amando?

REY. Este bien que perder puedo.

FLO. ¿Tú, señor, puedes perder  
la que es tu propia mujer?

REY. ¿No es perderla estar celoso  
de que pueda otro, dichoso,  
su voluntad merecer?

FLO. Otras veces me has contado  
ese miedo que has tenido  
de que siendo el Conde amado  
con título de marido  
y de la Reina estimado  
su padre le despreció  
y por mujer te la dió.

Mas, ¿cómo puedes temer  
si es ya tu propia mujer?

REY. Quien no temió nunca amó.

Diez meses ha que el francés  
me dió a Leonora y que puso  
en estos reinos los pies;  
si a elegirme se dispuso,  
ya la diferencia ves.

Ni tengo que te advertir  
de que ha nacido obligada.

Pero ¿qué quiere decir  
que ya Leonora casada  
le venga el Conde a servir?

Acompañarla fué justo  
hasta Londres y mostrar  
de mi casamiento gusto;  
pero tanto acompañar,  
¿a quién no causa disgusto?

Estar en Londres un mes,  
mientras las fiestas se hicieron,  
justo fué; pero después

que a sus tierras se volvieron  
el español y el francés,  
¿qué quiere el flamenco aquí?

FLO. Los celos hablan en ti;  
espíritus infernales  
que entre personas reales  
no suelen tratarse así.

Cuando el Conde pretendiera  
la Reina (que es imposible  
que a tal traición se atreviera),  
de su pecho inaccesible  
¿cuál hombre humano temiera?

Es un ángel en la tierra.  
No permittas, pues encierra  
valor de tanta importancia,  
que un sol que amanece en Francia  
se ponga en Inglaterra.

REI. ¡Válgame Dios! ¿Qué hablarán?  
Sin duda que el Rey se parte  
y los dos tratando están  
cómo dejarme. Es un Marte,  
es gran soldado, es galán,  
es belicoso, es valiente.  
Habrá sentido la injuria  
de su cuñado insolente;  
pero es contra mí la injuria,  
que al fin es matarme ausente.

Moriré si estoy sin él.

REY. Amor, Florisandro amigo,  
es igualmente cruel,  
y haberlo sido conmigo  
no es nuevo milagro en él.

Son celos para la fe  
reloj que enseña y no ve,  
y despertador del sueño,  
que aunque despierta a su dueño  
ni sabe a qué ni por qué.

Son celos sed, inquietud  
que causa el alma en virtud  
de las quimeras que fragua,  
que piden agua y más agua  
hasta acabar la salud.

Son celos como aquel juego  
que adivina el que está ciego  
quién le da el golpe en la mano,  
que a veces se queja en vano  
y a veces acierta luego.

Son celos necia porfía  
que el amor, discreto, engendra  
(bien se parece en la mía)  
y un crisol donde se acendra  
el miedo en la fantasía.

Yo los tengo, porque es llano

que he de pasar por la ley  
que me da amor, rey tirano;  
que también enferma un rey  
de lo mismo que un villano.

REI. Si estáis tratando, señor,  
de la partida a la guerra,  
no me encubráis su rigor;  
que aunque amor mi pecho encierra  
también encierra valor.

Hablad delante de mí,  
sepa yo si he de perderos.

REY. ¿Oyes esto?

FLO. Señor, sí.

REI. Que quiero este espacio veros  
y hablarle con vos aquí.

REY. ¿Ves, Florisandro, que aguarda  
mi partida y la desea?  
Ya le parece que tarda.

FLO. Celos no hay cosa tan fea,  
Son pena de amor bastarda.

Mira que te hacen creer  
con equívocos sentidos  
cosas que no pueden ser.

REY. No sujetes los oídos  
a palabras de mujer.

No las rindas desa suerte;  
que siempre las puertas son  
por donde con lazo fuerte  
entra el alma a la traición  
y a nuestra vida la muerte.

Ella muere de deseo  
de verme ya de partida.

FLO. ¿Qué dices?

REY. Esto que creo.

FLO. ¿De una santa?

REY. Es mi homicida;  
muero, mi deshonra veo.

O estoy loco o quiere bien  
al Conde.

FLO. ¡Extraña locura!

REI. Mi bien, ¿no me habláis?

REY. ¿A quién  
no detendrá esa hermosura?  
¿Quién podrá hacerla desdén?

Digo, Leonor de mis ojos,  
que por no daros enojos  
haré un general por mí.

REI. Esto están pidiendo aquí  
dos almas llenas de antojos.

No os doláis de la nacida,  
duelaos la que no nació.

REY. ¿Pues quién, Leonor de mi vida,  
irá en mi lugar? Que yo



dejo por vos la partida.

La empresa dejo por vos,  
siendo de tanta importancia.

REI. Mil años os guarde Dios  
y os dé por herencia a Francia.

REY. Gocémosla en paz los dos.

REI. Pues mi parecer pedís,  
aquí está el Conde de Bura  
que irá si se lo decís.

Mi crédito os le asegura  
por lo que he visto en París;  
que es gallardo caballero,  
muy valiente y animoso.

REY. ¿Oyes aquello? El primero  
nombró al Conde cauteloso.

¡Cielos! ¿Qué aguardo? ¿Qué espero?

FLO. ¿Pues qué sospechas, señor?

¿De que le alabe te alcanza?

REY. Calle ausente la mejor.

FLO. ¿Por qué?

REY. Porque es la alabanza  
la primera hija de amor.

Si al Conde no le tuviera  
no le antepusiera a todos.

FLO. Antes, si bien le quisiera,  
estorbara de mil modos  
al Conde que no se fuera.

Mal contentadizos son  
los celos.

REY. Quitan mil sueños  
a amor, no tienen razón;  
celos, por hijos pequeños,  
tienen mala condición.

Siempre lloran, siempre están  
enfadando y consumiendo.  
Leonora.

REI. Señor.

REY. Galán  
es el Conde.

REI. Yo no entiendo  
que halles mejor capitán.

Tal fama en París tenía.  
Mostró en justas y torneos  
brío, talle y bizarría.

REY. Mal encubre sus deseos.  
¡Oh, amor, no es más claro el día!

¡Ah, Rey francés, no le dieras  
el de Flandes a Leonora!

FLO. Señor: ¿pues desto te alteras?

REY. Al fin el Conde, señora,  
detendrá sus armas fieras?

REI. Tengo dél satisfacción.

REY. Yo me voy y le daré

de mi general bastón  
para que ese gusto os dé  
y al Conde el rojo guión.

Parta en buen hora y levante  
las cinco rosas inglesas,  
que ese crédito es bastante  
para mayores empresas  
que de Alcides y de Atlante.

Ven, Florisandro, conmigo.  
Perdido estás.

FLO.

REY. Loco voy.

*(Vanse los dos.)*

REI. Tu piedad, cielo, bendigo,  
pues ya sin el Conde estoy,  
fiero y mortal enemigo.

Porque dudo que en el suelo  
naciese tan atrevido  
caballero contra el cielo  
a la majestad debido  
que manda estimar el cielo.

Dile pequeña ocasión  
cuando tuve libertad,  
porque los favores son  
conforme a la calidad  
de quien ama con razón.

Pero él, lleno de arrogancia,  
sirvióme doncella en Francia,  
casada en Ingalaterra,  
porque tiene el darne guerra  
por victoria y por ganancia.

Disimulo por temor  
del Rey; que matarle el Rey  
algo desdora mi honor.

*(Sale el CONDE DE BURA.)*

CON.

Basta, amor; que es nueva ley  
amar quien no tiene amor.

Basta; que es justo querer  
sin correspondencia alguna  
mujer por quien lia de ser  
de hoy más firme la fortuna,  
si es la fortuna mujer.

Basta, amor; que eres más fuerte  
que la muerte, pues la vida  
la tiene, por mejor suerte.  
Pero aquí está la homicida.  
Dulce pena, hermosa muerte.

¿Que es posible, que te ven  
mis ojos, donde se queje  
mi lengua de tu desdén?  
¿Cómo? ¿Que el cielo me deje  
ver el de los tuyos bien?

Serenas estáis, estrellas,

- que aquel capote nublado  
no encubre sus luces bellas.  
¿Por qué soy yo desdichado,  
cielos, si nací con ellas?  
¿Por qué no la merecí?  
¿Por qué a Orange no le di  
tan gran Princesa y señora?  
REI. ¿Cómo sin licencia agora,  
Conde, osaste entrar aquí?  
¿Cómo habiéndote avisado  
del disgusto que me das,  
a mi presencia has llegado?  
CON. Para no acertar jamás,  
que es propio de un desdichado.  
No te enfades desa suerte,  
que bien puede entrar a verte  
hombre que en Francia ha tenido  
prendas de ser tu marido.  
REI. En que no lo fuiste advierte  
y en que le tengo mejor.  
Ya estoy casada, y es justo  
que considere tu amor  
que no ha de intentar su gusto  
tan a costa de mi honor.  
¿Qué puedes tú pretender?  
¿Dónde te despeña, loco,  
tu arrojado proceder?  
Si mujer me estimas poco,  
mírame de un Rey mujer  
y agradece que has vivido  
desde que te has atrevido  
para mirarme casada.  
CON. Pesarte de ser amada  
novedad me ha parecido;  
que bien puede ser mi amor  
tan honesto y tan seguro  
que adore tu casto honor.  
REI. ¿Pues qué procuras?  
CON. Procuro  
servirte, hermosa Leonor.  
Y por que mejor lo veas  
oye, sosiega, reposa,  
si el amor del Rey deseas,  
y diréte alguna cosa  
en que mis servicios veas.  
Llega al estrado, y segura  
(como si te visitara)  
oye y remediar procura,  
Leonor, una ofensa clara  
del cielo de tu hermosura.  
Mira que te va la vida.  
REI. Si tan honesto procedes  
verásme a tu amor rendida.
- CON. Que serás de mí creer puedes  
honestamente servida.  
Siéntate y sabrás lo que es;  
óyeme sentada un día.  
(*Siéntase la REINA en un estrado.*)  
REI. Ya lo estoy.  
CON. Escucha, pues.  
¿Amas al Rey?  
REI. Es luz mía.  
Mas, ¿qué digo? Tú lo ves.  
Porque no sé yo si ama  
su centro ninguna cosa  
como yo al Rey.  
CON. Así es fama.  
REI. Voy a su esfera amorosa  
como va el aire a la llama.  
CON. ¿Qué pretende un amador?  
REI. Satisfacción a su amor,  
correspondencia a su fe.  
CON. Tiénesla del Rey?  
REI. No sé.  
Téngola de su valor.  
CON. El Rey ama a otra mujer.  
REI. ¡Válgame el cielo!  
CON. Esto pasa.  
REI. ¿Búrlaste?  
CON. ¿Pudiera ser?  
REI. ¿Adónde?  
CON. En tu misma casa.  
REI. ¿Cómo lo puedes saber?  
CON. De haberlo visto.  
REI. ¿Tú?  
CON. Yo.  
REI. ¿Cómo?  
CON. Porque ayer me dió  
un papel del Rey a mí.  
REI. ¿Quiérele?  
CON. Como yo a ti.  
REI. ¿Tan poco al Rey estimó?  
CON. Yo te he dicho la verdad.  
REI. Muéstrame el papel.  
CON. Sí haré.  
REI. Si comienza la amistad  
desta suerte, mal podré  
estimar tu voluntad.  
CON. ¿No es éste de amor indicio?  
REI. No; que tan cerca del parto  
no ha sido piadoso oficio  
darme esta pena.  
CON. Hoy me aparto  
de hacerte jamás servicio.  
REI. ¿Cómo lo podré saber?

CON. El papel te he de leer.  
 REI. ¿Cuándo?  
 CON. Ahora.  
 REI. ¿Luego ahí  
 le tienes?  
 CON. Señora, sí.  
 REI. Muestra, que le quiero ver.  
 CON. ¿De mi voluntad sencilla  
 dudas?  
 REI. ¿Qué te maravilla?  
 CON. Dame, aunque es lugar sagrado,  
 licencia de que en tu estrado  
 pueda poner la rodilla.  
 REI. Llégate cerca de mí.  
 CON. Pienso que estoy bien así.  
*(Arrodillase junto a la REINA.)*  
 Y estoy, señora, tan bien,  
 que no quisiera más bien  
 que estar para siempre aquí.  
 REI. ¿Eso qué tiene que ver  
 con lo que se ha de leer?  
 CON. Quien no agradece el favor,  
 del dueño ofende el valor.  
 Déjamele agradecer.  
 REI. Ha de ser honestamente.  
 CON. Digo, Leonor, que imagino  
 la inmensa gloria que siente  
 quien ante el trono divino  
 de Dios asiste presente.  
 Porque si un ángel del suelo  
 dé tanta gloria mirado  
 de cerca, ¡qué gran consuelo  
 dará al alma contemplando  
 el divino Autor del cielo!  
 ¿Esto no es honesto?  
 REI. Sí.  
 CON. Mas, ¿cómo cerca de ti  
 puede ser que esté tan cuerdo?  
 REI. ¿Qué me dices?  
 CON. Que me pierdo  
 y que te duelas de mí.  
 REI. ¡Ah, traidor, que me engañaste!  
 CON. Loco estoy, loco es amor;  
 tú loca, que te fiaste  
 de un atrevido furor  
 y a tu fuego me llegaste.  
 Tus ojos son luz hermosa;  
 yo, engañada mariposa,  
 y, aunque muera, he de abrazarte.  
*(Quiere abrazarla y trábase la lechuguilla de la REINA a  
 las puntas de un cucllo que tendrá el CONDE.)*  
 CON. Gente viene.

REI. La arandela  
 a las puntas se ha trabado  
 de tu cuello.  
 CON. Quitaréla.  
 REI. ¿No puedes?  
 CON. Estoy turbado.  
 Heme abrasado en la vela.  
*(Salen el REY y FLORISANDRO.)*  
 REI. Rasga el cuello.  
 CON. Ya lo intento.  
 REY. ¿Qué es esto que ven mis ojos?  
 REI. ¿Quitóse?  
 CON. Sí.  
 REY. Di que el viento  
 formaba de mis antojos  
 este engaño al pensamiento.  
 FLO. Señor, de tu discreción  
 te aprovecha.  
 REY. ¿A qué ocasión  
 Conde, con la Reina hablabas?  
 CON. Dijéronme que tratabas  
 de hacer un fuerte escuadrón  
 y vine a ofrecer mi espada;  
 que si la has visto envainada,  
 hoy, que la ocasión se muda,  
 quiero que la veas desnuda  
 y entre enemigos manchada.  
 A la Reina, mi señora,  
 hallé, donde la ofrecí  
 esto que te ofrezco agora.  
 Y estándola hablándola vi...  
 REY. ¿Qué viste? ¡Ah! mujer traidora!  
*(Aparte.)*  
 CON. Que una araña le subía  
 por el rostro; fui a quitalla.  
 Y como ella la temía  
 y yo también de matalla  
 sobre el rostro que ofendía,  
 por el hueco de las puntas  
 del cuello se entró la plata  
 de la arandela.  
 REY. ¿Tan juntas  
 tus manos a quien retrata  
 al sol?  
 FLO. ¿Pues eso preguntas?  
 Mira, señor, sin color  
 a la Reina, mi señora.  
 REY. ¿No te turbó el resplandor,  
 Conde? El rostro de Leonora  
 es el alma de mi honor.  
 Y aunque la araña provoca  
 a que sus pasos atajen,

- no ha de ser con mano loca;  
porque el que limpia una imagen  
con gran respeto la toca.
- CON. Señor: yo me vi turbado.  
(*Desmayase la REINA.*)
- FLO. La Reina se ha desmayado  
y el parto se anticipó  
con el sobresalto.
- REY. Y yo  
también al parto he llegado.  
Que no es mi dolor menor;  
y un hijo tan mal nacido  
nace con tanto dolor.  
Llevadla adentro y mirad  
si es parto.
- FLO. Gran señor, llega,  
muéstrola amor, que es piedad.  
(*Llévala adentro.*)
- REY. Luego entraré. ¡Oh mar que anega  
la grandeza y la humildad!  
¡Oh ley del mundo, que iguala  
como la naturaleza!
- CON. El Rey me vió, fuego exhala.  
Hoy me corta la cabeza  
o me atraviesa una bala.
- REY. Ella parte si la esfuerza  
el dolor que la acompaña.  
El cielo su piedad tuerza;  
que parto por una araña  
será ponzoña por fuerza.  
Mas, ¿cómo nuestro flaqueza  
contra la ley del valor?  
Conde.
- CON. ¿Qué manda tu Alteza?
- REY. ¿Cosa que cueste a Leonor  
esta araña la cabeza?
- CON. ¿Cómo, señor?
- REY. ¿No podía  
morir de mal parto?
- CON. Sí;  
pero en Dios, señor, confía.
- REY. Harto mejor que no en ti.  
(*Aparte.*)  
Ir contra el Duque querría.  
Nombrar quiero un general  
que, conduciendo mi gente,  
lleve mi guión real.  
¿Quién tenéis por suficiente,  
decía, para empresa tal?
- CON. Señor: si por suficiencia  
se ha de dar, Londres encierra  
hombres de más experiencia
- para la paz y la guerra,  
de más años y prudencia.  
Pero si por voluntad  
y deseo de servir,  
a nadie con más lealtad  
que a mí.
- REY. Pues vos podéis ir.
- CON. Deme Vuestra Majestad  
los pies por tanta merced.
- REY. Y los brazos, Conde amigo.  
Alarde esta tarde haced  
y contra el Duque enemigo  
mi gente en orden poned.
- CON. Partid cuando salga el alba.  
Yo haré que espante la salva  
las estrellas porque den  
lugar al día.
- REY. Esta bien,  
partid.
- CON. Fortuna me salva.  
(*Aparte.*)  
No ha entendido lo que fué,  
pues con tal honra me envía.  
Idos luego.
- REY. Yo me iré.
- CON. Y no os amanezca el día  
en Londres.
- CON. Yo partiré.  
(*Vase.*)  
(*Sale FLORISANDRO.*)
- FLO. La Reina queda, señor,  
con un gran mal.
- REY. ¿De qué suerte?
- FLO. Si no es natural dolor,  
es el dolor de la muerte.
- REY. Ese tengo por mejor.  
Con linda industria el villano  
mi deshonor encubrió.
- FLO. ¿Fuése?
- REY. Sí; porque la mano  
que aquella araña mató  
mate al irlandés tirano.
- FLO. ¿Hicístele general?
- REY. Sí, amigo.
- FLO. ¿Pues a qué efeto?
- REY. Por que pueda al desleal  
darle la muerte en secreto,  
que en público está muy mal.  
Tú partirás, Florisandro,  
y a la primer batería,  
tu pistola disparando,  
matarás la infamia mía  
al vil flaunco tirando.

FLO. Después lo consultaré  
con más espacio contigo.  
Yo pienso que verdad fué  
lo del araña; mas digo  
que es bien que muerte le dé  
por quitar de tus sospechas  
esta aljaba de las flechas  
de celos que amor te tira;  
porque, verdad o mentira,  
llegan al alma derechas.

Y pues la Reina, inocente,  
es quien sabes, y es razón,  
vela a ver, porque esta gente  
no penetre la intención  
con que esta desdicha siente.

REY. Yo voy.

FLO. Es piadosa hazaña  
de tu valor, que ha de ser  
ejemplo a Francia y España.

REY. Sí; ¡mas, por Dios, que he de ser  
el San Jorge desta araña!

(Vase.)

FLORISANDRO.

¿Quién hay que esté seguro de sí mismo,  
cuanto más del amigo y el pariente?  
Tal es del mundo el ciego barbarismo  
y la infidelidad de alguna gente.  
Sale de las entrañas del abismo  
amor, furia cruel, y con ardiente  
llama siembra en los pechos dulce guerra,  
rayo de fuego que abrasó la tierra.

¿Quién dijera del Conde que llegara  
con la Reina a tan grande atrevimiento?  
Que para mí la luz del sol no es clara  
si no es claro su honesto pensamiento.  
Si sólo en darle muerte el daño para  
y el Rey se vale de su entendimiento  
no será el mal tan grande, pues en Flandes  
no importa un Grande, pues le quedan Grandes

Mas si con la sospecha furibundo  
de los celos, que son inmortal guerra,  
mata a Leonor y, para error segundo,  
quita la sucesión a Inglaterra,  
un ángel pierde el suelo, un sol el mundo  
por cuyos rayos llorará la tierra  
la noche de su ausencia, que era el día,  
que más agora en su opinión lucía.

(Sale LISENA, dama.)

LISENA.

Misera Reina, mal lograda y triste:  
¿por dónde tanto mal te vino agora?

FLORISANDRO.

¿De qué lloras, Lisena?

LISENA.

¿Quién resiste  
el llanto viendo muerta a su señora?

FLORISANDRO.

¿Muerta? ¿Qué dices?

LISENA.

No; pero consiste  
sólo en Dios el remedio de Leonora,  
que sólo con milagro vivir puede.

FLORISANDRO.

El llanto es poco, la desdicha excede.  
¿Dijeron que era parto?

LISENA.

Parto ha sido.  
Pero ha sacado el malogrado Infante  
fuera del vientre un brazo y no ha podido  
volverlo ni pasar más adelante.  
Parece que el bracillo, que ha tendido,  
está pidiendo a Dios que le levante;  
porque, a falta de lengua, con la mano  
favor pide a la suya.

FLORISANDRO.

Y no es en vano.  
Que yo tengo una cinta en esta mía,  
reliquia de un difunto religioso,  
que vivió en la Cartuja, que tenía  
nombre de santo y hombre milagroso.  
Esta ofrecí para otro parto un día,  
y luego salió a luz, y tan hermoso,  
que es hoy una bellísima criatura.

LISENA.

¡Ay, dñe Dios al nuestro esa ventura!

FLORISANDRO.

Esta es la cinta.

LISENA.

¿Y dónde la traía?

FLORISANDRO.

Con una cinta al cuello. Y no pudiendo  
alcanzar yo la cruz del que la había  
heredado o tomádola en muriendo,  
esta cinta alcancé por cortesía.

LISENA.

¿Que tanto puede?

FLORISANDRO.

Lo que estoy diciendo.

LISENA.

Santo varón, doleos de Leonora,  
rogad a Dios que la remedie agora.

FLORISANDRO.

Atala al brazo del muchacho.

LISENA.

Harélo

por ver si vuelve a su primer estado  
para nacer con vida.

FLORISANDRO.

Quiera el cielo

que salga a luz.

LISENA.

Yo voy.

(Vase Lisena.)

FLORISANDRO.

¡Mortal cuidado!

¡Ay, Dios, que ha de matarla el Rey recelo!  
Que como aquella araña le ha tocado,  
hale vuelto, con rabia y con despecho,  
ponzoña el corazón, incendio el pecho.

No está seguro el Rey de la malicia  
del flamenco de Orange en este daño,  
que pienso que se queja con justicia;  
pero no de la Reina, que es engaño.  
Yo sé que adora al Rey y que codicia  
que tenga de su honor el desengaño  
que Porcia y Julia dieron de su fama  
a Roma; Julia, en sangre, y Porcia, en llama.

(Sale TIBERIO.)

TIBERIO.

Si desta suerte premia el Rey vasallos,  
¿quién duda que los halle en ocasiones?

FLORISANDRO.

¿Es Tiberio?

TIBERIO.

Yo soy.

FLORISANDRO.

Para estimallos  
excede el Rey a las demás naciones.

TIBERIO.

Pues sal al campo a ver tres mil caballos  
y trece mil infantes al gobierno  
de un bisoño extranjero, mozo y tierno.

¿Faltaban capitanes que tomaran  
las banderas inglesas con las rosas  
y al irlandés de toda Escocia echaran  
y no quien le dé espaldas vergonzosas?  
Cuando a ti, Florisandro, se entregaran  
yo colgara mis armas, envidiosas;  
mas a un extraño, ¿no es desprecio nuestro,  
no más grande en valor ni en armas diestro?  
¿Qué debe al sucesor de Orange?

FLORISANDRO.

Debe,

Tiberio, al Conde la amistad que sabes;  
vive en su corte, que es lo que le mueve,  
que dan autoridad príncipes graves.  
Habrá ocho meses ya, y aun más de nueve,  
que acompañó a la Reina con seis naves,  
y ya sabes que en justas y torneos  
gastó y mostró millones de deseos.

Estos le paga el Rey con este cargo.  
No te pese, por Dios; que ha muchos días  
que sin premio le sirve. ¡Ah premio amargo!  
¡Por Dios, que ha de morir como otro Urías!

TIBERIO.

¿Podré yo hablar al Rey?

FLORISANDRO.

Es cuento largo  
darle agora tus quejas ni las mías.  
La Reina está de parto, y él con ella  
esperando algún sol de tal estrella.

TIBERIO.

¿Pues hase de sufrir esta arrogancia?

FLORISANDRO.

Tiberio: con los reyes la obediencia  
fué siempre de provecho y de importancia.

TIBERIO.

No le quiero servir, deme licencia;  
pasarme quiero con Borbón a Francia, .  
que estimará la militar prudencia  
de un hombre como yo. Quizá algún día  
verá Eduardo la importancia mía.

(Vase.)

FLORISANDRO.

¡Ah casa de quejosos, dulce corte  
y corte de las vidas! ¿Quién te vive  
que no piense que él sólo al Rey importe  
y que es razón que él sólo con él prive?

(Sale el REY.)

REY.

¿Qué puede haber que mi valor reporte,  
por más que amor en la piedad estribe,  
si agora a mayor pena me provoco?

FLORISANDRO.

Señor: ¿qué ha sucedido?

REY.

Escucha un poco.

Entre excesivos dolores,  
congojas, ansias, desmayos,  
suspiros, sollozos, quejas,  
con otros afectos varios  
quedó tendida Leonor;  
que aunque la aborrezco tanto  
no me parece que he visto  
tal rosa cortada en mayo.  
Llegó la diestra mujer  
que asiste en iguales casos  
con un escuadrón lloroso  
de damas también llorando,  
y vió que del tierno niño  
sólo se mostraba un brazo,  
sin fuerza para poder  
salir del materno claustro.  
Díjolo a voces, y luego  
corrieron con prestos pasos  
a traer varias reliquias  
cuantas el caso escucharon;  
entre las cuales Lisena  
trujo una cinta de un santo,  
que, atada al brazo del niño,  
escondió al momento el brazo  
y, dentro de un cuarto de hora,  
nació tan bello y tan blanco  
que parecía imposible  
después de tantos trabajos.  
Miraron todos la cinta;  
pero la cinta no hallaron,  
de que a Liseda le dió,  
como dueño, más cuidado.  
Estando en esto, a las voces  
de Leonor juntas llegando,  
vieron que otra vez paría  
aquel primero muchacho.  
Fué la causa que le vieron  
la cinta en el diestro brazo,  
que fué, sin duda, el primero.  
¡Mira qué notable caso!  
Luego, entre todas nació  
la duda del mayorazgo,

FLO.

a quien, con mortal despecho,  
yo atento estaba escuchando;  
porque pienso desta duda  
librar el reino y letrados,  
haciendo, aunque es hecho fiero,  
que les den la muerte a entrambos.  
Porque está puesto en razón,  
y es el argumento llano,  
que si Leonora amó al Conde  
serán los hijos bastardos.  
Señor: ¿en tu pensamiento  
y en tu entendimiento claro  
puede caber tal desdicha?  
¿Halló lugar tal engaño?  
¿Leonora al Conde de Bura,  
ni a su padre, ni a su hermano,  
ni más que al cielo y a ti  
pudo amar ni hacer agravio?  
¿Qué desdicha destos vemos,  
qué miseria, qué pecados  
puso en tu pecho esa furia  
y en tus ojos este engaño?  
Ya que la Reina no puede  
vivir, ya que el sobresalto  
de ver en su estrado al Conde  
pudo en su vergüenza tanto  
que ha de trasladar la vida  
a la muerte aquel desmayo,  
mostrando el morir de pena  
mayor valor que el romano,  
porque si con fuego o hierro  
o veneno se mataron  
algunas, mayor hazaña  
es morir de sólo espanto,  
¿por qué, heroico descendiente  
de aquel primero Eduardo,  
quieres matar tus dos hijos?  
Pues ser tuyos es tan claro,  
que no es el sol ni el día  
más que ser el pecho casto  
de aquella ilustre señora  
que te adora y quiere tanto.  
¡Maldiga al de Orange el cielo!  
¡Plega a Dios que del caballo  
le derribe un irlandés,  
un mosquetero villano!  
No quites, señor, la vida  
a dos ángeles que ha dado  
a tu sucesión el cielo  
por un milagro tan raro.  
Mira que castiga Dios  
el no estimar los milagros,  
porque es más falta de fe.

REY. Basta, no más, Florisandro.  
Los niños no son mis hijos.  
Y pues que los dos mataron,  
como víboras, naciendo,  
su madre, mueran entrambos.  
Ve, mira si ya murió  
Leonora; porque en tal caso  
que viva, acabarla quiero.  
FLO. Gran señor...

REY. Calla.  
FLO. Ya callo.

REY. Ve donde digo.  
FLO. Yo iré.  
Piedad, cielo, monje santo,  
(*Aparte.*)

que librates estos niños  
de tan peligroso parto.  
Rogad a Dios me dé ingenio  
para que pueda librarlos;  
que he de morir o su madre  
y ellos vivirán mil años.

(*Vase.*)

REY.

¿Para qué se lamentan por historias  
Piramo, triste, ni el sangriento Edipo,  
pues que yo a sus desdichas me anticipo  
en la mitad del curso de mis glorias?

Borren de hoy más sus trágicas memorias.  
Estampa soy de las desdichas tipo,  
porque yo de sus penas participo  
y no de sus grandezas y victorias.

Angeles, perdonad que vuestra madre  
me hace vuestro Herodes tan sangriento,  
que intento semejante desvarío.

En el dolor parezco vuestro padre;  
pero, a ser Salomón, mi entendimiento  
supiera de los dos cuál era el mío.

(*Sale el CONDE DE BURA.*)

CON. Asómese Vuestra Alteza  
a un balcón alegremente,  
como a los del rojo Oriente  
asoma el sol su cabeza,  
verá pasar el alarde  
de infantes y de caballos,  
que ya se para a mirallos  
el sol, que en sus armas arde.

Salga a ver tanta celada,  
pues la victoria codicia  
más que el ave de Fenicia  
de oro y plumas adornada.

Salga a ver de sus peñones

tremolar las blancas puntas  
y las arrogancias juntas  
de Aquiles y Gedeones,  
que doy palabra a Su Alteza  
que se prometa victoria.

REY. Conde: yo tendré memoria  
de estimar vuestra cabeza.

CON. Así es justo que lo espere.

REY. La palabra os quiero dar  
de ponerla en el lugar  
más alto que yo pudiere.

CON. Satisfecho voy de vos.

(*Vase. Salen FLORISANDRO y LISENA.*)

FLO. Ya verás en nuestros ojos  
que aquellos santos despojos  
quieren dar el alma a Dios.

REY. ¿Es muerta?

FLO. Está cerca ya,

REY. Pues si muere, Lisena,  
que la amortajen ordena,  
que mi amor también lo está.

Ponedla vos, Florisandro,  
con un moderado honor.

LIS. ¿Así lo sientes, señor?

REY. Haced los dos lo que os mando.

Tú los niños le darás,  
y háblame cuando los tengas.

LIS. ¿En dos ángeles te vengas?

REY. Lisena: no puedo más.

(*Llora.*)

¿Qué es esto? ¡Lágrimas son!

¡Ay, mis hijos! ¡Ay, Leonora!

¡Salid, lágrimas, ahora  
que revienta el corazón!

(*Vase.*)

FLORISANDRO.

El Rey es ido. Hoy has de ser, Lisena,  
la mujer más famosa que ha nacido.  
Perdone Italia y sus matronas todas.

LISENA,

Extraño caso intentas.

FLORISANDRO.

Yo sospecho  
que tardará dos horas el alarde.  
La Reina ha vuelto del cruel desmayo:  
yo tengo de sacarla de palacio  
y darte en su lugar un cuerpo muerto  
quitándole la vida a alguna esclava,  
que poco importa que una turca muera.  
Amortájala y ponla en el estrado,



con un paño de tela encima, y luego entregarás los niños, que otros niños en su lugar han de ocupar dos sillas del palacio de Dios entre los ángeles.

LISENA.

Pues dime, Florisandro: si es forzoso que sepa alguna dama ese secreto y algún criado, que ha de estar presente, ¿cómo entre tantos lo será?

FLORISANDRO.

Lisena:

Si estas son cosas que permite el cielo, para lo que ya está determinado, a su disposición deja el suceso. Vamos, daréte el cuerpo de la esclava.

LISENA.

Espera, llevaréla a mi retrete.

FLORISANDRO.

Mejor será que yo me esconda dentro primero que ella venga.

LISENA.

Bien has dicho. Detrás de un pabellón puedes ponerte.

FLORISANDRO.

¡Cielos! por excusar mayores daños intento lo que veis. Si os sirvo en esto, dadme favor; si no, acabad mi vida; que yo defiendiendo un ángel en la tierra, un Rey a Escocia y otro a Inglaterra.

~~~~~

## ACTO SEGUNDO

(Salen VENCISLAO, ENRIQUE y el AYO.)

VEN. Acabad, que sois terrible.

AYO. ¡Miren aquí qué lección!

ENR. Tiene mi hermano razón: sois, licenciado, insufrible; sois la misma impertinencia, y que ha cabido os prometo hoy por vos, en un sujeto, la necedad y la ciencia.

AYO. ¿A mí tal descompostura?

VEN. Pues bien: ¿quién sois que os enfada?

AYO. Soy nada, y menos que nada, pues que con tanta locura

os he criado y enseñó. Sois un árbol mal guiado, que el no haberle enderezado fué por culpa de su dueño.

Pero tened advertencia, ya que os preciáis de livianos, que, aun a veces entre hermanos fué furor la inobediencia.

Que, *per Deum*, de encerraros donde la mano os asiente.

ENR. Tras ser loco impertinente,

queréis agora igualaros con Hércules o Sansón; que ellos fueran menester para podernos poner en semejante ocasión.

AYO. ¿Luego no os podré azotar como en la niñez lo he hecho?

ENR. Ayo, por Dios, que sospecho que nos queréis enojar;

que hasta agora fué burlando todo lo que habéis oído.

AYO. ¡Buenos cuervos le han salido en su casa a Florisandro!

El ha criado una gente con quien medrará su amor. No haya más, cese el rigor; si eres sabio, sé prudente; suple nuestra mocedad. Así los cielos te den, por nuestra crianza, el bien digno de tu antigüedad.

VEN. Haz como padre, y advierte que como a tal te estimamos; que no porque así te hablamos dejamos de obederte.

AYO. Corrido estoy que me hayáis, siendo tan tiernos mancebos, enseñado a ejemplos nuevos, pues, aprendiendo, enseñaís.

Yo fío en vuestra prudencia y espero en vuestro valor que habéis de premiar mi amor con igual correspondencia.

Séneca dice (y son leyes de razón y de verdad) que, con justicia y piedad, se hacen dioses los Reyes.

Y Claudiano, como ayer os mostré con más quietud, que con sola la virtud se aprende ciencia y poder.

Como quedó aquel gigante,

- que sólo un ojo tenía,  
ciego de Ulises un día,  
que fué su industria bastante,  
así aquel príncipe, en quien  
hizo de la frente ausencia  
el ojo de la prudencia,  
que es del alma el mayor bien.  
Abrid el Virgilio al punto  
y mirad en qué quedamos.
- ENR. Maestro: a Dido dejamos,  
pálido el color difunto,  
que ya matarse quería  
y que la espada tomaba  
de Eneas.
- AYO. ¡Qué bien pintaba!  
¡Oh luz de la poesía!  
Cuentan que el grave Agustín  
lloraba en aqueste caso,  
sabiendo que es falso el caso  
y que era fábula, en fin.  
*Non hos quæsitum munus in usum.*  
¿Qué quiso decir allí,  
Vencislao?
- VEN. Que no halló  
aquella prenda.
- AYO. Eso no.  
Enmienda, Enrique.
- ENR. Oye.
- AYO. Di.
- ENR. Que a Dido no había dejado  
la espada el troyano fuerte  
para que le diese muerte.  
AYO. Está muy bien enmendado.  
*Hic postquam Iliacas vestes noctumque cubile, etc.*
- ENR. Dice que, después de ver  
los vestidos y la cama  
de Eneas...
- AYO. ¡Miserá dama!  
Las piedras puede mover.
- ENR. deteniéndose a llorar  
un poco en ellas, se echó,  
y estas palabras habló...
- AYO. Di, Enrique.
- ENR. Es claro lugar:  
*Dulces exuvie dum fata, Deusque finebant.*  
«Dulces prendas: aquel día  
que Dios lo quiso y mis hados  
sacarme destos cuidados,  
recibid el alma mía.  
Viví, y el curso acabé  
que mi fortuna me dió.»
- (*Llámanle dentro.*)
- AYO. No digas más.
- ENR. ¿Cómo no?
- AYO. ¿Llámanme?
- VEN. Sí.
- AYO. Atiho fué.  
Luego vuelvo. Repasad  
esa lección.
- VEN. Vuelve luego.  
(*Vase el Ayo.*)
- ENR. ¿Fuése?
- VEN. ¿No lo ves?
- ENR. ¡Mal fuego  
queme a Dido, a la crueldad  
de Eneas y al gran poeta  
que lo escribió!
- VEN. Sí hará,  
porque en el infierno está;  
aunque pluma tan perfecta,  
tan docta, dulce y suave  
de otro lugar era digna.  
A quererla mal me inclina.
- ENR. Querrás agora, a lo grave,  
defender la castidad  
de Dido.
- VEN. A mí, mas que fuera  
más que fué Laida ramera.
- ENR. Pues si va a decir verdad,  
yo estudio de mala gana,  
y Virgilio y Cicerón,  
por preciarne de león,  
me han servido de cuartana.
- VEN. ¿Qué nos querrá Florisandro  
con latín prolijo aquí?  
Y un ayo que me esté a mí  
a ser mujer enseñando.  
¡Vive Dios, Enrique hermano,  
que no he de ser sacristán  
si más lecciones me dan  
que una noche de verano  
muestra en el campo del cielo  
manto de estrellas sembrado!  
La estampa de tus cuidados  
imprime en ti su desvelo;  
que aborrezco cuanto puedo  
el hábito y el latín,  
y si callo es porque, en fin,  
tengo a Florisandro miedo.  
Que a veces nos da a entender  
que no es tu padre ni mío,  
y entre el amor y el desvío  
mezcla el pesar y el placer.  
Veinte años ha que no cesa

la guerra en Ingalaterra.  
Nacimos en ella en guerra,  
de hábitos de paz me pesa.

Allí suena el atambor,  
y acá estotro licenciado  
tiene de libros cargado  
nuestro juvenil furor.

Decláranos un altivo  
lugar de Virgilio obscuro  
mientras el de Irlanda el muro  
rompe al lugar en que vivo.

Que habiendo ganado a Escocia,  
que es de nuestro Rey inglés,  
entra a Ingalaterra y ves  
que entrar en Londres negocia.

Muy buenos nos hallarán  
los irlandeses tiranos,  
que con la espada en las manos  
rompiendo y matando van,  
con un Virgilio en las nuestras  
y los amores de Dido.

VEN. Yo, Enrique hermano, he querido  
de mi inclinación dar muestras  
y algún oculto valor;

pero por ti lo he dejado;  
que el alma me ha penetrado  
al son de aquel atambor.

Y por que veas que es cierto  
que a la milicia me inclino  
y que el Virgilio latino  
en blancas armas convierto,

has de saber que he tomado  
lección en negras espadas  
en las horas reservadas  
al sueño.

ENR. ¿Quién te la ha dado?

VEN. Un maestro que entra aquí.

ENR. ¿Pues cómo entró?

VEN. Con secreto.

ENR. ¿Es diestro?

VEN. Eso te prometo.

ENR. ¿Deja las espadas?

VEN. Sí.

ENR. ¿Dónde están?

VEN. Aquí escondidas.

ENR. Sácalas, que lo aprendido  
me enseñarás.

VEN. Poco ha sido.

Pero, como al fin me pidas  
que los dos ejercitemos  
eso poco que yo sé,  
las espadas sacaré.

(Sácalas.)

ENR. Muestra.

VEN. Aquí están.

ENR. Comencemos.

VEN. Ponte así.

ENR. ¿Estoy bien?

VEN. Muy bien.

ENR. El pie derecho delante.

VEN. Es así, que es importante  
para dar y que no den.

Alcánzase un tercio más.

Con pie izquierdo es dar el pecho  
y la espada es sin provecho  
volviendo este paso atrás,

fuera de que estáis muy firme.

ENR. ¡Oh, pesía a este vil letrado!...

VEN. ¿Tú que has de ser?

ENR. Yo, soldado.

VEN. Pues así es bien que se afirme.

Tira un tajo.

ENR. ¿Qué es tajo?

VEN. Este.

ENR. ¿Ansí?

VEN. Sí, y un revés

desta manera.

ENR. ¿Y después?

VEN. Estocada uñas abajo.

Con pie derecho, y cortando,  
sal de revés; tajo arriba,  
un mandoble abajo.

ENR. ¿Estribo

todo aqueoso en ir tirando

tajos, reverses y puntas?

VEN. ¿Pues en qué ha de consistir?

ENR. ¿Pues de qué importa decir  
todas estas cosas juntas?

Sino tírame tú a mí,  
con pecho de hombre de bien,  
que yo, que lo soy también,  
te tiraré, hermano, a ti.

VEN. ¡Tente, tente!

ENR. ¿Que me tenga?

VEN. ¿Estás loco?

ENR. Así ha de estar

el que viene a pelear  
porque nadie le detenga.

VEN. ¿Tiras de veras, Enrique?

ENR. ¡Defiéndete, Vencislao!

(Sale el Ayo.)

AYO. ¡Bueno, a fe! ¡Gentil sarao!

ENR. No hay cosa que tanto pique.

El ayo viene, y no acierto  
a dejar la espada.

VEN. Has hecho  
ruido tan sin provecho  
que ha de pensar que me has muerto.

AYO. ¿Este es el Virgilio, Enrique,  
que en las manos os dejé?

ENR. Pues bien, ¿qué delito fué  
que yo a las armas me aplique?  
Si no es Virgilio, es Eneas,  
que con la espada ganó  
a Italia.

AYO. No digo yo  
que en bajo oficio te empleas;  
que está por averiguar  
cuál tenga más excelencia,  
letras o armas.

ENR. Si a la ciencia  
yo no me puedo aplicar,  
ayo, no te dé pasión.  
La guerra es más conveniente;  
que es el mayor imposible  
ir contra la inclinación.

VEN. Sin ella, ¿quién fué estudiante,  
ayo mío, en ciencia alguna?  
Esta es ya nuestra fortuna,  
no te acobarde y espante.  
Enrique te ha dicho bien,  
haz cuenta que habló por mí;  
que si su hermano nació  
tendré su estrella también.  
Yo no pienso estudiar más.  
Y pues se abrasa de guerra,  
no tan sólo Inglaterra  
sino Londres, donde estás,  
y pues dice Florisandro  
que nuestro padre no es  
y gastamos, como ves,  
su hacienda y renta estudiando  
y él está pobre, en efecto,  
por lo que el Rey le aborrece,  
y, según dicen, padece  
necesidad de secreto,  
déjenos ir a la guerra,  
valdrémonos por el pico.

AYO. No estar Florisandro rico  
ni ser en Inglaterra  
el mayor grande y señor,  
cierta ofensa lo ha causado  
que hizo al Rey, y le ha quitado  
su hacienda.

ENR. ¡Bravo rigor!

¿Y no se dice qué fué?

AYO. Ser defensor de la Reina,  
que ya en otro mundo reina,

cuya inocencia se ve  
en que el Rey, que la mató,  
desde aquel furioso exceso  
nunca tuvo buen suceso,  
que luego a Escocia perdió,  
y veinte años puede haber  
que del Duque, su cuñado,  
es con guerras molestado  
sin poderse defender.  
Tanto, que Londres, cercada,  
está a pique de perderse,  
y Florisandro, por verse  
vengado, envaina la espada;  
que él me ha dicho que desea  
que el Rey venga a un triste estado.

VEN. Si es que el suyo le ha quitado,  
no es mucho, aunque rigor sea.  
¿Pero en qué pudo ofender  
al Rey defensa tan justa?

AYO. Florisandro se disgusta  
de darlo a nadie a entender.  
Pero sabed que mató  
el Rey a Leonor de celos,  
ciego de injustos desvelos,  
pensando que le ofendió.  
Y envió el Conde Eduardo  
contra el Duque, a Escocia, y luego  
quiso atajar este fuego  
con un embuste gallardo;  
que a Florisandro mandó  
que le diese muerte al Conde.  
Fué, y no se sabe dónde,  
que, al fin, el Conde vivió  
y es del Duque general,  
porque se pasó, en llegando,  
a su campo.

ENR. Florisandro  
fué a Eduardo desleal,  
y con razón le aborrece.

AYO. No fué; que él me ha dicho a mí  
que le dejó vivo allí,  
porque a Leonor engrandece  
confesando la verdad  
y la sinrazón del Rey.

VEN. ¿Qué le mueve a tal ley,  
con la Reina, de amistad?

AYO. Ser mujer y que a su amparo  
su inocencia le obligó,  
y al cielo se lo pidió  
por dar a su honor reparo.

ENR. Como quiera que él defienda  
honra de mujer, es hombre  
digno de alabanza y nombre.

Pierda su estado y hacienda.

Y digo que, aunque mi padre  
no sea, le tengo amor,  
como si fuera el honor  
que defiende de mi madre.

Hecho fué de caballero,  
Dios le dará el galardón.  
VEN. Tienes, Enrique, razón;  
de hoy más por padre le quiero,  
que Leonor me ha enternecido  
por ser mujer inocente.

*(Tocan cajas.)*

ENR. Cajas y rumor de gente  
suenan.

VEN. ¡Espantoso ruido!

Asalto deben de dar  
por este cercano muro  
de nuestra casa.

AYO. Yo os juro  
que el Duque debe de entrar.

Quizá por este pecado  
contra Leonor cometido  
castiga el cielo, ofendido,  
al Rey. Perderá su estado,  
y aun ruegue a Dios por la vida.

*(Tocan otra vez.)*

ENR. Otra vez la caja suena.

VEN. ¡Oh casa de libros llena  
y de tapices vestida,  
no lo estuvieras de arneses!

*(Dentro, victoria.)*

ENR. Dentro apellidan victoria.

VEN. Muramos con honra y gloria,  
pues somos, hermano, ingleses.

AYO. Darás injustos enojos  
a Florisandro, que intenta  
vengar la pasada afrenta.

ENR. ¿Tengo de ver a mis ojos  
que entre en Londres, patria mía,  
desta suerte el irlandés?

AYO. Dejadle venga, y después  
iréis donde el cielo os guía.

ENR. ¿Pues dónde está?

AYO. En la montaña,  
en negocios de su hacienda.

VEN. ¿En dónde está aquella prenda  
que todo el año acompaña?

AYO. Allá está cierta mujer,  
cuyo nombre es Florisea;  
mas nadie sabe quién sea.

ENR. Su amiga debe de ser.

AYO. No es, por Dios, que es virtuoso  
y ella es mujer principal.

ENR. Sea por bien o sea por mal,  
si acompañarla es forzoso,  
a nosotros lo es también  
servir la patria, que es dama  
donde se gana más fama.

AYO. Pues yo moriré también.  
¡Que, vive Dios, si arrebató,  
en lugar de Cicerón,  
un montante o un templón,  
que mate a Poncio Pilato!

ENR. Patria: yo no sé quién soy;  
mas voy a morir por ti.

VEN. Patria: pues en ti nací,  
lo que te debo te doy.

*(Vanse. Salen el CONDE y soldados.)*

CONDE.

A palacio guiad.

SOLDADOS.

Ya está en palacio  
el Duque con gran parte del ejército,  
de donde dicen que salió Eduardo,  
por la puerta del parque, a las montañas.

CONDE.

Que, al fin, el Rey se fué, vayan al punto  
mil soldados que corran la campaña  
sin dejar algún árbol que a la vista  
encubra el descubrilte, si parece;  
que no es victoria la que emprende el Duque,  
sino prender a Eduardo, y en el carro,  
atado, no le lleva, como en Roma  
los victoriosos Césares lo hacían.

*(Dicen dentro todos:)*

¡Duque de Irlanda, Rey de Ingalaterra!

CONDE.

Alegres voces suenan en palacio  
y con aplauso le nombraron Rey.  
Voy a besar su mano victoriosa.  
Decid todos que viva el Duque.

TODOS.

¡Viva!

CONDE.

¡Por mil años reciba la corona!

TODOS.

¡Por mil años el Duque la reciba!

CONDE.

Es digna del valor de su persona  
 contra el Duque, a quien sirvo, receloso  
 de que me diera muerte el Rey, airado,  
 propios efectos de un amor celoso.  
 Angel muerto por mí, por mí culpado,  
 si agora con Dios vives glorioso  
 mira cómo te vengo del Rey fiero  
 con firme amor, que fué mi amor primero.

Tu vives; que jamás tenga contento  
 ni mis armas descanso hasta vengarte.  
 Si di causa a tu muerte, que hoy la siento  
 como cuando pasó, ya espero honrarte.  
 Veinte años debes este pensamiento  
 al Príncipe de Orange, que, en vergarte,  
 los ha pasado siempre en campo, armado,  
 contra este receloso y engañado.

Ni he querido casarme, ni en mi tierra  
 me han visto mis vasallos, procurando  
 conquistar, por tu honor, a Inglaterra,  
 a quien va tu valor desengañando.  
 Ya tu homicida a un monte se destierra;  
 pero también allá le irán buscando  
 los cuidados que al cielo dió tu muerte,  
 donde, aunque pese al Rey, tengo de verte.

(Vase. Sale la REINA y FLORISANDRO.)

REI. ¿Que a Londres tiene cercada,  
 Florisandro, el Duque?

FLO. Tiene  
 ya sobre Londres la espada,  
 con quien el de Orange viene  
 a hacer tu ofensa vengada.

Que el dejarle con la vida  
 cuando el Rey me le mandó  
 matar, fué, Reina querida,  
 por dejar testigos yo  
 de tu inocencia ofendida.

REI. ¿Cómo el Rey se ha descuidado  
 tanto en defender su estado?

FLO. Dios le ha cegado de suerte  
 que sólo culpa tu muerte  
 del mal presente y pasado.

Dé cobarde y encogido,  
 perdió en ocasiones grandes  
 haber al Duque vencido.

REI. ¿Por qué no se vuelve a Flandes  
 ese que mi muerte ha sido?

Que en perseguir a Eduardo  
 todavía me persigue.  
 Vive en mí, y en Dios aguardo  
 que su venganza mitigue.  
 Nunca en sufrir me acobardo.

Antes, con igual paciencia,  
 hago a mi mal resistencia,  
 esperando un claro día  
 que, para más gloria mía,  
 premie el cielo mi inocencia.  
 ¿Cómo están mis hijos?

FLO. Buenos

y de mil deseos llenos  
 de saber si soy su padre.

REI. ¿No se informan de su madre?

FLO. De su madre tratan menos.

Yo, señora, los desvío  
 desto en todo cuanto puedo,  
 y así, que estudien porfío,  
 que tengo notable miedo  
 a su valeroso brío.

En poder de un ayo están  
 que los detiene y enfrena.  
 REI. Grande cuidado me dan.  
 FLO. Y a mí dan muy grande pena,  
 que tras las armas se van.

No sé qué tengo de hacer.  
 REI. Dales el alma a entender  
 mi desdicha y su nobleza.

¿Cuál es de los dos cabeza?  
 FLO. ¿Cuál de los dos lo ha de ser  
 si en un instante nacieron?

REI. ¿Hay alguno de mayor  
 ánimo?

FLO. El valor partieron,  
 aunque es Vencislao menor,  
 puesto que a un tiempo nacieron,  
 que fué Enrique a quien se ató  
 la cinta en la mano bella  
 que de tu vientre sacó,  
 echándole el agua en ella  
 con que cristiano quedó.  
 REI. Sí; pero nació primero  
 Vencislao.

FLO. En Dios espero  
 que ha de llegar ocasión  
 de pleito en la posesión.  
 REI. Vivir hasta entonces quiero.  
 FLO. ¿Cómo va de nuestra hacienda?  
 Que después que mis Estados  
 tiene el Rey, no hay mejor prenda  
 que estos campos y ganados  
 que a tu cuidado encomienda  
 la común necesidad  
 de tus hijos, tuya y mía.  
 REI. Florisandro: la piedad  
 del cielo aumenta a porfía  
 esta pequeña heredad.

Porque según ha crecido  
y en media legua esparcido,  
parece en la vega llana  
un vellón de blanca lana  
sobre la hierba tendido.

Ya el trigo por los barbechos  
tan fértil se viene a atar,  
que parece hasta los pechos  
las casas de algún lugar  
los haces puestos a trechos,  
pues, llegada la ocasión  
de la vendimia, no hay vasos  
adonde quepa.

FLO. En razón,  
de tu cuidado y tus pasos  
crece esta vil posesión.

Mal dije. En virtud de ser  
para tu sustento, crece.

(Salen BELARDO y RISELO.)

BEL. ¡Cuán poco dura el placer!  
RIS. Así en el mundo acontece  
y así se trueca el poder.

FLO. ¿Dónde van estos?

BEL. ¡Pardiós,  
que os estáis buenos los dos  
cuando el irlandés airado  
a Londres ha saqueado!

FLO. ¿Qué dices?

BEL. Recoged vos  
ese trigo de las eras  
y ese ganado del prado,  
no venga con armas fieras  
parte del campo que ha entrado  
por Londres con sus banderas.

Y dejas de preguntar,  
Florisandro, lo que digo;  
no resulte, de tardar,  
que lo goce el enemigo  
pudiéndolo vos guardar. [landa?

REI. ¿Que en Londres entró el de Ir-  
BEL. Por donde estamos segando  
pasó, nuesa ama, una banda  
de gente, huyendo y llorando,  
que ya por los montes anda.

Recogedlo; y pues es fuerte  
esta casa, harto mejor  
estará en ella.

REI. No advierte  
mal aqueste labrador.  
Pero más siento la muerte  
de mis hijos. Florisandro:  
parte a la ciudad, volando,

yo recogeré la hacienda.

BEL. ¿Qué es esto que le encomienda?

RIS. Eso le estaba escuchando.

FLO. Habla bajo, que yo iré  
y, en un punto, a la montaña  
los dos Príncipes traeré;  
que entre su aspereza extraña  
mejor librarlos podré.

Mas ten cuenta, no los llares  
hijos, ni sepan quién eres.

REI. No quiero que así difames  
el valor de las mujeres.

FLO. Mientras más tus hijos ames,  
más cerca estarás de hacer  
una locura de amor.

REI. Yo sabré mi amor vencer.

FLO. Pues, entretanto, Leonor,  
puedes cuidado tener  
de que se recoja el trigo.  
¿Quién vió reina en tal estado?  
Adiós.

REI. El vaya contigo.

(Vase FLORISANDRO.)

Rey: el cielo me ha vengado  
por manos de tu enemigo;  
aunque, si digo verdad,  
tan viva está mi lealtad  
que más quisiera la muerte  
que ver entrar desta suerte  
al irlandés tu ciudad.

Belardo.

BEL. Señora mía.

REI. Quiérote dar el cuidado  
de encerrar el trigo.

BEL. El día  
es pardo y acomodado,  
tanto el sol ayer ardía.

Lleven Floriso y Albano  
las carretas, yo y Riselo  
limpiaremos todo el llano.  
Id presto.

REI.

BEL. Guárdete el cielo.

RIS. ¡Pobre Rey!

BEL. Tiempo inhumano.

(Vanse los dos.)

REINA.

Veinte veces el sol, lámpara hermosa  
que alumbra el mundo por las líneas de oro,  
vió desde el estrellado y blanco Toro  
el Pez de plata en estación lluviosa,  
mientras que por tan áspera y fragosa  
montaña vivo y en sus peñas moro,

lejos del bien cuya memoria adoro,  
sin culpa muerta y viva temerosa.

Mudóme el tiempo y no mudó mis años,  
que crecen, cuanto más crecen los días,  
nacidos de un amor y mil engaños.

Y con saber que son vanas porfías,  
mientras con más furor crecen mis daños,  
se aumentan más las esperanzas mías.

*(Sale el REY, huyendo, y so o.)*

REY. ¿Adónde habrá para mí  
remedio entre tanta guerra,  
pues no me sufre la tierra  
después que al cielo ofendí?

Rey fuí de dos reinos; ya  
ni un palmo de tierra es mía,  
donde esconderme querría  
y amenazándome va.

Que parece que estas peñas  
quieren acabar mi mal;  
para sepulcro real  
pirámides son pequeñas.

Mas si la tierra en su centro  
me esconde y cubre mis faltas,  
vendrán ellas a ser altas,  
según merezco estar dentro.

¡Ah traidor Conde de Bura!  
¿No bastaba que, por ti,  
dos ángeles que perdí  
cubre infame sepultura,

sino que, dando favor  
al de Irlanda, me has quitado  
ahora todo mi estado  
y, antes de ahora, el honor?

¡Ah enemigo Florisandro!  
Si le hubieras muerto allí,  
ni a tu Rey vieras así  
ni al fiero Duque triunfando.

No hiciste mi mandamiento,  
vendiste mi patria y diste  
a tu Rey el fin más triste  
que cupo en villano intento.

¿Qué haré, que siento las fieras  
voces del contrario armado?

REI. Por allí baja un soldado  
de las inglesas banderas,  
y, sin duda, viene herido.  
Pues guardarle esta sierra  
sólo por ser de la tierra  
de aquel mi ingrato marido.

Quiero recogerle aquí,  
donde curarle podré.

¡Ah, hidalgo! ¿Quién sois?

REY. Quién fué,  
porque ya aun no soy quien fuí.

REI. ¿Tan herido estás?

REY. Estoy  
cerca de perder la vida.

REI. ¿Y adónde tenéis la herida?  
Noble parecéis.

REY. Sí soy.

*(Aparte.)*

REI. Como desde que salí  
de poder del Rey airado  
nunca otra cosa he pensado  
ni hay otro cuidado en mí,  
la voz y el rostro del Rey  
jurara que viendo estaba.

REY. Mi vida, amiga, se acaba;  
la piedad es común ley.

Duélete de mí y acoge  
dentro, en tu casa, a un inglés  
sólo porque el irlandés  
no me cautive y despoje,

que no porque estimo ya  
vida que tan poco vale.

REI. ¿Luego ya de Londres sale  
la nobleza?

REY. Huyendo va.

REI. A esa razón, ya es, señor,  
el Duque de Inglaterra.

REY. Veinte años duró la guerra  
con más que civil furor.

Tú, aunque estás en traje igual,  
pareces noble mujer,  
y es milagro el no saber  
de tu patria el bien o el mal.

Tanto, que, aunque es dura ley  
y de tu opinión indina,  
eres sólo peregrina  
de las desdichas de un Rey.

¿Cuya es esta casa?

REI. Aquí  
tiene su hacienda un hidalgo.

REY. ¿Eres su mujer?

REI. No valgo  
para tanto, aunque lo fuí  
de cierto hombre de valor.

REY. ¿Pues quién eres?

REI. Su parienta,  
que aquí vivo y tengo cuenta  
de su cosecha y labor.

REY. ¿Luego él está en la ciudad?

REI. Lo más del año está en ella,  
puesto que el Rey atropella



su honra y autoridad  
que alguna vez estimó.

REY. Di su nombre.

REI. Florisandro.

¿Qué miráis?

REY. Estoy mirando  
si otra vez te he visto yo.

¡Válgame Dios!

REI. ¿Qué te admira?

REY. ¡Cuánto a una muerta pareces!

REI. Y tú de un vivo me ofreces  
presente el rostro y la ira.

REY. Si esta muerta que yo digo  
no hubiera visto enterrar  
y a todo un reino llorar,  
por quien soy de otro enemigo,  
jurara que tú lo eras.

REI. Y si este vivo alcanzara  
a conocerme, pensara,  
soldado, que tú lo fueras.

REY. ¿Que te he parecido a quien  
has querido bien?

REI. Y tanto,  
que de que seas me espanto  
su rostro y hombre de bien.

REY. ¿Luego el hombre no lo era  
a quien amabas?

REI. No sé.

Sé que pagó mal mi fe  
y que el castigo le espera.

REY. Pues la mujer que yo digo  
fué tan mala para mí  
que, fuera del que le di,  
ya tendrá mayor castigo.

REI. ¿Qué hizo?

REY. Halléla abrazada  
con otro.

REI. ¿Dónde?

REY. En su estrado.

REI. ¿Abrazada?

REY. Eso he pensado  
y que fué entonces culpada.

REI. No lo creáis.

REY. ¿Cómo así?

REI. Los celos, en la conquista  
de amor, son cortos de vista.

REY. Cortos o largos, yo vi  
que a su cuello el arandela  
se trabó, y con esta espuela  
a darle la muerte fuí.

Y era tan justa sentencia,  
que Dios me quitó la espada  
de la mano, y su enojada

justicia allí, en mi presencia,  
la mató de un fiero parto.

Pero luego me vengué  
en dos hijos, que maté,  
de quien nunca el alma aparto;  
que con tan triste fortuna  
y triste estrella nacieron  
que desde el vientre tuvieron  
la sepultura en la cuna.

REI. Loco anduvisteis, por Dios;  
pues, cuando culpado fuera,  
vuestra espada no debiera  
matar esos niños dos.

Un pastor el otro día  
mató una culebra aquí  
viéndome quejar a mí  
que los conejos comía.

Y dos que en su vientre halló  
vivos y recién tragados  
eclió en esos verdes prados  
y los vi corriendo yo.

Eso debierais de hacer  
y dejar los niños vivos,  
ya que celos vengativos  
os quitaron la mujer.

Presumir que eran del hombre  
que labró en mi posesión  
no es esa buena razón  
ni debéis darle ese nombre.

Que si acá, en nuestra heredad,  
caballo ajeno cubrió  
yegua nuestra, no doy yo  
al dueño parte o mitad;

que, estando en mi posesión,  
debo presumir que es mío.  
Fué celos.

REY. Fué desvarío.

REI. Fué engaño.

REY. Fué sinrazón.

REI. Ya yo he llorado.

REY. ¿Su muerte?

REI. No, la de los niños digo.

(Dentro dicen a voces: «¡Por aquí! ¡Por aquí!»)

REI. Voces dan.

REY. Si es mi enemigo  
que me persigue de suerte  
que en esa sierra frágosa  
me busca para matarme.

REI. Quisiera de vos guardarme,  
si parezco a vuestra esposa,  
más que guardaros a vos  
del irlandés.

REY. No temáis,  
que por esc me agradáis.  
Sí os digo verdad, por Dios.

REI. ¿Cierto?

REY. Sin duda.

REI. Pues alto;  
yo os quiero aquí recoger.  
¿Sabréis cómo podrá ser?

REY. Estoy de sentido falto  
con esta persecución  
y la sangre que he vertido.

REI. Mudaros quiero el vestido.

(*Aparte.*)  
¡Quién pudiera el corazón!  
¿Qué me pondréis?

REY. De un villano  
el mismo traje.

REY. Esta bien;  
que ese es justo que le den  
a un Rey de un ángel tirano.

REI. ¿Qué decís?

REY. Que voy con vos.

(*Aparte.*)

REI. El Rey es. ¿Quién tal pensara?

(*Aparte.*)

REY. A no ser muerta, jurara  
que era la Reina, por Dios.  
Y paréceme también,  
porque le parece tanto,  
que me he dormido a su encanto  
y la voy queriendo bien.  
Di tu nombre.

REI. Florisea.

REY. ¿Viuda en efecto?

REI. Sí;  
que quiere mi esposo aquí  
que nadie vivo le vea.

REY. Mucho tengo que te hablar.

REI. Y más que satisfacer.

REY. ¿Querrásme hacer un placer?

REI. Será sobre algún pesar.

REY. ¿Cómo?

REI. Cúrate y sabrás  
quién soy.

REY. O eres sol o estrella;  
que ni puedes ser más bella  
ni a mí parecerlo más.

REI. No, no; que al primer encuentro  
de otro cuello y arandela  
me matarás con cautela.

REY. Ahora bien, entremos dentro,

que tú mi historia has sabido  
y conoces mi valor.

(*Aparte.*)

REI. ¡Ah Rey cruel!

(*Aparte.*)

REY. ¡Ah Leonor!

REI. Vengóme el cielo ofendido.

(*Vanse. Salen FLORISANDRO, el AYO, SILVERIO  
y MIRELLO.*)

FLORISANDRO.

Para mayor dolor me guarda el cielo.  
Traidor: ¿Dónde dejaste mis dos hijos?

AYO.

No te cause su ausencia desconsuelo;  
templa, señor, los ásperos enojos.

FLORISANDRO.

¿Cómo que no? ¡Pluguiera a Dios que el suelo  
se abriera y que tragara tus despojos!  
¿Esta es la confianza?

AYO.

Escucha un poco.

FLORISANDRO.

¿Cómo quieres que escuche un hombre loco?

AYO.

Yo les daba lección, mañana y tarde,  
de Cicerón y de Virgilio, y juntos  
los declaraban, ¡así Dios te guarde!,  
hasta los más dificultosos puntos.  
Pero la sangre que en sus venas arde  
y el ser los dos de tu valor trasuntos,  
de las letras, señor, los desviaban  
y al furor de las armas se inclinaban.

Con dos espadas negras en las manos  
hallé, señor, a Venceslao y a Enrique.  
Reñiles; respondieron que eran vanos  
cuantos remedios de tu parte aplique.  
Y, juntos en valor y en sangre hermanos,  
porque su inclinación te certifique,  
rompiendo tu recámara, se armaron  
de dos arneses que en su funda hallaron.

Pónense en dos caballos alazanes,  
también hermanos, que domaste agora,  
y salen a la plaza más galanes  
que los hermosos lijos de la aurora;  
y entre los ya vencidos capitanes  
que a la irlandesa gente vencedora  
daban espalda, altas las celadas,  
dicen así, vibrando las espadas:

«¿De quién huís, oh ingleses valerosos, a quien jamás vencieron los romanos? Volved, volved los pechos belicosos, no las espaldas, no, como villanos». Vuelve la gente, y viendo los hermosos mancebos con las armas en las manos se van juntando a lo que van diciendo, las fugitivas plantas deteniendo.

Diez a diez, veinte a veinte, ciento a ciento, tal escuadrón se junta a los dos mozos, que por el campo vencedor, contento, rompen, haciendo muertes y destrozos. Yo, con alegres lágrimas, atento, que enternecen también los grandes gozos, lo sigo, hasta que al fin de la conquista los pierdo, no del alma, de la vista.

Vuelvo a tu casa, y a tus hijas bellas cuento de sus hermanos las hazañas. Huélganse entrambas, y a avisarte dellas dicen que parta luego a las montañas. En esto, Florisandro, tus querellas oigo, y, enternecidas las entrañas, apenas puedo hablarte; que el aliento hasta este punto me dejó el contento.

FLORISANDRO.

¡Ay, cielo, no es posible que pudiera la sola inclinación en ellos tanto! Mas, ¿qué secreta causa los altera?

SILVERIO.

¿Lo que te ha de alegrar te mueve a llanto?

MIRELLO.

Señor: que son tus hijos considera y te cause su valor espanto; déjalos restaurar la patria.

FLORISANDRO.

Temo

la envidia y fin de Rómulo y de Remo.

DEN. EN. ¡Aquí, ingleses! ¡Aquí, amigos!

DEN. CO. ¡Viva el Duque! ¡Viva Irlanda!

DEN. VE. ¡O todos muramos juntos o defendamos la patria!

FLO. ¡Ay de mí, su voz conozco!

DEN. EN. Mirad que en vuestras espadas consiste su libertad.

¡Viva Inglaterra y Francia!

FLO. ¡Ay hijos del alma mía!

¿quién os dió empresa tan alta?

¿Quién os dijo? ¿Qué os importa?

¡Ay, Dios, parlera es la fama, no sabe guardar secreto!

Sin duda os dice y os habla al oído de la honra, que es vuestra tan noble hazaña. A librar voy mis dos hijos y a esforzar sus esperanzas; mejor diré las del Rey. ¡Ay, Leonor, gran bien te aguarda! Acuérdate de mis hijas, pues que te di vida y fama.

(Vase.)

AYO. Todos queremos, señor, morir o librar la patria.

(Vase.)

SIL. Oye, Mirtilo.

MIR. ¿Qué quieres?

SIL. Si el sentido no me engaña, sin duda, no son sus hijos estos dos.

MIR. Silverio, calla; que pienso que son del Rey y que defienden su causa.

(Vanse. Salen ENRIQUE y VENCISLAO acuchillando al DUQUE DE IRLANDA y al CONDE DE BURA.)

DUQ. Teneos, mancebos fuertes; teneos, tened las armas.

ENR. ¿Quién sois que nos detenéis al furor de ejecutarlas?

CON. Yo soy el conde de Bura. Orange me rinde parias.

DUQ. Yo soy Rey de Inglaterra, que ayer fuí Duque de Irlanda. Conquistó aquestos dos reinos por dos legítimas causas: el de Escocia por mi esposa, del Rey Eduardo hermana; y éste, de que ya soy Rey, porque me ha dado el de Francia la venganza de su hija, que yace sin honra y fama. Celos del Conde de Bura le obligaron a matarla. Por eso me ayuda el Conde y otros de Flandes e Italia. Si sois nobles, hijas tengo, hijas de su propia hermana, y os las daré, y detened la furia que se levanta sólo con el nombre vuestro. ¡Vil partido!

ENR. ¡Infame traza!

VEN. ¿Morirán, hermano?

ENR,

VEN. ¡Mueran!

CON. Mancebos: oíd que os habla  
vuestro Rey. Decid: ¿quién sois?  
Detened esa canalla.

ENR. Florisandro, un caballero  
que el Rey Eduardo infama,  
nos tiene a los dos por hijos  
y sustenta en pobre casa.  
Eduardo sólo es Rey,  
tú el de Bura y tú el de Irlanda.  
Salid de Londres al punto,  
rendid las banderas y armas.

DUQ. Desatinados mancebos  
a quien Florisandro engaña:  
veinte años ha que esta empresa  
me cuesta veinte mil almas.  
Lo que no ha podido un mundo  
no lo podrán dos espadas.

ENR. ¡Ea! ¡Viva Inglaterra!

VEN. ¡Viva Escocia!

DUQ. ¡Viva Irlanda!

(*Entranse acuchillándose.*)

### ACTO TERCERO

(*Salen dos SOLDADOS con arcabuces.*)

SOL. 1.º Echa la puerta en el suelo  
si se resisten.

SOL. 2.º Espera.

SOL. 1.º ¿Qué hay que esperar? Salid fuera.  
Que se previenen recelo.

SOL. 2.º Advertid que desde tierra  
es áspero el villanaje.

SOL. 1.º Cuando deste monte baje  
lo que su aspereza encierra.  
Son, finalmente, villanos.

SOL. 2.º Reniego de armas civiles;  
que hasta las cosas más viles  
la furia ofrece a las manos.  
¡Abrid, villanos!

SOL. 1.º ¿Qué aguardas?  
En la cerradura luego  
echa pólvora y da fuego;  
harás pedazos las guardas.

(*Salen RISELO y BELARDO.*)

RIS. Miren, señores soldados,  
que es casa de un caballero.

SOL. 1.º Por eso romperlas quiero,  
villanos desatinados;  
no porque interés se encierra

del trigo que defendéis,  
sino por ver si tenéis  
aquí al Rey de Inglaterra.

BEL. Parece que por el Rey  
del cielo nos preguntáis.

SOL. 2.º ¿Por qué?

BEL. Porque le buscáis  
entre una mula y un buey.  
Aquí no hay más que ganado.

SOL. 1.º Pues, villano bachiller:  
perdido el Rey, no ha de ser  
en sus palacios hallado.  
En más infame lugar  
halló el senado a Nerón.

(*Salen la REINA y el REY, de villano.*)

REI. Abrid, que tienen razón;  
abrid, éntrenle a buscar.  
Ya tenéis la puerta abierta  
¿Qué buscáis? ¿Qué pretendéis?

SOL. 1.º Saber por qué defendéis  
de nuestras armas la puerta.

REI. Porque sois soldados.

SOL. 2.º Bien.

REI. Y porque sois enemigos.

SOL. 1.º Vuestros ganados y trigos  
en silo y redil estén  
tan seguros como estaban  
antes de abrimos las puertas,  
que no perderéis abiertas  
lo que estos imaginaban.  
Somos del Conde de Bura;  
buscar nos manda a Eduardo.

REI. ¿Y pensáis que yo le guardo?

SOL. 2.º No; pero que él lo procura,  
y que aquí, entre los pastores  
deste monte, se ha escondido.

REY. Yo apostaré que el ruido  
de truenos y de atambores  
que ayer se oyó en nuestro valle  
que era la entrada del Conde.

REI. Dicen que el Rey se esconde  
y acá vienen a buscallo.

REY. ¿El Rey en nuestro cortijo?

REI. Sí; que dicen que se huyó  
y en el monte se escondió.

REY. ¿Pues cuál diablo se lo dijo?

REI. Yo qué sé.

REY. Pues entren dentro,  
que a fe que no le han de hallar.

(*Aparte.*)

REI. No; que en mi alma ha de estar,  
que es su verdadero centro.

Entren, señores soldados;  
busquen la casa en buen hora.

*(Entrense los SOLDADOS.)*

REY. ¡Oh cuánto os deben, señora,  
estos reinos desdichados!

Que, al fin, su Rey les guardáis.

REI. Vuestra Majestad, señor,  
se esfuerce y no haya temor.

REY. No haré, pues vos me animáis,  
a quien la vida que llevo  
tan justamente desde hoy  
por resguardo y prenda os doy  
de la voluntad que os debo.

Y por esos ojos juro  
de no tener otro dueño.

REI. ¿Por servicio tan pequeño  
tan alta gloria aventuro?

Venturosa yo.

REY. Advertid  
que habéis de ser mi mujer  
si sois noble.

REI. Puede ser,  
y que lo soy presumid.

Que sabe, Eduardo, Dios  
de aqueste reino que ha sido  
el que tuve por marido  
tan honrado como vos.

BEL. Buenos andan los amores.

RIS. De Florisea me admiro,  
de quien ya eclipsados miro  
de su sol los resplandores.

*(Salen los SOLDADOS.)*

SOL. 1.º Agora veréis quién son  
los que en vuestra casa entraron.

REY. Dígame, señor: ¿hallaron  
al Rey?

SOL. 2.º ¡Qué gentil razón!

REY. Pues, en verdad, que sospecho  
que cerca dél han estado.

SOL. 2.º ¿Quién es?

REY. Yo, que en este prado  
por dos veces Rey me han hecho.

SOL. 1.º Seríaslo de pastores  
en juego y burlas.

REY. Que el Rey,  
sujeto a la humana ley,  
y me espanto que esto ignore,  
no es de burlas ni de juego.

SOL. 1.º ¿Cómo?

REY. Mirad a Eduardo,  
Rey poderoso y gallardo,  
más que el troyano y el griego.

Y mirad que le derriba  
hoy de su trono un pariente  
y que de su casa ausente  
huye esos montes arriba.

Luego si el que ayer fué rey  
hoy es un pobre villano,  
tan rey soy yo; que en la mano  
del tiempo es común la ley.

REI. Es así; y, sin duda alguna,  
que es de naipes este juego.  
SOL. 1.º ¿De qué suerte?

REI. Oídmе os ruego.

Juega el tiempo y la fortuna,  
es el mundo la baraja.

Dos, tres, cuatro, cinco, seis,  
siete y as; son los que veis  
gente moderada y baja.

Sotas y caballos son  
los caballeros y damas.

Juegan vidas, honras, famas,  
hacienda, estado, opinión.

Y así, tal vez la fortuna  
descarta un rey de un manjar  
y otro pone en su lugar  
más mudable que la luna.

Hoy esta graú jugadora  
escoge al Rey irlandés,  
y ha tripulado al inglés,  
que es el que buscáis agora.

REY. Y de suerte tripulado  
está, como si le viescis,  
que está, entre doses y treses,  
como hombre vil, descartado.

Pero si vuelve a tomar  
el tiempo el naípe otra vez,  
y el Rey, del mismo ajedrez,  
el juego vuelve a entablar,  
él será tan Rey de espadas  
como yo deste capote,  
aunque ya el mundo le note  
entre cartas tripuladas.

SOL. 2.º ¡Buenos andan los villanos!

*(Sale FENISIO, soldado.)*

FEN. Ya no entendí que os hallara.

SOL. 1.º ¿Qué hay, Fenisio?

FEN. ¿Quién pensara  
que son los intentos vanos  
con que puso la fortuna  
al Duque el lauro en la frente?

SOL. 2.º ¿Pues qué hay de nuevo?

FEN. La gente,  
dejando en el campo alguna,

llevé a Londres, donde hallé confuso y alborotado todo el campo que alojado y victorioso dejé.

Creí que era algún sarao, torneo o fiesta el suceso, cuando oigo, en tropel espeso: «¡Viva Enrique y Vencislao!»

Vencislao y Enrique, digo a un ciudadano, ¿quién son?, cuando ya el fiero escuadrón sujetaba al enemigo.

Y díjome: «Dos hermanos, dos ángeles, dos mancebos, dos fuertes Hércules nuevos y dos Scipiones romanos.

Dos hijos de un Florisandro y de un Marte, que los guía, que, con no vista osadía, van nuestro honor restaurando.

Al Duque y Conde han vencido y preso en batalla fiera».

Yo, entonces, como si viera la muerte, descolorido,

vuelvo la espalda, y el paso dirijo a este monte espeso.

SOL. 1.º

¡Gran fortuna!

SOL. 2.º

¡Gran suceso!

REI.

¡Dicha extraña!

REY.

¡Extraño caso!

SOL. 2.º

No hay, Tansilo, que esperar; vamos a saber lo que es.

SOL. 1.º

Camina.

REY.

Escucha, irlandés.

¿Ves que el reinar es jugar?

SOL. 2.º

Dices bien, pues ha quitado hoy la fortuna, cruel, al Duque y puesto por él el que estaba descartado.

(Vanse los SOLDADOS.)

REY.

¿Fuéronse?

REI.

¿Pues no lo ves?

REY.

¿Oyes, señora, tal cosa?

REI.

Si soy en esto dichosa, ¡oh Rey! sabráslo después.

REY.

¿Hijos tiene Florisandro de tal valor?

REI.

Señor, sí.

REY.

¿Conóceslos?

REI.

Como a mí.

REY.

Todo, al fin, me está culpando. Si yo a mis hijos tuviera,

hoy volvieran por mi honor. Matélos con el rigor de aquella cólera fiera

REI. ¡Ay, hijos, cuán desdichado es el hombre que no os tiene! Señor, que miréis conviene por las cosas de tu Estado.

REY. Mira que importa volver; pero vuelve con secreto. ¡Buen consejo! Y, en efecto, es primero, y de mujer.

Pero advierte que conmigo has de ir también.

REI.

Pues yo, ¿a qué?

REY.

A acompañarme.

REI.

No sé si he de poder ir contigo.

Aunque si voy, no ha de ser en el hábito que estoy; que si como mujer voy dirán que soy tu mujer.

REY.

¿Pues cómo irás?

REI.

Pensaré el traje que he de llevar.

REY.

¿Y aquí quién piensas dejar?

REI.

Esta gente dejaré.

REY.

Mi mujer pretendo hacerte.

REI.

¿Haráslo?

REY.

Como quien soy.

REI.

Cuando lo sea, lo soy.

(Aparte.)

No tengo qué agradecerte.

(Vanse. Salen FLORISANDRO y los GRANDES DE INGLATERRA.)

GRANDE 1.º

¡Vivan los Reyes Vencislao y Enrique, y muera quien dijere lo contrario!

FLORISANDRO.

No permitáis que aquesto se publique sin el advertimiento necesario.

GRANDE 2.º

Si es menester, que el reino testifique que es muerto el Rey entre el confuso y vario ejército del vulgo que iba huyendo. Muchos testigos hay.

FLORISANDRO.

Eso pretendo.

Y habiéndolos, señores, justamente merecerán los dos, que os han librado,

de la inglesa corona honrar su frente  
y ser dueños del uno y otro Estado.

GRANDE I.º

¿Por qué pagáis tan mal, bárbara gente,  
a quien la libertad y honra os ha dado?  
¿Por qué, ingratos al cielo, a quien envía,  
pagáis tan mal, si es hoy del premio el día?  
Mirad que no tenéis mayor amparo;  
que si le perdéis, el enemigo  
os volverá a rendir; y está muy claro  
que del cielo será justo castigo.

FLORISANDRO.

¿Queréis saber en lo que yo reparo?

GRANDE I.º

Di; que a ese daño y a los demás me obligo.

FLORISANDRO.

En que nadie querrá guardar sus leyes,  
ni conservarse reino con dos reyes.

GRANDE I.º

¿Roma no tuvo a Tito y Vespasiano,  
Oriente al gran Constancio y Constantino,  
sin otros mil el griego y el romano?

FLORISANDRO.

Pues que abráis estas puertas determino,  
donde, encerrado uno y otro hermano,  
tratan cuál de los dos será más digno.

GRANDE I.º

Abrid, y entrambos nuestros reyes sean  
si como lo merecen lo desean.

*(Corren una cortina y aparecen VENCISLAO y ENRIQUE  
con una cortina asida entre los dos.)*

VEN. Póntela tú si la quieres.

ENR. Pártela tú, no seas loco.

VEN. Tú sólo, Enrique, lo eres.  
Con la mitad tengo poco.

ENR. ¿Luego tú a mí me prefieres?

VEN. No diga tal; pero quiero  
que te la pongas tú solo;  
porque, a fe de caballero,  
que a ser de rayos de Apolo  
quitársela a Apolo espero.

ENR. Según eso, de mi frente  
la quitarás.

VEN. Yo no digo  
que no eres digno.

ENR. ¿Insolente  
tú conmigo?

VEN. Si contigo  
no fuera...

ENR. Suelta y detente.  
¿De César no se decía  
que con Júpiter tenía  
partido el imperio?

VEN. Sí.

ENR. ¿Pues qué te debo yo a ti?  
¿Esa tu sangre no es mía?

VEN. ¿Has hecho más en la empresa?  
¿Vive el cielo, que me pesa  
de que tan poco haya sido!  
Júpiter es dios fingido  
y César conmigo cesa.

ENR. Mi imperio no se reparte.  
Porque como hay en el cielo  
sólo un sol, aquella parte  
en que yo reino en el suelo  
a ninguno ha de dar parte.

ENR. Cástor y Polux partieron  
el cielo.

VEN. Allá no hay envidia,  
por eso lo dividieron.  
Mira tú los que a Numidia  
con igual poder vencieron.

ENR. O mira a Rómulo y Remo;  
que ese mismo y justo fin  
del uno de los dos temo.  
O mira a Abel y a Caín.  
Yo blanco ganado quemó.

VEN. Si tú el fruto de la tierra,  
ofrecerás ira y furia;  
y Dios, en Ingalaterra,  
te maldirá por la injuria  
y temerás en tu tirra.

VEN. Dios me puede hacer temblar,  
mas será matando a Abel.  
Porque si en este lugar  
te doy la muerte, cruel,  
la historia se ha de trocar.

ENR. Que Abel, que yo represento,  
te ha de matar, Caín injusto.  
¡Oh qué donoso argumento!  
¿Cómo puede ser más justo  
en nuestro igual nacimiento?

VEN. ¿Qué nacimiento? Si apenas  
sabes el que te engendró  
aquí ni en tierras ajenas.

FLO. Veis, ciudadanos, que yo  
¿vi el mar desde las arenas?

VEN. ¿No miráis que sólo un día  
no han podido sustentar  
la corona en compañía?

Que es imposible reinar  
habiendo envidia y porfía.

Dejadme llegar allá.

GR. 1.º Llega, que matarse intentan.

FLO. ¡Ay, hijos!

ENR. ¿Quién es?

VEN. ¿Quién va?

FLO. Cuando los padres se ausentan  
así la familia está.

Dejad la corona luego.

ENR. Tómala tú en confianza.

VEN. Tómala tú mientras llego,

(*Dáscla.*)

al ristre otra vez la lanza,  
y pongo a este imperio fuego.

Que si gané con mi hermano  
la que tienes en la mano,  
otra vez la ganaré  
y, a su pesar, la pondré  
adonde la mire en vano.

(*Quiérese ir.*)

FLO. ¡Detente!

ENR. ¿Qué es lo que quieres?

Déjale que vaya y vuelva.

FLO. ¿Sabes quién es y quién eres?

ENR. Que desa duda me absuelva  
el cielo espero.

FLO. No esperes.

Oid, ilustres mancebos;  
oye, generosa patria,  
a quien te ha dado más honra  
que cuantos tus hijos llamas.  
Madama Leonor, que fué  
hija de Charles de Francia,  
fué mujer de nuestro Rey,  
varonil, discreta y santa.  
Celos del Conde de Bura  
le obligaron a matarla.  
Mandóme matar al Conde,  
y no matarle fué causa  
que pudiese, estando vivo,  
decir que Leonor fué casta;  
que celos son como peste  
que de aire matan la fama.  
Pasóse el de Bura al Duque,  
por temor o por venganza.  
La Reina, del sobresalto,  
que en el mes del parto estaba,  
tan recio le tuvo, ¡ay, cielos!,  
que sola una mano saca  
un niño, a quien una cinta  
ató en el brazo una dama.

Metióle, y salió después  
otro sin ella, que es clara  
señal que no fué el primero  
a quien fué la cinta atada.  
En fin, nacieron los dos,  
y el Rey, celoso, me manda  
matarlos. Truenco los niños  
y mato los de una esclava.  
La Reina libre también;  
que no es bien que a mis palabras  
deis crédito si no vive  
y el reino vuelve a firmarlas.  
Los hijos son los presentes,  
que me han dado en confianza;  
que no en vano defendían  
su honor, su vida y su patria.  
No diré cuál de los dos  
el de la cinta se llama  
ni el que primero nació  
si dos mil muertes me tratan.  
Porque el toro de Perilo,  
ni de Dionisio la espada,  
los tormentos de Magencio  
ni cuantos el mundo aguarda  
de aquella bestia feroz  
que el Apocalipsis canta,  
no serán parte a que mueva  
mi lengua tales palabras.  
Antes, ¡oh! famosos Grandes  
de la dichosa Britania!,  
me habéis de tener a mucho  
haber sabido enfrenarla;  
porque sin saber quién son  
se puede juzgar la causa,  
y ellos, sin pasión, la esperen.  
¡Gran suceso!

GR. 1.º ¡Historia extraña!

GR. 2.º Bien ha dicho.

GR. 1.º ¿Y cómo bien?

GR. 2.º Nombra jueces.

GR. 1.º ¿No bastan  
los que presentes estáis?

GR. 2.º Yo, señores, si os agrada,  
de la sentencia me eximo,  
confesando mi ignorancia.

GR. 1.º Yo también, que Inglaterra  
tiene letrados de fama  
y esta es causa nunca oída.

GR. 2.º Si la tenéis por extraña,  
¿quién ha de osar emprenderla?

GR. 1.º Yo no pienso imaginarla;  
pues de nacer el primero,  
¿cuál hombre puede juzgarla?



Si no es diciendo que el otro  
la mano primero alarga  
en que le ataron la cinta  
y con que pudo tomarla.

FLO. O más que en aquese brazo  
recibió bautismo y agua.

VEN. Ahora, Florisandro amigo,  
pues ya padre no te llamas,  
este es pleito muy confuso;  
ya la dilación me cansa.  
No quiero leyes ni glosas  
por las márgenes notadas.  
Si a mi hermano le parece,  
remitámoslo a las armas.

ENR. ¿Podrás tú reñir conmigo?

VEN. ¡Oh qué graciosa arrogancia!  
Y muerto ya, darte vida  
para volver a quitarla.

FLO. Eso sólo Dios lo puede.  
Las armas son excusadas;  
dejad batallar las leyes  
con escudos de hojas blancas.

ENR. Por su mano yo no quiero  
ser Rey del mundo, que alargan  
un mayorazgo mil vidas.  
¡Ah letras siempre cansadas!  
Pleitos, que hacéis de las plumas  
para las sentencias alas  
con que se alejan del dueño,  
que es imposible alcanzarlas.  
Pleitos donde la justicia  
suelta a veces la balanza  
y en un corto mar de tinta  
se anega la verdad clara.  
Yo digo que los jueces  
que Inglaterra señala  
son calificados hombres,  
de almas y conciencias santas.  
No quiero el mundo por pleitos.  
Hombre soy, pues ciño espada.  
Esta es pluma deste pleito,  
que es hoja sin letras falsas.

VEN. A tanta soberbia, Enrique,  
con que las letras infamas,  
que son luz de la justicia,  
que la verdad siempre amparan,  
depósito de las leyes  
y las leyes vida y alma  
de la razón, no hay razones  
con que responder a tantas,  
sino decir que te espero,  
como estoy, en la campaña.

FLO. Hijos, no tenéis razón;

presto la obediencia os falta.  
Aun soy vuestro padre, hijos,  
si el Rey murió en la batalla.  
Teneos.

ENR. Ya nos tenemos;  
pero da remedio.

FLO. Aguarda.  
Salgan otros caballeros  
por vosotros, pues se hallan  
tantos tan buenos presentes.  
Aquí os ofrezco mi espada.

GR. 1.  
GR. 2.  
ENR. Y yo la mía también.  
No; que puede haber ventaja  
en el ánimo y destreza  
y ser la suerte contraria.  
De mí solamente fio.

FLO. Si a mi amor, si a mi crianza  
debéis, Vencislao y Enrique,  
obligaciones más altas;  
si os escapé de la muerte  
y a vuestra madre de infamia;  
si padecí por vosotros  
trabajos y afrentas tantas,  
no me paguéis como ingratos.

ENR. ¿Qué quieres?

VEN. ¿Qué nos disfamas?

FLO. Tomad medio más decente.

ENR. Dale tñ.

FLO. Por la mañana  
la puerta mayor de Londres,  
estando juntos, se abra,  
y el primero que por ella  
entrare, en razones llanas  
la causa se le proponga  
y éste decida la causa.

GR. 1.  
GR. 2.  
ENR. Bien dice.  
Nadie lo niega.  
Vamos juntos a cerrarla  
para que ninguno entre  
ni a dar el aviso salga.

VEN. Yo digo que soy contento.

ENR. Yo también.

VEN. Fortuna varia,  
hazme Rey de Inglaterra,  
quemaré incienso en tus aras.

ENR. Fortuna, yo soy Enrique,  
o me corona o me mata;  
que, por reinar más a solas,  
me pesa ser cuerpo y alma.

(V'anse.)

(Sale la REINA, en hábito de villano, y el REY, BELARDO  
y RISELO.)

REI. Quisieron venir conmigo  
y dejé otros dos allá.

REV. Por ser tarde, bien está,  
bien es que vengan contigo;  
que están estos campos llenos  
de soldados, y yo sé  
que está contigo mi fe  
mal soldada por lo menos,  
pues trujiste compañía  
para que no me obligara  
amor a tu ofensa.

REI. Para,  
y de mi verdad confía;  
que no vine acompañada  
porque de ti me guardé,  
aunque se suelta la fe  
muy mal una vez quebrada,  
sino por justo temor  
del hábito y de tu vida,  
en mis ojos preferida  
al peligro de mi honor.

REV. Como quiera que haya sido,  
te aseguro, Florisea,  
que de mi voluntad sea  
tu casto honor defendido.  
Porque le pienso pagar  
a Florisandro aquel brío  
con que ha defendido el mío  
con ponerte en el lugar  
donde puse mi Leonor.

REI. Si allá me habéis de poner,  
en la tierra habrá de ser.  
¡Qué buen indicio de amor!

REV. Dígolo así por ponerte  
en el mismo corazón,  
que es lugar de la afición  
con que he llorado su muerte,  
Y pagar a Florisandro,  
cuya deuda dices que eres.

BEL. ¡Ah flaqueza de mujeres!  
Ved cuál se van apartando.  
Desvíate acá, Riselo,  
que el meterse entre los ramos  
es buscar lo que estorbamos  
con nuestro envidioso celo.  
El no estorbarás, también,  
al próximo entretenido,  
es mandamiento añadido  
en los de la corte.

RIS. ¡Bien!  
¿Mandamientos tiene ya  
la cortesía?

BEL. En las leyes  
del mundo.

REV. Siempre en los Reyes  
cierta la palabra está.  
¿Quiéresme dar una mano?

REI. ¿Sobre qué?

REV. Sobre quien soy.

REI. ¿Quién eres?

REV. Rey.

REI. Hasta hoy,  
que desde hoy serás villano.  
Y si así lo has de cumplir.

REV. El alma tengo real,  
que sólo sirve el sayal  
de engañar y de encubrir.

REI. Ahora bien, mi mano estuya.

REV. Que Reina de mano gano.

REI. Yo sé quién por esta mano  
perdió ser tuya y ser suya.

RIS. ¿No ves? La mano le ha dado.

BEL. Es el principio del juego.  
¿Cuánto apostamos que luego  
le viene a dar lo empatado?

RIS. Diablos son los de palacio;  
que nunca yo me atreví  
a otro tanto.

BEL. Pues yo fui  
más corto en bien largo espacio;  
Que hubo ocasión de cogerla  
entre el alfonbra y la cama  
y me quedé como llama  
que da nieve y agua en ella.

RIS. ¿Admitiérate?

BEL. Sospecho;  
que hay horas perjudiciales.

RIS. Quien pierde ocasiones tales  
nunca será de provecho.

BEL. Oí contar que Diana  
a un cazador que la vió  
en ciervo le convirtió  
bañándose una mañana.  
Y esto temí de quien digo.

RIS. ¿Vístela desnuda?

BEL. Sí.

RIS. ¿Qué hiciste?

BEL. Espaldas le di,  
como a valiente enemigo,  
y fuíme haciendo mil cruces.

RIS. ¿Pues es diablo?

BEL. Y aun peor,  
si a los peligros de amor  
el pensamiento reduces.

REY. ¡No me niegues, por tu vida,  
los brazos!

REI. Ya no podré,  
debajo de que tu fe  
no ha de ser nunca rompida.

Por esto y porque deseo  
hacer amistad contigo,  
que has sido un gran enemigo  
del alma con que te veo.

RIS. ¡Pardiez, que le dió los brazos!

BEL. Créeme y no mires más,  
porque tras esto verás  
hacerse el mundo pedazos.

RIS. Dices bien. Dos mil novelas  
hacen ver, con vino y celos,  
que uno parece mil cielos  
como una vela mil velas.

Mas al muro hemos llegado,  
él estorbará su amor.

REY. Estoy, querida Leonor,  
a tu favor obligado.

REI. ¿Qué dices? ¿Leonor me llamas?

REY. Perdona, por vida mía,  
que en la memoria tenía  
el pensamiento que infamas.

Mas no te parezca mal  
lo que me parece bien.

REI. Esta es Londres.

REY. Y es también  
mi corte y casa real.

Aquí te daré la media.

(*Aparte.*)

REI. Y aquí la he tenido yo  
cuando un engaño trocó  
tanta ventura en tragedia.

BEL. Buscad donde os albergar,  
que está la puerta cerrada.

RIS. Es muy de noche.

REI. Cansada  
vengo, bien quisiera entrar.

REY. ¡Ah, puerta, que a tu señor  
te cierras!

(*Aparte.*)

REI. Puerta, yo fui  
quien entró otra vez por tí  
con tanta pompa y honor.

BEL. Quedo, que suena ruido  
en el muro.

REY. O son las velas  
o hay traición.

(*Silen al muro el CONDE DE BURA y el DUQUE DE IRLANDA.*)

CON. ¿De qué te recelas?

Todo el campo está dormido.  
Suelta la cuerda y bajemos.

(*Bajan por una cuerda.*)

BEL. Dos hombres que bajan son.

REY. Aquí hay, sin duda, traición.  
Llegad callando, lleguemos.

DUQ. ¿Dónde están nuestros caballos?

CON. Aquí los han de traer,  
y en caso de no poder,  
a pie iremos a buscarlos.

DUQ. Ventura hemos tenido  
en romper esta prisión.

REY. No mucha en esta ocasión,  
que en el lazo habéis caído.

DUQ. ¿Qué gente?

REY. Soldados.

DUQ. Di:

¿de qué nación?

REY. ¿No lo ves?

DUQ. ¿Eres caballero inglés?

REY. A pie vengo agora aquí.

Daos a prisión, irlandeses.

DUQ. Sin armas hemos salido  
de prisión. Piedad os pido;  
piedad, señores ingleses,  
que no sonos de importancia  
y daremos buen rescate.

REY. De rescatar no se trate,  
si da un millón de ganancia.

CON. Oye, amigo, en dos diamantes  
diez mil ducados te doy.

REY. ¡Buenos, a fe de quien soy!  
Pocos habrá semejantes.

DUQ. Otro te daré mejor.

REY. He venido a sospechar  
que quien esto puede dar  
es persona de valor.

Y tengo a mucha ventura  
tu persona, a fe de inglés;  
que eres el Duque irlandés  
o eres el Conde de Bura.

De los muros te desvía,  
porque si tienes más gente  
no nos coja de repente.

DUQ. ¿Hay suerte como la mía?

RIS. Caminen. ¿Qué se detienen?

REI. Señor, ¿qué quieres hacer?

REY. Destos pretendo saber  
mil casos que me convienen.

DUQ. Paciencia, Conde.  
 BEL. Señora,  
*(Vanse los presos, el REY y RISELO.)*

¿qué es lo que deste procuras?  
 REI. Casarme.  
 BEL. ¿Y casarte a obscuras?  
 REI. Eso voy trazando agora.  
 BEL. Pues no dejes que te abrace,  
 sino amasa, porque cuece,  
 que de día se parece  
 lo que de noche se hace.  
 REI. Calla, Belardo, y advierte  
 que es retrato de mi esposo,  
 y que en lance tan forzoso  
 me consuelo de su muerte;  
 que le oigo mil dulces nombres  
 que al otro escuché algún hora.  
 BEL. Todos los hombres, señora,  
 son retratos de otros hombres.  
 Curad bien el sentimiento;  
 que de aquí vengo a entender  
 que en perdiendo una mujer  
 un hombre, busca otros ciento.

*(Vanse.)*

*(Sale grande acompañamiento, FLORISANDRO y los PRÍNCIPES.)*

FLORISANDRO.

Ya, después que los dos habéis jurado,  
 Príncipes generosos, en el ara  
 de un sacrosanto altar y en el sagrado  
 libro que nuestra fe santa declara  
 de pasar, como queda concertado,  
 sin apelar a más espada o vara,  
 por la sentencia del primero, que entre  
 por esta puerta, aunque un villano encuentre.

Ni del pontificado ni el imperio  
 tener jamás acción a otra demanda,  
 pena de afrenta, infamia y vituperio  
 ni pasarse jamás al Rey de Irlanda  
 ni al de Bura, que vive en cantiverio  
 y en las mudanzas destos reinos anda.  
 Sólo resta que, abriéndolas, se aguarde,  
 y vamos juntos, o se acerque o tarde.

ENRIQUE.

Famoso Florisandro, a quien se dabe  
 el bien que por ti goza Inglaterra,  
 digno de ser el décimo en los nueve  
 que la paz eternice en paz y en guerra.  
 Conocida la causa que te mueve  
 al sosiego común de aquesta tierra,

sin este ser, que al fin le recibimos,  
 después de Dios, de ti te obedecemos.

Juré, juró mi hermano; cumpliremos  
 el juramento. Llega y abre.

FLORISANDRO.

Llego.

VENCISLAO.

Digo que por lo dicho pasaremos.

GRANDE 1.º

¡Ay cielo santo, dos villanos vemos!

*(Salen la REINA y el REY de villanos.)*

REINA.

Por presto que llegamos a la puerta  
 más de mañana está Londres despierta (1).

Encúbrete muy bien, que al campo sale  
 un ejército junto.

REY.

Ve primero  
 no me conozca alguno.

ENRIQUE.

Aquel iguale  
 las telas de oro y el sayal grosero.

FLORISANDRO.

Este primero entró.

VENCISLAO.

Pues llega y dale  
 cuenta del caso.

FLORISANDRO.

Prevenirle quiero.

GRANDE 1.º

¿No es muy mozo?

ENRIQUE.

¿Qué importa a la prudencia?  
 Más mozo Salomón dió igual sentencia.

FLO. Detente un poco.

REI. ¿Sois vos  
 guarda desta puerta agora?

FLO. Leonor.

REI. Amigo.

FLO. Señora,

¿dónde vas?

REI. No sé, por Dios.

FLO. ¿En ese hábito?

(1) Faltan dos versos a esta octava.

REI. Es forzoso.  
 FLO. ¿Quién viene contigo?  
 REI. ¡Ay cielo!  
 FLO. Dilo, señora.  
 REI. ¿Dirélo?  
 FLO. Bien puedes.  
 REI. El Rey, mi esposo.  
 FLO. ¡Válgame el cielo!  
 REI. Esto pasa;  
 que huyendo el justo castigo  
 de Dios y de su enemigo  
 vino a esconderse a tu casa.  
 FLO. ¿Es el que a la puerta queda?  
 REI. El mismo. Mas di: ¿qué es esto?  
 FLO. Disimula, y sabrás presto  
 cuánto la fortuna rueda.  
 Tus hijos, sobre quién debe  
 ser el Rey de Inglaterra,  
 quieren, excusando guerra,  
 a que la ambición les mueve,  
 que el primero que a esta puerta  
 llegue, juzgue cuál nació  
 antes.  
 REI. Y vengo a ser yo.  
 Ved lo que el tiempo concierta.  
 ¿Saben ya quién son?  
 FLO. Decían  
 que el Rey murió, y a este efeto  
 le declarado el secreto.  
 REI. Todas estas cosas guían  
 los cielos. No hay que temer.  
 Llévame y no digas nada.  
 FLO. El es persona extremada  
 y, aunque pastor, bachiller.  
 Justa sentencia esperáis.  
 ENR. Hombre, seas bien venido.  
 REI. Vos en buen hora nacido  
 si es que este reino os lleváis.  
 Pardiez, que tengo a ventura  
 venir a ser vuestro alcalde,  
 que no me cuesta de balde.  
 ENR. ¡Qué donaire!  
 VEN. ¡Qué hermosura!  
 ENR. Siéntate en aquesta silla.  
 REI. No, no, yo estaré en el suelo.  
 VEN. Eso no.  
 REI. Callad, que el cielo  
 unos baja, otros ensilla.  
 ENR. Tú has de estar, amigo, en ella  
 y nosotros a tu lado.  
 (Siéntase.)  
 REI. ¿Que hoy me he de ver honrado?  
 Yo me erguí con linda estrella.

¿Sabéis cómo vengo a ser?  
 Como una imagen de ermita,  
 que un día solicita  
 el pueblo fiesta y placer,  
 cuelgan sedas, cortan ramos,  
 y en acabando la fiesta,  
 en que estuvo tan compuesta,  
 como me ponéis entrambos,  
 vuélvese la gente ociosa  
 y quédase, aunque sin daño,  
 desnuda en el campo un año  
 sin lámpara ni otra cosa.  
 ENR. Basta, que habemos hallado  
 el hombre que es menester.  
 REY. ¡Cielo! ¿Qué puede esto ser?  
 A Florisea han sentado  
 en una silla, y dos hombres  
 a sus lados muestran ser  
 los que vencieron ayer  
 ganando famosos nombres.  
 Quiérome llegar allí  
 y preguntar qué es aquesto.  
 ¡Ah, señor! ¿Para qué han puesto  
 a Celio, mi hermano, así?  
 Déjennos ir, por su vida.  
 GR. 1.º Hermano, en aquel lugar  
 quieren que el que ha de reinar  
 destos dos juzgue y decida.  
 REY. ¿Destos? ¿Por qué?  
 GR. 1.º Porque son  
 hijos de Eduardo, muerto.  
 REY. ¿Muerto Eduardo?  
 GR. 1.º Eso es cierto.  
 REY. Si es muerto, tiene razón.  
 ¿Pero Eduardo tenía  
 hijos?  
 GR. 1.º Dos mandó matar;  
 pero súpolos guardar  
 Dios, que la verdad sabía:  
 que era una santa Leonor.  
 REY. Reventando estoy de gozo.  
 RFI. Puesto que me veis tan mozo,  
 pobre y rústico pastor,  
 habiendo sido informado  
 de que habéis nacido así,  
 oid lo que juzgo aquí  
 por mi tribunal y estrado.  
 El que la cinta sacó  
 y recibió el sacramento  
 del bautismo...  
 ENR. Hombres, con tiento,  
 que pienso que no soy yo.  
 Hombre, mira lo que haces;

REI. hombre, mira lo que dices.  
 Bien es que así me autorices  
 pensando que me deshaces.  
 No me hagas tan hombre a mí;  
 que si yo tan hombre fuera  
 por ventura no naciera  
 alguien que me mira aquí.  
 Pero pues me has detenido,  
 primero es bien entender  
 de quién pudisteis saber  
 que del Rey habéis nacido;  
 porque dicen que Leonor  
 fué muerta a manos del Rey.

VEN. Pasas la rústica ley,  
 ya no pareces pastor.  
 Aquí está el Conde de Bura,  
 de quien el Rey tuvo celos.  
 ¿Dónde?

REI. Preso.  
 VEN. ¡Santos cielos,  
 cuánto la verdad se apura!  
 REI. El Conde se huyó.

ENR. ¡Ay de mí!  
 REI. No os pese, que el Duque y él  
 bajando por un cordel  
 del muro anoche los vi,  
 y entre yo y otros pastores  
 los prendimos.

ENR. ¡Grande hazaña!  
 REI. No os parezca muy extraña,  
 que aun faltan otras mayores.  
 Hermano.

REY. ¿Qué es lo que quieres?  
 REI. Trae los presos.  
 REY. Aquí están.  
 REI. Entren.  
 VEN. Fuerte capitán,  
 que no pastor fuiste y eres.

(Sacan RISELO y BELARDO los presos.)

REY. Los presos están aquí.  
 REI. Conde: yo fui ayer la mano  
 en que caisteis, no en vano,  
 que lo quiso el cielo así.  
 Los que ves hijos son ciertos  
 de Eduardo y de Leonor,  
 a quien tú tuviste amor,  
 no, como pensabas, muertos.  
 Si son tuyos, tuyo es  
 este reino y estos son  
 los Príncipes.

CON. No es razón  
 que ese título me des.

Si me dió jamás su mano  
 Leonor, si no fué cautela  
 la del cuello y arandela,  
 que al Rey dió celos en vano,  
 quíteme aquí Dios la vida;  
 y si cuanto he procurado  
 no es hacer su honor vengado,  
 sea un villano homicida.

Si este reino y mil, me diera  
 el mundo, a su honestidad  
 no negara la verdad  
 ni tan vil afrenta hiciera.

Fuertes Vencislao y Enrique:  
 del Rey sois hijos sin falta  
 y de señora tan alta.  
 Quedo, ninguno replique.  
 Leonor fué quien ser debía.  
 ¿Oyeslo, hermano?

REY. Muy bien.  
 VEN. Di tú a quién quieres que den  
 del reino la monarquía.  
 Y obedézcante, pastor,  
 todos. Pena de la vida,  
 pues que la honra debida  
 das a mi madre Leonor;  
 que ese es reino para mí.  
 ENR. Y para mí, pastor noble.  
 Habla, no temas que doble  
 mi palabra.

REI. ¿Haréislo así?  
 LOS DOS. Sí.  
 REI. Pues viendo en mi persona  
 valor justo y competente,  
 digo que pongo en mi frente  
 la merecida corona.

ENR. ¿Qué es lo que dices, pastor?  
 REI. Que la verdad se publique.  
 Hijos Venceslao y Enrique,  
 vuestra madre soy, Leonor.  
 De mí habéis los dos nacido,  
 en esa montaña he estado,  
 Florisandro me ha guardado.  
 Si aquí el que es Rey no decido  
 es porque es vivo aquel padre  
 que os engendró.

ENR. ¿Soy bastardo?  
 REI. No, que está vivo Eduardo.  
 Hoy hallasteis padre y madre.

REY. Señora del alma, pido  
 tus brazos me den perdón.

ENR. Rey...  
 VEN. Señora...

REY. ¡Qué ocasión  
para morir de alegría!  
Dejadme y abrazaré  
a quien a los tres me ha dado.  
FLO. Con lágrimas te he abrazado.  
REY. ¡Oh cuánto debo a tu fe!  
Alza del suelo, Almirante,  
Condestable de mi Estado,  
Marqués, Duque, Adelantado...  
FLO. No pases más adelante;  
que más, señor, me darás  
si a mis hijas Cintia y Ana,  
de hermosura más que humana,  
los dos Príncipes les das.  
REY. Tuyos son; luego negocia  
que se casen, y, sin guerra,

tenga Enrique a Inglaterra  
y Vencislao tenga a Escocia.  
Tú, Duque, en aqueste día,  
para olvidar los enojos,  
aumente el bien a mis ojos  
mostrando paz y alegría.  
DUQ. Yo, señor, prometo ser  
tu hermano con paz eterna.  
REY. Conde, mi Estado gobierna;  
muestra contento y placer.  
Hágase fiesta en mi tierra,  
cese el odio pertinaz,  
dando fin con esta paz  
*Los pleitos de Inglaterra.*

FIN

# COMEDIA FAMOSA

DE

## EL PODER VENCIDO Y AMOR PREMIADO

### HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

FABRICIO, *viejo*.

GINÉS, *villano*.

Un CRIADO.

ROBERTO, *príncipe*.

CAMILO, *criado*.

CONDE FABIO.

COLÍN, *su criado*.

CELIA Y FLORA.

FINEO, FLORENTE.

BELARDO Y FLORA.

ALEJANDRO, *Duque*.

ESTELA, *su hermana*.

TIRSO, *criado*.

LISARDO, TIBERIO Y GERARDO, *criados*.

### ACTO PRIMERO

(*Salgan FABRICIO, viejo; GINÉS, villano, y un CRIADO.*)

FAB. ¿Viene el Príncipe?  
GIN. Ya viene

por la falda dese monte.  
CRIA. A recibirle disparte  
como tal huésped conviene.

FAB. Pues tomad este gabán.  
Dadme una capa y espada.  
GIN. Ya por la puerta enramada,  
criados viniendo van.

Su hermano viene con él:  
el Conde, que tú has criado.  
FAB. Es, aunque huésped, honrado.  
Poco hiciéramos por él.

Que como está cada día  
en casa un mes, dos y tres,  
más hijo que huésped es.  
GIN. Con poca gente venía.

Que no debe de querer  
alborotar el aldea  
FAB. Que mucha o que poca sea,  
ánimo habéis de tener.

Y un día que viene aquí  
de Nápoles su señor,  
más me honrará su valor  
que irá servido de mí.

CRIA. Siendo tú pariente suyo,  
no parece novedad.

FAB. Puesto que de la ciudad  
y de sus grandezas huyo,  
llegado que venga aquí  
su Príncipe, quiero ser  
cortesano.

CRIA. ¿Qué has de hacer?  
FAB. Oíd lo que intento.

CRIA. Di.

FAB. La gente de mi labranza  
deje el monte, prado y huertas.

GIN. ¿Alguna fiesta conciertas?

FAB. Haya una famosa danza.  
Yo quiero dar los vestidos.  
CRIA. ¿Habrá comedia?

FAB. También.

CRIA. Una compuso Guillén;  
mas es para los oídos,  
no tiene para los ojos.

FAB. Los ojos sentidos son,  
y darles gusto es razón.

CRIA. Muchos reciben enojos  
desto de trampas y vigas.

FAB. Acertado, bueno es.  
Quede a cargo de Ginés  
el traer de balde ortigas,  
dos novillos que se coman  
la gente de los tabiados.

GIN. Dos andan en esos prados,  
que por pasatiempo toman  
el salir a saltar  
un caminante a la senda,  
y más quien la amada prenda  
vencido suele dejar.

Entre tiznados y rojos,  
las crines parecen cardas,  
los cuernos dos alabardas  
y dos candelas los ojos.

FAB. No es poco que esa braveza  
tengan en Italia.

GIN. Es tanta,



que a los vaqueros espanta  
su vista y su fortaleza.

FAB. Será maravilla sola.  
GIN. Tienen, con vista inhumana,  
la braveza italiana  
y la cólera española.

FAB. Carrera quiero que haya.  
GIN. Famosos gansos tenemos,  
y yeguas en que podemos  
ganar al viento la raya.

FAB. Desafíos de saltar,  
de luchar y de correr  
puede haber.

GIN. Hoy has de ver  
hecho palestra el lugar.

FAB. Aunque esta puerta famosa  
con dórica arquitectura,  
excede la nieve pura  
en piedra blanca y lustrosa.

Cubrid las basas, que están  
sustentando el chapitel,  
del coronado laurel  
y del lascivo arrayán.

Pise el Príncipe ese día  
por zaguanes y portales,  
los jacintos orientales  
que esta tierra en sus pies cría.

Que cuando de los señores  
la grandeza aparte queda,  
más que de alfombras de seda  
siven las silvestres flores.

(*Salgan ROBERTO, Príncipe; CAMILO, criado; el CONDE  
FABIO; COLÍN, su criado, y acompañamiento.*)

PRÍN. Con tal silencio he querido  
ser vuestro huésped.

FAB. Señor,  
aunque embozado el favor,  
el amor le ha conocido.

¿Así os habéis apeado?

PRÍ. En casa que propia es,  
eso es muy justo.

FA. A esos pies  
respondo alegre y turbado.

¿Viene Vuestra Alteza bueno?

PRÍ. A vuestro servicio, tío.

FAB. Hoy el corto albergue mío  
queda de riqueza lleno.

Perdonad, Conde, que a vos,  
como hijo, no he de haceros  
cortesía.

CON. Yo con veros  
me contento; guardaos Dios.

FAB. Llegad sillas.

PRÍ. Sentaos.

FAB. Yo estoy bien.

PRÍ. ¡Bueno, por Dios!

CON. Sea en medio de los dos.

FAB. ¿Tanta merced?

PRÍ. Levantaos.

Mirad que decir podremos  
que os ha pegado el aldea  
la humildad.

FAB. No es bien que sea  
virtud a tales extremos,  
si sois la misma virtud;

si no es que tengan tal nombre  
las canas, honra del hombre.

PRÍ. ¿Tenéis, Fabricio, salud?

FAB. Señor, a servicio vuestro.

PRÍ. Mucho puede el ejercicio  
del campo.

CON. Siendo, Fabricio,  
Príncipe tan deudo nuestro,  
muy descuidado habéis sido  
en no le haber siempre honrado,  
que basta haberme criado.

PRÍN. No culpes, Conde, mi olvido,  
porque fuera cosa fea.  
Más culpa su condición;  
que es, Conde, contra razón  
su valor en esta aldea.

Tan Rey de Nápoles fuera  
como yo.

FAB. Ciertó, señor,  
que me holgara que mi humor  
esa inclinación tuviera,

no para provecho mío,  
mas para servicio vuestro.

Aquí en el rincón nuestro  
hay en el invierno frío,  
leña contra nieve y hielo;  
fresca sombra en el verano;  
que no está el sosiego humano  
en más oro o terciopelo.

El cuidado es grande carga,  
yo pienso que es la quietud  
autora de la salud,  
y que más la vida alarga.

Yo me hallo bien, esto sobra.

(*Salen CELIA y FLORA.*)

FLOR. Aquel es.

CEL. Gallardo es.

Deme su Alteza los pies.

PRÍN. Apenas aliento cobra

- el turbado entendimiento  
desta traición; eso no,  
o echaréme a esos pies yo.  
CEL., ¿Que es traición?  
PRÍ., Así lo siento,  
porque nos habéis hallado  
sin ninguna prevención,  
y es linaje de traición.  
CEL., No es menester cuidado  
para mi poco valor.  
PRÍN., El que sin defensa mata  
al que de hacerla no trata,  
llaman los hombres traidor.  
Asentaos.  
CEL., Favorecéis  
vuestra hechura.  
PRÍN., Nunca yo  
había visto a Celia.  
FAB., ¿No?  
PRÍN., Hermosa prenda tenéis,  
y que os pone ya en cuidado.  
FAB., Como es sola, no me atrevo  
a quedar solo, aunque pruebo.  
PRÍN., Amor os ha disculpado,  
cuando no la soledad.  
CON., Ya Celia, que era forzoso,  
y no puedo estar quejoso  
de que ha sido libertad  
el haber así venido.  
Que al fin había de verte  
mi hermano, el ser desta suerte  
me ha enojado y me ha ofendido.  
¡Ay, Dios!, si dejar pudieras  
la belleza desa cara  
adonde ni él la mirara  
ni a mí estos celos me dieras.  
Pero no te has contentado  
de venir con la belleza  
que te dió naturaleza,  
más la aumentó tu cuidado,  
pues es sin duda mayor  
que desde que nos criamos  
juntos le he visto.  
CEL., No estamos  
para cuestiones de amor.  
Deja esos vanos recelos,  
que el tallo de que has hablado  
no le ha hecho mi cuidado,  
sino el rigor de tus celos.  
Celos, cuanto miran, hacen  
mayor.  
COND., Mis celos no son  
tan ciegos.
- CEL., Funda en razón  
los celos.  
COND., De alguna nacen.  
CEL., Antes de vanos antojos,  
que son sombras y quimeras,  
que detrás de vidrieras,  
personas hace a los ojos.  
¿No has visto un hombre mirando  
un vidrio en una ventana,  
que su misma sombra vana  
otro hombre le está informando?  
Tal es el celoso abismo,  
que en el vidrio de mis ojos  
forman hombres tus antojos,  
y es que te ves a ti mismo.  
COND., La agudeza te confieso,  
cual de ingenio de mujer,  
mas no te quisiera ver  
gallarda con tanto exceso.  
Dieras los ojos al sol,  
para contra el hielo y frío  
de la Scitia, y ese brío  
a un pensamiento español.  
Dieras esos dos corales  
a una rosa, y de que fuera  
abeja Amor, de que hiciera  
más venenos que panales.  
Dieras a un jazmín, señora,  
la nieve; y si no, a la nieve  
más nieve, si ella se atreve  
al fuego que dentro mora.  
Es aura al viento más puro  
que diera un jardín riqueza;  
creciera en ellos belleza,  
y yo viviera seguro.  
CEL., Mira que te puede oír  
tu hermano.  
COND., ¿Quieres echarme  
una S al rostro?  
CEL., Dar-me  
en que te pueda servir,  
es ponerme dos, mi Fabio.  
COND., Pues vete.  
CEL., De mil amores.  
Paréceme ya, señores,  
que os hago notable agravio  
en impedir que podáis  
descausar de la jornada.  
PRÍN., Debéis vos estar cansada,  
y por eso, Celia, os váis.  
CEL., La merced que me habéis hecho  
responde por mí.  
PRÍN., Señora,

permitid que os diga ahora  
que estoy de vos satisfecho,  
más, que si viera la hermosa  
Elena, las Venus raras  
a quien dan sagradas aras  
Chipre y Fenicia olorosa.

Muchos años os gocéis.

CEL. Y muchos os guarde el cielo.  
¿Flora?

FLOR. Señora.

CEL. Recelo  
celos.

FLOR. Ocasión tenéis.

Mas lindamente se fijan  
donde no ha de haber desdén,  
que nunca amor anda bien  
cuando celos no le pican.

*(Váyanse las dos.)*

FAB. Con vuestra licencia, quiero  
ir a cuidar de la casa.

PRÍN. ¡Fuego en la casa, que abrasa!  
Que poco descanso espero.

COND. ¿Qué te parece Fabricio?

PRÍN. Lo que una planta, que dió  
tal fruto, y que pienso yo  
trasladarle a mi servicio.

Que no está en el campo bien  
quien puede honrar la ciudad.

COND. De la nueva voluntad,  
grandes indicios se ven.

PRÍN. ¿Camilo?

CAM. Señor.

PRÍN. Yo vi  
un áspid entre la hierba;  
entre dorada conserva,  
arsénico recibí.

La espada que ha de pasarme  
con dorada guarnición;  
y como garza, el halcón  
que ha de venir a matarme.

No dudes que aquesta es  
la enfermedad de mi muerte.

CAM. La primera vez no advierte  
el alma lo que después.

Mírala despacio, y piensa  
que te has de desengañar.

PRÍN. Si yo la vuelvo a mirar,  
no tiene el alma defensa.

COL. ¿Pues qué tenemos? ¿Qué importa  
que haya venido tu hermano  
a pasar este verano  
en esta casa?

COND. Reporta,  
necio, el hablar.

COL. ¿Pues por qué?

CON. ¿Este verano? ¿Estás loco?

COL. Pues sea el medio.

CON. Tampoco.

COL. Pues sea un mes.

CON. Un siglo fué.

COL. Una semana.

CON. Ni un día.

COL. Una noche.

CON. Ni aun un hora.

COL. Un cuarto.

CON. Un instante, llora  
mil siglos el alma mía.

COL. ¿Hate de hacer competencia?

CON. Hámele dado a entender.

Y a fe que habré menester  
para mis celos paciencia.

Dice que quiere llevar  
a Fabricio a su servicio.

COL. ¿Y sabes tú que Fabricio  
querrá los campos dejar?

CON. Si le hace Gobernador,  
sin duda irá.

COL. Yo lo creo,  
aunque él no muestra deseo  
de su cuidadoso honor.

Antes le veo espantarse  
de los que allá, en el gobierno,  
con los hielos del invierno,  
al alba han de levantarse;

y ir con el sol de verano  
pierto noches y días;  
andar en papelerías,  
que es un trabajo inhumano.

Pero porque no te espantes,  
un discreto en mi lugar,  
el trabajo de mandar  
comparaba a los danzantes.

Que aunque más se desencajan  
en trabajo tan cruel,  
con el son del cascabel  
no sienten lo que trabajan.

CON. Bien dijo; pero si lleva  
el Príncipe a su servicio  
a Fabricio, de Fabricio  
la comparación reprueba.

Porque el Rey, mi padre,  
quiso que en más entendiése  
que en criarme, porque fuese  
menos cerca de mi madre.

Aquí, Colín, me crié,

- y Celia conmigo aquí;  
la primera luz que vi,  
la de sus estrellas fué.
- Con éstas, que son tan bellas,  
seguí de amor el rigor,  
porque se diga que amor  
le conciertan las estrellas.
- No he tenido otro maestro  
que amor; amor me ha enseñado,  
y aprendí con tal cuidado,  
que estoy en cuidados diestro.
- Bien es verdad que responde  
Celia con el mismo amor.  
¿Qué ruido es éste?
- COL. ¿Señor?
- Dent. ¡Viva el Conde! ¡Viva el Conde!
- COL. Los labradores han sido,  
que en sus yeguas, más ligeras  
que el viento, emprenden carreras,  
al honor de tu apellido.
- COND. Diles que son unos necios.  
No me traten con ventaja,  
que aun de la gente más baja  
siente el señor los desprecios.
- COL. Como te has criado aquí,  
no conocen más señor.
- COND. Pues conozcan el valor  
del dueño. Príncipe di.
- Dent. ¡Viva el Príncipe Roberto!
- COL. Parece que te escucharon.
- Dent. ¡Viva el Príncipe!
- CON. Nombraron  
el dueño, seguro y cierto.
- COL. Todos andan de alboroto.
- CON. Mis celos divertirán.
- COL. Harto más ruido darán  
si traen los toros del soto.
- CON. Cuando hace truenos, Colín,  
para que el ruido pueda  
a los gusanos de seda  
librar del último fin,  
suelen hacerles ruido.
- Y así mis celos sospecho  
que aquesta gente le han hecho  
para engañarme el sentido.
- COL. Entra, y los estorbarás,  
que sin duda están hablando.
- (Salen FINEO, LLORENTE y BELARDO, villanos.)
- BEL. Parece que van volando.
- LLO. El viento dejan atrás.
- COL. Estos son los labradores.
- CON. A ver a mi hermano voy.  
(Váyanse el CONDE y COLÍN.)
- FIN. Por donde corrieron hoy,  
quedaron en pie las flores.
- LLO. Apenas en el arena  
estampas dejó la baya.
- BEL. Cuando corriera en la playa,  
de mojado aljófara llena,  
aun no dejara señal  
mi rucia.
- LLO. Buena es la rucia.
- BEL. Salió gorda, fresca y lucía  
del alcacer de Pascual.
- FIN. Un poco se os fué torciendo.
- BEL. Viénele mal el bocado.
- LLO. El ir con la boca al lado  
es grande fealdad corriendo.
- BEL. Con esa boca se venden  
los discretos desta edad,  
que escuchan con gravedad  
lo que no saben ni entienden.  
¡Oh!, cuál corriera el rocín  
de Guillén!
- FIN. Compróle hogaño.
- BEL. Pero aténgome al castaño.
- BEL. Es pobre de cola y crin.  
Y como la barba fué  
siempre en el hombre hermosura,  
la crin y cola asegura  
que el caballo hermoso esté.
- LLO. Cuando Belardo corrió,  
salió el Príncipe a la reja.
- FIN. Flora viene.
- BEL. Yeguas deja.
- (Salga FLORA.)
- LLO. Hoy, por tu servicio, yo  
puse a mi baya famosa  
silla de frisa y pretal.
- FLO. Fué gallarda y corrió mal.
- BEL. Propia condición de hermosa.
- FIN. Nadie en todos los vaqueros  
a mi castaña se iguala,  
ni ha corrido con más gala.
- FLO. Sois famosos caballeros.
- LLO. ¿Qué te parece el listón  
de la frente de mi baya?
- Pues a fe que fué la raya (1)  
de las que bizarras son.
- FLO. Por cierto que es mal galán  
quien los favores emplea  
de su dama, hermosa o fea,  
en su baya o su alazán.

(1) En el original dice «que fué de aya», que no forma sentido.

Y así quiero que imagines  
que antes el favor infamas:  
No son listones de damas  
para frentes de rocines.

BEL. Antes va bien en la crin,  
y no es enigma dudosa,  
porque todo es una cosa  
traellos él o el rocín.

Ahora bien, ¿cuál de los tres  
te ha parecido mejor?

FLOR. Si os obligara mi amor,  
yo os diera el premio después.

Pero si el haber corrido  
fué por el Príncipe, a él  
pedid el premio.

LLO. El laurel  
digno de mi frente ha sido.

Dame esa cinta encarnada,  
pues la merezco mejor.

BEL. Yo no compito en amor  
la primera edad pasada;  
pero en lo que es la carrera,  
no doy al viento ventaja.

FIN. Nuestras pendencias ataja,  
Flora hermosa o Primavera,  
con darme esa cinta a mí.

FLOR. Darla a quien diga, me agrada,  
qué es la cosa más pesada.

LLO. ¿Queréis?

TODOS. Sí.

LLO. Escuchadme. Di.

LLO. A mí me parecería  
más pesado de sufrir  
uno que viene a pedir  
una deuda cada día.

FIN. A mí un necio, si es el necio  
forzoso de tolerarse.

Que deudas pueden pagarse,  
y para un necio no hay aprecio.

BEL. Yo pienso que una mujer  
de mala lengua es la cosa  
más pesada y enfadosa.

FLOR. No sé qué tengo de hacer.

FIN. ¿Estás confusa?

FLOR. ¿No es justo?

(Salgan el PRÍNCIPE y el CONDE.)

PRÍ. De las fiestas te ha sacado,  
Conde, mi nuevo cuidado.

COND. Con él no hay fiesta ni gusto.

BEL. El Príncipe.

FIN. Huyamos dél.  
Echa, Flora, por ahí.

(Váyanse los villanos.)

PRÍN. En efeto, a Celia vi,  
ni piadosa, ni cruel.

Pero el ejemplo mayor  
que ha visto naturaleza  
de entendimiento y belleza,  
y digna de un justo amor.

En Nápoles vi las damas  
con quien más amor se atreve;  
mas eran balas de nieve  
contra mi pecho sus llamas.

Confieso que nunca amé;  
con tal tibieza nací.  
Mas después que a Celia vi,  
toda mi nieve abrasé.

El alma, Conde, le dan  
todos mis sentidos luego;  
porque fué bomba de fuego  
en defensa de alquitrán.

Aquí, hermano, te has criado  
gran tiempo con este nombre.  
¿Dónde puede haber un hombre  
que le diga mi cuidado?

¿A quién oiga, como a ti,  
por vuestra antigua amistad?  
Tenme, hermano, esta piedad,  
pues me la debes a mí.

Y no te parezca, hermano,  
livianidad este rigor,  
que un sabio pintó el Amor  
con una llave en la mano,  
para darnos a sentir  
que cuando el deseo hallaba  
lo que ya del cielo estaba  
es cosa fácil de abrir

con muchas, por que concluya,  
si abrir quieren una puerta;  
con ninguna se concierta,  
sino con la propia suya.

Y así amor, en la ocasión  
que a Celia hermosa le enseño,  
abrió el alma, y entró el dueño  
a tomar la posesión.

COND. Por esto debe de ser,  
si amaste luego que viste,  
pues con propia llave abriste  
el alma, para querer,  
que no me parece a mí  
Celia tan bella.

PRÍ. No digas

tal blasfemia, que me obligas  
a pensar que no hay en ti  
discurso ni entendimiento.  
Di que no es el sol al día  
luz, belleza y alegría  
y generoso ornamento.

Di que no tiene hermosura  
una rosa que al aurora  
cubre las hojas que dora  
bebiendo su ambrosia pura.

Di que encendió un clavel  
en vergüenza virginal,  
ya púrpura, ya coral,  
no hay gracia ni vista en él.

Di que no es hermoso el velo  
de un lirio que amaneció  
cuando el alba le cortó  
del raso azul de su cielo.

De azucenas no te acuerdes,  
cuando por ventanas francas  
las cabezas de hojas blancas  
asoman por rejas verdes.

Ni te espanten las colores,  
cuando abril, muerto de risa,  
mira un alimandro en camisa,  
vestido de varias flores.

No digas que tiene el oro  
lustre, resplandor la nieve,  
ni que un jardín, cuando llueve  
mayo, hermosura y decoro.

Que dirá naturaleza  
que todo esto puede ser,  
y no dejar de tener  
Celia divina belleza.

COND. A quien ama, es persuadir  
que no es bello lo que ama,  
sobre nieve encender llama.  
Pero puedes decir,

en prueba de esa verdad,  
que si tan hermosa fuera,  
en tantos años hubiera  
rendido mi voluntad.

PRÍN. Si desde niño criasen  
algún hombre con veneno,  
después, con un vaso lleno  
no pienses que le matasen.

Tal fuiste, y a ti no pudo  
hacerte el veneno mal,  
por ser en ti natural,  
como es el no hablar un nudo.

Nació el no hablar del no oír,  
y así es bien que tú lo estés:  
no hablas, porque no ves

lo que ya ves sin sentir.

La celestial armonía,  
música que hacen los cielos  
en el torno de sus velos,  
dice la filosofía

que de oírla no la oímos;  
porque desde que nacimos,  
que no oyéndola morimos  
y por no oírla vivimos.

COND. Si dicen que nace amor  
del trato, mal argumento  
has hecho en mi pensamiento,  
que amarla debo en rigor.

Y pues en tanto no amé,  
no es muy grande su belleza,  
si es otra naturaleza  
la costumbre y no lo fué.

PRÍN. En nuestra leonera, un día  
Conde, los pajes echaron  
un perro, a quien perdonaron  
por la humildad que tenía.

Crióse, en efecto, entre ellos,  
y así el miedo les perdió,  
que le vi morderlos yo  
sin que se enojasen ellos.

A ti, si en esta ocasión  
amor no te quita el sueño,  
es que, por perro pequeño,  
te ha perdonado el león.

COND. Ahora bien, a mí me toca  
sólo servirte.

PRÍN. No quiero  
que digas más de qué muero.  
CON. Esa diligencia es poca;

más pienso hacer de mi parte.  
Celia viene.

PRÍN. Yo me voy.  
COND. Vete.

PRÍN. Sospechoso estoy.  
COND. Palabra doy de ayudarte.

PRÍN. Desde aquí los quiero ver.  
Que en lo que éste ha replicado,  
grandes indicios me ha dado  
que él la debe de querer.

(Salga CELIA.)

CEL. Con la nueva ocupación,  
ya no hay, Conde, quien te vea.  
COND. Quise asistir con mi hermano,  
Celia hermosa, a ver las fiestas,  
aunque han sido para él,  
como otras veces, tragedia,  
que en esto dicen que paran

cuantas el mundo celebra.  
Porque ha visto una mujer,  
según él me ha dicho, en ellas,  
que le ha quitado la vida  
y la libertad.

PRÍN. Bien, entra.

CEL. ¿En aquestas caserías  
hay mujer de tal belleza,  
que a quien de Nápoles viene,  
cuando su señor no fuera,  
puede obligar a cuidado?

CON. Y a tanto cuidado y pena,  
que su tercero me ha hecho  
para que trate con ella  
el remedio deste amor.

CEL. Por mi amor, que no te metas,  
Fabio, con otra mujer  
en demandas y respuestas,  
que no sé lo que se tienen  
los terceros de otras penas.  
Debe de ser el decirlas  
con más gracia y menos veras;  
que buscándolas para otros,  
los más se quedan con ellas.  
Dime quién es, que yo quiero  
hacer esta diligencia.

PRÍN. Ya va perdido el principio,  
que parece que le pesa  
de que el Conde sea tercero.  
No fué vana mi sospecha.

CON. No sé, Celia, cómo diga  
quién es.

CEL. En aquesta aldea  
hay cuatro o cinco villanas.  
Ya puede ser que apetezca  
dura vaca, el ya cansado  
gusto de perdices tiernas.  
Un sayuelo verde y rojo,  
con guarniciones de seda,  
sobre una camisa blanca  
bordada de puntas negras.  
Un pecho sencillo en todo,  
hecho una tienda de feria,  
con patenas y corales  
más rojos que su vergüenza.  
Una saya azul doblada,  
entre cuyos pliegues cuelgan  
cintas de cabos de plata,  
que la cintura hermocean.  
Manteo de media grana,  
porque tiene la otra media  
la natural de la cara,  
que no se compra en la tienda.

Un pie, testigo del brío,  
en argentada chinela,  
que de la nieve adentro  
parecen señales fuera.  
Un capotillo en los ojos,  
que no hay dama que le tenga  
con más pestañas, sin raso,  
y en campo raso las cejas.  
No es mucho, por novedad,  
que como las cosas nuevas,  
le despierte el apetito.

CON. Qué vitoriosa y contenta  
disfrazas lo que ya sabes.  
Con esa rústica selva  
finges ya que no has caído  
en que eres tú quien le lleva  
el alma tras esos ojos,  
sin el capote de aldea.  
Que como pica el amor,  
idas y venidas juega,  
y no quiere dar capote  
cuando en el pique se queda.  
No te sonrías, gloriosa,  
pues no te sonrojas bella.  
Que pues te vengo a rogar,  
bastante disculpa es ésta.  
Paga al Príncipe, mi hermano,  
este amor.

PRÍN. No hay más que pueda  
un amigo hacer por otro.

CEL. En obligación me deja.  
Maldiga Dios la mujer,  
Fabio, tan loca y tan necia,  
que su voluntad os fía  
y el alma pura os enseña,  
y que en la misma mudanza  
quiere firmar su firmeza.  
Al cabo de tantos años  
de amores, de ansias, de penas,  
de deseos de tu parte,  
de la mía de sospechas,  
¿sales con decirme, Fabio,  
tan libre, que otro hombre quiera?  
No me verás en tu vida.

CON. Escucha, señora, espera.  
Vuelve, que esto sólo ha sido  
hacer de tu pecho prueba.

CEL. Pues no te suceda nunca  
con las mujeres hacerlas,  
que lo que en burlas les dicen,  
suelen desear de veras.

(Vase.)

- CON. Mal hice, la culpa es mía;  
confuso, por Dios, me deja.
- PRÍN. Yo he negociado muy mal;  
pero todo lo remedia  
un absoluto poder.  
Yo salgo.
- CON. Mi hermano llega.
- PRÍN. De aquí se va Celia agora;  
Conde, ¿qué te dijo Celia?
- CON. Que agradece tu afición,  
y que estima que la quieras.
- PRÍ. ¿Es posible?
- CON. Esto responde.
- PRÍN. Alabo tu diligencia;  
buena mano en amor tienes.
- CON. Y tú favorable estrella.
- PRÍ. ¿De suerte que este principio  
es justo que me prometa  
dichoso fin?
- CON. Sí, señor.
- PRÍN. Pagar te quiero la deuda.  
Y podrá ser que en lo mismo,  
porque en la misma moneda  
fué siempre mejor la paga.
- CON. Ya estoy pagado con ella,  
si al amor paga el amor.
- PRÍ. Mi padre, en su edad postrera,  
del Duque Alejandro quiso  
sosegar las justas guerras.  
Y así, concertó casarme,  
Conde, con la hermosa Estela,  
su hermana, aunque yo después  
tuve de su intento quejas.  
Fabricio y yo concertamos  
hoy que me case con Celia,  
desigual sólo en ser pobre,  
igual en sangre y nobleza.  
Tú, Conde, me has de sacar  
de la obligación de Estela,  
partiendo luego a Belflor,  
para que Alejandro entienda  
que si no puedo casarme  
como concerté con ella,  
le doy de mi sangre y casa  
contigo la mejor prenda.  
Las tierras que me pidió  
le doy, para que no pueda  
decir que en esto hay engaño.
- COND. ¿Pues cómo quieres que quiera  
el Duque un segundo hermano?
- PRÍN. Porque él estima las tierras  
que mi padre le quitó,  
y eres tú mejor con ellas,
- pues él no pierde su casa  
con aquesto, antes la aumenta.  
Y si casara conmigo  
Estela, acababa en ella  
su apellido para siempre.
- COND. Pienso, señor, que no aciertas.
- PRÍN. ¿Puedes tú casar mejor?
- COND. No, señor.
- PRÍ. ¿Pues en qué yerra  
mi voluntad, que tu gusto  
y tu descanso desea?
- COND. Luego has de partir.
- PRÍ. Sí haré.
- PRÍN. Criados y gente lleva,  
que no has de dormir aquí.
- CON. Finalmente, ¿es cosa cierta  
que Celia es ya tu mujer?
- PRÍN. Conde, mi mujer es Celia.
- COND. ¿Y ella quiere?
- PRÍN. Ella quiere.
- COND. Basta.
- PRÍN. Y basta que lo entiendas,  
para que luego te partas.
- CON. ¿No podré ver estas fiestas?
- PRÍN. ¿Fiestas de una aldea, Conde?
- CON. ¿Hay fiestas como en aldea?
- PRÍN. Basta, que me enoja ya.
- CON. Dame tu mano y licencia.
- PRÍN. Licencia nunca la pidas  
a quien te envía con priesa.
- CON. Pues sea la mano sola.
- PRÍN. No para darla; mas sea  
para enseñarte el camino.  
Por allí salen de Ardea.
- CON. ¡Brava crueldad!
- (Vase.)
- PRÍN. Esto es hecho.  
Desta manera remedia  
el poder tales desdichas.  
No gozará el Conde a Celia.
- (Sale CELIA.)
- CEL. ¿No gozará a Celia el Conde?  
Palabra extraña, ¿qué haré?  
Ya me ha visto, llegaré.  
quiero ver lo que responde.
- PRÍN. ¡Celia!
- CEL. Señor, ¿qué decía  
del Conde aquí vuestra Alteza?
- PRÍN. Digna es de un rey la belleza.  
Y por eso, Celia es mía;  
del Conde, no.
- CEL. Yo lo oí:



PRÍN. «No gozará a Celia el Conde.»  
Dije bien, pues corresponde  
mal con tu amor.

CEL. ¿Cómo así?

PRÍN. Vase a casar con Estela,  
bella hermana de Alejandro;  
porque el más tierno Leandro  
ama con esta cautela.

Mas si va, a decir verdad,  
no me ha pesado, pues quedas  
adonde ser reina puedas  
de la más bella ciudad.

CEL. Vaya el ingrato, que en mí  
más que pierdes recuperas.  
Si no es que tú me dijeras  
que el Conde me trata así,  
no lo creyera a ninguno.  
Verdad es que nuestro amor  
fué de hermanos.

PRÍN. El mayor,  
si es ingrato, es importuno.

Tú naciste para ser  
Reina de Nápoles.

CEL. Ya  
que el Conde casado está,  
¡ay, triste!, ¿qué puedo hacer?

Mas bien será que dilate  
el sí; hable Vuestra Alteza  
con mi padre.

PRÍN. ¡Qué, belleza!

CEL. Como Su Alteza lo trate.

(Vase.)

PRÍN. Reluciendo van los bellos  
ojos de llorar señales;  
como cuando dos cristales,  
si el sol reverbera en ellos.

Llorad, ojos, sobre mí  
esas lágrimas de perlas,  
que quiere, para cogerlas,  
salir el alma de sí.

(Sale FABRICIO.)

FABRICIO.

Parece que no tiene Vuestra Alteza  
gusto de ver las fiestas aldeanas.

PRÍNCIPE.

Tengo, Fabricio, una mortal tristeza,  
de la mayor pasión de las humanas.

FABRICIO.

Por las señas, señor, de la belleza  
de alguna de las damas ciudadanas

traéis cautivo de la edad vuestra  
la dulce causa en sus efectos muestra..

PRÍNCIPE.

Confieso que amo, pero no en la corte.

FABRICIO.

¿Pues dónde, gran señor?

PRÍNCIPE.

En un aldea.

FABRICIO.

Pésame que la mía nada importe,  
para que ya divertimento sea.  
Pero por que la pena se reporte,  
que tiene el alma, en tanto que no vea  
su amado bien, mirad el campo verde,  
que casi sobre el mar la vista pierde.

Mirad esas montañas coronadas  
de nieve y perlas, y en sus faldas bellas  
tantas huertas, de frutos matizadas,  
y el claro río, que murmura entre ellas.  
Entre sus verdes sauces, fabricadas  
mil casas pastoriles, y por ellas  
trepando hiedras, que con verdes redes  
entapizan las frágiles paredes.

Mirad los negros búfanos, paciendo  
con retorcidos cuernos las pintadas  
hierbas de flores varias; ir subiendo  
las cabras por las zarzas enramadas.  
Mirad en tantas fuentes dividiendo  
las montañas sus venas desangradas,  
haciendo lazos en risueños prados,  
agora sueltos y en invierno helados.

Mirad el pescador sobre la peña,  
cómo tiende el sedal y al corcho mira.  
La corcilla, que al agua se despeña;  
la garza, que de vella se retira.  
Agua, tierra, aire, caza, pesca, enseña.  
Todo provoca al alma, todo admira.  
Salid al campo, al río, a caza, a pesca,  
que a todo ayuda la mañana fresca.

PRÍNCIPE.

¡Ay, Fabricio, no sé que medio escoja!

FABRICIO.

¿Qué os enoja? ¿Son celos o deseos?  
Mozo fui yo.

PRÍNCIPE.

Vuestro ánimo me arroja  
a vuestros pies.

FABRICIO.  
¡Ay, Dios! Señor, teneos.

PRÍNCIPE.  
Vos sois causa de toda mi congoja.

FABRICIO.  
¿Yo, señor?

PRÍNCIPE.  
Que habéis dado a los empleos  
destos ojos un sol que me deslumbra,  
cuando en sí misma su belleza encumbra.  
¿Qué pretendéis de Celia?

FABRICIO.  
Un casamiento  
igual a la nobleza.

PRÍNCIPE.  
¿Bastaría  
un Príncipe de Nápoles?

FABRICIO.  
¿Qué intento  
de amor os dió tan fuerte fantasía?  
No porque no hay en mí merecimiento,  
si es vuestra calidad la propia mía;  
mas porque a un deleite arrepentido,  
cuanto escribe el amor, borra el olvido.

PRÍNCIPE.  
No me tengáis, Fabricio, por liviano;  
esta es mi mano, haréisme mil favores.

FABRICIO.  
Para besarle os tomaré la mano.  
Pero vienen, señor, mis labradores.  
*(Salen dos labradores cantando y bailando esta letra.)*

*Cant.* «Ya viene el verano  
coronado de flores,  
pastores de Ardea,  
venturosa aldea.»  
FIN. Hele. ¡Pardiez!, ¿dónde está?  
LLO. No os lleguéis, tened medida.  
BEL. ¿Olemos mal, por ventura?  
FIN. ¿Cuál de todos hablará?  
BEL. Flora, pardiez, que es mujer,  
y siempre atrevidas son.  
PRÍN. Quiero hablarlos.  
FA. No es razón.  
PRÍN. El que quiere, ha de querer  
lo más vil de aquella casa,  
adonde tiene su amor.

LLO. Belardo hablará mejor.  
BEL. Yo voy.  
FLO. Adelante pasa.  
BEL. Dad a Belardo los pies.  
PRÍN. ¿Sois el sonado, el famoso?  
BEL. No, señor, sino el mocoso;  
el sonado ya no es.  
PRÍ. ¿Pues qué se lizo?  
BEL. Señor,  
ya es cura en otro lugar.  
PRÍN. ¿Y vos, pensáis heredar  
su pluma?  
BEL. Yo soy pastor.  
No me entiendo boberías.  
Más precio guardar mis cabras,  
que sus agudas palabras,  
ya vanas y ya vacías.  
Es hombre que le ha costado  
mil trabajos escribir.  
PRÍN. ¿Luego es mejor que escribir  
guardar rústico ganado?  
BEL. ¿Pues no, señor? Venturoso  
quien vive sin agradar  
a nadie.  
FLOR. Qué necio hablar.  
LLO. Este es un necio enfadoso.  
Dadme a mí los pies, que soy  
Llorente.  
PRÍN. ¿Quién es Llorente?  
LLO. De Adán soy pariente,  
y que en esta casa estoy.  
Hidalgo pudiera ser,  
si no fuera conocido.  
PRÍN. ¿Qué es ser hidalgo?  
FIN. Tú has sido  
quien lo ha de echar a perder.  
LLO. Pienso que es, así me goce,  
tener un hombre dinero,  
viviendo a lo caballero,  
donde nadie le conoce.  
Traza el mundo no ha tenido  
que del dinero no salga.  
FIN. Menester es que le valga.  
FLO. Llegad, pues, que va perdido.  
FIN. Señor, si su Reverencia  
escucha estos mentecatos,  
necios y locos a ratos,  
vendrá a perder la paciencia.  
Oígame a mí, porque soy  
más discreto.  
PRÍN. Yo lo creo.  
¿Y es vuestro nombre?  
FIN. Fineo.

PRÍN. Decid, pues, que en duda estoy:  
¿por qué sois el más discreto?

FIN. Nunca, señor, me he casado,  
ni de nadie he murmurado,  
ni he tenido mal concepto,  
ni he debido, ni he querido.

PRÍN. Tenéis razón. Vos, pastora,  
¿Quién sois?

FLOR. Yo me llamo Flora.  
A mi señora he servido;  
en su casa me he criado.

PRÍN. Esta cadena no es buena;  
pero, en efeto, es cadena.

FLOR. Para prender mi cuidado.

PRÍN. Tomad vos este diamante;  
vos este zafiro, y vos  
esta esmeralda.

ILLO. Por Dios,  
que puede ser Sacripante,  
y aun Orlando o Rodamonte.

PRÍN. Más despacio os quiero hablar,  
Fabricio.

*(Vase.)*

FAB. Dará lugar,  
más que mi casa ese monte.

*(Vase.)*

FLO. ¿Qué os parece?

BEL. Que, al fin, es  
Príncipe, en cuya nobleza  
se esmera naturaleza.

*(Salen el CONDE, COLÍN y CELIA.)*

COND. Cuando partiendo me ves,  
y aun toda el alma partida  
me tienes.

CEL. Oye y responde.

FIN. Estos son Celia y el Conde.

FLO. Quiérela más que a su vida,  
y aun pienso que está celoso.  
Huid, pastores, de celos,  
porque no han hecho los cielos  
peste o mal tan peligroso.

FIN. Pues, alto; echad por ahí.

*(Vanse cantando la letra los labradores.)*

CEL. ¿Ya mi voz, Conde, te enfada?

COND. Ya, Celia, que estás casada,  
¿qué es lo que quieres de mí?

CEL. Pues, Conde, si tú te vas  
hoy a casar con Estela,  
¿qué he de hacer, sino vengarme?

COND. ¡Qué buena disculpa!

CEL. Honesta,

Porque herir entre dos filos,  
es de amor la mejor treta.

COND. Colín, ¿no escuchas?

COL. Por Dios,  
que no se cuenta de Fedra,  
de Pasifía, de Gazpirria,  
tan gran crueldad.

CEL. Con paciencia,  
criado del más ingrato

caballero, que en las guerras  
tranzó arnés, ni sirvió dama,  
como en la paz que profesa.

Con paciencia, que traiciones,  
si no tienen otra enmienda,  
piden a voces venganza.

COL. ¿Con paciencia? Linda flema.

Pues dama la más ingrata;  
la más súpita y resuelta

que se tranza verdugado;  
que en las amorosas guerras

es gala de la cintura,  
y de la panza escarcela;

y en la paz se descubrió  
media vara de muñeca,

haciendo los puños ligas,  
volviendo los brazos piernas.

Cuando el triste de Cardenio  
oyó las palabras fieras

del Príncipe, que le casa  
con esa Estela por fuerza,

aun no diera la palabra,  
si entonces no le dijera

que ya tú con él lo estabas:  
mirad si es justo que tenga

paciencia, como tú dices.

Tenga paciencia una bestia,  
que con el freno en la boca,

le es fuerza sufrir la espuela.  
Tenga paciencia un enfermo,

cuando el que le cura llega  
con una flauta de estaño

a murmurar de su ausencia.  
Tenga paciencia el que debe,

cuando el plazo de la deuda  
aquel ave de una pluma

súbitamente le pesca,

y téngala, noramala,

el que pierde cuando juega,  
pues que no quiso aprender

libro de tan pocas letras.  
Pero para ver casada

una mujer de tus prendas,  
no haya paciencia en el mundo,

sino sogas, armas, flechas,  
venenos, píldoras, dagas,  
arsénicos, escopetas,  
boticarios y...

- CEL. Detente.  
COL. ¿Qué quieres que me detenga?  
¿No ves al Conde en los ojos  
la mano? ¿Son cosas éstas  
para no echar por las niñas  
volcanes, rayos, centellas,  
tigres, onzas y aun arrobas?  
¡Vive Dios!
- CEL. Conde: si piensas  
darme a entender que yo tengo  
la culpa con tus cautelas,  
descubre el rostro; mas creo  
que en aquesto me confiesas  
tu engaño, pues ya no vas  
con la cara descubierta.  
¿Cómo te has casado? Habla.  
¿En qué piensas?
- COND. Mira, Celia,  
que para culpada, es mucho  
que a ser tan libre te atrevas.  
A mí me fuerza mi hermano,  
y a ti no te han hecho fuerza  
sino mis desdichas.
- CEL. Conde,  
si es lo que dices de veras,  
a los dos nos ha engañado  
tu hermano, pues no le diera  
palabra a no haberme dicho  
que te casas con Estela.  
Pero así como yo puedo  
romperla y entretenerla,  
puedes tú cumplir conmigo.  
COND. Yo podré, como tú puedas.  
CEL. ¿Luego eres mío?
- COND. Los cielos  
saben que en mi pecho reínas.  
CEL. Pues si en Nápoles lo fuere,  
que me den eternas penas.  
COND. Creo el engaño, ¡ay de mí!  
¿pero qué haremos?
- CEL. Despierta,  
Colín, del profundo sueño,  
y con tu ingenio remedia  
nuestra desdicha.
- COL. El partir,  
Celia hermosa, desta aldea  
es fuerza, que aun rey amante  
no puede haber resistencia.

También ha de ser forzoso  
ver a Estela.

- CEL. ¿Cómo a Estela?  
COL. Yo os daré remedio tal,  
que a esa desdicha entretenga:  
En Belflor no han visto al Conde,  
y con su traje y sus señas,  
fingiré que el Conde soy,  
que a casarme voy con ella.  
Allí, tonto y mentecato,  
tanto haré, que me aborrezca  
lo que fuere menester,  
hasta que el Príncipe vuelva  
a Nápoles, y nosotros  
por tí, generosa Celia,  
donde pasándote a España,  
a Flandes o Ingalaterra,  
nos libremos de su furia.
- CEL. Notable traza.  
COND. Muy buena.  
¿Mas cómo iré yo seguro,  
si con el Príncipe quedas,  
de que no te has de casar?
- CEL. Si tal hiciere, la tierra  
viva me sepulte.
- COND. Vamos.  
COL. ¿No juras tú?
- CON. Celia bella:  
vivo me sepulte a mí,  
si diere mi mano a Estela.  
Adiós, Celia.
- CEL. Adiós, mi Fabio.  
COL. Flora: si en aquesta ausencia  
Colín se casare, vivo  
le sepulte una taberna.

(Vanse.)

## ACTO SEGUNDO DEL

### PODER VENCIDO Y AMOR PREMIADO

(Salen el DUQUE ALEJANDRO, con una carta en la mano,  
y ESTELA, su hermana.)

- ALEJ. ¿Qué disculpa puede haber?  
EST. Tu honor, ¿qué agravio recibe?  
ALE. Desta manera me escribe.  
ESTE. Vuelve, señor, a leer;  
que en las cosas sin remedio,  
puesto que se sufre mal,  
es consejo celestial  
poner la templanza en medio.

(Lee ALEJANDRO.)

Carta

«Habiendo sido forzoso casarme con Celia, mi prima, me parece que no faltó de nuestras paces enviando en mi lugar a mi hermano, persona, que si en sangre me iguala, en las demás partes me excede, como lo dirán su entendimiento, gracia y talle. El mayor testigo desta verdad, será él mismo, que llegará después deste avisto, puesto que a la ligera, para que con mayor brevedad se case con Estela.

*El Príncipe Roberto.»*

No tengo, hermana, prudencia para pasar adelante, porque a carta semejante no hay en el honor paciencia.

EST. Si antes de firmar las paces fué Roberto tu enemigo por estas tierras, yo digo que a ti el agravio te haces.

Porque si a ti te las vuelve, y a su hermano en su lugar, a lo más que pude dar su pensamiento resuelve.

ALE. ¿Luego no es tuyo el agravio, si ser Reina, Estela, pierdes de Nápoles?

EST. No te acuerdes de ese interés, si eres sabio.

Que si obligado vivía Roberto a Celia, y casado, de amor ajeno ocupado, sin gusto vivir tenía.

Más con la razón se mide ser mujer, como se espera, de un humilde, que me quiera, que de un grande que me olvide.

ALE. ¿Ganas tienes de casarte?

EST. Más que intento el gusto mío, tus pesadumbres desvío.

ALE. Yo pensaba consolarte, y consuélame tú a mí.

EST. Si yo soy quien pierdo o gano en casarme con su hermano, no se te dé nada a ti.

ALE. Muy bien te empleas con él; y dices bien, que es más justo un caballero con gusto que no un Príncipe sin él.

Demás de que escribe aquí que en otras partes le excede;

que en los segundos sucede las más veces.

EST. Es así.

Su gracia, su entendimiento y su gentileza alaba.

ALE. Seguro el Príncipe estaba de su igual merecimiento, pues le envía en su lugar.

EST. Si es el Conde caballero de tantas gracias, espero que se las tengo de dar por lo que llamas engaño.

ALE. Ya no tardará en venir; y si hubo engaño al partir, será el llegar desengaño.

Veamos qué gracias son las que el Príncipe encarece.

EST. A la vista las ofrece.

ALE. No hay mayor satisfacción.

EST. Pienso que fué mi ventura.

ALE. Yo vengo a desenojarme.

EST. No puedo errar en casarme con quien tu paz asegura.

*(Sale LISARDO.)*

LIS. De cuatro postas, señor, se apean cuatro señores, que en bizarría y colores quitan al sol su color.

El Conde Fabio decían que era el más galán; los otros, criados; aunque a nosotros quién era el Conde encubrían.

Pero habiéndolos mirado a todos cuatro tan bellos, pienso que cualquiera dellos puede ser el desposado.

EST. ¿Ves si me engañaba yo?

ALE. Pues múdese en alegría el enojo que tenía y que la carta me dió.

Salgamos a recebille, que eso debe de esperar.

LIS. El lo estorba con entrar.

*(Salen el CONDE, de criado, y COLÍN, de Conde, y TIRSO, criado.)*

COL. Pensando estoy qué decille.

COND. No te turbes.

COL. No lo creas.

Los brazos, señor, me dad.

ALE. Vos de los vuestros me honrad.

LIS. Gallardamente te empleas.

EST. Lisardo, ¿es aqueste el Conde?

LIS. ¿No lo ves?  
 EST. Ya cuanto al talle  
 no obliga mucho a miralle,  
 que mal la fama responde.  
 Cualquiera de los criados  
 le tiene mejor.

AL. Señor,  
 ya de vuestro gran valor  
 estábamos informados.  
 Y crea Vueseñoría  
 que, en disculpa de mi agravio,  
 sólo pudo un Conde Fabio  
 salir a la ofensa mía.

COL. Vuestra hermana, ¿dónde vive?  
 ¿Está en casa?

ALE. En casa está,  
 para serviros, y ya  
 como a su dueño os recibe.

EST. Vueseñoría me dé  
 sus manos.

COL. Cierto que es bella  
 la señora doña Estrella.  
 Seoría me dé un pie.

EST. ¡Jesús, señor!

ALE. Ya la entrada,  
 Lisardo, es cosa bestial.

LIS. ¿Parécete mal?

ALE. Muy mal,  
 ya que el talle desagrada,  
 lo ennuenda el entendimiento.

EST. Siéntese Vueseñoría.

COL. ¿Dónde?

EST. Aquí.

COL. Mucho querría  
 más bajo y más blando asiento.  
 Que una posta, de los más  
 tantos potajes ha hecho,  
 que no vengo de provecho.

COND. ¡Qué graciosos desvaríos!

TIR. Bien entra.

COND. En que desagrade  
 consiste todo mi bien.  
 Ya le miran con desdén.

TIR. Bien finge.

COND. Bien persuade.

ALE. ¿Tan mala posta traía?

COL. Era mala y corcovada.  
 Si hay en casa un almohada,  
 mándela traer, Seoría;  
 que cierto que estoy inquieto.

ALE. ¿Que aqueste es el Conde Fabio?

EST. Hoy se echa el sello a mi agravio.  
 El bien puede ser discreto,

mas mucho lo disimula.  
 ¿Lisardo?

LIS. Señora.

EST. Estoy  
 sin seso.

COL. A fe de quien soy,  
 que he de comprar una mula,  
 para otra vez que se ofrezca  
 irme a casar como agora.

ALE. Una posta trotadora  
 no hay cosa que no merezca.  
 ¿Cortóle Vueseñoría  
 alguna oreja?

COL. ¿Pues no?

ALE. Ya le hablo en su lengua yo,  
 pues él no entiende la mía.

COL. Entrambas se las corté.  
 Yo os aseguro, señor,  
 que oía mucho mejor  
 después que se las quité,  
 que debían de estorballé.

EST. Qué bien la naturaleza  
 puso tanta rustiqueza  
 junto a tan enorme talle.

COL. Díjome mi camarero  
 que unas orejas de posta  
 es comida de gran costa,  
 y dilas al cocinero.  
 Y guisólas con tal gusto,  
 que no he comido en mi vida  
 mejor cosa.

ALE. Esa es comida  
 muy conforme a vuestro gusto.

COL. ¿Habéisla probado?

EST. Sí.

COL. ¿Cuándo?

EST. Agora.

CON. Bien porfía.

COL. No hay mula desde aquel día  
 que esté segura de mí.  
 En entrando en un zaguán,  
 huyen.

ALE. Con mucha razón.

COL. Soy de orejas un Nerón.  
 ¿Vueseñorías están  
 buenos?

ALE. A buen tiempo, a fe.

EST. Yo, señor, después que os vi,  
 tengo salud.

COL. Créolo así.

ALE. Perdonen, que me olvidé.  
 No vi cosa tan perdida  
 desde que nací, Lisardo.

COL. ¿Este es el sabio, el gallardo?  
Seoría, si es servida,  
haga que me traigan algo.

EST. ¿Qué es algo?

COL. Manducación.

EST. ¡Ah, sí!: traigan colación.

LIS. Estoy, por la fe de hidalgo,  
por traer paja y cebada.

EST. No sé si llore o si ría.  
¡Ah, contraría estrella mía,  
contra mi bien conjurada!  
No me bastaba no ser  
Reina de Nápoles ya.

LIS. Aquí prevenido está  
algo que podáis comer.  
(Vase LISARDO.)

COL. Pues entro.

ALE. Yo iré con vos.

COL. ¿Dáis licencia, mi señora?

EST. Para siempre, desde agora.

COL. Luego hablaremos los dos.

EST. Antes yo acabe la vida.  
(Vanse todos y detiene ESTELA al CONDE.)

EST. ¡Ah, hidalgo! no os vais. Oid,  
oid.

CON. Aquí estoy; decid  
lo que fuéredes servida.

EST. ¿Es aqueste el Conde Fabio?

CON. ¿Pues quién había de ser?

EST. A nadie pudiera hacer  
el cielo tan grande agravio.  
Si es indigna de un señor  
su talle, aunque es argumento  
de su rudo entendimiento.  
¿Qué rústico labrador  
su entendimiento ha tenido?

COND. Habéisle poco tratado,  
que está de veros turbado.  
Amor y respeto ha sido.  
No fuera vuestra hermosura  
en toda Italia tan rara,  
si el Conde no se turbara;  
pues con turbarse asegura  
que conoce lo que Dios  
puso en vos, que el mundo admira.

EST. Si se turba quien me mira,  
¿cómo no os turbasteis vos?

COND. Yo, señora, soy criado,  
y pienso que me turbara,  
a ser señor, si os mirara  
con ojos de desposado.  
Y aun pienso que ya lo estoy

sólo en haberme advertido,  
por la dicha que he tenido  
de veros y hablaros hoy.

EST. Así el Conde se turbara  
como vos.

COND. Pues qué, ¿os causó  
el Conde?

EST. No he visto yo  
bestia más profunda y rara.  
Toda la conversación  
fué de mulas y de orejas.

COND. Esas son injustas quejas,  
propuesta la turbación.

EST. ¿Y el pedirme de comer,  
tiene disculpa?

COND. ¿Pues no?

EST. ¿Cuál?

CON. Desde ayer no comió,  
para veniros a ver,  
ocupado del deseo;  
y como aquesto cumplió,  
luego de comer pidió.  
Fué desatino muy feo.

EST. Y más el pedirme a mí  
que le diese de comer,  
cuando me acaba de ver;  
aunque, en fin, le agradecí  
la novedad del guisado,  
que si de historias se sabe  
que en algún convite grave  
fué Heliogábalo alabado  
en hacer platos de sesos  
de pájaros, y otras cosas  
tan pequeñas y curiosas,  
dignas de tales excesos,  
no se sabe que por costa,  
ni extrañeza, que tuviese  
el ser exquisito, hiciese  
guisar orejas de posta.

CON. Yo no sé si ello se ha hecho  
o puesto en mesa jamás.  
Pero sé que fueron más  
las humanas de provecho.  
Que cuando hay quejas honradas  
del que remedio ha de ser,  
es gran ventura tener  
las orejas bien guisadas.

EST. Esto, con otro sentido;  
que al Conde, a mi parecer,  
muy bien se le echan de ver  
las orejas que ha comido.  
Y si las gentes se crían  
conforme al mantenimiento,

guárdese deste sustento,  
 porque salirle podrían  
 las que él a las postas corta.

COND. Vos le trataréis despacio,  
 que no hay en todo palacio,  
 cuando el Conde se reporta,  
 entendimiento tan raro.

EST. ¿Yo tratalle? Cuando sea  
 que en tal desdicha me vea,  
 sin que tuviese reparo  
 con estas manos que veis  
 me quitaré dos mil vidas.

COND. Son prendas mal conocidas  
 las que del Conde sabéis.

EST. No me digáis que hay secreto  
 en cosa tan declarada.  
 Si como soy desdichada  
 el Conde fuera discreto,  
 no había más que desear.

COND. Vuestras desdichas no son  
 de más consideración  
 que no quereros casar.  
 Mas hay alguno, señora,  
 que es querido y quiere bien,  
 y que le quita su bien  
 mano poderosa agora.

EST. Esta decid que es desdicha.  
 Pésame que te suceda  
 cosa que quitarte pueda  
 de entre las manos la dicha  
 que tú mereces tenella.

COND. Beso mil veces las manos.  
 Los sucesos inhumanos  
 desta mi contraria estrella,  
 dan a las penas dolor,  
 al fin, de mi amada tierra.  
 Y mi prenda me destierra  
 un poder lleno de amor.

EST. No me pesa de que haya  
 desdichado, cuando hoy (1)  
 lo soy.

COND. En desdicha estoy.  
 que aunque el amor venga y vaya,  
 no ha de haber por dónde entrar,  
 a la fuerza de un poder.

EST. Si te supieran querer,  
 suipérante remediar.

COND. No pudo ser, que al partir  
 lloró lágrimas, señora,  
 que me aseguran agora  
 que no se puede fingir.

Yo vi unos ojos más bellos  
 que el sol llorar perlas bellas;  
 tanto, que deshice en ellas  
 el alma, que abrasan ellos.

EST. De suerte, que vengo a ser,  
 quien no quiso, pues que vivo.  
 Notable gusto recibo  
 que haya quien sepa querer  
 adonde sepan pagalle,  
 y creedme que quisiera  
 al Conde, como tuviera  
 tu entendimiento y tu talle.  
 ¿De qué le sirves?

COND. Aquí  
 de tercero, y allá soy  
 su caballero.

EST. Estoy  
 por espantarme de ti.  
 Mal doctrinado le tienes,  
 no se le luce el castigo.

COND. Sí, pero yo soy testigo  
 que lo son vuestros desdenes.

EST. El tiempo que estés aquí,  
 cada día me has de hablar.

COND. Podrá el Conde sospechar  
 deslealtad y amor en mí.

EST. Pues ven de noche a las rejas  
 que salen a este jardín.  
 Podrá ser que tengan fin  
 esas amorosas quejas.

COND. Que el amor entretenido,  
 ya descansa, cuando menos,  
 aunque en requiebros ajenos  
 harto he dicho.

CON. No he tenido

(Vase ESTELA.)

valor para responder,  
 mal se negocia mi engaño.  
 Mas a un ausente, ¿qué daño  
 no le puede suceder?

¡Ay, Celia mía, más que el alba hermosa;  
 en las primeras luces de oro llenas,  
 cuando siembra claveles y azucenas,  
 en manos de marfil con pies de rosa!

Ausente de tu vista, no reposa  
 el alma, que padece duras penas,  
 como el esclavo al son de las cadenas,  
 llora la patria en que vivió dichosa.

Cual pajarillo soy, que desconfia  
 y vuela con medrosa diligencia,  
 de hallar el nido, al fenecer del día.  
 Bien puede ser tu firme resistencia;

(1) En el original «yo», que no rima con «estoy».



pero dícame el alma, Celia mía,  
que no hay segura fe donde hay ausencia.

(Sale COLÍN.)

COL. ¿Qué tenemos? ¿Hay lamentos?  
¿Hay décimas? ¿Hay endechas?  
¿Qué hay?

COND. Fortunas deshechas,  
rota mar, contrarios vientos.  
Bien sé, amigo Colín,  
consejero del estado  
de mi amor, que has acertado  
en principio, temo el fin  
y temo alguna mudanza  
que en Celia la pueda haber.  
Que no es cuerdo el que en mujer  
tiene segura esperanza.

Ausentes, muchos han hecho.  
Quien ama, ha de caminar,  
como el que va por la mar,  
que nunca asegura el pecho.

COL. ¿Qué ha pasado por allá?  
¿Qué ha dicho el Duque de ti?  
Bizarramente comí.  
Admirado el Duque está.

Pusiéronme en un instante  
conservas de mil maneras,  
adonde meterme vieras  
la mano, calzado el guante.

Quitéle a un melocotón  
la carne, de una puñada.  
comí el hueso, y arrojada  
la carne; fué linda acción.

Dije, en fin: «Tráiganme pan»;  
fué volando un pajecillo,  
que me trujo un panecillo.  
Comile como un gañán,  
y dije: «Para con él,  
¿no habrá cualque capón,  
y en su ausencia, algún jamón?»  
Volaron treinta por él.

COND. ¿Vino el capón?

COL. El cuidado  
te tiene ya sordo y mudo.  
Trajéronle, que él no pudo  
venir, porque estaba asado.

CON. ¿Que hiciste tales excesos?

COL. De mal año el vientre saco;  
mas no vi capón tan flaco.

COND. ¿Cómo?

COL. Dejéle en los huesos.

Pues a un jamón, qué pensarás  
de grana de polvo era,

quité el polvo de manera,  
que de mirar te admiraras  
tan linda disposición.

CON. ¿Bebiste bien?, que me tienes  
con sed.

COL. Cuatro palafrenes  
no beben en un pilón  
lo que yo bebí de vino.  
La cabeza se me ha puesto  
como molino.

CON. Muy presto  
saldrá de mi desatino  
el remedio de mi mal.  
Señores vienen a verte.

COL. Yo me embobo.

CON. Y sea de suerte,  
que parezca natural.

(Salen LISARDO, TIBERIO y GERARDO, criados del  
DUQUE.)

GERARDO.

Su Excelencia nos manda entretengamos  
aquí a Vueseñoría.

COLÍN.

Bien venidos.

LISARDO.

Si quiere dar a la ciudad contento  
y salir a caballo, estará a punto  
el más fuerte frisón que ha visto Nápoles;  
bizarro saltador, que al menor brinco  
se levanta seis varas de la tierra;  
tan obediente a la baqueta o vara,  
que sólo al movimiento salta o para.

COLÍN.

Para como yo tengo la barriga,  
me viene este frisón muy a propósito.

TIBERIO.

Las damas de Belflor desean mucho  
ver a Su Señoría.

COLÍN.

Tendrán ojos;  
pero cuando un cristiano come tanto,  
y más si se embutió de cosas frías,  
todas las damas son apoplejías.  
Ese caballo saltador no es cosa  
que me conviene. Díganse al Duque,  
que no es bien que me enjuague (1) y me za.  
[buque.]

(1) En el original «enjuague».

GERARDO.

Un coche es lo mejor, traigan un coche.  
Llamad a Bertolín.

COLÍN.

Quedo, quedito.

¿Quién es el dicho Bertolín?

LISARDO.

Cochero

de Su Excelencia.

COLÍN.

Bertolín no quiero,  
que me ha de despeñar hombre que tiene  
nombre tan atrevido. Allá en mi tierra  
se llaman de otra suerte los cocheros,  
y todos con un nombre; que sospecho  
que son de dos linajes solamente.

LISARDO.

¿Y cómo son, señor?

COLÍN.

Paras y andas.

«Para, cochero», dicen; y otras veces,  
«anda, cochero»; de que yo presumo,  
que son sus apellidos «paras» y «andas»,  
pues con ellos entienden y responden.

CONDE.

Señor, si no te agrada salir fuera,  
por haber merendado como dices,  
mejor podrás, jugando, entretenerte.

LISARDO.

Sí, señor, que el jugar mucho divierte.

GERARDO.

Si sois aficionado a la pelota,  
a Lisardo y a vos, si sois servido,  
Tiberio y yo juguemos.

COLÍN.

La pelota  
es en ayunas excelente juego.  
Si la puedo jugar desde una silla,  
sin menearme, el partidillo acepto.  
Que fuera de que ver una pelota,  
si fuese como bola de una puente,  
tengo por imposible, estoy de modo  
que un paso no daré por alcanzalla,  
si me fuese la vida por jugalla.  
Esto de espadas.

GERARDO.

¿Qué, señor, esgrima?  
Traigan espadas negras. Hola, espadas.

COLÍN.

Quedo, quedo; no las pidáis.

GERARDO.

¿Cómo?

COLÍN.

Digo espadas con bastos, copas y oros.

GERARDO.

Muy bien. Hola, unos naipes de primera.

COLÍN.

De papel son allá; traigan cualquiera.

LISARDO.

¿Cientos querrá jugar Su Señoría?

COLÍN.

Si he de jugar, sin estudiar querría.

LISARDO.

¿Pues qué juego?

COLÍN.

El rentoy.

GERARDO.

Será escogido.

Seremos dos a dos.

TIBERIO.

Vamos.

COLÍN.

Envido.

CONDE.

Bueno has andado!

COLÍN.

Buena sea tu vida.

CONDE.

Quisiera que jugaras a los cientos.

COLÍN.

Falo al diablo, señor, haber fingido  
al Duque aqieste engaño; es mal agüero,  
y perderé a los cientos, si lo intento,  
aunque a las espaldas se me dicesen ciento.

(Vanse y salen el PRÍNCIPE y CAMILO.)

PRÍN. ¿Qué hay en Nápoles, Camilo?

CAM. Espántanse de que estés  
en aquesta aldea un mes,  
contra tu gusto y estilo;  
que no sueles tú parar  
tanto tiempo fuera dél.  
PRÍN. Mal puedo volver a él,  
con tanto enojo y pesar.  
CAM. ¿Pues qué hay de Celia?  
PRÍN. Desdenes  
y más desdenes.

CAM. Fabricio  
no hace el debido oficio,  
viendo la intención que tienes.

PRÍN. Yo pienso que esta mujer  
adora al Conde, mi hermano,  
y que piensa, aunque en vano,  
que la va de volver a ver.

CAM. ¿No sabes si se casó?

PRÍN. No he tenido carta alguna,  
porque quiere mi fortuna  
que muera y padezca yo.

Pero pues ya comencé  
a valerme con engaños,  
hoy he trazado a mis daños  
remedio contra su fe.

De los cuales, el primero  
es que digas que has llegado  
del Belflor, donde casado  
quedó mi hermano; que espero  
que perdiendo la esperanza  
Celia, que suyo ha de ser,  
hará, que al fin es mujer,  
de su firmeza mudanza.

CAM. El haber estado fuera,  
viene bien para fingirlo.

PRÍN. Y tú, que sabrás decirlo  
como si visto lo hubieras.

CAM. Quírome allí retirar,  
para fingir que he llegado.

PRÍN. No hay precio para un criado  
discreto.

CAM. Verásme hablar.  
(Vase CAMILO.)

PRÍNCIPE.

¿De cuál de tantas en montañas frías,  
nació la bella, y como bella ingrata,  
que abreviando mi mal, mi bien dilata,  
y como yo en amor, firme en porfías?

Así jamás, en calurosos días  
desnude el sol vuestra luciente plata;  
que con este rigor que el fuego mata,  
templanza deis a las desdichas mías.

Va que pasó en vosotros la siniestra  
fortuna mía, haced que pueda darme  
de algún consuelo en tantos males muestra.

Mas cansa e mi engaño de cansarme;  
que siendo nieve material la vuestra,  
con fuego intelectual ha de pagarme (1).

(Sale CELIA.)

CELIA.

Si vanas son las esperanzas mías,  
¿qué me queréis, en años, si mis daños  
consisten en que engaño mis engaños  
por desesperación de mis porfías?

¿De qué sirve poner al bien espías,  
cuando tan ciertos son los desengaños?  
¿Ni esperar días, que parecen años,  
si pasan años que parecen días?

Amor, que nunca más verdad tuviste,  
¿por qué no das lugar a la esperanza,  
que en desengaños de mi bien consiste?

¿Dónde caminas, loca confianza?  
Que no hay estado en el amor más triste  
que querer esperar sin esperanza.

PRÍN. ¿Celia hermosa?

CEL. Señor mío.

PRÍN. ¿Qué murmuráis? ¿Es de amor?

CEL. Murmurando voy, señor,  
de amor, pues dél desconfío.

PRÍN. ¿Vos podéis desconfiar?

CEL. Deseando parecer  
discreta, quiero tener  
desconfianza en amar.

PRÍN. ¿Pues qué dejáis para mí?  
Que ya de desconfiado,  
a confiar he llegado  
que mi amor se acabe aquí

Tengo a grande desventura  
de mis bienes como van,  
cuando los cielos me dan  
tiempo, lugar y ventura.

Tiempo, pues le tengo aquí.  
Lugar, pues estoy con vos.  
Y ventura, en que los dos  
tratamos de amor ansí.

Pero diréis que esto ha sido  
para mayor desventura;  
pues ventura sin ventura  
pocos hay que la han tenido.

CEL. Señor, como es todo amor

(1) En el original la terminación de estos consonantes  
no es en «arme» sino en «arte», que no forma sentido.

en el alma, y el fingillo,  
en la lengua es descubrillo,  
es ciencia de gran primor  
saber si un hombre es querido,  
o si es por otro olvidado.  
Celosos lo han intentado,  
pero pocos lo han sabido.

Porque mal puede tener  
tan secreto, que el honor  
no pierda de su valor,  
y más con propia mujer.

Lo mejor es, mientras dura,  
lo que es primera afición,  
siempre que hubiera ocasión  
gozar de la coyuntura.

PRÍN. Por tu consejo, señora,  
¿qué ocasión puedo esperar,  
qué coyuntura y lugar  
como la que tengo agora?

¿Qué esperanza te entretiene,  
a no ser la mía?

CEL. Si soy  
que de quien huyendo voy,  
quiero ver si amor me tiene.

PRÍN. Haga fiesta mi sentido,  
si ha de estar loco después.

(Sale CAMILO.)

CAM. Dadme, Príncipe, los pies.

PRÍN. Camilo, seáis bien venido.

CEL. ¿De dónde Camilo viene?

PRÍN. De Belflor, señora mía,  
que mi hermano me le envía.  
¿Queda bueno?

CAM. Salud tiene.

PRÍN. ¿Y alegría también?

CAM. Mucha.

CEL. Mala nueva el alma espera.

PRÍN. ¿Casóse?

CAM. Desta manera.

CEL. ¡Ay, cielos!

PRÍN. Prosigue.

CAM. Escucha:

Llegó con cuatro criados,  
que tú le diste, escogidos  
entre los que quieres bien,  
el Conde a Belflor.

CEL. Perdimos,

alma, la esperanza toda.

PRÍN. Ya tiembla.

CAM. ¡Qué amor!

PRÍN. Qué olvido!

CAM. Galaes de las colores,

que de Nápoles trujimos,  
donde a las sedas el oro  
se confesaba rendido.  
Entre nosotros el Conde,  
como suele el blanco lirio,  
entre pequeñas violetas  
y siempre humildes jacintos,  
de naranjado con plata  
bordado un galán vestido,  
cual suele una flor del sol,  
aunque el Conde era el sol mismo.  
Iba Colín de morado,  
que le dió un vestido rico,  
porque le fué entreteniendo  
todo el gustoso camino.  
Por secretos que llegamos,  
ya la fama se lo dijo,  
o la carta que enviaste  
el suceso le previno.  
Salió el Duque enojado,  
media legua a recibirlo,  
porque Estela, retirada,  
dicen que sintió tu olvido.  
Mas viendo el Duque Alejandro  
al novio tan peregrino  
de entendimiento y de talle,  
el enojo recibido  
trocó en gustos y en abrazos,  
y con él a Belflor vino,  
tomando la mano izquierda  
y dando de amor indicios.  
Ya los criados, que siempre,  
con diligente bullicio  
van a ganar las albricias,  
a la novia le habían dicho  
la gentileza del Conde,  
rostro afable, gracia y brío,  
con que olvidando el agravio  
salió hasta la puerta, y vimos  
un ángel, que hacía la puerta  
del palacio paraíso.  
Porque la espada, señor,  
era del acero limpio  
del rostro, defensa fuerte,  
a no ser Fabio el marido.  
Habláronse, y los requiebros  
fueron pocos y bien dichos:  
que a veces hacen los ojos  
de las lenguas el oficio.  
Pasó la noche en saraos;  
lugar a los novios dimos:  
quedó Estela enamorada,  
quedó el Conde sin juicio.

Tal priesa dieron al Duque,  
que cierto alemán Obispo  
que a Roma pasaba acaso  
marido y mujer los hizo.  
Aquella noche se vió  
la novia en brocado rico,  
imagen de mármol blanco,  
que lo fuera en templos indios.  
Como de estrellas el cielo,  
sobre azul ultramarino,  
cuando la serena luna  
hurta más rayos a Cintio,  
así la bordada tela  
sembraba diamantes finos,  
que, con las hachas, pensamos  
que abrasaban el vestido.  
El dichoso desposado  
salió galán, de amarillo:  
tal, que pudiera guardarse  
del ejemplo de Narciso.  
Con mil memorias y palmas,  
la plata sobre pajizo  
brillaba a la luz, haciendo  
gallardo del Conde el brío.  
Bizarra estaba la sala,  
que es un famoso edificio,  
de colgaduras bordadas  
y de tapetes moriscos.  
Las camas no te encarezco,  
porque solamente envidio  
la dicha del desposado,  
si bien de gozarla es digno.  
Los días que estuve allí,  
no he visto yo sobre el nido  
trocar las aves de Venus  
más tiernos los dulces picos.  
Por las huertas, por los campos,  
por los más ocultos sitios,  
andaban enamorando  
los árboles y los riscos.  
Despedíme, y pedí cartas  
al Conde, y risueño dijo:  
Dile a mi hermano y señor,  
que no le escribo, Camilo,  
que fuera afrentar mis dichas  
si a palabras las remito.

PRÍN. No digas más, que estoy loco  
de las nuevas que me has dado.  
Celia, el Conde enamorado,  
juzga todo el papel poco  
para escribir su alegría.  
¿Qué hiciera yo, si me viera  
en tanto bien, y tuviera

tal noche un alegre día?  
¿Cuándo quieres tú que sea  
este Príncipe tu esclavo?  
Sufrid, corazón, que alabo  
que nadie rendido os vea.

CEL.

Sufrid, pues el padecer  
es tan forzoso; fingid  
gusto, corazón; sufrid,  
«que yo no os puedo valer».

PRÍN.

Llorar quiere.

CAM.

Está sin vida.

PRÍN.

Famósamente lo has hecho.

CEL.

Alma, en el mayor estrecho  
del mar de amor vais perdida.

No sé qué habemos de hacer.  
si tanto el dolor porfía;  
pero sufrid, alma mía,  
«que yo no os puedo valer».

PRÍN.

¿Qué respondéis, Celia hermosa,  
a mis deseos?

CEL.

Señor,  
agradecido mi amor,  
me tengo por muy dichosa.

Pero sabed que he llegado  
a tiempo de pura pena,  
que el alma de agravios llena,  
ya mira en vos su sagrado.

¿Mas qué dudo de decir  
la causa? Vos sois discreto.  
Yo amaba al Conde, en efeto:  
ya no hay, señor, que encubrir.

Nació este amor con los dos,  
que vos habéis estorbado;  
pues por vos está casado,  
y yo sin Fabio por vos.

Temiendo vuestro poder,  
se fué a casar el traidor:  
la primera vez que amor  
no le ha podido vencer.

Que amor nunca fué vencido  
del poder; que, vitorioso,  
triunfa del más poderoso;  
hoy se confiesa vencido.

No en mí, que aunque soy mujer,  
el poder no me venciera.  
¿Quién jamás de hombre creyera  
que le venciera el poder?

Esto que el alma ha callado,  
a voces diciendo está  
que no hay esperanza ya,  
pues el Conde se ha casado.

Cobarde Conde, que ha sido  
más valiente una mujer;

pues nunca vuestro poder,  
vos lo sabéis, me ha vencido.

Sólo os suplico, señor,  
pues hoy rendís mis porfías,  
que déis lugar unos días,  
para que pase el dolor.

Que tengo vergüenza noble  
de deciros que he tenido  
al Conde amor, aunque ha sido  
para aborrecelle al doble.

Dad lugar a mi enidado,  
que esta dilación os muestra;  
porque no quiero ser vuestra  
hasta que le haya olvidado.

*(Vase CELIA.)*

PRÍN. Sin seso quedo.

CAM. Por Dios,  
que ha sido valor notable.

PRÍN. ¡Que estado tan miserable  
el de quien ama!

CAM. En los dos  
se ha echado muy bien de ver.

PRÍN. ¡Lo que merece ese nombre,  
que no hay valor en un hombre  
contra el amor de mujer!

CAM. Ella dijo la verdad.  
Con la fuerza del dolor,  
confesó todo el amor.

PRÍN. ¡Mal haya mi voluntad,  
que tan mal supo emplearse!

CAM. ¿Qué piensas hacer?

PRÍN. No sé.  
Si amarla, ¿cómo podré  
ya después de declararse?

Si olvidarla, ¿cómo puedo,  
si con lo mismo me abrasa?  
Bueno me estoy en su casa,  
entre esta esperanza y miedo,

dando en Nápoles lugar  
a tanta murmuración.

CAM. Pues tomar resolución  
en amar o en olvidar.

PRÍN. Amemos, Camilo amigo;  
que pienso que es lo mejor,  
pues Dios dice que aun amor  
tengamos al enemigo.

Amemos, hasta saber  
si el poder será vencido  
de amor, o si habrá podido  
vencer amor el poder.

Pase a Celia aquesta furia,  
pues que no ha sido en mi agravio

querer desde niña a Fabio,  
sin saber los dos mi injuria.

Y para que el Conde allá  
se case con mayor prisa,  
parte a Belflor, y le avisa  
de que Celia ya lo está.

Pinta en otra relación  
esta mentira dorada,  
o de aquesta la traslada,  
pues para un efeto son.

Que con esto, el Conde allá  
será de Estela marido,  
y lo que habemos fingido,  
verdad, Camilo, será.

Cásese Celia conmigo,  
pues que lo quiere mi estrella.  
Mal dije, que yo con ella,  
como tú fuiste testigo.

Pues contra su voluntad,  
y amando al Conde, soy yo  
el que se casa, ella no.

CAM. Con la mayor brevedad  
que sea posible, iré.

PRÍN. Celia, pues estoy rendido,  
donde el poder no ha vencido  
venza mi amorosa fe.

*(Vanse. Salen el CONDE y COLÍN, de noche.)*

COL. ¿A qué propósito vienes  
a hablar con Estela?

CON. Di  
la palabra.

COL. ¿Pues aquí  
qué nombre o qué estima tienes?  
¿No estás con voz de criado  
de ti mismo?

CON. Así es verdad.

COL. Pues con esa calidad,  
ya quedas desobligado.

CON. Yo mismo de mí me fio;  
que la que el engaño dió,  
la cumplo yo como yo,  
no como criado mío.

Yo he de hablar a Estela.

COL. D1  
que ya te agrada a ti Estela;  
mas no vengas con cautela  
para burlarte de mí.

¡Vive Dios, que eres notable,  
de pensamiento novel;  
que no de lo moscatel,  
de los que dígame y hable!

Poetas de sus mostachos,

porque siempre los componen,  
pues con frenos que se ponen  
siendo hombres se vuelven machos,  
y, tal vez, de machos hembras.  
MÁS FÁCIL FUERA EN QUERER  
toda forma de mujer.  
CON. Palabras al viento siembras.  
Que así puedo yo dejar  
de amar a Celia, Colín,  
como va la fuente, al fin,  
a un río, y el río al mar.

COL. ¿Qué te ha movido?  
CON. Saber  
que habla Celia con mi hermano,  
ya poderoso tirano,  
pues la vence su poder.  
Y parécele a mi amor,  
que pues ha de hablar, hablemos.  
COL. ¿Y eso, de qué lo sabemos?  
CON. De la ocasión, hablador.  
De la ausencia, del lugar  
y del tiempo.

COL. ¿Qué venganza  
de hablar a Estela te alcanza?  
CON. La de hablar, pues puedo hablar.  
COL. A la fe, la del querer  
probar todos los guisados.  
CON. Los marcos oigo quitados.  
COL. Estela debe de ser.  
CON. Guarda esa reja, Colín,  
no te pase un hombre.

COL. Bueno,  
todo estoy de temor lleno.  
No hay árbol en el jardín  
que no me parezca un hombre.

(Sale arriba ESTELA.)

EST. ¿Sois vos?  
CON. Yo, señora, soy;  
aunque la palabra os doy  
que es diferente mi nombre.  
EST. ¿Dónde habéis dejado agora  
la bestia de vuestro dueño?  
CON. Sepultado en vino y sueño.  
COL. Oigan la horrenda señora  
cómo me ha bestificado.  
EST. ¿Es posible que servís  
a tal hombre, y que venís  
en nombre de su criado?

CON. Más noble soy que él, por Dios.  
COL. Sí, pero más mentecato.  
EST. En tallo, en ingenio, en trato  
sois desiguales los dos.

COL. Esa es verdad, porque en fin,  
yo sí y él no es español.  
Mi padre fué caracol,  
y yo me llamo Colín.  
EST. ¿Cómo a esta bestia sufrís?  
CON. Señora, no puedo más.  
COL. ¿Bestia? Pues guardaos detrás.  
EST. A un elefante servís,  
a un camello, a un dromedario.  
Hoy, cenando, en un salero  
metió la mano.

CON. Es grosero;  
suélelo hacer de ordinario.  
EST. Tenía en el plato yo  
una pechuga de un ave;  
parecióle muy suave,  
y luego me la cogió.

COL. ¿Y eso llama bobería?  
CON. Es el Conde, mi señor,  
despejado, y por favor  
la pechuga tomaría.  
EST. Favor provechoso fué;  
si el despejo disimula  
tal grosería, ¿qué mula  
bebiera lo que él?

COL. No sé.  
EST. Pues apenas se traía  
plato, que no le acercase  
y lo mejor se tomase.  
COL. ¿Y eso llama bobería?  
EST. Yo estoy, de pensallo, loca.  
¿Y disculparéis también  
que una fiuta de sartén  
me fué a meter en la boca?

CON. Señora, la cortesía  
es hija de la llaneza.  
EST. Queso come con corteza.  
COL. Por no mondallo sería.  
No desuello cosa alguna;  
porque a San Bartolomé  
esta devoción tomé.  
Pera, camuesa, aceituna,  
entran como Dios lo cría.  
EST. Gusto de tratar con vos  
estas cosas.

COL. Bien, por Dios.  
Esta sí que es bobería.  
CON. Si yo fuera vuestro igual,  
tal principio de favor  
me hiciera...

EST. No tuvo amor  
cosa humana desigual.  
¡Ay, Dios, si vuestras acciones,

vuestro ingenio, vuestro talle  
 tuviera el Conde!  
 CON. No calle  
 el alma a vuestras razones;  
 mas muéstrese agradecida.  
 COL. Mas me precio de tener  
 esta gana de comer,  
 que es propia acción de mi vida,  
 que todas sus borracheras.  
 (*Salen ALEJANDRO, LISARDO y gente, de noche.*)  
 LIS. Digo que sentí rumor.  
 ALE. ¿En las rejas?  
 LIS. Sí, señor,  
 y aun abrir las vidrieras.  
 ALEJ. No te engañaste, por Dios.  
 Gente hay, Lisardo, en el puesto.  
 COL. ¡Brava trápala! ¿Qué es esto?  
 Hoy me matan. Uno, dos,  
 tres, cuatro, sesenta y tres,  
 veinte y cinco... ¡Dios me valga!  
 ¿Hay otro escuadrón que salga?  
 ALEJ. ¿Quién va, soldado?  
 CON. ¿Quién es?  
 ALEJ. Un hombre, Gobernador  
 desta ciudad. Digan luego  
 quién son.  
 CON. Y que os vais os ruego.  
 Persona soy de valor,  
 y que basta verme aquí.  
 ALEJ. Yo soy más noble que vos.  
 CON. ¿Más que yo? Mentís, por Dios.  
 ALEJ. ¡Oh, perro!, ¿mentís a mí?  
 ¡Ah, de mi guarda; hola, gente!  
 CON. Adiós, balcón.  
 EST. Gran desdicha.  
 Así fué siempre mi dicha.  
 (*Acuchillalos el CONDE y vase.*)  
 LIS. ¡Bizarro mozo!  
 CRIA. Valiente.  
 LIS. Este no se irá; sed preso.  
 COL. Doyme a prisión, pues yo soy.  
 ALEJ. Amigos, herido estoy.  
 COL. El Duque, notable exceso.  
 Perdone Su Señoría,  
 que yo no le conocí.  
 ALEJ. ¿Es el Conde Fabio?  
 COL. Sí.  
 ALEJ. Pues ha sido alevosía,  
 ¿quién es aquél que se huyó?  
 COL. Florisberto, mi criado.  
 ALEJ. Sin duda le habéis mandado  
 que me matase.

COL. Eso no,  
 que yo vine a hablar aquí  
 con mi esposa.  
 ALEJ. Es traición;  
 de Roberto enredos son  
 que ha tramado contra mí.  
 Que por no darme las tierras,  
 a su hermano me envió,  
 temiendo, amigos, que yo  
 le persiguiese en las guerras.  
 Ponedle luego en prisión,  
 que he de hacer que de una almena  
 le cuelguen.  
 COL. Y es poca pena,  
 según mis desdichas son.  
 ALEJ. Proseguir luego confío  
 la guerra contra Roberto,  
 eso téngalo por cierto,  
 o matarle en desafío.  
 Hoy seré su eterno estrago.  
 CRIAD. Id preso.  
 COL. ¡Pobre Colín!  
 Ved qué desdichado fin.  
 Si lo comí, ya lo pago.

(*Vanse. Salen el CONDE y TIRSO, su criado.*)

TIR. Aquí detrás te esperaba;  
 pero de aquesta pendencia,  
 por Dios, que no oí las voces.  
 Herido Alejandro queda.  
 CON. ¡Ay, Tirso!, ¿qué haremos ya?  
 TIR. Sólo el huir te remedia.  
 CON. ¿No ves que queda Colín  
 preso?  
 TIR. Quede en hora buena,  
 y pague lo que se ha holgado  
 en los convites y fiestas,  
 esos días, con tu nombre.  
 CON. ¿Tú no ves que si lo aprietan  
 ha de decir nuestro engaño?  
 TIR. ¿Pues han de poner las cuerdas  
 a un Príncipe?  
 CON. Ya tendrán  
 fama de que no lo sea.  
 TIR. ¿Quién ha de traer la fama?  
 CON. ¿Quién la traerá? La sospecha.  
 TIR. Gente viene.  
 CON. Aquí te apartas.

(*Sale CAMILO, de camino.*)

CAM. Mal llega quien tarde llega.  
 Caballero, ¿podrá pasar  
 un forastero?



CON. Esta tierra  
está de paz.

CAM. Yo no vengo  
menos que al aumento della.  
Criado del Conde soy,  
que se casa con Estela.

CON. ¿Del Conde? ¿Quién es?

CAM. Camilo.

COND. Camilo, en buen hora vengas.  
¿No me conoces?

CAM. Señor,  
dame tus manos. ¿Qué diestra  
fortuna me trajo aquí?

CON. ¿Qué hay de mi hermano?

CAM. Su Alteza,  
que a Nápoles me despacha,  
también me manda que venga  
a Belflor, a visitarte.

CON. ¿Tráesme carta? ¿Cómo queda?

CAM. No escribe, porque no tiene  
lugar; y queda tan buena  
su persona, como quien  
con un serafín la emplea.

CON. ¿Qué serafín?

CAM. Que, señor,  
tú sólo en aquesta tierra  
eres peregrino en esto.

CON. No tengo nuevas de Ardea.

CAM. Pues yo te las puedo dar.

CON. Ya estoy temblando las nuevas.  
¿Es Celia, acaso, la novia?

CAM. Sí, Conde, la novia es Celia.

CON. ¿Qué dices?

CAM. Que está casada.

CON. ¿Casada?

CAM. Que no lo sepas  
me espanto, pues todo el mundo  
a estas fiestas se despuebla.  
¿Y tú, no estás ya casado?

CON. Muerto, Camilo, quisiera.  
¿Qué ¿se casó Celia?

CAM. Sí.

CON. ¡Fiad de mujer y ausencia!

CAM. ¿Posible es que esto no sabes?

CON. Ni vida tener quisiera  
para saberlo. ¡Ay de mí!  
¡Qué bien partiéndome della  
supo alentar mi jornada,  
por ser de Nápoles Reina!  
¡Ah, poderoso poder,  
cómo arrastras la firmeza  
del mayor amor del mundo!  
¡Fiad de mujer y ausencia!

¿Celia casada?

CAM. Haz milagros.  
¿Ha sido alguna bajeza  
casar con tu hermano?

CON. Sí;  
pues desde su edad más tierna,  
está casada conmigo.

CAM. Sin bendición de la Iglesia,  
no hay bodas, Fabio, ni son,  
como clandestinas sean.  
Lo que yo te sé decir  
es que Celia está contenta,  
y que la vide la noche  
que de Nápoles fué Reina,  
estrellada de diamantes  
una saya entera negra;  
el cabello...

CON. ¿Qué cabello?

¡Pluguiera a Dios que estuviera,  
Camilo, el fuego de Troya,  
que es el que me abrasa y quema!  
Deja pinturas, amigo,  
que no quiero que esté bella  
Celia en brazos de Roberto.  
¡Fiad de mujer y ausencia!  
Díjele al partir, que yo  
tenía cierta sospecha  
que la venciese el poder,  
contra quien no hay resistencia.  
Y díjome, con los ojos  
hechos dos fuentes de perlas,  
que envidiosos de los dientes,  
le interrumpieron la lengua:  
«Tú verás, Fabio querido,  
el poder vencido.  
Tú verás, Fabio amado,  
el amor premiado.»  
¡Ay, Celia ingrata, fiera!  
Amor me dé paciencia;  
mas no hay segura fe donde hay au-  
sencia.

CAM. Oye.

CON. No me diga nada.

CAM. ¿Adónde vas?

CON. Adonde pueda  
quejarme al cielo.

TIR. Detente.

CON. Nadie, infames, me detenga;  
porque si saco la espada,  
podrá ser que de las nuevas  
lleve alguno por albricias  
menos alta la cabeza.  
¿Es posible que dijiste,  
Celia, la noche postrera:

«Tú verás, mi Fabio amado,  
el amor premiado;  
tú verás, Fabio querido,  
el poder vencido?»  
Amor me dé paciencia;  
que no hay segura fe donde hay au-  
[sencia.]



ACTO TERCERO DEL

PODER VENCIDO Y AMOR PREMIADO

(*Salen el PRÍNCIPE y CAMILO.*)

PRÍN. Dicen que le tienen preso  
cartas que vienen de allá.  
CAM. Yo pienso que libre está,  
y que es contrario el suceso.  
Que la noche que llegué  
a Belflor, libre le vi,  
y por la mañana oí  
que la de la herida fué.  
PRÍN. Por lo menos, lo que es cierto  
es el no haberse casado  
y el estar preso.

CAM. ¿Y ha estado  
a Celia todo encubierto?

PRÍN. Por más que intento, Camilo,  
encubrir esta pasión,  
tales mis desdichas son  
y de la fama el estilo.

Pienso que se lo han contado,  
y así el casarse dilata,  
cuando ya Fabricio trata  
casamiento tan cansado.

Yo, a lo menos, he querido  
usar de todo el poder,  
cansado, por Dios, de ver  
todo mi poder vencido.

Y en esto habrá de parar  
una noche, que de aquí  
falte Fabricio, que así  
tendrá esta fuerza lugar (1).

Que no es la de su aposento  
tan fuerte muro.

CAM. No sé

(1) Este verso quizá se escribiría así:

«dará esta puerta lugar»,

puesto que a continuación añade el mismo Príncipe:

«que no es la de su aposento  
tan fuerte muro»

es decir «la puerta de su aposento».

si aciertas; bien es que esté  
seguro tu casamiento.

Mira, señor, que no es justo  
atropellar el honor;  
pues fuerza el propio valor,  
para dilatar el gusto.

Mejor es fingir la letra  
del Conde Fabio, en razón  
de que pára la prisión  
en bodas.

PRÍN. Tanto penetra  
Celia de mis intenciones,  
que todo lo juzga así.

CAM. Déjame escribir a mí  
a Fabricio seis razones,  
y verás si le aseguro.

PRÍN. Tal estoy, y en tantos daños,  
que se corren los engaños  
de ver que yo los procuro.

Pero mira que ya vienen  
Celia y él.

CAM. Voy a escribir.  
(*Vase.*)

(*Salen FABRICIO y CELIA.*)

FAB. ¿Quién te podrá persuadir  
aquello que te conviene,  
si has dado en tan gran locura  
para quitarme la vida?

CEL. Ya vengo más reducida  
de lo que tu honor procura.

Que sólo tú me pudieras  
a ese disgusto obligar.

FAB. ¿Que, un reino quieres dejar  
por esas vanas quimeras  
y darme la muerte a mí?

CEL. No me hables de esa suerte;  
que antes me daré la muerte,  
que darte disgusto a ti.

FAB. ¿Qué puedo yo desear  
más que verte Reina?

CEL. Veo  
la verdad de tu deseo,  
mas no me da amor lugar.

FAB. El Conde yo le he criado;  
es un galán caballero.

Tanto como a ti le quiero;  
mas ya el Conde está casado.

¿Qué esperanza tienes dél?

CEL. Mira, señor, que es mentira;  
que el Conde está preso, y mira  
que es ser al Conde cruel  
estando preso por mí.

FAB. Qué presto te persuades.  
Siempre al amor por verdades  
tener las mentiras vi.  
¿Es ese Roberto?

CEL. El es.

FAB. Si tu Alteza me ha escuchado,  
habrá visto mi cuidado.

PRÍN. Celia, no quiero que estés  
casada contra tu gusto.  
Volverme a Nápoles quiero,  
que ha mucho tiempo que espero,  
y siendo quien soy, no es justo.  
Terrible estás contra mí;  
pero ya llegará el día  
que conozca tu porfía  
que lo fuiste contra ti.  
Poco puede mi poder;  
pero pues ya no me quieres,  
no me faltarán mujeres  
que pueda reinas hacer.  
Y a ti, es muy cierto faltar  
hombre que se llame rey.  
De la cortesía es ley  
no cansar ni porfiar.  
Fabricio, a Nápoles voy;  
un hijo tendréis allí.

FAB. No os vais, mi señor, ansí;  
que de veros ir, estoy  
por quitar la vida a quien  
os causa tanto disgusto.

CEL. Yo haré, señor, vuestro gusto.  
No os váis con tanto desdén.

PRÍN. Celia: es infamia en mi nombre  
aguardar que una mujer,  
para que quiera querer,  
deje de querer a un hombre.  
Sigue tu intento, que presto  
llorarás arrepentida.

FAB. Si os vais, perderé la vida.

CEL. Yo no soy culpada en esto;  
ya digo que suya soy.

(Salga GINÉS.)

GIN. Esta carta llega agora.

CEL. ¿Es para mí?

GIN. No, señora.

CEL. ¿En qué peligros estoy?

FABRICIO.

Del Conde me parece el sobrescrito.  
«A Fabricio, mi padre.» El Conde es cierto.

PRÍNCIPE.

El Conde escribe, luélgome infinito.

(Lee FABRICIO.)

«Ya no estaréis de mi suceso incierto,  
padre y señor, si acaso os han escrito  
que fui del Duque aquella noche muerto.  
Verdad es que le herí, sin conocelle  
y sin ánimo alguno de ofendelle.

Prendíome, porque dijo que venía  
a matarle de parte de mi hermano.  
Mas supo la verdad, y el mismo día  
que de la herida se levantó sano,  
a la gallarda Estela, esposa mía,  
por más confirmación le di la mano.  
De nuestras amistades y conciertos,  
que al Príncipe diréis que ya son ciertos.

Y dalle el parabién de parte mía,  
que ya se dice acá que está casado  
con la señora Celia, pues el día  
llegó de tanto bien para su Estado.  
Y a ella le diréis que si solía  
quererla como hermana, hoy ha llegado  
a ser esto más cierto. Dios os guarde.»

FABRICIO.

Ya no estaré confuso ni cobarde.  
¿Qué os parece, señor?

PRÍNCIPE.

Que si no viera  
carta del Conde, no creyera nada.

FABRICIO.

Celia, ¿qué esperas?

CELIA.

Lo que el Rey espera,  
del Conde y de su amor desengañada.

FABRICIO.

Pastores deste monte: a la ribera  
del Escuto corred, y a la esmaltada  
guarnición de su plata robad flores,  
que entapicen las salas de colores.

Caiga el verde laurel, que de los rayos  
se defendió glorioso, y verde al lielo.  
Entren las hachas con los bojes bayos;  
los terebintos derribad al suelo.  
Venid cantando con floridos mayos,  
al himeneo, que prospere el cielo.  
Las fuentes coronad de blancos toros,  
de morados y verdes sicomoros (1).

Ea, que hoy es la boda más dichosa  
que ha visto el mundo, en tan pequeña aldea.

(1) En el original dice «sicaoros».

Vuelva el siglo de ninfas y de diosas,  
y nueva Arcadia aquesta aldea sea.  
Al que mejor de flores y de rosas  
tejiere una guimalda, que se emplea  
justamente en mi Celia, seis cabritos  
blancos le ofrezco, por el lomo escritos.

PRÍNCIPE.

Vamos, y mi ventura se confirme  
esta noche en mi mano, Celia hermosa.

CELIA.

Señor, yo he estado necia, pero firme;  
mas ya quiero ser vuestra y ser dichosa.

FABRICIO.

Ea, pastores, ¿no acabáis de oirme?  
Selva la sala haced; la selva umbrosa,  
sala desierta; y sea tal la tala,  
que se vengan las aves a la sala.

(Váyanse y salgan el DUQUE ALEJANDRO y ESTELA.)

ALEJ. ¿Que ver un hermano preso  
no mueva aqueste villano!  
EST. Amor no conoce hermano;  
bárbaro es con tanto exceso,  
que sólo atiende a su gusto.

ALEJ. Así dicen que en Ardea  
toda su grandeza emplea  
Roberto, del nombre agosto.

Por Celia vive sin seso;  
mirad, entre pena y gloria,  
cómo ha de tener memoria  
de su pobre hermano preso.

Fuera de que ver en él  
tan villano entendimiento,  
le habrá dado atrevimiento  
de serle ingrato y cruel.

¿Quién duda que la prisión  
no le habrá dado cuidado?

EST. Tu herida me le había dado,  
y puesto en más confusión;  
pero ya que libre estás,  
la doy por bien empleada,  
pues vengo a estar obligada  
para aborrecelle más,  
y no casarme con él.

ALEJ. Aconsejame Lisardo,  
que con la gente que aguardo  
vengue el engaño cruel  
que con el moustruo me ha hecho  
que en su lugar me ha enviado,  
pues estando descuidado,

no le serán de provecho  
cuatro tapias de una aldea.

EST. ¿Pues qué pretendes hacer,  
si Celia es ya su mujer?

ALEJ. No es posible que lo sea;  
que Nápoles lo murmura,  
y no la ha llevado allá.

EST. ¿Pues qué sientes?

ALEJ. Que estará,  
si acaso no lo procura,  
en posesión de su gusto,  
loco sin saber de sí.

EST. Que envía este hombre aquí  
por nuestra afrenta y disgusto.

Tal, que cualquiera criado  
era mejor que él.

ALEJ. Cierto;  
aunque me hirió Florisberto,  
le he quedado aficionado.

EST. Gallardo talle tenía  
y extremado entendimiento.

ALEJ. Aunque le viese, es mi intento  
honrarle.

EST. Bien merecía  
Florisberto esa merced.

(Entra LISARDO.)

LIS. Aqueste papel me ha dado  
el Conde.

ALEJ. Estoy enojado.

EST. No, por mi vida, leed.

(Lee.)

«Por muchos años tenga salud V. Señoría;  
y pues ya la tiene, de poca importancia le es el  
tenerme preso; y si he de estarlo, basta que me  
den de comer, que la hambre no sabe si estoy  
preso, y pide de comer como libre; y también  
estos bellacos no se duelen de mí, que anoche  
me dieron enlebra. El Conde Fabio.»

ALEJ. ¿Hay tal papel? ¿Qué novela  
puede este cuento igualar?

EST. ¿Qué es enlebra?

ALEJ. Maltratar  
un preso de noche (1).

EST. Pues eso no lo sufráis,  
y hacelde dar de comer.

ALEJ. Otra cosa quiero hacer,  
si no es que vos no gustáis.

EST. ¿Y cuál es?

(1) Verso incompleto. Diría: «un preso de noche; Estela».

ALE. Mayor aun que esa (1).  
Sacalle quiero de allí,  
y que ande cerca de mí  
con guardas.

EST. Tal gentileza  
te me diera a conocer  
por hijo del Duque Alberto;  
y a no ser tu hermana, es cierto  
que había de ser tu mujer.

Danme gran lástima a mí  
estos hombres mentecatos,  
como los niños, que a ratos  
da gusto verlos así.

Lo que yerran los discretos,  
eso, Alejandro, me agravia,  
porque de una causa sabia  
son muy bastardos efectos.

Id luego por él, Lisardo.

LIS. Voy con muy grande contento.

ALEJ. De tan corto entendimiento,  
¿qué venganza (2), Estela, aguardo?

El que yo pretendo hacer  
es en su bárbaro hermano,  
hasta saber si le allano  
a que seas su mujer.

EST. Téngolo por imposible;  
nunca imposibles desco.

ALEJ. Pues yo por posibles veo  
lo que puede ser posible.

EST. ¿Pues quieres tú que me case  
con un hombre que a otra quiere?

ALEJ. El amor que mal se adquiere,  
no hay cometa que así pase;  
y no hay verdadero amor,  
si no es el del casamiento,  
porque tiene fundamento  
en lo eterno del honor.

No hay amor, si es libremente,  
que no pare en mil venganzas.  
Tú me darás esperanzas  
con que mi agravio acreciente.

(Sale COLÍN.)

COLÍN.

Seoría me dé mil pies, que tenga,  
cuanto y más esos dos, por merced tanta.

ALEJANDRO.

Señor, Vueseñoría se detenga,

que a más de lo que es justo se adelanta.  
¿Viene muy bueno?

COLÍN.

Venga como venga,  
debo servir a Seoría.

ESTELA.

Espanta  
el estilo que tiene tan grosero.

COLÍN.

No vi mi esposa, a fe de caballero.  
¡Oh, rubicunda y más que ingrata esposa!  
¿Está como lia de estar su Seoría?

ESTELA.

Estoy para serviros, cuidadosa  
de la prisión.

COLÍN.

Por la inocencia mía.

ESTELA.

Soislo tanto, que vivo temerosa;  
que si volviera a ser la monarquía  
de Herodes, imagino que os matara.

COLÍN.

Bien la inocencia se me ve en la cara.

ESTELA.

Dícenme que los pajes os han dado  
esta noche... ¿Qué fué?

COLÍN.

¡Ah, sí! culebra.

ESTELA.

¿Cómo culebra?

COLÍN.

A un hombre que, acostado,  
el dulce sueño tempestad le quiebra.

ESTELA.

¿Qué tempestad?

COLÍN.

Un terremoto airado,  
que los huesos moliéndole celebra,  
con chinelas, con botas y zapatos;  
silbando agora y ya callando a ratos.

ESTELA.

Pues no le han puesto nombre conveniente

(1) Verso equivocado. Se habrá escrito «Mayor proeza», pues no rima «esa» con «gentileza».

(2) Quizá deba leerse «escarmiento» por lo que dice en el verso siguiente, pues «venganza» es femenino.

COLÍN.

Antes sí, que del modo que del nido  
camina la culebra mansamente  
a los gazapos, sin hacer ruido,  
así, Seoría, la pajuna gente  
a oscuras llega a un mísero dormido;  
y como el son de los batanes suelen,  
a ese compás le desgobierna y muelen.

ESTELA.

Ya sé lo que es.

COLÍN.

Y yo mejor, que traigo  
los huesos como mimbres de canasta,  
que apenas la camisa desarraigo.

ESTELA.

Un médico llamad.

COLÍN.

Albéitar basta.

ESTELA.

Basta, que ya de todo punto caigo  
lo que es el dar culebra.

ALEJANDRO.

¿De qué pasta  
naturaleza haría tan mal hombre?

ESTELA.

De estiércol y ámbar.

ALEJANDRO.

Sólo tiene el nombre.

COLÍN.

Habrán comido ya sus Seorías;  
según soy desgraciado, así lo creo.

ALEJANDRO.

Algo comemos tarde aquestos días.

COLÍN.

La dieta injusta desquitar deseo.

ALEJANDRO.

Vamos, y comeréis.

COLÍN.

Melancolías  
me dan si la bucólica no veo.  
Vamos, Seoría.

ESTELA.

Qué cruel molestia.

COLÍN.

Ellos lo son, y tiénenme por bestia.

(*Váyanse y salgan el CONDE y TIRSO, de villanos.*)

TIR.

Tu atrevimiento me espanta.

CON.

¡Qué poco sabes de amor!

cuya fortaleza es tanta,  
que su temido rigor  
a la muerte se adelanta.

TIR.

¿Piensas tú que ese gabán  
será parte a disfrazarte?

CON.

Por dicha, no me verán.

TIR.

Si dichas han de ser parte,

pocas de tu parte están.

CON.

Para entrar hoy en la aldea,

tan llena de labradores,

no hay aviso que igual sea.

Y cuando, entre mil pastores,

Tirso, mi hermano me vea,

¿qué me puede resultar?

TIR.

Mandar matarte, celoso,

y poderlo ejecutar.

Que celos en poderoso

es tempestad en la mar.

CON.

¡Ay, Tirso, pluguiera al cielo!

que estoy tan desesperado,

que es lo menos que recelo.

TIR.

Pastores hay en el prado.

CON.

El verde y pintado suelo

van despojando de flores.

TIR.

Flora, a lo menos, parece

la que teje sus colores.

CON.

Aquí un molino se ofrece,

y cuatro o seis labradores.

Quiero, de la blanca harina,

hacer máscara a la cara.

TIR.

Qué de cosas imagina

quien ama, y sólo repara

en lo que más desatina.

(*Váyanse y salgan: FINEO, BELFARDO, LLORENTE y FLORA  
con una guirnalda de flores.*)

FLOR.

No os canséis en porfiar.

LLO.

Yo la tengo de llevar.

FIN.

Yo tengo de ser.

BEL.

Dejalda,

que ella dará la guirnalda

a quien la quisiese dar.

LLO.

Por lo humilde, habrá pensado

llevarla a Celia.

BEL.

Si el prado

supiera hablar, él dijera

que, como su primavera,

con la pluma la has pintado.

FLOR. Belardo, basta que sea  
tuya la danza, que hoy  
por Celia espera el aldea.

BEL. Si la guirnalda no doy,  
no pienso entrar en Ardea.  
Dejádmela a mí llevar,  
y veréisme acomodar  
a sus partes las colores  
y propiedad de las flores.

FLO. ¿Qué piensas que te han de dar?

BEL. No me mueve cosa alguna  
de interés; sí sólo amor,  
que mi desdicha repugna;  
que del Príncipe el valor  
vence mi humilde fortuna.  
Ya sé que no he de tener  
Por estas flores más fruto.  
Pobre nací, y he de ser  
pobre hasta dar el tributo  
que da al morir el nacer.  
Demás, que para señor,  
me basta el señor de Sesa;  
a su sombra estoy mejor,  
pues toda Italia confiesa  
su generoso valor.  
La guirnalda que te pido,  
y que a Celia quiero dar,  
no es más de habella escogido,  
por su gusto, para hablar,  
señora, dulce y florido.

LLO. ¿Y los demás no sabrán  
mejor que tú?

BEL. Yo, Llorente,  
lo confieso, porque están  
mil laureles en su frente,  
que mil escritos le dan.  
A mí bástanme amapolas,  
como cierto Fauno dijo,  
que anda en los montes a solas.

FIN. Pues vais con tal regocijo,  
no irán estas flores solas.

LLOR. Darémoslas todos tres.  
¿Posible es que no me des,  
Flora, esa guirnalda a mí?

(Salen el CONDE, con harina, y TIRSO.)

CON. ¿Vengo bien?

TIR. Muy bien, y aquí  
verás si el disfraz lo es.

CON. ¿Pues quién son?

TIR. Flora y Fineo,  
Belardo y Llorente, adiós.

(Vase.)

CON. Probar mi disfraz deseo.  
LLO. Echemos suerte los dos.  
BEL. Yo me rindo.  
FIN. Gente veo.

FLOR. ¡Hola, extranjero pastor!

CON. ¿Decís a mí?

FLOR. ¿No lo veso  
¿Cuál te parece mejor,  
para un favor, de los tres?

COND. Conforme fuere el favor.

FLO. Cásase en aquesta aldea  
la hermosa Celia, y la gente  
de su casa, por que sea  
el regocijo presente  
tal, que en él su amor se vea,  
una guirnalda ha tejido,  
paa darla en una danzar,  
que ha ordenado, y vestido.

CON. ¡Ay de mi loca esperanza;  
ausencia, madre de olvido!

FLOR. Sobre cuál la ha de llevar,  
es la cuestión de los tres.

CON. Cualquiera la puede honrar,  
y ponérsela después,  
por el mejor del lugar.  
Que fuera muy necio yo  
cuando a ninguno agraviara.  
¿Qué discreto!

BEL. Bien habló.

FIN. ¡Lo que parece en la cara  
al Conde!

CON. A mí mismo yo;  
que estoy ya de tal manera,  
que no me parezco a mí.  
¿Pero quién me pareciera,  
sino yo?

FIN. Pastor no vi  
más bello en esta ribera.  
¿De dónde sois?

CON. De una aldea  
de Sesa soy natural.

FLOR. Pastores, ¿queréis que sea  
quien la lleve este zagal,  
pues en él tan bien se emplea?

FIN. Por mí, digo que la lleve  
a Celia.

LLOR. También por mí.

BEL. Vaya, si a poner se atreve  
las flores que ves allí  
sobre su divna frente.

FLOR. Pastor, ¿no te atreverás  
a llevar esta guirnalda,  
y a los tres en paz pondrás?

CON. Vosotros, zagales, dalda  
a quien la merezca más,  
que tengo en este molino  
de trigo ciertos costales.

FLOR. Yo más cortés te imagino.

CON. Recibir mercedes tales,  
como me hacéis, determino.  
Por eso, y también por ver  
a Celia, por quien la fama  
dice lo que puede ser,  
o que la abrase la llama  
en que yo me siento arder.  
¿Dónde la danza tenéis?

FLOR. En casa la están probando.

CON. Vamos, pues, donde veréis  
un tosco villano hablando  
conceptos que no entendéis.  
¿Es hoy la boda?

BEL. Hoy están  
la bendición aguardando,  
que por dos letras les dan,  
la S y la I juntando,  
que presos por siempre van.  
Veréis, labrador de Sesa,  
a Celia, bella princesa,  
dando envidia al mismo sol,  
y al novio, que en su crisol  
de derretirse no cesa.  
Con nosotros cenaréis;  
seréis huésped estos días,  
que aquece trigo moléis.

CON. Vamos, y las gracias más  
y las desgracias veréis.

BEL. Pues alto, echad por aquí.  
(*Vanse los pastores y quédese el CONDE.*)

COND. ¿Dónde voy, triste de mí,  
¡oh Celia!, a verte casada?  
Mas no puedo perder nada,  
si he perdido el alma en ti.  
Y aunque tan justo rigor  
es aumentar el dolor,  
quiero llorar, quiero ver  
las victorias del poder  
y las mudanzas de amor.  
(*Vase y salen FABRICIO, el PRÍNCIPE y CELIA.*)

FABR. Aquí, señor, os sentad,  
en tanto que se aperciben  
las cosas, que están tratadas  
de la manera que os dije.  
Que puesto que en el aldea,  
y no en el palacio insigne  
de Nápoles, lo que falta

podrá con amor suplirse.

PRÍN. Fabricio, a un hombre contento  
no tienes más que pedirle,  
que las grandezas no importan  
al novio alegre ni al triste.  
Al alegre, pues lo está  
de un estado tan felice;  
y al triste, porque las fiestas,  
¿de qué contento le sirven?

CEL. A mí, por triste, bien pueden  
tales desdichas decirse,  
que antes aumentan mis penas  
estos causados festines.  
¡Ay, Conde, Dios te perdone;  
Dios te perdone, bien dije,  
que ya es muerto para mí  
quien en otros brazos sirve! (1)  
Dios te perdone el agravio  
que a mis desdichas hiciste,  
pues desde mis tiernos años  
siempre fueron de servirte.

PRÍN. ¿Con quién habla Vuestra Alteza?

CEL. Mis dichas digo que envidien  
cuantas hoy han sido amadas.

PRÍN. Eso mejor se permite  
a las que tengo en ser vuestro.

FAB. No hay cosa que más estime  
que veros contentos hoy.

(*Salen todos los villanos, con fiesta, y el CONDE con la guirnalda.*)

COND. Agora que divertido  
está con Fabricio el Príncipe,  
será bien hablar a Celia.  
Llego, pues; amor me anime.  
Esta guirnalda, señora,  
os presentan Flora y Nise,  
Pineo, Lauro y Belardo,  
Llorete, Damón y Tirse,  
y yo también de mi parte,  
que a ver estas fiestas vine  
desde Sesa, aunque sin seso  
de veros tan bella y libre.  
El prado os vuelve las flores,  
que deben restituirse  
a esos pies, porque le dan  
más otra vez que las pise.  
Los pastores, la guirnalda  
de claveles y jazmines;  
Flora, el haberla tejido,

(1) Quizá deba leerse «vive», y no «sirve», que no hace buen sentido ni se contrapone a lo de «muerto», que antecede.



y yo los celos matices.  
Una canción les compuse,  
no sé cómo no la dicen  
de palabras que una dama  
dijo a un galán al partirse.  
Pues partiendo temeroso  
del poder de un hombre insigne,  
ella le daba a entender  
que era su amor invencible.

(*Cantán.*)

«Tú verás, Silvio querido,  
el poder vencido;  
tú verás, mi Silvio amado,  
el amor premiado.»

COND. ¿No os agrada la canción?  
Mas pienso que es imposible  
que os agraden estas cosas,  
viendo que el amor se rinde  
y está el poder victorioso.

CEL. Aquí aparte quiero oírte.  
Fabio, ¿qué locura es ésta?  
Dónde hay razón que prive  
de la razón, ni aun del alma,  
¿tal libertad se permite?  
Vete, por Dios; vete luego.

COND. ¿Que me vaya?

CEL. Si pedirte  
que mires tu propia vida  
por buen consejo se admite.

COND. Cruel, no vengo a vivir,  
sino a dar voces, que obliguen  
a mi hermano a que me mate.

CEL. ¡Calla, loco!

CON. ¡Ah, fiera Circe!

Con la mano que le das  
me tapas la boca. ¡Viven  
los cielos, que es poca nieve  
para que mi fuego entibien,  
cuanto y más para estorbar  
que salga a abrasarte!

CEL. Dime,

¿cuál de los dos al poder  
con más firmeza resiste?  
¿Tú, casado con Estela,  
como en esta carta escribes  
a mi padre, y yo aguardando,  
tan claramente lo dice,  
o yo, que aún ahora estoy  
a tiempo de resistirme?

CON. Muestra. Aquesta no es mi letra,  
puesto que la mano finge  
alguna traidora mano,

señora, por que me olvides.

CEL. ¿Pues no estás casado?

CON. ¿Yo?

Intentas que desatine,  
pues al más cuerdo enloquecen  
amorosos frenesíes.

CEL. ¿Pues quién fué el preso?

CON. Colín;

que si acaso se desdice  
de lo que fingido tiene,  
horca y cuchillo le piden.

CEL. ¿Pues quién hirió al Duque?

CON. Yo,

yendo por unos jardines  
a acompañar a Colín  
y de tercero servirle.  
Esto es verdad.

CEL. Pues, mi bien,  
vive amor, los cielos viven;  
y vive tú, que no hay cosa  
con que esto mejor se firme.  
Que el poder no ha de poder,  
por más que en sí mismo fíe,  
vencer este inmenso amor,  
por más trazas que imagine.

CON. Muramos aquí los dos.  
Hola, pastores, decidle,  
pues viene mejor agora,  
aquella canción que os hice.

(*Cantán.*)

Tú verás, Silvio querido,  
el poder vencido;  
tú verás, mi Silvio amado,  
el amor premiado.

(*Pone el CONDE la guirnalda a CELIA y tocan dentro  
cajas y sale CAMILO, alborotado.*)

CAMILO.

Con notable descuido estás ahora,  
que todo el mundo viene sobre Ardea.

PRÍNCIPE.

¿Cómo, Camilo?

CAMILO.

El sol más astas dora  
que espigas estos campos hermosea.

CELIA.

¡Ay, qué ventura!

CONDE.

Celestial señora.

CAMILO.

El Duque de Belflor, para una aldea  
tres mil hombres de guerra juntos trae.  
Rayo parece que del cielo cae.

PRÍNCIPE.

¿Hay maldad semejante?

FABRICIO.

¿Hay tal locura?

CAMILO.

Sabiendo cómo estabas descuidado,  
viene a prenderte; tu prisión procura.

PRÍNCIPE.

¿Por qué razón, si el Conde está casado?

CAMILO.

Agraviado de ti, se queja y jura  
que se ha de ver de tu traición vengado,  
porque un hermano loco le enviaste,  
y a Estela injustamente despreciaste.

PRÍNCIPE.

¿Mi hermano loco?

CAMILO.

Y de matalle, dice.

PRÍNCIPE.

¿Con acciones indignas de hombre noble?  
Fabricio, ¿qué me dices?

FABRICIO.

Contradice  
del Conde la opinión bizarra, al doble  
supuesto que a Roberto le autorice  
ser Príncipe.

CAMILO.

El se queja que es un roble.

PRÍNCIPE.

¿Mi hermano roble?

CAMILO.

Allí le traen consigo.

PRÍNCIPE.

¿Qué podremos hacer, Fabricio amigo?

FABRICIO.

Ciérrese en esa casa con mis gentes  
Celia con sus criadas; a esta torre,  
que miran esos montes emipientes,  
tú en un caballo a toda prisa corre.

PRÍNCIPE.

Ven conmigo.

FABRICIO.

Mis bríos son valientes,  
pues vivo retirado.

CONDE.

Hoy nos socorre

(Vanse el PRÍNCIPE, FABRICIO y CAMILO.)

la fortuna, mi Celia.

CELIA.

¿Qué haremos?

CONDE.

Huir en tanto que lugar tenemos.

CELIA.

¿Dónde?

CONDE.

A un lugar que tengo en esa sierra,  
donde nos casaremos entretanto  
que dura entre los dos la cruda guerra.

CELIA.

¡Socorro, amor!

CONDE.

¡Socorro, cielo santo!

CELIA.

¡Ay, tierno amor, al gran poder destierra!

CONDE.

Hoy quiero ver, amor, si puedes tanto,  
que quedes tú premiado y él vencido.

CELIA.

En verdadero amor, no reina olvido.

(Vanse y tocan cajas y sale ALEJANDRO, con bastón;  
ESTELA, COLÍN y criados.)

ALEJANDRO.

Pues que la fama suele  
traer del mar las nuevas de una armada,  
no me espanto que vuele  
desde estos campos, en tomar bajada,  
dando aviso a Roberto,  
de quien va contra él tan descubierta.

Hoy dicen, finalmente,  
que dando espuelas a un veloz caballo,  
huyó con poca gente,  
y que estuvieron cerca de alcanzallo,  
si en esa torre fuerte  
no hallara puente al paso de la muerte.

ESTELA.

¿Qué torre es ésta, Conde,  
donde tu hermano agora se retira?

COLÍN.

Ella por sí responde,  
que quiere defender de vuestra ira  
al Príncipe Roberto,  
asilo deste bárbaro desierto.

ALEJANDRO.

Parece que habla en seso.

ESTELA.

Dícenme que lo cobran muchos locos  
de su furioso exceso,  
al tiempo del morir, y que son pocos  
los que no lo han cobrado  
habiendo al duro tránsito llegado.

Ansí Fabio, que sabe  
que hoy tiene de morir, habla más cuerdo,  
más concertado y grave.

COLÍN.

Verdad es, bella Estela, que me acuerdo  
de aquel amargo punto,  
en que de verme pálido y difunto.

Y a fe que estoy de suerte,  
que os he de confesar ciertas verdades  
primero que la muerte,  
último fin de todas las edades,  
cobre el censo debido  
al ser mortal, por ley de haber nacido.

ALEJANDRO.

¿Cómo es posible, Estela,  
que sea aqueste el Conde?

ESTELA.

¿A quién no admira?

ALEJANDRO.

Puesto que con cautela  
tu hermano en esa torre se retira,  
por salir por ventura  
en el silencio de la noche oscura,  
apenas tendré nueva  
de que se alaba libre de mi injuria  
y defenderse prueba,  
cuando serás el blanco de mi furia.  
Pero mucho me espanta  
que sufra en sangre suya crueldad tanta.

COLÍN.

Un sabio, que escribía  
en su cama, una vez incorporado,  
la mano que movía,  
por ser entonces el invierno helado,  
de suerte se le helaba  
que apenas letra ni r zón formaba.

Metió la mano fría,  
por calentarla, al pecho, y con despecho  
del pecho la desví.

Con ser aquella mano de aquel pecho,  
y como dél la aleja,  
al brazo se la arrima, y dél se queja.

Sintiendo el brazo izquierdo  
de la mano derecha el frío, huye.  
El sabio mudó acuerdo,  
y por partes el cuerpo restituye  
aquella mano suya;  
mas no la halló que del rigor no huya.

«Oh, cuerpo—entonces dijo—,  
si aquí no acoges a tu propia mano,  
que con buscar prolijo  
espera en tu valor defensa en vano,  
¿qué mucho que su ab ígo  
me niegue el más pariente, el más amigo?

ALEJANDRO.

Vuelvo a decir, Estela,  
que pienso que nos han trocado al Conde.

ESTELA.

Fabio, con qué cautela  
tu entendimiento la viveza absconde,  
con que agora la muestras.

COLÍN.

Pues llega el fin de las historias nuestras,  
dame lugar que escriba  
una carta de todo mi suceso,  
y sabrás quién me priva,  
hasta aquesta ocasión, de vida y seso.  
Y quiero, desta suerte,  
que no sepáis la causa hasta mi muerte.

ALEJANDRO.

Parte, y en esa tienda  
que enfrente de esa torre se ha fijado,  
al cielo te encomienda  
y escribe tu suceso.

COLÍN.

Yo he medrado  
en servir a mi dueño.  
Toda esperanza de la tierra es sueño.

(Vase.)

ALEJANDRO.

Acercad a la torre,  
soldados, las escalas; venga gente.  
Si el día le socorre,  
no piense que la noche ha de ser puente  
por donde huyendo salga,  
donde el engaño y no el valor le valga.

(*Salen el PRÍNCIPE y FABRICIO arriba.*)

PRÍN. ¡Ah del campo!

ALEJ. ¿A quién da voces?

PRÍN. Famoso Duque Alejandro,  
escucha.

ALEJ. ¿Quién es?

PRÍN. Roberto.

ALEJ. ¿Tú me liabras?

PRÍN. Yo te hablo.

ALEJ. ¿Qué quieres?

PRÍN. ¿Por qué razón

el valor de tus pasados  
afrentas de aquesta suerte?

ALEJ. ¿Pues yo qué afrenta te hago?

PRÍN. ¿No lo es venir a traición  
con un campo armado, a un campo  
de labradores desnudos,  
y contra humildes arados  
traer aceradas picas  
y esos vistosos penachos?  
¿Contra guirnaldas de flores  
traer morriones altos;  
y a los campos donde pacen  
ovejas y bueyes mansos,  
desde la clín al codón  
vestir de acero caballos?  
Duque: si de mí tenías  
alguna queja de agravios,  
escribiérasme la causa,  
notificárasme el daño.  
Previniérasme la guerra,  
con trompetas de a caballo  
llamárasme al desafío.  
Mas sabiendo que me caso  
con mi prima, de secreto,  
cuando ya le doy la mano  
me cercas de tres mil hombres.

ALEJ. Agravios tan declarados  
no reparan en razón,  
ni es bien si en ajeno daño  
no los mira el que los hizo,  
repare el que ha de vengarlos.

FAB. ¿Qué agravios te pudo hacer,  
Duque Roberto, si estando  
en paz, a tu tierra envía

al Conde Fabio, su hermano,  
a casarse con Estela,  
por hallarse apasionado  
de los amores de Celia?  
ALEJ. Cuando fuera el Conde Fabio,  
Fabricio, un cuerpo con alma  
o un cuerpo proporcionado  
a un alma de un hombre noble,  
no rehusara el estimarlo.  
Pero enviarme una bestia,  
harta de andar en el campo,  
donde, por dicha, guardaba  
de Fabricio los ganados,  
¿no quieres que agravio sea?  
FAB. ¿Fabio, del Príncipe hermano,  
feo y necio?

PRÍN. Oye, Fabricio,  
aquí hay prevención de engaño.—  
¿Quieres darme la palabra,  
como caballero honrado,  
de que a tratar mis desdichas  
y tus justos desengaños  
pueda bajar desta torre?  
Si doy.

ALEJ. Pues jura.  
PRÍN. Yo salgo  
a la fianza.

PRÍN. ¿Quién sois?  
EST. Soy el dueño deste agravio.  
Estela soy.

PRÍN. Aguardad.

(*Vanse los dos de arriba.*)

ALEJ. Confuso, Estela, he quedado  
si está Roberto sin culpa.  
EST. Extraño y dudoso caso.  
Con las mudanzas del Conde  
tantas novedades hallo,  
que me obligan a pensar  
que vivimos engañados.  
Aquella ruda simpleza  
en agudeza trocando,  
parece que da a entender  
que no ha sido por milagro.  
El Príncipe viene.

(*Salen FABRICIO y el PRÍNCIPE.*)

FAB. ¡Llega.

PRÍN. Dame, Alejandro, los brazos.  
Sea este pleito de amigos,  
con amor juntos, en tanto  
que dividen este pleito  
los cuidadosos letrados.

ALEJ. Yo, Roberto, esto deseo.  
 PRÍN. Y vos, señora, si acaso pensastes ofensa mía, me dad las manos.  
 EST. No trato de disculparos agora.  
 PRÍN. ¿Pues qué pretendéis?  
 EST. Culparos.  
 PRÍN. No tendréis justicia.  
 EST. ¿No?  
 Tanta tengo en este caso, que por parecer justicia me ciñera espada al lado. ¿Qué hombre es éste que queréis darme por vos?  
 PRÍN. En mi hermano se extremó naturaleza.  
 EST. Menos el alma y el cuerpo (1). Y si en hacer mentecatos se esmera naturaleza, él es un milagro raro. Y pues milagro le hacéis, bien pudiera estar colgado como lagarto del mar (2) en capilla de milagros.  
 PRÍN. ¿Mi hermano?  
 EST. Si en eso dudas, ve luego por él, Lisardo.  
 (Vase LISARDO.)  
 PRÍN. ¿Pues dónde está?  
 EST. En esa tienda.  
 FAB. Pues él será el desengaño, que yo sé bien, como quien desde niño le ha criado, del Conde las excelencias.  
 EST. Es excelente en guisados; orejas de postas come, y está tan bien doctinado, que al Duque y a mí nos quita lo que comemos, del plato; y de puro melindroso y discreto cortesano, como jalea con guantes. Y es tan galán, que mirando una mosca en mi nariz, me la mató con la mano.  
 FAB. Haréis que me vuelva loco.  
 PRÍN. Yo me doy por condenado, si Fabio esas partes tiene.

(1) Este verso está equivocado. Diría «menos en cuerpo y en ánimo», pues «cuerpo» no asuena con «ao».  
 (2) O sea, cocodrilo.

(Salen COLÍN y LISARDO.)  
 LIS. Aquí viene el Conde Fabio.  
 PRÍN. ¿Quién es el Conde?  
 EST. El que ves.  
 PRÍN. Colín, ¿qué es esto?  
 COL. Trabajos en que se ponen los hombres para servir a sus amos.  
 EST. ¿Cómo Colín? ¿Que es Colín?  
 COL. Colín es lo que peinando, las colas, suelen dejar en el peine los caballos. Colín es caldo de coles, y en lenguaje italiano es colín lo que en Castilla llama el español collado. Y lo que le da a un hombre, después de estar enojado de la cólera, es colín, de mi motivo gramático. Y colín es cierta cosa que en lenguaje castellano suelen llamar palominos.  
 PRÍN. Loco estoy.  
 ALEJ. Extraño caso.  
 PRÍN. ¿Dónde está el Conde, Colín?  
 COL. El Conde, autor deste engaño, por no casar con Estela, que está con Celia casado, me hizo tomar su forma, y en forma de mentecato ser tan enfadoso a Estela y tan odioso a Alejandro. Si es que me habéis de matar, por bueno y leal vasallo, sea presto, porque tengo que hacer.  
 PRÍN. ¡Oh, traidor hermano!  
 ¿Ves, Estela, cómo yo no soy en esto culpado?  
 EST. La culpa que en esto tienes, ya la remito a Alejandro.  
 (Suena ruido dentro y salen unos soldados con los villanos y CELIA y el CONDE de villanos.)  
 SOL. 1.º Entrad adentro.  
 ALEJ. ¿Qué es esto?  
 BEL. Quedito, señor soldado; gente son los labradores.  
 ALEJ. ¿Qué es esto, Roselio?  
 ROS. Estando cien soldados en celada, al pie destes montes altos,

huyendo vimos pasar  
del aldea estos villanos,  
donde el Príncipe vivía.  
FAB. Esta es mi hija.  
CEL. Yo he dado  
en las manos de la muerte.  
PRÍN. Y ésta es mi esposa, Alejandro.  
CON. ¿Cómo tu esposa, Roberto,  
sí con ella estoy casado?  
PRÍN. ¿Quién eres?  
CON. El Conde soy.  
PRÍN. Antor de enredos y engaños,  
yo te quitaré la vida.  
ALEJ. Paso, Príncipe, que estamos  
Estela y yo de por medio,  
y con mayores agravios.  
El Conde fingió muy bien  
ser de sí mismo criado,  
para que vos me cumpláis  
la palabra.  
PRÍN. El cielo santo  
quiere, Estela, que la cumpla.  
Llévese a Celia mi hermano,  
en hora buena, que yo  
tanto de veros me agrado,  
que me pesa de haber sido  
descortés en despreciaros.

EST. Como vos mismo seáis,  
yo perdono al Conde Fabio.  
Dad los brazos a los dos,  
que luego os daré los brazos.  
CON. Perdona, hermano y señor,  
yerros por amor causados.  
COL. ¿Han de matar a Colín?  
ALEJ. Sí, con veinte mil ducados,  
de que te hago merced.  
PRÍN. Y yo te doy otros tantos.  
COL. ¡Cuarenta mil! ¿Qué os parece  
desta ventura, Belardo?  
BEL. Que era un Alejandro sólo,  
y ya son dos Alejandros.  
FLOR. ¿Ya no me querrás a mí?  
COL. Sí quiero, y te doy la mano;  
que ducados prometidos,  
tarde llegan a contados.  
FLOR. Pues pide perdón.  
COL. Sí, pido;  
porque en sucesos tan varios,  
da fin el poder vencido  
y nunca el amor premiado.

FIN DE LA COMEDIA DE

EL PODER VENCIDO Y EL AMOR PREMIADO

COMEDIA FAMOSA  
DE  
LOS PONCES DE BARCELONA  
DE  
LOPE DE VEGA CARPIO

---

HABIAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

DON PEDRO.  
SEVERO.  
DON RAMIRO.  
DIONIS PONCE.  
DON JULIO.  
LEONARDO.  
GONZALO.  
LUCRECIA.  
BERNARDO.

FINEO.  
FABRICIO.  
SERAFINA.  
INÉS.  
MARÍN.  
DANTEO.  
SILVIA.  
TEBANO.  
FELICIO.

ALBANEÓ.  
DALIFE.  
PEDRO.  
MÚSICOS.  
MARTON, villano.  
DORISTA, villano.  
SELIMO, turco.  
BARBARROJA, turco.

ACTO PRIMERO

(Salen DON PEDRO PONCE y LUCRECIA, su mujer, de camino, y un criado.)

PED. Deja, Lucrecia, el temor.

LU. ¿Cómo, si vengo informada  
de la condición airada  
de tu padre y mi señor?

PED. ¿Qué defectos hay en ti  
más que ser pobre?

LU. ¿Y es p co  
si con eso le provoco  
a que me aborrezca así?

Pobre, don Juan, he nacido;  
pobres padres me engendraron,  
en pobre casa me criaron  
y en pobre trato he vivido.

Mas tan ricos de virtud  
como te dijo su fama;  
que ésta riqueza se llama  
y la del oro inquietud.

Dejáronme este tesoro  
por herencia, que, en efeto,  
es para un hombre discreto  
de mayor valor que el oro.

Tú sabes si esto es verdad,  
pues un año de conquista  
apenas te dió a mi vista  
ocasión ni libertad.

No recibí tus papeles,  
bien sabes que no te engaño,

porque, para nuestro daño,  
son enemigos crueles.

¡Ay de la loca doncella  
cuando papeles recibe  
y responde a quien le escribe,  
aunque se case con ella!

Pues de aquella liviandad  
siempre celoso le tiene,  
de que muchas veces viene  
a presumir deslealtad.

No podrás decir de mí  
cosa que a dárteles baste,  
pues hasta que te casaste  
ni me viste ni te vi.

Casástete, aunque eras rico,  
con una pobre de hacienda,  
pero rica de la prenda  
que en la virtud significo.

Mi pobre padre faltó  
al primer año, tan bueno,  
que, de mil trabajos lleno,  
te entretuvo y sustentó.

Por eso forzoso fué  
que a Barcelona vengamos,  
donde ya, don Pedro, estamos  
y tu gran casa se ve.

Tiemblo de ver que a tan rico  
padre traigas de esta suerte  
nuera tan desnuda.

PED.

Advierte,  
y por mi amor te suplico,

que no vengas con temor,  
 pues, como estudiante, intento  
 probarte en un argumento  
 que es fuerza tenerle amor.

LUC. ¿Tu padre a mí?  
 PED. Sí.  
 LUC. ¿Por qué?  
 PED. ¿De la sangre no procede  
 amor? Esto me concede.

LUC. Es verdad; que cuando ve  
 aquel objeto el que mira,  
 en rayos la sangre pasa  
 por la vista, hasta que abrasa  
 el alma, y ella suspira  
 entonces con el deseo  
 por unirse a lo que ama.

PED. Pues si amor sangre se llama,  
 tu amor en mi sangre veo.  
 La mía, ¿quién me la dió?  
 Tu padre.

PED. Luego a mi padre  
 es bien que el objeto cuadre  
 que quise en viéndole yo.  
 Mi sangre es suya, y si a ti  
 te mira, pues yo te amé,  
 o te ha de amar o veré  
 que no está su sangre en mí.

SEVE. Aunque ha días que dejamos  
 las sotanas y manteos  
 por andar en tus deseos,  
 en el punto que tratamos,  
*habita venia*, diré  
 lo que siento.

PED. Pues, Severo:  
 ¿no es verdad que lo que quiero  
 querrá mi padre?

SEV. No sé.  
 Cuando es más fuerte el calor  
 de la madre, se parece  
 el hijo a la madre, y crece  
 de aquella parte su amor.  
 Cuando es el calor igual,  
 se parece a los dos juntos.  
 Pero si en aquellos puntos  
 la influencia celestial  
 tiene más fuerte poder,  
 a la influencia parece,  
 y ésta mil veces ofrece  
 diferente parecer.

Así verás que hay un hombre  
 que tira a puerco, otro a perro,  
 y no es de su padre el yerro,  
 aunque de vello se asombre,

sino que fué poderosa  
 la influencia celestial  
 a darle aquella señal,  
 tal vez fea y tal hermosa.

PED. ¡Qué necia filosofal!  
 SEV. Hombres he visto, señor,  
 parecer asnos.

PED. Mejor  
 de ti decirlo podría.

SEV. Pues si de tu nacimiento  
 fuerza el planeta tuviera  
 sobre jumentos, y fuera  
 tu condición de jumento,  
 cuantos jumentos miraran  
 a Lucrecia, claro está  
 que la amaran, pues que ya  
 tu condición imitaran.

PED. ¿Has oído este argumento?  
 SEV. Yo por el tuyo lo digo.  
 Que si tu padre, enemigo,  
 como rico y avariento,  
 de pobres, tu mujer mira  
 dices que la ha de querer  
 porque su sangre ha de ser  
 como la tuya, y me admira  
 que no veas que tu madre  
 su parte de ella te dió.

PED. Aristóteles mostró  
 que todo se debe al padre.

SEV. Niega la común escuela  
 de los filósofos.

PED. Ya  
 llegamos donde saldrá  
 a nuestra noche una estrella.

LUC. ¿Quién vive aquí?  
 PED. Don Ramiro,  
 que es el amigo mayor  
 de mi padre. En su valor  
 todo mi remedio miro.

Este irá a hablarle, y yo sé  
 que él hará que nos reciba,  
 y cuando enojado viva  
 de que pobre me casé  
 y sin pedirle licencia,  
 en su casa nos tendrá.

LUC. De que enojado estará  
 tengo muy cierta evidencia,  
 porque muchos me han contado  
 lo que le agrada el dinero.

PED. Entra y pregunta, Severo,  
 si don Ramiro ha llegado.

SEV. Mejor es que en el portal  
 os entréis por que no os vean.



PED. Aquí en virtudes emplean,  
 Lucrecia, el mayor caudal.  
 Entra a ser bien recibida,  
 que es caballero muy grave.  
 LUC. El cielo, don Pedro, sabe  
 que sólo estimo tu vida.

*(Salen DIONIS PONCE, padre de DON PEDRO; BERNARDO,  
 su amigo, y TINEO, su criado.)*

DIONIS.

¿Por qué me preguntáis lo que se ha hecho  
 mi hijo, si lo sabéis que está estudiando  
 en Lérida, contento y satisfecho?

Si acaso, como joven, ayudando  
 alguna travesura, preso queda,  
 herido o muerto, ¿qué me estáis matando?

Decidlo de una vez para que pueda  
 o morir o vivir.

BERNARDO.

Dios os le guarde  
 y de que tal desgracia le suceda.

Pasando ayer, y pienso que bien tarde,  
 por la calle en que vive don Ramiro  
 vi de estudiantes un lucido alarde.

Que argüían pensé. Párome y miro  
 si alguno conocía, y oigo atento  
 una cosa, por Dios, de que me admiro.

DIONIS.

¿Pues en qué me tocaba su argumento?

BERNARDO.

No sé cómo os lo diga. O me he engañado  
 o tratan de don Pedro el casamiento.

DIONIS.

¿Qué me decís? ¿Don Pedro está casado?

BERNARDO.

En Lérida decían, y que ha mucho  
 que vive con su suegro y que ha dejado  
 el hábito eclesiástico.

DIONIS.

¿Qué escucho?

¡Don Pedro se casó sin mi licencia!  
 Con la verdad y mis engaños lucho.

Por una parte miro su obediencia,  
 por otra vuestro crédito.

BERNARDO.

Ya creo

que guardan poca ley amor y ausencia.

DIONIS.

¿Sabes alguna cosa tú, Fineo?

FINEO.

Señor, ya sabes tú que es mi costumbre  
 disimular lo que oigo y lo que veo  
 si de ello te resulta pesadumbre.  
 Don Pedro, mi señor, está casado.

DIONIS.

Faltó a mis ojos hoy su misma lumbre.

FINEO.

Días ha que se dice, y yo he callado  
 por no enojarte.

DIONIS.

Y aun será muy cierto  
 que alguna mujercilla le ha engañado.

FINEO.

Antes de su virtud, señor, te advierto  
 que es hermosa, discreta y virtuosa,  
 y, aunque fué por amor, fué por concierto.

DIONIS.

¿Es pobre?

FINEO.

Estaba dicho siendo hermosa;  
 mas vence su virtud a su pobreza.

DIONIS.

Pobre, hermosa y virtud, extraña cosa.  
 ¿Virtud dices, en pobre, con belleza?

BERNARDO.

¿No hay muchas que lo son?

DIONIS.

No, sino pocas;  
 que por eso se estima su firmeza.  
 ¡Hermosura y virtud!

BERNARDO.

Materia tocas  
 donde sacara yo, Dionis, la espada  
 si bastara una espada a tantas bocas.

DIONIS.

¿Y qué se me da a mí que sea hourada  
 si es pobre esa mujer?

BERNARDO.

Tenéis enojo;  
 que esa es, sin duda, la mejor dotada.

DIONIS.

A decir disparates no me arrojó  
porque a las obras todo lo remito.  
Hoy de padre y de hacienda le despojo,  
le desheredo y cuanto es ley le quito,  
y aun el nombre de Ponce, pues me afrenta  
con tal maldad, apenas le permito.

(Sale DON RAMIRO.)

RAMIRO.

Como a mi amigo vengo a daros cuenta  
de una cosa en que espero...

DIONIS.

Tened paso;  
que siendo la que ahora me atormenta  
y en la materia del dolor que paso  
no quiero oírla a mi mayor amigo.

BERNARDO.

Si es de Pedro, ya sabe todo el caso.

RAMIRO.

Don Pedro se casó. ¿Con qué castigo  
queréis dar que decir a Barcelona?

DIONIS.

Con no le ver.

RAMIRO.

Taeréle yo conmigo,  
y respeto tendréis a mi persona.

DIONIS.

Iréme yo del mundo por no veros  
a vos y a él.

RAMIRO.

¿Qué padre no perdona?

DIONIS.

Pues perdonadme vos no responderos.

BER. El se fué desesperado.

RAM. Si lo acaba de saber  
no es mucho no responder  
y de mí partirse airado.

Id tras él y detenele,  
que don Pedro viene ya.

BER. A su humildad no será,  
ni a vuestros ruegos, rebelde.

(Salen DON PEDRO y SEVERO.)

PED. A mi padre airado vi,  
por eso no osé llegar.

RAM. Hoy le habemos de ablandar.

PED.

Sólo, señor, le ofendí  
en no le pedir licencia;  
que en lo demás es mi esposa  
bien nacida y virtuosa  
y que puede, con decencia,  
cualquier hidalgo ejercer,  
si a las historias creemos,  
o a la verdad, si debemos  
más a la verdad creer,  
el oficio de su padre,  
digo el arte de pintor,  
y no de menos valor  
fué la suya que mi madre.

¿Qué quiere mi padre ya?  
Esto es hecho, ya es mi prenda;  
él tiene bastante hacienda;  
rico y descansado está.

¿Qué aumento darle podía  
el dote de una mujer?  
¿O qué más debe traer  
que castidad e hidalguía?

Habladle, templad su ira;  
nadie podrá como vos.  
Mejor lo podréis los dos  
si a sus pies juntos os mira.

Vaya Severo a llamar  
tu esposa, que si la ve,  
dirá que tu amor no fué  
digno de poder culpar;  
que lo que me agrada a mí  
también le será agradable.

PED.

¿En que la vea y la hable  
está mi disculpa?

RAM.

Sí.

PED.

Pues parte luego, Severo.

SEV.

Voy como mandas.

PED.

Amor  
tiene disculpa en rigor,  
con él disculparme quiero.

Fuera de que yo no he sido  
tan bárbaro y deshonesto  
que haya su honor descompuesto  
ni su decoro ofendido.

No me casé de manera  
que nadie pueda notarme  
ni fué parte enamorarme  
a que el ser quien soy perdiera.

¿Que amiga le traigo a casa  
que otros hombres ha tenido?  
Si la información no ha sido  
contraria de lo que pasa.

Con doncella virtuosa  
y bien nacida casé.

RAM. Deme hacienda y le daré  
nueva discreta y hermosa.  
En todo tenéis razón,  
conmigo estáis disculpado,  
que casarse enamorado  
no deslustra la opinión,  
siendo el sujeto el que debe,  
aunque la hacienda no sobre.

(Salen LUCRECIA y SEVERO.)

LUC. Aborrece el rico al pobre.  
SEV. Creo, señora, que en breve  
cesarán estos enojos.

PED. Esposa.  
LUC. Sólo Dios sabe  
que excede al dolor más grave  
el venir hoy a sus ojos.

Mas pues no puede ser menos  
y lo mandas, aquí estoy,  
tu esposa y tu esclava soy.

PED. Si de esos ojos serenos  
la luz mi padre mirara  
con mis años y mis ojos,  
yo sé que de sus enojos  
la injusta furia templara.

Si de esa boca suave  
oyera la discreción  
con mi edad y mi afición  
y no con la suya grave,  
yo sé que nos recibiera  
con otro gusto y favor.  
Pero las culpas de amor,  
como si amarte lo fuera,  
juzgan los hombres mayores  
más que en melindres nuevos,  
que si no fueran mancebos  
ni hubieran tratado amores.

Perdona, que, como digo,  
no fué culpable mi amor.

LUC. Cuando, con tanto rigor,  
se muestre cruel contigo,  
yo sé que por ti sabré  
sufrir más que el ofenderte,  
y que no podrá la muerte  
hacer ofensa a mi fe

ni obscurecer mi lealtad.  
Y aun ojalá que yo fuera  
tan dichosa que muriera  
a manos de su crueldad.

SEV. Ya tu padre viene aquí.

(Salen DIONIS y BERNARDO.)

BER. Digo que habéis de volver.

DIO. No sé qué queréis hacer  
de mi paciencia y de mí.

BER. ¿No basta que don Ramiro  
os quiera, Dionis, hablar?

DIO. De que me quieras matar,  
siendo mi amigo, me admiro.

BER. ¿Pues esto llamáis mataros?

DIO. Sí; que también los enojos  
dan veneno por los ojos.

RAM. Yo no pretendo obligaros  
a que forceís vuestro gusto,  
sino sólo a que veáis  
vuestros hijos.

DIO. Sí forzáis,  
pues vengo a ver mi disgusto.  
Y ya os digo que el mirar  
lo que del gusto es ajeno  
es de la vida veneno,  
y vos me queréis matar.

PEDRO.

Padre: yo no pensé que mis ofensas  
eran de calidad que no bastara  
llamarte padre. Si en el nombre piensas,  
para que tu piedad los perdonara.  
Son tus obligaciones tan inmensas  
que si les muestras rigurosa cara  
no te podré llamar tan dulce nombre,  
que no le escucha más piadoso el hombre.

No digo que por mí, si no merezco  
por tu hijo perdón, me des tu mano,  
más por la prenda que a tu casa ofrezco,  
pues la virtud es dote soberano.  
Con aquella pobreza me enriquezco,  
y donde piensas que he perdido, gano  
de méritos divinos un tesoro;  
que la felicidad no está en el oro.

Vuelve los ojos, sin razón airados,  
a ver una mujer discreta, hermosa,  
hija de padres pobres, pero honrados.  
De su virtud y un arte generosa  
si fueron los pintores estimados,  
hasta tenerlos por divina cosa,  
pregunta, padre, aquella edad pasada  
en que como deidad fué venerada.

Y mira que en la nuestra Carlos Quinto  
a Bandinelo honró, por justo pago  
de su pincel, de los demás distinto,  
de la encomienda ilustre de Santiago.  
Si aquí de los pintores no te pinto  
la estimación, ¡oh padre!, y satisfago  
tu calidad, es porque su alabanza  
hasta en los mismos cielos parte alcanza.

Si te ofende el mirar tantos pintores  
bárbaros y atrevidos, no interpretas  
con discreción del arte los primores  
ni su divina estimación respetas.  
Como hay buenos y malos oradores,  
excelentes y bárbaros poetas,  
causídicos indoctos y eminentes,  
así también pinceles soberanos  
que unos pintan verdad y otros mentiras,  
porque los raros pintan con las manos  
y con los pies los que ignorantes miras.  
Naturaleza pintó los humanos  
con la hermosura que en mirar te admiras;  
mas no porque algún feo o falto vemos  
en su divino autor falta ponemos.

DIONIS.

De tu larga oración impertinente,  
en que muestras muy bien que no estudiaste,  
tanto me ofendo, ¡oh hijo inobediente!,  
como en la causa injusta que abonaste.  
¿Qué me importa que el arte sea excelente  
de quien esta pintura le compraste  
si a estudiante le enviaba yo las leyes  
de los Emperadores y los Reyes?

Pon la pintura al lado coronada  
del mismo sol con rayos y laureles,  
que entonces yo la estimaré colgada  
sobre paredes blancas o doseles.  
Mas que me traigas, cuanto quiera honrada  
de sus primeros padres y pinceles,  
una pintura viva que anda y habla,  
¿qué corresponde al lienzo ni a la tabla?

¿Dónde quieres que cuelgue esta pintura  
que tú llames imagen de tu esposa?  
¿Qué ley te ha dicho a ti que la hermosura  
ha sido a ningún suegro provechosa?  
¿Tantas partes buscaste a tu figura  
que en casa de un pintor fué justa cosa  
irla a buscar? ¿No era mejor, al doble,  
en casa de un caballero rico y noble?

Vete con Dios; y pues honrar quisiste  
los pintores, don Pedro, y sus primores,  
ellos te den lo mismo que les diste,  
vivirás del pincel y las colores.

LUCRECIA.

Puesto que de don Pedro te ofendiste,  
aunque no despreciaste los pintores,  
dejándolos aparte, escucha, que habla  
de un honrado pintor la mejor tabla.

Colgada estaba en casa de mi padre  
la pintura que ves con la cortina

que desde niña me cubrió mi madre  
de su honesta virtud y su doctrina.  
No digo que, perfecta, a un suegro cuadro  
ni lo que soy mi vista determina;  
mas puedes decir que allí colgada  
fuí de muchos hidalgos descada.

Don Pedro, que tú a Lérida enviaste  
para estudiar las leyes que dijiste,  
me vió y sirvió; que soy su mujer baste  
para saber qué niera mereciste.  
Poca o ninguna hacienda mejoraste;  
pero la calidad no la perdiste;  
que él sabe, y sabe el mundo, que es la hacienda  
tal vez para el honor la menor prenda.

Casáronme mis padres y murieron  
dentro de un año, alegres que pintura  
que estimaron a un rico y noble dieron  
por que de oro le hiciese la moldura.  
No te vimos en tanto que vivieron;  
muertos, es fuerza por pobreza pura.  
Pero cuando esta tabla en tus paredes  
no cuelgues, por ser pobre, como puedes,  
también sabré vivir desguarnecida  
y ser del mismo estilo virtuosas.

DIONIS.

No pases adelante, que convida  
tu soberbia a más ira y más furiosa  
rabia viendo que un loco atrevimiento  
llame un mozo, engañado entendimiento (1).

Basta, que ha dado el vulgo, siempre loco,  
en llamar una vil bachillería  
ingenio en la mujer, que el hablar poco  
es lo que en ellas alabar podía.  
Pero pues escuchando me provocho,  
sea más que amistad de cortesía,  
perdone, don Ramiro.

BERNARDO.

Oíd.

DIONIS.

Bernardo,  
moriréme de súbito si aguardo.

Pintura que habla llaman la poesía;  
así debe de ser esta señora.  
Mi hijo es hombre.

RAMIRO.

Espera.

DIONIS.

¿Qué porfía!

(1) Faltan dos versos a esta octava.

RAMIRO.  
Detenle.  
BERNARDO.  
Voy tras él.  
RAMIRO.  
Dejadle ahora,  
pase el enojo de este primer día.  
A mi casa volved.  
PEDRO.  
Yo sé que adora  
de manera el dinero, que en un año  
no bastará amistad ni desengaño.  
RAMIRO.  
Un año y muchos os tendré en mi casa.  
PEDRO.  
Yo tengo por mejor irme a la quinta  
de mi padre entretanto que se pasa  
este furor, pues no está muy distinta  
de Barcelona.  
LUCRECIA.  
Que en tan pobre casa,  
y más con quien sus desventuras pinta,  
mucho le queda que sufrir.  
PEDRO.  
Esposa,  
esta heredad es por extremo hermosa.  
En ella vivirás humildemente,  
servida, aunque de pobres labradores.  
RAMIRO.  
Que no me honréis me pesa extrañamente.  
PEDRO.  
Ya os digo la ocasión. Mi bien, no llores,  
que el campo, el ave, el árbol y la fuente  
mejores son para tratar de amores.  
Parte, Severo; avisa de que vamos.  
SEVERO.  
Saldrán con flores y esparciendo ramos.  
PEDRO.  
También, porque del parto viene cerca,  
Lucrecia está mejor donde hay mujeres.  
LUCRECIA.  
Mi muerte pienso, esposo, que se acerca.  
RAMIRO.  
Crueldad de padre.

PEDRO.  
Es padre al fin. ¿Qué quieres?  
RAMIRO.  
¡Con qué de penas un placer se merca!  
PEDRO.  
No se venden baratos los placeres.  
LUCRECIA.  
Lloro que me lias de aborrecer por pobre.  
PEDRO.  
A tu lado no hay bien que no me sobre.  
(*Vanse y salen SILVIA, pastora, y DANTEO, villano.*)  
SIL.  
Suelta la cinta, Danteo,  
mira que se me cayó.  
DAN.  
Por eso la estimo yo  
al precio de mi deseo.  
SIL.  
Cuando me peiné en la fuente,  
que de espejo me servía,  
vi que un jabalí salía  
de los jarales de enfrente,  
y, soltando los cabellos  
y el peine, corrí al lugar.  
DAN.  
Más que pudieras dejar  
las almas que cuelgan de ellos.  
Señas, Silvia, para mí  
a la fe son escuchadas,  
suelta unas cintas halladas  
adonde el alma perdí.  
O si las quieres trocar,  
dame un abrazo por ellas.  
SIL.  
Mas que te quedes con ellas,  
que yo me vuelvo al lugar.  
DANTEO.  
¡Oh cintas verdes, por mi bien halladas,  
si esperanza me dais del bien que os pido!  
Mas, ¿cómo la tendrá quien ha perdido  
aquel cabello donde os vió colgadas?  
Porque ayudáis a la prisión atadas,  
de cuyo laberinto de oro he sido  
preso dos años dulcemente asido  
en cadenas de amor de sus lazadas.  
¿Qué me sirve teneros tan distintas  
de los cabellos donde estáis, si en ellos  
queda el alma en las hebras más sucintas?  
Ausente lloraré sus lazos bellos,  
pues para la ocasión así las cintas,  
y dicen que ha de ser por los cabellos.

(Sale MARTON, villano rústico, vestido un zamarro.)

MARTÓN.

Amor, si entre las almas de los rudos  
te huelgas de vivir y te autorizas  
y en zamarros ceñidos con tomizas  
de pechos zafios y de labios mudos.

Si frentes de villanos testarudos  
de tus ricos trofeos entapizas  
y en portales de casas tan pajizas  
que cuelgan animales por escudos.

Si te huelgas, amor desatinado,  
de la rústica cena de la olla,  
del duro pan y el vino trasnochado,  
diré que eres señor que de la polla  
tierna de leche y la perdiz cansado  
apetece la vaca y la cebolla.

DAN. Martón.

MAR. Amigo Danteo.

DAN. ¿Con quién hablando venías?

MAR. Ando, Danteo, estos días  
hablando con mi deseo.

DAN. ¿Dura de Silvia el amor?

MAR. No entró para no durar.

DAN. ¿Y cómo te va de amar?

¿Hate hecho algún favor?

MAR. Estoy tan favorecido  
que no sé cómo lo cuente.

DAN. Tal suele ser su accidente;  
¿cosa que le haya querido?

Que es condición de mujer  
amar monstruos de fealdad,  
o sea la novedad  
o la imperfección del ser.

MAR. Cuéntame algunos favores.

Primeramente, no sabe  
que la quiero, que es la llave  
de todos nuestros amores.

Después de esto, no la hablé  
una palabra en mi vida.

DAN. Estará por ti perdida.

MAR. ¿Hasla visto?

DAN. Sí, a la fe.

Peinó sus rubios cabellos  
en la margen de la fuente  
Silvia, que al sol en su oriente  
pudiera adornar con ellos.

Y cuando el sesgo cristal  
dos bellas Silvias hacía,  
una que en agua vivía  
y otra en fuego celestial,  
salió de entre los jarales  
un jabalí, cuyo espanto

la obligó que huyese tanto,  
que para bien de mis males  
estas cintas se dejó,  
con que de esperanzas lleno  
voy por ese bosque ameno  
a contarle que soy yo  
de sus más favorecidos.  
Quédate, Martón, a ver  
si le queda qué perder  
a quien nos tiene perdidos.

(Váyase DANTEO.)

MAR.

¡Ay, venturoso Danteo!  
luego hallara yo un favor  
con que entretener mi amor  
y resistir mi deseo.

Si la busco en su corral  
siempre topo su borrica;  
si al ganado paso, aplica  
siempre un espino o jaral.

Si en noche obscura y sin gente  
a su puerta voy, en pago  
en su carreta me hago  
los hocicos o la frente.

Si el disanto a verla acierto  
entre mozs como un oro,  
luego me hacen el toro  
y a coces me dejan muerto.

Si bailan y el tamborino  
toco, me dejan chiflar  
toda una tarde sin dar  
tan sólo un trago de vino.

Mas, ¡ay Dios!, Silvia y Dorista  
son las dos. Aquí me aparto.

(Salen SILVIA y DORISTA.)

DOR. Tú me lo encareces hartó.

SIL. Enfádame su conquista.

DOR. Pues yo le quiero muy bien.

MAR. Decir a Danteo oí  
que saliendo un jabalí  
Silvia huyó y dejó también  
unas cintas de color.

Si me pongo en cuatro pies  
y me finjo puerco, aun es  
posible hallarme un favor.

Alta invención. Yo me pongo,  
pues que me ayuda el zamarro,  
y gruñiré como un carro.

SIL. A decirle me dispongo  
que me deje y que te quiera.

DO. Díselo, así Dios te valga.

MAR. No sé, pardiez, cómo salga,

DO. porque esta es la vez primera  
que soy puerco jabalí.  
MAR. Dile que mi padre es rico.  
MAR. No acierto hacer el hocico;  
pero, bueno, saldrá así.  
¡Bau! ¡Bau!  
DO. ¿Qué es aquesto, cielo?  
MAR. ¡Un jabalí! No me ven.  
SIL. ¡Muerta soy!  
DO. ¡Y yo también!  
MAR. Ya miden el verde suelo.  
DO. ¡Pastores, el puerco, el oso!  
MAR. No dejan nada. ¿Qué intento?  
Sólo me han dejado el viento,  
y ese no es muy oloroso.

(*Salen cuatro pastores con unas hondas: DANTEO, TE  
BANO, FELICIO y ALBANEÓ.*)

DAN. Tira, dispara, aquél es.  
MAR. Aquestos me han de matar  
ALB. ¡Que tan cerca del lugar  
se venga un puerco montés!  
MAR. ¡No tiréis, hola, pastores,  
que no soy puerco!  
TEB. ¡Ay, que habló!  
ALB. Como esos puercos vi yo  
hablar y ser gruñidores.  
MAR. ¡Pastores, que soy Martón!  
¡No tiréis, por vida mía!  
FEL. ¿Qué es esto?  
MAR. Esta porquería  
fingí por cierta ocasión.  
DAN. Mentecato, ¿qué es aquesto?  
MAR. Como denantes te oí  
aquello del jabalí,  
en forma porcal me he puesto.  
DAN. ¿Tienes seso?  
MAR. No, a la fe.  
Pero a lo porcuno amaba  
por ver si puerco alcanzaba  
lo que limpio no alcancé.

(*Sale SEVERO.*)

SEV. Pastores de Dionis Ponce,  
corred presto. ¿Qué hacéis  
si por dicha no tenéis  
alma y entrañas de bronce?  
La nueva esposa y mujer  
de don Pedro, mi señor,  
y su hijo, que el rigor  
de un padre esto puede hacer,  
del dolor del parto queda  
muriendo en esta campaña.

DAN. ¡Triste cosa!  
FEL. ¡Cosa extraña!  
FAB. Venid antes que suceda  
algún lastimoso caso.  
DAN. No hayáis miedo. ¡Hola, Martón,  
llama a Silvia!  
MAR. Aquellas son,  
ella y Celia.  
TEB. Alarga el paso.  
MAR. Por esta cuesta me arrojo.  
ALB. Dionis cruel, ¿a qué efecto?  
SEV. ¡Oh si le naciese un nieto  
que le quitase el enojo!

(*Salen RAMIRO, DIONIS PONCE y BERNARDO.*)

RAMIRO.

Pues yo no pienso hablaros en mi vida.

DIONIS.

Confieso que conozco lo que pierdo;  
pero yo no he de hablar eternamente  
a don Pedro, mi hijo. Mal he dicho,  
no es don Pedro mi hijo.

RAMIRO.

Estad seguro  
de que ofendéis a toda Barcelona  
de la mayor a la menor persona.

DIONIS.

Oféndase, Ramiro, quien quisiere,  
que no lo hará si la ocasión supiere.  
Que tenga yo para un villano hijo  
doscientos mil ducados y tratado,  
que es lo que siento más, su casamiento  
con otros tantos que mañana puede  
heredar la más bella hermosa dama  
que tiene esta ciudad ni oyó la fama  
y que venga casado bajamente  
con una hija de tan pobre gente!...

BERNARDO.

¿Qué importa si ya es hecho? Abrid los brazos,  
a imitación de Dios, y recibidle,  
pues veis que viene a vuestros pies humilde.  
Hacienda tenéis vos y ella nobleza.

DIONIS.

¿Nobleza la pintura?

RAMIRO.

¿Pues no puede  
la pintura tener tan justo nombre?  
¿Lo que adoráis no pintan los pastores?

DIONIS.

También visten los sastres una imagen.  
Dejadme, que yo sé lo que me importa.

BERNARDO.

¿Aquella hermosa cara no os reporta?

DIONIS.

Dejadme, que queréis volverme loco.  
Mi honor, mi calidad tenéis en poco.

BERNARDO.

Mirad que viene ya cerca del parto.

DIONIS.

Eso es donaire, partos de mujeres  
pobres con algún talle y hermosura.  
Descátese mi hijo, haga divorcio  
y verá que mañana esa Lucrecia  
escogerá de los que la conocen  
algún padre, que ahora no lo sabe,  
Para ese parto que mi hijo espera.

RAMIRO.

Quien habla así de una mujer honrada  
no merece respuesta.

DIONIS.

No se usa;  
es lástima; levanto testimonios.  
Hijos veréis que, como van creciendo,  
mil padres diferentes van teniendo.

BERNARDO.

Vergüenza es ver que habléis de esa manera  
de una mujer ejemplo de mujeres.  
¿Es ramera por dicha esta señora  
como las que, después de grande el hijo,  
escogen, de consejo de otras tales,  
el padre que han de dar a hijos iguales?

(Sale DANTEO.)

DANTEO.

Desalentado vengo en busca tuya.  
Dame albricias, señor.

DIONIS.

¿De qué, Danteo?

DANTEO.

De que tienes un nieto como un ángel  
nacido en tu heredad en este punto.

DIONIS.

¿En mi heredad? ¿Pues cómo?

DANTEO.

En ella vive  
don Pedro, mi señor, por temor tuyo.  
Allí parió doña Lucrecia un niño,  
de pedazos del sol y oro el cabello,  
de ángel la cara y lo demás de perlas.

DIONIS.

¿En mi huerta? ¿En mi casa? ¡Hola, Fineo!  
Ensíllame un caballo, dame aprisa  
una escopeta, ¡vive Dios!, que tengo  
de quitarle la vida.

RAMIRO.

Pastor, corre;  
avísale a don Pedro que se vaya  
antes de que llegue allá su loco padre.

DANTEO.

Piensa que ha de matarle, voy corriendo.  
¡Oh nunca yo trajera tales nuevas!

BERNARDO.

Vamos a ver si hay orden de estorballo  
este injusto camino.

RAMIRO.

Por lo menos  
no será mal remedio dilatalle.

BERNARDO.

Bárbaros hechos de razón ajenos.

(Salen SILVIA, DORISTA, TEBANO, y músicos pastores.)

DOR.

No los perdí con la prisa  
del parto de la señora,  
que huyendo del jabalí,  
temiendo y temblando toda,  
perdí mis rojos corales,  
y como lo son las rosas,  
no los he podido hallar.

TEB.

Pues búscalos en tu boca.

DOR.

Déjame ahora, Tebano,  
que yo sé lo que me importa  
buscar mis rojos corales,  
que es la mejor de mis joyas.

SIL.

¿Por aquí se te perdieron?

DOR.

Por aquí, zagala hermosa.

TEB.

Oye siquiera esta letra  
que en la orilla caudalosa  
del Tajo un pastor compuso  
al llanto de otra pastora  
que buscaba unos corales,  
como tú, Dorista, ahora.

CANTEN.

«¿Quién oyó, zagales,



desperdicios tales,  
que derrame perlas  
quien perdió corales?»  
DOR. ¡Oh mal hubiese el pastor  
por quien aquí los perdí!  
TEB. Perlas derramas aquí  
que son de mayor valor.  
SIL. Forma los de la color  
de tus labios celestiales.  
CANTEN. «¿Quién oyó, zagales,  
desperdicios tales,  
que derrame perlas  
quien perdió corales?»  
DOR. Velos aquí, por mi vida.  
TEB. ¿Hay ventura semejante?  
Pero permite que cante  
una letrilla escogida,  
del mismo dueño, ofrecida  
a la causa de sus males.  
CANTEN. «Albricias, zagales,  
de dichas iguales,  
que unas blancas perlas  
se han vuelto corales.»  
DOR. En tanto las estimé,  
que me los vuelven las rosas,  
de su color envidiosas,  
por ver que en ellas lloré.  
SIL. Ventura notable fué  
siendo sus colores tales.  
CANTEN. «Albricias, zagales,  
de dichas iguales,  
que unas blancas perlas  
se han vuelto corales.»  
*(Salen DANTEO y DON PEDRO.)*  
DAN. Huye de presto, señor,  
no pares en Barcelona,  
que ha de matarte tu padre.  
PED. Por Dios, hermosas pastoras,  
que por Lucrecia miréis,  
tan noble y tan virtuosa  
como mujer desdichada,  
pues ha de perder ahora  
para siempre a su marido  
por la crueldad rigurosa  
de un padre que a Crespo y Midas  
vence en avaricia loca.  
Yo me voy por no ponerme  
en ocasión tan forzosa  
de perder respeto a un padre,  
porque tengo en la memoria  
las maldiciones de Dios  
al hijo que los enoja

y que quien los obedece  
sobre la tierra se logra.  
Embarcaréme en el mar,  
y plega a Dios que sus olas  
entre su salada espuma  
me sepulten y me sorban  
o que de Argel me captive  
la primera galeota  
y hasta ver mi barba blanca  
sirva al remo a Barbarroja.  
¡Oh padre cruel! ¡Oh padre!  
*(Sale DIONIS con una escopeta.)*  
DIO. Hoy de su sangre traidora  
tomaré justa venganza.  
DOR. Huye por aquellas rocas.  
SIL. Huye, don Pedro, huye presto.  
PED. ¡Cielos, socorred mi esposa!  
DAN. Tente, señor.  
DIO. ¿Dónde está,  
villanos, aquella sombra  
de mi anticipada muerte?  
TEB. Huyendo tu furia, torna  
a la ciudad.  
SIL. Señor, mira...  
DIO. Ya he mirado mi deshonra.  
¡Vive Dios, si aquí le hallara  
que no se escribiera historia  
desde el principio del mundo  
tan sangrienta y espantosa!  
¿Dónde está su vil mujer?  
SIL. De un ángel parida y sola  
en cuatro paredes viles  
cubiertas de secas hojas.  
DIO. ¡Voy a quitarle la vida!  
DOR. Corre, Danteo, y estorba  
la tirana ejecución.  
DAN. ¡Ay, zagalas, venid todas!  
SIL. Vamos a librar siquiera  
de sus manos rigurosas  
el ángel recién nacido,  
no pierda el agua y la gloria.  
DAN. Venid, que ruegos humildes  
las manos tiernas reportan,  
no infamen su sangre ilustre  
los Fonces de Barcelona.

## ACTO SEGUNDO DE

## LOS PONCES DE BARCELONA

(Salen DON JULIO, caballero, y FABRICIO.)

JUL. Con tal extremo la quiero.

FAB. Grande atrevimiento ha sido; que sois, aunque bien nacido, de esta ciudad forastero.

JUL. Antes eso es lo mejor para el intento que tengo, pues desconocido vengo a estos jardines de amor.

FAB. Bien merecen ese nombre.

JUL. Ellas, con su perfección, dan licencia y ocasión que las vea a cualquier hombre.

Desde aquí, Fabricio, puedo contemplar en Serafina, en cuya lumbre divina como mariposa quedo.

Doy tornos al resplandor, cuando a los balcones sale de este jardín, que se iguale al de la madre de amor.

Tiemplan estas fuentes luego mis alas tan mal regidas, que no tuviera en mil vidas para resistir su fuego.

Tengo intentados dos medios, aunque el uno desigual; que amor es violento mal y quiere aprisa remedios.

Hay una mujer aquí que es madre de un jardinero de dos que este caballero tiene en él.

FAB. A los dos vi, y el mozo tiene buen talle.

JUL. Es brioso por extremo, conque con el mismo teino en mis amores hablalle.

Pero con su madre hablé, y, aunque es en extremo honrada y virtuosa, le agrada que con esta buena fe

de que mi amor se dirige al blanco del casamiento sirva a Serafina intento, que ayer en el campo os dije, porque es muy rico su hermano y su calidad abona la opinión de Barcelona. El otro medio es más llano,

pero no tan eficaz, y es un cierto labrador a quien de mi loco amor hice ayer tarde capaz con dificultades hartas. Pero la mujer que os digo habló más claro conmigo y la ha de llevar mis cartas; que, en fin, las quiere llevar.

FAB. ¿Tiene buen entendimiento?

JUL. Es para mi pensamiento lo que puedo desear.

Yo os juro que es tan hermosa que, a no estar en pobre traje... Pero su venida ataje nuestra plática amorosa, que tiene poco lugar y es bien gozar la ocasión.

(Sale LUCRECIA en traje humilde.)

FAB. Buen talle.

JUL. Pedazos son del cielo que ando a buscar. Señor don Julio.

LUC. Lucrecia.

JUL. Agradeced mi cuidado, que he dado vuestro recado, y dice que estima y precia vuestra honesta pretensión, pero que ella tiene hermano y que es camino más llano decirle vuestra afición;

que como sois forastero es menester que informéis de las partes que tenéis.

JUL. Yo soy noble caballero de lo mejor de Aragón. En las galeras de España me entretengo, que no daña ser soldado a mi afición.

Cuando tomé tierra aquí vi en un coche, en la muralla, esta dama, y de miralla nació este deseo en mí.

Este jardín celebrado me ha dado a entrar ocasión para verla en el balcón de su resplandor dorado y azul de mis locos celos. Dadle, amiga, este papel, con pensamientos en él que se atreven a los cielos, pues son para serafín.

Cien escudos os daré  
por la respuesta.

LUC. Yo haré  
por la honestidad del fin  
con que tratáis vuestro amor  
más que por el interés.

JUL. Sabe Dios, Lucrecia, que es  
fundado en su mismo honor.

LUC. Voy a llevarle, que ahora  
sospecho que habrá ocasión.

JUL. Descúbrele mi afición,  
dile que un hombre la adora  
a título de marido.

LUC. Yo voy, andad con recato.

(Vase LUCRECIA.)

FAB. Ella es de un ángel retrato.  
Discreto hubiéradese sido  
en querer esta mujer.  
Mas pues no la queréis vos  
y hemos de venir los dos,  
dejádmela a mí querer.

JUL. Qué, ¿os agrada?

FAB. ¿Y no es razón?

JUL. Tiene un hijo ya mancebo.

FAB. En la media edad apruebo  
toda discreta afición.

JUL. Veisle aquí.

FAB. Gallardo mozo.

JUL. Cara de hombre noble tiene,  
y que parece que viene  
en hábito de rebozo.

(Sale PEDRO, hijo de LUCRECIA, en hábito de labrador.)

PED. ¿Siempre este nuestro jardín  
han de ocupar forasteros?

JUL. Soldados y caballeros  
que vienen a honesto fin,  
tienen licencia de entrar.  
Y si vais a mi galera,  
jardín del mar, yo os supiera,  
Pedro amigo, regalar.

PED. Yo lo agradezco y lo creo;  
mas enfádase mi amo;  
que hay aquí cierto reclamo  
de todo tierno deseo,  
y hame hecho guarda a mí,  
porque me ha criado en casa.  
Salid; ya veis lo que pasa.  
Que a estas horas baja aquí.

JUL. ¿Queréisnos dejar mirar  
detrás de estos encañados?

PED. Salgan, señores soldados,

a sus jardines del mar,  
que es esa mucha licencia.

JUL. ¡Vive Dios, que si cogiera  
al villano en mi galera!...

FAB. Callad y tened paciencia.

PED. No pasen por la ventana,  
echen por este jazmín.

JUL. Adiós, hermoso jardín;  
adiós, serafina humana.

PEDRO.

Niño pequeño, que alcanzaba apenas  
a verme en vuestras balsas, claras fuentes,  
me vieron estas líquidas corrientes,  
y ahora lleno de años y de penas.

En vuestras aguas nunca vi serenas,  
que no sois mares; aunque estando ausentes  
mis ojos de su luz, de mil ardientes  
lágrimas vierten más copiosas venas.

Pero ya la tenéis; que mis enojos  
de tal manera en sus peñascos tratan  
que será mi barquilla sus despojos.

Fuentes, mi culpa fué si me maltratan;  
que como os luce mares con mis ojos  
criáis sirenas que cantando matan.

(Salen SERAFINA, dama, e INÉS, criada.)

IN. Sólo está el jardín; bien puedes  
hasta las fuentes llegar.  
Mas guarda que no te quedes  
loca, señora, en mirar  
luz en que a Narciso excedes.

SER. ¿Quién está en ella, Inés?

IN. Pedro, el hijo de Lucrecia.

SER. ¿Pedro dices? Piedra es.

IN. Mucho de altivo se precia  
y del buen talle que ves,  
y así estará divertido  
en el espejo del agua.

SER. Pienso que está sin sentido.

IN. Algunas quimeras fragua.  
¡Hola, Pedro! ¿Estás dormido?

SER. Ni siente, ni oye, ni ve.

IN. El lo debe de fingir.

SER. Fingir, Inés, ¿para qué?

IN. Bien le podemos decir:

«Recuerda, Gil, por tu fe».

Hola, dormido y despierto,  
si es que todo puede ser.

¿Echas de ver que te advierto?  
Recuerda. ¿No echas de ver  
que el dormir te tiene muerto?

PED. ¡Ay, Inés, que no te vía

IN. llevado de un dulce sueño  
 en que el alma se dormía!  
 PED. Mira que está aquí tu dueño.  
 Perdonad, señora mía.

Que como en tal desconcierto  
 traigo todos mis sentidos,  
 que apenas hablar acierto  
 y despierto andan perdidos,  
 más me mata estar despierto.

SER. ¿Qué tienes?

PED. Unos disgustos  
 del estado de mis cosas  
 que con disfrazados gustos  
 pretenden ser venturosas  
 por entre casos injustos.

Y con ver claros los daños  
 y que remedio no veo  
 después de prolijos años,  
 a la muerte, que deseo,  
 me han traído mis engaños.

SER. De tus nuevos pensamientos  
 me pesa, Pedro, si son  
 causa de tus descontentos.  
 ¿Pero quién te da ocasión?

PED. Esperanzas por los vientos.

SER. Trocallas por desengaños.

PED. Y aunque el alma lo desea  
 yo vivo entre mis engaños,  
 sin provecho que lo sea,  
 donde son los daños daños.

Entre tan nuevos disgustos  
 navego por altos mares;  
 porque en intentos injustos  
 los pesares son pesares  
 y los gustos no son gustos.

SER. Pedro: tu florida edad  
 y tus nobles pensamientos  
 nueven en tu voluntad,  
 como allá en la mar los vientos,  
 esa nueva tempestad.

No querrás ser labrador  
 de estas huertas y jardines;  
 que con oculto valor  
 mirarás diversos fines  
 y pretensiones de honor.

Vete a la guerra. Yo haré  
 que te acomode y te vista  
 mi hermano.

PED. Ahora no sé  
 cómo a mi madre resista,  
 que luz con mis ojos ve.

Sin eso, es moza y hermosa,  
 porque me parió muy niña,

y dejarla es fuerte cosa.

SER. Eso es justo que te riña,  
 siendo, como es, virtuosa.

PED. No es justo desamparalla.

SER. Amparo en mi hermano tiene.  
 Llámala, que quiero hablalla.

PED. Yo voy.

SER. Esto me conviene.

PED. Duro campo de batalla

hacen en mi pensamiento  
 amor y temor. Amor  
 me esfuerza a su atrevimiento,  
 mas detiéneme el temor  
 y a sus pies morir me siento.

Dicen que amor se deslengua;  
 pero no dicen verdad.  
 Que con temor de la mengua  
 la misma desigualdad  
 pone silencio a la lengua.

(Vase PEDRO.)

IN. ¿Por qué, señora, destierras  
 a Pedro y enviarle quieres  
 a los mares y a las guerras?

SER. ¡Ay, Inés, qué ciega eres!

IN. Pienso, a lo menos, que yerras.

SER. Qué, ¿no has echado de ver  
 que el desterrarle es amor?

IN. Amor le puedes tener;  
 que aunque es pobre labrador,  
 es de galán parecer.

Pero por eso es mejor  
 tenelle y no desterralle.

SER. El consejo es de mi honor;  
 que no quiero con hablalle  
 dar ocasión a mi amor.

Mi padre aquí lo crió  
 con mi hermano, que su madre  
 muchos años le sirvió.  
 Y aunque mil veces mi padre  
 darle oficios intentó,  
 jamás le pudo sacar  
 de que ha de ser jardinero,  
 como a su madre de dar  
 en no casarse.

(Sale LEONARDO, hermano de SRAFINA.)

LEON. Aquí espero  
 si me viniere a buscar.

SER. Hermano.

LEO. En viendo cerrado  
 vi que andabas por aquí.  
 ¿Qué hacías?

SER. Aquí lie pasado  
con Pedro un rato, y de ti  
quejoso está mi cuidado,  
porque un mozo tan gallardo  
no ha de cultivar la tierra  
vestido un capote pardo,  
sino servir en la guerra  
con una pica, Leonardo.  
Sé que anda triste por eso.  
A Italia, por Dios, le envía.  
LEO. Que lo hiciera te confieso;  
que de su valor podría  
crear todo buen suceso.  
Por su madre lo lie dejado.  
Mas si está determinado,  
palabra te doy de hacer  
muy presto que vaya a ser  
a Italia o Flandes soldado.  
Ven por aquí, que te quiero  
dar cuenta de cierta cosa.  
SER. Espera, Inés.  
IN. Aquí espero  
tan afligida y celosa  
que de pensamientos muero.  
A Pedro, que yo quería,  
Serafina a Italia envía  
para no le enamorar.  
¿A qué más pudo llegar  
la triste fortuna mía?  
Quiero irme. Aquellas fuentes  
mi llanto agradecerán.  
¡Ay, Pedro, que no lo sientes!  
¿Cuándo otra vez te verán  
mis tristes ojos ausentes?

*(Vanse y sale GONZALO, labrador-jardinero, y DON JULIO)*

JUL. Todo lo intento y deseo;  
pero dice mi esperanza  
que la ponga en vos.  
GON. No alcanza  
al imposible que veo  
mi poder ni mi cuidado;  
otro camino intentad.  
JUL. Mal pagáis mi voluntad.  
GON. Yo sé que os tengo pagado.  
Mas pensar que puedo hablar  
a Serafina por vos  
es imposible, por Dios,  
porque me puede costar  
su casa, cuando lo menos;  
la vida, cuando lo más.  
JUL. Mi esperanza vuelve atrás.  
GON. Los pensamientos son buenos,

pero los medios son malos.  
Que vos os queréis casar  
y yo puedo negociar  
entretanto algunos palos.  
Es como pendencia amor:  
siempre llueve en los terceros.  
Mas quiero un servicio haceros.  
Haréisme un grande favor.  
JUL. Y éste muy sin interés;  
GON. que el serviros ha nacido  
de haberme el amor cogido  
de la cabeza a los pies.  
Que como dos jugadores  
hacen de presto amistad  
se junta la voluntad  
de dos que tratan de amores.  
JUL. ¿Amáis vos?  
GON. Amo una fiera.  
JUL. ¿Dentro de esta casa?  
GON. Sí;  
ámola dentro de mí  
y de mi sentido fuera,  
y también la quiero yo  
para casarme, y no basta,  
porque se precia de casta  
y de pretenderla no.  
Ya sabe mi pensamiento;  
mas dice que no, creído  
que ha de perder su marido,  
siendo su esperanza viento,  
que ha más de veinte y dos años  
que le sepulta la mar.  
Mas ella huelga de estar  
en estos locos engaños.  
JUL. ¿Es la madre, por ventura,  
de Pedro, este jardinero  
que os sirve de compañero?  
GON. La misma; porque procura  
imitar la casta griega,  
que guardó tan alta joya,  
al que volviendo de Troya  
por tantos mares navega.  
De lo que en amalla paso  
me ha dado esta compasión  
a vuestra tierna afición.  
JUL. Estáis en el mismo caso  
y estáis en la misma casa.  
GON. Ni en caso ni en casa estoy,  
pues ni me caso ni soy  
con quien Lucrecia se casa.  
Pero quiero hacer por vos  
lo que os dije, agradecido,  
pues que no sois conocido.

JUL. Generoso sois, por Dios.  
 GON. Soy compasivo en extremo,  
 y es que os vistáis como yo,  
 que aun de esta suerte cegó  
 Ulises a Polifemo,  
 por no salir de la historia,  
 y que vengáis de camino,  
 diciendo sois mi sobrino,  
 que yo os daré por memoria  
 lo más de mi parentela  
 o allá vos la fingiréis.  
 Así, mi huésped seréis,  
 que es extremada cautela,  
 y como ladrón de casa  
 haréis el hurto mejor.

JUL. Ingeniosa industria.  
 GON. Amor  
 por mil desatinos pasa.  
 Pasad por este de ahora.  
 Mas voces siento, escondeos.

JUL. Aquí os dejo mis deseos.

(*Saigan LUCRECIA y PEDRO, su hijo, riñendo.*)

PED. Dejad el papel, señora.  
 LUC. ¿Tú descompuesto conmigo?  
 GON. ¿Qué es esto? ¿Los dos reñís?  
 PED. ¿Estas cosas recibís?  
 LUC. Calla, necio.  
 PED. Verdad digo.  
 GON. No haya más, por vida mía.  
 LUC. Ya le he dejado salir  
 con lo que quiere.

GON. Es decir  
 que os rendís a su porfía.  
 ¿Pero por qué le negáis  
 la carta que está leyendo?

LUC. Secretos son que yo entiendo.  
 Hacedme placer que os vais.

GON. Si os sirvo en eso, me voy,  
 porque entre padres e hijos  
 son los terceros prolijos,  
 y, aunque os amo, no lo soy;  
 porque es ley obedeceros  
 que guardo con gran rigor  
 por ver si puede mi amor  
 por humildad mereceros.

PED. ¿Papeles de amor a vos?  
 ¡Ah cielos!

LUC. ¡Calla, ignorante!

PED. Una imagen de diamante  
 os imaginé, por Dios.  
 Pero, madre, sois mujer,  
 y digo, en una palabra,

que quien con papel se labra  
 de cera debe de ser.

No me veréis más aquí;  
 que, aunque pobre, soy honrado.  
 Hoy mi señora ha tratado,  
 quizá por vos, mal de mí.

Que me vaya de esta tierra  
 me ha mandado Serafina.  
 Y es que, por dicha, imagina  
 de mi honor la mayor guerra.

Vuestra flaqueza sabrá  
 y quíereme echar de aquí.

LUC. Habla, necio, bien en mí,  
 que estás insufrible ya.

PED. Haced vos bien, que es mejor.  
 Yo no sé quién es mi padre;  
 pero quizá os deja, madre,  
 por sospechas de su honor.

LUC. Necio, estás tan porfiado  
 que habré de desengañarte  
 y, a mi pesar, darte parte  
 del dueño de ese cuidado.

Sabe que es ese papel  
 de don Julio de Aragón  
 y que su honesta afición  
 dice a Serafina en él.

Que si yo he vivido tal,  
 que otra Penélope he sido.

PED. No digáis más; ya he caído  
 en la causa de mi mal.

¿Que suyo es este papel  
 de aquel gallardo soldado?

LUC. ¿Y a ti de qué te ha pesado  
 porque la pretenda en él?

PED. ¡Ay, madre! ¿Vos ayudáis  
 a su tierno pensamiento?

LUC. ¿No ves tú que es casamiento?

PED. Mas la vida me quitáis.

Y pues a tiempo he llegado  
 que es fuerza hablaros en esto  
 sabed que el amor ha puesto  
 en el suyo mi cuidado.

No sé qué he visto que, en fin,  
 me obliga a amar locamente,  
 sábelo, madre, esta fuente,  
 esta yedra, este jazmín.

Mis lágrimas y suspiros  
 les preguntad.

LUC. No prosigas  
 ni tales locuras digas.

PED. Pues, madre, yo sé deciros  
 que presto me veréis muerto.

LUC. ¿No te imaginas quién eres?

PED. No sé quién soy, pues que quieres tenerlo tan encubierto.

¡Ay, madre y señora mía,  
dime, para mi consuelo,  
qué padre me ha dado el cielo!

LUC. Cansada de la porfía  
con que ha tres años, y más,  
que quieres saber tu historia,  
oye una breve memoria  
y mis desdichas sabrás.

PED. ¡Ay, madre, que a mis enojos  
daréis paz y a mis sentidos!

LUC. Escucha.

PED. Con más oídos  
que en Argos pusieron ojos.

LUC. Tuvo esta insigné ciudad,  
faro de la mar de España,  
espanto de Berbería  
y primer paso de Italia,  
un caballero muy noble  
que Dionis Ponce llamaban,  
tan rico y tan avariento  
que aun hoy lo dice su fama.  
A don Pedro Ponce tuvo,  
único hijo, con tantas  
partes, que por serlo yo  
mi amor y lengua las callan.  
En Lérida el mozo ilustre  
leyes, ¡oh Pedro!, estudiaba,  
cuando las leyes de amor  
su escuela hicieron mi casa.  
Pintor era el padre mío,  
arte tan noble, que basta  
decir que a naturaleza  
tal vez enmienda las faltas.  
No me venció con papeles,  
no me rindió con palabras,  
no me ganó con terceros  
ni ellos con promesas falsas.  
Casóse conmigo y dióle  
mi pobre padre en su casa  
de comer mientras vivió.  
Murió y con él mi esperanza.  
Quedáronnos por hacienda  
algunas pintadas tablas,  
bien hechas, pero tenidas  
pocas por bien estudiadas.  
¿Como el arte y el tiempo  
no agradece la ignorancia,  
harto fué que nos valiesen  
para volver a su patria.  
Pero apenas Dionis Ponce  
supo que casado estaba

su hijo tan pobremente  
cuando intentó mil venganzas.  
No nos quiso recibir.

Yo, Pedro, preñada estaba  
de ti. Llevóme a una quinta,  
huerta o casa de labranza.

Dióme el parto, y él, sabiendo  
que estaba en su quinta, arranca  
en un caballo, furioso,  
para repartir dos balas  
de una pistola en los dos.

El huyó por la montaña,  
y mientras que le seguía  
con criados y con armas;  
me escondieron sus pastores  
en una pobre cabaña

que cubrían en un monte  
sabinas y verdes hayas.

Don Pedro, en fin, y un criado  
que en Lérida acompañaba

sus estudios, discurrieron  
del mar las vecinas playas,

donde dicen pescadores  
que en una humilde tartana

para Italia se embarcaron;  
mas no llegaron a Italia.

Tantos años como tienes  
falta de su esposa y patria.

Todos le tienen por muerto,  
sola yo vivo en el alma.

De la cabaña que dije  
vine a la ciudad, que estaba

armada de sus amigos,  
poniéndonos asechanzas.

El padre de Serafina,  
mozo entonces y que amaba

a don Pedro, ocultamente,  
hijo, nos tuvo en su casa.

Fué padrino en tu bautismo,  
y con su hijo, que andaba

niño entonces, al escuela  
te enseñó en letras y en armas.

Serví en su casa y la sirvo.  
Tú, con altiva arrogancia,

¡oh recelos de mi honor!,  
vida miserable pasas.

Das en decir que ese traje  
para un desdichado basta.

Y dices bien, pues lo eres  
desde la cuna y la faja.

Murió tu abuelo, tan necio,  
que en la muerte me declara  
por adúltera y a ti

del justo derecho aparta  
de legítimo heredero;  
aunque esta falsa probanza  
en el tribunal de Dios  
divina sentencia aguarda.

PED. No lloréis, madre querida.  
Y aunque está bien responderos,  
consolaros y ofreceros  
alima, cuerpo, sangre y vida,  
perdonad, porque he sentido  
que viene Leonardo allí,  
que después sabréis de mí  
lo que estoy agrado.

(*Váyase.*)

LUCRECIA.

Dejó su dulce y regalada esposa,  
su querido Telémaco y su nido  
aquel astuto que volvió perdido  
de la venganza de la griega hermosa.

No quedó monstruo de la mar furiosa  
adonde no viviese detenido;  
ya le valió la lengua, ya el oído,  
ya la dulce retórica famosa.

Volvió, en efecto, y en el sacro templo  
colgó la ropa. Amor, que solo bastas  
a que tan grande fe y lealtad confirmes,  
dejándonos los dos tan alto ejemplo,  
a las mujeres para ser muy castas  
y a los maridos para ser muy firmes.

(*Sale MARÍN, escudero.*)

MARÍ. Bendigo, Lucrecia, a amor,  
que una vez sola te veo  
de tantas como deseo  
que me des algún favor.

Inés, mi hija, me dice  
que hablas en mis cosas bien,  
y aunque este nombre también  
de madrastra escandalice,  
ella toma con mil gustos  
que nos casemos tú y yo.

LUC. A lindo tiempo llegó  
la sombra de mis disgustos.

MARÍ. Yo querría con Inés  
casar a Pedro, tu hijo;  
que algo de aquesto me dijo,  
vergonzosilla, después.

Si tú quieres, en un día  
haremos los casamientos;  
que nuestros amos, contentos,  
celebrarán su alegría.

Viudos somos tú y yo.  
Si buen marido perdiste  
y a mi mujer conociste,  
¿quién a Brígida igualó?

Mujer fué que, a no ser fea,  
necia, prolija y celosa,  
era una perla preciosa,  
era un dragón de Medea.

Pues limpieza estaban mudos  
cuantos la cocina fragua;  
con una escudilla de agua  
luciera cuatro menudos.

Un ajo que hacer solía  
para una pata de buey  
pudiera comerlo el Rey;  
como un alnubar sabía.

Conservas hizo extremadas  
de rábanos, de lentejas;  
mil emplastos para viejas,  
mil parches para preñadas,  
remedios para doncellas.

Mas será nunca acabar.  
Mujer perdí que llorar,  
que hay muy pocas como ellas.

LUC. Marín, ¡ohi mar de mis duelos!,  
¿queréisos ir en buen hora?

MARÍ. También le he dicho a señora  
cómo tengo algunos celos  
de Gonzalo el jardinero.

LUC. ¿Queréisme dejar, Marín?

(*Sale GONZALO.*)

GON. ¿Espantajo en el jardín?

MARÍ. Yo soy honrado escudero  
de Serafina y soy padre  
de Inés, a quien tanto quiere,  
y si otra cosa dijere...

GON. ¿Qué digo yo que no os cuadre?  
Antes os ando a buscar,  
que me comer las higueras  
los tordos de estas riberas  
y en medio os quiero asentar.

MARÍ. Yo soy muy gentil hidalgo,  
y mi padre, en mi lugar,  
tuvo caña de pescar,  
rocín, escopeta y galgo,  
y esto haré bueno en la calle.

GON. Y en el muladar mejor.

MARÍ. ¡Sois un villano hablador!

LUC. ¡Teneos!

MARÍ. ¡He de matalle!

GON. Tiradme una necedad,  
escudero de don Bueso.



MARÍ. Vos saldréis, cebolla y queso;  
vos saldréis de la heredad.

LUC. ¿No basta estar de por medio?  
Venid conmigo, Marín.

GON. Hombre injerto en matachín,  
yo os haré...

LUC. ¿Que no hay remedio?

MARÍ. Traed esta noche espada,  
junento de la hortaliza.

GON. Pues, Miércoles de Ceniza,  
¿para ti he menester nada?

LUC. ¡Acabad!

MARÍ. No puede ser.

Dejadme herirle.

GON. Monazo,  
al ángel que tiene el brazo  
lo puedes agradecer.

LUC. Leonardo viene, callad.

MARÍ. A la noche lo veréis.

GON. Si salís vos llevaréis  
rocín con muermo.

LUC. ¡Acabad!

(*Váyanse LUCRECIA y MARÍN. Sale JULIO vestido de  
labrador.*)

JULIO.

Desesperado estaba de esperarte.

GONZALO.

Estaba aquí la causa de mi pena.  
¡Oh qué bueno que vienes!

JULIO.

No he podido  
disfrazarme mejor.

GONZALO.

Entra, que quiero  
que pases plaza de sobrino mío  
y te conozcan los de casa todos.  
Tú, con paciencia, humillarás el cuello  
al villano azadón, y cultivando  
la tierra sembrarás tus esperanzas.  
Trabajo alegre, si su fruto alcanzas.

JULIO.

Haré por Serafina cuantas cosas  
cuenta Apuleyo de la humilde Psiques  
cuando, del niño amor enamorada,  
pasó por él trabajos tan inmensos.

GONZALO.

Entra, que podrá ser que aquesta tarde  
venga al jardín.

JULIO.

Mi amor, Gonzalo amigo,  
y él medrarán en vida y en colores,  
que uno tendrá esperanza y otro flores.

(*Váyanse y salgan MARÍN e INÉS.*)

MARÍ. Esto queda en este punto.

IN. ¿Y querrá Pedro?

MARÍ. ¿Pues no?

IN. ¿Qué Lucrecia respondió?

¿Que todo lo hiciste junto?

MARÍ. Algo estuvo vergonzosa  
y al principio impertinente;  
pero en viéndome valiente  
dijo sí.

IN. Notable cosa.

MARÍ. Ella será mujer mía  
y tú de Pedro serás.

IN. ¿Y querrá Pedro?

MARÍ. No es más  
que la venza mi porfía.

IN. ¿Dónde te habló?

MARÍ. En este puesto.

Que como Gonzalo vino  
y ella me vió tan molino  
y a dalle muerte dispuesto,  
enamoróse de mí;  
porque esto de valentía  
a la voluntad más fría  
pone amor y rinde así.

Hoy nos liemos de casar.

IN. ¿Y querrá Pedro?

MARÍ. ¿Eso dices?

IN. Padre, no te escandalices  
de que lo venga a dudar,  
que es Lucrecia melindrosa.

MARÍ. No te digo el accidente  
que le dió en verme valiente,  
que ella estaba temerosa  
de las fuerzas de mi edad.  
Pero ahora que me ha visto  
de la manera que embisto  
adora en mi voluntad.

(*Sale SERAFINA.*)

SER. Marín.

MARÍ. Señora.

SER. A doña Ana  
id a decir que si quiere  
ir a la mar, que me espere  
en casa de Feliciana  
y las tres juntas iremos.  
MARÍ. Yo voy. No le digas nada

SER. Inés, la tormenta airada  
rompió la velas y remos  
a la nave del temor.  
Venció amor con sólo oír  
que se puede reducir  
a Pedro todo mi honor.  
Es Pedro capaz sujeto,  
según me ha dicho mi hermano,  
del valor más ciudadano;  
no por labrador discreto,  
no por partes virtuosas,  
mas por nacimiento igual  
al más noble y principal.  
Y hame dicho tantas cosas  
que pienso hacer de manera  
que mude traje y estilo.

IN. Mudó la fortuna el filo,  
cielos, de su espada fiera.

SER. Ya quiero que no se vaya,  
ya no hay que tener temor  
de las prendas de mi honor.

(Sale PEDRO.)

PED. Mi luz me aguarda en la playa.  
Arrojarme quiero al mar  
de mi veloz pensamiento,  
que si me socorre el viento...

SER. Aquí cerca siento hablar.  
¡Oh Pedro! ¿Tú estás aquí?

PED. ¿Cuándo has visto sol sin sombra?

SER. ¿Quién es sol?

PED. Tu nombre nombra.

SER. ¿Y sombra?

PED. Nómbrame a mí.

SER. Si sol, como dices, fuera  
o sola en ti me nombrara  
más pienso que te alumbrara  
que no que te obscureciera.  
Más pues que sombra te nombra  
tu fortuna sin remedio,  
cosas están de por medio  
que pienso que te hacen sombra.

PED. ¡Oh bellísima señora,  
Diana de estos jardines,  
que los más secos octubres  
hacen floridos abrilés!  
Perdonad, sol, que estos ojos  
sin ser águila te miren;  
que el amor dicen que es ave  
y con la fénix compite.  
Criádonos han los cielos,  
ellos entienden los fines,  
en una casa a los dos,

y yo desde que naciste  
te he querido con el alma,  
supuesto que sin decirte  
mi cobarde pensamiento,  
tanto, que apenas le dije  
a los árboles y fuentes  
de este jardín apacible,  
a ellos porque se nudan  
y a ellas porque se ríen.  
Mas ahora que mi madre  
me da aliento con decirme  
que soy hombre bien nacido,  
y que es verdad se colige,  
pues bien nacido se llama  
quien nació para servirte,  
quiero levantar el vuelo  
como el pajarillo libre  
que estuvo toda la noche  
sobre las pajuelas triste  
y en viendo que el sol hermoso  
desata su negro eclipse,  
distintas las cosas muestra  
y calienta cuanto vive  
sale cantando a los campos,  
las alas y el pico esgrime  
al aire, que le responde  
los amores que le dice.  
Vesme aquí, sol de hermosura,  
si lo que digo permites,  
responde a mi justo amor;  
que este traje que me viste  
no pone ni quita al alma,  
como tu amor no le quites;  
porque los méritos de ella  
lejos del cuerpo se miden,  
que ella dura para siempre  
y él espera consumirse.  
Pero en tanto que los dos  
en la unión que ahora viven  
a tu valor los ofrezco,  
aunque sacrificio humilde.

SER. Pedro: a un tiempo nos han dado  
ocasión que nos obligue  
al amor que me convida  
declarado como firme.  
Siempre te he tenido amor.  
Mas, ¿qué digo? Ya lo dije.  
Pero tus humildes prendas  
no me dejaron decirle.  
Mi hermano me ha declarado  
hoy entre aquellos jazmines  
tu nacimiento y valor;  
y a mí, Pedro, no es posible

dejarme de declarar,  
de quererte y de rendirme.  
Corra ahora la fortuna  
por donde quisiere y prive  
lo más de amor a lo menos,  
pues es su fuerza invencible.  
Esta noche, por la reja,  
sin testigos, quiero oírte,  
donde, aunque por hierro sea,  
las almas se comuniquen.  
Y en prendas de esta verdad  
quiero como yedra asirte  
de mis brazos.

PED. Venturoso  
quien a tus lazos se rinde.

(*En abrazándose, sale DON JULIO.*)

JUL. ¡Maldito sea el jardín,  
aunque tal Flora le pise,  
si el primer árbol que vea  
de aquella yedra se ciñe!  
Yo vine a ser labrador;  
¡a buen tiempo a serlo vine!  
¡Buen fruto espero de plantas  
que de esta suerte se miden!

PED. ¿Quién va allá?

JUL. ¿No me conocen?

Hablen, no hay que se retiren.  
Domingo soy, el sobrino  
de Gonzalo. ¿De qué sirve  
el santiguarse de mí?

PED. ¿No quieres que me santigüe  
de ver en casa persona  
que en ella ha estado invisible?

SER. Pedro, con vergüenza voy;  
remedia mi honor. Despide  
esa bestia de mi casa.

Inés, ¿qué es esto?

IN. Decirte  
que sean cuerdas las mujeres.

SER. El amor es ciego.

IN. Y lince  
el honor.

SER. Remedio habrá.  
Habla a este Domingo y dile  
que tú quieres bien a Pedro  
y que por eso lo hice,  
porque os habéis de casar.  
IN. ¿Y querrá Pedro?

PED. Increíble  
es el pesar que me has dado.  
¿Cómo o cuándo aquí viniste?

JUL. Yo vine como me ves,

y, cuando menos, a irme;  
que ya no tengo que hacer  
viendo lo mucho que sirves.  
Gonzalo me dijo ayer  
que faltaba quien cultive  
las plantas de aquesta casa.  
Mintió. Esto pienso decirle.  
Que tú eres gentil mancebo  
y de brazos tan gentiles  
que no habrá tan alta fruta  
que no alcancen y derriben.  
Voyme a despedirme de él.

PED. Este me ha entendido y finge;  
no parece labrador;  
mas yo haré que se averigüe.

Esperate, no te vayas;  
Bien hay en estos jardines  
en que labremos los dos.

JUL. Yo os confieso que no atine.  
Vos tenéis el mejor cuadro.  
¿De qué me sirve que mire  
si tengo de desear?

¿No será mejor que olvide?

PED. Adiós.

JUL. Adiós.

PED. El me entiende.

JUL. Yo cantaré como cisne.

# ACTO TERCERO DE

*los Ponce de Barcelona*

(*Salen SELIMO y DALIFE.*)

SELIMO.

Irá, como te digo, Barbarroja  
a Túnez, esta vez con tanta prisa  
cuanta le pide la improvisa fama  
con que dicen que viene Carlos Quinto  
a dar a Muleazes aquel reino.

DALIFE.

¿Pues qué le mueve al César de Alemania,  
al gallardo español poner el cetro  
en la mano otra vez de Muleazes?

SELIMO.

Esmaltar la virtud de sus hazañas  
con tan rara piedad.

DALIFE.

¿Y Barbarroja  
está para emprender esta jornada?

SELIMO.

Ya de Constantinopla salir quiere,  
tan gallardo y brioso, que hoy le han visto  
batir las piernas a un bridón de Frisia  
y hacerle obedecer espuela y vara.

DALIFE.

¿Pues no estaba tan grueso que, en los hombros,  
en andas, le llevaban sus genízaros?

SELIMO.

Hubo un cautivo natural de España  
y la insigne ciudad de Barcelona  
que se ofreció a enflaquecerle, y éste,  
con tal dieta y remedios exquisitos,  
quitándole de beber, le ha enflaquecido,  
que el cuero que quedó de la gordura,  
vacío, en la barriga, dobla encima  
y con doblada faja se le aprieta,  
poniéndose a caballo cuando quiere.

DALIFE.

¿Que, con arte, ha podido ingenio humano  
curar de la gordura a Barbarroja?

SELIMO.

Vuelve los ojos si creerlo quieres.

DALIFE.

¿Es aquel el cautivo?

SELIMO.

Aquel le cura.

DALIFE.

Todo se rinde al arte.

SELIMO.

La experiencia  
muestra que la fortuna fué la ciencia.

*(Salen turcos, que acompañan, y detrás BARBARROJA  
y el padre de PEDRO, en hábito de cautivo, y SEVERO,  
aquel criado suyo.)*

BARBARROJA.

Convieneme que, en término sucinto,  
socorra a Túnez, donde baja aiada  
el águila del César Carlos Quinto  
vibrando el rayo de su roja espada.  
No sólo el nuestro, el polo más distinto  
tiembla las proas de su fuerte armada  
en cuyas popas viene la fortuna  
más fácil a su cruz que a nuestra luna.

El ir a Túnez, como voy, te debo,  
ingenioso español, pues que me has dado,

con sólo enflaquecerme, aliento nuevo,  
nuevo honor, nueva vida y nuevo estado.

PADRE.

De mi tierra, señor, salí mancebo,  
huyendo del furor de un padre airado  
que porque me casé sin su licencia  
confirmó de mi muerte la sentencia.

Con aqueste español que me servía  
cautivo fui de un bárbaro africano,  
donde después que al mar de Berbería  
corté las aguas con la propia mano,  
fuimos los dos, en Mequinez, un día  
vendidos y comprados de otomano  
sobrino de Selín, que, con más gente,  
nos trajo a tu servicio por presente.

Servimos en su fuerte caravana  
muchos años primero, hasta que ahora  
el paso la fortuna nos allana  
en esos pies que nuestra boca adora.

BARBARROJA.

La cura, Pedro, ha sido soberana,  
en que tanto mi vida se mejora  
que al caballo mayor, por maravilla,  
con asir el arzón salto en la silla.  
Si de Constantinopla señor fuera,  
sus torres y sus puertas te entregara.

Si los tesoros de Selín tuviera,  
el mundo tus riquezas envidiara.  
Pídemle, Pedro, del imperio afuera,  
cu que si fuera dueño te dejara;  
que no habrá alguna tan notable cosa,  
para mostrar mi amor, dificultosa.

PADRE.

Señor: bien sabes tú que no es el oro  
para la libertad precio bastante.  
No puedes darme imperio ni tesoro  
para mi pretensión tan importante.  
Tras tantos años, mi mujer adoro;  
que la estampé con letras de diamante  
en el principio mismo de la vida,  
donde ha vivido al corazón asida.

Verla deseo y ver la patria amada,  
morir deseo en mi primero nido.

BARBARROJA.

En la nave mejor de nuestra armada  
irás a España rico y defendido.  
A Túnez es ahora mi jornada,  
a resistir a Carlos atrevido.  
La tuya será luego a Barcelona.

PADRE.

Prosperes el cielo tu real corona.

SEVERO.

Danos los pies, señor, cuya alta frente,  
por tan ilustres e ínclitas victorias,  
adornen los laureles del Poniente  
y con fama inmortal de las historias.

BARBARROJA.

Apercibe, Dalife, nave y gente.

PADRE.

Siempre te alabarán nuestras memorias.

SEVERO.

Piadoso llanto nuestros rostros baña.

PADRE.

¡Gracias a Dios que vuelvo a verte, España!

*(Salen LUCRECIA y GONZALO, el jardinero.)*

LUC. Suelta el agua de esas fuentes,  
piensen que el alba las flores  
dan perlas a sus colores  
rota en partes diferentes.

Haz, Gonzalo, que esas aves  
de bronce los picos mueva  
el viento que dentro lleva  
los contrabajos suaves,  
que lo manda mi señora  
y esta tarde honrarlas quiere.

GON. Si ella a los cuadros viniere,  
¿qué más alba y qué más Flora?  
Y aun lo dijera de ti  
si menos esquivas fueras.

LUC. Esto me mandó que hicieras.

GON. ¿Y tú qué has de hacer por mí?  
Oye, detente y daréte  
un ramillete de flores.

LUC. Aquí parecen mejores  
y es mayor el ramillete.

GON. Toma un clavel, que son bellos.  
Pero llévasle en los labios  
y será hacerles agravios  
poner su color en ellos.

Toma un jazmín. Mas también  
es dar blancura a la nieve.  
¡Ay de quien amar se atreve  
donde es el premio desdén!

¡Domingo, Domingo, hola!  
¡Hola, sobrino!

JUL. ¿Qué prisa  
es esta?

GON.

Ahora me avisa

Lucrecia que viene sola  
nueva ama a ver el jardín.  
Démosles agua a estas fuentes.  
Mejor fuera a las corrientes  
de mis ojos; pues, en fin,  
voy hallando cada día  
el de mi loca esperanza,  
pues lo que un villano alcanza  
pierde la desdicha mía.

JUL.

¡Oh dura peña inhumana!  
¡Oh nunca visto rigor!  
¡Oh celos, muerte de amor!  
¡Oh larga esperanza vana!

Voy al fin y siempre estoy  
contigo en un mismo ser,  
pues voy sin echar de ver  
cuántos días ha que voy.

Paso, Gonzalo, los días  
con esperanza de alguno;  
pero no llega ninguno  
con el fin de mis porfías.

Hoy digo: «Dichoso soy».  
Pasa el día y no hay llegar,  
y es mayor desdicha andar  
esgañando el día de hoy.

Porque no hay cosa más vana  
que andar uno por su culpa  
dando al día de hoy disculpa  
y esperando el de mañana.

GON.

Esto que me habéis contado  
de Pedro favorecido  
engaño, don Julio, ha sido,  
porque está medio tratado  
de casarse con Inés,  
la hija del escudero.

Mal de que yo sólo muero,  
pues se han de casar después  
los padres de los casados.

JUL.

GON.

¡Ay que os engañan así!  
Mi señora viene aquí.  
Sosegad vuestros cuidados,  
que disimular importa.

JUL.

GON.

¡Válame Dios, qué de prisa!  
Esto Lucrecia me avisa.  
Tuerce esas llaves y corta,  
Domingo, alguna retama  
mientras corto unos claveles.

*(Salen LUCRECIA y SERAFINA.)*

SER.

LUC.

No me enfades como sueles.  
Miro tu opinión y fama.  
Y si supiese tu hermano

- que a mi hijo quieres bien,  
no consideras también  
que era mi destierro llano  
de su casa, con razón,  
y de ese mozo la muerte.  
Ese jardinero advierte  
que es don Julio de Aragón.  
Por ti deja las galeras  
de España y a tan vil traje  
quiere el amor que se baje.
- SER. Lucrecia, no consideras  
que el amor no es calidad  
y que viene sin querer;  
de donde podría ser  
que se llame enfermedad.  
Déjame, no me aconsejes.
- LUC. Pedro mi hijo es villano,  
y, por temor de tu hermano,  
te aconsejo que le dejes.  
*(Sale INÉS.)*
- IN. Los músicos han venido.  
SER. ¿Cuáles son?  
IN. Los del Virrey.  
SER. Si amor hiciera una ley,  
ya que reina en el sentido,  
que se amaran solamente  
los iguales, justo fuera  
que ninguno los rompiera.  
GON. Poca agua tiene esta fuente.  
JUL. Está esa ninfa mal puesta  
y de mala gana llora.  
LUC. Por ti lo dice, señora.  
SER. A dar por ella respuesta,  
Domingo, obligada quedo.  
JUL. Diréis que es mármol.  
SER. Y helado.  
JUL. Yo pruebo con mi cuidado  
a enderezarla y no puedo.  
SER. Pues a alegrarme bajé,  
hoy quiero daros licencia  
que os sentéis en mi presencia.  
JUL. Grande me hacéis, a la fe.  
SER. Sentaos todos.  
GON. Si es tu gusto,  
junto a Lucrecia me asiento.  
JUL. Y yo, aunque es atrevimiento,  
junto al sol, que fuera justo  
que las alas me abrasara.  
*(Salen MARÍ y los músicos.)*
- MARÍ. Los músicos han llegado.  
MÚSI. Perdona si hemos tardado  
y en qué servimos repara.
- SER. Mucha merced, caballeros.  
Siéntense, por vida mía;  
jardín es, no hay cortesía.
- MÚSI. Siempre quisiéramos veros  
si su excelencia nos diera  
el lugar que deseamos.  
¿Qué nos mandáis que digamos?  
Pedro viene.
- LUC.  
SER. Un poco espera.  
*(Sale PEDRO.)*
- PED. Dios los haga más, amén.  
IN. ¡Oh Pedro, seas bien venido!  
JUL. Helo aquí todo perdido.  
Sin él estábamos bien.  
PED. ¿Habrà lugar para mí?  
LUC. ¿No te pudieras estar  
allá en tu huerta?
- IN. A cantar  
comienzan, déjale aquí.  
*(Los músicos canten.)*
- «Al cabo de los años mil  
vuelven las aguas por do suelen ir.  
Humildes se hacen,  
altos se reprueban,  
unos se renuevan  
y otros se deshacen;  
como mueren nacen.  
Porque con vivir,  
al cabo de los años mil  
vuelven las aguas por do suelen ir.  
Otra vez se ve  
lo que no se espera;  
lo que ya no era  
vuelve a lo que fué.  
Nadie triste esté;  
que si da en sufrir,  
al cabo de los años mil  
vuelven las aguas por do suelen ir.»
- PED. Bien dice, y así lo espero.  
LUC. Como esas cosas se ven.  
JUL. Todos veremos también.  
PED. Yo veo cuanto yo quiero.  
JUL. Y yo lo que no querría.  
SER. Yo lo que quiero y no quiero.  
LUC. Yo no veo ni he de ver.  
IN. Yo veo lo que ha de ser  
de quien lo ha visto primero.  
GON. Yo me he de cerrar los ojos  
por no ver y desear.  
MARÍ. Y yo, ¿qué podré mirar  
sin fuerzas y con antojos?
- SER. Al que dijere mejor

las cosas que puede ver  
le daré...

PED. ¿Qué puede ser?

SER. Una cinta por favor.

PED. Yo os he visto; y pues no hay más,  
dádme la, que yo he ganado.

JUL. Todos habemos mirado,  
serafín, cuán bello estás.

No es razón.

PED. Pues todos digan  
lo que han visto.

JUL. Yo diré.

SER. Comienza.

JUL. Comenzaré,  
pues tantas causas me obligan.

Yo vi un señor de la mar  
hecho en tierra labrador  
para coger una flor,  
que es clavel y sale azar.

Pero al tiempo de cogella  
la vió toda en una mano  
de un tosco y rudo villano  
indigno de merecella.

Triste de tales enojos  
no quiere en la tierra andar,  
sino volverse a la mar,  
aunque la lleva en los ojos.

Pero dícenle que yerra  
en cansarse de esperar;  
que mal vivirá en la mar  
quien deja el alma en la tierra.

PED. Yo vi un hombre desdichado  
que siendo muy bien nacido  
de aquel estado ha venido  
al más miserable estado.

Luego le vi tan dichoso  
de un tesoro que se halló  
en un jardín, que llegó  
al estado más gozoso.

Vi también que éste tenía  
un hombre que le envidiaba,  
que lo que en la mar no hallaba  
en la tierra pretendía.

No deja al otro que siembre  
la tierra que ha cultivado;  
que con ser julio abrasado  
la hiela más que diciembre.

Mas vi determinación  
en un labrador honrado  
de hacerle, aunque sea soldado,  
que deje la pretensión.

SER. Yo vi dos hombres de bien  
sin causa tratarse mal,

y siéndolo cada cual  
mejor es que en paz estén.

Vean otros de manera  
que esto no pase de aquí.  
Pues yo diré lo que vi  
por no ver lo que quisiera.

GON.

Yo vi unos hombres cansados,  
de saber tan presumidos  
que de todos sus sentidos  
eran necios atezados.

Y vi un género de gente  
que, sin hacer cosa buena,  
no la hay en el mundo ajena  
que les agrade y contente.

Vi una casa con portillo  
por no repararla el dueño,  
y vi un novio tan pequeño  
que le llamaban novillo.

Vi un mancebo, que en la escuela  
aun pudiera andar, querer  
una muy vieja mujer  
por saber de amor de abuela.

Vi cierto amigo enemigo  
con cubierta de hombre noble;  
porque no hay trato más doble  
que del que es fingido amigo.

Vi una dama que trataba  
de ser varia en sus contentos  
y que con mil juramentos  
su vida justificaba.

Vi necedades honradas  
encima de las estrellas  
y mil espadas doncellas  
pasar plaza de casadas.

Vi la virtud abatida  
y el juego en camas de seda,  
y vi tocar a la queda  
a la mitad de la vida.

Finalmente, vi después  
mil casas que aun no cabían  
en la calle que se hacían  
y su dueño en siete pies.

(Toquen, dentro, cajas.)

SER. ¿Qué es aquello?

JUL. A verlo voy,  
que aun puede tocarme a mí.

GON. ¿Qué me das por lo que vi?  
SER. Toda la cinta te doy.

PED. ¿Quiéresmela a mí trocar?  
GON. ¿Qué me darás?

PED. Cuanto pidas.  
IN. No se la des.

PED. No me impidas.

SER. Inés, déjala feriar.

MARÍ. Si a mí me dejaran ver  
bien tenía que decir.

IN. Ni quisiera ver ni oír.

GON. No te canses, que ha de ser  
la cinta de mi sobrino.

LUC. Y la merece muy bien.

PED. ¿Dices tú que se la den?

LUC. Sus méritos imagino.

(*Vuelve DON JULIO.*)

JUL. Lo que la caja contiene  
y todo el marcial ruido,  
Serafina celestial,  
de este jardín paraíso,  
es que pasan por la calle,  
con gallardo paso y brío,  
las lucidas compañías  
que se han hecho y prevenido  
a la jornada de Túnez,  
donde el César Carlos Quiñto  
va en persona a hacer temblar  
el Asia, porque Filipo  
halle después, cuando reine,  
humilde el mar y vencidos  
los otomanos feroces,  
que de oír su nombre invicto  
como la noche del sol  
huyen a su negro abismo.  
Venlos a ver, así el cielo  
te dé muy presto marido  
que con bastón en la mano  
gobierne treinta navíos.

SER. Voy por alegrarme un poco.

MARÍ. Y todos vamos contigo.

(*Todos se vayan.*)

PED. ¿Esto se dice a mis ojos?

LUC. Escucha, Pedro.

PED. Tú has sido,  
madre, en esta empresa mía  
la fuerza de mi enemigo;  
tú me quitas mi remedio,  
y más ser por ti he perdido  
que gané en nacer de ti.

LUC. Tu bien procuro.

PED. ¿Tú el mío?

LUC. Necio, ignorante, ¿no ves  
que si Leonardo, ofendido,  
entiende tus pensamientos  
te dará justo castigo?  
El caballero que ves

con este disfraz vestido  
es don Julio de Aragón,  
que tuvo heroico principio  
de los Reyes de Sicilia.  
Vuelve en ti, pues yo te aviso;  
no des mal pago a Leonardo,  
que te ha criado y querido  
como hermano, y está cierto  
de la elección y juicio  
de Serafina; que todo  
es burla cuanto te ha dicho  
y que quiere al de Aragón.

PED. ¿Tú lo has visto?

LUC. Yo lo he visto.

Papeles suyos le he dado,  
y aun sé... Mas basta lo dicho.

(*Váyase.*)

PEDRO.

Víboras trae y áspides consigo  
la Libia peregrina desde España;  
el pecho fía en báculo de caña  
y fía su mujer de falso amigo.

Al que es villano enseña sin castigo,  
soberbio quiere ser en tierra extraña,  
señor ingrato sirve y acompaña  
y encomienda su honor a su enemigo.

Los bajíos del mar prueba sin sondas,  
amor y ausencia pone en dos balanzas  
y fía de un traidor castillo y rondas

el que pone en mujer sus esperanzas,  
porque no tiene el mar tan varias ondas  
como ellas pareceres y mudanzas.

(*SERAFINA sale con INÉS.*)

SERAFINA.

¡Qué gallardos soldados!

INÉS.

Las colores  
pudieran competir con estas plantas  
cuando se visten de tan varias flores.

SERAFINA.

Y no pienso que en eso te adelantas.

INÉS.

Pedro está aquí.

PEDRO.

Llorando tus rigores  
lleno de penas y desdichas tantas.

SERAFINA.

Qué lucida pasó la compañía;  
pero fuéralo más la tuya y mía.



PEDRO.

Liçonjas que disfrazan sus engaños  
a costá de las vidas inocentes  
no me podrán hacer mayores daños  
que los que llora mi verdad presentes.  
Serafín eres tú. Los desengaños  
muestran, cruel, que hasta en el nombre mientes,  
sino es que el serafín diga cual suena,  
será fin de mi vida y de mi pena.

No es tiempo ya de hablar por más rodeos  
si hay en amor agravios declarados;  
prosigue libremente en tus deseos,  
que no es bien que te impidan mis cuidados.  
A ti se te ofrecieron dos empleos  
bien desiguales e igualmente honrados;  
pero el uno tan bajo en parte alguna  
que le cogió la rueda de fortuna.

Bien escogiste, yo te lo confieso,  
don Julio de Aragón, noble y soldado,  
para quitarme a mí sin causa el seso,  
en hábito villano disfrazado.

¿Quién de tu honor creyera tal exceso?  
¿Cuál hombre no viviera confiado  
en tu nobleza y claro nacimiento,  
en tu rara virtud y entendimiento?

¿Qué mucho que las nuevas compañías  
te agraden cuando pasan por tu calle  
si en tu jardín su capitán tenías  
de tal ingenio, gracia, gusto y talle?  
¡Oh lo que pueden en tan breves días,  
perdona, que no es bien que ya lo calle,  
galas, plumas, mudanzas, cosas nuevas!  
¡Con qué fácil ejemplo que lo pruebas!

Pues esas compañías, Serafina,  
a los dos la darán de esta manera:  
que tú a don Julio sigas, pues te inclina,  
y yo siga, soldado, su bandera.  
Troquemos la ventura, y determina  
que cultive el jardín, si el fruto espera,  
y yo de labrador vuelto soldado  
ya rompa, no la tierra, el mar salado.

No me verán tus ojos ni tu olvido.  
Mátame en Túnez un alfanje moro  
y no verte casada y ver perdido  
lo que he labrado en el jardín que adoro.  
Piérdase, ingrata, el tiempo y no el sentido;  
la libertad es singular tesoro.  
Póngase el mar en medio de mis daños  
y tú goza de don Julio muchos años.

SERAFINA.

¡Pedro! ¡Pedro! ¡Detente, escucha, advierte!

INÉS.

Fuése desesperado.

SERAFINA.

Pues si es ido  
ocupe su lugar la fiera muerte  
y quien lleva el honor lleve el sentido.

INÉS.

Señora: ¿cómo tratas de esa suerte  
tu vida por un bárbaro ofendido  
de su imaginación y de sus celos?  
¡Desmayo ha sido! ¡Socorredla, cielos!

(Salen GONZALO, MARÍN y DON JULIO.)

GONZALO.

Inés, ¿de qué das voces?

INÉS.

¿Y no es justo?  
¿No veis a mi señora desmayada?

MARÍN.

¿De qué le procedió?

INÉS.

De un gran disgusto.

JULIO.

Buena ocasión de asir su mano helada.  
¡Ah, mi señora!

MARÍN.

Tú, pues tan robusto  
eres, Domingo, llévala abrazada,  
que mejor estará en su cuadra ahora.

(Sale LEONARDO.)

LEONARDO.

¿Qué es esto?

JULIO.

Un grande mal de mi señora.

LEONARDO.

¡Hermana mía!

JULIO.

Fáltale sentido.

LEONARDO.

Llevala adentro.

JULIO.

Yo que tengo fuerza.

(Llévanla.)

LEONARDO.

¿No me decís vosotros lo que ha sido?

INÉS.

Requiere espacio.

JULIO.

Amor, mi dicha esfuerza.

INÉS.

Mucho te has descuidado en dar marido a mi señora.

LEONARDO.

¿Quién habrá que tuerza su voluntad, pues, para darme enojos, quiere casarse a gusto de sus ojos?

Mas dime, Inés: si llegan las doncellas a cierta edad y no les dan esposo, ¿se desmayan así?

INÉS.

No lo sé cierto; pero sé que es su blanco el casamiento por ser el centro del cuidado suyo, que consiste en su estado solamente, bajamos al jardín, que anda opilada, comió una hierba, nunca la comiera, y luego se quedó como difunta.

LEONARDO.

¡Gonzalo! ¡Hola, Gonzalo!

(Sale GONZALO.)

GONZALO.

Señor.

LEONARDO.

Dime:

¿qué hierba es ésta que comió mi hermana?

¿Tú siembras, necio, en un jardín curioso hierbas que maten como con veneno?

GONZALO.

¡Ah cielo! ¡Julio!

(Sale DON JULIO.)

JULIO.

¿Qué manda, señor tío?

GONZALO.

¿Has tú sembrado por ventura hierba venenosa después que estás en casa?

JULIO.

Yo no, por Dios; que antes procuro siempre sembrar hierbas de paz y de alegría. Verbenas, que concilian voluntades, y verdes valerianas amorosas; cidionelas, citisos y ajedreas he puesto yo.

LEONARDO.

¿Pues cómo está mi hermana tan mortal de una hierba que ha comido?

JULIO.

Pedro la habrá sembrado; suya ha sido. Ayer sembraba tártagos amargos, adelfas y otras hierbas venenosas.

LEONARDO.

¿A qué efecto las siembra?

JULIO.

Yo sospecho que para la botica las aplica.

LEONARDO.

¿En mis jardines hierbas de botica? Llamadme a Pedro acá.

GONZALO.

No está en la huerta, que dicen que las cajas de estos días le alistan en sus nuevas compañías.

LEONARDO.

¿Soldado Pedro?

GONZALO.

Así se dice en casa.

(Salen el padre de PEDRO y SEVERO en hábito de moros.)

PADRE.

Esta debe de ser.

SEVERO.

Conviene en todo con las señas.

LEONARDO.

Mirad qué gente es ésta.

PADRE.

Dos moros convertidos que pedimos limosna y de la mar pobres salimos.

LEONARDO.

Está la casa ahora alborotada con una gran desgracia; que ha comido una doncella cierta hierba. El cielo la dé ahora salud y os dé consuelo.

PADRE.

¿Hierba ha comido? Pues el cielo mismo haced cuenta, señor, que aquí me trajo. Yo la daré salud.

LEONARDO.

¿De qué manera?

Yo fuí del gran señor en sus jardines,  
con este moro, jardinero, y creo  
que no hay hierba en el mundo que no sepa  
su propiedad, y como tenga vida  
yo le daré con que se sienta buena.

LEONARDO.

Dame esos brazos. Entra; que los cielos  
te trajeron aquí.

PADRE.

Pues id delante.

JULIO.

Yo voy a ver milagro semejante.

GONZALO.

Escucha, moro.

SEVERO.

¿Qué mandáis?

GONZALO.

Yo he sido  
jardinero seis años de esta casa  
y deseo saber las propiedades  
de algunas hierbas, porque allá los moros  
hacéis notable estudio en conocellas.  
¿Qué hierbas sabes tú tan peregrinas  
que no las conociamos en España?

SEVERO.

¿Quién a mi amo le ha metido en esto?

GONZALO.

Yo conozco la andrachne y el acónito,  
el absintio, el aneto, el apiastro,  
el carpófilo, el díctamo, el rodoro,  
la efimeron, la satureia, el silio,  
el polipodio, el frago, la mandrágora  
y otras de mil virtudes exquisitas.

SEVERO.

Señor, las hierbas que yo sé y he visto  
sus propiedades son más conocidas:  
perejil, que se come con carnero;  
nabos, para la olla, con tocino;  
lechugas, de que se hacen ensaladas;  
orégano, que se echa en aceitunas;  
anís, para morcillas, y cominos;  
ajos, para solomos adobados;  
zanahorias, que purgan con aceite;  
berzas, para la vaca, si está gorda;  
mostaza, que se sube a las narices;

rábanos, verdolagas y alcapanias,  
berenjenas, y cardos, y escarolas,  
chirivías, cebollas, remolachas  
y marrunio, que es hierba de muchachas.

GONZALO.

Por mi vida que son bien peregrinas.  
Esas nunca se han visto en esta tierra.  
Mas pues sabéis de nabos y tocino  
también sabréis de vino.

SEVERO.

¿Tenéis vino?

GONZALO.

Un poco de Alaejos.

SEVERO.

Pues mezcladlo  
con lo de Illana, que es famosa epítima.

GONZALO.

Moro que sabe a Illana y Alaejos  
sin duda viene de cristianos viejos.  
¿Cómo os llamáis?

SEVERO.

Garrullo me apellido.

GONZALO.

En vendimias debéis haber nacido.

(*Salen FABRICIO y DON JULIO.*)

FAB. No podéis estar aquí  
si no es perdiendo el honor.

JUL. Pedid licencia a mi amor  
para que me vuelva en mí.

FAB. ¿Anoche no os despertó  
la pieza a leva?

JUL. No toca  
a leva un alma tan loca  
que las potencias perdió  
dormido el entendimiento  
y ciega la voluntad.

No saldré de la ciudad  
si llevarse el mundo siento.

FAB. Ya zarpa la capitana,  
hoy partiremos de aquí.

JUL. Yo pienso que me perdí  
tras de una esperanza vana.

Si os pregunta en la marina  
por don Julio algún soldado,  
decid que voy embarcado  
en la nave Serafina.

FAB. Yo diré que vais al cielo,

pues en Serafina vais,  
aunque temo que lleváis  
errado el ángel y el vuelo.

Embarcaos, ¡cuerpo de tal,  
entre tanto caballero:  
Mendoza, Puertocarrero,  
Pimentel y Sandoval,  
tanto Cardona famoso,  
Toledo, Rojas, Bazán,  
Enríquez, Cerda, Guzmán,  
Avellaneda y Moscoso.

¿No os incita tanta caja,  
tanta trompeta y clarín?

(Sale PEDRO en hábito de soldado, con plumas y espada.)

PED. No más azada y jardín,  
adonde el alma trabaja.

Por sembrar lo que jamás  
pueda coger el deseo;  
que si en su grado me veo  
no nos hemos de ver más.

Plumas y espada he tomado,  
galán vestido me he puesto,  
trocando prendas por esto  
que Serafina me ha dado,  
con que se muestra el desprecio  
que ya de sus cosas hago,  
y aun pienso que no me pago  
de tantos años de necio.

Aun está don Julio aquí  
y allá tratan de embarcar.  
Malo está de adivinar  
que éstos se burlan de mí.

La noche baja, no pienso  
estar la mañana aquí.  
¿Buscaré a mi madre? Sí,  
que me tiene amor inmenso.

Procuraré, por venganza,  
que Serafina me vea,  
or que en estas plumas crea  
mis celos y su mudanza.

FAB. ¿Este no es el labrador  
que este jardín cultivaba?

JUL. El mismo que en él estaba.

FAB. ¿Pues cuál ejemplo mejor?

Embarcarse este cuitado  
a Túnez, y tan galán  
que pudiera ser Guzmán  
del capitán más honrado,  
y vos os quedáis aquí  
convertido en labrador.

JUL. Esa es la fuerza de amor.

FAB. Poco os debe.

JUL. ¿Cómo así?

FAB. Pero son tiempos trocados;  
pues por sucesos de amores  
hay soldados labradores  
y labradores soldados.

(Salen LUCRECIA y su marido, que es el padre de PEDRO.)

PAD. Con algún sosiego queda.

LUC. Notable es tu ingenio, moro.

PAD. Allá no hay precio, no hay oro  
para que igualarse pueda  
a estudio y conocimiento  
de hierbas.

FAB. ¿Qué gente es ésta?

JUL. La casa está descompuesta  
por un cierto mal violento  
que le ha dado a Serafina.  
A mi aposento venid.

FAB. Que será sino advertid  
de vuestra fama divina.

(Váyanse los dos.)

LUC. Mucho quisiera saber,  
moro amigo, pues que vienes  
de Asia, si noticias tienes,  
que bien las puedes tener,  
de un cautivo que vivía  
en Constantinopla.

PAD. Allá  
es como buscar acá  
pobreza con fantasía.

Pero bien podría ser  
que lo conociese yo.

¿Ha mucho que cautivó?

LUC. Muchos años ha de haber.

PAD. ¿El nombre?

LUC. Don Pedro Ponce.

Mas dicen todos que es muerto.

PAD. Yo le vi tal en un puerto,  
habrá diez años y aun once,  
que a lástima me movió.

LUC. ¿Luego en fragatas estaba?

PAD. En la de Jafer remaba,  
que de espalder le sirvió.

Después le llevó Sultán  
a los caramuzalíes.

Pero aun es bien que confies  
que vive.

LUC. Ya no verán  
mi dulce esposo mis ojos.

PAD. ¿Tu esposo?

LUC. Sí que lo fué,  
aunque este nombre compré  
con tantas penas y enojos.

PAD. Don Pedro le habéis llamado.  
Si era hombre principal,  
¿cómo estáis en traje igual?

LUC. Porque fué su padre airado  
tan de piedra para mí  
que nunca me conoció,  
antes quitarme intentó  
la vida que véis aquí  
sujeta a servir los años  
que de aquí falta mi esposo.

PAD. Qué padre tan riguroso,  
si no me tratáis engaños;  
que pues nunca os recibió,  
no debisteis de ser casta.

LUC. Dios lo sabe. Pero basta  
de esta historia, porque yo  
pierdo con su nombre el seso.  
En este aposento vivo  
por honra de mi cautivo,  
que vive en mi alma impreso.  
Me podéis aquí mandar  
si en casa estáis algún día.

PAD. A buena dicha tendríais  
esta señora curar  
para ganar opinión  
de médico en Barcelona.

LUC. Merece vuestra persona  
crédito en toda ocasión.  
*(Váyase LUCRECIA.)*

PAD. ¿Es posible que he podido  
disimular el contento?  
Ya se ha entrado en su aposento.  
Qué necio en dejarla he sido.  
¿Si la volveré a llamar?  
¡Ay Lucrecia, a qué de engaños  
suelen obligar los años  
y estar de por medio el mar!  
Si no está un hombre seguro  
que tiene al lado su prenda  
de que si quiere le ofenda  
ni hay defensa, guarda y muro,  
¿qué espera en esta ocasión  
mi ausencia en años iguales?

*(Sale SEVERO.)*

SEV. Esta sí, pesa a mis males,  
que es tierra de bendición.  
¡Oh bendito jardinero  
que tan lindas plantas gasta!  
A fe que es vino que basta.

PAD. ¿Quién va?

SEV. Yo qué sé.

PAD. Es Severo.

SEV. Severo, no, ya soy blando.

PAD. ¡Ay Severo, escucha un poco,  
que estoy de contento loco!

SEV. ¿Y yo estaréme arañando?

PAD. A Lucrecia le visto aquí.

SEV. ¿Cómo podía ser menos  
adonde hay hombres tan buenos?  
¿Y es ella sin duda?

PAD. Sí.

SEV. ¿Hablástela?

PAD. Y me ha contado  
la historia nuestra y me tiene  
por muerto.

SEV. ¿Qué gente viene?

PAD. Pienso que un hombre embozado.  
*(Sale PEDRO.)*

PED. Dando vueltas a la reja  
Inés me vió y me llamó,  
donde mi ingrata salió  
y de que lo soy se queja.  
Fuéme forzoso dejar  
la plática, que salía  
Leonardo y verme podía  
gente y en este lugar.  
Mas no importa, yo me voy;  
mañana embarcarme aguardo,  
mire su casa Leonardo,  
soldado de Carlos soy.  
Quiérome entrar a acostar,  
que está mi madre querida  
llorosa de mi partida.  
Ahora bien, quiero llamar.  
¡Ah señora, abre, yo soy!  
¿Eres tú, mi bien?

LUC. ¿Pues quién?

PED. Entra a acostarte, mi bien.

LUC. Ven, que aguardándote estoy  
toda esta noche llorando.  
¿Embarcaráste, mis ojos?

PED. Deja esos vanos enojos  
con que te estás acabando,  
que no excuso mi partida.

LUC. Abrirte voy.

SEV. ¿Qué es aquesto?

PAD. ¿En qué confusión me ha puesto  
esta mujer fementida?  
Mas, ¿qué digo? ¿Confusión?  
¿Qué importa que haya mil años  
para que venga los daños  
de mi fama y opinión?

SEV. Deja el alfanje. ¿Estás ciego?

¿En tantos años querías lealtad?

PAD. ¡Que al fin de mis días a ver mi deshonra llego! Tan descansado he vivido que esto por ver me faltó. ¿No viviera mejor yo lejos de mi patria nido? ¿No me estuviera mejor el no tener libertad?

SEV. Aunque esto es clara maldad, mira y advierte, señor, que Lucrecia te ha tenido por muerto.

PAD. Disculpa es clara como yo a ver no llegara, Sévero, mi honor perdido. Pero viendo con mis ojos entrar un hombre en su cama, ¿qué he de hacer?

SEV. Guardar tu fama y divertir tus enojos. Si te descubres, tú quedas sin honra; mas si te vas desconocido podrás vivir, aunque nunca puedas cobrar tu hacienda, que es menos que el honor que has de perder.

PAD. Matar quiero esta mujer, que el alma y los ojos llenos de infamia tendré, aunque viva en el centro de la tierra.

SEV. ¡Oh cuánto tu enojo yerra!; pero de razón te priva.

PAD. Abre, infamia de mujer. Abre, mujer alevosa. Abre esa puerta, villana, Abre, atrevida pintora. Abre, pues tan mal pintaste la figura de la honra que en mí pusiste las luces y en ti pusiste las sombras. Abre presto.

LUC. ¿Qué es esto?

PAD. Abre.

SEV. Mira que alborotas la casa y que viene gente.

PAD. Toda aquesta furia es poca.

(Salen GONZALO y DON JULIO.)

GON. Toma ese arcabuz, Domingo, mira que pienso que roban la huerta.

JUL. Los perros callan. ¡Oh malas zarazas coman!

PAD. Rompe esa puerta, Sévero.

SEV. ¿Cómo quieres que la rompa? Ya se viste el hombre aprisa.

(Salen LEONARDO, SERAFINA, INÉS y MARÍN.)

LEO. ¿Qué es esto? ¡Criados, hola! ¡Hola, gente!

SER. ¡Hermano mío!

LEO. ¿Voces en casa a estas horas?

GON. En la puerta de Lucrecia es el ruido.

JUL. ¿Estas obras, moros viles, nos hacéis?

LEO. ¿Quién son?

JUL. Los moros que ahora a mi señora curaron que con astucia engañosa quieren robar a Lucrecia. Perros, ¿qué es esto?

LEO. Reporta la espada; Leonardo, tente. Oye.

LEO. ¿Qué quieres que oiga?

(Salgan PEDRO y su madre.)

PED. Leonardo quiere matarme.

LUC. El piensa que le deshonoras.

PED. Señor, ¿con tantas espadas a quien confiesa que toda la vida, después de Dios, debe a tus piadosas obras? Verdad es que yo he querido a tu hermana y mi señora, mas con mucha honestidad y respeto, hasta que ahora, en el hábito que ves vino a ser caballo en Troya don Julio, que no es Domingo, porque a Serafina adora.

LEO. ¿Qué don Julio? ¿Qué es aquesto?

PED. Este que con habla tosca se fingió ser hortelano.

JUL. Ya que de mi historia toda Pedro te informa, Leonardo, de mi calidad te informa, que yo quiero a Serafina por mi señora y esposa.

PAD. Antes, ilustre Leonardo, que a sus intentos respondas quiero que mi agravio juzgues.

LEO. ¿Tú hablas?

PAD. Toda esta ropa  
es fingida, y el entrar  
en tu casa por limosna.  
Yo vengo, tras tantos años  
de estar en Constantinopla,  
en busca de mi mujer,  
a quien como infame y loca  
hallo acostada en tu casa  
con un hombre.

LEO. Extraña cosa.  
¿Pues quién eres?

PAD. Por mi sangre  
don Pedro Ponce me nombran,  
por mis desdichas no sé.

LUC. ¡Esposo!

PAD. ¡Aparta, traidora!  
¡Desvía, infame!

LUC. Yo soy  
Lucrecia, que a la de Roma  
no pienso darle ventaja.  
Y para probarlo sobra  
que en esta casa he vivido  
con opinión virtuosa.  
Por mi pobreza, no tengo  
más que aquella cama sola,  
en que duermo con tu hijo,  
que es el que agravia tu honra.  
¿Mi hijo?

PAD. ¡Padre y señor!

PED. Don Julio: en tanto que tornan  
del éxtais amoroso  
mi queja escucha.

LEO. Es forzosa.  
Pero diga Serafina

SER. si mis manos, si mi boca  
le han perdido algún respeto.  
De tu nombre y tu persona  
ahora tengo noticia;  
pero en la ocasión de ahora  
ve a servir a Carlos Quinto  
que va contra Barbarroja,  
que yo he de ser de don Pedro  
y Lucrecia es mi señora  
y este cautivo mi padre.

JUL. Tan justas son vuestras bodas  
que haré que mañana venga  
una escuadra belicosa  
y con mil escaramuzas  
se celebren vuestras bodas.

SEV. Y a Severo, que ha pasado  
tantas penas y congojas,  
¿qué le dan?

SER. A Inés le dan.

SEV. ¿En qué dineros la dotan?

LEO. Yo le doy tres mil ducados.

SEV. En fin, mi esposa te nombras.

MARÍ. Buenos quedamos, Gonzalo.

GON. Pues que nos llevan la novia,  
casémonos vos y yo.

PED. Aquí se acaba la historia  
llamada jardín de amor.

LUC. Si don Pedro me perdona,  
diré yo el nombre.

PED. Decid.

LUC. *Los Ponces de Barcelona.*

FIN DE LA COMEDIA DE  
*LOS PONCES DE BARCELONA*

# COMEDIA FAMOSA

## DE

# LA PRISION SIN CULPA

---

HABIAN EN ELA LAS PERSONAS SIGUIENTES

DRUSILA, *dama*.  
FÉLIX.  
TIBERIO, *viejo*.  
CARLOS.  
LIRENO.  
TRACIO.  
TRISTÁN, *lacayo*.  
ALCIATO.

LORISO.  
CORRAL.  
JUANA.  
*Tres PILOTOS*.  
CRISPINA y CAMILA.  
RICARDO y FLORIÁN.  
TEÓFILO, *viejo*, y LUCINDA.  
MAURICIO y ROBERTO.

*Un* ALGUACIL.  
*Un* CORCHETE.  
ALBERTO.  
MIRENO.  
BENITO.  
*Un* MOZO DE MULAS.  
*Un* ALCAIDE.  
*Un* GRILLERO.

### ACTO PRIMERO

(*Salen DRUSILA y FÉLIX.*)

DRU. En fin, ha llegado el día,  
Félix, de tu embarcación.

FÉL. Sosiega, Drusila mía,  
que alteras mi corazón  
con tu llorosa porfía.

Deja un rato de llorar,  
que el corazón y la mar  
así creces, que sospecho  
que se ha de romper el pecho  
y ella su margen pasar.

Aquí vine de Toledo  
a tu padre dirigido,  
donde encarecer no puedo  
el regalo que he tenido  
y lo que obligado quedo.

Pero en sólo quince días  
que en tu casa estoy, no cuentes  
tantas tiernas fantasías,  
que pensarán que me mientes  
las desconfianzas mías.

En medio mes tanto amor  
a un huésped, a un forastero.

DRU. No es este efecto el mayor,  
sino el ver que por ti muero,  
y me tratas con rigor.

Que siendo noble y honrado,  
¿en qué razón ha cabido  
que de una mujer amado  
con tanto desdén y olvido  
gustes de haberla tratado?

Y tu pensamiento crea,  
aunque en poco tiempo sea,  
que amándote desatino;  
que el amor que ha de ser fino,  
en viendo quiere y desea.

Si de solamente el ver  
te suele amor engañar,  
¿qué milagro viene a ser  
que de ver y de tratar  
te venga el alma a querer?

Cuando un hombre caminando  
echa de ver que anochece,  
dase más prisa que cuando  
sobra el tiempo y tiempo ofrece  
para descansar llegando.

Yo que vi que anohecía,  
mi sol que se trasponía,  
dime priesa a tanto amar  
por llegar a descansar  
antes que faltase el día.

Si la noche obscura y ciega  
de tu ausencia, mi bien, llega,  
no te dé mi priesa espanto,  
que por eso vuelan tanto  
los azores de Noruega.

FÉL. Pues si el término sabías,  
que en Sevilla había de estar,  
y, en efecto, conocías  
que me había de embarcar  
dentro de estos quince días,

¿con qué disculpas tu error  
de haberme tenido amor?

DRU. Con que pensé que pudiera



detener tu furia fiera  
tenérmele tú mayor.

Detiene un rayo un laurel  
y una rémora una nave;  
y un deseo ardiente en él  
de los gustos que amor sabe,  
¿no tendrá un hombre cruel?

No le has tenido, pues creo,  
si tú de mí le tuvieras,  
que, más tierno que te veo,  
esperaras que pudieras  
satisfacer tu deseo;

que el mar supieras dejalle  
y tu negocio encargalle  
a tus amigos también;  
que quien deseo algún bien  
no se cansa de esperalle.

FÉL. Parece que me das orden  
para que me quede aquí;  
mas fuera grande desorden  
que aquesta noche sin mí  
barcos y naves se aborden.

Mi padre, Drusila mía,  
a Nueva España me envía;  
trata en Indias, y por prenda  
de su alma y de su hacienda,  
una y otra me confía.

Vine a tu padre, a quien di  
las cartas que allá me dió;  
fué a un capitán, concertó  
de mi hacendilla y de mí  
el pasaje.

DRU. Triste yo;  
que pues era hacienda tuya,  
bien pudiera concertarme.

FÉL. Eso a traición se atribuya,  
que era su hacienda, y llevarme  
no era justo hacienda suya  
en pago del hospedaje.

Pues concertado el pasaje  
y el día y punto llegado  
y con la ropa embarcado  
también el matalotaje,

¿qué achaque puedo tomar  
para quedarme en Sevilla?  
Fíngete enfermo.

DRU. Enfermar,  
FÉL. mirando del mar la orilla,  
dicen que es miedo del mar.

Por tu vida, que lo hiciera;  
pero cuando allá supiera  
mi padre que enfermo estaba  
y que por esto dejaba

su esperanza en la ribera,  
¿no ves que viniera acá  
y me volviera a Toledo?

DRU. No más, Félix; bien está;  
que tienes miedo del miedo  
que, el mar mirando, le da.

Y no menor le has tenido  
de hacerte enfermo fingiao,  
que bien lo fueras de veras;  
pero si amaras, no hubieras  
al padre ni al mar temido.

El hombre considerado  
nunca dicen que es valiente;  
y así el hombre concertado  
que lo que ha de decir siente,  
nunca es buen enamorado.

Vete a las Indias, y el cielo  
te lleve con más consuelo  
que me dejas.

FÉL. Yo te juro,  
si vuelvo salvo y seguro,  
pagarte este honesto celo.

DRU. Yo te juro. ¡Oh qué donaire!  
¿Cómo no dices a quién?

FÉL. Todo lo echas en desgaire.

DRU. Votos de quien quiere bien,  
¿no ves que los lleva el aire?

FÉL. Pues juro a tus ojos bellos,  
a tus manos y cabellos.

DRU. ¡Buenas imágenes son!

FÉL. Si sou de mi devoción,  
no lie jurado poco en ellos.

Pero no me obligues más,  
que es día de confesión,  
que, al fin, voy al mar.

DRU. Si vas  
con tan santa contrición,  
no hablemos desto jamás.

Pero si te has confesado,  
¿cómo tanto me has mentido,  
pues palabra no has hablado  
que mentira no haya sido,  
y, en fin, mintiendo has jurado?

FÉL. Si yo te he visto quejosa  
de mi verdad, ¿cómo infamas  
mi lengua por mentirosa?

(Salen TIBERIO, viejo, y CARLOS, su hijo.)

TIB. Salir al tronco las ramas  
parece que es justa cosa.

CAR. En Félix se ve muy bien  
su padre.

TIB. De su partida  
me pesa.

CAR. Y a mí también.  
 FÉL. Señora, adiós.  
 DRU. Con mi vida  
 te vas.  
 FÉL. El llanto detén.  
 TIB. Pues, Félix...  
 FÉL. Aquí, señor,  
 de tu hija me despido.  
 TIB. A todos debes amor.  
 CAR. No es el que yo le he tenido  
 de aquesta casa el menor.  
 FÉL. Era ya nuestra amistad  
 tan grande, que en quince días  
 me debe la voluntad  
 que tú, mi señor, podrías,  
 y sabe Dios que es verdad.  
 CAR. En tantas obligaciones  
 a ninguna satisfago,  
 y así, en tales ocasiones,  
 remito a mi padre el pago  
 por no pagar con razones.  
 FÉL. Si pues de España me voy,  
 pagara desde Toledo  
 la obligación en que estoy,  
 porque encarecer no puedo  
 cuanto vuestro, señor, soy.  
 En fin, llegó mi partida,  
 la hora el punto temida,  
 por Dios, del amor que os debo.  
 TIB. Lloro.  
 CAR. ¡Qué honrado mancebo!  
 ¡Llévame el alma y la vida!  
 Si no me hubieras mandado  
 ir a Flandes a buscar  
 mi hermano, amor le he cobrado,  
 que con él pasara el mar  
 y no dejara su lado.  
 Con tu licencia, a la playa  
 quiero acompañarle.  
 FÉL. ¡Que haya  
 tal bondad en esta gente!  
 CAR. ¡Que sin hacerle pariente  
 nuestro de casa se vaya!  
 TIB. ¿Pues qué, casarle quisieras  
 con Drusila?  
 CAR. Y diera yo  
 la parte que tú me dieras.  
 TIB. ¿Llegó con prisa?  
 CAR. Llegó  
 no más de que le perdieras.  
 TIB. Hijo, esos brazos me dad.  
 FÉL. Como a mi padre y señor.  
 DRU. Y a mí también me abrazad.

FÉL. Hacéisme grande favor.  
 DRU. Félix, de mí os acordad.  
 FÉL. No me olvidaré jamás.  
*(Sale TRISTÁN, lacayo.)*  
 CAR. ¡Hola, Tristán!  
 TRI. Aquí estoy.  
 CAR. ¿Has ensillado?  
 TRI. No hay más  
 de subir.  
 FÉL. Muriendo voy.  
 DRU. Mas con dos almas te vas.  
*(Vanse y salen LIRENO y TRACIO, que se van a embarcar.)*  
 LIR. Compré esta licencia allí  
 y puse el nombre.  
 TRA. Yo fui  
 en eso más venturoso,  
 que es el alférez Reinoso  
 del lugar en que nació.  
 A su sombra voy.  
 LIR. ¡Qué mal,  
 pluguiera a Dios, que yo fuera  
 arrimado a un árbol tal!  
 ¿Y es esta la vez primera  
 que va el alférez real?  
 TRA. Sospecho que otra pasó.  
*(Vanse y salen ALCINO y LORISO y un MOZO con unos  
 fardos.)*  
 LIR. Vámonos.  
 ALC. ¿Y compraste?  
 LOR. Yo  
 dos cajas de mermelada.  
 ALC. ¿Mareáisos?  
 LOR. Que no es nada.  
 ¿Y vos, Alcino?  
 ALC. Yo no.  
 LOR. Mucho es que no os mareéis,  
 porque suele ser común.  
 ALC. O importa que cuando entréis  
 tendido como un atún  
 sobre el catre me veréis.  
 Aceitunas he comprado.  
 LOR. Quitan la revolución  
 del estómago estragado.  
 ALC. Todo mi remedio son.  
 LOR. ¿Lleváis bizcocho?  
 ALC. Extremado;  
 como roscas de Gandul.  
 LOR. Echad el ojo al baúl.  
 ALC. ¿Con qué andaréis en la mar?  
 LOR. Este me pienso quitar.  
 ALC. Poneos el vestido azul.  
*(Vase y salen CORRAL y JUANA.)*

JUA. San Telmo vaya contigo,  
luz destos ojos, en quien  
me miraba.

COR. ¿Qué la digo?  
Tráteme esos ojos bien.

JUA. No puedo, Corral amigo,  
que siento mucho su ausencia.

COR. Hermana Juana, paciencia;  
ese hombre me ha obligado  
a que me vaya soldado  
con el fin desta pendencia.  
Haz como mujer de bien;  
está en tu puerta el pandero,  
toca a lo honesto también,  
sin llamar, como ropero,  
a los que la tienda ven.  
Ponme treinta candelillas  
a la Antigua y adiós, Juana.

JUA. Toma, lleva estas manillas.

COR. Yo escribiré de la Habana.

JUA. ¡Que una hora en estas orillas  
no te pudiera gozar!

COR. Ten cuenta de no te asir  
con la Juárez, que el callar  
importa; que en verme ir  
ya no te han de respetar.  
Está en tu silla también,  
que todo el mundo te abone;  
canta a los que en corro estén,  
que nadie se descompone  
con una mujer de bien.

JUA. ¡Ay de mí, que ya echo menos  
tus consejos y tu amparo!

COR. Adiós, mis ojos serenos;  
que si lágrimas reparo  
doy suspiros como tñenos.  
*(Vanse y salen tres PILOTOS.)*

PII. 1.º Comprastes hartas cebollas.

PII. 2.º Así pudieran servir  
para que hiciéramos ollas.

PII. 3.º Habrálas hasta salir.  
Martínez lleva dos pollas  
que le ha dado su mujer.

PII. 2.º Jira, por Dios, ha de haber.

PII. 1.º Yo llevo treinta limones.

PII. 3.º Adiós, albures y ostiones,  
hasta que yo os vuelva a ver.

PII. 2.º Adiós, puerta de Triana.

PII. 3.º Arenal, barquita, adiós.  
*(Vanse y salen CARLOS y FÉLIX.)*

FEL. Quien tanto el alma os allana  
gran parte deja con vos.

PII. 3.º ¡Hola, acosta la tartana!

CAR. Yo os conozco muy de veras.  
Félix, la merced, decid,  
vuestro cuento.

FEL. Pues, riberas,  
aguas y peñas: oid  
de un hombre las ansias fieras.  
Lo más alto de Toledo,  
ciudad famosa de España,  
tiene un templo santo, a quien  
San Miguel el Alto llaman.  
Diéronle muy propio nombre,  
ya que en lo más alto estaba;  
porque es bien que en alto estén  
los ángeles de la guarda.  
Allí, la dama que os dije,  
por quien a los vientos daba  
suspiros cuando venía  
desde la puerta a la playa.  
Habléla primera vez,  
y allí quedó concertada  
también la primera vista,  
de mis desventuras causa.  
Creció este amor solamente  
lleno de honestas palabras;  
que cosa menos que honesta  
nunca tuve desta dama.  
Y no es defender su honor,  
porque aquí poco importaba,  
pues vos no la conocéis,  
confesaros lo que pasa.  
Bien es verdad que no creo  
que su afición fuese tanta,  
que si lo fuera, no hay duda  
sino que de ella gozara.  
Hice a un famoso pintor,  
divino en naipes y tablas,  
que me copiase su rostro  
mirándola a la ventana.  
Y éste y cuarenta papeles  
que estos dos listones atan  
vienen aquí, contra mí  
requisitorias del alma.  
Es el retrato el juez  
y el proceso aquestas cartas;  
danne tormentos de ausencia,  
con que la vida me acaban.  
Todos estos quince días  
que he vivido en vuestra casa  
los he pasado muriendo  
con memorias que me matan.  
Dormía en vuestro aposento,  
y esta fué, Carlos, la causa

de dar, de noche, suspiros  
 hasta los rayos del alba.  
 Fingí que estaba enfermo;  
 fué pretendiendo callarla;  
 pero ya el alma no quiere,  
 viendo que de vos se aparta.  
 Yo me voy, Carlos querido,  
 como ves, a Nueva España;  
 Nueva España para mí,  
 pues dejo en el viaje el alma.  
 Confeséme para entrar  
 en la mar soberbia y brava;  
 que va un hombre a desafío  
 con su dicha y con sus aguas.  
 Mandáronme que rompiese  
 las memorias que llevaba;  
 que también se rasgan ellas  
 si los testigos se rasgan.  
 Yo con lástima que tengo,  
 de que palabras tan altas,  
 que en género de papeles  
 los más discretos igualan,  
 a mis manos pereziesen  
 por no rasgar mis entrañas,  
 pues donde mi alma dice  
 había de romper mi alma.  
 Y porque aqueste retrato,  
 si hecho pedazos quedaba,  
 no muriese despenado  
 de mi amor en mi desgracia.  
 Porque quien rompe la imagen,  
 lo que representa agravia,  
 y el retrato es una cifra  
 del valor de quien retrata.  
 Quise, como Eneas, piadoso,  
 no de las troyanas llamas,  
 sino de mi propio incendio  
 sacar mis prendas amadas,  
 dándolas a tal amigo  
 en resguardo y confianza  
 de nuestra amistad y fe  
 y excusarme de llevarlas.  
 Si Dios quisiere que vuelva  
 de aquesta larga jornada  
 y estuvieres en Sevilla  
 vuelto de la tuya larga,  
 darásme, Carlos, mis prendas,  
 y si no, con no rasgallas  
 y dar velas he cumplido  
 con tu amistad y mis ansias.

CAR.

No puedo, Félix amigo,  
 decirte en la obligación  
 que me has puesto; pero digo

que dentro del corazón  
 irán tus prendas conmigo.

Y guardándolas en él,  
 tú verás que he sido fiel  
 cuando en esta misma orilla  
 vuelvas a ver a Sevilla  
 a pesar del mar cruel.

Parte seguro, que están  
 en este inviolable archivo,  
 donde ellas mismas dirán  
 que como aquí las recibí  
 a su mismo dueño van.

Ni el papel pienso leer  
 ni el retrato hermoso ver.

FÉL.

No quiero tanto rigor.

CAR.

Ni yo, aui burlando tu amor  
 y mi lealtad ofender.

FÉL.

Licencia te doy que veas  
 mi prenda, mas con aviso,  
 ya que en mirarla te empleas,  
 que es espejo de Narciso,  
 pues lo imposible deseas.

Y si leer te agradare  
 algún papel, bien podrás,  
 como la vista no pare,  
 porque es peste, y morirás  
 de la que yo te pegare.

Que si en una carta viene  
 a quien de bañarla en llanto  
 primero no se previene,  
 daña a los principios tanto  
 que, al fin, remedio no tiene.

CAR.

No hayas miedo que me vea  
 en este peligro yo  
 ni que tus papeles lea.

(Disparan.)

FÉL.

Esta pieza disparó.

CAR.

Irse esta gente desea.

Dame tus brazos, y al barco  
 pon el pie en nombre de Dios.

FÉL.

Adiós, que en este me embarco.  
 Si nos veremos los dos...

CAR.

Saldrá el sol y verá el arco.

Cesará la tempestad  
 y en esta misma ciudad,  
 y en mi casa, nos veremos.

FÉL.

Acosta el barco y los remos,  
 barquero amigo, tomad.

Guardad el alma que os dejo,  
 Carlos.

CAR.

Como propia mía.  
 ¡Que os alejáis!

FÉL. Ya me alejo.

(*Vase.*)

CAR. Yo pierdo en vos este día  
de mi vida el mismo espejo.  
¡Oh vana curiosidad  
de los humanos antojos!  
Apenas con brevedad  
parte el barco de mis ojos  
cuando rompe el amistad.

No porque le soy ingrato;  
mas porque, si he de decir  
verdad, sea o no mal trato,  
no me puedo resistir  
de no mirar el retrato.

El surca el agua y yo estoy  
desatando los candados  
de aquella fe que le doy;  
que estos listones atados  
muestran bien, cuán libre soy.

Ya he quitado la lazada,  
este es el primer papel.

(*Lee.*)

Y dice: «Estoy lastimada  
de que fuese tan cruel,  
mi bien, la noche pasada.

Porque quisistes estar  
al agua...» Mas, ¿por qué leo  
hasta que al dueño mirar  
pueda, que mirar deseo?  
Mas quiero mirar al mar.

¡Jesús!, ya llega a la nave  
la barca; no hay que temer.  
¡Ea!, que el retrato es grave.  
¡Por Dios, que es bella mujer  
y que es razón que la alabe!

Que si ella es como hasta aquí,  
no hay más bien que desear  
ni yo más belleza vi.  
Entró Félix en el mar  
y dejó su fuego en mí.

Todo lo habrá menester  
para aplacar el que lleva;  
que bien se ha echado de ver  
en que esta mujer me mueva  
sin ver aquesta mujer.

Bien me parece en extremo,  
diera por vella un tesoro,  
y a su profecía temo,  
pues sin guardalle decoro  
al mismo fuego me quemó.

Pestilencia me decía  
que en el papel hallaría.

Bien hablaba de experiencia;  
pero no es su pestilencia,  
sino la flaqueza mía.

Mas lo que es curiosidad  
también sería locura  
pensar yo que es voluntad.  
¡Oh peregrina hermosura,  
hablad, bien podéis, hablad!

Palabras vuestras son éstas  
y a vuestro amante respuestas  
con éstas me dijo aquí.

Luego no os pese que a mí  
me sirvan, si son honestas.

¡Oh, amor, que a los más fieles  
amigos derribar sueles,  
ten de mi dolor mancilla!  
Quiero volverme a Sevilla  
leyendo en estos papeles.

(*Vase y sale DRUSILA.*)

DRUSILA.

Bastaba, fiero amor, haber rotpido  
las maravillas del pecho de diamante.  
más firme, más rebelde, más constante  
que de romana ni de griega ha sido,

sin dar lugar a que, mi bien partido,  
de ver partido el corazón me espante,  
alma en que navega semejante,  
viendo el troyano, como Elisa Dido,

embarcarte en mis ojos, fiero Eneas,  
caminaras a una alma toda fuego,  
si a Troya por la mar volver desear,  
o anegarte de mi llanto ciego;  
que no es posible que en el mar te veas  
con más rigor que donde yo me anego.

(*Sale CAMILA.*)

CAM. Da licencia, por tu vida,  
a que Ricardo te vea.

DRU. Si acabárnuela desea,  
venga tras esta partida.

CAM. ¿A tu primo has de negar  
que entre en tu casa?

DRU. Si fuera

primo como ser debiera,  
nunca le estorbara entrar;  
pero si ha dado en galán,  
y es necio tras ser pesado  
y, tras galán, desdichado,  
que así enlazándose van  
las virtudes de Ricardo,  
¿cómo quieres tú que admita  
su larga y necia visita,  
donde, como un bronce, aguardo?

¿Quieres que acaso me duerma,  
Camila, en aquel estrado,  
que bostece, por enfado,  
y finja que estoy enferma?

CAM. No es tan malo ni tan feo  
como le pintas, que en todo  
lo que has dicho deste modo  
sola un cosa te creo.

DRU. ¿Y es?

CAM. Que ha sido desdichado  
en no agradarte jamás.

DRU. ¿Desto te enfadas no más?  
Por mi vida, ¿qué te han dado?

CAM. No me ha movido interés,  
sino razón.

DRU. ¡Y que tal!  
Entre a tratarme tan mal,  
como tú verás después,  
pues sólo saco por fruto  
dolor de cabeza.

CAM. Estimo  
la merced.

DRU. Esto de primo  
lleva por salvoconducto.

(Salen RICARDO y FLORIÁN, criado.)

RIC. ¿Estará ya negociado  
que la vea, mi Camila?

CAM. Sola está, señor, Drusila.

RIC. ¿Adónde, amiga?

CAM. En su estrado.

RIC. Mi señora.

DRU. Primo mío.  
¡Hola, una silla!

CAM. Aquí está.

RIC. ¿Cómo estáis?

DRU. Buena estoy ya.

CAM. Desvíe.

FLO. Ya me desvíó.

¿Pero de qué es el enojo?

CAM. ¿Qué es de aquella gargantilla?

FLO. No la hallé en toda Sevilla;  
que, aunque me costara un ojo,  
esa garganta ciñera.  
Mas pídelas de otra hechura.

CAM. Nunca tengo yo ventura.  
A fe que si la pidiera  
a Tristán...

FLO. ¿Celos o qué?

¡Pues con un lacayo a mí!

CAM. ¿Pues qué es él?

Yo, paje.

CAM. ¡Ah, sí!

También el otro lo fué,  
y no es tan grave delito  
tener cuenta de un caballo,  
y con mil honras.

FLO. Andallo.

¡Si la pretina me quito,  
vive el que puede!...

CAM. Desvíe,  
que le asentaré.

RIC. ¿Qué es eso?

DRU. No serán cosa de peso,  
pues que Camila se ríe.

FLO. Díjale que me vendía  
cierta caja para cuellos  
la que te los abre, y dellos  
burla, como siempre, hacía.

Y prohée a deshacer  
con el molde de la mano.

RIC. Salte allá, Florián.

CAM. Hermano,  
hasme de echar a perder.  
Salte allá. que les diré  
lo que sabes que ha pasado.

FLO. Pues di que a un lacayo has dado,  
Camila, palabra y fe  
de que no quieres ser mía.

CAM. Mientes.

FLO. El que miente, miente  
a ley del duelo.

RIC. Accidente  
de esa tristeza sería.  
¿Y cuándo Carlos se va  
a Flandes?

DRU. Luego se parte.

(Salen CARLOS y TIBERIO, su padre.)

CAR. Que de ti, señor, me aparte  
es forzoso, y tiempo es ya.

TIB. Tu hermana está aquí y tu primo.

RIC. Tu padre y mi primo son.  
Venir a tal ocasión,  
Carlos, en extremo estimo.

En fin, ¿a Flandes te vas?

CAR. Agora a Madrid me voy;  
pero en todas partes soy  
tuyo, y cuando ausente, más.

Paso a Flandes a buscar  
mi hermano, que creo que es muerto  
mi padre (1); y, cierto o incierto,  
muy pronto pienso tornar,  
si Dios me diere salud.

(1) Aquí hay error; pues Carlos es hijo de Tiberio,  
que se halla presente.

RIC. El os volverá con bien  
y él lo estará también.

TIB. Tengo, Ricardo, inquietud  
en el alma, tan extraña,  
que no me deja vivir.  
Querría, y luego morir,  
ver a mi Enrique en España.  
Ha diez meses que no escribe.  
¿Quién duda que muerto está?

RIC. Vivo, señor, estará.  
El viva y tú un siglo vive.  
Mas, ¿cómo va por la corte  
Carlos?

TIB. Ha de ir con el Duque,  
porque el señor Archiduque,  
que a Namur con bien aporte,  
se le ha mandado llevar  
en su servicio, y él gusta  
de hacerme esta honra.

RIC. Es justa.

CAR. Ya es hora de caminar,  
que querría ir a dormir  
al Oro.

TIB. Venga Tristán;  
veamos, si a punto están  
las mulas para partir.

CAM. ¿Luego Tristán va a Madrid?

FLO. ¿Qué le digo, mi señora?  
Hágame fieros agora.  
¿Lloras?

TIB. ¡Ea!, pues partid.  
*(Sale TRISTÁN, de camino.)*

TRI. Ya está todo aparejado  
y en aquel portamanteo  
puesto tu vestido.

CAR. Creo  
que irá mejor sin vestido,  
que el dinero es cantidad  
y es cansar la bestia.

TIB. Bueno;  
mereces que a ti del freno  
te pusiesen la mitad.  
¡Suden, cuerpo de mi sayo,  
que bien las pagas!

CAR. Drusila  
es causa.

TRI. Y tú, mi Camila,  
oye a este pobre lacayo.

CAR. Hermana, mi hermana eres,  
no tengo más que decir;  
nacimos para servir  
los hombres a las mujeres.

Yo he de parar en Toledo  
algunos días; si acaso  
te escribiere...

DRU. Habla; mas paso,  
que tengo a Ricardo miedo.

CAR. Respóndeme, y entretén  
a mi padre, a quien dirás  
que las cartas que le das  
vienen de Flandes también.  
Las que él te diere encamina  
adonde yo te escribiere.

DRU. El secreto que requiere  
tu gusto mi amor me inclina.  
Pero dime la ocasión,  
así Dios te dé ventura.

CAR. Basta saber que es locura.

DRU. ¿Qué, por tu vida, afición?

CAR. Sí, a fe.

DRU. Pues di, mentecato,  
¿eso escondías de mí?  
Quién es la mujer, me dí.  
No es mujer, sino retrato.  
¿Cómo?

CAR. Félix, en la orilla  
del mar, conmigo lloró  
y este retrato me dió.  
¿Es de mujer de Sevilla?

DRU. Que no, sino de Toledo,  
donde estaba enamorado,  
y por entrar confesado  
tuvo al mar y al cielo miedo.

CAR. Y él y cuarenta papeles  
en tal punto me dejó,  
que de verle y leerlos yo  
paso mil penas crueles.  
Como tengo de pasar  
por Toledo, quiero ver  
de paso aquesta mujer  
y procurar el hablar.  
Si es mentirosa la fama  
y no habla como escribe  
y si la dama que vive  
no es, como el retrato, dama,  
pasaré a la corte luego.  
Si es tal, estaré unos días  
por dar a las ansias más  
o más descanso o más fuego.  
¿No te agrada la mujer?  
¿No hablas?

DRU. Dame el retrato.

CAR. ¿Estás loca?

DRU. De aquí a un rato,  
Carlos, le quiero volver.

CAR. Suelta.  
 DRU. No le has de llevar.  
 CAR. Suelta digo.  
 DRU. Suelta tú.  
 CAR. Suelta, o haréte...  
 DRU. ¡Jesú,  
 la mano me has de quebrar!  
 TIB. ¿Qué es eso?  
 DRU. Quiere llevarme  
 un anillo Carlos.  
 TIB. ¿Pues  
 qué importa que se le des?  
 CAR. ¿Pues tú pretendes quitarme  
 el retrato, hermana ingrata?  
 DRU. Era porque no te pierdas,  
 pues que con verle te acuerdas  
 de los ojos con que mata.  
 ¡Ah traidor Félix, que en algo  
 topaba el faltarte amor!  
 Jurabas, Félix traidor,  
 por la fe de honrado hidalgo,  
 que los negocios del mar  
 te forzaban a temer  
 y amabas a otra mujer.  
 Este sí que es mar de amar.  
 Rabio de celos. ¿Qué haré?  
 TIB. Al tocar los sube y parte.  
 RIC. Yo tengo de acompañarte.  
 CAR. ¿Cómo, primo, estando a pie?  
 RIC. No estoy, que a caballo vengo.  
 Di que le metan, Florián,  
 al poyo de ese zaguán.  
 DRU. Morir de tristeza tengo.

(*Vanse y quedan TRISTÁN y CAMILA.*)

CAM. ¿No me hablas?  
 TRI. ¿Cómo puedo?  
 CAM. En fin, Tristán, ¿que te vas?  
 TRI. Bien ves que no puedo más;  
 voyme, Camila, a Toledo.  
 CAM. ¿Qué me has de traer de allá  
 mientras me quitas el sueño?  
 TRI. Un Toledito pequeño  
 con que te huelgues acá.  
 Pero no puedo pararme,  
 que piden las mulas.  
 CAM. Di:  
 ¿hasta de acordar de mí?  
 TRI. No, porque no he de olvidarme.

(*Vanse y salen TEÓFILO, viejo, y LUCINDA, su hija.*)

TEÓ. Bastaba ser gusto mío  
 para no me dar contento.

LUC. En esto de casamiento  
 no has de forzar mi albedrío.  
 TEÓ. Yo te juro que si fuera  
 el que ya va por la mar  
 que tú me hicieras pasar  
 cuando yo no lo quisiera.  
 LUC. No creo que has conocido  
 cosa en mí menos honesta.  
 TEÓ. No lo es aquesta respuesta.  
 LUC. Ni el que me das por marido.  
 TEÓ. Ponle una falta.  
 LUC. ¿Una sola?  
 TEÓ. ¿Tantas tiene?  
 LUC. Son sin fin.  
 El es un hombre ruin,  
 aunque estandarte enarbola.  
 TEÓ. Es porque una vez echó  
 a Félix de nuestras puertas,  
 a la media noche abiertas.  
 LUC. ¿Eso quién lo ha visto?  
 TEÓ. Yo,  
 que lo pude ver y oír,  
 que la puerta abierta estaba.  
 LUC. Pero no dirás que entraba  
 o que le vieron salir.  
 TEÓ. Eso ya fuera llegar  
 a lo que en ti fuera error.  
 LUC. Extraño modo, señor,  
 es de quererme casar  
 querirme hacer tan liviana  
 con Félix.

TEÓ. Esto es querer  
 dar con tiempo de comer  
 adivinándola sana.  
 Como vi que te querías,  
 por haberme descuidado,  
 casar, hame desvelado  
 las noches de aquestos días.  
 Y antes que sin mi licencia  
 te casé y tú misma a ti,  
 casarte yo, porque así (1)  
 no salgas de mi obediencia.  
 Si eres, Lucinda, mujer  
 y yo padre descuidado,  
 a la puerta que has llamado  
 a esa quiero responder.  
 La flor no se ha de dejar  
 que pierda vista y olor,

(1) Este pasaje está errado: quizá diría el autor:

Y antes que sin mi licencia  
 te cases tú, resolví  
 casarte yo, etc.,



que cuando brota la flor  
entonces se ha de cortar.  
Cuando están las hojas grandes,  
de sí mismas caen en tierra.  
LUC. Esto todo, ¿en qué se encierra?  
Que yo haré cuanto me mandes.  
TEÓ. En casarte con Mauricio.  
LUC. ¿Daréte gusto?  
TEÓ. Notable.  
LUC. Di que Mauricio me hable.  
*(Salen MAURICIO y ROBERTO, criados.)*  
MAU. Aquí estoy a tu servicio.  
LUC. ¡Qué a punto que estaba todo!  
MAU. Amor, señora, me abrasa;  
éste me trujo a tu casa  
deste intento y deste modo.  
Indigno soy de ser tuyo;  
mas dícenme mis enojos  
que en la gloria de tus ojos  
consiste el remedio suyo.  
No te esquivés de estimar  
un hombre humilde a tus pies.  
LUC. Notable desdicha es  
forzosamente casar.  
No, porque Félix de mí  
fué deseado o querido,  
y más después de partido,  
sin necesidad, de aquí.  
Que hombre que pudiendo estarse  
se ausenta con libertad  
no merece voluntad;  
mas pudo y quiso ausentarse.  
Mas porque aborrezco este hombre  
y he huído siempre dél,  
causándome enojo en él  
hasta su memoria y nombre.  
Ahora bien; si yo nací  
con esta dicha paciencia,  
la voz de un padre es sentencia,  
no hay apelar desde aquí.  
Consuelo me puede dar  
ver que estando aborrecida  
trataré tan mal mi vida  
que la deje de tratar.  
TEÓ. ¿Haste resuelto?  
LUC. Ya estoy  
resuelta.  
TEÓ. Dale la mano.  
LUC. Eso es agora temprano,  
sola la palabra doy.  
Y no me aprietes así,  
saca licencia primero.

TEÓ. Bien dice, sacarla quiero.  
MAU. Basta que haya dado el sí.  
TEÓ. Ve a contar a tus amigos  
que esta noche te desposas,  
y las vecinas hermosas  
nos honrarán por testigos.  
Que aunque más hermosas sean,  
no haya miedo que a Lucinda  
ninguna en belleza rinda.  
MAU. Eso en mis ojos lo vean;  
que si con ellos la miran  
no hallarán sol que la iguale,  
que en su oriente apenas sale  
cuando mil almas suspiran.  
TEÓ. Vamos por esta licencia.  
MAU. Pedirla quiero a mi esposa.  
*(Vase TEÓFILO.)*  
LUC. Id norabuena.  
MAU. ¡Qué hermosa,  
qué majestad de presencia!  
¡Ay, Roberto!  
ROB. ¿Podré darte  
el parabién?  
MAU. Sí, Roberto.  
ROB. ¿Que te casas cierto?  
MAU. Cierto.  
ROB. Dame algo.  
MAU. ¿Qué puedo darte?  
ROB. Con un vestido me pagas.  
MAU. ¿Cuándo?  
ROB. El día de la boda,  
por que bailándola toda  
de verme te satisfagas.  
MAU. Yo te lo mando, Roberto.  
Mira qué ángel está allí.  
ROB. A lo menos para mí,  
que con su luz me ha cubierto.  
*(Vase MAURICIO y ROBERTO.)*  
LUCINDA.  
Los trabajos extraños y excesivos,  
hambre y cansancio, sed y graves penas  
que pasan en mazmorras y cadenas (1)  
los que en Constantinopla están cautivos.  
Los de tiosos y montes tan altivos  
que se pasan de Libia en las arenas;  
las tormentas del mar, de las sirenas,  
donde tan pocos escaparon vivos.  
Las centinelas del invierno en Flandes;  
de Ulises hasta Grecia las historias;  
forzar el gusto, hacerle a quién le fuerza;

(1) En el original «sagenas».

sufrir del poderoso agravios grandes,  
 todos parecen descansadas glorias  
 si se comparan al casar por fuerza.

(*Salen, de camino, CARLOS y TRISTÁN.*)

CAR. Digo que es la casa aquí.

TRI. Llegas, que es alta invención.

LUC. ¡Jesús!, forasteros son.  
 ¿Dónde o cómo entráis aquí?

CAR. No entendí que en el portal  
 estaba vuestra merced.

LUC. Que me he enfadado creed.

CAR. ¡Qué hermosura celestial!  
 Sin duda que este es el dueño  
 de aquel divino retrato.

LUC. ¿Qué quieres?

CAR. Dejádme un rato  
 ver ese cielo pequeño;  
 dejádme alentar, señora;  
 que como entré de improviso,  
 falta el natural aviso  
 para responder agora.

Cobre el corazón turbado  
 fuerzas, aunque no es posible,  
 que hará con el apacible  
 si así mata el rostro airado.

LUC. Caballero parecéis,  
 ya quiero desenojarme;  
 por eso y por enterarme  
 de lo que agora queréis.

Que a un espuelas calzadas  
 se perdona todo error;  
 que son máscaras, señor,  
 que entran en todas posadas.

CAR. De que en la vuestra me entré  
 ya tengo el pago debido;  
 que puesto que yerro ha sido,  
 lo que buscaba acerté.

Hijo de Tiberio soy,  
 y a vuestro padre he buscado.  
 LUC. ¿Qué Tiberio?

TRI. ¿Si has errado?

CAR. Sospecho que errado voy.

¿No vive Sibaldo aquí,  
 padre de Félix?

LUC. ¿Qué es esto?

CAR. ¡Qué demudada se ha puesto!

LUC. Quiero decirle que sí.

Sí, señor; esta es su casa.

CAR. ¿No ves? Engañarnos quiere,  
 porque ya por saber muere  
 lo que de su amante pasa.

TRI. Engañala tú mejor

con decirle la verdad.

CAR. Bien contra mi voluntad  
 soy trágico embajador;

pero mi padre, señora,  
 que del vuestro es tan amigo,  
 quieren que vengan conmigo  
 aquestas nuevas agora.

¿No sois de Félix hermana?

LUC. Sí soy.

CAR. ¡Pues Félix es muerto!

LUC. ¿Cierto, caballero?

CAR. Cierto,  
 y de una muerte inhumana.

Posó en mi casa diez días,  
 de donde al mar se partió,  
 aunque antes de entrar entró  
 en mil de lágrimas más.

En la nave más bizarra  
 de la flota, en fin, se fué.  
 ¡Nunca allá pusiera el pie!  
 Murió al salir de la barra.

Que cuando el mar, fiero, tira,  
 esta barra alcanza tanto  
 que a las estrellas da espanto  
 y allá sus arenas mira.

La gente, en fin, se perdió,  
 que fué una triste tragedia  
 que Neptuno, en hora y media,  
 sobre el mar representó.

Y entre la ropa sacaron  
 la de Félix, que ya en sueño  
 eterno está, y por el dueño  
 a mi padre la llevaron.

En ella hallé este retrato  
 y legajo de papeles,  
 ni piadosos ni crueles,  
 mas con honesto recato.

Que no duermo sin leer,  
 que es condición y costumbre,  
 si no me acuesto sin lumbre  
 o vengo al amanecer.

Y no habiendo libro alguno,  
 en el camino leí  
 todos los que veis aquí,  
 muy despacio, uno por uno.

Y deste retrato y dellos  
 tan enamorado estoy,  
 que a buscar el dueño voy  
 para servirle con ellos.

Sean tiernas o crueles  
 sus manos, que a ellas vengo,  
 dalles aquesta alma tengo  
 envuelta en estos papeles.

Muerto es mi amigo, y yo gusto de heredar sus pensamientos, sus deseos, sus tormentos, sea o no término injusto.

Que pues él no la gozó y la amistad nos ha hecho dos almas en solo un pecho, yo soy él, pues él fué yo.

Vengo a pretender casarme con ella, si quiere Dios, y conformamos los des.

No querrá el padre estorbarme, y no hará, que con el mío tiene notable amistad. En mi hacienda y calidad también, señora, confío.

Suplícoos, aunque a tal nueva ninguna cosa debáis, que la casa me digáis donde tanto amor me lleva.

Que, como hermana, este trato sabréis y dónde tenía Félix su gusto y vivía el dueño deste retrato.

I.U.C. La pena del muerto hermano por escucharos suspendo y por deciros que entiendo que es vuestro camino en vano.

Que en este punto que os digo a esa dama concertó casar su padre, y fui yo la tercera y el testigo.

CAR. ¿Que se ha casado?  
LUC. Tratado.

CAR. ¿Y será?  
LUC. No sé, por Dios. Pero intentemos los dos estorbar lo concertado.

Decid que sois primo mío, que yo una carta os daré de Cádiz y miraré firma y letra de mi tío.

Posaréis dentro de casa y vos a nadie diréis lo que de Félix sabéis ni lo que en la flota pasa.

CAR. Haréisme favor notable. Tristán, ¿entiendes aquesto?  
TRI. ¡Qué bravo embuste ha compuesto!

CAR. Señora, porque no hable cosa que presuma error, de los nombres me avisad.  
I.U.C. Dionisio vos os llamad

y vuestro padre, Antenor; llamad al mío Teofilo; mi tía, Aurelia se llama. ¡Qué bravo embuste!

CAR. De fama.

CAR. Linda herida.

TRI. Por el filo.

I.U.C. Venid, que os quiero llevar, mientras que mi padre viene, adonde su estudio tiene, y allí podremos hablar.

TRI. Ya te va pouiendo el cebo, y en el mismo has de caer.

CAR. ¡Jesús, qué hermosa mujer!

I.U.C. ¡Jesús, qué galán mancebo!

## ACTO SEGUNDO

(Salen CARLOS y LUCINDA.)

CAR. ¿Que ha de ser mi mal notorio, que llorando no te obligo?

I.U.C. No puedo, Carlos amigo, impedir el desposorio.

Mientras, en forma de primo, has vivido en esta casa, viendo lo que en ella pasa y lo que a Mauricio estimo,

has conocido mi pecho y lo que hiciera por ti, pues también pagaba así lo que por mí tienes hecho.

Supiste que era la dama a quien Félix quiso bien y de ti supe también que te enamoró mi fama,

y que no fué yerro entrar buscando a Sibaldo aquí, sino entrar por verme a mí, a quien vienes a buscar.

Que te he cobrado afición y que la tuya te pago, no lo dudes, pues que hago tan grande demostración.

No te llares desdichado, que yo soy la desdichada, pues no hay muerte más airada que un matrimonio forzado.

Tú, amigo, a Flandes te irás, y como hay leguas tan grandes, antes que llegues a Flandes deste amor te cansarás.

Que no en la primer ciudad,  
pero en la primera venta  
entrará todo en la cuenta:  
díneros y voluntad.

Y más que vas por Madrid,  
que es otro río Leteo  
donde se pierde el desseo,  
si es más valiente que el Cid.

Vas agora moscatel;  
pescaráte alguna diosa,  
más regalona que hermosa  
y más blanda que cruel,

y en dos días le darás  
mi retrato, que escapó  
del mar por que viese yo  
el de tus ojos no más.

En el cual, siendo sirena,  
confieso que me engañaste  
y que el alma me dejaste  
de tus pensamientos llena.

Pero como yo tenía  
dada palabra, he de ser  
deste Mauricio mujer;  
cúmplola llegado el día.

CAR. En fin, ¿la cumples?  
I.U.C. ¿Qué puedo

hacer fuera de cumplilla?

CAR. ¡Nunca dejara a Sevilla,  
nunca viniera a Toledo!

En mal punto a Félix vi,  
en desdichado le hablé,  
en trágico al mar se fué,  
pues yo solo el curso fuí.

¿Por qué no me despedías  
el día que llegué a verte?

¿Por qué, señora, mi muerte  
me encubriste tantos días?

¿Por qué quisiste que fuese  
huésped y primo fingido?  
Pues mayor rigor ha sido  
querer que te conociese.

Si allí me desengañaras,  
a Madrid pasara luego,  
donde tuviera sosiego  
primero que te casaras.

No sé qué pudo moverte  
a detenerme, a matarme.

I.U.C. El ver por fuerza sacarme  
y por dilatar mi muerte.

CAR. Pues qué poder era el mío  
para cortarte la soga?

I.U.C. ¿No has visto cuando se ahoga  
un hombre dentro de un río

que se ase, estando en medio  
del agua, del hombre o ropa  
a lo primero que topa  
pensando que es su remedio?

Pues así yo asida de ti, (1)  
cuando me estaba ahogando,  
porque venías nadando  
adonde yo me perdí.

CAR. Notable es tu entendimiento;  
pero ya que a mí te asiste,  
¿por qué dejarme quisiste  
en medio tanto tormento?

Si no deja el que se ahoga  
lo que asió, ropa o amigo,  
haz tú lo mismo conmigo  
y la palabra deroga.

Ahuguémonos los dos,  
no quieras sola morir.

I.U.C. Los hombres sabéis decir.

CAR. Y hacer sabemos, por Dios.

I.U.C. Es tanto lo que aborrezco  
este hombre, que un disparate...

CAR. Paso. ¿Quieres que le mate?

I.U.C. Algo menos lo encarezco.

No, sino que me atreviera  
a mi honor, por no casarme,  
si gustaras de llevarme  
donde jamás pareciera.

Pésame de haber hablado;  
no digo nada, mentí.

CAR. No os arrepintáis así,  
señora, de haberme honrado  
ni volváis un punto atrás  
de ese heroico pensamiento.

I.U.C. No, Carlos, que hablaba a tienta;  
no hablemos en esto más.

CAR. ¿Cómo no? Si vos tenéis  
ánimo, venid conmigo,  
que hasta que me case os digo  
que de mí segura estéis.

Y esta palabra le doy  
al cielo.

I.U.C. No sé qué diga.

Vuestra persona me obliga,  
a quien inclinada estoy,  
y deste hombre el odio fiero  
a hacer tan grande locura.

CAR. No temáis, que esa hermosura  
no es para hombre tan grosero.

Venid a Flandes conmigo,  
bastante dinero llevo;

(1) Verso largo y además sin sentido. Probablemente deberá decir: «así yo me así de ti».

- cumpliré con lo que os debo,  
de que a Dios palabra obligo.
- Y si El nos deja volver  
a Sevilla, allí tenemos  
cuanto desear podemos.
- LUC. En fin, ¿soy vuestra mujer?
- CAR. Sin duda.
- LUC. Pues venga al punto  
Tristán a la falsa puerta  
que cae sobre esa luerta.  
Y si es fiel os pregunto.
- CAR. Hanle mis padres criado;  
es honrado por extremo.
- LUC. No porque el llevarme temo,  
que eso no me da cuidado;  
mas porque sacar querría  
mis joyas y lo que queda,  
que hoy he de hacer almoneda  
de la vida y honra mía.
- Extraña resolución.  
¡Ah, hombre, qué mal harías  
si a tantas hazañas mías  
les dieses mal galardón!
- CAR. Deja esos miedos agora  
y di dónde ha de llevarte.
- LUC. A esos montes a esperarte.
- CAR. ¿Cómo a esos montes, señora?
- ¿Pues yo dónde he de quedar?
- LUC. En casa, muy descuidado,  
y en tu aposento acostado  
por no dar qué sospechar.
- Porque si a un tiempo faltamos,  
dirán todos que me llevas,  
y como tú no te muevas  
mucho más seguros vamos.
- Demás que, como a sobrino,  
mi padre te ha de mandar  
seguirme, y tendrás lugar  
para ponerte en camino.
- De suerte, que con su gusto  
y dándote él su dinero  
me irás a buscar.
- CAR. No quiero,  
aunque era, Lucinda, justo  
esa industria encarecer  
ni darte agradecimiento,  
que un forzado casamiento  
desespera una mujer.
- Sea esto o sea mi amor,  
yo soy tuyo. Ya han cerrado;  
ve a prevenir con cuidado (1)
- la puerta del corredor,  
que yo voy a darle aviso  
de lo que ha de hacer Tristán.  
Sobre cena hablando están  
mi padre, Fabio y Leonido.  
Si no juegan irán luego.
- LUC. Vete.
- CAR. Voyme.
- LUC. ¿Ni una mano  
me das?
- LUC. Mano y pecho allano.
- CAR. Todo es nieve y todo es fuego.
- (*Vanse y salen MAURICIO y ROBERTO.*)
- MAU. En fin, ¿no acaba el vestido?
- ROB. Poco debe de faltar.
- MAU. Notablemente ha mentido.
- ROB. Bien le puede disculpar,  
que en sastres costumbre ha sido.
- MAU. Mas que sin él me desposo.
- ROB. Vestidos galanes tienes,  
escoge alguno costoso.
- MAU. De lo nuevo a saber vienes,  
que hace a un hombre más brioso.
- ROB. Según eso, un desposado  
con lo nuevo lo será.
- MAU. Roberto, el vestido usado  
menos brío a un hombre da  
porque va más descuidado,  
Saco buenos tafetanes.
- ROB. No hallaran en diez mil años  
mejor tela.
- MAU. Estarán frescos.
- ROB. Lo mismo, para gregüescos,  
sacaron dos capitanes.
- MAU. ¿Llevó Fabio la cadena?
- ROB. Llevóla.
- MAU. ¿Qué respondió?
- ROB. Que era en todo extremo buena.
- MAU. ¿Púsosela?
- ROB. Señor, no.
- MAU. ¿Qué hará agora?
- ROB. O vela o cena.
- MAU. Entiendo que habrá cenado;  
quiero visitar al viejo,  
y si no se ha retirado  
Lucinda, ver en su espejo  
todo el bien de amor cifrado  
Quédate esperando aquí.
- ROB. Entra, quizá jugará  
con su primo, si está allí.
- MAU. Si él, Roberto, allí está,  
gran ventura para mí;

(1) El original dice, por errata, «convidado».

que él la suele entretener  
para que la pueda ver.  
ROB. Entra, pues.

MAU. Aguarda un poco.  
ROB. Disculpa tiene este loco,

que es gallarda la mujer.

Y yo he sido desdichado;  
que si hoy la cadena envía  
conmigo, conmigo he dado  
en la hermosa Andalucía,  
que estoy de servir cansado.

Lleve el diablo este servir.  
Miren quién ha de sufrir,  
por una negra traición,  
estar en esta ocasión  
hasta las dos sin dormir.

Y quién por la falsa puerta  
ver cierta ninfa de casa  
que a Tristán la deja abierta,  
que yo sé que cuando amasa  
hasta el alba está despierta.

Entretendréme con esto,  
que dormir en el zaguán  
no lo tengo por honesto.

(Sale LUCINDA, en la puerta.)

I. UC. ¿Es Tristán?

ROB. Sí.

I. UC. Pues, Tristán,  
toma aquestas joyas presto,  
aguarda, que luego salgo.

ROB. ¡Linda cosa, a fe de hidalgo!  
Sin duda que era concierto.

¡Oh, venturoso Roberto,  
ya fuí venturoso en algo!

¿Írme? No, que es mejor  
llevarla al Andalucía,  
porque, en fin, no tengo amor.  
¿No salís, señora mía?

(Sale LUCINDA, con sombrero y capotillo.)

I. UC. Tengo notable temor;

Pero no tenga quien ama.

ROB. Acaba.

I. UC. Camina presto.  
Qué obscura noche.

ROB. De fama  
esta bellaca se ha puesto  
los vestidos de su ama.

(Vase y sale TRISTÁN.)

TRI. Pienso que a buen hora vengo,  
aunque me causa cuidado,

y no poco miedo tengo,  
este negro desposado,  
por quien me escondo y detengo;  
que le vi venir acá  
y no sé si dentro está,  
que suele rondar la puerta;  
pero la falsa está abierta,  
que la luz enfrente da.

Ya me debe de esperar;  
no querría que al salir  
nos viniesen a encontrar.  
¿Qué podré hacer o decir?  
¿Si me atreveré a cantar?

Mas tengo maldita voz;  
no me tiren un ladrillo;  
que hay perale tan feroz  
que quiere, más que sufrillo,  
de un arcabuz una coz.

Allá dentro hay gran ruido.  
¡Jesús!, ¿qué puede haber sido?  
Por ella están preguntando.  
Gente viene aquí rondando.  
¿Qué he de hacer? ¡Yo soy perdido!

(Sale un ALGUACIL y CORCHETE.)

ALG. Llegad y mirad quién es.

COR. ¿Quién va?

TRI. Soy un hombre honrado,

Soplavivo, ¿no me ves?

ALG. ¿Quién es?

COR. Un hombre embozado.

TRI. ¡Que no apretara los pies!

ALG. ¿Quién es vuesa merced?

TRI. Soy  
un hombre que acaso voy  
por esta calle.

ALG. Pues quiero  
saber si sois caballero.

TRI. Sí soy, y en mi casa estoy.

ALG. Desembócese. ¿Qué talle  
de caballero! ¿Qué hacía  
el picarón en la calle?

COR. Serán ladrones que espía.

ALG. Bien puedes, Lucio, agarralle.

TRI. Espérese.

ALG. Ya me espero.

TRI. ¿Por qué me quiere prender?

ALG. Porque dijo el muy grosero  
que era caballero.

TRI. Ayer  
iba, por Dios, caballero.

Curo un caballo a mi amo,  
luego caballero soy.

ALG. Asle aquí.  
 TRI. Iglesia me llamo.  
 ALG. ¡Aquí del Rey!  
 TRI. A ese voy.  
 ALG. Síguele.  
 COR. Es seguir un gamo.

(*Vanse y salgan TEÓFILO, CARLOS y MAURICIO.*)

TEÓFILO.  
 ¿Ha sucedido cosa semejante?  
 ¿Cómo en toda la casa no parece?

CARLOS.  
 Hasta el pozo, señor, mirado habemos  
 por si acaso en el pozo había caído.

MAURICIO.  
 Mira si acaso se pasó a la casa  
 de alguna dama destas.

TEÓFILO.  
 ¿Pues en cuerpo?  
 ¿Cuándo Lucinda en cuerpo y a las once,  
 sin criados, sin luz salió de casa?  
 ¡Ay misero de mí! ¡Félix es este!  
 Félix robó mi hija, y esta fama,  
 sobrino, que echó Félix por Toledo  
 de decir que era muerto junto a Cádiz  
 fué para deslumbrarnos, pues, sin duda,  
 andaría en Toledo disfrazado,  
 hasta que viendo ya que el desposorio  
 era mañana se atrevió a roballa,  
 y ella, con el amor, a consentirlo.

CARLOS.  
 ¿Quién es aqueste Félix, vive el cielo?  
 Que si no es hechicero o nigromántico,  
 que le he de hallar y darle la más fiera,  
 la más cruel y nunca vista muerte  
 que cuentan del tirano de Sicilia.  
 Que pues Dionisio yo como él me llamo  
 también sabré imitarle en la fiereza.  
 ¡A mi prima, a mi sangre, de la casa  
 de un hidalgo y de mi padre hermano!...  
 Pierdo el seso. Dejadme que le busque.

TEÓFILO.  
 Detente, hijo, no te precipites.  
 Sólo te pido, pues que ya no tengo  
 si no es a ti, que lo eres como propio,  
 pues eres hijo de mi propio hermano,  
 que te duela mi honor.

CARLOS.  
 Tristán, ensíllame  
 ese caballo.

TEÓFILO.  
 No es buen modo.  
 CARLOS.  
 ¿Cómo?

TEÓFILO.  
 Porque mejor fuera que tomes posta;  
 que ello es, sin duda, que a Madrid caminan.

MAURICIO.  
 Vaya a Madrid, Teofilo, tu sobrino,  
 y yo, que en esto soy más agraviado,  
 pues, en fin, de su esposo tuve título,  
 iré a Sevilla.

TEÓFILO.  
 Pues, sobrino, toma,  
 toma mi hacienda, lleva con que puedas  
 dar a criados, gente y cuadrilleros  
 para que vayan por diversas partes,  
 y tú, Mauricio, puesto que el disgusto  
 desta desgracia les obligue tanto  
 tu amor (1), por el amor y el nombre solo  
 que de mi hijo ayer, y aun hoy, tenías  
 y porque sabes que es la culpa ajena,  
 ayúdame a sentir tan gran desgracia.

MAURICIO.  
 No me tengas por hombre que estas cosas  
 menos que propias y del alma siente.  
 Haz que saquen dos hachas tus criados  
 y discurramos la ciudad primero.

CARLOS.  
 Mauricio dice bien, y de camino  
 hablaremos al dueño de las postas.

TEÓFILO.  
 ¡Ah, hija desleal!  
 MAURICIO.  
 ¡Ah, ingrata esposa!

CARLOS.  
 ¡Oh, buen Paris!

TRISTÁN.  
 ¡Oh, Elena milagrosa!

(*Vanse y salen ROBERTO y LUCINDA.*)

LUC. Ya que mi desdicha ha sido  
 tan grande en aqueste engaño,

(1) El original dice «tu amor y el mío, por el amor  
 y el nombre solo» con lo cua el verso resulta muy  
 largo. También pudiera arreglarse así: «tu amor y el  
 mío; por él y el nombre solo».

ROB.

bástame, traidor, el daño  
de haber mi casa perdido,  
a la cual es imposible  
que ya me atreva a volver.  
Temes, como al fin mujer,  
lo que siendo hombre es posible.

Pero no tengas temor  
de fuerza ni de otro agravio;  
tu galán fué poco sabio,  
que hace mil necios amor.

Mi ventura me ha llamado  
por tan notable camino;  
él con cuidado no vino  
y vine yo descuidado.

A Mauricio acompañé,  
y viéndote rebozada,  
que eras tu misma criada,  
a quien yo amaba, pensé  
y que concierto había hecho  
con Tristán; mas cuando vi  
que eras tú, a las joyas di  
más que a tu hermosura el pecho.

Estas pretendo llevar  
para remediar mi vida;  
no te dejo muy perdida  
ni en islas que cerca el mar.

Montes de Toledo son,  
llenos de sendas están;  
por aquí a la isla (1) van;  
ya el sol se pone al balcón.

El te enseñará el camino  
o alguno te encontrará;  
vete a tu casa y tendrá  
disculpa tu desatino.

Que yo voy donde me embarque;  
a Italia o a la India iré;  
que, en fin, con esto podré  
vivir donde desembarque.

Estos bienes son prestados  
y en el mundo tan furiosos  
que no puede haber dichosos  
sino habiendo desdichados.

(Vase ROBERTO y queda LUCINDA.)

LUC.

¿Habrás visto mujer  
más confusa que estoy yo?  
¿Volveré a Toledo? No,  
porque es echarme a perder.  
Que mi padre ha de matarme  
o en un grave cautiverio  
de un estrecho monasterio,  
para no verme, encerrarme.

(1) Acaso «Sisla».

Aunque si él quiere entender  
mi liviandad y locura,  
el monasterio y clausura  
el necio había de ser.

¡Ay, Carlos, cómo tardó  
Tristán! Pero en este engaño  
tardarse él no ha sido el daño  
sino adelantarme yo.

Salí sin tiempo, y Roberto  
aprovechó la ocasión,  
que ésta le hizo ser ladrón.

(Salen ALBERTO y MIRENO, colmeneros.)

MIR. Ponte esa máscara, Alberto.

ALB. Susurrando vienen ya  
los diablos de las abejas.  
¡Ay!

MIR. ¿Qué es eso?

ALB. En las orejas  
una me dió.

MIR. ¿Dónde está?

ALB. Volóse.

MIR. No puede ser,  
que, en picando, ha de morir.  
ALB. No acaba el sol de salir.

MIR. Allí hay un hombre o mujer.

ALB. Es la sombra de los dos  
que le estáis haciendo cercos.  
Más quisiera castrar puercos  
que no colmenas, por Dios.

MIR. Sin duda aqueste es ladrón  
que entre los brezos metido  
a castrarlas ha venido.

ALB. ¡Que no trujera el lanzón!

MIR. ¿Quieres que llamemos otros?  
ALB. El ha visto que están llenas.  
Di que castre las colmenas  
y que nos deje a nosotros.

MIR. El sol le va declarando.  
¡Voto al soto, que es mujer!

ALB. Sí, ya bien se echa de ver.

MIR. Hacia allá me voy llegando.  
¿Qué os digo?

LUC. ¡Triste de mí,  
ya me han visto!

MIR. ¿Quién va allá?

LUC. Una mujer.

ALB. ¿Dónde va  
noramala por aquí?

LUC. Sacóme un hombre y dejóme.  
Soy principal y no puedo  
volver sin honra a Toledo.  
ALB. ¿Luego aquí os forzó?



LUC. Forzóme.

ALB. Noramala lo comistes (1).

MIR. ¡Par Dios!, mientras más el día  
va repartiendo alegría  
a estos robles y aciprestes  
más hermosa parecéis!

Encima destos oteros  
hay de pobres colmeneros  
estas casillas que veis.

Si queréis allá vivir,  
lumbre y almuerzo os daremos  
y desde allí os llevaremos  
donde quisiéredes ir.

LUC. Pagueos tanto bien el cielo;  
y aunque este hombre me ha robado,  
lo poco que me ha dejado  
será paga de ese celo,  
que anillos y gargautilla  
me dejó.

MIR. Pues caminad.  
¡Hola! A la Santa Hermandad  
demois noticia en la villa.

ALB. Calla, mi intención es esa;  
a fe que le han de prender.

MIR. Mañana le pienso ver  
con las trece y la maesa.

(Váyanse y salga CARLOS.)

CAR. Montes, ¿qué desdicha es esta?  
¿Adónde mi bien está?

Si llegó, si se fué ya,  
¿cómo no me dais respuesta?

Aquí estaba concertado  
que la trujese Tristán.

¡Válgame el cielo! ¿Si están  
en la hierba de aquel prado?

Si se escondieron allí...

Pero no, todo se ve,  
y, en fin, el concierto fué  
que me esperasen aquí.

¡Ah! peñas deste desierto!  
¿está entre todas mi bien?

Pero no, que fué también  
blanda en el primer concierto.

¿Si por dicha no han llegado?

¿Si acaso presos están  
y supieron que Tristán  
era mi amigo y criado?

No me conviene volver.

¿Qué decís, fuentes? ¿No habláis?

¡Ea!, que pues murmuráis,  
también sabréis responder.

Arboles, ¿cuál tronco tiene  
las espaldas de mi bien?  
Mudas estarán también.  
Mas, ¿qué es esto? Gente viene.

(Salen los colmeneros y otros villanos, con un ALCALDE  
de la Hermandad, BENITO, ALBERTO y MIRENO.)

MIR. Andad, Benito, pues sos  
este año el mayor hermano.

BEN. Búquese el monte y el llano.

ALB. Bien se echa de ver, por Dios,  
que tenéis bueno el caletre.

Vaya al monte retamoso  
Bartolo, y al prado hermoso  
Silvio, y todo lo penetre.

BEN. ¿Dónde quedó la doncella?

ALB. En el cortijo quedó,  
aunque gran temor le dió  
que habíamos de prendella.

Tanto, que llegó a pedir  
con lágrimas a los dos,  
puesta en el suelo, por Dios,  
que la dejásemos ir.

BEN. ¿Quedaba alguno en su guarda?

ALB. Crispina no más quedó;  
mas enfrente puse yo  
una famosa alabarda.

BEN. No se irá.

MIR. Yo así lo creo.

ALB. ¡Hola! ¿Qué bulto es aquel?

BEN. Un hombre, par Dios.

MIR. ¿Qué es dél?

BEN. ¿No le ves entre el poleo?

ALB. Así, así. ¡Tenedle! ¡Hola!

CAR. ¿A quién?

BEN. Ved qué necesidad,  
la Santísima Hermandad  
os habla y no viene sola,  
que más de cincuenta somos.

CAR. A muy buen tiempo vengáis  
s amparo y favor me dais.

BEN. Asidle por esos lomos.

CAR. Quitaos allá, majadero,  
y ved esta provisión.

ALC. ¿Luego no sois el ladrón?

MIR. ¿No miráis que es caballero?

CAR. Vengo, amigos, a buscar  
un hombre y una mujer,  
como aquí podréis leer,  
y favor me habéis de dar,  
porque es la requisitoria

(1) El consonante pide que se lea «comiestes», forma  
no impropia de la lengua rústica.

que traigo de la Hermandad.  
 ALB. A ver.  
 BEN. Sacadla.  
 MIR. Mostrad.  
 Aquesta es la pepitoria.  
 Leedla vos.  
 BEN. Yo no sé.  
 MIR. Ni yo tampoco. ¿Y tú, Alberto?  
 AL. Yo bien sé, pero no acierto.  
 Qué, ¿tanto habrá que se fué?  
 CAR. Faltan desde ayer.  
 BEN. ¿Y vos  
 sois su dendo?  
 CAR. Soy su primo.  
 BEN. Ella aquí está.  
 CAR. Aqueso estimo.  
 Dádmela, amigos, por Dios.  
 BEN. Mas el bellaco ya es ido,  
 y aun dicen que la forzó  
 y las joyas le robó.  
 CAR. ¡Oh, bellaco, mal nacido!  
 ¡Oh, mal criado! ¡Oh, traidor!  
 Tristán, ¿tú habías de hacer  
 tal violencia a tal mujer?  
 Hiciste como traidor.  
 ¡Oh triste, oh amargo día  
 en que mi gloria anochece!  
 Pero este pago merece  
 quien de bellacos se fía.  
 BEN. ¿Luego era vuestro criado?  
 CAR. Sí, amigos.  
 ALB. Por vida mía,  
 que entiendo que no podía  
 el mozo haberla forzado,  
 porque ella dice que estuvo  
 sola una noche con ella.  
 CAR. Llevadme, amigos, a vella,  
 que harto tiempo el traidor tuvo,  
 que, en efecto, la forzó.  
 MIR. ¡Por Dios, que está maltratada!  
 porque en extremo estrujada  
 el bellacón la dejó;  
 que como se defendía,  
 no hay duda que la matase.  
 ALB. ¡Que, tras eso, la llevase  
 sus joyas!  
 CAR. ¡Ah, triste día!  
 MIR. Venid por aquesta senda.  
 CAR. Guíadme.  
 ALB. Por aquí van.  
 CAR. Sobre ti, cruel Tristán,  
 fuego del cielo descienda.

(Vanse y sale LUCINDA con un MOZO DE MULAS.)

LUC. Si vos me guardáis secreto,  
 cien escudos os daré.  
 MOZ. Creedme que le tendré,  
 señora, en cualquier efeto.  
 LUC. ¿Con quién venistes aquí?  
 MOZ. Con este enfermo mancebo  
 que en relación veis que llevo.  
 LUC. Qué, ¿en efecto es muerto?  
 MOZ. Sí.  
 Ayer, al anochecer,  
 le enterré en este lugar;  
 ni sé si a Sevilla echar  
 ni sé si a Madrid volver.  
 LUC. Si yo la mula os alquilo  
 mejor es ir adelante.  
 MOZ. Siendo vos el caminante  
 habré de undar de estilo.  
 LUC. Dejó algún vestido de hombre?  
 MOZ. Harto galán le dejó.  
 LUC. ¿Vendióse?  
 MOZ. No se vendió,  
 y es, en fin, de gentil hombre.  
 LUC. Pues compradle para mí,  
 que en hábito de hombre quiero  
 ir con vos; pero primero  
 me daréis palabra aquí  
 de no decir a hombre humano  
 quién soy.  
 MOZ. A Dios lo prometo  
 y de teneros secreto  
 levanto al cielo la mano.  
 LUC. Pues compradme ese vestido  
 y al campo luego sacad  
 las mulas, y ésta tomad  
 y haced como bien nacido,  
 que de aquesta confianza  
 mi desdicha me asegura.  
 MOZ. Estad, señora, segura.  
 LUC. Vos sois toda mi esperanza.  
 MOZ. Apartaos del camino  
 que va a Almodóvar.  
 LUC. Sí haré.  
 MOZ. ¡Par Dios, muy buen mozo hallé!  
 LUC. Que sois honrado imagino.  
 MOZ. No repararé en dinero  
 en lo que al vestido toca.  
 LUC. Compradle y callad la boca.  
 MOZ. Partid.  
 LUC. A la ermita espero.

(Salen CARLOS y los colmeneros.)

BEN. Este es, señor, el cortijo.  
 CAR. ¿Que aquí aquel ángel está?

AL. Esperad, que voces da.  
 MIR. ¿Qué escucháis? ¿Es vuestro hijo?  
 AL. No sea que haya parido.  
 MIR. Pues si anoche la forzó,  
 ¿hoy pudo parir?  
 AL. ¿Pues no?  
 ¿No veis que por fuerza ha sido?  
 MIR. Dejadme a mí solo entrar.  
 CAR. Sacadle de presto, amigos,  
 que los cielos son testigos  
 que ya comienzo a llorar.

(MIRENO saque a CRISPINA, villana, atada.)

MIR. ¡Par Dios, que era mi mujer  
 y atada a un pilar estaba!  
 ¿Qué tienes?  
 CRI. ¡Ay, Dios!  
 MIR. Acaba,  
 Crispina, debes por ver.  
 CRI. Aquella dama o demonio  
 que me trujistes aquí,  
 que bien se ha mostrado aquí  
 de lo que fué el testimonio,  
 porque le dije que había  
 de ir presa a Toledo luego,  
 tomó un tizón que en el fuego  
 sólo ahumaba, que no ardía,  
 y meneóme a la fe  
 las costillas de tal modo  
 que me dejó el cuerpo todo  
 que apenas si es cuerpo sé,  
 y atándome cual me hallaste,  
 a la tu yegua le echó  
 el freno, y subió y salió.  
 Decidme, ¿no la encontraste?  
 MIR. ¿Que mi yegua me ha llevado?  
 CRI. ¿No lo veis?  
 MIR. Ladrones son.  
 Vos habéis de ir en prisión.  
 CAR. ¡Ah, cielo, en mi daño airado!  
 ¿Tenéis con qué la alcanzar?  
 BEN. ¿Qué es alcanzarle? Agarradle.  
 CAR. ¿Cómo?  
 AL. Ronda que el Alcalde  
 lo mande; dejaos llevar.  
 CAR. ¡Ay de mí! ¿Por dónde irá?  
 Basta, que por la amenaza  
 de ver su honor en la plaza  
 huyendo Lucinda va.  
 ¡Oh, villana, por tu miedo  
 se fué oyendo la prisión!  
 CRI. ¿Cómo no asís al ladrón  
 y le lleváis a Toledo?

BEN. Y cómo sí lo verás.  
 Asidle.  
 CAR. Fuera, villanos,  
 no pongáis en mí las manos.  
 AL. Date a prisión, Satanás.  
 ¿No ves la vara que tiene  
 el Alcalde?  
 MIR. Que mi yegua  
 se llevó, estará una legua  
 de aquí.  
 CRI. Sí estará si viene;  
 pero si va cara allá  
 más de treinta ha caminado,  
 que sin tocar hierba al prado  
 como liebre huyendo va.  
 BEN. Daos prisa, digo.  
 CAR. Dejadme,  
 demonios, que mataré  
 uno de vosotros.  
 BEN. ¿Qué?  
 CAR. Venid, venid y guiadme.  
 BEN. ¡Oh qué lindo! Pues al Rey  
 os desacatáis así,  
 asidle todos aquí,  
 que no tiene rey ni ley.  
 CAR. Ya que aquesto me obligáis,  
 la espada me ha de valer;  
 pero no querría hacer  
 algo a que presa me daís.  
 Hombres, ¿no veis que he perdido  
 mi bien? ¿No veis que estoy loco?  
 BEN. No os valdrán los pies tampoco.  
 ¡Hola, Ergasto! ¡Hola, Leonido!  
 Echad los perros acá,  
 sacad las hondas.  
 CAR. Mas quiero  
 huir.  
 MIR. Tiradle certero.  
 ALC. ¡Ay dél si aquesta le da!

(Entrénse, tirándole y él defendiéndose, y salgan TIBERIO y DRUSILA.)

TIB. ¿Que no haya su hermano escrito  
 en tantos días!  
 DRU. No es hombre  
 que estima, padre, ese nombre.  
 TIB. Cuando en vano solicito,  
 Drusila, el ser venturoso  
 en hijos, permita el cielo  
 no dejarme sin consuelo  
 en tiempo tan peligroso.  
 Pensé, por cobrar a Enrico,  
 a Carlos aventurar;

sin Carlos vengo a quedar.

¡Qué gentil remedio aplico!

DRU. No te aflijas, que es mancebo  
y en la corte entretenido  
aundará favorecido  
por galán, por rico y nuevo,  
y quizá alguna mujer  
de Sevilla le ha obligado.

TIB. ¡Ay, hija!, en lo cierto has dado,  
algo debes de saber.

DRU. No sé, por mi fe; adivino  
lo que un mozo hará en la corte,  
que no va a cosa que importe.

TIB. Ya es mi hijo mi sobrino,

Ricardo es mi hijo ya,  
y siendo tú su mujer  
mis hijos habéis de ser;  
echada esta suerte está;

No quiero Enrique ni Carlos,  
Ricardo y Drusila quiero.

DRU. Aunque obedecerte espero,  
no es porque dejes de amarlos.

Yo me casaré, señor;  
pero estima a mis hermanos.

TIB. A hijos tan inhumanos,  
¿me dices que tenga amor?

Que el uno en Flandes no escribe  
y el otro, para imitalle,  
también es ido a buscallo.

DRU. Sosiega, señor, y vive,  
que presto cartas tendrás.

(CAMILA *entre.*)

CAM. El desposado está aquí.

TIB. Todo mi amor pongo en ti,  
tú eres mi hijo no más.

(*Salen; entran RICARDO y FLORIÁN.*)

RIC Un hombre, señor, he hallado  
que de camino venía,  
que algunas joyas traía  
de parecer extremado;  
tan a propósito todas  
de las que busco estos días,  
que creo que serán mías  
y que honrarán nuestras bodas.

Trújele conmigo aquí  
porque Drusila las viese  
y con su voto se hiciese  
el concierto.

TIB. Que entre di.

CAM. Entre, señor gentilhomme.

(*Sale ROBERTO.*)

ROB. Dios guarde a vuestras mercedes.  
Para tan ricas paredes  
son joyas de poco nombre;  
mas creo que agradarán.

¿Es la novia esta señora?

DRU. No; pero serélo agora,  
si aquestas joyas me dan.

ROB. Este es collar y cintura.

TIB. Bizarro.

RIC. ¡Notable a fe!

ROB. Este es un Agnus, que sé  
que tiene extremada hechura.

Este es un gentil diamante;  
y no es malo este rubí.

FLO. ¿Ves lo que compran allí?

CAM. Bien lo veo.

FLO. No te espante,  
porque cuando nos casemos  
mejores te los daré.

RIC. Todo aquesto os compraré.

ROB. ¿Agradá?

DRU. Sí.

ROB. Concertemos.

TIB. ¿De adónde o cómo traéis  
las joyas?

ROB. Pensé embarcarlas  
y hasta Méjico llevarlas  
de la suerte que las veis,  
y hallé que la flota es ida,  
y aguardar otra no quiero.  
TIB. Seréis el hombre primero  
que he visto en toda mi vida  
que lleve diamantes y oro  
a las Indias.

ROB. Esta hechura,  
este esmalte y compostura  
era en la India un tesoro;  
que allá se labra grosero,  
y yo de que me valiera  
más que en España...

TIB. Eso fuera  
algún curioso platero.

ROB. Hame Sevilla agradado  
más que Madrid, patria mía,  
y tengo en la Platería  
un bello cuarto alquilado.

Quiero estas joyas vender  
y comprar camas y plata  
de una almoneda barata  
que esta tarde he visto hacer.

Y echando el ojo a quien pueda  
servirme de compañía,

aumentar la hacienda mía  
sin gastar la que me queda.

TIB. ¡Par Dios, que es buena intención!

RIC. Hacéis como hombre de bien.  
¿Habrá cadena?

ROB. También,  
y aun dos sospecho que son.

DRU. Con éste, que es aplicado,  
casara a Camila yo.

TIB. Y el pensamiento me hurtó,  
yo lo había imaginado.

Venid acá vos. ¿Queréis  
que yo os case?

ROB. Sí, señor.

¿Dónde estaré yo mejor  
que en parte que vos me honréis?

TIB. Pues yo os daré la criada,  
que como hija he criado.

ROB. Y yo estaré muy honrado  
con persona tan honrada.

RIC. Pues vamos a concertar  
las joyas, que mi señor  
después tratará mejor  
el cómo os podéis casar.

ROB. Sea en buen hora, que aquí  
cuando mandéis volveré.

TIB. Dote y favor os daré,

ROB. Tendréis un esclavo en mí.

(*Váyanse RICARDO y ROBERTO.*)

FLO. Basta, que ya estás casada.

CAM. ¿Quién te mete a ti en mis cosas?

FLO. ¿A que a un tiempo te desposas  
con la nueva desposada?

CAM. Vete, hermano (1);  
mira que se lo diré.

FLO. Si te casas, quedará  
cual pájaro asido al ramo.

(*Vase FLORIÁN.*)

CAM. Mejor será como Judas.

TIB. Ricas joyas.

DRU. Extremadas;  
que volverán concertadas  
dudo.

TIB. ¿Pues por qué lo dudas?

DRU. Es Ricardo, mi señor,  
de cobarde pensamiento.

TIB. Hija, el que es más avariento  
da más, en teniendo amor.

(*LUCINDA, dentro, en hábito de paje.*)

LUC. ¿Quién está acá?

TIB. Mira ahí.

CAM. Un pajecillo, señor.

TIB. ¿De quién?

CAM. Será del doctor.

LUC. ¿Podré entrar?

CAM. ¿Entrará?

TIB. Sí.

CAM. Entrad.

TIB. ¿Cuyo sois, mancebo?

LUC. Señor, vuestro querría ser,  
porque me vengo a oponer.

DRU. ¿A oponer?; lenguaje nuevo.

LUC. He sabido que casáis  
a esta dama.

TIB. Y podrá ser  
que a eso os vengáis a oponer.

LUC. ¡Jesús!, engañado estáis.

Antes dicen que buscó  
pajes su esposo, y yo vengo  
a servirle, porque tengo  
partes para serlo yo.

DRU. Muy bien se os echa de ver.  
¿De dónde sois?

LUC. De Toledo.

CAM. Estate, muchacho, quedo.

DRU. Buen rostro.

TIB. Buen parecer.

¿Conocéis allí a Tibaldo?

LUC. Si es mi tío, ¿por qué no?

TIB. ¿Vuestro tío?

LUC. Sí, que yo  
soy, señor, hijo de Arnaldo.

TIB. A Tibaldo he conocido  
y tengo correspondencia  
con él.

LUC. Pues dadme licencia.

TIB. ¿Cómo así?

LUC. Que me despido.

TIB. ¿Por qué?

LUC. Porque vengo huyendo,  
y descubriréis que aquí estoy (1).

TIB. No haré, a fe de quien soy.

LUC. El secreto os encomiendo,  
que me vengo desgarrado,  
porque me pensé embarcar  
con mi primo en ese mar  
y, cual veis, tarde he llegado.

TIB. ¿Qué primo?

(1) Verso incompleto; pero fácil de llenar, pues el sentido está claro.

(1) Verso largo: quizá deba leerse «y le diréis que aquí estoy».

- LUC. Félix, que aquí vino a un Tiberio encargado.
- TIB. Yo soy.
- LUC. ¿Que a vos he llegado?
- TIB. Hijo de mi alma, sí.
- Aquí Félix, primo suyo, pasó; su tío es mi amigo. Está aquí, por Dios, conmigo, por mi amor y por el suyo, que yo te regalaré mientras que volverte quieras.
- LUC. ¡Qué bien salen mis quimeras! Aquí mi Carlos verá.
- Señor, si me he de quedar vuestro hijo (1) he de servir.
- TIB. ¿Cuál?
- LUC. Carlos.
- TIB. De oír decir su nombre querría llorar.
- LUC. ¿Pues dónde está?
- TIB. Partió a Flandes.
- LUC. ¿Y cuándo vendrá?
- TIB. No sé.
- LUC. Aquí esperarle podré meses, años, siglos grandes.
- Digo que aquí quiero estar; pero no aviséis tan presto a mi padre.
- TIB. Estoy dispuesto, hijo, de no le avisar.
- ¿Tu nombre?
- LUC. Hernando me llamo.
- TIB. Pues, Hernando, aquí te queda. Drusila, el Rey no se pueda regalar más.
- LUC. ¡Qué buen amo!
- (Vase el viejo.)
- CAM. ¿Hay maleta u otra cosa?
- LUC. En «puribus» he venido.
- CAM. Qué, ¿no más de este vestido?
- LUC. ¿Quién la mete en eso, hermosa?
- DRU. Hernando, ¿es buena Sevilla?
- LUC. Rica, populosa y bella, y basta estar vos en ella.
- DRU. ¿Vistes al Betis?
- LUC. Su orilla.
- DRU. ¿Qué dices del Tajo?
- LUC. Deja el Tajo, que fué revés del pobre Hernando que ves y dejó allá la pelleja.
- Perdona, hermana criada.
- CAM. ¡Qué bellaco es el rapaz!
- LUC. Tengamos la fiesta en paz, que habrá cox y bofetada.
- CAM. A la fe que por travieso debes tú de andar así.
- ¡Miren qué padres allí y miren aquí qué seso!
- LUC. ¿Quién le mete a la fregona en mis padres ni en mi vida?
- ¿Métome yo, relamida, en si ella tuerce o jabona?
- ¡Vive el de lo alto!...
- DRU. ¿Hay pico más gracioso? Dile más.
- CAM. Si tú esas alas le das, iráse el niño a Tampico.
- LUC. No me iré sino a chacona; porque en coplas semejantes habrá dos mil consonantes para llamarla fregona.
- Y no se tome conmigo, ¡por vida della! que haré que vaya de un puntapié a salir por el postigo.
- CAM. ¿Muchachico de Toledo?
- LUC. ¿Qué quiere ella?
- CAM. «Tente allá, que buenas voces les da».
- LUC. Hago bien, y dije y puedo.
- CAM. ¿Mas que ya ha sido rufián?
- LUC. De otras tales como vos.
- DRU. ¡Qué buenos estáis los dos!
- LUC. ¡Ea!, ya soy tu galán; toca y seamos amigos.
- CAM. Así, agudillo, me agradas; desvergonzado, me agradas.
- LUC. Pues no se me da dos higos.
- ¿Hay algo que merendar?
- ¿Hace hambre?
- Temeraria.
- CAM. Hay la merienda ordinaria.
- LUC. ¿Y es?
- COM. Arena de la mar.
- LUC. Para sus muelas, amiga.
- DRU. Dale un poco de conserva, Camila.
- CAM. Mascaré hierba.
- LUC. ¡Ea!, que Dios te bendiga.
- DRU. Ven, Hernando, que te quiero hablar en Félix un poco.
- LUC. Pues diréte de aquel loco mil cosas.

(1) El original dice «tío» por cirata.

DRU. Ya las espero.  
Dale a merendar, Camila,  
y vendráme luego a ver.  
LUC. Poco tengo de poder  
o enamorar a Drusila.

ACTO TERCERO

(Sale FÉLIX.)

FÉL. ¡Oh famosa y gran Sevilla,  
retrato del Paraíso,  
gracias al cielo que piso,  
Betis, la arena a tu orilla!  
¡Cuánto deseaba verte  
tras esta larga jornada,  
bella ciudad coronada,  
llana, hermosa, rica y fuerte!

Aunque de la Nueva España  
veugo, mejor hallo en ti  
nueva España para mí:  
ésta propia, aquélla extraña.

Busque entre los indios oro  
la fiera codicia humana  
que mar y montes allana,  
y embarque un grande tesoro.

Que yo más quiero vivir  
en mi patria con llaneza  
que esta pesada riqueza  
tan difícil de adquirir.

Pues, huésped, ¿qué comeremos?

(Sale ROBERTO.)

ROB. ¿En Sevilla preguntáis  
qué comeréis? ¿O pensáis  
que serviros no sabemos?

Abrid de un palmo la boca  
y pedid cuanto os agrade  
que en casa no hay quien se enfade  
de lo que a serviros toca.

Hoy tendréis un perdigón  
sobre un torreznillo asado  
entre blanco pan cortado  
y dos ruedas de limón.

La honra ordinaria, que es  
la olla, será bastante;  
vino que en tres lenguas cante  
y calle una hora después.

De frutas tendréis algunas,  
y para suplicasiones,  
en las brasas seis ostiones  
y tres o cuatro aceitunas.

FÉL. ¡Ah, buen huésped! ¿qué lugar  
ese bello pasto tiene?

ROB. Un hombre a buscaros viene.

FÉL. Dejadle, huésped, entrar.

ROB. Pesia tal, de los honrados  
que tiene Sevilla es,  
y tras aquesto, después  
tiene treinta mil ducados,  
y aun es medio suegro mío.

FÉL. ¿Cómo? ¿Hija os dió?

ROB. Que no,  
sino una moza a quien yo  
daba el gusto por el brío.

FÉL. ¿Con su criada decís?

(Salen TIBERIO y LUCINDA, *paje*.)

ROB. El viene.

TIB. Tan enojado,  
Félix, vengo y agraviado  
de que a Sevilla venís  
y no derecho a mi casa  
que no he de abrazaros.

FÉL. ¿No?

Pues abrazaréos yo  
y diréos lo que pasa.

No fué ingratitud, a fe,  
no haber ido allá derecho  
sino haberme falta hecho  
un criado que se fué  
desde Sanlúcar a Ronda,  
de donde era natural.

TIB. ¡Que así un hombre principal  
a su valor corresponda!

¿Vos en Sevilla, en posada?

¿Tan mal os traté en la mía?

FÉL. No se pasará hoy el día  
ni es la obligación pasada.

Suplicoos no os enojéis,  
que por ir más aseado,  
que de la mar he llegado,  
vine a la casa que veis.

LUC. ¡Válame Dios!, ya no puede  
sufrir el tiempo mi engaño,  
ya quiere que el desengaño  
triunfe y victorioso quede.

Félix es este, de quien  
fuí tan querida en Toledo.  
¿Si me iré? Mas tengo miedo  
que luego en buscarme den.

Tras eso, ¿de qué manera  
a Carlos puedo esperar,  
pues de cualquiera lugar  
ha de venir a su esfera?

Su mismo centro es Sevilla,  
su casa es esta en que estoy.  
FÉL. Dello, mi señor, estoy  
con notable maravilla.  
¿Que no se ha sabido más  
de Carlos?  
TIB. De aquí partió  
en tan buen punto que yo  
no he sabido dél jamás.  
No tengo hijos que entiendan  
que tienen padre.  
FÉL. Sí harán,  
pues con eso ocasión dan  
que todos los reprehendan.  
¿Cómo está Drusila?  
TIB. Buena,  
aunque ha sido desgraciada.  
FÉL. ¿Cómo?  
TIB. Estuviera casada,  
y para doblar mi pena  
con quien la quise casar  
cayó enfermo.  
FÉL. ¿Y murió?  
TIB. No;  
pero a tal punto llegó  
que fué milagro escapar.  
Diez meses ha que partistes,  
tantos ha que está en la cama.  
FÉL. ¿Cómo ese hidalgo se llama?  
TIB. Bien, Félix, le conocistes;  
Ricardo, su primo es.  
FÉL. Es honrado caballero.  
TIB. Casarlos ahora quiero,  
o será al fin deste mes,  
que ya está Ricardo bueno.  
I. UC. A este huésped he mirado  
y me parece un traslado  
de aquel infame Vireno  
que me sacó por engaño  
y en el monte me robó;  
pero no es tiempo que yo  
busque ahora el desengaño.  
Antes que el viejo le diga  
a Félix que soy su primo,  
que por más desdicha estimo  
que mi fortuna enemiga,  
me quiero ir, pues es cierto  
que ha de conocer quién soy.  
Decid al señor que voy  
hasta la puerta, Roberto.  
ROB. Todas las veces que veo  
este paje tiemblo un rato,  
que es de Lucinda un retrato

y aun que es ella misma creo.  
Tanto, que, en duda, he querido  
hablarla determinado.  
TIB. Deciros se me ha olvidado  
que tengo a Hernandico, huído  
de vuestro tío, en mi casa,  
y aun aquí viene conmigo.  
FÉL. Huélgome, Dios me es testigo.  
¿Que se huyó? ¿Que aquesto pasa?  
Sin duda vino tras mí.  
TIB. Tras vos vino; mas llegó  
tarde, y, al fin, se quedó.  
Mirad si está por ahí.  
ROB. A la puerta dijo que iba.  
TIB. Allá le podéis hallar;  
conmigo os he de llevar.  
FÉL. De vos por merced reciba  
Dejéis que mi ropa llegue.  
TIB. Roberto la llevará;  
esto es sin remedio ya.  
FÉL. ¿Quién hay que ese gusto os niegue?  
TIB. Roberto, en llegando aquí  
a mi casa avisarás.  
(*Vanse FÉLIX y TIBERIO.*)  
ROB. Ya sabéis que aquí tenéis,  
Tiberio, un esclavo en mí.  
Notable temor me ha dado  
este paje; en verdad;  
que no hay tal fidelidad  
como un corazón turbado.  
Pero sea lo que fuere,  
aquí he puesto esta posada,  
mi persona acreditada  
para todo cuanto quiere.  
Tengo rica plata y camas  
y de buen servicio llena  
y sola aquesta cadena  
de aquel juego de las damas  
donde las joyas gané,  
que todas las he vendido.  
¿Qué necio en guardarla he sido?  
Pero ya la venderé.  
Voy a deshacerme della  
cual matador que arrojó  
la espada con que mató  
porque no le hallen por ella.  
(*Vanse y salen CARLOS y TRISTÁN.*)  
CAR. Esta, Tristán, es Sevilla.  
TRI. Aquí fuí yo más privado  
de su pecho y de tu lado.  
¿Pero qué me maravilla?  
Múdase un monte, una torre



viene derribada al suelo  
y el hombre, hasta ver el cielo,  
al paso del tiempo corre.

Viniste de los villanos  
preso a Toledo, y allí  
me hallaste más preso a mí,  
aunque de mejores manos,  
y dábaste a imaginar  
que había robado a tu esposa.  
CAR. Mi tragedia lastimosa  
me vuelves a renovar.

Pero di: si te mandé  
que la sacases de allí  
y después faltarla vi  
y en el monte no la hallé,  
y si aquellos colmeneros  
me dicen que la robó  
el mismo que la llevó  
con amenazas y fieros,

¿era mucho presumir  
que tú la habías robado?

TRI. Sí, pues me habías hallado  
donde no pude salir.

Fuí, y apenas los umbrales  
para esperarla toqué,  
cuando a la justicia hallé  
que, con voces desiguales,  
me prendió como a ladrón  
y puso en la cárcel preso,  
donde aquesto que confieso  
te di por satisfacción.

Pues si entonces me prendieron  
y ella por dicha salió  
con el primero que halló  
y al monte juntos se fueron,  
¿qué presumías de mí?

CAR. Tristán, quien ama no fía,  
y el suceso de aquel día  
era todo contra ti.

Pero no me negarás  
sacarte de la prisión,  
mostrándote la afición  
que siempre, y entonces más.

TRI. ¿Cómo más, si me metías  
en un aposento obscuro  
y a fuerza de un hierro duro  
que te aijese querías

adonde Lucinda estaba,  
que si lo sé ni la vi,  
maldiciones sobre mí  
vengan más que por la Cava?

CAR. Ahora bien; parte a buscar  
el vestido que te dije,

que, como pobre, me aflige  
no poder mi padre hablar.

Y diez meses que he tardado  
buscando aquesta mujer,  
las Indias pudiera haber  
en mil caminos gastado.

Igual hizo el perczoso  
de Mauricio, aunque era yerno;  
que se estuvo de gobierno  
en Toledo siempre ocioso.

Verdad es que no tenía  
por la honra obligación,  
si no es honra la afición,  
como lo ha sido la mía.

TRI. ¿Piensas que todos son locos  
como en tus obras se ve?

CAR. Anda, Tristán, que yo sé  
que amando son cuerdos pocos.

TRI. ¿Qué amor, qué gusto o qué trato?  
Que viniste decir puedo  
desde Sevilla a Toledo  
por el alma de un retrato.

Y ya que pudiste hallarla,  
más que Orlando furibundo,  
vienes descubriendo el mundo  
con ánimo de buscarla.

CAR. Yo sé muy bien dónde está.  
¿Dónde, Tristán, que la adoro?

TRI. En el Catay con Medoro;  
vámonos, Carlos, allá.

CAR. ¡Oh, loco, ve donde digo!  
TRIS. ¿Dónde me aguardas?

CAR. Aquí,

(Vase TRISTÁN.)

para imaginar en mí  
el mal que traigo conmigo.

Grandes tiempos, pensamiento,  
ha que no queréis dejarme,  
preciándoos de sustentarme  
con esperanzas de viento.

Pues no soy camaleón;  
que amor que ha sido tan firme  
no es justo que te confirme  
con tan baja condición.

El verme en esta ciudad,  
patria y casa y honra mía,  
me causa aquella alegría  
que, tras larga tempestad,  
tiene el pájaro en el nido  
mirando sereno el cielo;  
pero él esparce su vuelo  
y yo téngole encogido.

Pienso aquí cómo salí

cuando en la playa dejé  
a Félix, que causa fué  
de cuanto mal padecí.

¡Ah, mal amigo retrato,  
que de veces me vendiste,  
pero dos caras tuviste  
y así lo parece el trato!

Mas, ¿por qué debo quejarme  
de quien por mi voluntad  
murió acaso en tierna edad  
por seguirme, por buscarme?

¡Ay, Lucinda, plega al cielo  
que si este amor me faltare  
ni de buscarte dejare  
mi alma por todo el suelo,  
que acabe mi vida aquí,  
o el día que a pensamiento  
diere algún consentimiento  
como sea contra ti!

(*Salen TRISTÁN y ROBERTO asidos a la cadena.*)

TRI. Soltad la cadena os digo.

ROB. Soltadla vos, pues no es vuestra.

TRI. Señor, la cadena nuestra.

CAR. ¿Qué es eso, Tristán amigo?

TRI. La cadena que en Toledo  
diste a Lucinda vendía  
este hombre.

CAR. Muestra; esta es mía.

Suelta, que probarlo puedo.

ROB. Mirad, hidalgo, que soy  
de aquesta casa que veis  
huésped y que no sabéis  
cuán acreditado estoy.

Vos, que como forastero  
venís, a entenderme dais  
que esta prenda me quitáis  
porque no os sobra dinero.

Advertid que es mediodía,  
y que si la voz levanto...

TRI. Suelta.

ROB. Que yo no me espanto,  
que bien sé hacer cortesía;  
mas no estafas para mí.

¿No ven que vivo allí enfrente,  
he de llamar a mi gente?

CAR. Pues escuchadme.

ROB. Eso sí.

CAR. ¿Quién os dió aquesta cadena?

ROB. Éste es Carlos. ¿Qué he de hacer?

Industria me ha de valer.

CAR. Sosegaos, no tengáis pena.

ROB. Habéisme sobresaltado

con veros notablemente.

CAR. No temáis ni llaméis gente,  
creed que soy hombre honrado.

ROB. Así me lo parecéis;  
pero me ha dado gran pena  
que me pidáis la cadena.

CAR. Decid cómo la tenéis.

Que si aquesta casa es vuestra,  
bien se ve que será bien.

ROB. Ropa y servicio también  
y cuanto en ella se muestra.

Mas, volviendo a nuestro cuento,  
sabed que yo he pretendido  
casarme, aunque no he salido  
muy a gusto con mi intento.

Tiberio, un hidalgo honrado,  
desta ciudad, gran señor  
mío, me ha hecho el favor,  
en que le estoy obligado,

que a Camila, una criada  
suya, me da por mujer.

Hízose el concierto ayer  
y una escritura firmada.

Y yo fuí y compré en la tienda  
esta cadena que veis.

Volví después, a las seis,  
para ver mi dulce prenda

y dice que está casada  
con otro. Yo, con la pena,  
quise vender la cadena  
y la afición mal pagada.

Yo traeré a Tiberio aquí,  
y si él no dijere aquesto,  
a cualquier daño estoy puesto.

CAR. No, amigo; yo os creo así.

No hay para qué le traigáis,  
que yo conozco ese hombre  
por el trato y por el nombre;  
de vos buena cuenta dais.

Pero, cierto que en Toledo  
esta cadena me hurtaron.

ROB. Créolo yo.

CAR. Y aun llevaron  
harto más (1).

ROB. ¡Hola, Antón, Juanilla!  
Dale a aqueste caballero  
el aposento primero;  
no hay tal posada en Sevilla.

Ahora bien, dentro están ya.  
Yo voy a hacer un enredo  
con que se me quite el miedo

(1) Versos incompletos éste y el que sigue.

que la cadena me da.

La justicia viene aquí.

*(Sale un ALGUACIL y gente.)*

ALG. Digo que al momento iré.

ROB. El otro día os hablé  
para que os sirváis de mí.

Hoy os tengo una prisión  
de dos famosos ladrones.

ALG. Con tantas obligaciones  
aumentáis mi obligación.

ROB. Esta cadena que veis,  
con dos dagas me quitaban,  
que esta casa no pensaban  
que era mía, cual sabéis.

Y en viéndome llamar gente,  
por disimular, pidieron  
posada.

ALG. ¿Y por dónde fueron?

ROB. Todo está junto, pariente.

Entre, que en ese aposento  
los hallará, que es prisión  
notable.

ALG. En obligación  
me echaréis eternamente.

*(Vase el ALGUACIL.)*

ROB. No saldrán de allí, si puedo.  
Yo quiero a Tiberio hablar,  
porque he de calificar  
con su persona mi enredo.

Que pidiendo a su criada,  
casado una vez con ella  
me han de perdonar por ella  
el hurto y burla pasada.

Hoy puedo vender mil Troyas,  
que una vez casado allá  
claro está que mandará  
que no me pida las joyas.

*(Vase y salgan CAMILA y LUCINDA, de paje.)*

CAM. ¿De qué sirve que escondido  
hoy estés en mi aposento  
para no me dar contento,  
Hernando, en lo que te pido?

¿Tan mal el casar te agrada  
conmigo?

LUC. ¡Por Dios, muy mal!  
porque de una junta igual  
nacerá poco o no nada.

Vete, Camila, de aquí,  
no nos vean a los dos.

CAM. Algo has hecho tú, por Dios.

LUC. Sí; mas no dirás que a ti,

que no te ofendí en mi vida,  
antes me debes amor.

CAM. ¿Amor te debo?, ¡Ah traidor,  
cruel, áspero, homicida,  
burlón, falso, habladorcillo,  
pan y catorce, bellaco!

LUC. ¡Por Dios, si la daga saco!

CAM. ¿Qué daga, tú, picarillo?

¡Mal haya, amén, la mujer  
que destos pícaros fía!

LUC. ¿Qué te debo, hermana mía?

CAM. Un infinito querer.

LUC. Pensé que otra cosa más.

CAM. ¿Y esto es poco?

LUC. Fantasías  
me daban que algo pedías  
que no te debo jamás.

¿Qué es lo que ha hecho por mí?

¿Es más que quererme dar  
algo más de merendar?

Pues más me debes tú a mí.

CAM. ¿Yo a ti?

LUC. Sin vivos abrazos,  
 viniendo tú oliendo a humo,  
que era trabajo más sumo  
que si me hicieras pedazos.

¿Y cuando con tanta harina  
venías del cernedero  
cual me ponías?

CAM. No quiero  
tanto almacén y bolina.

Yo te haré sudar, bellaco,  
yo diré que estás aquí.

LUC. Yo por Félix me escondí,  
no me vea roto y flaco,  
que es, como sabes, mi primo.

CAM. Más le diré.

LUC. ¿Qué dirás?

CAM. Después sabrás lo demás.  
Ni a ti ni a tu amo estimo  
en aquesta castañeta.

CAM. ¡Miren qué vergüenza! Calla  
¡para ésta!

LUC. Estoy por dalla.

*(Vase CAMILA.)*

¡Oh, amor!, cuánto me inquieta  
el haber Félix venido  
Mas, ¡ay!, que Drusila viene  
con Ricardo. Aquí conviene  
prestar lengua, atento oído.

*(Salen RICARDO y DRUSILA.)*

RIC. Muy bien se os echa de ver

lo que estáis regocijada de que viniese la armada y aqueste hidalgo de ayer.

DRU. Era amigo de mi hermano, y por aqueso le estimo. No seáis celoso, primo, que aqueste amor es muy llano.

RIC. Sabréis cuánto soy celoso, que un papel me han dado ahí para vos y no le abrí.

DRU. Sois más noble que curioso. Mostrad.

RIC. Abrid y leed.

DRU. Aquí aparte.

RIC. Sea en buen hora. Hernando.

I,UC. Bien mi señora se emplea en vuesa merced.

RIC. ¿Parécote bien a ti?

I,UC. ¡Merecísela, vive Dios! Gozaos mil años los dos.

RIC. ¿Has de irte conmigo?

I,UC. Sí, que sin ella no lie de estar en cas del viejo escuchando sus voces.

RIC. Pues mira, Hernando, que si vas no has de jugar.

I,UC. Mas, ¿qué tengo allá de hacer?

RIC. Estudiar no más.

DRU. ¡Oh caso extraño!... Más ¡lengua!... ¡Paso, que me echaréis a perder!

Basta, que mi hermano preso está en Sevilla, a opinión por lo menos de ladrón, por un extraño suceso.

Díceme que a nadie diga que es él, pero que de allí le saque. ¡Triste de mí, que a lo imposible me obliga!

Ahora bien, sea lo primero enviarle de comer.

Mira, Hernando, qué has de hacer.

I,UC. Haré, a fe de caballero

DRU. De comer has de llevar a un preso secretamente.

I,UC. ¿Es vuestro deudo o pariente por quien he de preguntar?

DRU. Sólo por el Toledano, que así me lo escribe aquí.

I,UC. ¿De mi patria? ¡Pesía a mí! Iré en el aire.

DRU. Oye, hermano; di a la esclava que te dé lo que necesario fuere, y dile que en Dios espere y con poca pena esté, que yo iré a verle en persona y le sacaré de allí.

I,UC. ¿Irá allá un esclavo?

DRU. Sí, si tu secreto le abona.

I,UC. Yo le encargaré el secreto. ¿Va ya la comida?

DRU. Parte. La lengua vengo a encargarte. Que callaré te prometo.

(Vase.)

RIC. ¿Queréisnos, señora mía, dar parte de ese papel?

DRU. No hay cosa que importe en él, porque es una niñería.

RIC. Veámosle.

DRU. No podéis.

RIC. Pues esto no he merecido por habérosle traído.

DRU. Más, Ricardo, merecís. Pero pues no le leísteis no queráis saberlo agora.

RIC. Ofensa me hacéis, señora.

DRU. Vos, Ricardo, me la hicistes en quererme ya mandar antes de ser mi marido.

RIC. Serélo si no lo he sido, y a no serlo me obligáis.

¿Vos papel sin verlo yo?

DRU. ¿Pues antes del casamiento con ese desabrimento, primo, me habláis?

RIC. ¿Por qué no?

¿No habéis de ser mi mujer?

¿No es ya cualquier niñería declarada ofensa mía?

DRU. No lo soy ni lo he de ser.

RIC. Mostrad el papel.

DRU. No quiero. ¡Paso, que le habéis rasgado, y este no es término honrado de deudo ni caballero!

¡Idos de mi casa luego!

RIC. Iré con estos pedazos, que romperán estos lazos y los de mi amor tan ciego.

Lo que sacare por ellos será, leyéndolo a todos,

- libelos que de mil modos  
pueda infamarte con ellos.  
(*Vase RICARDO.*)
- DRU. Parte, y ojalá que hubiese  
ocasión que te olvidase  
deste pensamiento y diese  
lugar a que yo gozase  
de quien menos me ofendiese.  
Vete, enemigo, y al cielo  
ruego que viendo mi celo  
tenga piedad de mi vida.  
(*Sale FÉLIX.*)
- FÉL. Drusila llora ofendida;  
algunos celos recelo.  
¿Cómo, mi señora, así?  
¿Qué os hace ese vuestro esposo  
que va enojado de aquí?
- DRU. Anda Ricardo celoso.
- FÉL. ¿Cosa que digáis de mí?
- DRU. ¿Pues de quién sino de vos?
- FÉL. Señora, yo estoy, por Dios,  
deseoso de estorbar  
por sólo hacerle pesar  
que os casádes los dos.  
Porque casi en vituperio  
vuestro el traerme ha sido (1)  
a vuestra casa Tiberio.
- DRU. ¿Sólo eso el misterio ha sido?
- FÉL. Sólo esto ha sido el misterio.  
Que aunque hasta agora pudiera  
pretender con vos casarme,  
lo que con el alma hiciera,  
es ya forzoso mudarme  
y que no pueda aunque quiera.  
¿Cómo?
- DRU. El Hernando que ayer  
vuestro padre me decía,  
o estoy loco, o es mujer;  
y mujer tan mujer mía  
como vos lo queréis ser.  
Topéle en esa escalera,  
habléle poco y turbado,  
y es, sin duda.
- DRU. ¿Qué quimera  
que habéis, Félix, fabricado  
semejante a la primera!
- FÉL. ¿Mujer Hernandillo?  
Sí.  
(*Salen TIBERIO y ROBERTO.*)  
Vuestro padre viene aquí.
- TIB. No lo puedo hacer, Roberto.
- ROB. De vuestro amor estoy cierto,  
con el mío cumplo así.  
Mas, ¿no sabré la ocasión?
- TIB. Idos a vuestra posada,  
que allá sabréis la razón.
- ROB. Dentro del alma, turbada,  
llevo mayor confusión.  
Si ha sabido que prendí  
su hijo, vcyme de aquí,  
no me suceda algún mal.  
(*Vase ROBERTO.*)
- TIB. ¿Habrá desvergüenza igual?
- DRU. Señor, ¿qué es eso? ¡Ay de mí!  
Sin duda sabe que está  
preso mi hermano.
- TIB. ¿Hay traición  
que a aquesta se iguale ya?
- DRU. Pensarás tú que es ladrón,  
y mucha pena te da.
- TIB. Bien sé que es hombre de bien;  
el ladrón el mozo ha sido.
- DRU. Preso está Tristán también,  
mi hermano lo ha consentido;  
querrá Dios sin culpa estén.
- Señor, Tristán lo habrá hecho,  
que mi hermano no podría.
- TIB. Tu hermano en Flandes sospecho  
que hasta acá no alcanzaría,  
deso yo estoy satisfecho.
- DRU. Pues si no es ladrón mi hermano  
sácale de la prisión,  
que me escribe y es muy llano  
que está sin culpa.
- TIB. En razón  
hablas o es intento vano.  
¿Quién te ha escrito?
- DRU. Carlos.
- TIB. ¿Carlos?
- DRU. Sí, señor.
- TIB. ¿Qué dices?
- DRU. Sí.  
Ve a la cárcel a sacarlos;  
Tristán y él están allí,  
de infantes quieren culparlos.
- TIB. ¿Carlos, mi hijo, ha venido  
de Flandes y por ladrón  
preso?
- DRU. Qué, ¿no lo has sabido?
- TIB. Esta es la primer razón,  
hija, que llega a mi oído.
- DRU. ¿Pues luego no hablabas desto?

(1) En el original «venido», que alarga el verso y es  
ropea el concepto.

TIB. Lo que hablaba era que vino Roberto, mancebo honesto, huésped de Félix, vecino de nuestro pariente Ernesto; el que antaño le fió en las joyas que compraste y a Camila me pidió. Fuíle a hablar.

DRU. Pues bien, ¿qué hablaste?

TIB. Que una traición me contó.

DRU. ¿Cómo?

TIB. Que la había habido Hernandico y prometido que se casaría con ella, y no hallándola doncella, al novio, cual ves, despidió.

FÉL. ¿Eso Hernando pudo hacer?

DRU. ¿Veis, Félix, cómo no quiere volverse el paje mujer?

TIB. Hija, no es justo que espere, a mi Carlos voy a ver.

(*Vase TIBERIO.*)

FÉL. ¡Jesús, preso por ladrón! Naturaleza se ha errado o quiso en esta ocasión dar a Lucinda un traslado de tan rara perfección.

Creedme, señora mía, que de suerte la parece que con menos este día que la prueba que te ofrece nadie vencerme podría.

Ella me pudo estorbar que no estorbare a Ricardo poderse con vos casar.

DRU. Vuestro proceder gallardo me obliga a desenojar, que a lo menos no diré que me engaíais.

FÉL. Aprendí de mi padre a guardar fe.

DRU. ¿Tendréisla a Lucinda?

FÉL. Sí.

(*Sale el ALGUACIL, TEÓFILO, viejo, y MAURICIO.*)

ALG. No dudéis de que entraré.

¿Dónde está Félix?

FÉL. Yo soy.

ALG. Sed preso.

FÉL. ¿Por qué?

TEÓ. ¿No basta

ver que en tus ojos estoy, vil traidor de baja casta,

que te veo y no te doy mil muertes?

FÉL. Con otro estilo hablad y quién sois decid.

TEÓ. ¿No conocéis a Teófilo?

MAU. ¿Ni a Mauricio, el de Madrid? ¿Soy por ventura del Nilo?

FÉL. Teófilo y Mauricio, ¿cuándo Félix os pudo ofender?

DRU. Señores: considerando que soy noble y soy mujer, me podéis ir escuchando.

Esta casa no se trata, si es Tiberio el dueño, así.

MAU. Aunque tuviera más plata que el cerro del Potosí, se ha de prender a quien mata.

¿Es casa de Embajador o tiene salva real?

FÉL. ¿Yo muerto a naide? (1)

TEÓ. ¡Ah, traidor!

¿Qué muerte a la mía igual, pues que me has muerto el honor?

FÉL. ¿Yo qué os hice?

TEÓ. Hasme robado a Lucinda.

FÉL. Cosa extraña.

Mirad que agora he llegado, señores, de Nueva España.

TEÓ. Y allá la has muerto o dejado.

FÉL. A no haber justicia aquí...

TEÓ. Dame a mi hija, traidor, que Mauricio viene aquí por la parte de su honor, que ya le había dado el sí.

FÉL. Que no la he visto.

DRU. No deis voces en el patio; entrad, que en esta sala estaréis.

FÉL. ¿Hase visto tal maldad?

TEÓ. Asidle y no le dejéis.

(*Vase TEÓFILO, y sale CARLOS con sus grillos, y LUCINDA.*)

CAR. ¿Mi hermana, amigo, te envía?

LUC. Sí, señor, y este recado me dió que agora os he dado y el regalo que traía.

CAR. ¿Cuánto ha que servís en casa?

LUC. Luego que a Flandes os fuistes.

CAR. Ojos, ¿qué es esto que vistes?

¿No es este el sol que os abrasa?

(1) Así en el original; pero Lope escribía «nadie».

¿No es ésta Lucinda, en fin?  
Diez meses ha que allá estás.  
LUC. Esos habrá, pocos más,  
víspera de San Martín.  
Presumo yo que habrá un año.  
CAR. Hasta el habla se parece.  
¡Si es demonio que se ofrece  
para hacerme algún engaño!...  
¿De dónde eres?  
LUC. De Toledo.  
CAR. ¡Ella es! ¿Qué estoy dudando?  
Pues de verla estoy temblando,  
de su amor nace este miedo.  
Que no se pusiera en mí  
si ella Lucinda no fuera.  
LUC. ¿Podréme volver?  
CAR. No, espera.  
¿Si es ella y vino tras mí,  
y no me hallando se entró  
en mi casa en este traje,  
dónde ha servido de paje?  
LUC. ¿No me das licencia?  
CAR. No.  
LUC. Pues tengo mucho qué hacer.  
CAR. ¿Quién fué en Toledo tu padre?  
LUC. Pregúntame si mi madre  
era o no buena mujer.  
¿Qué tiemblas? ¿Qué estás mi-  
Un paje soy. [rando?  
CAR. ¿Que eres hombre?  
LUC. Bueno, y Hernando es mi nombre.  
CAR. ¿Por Dios?  
LUC. Sí.  
CAR. Escúchame, Hernando.  
Yo adoré cierta mujer  
de Toledo.  
LUC. Poco a poco,  
Carlos, porque si estás loco,  
vive Dios, que eche a correr.  
CAR. Oye, necio: ésta perdí,  
el cómo no hay quien lo crea.  
LUC. Mas, ¿qué quieres? ¿Que yo sea?  
CAR. Estoy por decir que sí.  
Seguía, por un retrato,  
desde Sevilla a Toledo,  
y si de aquél decir puedo  
que no me costó barato,  
mejor perderé por ti  
la vida con que te quiero  
por retrato verdadero  
de aquel mi bien que perdí.  
¿Eres Lucinda?  
LUC. Desvía,

que soy muy hombre; y tan hombre,  
que haré en defensa del nombre  
contigo una cortesía.  
Sal de la prisión, que vamos  
a esa puerta de Jerez  
donde haré que de una vez  
quién es más hombre sepamos.  
CAR. Yo me debo de engañar.  
Hernando, el amor me abona.  
LUC. Tu padre viene, perdona  
que no te puedo aguardar.  
CAR. ¿A cuál hombre ha sucedido  
tal cosa? Digo que es ella  
o que de la estampa della  
sacado este paje ha sido.  
Mas ¿cómo los propios ojos  
se pueden tanto engañar?  
LUC. ¿Que aquí te viniese a hallar,  
fin de todos mis enojos?  
Que te vea y no te hable?  
¡Oh qué fiera condición!  
Tierna es, tus lágrimas son.  
CAR. Yo haré una hazaña notable.  
El Alcaide viene aquí.  
(Sale el ALCALDE.)  
ALC. ¿Pues cómo va de prisión?  
CAR. ¿A verme viene el ladrón?  
ALC. ¿Qué ladrón?  
CAR. El que está allí.  
ALC. ¿El paje decís?  
CAR. El paje.  
Y al Alcaide notifico  
le prenda.  
ALC. Pues, pajecico,  
¿así honráis vuestro linaje?  
LUC. ¿Yo ladrón?  
ALC. El que lo dice  
entiende bien lo que es esto.  
LUC. Hablad con término honesto,  
que eso de quien sois desdice.  
CAR. Asídle, que es compañero;  
yo le condeno por tal.  
ALC. ¿Hay cuchillejo o puñal?  
LUC. ¿Qué miráis?  
ALC. Miraros quiero  
y treinta veces miraros.  
DEN. ¡Hola!  
TOD. ¡Ao!  
DEN. Allá va un preso (1).

(1) Faltan dos versos a esta redondilla y el primero de la siguiente, que rima con el «ti» que es el cuarto de ella.

GRI. Aquí están.  
 ALG. Hierra ese paje,  
 yo haré que el toldillo baje.  
 LUC. Esto aun me falta por ti.  
 DEN. ¡Hola!  
 TO. ¡Ao!  
 DEN. Allá va un preso.  
 ALC. ¿Por qué viene, gentilhombre?

*(Sale FÉLIX con grillos.)*

FÉL. Señor, por cosas de hombre.  
 ALC. ¿Es amoroso suceso?  
 FÉL. No traigo culpa, por Dios.  
 ALC. Diga eso y a mi cuenta.  
 CAR. Que digo este paje asienta.  
 ALC. ¿Y cómo os llamáis los dos?  
 CAR. Yo Carlos.  
 ALC. ¿Vos?  
 LUC. Hernando.  
 ALC. Bien está, que digo alerta  
 con esa segunda puerta.

*(Vanse el ALCAIDE y grillero.)*

FÉL. ¡Ay, cielo! ¿Qué estoy mirando?  
 CAR. ¿Si es este Félix que veo?  
 FÉL. ¿Si es este que miro Carlos?  
 LUC. Félix es éste. De hallarlos  
 juntos se llegó el deseo.  
 FÉL. ¿Por qué está vuesa merced  
 preso?

CAR. Por casi nada,  
 por cierta cadena hurtada  
 y escalar una pared.  
 ¿Y vuesarcé?

FÉL. La afición  
 de una mujer como un oro  
 me piden, y su tesoro;  
 de oro soy también ladrón.  
 Pero si yo no supiera  
 que un amigo (muy grandes  
 lo fuimos los dos en Flandes)  
 soldado agora estuviera,  
 o si fuera más honrada  
 la culpa con que aquí estáis,  
 dijera...

CAR. No lo digáis,  
 que será cosa excusada.  
 Ese soy, Carlos soy yo;  
 dadme, Félix, esos brazos.  
 FÉL. Con los más tiernos abrazos  
 que amigo a su amigo dió.  
 ¿Cómo es esto?  
 CAR. Un testimonio.

FÉL. Por lo mismo me ha traído,  
 de Indias recién venido,  
 que ahí anda suelto el demonio.

¿Acordáisos de un retrato  
 y unos papeles que os di?  
 CAR. Sí me acuerdo, Félix, sí,  
 aunque os pagué como ingrato;  
 que habiendo venido nueva  
 de vuestra muerte, esa dama  
 serví en Toledo por fama,  
 que su Nuncio a muchos lleva.  
 Quísome bien; mas llegué  
 a tiempo que se casaba  
 con un Mauricio, que andaba  
 rico de dinero y fe.

Pero por venir conmigo  
 en tan mal punto salió,  
 que un traidor que la sacó  
 la robó como enemigo.

Busquéla desde aquel día,  
 y vuelto a Sevilla agora  
 tras correr hasta el aurora  
 el ocaso y mediodía.

Por quitar una cadena,  
 por dicha al que la robó,  
 en la cárcel me metió,  
 adonde acabó mi pena.

Descubrí a mi hermana el cuento,  
 y había este paje aquí,  
 que, o yo estoy fuera de mí,  
 o la forma el pensamiento  
 o la misma dama es.

FÉL. Ya en vuestra casa la he visto  
 y al mismo intento resisto  
 con lo que os diré después.

¡Ah, galán, llegaos acá!  
 LUC. ¿A quién de llegarme tengo,  
 si a liacer bien a un hombre vengo  
 y este galardón me da?

CAR. ¿Es posible que no es ella?  
 FÉL. ¿Pues qué es esto? ¿Está en prisión?  
 LUC. Sí, que me ha hecho ladrón;  
 Carlos mi honor atropella.

Carlos, que tras tantos yerros  
 me hierra también los pies  
 para que paren después  
 de tantos tristes destierros.

FÉL. ¿El llora?

CAR. Digo que es ella.

FÉL. No es.

CAR. ¿Cómo?

FÉL. Lo pensé  
 también cuando a Hernando hallé



que era mi Lucinda bella;  
mas ya estoy desengañado  
con saber que una mujer  
le pide.

CAR. ¿Que es hombre?  
FÉL. El ser

está con ella probado.

CAR. ¡Por Dios, Félix, no lo crea  
si lo dicen mil mujeres!  
¿Quieres que enloquezca? ¿Quieres  
que todo el mundo lo vea?

¡Ay, Lucinda! ¿Por qué callas?  
¿Por qué te encubres de mí?

LUC. Que a un hombre traten así...  
FÉL. Sin barbas, quiere tirallas;  
no le digas esas cosas,  
que es hombre y se quejará.

(Salen DRUSILA y CAMILA, con mantos, y escuderos.)

DRU. En este aposento está.

FÉL. Aquí vienen dos hermosas.

CAR. ¡Por mi vida, que es mi hermana!  
¿Señora?

DRU. ¿Carlos?

CAR. ¿Aquí?

DRU. ¿Por veros no es justo?

CAR. Sí;  
la sangre todo lo allana.

DRU. ¿Señor Félix?

FÉL. Aquí estoy.

DRU. ¿Qué es ello? ¿Hernando está preso?  
¿Es por este mal suceso  
de Camila?

LUC. Pues si soy  
hombre, cual sabe Camila,  
¿por qué me procura hacer  
Carlos, tu hermano, mujer?

CAR. Advierte, hermana Drusila,  
y sabrás aquí mi historia.

(Salen ROBERTO, preso; TIBERIO, TEÓFILO, MAURICIO,  
RICARDO y TRISTÁN.)

ROB. Digo que soy hombre honrado.

TIB. El hurto os está probado  
por esta requisitoria,  
que aquí me la dió Tristán.

TEÓ. ¿Y que éste robó a Lucinda?

MAU. El potro hará que se rinda.

RIC. Aquí tus hijos están.

TIB. Pues, Carlos, ¿son las hazañas  
que has hecho en Flandes aquestas?

TEÓ. ¿Este es Carlos?

CAR. Grandes fiestas.

FÉL. ¿Cómo?

CAR. Hoy hay juego de cañas.

TEÓ. ¿No eras Dionisio, y sobrino  
mío estando allá en Toledo?

CAR. Ya, señor, negar no puedo  
mi pasado desatino.

TEÓ. ¿Cómo?

CAR. De Lucinda fué  
trazada aquella invención;  
que, pagando mi afición,  
con ella en tu casa entré.

TEÓ. ¿Luego tú me la has robado?

CAR. No, por Dios; mas concertélo,  
si fuera gusto del cielo  
que yo la hubiera gozado.

Otro en la puerta la halló  
y se la llevó primero,  
que es, sin duda, este hombre fiero.  
Aqueste a mí me sirvió.

MAU. Di, Roberto: ¿hasla robado?  
TIB. Sin duda que aqueste ha sido,  
que unas joyas me ha vendido  
y son las que me ha quitado.

ROB. Ya que no puedo negar,  
señores, yo la robé,  
porque en la puerta la hallé,  
que a Carlos vino a esperar.

Pero sabe Dios que sólo  
esas joyas le quité  
con que esa casa compré.

CAR. Creo que de polo a polo  
buscándola discurrí  
diez meses con grande pena.  
ROB. Suya es aquesta cadena,  
por quien a Carlos prendí.

RIC. Las joyas no se han perdido,  
yo las tengo, y esta hacienda  
que me servirá de prenda.

TEÓ. Muchas más que hubieran sido  
no pudieran consolarme  
sin mi hija.

LUC. Si queréis  
perdonarla, hoy la veréis.  
Los grillos haced quitarme.

TIB. ¿Qué es lo que dices, Hernando?

LUC. Que soy Lucinda, señor,  
que a Carlos, por tanto amor,  
buscaba peregrinando.

Si he vivido honestamente  
ser vuestra casa lo diga.

TIB. ¿Qué es esto, Camila amiga?  
¿No era tu marido?

LUC. Miente,  
que jamás la pude ver.

CAM. Señor, amor me obligó,  
 porque no quisiera yo  
 ser de Roberto mujer.  
 Y mirad si me engañaba  
 que es, por lo menos, ladrón.  
 TEÓ. Ved en qué extraña prisión,  
 señores, mi gloria estaba.  
 Dame esos brazos.  
 CAR. Permite  
 que me dé la mano a mí.  
 TEÓ. Diga Tiberio que sí,  
 que no habrá quien te la quite;  
 que Mauricio no querrá  
 mujer tan tuya.  
 MAU. Es muy cierto.  
 Que hoy cesa nuestro concierto,  
 por mí la mano le da.  
 TEÓ. Félix, perdonad mi error.  
 FÉL. Si a Tiberio le rogáis  
 me dé su hija.  
 TEÓ. Acertáis,  
 Tiberio, si tiene amor,  
 no os suceda lo que a mí.  
 TIB. Téngola a su primo dada.  
 MAU. Y Lucinda concertada  
 estaba conmigo así.  
 Pero no quiere el casar,  
 señor Ricardo, violencia.

DRU. Si me das, señor, licencia,  
 mi primo ha de perdonar,  
 porque la palabra di  
 a Félix cuando se fué.  
 RIC. Si es suyo el papel que hallé,  
 yo se la doy desde aquí;  
 que mujer de otro prendada  
 para aquél será más buena.  
 TIB. Pues ¡alto!; si no os da pena,  
 cump-la la palabra dada.  
 TRI. Y la que me dió Camila,  
 ¿no la cumplirá, señor?  
 TIB. Cumpla, si te tiene amor.  
 Dale esa mano, Drusila,  
 a Félix, y Carlos dé  
 la suya a Lucinda.  
 MAU. Buenos  
 quedamos; pero, a lo menos,  
 no fué por falta de fe:  
 la ventura nos faltó.  
 TIB. Da tú la mano a Tristán.  
 TEÓ. Y de Roberto, ¿qué harán?  
 LUC. A ese perdono yo,  
 que mi dicha se disculpa.  
 ROB. La vida a un traidor has dado.  
 CAR. Aquí, discreto senado,  
 da fin *La prisión sin culpa*.  
 FIN

# LA PROSPERA FORTUNA DE DON BERNARDO DE CABRERA

## COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

LAS PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

DON BERNARDO DE  
CABRERA.  
DON LOPE DE LUNA  
EL REY.  
EL CONDE DE RIBA-  
GORZA.

LÁZARO, *lacayo*.  
ROBERTO, *lacayo*.  
Un SECRETARIO.  
LA REINA.  
DOÑA VIOLANTE, *In-  
fanta*.

DOÑA LEONOR.  
Un GOBERNADOR  
Tres SOLDADOS.  
DOROTEA, *vieja*.  
DON RAMÓN.  
TIBURCIO y NUÑO.

### JORNADA PRIMERA

(*Salen DON BERNARDO DE CABRERA y DON LOPE DE LUNA, de galanes.*)

DON LOPE,

Mi inclinación, Bernardo, es generosa;  
máquinas grandes emprender desea;  
hame cansado ya la vida ociosa  
de mi antiguo solar y de mi aldea;  
vengo a la Corte de Aragón, famosa,  
con ánimo, que el Rey servir me vea  
en alguna ocasión, y fama cobre,  
que quien al Rey no sirve, muere pobre.

Hijo segundo soy, aun es mi vida  
en extremo notable desdichada;  
no escapé de pendencia sin herida;  
pretendiendo, jamás alcancé nada;  
ni jugué sin perder, ¡estrella airada! (1),  
que debió de ser mi fortuna ocasionada;  
fué ascendiente, y soy tan desdichado,  
que quiero siempre amar sin ser amado.

Estas desdichas resistir pretendo  
en la corte del Rey don Pedro Cuarto,  
cuya fama y blasón se va extendiendo  
desde el rubio alemán al indio y parto.  
Mi natural desdicha iré venciendo,  
si deste clima en que nací me aparto,  
aunque el imaginar me desanima  
que no muda fortuna el mudar clima.

(1) «Airada» no es consonante de «herida» ni «vida», como sería preciso.

D. BER.

Señor don Lope de Luna,  
No entendáis que dese modo  
os trate a vos la fortuna:  
Dios es el dueño de todo,  
que, sin El, no hay causa alguna.

Algunos piensan, y mal,  
que el ánima racional  
fuerzas de estrellas recibe;  
el bruto, sí, porque vive  
con el alma y cuerpo igual.

De los trabajos os digo  
que Dios los reparte al malo  
por prevención de castigo,  
y por mérito y regalo  
los suele dar al amigo.

Y así los vanos temores  
que en juegos, fiestas y amores  
mostráis de vuestra desdicha,  
dicen que tenéis la dicha  
guardada en cosas mayores.

De mí os podré asegurar:  
nunca reñí sin herir,  
nunca jugué sin ganar,  
no pedí sin recibir  
y no amé sin alcanzar.

Esta dicha, y conocerte,  
a pretender me convida  
fiado en mi buena suerte;  
démela Dios en la muerte  
ya que me es mudable en vida.

(*Salen LÁZARO y ROBERTO, lacayos.*)

LÁZ.

¿De dónde sois?

ROB. De León.  
 LÁZ. ¿Qué os obliga a que se deje  
 la patria por Aragón?  
 ROB. Necesidad.  
 LÁZ. Esa hereje  
 me sigue.  
 ROB. ¿Cómo?  
 LÁZ. Atención:  
 Basta para que se entienda  
 cuán grandes son mis desgracias,  
 que no ha habido al fin caballo  
 que haya padecido tantas.  
 Diez años ha que juré  
 el arte del almohaza,  
 que en aquesto de rascar  
 tengo gracia «gratis data».  
 Que es verme a las mañanicas,  
 empapado en unas ancas,  
 cantar lo de Valdovinos  
 al son que vierto la caspa.  
 Y con todo eso es tan grande  
 la desdicha que me alcanza,  
 que, al revés de Archiitclinos,  
 se me vuelve el vino en agua.  
 Si entro en la plaza a los toros,  
 luego arremete a mis calzas,  
 y ensartándome en un cuerno  
 soy volatín de arrancada.  
 Todo al revés me sucede,  
 jamás alcanzo una blanca,  
 y pruebo, mudando hitos,  
 si mi fortuna se cansa.

D. BER. Traernos una intención  
 juntos, y una voluntad  
 a la Corte de Aragón,  
 de muy estrecha amistad  
 señales y prueba son.  
 Don Lope, aunque pobre estoy,  
 hidalga palabra os doy  
 de tener siempre ofrecida  
 a vuestra amistad mi vida,  
 un nuevo don Lope soy.  
 Que al mundo vuelvan deseo  
 Píldes y Orestes; creo  
 que en Pítias, ni que en Damón,  
 Alejandro, en Efestión,  
 en Hércules, ni en Teseo  
 no cupo amistad igual.  
 Cástor y Pólux partieron  
 el cielo y vida inmortal:  
 lo mismo que ellos hicieron  
 haremos en bien o en mal.

D. LOP. Dáisme honrados pensamientos;

vuestro don Lope se nombra,  
 y crecerán mis intentos  
 si los ampara la sombra  
 de vuestros merecimientos.

Si hacemos dos almas una  
 no temo desdicha alguna;  
 vuestro Amidas soy y os sigo,  
 que sois César, y conmigo  
 llevaré vuestra ventura.

D. BER. ¿Cuándo pensáis en hablar  
 al Rey?

D. LOP. Eso he deseado  
 luego, si me dan lugar.

D. BER. Yo he menester un criado.

D. LOP. Yo otro quisiera hallar.

D. BER. Siempre suelen acudir  
 a este patio de palacio  
 los que pretenden servir;  
 busquémoslos.

D. LOP. No habrá espacio,  
 porque el Rey querrá salir  
 a este corredor a dar  
 audiencia.

ROB. Estos dos pelones  
 sirvientes van a buscar.

LÁZ. Y parecen novatones;  
 yo me quiero acomodar.

Porque un hidalgo de aldea  
 viendo esta corte se admira,  
 gasta largo y se pasea,  
 y abierta la boca mira  
 y no hay cosa que no crea.

Mas si en amorosa lucha  
 entra el pobre galanvao (1),  
 a cualquier mujer que escucha,  
 siendo sota, o bacallao,  
 la tiene por reina o trucha.

Que ciego de enamorado  
 suele gastar sin sentido,  
 y sólo medra el criado  
 que le fué su lacaiño (2)  
 y en el amor le ha guiado.

Pierde los bríos primeros  
 y se vuelve como vino.

ROB. Si se vuelve sin dineros  
 no volverá como vino.

LÁZ. Vuelve como vino, en cueros.

(1) Así en el original; no sabemos cómo arreglarlo.

(2) Otra palabra, al parecer de capricho. El texto dice «lacaiño» que no consuena, como era preciso, con «sentido». Lo seguro es que este pasaje esté muy adulterado.

ROB. Si necesidad tenéis,  
mis señores, de criados  
los dos que delante veis  
son bien nacidos y honrados.

D. BER. Ansí nos lo parecéis.

D. LOP. ¿Sois de la corte?

LÁZ. En su mar  
servir de piloto puedo  
al que empieza a navegar;  
no hay mentina, no hay enredo  
que no sepa penetrar.

Bellacas hay, que si os huelen  
como moscateles uvas,  
en los engaños que suelen,  
no habrá barbero, ni bubas  
que tanto os rapen y pelen.

Aquí de cualquier mozuela  
por aya una vieja va,  
que sin género de muela  
la sangre murmurará,  
como bruja, o sanguijuela.

Aquí una tuerta, o gafa,  
toda pescuezo y barriga,  
si hay necio que algo le diga  
también, como otra, le estafa (1).

Ni hallarás quien quiera bien,  
aunque por dar te desuelles:  
niñas de Matusalén,  
más arrugadas que fuelles,  
quieren que ferias les den.

Y ansí en nosotros hoy viene  
una antorcha y un lucero  
que os guíe.

D. BER. Buen humor tiene.

Sírveme.

LÁZ. Veré primero  
cuál de los dos me conviene.

¿Cómo os llamáis?

D. BER. Don Bernardo  
de Cabreira.

LÁZ. ¿Y vos?

D. LOP. Don Lope  
de Luna.

LÁZ. Escojo, ¿qué aguardo?  
¡Oh, plegue a Dios que no tope  
el peor! Este es gallardo.

Y Cabrera no me suena  
bien, mejor es la Luna,  
que quizá se verá llena  
de riqueza y de fortuna  
y será mi dicha buena.

Don Lope ha de ser mi amo.

D. LOP. ¿Cómo te llamas?

LÁZ. [Me llamo]  
Lázaro, porque en las ferias  
desdichas vendo y lacerias,  
y ansí mi nombre es ramo.

Soy desdichado y sospecho  
que con vos harán mudanzas  
mis desdichas.

ROB. Satisfecho  
os dejaré de fianzas.

LÁZ. Haga el amo buen provecho.

(Salen el REY, el CONDE DE RIBAGORZA y acompañamiento.)

CONDE.

El corredor despejen: ¡plaza, plaza!,  
que Su Majestad sale a dar audiencia:  
¡Plaza!

DON LOPE.

Buena ocasión; pienso informarle  
de los grandes servicios de mi padre,  
pidiéndole me ocupe en algún cargo  
donde pueda servir.

DON BERNARDO.

Lo mismo pienso.

CONDE.

Vuestra Real Majestad imita en esto  
al gran Trajano, que en lugares públicos  
audiencia daba.

REY.

Importa algunas veces;  
que se ganen ansí todos los ánimos,  
quiérenle bien al Rey, y los vasallos  
hablarle pueden sin dificultades.

CONDE.

Los que a Su Majestad hablar quisieren,  
vénganse acercando.

(Arrimase un bufete y sale un GOBERNADOR.)

DON LOPE.

Quieran los cielos  
que llegue en ocasión: otro ha llegado  
primero.

GOBERNADOR.

Aunque las cosas importantes,  
tanto como éstas, a tratar me envía  
la Corona, requieren que en audiencia  
particular se traten, no he querido,  
supuesto que las traigo reducidas  
a sólo un punto, y nadie las escucha.

1) Falta un verso a esta quintilla.

REY.

Habéis hecho muy bien, que ya deseo ver hecha aquesta unión.

GOBERNADOR.

Se han reducido los Reinos de Aragón, y de Valencia, a aquesta condición.

REY.

Dificultosa sospecho que será: di.

GOBERNADOR.

Que despidas algunos que te sirven en palacio, y los gentileshombres de tu Cámara, excepto el Conde.

REY.

¿Cuál?

GOBERNADOR.

De Ribagorza. Piensan que aquestos te han aconsejado, o temen, que podrán aconsejarte en perjuicio del reino.

REY.

Piensen mal, y se temen neciamente: mas quiero dalles gusto.

GOBERNADOR.

Grande merced les haces, las justicias vendrán a tratar deso.

CONDE.

Otro llegue.

(Sale un SECRETARIO a dar un papel al Rey.)

DON LOPE.

¡Ocasión!: favor y ayuda, ¿Hay más azares? Cada vez me hurtan la bendición.

SECRETARIO.

(Leonora ha respondido)

Aunque tu Majestad esté en audiencia, no puede reportar el alboroto. (Y te traigo el papel).

REY.

¡Quieran los cielos que responda a mis ruegos más afable!

DON LOPE.

Yo llego, pues aquél se ha retirado.

CONDE.

No lleguéis, porque el Rey está leyendo.

(Lee el Rey la carta.)

REY.

«Porque corresponder no puedo al gusto que pretendes, sin daño de mi honra: suplico a tu grandeza, humildemente, que no conquiste cosas imposibles, obligándome ya con sus papeles a serle descortés no respondiendo.»

(Deja de leer.)

¡Oh, qué extraño rigor! ¡Desdén tirano!

CONDE.

Llegar podéis ahora.

DON LOPE.

¡Quiera el cielo que escuche con benévolos oídos mis relaciones! Señor invicto; si vuestra Majestad tiene noticia (que sí tendrá) de don Martín de Luna, el que a la sacra Majestad, que el cielo ahora tiene, de su excelso padre, en palacio sirvió en diversos cargos.

REY.

¿Hay tal rigor? ¿Habrà peña tan dura, combatida del mar? ¡Oh, cruel leona! No acabo de creer tantos desdenes.

DON LOPE.

Gentilhombre de Cámara, al principio, fué de Su Majestad, y Mayordomo de la casa después, y en la conquista de Cerdeña sirvió como se sabe.

(Lee el Rey.)

«Que no conquiste cosas imposibles.»  
¡Que así se escriba a un Rey que adora tanto!

DON LOPE.

Allí arriesgó su vida muchas veces, hasta que su valor, industria y fuerzas las Islas sujetó, y por no cansarte, no refiero servicios de su padre.

(Lee el Rey.)

«Obligándome ya con sus papeles a serle descortés, no respondiendo.»  
¡Insufrible desdén! ¡Crueldad no vista!

DON LOPE.

Como murió Su Majestad, mi padre,  
que don Martín de Luna fué, estuvo  
retirado, y no rico, hasta su muerte.  
Y yo, como le imito en los deseos  
de servir a su Rey, vengo a servirte  
en la paz, y en la guerra, como debo.  
Y así a tu Majestad Cesárea pido  
humildemente, que me ocupe en algo  
en que manifestar mi pecho hidalgo.

REY.

Siendo sentencia de mi muerte, quiero  
mirar este papel joh, cruel Leonora!  
Yo he estado divertido, y no he escuchado  
lo que éste me ha dicho; encubrir quiero  
esta poca atención, que es gran defecto  
en el rey, y en el juez. Bien está, dadme  
un memorial después.

LÁZARO.

¡Por Dios, yo tengo  
amo dichoso! ¿Memorial le pide?  
Digo que tengo buen olfato de amos.

ROBERTO.

Llegará el mío y veráse lo que pasa.

DON BERNARDO.

¡Favor, cielo! (1)  
Yo soy un catalán, que deseo  
de que tu Majestad servir le mande  
en alguna ocasión, aquí he venido.  
Mi nombre es don Bernardo de Cabrera,  
hijo de Sancho de Cabrera; pienso  
que ya tu Majestad tiene noticia  
de los muchos servicios que mi padre  
al Rey, que en gloria esté, hizo. Está viejo  
y pobre en Barcelona; yo deseo  
proseguir sus intentos, y suplico  
a tu Majestad nos honre (2)  
en servirse de mí, si le parece  
que mi intención y sangre lo merece.

REY.

¿Hijo sois de don Sancho de Cabrera?

DON BERNARDO.

Sí, sacra Majestad.

REY.

¿Tiene más hijos?

DON BERNARDO.

No, señor.

REY.

¿Está viejo?

DON BERNARDO.

Viejo, y pobre.

REY.

Grande gusto me habéis hecho en veniros  
a Aragón: abrazadme, don Bernardo;  
porque soy (1) inclinado a catalanes,  
y a vuestro padre, mucho.

DON BERNARDO.

Besar deja

tus Reales pies.

REY.

Desde hoy en mi servicio  
os quedaréis, y a tiempo habéis venido  
que quiero recebir nuevos criados,  
y en serlo vos, haréisme gran lisonja.

DON BERNARDO.

¡Viva tu Majestad muy largos años!

REY.

¿Conde?

CONDE.

Señor.

REY.

Desde hoy es don Bernardo  
de mi Cámara.

CONDE.

¿Ayuda?

REY.

Gentilhombre  
que es don Bernardo de Cabrera, hijo  
de Sancho de Cabrera el Valeroso.

DON BERNARDO.

Tu vasallo menor.

ROBERTO.

Romadizadas  
tuviste las narices, cuando oliste  
los amos por detrás y por delante:  
Yo sí que soy famoso perdiguero,  
mira las honras.

LÁZARO.

¡Voto a Dios, que rabio!

(1) Estas dos palabras sobran para el verso.

(2) Verso incompleto.

(1) En el texto, «fui».

Algún villano, pícaro o judío  
es esotro, pues dél caso no hace.

DON LOPE.

No sé cómo quejarme de mi suerte:  
¿Son los servicios de mi padre menos?  
¿No soy tan noble como don Bernardo?  
¿Que dé yo memorial y llave al otro!  
El la merece bien, Dios se la ha dado,  
¡paciencia, pues nací tan desdichado!

(Sale un SOLDADO.)

SOLDADO.

Desde Cerdeña vengo a dar aviso  
a Vuestra Majestad, del alboroto  
que algunos sardos han movido en ella,  
y rebelados contra la Corona,  
toman las armas, sin que los leales  
lo puedan defender, que fugitivos  
con el Gobernador que ésta te escribe,  
esperan gente ya, que es necesario  
conquistarla otra vez.

REY.

¿Los rebelados  
tienen las fuerzas?

SOLDADO.

Sí, señor.

REY.

¿Y Jaime  
de Aragón?

SOLDADO.

No ha podido resistirlos:  
son pocos los leales.

REY.

Nueva guerra  
a Cerdeña he de hacer. ¡Ah, don Bernardo!

DON BERNARDO.

Señor.

REY.

¿Fuisteis soldado en algún tiempo?

DON BERNARDO.

De mi padre [lo] fui, cuando Cerdeña  
se rebeló.

REY.

Otra vez se ha rebelado,  
¿Conde?

CONDE.

Señor.

REY.

Tomad aqueste pliego,  
y veremos después en mi Consejo  
lo que importa hacer. Vos, don Bernardo,  
para aquesta jornada prevenfos.

DON LOPE.

Buenos fueran aquí los brazos míos.

ROBERTO.

Capitán me has de ver en esta guerra:  
mucho mi amo vale en esta Corte;  
mercedes te he de hacer: mi muchillero  
serás, o mi tambor.

LÁZARO.

Yo desespero.

CONDE. ¡Pla! a!

REY. ¿Quién viene?

SECR. La Infanta.

(Salen la Infanta VIOLANTE y DOROTEA, dama vieja,  
trayendo la falda a la INFANTA, y LEONOR.)

SECR. Mi señora pasar quiere  
a su cuarto.

REY. ¿Quién no muere  
contemplando gloria tanta?  
¡Ay, Leonora! ¡Ay, dueño mío!  
Juntos mi fe y tu rigor,  
van convirtiendo mi amor  
en un loco desvarío.

VIOL. ¿Ha dado tu Majestad  
audiencia?

REY. Sí, y un papel  
más amargo y más cruel  
que la muerte y la verdad  
me dieron con ella.

LEO. Pienso  
que es el mío.

VIOL. Di, ¿qué ha sido?

REY. Que fuerte se ha resistido  
a mi fe y amor inmenso.

VIOL. ¿Quién?

REY. La que más quería,  
y está a mis ojos quitando  
en la noche, el sueño blando,  
y alegre luz en el día.

Quien es monte, quien es peña  
a las olas de mi llanto  
(no es bien declararme tanto)  
Digo, Infanta, que Cerdeña  
se rebeló.

VIOL. No es razón,  
que a tu Majestad lastime



desta suerte, antes anime  
la Corona de Aragón  
a que restauralla quiera.

REY. Tengo un nuevo aragonés  
para esta empresa.

VIOL. ¿Quién es?

REY. Don Bernardo de Cabrera,  
hijo mayor de don Sancho  
de Cabrera, cuyo pecho,  
sirviendo a mi padre ha hecho  
que herede el Reino más ancho.  
Besad la mano a la Infanta,  
don Bernardo.

D. BER. De mi esfera  
saldré, si desta manera  
tu Majestad me levanta.

Quedará desvanecido  
mi entendimiento, celada  
la voz, la lengua turbada,  
y el ingenio divertido.

Apenas pedir sabré  
a vuestra Alteza, la mano.

REY. Es galán, y cortesano.

D. BER. Ya en tu Corte lo seré,  
porque palacios de reyes  
políticos hombres hacen,  
y en ellos dicen que nacen  
la discreción y las leyes.

A servirte vengo, y creo  
que he de saber agradarte,  
aunque traigo de mi parte  
sólo el ánimo y deseo.

Mi señor y mi Rey eres,  
muéstrate en mandarme franco;  
el ánimo traigo en blanco,  
pinta en él lo que quisieres.

REY. Quiero, viendo su valor,  
que en mi Cámara se quede  
gentilhombre.

VIOL. Serlo puede  
de la Cámara de amor,  
y traer colgada en la cinta  
llave de mil voluntades.

D. BER. En que angélicas deidades  
tal hermosura se pinta.

Ni el alba cuando en las flores  
perlas de sus ojos llueven,  
que las saludan y beben  
los pajarillos cantores.

Ni los pavones lucidos,  
cuando en la cola y espaldas,  
de zafiros y esmeraldas,  
muestran cien ojos dormidos.

Ni el mar, cuando no se enoja  
con el viento, y blando suena,  
y la orilla entre la arena  
ámbar y perlas arroja.

Ni el cinamomo, ni el cedro  
gozan beldad semejante  
a la que tiene Violante,  
hermana del Rey don Pedro.

I.EO. (1) Buen talle de caballero,  
discreto es, como gallardo;  
holgaré que don Bernardo  
me festeje en el terrero.

Que si el Rey me tiene amor,  
sus intentos cesarán,  
viendo servirme un galán  
que le está bien a mi honor.

Mas la Infanta ha puesto en él  
los ojos con atención,  
si la siento inclinación  
diciéndola males dél.

Podré refrenarla.

DOROT. Creo  
que este es don Lope de Luna,  
¿sí es él? Sí, sin duda alguna,  
o ya con mi edad no veo.

Su padre aquí me sirvió  
siendo de la Reina dama,  
y ansi la sangre me llama  
después que en Huesca me vió.

A querelle bien. Amor  
tu fuerza a mi edad se atreve;  
perdí el oro, peino nieve,  
respéteme tu rigor.

SECR. Las justicias quieren verte.

REY. Verélas de buena gana:  
¿Viene Vuestra Alteza, hermana?  
Sí, señor.

D. BER. Mil rayos vierte  
de gloria y de resplandor  
por los ojos. Detencos  
pensamientos y deseos,  
que es locura y no es amor.

(Vase el REY, y lleva de la mano a su hermana.)

D. LOP. Como el que ciego nació,  
y vivió en sueño profundo,  
y se espantó en ver el mundo  
cuando sus ojos abrió.

Como el que en medio del mar  
entre tormentas airadas,  
islas halló no pensadas  
de riqueza singular.

(1) En el texto «Violante».

Como el que en sus horizontes,  
tras temeroso diluvio,  
mira un arco verde y rubio,  
como columnas de montes,

así me he quedado yo  
entre mi corta ventura,  
contemplando en la hermosura  
que el cielo a la Infanta dió.

Sueño, diluvio, mar, pena  
es mi desdicha, y la Infanta,  
arco que su luz levanta  
y la tempestad serena.

Quien vió su hermoso valor  
no se llame desdichado,  
si no es que habella mirado  
es la desdicha mayor.

(Vase.)

ROB. Lázaro.

LÁZ. Diga.

ROB. Prometo  
de haceros mucha merced  
aquí en palacio; volved  
por acá, porque en efeto

fuisteis, cuando escudero,  
amigo, y no soy ingrato.

LÁZ. ¿Qué es ahora el mentecato?

ROB. Bueno, a fe de caballero.

(Vase.)

LÁZ. Después que a un poste arrimado  
diez días, con hambre estaba,  
diciendo al que me miraba:  
¿Ha menester un criado?

Después que no quedó calle,  
poste, esquina, puerta o puesto,  
en quien cédulas no he puesto  
alquilando aqueste talle,

hallo por amo una Luna,  
que a este mísero criado  
señales de agua ha mostrado,  
pero de vino ninguna.

(Sale DON LOPE con un memorial.)

D. I.O.P. Fortuna, aunque des asiento  
a Cabrera sobre ti,  
no ha de haber envidia en mí,  
ni en él desvanecimiento.

Levántele norabuena,  
que consuelo es de mi pena,  
aunque sus pasos no sigo,  
que la dicha del amigo  
dicha es propia, y no es ajena.

D. BER. Don Lope, amigo, mitad  
del alma, de aqueste pecho,

a don Bernardo abrazad,  
por que le haga provecho  
aquesta prosperidad.

(Abrazanse.)

D. I.O.P. Y porque junto con vos  
en amistad, y en abrazos  
tendremos honra los dos,  
vos del Rey, yo de esos brazos.

D. BER. La suya no os niegue Dios,  
porque las honras que nacen  
del mundo y su monarquía,  
los mismos efetos hacen  
que el agua en hidropesía;  
hinchán y no satisfacen.

Llave dorada y bastón  
me ha dado el Rey, gran merced:  
pero de tal condición,  
que me ha causado más sed.

D. I.O.P. Pequeñas mercedes son,  
más merecéis alcanzar,  
y así no os hartan.

D. BER. Ya veo  
que aquesa me ha de sobrar:  
Pero el humano deseo  
no se sabe contentar.

Viendo al Rey con vos injusto,  
me acontece lo que al gusto,  
que en mitad de su placer  
una muerte suele ver,  
por que nada le dé gusto.

Una ceremonia usaban  
cuando Papas elegían,  
que unas estopas quemaban  
ante el electo, y decían:  
así las honras acaban.

Lo mismo es, si se advierte,  
que en honrarne el Rey se extrema:  
mas viéndoos desa suerte,  
débil estopa me quema  
y yo contemplo una muerte.

(Señala la llave.)

¿Qué hombre bárbaro, qué rudo,  
de los que en la Scitia están,  
alegre mirarse pudo  
el medio cuerpo galán  
y el otro medio desnudo?

¿Qué importa, pues, me decid,  
que una sacra Majestad  
galas me haya dado a mí,  
si siendo vos mi mitad  
os deja desnudo así?

D. I.O.P. Cuando dos en el verano

suben a un árbol ufano,  
el que de más fuerzas es  
sube primero, y después  
al otro le da la mano.

Un árbol es la privanza  
que en su abril suele ofrecer  
fruto, y flores de esperanza,  
y a veces suele caer  
el que las flores alcanza.

Si el favor un árbol es,  
y a mí de subir me priva,  
mi desdicha, como ves,  
trepa bien, y sube arriba,  
por que la mano me des.

Verte levantado espero,  
en las alas de la dicha;  
y aunque yo seguirte quiero,  
el peso de mi desdicha  
me hace no ser ligero.

*(Salen al balcón VIOLANTE y LEONOR, y pásanse DON LOPE y DON BERNARDO.)*

LEO. ¿Es posible que Su Alteza  
a don Bernardo se inclina?

VIOL. No me hizo a mí divina  
la madre naturaleza.

LEO. Dióte más obligación  
de inclinarte bien.

VIOL. Confieso  
que dices bien, y por eso  
resisto mi inclinación.

Deseamos ser amadas  
las mujeres, y este amor,  
con aquél, tiene valor,  
a quien somos inclinadas.

Sé que es valiente, y amor  
tiene en mí tal calidad,  
que en esta desigualdad  
conoceré mi valor.

LEO. Dígame cómo tu Alteza.

VIOL. Cuando me amare mi igual  
querrá mi sangre real  
por conservar su nobleza.

Mas cuando mis designales  
me amaren, podré entender  
que se han dejado vencer  
de mis partes personales.

LEO. Vanos consejos la doy;  
afición le tengo en vano,  
ganado me ha por la mano  
la Infanta.

VIOL. Viéndole estoy:  
mire el que me satisface.

LEO. Veré el que mi alma desea.

VIOL. Con qué buen aire pasea,  
qué buenas acciones hace;  
su talle es proporcionado,  
y aunque galán, es robusto.

LEO. Digo, que tengo mal gusto,  
porque a mí no me ha agradado.  
¿Que ese te parece bien?

Ya llega a ser desvarío,  
digo, que no tiene brío,  
y es algo necio también.

A apostar me atreveré  
que danza mal.

VIOL. Yo me atrevo  
a que es un Achiles nuevo  
en la guerra.

LEO. No lo sé:

Pero él me parece mal.

VIOL. A mí bien, no de manera  
que por esposo le quiera,  
que aunque es noble, es desigual.

Téngole alguna afición.

LEO. Querrás que le dé a entender  
que deseamos saber  
las damas su inclinación.

Porque con este color  
sabré si te está inclinado.

VIOL. Agudísima has estado.

LEO. Hace discretos amor.

VIOL. Díselo más disfrazado,  
porque es de mi amor ajeno,  
y el amor que tengo es bueno,  
como el que el Rey le ha cobrado.

LEO. ¿Deso me adviertes? Ya veo  
que he de hablar tu honor seguro.

VIOL. No tampoco tan obscuro  
que no entienda mi deseo.

*(Vanse.)*

*(Sale el REY, y DON RAMÓN, dándole un memorial.)*

DON LOPE.

Aquese memorial tengo ya escrito  
para dárselo al Rey.

DON BERNARDO.

El viene, y si olo,  
buena ocasión para informarle tienes,  
por que no se divierta en otras cosas,  
y el memorial no lea, me retiro;

*(Vase.)*

Aquí fuera te aguardo.

DON LOPE.

Saldré luego.

REY.

Yo veré el memorial.

DON RAMÓN.

Mil años reines.

*(Vase.)*

DON LOPE.

Poderoso señor, humildemente  
pido a tu Majestad pase lo ojos  
por este memorial.

REY.

De buena gana.

*(Lee.)*

«Don Ramón de Moncada ha suplicado  
algunas veces, que merced le haga  
tu Real Majestad de compañía,  
y no ha habido lugar: ahora pide  
esta misma merced para Cerdeña.»

DON LOPE.

Ya abrió mi memorial, ¡ah, si me hiciese  
gentilhombre de Cámara!, sería  
dichoso, por seguir a don Bernardo.

REY.

Este dice: «Don Lope de...»

*(Sale el SECRETARIO.)*

SECRETARIO.

LEONORA,

por este corredor viene ahora sola,  
sal al encuentro.

REY.

Bien has avisado.

*(Sale LEONORA y hace que va a caer.)*

LEONOR.

Azar es para mí, si al Rey encuentro.  
Torcióseme el chapín.

REY.

Milagro ha sido  
si el cielo con la tierra se ha juntado,  
o es que no puede sustentar el peso  
del valor infinito de su cuerpo,  
o porque le tocasen vuestras manos.

*(Levántala el REY y cásela el memorial.)*

Quise abrazaros como enamorado.

LEONOR.

Porque tu Majestad me levantara  
me detuvo, sin duda, mi fortuna.  
Tu Majestad se quede.

REY.

Es imposible.

LEONOR.

Volverme.

REY.

Voy a mi cuarto (1).

LEONOR.

Pasaré yo después

REY.

Serviros tengo.

LEONOR.

Suplico a Vuestra Majestad [se quede].

REY.

Espero de vencer.

LEONOR.

Porfiar no quiero.

*(Vanse, y salen DON BERNARDO y ROBERTO.)*

DON BERNARDO.

Mira si al patio descendió don Lope  
y avísale que estoy aquí esperando.

ROBERTO.

Voyle a buscar: mas ¿qué papel es éste?  
«Señor, don Lope de Luna dice  
que es hijo de don Martín de Luna.»  
Aqueste memorial se le ha caído  
a don Lope, sin duda; ya no importa  
y arrojado está, aquí dar pienso a Lázaro  
un mal rato con él, porque de envidia  
se muere porque sirvo a don Bernardo.

*(Vase.)*

DON BERNARDO.

Al Rey dejó Leonora y se ha tornado.  
Ya viene adonde estoy. ¿Si quiere hablarne?

*(Sale LEONORA.)*

LEONOR.

Con industria del Rey pude librarne.

Algunas damas, que son  
a quien galanes pasean,  
ya, don Bernardo, desean  
saber vuestra inclinación.

Como el Rey os ha mostrado  
tanto amor, y así él levanta,  
a las damas de la Infanta  
dais un curioso cuidado;

(1) Verso corto.

y así aguardando os están  
a que inclinado os mostréis,  
porque a todas parecéis  
muy cortesano galán.

Si ya vuestros pensamientos  
no son sino de matar  
peces, que viven el mar;  
aves, que rompen los vientos;  
fieras, que al valle descenden;  
toros, que el coso deshacen;  
caballos, que al Betis pacen,  
y sardos, que al Rey ofenden.

D. BER. Las acciones aprendidas  
que tú inclinación les llamas,  
al servicio de las damas  
tengo siempre dirigidas.

LEO. No sé qué respuesta dar,  
porque muestra esa razón  
la común inclinación,  
mas no la particular.

Como las cosas criadas  
hizo diferentes Dios,  
no es posible que estén dos  
en un mismo caso amadas.

De que vengo a colegir  
que una por fuerza ha de ser  
la que se obligue a querer  
tu inclinación.

D. BER. ¿Quién sufrir  
desdén de damas celosas  
puede sin causa divina?  
Que esto sufre quien se inclina  
a empresas dificultosas.

LEO. ¿En tu misma voluntad  
actos libres no has tenido?

D. BER. No en querer, en ser querido  
está la dificultad.

LEO. No pretendas ser amado,  
y amar podrás a cualquiera.

D. BER. Ya podré desa manera  
decir a quién me he inclinado.

LEO. Yo soy quien cubrir no sabe  
(*A parte.*)

la turbación y alegría,  
si soy yo, por vida mía,  
que he de ser esquiva y grave:

Que esta condición tenemos  
las mujeres; deseamos  
que nos quieran y mostramos  
disgusto si lo sabemos.

Díme quién es.

D. BER. La que espanta  
con envidia, las más bellas,

el sol de quien son estrellas  
las otras damas. (*A parte.*)

La Infanta.

LEO. Como vuela el deseo  
a quien su bien imagina,  
adversa estrella os inclina  
a imposibles.

D. BER. Ya lo veo.

LEO. Temor es que no merece  
respuesta.

D. BER. Ni la pretende.

LEO. ¿Es ofensa?

D. BER. ¿A quién ofende  
ser amado?

LEO. Al que aborrece.

D. BER. ¿Cómo? ¿Qué ocasión le he dado?

LEO. Como mal le has parecido.

D. BER. Quiero ser aborrecido  
della más que de otro amado.

LEO. ¿No es consuelo del amante  
saber que entendido vive?

D. BER. Sí.

LEO. Pues un papel escribe.

D. BER. ¿Para quién?

LEO. Para Violante.

D. BER. ¿Y es cierto?

LEO. Se le dará.

D. BER. ¿Qué dirá?

LEO. Que no le ofenda  
tu amor.

D. BER. ¿Qué importa?

LEO. Que entienda  
tu inclinación.

D. BER. No osaré.

LEO. Bien puedes: la escribanía  
dejó el Secretario aquí.

D. BER. Si corre fortuna así  
matárame el alegría.

Ven próspera poco a poco,  
que en gusto no pretendido  
sin ocasión ha venido,

(*Escribe.*)

tornar suele a un hombre loco.

LEO. Con industria se han domado  
reinos que libres se vieron,  
remos el agua rompieron,  
hombres el aire han volado,  
muchas aves han hablado.

Frenos se han puesto a la fiera,  
prisión al ave ligera  
y silencio a la mujer.  
Y con la industria he de hacer  
que don Bernardo me quiera

D. BER. Ya escribí; mas no querría.  
LEO. ¿Qué temes?

D. BER. El darla enojos.

LEO. No darás.

D. BER. Ponga en mis ojos  
esos pies vuesñoría.

Tan obligado le estoy  
que no le sabré pagar.

LEO. Ella viene.

D. BER. Doy lugar.

LEO. Ven después.

D. BER. Tu esclavo soy.

*(Vase y sale la INFANTA.)*

VIOL. [Dime] qué ha sucedido.

LEO. Una grande novedad;  
necio y desdichado ha sido,  
que puso su voluntad  
donde será aborrecido.

Dice que soy la que adora,  
que este nombre de Leonora  
es león que le ha vencido;  
que a Zaragoza ha venido  
por mí, que se abrasa y llora.

Sus ternezas me han dejado  
enfadada.

VIOL. A mí envidiosa.

LEO. Aqueste papel me ha dado.

VIOL. Digo que no soy hermosa,  
pues a mí no se ha inclinado.

*(Dale el papel.)*

¿Qué dice en él?

LEO. No le ví,

y como le recibí  
sin gusto, jamás le viera.

VIOL. ¡Oh, qué alegre le leyerá  
si me le escribiera a mí!

*(Léele.)*

«Tu belleza encarecida,  
que a guerra de amor me llama,  
contemplé, y hallé la fama  
de la verdad excedida.

Si una alma dejé ofrecida  
al altar de tu afición,  
tres diera, a ser Gerión,  
que en templo de tanta fe  
pequeña víctima fué  
un alma y un corazón.»

Préstame tú, mi Leonor,  
tu donaire, tu hermosura,  
tu buen talle, tu color;  
o préstame tu ventura  
para que me tenga amor.

Cortesano y comedido  
es, Leonora, este papel  
que con envidia he leído;  
reliquias hiciera dél  
si para mí hubiera sido.

LEO. No des a tu amor licencia,  
tu libertad libre manda.

VIOL. El rayo con su violencia  
no hiere la cosa blanda  
que no tiene resistencia.

Si resisto con valor  
el rayo, amor en mí lidia,  
y por mostrar más vigor  
tocado en hierba de envidia  
me tira su flecha amor.

LEO. ¿Luego ya tu inclinación  
ha parado en afición?

VIOL. Sí; pero afición, detente.

LEO. ¿Pues cómo tan de repente?

VIOL. Por esa misma razón.

¿Nunca viste en días serenos,  
en el octubre o en el mayo,  
los aires de nubes llenos? (1);  
de repente, ¿viste un rayo?

Rayo es amor, y en un día  
suele matar.

LEO. No imagines  
que está libre el alma mía.

VIOL. Manda que abran los jardines,  
que tengo melancolía.

*(Sale DON BERNARDO.)*

D. BER. Ya me hallo arrepentido  
del papel, que aunque da aliento  
la fortuna al atrevido,  
hay algún atrevimiento  
que es necio y descomedido.

¡Oh, si nunca lo escribiera!  
¡Oh, mal haya mi osadía!  
Sola está aquí, si me viera,  
cuánto enojo mostraría.  
Voyme.

*(Hace que se va.)*

VIOL. Don Bernardo espera.

D. BER. Con poco enojo me llama,  
quizá no le ha recibido;  
¡Oh, cómo teme quien ama!

VIOL. Un papel tuyo he leído.

D. BER. Forzónme a darle una dama.

VIOL. Parece que te has turbado.

D. BER. Un vivo objeto extremado

(1) Falta un verso a esta quintilla.

suele turbar el sentido;  
¿cuáles ojos han podido  
resistir al sol dorado?

La oriental especiería  
al olfato agudo altera;  
la noche cándida y fría  
al vivo trato modera  
la miel de la Iberia cría.

Estraga el gusto, el oído  
ensordece la corriente  
del Nilo, siempre crecido;  
cualquiera objeto excelente  
turba y divierte el sentido.

¿Qué mucho que tu hermosura,  
vivo objeto de mis ojos,  
turbe una humilde criatura?  
Témpale amor los enojos,  
perdonará mi locura.

VIOL. ¿Quién te ha animado y movido  
a escribir este papel?

D. BER. Amor y Leonor han sido  
la causa, y yo muestro en él  
la inclinación que he tenido.

VIOL. ¿Cómo dices tu pasión  
a mujer que te aborrece?

D. BER. Es fuerza de inclinación;  
que no siempre amor merece  
esperanza o galardón.

Atento a las damas vi  
de palacio y me incliné:  
Al principio resistí,  
venció amor, tuve más fe,  
y ese papel escribí.

VIOL. ¡Ah, venturosa Leonora!  
Considera, que es razón,  
que pongas, Bernardo, agora  
en otra tu inclinación.

D. BER. ¿Cómo es posible, señora?  
Cuando la elección nos rige,  
tiene lugar la razón,  
que una deja y otro elige:  
pero nuestra inclinación  
tarde o nunca se corrige.

VIOL. Arbol de tiernas raíces  
se endereza a cualquier parte:  
sobre las tiernas cervices  
pone los yugos el arte;  
si están frescos los matices  
fácilmente una pintura  
se borra. La enfermedad  
vil al principio se cura:  
tierna está tu voluntad,  
ponerla en otra procura.

Quiere amor correspondencia,  
y pues que tú no la esperas,  
falta será de prudencia,  
que en otra parte no quieras.  
Da a tu inclinación licencia,  
no la enfrene el respeto,  
que te puede dar amor,  
tu humildad, o tu temor:  
elige el mejor sujeto.

D. BER. Yo elijo como discreto.

VIOL. Otra vez decirte quiero  
que elijas otra, aunque sea  
mejor.

D. BER. ¿Cuándo dió el hebrero  
verde y rosada librea  
al almendro placentero?

¿Cuándo mayo nos descubre  
alfombras de varias flores  
que rompe y desteje octubre,  
aromáticos olores  
el arabe ténix cubre?

¿Cuándo el sol, que borda el raso  
del cielo resplandeciente  
en la sombra del ocaso  
ven la luna del oriente,  
movió el encendido paso,  
que tengan más hermosura,  
más valor, y luz más pura,  
y efeto más celestial  
que la causa de mi mal  
y el dueño de mi locura?

VIOL. Basta, que estima a Leonor  
más que a mí: bien me ha entendido.  
mas le tiene mucho amor.

¡Necio, ingrato y no advertido!  
Luz, hermosura y valor,  
puso el cielo en otras damas;  
y pues te aborrece y amas,  
tona tu loco papel,  
que no hace caso dél  
la que sol y cielo llamas.

(Rásgale.)

D. BER. Señora, espera, perdona  
este necio atrevimiento:  
si tu Alteza se apasiona  
muerto soy.

VIOL. ¡Lástima siento,  
que no soy tigre o leona!

D. BER. Perdona, si me atreví;  
que por darte gusto a ti  
a otra mujer querré bien.  
Dime a quién.

VIOL.                               ¿Que diga a quién?  
 ¿Ahora estamos ahí?  
 A nobles atrevimientos  
 da fortuna sus favores,  
 no desmayen tus intentos,  
 los edificios mayores  
 hieren los rayos violentos.  
 Al monte más empinado  
 su nido el águila pone,  
 amor de fuego es criado,  
 y águila que al sol se opone  
 busque lo más encumbrado.

D. BER.       Rayo y águila fué el mío,  
 y así hieres, bien es nombres,  
 dama, a quién.

VIOL.                               ¡Qué desvarío!  
 ¡Qué necios que son los hombres!  
 De su ignorancia me río.

D. BER.       Y a mí tu rigor me espanta.

VIOL.       Los pensamientos levanta,  
 sirve, festeja, pasea  
 en el terrero, aunque sea.

D. BER.       ¿A quién, señora?

VIOL.                               A la Infanta.

D. BER.       ¿A cuál?

VIOL.       ¿Qué otra Infanta ha habido?  
 (O éste es muy necio, o está  
 de industria desentendido.)  
 Leonora te lo dirá.  
 Díselo, que no he podido.  
*(Vase la INFANTA. Sale LEONORA.)*

D. BER.       Dime ya Leonora, a quién  
 quiere con rigor, que espanta,  
 que yo sirva y quiera bien.

LEO.       A mí.

D. BER.       Pues ¿dejo a la Infanta?

LEO.       Así me llaman también.

D. BER.       ¿Cómo? ¿La Infanta te llamas?

LEO.       Como tenemos las damas  
 nombres cuando nos burlamos,  
 y con ellos nos quedamos  
 en las veras. Al fin amas  
 a quien por otro se muere,  
 y te ha mostrado aspereza  
 y así olvidarse requiere.       [teza?]

D. BER.       ¿Qué a hombre quiere bien Su Al-

LEO.       Si no miento, que a él le quiere.

D. BER.       Más vueseñoría merece.  
 ¡Paciencia, amor, pues que sé  
 que la Infanta me aborrece!  
*(Salen DON LOPE y LÁZARO.)*

DON LOPE.

Pues, Lázaro.

LÁZARO.  
 El mendigo decir puedes  
 y aun lo serás también, según los tiempos:  
 mira tu memorial.

DON LOPE.  
 ¿Quién te lo ha dado?

LÁZARO.  
 Roberto, que arrimándose a buen árbol,  
 del Rey, ya reconozco [todo] el mundo  
 manda ya.

DON LOPE.  
 Necio, hallólo en esta sala  
 mi sobrada desdicha, el Rey, sin duda,  
 le arrojó, que merced no quiere hacerme.

*(Rómpele y sale DON BERNARDO.)*

DON BERNARDO.  
 ¡Oh, don Lope, mitad del alma mía!  
 Partir me manda el Rey [ahora].

DON LOPE.                               ¿Dónde?

DON BERNARDO.  
 Con la gente que vino del socorro  
 de Navarra. Mi próspera fortuna  
 me trujo en ocasión, que el Rey no tiene  
 de quién fiarse con aquestos bandos  
 que ha habido en Aragón, que dió esa empresa,  
 y me pienso esforzar a conseguirla.

DON LOPE.  
 Los pasos, don Bernardo, seguir quiero  
 de tu fortuna próspera.

DON BERNARDO.  
 No llames  
 próspero a un hombre que a la Infanta adora  
 y es della aborrecido.

DON LOPE.  
 Mi desdicha  
 a amalla me inclinó, mira Bernardo  
 ¿qué premio, qué valor tendrá en su vida,  
 el hombre más infeliz deste suelo?

DON BERNARDO.  
 Si vencedores a Aragón tornamos,  
 fortuna ayudará.

DON LOPE.  
 Animo, vamos.

FIN DE LA PRIMERA JORNADA



## JORNADA SEGUNDA

(*Salen el REY y el CONDE DE RIBAGORZA, y el SECRETARIO, de noche.*)

CONDE.

Señor, ¿tan de mañana levantado?  
¿Qué novedad es ésta?

REY.

Conde, amigo,  
la novedad está en que quiero ahora acostarme.

CONDE.

¿Señor, pues no ha dormido  
bien Vuestra Majestad aquesta noche?

REY.

Pasé jugando, la mitad, y rogando,  
lo restante pasé.

CONDE.

Ruegos Reales  
¿a quién no vencerán?

REY.

Al áspid sordo,  
que al encantado amor tapa el oído:  
en vano desvelé los ojos tristes,  
que miran, por su mal, montes de nieve  
en el ingrato pecho de Leonora.  
Roguéle que esta noche regalase  
con sus razones dulces mis oídos,  
desde alguna ventana. Respondióme  
que no; pero engañada mi esperanza,  
rondé el terreno hasta el alba rubia,  
y vencido de amor, de sueño y rabia,  
vengo a acostarme.

CONDE.

A un punto el claro día  
y don Bernardo de Cabrera viene.

REY.

Venga en buen hora el vencedor dichoso.

(*Salen DON BERNARDO y DON LOPE, DON RAMÓN, TIBURCIO y LÁZARO.*)

DON LOPE.

Favorece mi causa, don Bernardo,  
para que venza mi fatal desdicha.

DON BERNARDO.

Al Rey le contaré tus grandes hechos.

REY.

¿No ha entrado?

DON BERNARDO.

Sí, señor, y tus pies besa.

REY.

Levanta, y por mis brazos trueca el suelo,  
como mi amigo, y no como vasallo;  
quiero abrazarte: amor grande es el mío,  
y apenas a tus méritos se iguala.

DON BERNARDO.

Soy tu hechura.

REY.

Amparo, di, del Reino.  
De Barcelona un propio me enviaste,  
dándome cuenta del feliz suceso.

DON BERNARDO.

No vengo a referírtelo del todo.

REY.

Holgaré de saberlo.

DON BERNARDO.

Escucha el modo.

Rey dichoso, y no vencido,  
a quien señor absoluto  
hagan los cielos divinos  
de las tres partes del mundo:  
Después que con tus navíos  
cubrí el mar, que fué el sepulcro  
de codiciosos tratantes  
y de soldados robustos,  
selva seca parecía,  
una ciudad de Neptuno,  
la armada que dar al viento  
las alas del lienzo supo.  
Favorable nos fué el tiempo:  
porque a un magnánimo Augusto  
como tú, el viento y el mar,  
paz le han de dar en tributo.  
Llegué a Cerdeña en dos días,  
y del alto mar profundo  
saqué a tierra a tus soldados,  
valerosos, por ser tuyos.  
Fué mucha la brevedad,  
nuestro recato fué mucho,  
y al desembarcar la gente  
no temí peligro alguno.  
En los sardos rebelados,  
la confusión y el descuido,  
hizo que avisasen tarde  
las atalayas con humo.  
Y antes que con sus caballos  
bordase el Planeta rubio

los montes sardos, tu gente  
 vió los rebelados muros.  
 Sin gente estaban los campos,  
 y aunque solos, no seguros,  
 que receloso el contrario,  
 se previno, como astuto.  
 Arboles atravesados  
 en todo el camino puso,  
 y en otras partes del campo,  
 clavos secretos y agudos  
 Ya fué invención de los Persas  
 contra el valeroso turco  
 para mancar los caballos:  
 mas yo penetré el discurso.  
 Pero saliendo del monte  
 vimos un arroyo turbio,  
 señal que gente rompía  
 su cristal cándido y puro.  
 Ofrecióse a nuestros ojos,  
 que a este tiempo cada uno  
 quisiera tener los de Argos,  
 sin la vara de Mercurio,  
 un muy lucido escuadrón,  
 y recibieron más gusto  
 tus gallardos españoles  
 viéndose ya en este punto,  
 que el labrador codicioso  
 cuando en el ardiente julio  
 derriba doradas mieses,  
 haciendo montes del fruto,  
 más que el pródigo piloto,  
 después que por varios rumbos  
 las verdinegras entrañas  
 del mar penetró con surcos  
 y biesa la amada tierra  
 alegre.

REV. (Apenas escucho  
 a don Bernardo, aunque al sueño  
 los tiernos párpados luerto.  
 Como es el sueño invencible,  
 durmiéndome estoy, y gusto  
 de escuchalle.)

D. BER. Al fin, señor,  
 cuando invistir se propuso;  
 tantas flechas nos tiraron,  
 que al aire hicieron obscuro,  
 y con ellas parecían  
 aljabas nuestros escudos.  
 Los andaluces caballos,  
 con la inclinación y el uso,  
 partieron como los rayos  
 de los nublados confusos.  
 Trabóse la cruel batalla;

pero el general, injusto,  
 desta nación rebelada,  
 dió muerte a un soldado tuyo.  
 Mas salió abriendo dos puertas  
 a la muerte este Licurgo,  
 que en nuestros tiempos merece  
 estatuas de bronce duro.

(*Duérmese el Rey.*)

Cartago calle, Anibal,  
 Roma a su abrasado Mucio,  
 solo a don Lope de Luna  
 guarden los tiempos caducos.  
 El en aquesta batalla,  
 como un Aquiles anduvo,  
 que Alejandro le envidiaran,  
 si tuviera Homero algunos.  
 Desbaratados los sardos,  
 y ya el novelero vulgo  
 teniendo el pálido miedo,  
 los pechos casi difuntos,  
 sin miedo se retiraron;  
 mas don Lope, que dar pudo  
 honra y gloria a nuestro siglo,  
 y admiración al futuro,  
 usó de una estratagema  
 digna de su ingenio agudo:  
 imitando al otro griego  
 que a Roma en desdicha puso,  
 hirióse el rostro y el pecho,  
 y apretó a un caballo rucio  
 las piernas, diciendo a voces:  
 «De los españoles huyo;  
 abridme sardos famosos  
 vuestras puertas, pues os busco  
 la libertad y la vida,  
 pues la conservan los brutos.»  
 Abrieron, entró, y a todos  
 a crédito los redujo,  
 y otro día salió al campo  
 desafiando los tuyos.  
 Dos a dos y tres a tres  
 cautivos llevaba, y juntos  
 éstos después nos abrieron  
 una puerta por el muro.  
 Entró el ejército entonces,  
 y, gozando deste triunfo,  
 rindió don Lope a Cerdeña  
 y tu católico yugo,  
 apellidando tu nombre,  
 que del Ebro hasta el Danubio  
 has tenido; la victoria  
 (*Despierta el Rey.*)  
 fué nuestra.

REY. (De su discurso  
he perdido gran pedazo,  
que mi sentido sepulto  
en grave y profundo sueño.  
Por Cabrera disimulo  
que se correrá, si entiende,  
que de todo el fin no escucho.)

D. BER. El Reino, como primero,  
con más carga de tributos;  
a don Ramón de Moncada  
debes gran parte del fruto  
desta guerra, porque en ella  
se mostró.

REY. Diez mil escudos  
de renta le doy al año  
y un hábito.

D. BER. Don Tiburcio,  
valeroso catalán,  
apenas tuvo segundo.

REY. De mi Cámara será.

D. BER. Su valor mostró don Nuño  
de Bolea.

REY. Una baronía  
le doy y uno de mis juro.  
Y vos, gallardo Scipión,  
francés carlo, inglés astuto,  
Conde de Medina sois.

D. BER. Tú, Alejandro sin segundo.

REY. Y almirante de la mar.

D. BER. Eres un César Augusto.

REY. Y vos sois Conde de Vas.

D. BER. Hormiga soy que descubro  
tu valor.

REY. Y sois mi amigo.

COND. Todo en don Bernardo es justo.

(Vase el REY, el CONDE y DON BERNARDO.)

D. RAM. ¡Vivas, oh Rey poderoso,  
más que Néstor, que Saturno,  
que la Sibila Cumea,  
que el Fénix rosado y rubio!

D. TIB. ¡Alcances, Rey, más victorias  
que César, Dentador Curio,  
que Filipo, que Alejandro,  
Pompeyo, Camilo, Furio!

(Vase.)

D. LOP. ¡Vivas más que todos esos,

y coronente en más triunfos,  
dilátase más tu Imperio,  
que yo mis desdichas sufro!  
¿Qué desdicha natural,  
qué celestiales influjos  
a mis méritos se oponen?  
¡Ah don Pedro, Rey injusto!  
Si eres liberal con todos,  
más que Alejandro y Augusto,  
¿por qué conmigo avariento  
más que Tiberio y Postumio?  
¿No son mis acciones justas  
de premiarse? ¿En qué te injurio,  
piadoso cielo? ¡No lluevan  
desdichas sobre mí!

L. ÁZ. ¡Juro!...

Pero no quiero jurar.  
¡Ah, gentil hombre!, pregunto,  
¿es cristiano el Rey? ¿Es hombre?

SECR. No, sino moro, y de bulto.

(Vase.)

L. ÁZ. Vive Dios, que no es cristiano,  
que es un árabe, un turco;  
pues no ha honrado a mi señor  
que es más valiente que Tulio.  
Y más sabio que un Aquiles:  
No le culpo, no le culpo,  
la culpa tiene aqueste hombre,  
más ingrato que un trabuco.  
Que le ha ganado a Cerdeña  
con el favor destos puños:  
Si fuera que él, no sirviera  
a Rey tan sordo y tan mudo,  
aunque viviera más años  
que diz que vivió San Nuflo:  
Pasémonos a los moros,  
tornémonos dos malucos,  
o tomemos dos oficios,  
o entremos frailes cartujos:  
Tú, don Lope, serás monje;  
Yo seré fraile barbudo.  
Descartemos este rey,  
que no es de oros, y es mal punto;  
que dos encomiendas tiene,  
que dos títulos: el uno  
para mí, para ti el otro.  
Colérico estás.

D. LOP.

L. ÁZ. Muy mucho.

(Sale DON BERNARDO.)

D. BER. Señor don Lope de Luna,  
pluguiera al eterno Dios,

y esto sin lisonja alguna,  
que trocara con los dos  
hoy la mano la fortuna.

Diérais a vos el estado  
de que hoy tomo posesión,  
porque a mí, aunque bien me ha  
no me lo dió con pensión [dado,  
de veros desconsolado.

D. I.O.P.

Mil años vueseñoría  
los cargos prósperos tenga  
que su ventura le envía,  
y adversa noche no venga  
tras deste felice día:

La mano con que Almirante  
le hizo el Rey liberal,  
sacras urnas le levante  
de nácar y de coral  
en columnas de diamante.

Y estando tranquila y surta,  
contrarias naves trastorne,  
y coronada de murta  
triunfando de Africa torne  
como Mario de Yugurta.

El mar tirreno importuno  
con sus humildes alcobas,  
no deje tesoro alguno,  
y corónense sus ovas  
como el cristiano Neptuno.

De seis siglos, y aun de diez,  
le haga el tiempo juez  
con florida edad, que alegre,  
y nunca en su barba negra  
nieve copos la vejez.

Goce de amor sin segundo  
con mujer ilustre y bella,  
y de vientre tan fecundo  
que nazcan Césares della,  
conquistadores del mundo.

Amele el Rey de Aragón  
sin causar emulación  
a enemigos poderosos,  
de su privanza despojos,  
que ésta es mayor bendición.

Y, al fin, entre sueño y risa  
venga tras tiempo infinito  
la muerte, y traigan aprisa  
las pirámides de Egipto  
y el túmulo de Artemisa.

En sus pompas funerales  
cuelguen despojos deshechos  
en mil batallas navales,  
epitafios que, sus hechos,  
hagan al mundo inmortales.

Que yo, pobre y desdichado,  
en mi aldea retirado  
tendré perpetua alegría  
mirando a vueseñoría  
en tal pompa levantado.

D. BER.

Pródiga naturaleza  
dió los pies al pavón rico  
con su pintada belleza,  
y al águila el corvo pico  
con la veloz fortaleza.

Dió la cuartana al león  
con su altivo corazón,  
y así en orden lo ha dispuesto,  
por que humillasen con esto  
su soberbia presunción.

Que esto propio me suceda  
quiere en mi fortuna Dios  
por que alabarme no pueda:  
y así en miraros a vos  
deshago mi ufana rueda.

Nuestra Iglesia verdadera  
ceniza nos suele dar,  
porque el hombre considera  
que en ceniza ha de parar,  
que es su materia primera.

Esto hace la fortuna,  
que en no daros dicha alguna,  
me dice: «Aunque el bien te sobre  
acuérdate que eres pobre,  
mira a don Lope de Luna.»

(Sale el CONDE.)

COND. Almirante, ¿qué hacéis?

D. BER. Al ánimo más leal  
doy consuelo.

COND. Vos tenéis,  
don Lope, desdicha igual  
al premio que merecéis.

Contando vuestras hazañas,  
don Bernardo de Cabrera,  
no sé qué duras entrañas  
de bronce, o de tigre fiera,  
nacida en libias montañas,  
se dejara de apiadar.

D. I.O.P. Háceme vueseñoría  
gran merced.

COND. Vamos a hablar  
al Rey, que humana porfía  
las peñas suele ablandar.

Entremos los dos a donde  
esta merced le pidamos  
ó sabremos qué responde.

D. BER. Sabio es el acuerdo, vamos.

D. LOP. Hízome naturaleza  
noble, el cielo con valor;  
mas si hoy mi ventura empieza,  
diré que vence el favor  
a la virtud y nobleza.

(Vanse, y sale el SECRETARIO con recado para escribir.)

SECR. Dame, amor, atrevimiento;  
ánimo a mi confianza,  
si en lo difícil se alcanza  
honra de solo el intento.

Aunque el Rey ama a Leonora  
y yo le soy su tercero,  
probar mi ventura quiero,  
pues que mi pecho la adora.

¿Cuántos que a la mesa están  
quizá apetito les guía,  
dejar por la vaca fría  
el regalado faisán?

¿Cuántos en verde jardín,  
valle ameno o fresca selva  
por silvestre madre selva  
dejan el verde jazmín?

¿Que mucho si el alhelí  
tal vez al clavel prefiere,  
que mujer que al Rey no quiere  
me venga a querer a mí?

Yo la escribo, que es mi dueño,  
venza al temor la osadía.

(Sale el REY y mirale por detrás.)

REY. Que mal se duerme de día,  
la noche es madre del sueño.

SECR. «Licencia, Leonora bella.»

(Escribiendo.)

REY. Este escribe aquí un papel,  
quiero ver qué escribe en él.

SECR. «Para amarte, que aun sin ella»

REY. Leonora, dice.

SECR. «La boca...»

REY. Falsedad recelo.

SECR. «En llanto...»

REY. ¿Si la quiere aqueste?

SECR. «Tanto...»

REY. Veré lo que escribe.

SECR. «Loca...»

REY. ¿Qué has escrito?

SECR. Señor, nada;  
sólo probaba la pluma.

REY. ¿Qué quieres que no presuma  
de una persona turbada?

(Quitale el REY el papel, y léele.)

«Nunca imaginé pedirte  
licencia, Leonora bella,  
para amarte, que aun sin ella  
mis penas pienso decirte.  
Pedíla para escribirte,  
que el mucho amor me provoca  
a que en voz diga la boca  
lo que el alma ha dicho al llanto;  
porque amar, y callar tanto,  
es una paciencia loca.»

REY. ¿Débese aqueste respeto  
a la persona Real?

¡Por cierto en pecho leal  
he guardado mi secreto!

Pues tú escribes a Leonora  
tu necia y loca pasión,  
¿no es especie de traición  
viendo que tu Rey la adora?

A Secretario muy justo  
fiaré secretos de honor,  
si ya te hallo traidor,  
en las cosas de mi gusto.

¡Hola!

TIB. Señor.

REY. Dos soldados  
de mi guarda haced que vengan:  
yo haré que remedio tengan  
tus amorosos cuidados.

SECR. Suplícote me perdones.

REY. Veré si amor te socorre:  
Llevad aquece a una torre,  
ponedle en graves prisiones.

(Salen dos SOLDADOS y llévanle.)

SECR. ¡Señor, señor!

REY. Más me ofendo.

SECR. ¡Ah, desdichado papel!

REY. No pretendo ser cruel,  
ser justiciero pretendo.

Entre el rigor y piedad  
es un medio la justicia,  
azote de la malicia  
y amparo de la verdad.

Cuando livianos errores  
de ministros con paciencia  
sufre el rey, les da licencia  
de hacer cosas mayores.

(Salen DON BERNARDO y el CONDE.)

REY. A rogar por él se llegan  
el Conde y el Almirante,  
sin duda que en el semblante  
les conoce que me ruegan.  
Conde, Almirante.

D. BER. Señor,  
sólo queremos piedad  
de tu sacra Majestad,  
no justiciero rigor.  
Los dos hacemos oficios  
de padrinos a un vasallo,  
que otro en tus reinos no hallo  
de más honrados servicios.

Y así los dos valemos  
con tu Majestad Real,  
que hoy se muestre liberal  
en una merced, queremos.  
(*A parte.*)

REY. (Bien sospeché que venían  
a que perdone su exceso,  
apenas le llevan preso  
y ya padrinos me envía.)

Bien sé por quién me pedís,  
bien sé lo que pretendéis,  
si mi enojo no sabéis,  
con ignorancia venís.

No me pidáis por tal hombre,  
no me templéis el rigor,  
porque perderéis mi amor  
sólo en referir su nombre.

Ya sé lo que me ha servido  
él, y todos sus pasados,  
mas son servicios borrados  
una vez que me ha ofendido.

COND. Quizá es mala relación  
que han hecho a tu Majestad.

REY. El sabe cómo es verdad  
y que yo tengo razón.

El mismo sabe que vi  
su delito a mi pesar:

D. BER. ¿No es digno de perdonar?

REY. Es imposible.

D. BER. ¡Ay de ti!

Amigo del alma mía,  
según eres desdichado,  
al Rey tienes enojado  
ignorantemente.

REY. Fía,  
don Bernardo, del amor  
que te he cobrado, que hiciera  
eso, si justicia fuera,  
pero casi fué traidor

ese hombre a mi grandeza:  
si me ha servido hasta aquí,  
ya me ha ofendido, y por ti  
no le corto la cabeza.

Pide otras cosas, Cabrera,  
y de mi amor se despida

cualquiera que por él pida,  
si su nombre me refiera.

(*Vase.*)

COND. A nadie de aquí adelante  
acreditar nos conviene:  
pésame de lo que tiene  
de vuestro amigo, Almirante.

D. BER. A mí me tiene asombrado,  
y de suerte me lastima,  
que en las venas y garganta  
sangre y voz se quedan frías.  
Si considero a don Lope,  
hallo su culpa mentira,  
y si al Rey vuelvo los ojos,  
la verdad me maravilla  
¡Ay don Lope! ¡Ay luna clara,  
que te escurece y olvida  
tu adversa y triste fortuna!  
Pero en los cielos confía,  
que entre tantas desdichas  
alguna gran ventura está escondida.

(*Sale DON LOPE.*)

D. LOP. Don Bernardo, mi señor,  
buscando a Vuesñoría  
vengo con grande cuidado;  
en su lengua está mi vida.  
Dígame si ha visto al Rey,  
lo que responde me diga:  
¿Cómo calla? ¿Cómo niega  
sus palabras a las mías?  
Mas ya le entiendo, callando  
su muda melancolía  
de parlera lengua sirve,  
que mis desgracias publica.  
Dime lo que pasó, amigo,  
valor tengo que resista  
este golpe riguroso  
que la fortuna me envía.

D. BER. Don Lope, ¿en qué has ofendido  
al Rey?

D. LOP. ¿Yo al Rey? No me admira  
que eso de mí se presuma,  
sino que tú me lo digas.  
¿Al Rey yo? ¿Cuándo se atreve  
hasta el león una hormiga?  
¿Cuándo se vió débil caña  
que a los ábregos resista?  
¿Cuándo con el mar profundo  
compitió la fuentecilla,  
que sin rumor, entre juncias,  
llora perlas fugitivas?  
Lo mismo es decir que al Rey

ofendo yo: ¿qué Alcaldía,  
qué Gobierno, qué papeles,  
o qué varas de justicia  
tengo en que pueda ofenderle?  
Don Bernardo, advierte, mira  
el peligro a que te pones,  
si con Rey del siglo privas.  
Dionisio puso a un truhán,  
que quiso ser Rey un día,  
una espada de un cabello  
y una espléndida comida.  
Apenas el miserable  
bocado bueno comía,  
con el temor no cayese  
la espada, que estaba encima.  
Aquello mismo sucede  
a los hombres que confían  
en las gracias de los Reyes,  
que es frágil y antojadiza.  
Gustosa es la privanza,  
mesa es espléndida y rica:  
pero cuelga de un cabello  
un testimonio, una envidia.  
Toma ejemplo en mi desgracia,  
que sin pender de mi cinta  
de su Cámara la llave  
ni haberle visto dos días (1).  
D. BER. Amigo, tu discreción  
a no encubrirte me obliga  
lo que pasa. Al Rey propuse  
tu causa, que es propia mía.  
Y a las primeras palabras  
me dijo: «Más no me digas  
que merced haga a tal hombre;  
ya he sabido que él te envía:  
quien su nombre me refiera  
de mi gracia se despida.»  
Repliquéle, y replicando,  
más su cólera crecía.  
Fuése y dejóme suspenso,  
porque el alma me lastima  
tu desgracia y tus sucesos:  
pero en los cielos confía,  
que en tan grandes desdichas  
alguna gran ventura está escondida.  
Don Lope, tuya es mi hacienda,  
yo soy quien te la administra;  
haz cuentas, que tuya es  
Módica, la de Sicilia.

(1) Parece faltar algo para el sentido. Quedaría bien si el verso antea anterior dijera: «sin que penda de mi cinta.

Tuyo es cuanto el Rey me diere,  
de mis honras participa,  
que puede ser que me pagues  
estas obras algún día.  
Porque los bienes del mundo  
ya se dan, y ya se quitan,  
como los tantos del juego.  
Que es juego la humana vida.

(Vase.)

D. I. OP. ¡Ah, gallardo Catalán!,  
que subiendo vas arriba,  
nunca descender te vean  
ojos que subir te miran.  
Buen vasallo eres del Rey,  
no habrá quien mejor le sirva;  
y así como eres tan bueno  
sospecho que profetizas.  
Que en tan grandes desdichas  
alguna gran ventura está escondida.

(Sale al balcón DOROTEA.)

DOR. Quien trueca el tiempo en plata,  
el oro de mi cabello  
arruga el marfil del cuello,  
vuelve en gualda la escarlata  
de mis mejillas y trata  
de robarme su color,  
cuando esperaba el rigor  
de las flechas de la muerte,  
hase trocado la suerte:  
y me hiere en la de amor.

A don Lope en Huesca vi,  
antes de ser camarera  
de la Infanta, y que le quiera  
manda amor, que es rey, en mí.  
Mas él viene por allí,  
yo le amo, mas no amará,  
que ha pasado mi abril ya,  
y no hay discreto que dé  
valor a dama que fué,  
ni a caballo que será.

Yo hablo, mas es locura,  
borró el tiempo mi hermosura.  
¿Qué valor tendrá mi habla,  
sino el que tiene una tabla  
donde ha habido una pintura?

Suplan embustes extraños  
el estrago que los años  
hacen, y el tiempo cruel  
yo le arrojo este papel,  
esfuerza, amor, mis engaños.

(Arrójale y vase.)

D. I.O.P.      Contra tu deidad, fortuna,  
¿cuándo cometí delito?  
¿Quién echó aquesta? ¿Ninguna  
persona hay? El sobrescrito  
dice: «A don Lope de Luna.»

Cartas me arrojan los cielos,  
o favores el balcón:  
ya temo, y tengo recelos,  
que cartas, sin duda, son,  
o sátiras, o libelos.

(Léele.)

«Don Lope, en Lérída os vi  
cuando estuvo el Rey, mi hermano,  
en ella, y amor tirarlo,  
mirándoos, triunfó de mí,  
y ahora que os hallo aquí  
he sentido el mismo efecto.  
Entrad al parque secreto,  
esta noche y me hablaréis,  
sólo como noble iréis,  
y a tiempo, como discreto.

*La Infanta.»*

Amor, amor, no me asombres,  
mas si han querido firmar  
mil sabios de eternos nombres  
que es imposible probar  
que están despiertos los hombres.

Según aquesta opinión,  
este es sueño, o ilusión,  
que mi loca fantasía  
las imágenes del día  
hace sutil reflexión.

Pero no, despierto estoy,  
palacio es éste, y aquel  
es el cielo: al Rey vi hoy:  
la Infanta, dice el papel,  
y aquí, a don Lope; yo soy.

Si porque en Lérída estuve  
cuando el Rey, nuestro señor,  
como el sol rompe la nube,  
mis desdichas vence amor  
y a las estrellas me sube.

¡Ay cielo! ¡Ay fortuna santa!  
¿Por qué me quejo de ti  
esperando dicha tanta?  
¿Si me engañé, si leí  
bien esta firma, «la Infanta»?

(Vase, y salen DON BERNARDO y LEONORA.)

LEO.      Después que del Rey estás,  
con justa razón, honrado,  
con la mudanza de estado  
la inclinación mudarás.

D. BER.      Antes si el Rey me levanta,  
y honrarme tanto ha querido,  
podré ser más atrevido  
en inclinarme a la Infanta.

LEO.      ¿No es más justo festejar,  
pues la Infanta no te ama,  
en su palacio a otra dama  
con quien te puedas casar?

¿No ves que es amor perdido?  
D. BER.      ¿Por qué razones?

LEO.      Por tres,  
por ser la Infanta quien es,  
porque estás aborrecido,  
y porque su inclinación  
puesta en un Príncipe tiene.

D. BER.      Servirla no me conviene  
por esa última razón.

Siendo esto cierto, señora,  
licencia pienso pedirte.

LEO.      ¿Para qué?

D. BER.      Para servirte.

(Aparte.)

LEO.      (Esfuerza este engaño ahora.)

Esta noche la verás  
en el parque hablar con él.

D. BER.      Un desengaño cruel,  
pero ninguno jamás  
lo aborrece descado:  
Temo el verla.

LEO.      Sí, mas sea  
de modo que no te vea.

D. BER.      Yo estaré bien recatado.

LEO.      (Mentira ha sido muy grave;  
mas porque el Conde me quiera  
hurtar a la Camarera  
del caracol una llave:  
dame, amor, atrevimiento.)

(Vase.)

D. BER.      Si mi enemigo es amor,  
¿de qué me sirve el favor  
que hoy en la fortuna siento?  
Conde, Vizconde, Almirante  
y de la Cámara soy:  
mas ¿qué importa?, pobre soy  
si me aborrece Violante.  
Dichoso y rico es aquel  
que la sirve.

(Sale la INFANTA.)

VIOL.      Don Bernardo  
está aquí solo, ¿qué aguardo  
a declararme con él?



Que me sirva he pretendido:  
pero el tener voluntad  
a Leonor, o su humildad,  
hace que no haya entendido.

Ahora le he de pedir  
que aquesta noche me vea.  
D. BER. La gloria y bien que desea  
sale el alma a recibir.

¿Quién vió beldad semejante?  
VIOL. Ya habrá hecho, y con razón,  
mudanza en tu inclinación  
el título de Almirante.

¿Quién duda ya, don Bernardo,  
que en la materia de amar  
querrás ya galañear  
con ánimo más gallardo?

Fres Almirante y Conde,  
y así querrás ser querido;  
porque el ser aborrecido  
a quien eres no responde.

D. BER. Si el cielo, y no el alma muda  
el que pase de otra parte  
del mar, dejaré de amarte;  
porque mis cosas no ayuda  
la fortuna.

VIOL. Pues ¿cuándo  
me has amado?

D. BER. Antes dirás,  
¿cuándo he dejado jamás,  
señora, de estarte amando?

Y aun ahora, con saber  
que hay en tu Alteza afición,  
me obliga esta inclinación  
a que tuyo venga a ser.

VIOL. ¿No he dicho que quiero bien  
otras veces?

D. BER. Ya sabía  
que tu Alteza bien quería,  
pero no he sabido a quién.

VIOL. Aquí el alma se declara;  
pero a turbarme comienza  
la sangre, de la vergüenza  
que me ha turbado la cara.

Basta, que me ha entendido.  
Entrar al parque podrás  
aquesta noche, y verás  
al que afición he tenido.

Quedarás desengañado,  
y quizás haré también,  
sabiendo que quieres bien,  
que no seas desdichado.

No dejes de ir. (Yo he de hacer  
que el Rey a este hombre levante,

hasta que pueda Violante  
venir a ser su mujer.)

(Vase.)

D. BER. ¿Qué es esto, tirano amor?  
¿La Infanta quire que vea  
al que la sirve y pasea?  
Verdad me dijo Leonor.

Desengañarme ha querido  
con mostrarme su galán,  
y así mis ojos verán  
a quién envidia han tenido.

Aquesta noche veré  
al que le tiene afición,  
me dijo; ¡extraña visión  
es para mí, pero iré.

(Vase, y sale al balcón DOROTEA.)

DOR. Noche, cuya capa obscura  
mil ladrones ha ocultado,  
mi tiempo encubrir procura,  
pues es ladrón que ha robado  
las flechas de mi hermosura.

Engañé a don Lope yo,  
y a la Infanta no habló,  
y yo en la voz le parezco,  
de engañarle he, pues padezco;  
para ofensas graves, no.

Tú, cielo, serás testigo,  
que para esposo le quiero,  
y no es mucho, si consigo  
que un pobre, aunque caballero,  
se venga a casar conmigo.

(Sale DON LOPE, de noche.)

D. LOP. Como el que busca un tesoro,  
que va con miedo y temor,  
no le salga incierto el oro,  
así me trae el amor  
a ver la Infanta que adoro.

DOR. ¡Ce! ¿Es don Lope?

D. LOP. Soy la luna.  
que alegre esta noche nuestro  
con los rayos que al sol vuestro  
hurta mi buena fortuna.

DOR. Mi atrevimiento recelo  
que se tendrá por locura.

D. LOP. No fué sino mi ventura.

DOR. ¿Es grande?

D. LOP. Envíjala el cielo;  
que son mis glorias extrañas,  
y hoy acierto para vellas  
todos sus ojos de estrellas,  
cuyos rayos son pestañas.

DOR. Don Lope, ¿sois buen amante?  
 D. I. OP. Más que tórtola.  
 DOR. ¿Y prudente?  
 D. I. OP. Más que canta la serpiente.  
 DOR. ¿Modesto?  
 D. I. OP. Más que el elefante.  
 DOR. ¿Celoso?  
 D. I. OP. Más que el pavón,  
 y palomo.  
 DOR. ¿Agradecido?  
 D. I. OP. Más que el can.  
 DOR. ¿Fuerte y sufrido?  
 D. I. OP. Más que el gallardo león.  
 DOR. ¿Y constante?  
 D. I. OP. Mi fe admira.  
 DOR. ¿Secreto?  
 D. I. OP. Sabré callar  
 más que en las olas del mar  
 el pece, que no respira.  
 DOR. Desafortunada, el alma mía  
 muy segura os puede amar;  
 mas pienso disimular  
 con vos, don Lope, de día.  
 Ni os veré ni os hablaré,  
 que es propio a mi honestidad.  
 D. I. OP. Amando la obscuridad,  
 ave nocturna seré.  
 Hambriento lobo de amores  
 seré de vuestra hermosura,  
 y saldré en la noche oscura  
 a cazar vuestros favores.  
 DOR. Gente suena por aquí,  
 mis damas serán, adiós.  
 D. I. OP. El vaya, Infanta, con vos.  
 DOR. ¿Amaréisme?  
 D. I. OP. Más que a mí. [saliendo]  
 Porque en vuestro amor me abra-  
 esos ojos lisonjeros (1),  
 las glorias del mundo pasan,  
 aunque un siglo fuera instante,  
 con tal fervor.  
 DOR. Gente suena.  
 (Vase.)  
 D. I. OP. Almas son, que traen en pena  
 las damas de mi Violante.  
 Irme quiero.  
 (Vase.)  
 (Sale DON BERNARDO, de noche.)  
 D. BER. ¿Quién desea  
 sus celos averiguar,

viendo que le han de matar  
 en el punto que los vea?  
 Celos son, aunque curiosos  
 de conocer a un galán,  
 de quien sé que volverán  
 mis deseos envidiosos.

(Sale LEONORA, de hombre y rebozada.)

I. EO. ¡A qué peligro se pone  
 el que dice una mentira!  
 ¿Cuándo inconvenientes mira  
 la mujer que se dispone  
 a una cosa, que el temor  
 no vence con osadía?  
 Temeridad es la mía;  
 pero discúlpame amor.  
 Don Bernardo ha de creer  
 que tiene galán Violante.  
 ¡Qué enredos hace un amante,  
 mayormente si es mujer!  
 Una llave hurté del cuarto  
 de la Infanta a Dorotea.  
 D. BER. ¿Quién dudará que éste sea?  
 Aquí me escondo y aparto.  
 I. EO. Gente he visto; él es sin duda.  
 ¡Ce, señora!, ¿estáis ahí?  
 ¡Qué bien que le engaño así!  
 Ayúdame noche muda.  
 ¡Oh, dueño de la hermosura!  
 ¿Quién, si de noche no fuera,  
 sin ser águila pudiera  
 resistir esa luz pura?  
 ¿Estáis, mi Infanta, muy buena?  
 D. BER. Su Infanta le está llamando,  
 y a mí la envidia arrancando  
 el alma, de rabia llena.  
 Conocer quién es no puedo  
 con la mucha obscuridad.  
 I. EO. Pena me da esa beldad.  
 (Harto mejor diré el miedo.)  
 (Aparte.)  
 Si os amo, dadme un abrazo,  
 y mi dicha reconozco.  
 D. BER. En la voz no le conozco,  
 porque están hablando paso.  
 I. EO. A olvido amor me condene,  
 si más os causare celos.  
 D. BER. Celos le ha pedido, ¡ah, cielos!  
 ¡Qué grande amor que le tiene!  
 I. EO. ¡Ay, dueño del alma mía,  
 y cómo de buena gana  
 saldré de verde mañana!  
 D. BER. ¡Oh, nunca llegues al día!

(1) Falta un verso a esta redondilla.

Que saldrá, dice, de verde;  
así le conoceré.

LEO. Será perpetua mi fe,  
si la vuestra no se pierde.  
Tarde vine; más despacio  
os vendré otra noche a ver.

(Vase.)

D. BER. Yo no sé quién puede ser  
de los que sirve en palacio  
al Rey; ya se fué, ya sigo  
sus pasos con más cuidado.  
Mas la tierra le ha tragado,  
o se entró por el postigo.

Mi mal, ¡oh, noche!, pretendes;  
Tus sombras pena me dan.

¡Válgate Dios, el galán!  
¿Eres de casta de duendes?

¿Si es a quien envidio yo  
el Conde de Trastamara?  
mas no, que sirve a Lisara;  
y el de Ribagorza, no,  
que es mayor.

(Sale VIOLANTE al balcón.)

VIOL. Tarde ha salido.  
¿Si habrá venido Cabrera?  
¿Es don Bernardo?

D. BER. Sí fuera,  
señora, a no haber venido  
esta noche oscura aquí.

VIOL. ¿Por qué?

D. BER. Porque aquel que muere  
pierde el ser.

VIOL. (Decirme quiere  
que está muriendo por mí.)

Don Bernardo: yo os llamé,  
por que viédes hablar  
al que pretendo guardar  
mucho amor y mucha fe.

Y aunque vuestro intento ignoro,  
vuestro desengaño entablo,  
y echad de ver a quién hablo  
y veréis a quién adoro.

Ya os dije que quiero bien,  
y el amor me ha recatado  
de no haberos declarado  
hasta aqueste punto, a quién.

Mas ya que sé el gusto vuestro,  
si no al espejo del día,  
a sombras de noche fría,  
el galán que quiero os muestro.

El que ha hablado conmigo  
es el hombre a quien he amado.

Mirad vos a quién he hablado;  
no digáis que no os lo digo  
bien claro. Y porque se vé  
ya el día, Almirante, adiós.  
Haya nuevo amor en vos,  
pues vistas a quien hablé.

(Vase.)

D. BER. ¡Ah, señora! Fuése, fuése,  
porque mi muerte desea.  
¡Que haya querido que vea  
su galán!, ¡que me dijese  
que le adora no bastó,  
y que los haya escuchado,  
sino que me ha confesado  
que adora al hombre que habló!  
Mas ya de su luz parecee  
que la noche huyendo fué.  
Vóyme, ¡paciencia!, pues sé  
que la Infanta me aborrece.

(Vase. Sale el REY con las cartas, y el CONDE DE  
TRASTAMARA.)

CONDE.

¿Tanto importan, señor, esas dos cartas,  
que has madrugado?

REY

Recebí este pliego  
anoche, y desvelado esperé el día.  
Llaman a don Bernardo de Cabrera.

CONDE.

¿En mi propio cuarto? (1)

(Lee el REY las cartas.)

«Pues ve tu Majestad las sinrazones  
que usan los ginoveses en Cerdeña,  
no sólo en dar favor a los dos Orias  
contra ti rebelados en las Islas,  
sino tener así usurpado a Córcega.  
Esfuércese a juntar copiosa armada,  
uniéndose con esta Señoría,  
que en el mar le pondré veinte galeras.  
Acabe de una vez, pues ve que tantas  
no guardan la concordia prometida.  
La Señoría de Venecia.»

(Sale DON BERNARDO DE CABRERA.)

DON BERNARDO.

Mande tu Majestad a don Bernardo

(1) Falta algo, no sólo para este verso, sino para lo  
que sigue.

REY.

¡Oh, Conde y Almirante! Este es el día en que habéis de mostrar vuestra fortuna.

DON BERNARDO.

Tu hechura he sido, [soy] y seré siempre. A tus pies pongo la voluntad, la vida y hacienda (1).

REY.

La Señoría de Venecia quiere hacer conmigo, don Bernardo, liga contra Génova, que cual ya se sabe, los rebelados de Cerdeña ampara; y habiendo hecho relación de Córcega, la Apostólica Silla me la usurpa. Veinte galeras para esta empresa... las costas de Valencia y Cataluña cuarenta y cinco tienen, y dos naves, sin las seis catalanas, y seis combos, la fuerza de Aragón, con todo el resto. Estriba en esta empresa, don Bernardo, de tu valor y próspera fortuna; y si mis reinos y mi honor procuras, pártete, General de mar y tierra, brevemente.

DON BERNARDO.

Señor, dándome el cielo el suceso conforme a mis deseos, vencedor me verás.

REY.

Yo te prometo, a lo romano, dar grandiosos triunfos.

DON BERNARDO.

Al mar no temeré, ni al enemigo, si don Lope de Luna va conmigo.

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA

### JORNADA TERCERA

CONDE.

Digo que don Bernardo de Cabrera, coronando sus sienes verde murta, merece entrar triunfando en Zaragoza, como César triunfó, y Mario en Roma; los despojos marítimos llevando

(1) Quizás estos dos versos defectuosos no formaban más que uno que diría:

«A tus pies pongo voluntad y vida».

delante de su carro verde y negro, entapizado de ovas y corales.

Merece que cargados los cautivos de naves destrozadas y fanales, pasen el Coso y lleguen a palacio, arrastrando estandartes enemigos. Mas, señor, que en palacio se reciba cual persona real y soberana, merced ha sido no vista en estos Reinos, y temo no murmuren los Estados.

REY.

Conde de Ribagorza, yo os prometo que quiero a don Bernardo de Cabrera de modo que mi amor igual no tiene, y al Príncipe don Juan le he preferido. Fuéronle los astros tan benignos, que amable le hicieron de manera que desde el punto que le vi le estimo. Noble sangre le dieron sus mayores; naturaleza, partes personales; su corazón, altivos pensamientos; su próspera fortuna, los sucesos, y yo riquezas, dignidades y honras.

CONDE.

Si el Príncipe don Juan, que está en Valencia, tu hijo, con la Reina, mi señora, que el cielo guarde, sucesor legítimo del Reino de Aragón, viniese ahora, ¿qué más honras le hicieras?

VIOLANTE.

No prosigas, que las honras que el Rey hace a Cabrera cortas mercedes son para sus méritos, y es bien que con los reyes prive tanto un hombre, porque así se animen otros a seguir la virtud y amor del Príncipe.

REY.

¿Qué rey, qué emperador o qué monarca no tuvo un privado, en cuyos hombros estuviese la máquina pesada del cuidado común de la república?

CONDE.

Tu Majestad me deja convencido. Ni emulación, ni envidia me movían, que es don Bernardo grande amigo mío.

VIOLANTE.

Ya se llega a palacio.

REY.

Aquí hemos  
de recibirle.

VIOLANTE.

Es justo que le honremos.

*(Haya músicas, y salgan los que pudieren con banderas arrastrando, y DON BERNARDO, armado de medio cuerpo arriba, con una corona de murta y un bastón de General, y cuatro Jurados con becas, que llevan el palio, y debajo DON BERNARDO, y delante DON LOPE, DON RAMÓN, DON TIBURCIO, ROBERTO, LÁZARO.)*

DON LOPE.

¡Ah!, señor don Bernardo de Cabrera!

DON BERNARDO.

Don Lope, ¿qué mandáis?

DON LOPE.

Vuesañoría  
bien se acuerda de que el Rey me aborrece;  
le dijo que su gracia perdería,  
si alguna vez mi nombre refiriese.  
Por su vida, señor, que no aventure  
a perder su favor cuando refiera  
su suceso felice desta empresa.  
Calle mi nombre y mis servicios;  
que estimo más que esté del Rey amado,  
que verme a mí sin tanta desventura.

DON BERNARDO.

Pues, don Lope, ¿es razón que tales hechos  
al Rey no se refieran?

DON LOPE.

Calle el nombre,  
y cuente del soldado los sucesos,  
que el Rey preguntará quién es: entonces  
podrá decir que yo.

DON BERNARDO.

Bien dices.

REY.

Dadme  
los brazos, vencedor de mar y tierra.

DON BERNARDO.

Los pies estimo, y pido a Vuestra Alteza  
la mano (1).

(1) Falta lo demás de este verso, o bien éste y el anterior formarían uno que dijese:

«Los pies le pido a Vuestra Alteza y mano.»

REY.

Violante os la dará. Para subiros  
a estado muy mayor, mi don Bernardo,  
la relación de vuestra boca aguardo.

*(Siéntase el REY y la INFANTA.)*

D. BER.

A diez y siete del mes  
en que Virgo, coronada  
de espigas rubias y negras,  
la estéril tierra abrasaba,  
hallé en el puerto Mayón  
junta tu dichosa armada  
de cincuenta y dos galeras,  
y tres naves castellanas.  
Partí con próspero viento,  
y las azules espaldas  
del mar rompieron los remos,  
con paz del viento y del agua.  
A veinte y dos, descubrimos  
las galeras venecianas.  
Eran veinte y dos, y juntas  
navegamos con bonanza.  
A veinte y siete de agosto,  
descubrimos las contrarias,  
que eran cincuenta y seis naves.  
Tres ligeras, tres bastardas;  
mandé que a mi mano izquierda  
pusiese la Capitana  
de Venecia, el General,  
que nuevo Neptuno llaman.  
Puse a la mano derecha  
una galera bizarra  
de las tuyas, y de todas  
se hicieron dos grandes alas.  
El estandarte real,  
con el blasón y las armas  
de Aragón, en mi galera  
al viento se tremolaban.  
Dieron señal las trompetas  
para empezar la batalla:  
Fué tanto el rumor confuso  
y las voces fueron tantas,  
que no volaban las aves  
ni los delfines nadaban:  
Suspendióse el mar confuso  
de ver tan desordenada  
competencia que los vientos,  
sino de fuerzas extrañas:  
Huyeron los mudos peces  
a las profundas entrañas  
del mar, buscando las rocas  
llenas de coral y nácar.  
Encontráronse tus naves,

de los tuyos arrojadas,  
 con las tuyas ginovesas,  
 que estaban en triste calma.  
 Abrierónle los costados,  
 y el mar, en sus mismas casas  
 movedizas, quitó a muchos,  
 sin resistencia, las almas.  
 Disparáronse las flechas,  
 arrojáronse las lanzas,  
 y a los bordes de las naos  
 usaron de las espadas.  
 Las olas del mar se abrieron,  
 venas de sangre cuajada,  
 y tantos cuerpos cayeron,  
 que las naos se juntaban.  
 Cuál, medio muerto caía,  
 y de morir acababa  
 bebiendo su propia sangre,  
 entre las aguas mezclada.  
 Quisiera aquí, Rey don Pedro,  
 la retórica romana  
 y las lenguas, que atribuyen  
 los poetas a la fama,  
 para poder referirte  
 las nunca vistas hazañas  
 de un noble soldado tuyo  
 de los que están en tu casa.  
 Aferró un sutil navío  
 a la nave Capitana  
 de Génova, y a pesar  
 de los que en el borde estaban,  
 entró dentro, y dando muerte  
 a tres valientes escuadras  
 de soldados, su estandarte  
 arrancó y echóle al agua.  
 Asió a Antonio de Grimaldos,  
 su General, por la falda  
 del tonelete, y al mar  
 le echó el peso de las armas.  
 Socorrióle una galera  
 cuando anegándose estaba,  
 y nadando tu soldado,  
 gallardamente se escapa.  
 El solo dió la vitoria,  
 porque la enemiga armada,  
 sin general y estandarte,  
 con razón teme y desmaya.  
 No quiero decir el nombre,  
 si tú, señor, no lo mandas;  
 aunque ya verás quién es,  
 pues que mi lengua lo calla.  
 REY. (Grande modestia es la suya;  
 es él, y como se alaba,

no quiere decir su nombre.)  
 VIOL. Hazaña fué extraordinaria.  
 REY. (Es gran soldado Cabrera.)  
 (Aparte.)  
 VIOL. (Es el dueño de mi alma.  
 Cordura y modestia tiene  
 en callar su nombre.)  
 REY. Basta,  
 Cabrera, lo referido,  
 para saber yo y la Infanta  
 quién es aqúese soldado.  
 VIOL. Ya sabemos quién es.  
 D. LOP. ¡Gracias  
 a Dios que tantas desdichas  
 tendrán fin! Pues que le agrada  
 al Rey esta relación,  
 fortuna, ayúdame.  
 VIOL. Pasa  
 adelante, don Bernardo.  
 D. BER. En esta naval batalla  
 vi cosas particulares,  
 que admira sólo el contarlas.  
 Muchas lanzas, muchas flechas  
 que a las naves se tiraban,  
 errando el golpe primero  
 daban muerte a los del agua.  
 Unos bravos ginoveses,  
 que en dos fustas peleaban,  
 tanto al borde se allegaron,  
 sabiendo que a las espaldas  
 enemigos no tenían,  
 que las fustas, trastornadas  
 con el peso, fueron tumba  
 en su muerte no pensada.  
 Iban nadando soldados,  
 al tiempo que se encontraban  
 de rostro dos fuertes naves,  
 y en medio los despedazan.  
 Al fin, señor poderoso,  
 tan reñida, cruel y brava  
 fué la batalla, que muchos  
 de las naves destrozadas  
 se tiraban los pedazos  
 y los remos se tiraban;  
 y algunos, con sus heridas,  
 tiran las sangrientas armas.  
 Peleó Génova tanto,  
 que por libertad sagrada,  
 y no el marítimo imperio,  
 parece que peleaba.  
 Ocho mil murieron luego  
 de los más nobles de Italia,  
 y tres mil quedaron presos;

y solamente nos faltan  
cinco aragoneses nobles,  
y de la gente ordinaria  
doscientos. Esta es, en suma,  
la vitoria que hoy aguardas.  
Mucha parte se les debe  
a don Ramón de Moncada,  
y a don Tiburcio, que escuchan  
la relación en tu sala.

REY. Don Ramón y don Tiburcio  
estarán siempre en mi gracia,  
y dos títulos de Condes  
les daré, que así se pagan  
los nobles que sirven tanto.  
Vos, don Bernardo, que en paga  
de batallas, os dé el cielo:  
Desde hoy seréis en mi casa  
mi Mayordomo mayor.

VIOL. No son mercedes muy largas.  
Dale más.

REY. Conde de Osona  
sois.

VIOL. ¡Qué poco le levantas!  
Dale más.

REY. Y seréis ayo  
de don Juan, que ya se trata  
de traerle a Zaragoza  
y ponerle aparte casa.

VIOL. Mira que merece mucho.  
Dale más.

REY. Mis Reinos manda.

VIOL. Pienso que poco le has dado,  
si conmigo no le casas.

D. BER. Detén, invicto señor,  
las liberales palabras,  
que no hay sujeto en quien quepan  
tanto amor, mercedes tantas.

(Haya música, y vanse, y quedan ROBERTO y LÁZARO.)

D. LOP. ¡Válgame Dios! Si mercedes  
me ha de hacer, ¿cómo dilata  
tanto el Rey el alegría  
de mis tristes esperanzas?  
La Infanta no me ha mirado.  
¿Si disimula la Infanta  
el mucho amor que me tiene?  
¿Si está en ausencia trocada?  
¿Si ha entendido que yo soy  
aquel cuyo nombre calla  
don Bernardo? ¿Si no saben  
mis celebradas hazañas?  
De ningún modo me mira  
la discreta y la gallarda

Violante. ¡Cielo, fortuna!  
¿Si es recato, si es mudanza?  
Muda noche: date prisa  
a tender tus sombras vanas  
sobre los montes del mundo,  
sobre mi mal, si me habla.  
Ya se fué, y no me ha mirado.  
¿Cómo puede quien bien ama  
dejar de mirar mil veces  
la persona que es amada?  
Sin el favor de Violante  
y sin ver las manos francas  
del Rey, me quedo suspenso  
en confusiones amargas.  
¡Ah, desdichado de aquel  
que pone su confianza  
en rey humano! ¡Maldigo  
el que bien del hombre aguarda!

ROB. Al Rey le pienso decir,  
para que merced le haga,  
cómo es Lázaro el soldado,  
el valiente de su escuadra;  
pues don Lope es desdichado,  
deme un memorial mañana,  
que yo le consultaré.

LÁZ. ¡Qué se desvanezca tanto  
este pícaro! ¡Mal haya  
mis malos sinos! Las manos  
me quiero comer de rabia.

ROB. ¿Qué ventajas, cómo?

LÁ. Escucha:

Siempre un escudero trata  
con su criado las cosas  
más secretas de su casa.  
Cómo él sólo es su privado,  
parten la mesa y la cama,  
y suelen vestirse a veces  
un camisón y unas calzas.  
Hay escudero que ayuna  
los santos de una semana,  
porque lo coma el criado,  
y no se queje en la plaza.  
Un escudero y su mozo  
son como dos camaradas;  
son el ciego y lazarillo,  
que «merced» y «tú» te llaman.  
Pero un pobre Gandalín,  
que en la fantástica sala  
de un señor pasa su vida  
desde el bozo hasta las canas,  
en pie se está todo el día,  
y como grulla descansa  
desde el alba hasta la noche,

- y desde la noche al alba.  
El pícaro, el cocinero,  
el ujier, el maestresala  
y el otro conmilítón  
de los que en las mesas andan,  
todos al fin manosean  
lo que el criado levanta  
de la mesa: ésta es su vida,  
que buen provecho les haga.
- ROB. Pues por que entienda el bribón  
qué provecho y honra alcanza  
el que sirve a gran señor,  
fuera este pícaro salga.
- (Sale el portero y dale de palos.)
- PORT. ¡Salga, pesie, que el señor  
don Bernardo se lo manda!
- LÁZ. ¡Don Roberto!
- POR. ¡Salga fuera!
- LÁZ. ¿Por qué se detiene? ¡Salga!
- LÁZ. ¡Ah, fortuna! ¡Voto a Dios,  
que sois una mentecata!
- (Echanle a palos y vanse. Salen al balcón DOROTEA y DON LOPE al terrero, de noche.)
- D. LOP. Rayos parece que veo,  
que a los del sol acompañan  
si no son los que me engañan  
los ojos de mi deseo.
- DOR. ¿Es mi don Lope?
- D. LOP. ¿Es mi dueño?
- DOR. Es la que os confiesa suyo.
- (Sale DON BERNARDO, de noche.)
- D. BER. Como amante velo, y huyo  
de verme en brazos del sueño.  
Crece el amor de Violante  
en mí mientras más la veo,  
y cor. él crece el deseo  
de conocer a su amante.
- DOR. No vienen con alegría  
a la mía semejante  
la noche para el amante,  
y para el enfermo el día.  
Ni la libertad sagrada  
viene para el preso así,  
como viene para mí,  
presa, enferma, enamorada.
- ¿Qué gloria se vió jamás,  
como es el fin de una ausencia?
- D. LOP. Me admira la diferencia  
de los favores que das.  
Hoy tu sol no me alumbraba,  
y ya en tus rayos me enciendes.
- DOR. ¿Es posible que no entiendes  
que entonces disimulaba?
- D. BER. Mujer habla a la ventana,  
y estarme pretendo aquí,  
aunque llueva sobre mí  
sus lágrimas la mañana.
- D. LOP. No ama el fuerte soldado  
de enemiga sangre rojo,  
y pretendido despojo  
en el lugar asaltado.  
Ni el herido y medio vivo  
ciervo, con la sed ardiente,  
la clara y risueña fuente  
con su cristal fugitivo.  
Ni allá el que da en el mar  
remo al agua y lienzo al viento,  
el puerto con más contento  
que yo te vengo a buscar,  
mi Infanta.
- D. BER. Sólo escuchando  
decir mi Infanta, o mi muerte,  
llámame próspera suerte;  
dame lo que amor te ha dado,  
que tengo envidia de ti.
- D. LOP. ¿Supiste cómo era yo  
el soldado que venció  
la batalla naval?
- DOR. Sí.
- D. LOP. Pues ¿cómo el Rey no ha querido  
hacerme merced alguna?
- DOR. Guardaráte la fortuna  
para ser....
- D. LOP. ¿Qué?
- DOR. Mi marido.
- D. BER. Marido dijo la Infanta.  
Incauta serpiente he sido,  
que he descubierto el oído  
a la voz del que me encanta.  
En envidia, amor y pena  
se empieza el alma a anegar,  
porque he venido a escuchar  
las voces de mi sirena.  
La plática me fastidia.  
Quiero de alguna manera  
impedirla, y necio fuera  
si no muriera de envidia.
- D. LOP. Mi señora: gente suena;  
viva yo en vuestra memoria,  
y adiós, vida de mi gloria.
- DOR. Adiós, muerte de mi pena.
- (Quítase.)
- D. BER. Ya se quitó Violante.



Reconocerle deseo.

¿Quién va?

D. IOP. Un hombre.

D. BER. Ya lo veo.

D. IOP. ¿Quién sois, pues?

D. BER. El Almirante.

D. IOP. Don Bernardo de Cabrera.

D. BER. Señor don Lope de Luna:

de tu contraria fortuna,

¿quién tal suceso creyera?

Don Lope, ¿qué hacéis?

D. IOP. aguardo

el sol que hiere mi luna.

Perdonadme, don Bernardo,

si en contar de mi fortuna

los varios sucesos, tardo.

Vi a la Infanta, al cielo vi,

y no viendo alas en mí,

que son los merecimientos,

trepé por los pensamientos

y a sus favores subí.

Para mí sale esta estrella

haciendo Oriente al balcón,

y de noche vengo a vella,

y espero dulce ocasión

para casarme con ella.

Cuando más desesperado,

me viene el bien todo junto,

que no hay hombre desdichado

tanto, que de todo punto

le tenga Dios olvidado.

D. BER. Mitad de aquesta alma mía:

goza en buen hora a la Infanta,

que ya te dije algún día

que entre desventura tanta

grande dicha se escondía.

Tu bien no será violento

con tal alto casamiento,

porque la fortuna escasa

tardó en hacerte la casa

por hacer tan buen cimiento.

Hízome el Rey, mi señor,

las mercedes que estás viendo.

Subí presto, y como flor

del almendro, iba teniendo

de los vientos el rigor.

Puede el bien que el Rey me hace

ser el primero que nace,

y muere en tiempo muy breve,

y ser la cometa leve

que en al aire se deshace.

Mas tú, a la sangre arruinado

del Rey, podrás, como hiedra,

trepas a mayor estado:

que a mí en papel, y a ti en piedra  
fortuna nos ha pintado.

Bien es que lo solemnices,

pues nos da varios matices,

a mí el temple, el olio a ti;

bienes muebles me da a mí,

mas a ti, bienes raíces.

Festeja, ronda, pasea,

pide a la Infanta colores,

y ponlos en tu librea,

y alcances de tus amores

el bien que tu alma desea.

Caballos, joyas, dinero,

te he de dar, y mostrar quiero

que nuestra amistad es tanta,

que adorando yo a la Infanta

celoso, estoy placentero.

Por seis caballos envía

y diez mil escudos de oro.

Vete, porque asoma el día.

(Vase.)

D. IOP. No tiene esa fe que adoro  
otra igual, sino la mía.

(Vase DON LOPE, y sale DOROTEA al balcón.)

DOR. Aquí me he estado hasta agora,  
por ver que don Lope ha estado  
con otro. ¿Sois vos criado  
de don Lope?

LÁZ. Sí, señora;  
y me dejó para dar  
un recado a Dorotea.

DOR. Ruego a Dios que por bien sea.  
Yo soy; bien podéis hablar.

LÁZ. ¡Vive Dios, que es medio ciega!  
Buen gusto tiene don Lope.  
¡Por un ojo llora arroje  
y por otro girapliega!

DOR. ¿Escúchanos alguno?

LÁZ. No.

DOR. Parece él.

LÁZ. Yo no quisiera  
que aquí don Lope volviera.  
Dice que siempre os amó,

y que le habléis de día,  
porque está por vos perdido.

DOR. ¿Luego ya me ha conocido?

LÁZ. Como a mí.

DOR. ¡Gran dicha mía!

LÁZ. Y dice que ha menester,  
porque es pobre, algún dinero,

DOR. pues sabéis que es caballero  
y que os quiere por mujer.

En albricias, te daré  
este anillo de mi dedo;  
dile el gusto con que quedo,  
y que yo le escribiré.

*(Arrójale el anillo y vase.)*

LÁZ. En el sombrero topó,  
pero dentro no ha caído;  
él se quedará perdido,  
según dichoso soy yo.

*(Vanse. Salen VIOLANTE y LEONORA.)*

VIOLANTE.

Aunque entenderme no ha querido el alma  
don Bernardo, mi amor lo manifiesta;  
sospecha que a otro adora, y así quiero  
que delante de mí le desengañes.

LEONORA.

*(Antes pretendo que mi amor entienda.)*  
El viene.

VIOLANTE.

Aquí le espero retirada,  
mientras le dejan los que le acompañan.

*(Sale DON BERNARDO, DON RAMÓN y DON TIBURCIO  
y una VIUDA, un CRIADO y un LABRADOR.)*

DON BERNARDO.

Conde, suplico a vuestra señoría  
que no me trate así.

CONDE.

Deme licencia  
vuestra señoría para acompañarle.

DON BERNARDO.

¿Yo? ¡Por vida del Rey, que un paso  
no dé!

CONDE.

Pues volveréme.

*(Vase.)*

DON BERNARDO.

¡Ea, señores,  
hagan lo mismo!

TIBURCIO.

Este es nuestro oficio.

DON BERNARDO.

Denme vuestras mercedes memoriales.

TIBURCIO.

Don Ramón de Moncada y yo  
pedimos éste.

DON BERNARDO.

No paséis adelante;  
ya sé lo que pedís. El Rey os hace  
mercedes, y es razón, que luego sean.

TIBURCIO.

Hechura somos de vuestra señoría.

*(Vase.)*

VIUDA.

Yo soy, señor, la viuda del capitán  
Lupercio, que en la guerra murió.  
Dejóme pobre y con una hija  
sin estado, y al Rey suplico en éste  
que me haga merced.

DON BERNARDO.

Eso es muy justo.  
Fué el capitán Lupercio gran soldado.  
Mientras Su Majestad merced os hace,  
tomad esta cadena, y perdonadme,  
que yo despacharé vuestro negocio.

VIUDA.

¡Vivas mil años, y pagar me deje  
el cielo esta merced!

*(Vanse.)*

DON BERNARDO.

¿Vos, hombre honrado?

LABRADOR.

Señor, este papel al Rey traía,  
porque sepa que murieron mis hijos.

DON BERNARDO.

¿Murieron vuestros hijos en la guerra,  
y así a Su Majestad pedís limosna?

LABRADOR.

Eso mismo, señor.

DON BERNARDO.

Mientras que sale  
a luz la pretensión, tomad aquesto.

*(Dale una bolsa.)*

LABRADOR.

Este servicio pagaré algún día.

DON BERNARDO.

Haberlo meneste se rá desdicha.

VIOL.      Almirante, muchas veces  
os he dicho lo que ahora;  
porque mi amor y Leonora  
son fidedignos jueces.  
¿A Leonora no has querido?  
¿Es aquesto ansí, Leonora?

D. BER.    No, por cierto.

LEON.      Sí, señora.

VIOL.      Juez, ¿no habéis entendido  
que Leonora no ha gustado  
que la sirváis?

D. BER.    Es ansí.

VIOL.      Leonora me da sus veces (1).  
¿Sabe que vuestra soy?

LEO.        No sé.

VIOL.      ¿Es ansí?

LEO.        Sí, señora.  
(Sale DON LOPE.)

D. LOP.    Preguntando por Cabrera,  
entrar me dejan aquí.  
¡Cielos!, la Infanta está allí.  
Dichoso yo, si me viera.  
Mas, ¿quién duda que me mira  
alegre y disimulada?

D. BER.    Veros, señora, trocada  
hoy me suspende y admira.  
Desde que os vi, os adoré;  
como cuerdo, el alma os di;  
como loco, no creí  
vuestro amor, faltó mi fe.  
Adoro vuestra hermosura,  
y viendo tanto favor,  
hallo que me da el amor  
tiempo, lugar y ventura.  
Supe amar, porque elegido  
rayos que al sol excedieron;  
que muchos amar pudieron,  
pero pocos han salido.  
Ansí que si esa hermosura  
se inclina a mi voluntad,  
no me deja una amistad  
gozar de la coyuntura.  
A serviros no me atrevo,  
ni a ponerme en vuestro nombre  
pluma, porque ofendo al hombre  
que más en el mundo debo.  
Y pues que nace el deseo  
imposible de miraros,  
forzado habré de dejaros  
para no morir, si os veo.  
(Vase.)

(1) Este pasaje está tan alterado, que no ya la rima, pero sí el sentido, está cabal.

VIOL.      Mi Bernardo: espera, espera.  
¿Por quién dirá que lo deja?

LEO.        Por el Rey.

VIOL.      ¿Pues no se aleja?  
Corre, dile que me quiera.  
(Vase LEONOR.)

D. LOP.    En rayos de celos ardo,  
¡ay, infelice de mí!  
¿Qué es esto? Decirla oí  
tiernamente, «mi Bernardo».  
¿Ha querido darme celos?  
Si no me ha visto, yo intento  
romper con el sufrimiento.  
Dad lugar, ¡airados celos!  
¡Ingrata!, que me has subido  
al cielo de tu favor,  
por darme pena mayor,  
dejándome sumergido  
en un abismo de agravios,  
de celos, penas y enojos.  
¿Cómo delante tus ojos  
me han ofendido tus labios?  
¿Cómo es posible que llames  
tuyo a otro hombre en mi presencia?  
Tu amor ha sido violencia;  
pero no me espanto que ames...

VIOL.      ¡Jesús, Jesús! ¡Dios me valga!  
¿Quién es éste?

D. LOP.    ¿Desconoces  
al que ofendes?

VIOL.      Daré voces,  
por que este loco se salga.  
¡Hola! Echad de aquí este loco.

D. LOP.    Loco estoy, y es mi locura  
el agravio y desventura  
que ya con las manos toco.  
¡Ah, Circe, llena de engaños!

VIOL.      ¡Echad un loco de aquí!  
(Vase.)

D. LOP.    ¡Véngueime el tiempo de ti,  
vuelen ligeros tus años!  
(Vase.)  
(Pasa el REY por el tablado poco a poco.)

D. LOP.    Solo pasa el Rey don Pedro;  
gozar quiero esta ocasión  
y saber por qué razón,  
aunque le sirvo, no medro.  
Si de verme se enojare,  
¿qué más mal puede venirme  
que he visto? Para oírme,  
Vuestra Majestad se pare.

Y si fuere atrevimiento  
hablar de aquesta manera,  
mándeme que calle o muera,  
que yo moriré contento.

Rey famoso de Aragón,  
¿en qué te ofendí jamás?  
Nombre de traidor me das:  
¿Cuándo te hice traición?  
¿Cuándo yo no te serví  
con mis armas y caballo?  
Dí, ¿qué Rey tuvo vasallo  
de más lealtad que hay en mí?

REY. ¿Qué dices, hombre?  
D. LOP. Aun no quieres  
ver en tu boca mi nombre.  
Bien dices, que soy muy hombre.

(*Vuelve a salir la INFANTA.*)

VIOL. ¿Tu Majestad se ha topado  
con este loco?

REY. ¿Loco es éste?

VIOL. Vuestra Majestad no preste  
atención a este alocado.

D. LOP. Job me preste su paciencia  
para sufrir este agravio.

REY. No le llaméis al contrario,  
que yo veré su inocencia.  
¡Hola!

(*Sale el PORTERO.*)

PORT. ¿Señor?

REY. Echad luego noramala,  
este loco de la sala.

D. LOP. Bien se me paga el amor  
con que este brazo te ayuda.

PORT. ¡Salga el loco!

D. LOP. ¡Extraños modos  
de honrar! Pues lo dicen todo,  
yo estoy ya loco, sin duda.

(*Echanle y vase. Sale LEONOR.*)

LEO. Gozar tengo la ocasión,  
pues vencida de amor fué,  
y quiero mostrar mi fe,  
Rey famoso de Aragón.

Los Reyes que han alcanzado  
victorias, hacen mercedes.

Pues venciste, honrarme puedes.

REY. ¿Qué pedís, Leonor?

LEO. Estado.

REY. ¿Y quién te sirve al presente?

Díme, Leonor, la verdad.

LEO. Persona es de autoridad,  
que tiene su nombre ausente.

REY. Pues, Leonor, de mí confía,  
que vendrá a ser tu marido,  
aunque para mí has tenido  
el corazón de una arpía.

Piedra fuiste a mi fe rara,  
y así tu rigor tirano  
será piadoso.

LEO. A mi hermano,  
el Conde Enríquez de Lara,  
escribiré.

REY. Enhorabuena.

LEO. Besaré tus pies.

REY. Levanta.

LEO. Burlada dejo a la Infanta,  
y remediada mi pena.

(*Vase.*)

REY. La Infanta he visto llorando.

¿Qué tiene, hermana, tu Alteza?

VIOL. Un vahido de cabeza

que me ha dado en este instante.

REY. Vete, señora, adelante.

VIOL. Voyme rabiando (1).

REY. Sospecho que algún amor  
a don Bernardo ha tenido  
la Infanta, y así ha querido  
verle casar con Leonor.

Si esto es así, el Almirante  
con ella se casará,  
y Leonor lo perderá;  
que aunque yo he sido su amante  
quiero de modo a Cabrera,  
que ha de estar a su elección.

(*Sale DON BERNARDO.*)

REY. Vienes a buena ocasión,  
don Bernardo.

D. BER. ¿En qué manera?

REY. Hoy quiero casar al Conde  
de Ribagorza.

D. BER. ¿Con quién?

REY. Con Leonor.

D. BER. Está muy bien.

REY. (Alegremente responde.

No le tiene mucho amor.)

Y también quiero casar...

(ya se empieza a demudar)

a la Infanta.

D. BER. ¿A quién, señor?

REY. (Amor hay entre los dos.)

D. BER. ¿Con quién?

REY. Con el Almirante.

(1) Pasaje muy alterado.

D. BER. ¿Con qué Almirante?  
 REY. Con vos (1).  
*(Vase.)*

D. BER. La Infanta me quiere dar,  
 y a la esfera de la luna  
 me quiere el Rey levantar.  
 ¡A fe, próspera fortuna,  
 que me dáis que sospechar!  
 Don Lope adora a Violante;  
 y yo, que los pasos sigo  
 de la fortuna inconstante,  
 hallo, subiendo, un amigo,  
 que ir no me deja delante.  
 Si paso, ingrato he de ser.  
 Si me quiero detener  
 sin pasar, queda mi vida  
 en medio de la subida,  
 y a peligro de caer.

Al juego, es fortuna igual.  
 Ya dice bien, y ya mal.  
 ¡Cuántos, sin límite y modo,  
 por querer ganarlo todo,  
 suelen perder su caudal!

Pues a jugar me he sentado,  
 y mi fortuna ha dejado  
 sólo un resto de ganar,  
 yo me quiero levantar  
 con lo que tengo ganado.  
 Mi retirada apercibo.

*(Sale DON LOPE.)*

D. LOP. Triste, don Bernardo, estoy.

D. BER. No lo estarás mientras vivo,  
 que, porque subas, yo soy  
 el mismo que me derribo.

El Rey me quiere casar  
 con tu Violante querida;  
 Fénix me podrás llamar,  
 pues que por darte mi vida  
 hoy me quiero retirar.

Que excedo a Alejandro, creo;  
 porque él dió lo que gozó.  
 Que, a veces, parece feo  
 lo que se ha gozado, y yo  
 te dejo lo que deseo.

D. LOP. Ya, amigo, no soy quien fui.  
 Ese sol que me alumbraba,  
 se ha eclipsado para mí:  
 de mi pasión se burlaba  
 el amor que en ella vi.

Ni la adoro, ni la invoco;

fueron sus cosas quimeras,  
 y hame tenido en tan poco,  
 que cuando llegué a las veras,  
 me respondió que era un loco.

*(Sale un CRIADO con una bolsa y una carta.)*

CRIA. ¿Don Lope de Luna es  
 vuestra merced?

D. LOP. Sí, soy.

CRIA. Pues  
 ésta tome y ésta lea.

*(Dale la carta.)*

D. LOP. ¿De quién es?

CRIA. De Dorotea.

D. LOP. Yo responderé después.

*(Vase el CRIADO.)*

Don Bernardo, esto me espanta.  
 Letra es esta de la Infanta.

D. BER. No es suya, que escribe bien,  
 y aquesta es mala.

D. LOP. Detén,  
 Fortuna, desdicha tanta.

«Mi don Lope: Perdonad,  
 que el teneros voluntad,  
 a engañaros me ha obligado.  
 Mas ya me dijo el criado  
 que vos sabéis la verdad.

Y pues vuestra alma desea  
 ser esposo y dueño mío,  
 ocasión habrá en que os vea.  
 Perdonad, que ahí os envío  
 cien doblones. — *Dorotea.*»

¿Sueño, escucho, duermo o velo?  
 ¿Muero, vivo, hablo, leo?

¿Esto es verdad, o es engaño?  
 Mas siendo mi propio daño,  
 ¿por qué dudo y no lo creo?

¿Qué dueña es ésta, que trata  
 de ser así mi homicida?  
 Nunca me dieras, ¡ingrata!,  
 tras engaños que dan vida,  
 un desengaño que mata.

*(Arroja la bolsa.)*

D. BER. Tanto, don Lope, he sentido  
 verte engañado y quejoso,  
 que sólo porque has creído  
 que te amaba, estoy dichoso,  
 si es justo ser su marido.

L.ár. ¡A fe que estamos medrados!  
 Nuestro luésped se ausentó,  
 y están los seis mil ducados

(1) Falta un verso a esta redondilla.

que el Almirante nos dió,  
sin tener barbas, rapados.

D. LOP. ¡Jesús! ¡Con cuánta razón  
hoy por loco me tenía!  
¡Soñaba yo su afición,  
y a la fe, desdicha mía,  
que los sueños sueños son!

LÁZ. ¡Pues, vive Dios, que no sueña  
Lázaro lo que ha contado!

D. LOP. ¡Ay de mí! Sola una dueña  
pudiera haberme engañado.

LÁZ. El seso tiene en Sansueña.

D. LOP. Don Bernardo; ya es violento  
mi vivir; sólo un convento  
me puede dar acogida.  
Allí acabaré la vida,  
que tan desdichada siento.  
No viva en el siglo más  
un hombre tan desdichado.

D. LOP. Si así, don Lope, te vas,  
se pierde el mejor soldado  
que tuvo España jamás.  
Oye, espera.  
(*Vanse.*)

LÁZ. Esta ocasión  
en mis desdichas espero:  
fraile seré motilón,  
pues no me tocó dinero  
de mano de aquel ladrón.  
Vida de tantos enojos,  
y más que me dió el sereno  
la noche, y tengo los ojos  
medio ciegos, y estoy lleno  
de rabia. Mas si cegara,  
¿pudiera andar? Si pasara  
esta sala sin caer.  
Quiero examinarme y ver  
si estando ciego acertara.  
Bien voy, bien voy; no ando mal.  
(*Anda como ciego, y sale ROBERTO.*)

ROB. El Rey llama al Almirante,  
y en el Palacio Real  
no está. ¿Qué tengo delante?  
¿Hay dicha a mi dicha igual?  
(*Alza la bolsa.*)

¿No pasaste por aquí?

LÁZ. Sí.

ROB. Y di: ¿cómo no alzaste  
esta bolsa?

LÁZ. No la vi.  
Soy un puto.

ROB. La dejaste  
llena de oro para mí.

LÁZ. ¡Que viniese yo a cerrar  
los ojos a este lugar!  
¡Que así fortuna me trate;  
pues vivir tiene el gazzate,  
no me tengo de ahorcar!

(*Vanse. Sale la INFANTA y LISARDO, con un libro, y DOROTEA.*)

VIO. Triste estoy, mi Dorotea.

DOR. Señora, elige otro amante.  
¿Mando que Lisardo cante?

VIO. Antes gustaré que lea.  
¿Qué libro es ése?

LIS. Estas son  
relaciones que han salido  
de cosas que han sucedido  
en el Reino de Aragón.  
El Rey sale.

VIOL. A darne pena  
con casamientos, vendrá.  
(*Sale el REY.*)

REY. ¿Cómo está tu Alteza, ya (1)  
hermana?

VIOL. No estoy muy buena  
de una celosa pasión.

REY. Que parará en alegría.  
(*A parte.*)

¿Qué haces, Lisardo?

LIS. Lee.

REY. Prosigue con la lición.

«Cap. segundo. De la conquista de Cerdeña. Fuera (como se ha dicho de la conquista desta Isla) dificultosa, si no la conquistara el valor y industria del valeroso caballero don Lope de Luna, hijo de don Martín de Luna, Mayordomo mayor del Rey don Jaime; el cual, después de haber dado muerte al General de los sardos usó de una estratagemá digna de su ingenio, y fué fingir que iba huyendo y agraviado de los españoles, diciendo a voces: «Abridme, sardos famosos, y amparadme.» Entró en la ciudad, y otro día salió al campo desafiando a los aragoneses, cautivando con esta cautela algunos. Hizo lo mismo dos o tres días, hasta que tuvo dentro número competente para su intento, y dándole secreta libertad, abrieron una puerta por el muro; por el cual entraron los españoles, y ganaron la ciudad y rindieron la Isla.»

(1) El original dice «Majestad», por errata.

VIOL. ¡Gran valor!

REY. Sin semejante  
don Lope de Luna fué.  
¿Cómo estos hechos no sé?  
Prosigue, pasa adelante.

«Y es cosa digna de consideración, que este mismo caballero en dos batallas que se ha liado, ha muerto los dos Generales; porque en la naval de Génova, después de haber ganado el estandarte de la Señoría, se arrojó al agua con Antonio de Grimaldos, su General.»

REY. ¡Corrido estoy, y me aflijo  
de no haber considerado  
que era don Lope el soldado  
que el Almirante me dijo!

«Es don Lope de Luna de calidad que ya se sabe: hombre cuerdo, callado, animoso y en extremo desdichado, pues vive tan pobre, que si don Bernardo de Cabrera, su íntimo amigo, no le socorriera, padeciera eterna necesidad.»

REY. ¡Calla ya, que ingrato he estado  
al cielo y sus beneficios,  
pues que con tales servicios  
hay hombre tan desdichado!

VIOL. Ya deseo conocer  
hombre a quien el cielo dió  
tal valor.

DOR. ¡Dichosa yo,  
que espero ser su mujer!

(Sale LEONOR.)

LEO. Hoy andan en competencia  
mis pensamientos y amor.

(Salen el CONDE DE RIBAGORZA y DON BERNARDO DE CABRERA.)

D. BER. El Príncipe, mi señor,  
ha partido de Valencia,  
y escribe Enríquez de Lara,

que le viene acompañando.

LEO. Venir y estar esperando,  
mi buena dicha declara.

REY. Huelgo que el Príncipe venga  
a Aragón con prisa tanta,  
por que en sus bodas la Infanta  
tan grande padrino tenga.

VIOL. ¿Yo, señor?

REY. [Sí, mi] Violante,  
porque tenéis de casaros;  
que esto he querido callaros.

VIOL. ¿Con quién?

REY. Con el Almirante.  
D. BER. Con esta humilde liechura  
del Rey, mi señor.

LEO. No puedes  
volver atrás tus mercedes.

REY. Leonor, para tu hermosura  
dueño tengo competente.

RIB. Si me casase con ella,  
dichosa será la estrella  
que tuve por accidente.

VIOL. Mi gusto así se repara;  
mi sangre a su ser volvió.

LEO. Pues no seré, hermana, yo  
del Conde Enríquez de Lara,  
si no impido el casamiento.

D. BER. Siendo muerte el esperar,  
temo que no ha de llegar  
día de tanto contento.

Deshacen un buen suceso  
celos, tiempo y mundo vario.

(Sale el SECRETARIO.)

SECR. Tus pies besa el Secretario,  
que hasta agora ha estado preso.

REY. Mañana, sin falta alguna,  
os casáis.

VIOL. Tus leyes guardo.

D. BER. Y aquí convida Lisardo  
para la adversa fortuna.

F I N

# COMEDIA

## LA ORDEN DE REDENCIÓN, Y VIRGEN DE LOS REMEDIOS

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

### PERSONAS

El REY DON JAIME.  
Dos ALCALDES.  
Un MERCADER.  
RAIMUNDO.  
MARTÍN.  
JARIFE.  
ALMOJAMARES.  
ARMENGOL.

Dos CAMINANTES.  
Un LIMOSNERO.  
HAMETE.  
LORENZO.  
LAMBERTO.  
El REY DE ARGEL.  
ARDÍN.  
FRANCISCO.

ZAIDE.  
Dos ANGELES.  
NOLASCO.  
Cuatro BANDOLEROS.  
JIRONELA.  
LAURENCIO.  
MUSTAFÁ.  
NUESTRA SEÑORA.

*(Dicen dentro, y luego salen unos moros con JIRONELA.)*

MORO 1.º Levanta el ferro del barco,  
y llega el esquite apriesa.

MORO 2.º Huyamos con esta presa  
por el proceloso charco.

JIRO. Dejadme

MORO 1.º Es gran desvarío.

MORO 2.º Ya soltarte no podrás.

JIRO. Querido padre, ¿onde estás?  
¡Favor, aquí, padre mío!

LAM. Tened el paso, tiranos,  
que vuestro bien se interesa;

*(Llévansela y sale LAMBERTO, vicjo.)*

que el rescate de esa presa  
os vienen a dar mis manos.

Mas, ¡ay, infelice suerte!,  
que ya vais dejando el puerto,  
para que llegue Lambertito  
al puerto do está mi muerte.

Volved, mirad que os presento,  
por la presa que lleváis,  
un preso, con que quedáis  
ricos, y yo muy contento.

Hacedme tanto favor,  
que recibáis el rescate,  
o vuestra mano me mate,  
y no me mate el dolor.

Mirad que perdéis la palma  
en hacer lo que habéis hecho;  
que el cuerpo dejáis deshecho,  
y sólo lleváis el alma.

Volved, rompiendo las olas;  
hacedme tan alto bien,  
y el cuerpo llevad también,  
no llevéis el alma a solas.

Mas ¡ay!, que en balde voceo;  
que es tanta mi desventura,  
que el bien que el alma procura  
se muere con el deseo.

El mar me estorba que llegue  
a gozar de esos despojos,  
pero yo haré de mis ojos  
un mar a donde se anegue.

Y pues que tales extremos  
con mi desventura abarco,  
sírname el cuerpo de barco,  
y aquestos brazos de remos,  
y mis suspiros podrán,  
vencidos con tal aliento,  
dar alguna fuerza al viento,

*(Quiere arrojarle al mar.)*

y al puerto me llevarán.

Y cuando mi mal tan cierto  
de tanto bien me privare,



cuando vivo no llegare  
al puerto, llegaré muerto.

(*Salen el REY DON JAIME y ALMOJAMARES.*)

REY. Llegad, ved que en la marina  
un hombre está voceando.

LAMB. Iré por el mar, buscando  
esta perla peregrina.  
Hija, ya parto tras ti

(*Hace que se arroja.*)

ALMO. Tened, ¿qué queréis hacer?

LAMB. Robador de mi placer,  
si acaso vienes por mí,  
forzado de mi pasión  
de esta mi hija, me lleva  
a donde verás la prueba  
que hace mi corazón.

Pero si de un bien tan alto  
tu fiero rigor me priva,  
mátame por que no viva  
de tan alta gloria falto.

REY. Haced llegue a donde estoy.

ALMO. Levanta, amigo, del suelo;  
que de contemplar tu duelo  
enterneciéndome voy;  
mira que el Rey mi señor  
quiere verte.

LAMB. ¡Oh, vil gentío!  
¡cuán presto al descarso mío  
diste asalto con rigor!

REY. La rienda al llanto detenga  
tu paciencia, y dime en tanto  
la causa de él.

LAMB. Si mi llanto  
diese lugar a la lengua,  
diréte, Rey, un suceso,  
el más triste y desdichado,  
que te dejará espantado  
de ver que no pierdo el seso.

Salí por esta marina  
con una hija que el cielo  
me dió para mi consuelo,  
prenda del alma divina;  
y en medio de la alegría  
que mi corazón gozaba,  
sentí un rumor que formaba  
gente en esta cacería.

Ruido de armas sentí,  
y por saber el estruendo  
dejé a mi hija, y corriendo  
a ver lo que fuese fui.

Y apenas mi desventura

de mi hija me apartó,  
cuando gente mora dió  
asalto a su hermosura.

Robáronme mi tesoro,  
robáronme mi consuelo,  
robáronme, Rey, el cielo  
do vive el alma que adoro.

Volví luego dando voces,  
mas fueron voces en vano,  
que se fué huyendo el tirano  
en los barquillos veloces.

Esta es la ocasión que tengo;  
mirad si hay mal semejante,  
y si es ocasión bastante  
que venga al dolor que vengo.

Dejadme, iré a buscalla;  
dejadme, que voy tras ella,  
que el alma no ha de perdella  
cuando no pueda alcanzalla.

REY. Tira del llanto la rienda  
y ese vano antojo deja;  
que no remedia tu queja  
que el alma, tal hecho, emprenda.

Yo seré de ella el rescate,  
y esta palabra recibe,  
como sepa dónde vive,  
por dinero, o por combate.

LAMB. ¡Ah, Rey!, que mi desventura  
está en un extremo tal,  
que con uno y otro mal  
darme la muerte procura;  
y porque entiendas que es mucha  
la ocasión de mi lamento,  
otro desdichado cuento  
que quiero contarte, escucha,  
y verás que no me aflijo  
de aqueste mal con exceso,  
pues tengo cautivo y preso,  
antes de esta hija, un hijo.

Yendo a Barcelona, un día,  
de Lérida (¡ah, triste caso!),  
salió a impedirnos el paso  
una ingrata compañía  
de ladrones, y de suerte  
su infernal furia mostraron,  
que a mí herido me dejaron,  
casi cercano a la muerte.

Fué cual un ligero rayo  
este repentino asalto;  
quedé de mi hijo falto  
y con un mortal desmayo.

Mira si tengo razón  
de abrir al llanto la puerta

y que por los ojos vierta  
deshecho mi corazón.

Lleváronme a mi Armengol  
y a mi Jironela bella,  
y estoy sin él y sin ella  
ausente de luna y sol.

¿Qué tengo, ausente, de hacer  
de mis dos espejos bellos  
sino llorar hasta vellos,  
o hasta dejar de ver?

Olvidé un tanto el dolor  
con la dulce compañía  
de la Jironela mía,  
mas sin ella es ya mayor.

REY. Noble anciano, bien colijo  
la razón que al fin te sobra,  
pero algún descanso cobra,  
pues cobras en mí a tu hijo.

Dame esa mano.

LAMB. Abrazarte  
quiero, pues a verte llevo.

*(Sale NOLASCO de capítán.)*

NOLASCO. Dame licencia, te ruego,  
Rey, para poder hablarte.

REY. Vuestra es, Capitán gallardo,  
la facultad y licencia;  
levantad, y de Valencia  
me das las nuevas que aguardo.

NOLASCO. Ya sabes que ha muchos días  
que enfadado del bullicio  
de estos reencuentros del mundo,  
a Dios mis obras dedico.  
Los haberes de mi padre  
(que en efecto fueron ricos)  
los puse en cambio del cielo,  
porque el mundo es mal amigo.  
Entre los de caridad  
hallo yo, señor invicto,  
que es una de las mayores  
el rescate de cautivos,  
que como es la libertad  
el bien más raro del siglo,  
que carecer de ella, es pena  
que más aflige a los vivos.  
Yo, pues, sintiendo en el alma  
la que en este pueblo impío  
dan a los tristes cristianos  
los bárbaros enemigos,  
tomé toda mi hacienda,  
y como en perlas el Indio  
toda en almas la empleé,  
que son de precio infinito.

Rescaté ochenta cristianos,  
y de cien mil fuera alivio,  
si a todos los rescatare  
vendiéndome yo a mí mismo.  
Los más frágiles te truje;  
que el buen médico advertido  
cura primero la parte  
donde siente más peligro.  
Quedan cuatro mil cristianos  
en las mazmorras metidos,  
poblando el suelo con agua  
y los aires con suspiros.  
Aquí del materno pecho  
pendiente está el tierno niño,  
a quien el señor ingrato  
niega el agua del bautismo.  
Allí la casta doncella,  
forzada del dueño impío,  
que ya Roma ha trasplantado  
en España sus Tarquinos.  
Y a la mujer dan de palos;  
ya echan hierros al marido;  
ya los dividen a entrambos;  
ya cincuncidan los hijos;  
ya porque el otro cristiano  
no quiere guardar sus ritos,  
con pecho cruel le inventan  
mil géneros de martirios.  
El es un cifrado infierno,  
de crueldades un abismo,  
un purgatorio de males,  
un caos de confusos gritos.  
Cristianos aprisionados,  
Dios os dé su santo auxilio,  
que excede, en rigor, el vuestro,  
al cautiverio de Egipto.

REY. Habéis, Nolasco famoso,  
movídoma a compasión,  
que es de cera el corazón,  
y yo en extremo piadoso.

Señor. ¿Tengo de dejar  
que este bárbaro image  
vuestro santo nombre ultraje  
y no le he de castigar?

Virgen pura, cedro santo,  
¿cómo, Señora, os agrada  
ver la limpieza manchada  
de que vos os honráis tanto?

¿De afean vuestra excelencia  
osadía tiene el hombre?

Virgen, pues yo en vuestro nombre  
quiero cercar a Valencia.

Amigos, gente se haga;

ALMO. pague el moro su locura.  
¿Hay dinero por ventura  
con que hacer alguna paga?

REY. ¿Pues no hay?

ALMO. ¿Dónde lo ha de haber,  
pues sabes que hoy no has comido  
porque dinero no ha habido  
para comprar de comer?

REY. Señor, con humilde amor  
este regalo os ofrezco,  
que pues me le dais, merezco  
solamente este favor.  
Al pueblo se manifieste  
el deseo a que me aplico,  
quizá habrá algún hombre rico  
que algún dinero nos preste.

ALMO. Dudo que en tu tierra haya  
quien préstamo hacernos pueda.  
*(Salen dos ALCALDES.)*

ALCD. 1.º Mosarle hemos la vereda  
porque de su burra caya,  
que muesa linde es mayor  
que la suya tanto y medio.

ALCD. 2.º El, pardiez, pondrá el remedio.

REY. ¿Qué queréis?

ALCD. 1.º Sepa, señor,  
que entre aquel pueblo y el nueso  
hay dos lindes.

REY. Bien.

ALCD. 1.º Ya vó,  
al causo. Bras Gil llegó  
que quiere herse más vieso  
en todo, como si fuera  
su mesté o boticario.

REY. Vamos a lo necesario.

ALCD. 1.º A eso vó; pues él quijera  
que a la linde que está en casa  
de Cartián de Quiñones  
allegaran sus mojonos;  
míre cómo no se asa.  
Escodriñó de abinicio:  
siempre a «coche acá cinchado»  
andaremos.

REY. Un letrado  
no lo entenderá.

ALCD. 2.º Es joício  
vellos andar en quillotros:  
señor, dé su parecer,  
que si lo quiere ir a ver,  
le pondremos como un potro  
que es como un oro, ¡pardíós!

REY. ¿Sobre el término altercáis?

ALCD. 2.º Díóle. ¡Juro a mí!

REY. ¡Llegáis  
a no buen tiempo los dos;  
que hay cosas de más momento.

ALCD. 2.º Momentos de nueso cura,  
que el uno solo, le dura  
larga hora y media y no miento.

REY. Decí, amigo. ¿El pueblo tiene  
algunos propios caídos?

ALCD. 2.º Levantados, y vestidos  
están ya.

ALCD. 1.º Es día solene.

REY. Si hay dinero del concejo,  
os pregunto.

ALCD. 1.º No, señor,  
que es un pueblo pecador.  
Pero aquí, Sancho Cornejo,  
sé que tiene unas blanquillas,  
y hartas.

REY. Decí, hombres de bien,  
¿qué dinero tendréis?

ALCD. 2.º Bien  
sin la patena y manillas  
tendré en dineros cien sueldos,  
que son cincuenta reales.

ALCD. 1.º Mire si dije.

REY. ¿Y cabales?

ALCD. 2.º Cabales.

REY. ¡Id y traeldes;  
prestaréisme los

ALCD. 2.º ¿Mi hacienda?

REY. Vuestra hacienda.

ALCD. 2.º ¿A su mercé?

REY. A mí propio.

ALCD. 2.º ¿Para qué?

REY. No falta.

ALCD. 2.º ¿Sobre qué prenda?

REY. Sobre mi palabra.

ALCD. 2.º ¡Guarda!  
no los llevará, ¡pardíós!

REY. Pues ¿qué prenda queréis vos?

ALCD. 2.º Si como mi burra parda  
tuviera media docena,  
sobre ella se los prestara.

REY. Si en prenda sólo repara,  
dadle alguna prenda buena.

ALMO. No hay que dalle, porque todo  
está, señor, empeñado.

REY. ¡Que un Rey libre, y en su estado,  
venga a verse de este modo!  
¡Un grande servicio os debo!  
¡Dios mío! por este ensayo.  
¿Queréis por prenda mi sayo?

ALCD. 2.º Si estuviera algo más nuevo  
le tomara todavía;

REY. mas échelo acá, verelo.  
Para grande bien el cielo  
guarda la constancia mía.

Virgen, tanto os he querido  
que viéndome en pobre estado,  
después que el alma os he dado  
por vos empeño el vestido.

Respetos que son tan buenos  
de mí no falten jamás,  
que el que os ha dado lo más,  
no es mucho que os dé lo menos.  
Toma, amigo.

LAMB. Ten, Señor;  
que yo otra prenda traeré.

ALCD. 2.º Sobre esa no los daré;  
traed vos otra mejor.

REY. No vais. Advertí, hombre honrado,  
que esos sueldos se me den,  
que con el sayo, también  
hipotecaré el estado.

ALCD. 2.º Si su mercé aquesto hace,  
porque yo quede seguro,  
que también me de, procuro,  
un buen fiador.

REY. Que me place.

LAMB. Yo haré la fianza.

NOLASCO. Y yo.

ALCD. 2.º Háganla ambos.

REY. En buena hora.

Ya, esclarecida Señora,  
mi deseo se cumplió;  
ya no habrá quien me resista,  
destruir al moro fiero,  
pues he hallado dinero  
para empezar la conquista.

LAMB. Tu peregrina humildad  
tanto conmigo ha podido,  
que sangre y hijos olvido  
por dar colmo a tu lealtad.

NOLASCO. A Rey que sólo profesa  
pelear por vuestro amor,  
dadle las fuerzas, Señor,  
necesarias a esta empresa.

ALCD. 2.º ¿Hemos de leer escritura?

REY. Sí.

ALCD. 2.º Háganla con conciencia.

REY. Yo levantaré en Valencia  
vuestro nombre, Virgen pura.

(*Vanse y sale ARMENGOL y unos BANDOLEROS.*)

ARMEN. ¿Fortificóse la breña?

BAND. 1.º A tu gusto se acomoda.

BAND. 2.º Es inexpugnable toda  
la punta de aquella peña;  
que si en sus antiguas lides  
en ésta Caco habitara,  
por más que se descuidara  
no le diera muerte Alcides.

Triste del que procurare  
hacerte guerra, Armengol,  
que si el sol ofende al sol,  
puedes hacer que se pare.

ARMEN. Importa que haya cuidado  
en la defensa, y la furia  
que enemigo que a otro injuria  
no ha de vivir descuidado.

Y pues por muerte de Orbante  
(a quien por padre he tenido),  
a serle ahora he venido  
en el cargo semejante,  
porque no pueda culparle  
quien de poca edad se ve,  
ya que el cargo le heredé  
quiero la industria heredarle.

BAND. 1.º Basta que le has heredado  
en ser valiente y sagaz.

BAND. 2.º Del oficio eres capaz,  
un Héctor en ti ha criado.  
¿Quieres ir a pretender  
la corona de Aragón?

ARMEN. Honrados tus humos son.

BAND. 2.º Puedes rey del mundo ser.

BAND. 1.º ¿Coronarte no previenes?

(*Salen otros dos BANDOLEROS que traen atado a un  
MERCADER.*)

MERCA. Más a la piedad te aplica.

BAND. 3.º ¿Pues de qué llora el marica?

BAND. 1.º Razonable presa tienes.

ARMEN. ¿Trae ese muchos ducados?

BAND. 3.º A cinco mil llegarán.

ARMEN. Bien repartidos están.

MERCA. ¡Ah, principios desdichados!

BAND. 3.º Llorón, cobarde, ¿qué tienes?

ARMEN. No le tratéis con deshonra;  
dejadle toda su honra  
y aprovechaos de sus bienes.

Basta que se vea rendido;  
no se vea deshonrado.

MERCA. Hablas como buen soldado,  
pero no como entendido.

Si robarme solicitas,  
cuando bien me hagas tratar;  
¿qué honra me puedes quitar

cuando la hacienda me quitas?

¿A tu noticia no viene  
que entre la gente de nombre,  
no tiene más honra el hombre  
que la hacienda que tiene?

Haz que ésta a mí se me dé,  
y en mi honor sé crudo y fiero,  
que si vuelvo con dinero  
muy honrado volveré.

Pero volviendo robado,  
¿qué honra puedo tener?

ARMEN. Hablas como mercader,  
pero no como soldado.

Con tu honra libre escapa,  
que al amigo se permite,  
que lo tuyo no se quite  
mas no que te dé su capa.

MERCA. De pedir lo ajeno luyo  
esa hacienda mía, me da.

ARMEN. En eso el engaño está,  
que lo que es mío, no es tuyo.  
¡Llévadle!

MERCA. Escucha.

ARMEN. No quiero.

MERCA. Dame algo, por Dios.

ARMEN. Por Dios,  
le desnudaréis los dos,  
y los dos contá el dinero.

¡Eal, ¿qué estáis esperando?

MERCA. Tu resolución me espanta.

*(Llevan al MERCADER, y sale un CAMINANTE cantando.)*

BAND. 1.º Paso, que viene en garganta  
por el monte otro cantando.

CAMIN. «Virgen María, y Madre de Dios,  
no hay en el mundo otra como vos.»

ARMEN. De soberanos favores  
es esa Virgen abismo,  
porque es madre de Dios mismo  
y madre de pecadores.

BAND. 1.º Hagamos la bolsa franca,  
seor cantor.

ARMEN. Su bien procuro.

CAMIN. Bien puede cantar seguro  
el que camina sin blanca.

BAND. 1.º Acabe.

ARMEN. Ningún mal le hagáis (1).

CAMIN. ¡A tu nobleza bendigo.

ARMEN. Dejadlo, vení acá, amigo:  
¿cuánto dinero llevais?

CAMIN. ¿He de decir verdad?

ARMEN. Sí.

confiado en mi valor

CAMIN. Si vale verdad, señor,  
ni un solo maravedí.

ARMEN. Pues músico que ha tenido  
a la Virgen afición,  
por el camino es razón  
que vaya bien prevenido.

A cuenta de ese buen hombre  
le dad cincuenta ducados.

CAMIN. Déselos Dios mejorados.

BAND. 1.º ¿Dinero das?

ARMEN. No te asombre;  
que tiene una dama mía  
por grande abogada suya.

BAND. 1.º ¿Abogada, y dama tuya?  
¿Quién es?

ARMEN. La Virgen María.

Este gusto mío os cuadre.

MERCA. ¿Quién vió tal?

CAMIN. ¿De qué os reis vos?

MERCA. De que desnuda, por Dios,  
y que hace bien por su madre.  
¡Gentil obra!

ARMEN. De mi celo  
no es justo que a ti te asombre,  
porque qué será del hombre  
si quiebra con todo el Cielo.

El que al rey traidor le ha sido,  
para excusa de su mal  
busea en la casa real  
quien defienda su partido;  
y por buena cuenta hallo  
que éste, aunque excede a la ley,  
suele pecar contra el rey  
y no contra su vasallo;

porque en el rigor más fiero  
siempre la real persona  
con facilidad abona,  
si intercede un buen tercero.

Yo soy así, te prometo  
que en esta vida que elijo,  
aunque peco contra el Hijo,  
guardo a la Madre el respeto;  
que nunca el verbo del Padre  
de la gloria ha despedido  
al pecador que se ha asido  
de las faldas de su Madre.

Y por que su loa aprueba  
éste, y tú no la dijiste,  
tú dejas lo que perdiste  
y él lo que no trujo lleva.

A éste le dad lo que digo,  
y a ese otro se lo quitad.

(1) Verso largo.

MERCA. Oye, mira.  
 ARMEN. Caminad.  
 CAMIN. Tu grande virtud bendigo.  
 MERCA. ¡Que me despojes, tirano,  
 de la hacienda y honra mía!  
 ARMEN. Valiéraste de María  
 y pasaras libre, hermano.  
 En mi alma, estos extremos,  
 vos, Señora, los causáis.

(Sale un FORASTERO.)

FORAS. Amigo, si camináis,  
 los dos juntos ir podemos;  
 que en aqueste despoblado  
 se me ha puesto ahora el sol,  
 y ténome de Armengol,  
 que es hombre determinado  
 y me podría quitar  
 joyas riquísimas hoy,  
 que a presentárselas voy  
 a la Virgen del Pilar.

ARMEN. Yo acompañaros prometo  
 hasta hallar seguro paso,  
 y si Armengol viene, acaso  
 él me tendrá algún respeto.  
 Las joyas os aseguro;  
 vamos en conversación.

(Salen los BANDOLEROS.)

BAND. 1.º Ya se hizo la partición.

FORAS. Aquí la vida aventuro.

ARMEN. No temas, yo estoy aquí.

BAND. 2.º Armengol, tu parte alcanza.

FORAS. Aquí expiró mi esperanza.

ARMEN. Lo que yo te prometí  
 te cumpliré.

BAND. 3.º ¿Es otra presa?

ARMEN. Sí; pero guárdola yo  
 y no escota.

BAND. 4.º ¿Cómo no?

BAND. 1.º [Armengol], si es que te pesa  
 de nuestro aprovechamiento  
 dilo, y haremos caudillo.

ARMEN. A vuestro gusto me humillo;  
 el vuestro ha de ser mi intento.

Mas la causa de éste es mía,  
 que de mí se valió en fin:  
 y ¡mal haya el hombre ruin  
 que engaña a quien de él se fía!

Ya el seguro mío tiene,  
 y para que más lo parta  
 entre vosotros se parta  
 esa parte que me tiene.

Que una dama ilustre y clara

aquesta hacienda me fia,  
 que la diera yo la mía  
 cuando aquesta le faltara.

BAND. 2.º Hémoste de obedecer,  
 y así no te replicamos.

(Dicen dentro.)

Pasó por entre estos ramos.

BAND. 2.º Presa hay.

BAND. 1.º Pues no es de perder.

BAND. 3.º Yo el primero a asirla salgo.

BAND. 1.º Yo a seguirte me dispongo.

(Vanse los BANDOLEROS.)

ARMEN. Id todos mientras que pongo  
 en seguro a aqueste hidalgo.

FORAS. ¿Quién tu nobleza no adora?

ARMEN. Ir muy seguro podréis  
 siempre que joyas llevéis  
 para dar a esa señora.

(Vanse y salen el REY DE ARGEL, ARDÉN Y JIRONFLA.)

REY. Lo mejor es que te olvides  
 del regalo de tu tierra.

JIRO. Si allí mi gusto se encierra,  
 ¿cómo que la olvide pides?

El tuyo, por ser real,  
 tendrá infinito valor,  
 pero ninguno hay mejor  
 que el regalo natural.

Murió mi esperanza verde,  
 que el bien fundado en el aire  
 cuanto se gana, es donaire  
 si la libertad se pierde.

REY. ¿Qué libertad pierde ahora  
 la desdénosa y esquivia  
 que sube de mi cautiva  
 al trono de mi señora?

Mira si tienes, tirana,  
 por tuyo mi real tesoro,  
 pues en el pecho de un moro  
 infundes alma cristiana.

JIRO. No te canses, mándame  
 que te sirva y serviréte,  
 y en lo demás...

REY. Para y vete.

JIRO. Voime.

REY. Vuelve. Que mi fe  
 ¿no ha de alcanzar galardón  
 de tu ingratitud?

JIRO. Sospecho  
 que no ha de ser de provecho  
 en tu vana pretensión.

REY. Mira lo que dices.

JIRO. Digo  
que has de hallarme, señor,  
siempre con este rigor.  
REY. Oye, Ardín y Alá es testigo,  
(*Aparte.*)  
que si no lo haces por bien  
que me tengo de enojar.  
ARDÍN. Voy.  
(*Vase ARDÍN.*)  
REY. ¿Piensas perseverar  
dime, Estela, en tu desdén?  
JIRO. De hacerme tuya no trates.  
REY. Si a mi persona te igualo.  
JIRO. No me ablando con regalo.  
REY. Mataréte.  
JIRO. Aunque me mates.  
Ya me ofrezcas tu tesoro,  
ya tu corona me des,  
ya me pongas a tus pies  
y ya en el labrado toro;  
ya te acabe mi disgusto,  
ya te alegren mis placeres,  
tener conmigo no esperes  
sólo un momento de gusto.  
REY. Recia, por mi vida, estás  
y no sé si diga necia.  
JIRO. Para ti estoy necia y recia.  
REY. Ea, que te ablandarás.  
  
*Salen unos MOROS y traen en unas fuentes lo que dicen los versos.)*  
Cordel, cuchillo y veneno  
es esto que te señalo;  
aquí hay plata, oro y regalo  
aquí libro, aquí condeno.  
Queriéndome gozarás  
de una perpetua ventura;  
pero si te muestras dura,  
estas muertes probarás.  
En breve concluye.  
JIRO. Advierte  
REY. Di.  
JIRO. Vuelve el rostro.  
REY. ¿Esto más?  
¿Qué me quieres?  
JIRO. ¿Que te vas?  
REY. Sí.  
JIRO. ¿Que han de darme muerte?  
REY. Sí, mi gusto se concluya.  
JIRO. ¡Oli, para mi duro acero!  
¿Oye, oye?  
REY. Di.

JIRO. Ya quiero.  
REY. ¿Qué es lo que quieres?  
JIRO. Ser tuya.  
REY. ¿Mía?  
JIRO. Sí.  
REY. ¿Burlaste?  
JIRO. Acaba.  
REY. La vida tienes muy cierta.  
JIRO. Casi me imaginé muerta,  
y la sangre se me helaba.  
REY. Con todo, quiero estimar  
tus favores.  
JIRO. Si me ablandas,  
dado, señor, que me mandas,  
no me mandes renegar.  
Deja que cristiana esté,  
y en el mal que me contrasta,  
que tenga fe muerta basta,  
sin que me halle sin fe.  
REY. Que he de enfadarte no creas;  
pero gustaré yo ahora,  
ya que en la ley no eres mora,  
que en el vestido lo seas.  
JIRO. Mi gusto al tuyo se allana.  
REY. En ti mi gloria atesoro.  
JIRO. Ya voy con corazón moro.  
REY. Y yo con alma cristiana.

(*Vanse y dentro ruido de batalla, y salen el REY DON JAIME, NOLASCO LAMBERTO y RAIMUNDO.*)

DON JAIME.

A Dics las gracias se le den cumplidas  
de la victoria que ganado habemos,  
y la mezcuita con solemne fiesta  
mañana, entre dos luces, consagremos.  
A la Virgen María, a quien con lágrimas  
prometí de ensalzar su nombre santo,  
luego que la ciudad por mía estuviese.

RAIMUNDO.

Débesle a Dios, señor, un gran servicio,  
por las grandes mercedes que te ha hecho;  
que como poderoso, te ha mostrado  
aquí sus maravillas celestiales  
para obligarte a que le sirvas siempre.

DON JAIME.

Padre Raimundo, la ciudad explora  
y mira que no haga algún soldado  
cosa que pueda ser de Dios ofensa.

RAIMUNDO.

Haré tu gusto.

(*Vase.*)

NOLASCO.

Y yo, señor invicto,  
con tu licencia, voy a dar las gracias  
de esta merced a Dios.

(*Vase.*)

DON JAIME.

Id en buen hora.  
Lamberto, ¿qué despojo se ha juntado?

LAMBERTO.

Hay en moneda ochenta mil cequíes,  
y de éstos has de dar paga a tu gente,  
que se les deben diez, y está que corre.

DON JAIME.

Pues luego les pagad, y dad sin éstas,  
adeiantadas tres o cuatro pagas,  
y anden contentos todos mis soldados,  
y ellos gocen la hacienda, pues la ganan.  
Sacad primero aparte los cien sueldos  
que aquel buen hombre me prestó, que es justo.

LAMBERTO.

Como lo ordenas, de cumplirlo gusto.

(*Sale el LIMOSNERO.*)

LIMOSNERO.

Acudido han al campo muchos pobres,  
a la fama que hay de la victoria.

DON JAIME.

¿Qué limosna habéis dado?

LIMOSNERO.

Veinte reales.

DON JAIME.

Muy poco es, dadles más, no llegue pobre  
que se parta de vos desconsolado  
que los tesoros que nos dan los cielos,  
de estos mendigos son, para ellos cría  
la Arabia el oro y el Oriente piedras  
y el Sur las margaritas estimadas.  
Ellos son los soldados que pelean  
aunque sin armas van, que sus plegarias,  
sus llantos, sus gemidos, sus sollozcs,  
nuestros escudos son y petos fuertes.

LIMOSNERO.

¿Daréles otro tanto?

DON JAIME.

Sea doblado;  
nunca recateéis bien para pobres.  
¿Que tengo que comer?

LIMOSNERO.

Cenar podrías,  
que ya la noche a más andar se acerca  
un francolín te tengo, y dos capones  
que nos costó un real y dos dineros,  
y un dinero de fruta.

DON JAIME.

El tercio de eso  
me sobra para mí; aliorrad de gasto,  
que he menester quitar de la comida  
y añadir en la gente de la guerra;  
desde mañana os moderad, hoy pase  
ese gasto superfluo que está hecho.  
Id y dejadme un poco equí solo,  
que de otros gastos cuentas hacer quiero

LIMOSNERO.

Fuera, a que salgas a cenar, te espero.

(*Vase.*)

D. JAIME. Ya que mi alma contenta  
se halla, Virgen, con vos,  
hagamos cuentas los dos,  
que tenemos larga cuenta.

Yo os prometí, lo primero,  
si estábades de mi parte,  
de daros la cuarta parte  
del despojo, y del dinero.

Cuando a Mallorca gané,  
por servicios atrasados,  
repartí entre los soldados  
el despojo que allí hallé.

Fué tan corto, pobre y vil,  
que de todos sus confines,  
saqué ocho mil florines,  
quedé debiéndoo dos mil.

En Menorca no hubo tanto,  
mas aquí con humildad,  
luego ofrecí la mitad  
a vuestro altar sacrosanto.

Tres mil florines os di,  
y de la deuda pasada,  
dejé la mitad pagada;  
de ésta os haré pago aquí.

También tenemos Señora,  
otra cuenta entre yo y vos;  
yo os he prometido a vos,  
por lo que mi alma adora,



sacar de poder de moros  
cien cautivos cada año;  
si en el pasado hubo engaño  
culpa tienen mis tesoros,  
que aun para comer no tuve.  
Mas si de éstos deudor soy,  
cuatro mil ahora os doy.  
Mirad si la cuenta sube.

Y aunque ya dineros llevo  
por mis gastos excesivos,  
pagaros quiero en cautivos  
los mil florines que os debo.

Y por que dado me habéis  
favor, en esta revuelta,  
quiero hoy, Virgen, hacer suelta  
de los más que me debéis.

(Música.)

MÚSICA. Rey, postrad por tierra el pecho.  
VIRGEN. ¿Jaime?

(Baja la VIRGEN SANTÍSIMA.)

D. JAIME. Virgen, vuestro soy.  
VIRGEN. Agradecida te estoy  
del presente que me has hecho.  
Confiado en mis favores  
una religión harás,  
a cuyos frailes dará  
título de Redentores.

Y por divino blasón,  
de que es orden que tú has hecho,  
traerán un escudo al pecho  
con las armas de Aragón.

Por remate una cruz blanca,  
en señal que es desde ahora  
su divina fundadora  
mi mano divina y franca.

Pero la piedra primera  
que en este santo edificio  
se consagre a mi servicio,  
por ser firme y duradera,  
ha de ser tu amado Pedro  
y mi Nolasco querido,  
a quien ya tengo escogido  
para mi oloroso cedro.

Amale, que es más que hombre.

D. JAIME. Virgen, de nuevo me haced  
esa divina *merced*.

VIRGEN. A mi orden da ese nombre.

(Sube la tramoya.)

D. JAIME. Jaime, ¿qué nueva ventura  
es la que te ha sucedido?

Virgen, ¿cuándo he merecido  
ver esa rara hermosura?

Virgen volvedme a hacer  
ese divino favor.

(Salen NOLASCO y RAIMUNDO por diferentes partes.)

NOLASCO. ¿Fraile un hombre pecador?

RAIMDO. Virgen ¿qué os merecí ver?

NOLASCO. Y Virgen, ¿yo cargo vuestro?  
¿Cómo le he de administrar?

D. JAIME. Padres, quiéroos abrazar.

RAIMDO. Modérate Señor nuestro.

D. JAIME. De gozo no estoy en mí.

¿A mi favor, mi María?

RAIMDO. Tu soberana alegría  
me ha comunicado a mí.

NOLASCO. ¿Yo de su vista he gozado?

D. JAIME. Ya desea el corazón  
fundar esta religión:  
tú, Nolasco, eres prelado.

NOLASCO. ¿Yo, un pecador tan indigno?

D. JAIME. Gusto de la Virgen es.

NOLASCO. Humilde estoy a tus pies.

RAIMDO. ¿Qué hábito das?

D. JAIME. Determino  
dar, el que vestido trujo  
la paloma celestial,  
porque al mismo original  
semejante sea el dibujo.

RAIMDO. ¿Cómo tu prudencia muestras!

D. JAIME. Mostráis tantas alegrías,  
que colmo las ansias mías  
con las sombras de las vuestras.

(Sale LAMBERTO.)

LAMB. Señor, ¿qué contento tienes?

D. JAIME. Ven, Lamberto, y lo sabrás,  
que también te ocuparás  
tú, en hacer heroicos bienes.

Que ya que los moros fieros  
asolé con esta guerra,  
quiero limpiar esta tierra  
de todos sus bandoleros.

Desde este punto te hago,  
contra ellos, general.

LAMB. Aunque es pobre mi caudal,  
de serlo me satisfago.

Seré su cuchillo agudo.

RAIMDO. Fúndese esta religión.

D. JAIME. Hoy, Virgen, mi corazón  
goza de lo más que pudo.

(Vanse y salen ARMENGOL y un BANDOLERO.)

ARMEN. Cansado vengo de andar.

BAND. 1.º ¿Quién te forzó a ello?  
 ARMEN. Convino  
 a aquel hombre acompañar.  
 BAND. 1.º Hubiste largo camine.  
 ARMEN. Conviéneme descansar.  
 Desde lo alto, el llano escombra,  
 y si algo viene me nombra  
 por mi nombre, estaré alerta;  
 y si no, no me despierta,  
 que dormir quiero a esta sombra.  
 BAND. 1.º ¿Y qué tiempo dormirás?  
 ARMEN. Para quien de paso anda  
 bastan dos horas no más.  
 BAND. 1.º Proseguirás la tanda  
 mientras descansando estás.  
 ARMEN. Vete, y haz buena atalaya.  
 BAND. 1.º Temor tu pecho no haya  
 que será otro Polifemo.  
 ARMEN. ¡Temor dices! ¿Tengo temo  
 yo?  
 BAND. 1.º ¿Descas que me vaya?  
 ARMEN. Que ya te vayas, desco.  
 BAND. 1.º Voime, duermine.  
 ARMEN. Dormiré.  
*(Duérmese y sale otro BANDOLERO.)*  
 BAND. 2.º De la ciudad gente veo  
 salir.  
 BAND. 1.º ¿Sabes para qué?  
 BAND. 2.º Que no es para honrarnos creo  
 que en forma de compañía  
 hacia acá toma la vía.  
 BAND. 1.º ¿Has recorrido la breña?  
 BAND. 2.º Defensible está esta peña.  
 BAND. 1.º Enviemos una espía  
 a saber adónde va  
 esta gente que ha salido.  
 Saliceto lo sabrá.  
 BAND. 2.º ¿Qué hace Armengol?  
 BAND. 1.º Dormido  
 a sombra de ese olmo está.  
 BAND. 2.º Despiértalo.  
 BAND. 1.º Es excusado;  
 que llegó ahora cansado  
 y ha de guardarse el sueño.  
 BAND. 2.º Si hay enemigos...  
 BAND. 1.º Pequeño  
 tumulto te ha alborotado.  
 Vamos a tomar razón  
 de los hombres que salieron,  
 adónde van y quién son.  
 BAND. 2.º Vamos.  
 BAND. 1.º ¿Viste cuántos fueron?

BAND. 2.º Era formado escuadrón;  
 que de aquella torre vi  
 lo que te he contado aquí.  
 BAND. 1.º No nos ofenderá el sol.  
*(Vanse y se aparece la RELICIÓN DE LA MERCED.)*  
 RELIG. Harto has dormido, Armengol:  
 recuerda ya, vuelve en ti  
 Huye del infernal cebo,  
 de ese engañoso regalo  
 y pues tu amistad apruebo,  
 basta lo que has sido malo,  
 date a hacer libro nuevo.  
 La nueva religión soy  
 que mi defensa te doy  
 Dios no quiere la alma muerta  
 más que viva y se convierta  
 ven, que aguardándote estoy.  
 Ven, alumbrá este horizonte  
 que tu mal ha obscurecido  
*(Desaparece y salen LAMBERTO y SOLDADOS.)*  
 LAMB. En torno se cerque el monte  
 SOLD. 1.º Aquí está un hombre dormido.  
 LAMB. Prendedle y a punto ponte,  
 por si a defenderlo sale  
 gente.  
 SOLD. 1.º Recordó.  
 LAMB. Pues dale  
 pero no le des, detente.  
*(Despierta ARMENGOL.)*  
 ARMEN. ¡Vendido he sido! ¿Qué gente?  
 LAMB. Quien a tu mal poco vale;  
 date a prisión, bandolero.  
 ARMEN. Villano, ¿darme a prisión?  
 Daréte muerte primero.  
 LAMB. Por saber si eres león,  
 yo sólo prenderte quiero.  
 Apartaos.  
*(Riñen.)*  
 ARMEN. ¡Brazo animoso!  
 ¿En el peligro forzoso  
 desmayáis? ¿Quién me detiene?  
*(Dentro Voz.)*  
 VOZ. ¡Tente!  
 LAMB. ¿Que hay voz que me enfrene?  
 ARMEN. ¿Que ahora estoy temeroso?  
 ¡Muera!  
 LAMB. Acabe.  
 VOZ. ¡Tente!  
 LAMB. ¡Cielo!  
 ¡Quien con tu voz, me acobarda!

ARMEN. El pecho siento de hielo.  
¿Yo temor? Espera.

LAMB. Aguarda.

VOZ. ¡Tente!

ARMEN. Ya temo, y recelo.  
¡Oh, engañosa fantasía!  
Soñé que una hacha ardía,  
y es que ardo en ira y rabia.

LAMB. ¡Que al que a mi Señor agravía  
le guarde yo cortesía!  
Cobarde soy: caso es llano.

(*Salen los BANDOLEROS.*)

BAND. 1.º Armengol, ¡muera el villano!

LAMB. ¡Cielo santo! ¡Armengol dijo!  
¿Si es este mi infeliz hijo?

SOLD. 1.º Lamberto, mueve la mano  
y quede ese a tus pies muerto.

ARMEN. Su enojo es bien que me cuadre  
por el nombre de Lamberto;  
que se llama así mi padre  
y su amor en mí despierto.  
Baja la espada, buen hombre,  
y esta vuelta no os asombre,  
que procede de amistad.

LAMB. Hago vuestra voluntad.

ARMEN. ¿Es Lamberto vuestro nombre?

LAMB. Mi nombre es.

ARMEN. ¿Sois de Tudela?

LAMB. Dicen que sí.

ARMEN. ¿Qué se ha hecho,  
decid, vuestra hija Estela?

(*Aparte.*)

LAMB. El es, pues sabe mi pecho.  
Cautiva está.

ARMEN. ¿Qué?

LAMB. Dejéla  
holgándose... Es largo el cuento.  
Mas ¿qué es vuestro pensamiento  
de acordarme ahora de ella?

ARMEN. ¿No va Armengol a traella?

(*Aparte.*)

LAMB. Aquí descubro su intento.  
Murió Armengol, mi hijo amado;  
mi tristeza, por él es.  
¿Conocisteisle, hombre honrado?

ARMEN. Vivo está, y de vuestros pies,  
como hombre indigno, abrazado.  
Yo soy, padre, vuestro hijo;  
vos sois mi padre, Lamberto,  
y que muerto estoy, colijo,

que si el gozo a alguno ha muerto,  
muerto me ha este regocijo.

Venerables canas mías,  
ved estas lágrimas mías  
que están vuestros pies regando,  
si con agua no os ablando  
lloraré sangre mil días.

Ojos, llorad sangre al son  
que desfogue mi pasión.

LAMB. Los pies deja, ten los brazos,  
y no hagas más pedazos  
mi afligido corazón.

Mas aunque de roña lleno  
con este mortal veneno,  
le estimo en mucho, mi Dios,  
que fácil es para vos  
de este malo hacer un bueno.

ARMEN. Desde hoy lo he de ser, y tanto  
que del mal haré descuento,  
deshecho en un mar de llanto;  
y si un arrepentimiento  
salva, el mío me hará santo.

Amigos, Dios ha querido  
sacarnos de estos vaivenes  
que el infierno ha producido:  
ya soy capitán de bienes,  
como de males he sido.

Seguidme.

BAND. 1.º Vete, cobarde.

BAND. 2.º Ése caduco te aguarde.

BAND. 1.º Sólo de temor, sospecho  
que hijo suyo se ha hecho.

ARMEN. Para hacer bien, nunca es tarde.

BAND. 1.º Ir con vida no imagines;  
a echar este viejo empieza  
de estos temidos confines.

ARMEN. Todavía soy cabeza  
aunque de miembros ruines.

A quien he de respetar,  
¿de esta tierra lo he de echar?  
Armengol soy.

BAND. 1.º ¿Vienes loco?

ARMEN. ¡Mueran, padre!

BAND. 1.º Tente un poco  
¿Quiesnos tan presto matar?

ARMEN. Pues de Dios estáis ajenos,  
guerra eterna os he de hacer.

LAMB. Deja, que ellos serán buenos.

ARMEN. Padre, mejor es hacer  
aquestos infames menos.

Al cielo con pecho hidalgo  
he de mostrar lo que valgo.

(*Riñe con los bandoleros.*)

SOLD. 1.º Huyó la gente villana.

ARMEN. Busquemos, padre, a mi hermana.

LAMB. Ven.

ARMEN. Ya hecho un David salgo.

*(Vanse. Sale NOLASCO de fraile, y FRAY RAIMUNDO, con el estandarte de la Redención; el REY DON JAIME y un TAMBOR, que echa este pregón:)*

A los fieles cristianos sea notorio cómo la Orden santa instituída por nuestro Rey católico Don Jaime a honra de la Virgen sacratísima cuyo título es de las Mercedes de Redención de míseros cautivos, con celo de agradar a Dios envía a la ciudad de Argel, a hacer rescate de los cristianos que haya en cautiverio. Por tanto, el que tuviese algún pariente, amigo o conocido, entre infieles hable al padre Fray Pedro de Nolasco, humilde general de aquesta Orden, y acuda a él con las limosnas suyas, que él las recibirá cristianamente y con gran caridad hará el oficio de redentor, con pío y santo celo, a imitación del Redentor del Cielo.

DON JAIME.

Virgen pía, estas obras os ofrezco, vuestro mandado hago, yo quisiera tener en libertad vuestros cristianos como en el alma vuestro nombre tengo, mas, señora, no puedo lo imposible: recibid el ardor de un buen deseo.

NOLASCO.

Ya que, gloriosa Virgen, me habéis hecho humilde general de vuestra Orden, vos las fuerzas me dad para que pueda administrar con rectitud mi oficio.

RAIMUNDO.

El Señor, que ha querido que se haga esta Orden en el nombre de su madre, tendrá el cuidado de ampararla siempre.

*(Salen LAMBERTO y ARMENGOL.)*

ARMENGOL.

¿Que por misterio soberano ha sido fundada aquesta Orden, padre amado?

LAMBERTO.

La Virgen pía es la fundadora; pero el Rey está aquí, calla, lleguemos.

DON JAIME.

¡Oh, buen Lambertol! ¿cómo va de guerra con estos bandoleros?

LAMBERTO.

Muerto he muchos y éste sólo escogí para traerte, fiado en la clemencia de tu pecho. Suplícote, señor, que le perdones que aqueste es Armengol, mi infeliz hijo, por fuerza de su signos arrojado; porque pueda gozar siquiera el uno de los dos hijos que me ha dado el cielo.

DON JAIME.

Por vos las culpas viejas le perdono; de las nuevas se guarde, que si vuelve a pecar, pagarlo ha todo junto; entretenedle en vuestra compañía.

LAMBERTO.

Beso tus pies.

ARMENGOL.

Tu esclavo soy, ordena de mí a tu voluntad.

DON JAIME.

La mía es ésta.

*(Sale una MUJER.)*

MUJER.

Cautivo tengo un hijo en Argel, padre, tome su reverencia esta memoria y esta pobreza que juntada tengo para ayudar al rescate que le piden.

*(Sale un VIEJO.)*

VIEJO.

De este hombre se acuerde, padre amado, que es un nieto que sólo me dió el cielo! poco rescate tengo, pero supla su caridad aquesta falta mía.

*(Sale un HOMBRE.)*

HOMBRE.

Padre, un hermano mío está cautivo en poder de infieles, la memoria

de quien es y do está, se cifra en ésta.  
En amor de la Virgen le rescate.

NOLASCO.

Yo, hijos, daré contento a todos.

1.º

Tome estos diez ducados para ayuda  
de los rescates, padre.

OTRO.

Lo que tengo  
doy, sabe Dios, si dalle más quisiera.

NOLASCO.

Esto recibe Dios, cristianos, bienes  
que para redención de los cautivos  
ayudáis con limosnas, en el Cielo  
gozaréis de riquísimos tesoros,  
sin temor de caer en cautiverio.

DON JAIME.

¿Falta otra cosa más, padre Nolasco?

NOLASCO.

Señor, buscar ahora un compañero  
que en aquesta jornada me acompañe.

ARMENGOL.

¡A qué cielo, mi Dios, me habéis traído!  
Merezca, padre, yo ser escogido.

NOLASCO. No está el hacerlo en mi mano,  
sino en el Rey, mi señor.

D. JAIME. Armengol, pídeslo en vano,  
que no ha de ir un salteador  
a servicio tan cristiano.

Cuando de tu honrado pecho  
hayas muchas pruebas hecho,  
podrás irle acompañando,  
vete ahora acreditando,  
que es el camino derecho.

ARMEN. Si pierdo esta religión  
porque entre malos asisto,  
es Paulo mi defensión  
que de enemigo de Cristo  
salió vaso de elección.

A un salteador bandolero,  
en el instante postrero  
que el Redentor morir quiso,  
le otorgó su paraíso  
por contrito y verdadero.

Un logrero fué Mateo  
y un trapacista Zaqueo,

y su santidad escucho  
porque con Dios puede mucho  
la firmeza de un deseo.

Con lágrimas de mis ojos,  
ante ti, puesto de hinojos,  
estas mercedes te pido.

RAIMDO. Grande su fervor ha sido.

ARMEN. Ofrece (1) a Dios mis despojos.

NOLASCO. Señor, a este bandolero  
me da por mi compañero.

D. JAIME. Vaya.

ARMEN. Bésote los pies.

LAMB. Lo mucho que hoy ganas ves.

ARMEN. Que me bendigas espero.

LAMB. Bendición de Dios y mía  
vayan en tu compañía.

ARMEN. Ahora que el alma os doy  
veréis cuán devoto os soy,  
Virgen intacta, María.

(Sale un SOLDADO.)

SOLDADO. Ultrajando tus decoros  
corren con fiestas los moros  
a vista de nuestro puerto.

D. JAIME. Salga con cuatro, Lamberto;  
gaste en esto mis tesoros.

LAMB. Pondré en ellos mortal calma.

ARMEN. Hoy granjea eterna palma  
la creciente de mi celo.

D. JAIME. Y hoy hace fiesta el cielo  
por haber ganado esta alma.

## JORNADA SEGUNDA

Salen FRANCISCO, LAURENCIO y MARTÍN, de cautivos  
y HAMETE y ZAIDE, moros.

HAMETE.

¡Ea, canalla, apriesa!

FRANCISCO.

Siempre gustas  
el tratarnos con ásperas palabras.

ZAIDE.

¡Que a la espalda el rancor no les ajustas;  
que a palos la cabeza no les abres!  
Muestra que fuerzas tengo yo robustas  
y haré...

(1) Quizá mejor «ofrezco».

LAURENCIO.

Mas con tus iras descalabras.  
Sosiega, que Francisco va obediente.

MARTÍN.

Humille Dios vuestra soberbia frente.

HAMETE.

Henchid presto.

LAURENCIO.

Ya vamos.

*(Van los cautivos por agua.)*

ZAIDE.

Díme, Hamete,  
¿en qué punto está el Rey con su cautiva?

HAMETE.

A veces sus favores le promete,  
a veces suele estar dura y esquiva.

ZAIDE.

Teniendo la ocasión por el copete,  
¿qué desdén de valor al Rey le priva?  
Cierre con ella, pese a la cristiana.

HAMETE.

Enojada parece tigre hircana.  
¿Se han ido los cautivos?

ZAIDE.

¿Qué me apuestas  
que parlándose están?

HAMETE.

Ven, por tu vida,  
verás los palos que se traen a cuestras.

ZAIDE.

Es canalla temosa y mal nacida.

*(Vanse y salen los tres cautivos.)*

LAURENCIO.

Ya que el rancor del alma manifiestas  
haz con él amistad, aunque fingida.

FRANCISCO.

¿Con un perro amistad? Aunque me mate.

MARTÍN.

Tú das en harto necio disparate.

LAURENCIO.

Martín, ¿trajiste el pan?

MARTÍN.

Y la cecina.

LAURENCIO.

Comamos un bocado.

MARTÍN.

Y diez podremos.

FRANCISCO.

¿Parece gente alguna en la marina?

MARTÍN.

No.

FRANCISCO.

Con aqueste lugar nos levantemos.

LAURENCIO.

¿Los tres?

FRANCISCO.

Los tres.

MARTÍN.

¡Por Dios, que desatina!  
¿Qué traza das? Espérate, veremos.

FRANCISCO.

Daca la regalada calabaza.

MARTÍN.

En bebiendo, darás gentil traza.

FRANCISCO.

Con ocho mil espadas, ¿no podía  
hacerse en esta tierra un bravo asalto?

LAURENCIO.

Puede arruinarse a media Berbería.

FRANCISCO.

¿Con ocho mil?

LAURENCIO.

Con ocho mil

FRANCISCO.

Pues alto.

Argel es nuestro.

MARTÍN.

¿Cómo?

FRANCISCO.

Si ahora envía  
contra este pueblo, de defensa falto,  
el Rey Don Jaime veinte mil soldados,  
sin remedio la junta a sus ducados.

LAURENCIO.

La calabaza esconde.

MARTÍN.

Ya la escondo.

*(Vuelven a salir ZAIDE y HAMETE.)*

HAMETE.

¿Trátanse ahora cosas de gobierno?  
¿Qué pláticas? Responde.

FRANCISCO.

Ya respondo.

ZAIDE.

Los tres, ¿qué gobernáis?

FRANCISCO.

Al propio infierno.

ZAIDE.

Cual a Ixión, en círculo redondo,  
pienso que le he de dar tormento eterno  
a aqueste bellacón.

FRANCISCO.

No lo imagines.

HAMETE.

¡Ea, perros, a escardar en los jardines!  
Y vosotros a hacer en pleita presto.

FRANCISCO.

Venir tiene la nuestra *cualque giorno*.

LAURENCIO.

Este perro, por ti, nos es molesto;  
calla, pues dalle pienso su retorno.

*(Vanse todos menos FRANCISCO y sale el REY DE ARGEL  
y JIRONELA, vestida de mora.)*

REY.

Si el saber que en ti el gusto tengo puesto  
para el tuyo no sirve de soborno,  
¿con qué te obligaré a que seas mía?"

JIRONELA.

Que tuya soy, de mi palabra fía.

Estos días, señor, que te he pedido  
que en mi ofensa te vayas a la mano,  
fueron para llorar el bien perdido,  
la afrenta viva, el deshonor que gano.  
Verás mañana tu deseo cumplido;  
verás un monte de honra a tus pies llano;  
serviréte.

REY.

¿Mañana?

JIRONELA.

En aquel día.

REY.

Mañana de mi bien, tu luz envía.

Entre estas cidras, murtas y jazmines,  
acandarse (1) mosquetas, retamales,  
gusto, mi bien, que a reposar te inclines,  
reposarán en ti mis graves males.

FRANCISCO.

Fuego del cielo abrasen los jardines.

REY.

A las rosas que son marchitas, dales  
el carmesí de tus mejillas bellas,  
excederán a las del Clipre bellas.

El blanco de esa frente, a las mosquetas;  
el oro del cabello, a las retamas;  
tus ojos de su azul, a las violetas;  
su verde, tus listones, a las ramas;  
tu voz, a las calandrias más discretas;  
al cielo tu bondad, a Amor tus llamas,  
tu corazón a mí; por varios modos  
maravillas de Alá seremos todos.

¡Ay, Alá, qué regalo es escucharte!

FRANCISCO.

Ay, Mahoma, qué malo es abrazalla!

REY.

[zarte?

¿Que tuyo me has de hacer? ¿Que me de go-

FRANCISCO.

A lo menos aquí no ha de gozalla.

REY.

La corona de Argel quisiera darte.

(1) Así en el original. Quizá deba decir: «Acantos»,  
o bien «Acanto, arces».

FRANCISCO.

¡Por Dios, creo que empieza a destocalla!

REY.

¿Venos alguien?

JIRONELA.

No.

REY.

Amor.

FRANCISCO.

¡Brava eficacia!

Si callo, aquí ha de haber una desgracia.

*(Canta FRANCISCO.)*

REY.

Sospecho nos ha visto el jardinero.

FRANCISCO.

Eso sí esté compuesto, ¡pese al galgo!

REY.

¡Hola!

FRANCISCO.

¿Quién es? Hola, majadero;  
jardinero del Rey, y muy hidalgo.  
Papilla le he de dar.

REY.

Reirme quiero.

¡Hola!

FRANCISCO.

¿Otra vez horea? Pues si salgo  
allá, no es mucho os quiebre la cabeza.

REY.

A dar valor a mi jardín empieza.  
Llégate acá.

FRANCISCO.

¿Quién es? ¡Oh, señor!

REY.

Basta;  
buen guardián de mi jardín has hecho.

FRANCISCO.

A veces la paciencia se me gasta  
con gente que al jardín no es de provecho.

REY.

De varias flores un ramillo engasta  
para mi Jironela.

JIRONELA.

Si en tu pecho  
hay gusto alguno de que yo le tenga,  
deja que con mi mano le prevenga.

REY.

Prevenle.

*(Sale un MORO.)*

MORO.

Mostafá glorioso viene  
con una fusta de cristianos bravos  
y ya hecha elección entre ellos tiene  
de los mejores para ti.

REY.

¿Que esclavos  
serán?

MORO.

Ciento cincuenta te previene:  
todos sargentos; capitanes; cabos.

REY.

Mientras haciendo estás el ramillete  
al victorioso Alcaide veré.

*(Vase.)*

JIRONELA.

Vete.

FRANCISCO.

Aquí se queda esta cristiana falsa.  
Belcebú la arrebate.

JIRONELA.

Dime, amigo,  
¿qué hierba suele ser la mejor salsa  
entre la rosa y el jazmín?

FRANCISCO.

Un higo.

JIRONELA.

¿Higo?

FRANCISCO.

Pues higo. (Una confusa balsa  
de quimeras le dí.)



JIRONELA.

¿Burlas conmigo?

FRANCISCO.

No burlo, un higo; hembra, hace apariencia.

JIRONELA.

¿Higa querrás decir?

FRANCISCO.

Con su licencia.

JIRONELA.

¿Para quién es la higa?

FRANCISCO.

    Mi señora,  
para vuesa merced.

JIRONELA.

¡Desvergonzado!

FRANCISCO.

Mujer que quiere a un galgo que otro adora,  
tres ligas para ella.

JIRONELA.

    Pues yo le dado  
la causa; pagaré la pena ahora.

(Canta FRANCISCO.)

FRANCISCO.

«Un pastorcillo pobre está sentado.»

JIRONELA.

Escucha, vuelve acá, por vida mía.

(Canta FRANCISCO.)

FRANCISCO.

«Y así lloraba, aunque cantar quería.»

JIRONELA.

Escucha.

(Canta FRANCISCO.)

FRANCISCO.

    «Tiempo bueno; tiempo bueno,  
¿quién te me apartó de mí?»

JIRONELA.

    ¡Que se deleite  
con mi mal, éste de malicias lleno!

FRANCISCO.

¿Sábela bien el macho con aceite?

JIRONELA.

Si no callas, harete dar veneno.

FRANCISCO.

¿Para qué quieres que la lengua afeite?

JIRONELA.

Silencio pon a aquea voz proterva.

FRANCISCO.

¿Quitarme has que no hable con la hierba?

JIRONELA.

Con ella hablar podrás hasta mañana.

FRANCISCO.

Pues hierba sucia, hierba mal nacida,  
hierba sin fe, sin Dios, hierba tirana.

JIRONELA.

Tu dañada intención ya es conocida.

FRANCISCO.

Con esta hierba estoy hablando, hermana.  
Verdecica me sois, hierba atrevida;  
así, hierba ruin, bien me parece,  
que la hierba bellaca siempre crece.

Decir esto a la hierba, ¿qué mal tiene?

JIRONELA.

De tu malicia, a mi pesar, me agrada.

(Salen el REY, MUSTAFÁ y LAMBERTO, cautivo.)

REY.

¡Buen lance!

FRANCISCO.

    «Helo, helo por do viene  
el moro borceguí por la calzada.»

MUSTAFÁ.

Ese cristiano Rey su orgullo enfrene,  
que si Valencia a fuego y sangre entrada  
arrogante la tiene, Argel nos queda  
que castigar sus tiranías bien pueda.

Repartí del despojo entre los míos,  
híceme liberal con tus soldados:  
que no hay favor que aumente más sus bríos  
como verse de bien galardonados.  
Aunque pequeños, tienes dos navíos

sin gente, pero nuevos y enjarcados,  
y los cautivos que te di.

REY.

Este esclavo  
por lo mejor de tu presente alabo.  
¿Qué buen talle! ¿Eres noble?

LAMBERTO.

Si lo fuera;  
antes de cautivarle este corsario  
o le diera la muerte o me la diera,  
fin, entre noble gente, necesario.

JIRONELA.

Muda lengua no habléis. Vista ligera,  
pies torpes, fe sin Dios, corazón vario,  
¿no es el cautivo que miráis Lambertó?  
Su rostro y su persona, sí; él es, cierto.

REY.

Triste estás.

LAMBERTO.

¡Oh, mal haya mi venida!  
¡Maldito sea mi inconstante hado!  
¡Ay, hija falsa! ¡ay, hembra mal nacida,  
espejo mío, por mi mal, quebrado!

JIRONELA.

¿Quieres que una merced, señor, te pida?

REY.

Pídemle muchas.

JIRONELA

Dame este soldado.

REY.

En tu nombre le traigo.

JIRONELA.

Tus pies beso.

LAMBERTO.

¡Que en este traje está! ¿Y estoy con seso?

MUSTAFÁ.

Pues he hallado traza, como quedes  
por señor de Valencia, a pocos lances...

REY.

Sin testigos hablarle, amigo, puedes.  
Ven por este otro cuarto.

(*Vanse y quedan JIRONELA y LAMBERTO.*)

LAMBERTO.

¡Ah, duros trauces!  
¡Ah, fortuna inconstante, y qué cruel eres!

JIRONELA.

¿Por qué te huyes?

LAMBERTO.

Porque no me alcances.

JIRONELA.

Espera, vuelve, mira.

LAMBERTO.

No me agrada  
quedar con vos, cristiana desdichada.

JIRO. Solo has quedado conmigo,  
parece que te desvías.

LAMB. Nunca busques hidalguías  
en tu mayor enemigo.

Hazle cariños al Rey,  
que es gran mate una corona,  
no los lagas a persona  
que guarda contraria ley.

Yo te aconsejo lo bueno;  
que quererme regalar,  
a mí, será como echar  
ámbar rico entre veneno.

JIRO. ¿De dónde eres natural?

LAMB. Decirte la verdad quiero,  
de mí. Bien, soy forastero,  
y pariente de mi mal.

JIRO. ¿Y quién eres?

LAMB. No soy, fuí.

JIRO. ¿Pues tu ser?

LAMB. Ya le dejé;  
que al punto que te gané  
cuanto ser tuve perdí.

JIRO. ¿Pues fuérate de importancia  
no verme?

LAMB. Serlo podría,  
porque la pérdida mía  
ha estado en esta ganancia.

JIRO. Conocémonos los dos;  
páreceme que has de ser...

LAMB. No me puede conocer  
la que no conoce a Dios.

JIRO. ¿Por qué?

LAMB. No tiene remedio,  
que en el intento que sigo  
Dios, y yo, para contigo,  
estamos pared en medio.

JIRO. Esa presunción destierra.

LAMB. Prosigue en ese desdén  
para que te logres bien  
sobre la haz de la tierra.

JIRO. ¿Tienes hijos?

LAMB. Un varón,  
que de saber que aquí viene  
(aunque confuso) me tiene  
contento en esta prisión.

JIRO. ¿Y hijas?

LAMB. No, que es mala casta.

JIRO. ¿Por qué nos das ese ultraje?

LAMB. Porque a afrentar un linaje  
una de vosotras basta.

JIRO. ¿No tuviste hijas?

LAMB. Una;  
pero esa ya se acabó,  
que como luna menguó,  
por sujetarse a una luna.

JIRO. ¿Murió?

LAMB. En mi imaginación,  
que vida que a la honra ofende  
es como el oro del duende,  
que, a la fin, para en carbón.

JIRO. ¿Qué, no gustarás de vella?

LAMB. No.

JIRO. ¿Por qué causa, di?

LAMB. Porque murió para mí,  
como murió para ella.

JIRO. Viva está, y para ella vos,  
que vuestra afición la aviva.

LAMB. Pues para mí no está viva  
la que muere para Dios.

Quédate, que me detienes  
y de manera me ensañas,  
que...

JIRO. ¡Ay, padre de mis entrañas!  
Basten ya; no más desdenes.

Vuelve, hablemos de veras.

LAMB. La paciencia se me apoca.

¿Yo tu padre? ¿Vienes loca?

JIRO. Has de serlo aunque no quieras.

LAMB. ¿Yo, hija mora? Desvía.

JIRO. Cristiana soy.

LAMB. ¡Suelta, digo!

JIRO. ¡Padre y señor!...

LAMB. Di, enemigo.

JIRO. Oye una disculpa mía.

LAMB. ¡Suelta!

JIRO. ¡Que el que me ha engendra-  
con tanto rigor me trate! [do,

LAMB. ¡Vive el cielo que te mate!

JIRO. Márame, y no estés airado.

LAMB. Ahogaréte.

(Sale el REY y MUSTAFÁ.)

REY. Parece  
que oí voces de mi Estela.

JIRO. Mi amor en ti se desvela,  
cuanto más tu saña crece.

LAMB. ¡Falsa, acaba!

JIRO. Advierte, espera...

REY. ¿En mis cielos soberanos  
has puesto, traidor, las manos?  
¡Mata ese perro!

JIRO. No muera.

REY. ¡Matadlo!

JIRO. No seas cruel.

MUSTAFÁ. ¡Perro!

JIRO. Tened, advertí,  
que el golpe ha de dar en mí,  
antes que descargue en él.

Señor, no le hagas mal.

REY. En vano es tu confianza,  
que en él tomaré venganza  
por mi corona real.

LAMB. Haz tu gusto, Rey cruel.

JIRO. ¿Ya tus favores me niegas?

REY. Y si tú por él me ruegas,  
te ahorcaré a ti por él.

JIRO. ¿Qué, tan enojado estás?  
Pues márame, que yo quiero  
recibir muerte primero  
que él padezca.

REY. ¿En eso das?

JIRO. No le mates, por tu vida.

Echale en una prisión.

REY. He de olvidar mi pasión  
por lo que tu boca pida.  
Prendedlo.

LAMB. A hombre de hecho  
nunca le espantan prisiones.

REY. A las segundas razones,  
le haced pedazos el pecho.

LAMB. Hacerle pueden pedazos  
y así tu fuego desfogas.

JIRO. ¡Quién, en lugar de estas sogas,  
te diera, padre, los brazos!

REY. Tirad con él.

LAMB. Sólo os pido,  
cielos, que no me matéis  
sin que venganza me deis  
de quien mi deshonor ha sido.

REY. Dentro de un silo le lanza

LAMB. En mis desdichas mortales  
sufriré infinitos males  
al sabor de una venganza.

(Llévanle.)

JIRO. ¡Ay, padre del alma mía!

REY. ¿Con lágrimas me haces guerra?

JIRO. Siéntolo, que es de mi tierra.  
 REY. ¿Por qué agraviarte quería?  
 JIRO. ¿A mí agraviar? No lo creas.  
 REY. Pues vilo, ¿y niegas ahora?  
 JIRO. Imaginó que soy mora  
 y que en mi gusto te empleas;  
 y siente como cristiano,  
 que en mi ley no es permitido  
 hacer, lo que tú has querido.  
 REY. Ya le pesará al villano  
 de lo hecho.

JIRO. No porfies;  
 esos rigores olvida.

(Salen NOLASCO y ARMENGOL)

NOLASCO. Prospera el cielo tu vida.  
 REY. Con bien vengáis, alfaqueres.  
 NOLASCO. Ya sabes, Rey poderoso,  
 que Don Jaime de Aragón:  
 del descauso y redención  
 de los suyos descoso,  
 ha fundado un orden raro  
 a donde sólo se trate  
 la libertad y rescate  
 de los cristianos.

REY. Reparo,  
 en que ese traje no he visto,  
 que la vista me campea.

NOLASCO. Es, señor, una librea  
 de la que es madre de Cristo.  
 Este es la cautividad,  
 que en humana desventura  
 es la mayor negregura  
 carecer de libertad.

Su Majestad se ha servido  
 que de entregarnos se trate  
 los cristianos de rescate  
 dando el precio merecido.

REY. Daros ese gusto quiero;  
 pero en la compra que hacéis,  
 ¿qué cautivos compraréis?

NOLASCO. Los que alcanzare el dinero.

REY. ¿Quién los ha de concertar?

NOLASCO. Yo, señor.

REY. Conmigo ven.

NOLASCO. Tú, hermano, cuidado ten  
 de salir por el lugar,  
 y ver si hay cautivo alguno  
 que de estar desesperado  
 pretenda ser renegado.

ARMEN. Buscaré tiempo oportuno.

REY. ¿Verásme después, cristiana?

(Vase el REY con NOLASCO y queda ARMENI y JIRONELA)

JIRO. Daréte gusto.

ARMEN. Di, amiga:

¿quién a andar así te obliga?

JIRO. Mi desventura inhumana.

ARMEN. ¿Eres cristiana de veras?

JIRO. Cristiana fuí, ahora no sé;  
 que han dado mate a mi fe  
 malas obras.

ARMEN. ¿Y no esperas  
 salir de aquesta piscina?

JIRO. ¿Puedo?

ARMEN. Prédeste salvar;  
 que al que se quiere ayudar  
 da Dios su gracia divina.

Y para que te consueles  
 y des la gloria al Señor,  
 doce años fuí salteador  
 más cruel que los crueles.

Llora tú, que como llores  
 tienes cierto el perdón tuyo;  
 porque es epíteto suyo  
 el perdón a pecadores.

JIRO. Temo...

ARMEN. Temores desecha:  
 no haya en tu llanto intervalo,  
 que aquel solamente es malo  
 que del bien no se aprovecha.  
 JIRO. ¡Ay, que es mi culpa terrible  
 y no admitirá disculpa!  
 ARMEN. Cuéntame, amiga, tu culpa;  
 que a Dios no hay cosa imposible.

JIRO. Yo nací en Tudela, padre;  
 de padres ricos y nobles  
 entre sus rayos, luceros  
 y entre el pueblo común, soles.  
 Dióme el cielo hermosura,  
 y con ella levántome  
 los pensamientos más vanos  
 que la voz que forma el monte.  
 Quise tocar las estrellas  
 con humo de presunciones,  
 y como era parte de aire  
 a su elemento volvióse.  
 Halló la muerte a mi madre;  
 mi hourado padre llevóme  
 a Barcelona la bella  
 de mi mal la piedra toque.  
 Salí un día a la marina;  
 cogióme en ella la noche,  
 que para mi alma cuitada  
 oscura, eterna, volvióse.  
 Cautiváronme corsarios;  
 para su amiga pidióme

el Rey de Argel; desdénalo;  
mi desdén enamoróle.  
Solicitóme con veras,  
con ellas me hallo de bronce.  
No me ablandó con regalos;  
ya habrá un mes, solicitóme (1),  
y ese tiempo ha que dilato  
al Rey sus deseos torpes;  
hoy piensa de mí gozar;  
los gustos están conformes;  
mira si es de perdón digna  
una culpa tan enorme.

ARMEN. Calla, hija, que Dios sabe  
perdonar obras mayores.  
¿Obras no ha habido?

JIRO. No; dame  
orden con que las estorbe.

ARMEN. Sí haré; dime, ¿conoces  
a una mujer de esa tierra,  
como tú hermosa y noble,  
que se llama...?

(Sale ZAIDE.)

ZAIDE. El Rey te espera.

JIRO. Disimula, no nos noten.  
Vamos. ¿Verásme después,  
para saber esto?

ARMEN. ¿Adónde?

JIRO. Yo te daré aviso.

ARMEN. Amiga,  
ven firme.

JIRO. Seré una torre.

ARMEN. Mi Dios, mirad por esta alma,  
que a gran peligro se pone.

(Vanse y salen JARIFE y ARDÍN y FRANCISCO, MARTÍN  
LORENZO con redes).

JARIFE. Cumple antes de anoecer  
que la prevención hagamos,  
para que de aquí partamos  
cuando quiera amanecer;  
que a lo que el cielo nos nuestra  
y pronostica la mar,  
las redes nos han de dar  
grande pesquería por nuestra.

ARDÍN. Mira esas redes, cristiano,  
si como conviene van.

LORENZO. Buenas y sanas están.

JARIFE. Esta noche anda la mano,

y no nos es prevenida  
siquiera una mala cena.

ARDÍN. Pues tenemosla muy buena.

JARIFE. ¿Por tu vida?

ARDÍN. Por mi vida.

JARIFE. Con todo, en este barreño  
pienso cocer medio atún.

ARDÍN. No es el regalo común.

¿Atún hay? Quítome el sueño.

Daca leña; trae más lumbre.

JARIFE. Yo voy por ella; esperad.

(Vase.)

ARDÍN. Ea, amigo, aquí os llegad.

LORENZO. Yo tengo poca costumbre  
de allegarme junto al fuego.

ARDÍN. Yo, si caliente no estoy,  
de ningún provecho soy.

LORENZO. Llega y calientate

ARDÍN. Llego.

LORENZO. A mi ejercicio ordinario  
quiero acudir, que parece  
que mi grande alivio crece  
rezando vuestro rosario.

(A parlase.)

Vuestra divina alegría  
adore en mi corazón  
y en esta dura prisión  
socorredme *Ave María*.

Remisión haya en la pena  
en cuyos rigores muero;  
hallar en vos gracia espero,  
pues sois virgen *gratia plena*.

No me lance Belcebú  
en su tormento infinito;  
porque yo no sea maldito  
siendo *benedicta tú*.

De los eternos placeres  
me dad a mí parte alguna,  
pues en méritos ninguna  
os iguala, *inter mulieres*.

De generosos tributos  
el alma que os entregué,  
pues de vos, Señora, fué  
nacer *benedictus fructus*.

Alúbrme aquella luz  
desde *ab eterno* encendida  
y con la carne vestida  
y a *ventris tui* Jesús.

Mostraos valerosa y pía,  
Virgen, al que en vos se ampara:  
porque gozar vuestra cara  
merezca, *sancta Maria*;

1) Aquí falta algo, como se ve por lo que sigue.  
Quizá diría: «para ser su mujer», en esta segunda solici-  
tación.

pues excediendo la ley  
que hay en los mortales tristes,  
sólo a vos ser merecisteis  
escogida *mater Dei*.

Vos, poderosa Señora,  
que nos dáis tantos favores,  
por mí y por los pecadores  
abogad, *nunc et in ora*  
*mortis nostrae*, por que estén  
nuestras almas descansando  
y a vuestro Hijo alabando  
eternos siglos. Amén.

(Sale JARIFE con un haz de leña y entre ella una imagen  
de Nuestra Señora.)

JARIFE. Leña harta traigo.

ARDÍN. Echla,  
haráse fuego extremado.

FRANCO. ¿Qué palo es ese dorado?

JARIFE. Que no es cosa que aprovecha  
sino sólo para el fuego.

LORENZO. ¿Cómo, Virgen singular,  
si un perro os quiere quemar,  
yo a defenderos no llego?

Libraros mi amor ordena,  
Virgen, porque no permito  
que estos hagan el delito  
y vos recibáis la pena.

JARIFE. ¿Hay hacha para partir  
por medio aquesta madera?

ARDÍN. Pequeña es, échala entera.

LORENZO. Ya no lo puedo sufrir.

(Llega.)

No la partas ni la quemes,  
amigo; haz lo que te ruego,  
que no ha de aumentar el fuego  
cuando en quemarla te extremes.

Mira que es una figura  
que en el mundo no hay su igual,  
y su eterno original  
hace eterna mi ventura.

JARIFE. ¡Quita! ¿Qué es tu pensamiento?  
En el fuego la echaré.

LORENZO. Ten, que yo la compraré  
por dineros.

JARIFE. Soy contento.

LORENZO. Dime qué quieres por ella.

JARIFE. Cuanto en esa bolsa tienes.

LORENZO. Díerate infinitos bienes  
por librarla y defendella.  
Toma.

JARIFE. Toma tú ese palo;  
veré qué monedas son.

LORENZO. Con vos siente el corazón,  
Virgen, eterno regalo.  
¿En qué venturosa parte  
os pondré?

JARIFE. ¡Qué alegre estás!  
¿Treinta dineros me das?

LORENZO. Treinta mil quisiera darte.

De este número colijo  
que sois, Virgen, casi Dios;  
pues se da el precio por vos  
que se dió por vuestro Hijo.

Mi ventura se mejora;  
pues con el precio que alabo  
no pude comprar esclavo  
y yo compro a mi Señora.

Grande amor aquí os enseño;  
que en dinero de contado  
es el esclavo pagado  
para que sirva a su dueño.

JARIFE. ¿Qué estás hablando entre ti?

LORENZO. Un bien que el cielo me ordena.

ARDÍN. Prevenida está la cena;  
cenad, y vamos de aquí.

JARIFE. Alcancemos un bocado.

ARDÍN. Venid.

JARIFE. Vamos.

ARDÍN. Ven, que espero.

LORENZO. Virgen, más cena no quiero  
que haberos a vos librado.

(Vanse y sale ARMENGOL.)

ARMENGOL.

Como el galán que en la celosa llama  
que el ciego amor en sus entrañas cría,  
temeroso pasea noche y día  
celoso de la puerta de su dama.

Pospuestos los recelos de mi fama  
te pasea cristiana el alma mía;  
resiste, sufre, persevera y fía,  
que la constancia es propia de quien ama.

Olvida aqese amor lascivo y fiero  
que nace de tu desventura cierta;  
tu tormento, tu llanto, tu castigo.

Mi Dios es el galán más verdadero;  
él disfrazado en mí, ronda tu puerta;  
si le hablas, entrará a cenar contigo.

JIRO. Parece que fué concierto  
llamar tú, padre, al instante  
que a buscarte iba: constante  
he estado.

ARMEN. Tu bien es cierto.

JIRO. Di, padre, ¿por qué mujer  
me preguntabas?

ARMEN. An: í,  
¿conoces, amiga, di,  
sí debes de conocer,  
a una criatura cautiva  
que se llama...?

(Dentro.)

LAMB. ¡Ah, duro infierno!  
¡ah, pena; ah, tormento eterno!

ARMEN. ¿Quién aquella voz aviva?

JIRO. Mi padre parece; ¡ay, Dios!

ARMEN. Y aun el mío pareciera,  
si en Argel preso estuviera.

LAMB. No me aflijáis más los dos.  
Dejadme en esta cisterna.

(Dentro.)

MORO. Que aquí muera manda el Rey.

LAMB. ¡Ah injusta y tirana ley!

MORO. Muera quien mal se gobierna.

¿Por qué te descomediste  
contra la hermosa cristiana?

LAMB. No nombres a esa villana.

JIRO. ¡Mi nombre aborrece! ¡Ay triste!

LAMB. No me aflijas más, sosiega.

MORO. Pues si en este mal que adquieres  
del Rey gracia alcanzar quieres,  
haz que reniegue, y reniega.

LAMB. Primero aquí moriré.

MORO. Pues sufre nuestros castigos.

LAMB. ¡Ay, ay, ay! No más, amigos,  
que yo mi ley dejaré.

Negaré a mi Redentor,  
y a su Madre sacrosanta,  
porque yo aquí pena tanta  
no puedo sufrir, Señor.

Sacadme de este tormento.

ARMEN. ¡Oh, mal hombre! ¡Oh, mal cristiano!

JIRO. ¿No es mi padre este villano?

MORO. Por libre ahora te cuento.

ARMEN. ¿Cómo es posible, mi Dios,  
que un alma alevé y traidora  
por no padecer un hora  
os quiera negar a vos?

De soberana ganancia  
un cambio entre ambos haced;  
en mí sus penas poned  
y a él le dad mi costancia.

JIRO. Ya se acabó mi alegría;  
ya de mis glorias me alejo,  
pues que se quebró el espejo  
en que mirarme solía.

Padre mal considerado.

(Salen LAMBERTO y unos MOROS)

MORO. Vamos, y al Rey le dirás  
el parecer en que estás.

ARMEN. ¿Qué es aquesto, desdichado?

¿Quién con vanas ilusiones  
os aflige? ¡Ay, padre mío!  
¿Padre dije? Desvarío,  
que tan infames razones

no son de mi padre, no.

JIRO. Si teméis y renegáis,  
¿de qué, padre, os espantáis  
que tema y reniegue yo?

Publicáis contra mí guerra,  
porque al traje de Dios falto,  
y daís al primer asalto  
con vuestro edificio en tierra.

¿Tal flaqueza en vos se ve  
que así a quebrarse ha venido  
la piedra que siempre ha sido  
fuerte muro de la fe?

¿Sois vos mi padre, Lamberto?

¿Sois quien matarme quería  
porque los desastres vía  
de mi loco desconcierto?

Vos brotasteis en mi seno  
el principio de ser buena,  
y ahora brotáis la pena  
de que dejéis de ser bueno.

¿Vos renegar? ¡Vive Dios  
que no ha de pasar así!

Como cristianos, aquí  
hemos de morir los dos.

¿Que lleve el demonio palma  
de quien tanto ha que le olvida?

ARMEN. ¡Ay, Jironela querida!

¡Ay, hermana de mi alma!

Muestra, besaré esas plantas,  
en fe de que tuyas son,  
pues tienes mi corazón  
colmado de glorias tantas.

Mas ¡ay! que me queje en vano,  
pues por tan infame modo  
de mi gloria pierdo el todo  
cuando aquesta parte gano.

Alza el rostro venerable,  
principio de mis enojos,  
basta que os hablen los ojos  
y es bien que la lengua os hable.

¡Padre! ¡Ah, padre! Con suspiros  
quiero que este nombre os cuadre,  
pues sólo el nombre de padre  
basta para confundiros.

¿Quién vuestra cordura apoca?

Estas que habemos oído  
no es posible que hayan sido  
razones de vuestra boca.

Contra vos diera mis quejas  
en este peligro atroz  
si el acento de mi voz  
no engañara mis orejas.

JIRO. ¿Vos de nuestra fe desdén?

¿Vos al cielo desleal?

Yo debí de entender mal  
que vos hablaríades bien.

Y si vuestro pecho muestra  
aquel eco, ¡vive Dios!,  
que mi padre no sois vos  
o aquella voz no fué vuestra.

De tan falso parecer  
¿qué disculpa podréis dar?

Como sabéis enseñar,

¿por qué no sabéis hacer?

¿Qué tenéis? ¿Qué os eleváis?

Aquí es el ser caballero:  
pasar mil muertes primero  
que a Dios ofensa le hagáis.

De la Iglesia nuestra madre  
aumentad los regocijos,  
y pues sabéis tener hijos  
sabad no perderos, padre.

No afrentéis el cristianismo.

Ea, volved sobre vos.

LAMB. Pequé, lijos, contra Dios  
y pequé contra mí mismo.

Hoy echo de ver que es vano  
el orgullo y ardimiento  
de los hombres, si un momento  
les falta Dios de su maro.

¡Buen Señor, piadoso y santo,  
de mi culpa no te asombres  
que luyo el rostro a los hombres  
y a Ti, mi Dios, le levanto!

Sea humana tu sentencia;  
que ya suplico, Señor,  
del trono de tu rigor  
al de tu santa clemencia.

Y si tal mi culpa fué  
que ese tu nombre deshonra,  
compraré con vida y honra  
lo que por temor gané.

¡Vengan penas; vengan males;  
padezca yo aquí tormento!

ARMEN. Basta ese arrepentimiento;  
basta esas nobles señales.

Ya hizo fin vuestra mengua;  
ya de vuestro bien no dudo.

LAMB. No sé, hijos, cómo pudo  
pecar contra Dios mi lengua.

Señor, ¿tales hijos gano?

ARMEN. Cielos, ¿tal hermana tengo?

JIRO. Señor, ¿posible es que venga  
a ver tal padre y hermano?

Dame tus pies, Armergol.

ARMEN. Los brazos te quiero dar.

(Dice dentro el REY.)

REY. ¿Y que quiere renegar  
ese valiente español?

MORO. Señor, sí.

ARMEN. El Rey viene, vete.

LAMB. Yo también me iré con ella.

ARMEN. Pues procura entreterella.

LAMB. No saldré de este retrete.

(Vanse y salen el REY, NOLASCO y MOROS.)

REY.

Contento vengo, por el gran Mahoma,  
de lo que me decís de ese cristiano,  
que está de lo que hizo arrepentido.

MORO.

Y de opinión de ser de nuestra secta.

NOLASCO.

Sabe el cielo, mi Dios, lo que yo siento  
el ver que haya cristiano que se aparte  
del recelo de vuestro suave yugo.

REY.

Háganse fiestas, bailes, regocijos;  
las puertas abridéis de mi palacio  
y todos entren a pedir mercedes.

ARMENGOL.

Quiero ser el primero en pedir una.

REY.

Cuantas me pidas cumpliré, cristiano.  
Por el profeta santo en quien adoro  
y por el Alcorán en que se encierran  
de Alá y Mahoma los sagrados ritos.

ARMENGOL.

Poco te pido, puesto que tú puedes  
otorgarme infinito; sólo quiero  
que dos personas que hay aquí cautivas  
me las des por el precio que quisieres.

REY.

¿Dos no más?



ARMENGOL.

Dos no más.

REY.

Serán de cuenta,  
pues con tanta eficacia me las pides.

ARMENGOL.

De suerte son.

REY.

Pues dando mil ducados  
por cada una, libertad alcancen.

ARMENGOL.

Ved el dinero aquí en escudos de oro.

REY.

Tomada la palabra, ya son tuyos,  
y el dinero por mío acepto.

NOLASCO.

Espera.

¿Dos mil ducados das por dos personas?  
Señor, yo contradigo aquesta venta.

REY.

No la desharé ya, por mi corona.  
Mirara ese primero lo que hacía.  
Sustentad, sustentad vuestras palabras  
si queréis en el mundo tener crédito.  
Los dos cautivos que éste señalare  
se le den.

ARMENGOL.

Estos son.

*(Saca a LAMBERTO y a JIRONELA.)*

REY.

¡Oh, cielo injusto!

¡Oh, engañador cristiano! ¡Oh, perro alevé!  
¿Con engaño por precio infame compras  
prendas que valen infinito precio?  
Tome el dinero; quíebrese la venta;  
que no he de dar por precio vida y alma.

ARMENGOL.

Tu palabra empeñaste, Rey supremo.  
Si las palabras de los reyes valen  
ésta se ha de cumplir.

REY.

¡Matadle!

NOLASCO.

Tente.

Sabe cumplir, señor, tu real palabra  
si quieres en el mundo tener crédito.

REY.

De las mías te vales, mas no importa,  
que yo me vengaré de todos cuatro.  
¿Así, cristiana, tu promesa quiebras?

JIRONELA.

Cuatro cosas me obligan a quebrantarla:  
Dios, mi ley, y mi padre, y este hermano  
que por milagro me ha enviado el cielo  
para que no se pierda el alma mía.

LAMBERTO.

¿Qué preso hay que libertad no quiera?

NOLASCO.

Gran señor, no te enfade lo que has visto;  
que padre y hijo son; la sangre acude  
al valor que han tenido sus mayores,  
que han sido amparo de la fe de Cristo.

REY.

Vete, alfaquí en buena hora, y dame pago  
de doscientos cautivos que me compras,  
y de esto, pues lo hice, no me trates.

NOLASCO.

Faltárame, señor, dinero ahora;  
no me será posible llevar tantos  
sino los que alcanzaren las limosnas.

REY.

¡Cielo, aquí entra el rigor de mi venganza!  
Los que me concertaste han de ir contigo;  
si no hay dinero dejarásme prendas,  
para que del rescate esté seguro.

ARMENGOL.

¿Padre, por prenda quedaré si basto?

REY.

Por prenda queda tú y estos cautivos,  
que pues tanto caudal de los tres hacen  
lo que falta en la cuenta, vendrá presto.

ARMENGOL.

¿No basto yo, señor?

REY.

Y aun tres sois pocos.  
Quedara este alfaquí, si no advirtiera  
que él ha de procurar este dinero.

LAMBERTO.

Con gusto quedaremos en rehenes.

JIRONELA.

Ordena de nosotros a tu gusto.

REY.

¿Obligaste a traerme este rescate?

NOLASCO.

A traerlo me obligo, con que en tanto  
que voy y vengo, dejes andar libres  
a aquestos tres cristianos por tu corte.

REY.

Mi palabra te doy que libres anden;  
pero sólo te pongo un mes de plazo  
para que a España vayas, y acá vuelvas,  
y si en él no me traes el precio todo,  
juro de dar la muerte a este cristiano  
y de los dos, hacer cautivos míos.

NOLASCO.

En buena hora.

REY.

Pues vete.

ARMENGOL.

Amado padre,  
tu bendición me da.

LAMBERTO.

Y a mí las manos.

JIRONELA.

Y a mí los pies, que como indigna beso.

NOLASCO.

La bendición de Dios os acompañe  
y la mía os alcance.

ARMENGOL.

Dios te guíe.

LAMBERTO.

Vaya contigo el coro de los ángeles.

JIRONELA.

Favorable te sea el agua y viento.

REY.

Los cautivos embarca, y luego parte.

NOLASCO.

Vos, poderoso Dios, id de mi parte.

*(Vanse y salen MARTÍN y LORENZO con la imagen de  
Nuestra Señora.)*

LORENZO. En el hueco de esta roca  
podrás, con suave acento,  
al son de aqueste instrumento,  
verter perlas por la boca;  
que, pues este santo día  
tan bien se nos manifiesta,  
es bien hagamos la fiesta,  
entre los tres, a María.  
Estas flores le pondré  
alrededor.

MARTÍN. Bien está.

LORENZO. A cantar empieza ya;  
vaya, y yo perfumaré.

*(Canta MARTÍN.)*

MARTÍN. «Virgen remedidora  
de la culpa mayor que el hombre  
de nuestra paz aurora; [tuvo;  
sagrario soberano, donde estuvo  
el que, sin tener años,  
a vos tomó por remediar mis daños.

*(Salen JARIFE y ARDÍN.)*

JARIFE. A nuestro desco responde  
este favorable viento.

LORENZO. Virgen, ven; este instrumento  
debajo el costal esconde;  
que siento en el mar ruido.

MARTÍN. Perdona, doncella santa,  
a mi rústica garganta.

JARIFE. Extremada pesca ha sido.

ARDÍN. De provecho habrá de ser.

JARIFE. Siempre esta dicha entendí.  
¿Qué hacéis vosotros ahí?

LORENZO. Algo debemos de hacer.

JARIFE. ¿De qué te sirve esa lumbre  
que entre esas rocas asombra?

LORENZO. No es lumbre ésta, sino sombra.

ARDÍN. ¿Hay otra que más alumbre?

JARIFE. Tus embustes no nos dores;  
¿qué hacíais aquí en el puerto?

LORENZO. Vine porque he descubierto  
unos divinos amores;  
y aunque en adquirirlos gano,  
tan enamorado estoy  
que cual cuerpo muerto estoy  
con la candela en la mano.

ARDÍN. ¡Perro! ¿pues tú te enamoras?

LORENZO. Ese es de amor el misterio,  
porque en este cautiverio  
tenga de alivio dos horas.

JARIFE. ¿Y tú estás enamorado  
como este galgo?

MARTÍN. También.

JARIFE. ¡Basta, que ambos quieren bien!

LORENZO. Tal dama nos ha mirado.

JARIFE. ¿Qué así lo confesáis?

MARTÍN. Sí;  
que nos hace mil regalos.

ARDÍN. El amor les quita a palos.

JARIFE. Es fuerte, no saldrá así.  
Tomad al hombro estas redes  
y seguidme.

MARTÍN. Ya te sigo.

LORENZO. ¿Virgen, vos no vais conmigo?  
Pues vos me haréis mercedes.

ARDÍN. En parte esas redes pon  
que no se rompan.

LORENZO. Harélo.  
Ahora më puede el cielo  
envidiar el corazón;  
que es tan grande la alegría  
que hoy en mi alma nació  
que vivo y no vivo yo  
porque viva en mí María.  
(*Vanse.*)

## JORNADA TERCERA

(Salen el REY y ARDÍN.)

REY. ¿Que no te respondió bien?

ARDÍN. Antes viéndome, señor,  
las puertas cerró a tu amor  
y abriólas a su desdén.  
No hay basilisco tan bravo;  
juzgárasla, si la ves,  
que ella la señora es  
y que tú eres el esclavo.  
Pienso que de tu corona  
ser la homicida concertas.

REY. Llégate, y llama a esa puerta;  
veamos esta leona.

ARDÍN. ¿Entraré?

REY. Entra, y haz que salga.  
a verme.

ARDÍN. Si gritará.

REY. Ella me obedecerá,

si tiene sangre de hidalga.  
Ve.

ARDÍN. Voy.  
(*Vase.*)

REY. De tu amor me quejo,  
que me tengas en tan poco,  
por presunciones de un loco  
y disparates de un viejo.  
¡Y que al rigor puertas abras!  
¡Que a mi amor seas desleal!  
¡Ah, damas cristianas, mal  
sabéis sustentar palabras!  
¿Conmigo esta tiranía?  
¿Qué, tan poco he de poder?

(Sale JIRONELA con hábito de la Merced.)

JIRO. Salgo a verte por tener  
a tus cosas cortesía.  
¿Qué es lo que quieres, señor?

REY. ¿Pues cómo sales así?

JIRO. Soy mejor de la que fui,  
y así el hábito es mejor.  
Toméle con pecho franco,  
por que al punto de la muerte  
echando suertes no acierte  
a salir la mía en blanco.  
Tu favor te restituyo,  
que si el pecho que contemplo  
de Cristo y María es templo,  
mal podrá ser templo tuyo.  
Aquella simple paloma  
su trono le quiere hacer;  
mira cómo puede ser  
trono injusto de Mahoma.  
Deja esas pasiones, Rey,  
y a más noble gusto aspira.  
Y tratar al Rey mentira,  
¿es disposición de ley?

REY. Conforme en todo has venido;  
que es bien que en mi mortal calma  
la que ha mudado de alma  
mude también el vestido.  
Mas, pues con falso favor  
tu inconstancia representa,  
es justo también que sienta  
las leyes de mi rigor.

JIRO. Haz tu gusto.

REY. Mejor es  
que vuelvas a mi amistad;  
y advierte.

(*Va a asirla de la mano y sale ARMENGO.*)

ARMEN. De liviandad  
indicios, señor, no des.

Vence esa torpe afición  
que a fuerza de tus rigores  
no es lícito que desdore  
prendas que tuyas no son.

Que aunque están ahora en em-  
advierte que son ajenas, [peño,  
y has de volverlas tan buenas  
como te las dió su dueño.

REY. ¡Vete de ahí!

ARMEN. No me iré,  
si primero no te vas.

REY. Vete, y no me incites más.

ARMEN. Vete tú, que no podré  
irme yo, si ese ángel bello  
no le llevaré conmigo.

REY. Pondré ¡por Alá!, enemigo,  
mis plantas sobre tu cuello.

ARMEN. Haz de mí lo que quisieres,  
como a mi hermana no ofendas.

REY. Gozaréla.

JIRO. No pretendas  
decaer, Rey, de quien eres.  
Apártate; llega, hermano,  
abracémonos los dos.

(Abrazándose.)

REY. ¡Matadle!

ARMEN. En morir por Dios,  
vida perdurable gano.

ARDÍN. ¿Qué quieres con éste hacer?  
Pues al concierto faltó  
del plazo que se cumplió  
el término puesto, ayer.

Hoy hace treinta y un días  
que se partió el alfaqui,  
y éste sin duda está aquí  
buscando a su Rey espías.

Con él y los suyos cierra;  
usa en ellos tus castigos,  
que a tus propios enemigos  
no has de fiarles tu tierra.

REY. ¿Que el plazo cumplido está?  
ARDÍN. Desde ayer.

REY. Prende a ese perro.

ARMEN. El castigo de tu yerro  
a mi virtud se le da.

Pero cuando estés más fuerte  
en querirme castigar,  
más firme me has de hallar  
para padecer la muerte.

JIRO. Rey que de veras porfías  
en tus rigores tiranos,  
no atéis las cristianas manos

de mi hermano, atad las mías.  
Tomadlas.

REY. Tente, recela  
mi crueldad.

JIRO. Ese rigor  
usad conmigo.

ARMEN. Valor.  
hay en la mi Jironela.

En la rigurosa pena  
del Rey, mi bien asosoro,  
porque no hay cadena de oro  
que iguale a aquesta cadena.

Pena, mis penas, no os den:  
antes, si tenéis nobleza,  
aprended de esta firmeza,  
para tenerla más bien.

REY. Llevadle.

ARMEN. Deja, la dé  
estos últimos abrazos.

REY. ¿Tú habías de poner los brazos  
donde yo puse mi fe?

¿Que le detenéis?

JIRO. Primero  
a mí me verás matar,  
que le deje de abrazar.

REY. ¡Ingrata, vete!

JIRO. No quiero.

ARDÍN. ¡Tente, quita!

JIRO. Con las palmas  
le he de ceñir.

ARMEN. Tus enojos  
cesen ya, que por los ojos  
se dan abrazos las almas.

JIRO. ¿Qué es lo que haces, tirano?

REY. ¡Que ésta así, mi gloria borre!  
Ponédmela en una torre,  
a ver si la habla su hermano.

No se detenga, llevalda;  
quitádmela de delante.

JIRO. Adiós, precioso diamante.

ARMEN. Adiós, preciosa esmeralda.

REY. ¡Que haya en gente mal nacida  
contra un rey atrevimiento!  
Ardín, vete y al momento  
quita a ese perro la vida.

¿Cómo no te vas?

ARDÍN. Ya voy.

(Lleva ARDÍN a ARMENGOI y otros moros a JIRONELA.)

REY. Y pues el bien me dilata,  
puesta en prisión esta ingrata  
echará de ver quien soy.

(Tanse y salen LAMBERTO y FRANCISCO.)

LAMB. Llegó el plazo, por mi mal,  
y el redentor no ha venido.

FRANCO. No estés, Lamberto, afligido.

LAMB. Fué a la persona real  
hecha, amigo, la promesa;  
ya sabes cuanto es cruel.

FRANCO. Huélgate en este vergel  
mientras tu disgusto cesa.

LAMB. Verde siempre podrá estar,  
deleitando mis enojos,  
pues vierten agua mis ojos  
para poderle regar.

FRANCO. Acaba, señor, no llores.  
¿De qué sirve ahora tu llanto?  
Alégrate, y entretanto  
coge alguna de estas flores.

LAMB. Mi afrentoso vituperio  
sólo se aplica a esta flor,  
que en su amarillo color  
se cifra mi cautiverio.

Esta es de mi voluntad;  
quédense esas flores bellas,  
pues falta ahora de entre ellas  
la flor de mi libertad;  
que tanta pasión me cuesta.

*(Salen los MOROS con ARMENGO y con PREGONERO.)*

MORO. A más tiempo no aguardemos;  
tirad, con él acabemos.

LAMB. Amigos, ¿qué grita es ésta?

TAMBOR. Manda el Rey, nuestro señor,  
que de un árbol empinado,  
este hombre sea ahorcado,  
por revoltoso y traidor.

ARMEN. Traidor no, sábelo el cielo  
y aquella luciente estrella  
que fué, quedando doncella,  
madre de nuestro consuelo.

Decid, muero por leal  
a mi Dios.

LAMB. Ojos, ¿qué veis?

*(Descúbrese JIRONELA en una reja de una torre.)*

JIRO. Rejas, ¿no me dejaréis  
ser en las penas igual  
con mi hermano?

LAMB. ¡Hijo querido!  
¡Partidme este corazón!  
¡Detente!

ARMEN. De mi pasión  
no quedéis, padre, afligido.

En vuestra memoria esté  
soberano regocijo,

pues Dios os ha dado un hijo  
que es diámante de la fe.

Esta constancia crecida  
os sirva de pecho fuerte,  
para recibir la muerte  
por el señor que os dió vida.

Mirad, qué tierno os contemplo  
en trabajos, advertí  
que toméis ejemplo en mí  
como sabéis dar ejemplo.

LAMB. Contigo, hijo, morir quiero

ARDÍN. No te queremos matar.

LAMB. Pues dejádmelo abrazar.

ARMEN. Llega.

LAMB. ¡Que mueres!...

ARMEN. No muero.

Vivo en Dios, que es vida eterna;  
que esta muerte que desdeño  
para el alma es breve sueño.  
A aquella paloma tierna  
me consolad.

JIRO. ¡Ah, tirano!

Rompe esta cárcel cruel  
y que un lazo y un cordel  
nos mate a mí y a mi hermano.

Abrios, rejas, saldré  
a acompañar en el mal  
al que en mi pena mortal  
causa de mi dicha fué.  
¿No os enternecéis?

ARMEN. Hermana:

haya ese valor en vos  
siempre, y acompañeos Dios.

LAMB. Nueva pena mi alma gana.

Mal hago si a Job no imito.  
Vos me los diste, señor,  
y vuestro es este rigor,  
sea vuestro nombre bendito.

ARDÍN. Vaya.

ARMEN. En vuestra tiranía  
granjeo una eterna palma.

JIRO. ¡Ay, hermano de mi alma!

LAMB. ¡Ay, hijo del alma mía!

Seguiréle hasta el lugar  
donde ha de morir.

ARMEN. Con vos,

Virgen y madre de Dios,  
quiero el alma recrear.

Sed con mi alma, Señora,  
luna clara, sol hermoso,  
cedro y ciprés oloroso,  
lucero abierto a la aurora;  
mirra electa, rosal santo,

jardín de eterno consuelo,  
escala y punta del cielo,  
de los infiernos espanto,  
bálsamo rico.

ARDÍN. Tapad  
la boca a aquese enemigo.

ARMEN. ¡Virgen María, id conmigo!

LAMB. ¡A mí esa muerte me dad!

(*Vanse y salen los tres cautivos y JARIFE y otro moro.*)

JARIFE. Haced en breve la leña,  
y no sea menester  
nuevos cautivos traer.

MARTÍN. Gastarás así una peña.

JARIFE. Escoged de esa montaña  
lo que os parezca mejor.

LORENZO. Yo haré aquí mi labor.

FRANCO. Y yo la hiciera en España,  
a poder; más algún día.

JARIFE. ¿Qué gruñes, cristiano perro?

FRANCO. Lloro, amigo, mi destierro.

JARIFE. Darele muerte, desvía.

FRANCO. Humilde a servirte vengo,  
¿por qué castigarme quieres?

MORO. Cristiano, vete y no esperes.

FRANCO. Hacer mi cargo prevengo.

MORO. Entraos en esa espesura  
y empezad vuestra tarea.

MARTÍN. ¡Ah, vida!, quien te desea,  
su misma muerte procura.

FRANCO. No repliques, ven.

MARTÍN. Ya voy.

(*Vanse.*)

LORENZO. Solo me han dejado aquí.

Virgen, ya que merecí  
sacaros de aquel rigor (1),  
también merezca alcanzar  
de mis desdichas remedio,  
para que os alabe en medio  
de este vil desesperar.

Soberbias e incultas ramas:  
a mí golpe os ablandad;  
halle en vosotras piedad,  
pues me abraso en vivas llamas  
en este agravio cruel.

Virgen, fuerte me halláis  
porque sé que me ayudáis  
a llevar la carga de él;  
pero ¿qué ha de ser de mí  
si me falta vuestra ayuda?

(*Aparécese un ANGEL.*)

ANGEL. De temor tu alma desnuda;  
que el cielo sirve por ti.

De tu amor agradecida

la que es de Dios tierna Madre  
delante el Eterno Padre  
es muralla de la vida.

Ten en ella confianza;

que en esta riguridad,

con alegre libertad

dará fin a tu esperanza.

Pero cuando libre llegues

a Cuenca, tu patria amada,

a la religión sagrada

de la Merced, luego entregues

ese retrato divino,

que en tu pecho ahora aposentas,

para remate de cuentas

de tus prolijos caminos (1).

Allí estará como extraña;

mas, por milagroso ardid,

se trasladará a Madrid,

siendo la corte de España;

donde rigiendo la silla

suya Felipe Segundo

será milagro del mundo,

y honra eterna de Castilla;

y teniendo en sus comedios

una imagen fabricada

de esta Orden sea llamada

la Virgen de los Remedios.

Queda en paz, y en mucho ten

que eres de esta gloria autor.

(*Vuela.*)

LORENZO. Aguarda, mira, señor:  
oye, escucha, mira, ten.

¿Que te fuiste? ¿Que me dejas?

Tu ausencia amarga desdora

el contento con que ahora

regalaste mis orejas:

Vuelve, paraninfo santo;

estimaré tu amistad.

(*Dentro.*)

JARIFE. Con los haces caminad.

LORENZO. ¿Con los haces?; bueno, tanto.

¿A qué venimos al monte?

Mucho debe haber sin falta,

pues veo ahora que falta

la luz de aqueste horizonte.

(1) «Rigor» no es consonante de «voy» como pide la redondilla.

(1) Así en el original; pero mejor se escribiría «prolijos caminos».

¡Triste!; ¿qué tengo de hacer,  
que aun no he hecho haces yo?

(Hay un haz de leña junto a él.)

Mas ¿quién éste me cortó?  
En mi pena echo de ver,  
vuestros favores, Señora;  
que este haz, aparecido  
de vos, Virgen, traza ha sido;  
vos sois de mi auxilio autora.

Cargarle he con santo celo;  
que en vos llevo confiado  
que ha de ser poco pesado,  
peso que me ofrece el cielo.

Regalo esta carga da.

(Vuelven a salir y los cautivos con haces de leña al hombro.)

JARIFE. Caminad.

LORENZO. Ya yo os espero.

MORO. Buen haz es el del postrero.

LORENZO. Es que hecho aposta está.

JARIFE. Vamos.

LORENZO. El cielo os alabe,  
Virgen y madre de Dios,  
que carga dada por vos  
es para el alma suave.

(Vanse y sale LAMBERTO.)

LAMBERTO.

Desierta playa de piedras ajena;  
agua inconstante y líbicos bajeles,  
infierno de murallas coronado;  
montes de Jelboè, agostada arena;  
ministros, a la par, del Rey, crueles;  
tiempo más que áspid sordo; cielo airado,  
dadme a mi hijo amado;  
dadme al mártir constante,  
en cuyas plantas bellas  
han hecho las estrellas  
un divino bordado semejante  
a un pedazo de cielo,  
por su virtud, por su obediencia y celo.

¿Adónde está la luz de aquellos ojos,  
gloria del mundo y de la tierra soles?  
¿Dónde está de mi alma la alegría?  
Murió el sol, y vivieron mis enojos;  
de luto aderezó sus arreboles,  
por más aumento de la pena mía.  
Parece fantasía  
o algún pesado sueño  
mi muerto regocijo;  
que es de Armengol, mi hijo,  
tesoro incierto que mi sueño es sueño.

Quiero a voces llamarte  
por ver si ellas podrán resucitarte.

(Sale enlutada JIRONELA.)

JIRO. ¿Ahí de abajo?

LAMB. ¿Quién me llama?

JIRO. ¿Quién quiere Dios que me aflija?

LAMB. ¿Qué quieres, amada hija?

JIRO. ¿Es mi padre?

LAMB. Es quien te ama.

JIRO. Sed tengo, dadme a beber.

LAMB. Si agua importa [te] regale,  
la que de mis ojos sale  
podrá ese oficio hacer;

porque tanta de ellos corre,  
que si no vengo a acabar,  
en breve podrá llegar  
a las rejas de esa torre.

JIRO. Padre, paciencia tened;  
que hoy mi vida se remata,  
que no es hambre quien me mata,  
mas quien me aflige es la sed.

LAMB. ¡Cielos, si tenéis piedad  
con las miserables gentes,  
haced vuestras nubes fuentes  
y agua que beba le dad.

JIRO. ¡Oh, fuerte y rabiosa guerra!  
¿Cómo mi remedio tarda?

LAMB. Hija, ya la busco; aguarda.

(Sale NOLASCO.)

¡Gloria a Dios, que tomé tierra!

Volvé acá, noble Lambertó;  
¿pues cómo no me abrazáis?

LAMB. ¡Ay, padre!

NOLASCO. ¿De qué lloráis?

LAMB. Casi a decirlo no acierto.

JIRO. ¡Que muerdo!

NOLASCO. ¿Quién voces da  
entre prisiones metida?

LAMB. Mi Jironela querida

NOLASCO. ¿Por qué causa presa está?

LAMB. Por buena; porque a Dios ama;  
porque a este Rey aborrece.

NOLASCO. ¿Cómo Armengol no parece?

LAMB. Mi Armengol...

NOLASCO. ¿Qué?

LAMB. Vive en fama.

NOLASCO. ¿Dónde está?

LAMB. En el cielo.

NOLASCO. ¿Dónde?

LAMB. En el cielo.

NOLASCO. ¿Que murió?

LAMB. El Rey, matarle mandó.

NOLASCO. Mal a ser Rey corresponde.  
 ¿Por qué ejecutó el castigo?

LAMB. Diréelo, si entretanto  
 no quedo en un mar de llanto  
 deshecho.

NOLASCO. Dímelo, amigo.

LAMB. Tenía el Rey afición  
 a Jironela, mi hija,  
 que como tierna muchacha  
 se ablandó con sus caricias.  
 Mas no pudiendo gozarla,  
 porque en mi Armengol tenía  
 un capital enemigo,  
 y un Argos de larga vista;  
 luego como se cumplieron  
 del plazo los treinta días  
 y del rescate esperado  
 hicieron falta las ditas,  
 prendieron a mis dos hijos,  
 con crueles tiranías,  
 a Jironela por casta,  
 a mi Armengol por espía.  
 Ella en esta torre está,  
 poniendo fin a su vida;  
 él, al Señor rindió el alma  
 en defensa de la crisma.  
 No estuvo dos horas preso  
 cuando con aleva grita,  
 en estas calles de Argel  
 le sacan a la marina,  
 con pregoneros delante,  
 que en voz alta repetían,  
 que moría por traidor  
 y por padre de mentiras.  
 Viérase entre los sayones,  
 como otro fuerte Bautista,  
 hecho otro Jacob constante,  
 otro celador Elías.  
 Despidióse de su hermana,  
 llevó la bendición mía;  
 la de Dios lleve su alma  
 a su folganza infinita.  
 Turbóse el sol a este tiempo;  
 el mar se convirtió en tinta;  
 el aire alzó remolinos;  
 la tierra tembló en sí misma;  
 todo hizo sentimiento,  
 y en esta confusa grita,  
 todo lo miraba Nero  
 y él de nada se dolía.  
 Al fin, de un árbol bien alto  
 colgó aquella piedra fina  
 del edificio sagrado

de la Virgen Sacratísima.

NOLASCO. ¡Que es muerto mi amado hermano!  
 ¡Que mi claro sol se eclipsa!

LAMB. Ya dió tributo a la muerte.

*(Sale el REY y moros.)*

REY. ¿Que el arena de Argel pisa?

ARDÍN. Señor, sí.

REY. Tardóse mucho;  
 no cumplió la fe debida.

NOLASCO. ¡Rey cruel!, ¿por qué borraste  
 de mi alma la alegría?  
 Dame vivo a mi Armengol;  
 dame el alma que me anima.  
 ¡Que quebraste tu palabra!  
 No eres Rey, sino homicida.

REY. Redentor, ve poco a poco:  
 yo he cumplido la fe mía;  
 tú no, pues fuera del plazo  
 han pasado ya tres días;  
 no te descomidas tanto;  
 te ahorcaré de otro árbol,  
 como a ese que ahora miras.

*(Descúbrese a ARMENGOL colgado de un árbol. La Virgen le tiene el cordel y los ángeles los pies.)*

NOLASCO. ¡Oh, cuerpo de aquel, cuya alma  
 entre las santas habita;  
 dejadme que a besar suba  
 aqueas plantas divinas!

ARMEN. No llores, padre Nolasco;  
 que en el árbol tengo vida,  
 porque me ampara la sombra  
 de la gloriosa María.

N.<sup>a</sup> SRA. Porque mi devoto has sido,  
 y porque de mí confías,  
 la vida, amigo, te he dado:  
 vida justamente habida.  
 Angeles, bajad el cuerpo

*(Bájanle.)*

a esta tierra infiel e indigna;  
 y estima, gran General,  
 a quien los cielos estiman.

LAMB. ¡Señora, tantas mercedes!  
 ¡Hijo!

ARMEN. ¡Padre de mi vida!

NOLASCO. ¡Padre mío!

ARMEN. Hijo tuyo.

REY. ¡Por Alá, gran maravilla!  
 ¿Vivo estás?

ARMEN. Vivo estoy, Rey;  
 que Dios defiende las vidas  
 de los que por él pelean.



REY. Bien esta visión lo afirma.  
Desde hoy os doy libertad,  
Lamberto a ti y a tu hija;  
no quiero rescate vuestro:  
Alá vay en vuestra guía.  
Y tú, redentor honrado,  
el dinero que traías  
gasta en redimir cautivos,  
licencia tienes, camina.  
Bajeles te doy, gracioso,  
en que vuelvas; date prisa:  
y tú, Armengol, ven conmigo,  
dame cuenta de tu dicha.

ARMEN. Daréte gusto, señor.

REY. Caminad.

ARMEN. ¡Virgen María!  
quien se arrima al árbol vuestro  
buena sombra le cobija.

(*Vanse y sale el REY DON JAIME y el ALMOJAFAR.*)

D. JAIME. ¿Van bien vestidos los pobres  
que os encargué?

ALMO. Señor, sí;  
que si los tratas así  
fía que en tu corte sobres  
de miserables mendigos.

D. JAIME. Hónrolos con afición;  
porque para el cielo son  
los más honrados amigos.  
¿Llevastes al hospital  
las gallinas que os mandé?

ALMO. Todo como cosa fué  
de la persona real.

D. JAIME. ¿Qué llevastes a los presos?

ALMO. Las raciones ordinarias.

D. JAIME. Son al gusto necesarias.

ALMO. Como crecen los sucesos  
crecen también las prisiones,  
y así ya hay necesidad  
de alguna más cantidad.

D. JAIME. Pues multiplicad raciones;  
que en esta triste cadena  
basta la prisión por pena  
sin que anden también hambrientos.  
Haced que no los aflijan,  
que de su mal me disgusto.

ALMO. Haráse en todo tu gusto.

(*Sale el ALCALDE.*)

ALCALDE. ¡Por Dios, se me regocijan  
las entrañas acá dentro  
desde que ví a su mercé!  
¿Han vido? Gordo está a fe.

D. JAIME. Estimo en mucho este encuentro.  
Seáis bien venido, compadre:  
¿qué os habéis tantos días hecho?

ALCALDE. No he sido a Dios de provecho;  
porque se enfuntó mi madre  
y hízome su badea.

ALMO. Decid, «albacea».

ALCALDE. ¡Mirál  
¿todo no se sale allá?  
Y héme estado en el aldea,  
héndole las obras frías.

ALMO. Las «obras pías».

ALCALDE. Callá,  
que todo se sale allá.  
Y, por Dios, que ha buenos días  
que no sé de él nueva alguna;  
aunque estos días cercanos  
le envié unos besamanos  
con mi suegro Juan Laguna.  
Mas no creo se los dió  
con su aquellotro de garbo;  
que según es butrio y barbo  
sospecho se le olvidó.

D. JAIME. ¿Cómo estáis?

ALCALDE. Pardiós, no bueno;  
que en esta mala ventura  
de ir y venir por el cura  
me ha hecho mal el sereno.  
Mas ya, gloria a Dios, vo sano  
y así a visitarle vengo,  
porque enojo con él tengo;  
mire, yo soy claro y llano.  
Sepa que lo ha hecho mal  
en no volverme el dinero  
que le di, que ha un año entero  
que me tiene sin caudal.  
Esto es el mundo al revés;  
mas si en ser tramposo da  
y no paga, buscará  
quien se lo preste otra vez.  
Su sayo le traigo aquí;  
guárdele allá su mercé  
y esas blanquillas me dé.

D. JAIME. ¿Que estáis enojado?

ALCALDE. Sí;  
¡pardió!

D. JAIME. No tenéis razón;  
que aquí tengo con cuidado  
vuestro dinero guardado.

ALCALDE. Señor, prenda es de garzón.

D. JAIME. No más, el sayo os llevad;  
y por el bien que me hicisteis,  
cuando el dinero me disteis

con hidalga voluntad  
para descuento del daño,  
pues cien sueldos son de cuenta,  
quiero que gocéis de renta  
tantos escudos cada año.

¿Queréis más?

ALCALDE. Guárdele Dios;  
qu' a fe, que a no me pagar,  
le tenía de emplazar.  
Deme el principal.

D. JAIME. Id vos;  
y haced que luego le den,  
a mi amigo, mejorados,  
cien sueldos y cien ducados.

ALCALDE. ¿Eislo entendido?

ALMO. Muy bien.

Venid.

ALCALDE. Vamos. Cien, ¿qué dijo?

ALMO. Cien ducados.

ALCALDE. Debe ser  
eso, cosa de comer.

ALMO. Sí.

ALCALDE. Vamos.

(*Vanse.*)

D. JAIME. Con regocijo  
me ha dejado este buen hombre;  
mas ya que tengo lugar,  
Virgen, será justo dar  
alabanza a vuestro nombre;  
que en vos, Madre de afligidos,  
mi sentido se desvela.

(*Descúbrese una galera con los cautivos.*)

LORENZO. ¡Amaina, amaina la vela!

MARTÍN. Puesto que somos perdidos.

FRANCO. Cortá la jarcia al timón.

LORENZO. Desata esas obras muertas.

MARTÍN. Las tablas están abiertas.

FRANCO. Cierta es nuestra perdición.

D. JAIME. Voces de gran desconsuelo  
todo este horizonte encierra.

MARTÍN. Pues no hay remedio en la tierra,  
acudamos al del cielo.

LORENZO. Pues faltan humanos medios  
en esta necesidad,  
vuestro remedio nos dad,  
Señora de los Remedios.

FRANCO. ¡Que perecemos, Señora!

MARTÍN. ¡Que acabamos, Virgen Santa.

D. JAIME. Grande rumor se levanta.

LORENZO. Mostradnos quién sois ahora,  
Virgen, ya el bajel camina;  
ya nuestra ventura empieza;  
ya con la proa endereza  
a la cristiana marina.

(*Descúbrese Nuestra Señora en la gavia.*)

En la gavia ha aparecido.

NOLASCO. ¿Qué más gloria deseáis?

LORENZO. ¡Bendita, Virgen, seáis!

(*Desembarcan.*)

ARMEN. Esta merced, vuestra ha sido.

LAMB. ¡Tierra!: mil veces te beso.

JIRO. Mil veces te toco, arena.

FRANCO. Aquí hizo fin mi pena.

(*Salen ARMENGOL, con estandarte de la Merced, los cautivos con luces y NOLASCO con la Virgen.*)

MARTÍN. De ventura extraño exceso.

D. JAIME. Virgen, con esta venida  
mil regocijos me dais.

Mis hijos, con bien vengáis.

NOLASCO. El cielo aumente tu vida.

D. JAIME. Abrazadme. ¿Venís buenos?

LAMB. Buenos; gloria sea al Señor.

D. JAIME. Mi Dios, de vuestro favor  
he visto los campos llenos.

Vamos, con grande alegría,  
en los ánimos cristianos,  
a dar loores soberanos  
a la bendita María.

LORENZO. Y yo, a mi imagen sagrada,  
por fin de mi vencimiento  
le daré el debido asiento  
en Cuenca, mi patria amada.

Sagrada Virgen, venid;  
que aunque ahora en Cuenca estéis,  
para más gloria, seréis  
abogada de Madrid.

D. JAIME. Pues para la procesión  
todo el pueblo se prevenga;  
y aquí, senado, fin tenga  
*La Orden de Redención.*

# ERRATAS, ADICIONES Y ENMIENDAS

| <i>Pág.</i> | <i>Col.</i> | <i>Línea.</i> | <i>Dice.</i>                                                                                                | <i>Léase.</i>           |
|-------------|-------------|---------------|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-------------------------|
| 1           | 1           | 11            | aplauzo,                                                                                                    | agrado;                 |
| 1           | 2           | 20            | estotras                                                                                                    | estotra                 |
| 2           | 1           | 5             | admira                                                                                                      | admira;                 |
| 2           | 1           | 10            | temor                                                                                                       | su honor                |
| 2           | 1           | 12            | miedo                                                                                                       | nido                    |
| 3           | 1           | 4             | pretada                                                                                                     | apretada                |
| 4           | 1           | 31            | pesia a tal                                                                                                 | pesia tal               |
| 11          | 2           | 44            | tenido                                                                                                      | tenido.                 |
| 20          | 2           | 24            | alegre                                                                                                      | alegres                 |
| 23          | 1           | 14            | honor                                                                                                       | amor                    |
| 35          | 1           | 41            | nuerte                                                                                                      | muerte                  |
| 35          | 1           | Última.       | detreminas                                                                                                  | determinas              |
| 36          | 1           | 33            | razón                                                                                                       | ración                  |
| 39          | 1           | 18            | daráme                                                                                                      | daréme                  |
| 41          | 2           | 22            | libros en que                                                                                               | libros que              |
| 41          | 2           | 34            | Vuesa señoría,                                                                                              | Vueseñoría,             |
| 49          | 1           | 30            | más de                                                                                                      | más ha de               |
| 57          | 2           | 42            | desatino                                                                                                    | desatina                |
| 60          | 2           | 46            | de su poca                                                                                                  | de su loca              |
| 65          | 1           | 4             | quién eres?                                                                                                 | quién eres, di?         |
| 65          | 2           | 14            | cuerdo?                                                                                                     | cuerdos?                |
| 65          | 2           | 38            | señorío                                                                                                     | secretario              |
| 69          | 1           | 39            | mandando                                                                                                    | llorando                |
| 69          | 1           | Penúltima.    | habla                                                                                                       | halla                   |
| 69          | 2           | 14            | comienza tirar                                                                                              | comienza a tirar        |
| 78          | 2           | 29            | remos                                                                                                       | iremos                  |
| 81          | 1           | Última.       | Su Majestad                                                                                                 | Vuestra Majestad        |
| 83          | 2           | 43            | pidra                                                                                                       | pedra                   |
| 84          | 2           | 47            | se abajan                                                                                                   | si abajan               |
| 89          | 2           | 26            | simpide                                                                                                     | impide                  |
| 92          | 1           | 22            | pasado, y pienso                                                                                            | pasado ya, y que pienso |
| 93          | 2           | 3             | Soy tú mismo,                                                                                               | Soy Luzbel,             |
| 93          | 2           | 21 a 25       | Este pasaje debe ponerse así:<br>con monte y todo.<br>(Pasa el monte de una parte a otra<br>con PEREGRINO.) |                         |
|             |             |               | PEREGR. ¿Qué es esto?                                                                                       |                         |
|             |             |               | ¡Cielos! Piedad.                                                                                            |                         |
|             |             |               | FÉNIX. Ya que estás                                                                                         |                         |
| 94          | 2           | 7             | echa                                                                                                        | echaba                  |
| 98          | 1           | 43            | esposa                                                                                                      | esposas                 |
| 103         | 2           | 39            | culto                                                                                                       | cuerpo                  |
| 114         | 1           | 37            | quejáis, Conde,                                                                                             | quejáis, ilustre Conde, |
| 115         | 1           | 14            | el curso                                                                                                    | en el curso             |
| 118         | 2           | 13            | nche                                                                                                        | noche                   |
| 119         | 1           | 16            | aunque estoy                                                                                                | aunque yo me estoy      |
| 119         | 1           | 18            | ocasión me                                                                                                  | ocasión ahora me        |
| 119         | 2           | 33            | vuestra belleza                                                                                             | vuestra grande belleza  |
| 119         | 2           | 41            | quiero amar                                                                                                 | yo quiero amar          |
| 119         | 2           | 43            | tú causa                                                                                                    | tú solo causa           |
| 121         | 2           | 1             | busconería                                                                                                  | bufonería               |

| <i>Pág.</i>                                       | <i>Col.</i> | <i>Línea.</i> | <i>Dice.</i>                                                                                                                   | <i>Léase.</i>             |
|---------------------------------------------------|-------------|---------------|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|---------------------------|
| 128                                               | 1           | 34            | libertad                                                                                                                       | lealtad                   |
| 128                                               | 2           | 42            | da honras                                                                                                                      | da tantas honras          |
| 134                                               | 2           | 37            | enamorada                                                                                                                      | enamorada                 |
| 141                                               | 1           | 38            | me han                                                                                                                         | me ha                     |
| 141                                               | 2           | 18            | desués                                                                                                                         | después                   |
| 147                                               | 1           | 5             | parde                                                                                                                          | padre                     |
| 153                                               | 1           | 2             | importa el                                                                                                                     | importa o                 |
| 154                                               | 1           | 28            | casmiento                                                                                                                      | casamiento                |
| 154                                               | 2           | 10            | tenr                                                                                                                           | tener                     |
| 155                                               | 2           | 47            | idchoso                                                                                                                        | dichoso                   |
| 155                                               | 2           | 48            | perdid lo que lloráis;                                                                                                         | perdido lo lloráis;       |
| 158                                               | 2           | 45            | ae triste                                                                                                                      | ¡ay triste!               |
| 173                                               | 2           | 41            | bordárale                                                                                                                      | bordarle                  |
| 199                                               | 2           | 32            | ¡ay que                                                                                                                        | «¡Ay, que                 |
| 199                                               | 2           | 33            | fuego?                                                                                                                         | fuego?»                   |
| 211                                               | 2           | 23            | u noble                                                                                                                        | su noble                  |
| 211                                               | 2           | 24            | aron il,                                                                                                                       | varonil,                  |
| 212                                               | 1           | 38            | naa.                                                                                                                           | nada.                     |
| 214                                               | 1           | 26            | No diré                                                                                                                        | ¿No diré                  |
| 214                                               | 1           | 27            | así.                                                                                                                           | así?                      |
| 214                                               | 1           | 36            | loco usto                                                                                                                      | loco gusto                |
| 215                                               | 1           | 16            | Soís su                                                                                                                        | Soy su                    |
| 215                                               | 1           | 22            | servido.                                                                                                                       | servidos.                 |
| 215                                               | 2           | 41            | en aquellos van                                                                                                                | en que ellos van          |
| 218                                               | 2           | 9             | Eudimión humilla.                                                                                                              | Endimión se humilla.      |
| 219                                               | 2           | 8             | vió a                                                                                                                          | vió la                    |
| 222                                               | 1           | 5             | viento                                                                                                                         | tiempo                    |
| 223                                               | 2           | 17            | hermosa fea                                                                                                                    | hermosa o fea             |
| 225                                               | 2           | 4             | cielo                                                                                                                          | suelo                     |
| 225                                               | 2           | 31            | nestro                                                                                                                         | nuestro                   |
| 229                                               | 1           | 14            | loca hermosura                                                                                                                 | loca querella             |
| 230                                               | 1           | 11            | sin amor.                                                                                                                      | sin amor                  |
| 230                                               | 1           | 12            | ¿Quién                                                                                                                         | quien                     |
| 230                                               | 1           | 12            | tener?                                                                                                                         | tener.                    |
| 235                                               | 2           | Penúltima.    | de tuyo                                                                                                                        | del tuyo                  |
| 244                                               | 1           | 28            | Mas que                                                                                                                        | ¿Mas que                  |
| 244                                               | 1           | 28            | condado.                                                                                                                       | condado?                  |
| 249                                               | 1           | 3             | mudo                                                                                                                           | Mudo                      |
| 250                                               | 1           | 3             | Do                                                                                                                             | Dios                      |
| 252                                               | 2           | 36            | Aüero                                                                                                                          | Avero                     |
| 254                                               | 2           | 29            | si alzare                                                                                                                      | ni alzare                 |
| 259                                               | 1           | 14            | esñoles?                                                                                                                       | españoles?                |
| 262                                               | 1           | 37            | Tomar                                                                                                                          | Inés                      |
| 269                                               | 2           | 35            | tiro,                                                                                                                          | tiró,                     |
| 279                                               | 2           | 38            | en ella vienes.                                                                                                                | en ella viene.            |
| 281                                               | 1           | 15            | cobraran                                                                                                                       | cobrarán                  |
| 284                                               | 1           | 17            | sanre                                                                                                                          | sangre                    |
| 289                                               | 1           | 8             | torció la pica                                                                                                                 | terció la pica            |
| 289                                               | 1           | 38            | vello                                                                                                                          | velo                      |
| 289                                               | 2           | 33            | cimero                                                                                                                         | cimera                    |
| 290                                               | 1           | 9             | amor sus                                                                                                                       | amor a sus                |
| 290                                               | 1           | 19            | a Josué, David,                                                                                                                | a Josué a David,          |
| 292                                               | 1           | 29            | tocar                                                                                                                          | trocár                    |
| 292                                               | 2           | 14            | GAR.                                                                                                                           | GAR. ( <i>Entrando.</i> ) |
| 299                                               | 1           | 18            | ha sido                                                                                                                        | has sido                  |
| 299                                               | 1           | 22            | ( <i>Baja</i>                                                                                                                  | ( <i>Vase</i>             |
| 299                                               | 1           | 24            | esto he sufrido                                                                                                                | ¿esto he sufrido?         |
| 303                                               | 2           | 22            | Vive Dios, que le maté                                                                                                         | ¡Vive Dios, que le mate!  |
| 306                                               | 1           | 39            | que quiera                                                                                                                     | que me quiera             |
| 306                                               | 2           | 5             | dejes y viva                                                                                                                   | dejes viva                |
| 308                                               | 1           | 42            | su grey                                                                                                                        | tu grey                   |
| 309                                               | 2           | 47            | alguien                                                                                                                        | a quien                   |
| 309                                               | 2           | 50            | duedo                                                                                                                          | puedo                     |
| 310                                               | 1           | 18            | le ofrece                                                                                                                      | se ofrece                 |
| 310                                               | 1           | 40            | ¿Eres moro?                                                                                                                    | Eres moro.                |
| 311                                               | 1           | 46            | ni el alba                                                                                                                     | ni el ave                 |
| 316                                               | 2           | 37            | María bella,                                                                                                                   | maravilla,                |
| (Por consiguiente, sobra la nota de esta página.) |             |               |                                                                                                                                |                           |
| 322                                               | 2           | 34            | (Después de este verso falta una quintilla en que nombre a la persona que se casará con Felipe, es decir, doña Juana la Loca.) |                           |
| 324                                               | 1           | 25            | primitiva                                                                                                                      | primitiva                 |
| 326                                               | 2           | 45            | asiento                                                                                                                        | aliento                   |
| 342                                               | 1           | 20            | conmigo                                                                                                                        | castigo                   |

| <i>Pág.</i> | <i>Col.</i> | <i>Línea.</i> | <i>Dice.</i>                                                                                         | <i>Léase.</i>           |
|-------------|-------------|---------------|------------------------------------------------------------------------------------------------------|-------------------------|
| 346         | 2           | 8             | seso?                                                                                                | seso                    |
| 346         | 2           | 9             | ¡Ah, buenas noches!                                                                                  | a buenas noches         |
| 347         | 1           | 16            | escuche                                                                                              | escuché                 |
| 351         | 1           | 43            | Ya                                                                                                   | y a                     |
| 351         | 1           | 45            | como                                                                                                 | Como                    |
| 355         | 1           | 22            | dudas? (1)                                                                                           | dudáis?                 |
| 355         | 1           | 41            | paciente                                                                                             | impaciente              |
| 356         | 1           | 1             | Temed                                                                                                | REINA. Temed            |
| 357         | 1           | 8             | gentes amo.                                                                                          | gentil amo.             |
| 359         | 2           | 19            | Y a la                                                                                               | Ya la                   |
| 360         | 1           | 37            | mis pensamientos,                                                                                    | mil pensamientos,       |
| 360         | 2           | 34            | ciertos afectos                                                                                      | ciertos efectos         |
| 363         | 2           | 44            | juntan                                                                                               | junta                   |
| 365         | 1           | 20            | conforme,                                                                                            | conformes,              |
| 366         | 2           | 38            | ya en la vista                                                                                       | ya la vista             |
| 367         | 1           | 24            | si es aquesta                                                                                        | si es esta              |
| 368         | 2           | 29            | estos duelos,                                                                                        | estos recelos,          |
| 381         | 2           | 7             | ya la mar                                                                                            | ya a la mar             |
| 381         | 2           | 48            | lo deje                                                                                              | lo dejes                |
| 383         | 2           | 29            | tecibió                                                                                              | recibió                 |
| 386         | 2           | 25            | de ellos                                                                                             | de ello                 |
| 387         | 2           | 28            | perdonarlo los                                                                                       | perdonar los            |
| 390         | 1           | 11            | ha sido                                                                                              | has sido                |
| 391         | 1           | 46            | papel, y yo                                                                                          | papel, yo               |
| 393         | 1           | 20            | Es mentira                                                                                           | ¿Es mentira             |
| 393         | 1           | 22            | presencia:                                                                                           | presencia?              |
| 395         | 2           | 1             | estudiar                                                                                             | estudiara               |
| 403         | 2           | 34            | Pues por                                                                                             | LEO. Pues por           |
| 406         | 1           | 1             | cada cual                                                                                            | de cada cual            |
| 416         | 2           | 15            | pes de                                                                                               | pesa de                 |
| 425         | 1           | 47            | rey se                                                                                               | rey ser                 |
| 430         | 2           | 7             | Ser puede                                                                                            | Ser puedes              |
| 432         | 2           | 14            | te di                                                                                                | le di                   |
| 434         | 1           | 20            | y el dinero                                                                                          | del dinero              |
| 434         | 2           | 2             | tanto que no                                                                                         | tanto no                |
| 435         | 2           | 11            | y no                                                                                                 | y yo                    |
| 438         | 1           | 14            | dichaquí                                                                                             | dicho aquí              |
| 438         | 2           | 34            | jurar,                                                                                               | jugar,                  |
| 439         | 2           | 45            | dicho de boca                                                                                        | dicho en boca           |
| 440         | 1           | Ultima.       | se viene                                                                                             | se vive                 |
| 441         | 1           | 29            | en la                                                                                                | la                      |
| 447         | 1           | 31            | ma cada                                                                                              | mascada.                |
| 449         | 2           | 1             | nave                                                                                                 | llave                   |
| 452         | 1           | 26            | cosa                                                                                                 | casa                    |
| 452         | 1           | 32            | posa                                                                                                 | pasa                    |
| 452         | 1           | 38            | este silla                                                                                           | esta silla              |
| 452         | 2           | 4             | el gusto                                                                                             | es gusto                |
| 452         | 2           | 6             | aquí hacéis                                                                                          | aquí halléis            |
| 453         | 1           | 44            | suplicar                                                                                             | suplicarte              |
| 453         | 1           | 45            | (Falta aquí un verso.)                                                                               |                         |
| 460         | 1           | 21            | renováronse                                                                                          | renovaránse             |
| 469         | 2           | 22            | FERNANDO.                                                                                            | FEDERICO.               |
| 469         | 2           | 40            | desta carta                                                                                          | desta casa              |
| 479         | 2           | 44            | más de que                                                                                           | más que                 |
| 482         | 2           | Penúltima.    | nosotros                                                                                             | vosotros                |
| 490         | 2           | 7             | mil fuerzas                                                                                          | mis fuerzas             |
| 497         | 2           | 15            | quedarme sin                                                                                         | quedar sin              |
| 499         | 1           | 17 y 18       | Estos dos versos deben leerse así:<br>FLO. ¿Pues qué sospecha, señor,<br>de que le alabe te alcanza? |                         |
| 508         | 2           | 43            | tus cuidado                                                                                          | tu cuidado              |
| 509         | 2           | 30            | ¿Estribo                                                                                             | ¿Estriba                |
| 515         | 2           | 11            | culpado                                                                                              | culpada                 |
| 519         | 2           | 31            | etá, como si le vieseis,                                                                             | está como si le vieses, |
| 521         | 1           | 33            | Pártela tú                                                                                           | Póntela tú              |
| 521         | 1           | 37            | No diga                                                                                              | No digo                 |
| 527         | 2           | 51            | Hombres                                                                                              | Hombre                  |
| 528         | 1           | 24            | que el Duque                                                                                         | que al Duque            |
| 528         | 2           | 49            | alma, pido                                                                                           | alma mía                |
| 529         | 2           | 5             | aumente                                                                                              | aumenta                 |
| 530         | 1           | 7             | como tal                                                                                             | como a tal              |
| 532         | 2           | 33            | diera un                                                                                             | diera a un              |
| 535         | 1           | 40            | hay aprecio                                                                                          | hay precio              |

| <i>Pág.</i> | <i>Col.</i> | <i>Línea.</i> | <i>Dice.</i>                                                                                                    | <i>Léase.</i>                 |
|-------------|-------------|---------------|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-------------------------------|
| 543         | 1           | 23            | pude dar                                                                                                        | puede dar                     |
| 544         | 2           | 32            | ALF.                                                                                                            | Est.                          |
| 546         | 1           | 47            | suipérante                                                                                                      | supiérente                    |
| 561         | 2           | 17            | paa darla en una danzar,                                                                                        | para darla en una danza,      |
| 561         | 2           | 18            | que ha                                                                                                          | que han                       |
| 565         | 1           | 23            | que de                                                                                                          | que le de                     |
| 573         | 2           | 23            | padre. Si                                                                                                       | padre, si                     |
| 573         | 2           | 24            | piedad los                                                                                                      | piedad nos                    |
| 574         | 1           | 7             | (Falta el último verso de esta octava.)                                                                         |                               |
| 574         | 1           | 23            | le enviaba                                                                                                      | te enviaba                    |
| 578         | 2           | 17            | piensa                                                                                                          | pienso                        |
| 588         | 2           | Ultima.       | y a mí, Pedro                                                                                                   | ya, mi Pedro                  |
| 591         | 2           | 24            | esgañando                                                                                                       | engañando                     |
| 597         | 1           | 1 a 3         | Este pasaje debe ponerse así:<br>LEONARDO. ¿De qué manera?<br>PADRE. Yo fui del Gran Señor en<br>[sus jardines, |                               |
| 603         | 2           | 6             | le da                                                                                                           | te da                         |
| 608         | 1           | 47            | que creo que                                                                                                    | que cree que                  |
| 610         | 1           | 27            | Al tocar los sube                                                                                               | ¡Alto, Carlos, sube           |
| 610         | 1           | 34            | (Después de este verso falta una redondilla en que se hablaría de la fruta.)                                    |                               |
| 610         | 1           | 50            | mi cencia                                                                                                       | mi licencia                   |
| 615         | 1           | 30            | en diez mil años                                                                                                | en diez Milanes               |
| 619         | 2           | 42            | s amparo                                                                                                        | si amparo                     |
| 620         | 1           | 18            | Crispina, debes por ver.                                                                                        | Crispina de responder.        |
| 626         | 2           | 23            | avisarás.                                                                                                       | avisaréis.                    |
| 626         | 2           | 31            | este paje                                                                                                       | aqueste paje                  |
| 626         | 2           | 32            | fidelidad                                                                                                       | debilidad                     |
| 638         | 2           | 7             | amidas                                                                                                          | Amiclas                       |
| 640         | 1           | 39            | no puede reportar el alboroto,                                                                                  | no pude reportar el alborozo, |
| 643         | 1           | 18            | celada                                                                                                          | velada                        |
| 643         | 2           | 21            | Podré                                                                                                           | podré                         |
| 645         | 2           | 15            | Achiles                                                                                                         | Aquiles                       |
| 646         | 1           | 41            | cáesela                                                                                                         | cáesele                       |
| 648         | 2           | 18            | detente                                                                                                         | de duende                     |
| 649         | 1           | 7             | modera                                                                                                          | modera;                       |
| 651         | 1           | 30            | terreno                                                                                                         | terrero                       |
| 651         | 2           | 13            | dndome                                                                                                          | dándome                       |
| 651         | 2           | 15            | No vengo                                                                                                        | Yo vengo                      |
| 660         | 1           | 6             | que el elefante                                                                                                 | que elefante                  |
| 668         | 2           | Ultima.       | meneste serrá                                                                                                   | menester será                 |
| 669         | 1           | Ultima.       | pero sí el sentido                                                                                              | pero ni el sentido            |







PQ  
6438  
A1  
1916  
t. 8

Vega Carpio, Lope Félix de  
Obras. Nueva ed.

Erindale  
College

